A black and white photograph of a classical marble statue. The main figure is a muscular man, likely a hero or deity, shown from the waist up. He has curly hair and is looking upwards and to the left. He holds a sword vertically in his right hand, with the hilt resting on his shoulder. His left arm is extended downwards, holding the hand of a second figure. This second figure is a woman, shown from the chest up, with her head bowed and eyes closed. She is wearing a draped garment. The background is dark and textured.

EL  
MUNDO  
CLÁSICO

*La epopeya de Grecia y Roma*

ROBIN LANE FOX





EL MUNDO  
CLÁSICO



Robin Lane Fox enseña historia antigua en Oxford y es, además un gran narrador. De esta afortunada combinación ha surgido un libro de historia del mundo clásico distinto, que tiene el rigor del buen trabajo académico —y ha merecido por ello los elogios de un especialista como Peter Jones— y la amenidad de un relato del que los críticos han dicho que es “increíblemente entretenido” y “más épico que la mejor película de romanos”. Porque, si algo caracteriza este fascinante recorrido del mundo de la antigüedad clásica desde Homero a Adriano, es precisamente la presencia constante del toque humano: su capacidad de evocar figuras como Sócrates, Alejandro, Cicerón o César y de hablarnos, a la vez, de la vida cotidiana de los ciudadanos, de los últimos días de Pompeya o de los juegos del circo, en unas páginas que nos devuelven el encanto de la mejor narrativa histórica.



Robin Lane Fox

**El mundo clásico**  
**La epopeya de Grecia y Roma**

ePub r1.1

Yorik 23.11.13

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The Classical World. An Epic History of Greece and Rome*

Robin Lane Fox, 2005

Traducción: Teófilo de Lozoya & Juan Rabasseda-Gascón

Editor digital: Yorik

ePub base r1.0

Edición digital: epublibre, 2013

Conversión a pdf: FS, 2018



Solo, pues, en el rico viñedo encontrase a su padre que acollaba una vid: una túnica sucia vestía de mal ver, con zurcidos; en torno a las piernas llevaba malas grebas de buey por miedo a rasguños y heridas y en las manos golubas, reparo de espinos; cubríase de un pellejo cabruno. El dolor le arreciaba en el alma. Una vez que lo vio el divinal pacientísimo Ulises de vejez consumido y tomado de pena, ocultóse bajo espeso peral y dejó que fluyese su llanto...

Odiseo regresa a casa de su padre:

HOMERO, *Odisea*, 24.226-234

Esta tumba de bien pulido metal contiene el cuerpo inerte del gran héroe Zenódoto. Pero su alma halló en el cielo, donde está Orfeo, donde está Platón, una sede sagrada digna de acoger a un dios. Fue en efecto un valeroso caballero al servicio del emperador, ilustre, elocuente, semejante a un dios; por sus palabras era una copia de Sócrates entre los italianos. Legó a sus hijos una digna fortuna familiar al morir en edad avanzada, aunque con pleno vigor, causando infinito dolor a sus nobles amigos, a su ciudad y a sus conciudadanos.

*Antología Palatina*, 7.363, posiblemente compuesto por el propio ADRIANO

## NOTA DE LOS TRADUCTORES

Las versiones castellanas de las citas de obras clásicas que se incluyen en el texto proceden siempre directamente de sus fuentes originales.

## PRÓLOGO

*Es todo un reto que le pidan a uno escribir una historia de casi novecientos años, especialmente cuando los testimonios son tan fragmentarios y diversos, pero es un reto con el que he disfrutado mucho. No he dado por supuesta en el lector ninguna familiaridad con el tema, pero espero que tanto los que la tienen como los que no la tienen se sientan atraídos y entretenidos por lo que me ha dado tiempo a estudiar en estas páginas. Abrigo la esperanza de que dejen el libro, como me ha pasado a mí, con la sensación de lo variada que resulta esa historia, pero al mismo tiempo de cuánta coherencia puede llegar a tener. Espero también que haya partes en las que deseen profundizar, sobre todo aquellas (y no son pocas) que me he visto obligado a comprimir.*

*No he seguido la presentación temática convencional de la civilización clásica que analiza en un solo capítulo un determinado tema («Un mundo marcado por los géneros», «Cómo se ganaban la vida») a lo largo de mil años. Por motivos teóricos he preferido adoptar una estructura de tipo narrativo. Yo creo que las relaciones de poder cambiantes, profundamente modificadas por los acontecimientos, alteraron también el significado y el contexto de casi todos esos temas y que dichos cambios se pierden de vista si se toman atajos temáticos demasiado cómodos. Mi enfoque lo adoptan también actualmente algunas áreas de la teoría médica («Medicina basada en pruebas»), de las ciencias sociales («teoría de la coyuntura crítica») y de los estudios literarios («análisis del discurso»). Mi decisión se debe más bien al duro método histórico consistente en hacer preguntas a los testimonios, interpretándolos a la luz de lo que son (no de lo que no son) con el fin de sacar más jugo a lo que dicen y teniendo siempre en cuenta los puntos de inflexión y las*

*decisiones cruciales cuyos resultados se vieron determinados, pero no predeterminados, por su contexto.*

*He tenido que tomar duras decisiones y hablar poco de algunas áreas que creo conocer bastante bien. Una parte de mí sigue mirando hacia Homero, pero otra mira hacia los jardines siempre verdes de las inmediaciones de Lefkadia, en Macedonia, donde mi tumba abovedada, decorada con pinturas de mis tres grandes caballos, rosas de sesenta pétalos, bailarinas bactrianas y mujeres aparentemente de la mitología, espera a ser descubierta en 2056 por los diligentes éforos del Servicio Griego de Arqueología. He decidido dedicar un poco más de espacio al relato de una época trascendental, los años comprendidos entre 60 y 19 a.C. y ello no sólo por la importancia que tienen para el papel de mi presunto lector, el emperador Adriano. Son además sumamente decisivos incluso para mi mirada postmacedonia. Corresponden además en buena parte a la época en que fueron escritas las cartas de Cicerón, esa recompensa inagotable para todos los estudiosos de la historia del mundo antiguo.*

*Estoy extraordinariamente agradecido a Fiona Greenland por la experta ayuda que me prestó con las ilustraciones. Lo que describen las ilustraciones de la obra es en su mayoría responsabilidad mía. Estoy también muy agradecido a Stuart Proffitt por los comentarios que realizó a la Primera Parte y que me obligaron a repasarla, y a Elizabeth Stratford por su experta labor como correctora del manuscrito. Y sobre todo estoy agradecido a dos ex discípulos míos que convirtieron el manuscrito en disco, primero a Luke Streatfeildy sobre todo a Tamsin Cox, cuya pericia y paciencia han sido un apoyo esencial para la elaboración del presente libro.*

ROBIN LANE FOX

New College, Oxford



# Prefacio

## ADRIANO Y EL MUNDO CLÁSICO

El consejo y el pueblo de los ciudadanos de Tiatira... [decidieron]: Inscribir este decreto en una estela de piedra y colocarla en la Acrópolis (de Atenas) para que quede patente ante todos los griegos cuántos beneficios ha recibido Tiatira del más grande de los reyes... [Adriano] benefició a todos los griegos en general cuando convocó, como regalo para todos y cada uno de ellos, un consejo de todos los helenos en la ilustrísima ciudad de Atenas, la Benefactora... y cuando, con ese fin, [los romanos] aprobaron [por decreto] del senado [el] venerabilísimo Panhelenion e individualmente [Adriano concedió] a las tribus y a las ciudades una participación en ese venerabilísimo consejo...

Inscripción encontrada en Atenas con un decreto de *ca.* 119/20 d.C. acerca del Panhelenion de Adriano

El «mundo clásico» es el mundo de los antiguos griegos y romanos, unas cuarenta generaciones anterior a la nuestra, pero capaz aún de suponer un reto al compartir con nosotros una misma humanidad. La palabra «clásico» es de origen antiguo: deriva de la palabra latina *classicus*, que se aplicaba a los reclutas de la «primera clase», la infantería pesada del ejército romano. Lo «clásico», pues, es «lo de primera clase», aunque no lleve ya una armadura pesada. Los griegos y los romanos tomaron prestadas muchas cosas de otras culturas, iraníes, levantinos, egipcios o judíos, entre otros. Su historia enlaza a veces con esas otras historias paralelas, pero es su arte y su literatura, su pensamiento, su filosofía y su vida política lo que con razón se considera «de primera clase» en su mundo y en el nuestro.

En esta larga historia del mundo, dos períodos y dos lugares han pasado a ser considerados particularmente clásicos: por un lado la Atenas de los siglos V y IV a.C. y por

otro la Roma que va desde el siglo I a.C. hasta el año 14 d.C., el mundo de Julio César y luego de Augusto, el primer emperador romano. Los propios antiguos tenían esta perspectiva. En tiempos de Alejandro Magno ya reconocían, como seguimos haciendo ahora nosotros, que algunos dramaturgos de la Atenas del siglo V a.C. habían escrito obras «clásicas». Durante la época helenística (*ca.* 330-30 a.C.) los artistas plásticos y los escultores adoptaron un estilo clasicizante que tomaba como modelo al arte clásico del siglo V. Posteriormente Roma, a finales del siglo I a.C. se convertiría en el centro de ese arte y ese gusto clasicizantes, mientras que el griego clásico, especialmente el ateniense, era ensalzado por su buen gusto frente a los excesos del estilo «oriental». Los emperadores romanos posteriores respaldaron ese gusto clásico y, con el paso del tiempo, añadieron una nueva época «clásica»: la era del emperador Augusto, el personaje que fundó su Imperio.

Mi historia del mundo clásico comienza con un clásico preclásico, el poeta épico Homero, al que los antiguos, como siguen haciendo los lectores modernos, consideraban un caso singular. Sus poemas son las primeras manifestaciones de la literatura griega que se conservan. A partir de ese momento, estudiaré cómo evolucionó y qué representó la Grecia clásica de los siglos V y IV a.C. unos cuatrocientos años después de la fecha (probable) en que vivió Homero (*ca.* 730 a.C.). Luego pasaré a Roma y al desarrollo de su propio mundo clásico, desde César hasta Augusto (desde *ca.* 50 a.C. hasta 14 d.C.). Mi historia termina con el reinado de Adriano, emperador romano de 117 a 138 d.C, justo la época inmediatamente anterior al primer testimonio que se nos ha conservado del empleo del término «clásico» para

calificar a los mejores autores: lo encontramos en la conversación de Frontón, tutor de los hijos del sucesor de Adriano en Roma.<sup>[1]</sup>

Pero ¿por qué la decisión de detenerme en Adriano? Un motivo es que la «literatura clásica» termina con su reinado, del mismo modo que comienza con Homero: en latín, el poeta satírico Juvenal es su último representante reconocido por todo el mundo. Pero este motivo es más bien arbitrario, determinado por un canon que cuesta trabajo admitir a los aficionados a leer a autores posteriores y a cuantos abordan a los autores de los siglos IV y V d.C. con mentalidad abierta. Un motivo más relevante es que el propio Adriano fue el emperador con unos gustos clasicizantes más evidentes. Dichos gustos pueden apreciarse en los planes que desarrolló para la ciudad de Atenas y en muchos de los edificios cuya construcción patrocinó, así como en ciertos aspectos de su carácter personal. Él mismo se inspiraba conscientemente en un mundo clásico, aunque en sus tiempos lo que llamamos el «mundo romano» ya había sido pacificado y su extensión era enorme. Adriano constituye además un hito porque fue el único emperador que llegó a tener una visión de primera mano de todo ese mundo, una visión que nos habría encantado compartir. Durante la década de 120 y los primeros años de la de 130 emprendió varios grandes viajes por un imperio que se extendía desde Gran Bretaña hasta el mar Rojo. Pasó algún tiempo en Atenas, el centro clásico de ese imperio. Viajó en barco y a caballo, pues a sus cuarenta y tantos años era un jinete experimentado que aprovechaba cualquier ocasión que se le presentara de salir de caza. Llegó hasta territorios muy lejanos del Imperio Romano que ningún ateniense «clásico» había visitado nunca. Tenemos la

posibilidad verdaderamente única de seguir su itinerario porque poseemos las monedas especialmente encargadas para la ocasión que se acuñaron para conmemorar sus viajes. Incluso en lugares que no tienen nada de clásicos estas piezas constituyen un testimonio vivo del sentido que tenían Adriano y sus contemporáneos de su admirado pasado clásico.<sup>[2]</sup>

Esas monedas muestran una imagen personificada de cada provincia del Imperio Romano de Adriano, al margen de que la región en cuestión hubiera tenido o no una época clásica. Muestran a Germania, que de clásica no tuvo nunca nada, como una guerrera con los pechos desnudos y a Hispania, también carente de pasado clásico, como una dama recostada en el suelo: lleva en sus manos una gran rama de olivo, símbolo del excelente aceite de oliva español, y un conejo a su lado, pues de todos era sabido lo prolíficos que eran los conejos españoles. Buena parte de España y la totalidad de Germania habían sido desconocidas para los griegos de la primera época clásica, pero las hermosas efigies representadas en estas monedas las ponen en relación con el gusto clásico al mostrarlas con elegantes rasgos clasicizantes. Detrás del gusto de Adriano y de los artistas de la «Escuela Adrianea» que diseñaron esas imágenes se oculta un mundo clásico cuya existencia ellos mismos reconocían. Dicho mundo se basaba en el arte clásico de los griegos de cuatrocientos o quinientos años atrás, cuyas grandes manifestaciones podían admirar a sus anchas los romanos porque sus antepasados las habían expoliado y se las habían traído a sus propios hogares y ciudades.

Esos grandes viajes a Grecia o Egipto, a la costa occidental de Asia o a Sicilia y Libia dieron a Adriano la

oportunidad de contemplar una panorámica global del mundo clásico. Se detuvo en numerosos grandes escenarios del pasado, pero mostró una veneración especial por Atenas. La consideró ciudad «libre» y la hizo beneficiaria de muchos regalos, uno de los cuales fue una gran «biblioteca», con centenares de columnas de mármoles raros. Concluyó las obras del magnífico templo dedicado al dios Zeus Olímpico, comenzadas seis siglos antes, pero nunca acabadas. Fue seguramente Adriano el que fomentó la nueva empresa del sínodo de todos los griegos, el Panhelenion, superando en este terreno incluso a Pericles, el estadista ateniense de época clásica.<sup>[3]</sup> El plan consistía en que se reunieran en Atenas delegados venidos de todos los rincones del mundo griego, y en que en adelante se celebrara cada cuatro años una gran fiesta de las artes y del atletismo. A los atenienses del pasado se les atribuían proyectos panhelénicos, pero éste sería incomparablemente grandioso.

Los que idealizan el pasado suelen no entenderlo: al querer restaurarlo, lo mata con su cariño. Adriano compartía, desde luego, los gustos tradicionales de los aristócratas y reyes griegos del pasado. Le encantaba la cacería lo mismo que a ellos; adoraba a su caballo, el gallardo Borístenes, al que honró componiendo unos versos con motivo de su muerte en el sur de la Galia,<sup>[4]</sup> y sobre todo amó al joven Antínoo, en una espectacular manifestación de «amor griego». Cuando el muchacho murió prematuramente, Adriano erigió en Egipto una nueva ciudad en su honor y fomentó su culto como dios en todo el imperio. Ni siquiera Alejandro Magno había hecho tanto por el hombre al que amó toda su vida, Hefestión. Lo mismo que su característica barba, estos elementos de la vida

de Adriano se hallaban profundamente enraizados en la cultura griega de tiempos pretéritos. Pero él nunca podría ser un griego clásico, pues eran muchas las cosas que lo rodeaban que habían cambiado desde los tiempos de la Atenas de los grandes clásicos, por no hablar de los del Homero preclásico.

El cambio más perceptible era la difusión de la lengua. Casi mil años antes, durante la juventud de Homero, el griego había sido sólo una lengua hablada, sin tan siquiera alfabeto, y únicamente la utilizaban los habitantes de Grecia y de las islas del Egeo. También el latín había sido sólo una lengua hablada, originaria de una pequeña región de Italia situada en los alrededores de Roma, el Lacio. Pero Adriano sabía hablar y leer en ambas lenguas, aunque las dos ramas de su familia procedían del sur de España y las tierras de su padre se hallaban situadas al norte de la actual Sevilla, a miles de kilómetros de Atenas y del Lacio. Los antepasados de Adriano se habían establecido en España en calidad de italianos de lengua latina, en recompensa por los servicios prestados en el ejército romano casi trescientos años antes de que él naciera. Descendiente de una familia latinohablante, Adriano no era «español» en ningún sentido cultural. Se había criado en Roma y era partidario del estilo arcaico de la prosa latina. Como otros romanos cultos, hablaba también griego: lo llamaban incluso «grieguito» debido a su acendrada pasión por la literatura helénica. Así pues, lejos de ser español, Adriano era una prueba viviente de la cultura clasicizante común que caracterizaba a la clase más refinada del imperio. El centro de ese mundo estaba en las viejas cunas de las lenguas griega y latina, pero se extendía mucho más allá de sus fronteras. Como no habría podido hacer

nunca Homero, Adriano tendría la posibilidad de pasar por Siria y Egipto hablando griego y de viajar a tierras tan lejanas como Britania hablando latín.

Su mentalidad clasicizante le permitía contemplar un mundo de unas dimensiones muy distintas del de Homero. Durante la primera época clásica, Atenas, en el culmen de su apogeo, habría llegado a tener tal vez 300.000 habitantes en todo su territorio, la región del Ática, contando a los esclavos. En tiempos de Adriano, el Imperio Romano tenía (según se ha calculado) una población de unos sesenta millones de habitantes, y se extendía desde Escocia hasta España y desde España hasta Armenia. Ningún otro imperio, ni antes ni después, ha dominado sobre un territorio tan extenso, pero, según nuestra escala actual, la totalidad de su población no superaba la de la moderna Gran Bretaña. Dicha población se concentraba en manchas dispersas, llegando quizá a rondar los 8 millones de almas en Egipto,<sup>[5]</sup> donde el Nilo y la cosecha de grano permitían sostener una densidad tan elevada, y quizá al menos un millón en la megaciudad de Roma, que se alimentaba y sostenía también gracias a las cosechas de cereales de Egipto y a las exportaciones procedentes de este país. Fuera de estos dos puntos, había grandes franjas del imperio de Adriano que estaban muy poco pobladas para lo que son nuestros parámetros. No obstante, en todas las provincias se requerían destacamentos del ejército romano para mantener la paz. Durante sus viajes, Adriano concedió mercedes a muchas ciudades, pero también tenía que gobernar grandes zonas en las que sólo había aldeas, no ciudades clasicizantes. Cuando fue necesario, ordenó levantar murallas a lo largo de grandes extensiones de terreno con el fin de mantener a raya

a los pueblos que habitaban más allá del Imperio, proyecto que desde luego no tenía nada de clásico. El ejemplo más famoso es el Muro de Adriano, al norte de Gran Bretaña, que iba desde Wallsend, cerca de Newcastle, hasta Bowness. Aquella barrera maciza medía unos tres metros de espesor y más de cuatro de altura, estaba en parte revestida de piedra, cada kilómetro y medio había un fuerte, entre fuerte y fuerte se levantaban dos torreones de vigilancia, y en el lado norte se abría un foso de tres metros de profundidad y nueve de anchura. Hubo otros «Muros de Adriano», aunque en la actualidad ninguno sea tan famoso como éste. En el norte de África, más allá de los montes Aures, en la actual Tunicia, Adriano aprobó la construcción de largas extensiones de murallas y fosos cuya finalidad era controlar los contactos con los pueblos nómadas del desierto a lo largo de una frontera de casi doscientos cincuenta kilómetros. En el noroeste de Europa, en Germania Superior, se dio perfecta cuenta del peligro que representaba la región: «Para cortar el paso a los bárbaros erigió grandes postes clavados profundamente en el suelo y atados unos a otros formando una especie de empalizada».<sup>[6]</sup>

La construcción global de murallas no había formado nunca parte del pasado clásico. En los días de mayor auge de Atenas, por no hablar de la época de Homero, no había habido nunca un gobernante como Adriano, un emperador, ni un ejército permanente como el de Roma, de unos 500.000 soldados repartidos a lo largo de todo el Imperio. En la época clásica de Roma, a mediados del siglo I a.C. tampoco había todavía emperador ni ejército permanente. Adriano era heredero de unos cambios trascendentales que habían transformado la historia de Roma. Veneraba el

pasado clásico de Grecia y Roma y, allá donde fuera, visitaría sus grandes reliquias. ¿Pero entendía el contexto en el que se había desarrollado, cómo había evolucionado y cómo había surgido su propio papel de emperador?

Desde luego Adriano era famoso por su pasión por las «curiosidades» y su estudio.<sup>[7]</sup> En el curso de sus viajes, subió a la cima del volcán Etna, en Sicilia, y a otras montañas igualmente singulares, consultó antiguos oráculos de los dioses, y visitó las maravillas turísticas del antiguo Egipto, periclitado hacía ya mucho tiempo. Debido a esa mentalidad de turista, se convirtió además en una especie de urraca cultural, que se apropiaba de todo lo que veía y luego lo imitaba. De regreso en Italia, construyó cerca de Tívoli una villa de enormes proporciones, compuesta por distintos elementos que aludían explícitamente a los grandes monumentos culturales del pasado griego antiguo. La villa de Adriano era un vasto parque temático que contenía edificios que evocaban Alejandría y la Atenas clásica.<sup>[8]</sup>

En esa villa, a la muerte de su amado Antínoo, se dedicaría a escribir su autobiografía. No se conserva casi nada de ella, pero podemos suponer que contenía cariñosos tributos a su joven amado y al mismo tiempo pasajes que contribuyeran a enaltecer su propia imagen urbana. A Adriano le interesaba la filosofía y tal vez, a la manera epicúrea, se consolara a sí mismo del temor de la muerte.<sup>[9]</sup> Lo que no habría hecho habría sido analizar los cambios históricos que pudieran ocultarse tras todo lo que había visto a lo largo de sus viajes, desde Homero hasta la Atenas clásica, desde la magna Alejandría de Alejandro Magno hasta el antiguo esplendor de Cartago (ciudad que fue rebautizada con el nombre de Adrianópolis en su honor).

Tomó como modelo al primer emperador romano, Augusto, pero parece que nunca se preguntó cómo éste había impuesto en Roma un gobierno de un solo hombre tras más de cuatrocientos años de preciada libertad.

El presente libro pretende contestar a estas cuestiones para Adriano, y para los numerosos herederos de esa devoción suya, para aquellos que viajan al mundo clásico, contemplan los lugares clásicos y están dispuestos a reconocer que existió una «época clásica», incluso frente a las afirmaciones de que ha habido muchas más culturas en el mundo. Es una selección de cuestiones significativas e interesantes y de lo que menos se habla en él es de los temas que menos le habrían interesado a Adriano: de los diversos reinos griegos surgidos tras la muerte de Alejandro Magno y, sobre todo, de los años de la república romana comprendidos entre la destrucción de Cartago (146 a.C.) y las reformas del dictador Sila (81-80 a.C.). En cambio, la Atenas de Pericles y Sócrates y la Roma de César y Augusto reclaman su máxima atención, como puntales «clásicos» del pasado al que tan unido se sentía Adriano.

Los historiadores del propio imperio de Adriano no desconocían los cambios que se habían producido desde aquellos tiempos. Algunos intentaron explicarlos y sus respuestas no se limitaron a enumerar las victorias militares o a los distintos miembros de la familia imperial de Roma. La historia del mundo clásico es en parte la invención y el desarrollo de la propia historiografía. En la actualidad, los historiadores intentan aplicar a la interpretación de esos cambios sofisticadas teorías relacionadas con la economía y la sociología, la geografía y la ecología, las teorías de clase y de género, el poder de los símbolos o los modelos

demográficos por poblaciones y grupos de edad. En la Antigüedad, esas teorías nuestras no tenían una manifestación explícita o ni siquiera existían. En cambio, los historiadores tenían sus propios temas favoritos, entre los cuales destacaban especialmente tres: la libertad, la justicia y el lujo. Nuestras teorías modernas pueden profundizar en esos temas explicativos de los antiguos, pero no suplantarlos por completo. He decidido destacar esos tres porque estaban en la mente de los actores de la época y constituían un elemento importante de la forma que tenían de ver los acontecimientos, aunque resulten insuficientes para nuestra manera de entender los cambios históricos.

Cada uno de ellos es un concepto flexible cuyo radio de acción varía. La libertad, por ejemplo, comporta elección y para mucha gente en la actualidad implica autonomía o facultad de tomar decisiones independientes. La «autonomía» es una palabra inventada por los griegos antiguos, pero para ellos tenía un contexto político claro: empezó siendo la palabra empleada para designar el autogobierno de una comunidad, un grado protegido de libertad frente a un poder exterior que era lo bastante fuerte como para infringirla. La primera aplicación de la palabra a un individuo que se conserva se refiere a una mujer, Antígona, en el drama que lleva su nombre.<sup>[10]</sup> La libertad era, además, un valor político, pero en todo momento se veía acentuada por el estatus contrario, la esclavitud. A partir de Homero, todas las comunidades valorarían la libertad frente a los enemigos, que, por lo demás, habrían querido esclavizarlas. Dentro de una comunidad, la libertad se convirtió luego en un valor de las constituciones políticas: cualquier otra alternativa era calificada de «esclavitud». Ante

todo, la libertad era el preciado estatus de los individuos que se diferenciaban de los esclavos, susceptibles de ser comprados y vendidos. Pero, al margen de la esclavitud, ¿en qué consistía la libertad de un individuo? ¿Requería libertad de palabra o libertad para adorar a los dioses que cada uno quisiera? ¿Era la libertad de vivir como a cada uno le apeteciera, o simplemente una libertad frente a cualquier injerencia? ¿Cuándo se convertía la «libertad» en perverso «libertinaje»? Estas cuestiones ya habían sido estudiadas en tiempos de Adriano, que, entre todos sus súbditos, fue aclamado como libertador y como dios por los griegos.

El concepto de justicia había sido discutido igualmente. Los gobernantes, empezando por el propio Adriano, se arrogaban el título de justos, e incluso en tiempos de Homero se hablaba de comunidades «justas» idealizadas. ¿Estaba la justicia en manos de los dioses o la cruda realidad era que la justicia no era un valor determinante de las relaciones de las divinidades con los mortales? Los filósofos se habían preguntado desde hacía mucho tiempo qué era la justicia. ¿Era «dar a cada uno lo que se le debe» o era recibir cada individuo su merecido, quizá como consecuencia de su comportamiento en una vida anterior? ¿Era justa la igualdad? Y en tal caso, ¿qué clase de igualdad? ¿Lo «mismo para todos y cada uno» o una «igualdad proporcional», que variaba según la riqueza y la clase social de cada individuo? [11] ¿Qué sistema la garantizaba? ¿Uno de leyes aplicadas por jurados de ciudadanos elegidos al azar, o bien uno de leyes aplicadas y creadas por un solo juez, acaso un gobernador o incluso el propio emperador? Adriano dedicó gran parte de su energía a juzgar y atender peticiones, y ésa es la faceta a través de la cual lo conocemos mejor. Se conservan algunas

respuestas a ciudades y súbditos de su imperio que los interesados se encargaron de conmemorar en inscripciones. [12] Otros decretos suyos han sobrevivido en diversas colecciones latinas de dictámenes legales. Existe incluso una colección aparte de «dictámenes» de Adriano, que son las respuestas dadas por el emperador a diversos peticionarios y que fueron reunidas en forma de ejercicios escolares para su traducción al griego. [13] En la época clásica griega, ni Pericles ni Demóstenes habían contestado a las peticiones de nadie ni habían dado respuestas que tuvieran fuerza de ley.

Lo mismo que la justicia y la libertad, el lujo era un término con una historia muy flexible. ¿Dónde empieza exactamente el lujo? Según la novelista Edith Wharton, el lujo es la adquisición de algo que no se necesita, ¿pero dónde acaban las «necesidades»? Para la diseñadora de modas Coco Chanel, el lujo era un valor más positivo, cuyo contrario, solía decir, no es la pobreza, sino la vulgaridad; en su opinión «el lujo no es ostentoso». Desde luego es un concepto que invita a utilizar dobles raseros. A lo largo de la historia, desde Homero hasta Adriano, fueron aprobadas leyes destinadas a limitarlo y los pensadores lo consideraron algo muelle o corruptor o incluso subversivo desde el punto de vista social. Pero las variedades del lujo y su demanda fueron multiplicándose a pesar de las voces levantadas en su contra. En torno al lujo podemos escribir toda una historia de los cambios culturales facilitada por la arqueología, que nos proporciona pruebas de su extensión, ya sean las cuentas de lapislázuli importadas del mundo prehomérico (por su origen, todas ellas procedentes del nordeste de Afganistán) o de los rubíes de Oriente Próximo importados a partir de la época de Alejandro (tras su análisis, se ha demostrado que

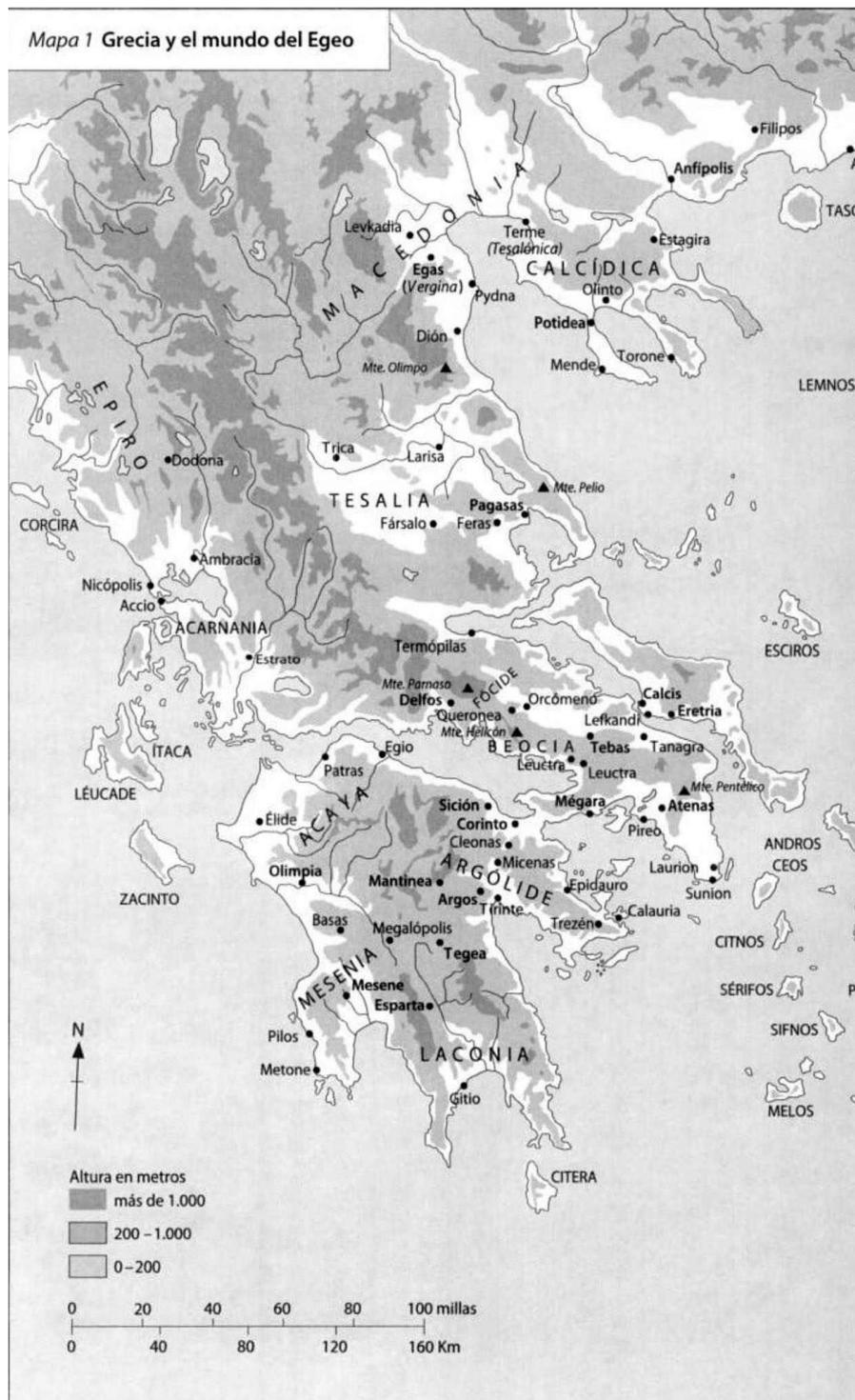
procedían en último término de Birmania, entonces desconocida).

En tiempos de Adriano y su pasión por el clasicismo, las libertades políticas de la pasada época clásica se habían visto muy mermadas. La justicia, a nuestros ojos, se había vuelto menos justa, pero, en cambio, los lujos, desde los alimentos al mobiliario, habían experimentado una gran proliferación. ¿Cómo se habían producido esos cambios y cómo, en todo caso, se relacionaban unos con otros? Habían tenido lugar en un ambiente marcado intensamente por la política, pues el contexto de poder y de derechos políticos fue modificándose de manera tumultuosa a lo largo de las generaciones, hasta un punto que sitúa esta época al margen de los siglos de monarquía u oligarquía de gran parte de la historia subsiguiente. Si se hace un estudio temático de esta época, por capítulos dedicados al «sexo», «el ejército» o «la ciudad-estado», el período en cuestión se ve reducido a una unidad estática falsa, y la «cultura» queda desgajada de su contexto formativo, las relaciones de poder cambiantes y contrapuestas. Por eso nuestra historia sigue el hilo de un relato cambiante, dentro del cual esos tres temas principales tienen unas resonancias asimismo cambiantes. A veces es una historia de grandes decisiones, tomadas por individuos (varones), pero siempre en un escenario de miles de vidas individuales. Algunas de esas vidas, ajenas a la «gran narración», las conocemos por las palabras que se inscribieron en materiales duraderos, las vidas de los atletas victoriosos o los orgullosos propietarios de caballos de carrera cuyos nombres se conservan, la señora de la ciudad natal de Alejandro Magno que escribió una maldición contra el amante que ella deseaba y contra la muchacha a la

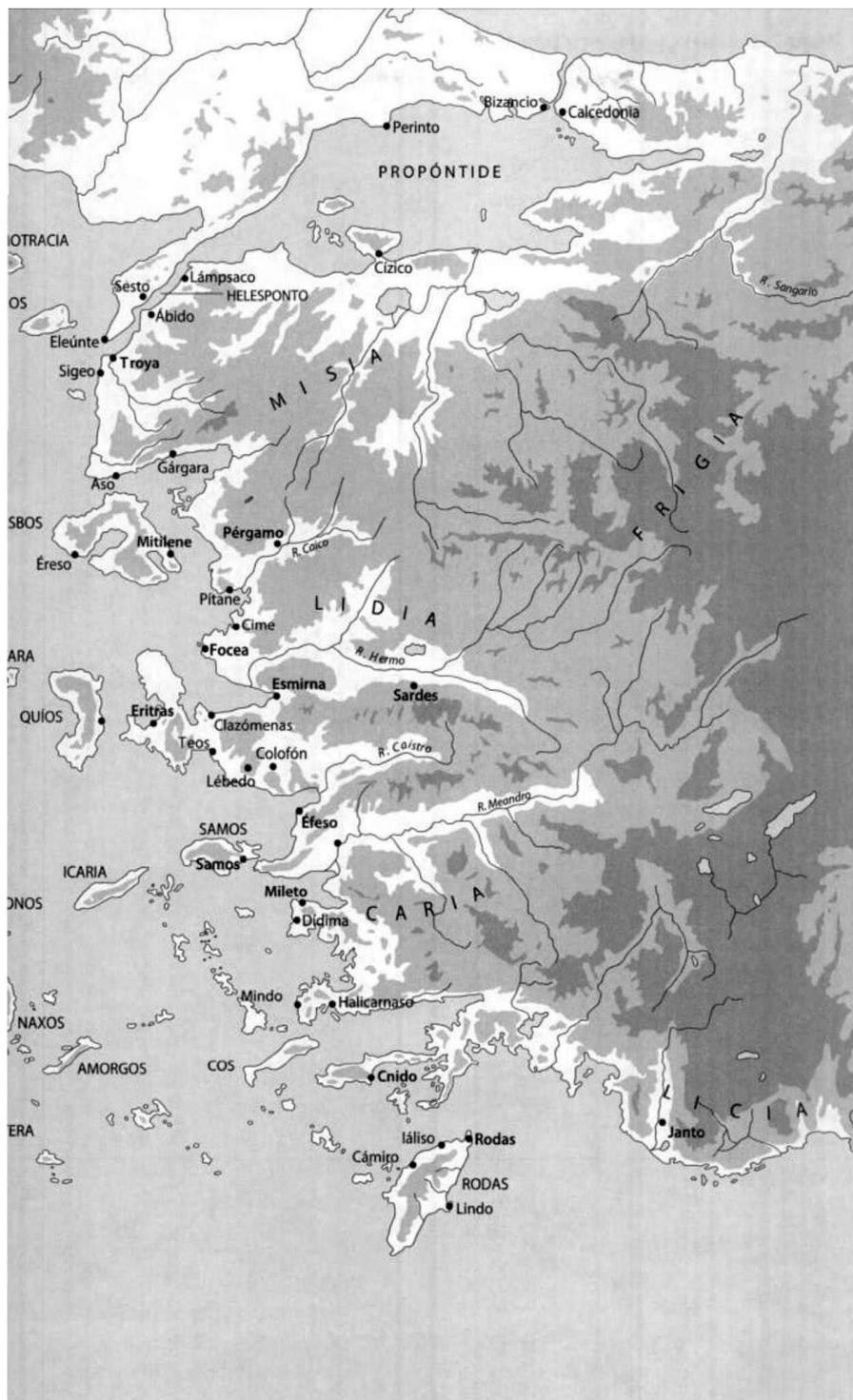
que éste prefería, Tétima («¡Que no se case con otra más que conmigo!»), o el infortunado propietario de un lechoncillo que había ido corriendo junto al carro de su amo por la carretera de Tesalónica, para ser atropellado en Edesa y perecer en un accidente en un cruce de caminos.<sup>[14]</sup> Decenas de personajes de este estilo salen a la luz cada año en las inscripciones griegas y latinas recientemente estudiadas, cuyos fragmentos exigen a los especialistas agudizar su talento al máximo, pero cuyo contenido realza la diversidad del mundo antiguo. Desde Homero hasta Adriano, nuestro conocimiento del mundo clásico no ha dejado de evolucionar, y el presente libro es un intento de seguir sus puntos de mayor interés como Adriano, el gran viajero global de aquel mundo, no pudo seguir nunca.

# MAPAS

Mapa 1 Grecia y el mundo del Egeo

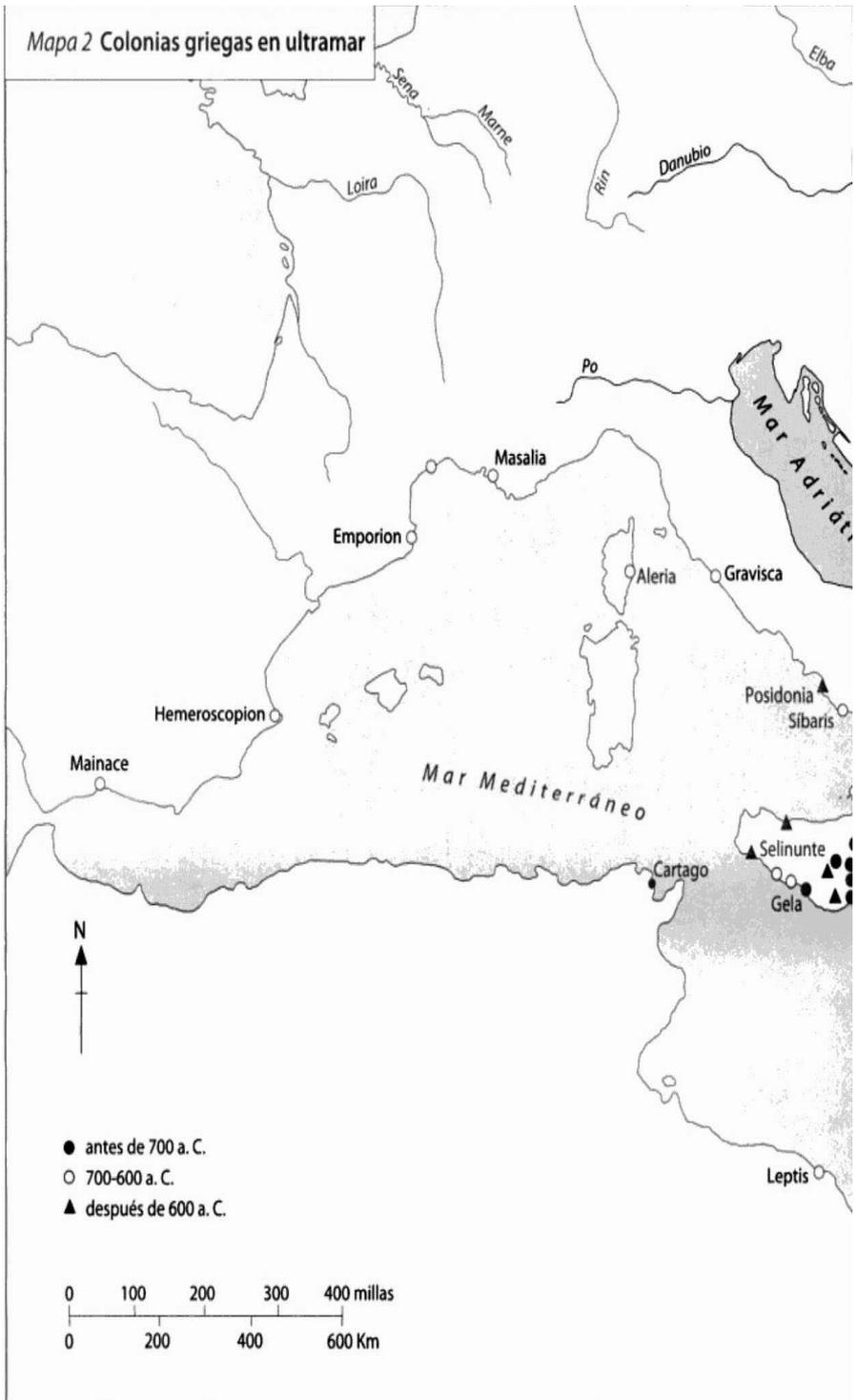








Mapa 2 Colonias griegas en ultramar





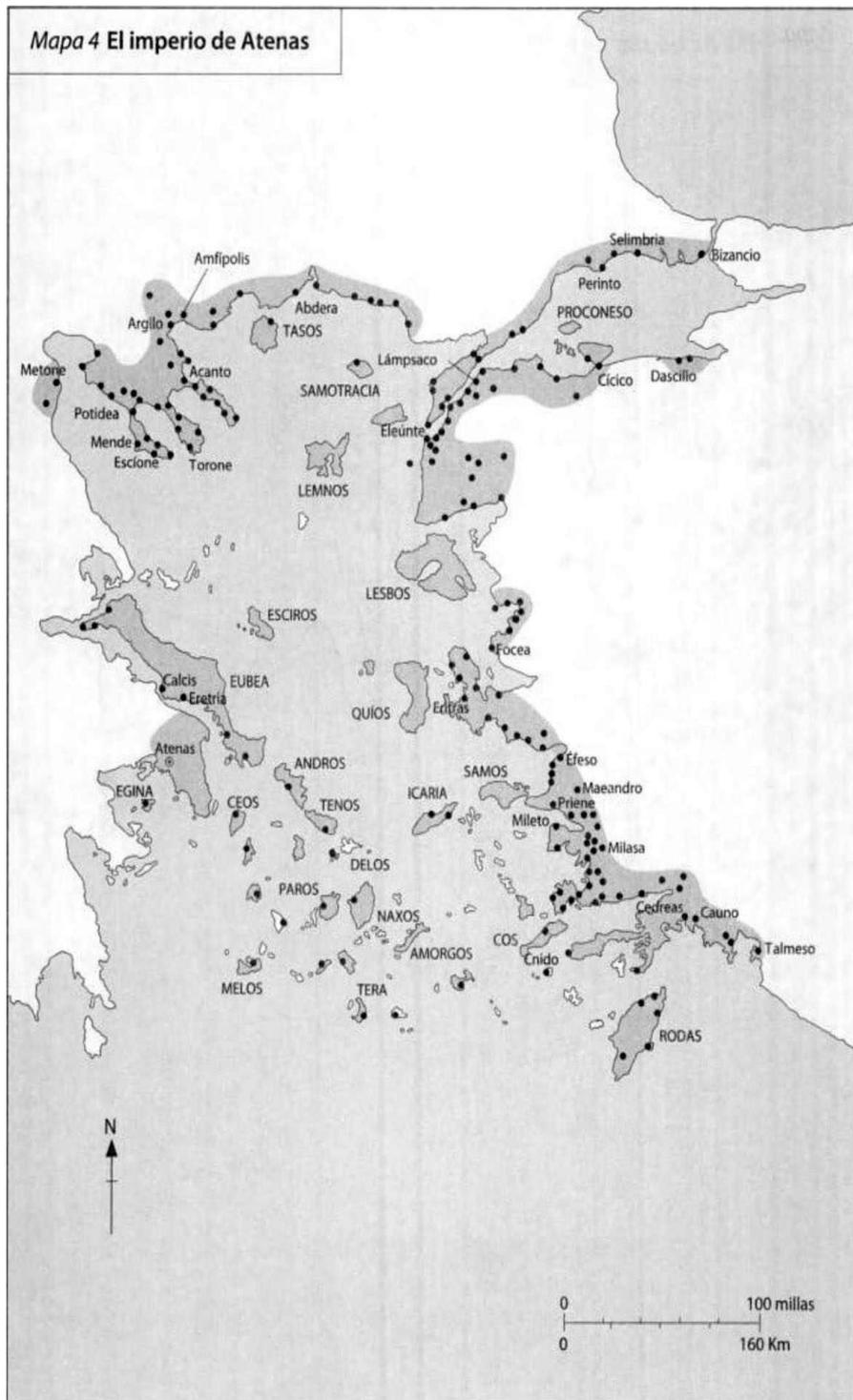




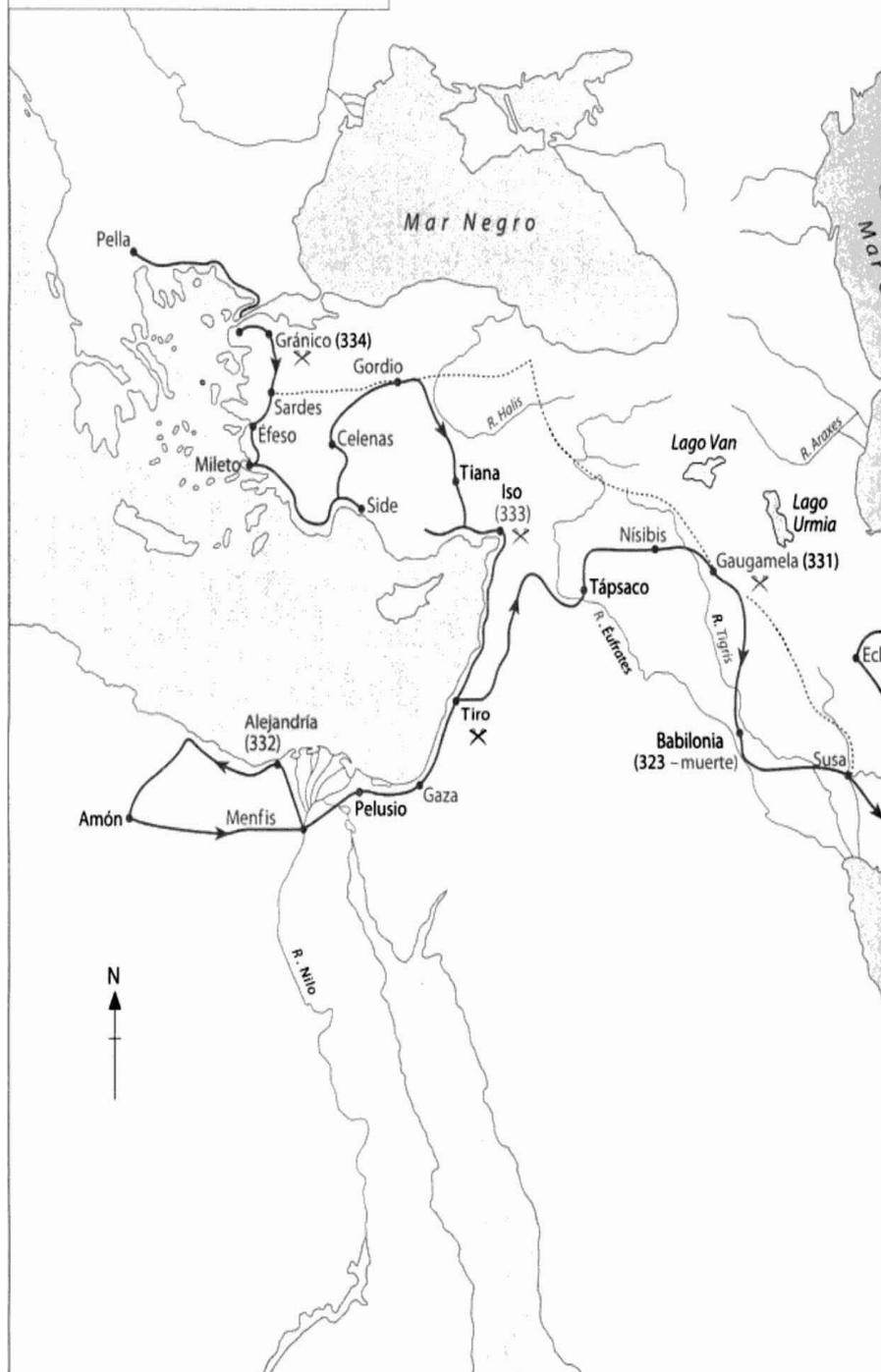
Mapa 3 Los griegos de Occidente



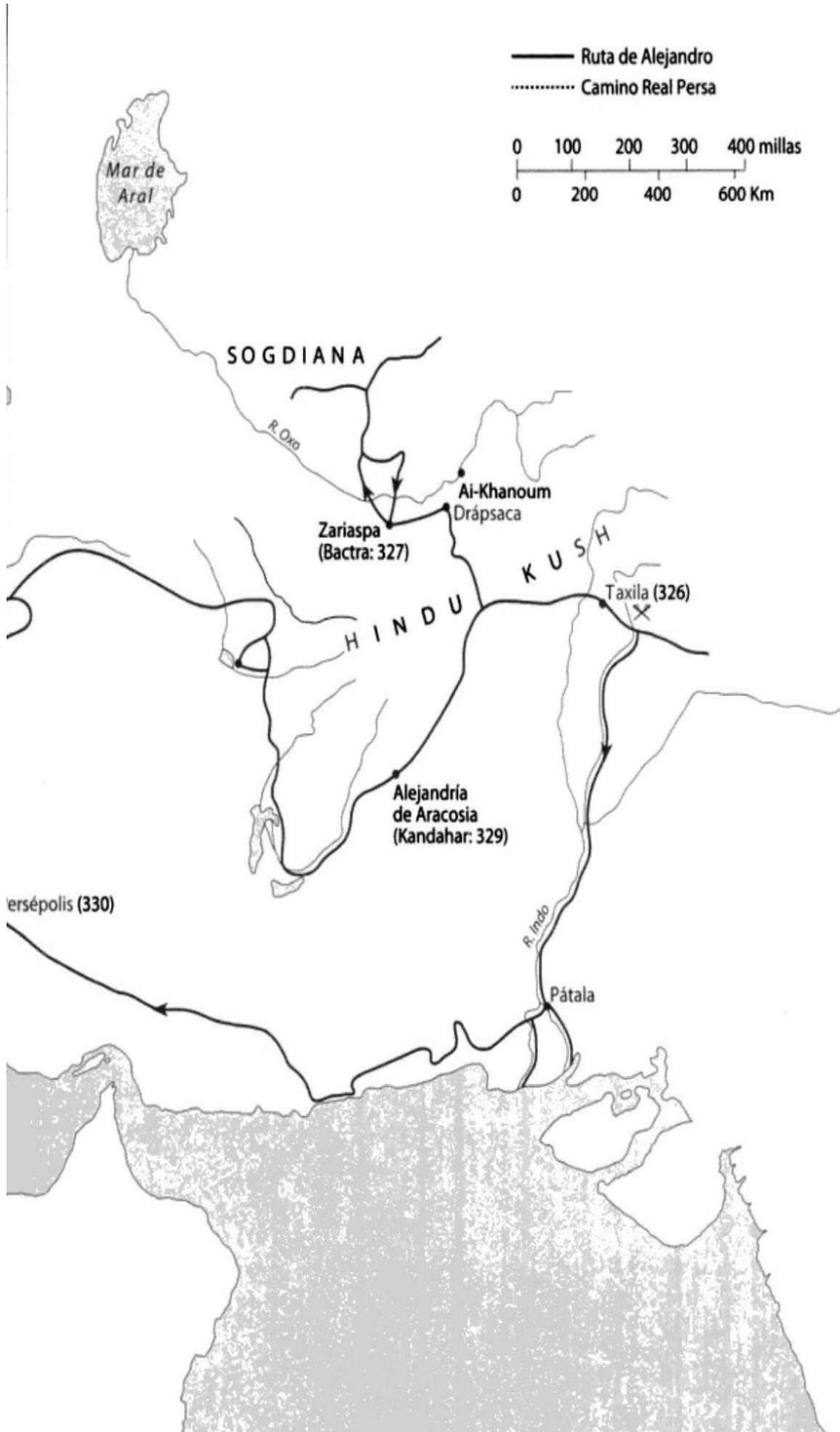
Mapa 4 El imperio de Atenas



Mapa 5 Las conquistas de Alejandro

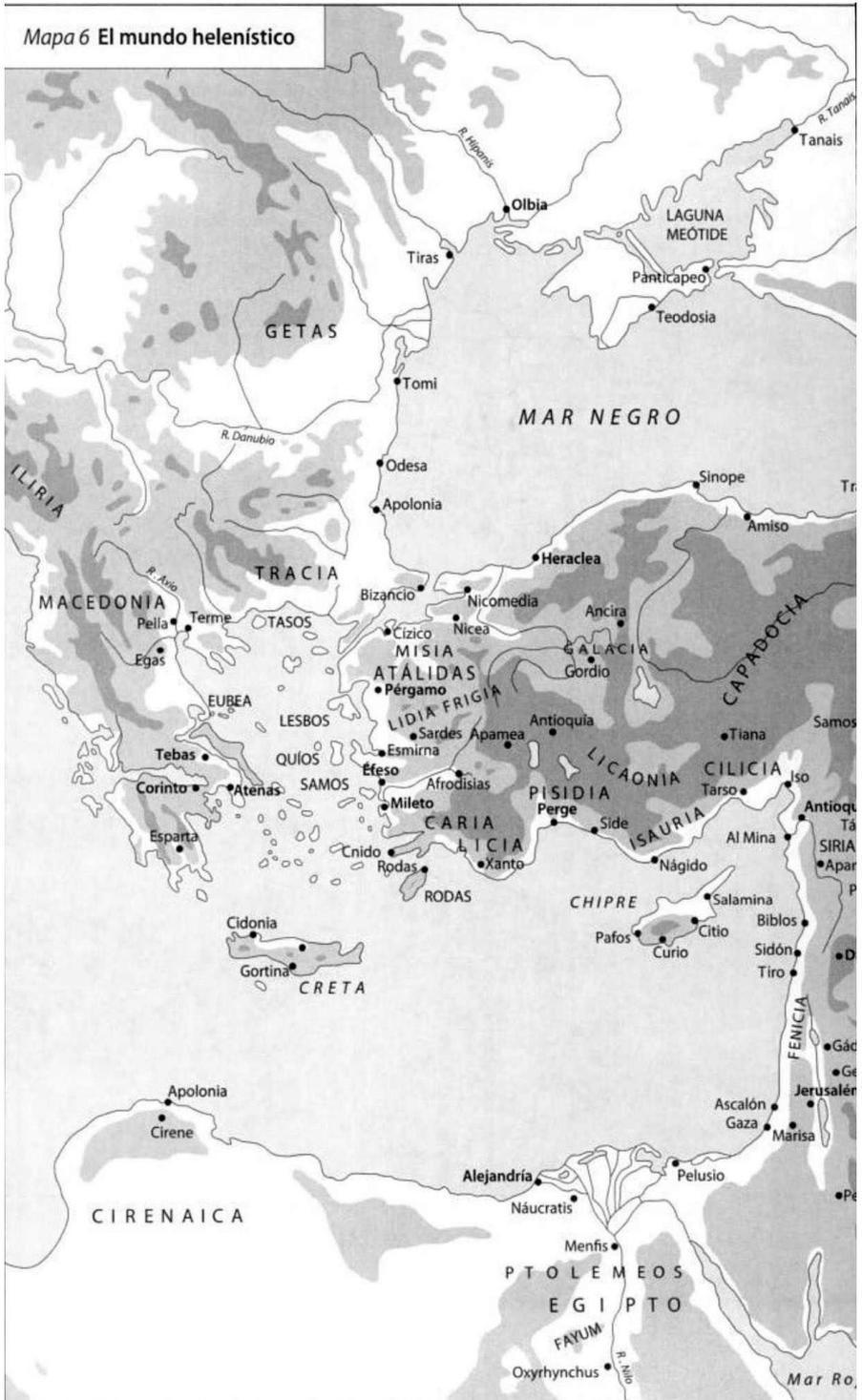




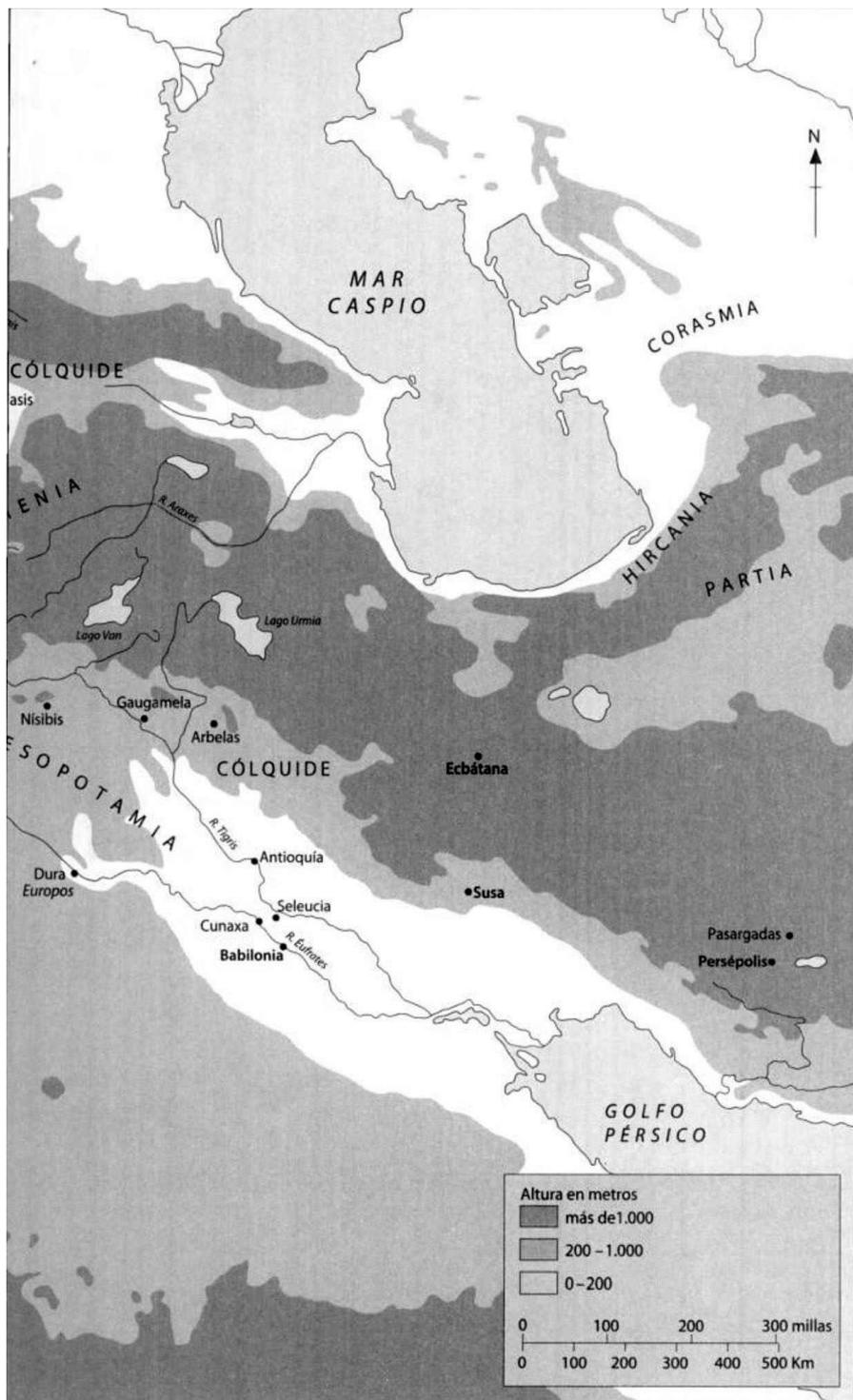




Mapa 6 El mundo helenístico

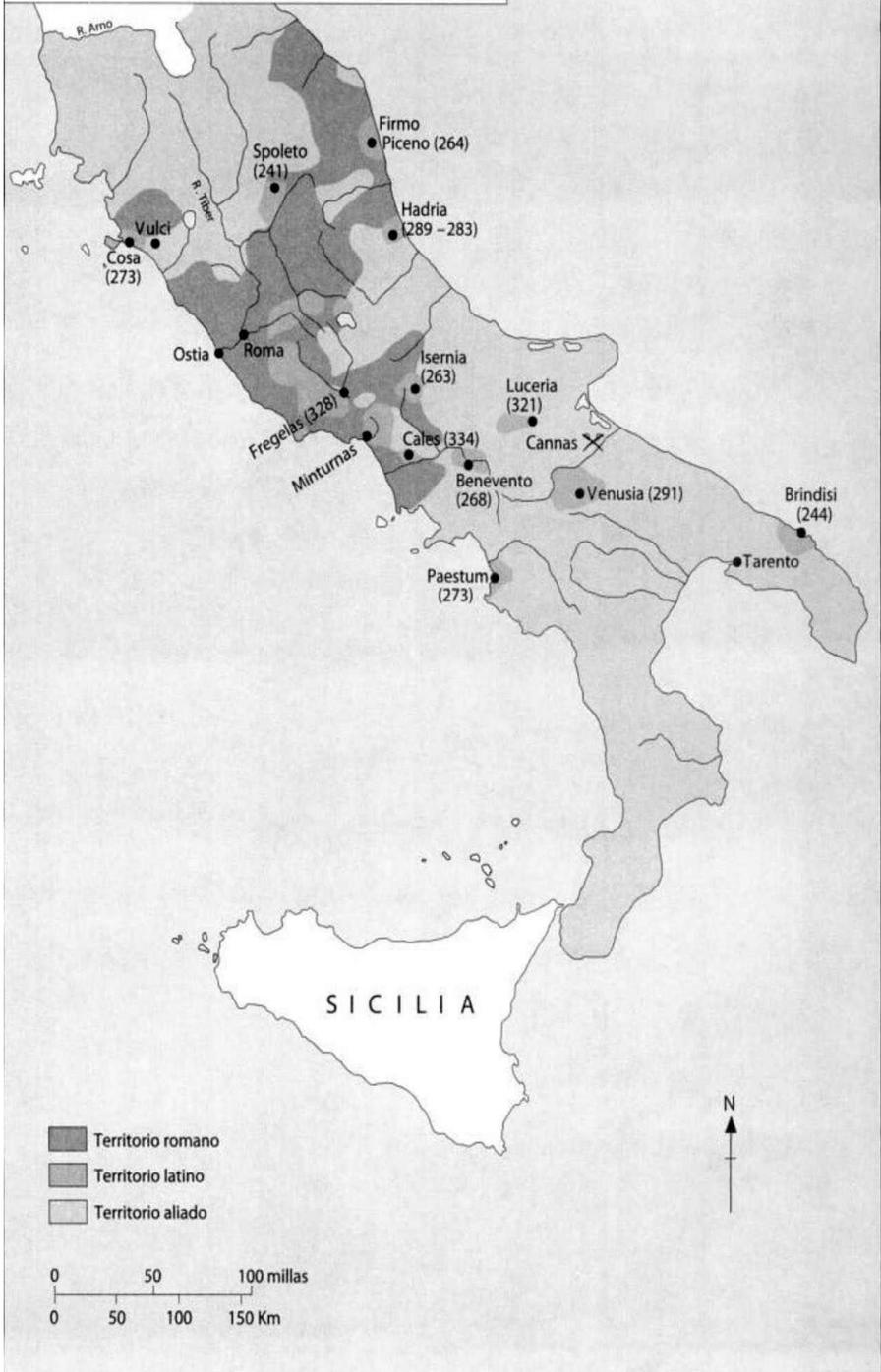




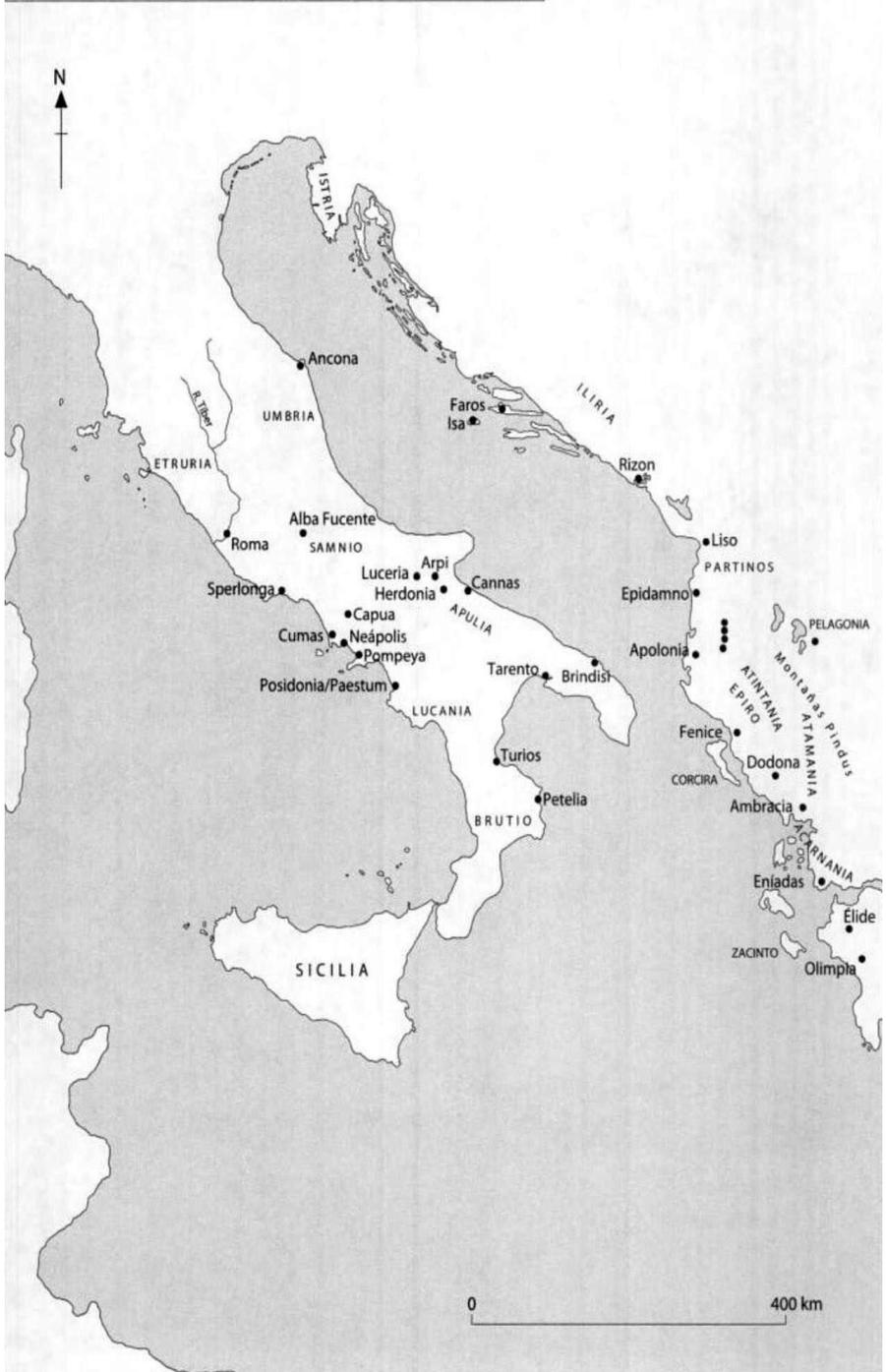




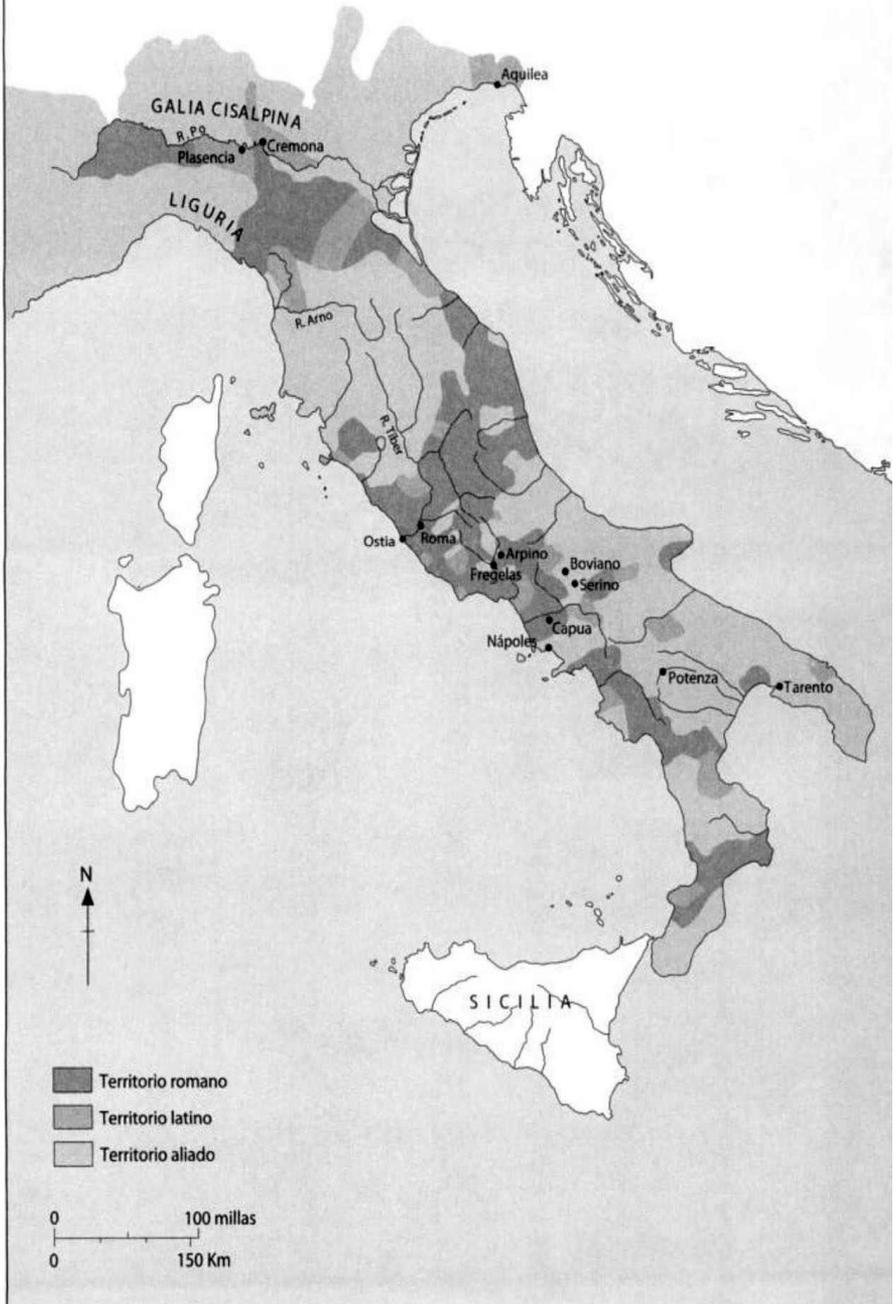
Mapa 7 La expansión de Roma: (a) dentro de Italia



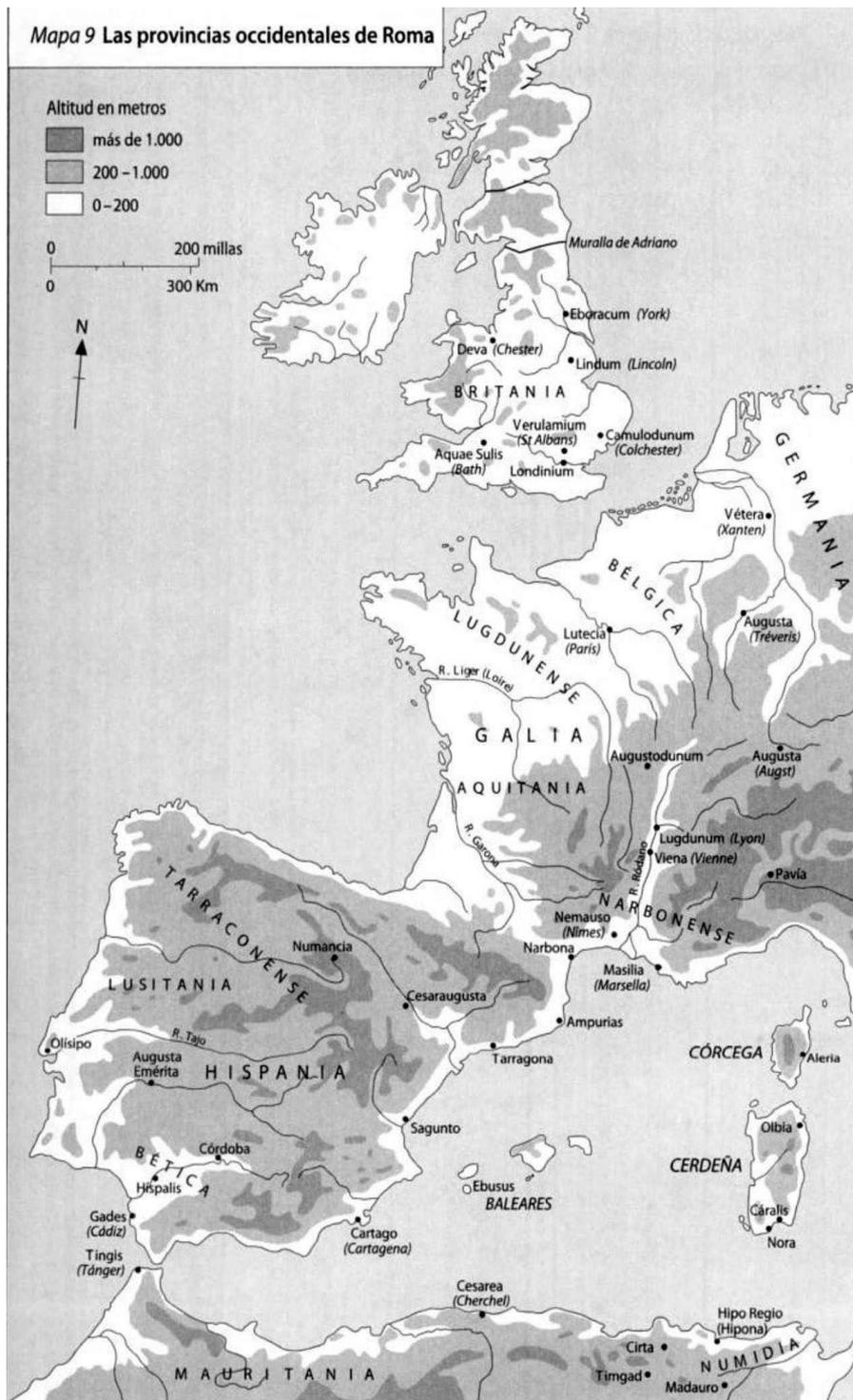
Mapa 7 La expansión de Roma: (b) frente a sus vecinos



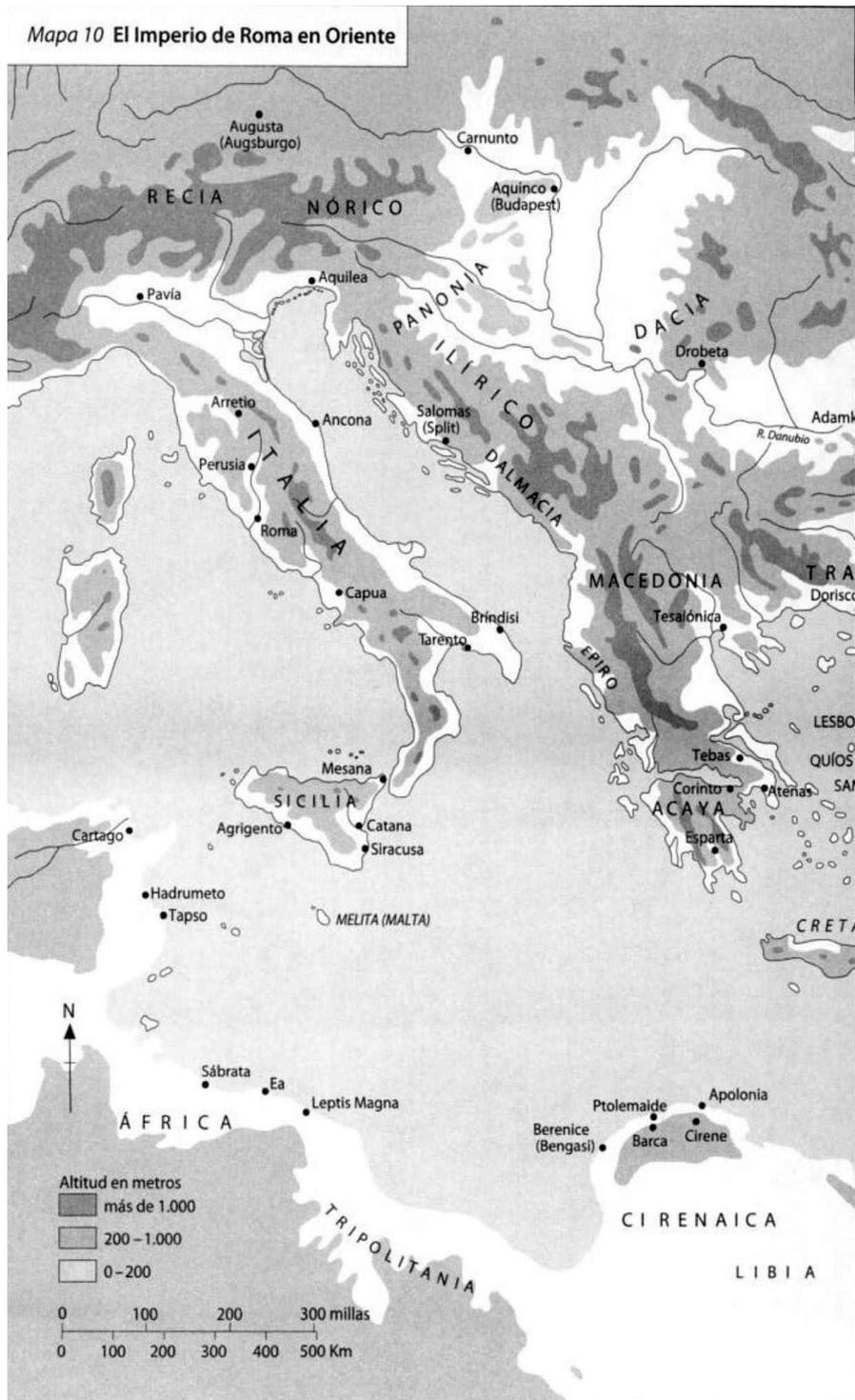
Mapa 8 La expansión de Roma en Italia antes de 95 a. C.



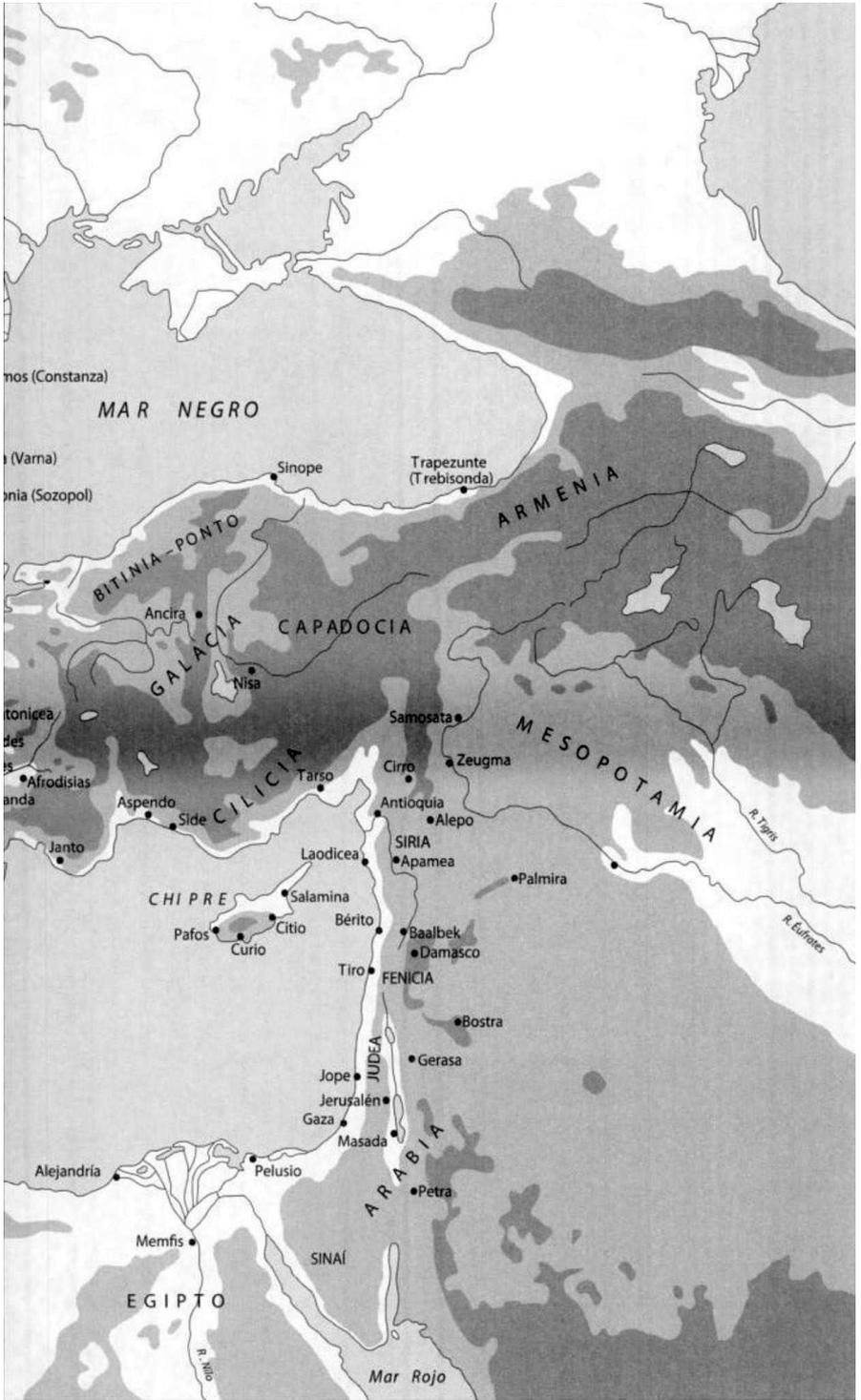
Mapa 9 Las provincias occidentales de Roma



Mapa 10 El Imperio de Roma en Oriente

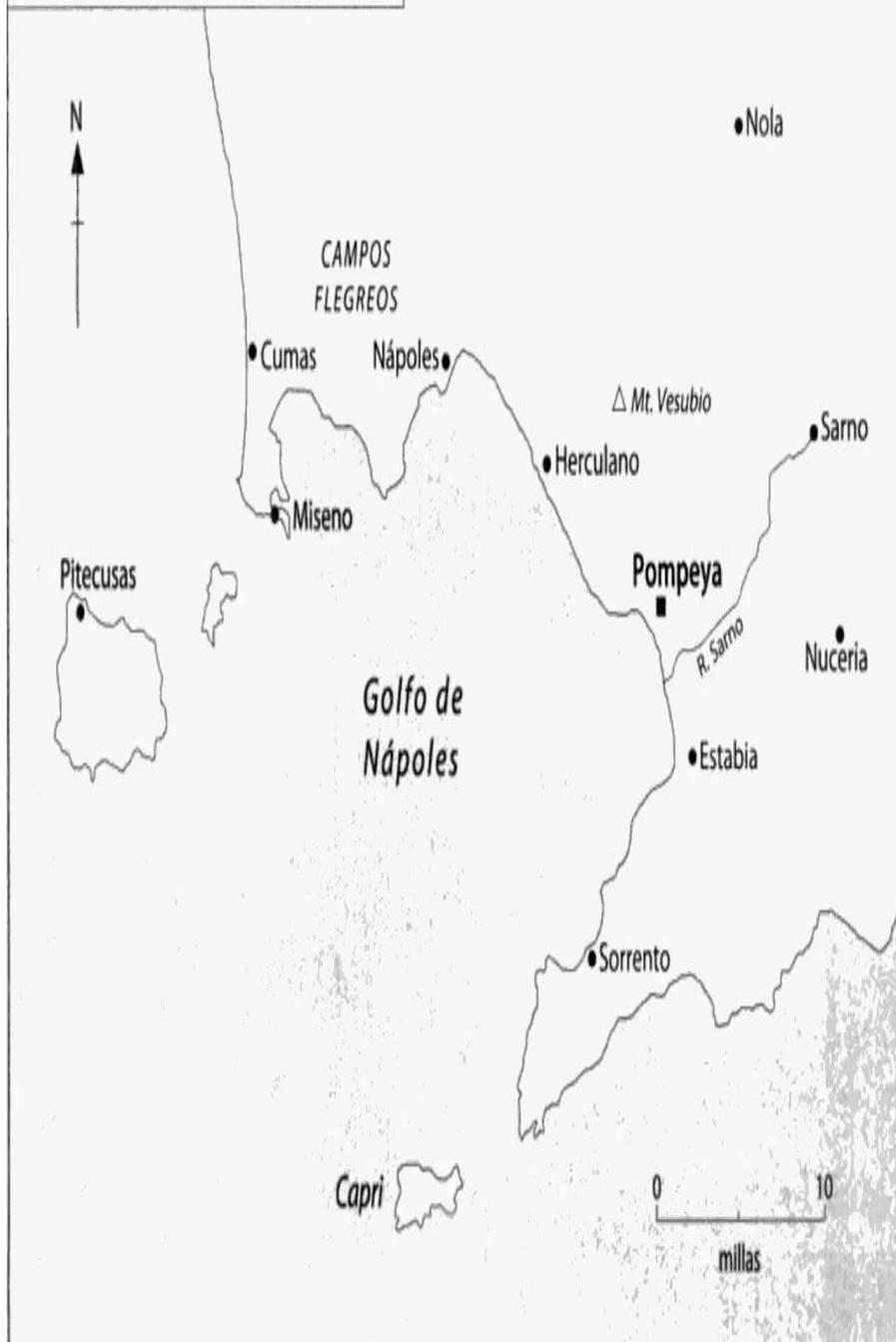








Mapa 11a Pompeya y sus alrededores







Primera parte  
EL MUNDO GRIEGO ARCAICO

En la Grecia continental (y estamos tratando de la tradición continental), la época arcaica fue un tiempo de extrema inseguridad personal. Los diminutos estados con exceso de población estaban sólo empezando a superar la miseria y el empobrecimiento que habían dejado tras de sí las invasiones dorias, cuando surgieron nuevas dificultades: la crisis económica del siglo VII arruinó clases enteras, y fue seguida, a su vez, por los grandes conflictos políticos del VI que convirtieron la crisis económica en asesina lucha de clases... Tampoco es accidental que sea en esta época cuando la ruina que amenaza a los ricos y poderosos se convierte en un tema tan popular para los poetas...

E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational* (1951), 54-55

La íntima relación personal que mantenían las clases más elevadas de la época supuso una fuerza tremenda que facilitó la rapidez verdaderamente pasmosa con que se produjeron los cambios introducidos por aquel entonces; en el ámbito intelectual parece que la clase alta no se arredró ante prácticamente ninguna novedad. Con una apertura mental y una falta de prejuicios sorprendente fue el sostén de la expansión cultural que subyace a los grandes logros de la época clásica y de gran parte de la civilización occidental posterior. La superstición y la magia de la primitiva Época Oscura se abrieron paso hasta los tiempos plenamente históricos... Ese pasado, ejemplificado en la épica, no fue repudiado en sus aspectos más fundamentales, pero los escritores, los artistas y los pensadores se sintieron perfectamente libres para explorar y ensanchar sus horizontes. La causa inmediata fue sin duda alguna el dominio de la vida que ejercía la aristocracia.

CHESTER G. STARR, *The Economic and Social Growth of Early Greece, 800-500 BC* (1977), 144

# Capítulo 1

## LA ÉPICA HOMÉRICA

Así habló [Príamo] y le infundió [a Aquiles] el deseo de llorar por su padre. Le tocó la mano y retiró con suavidad al anciano. El recuerdo hacía llorar a ambos: el uno a Héctor, matador de hombres, lloraba sin pausa, postrado ante los pies de Aquiles; y Aquiles lloraba por su propio padre y a veces también por Patroclo...

HOMERO, *Iliada* 24.507-511

En el año 125 d.C, durante su viaje a Grecia, Adriano se detuvo en el oráculo más famoso de la Hélade, Delfos, y planteó a su dios la pregunta más difícil: ¿Dónde había nacido Homero y quiénes eran sus padres? Los propios antiguos habrían dicho: «Empecemos por Homero», y hay muy buenas razones para que también una historia del mundo clásico empiece por él.

No es que Homero pertenezca a «los albores» de la presencia de los griegos en Grecia ni a los orígenes de la lengua griega: pero para nosotros es un buen comienzo porque sus dos grandes poemas épicos, la *Iliada* y la *Odisea*, son los primeros textos griegos de gran extensión que se conservan. En el siglo VIII a.C. (época en la que la mayoría de los especialistas datan la vida de Homero), tenemos los primeros testimonios del empleo del alfabeto griego, el utilísimo sistema de escritura en el que se conservaron sus poemas. El ejemplo más antiguo existente hoy día data de la década de 770 a.C. y, con pequeñas variaciones, ese mismo alfabeto sigue utilizándose hoy día para escribir el griego moderno. Antes de Homero habían sucedido muchas cosas

en Grecia y en el Egeo, pero durante los cuatro siglos anteriores a su época no se había utilizado la escritura para nada (excepto en mínima proporción en Chipre). La arqueología es la única fuente de nuestros conocimientos sobre este período, una auténtica «edad oscura» para nosotros, aunque no tuviera nada de «oscura» para los que vivieron en ella. Los arqueólogos han avanzado mucho en los conocimientos que ahora podemos tener de esta época, pero la escritura, basada en el alfabeto, proporciona al historiador una nueva multiplicidad de testimonios.

No obstante, los poemas de Homero no son historia y no hablan de su propia época. Tratan de héroes míticos y de sus hazañas en la guerra de Troya y después de la conclusión de este conflicto, que los griegos se imaginaban que había tenido lugar en Asia. Había existido, en efecto, una gran ciudad llamada Troya («Ilion») y es posible que se hubiera producido realmente una gran guerra como ésta, pero el Héctor, el Aquiles y el Odiseo de Homero no son personajes históricos. Para los historiadores, el valor de esos grandes poemas es bastante distinto: ponen de manifiesto un conocimiento de un mundo real, el trampolín desde el cual podemos imaginar un mundo épico de leyenda aún más grandioso, y son el testimonio de unos valores que se dan por supuestos, pero que también se manifiestan directamente. Nos hacen pensar en los valores de su primitivo público griego, dondequiera que estuviera y fueran quienes fuesen los que lo integraran. Ponen ante nosotros asimismo los valores y la mentalidad de muchos otros hombres posteriores pertenecientes al que sería nuestro mundo «clásico». Y es que los dos grandes poemas homéricos, la *Ilíada* y la *Odisea*, fueron en todo momento las

grandes obras maestras. Fueron admirados desde los tiempos de su autor hasta la época de Adriano e incluso hasta el fin de la Antigüedad de forma ininterrumpida. Los episodios de la guerra de Troya que se cuentan en la *Iliada*, la cólera de Aquiles, su amor por Patroclo (que no se dice abiertamente que tuviera un carácter sexual) y la muerte de Héctor siguen estando entre los mitos más famosos del mundo, mientras que los relatos de la *Odisea* acerca del regreso de Odiseo a su patria, su esposa Penélope, los Cíclopes, Circe y las Sirenas siguen formando parte de los primeros años de muchas personas. La *Iliada* culmina con un gran momento de dolor humano y de tristeza compartida, manifestado en la entrevista de Aquiles y el anciano Príamo, cuyo hijo ha perecido a manos del primero. La *Odisea* es la primera representación conocida de la nostalgia, a través de la añoranza de Odiseo, que desea regresar a su tierra natal. La obra nos ofrece casi al final un encuentro con la dolorosa vejez, cuando Odiseo llega a la casa de su anciano padre Laertes, que continúa trabajando tenazmente en su huerto y no puede creer que su hijo siga vivo.

Los poemas describen un mundo de héroes que «no son como los mortales de ahora». A diferencia de los griegos de la época de Homero, sus héroes llevan fabulosas armaduras, gozan abiertamente de la compañía de los dioses, que adoptan forma humana, utilizan armas de bronce (no de hierro, como los contemporáneos de Homero) y van en carro al campo de batalla, donde luego combaten a pie. Cuando Homero describe una ciudad, habla de un palacio y un templo unidos en una misma construcción, aunque ambos edificios nunca coexistieron en el mundo del poeta ni

de su público. Desde luego ni él ni su audiencia consideraban ese «mundo» épico básicamente suyo, sino un poco más grandioso. No obstante, sus costumbres y su marco social, particularmente los de la *Odisea*, parecen demasiado coherentes para ser sólo la confusa invención de un poeta. Se ha sostenido la existencia de una realidad subyacente tras la comparación del «mundo» de los poemas con otras sociedades más recientes carentes de escritura, por ejemplo la de la Arabia preislámica o la de las tribus de Nuristán, al nordeste de Afganistán. Existen semejanzas en la práctica, pero las comparaciones globales de este tipo son difíciles de controlar, y el método más convincente consiste en defender el uso de la realidad que hacen los poemas comparando algunos aspectos de los mismos con contextos griegos posteriores a la época de Homero. Las analogías en este sentido son muchísimas, desde la costumbre del intercambio de regalos, que sigue siendo tan importante en las historias de Heródoto (*ca.* 430 a.C.) hasta los modelos de oraciones o de ofrendas a los dioses, que persisten en la práctica religiosa griega a lo largo de toda la historia, o los valores e ideales que configuran las tragedias griegas compuestas en la Atenas del siglo v. En consecuencia, leer a Homero no es sólo verse arrastrado por el *pathos* y la elocuencia, por la ironía y la nobleza: es entrar en un mundo social y ético que resultaba conocido a la mayor parte de los grandes personajes griegos posteriores a él, ya hablemos del poeta Sófocles o de aquel gran amante de Homero que fue Alejandro Magno. En la Atenas clásica de finales del siglo v, el general Nicias, hombre acaudalado y de talante conservador, obligaba a su hijo a estudiar de memoria los poemas homéricos. Es indudable que no era el único de los

jóvenes de su clase que participaba de ese aprendizaje: el noble desdén de los héroes por las multitudes probablemente siguiera vivo en muchos de ellos.

Homero, pues, siguió siendo importante en el mundo clásico que se desarrolló más tarde. No obstante, se dice que el emperador Adriano prefería a un oscuro poeta erudito, Antímaco (*ca.* 400 a.C), que escribió una vida de Homero. Empezando por Homero podemos corregir la travesura de Adriano; lo que no podemos es responder a su pregunta acerca de los orígenes del poeta.

Por mucho que el dios de Delfos conociera la respuesta, sus profetas desde luego no la revelaron. En todo el mundo griego había ciudades que afirmaban ser la patria natal del poeta, pero en realidad no sabemos nada de su vida. Sus poemas, la *Iliada* y la *Odisea*, fueron compuestos en un dialecto poético artificial que se adaptaba a su complejo verso, el hexámetro. La lengua de los poemas hunde sus raíces en los dialectos que reciben el nombre de «griego oriental», pero un poeta habría podido aprenderla en cualquier sitio: era una herramienta de trabajo de los poetas que componían sus obras en hexámetros, no una modalidad de griego hablado habitualmente. Es más sugestiva la tesis que sostiene que cuando la *Iliada* utiliza símiles de la vida cotidiana, a veces hace referencia a lugares o comparaciones específicas del mundo del «griego oriental», correspondiente a la franja costera de Asia Menor. Esas comparaciones tenían que resultar familiares a su público. Quizá el poeta y sus primeros oyentes vivieran realmente allí (en la actual Turquía) o en cualquiera de las islas adyacentes. Más tarde, ciertas tradiciones relacionarían a Homero con la isla de Quíos, parte de cuya costa es fielmente descrita en la *Iliada*.

Otras tradiciones lo relacionaban con Esmirna (la actual Izmir), situada enfrente de Quíos, ya en el continente asiático.

La cronología de Homero también ha sido muy discutida. Muchos siglos después, cuando los griegos intentaron datar su figura, la situaron en fechas que coinciden con las nuestras, entre *ca.* 1200 y *ca.* 800 a.C. Estas fechas eran demasiado tempranas, pero nosotros sabemos, cosa que los teóricos griegos no podían saber, que los poemas homéricos hacían referencia a unos lugares y palacios incluso más antiguos, con una historia anterior al año 1200 a.C. Describen la antigua Troya y hacen alusión a lugares concretos de la isla de Creta: en la Grecia continental hablan de un mundo de reyes en Micenas o Argos, hogar de Agamenón. La *Iliada* ofrece un extenso y detallado «catálogo» de las ciudades griegas que enviaron tropas a Troya; empieza con la zona situada en las inmediaciones de Tebas, en el centro de Grecia, e incluye varios topónimos desconocidos en el mundo clásico. Los arqueólogos han recuperado los restos de grandes palacios en Troya (donde las excavaciones más recientes están ampliando nuestras ideas acerca de las dimensiones del lugar), en Creta y en Micenas. Recientemente han encontrado también cientos de tablillas escritas en Tebas. Podemos datar esos palacios en fecha muy antigua, los de Creta en la época «minoica» (*ca.* 2000-1200 a.C.), y los de la Grecia continental en la «micénica» (*ca.* 1450-*ca.* 1200 a.C.). En realidad, en la actualidad podemos afirmar que tal vez fuera Tebas, y no Micenas, el centro de ese mundo.<sup>[15]</sup> En esa época «micénica» el griego era hablado ya ampliamente y escrito en un sistema de escritura silábica por escribas que

trabajaban en los palacios. En ese mismo período los griegos también viajaban ya a Asia, pero, que sepamos, no realizaron ninguna gran expedición militar. Gracias a la arqueología sabemos hoy día de la existencia de una época de esplendor ya perdido, pero Homero no habría podido conocerla en detalle. El «catálogo» de la *Ilíada* es la única excepción. Aun así, el poeta disponía sólo de relatos orales, en los cuales, después de quinientos años, no se reflejaba ni una sola de las realidades sociales. Unos cuantos detalles micénicos acerca de determinados lugares y objetos habían quedado enclavados en expresiones poéticas que Homero había heredado de sus predecesores analfabetos. Los años de formación de sus grandes relatos heroicos fueron probablemente *ca.* 1050-850 a.C. cuando la escritura se había perdido y no existía todavía el alfabeto griego. En cuanto al mundo social de los poemas, se basaba en una época más próxima a la de Homero (*ca.* 800-750 a.C.): el «mundo» de sus poemas es bastante distinto de todo lo que puedan sugerir la arqueología o los testimonios de los escribas de los antiquísimos palacios «micénicos».

En la actualidad, las fechas que dan los especialistas para Homero varían entre *ca.* 800 a.C. y *ca.* 670 a.C. La mayoría, empezando por mí, optaría por *ca.* 750-730 a.C. y desde luego sería anterior al poeta Hesíodo (fl. 710-700 a.C.): al menos estamos casi seguros de que la *Odisea* es posterior a la *Ilíada*, cuya trama argumental presupone. ¿Pero hubo un Homero o dos, uno para cada poema? Los textos que ahora leemos probablemente fueran objeto de arreglos y añadidos en algunos pasajes, pero al menos existió un único poeta monumental que realizó esa labor. La trama principal de cada poema es demasiado coherente para que hayan

evolucionado a lo largo de los siglos como una especie de «Homero del pueblo», cual si de una bola de nieve se tratara. Los recitadores profesionales o rapsodas siguieron ejecutando los Poemas en la Grecia arcaica, pero es indudable que ellos no crearon el grueso de las obras. En mi opinión, esos recitadores, a diferencia de Homero, habían memorizado los versos que recitaban: se habían aprendido de memoria un texto que se remontaba a la época del poeta principal. No creo que el propio Homero escribiera sus poemas: fue, pienso yo, un verdadero poeta oral, heredero de otros poetas analfabetos anteriores. Sin embargo, fue el primer poeta «épico» de verdad, el que concentró sus larguísima cantos en torno a un solo hilo conductor. Sus antecesores, como sus sucesores de menor talla, habrían cantado un episodio tras otro, sin tener nunca el don de la unidad a gran escala que poseía Homero. Es posible incluso que tengamos la trama de uno de esos poemas orales anteriores a Homero, cuyo protagonista es el héroe Memnón, oriundo de la oscura Etiopía. Si originalmente el personaje principal era él, el canto heroico griego más antiguo que se conoce habría tratado de un héroe negro.

Durante el siglo VIII empezó a difundirse por el mundo griego el nuevo invento, el alfabeto. No fue creado para escribir los grandes poemas de Homero, pero fue utilizado (probablemente por sus herederos cuando él estaba todavía vivo) para conservarlos. Eran tan buenos que disponer de un texto fijo de ambas obras habría dado lugar a muchas ganancias en el futuro. En tal caso, buena parte de lo que se nos ha conservado probablemente sea la versión dictada por el propio autor. Los poemas son bastante largos (15.689 versos la *Iliada*, y 12.110 la *Odisea*), pero es muy poco

verosímil que alcanzaran esa extensión sólo durante el proceso de dictado por el propio poeta, emprendido con el fin de asegurar su conservación. Eran asimismo demasiado extensos para haber sido compuestos para su ejecución en el curso de un banquete, pues se necesitan dos o tres días para escucharlos en su integridad. Cabe suponer que fueran compuestos inicialmente para alguna fiesta (se sabe que en época posterior las fiestas griegas reservaban varios días para la celebración de certámenes poéticos, incluso en tiempos de Adriano).<sup>[16]</sup> Tal como se nos han conservado, no están dirigidos a ninguna familia de mecenas ni a ninguna ciudad-estado en concreto. Una gran fiesta encajaría perfectamente con ese aspecto «panhelénico» general: quizá a un Homero, famoso por haber ganado ya numerosos premios, se le concediera vía libre en una de esas fiestas, sin tener que competir con ningún rival.

Los dos poemas, las primeras grandes manifestaciones de la literatura griega, abordan ya los temas del lujo, la libertad y la justicia. Homero no utiliza la palabra empleada posteriormente en griego para «lujo» (*truphel*), ni ningún otro término que exprese su desaprobación. Antes bien, adorna su grandioso mundo épico con descripciones de lujosos palacios de oro, plata y bronce. Habla de maravillosas labores de plata de Levante, de esclavas habilidosas en la talla del marfil, de collares de cuentas de ámbar, de tejidos y decenas de hermosas túnicas, todo un precioso almacén de objetos de valor. Los tesoros de las arcas donde los nobles guardaban sus vestidos se han perdido, pero por lo demás podemos comparar algunos de esos artículos de lujo (aunque no los palacios de fantasía) con los hallazgos arqueológicos cada vez más numerosos,

sobre todo con los que han aparecido en contextos de los siglos IX y VIII a.C. Los héroes y los reyes de Homero no están «corrompidos» por el lujo: luchan en inolvidables combates a muerte por su honor, y, como Odiseo, son capaces de realizar con sus propias manos trabajos prácticos de la vida cotidiana. Los lujos que los rodean son objetos aislados que causan verdadero asombro. Da la impresión de que ni Homero ni su público nadan «hoy día» en la abundancia y el lujo, pero que dan por supuesta su existencia en un exquisito mundo de reyes.

Algunos lujos resultan muy atractivos para las mujeres retratadas en los poemas: los collares de ámbar son especialmente tentadores. Cuando son vendidas como cautivas, las mujeres también pueden convertirse en artículos de lujo y llegar a costar veinte bueyes. Pero en general los poemas representan a la mujer con una cortesía que es bastante distinta de la sañuda visión que de ella tienen los pequeños labradores en la poesía casi contemporánea de Hesíodo. En la *Odisea*, Penélope y Odiseo expresan realmente su amor, como una pareja que logra al fin reunirse; el gran dolor de Laertes, el padre de Odiseo, es la reciente muerte de su esposa. Es totalmente incierto, por tanto, que los griegos nunca imaginaron que un hombre pudiera amar a su mujer ni que el «amor romántico» en el mundo griego sea siempre el amor de un hombre por otro hombre. La épica homérica constituye un emotivo tributo a la felicidad conyugal. También Hesíodo reconoce el valor de una buena esposa, a pesar de que sea bastante rara, pero es él, no Homero, el que describe a la primera mujer, Pandora, como causa involuntaria de las penalidades y las enfermedades que en adelante tendrán que sufrir todos los

hombres mortales.

La libertad constituye asimismo un valor trascendental para los personajes de ambos poemas. En una ocasión, en un pasaje incomparable, Héctor se imagina el momento en que pueda celebrarse la libertad, se levante la «crátera de la libertad», llena indudablemente de vino, y Troya sea «libre», una vez derrotados sus enemigos. Por otro lado, está el «día de la esclavitud» que arrebató al hombre casi todos sus poderes.<sup>[17]</sup> La «libertad», pues, es una «libertad de...»: de los enemigos que puedan matar y esclavizar a una comunidad, y de la «esclavitud», la condición de absoluto sometimiento en la que los hombres son comprados y vendidos como objetos. También en la poesía de Hesíodo se supone que los esclavos forman parte del estilo de vida del campesino helénico, y en griego hay numerosas palabras para designarlos. No podemos señalar ningún tiempo anterior a la época clásica en el que no existiera entre los griegos la esclavitud, la posesión de unos seres humanos por otros.

Los héroes, a menudo reyes, pueden llegar a quejarse de otro rey o autoridad, pero no ansían verse «libres» de la monarquía. Dan por descontada su libertad de hacer lo que quieran ante su propio pueblo. Los nobles podrían ser esclavizados y vendidos por un enemigo, pero no les preocupa la idea de estar «esclavizados» a la voluntad de otro noble dentro de su comunidad. Tampoco están interesados en apoyar la libertad de palabra de todo el mundo dentro de dicha comunidad ni en conceder una libertad igualitaria a todos los que no pertenecen a su clase. En el mundo de la épica no hay ninguna asamblea pública en la que se depositen votos, ni se celebran reuniones porque haya derecho a celebrarlas, independientemente de que quiera o

no convocarlas un rey o un noble. En la *Iliada*, cuando Odiseo reúne al ejército griego habla con amabilidad y respeto a los reyes y a los «varones eminentes». Cuando ve a un hombre del pueblo que, como es propio de esa gente, «grita» de forma desaforada, le da un empujón con su bastón y le dice en tono grave que se siente y espere a que hablen los que son mejores que él. Cuando el insolente Tersites se atreve a insultar y criticar al rey Agamenón, Odiseo lo golpea con su cetro y hiere a aquel deslenguado feo y deforme y al que puede aplicarse cualquier calificativo menos el de heroico. Al verlo, la concurrencia de soldados estalla en una «dulce carcajada», aunque también se sienten «indignados»: por lo que se sienten «indignados» es por la desfachatez de aquel hombre lenguaraz y feo y por todo el jaleo que ha organizado, no por la forma en que lo ha golpeado el héroe.<sup>[18]</sup> Los poemas presentan el dominio indiscutible de una aristocracia heroica. No fueron compuestos como reacción ante un mundo real en el que ese dominio estaba siendo puesto en entredicho.

No obstante, la justicia también es un valor en su mundo, como ejemplifican los remotos «abios», un pueblo «justo» que habita al norte de Ilion y hacia el que el dios Zeus desvía la mirada para no seguir viendo la guerra de Troya. El rapto de la bella Helena, esposa de Menelao, por París supone un quebrantamiento de la ley de la hospitalidad y los dioses acabarán castigándolo. En la *Odisea*, los dioses prefieren explícitamente la justicia a las iniquidades de los hombres; en la *Iliada* se dice que Zeus envía violentas tormentas otoñales para castigar a «los hombres que en la plaza dictan sentencias torcidas abusando de su poder y destierran la justicia sin ningún miramiento».<sup>[19]</sup> Sólo en una

ocasión vemos un proceso de justicia humana en acción e, independientemente de cómo entendamos lo que está pasando, apunta a otras posibilidades que no son la voluntad autocrática de un héroe. En el canto XVIII de la *Iliada* Homero imagina por nosotros las maravillosas escenas que el dios herrero Hefesto labra en el escudo de Aquiles. En una parte de éste, aparecen representados dos individuos que litigan por la «pena» que debe aplicarse por la muerte de un hombre. La multitud los jalea y tiene que ser contenida por los heraldos. En asientos de piedra bien pulidos están reunidos los ancianos que participan en el proceso. «En medio de ellos había dos talentos de oro en el suelo, para regalárselos al que pronunciara la sentencia más recta».<sup>[20]</sup>

Los detalles de esta escena de justicia en acción siguen estando oscuros y, por lo tanto, son objeto de controversia. ¿Discuten los litigantes sobre si debe pagarse o no un precio por la muerte del hombre? Se dice que quieren obtener el fallo de un árbitro u «hombre entendido», pero entonces ¿qué pintan los ancianos en el proceso? Parece que Homero representa a los ancianos portando los «cetros de los heraldos»: ¿Son los ancianos que luego se adelantan y pronuncian sentencias «uno tras otro»? Pero si es así, ¿quién es el «hombre entendido»? Parece que los circunstantes animan unos a una parte y otros a otra: ¿Es quizá el grupo el que decide con sus gritos qué anciano es el «entendido» y el que ha pronunciado la mejor sentencia? Los litigantes tendrían entonces que aceptar la opinión del orador agraciado con el favor del pueblo. Este, a su vez, recibiría los «dos talentos de oro» expuestos en medio de la asamblea.

No aparece ni un solo rey en la escena y por lo tanto da la impresión de ser una invención de Homero basada en el

modelo de algún acto presenciado por él mismo en su propia época, en la que ya no existía la monarquía. Un asesinato era un acontecimiento espectacular, de interés evidente para el pueblo en general. La presencia del pueblo y su ruidosa participación son seguras en esta escena de administración de justicia, que es la más antigua conservada en griego. El público de Homero seguramente reconocería los detalles, pero un logro de los tres siglos siguientes sería el sometimiento de este proceso a leyes escritas y a jurados formados por gente corriente. Como veremos, los «dos talentos» serían debidamente quitados de en medio de estos procedimientos tanto en Atenas y otras muchas ciudades griegas como también, al menos en teoría, en los procesos judiciales de Roma.

# Capítulo 2

## LAS COLONIAS GRIEGAS

Esto pactaron y prestaron juramento en este sentido, los que se quedaron aquí [en Tera] y los que se echaron a la mar con el fin de fundar la colonia, y lanzaron maldiciones tanto contra los que se establecieran en Libia como contra cuantos se quedaran aquí si no cumplían el pacto y no se atenían a él. Fabricaron figurillas de cera y las quemaron y conjuntamente hombres y mujeres, muchachos y doncellas, repitieron la maldición, de suerte que quien no se atuviera al pacto y rompiera el juramento se derritiera y fuera aniquilado como las figurillas, él, sus descendientes y sus bienes, y que a quienes se atuvieran al pacto y respetaran el juramento, tanto si emigraban a Libia como si se quedaban en Tera, les fuera todo bien, a ellos y a sus descendientes.

Juramento de los colonos que fundaron Cirene, *ca.* 630 a.C. (según la inscripción reproducida en *ca.* 350 a.C.)

En los poemas de Homero el principal contexto social de los héroes en sus respectivas patrias es el palacio. En tiempos de Homero, si lo datamos después de *ca.* 760 a.C. ya no podían encontrarse en Grecia esos palacios. Los últimos edificios de aquel esplendor épico habían sido los de la lejana época «micénica» y habían tenido un violento final en *ca.* 1180 a.C.

Hay indicios, sin embargo, de un contexto social distinto, especialmente en la *Odisea*: lo que ahora llamamos la *polis* o «ciudad-estado» o «estado de ciudadanos». Cuándo surgió exactamente la *polis* sigue siendo una cuestión muy discutida debido a la falta de testimonios, si exceptuamos los que nos ha proporcionado hasta ahora la arqueología. Algunos estudiosos modernos verían en ella la heredera

directa de las grandes fortalezas amuralladas de la época micénica, en torno a las cuales (según esta tesis) se habrían reagrupado los supervivientes formando un nuevo tipo de comunidad. Otros verían en ella una iniciativa posterior, un elemento más de una recuperación más generalizada de los niveles de población, riqueza y organización a lo largo del siglo IX a.C. Otros, a su vez, la retrasarían incluso más, proponiendo que las primeras *poleis* habrían sido fundadas en una nueva fase de colonización en ultramar: al enfrentarse a la necesidad de empezar de nuevo, esos colonos habrían inventado un nuevo tipo de organización social, la «ciudad-estado», que habría comenzado en Sicilia hacia 730 a.C.

La definición de *polis* es también bastante vaga, variando entre «asentamiento» y «comunidad», usos que están los dos bien atestiguados en Grecia. El sentido distintivo de la *polis*, en mi opinión, es el de «estado de ciudadanos»: El líder del grupo de investigación más reciente que se ha especializado en ella la define como «una pequeña comunidad de ciudadanos sumamente institucionalizada y con capacidad de autogobierno, cuyos integrantes viven con sus mujeres y sus hijos en un centro urbano y su *hinterland*, junto con otros dos tipos de población: los extranjeros libres (a menudo llamados «metecos») y los esclavos...».<sup>[21]</sup> Esta definición nos recuerda acertadamente que una *polis* no era una «ciudad» (podía incluso ser pequeñísima) y que no era simplemente un centro urbano: su población estaba repartida por un territorio rural que podía incluir numerosas aldeas (el territorio de los atenienses contaba en *ca.* 500 a.C. con unas ciento cuarenta aldeas de ésas). Hace hincapié asimismo en las personas, los «ciudadanos», más que en su territorio. Curiosamente, una *polis* podía perdurar en este

sentido aun cuando estuviera fuera de su territorio original: durante unos cuarenta años, en el siglo IV a.C. los hombres de Samos estuvieron desterrados de su isla natal, pero siguieron presentándose a sí mismos como «los samios». O digamos más bien que eso era lo que hacían los hombres: las mujeres vivían en *poleis* y con frecuencia era importante el hecho de que pertenecieran a una familia de ciudadanos, pero ellas no eran plenamente ciudadanas con derechos políticos.

Si subrayamos el sentido de la palabra *polis* como comunidad, podemos ir siguiendo los cambios que experimentaron los derechos políticos de su población masculina: en el siglo IX a.C. un «ciudadano» no tenía desde luego los mismos derechos que aquellos de los que gozaban muchos en el siglo V a.C. (época clásica). Los temas de la «libertad» y la «justicia» desempeñan un papel importante en esos cambios. Esencialmente, la *polis* era una comunidad de guerreros, varones que tenían la obligación de luchar por ella. Una vez más, se producirían cambios en lo tocante a quién luchara más y a la forma en que lo hiciera: los «varones de la *polis*» no eran sólo guerreros y a menudo ni siquiera estaban demasiado dotados para la guerra, pero la mayoría de ellos tendrían que enfrentarse a la probabilidad de combatir en una o dos batallas por su *polis*. En los cambios experimentados por los estilos de lucha, el «lujo» desempeñaría a veces cierto papel.

En mi opinión, las *poleis* surgieron en momentos distintos en los distintos rincones de Grecia, pero desde luego lo hicieron antes de la década de 730 a.C. y lo más probable es que se formaran *ca.* 900-750 a.C. En tiempos de Adriano, esto es mil años después, se calcula que las

«ciudades-estado» de tipo *polis* albergaban a unos 30 millones de personas, la mitad aproximadamente de la población que, según se cree, tenía el Imperio Romano. La combinación de una ciudad principal, un territorio rural y unas cuantas aldeas seguiría siendo la tónica general, aunque los derechos políticos de los habitantes de esos tres elementos variaran con el tiempo y también de un lugar a otro. Si Adriano hubiera echado cuentas, le habrían salido probablemente unas 1.500 *poleis*, aproximadamente la mitad de las cuales se encontraban en lo que actualmente es Grecia, Chipre y la costa de Asia Menor (hoy Turquía). Estas 750 *poleis* eran en su mayoría ciudades-estado de la época clásica de los griegos. Las otras habían sido fundadas en territorios que iban desde España hasta el noroeste de la India (en tiempos de Alejandro).

Durante los siglos IX y VIII a.C. los griegos de Grecia y de las islas del Egeo establecieron muchas más aldeas en los territorios de las que cada vez con más frecuencia podríamos identificar como *poleis*. Fue un proceso de colonización local, no de migración a larga distancia. Más tarde, a partir de ca. 750 a.C., varias de esas *poleis* empezaron a enviar colonos a nuevas *poleis* en ultramar. La colonización en ultramar fue un aspecto constante de la civilización griega: en tiempos de Adriano, como en la actualidad, vivían más griegos fuera del territorio de Grecia, pobre y disperso, que los que vivían en él. Ya en los tiempos de los palacios micénicos los griegos habían viajado a Sicilia, al sur de Italia, Egipto y la costa de Asia, estableciéndose incluso en el emplazamiento de lo que luego sería Mileto.<sup>[22]</sup> Más tarde, ca. 1170 a.C. el fin de las ciudades-palacio habría llevado a algunos emigrantes a establecerse en Oriente y en particular

en Chipre. Posteriormente, quizá *ca.* 1100-950 a.C. nuevos emigrantes originarios de la costa este de Grecia cruzaron el Egeo, y unos se quedaron en las islas que pueblan este mar, mientras que otros se establecieron en la costa occidental de Asia Menor. Estos griegos orientales fijaron su residencia en lugares que luego se convertirían en *poleis* mundialmente famosas, como Éfeso o Mileto. La arqueología demuestra que uno de esos emplazamientos, Esmirna, tenía murallas y mostraba ya claros signos, a mi juicio, de ser una *polis* allá por 800 a.C.

El «mundo griego», pues, había ido cambiando su radio de acción considerablemente, incluso antes de la época en que vivió Homero. En el siglo VIII a.C. no existía ningún país llamado simplemente «Grecia», ni siquiera un país con las fronteras nacionales de la Grecia actual: en Homero, el nombre actual de Grecia, *Hellas*, Hélade, designa sólo una zona concreta de Tesalia. Sin embargo, había una lengua griega común hablada en muchos lugares que se dividía en unos cuantos dialectos (los más significativos son tres: eolio, jónico, y dorio): la comunicación entre los hablantes de los distintos dialectos griegos no constituía un problema significativo. Detrás de cada *polis* griega había asimismo unas agrupaciones similares, las *phulai*, término que solemos traducir de manera harto equívoca por «tribus». Una vez más, la uniformidad de estas *phulai* es curiosamente mayor que su diversidad: en las comunidades dóricas existían tres «tribus» particulares, mientras que en las jonias había cuatro. Resulta sorprendente que cuando los griegos cruzaron el Egeo y emigraron a la costa de Asia Menor a partir de *ca.* 1100 a.C. se llevaran consigo el dialecto concreto que predominaba en la zona de «Grecia» que habían ocupado

hasta entonces y reprodujeran también las mismas «tribus». A los modernos especialistas, en medio de las confusiones étnicas de nuestra época, les gusta plantear la cuestión de si existió o no una «identidad griega» y, si en efecto existió, cuándo lo hizo. En la «época oscura», antes de Homero, los griegos tenían todos ellos más o menos los mismos dioses y hablaban una lengua bastante similar. Al enfrentarse a nuestra pregunta postnacionalista típicamente moderna: «¿Sois griegos?», tal vez habrían vacilado, pues probablemente ellos no la habrían formulado nunca en unos términos tan tajantes. Pero básicamente habrían respondido que sí, pues eran conscientes de tener rasgos culturales comunes como la lengua y la religión. En la época micénica, algunos reinos orientales escribían ya acerca de los «Ahhijawa» de allende los mares, sin duda alguna los «aqueos» del mundo griego.<sup>[23]</sup> En los poemas homéricos, esos pueblos ya son «panaqueos»; la «grecidad» no es una invención tardía, posthomérica.

Entre *ca.* 900 y 780 a.C. sin embargo, la actividad colonizadora de los griegos en ultramar ya no resulta tan evidente. Lo que no cesó en ningún momento fueron los viajes de los griegos, justamente lo que Homero nos cuenta de su héroe Odiseo y sus compañeros. En su caso se trata del accidentado viaje de regreso por mar a su patria desde Troya, pero resulta sorprendente que los peregrinos no intenten nunca establecer una colonia por el camino (aunque muchas *poleis* griegas de Occidente afirmarían más tarde, erróneamente, que eran el emplazamiento de tal o cual lugar de «cuento de hadas» por el que habían pasado los héroes en su ajetreada travesía). El viaje de Odiseo fue «pre-colonial». Gracias a la arqueología, sabemos hoy día bastante más

acerca de los verdaderos viajeros «pre-coloniales» que se movieron de un lado para % otro en tiempos de Homero e incluso antes. Procedían sobre todo de las islas griegas del Egeo oriental, situadas tentadoramente cerca de los reinos más civilizados del Oriente Próximo. En los siglos IX y VIII a.C. Creta, Rodas y las colonias griegas de Chipre fueron importantes puntos de arranque para esos viajes, pero, a juzgar por la cerámica griega que acompañaba a los viajeros, los asentamientos más importantes se encontraban en la isla de Eubea, frente a la costa oriental de Grecia. Los historiadores griegos de época posterior olvidaron el alcance de esos viajes asiáticos de los eubeos y los arqueólogos han empezado a seguirles la pista de manera continuada únicamente en los brillantes estudios realizados durante los últimos cuarenta y cinco años. Actualmente podemos rastrear las escalas realizadas por esos eubeos en la costa de Chipre y de Levante, incluida la gran ciudad de Tiro (ya en *ca.* 920 a.C): en Israel se ha encontrado una copa euboica, cerca del mar de Galilea, en un contexto que probablemente date de *ca.* 900 a.C.

Esos viajes dieron lugar, una vez más, a colonizaciones propiamente dichas. En *ca.* 780 a.C. podemos detectar la presencia de griegos de Eubea entre los primeros ocupantes de una pequeña colonia costera, Al Mina, al norte de Siria. Poco después, los eubeos aparecen en el otro extremo del Mediterráneo griego, como visitantes de la costa oriental de Sicilia y como colonos de la isla de Ischia, en la bahía de Nápoles. En Ischia, una serie de excelentes excavaciones han convertido su asentamiento en el punto crucial de los estudios modernos, pero cabe suponer que con anterioridad los eubeos establecieron estaciones intermedias en el

estrecho de Otranto, entre el sudeste de Italia y la actual Albania. Los eubeos también se establecieron en la costa del norte de África, como atestiguan los nombres antiguos de algunas islas situadas frente al litoral de Tunicia. Los metales, especialmente el cobre y el estaño, con los que se fabrica el bronce, eran uno de los atractivos de esos viajes de los eubeos tanto a Oriente como a Occidente. A cambio, llevaban su cerámica pintada (copas, tinajas y platos, aunque, según los testimonios de que disponemos en la actualidad, a Occidente no llevaran platos). Quizá también sacaran beneficio del transporte de productos de otros lugares de Grecia menos emprendedores. Puede que también llevaran consigo vino, que tal vez transportaran en pellejos. Desde el siglo V a.C. el vino griego era importado en grandes cantidades a Levante: en el siglo XIX d.C. el volumen de las importaciones de vino griego de Eubea, concretamente de la ciudad de Koumi (la antigua Cumas), hasta Estambul seguía siendo considerable.

Sicilia, Libia, Chipre y Levante eran puntos de contacto de los eubeos antes de *ca.* 750 a.C. y todos estos lugares son famosos como escenario de las actividades y contactos de los héroes que viajan en los poemas de Homero. En su camino hacia el oeste, los eubeos y otros griegos se detendrían también en la isla de Itaca, la patria de Odiseo en Homero. Los viajes de los griegos del siglo IX y de mediados del VIII fueron importantes, pues, para algunos detalles relacionados con los viajes marítimos que aparecen en la poesía homérica. La propia Eubea fue el escenario de otro gran acontecimiento poético, *ca.* 110 a.C: la victoria de Hesíodo (a juicio de la mayoría de los especialistas, más joven que Homero) en un certamen poético con una obra que

probablemente fuera su *Teogonía* o «Nacimiento de los Dioses». Como correspondía al público que otorgaba el premio, el poema hablaba ampliamente sobre unas leyendas tomadas acaso por los eubeos de los pueblos que conocieron en Oriente en el curso de sus viajes. Pues en tiempos de Homero y Hesíodo los griegos no viajaban desde luego a tierras desiertas, y por supuesto no eran los únicos que surcaban los mares. Los levantinos a los que los griegos llamaban «fenicios» («la gente de la púrpura», por su habilidad en la fabricación de cierto tinte de este color) también cruzaban el Mediterráneo de un extremo a otro. En *ca.* 750-720 a.C. esos fenicios habían llegado por el oeste hasta la costa del sur de España e incluso habían pasado el estrecho de Gibraltar. También ellos habían ido hasta allá atraídos por los metales preciosos, en especial por los filones de plata del lejano oeste. El ejemplo de los fenicios probablemente espoleara a los griegos a reanudar la colonización en ultramar, en vez de limitarse a hacer viajes de ida y vuelta. Entre mediados y finales del siglo IX a.C. los «fenicios» de Tiro y Sidón ya habían fundado dos «nuevas ciudades» en tierras extrañas, que llamaron «Kart Hadasht». Una era la actual Lárnaca, junto al lago de sal que lleva su nombre, en la costa de Chipre; la otra «Kart Hadasht» (que nosotros llamamos «Cartago») se hallaba en el cabo Bon, en la actual Tunicia.

Sesenta años aproximadamente después de la fundación de esas «nuevas ciudades» fenicias, también los griegos se establecieron en Occidente, en la isla de Ischia, donde había asimismo presencia levantina; desde allí, los colonos griegos se trasladaron a la costa de la Península Italiana y fundaron Cumas, dándole el nombre de una *polis* de Eubea que ya

conocemos. A partir de mediados de la década de 730 dio comienzo un torrente de fundaciones de colonias griegas en la fértil costa oriental de Sicilia: estas colonias suponen a todas luces una nueva fase de la historia de la emigración griega. Mientras tanto, las zonas más alejadas del Mediterráneo occidental, incluida España y el norte de África, eran colonizadas por los fenicios: probablemente se desarrollara una rivalidad creciente entre fenicios y griegos y desde el siglo VI a.C. el Mediterráneo occidental sería considerado cada vez con mayor celo por los fenicios su coto privado, en especial por los que se habían establecido en Cartago. Los griegos, en cambio, se asentaron en las costas del sur de Italia y de la moderna Albania. En su órbita del Egeo, continuaron colonizando las costas del norte, el litoral de Macedonia y la península Calcídica (uno de cuyos tres dientes es el Monte Athos). Se adentraron incluso en el inhóspito mar Negro, algunos de cuyos ríos eran ya conocidos por Hesíodo: con el tiempo, esos centros se desarrollarían hasta convertirse en *poleis*, probablemente al principio sólo en la costa meridional, pero luego también más al norte. El norte de África y Egipto también atrajeron el interés de los griegos. En ca. 630 a.C. un pequeño grupo de helenos se había establecido en Libia, en la comarca extraordinariamente fértil de Cirene. En Egipto, otros habían empezado ya a colonizar el brazo occidental del Delta del Nilo. En el arco de dos siglos el mapa de Grecia se había transformado por completo, especialmente desde que las primeras colonias establecidas en una región empezaron a fundar colonias secundarias en esa misma zona. En 550 a.C. podían contarse más de sesenta grandes colonias griegas en ultramar, desde el sudeste de España hasta Crimea, y casi

todas ellas pervivirían en forma de *poleis* durante siglos.

Por entonces nadie escribía libros de memorias ni de historia, y por lo tanto cualquier estudio de los motivos del establecimiento de esas colonias tiene que recurrir a fuentes escritas muy posteriores, que suelen añadir a su relato elementos típicos del cuento popular y la leyenda. Con demasiada frecuencia aluden a una «sequía», indicio de cólera divina, como causa de la emigración. Había también historias de aventuras fortuitas, intervenciones divinas o incluso invitaciones enviadas a los griegos por los gobernantes del país de destino de los emigrantes. En términos más generales, podemos presumir que los informes acerca de la existencia de buenas tierras y vecinos fáciles de conquistar llegaron a Grecia con los primeros piratas y comerciantes griegos que empezaron a pisar el territorio de Sicilia, Italia o la costa meridional del mar Negro desde *ca.* 110-140 a.C. En su tierra natal, las comunidades griegas estaban dominadas por pequeñas aristocracias que controlaban la mayor parte de la tierra y se beneficiaban de ella; desde luego la necesitaban si querían dar pasto a sus numerosos caballos, habida cuenta de la extraordinaria importancia de estos animales. En las comunidades griegas más abiertas al exterior probablemente se produjera también un aumento apreciable de la población entre mediados y finales del siglo VIII. Ese aumento no tendría por qué haber supuesto un incremento notable del número total de habitantes: como siempre, las familias griegas habrían contado con la muerte de muchos de sus hijos (la mitad o más de todos los nacimientos, según los cálculos más modernos), mientras que los supervivientes que sobrarian seguramente fueran expuestos en la mayoría de las

comunidades. En el mejor de los casos, los niños expuestos eran recogidos y criados como esclavos en otro lugar. Pero desde luego la distribución de los niños supervivientes entre las distintas familias debió de ser muy desigual. Las familias menos prolíficas podían hacerse con un hijo y heredero de sus bienes por medio de la adopción, pero aun así, las más prolíficas tendrían siempre un hijo o dos de sobra. Éstos no habrían llegado a la edad adulta para convertirse en menesterosos obligados a andar errantes: oficialmente las familias griegas siempre dividían sus haciendas entre los hijos, pero extraoficialmente los herederos varones podían seguir viviendo de la hacienda familiar si accedían a compartir su explotación hasta la siguiente generación. Pero es indudable que la existencia de mejores oportunidades en tierras lejanas habría resultado muy atractiva a muchos hijos de esas familias. Como siempre, habría habido además unos cuantos individuos impopulares entre los aristócratas y unos cuantos agitadores potenciales entre las clases humildes. Cuando llegaran noticias de la existencia de buenas tierras en el extranjero, a la clase dirigente le habría parecido interesante elegir a un líder noble, reunir de manera voluntaria u obligatoria a unos cuantos colonos no deseados y enviarlos a buscar fortuna lejos de su comunidad. Muy de vez en cuando se habla de alguna sacerdotisa emprendedora que colaboró en el establecimiento de una colonia ultramarina, pero probablemente las mujeres griegas se quedarán por lo general en su tierra. En Libia y en la costa del mar Negro se recordaba cómo los primeros colonos griegos habían tomado por esposas a mujeres de la región. Aquí, como indudablemente en muchos otros sitios, los futuros ciudadanos de las colonias griegas debieron de tener unos orígenes étnicos mixtos.

Incluso en la década de 730 a.C. esas colonias ultramarinas eran empresas oficiales. Los nombres de los fundadores griegos fueron recordados, entre otras cosas porque seguirían siendo celebrados en las «fiestas de los fundadores». La marcha y la llegada de los colonos iban acompañadas además de ritos religiosos. Antes de partir, se pedía el consejo de los dioses griegos en alguno de sus oráculos. La pregunta más habitual era si convenía más irse o quedarse; aun cuando la empresa saliera mal, los participantes en ella sabrían que la alternativa habría sido peor. La fuente de consejos más importante era el santuario del dios Apolo en Delfos, aunque el oráculo establecido en esta localidad fuera un culto relativamente reciente en la Grecia central (no anterior a *ca.* 800 a.C.). En Asia Menor, ciudades fundadoras de colonias, como por ejemplo Mileto, recurrieron a un oráculo más cercano, a saber el del santuario de Apolo en Dídima.

Las *poleis* fundadoras dejaban en sus colonias una impronta que a menudo se nos hace patente. Fundadores y colonos gozaban a veces de derechos de ciudadanía recíprocos en la comunidad de origen y en el nuevo asentamiento, pero incluso cuando no era así, a menudo podemos deducir los orígenes del principal grupo de ciudadanos fundadores sin que nos ayude la correspondiente leyenda de fundación. Y es que los nombres propios escogidos por los colonos, el calendario adoptado en la colonia, las costumbres sociales, y los cultos religiosos revelan su lugar de origen. Estos colonos no eran los viajeros y comerciantes ocasionales de la época «pre-colonial», y los motivos de su envío oficial en busca de nuevas tierras rara vez eran comerciales. Al llegar a su destino, los colonos

griegos a veces expulsaban a los nativos que residían en las inmediaciones, cosa que difícilmente habrían hecho unos presuntos comerciantes. En ocasiones oímos hablar incluso del reclutamiento oficial de colonos en la metrópoli y de la prohibición (absolutamente impensable en el caso de unos mercaderes) de regresar a ella durante varios años. En un caso, se nombraron «honderos» que recibieron la orden de apostarse en la costa de la *polis* fundadora con la memorable misión de rechazar a pedradas a los colonos que intentaran volver a su patria.<sup>[24]</sup>

Fundamentalmente, la colonización en ultramar venía a atajar la posibilidad de que se desarrollaran disturbios en la ciudad de origen que desembocaran en una exigencia de reforma de la distribución desigual de la tierra. En la metrópoli, una pequeña clase de nobles poseía la mayor parte de la tierra disponible y cobraba «cánones» a los propietarios de las demás tierras. En una colonia nueva, los colonos más humildes podían quizá gozar de un mayor grado de libertad y de una sensación de vida más justa que la que habían conocido en su patria. En torno a la colonia solía haber unos pocos extranjeros casi indefensos que podían ser sometidos y utilizados como mano de obra forzosa: esos esclavos disponibles sobre el terreno probablemente atenuarían las exigencias impuestas a los griegos de clase más humilde. Una nueva colonia ofrecía también la posibilidad de planificar y diseñar la disposición del emplazamiento: algunas colonias del sur de Italia y de Sicilia constituyen los testimonios más antiguos que conocemos de planificación urbana. Los templos, la «plaza o centro de reunión» (ágora), el altar a la diosa del Hogar y, posteriormente, los espacios para hacer ejercicio físico y pruebas de atletismo, serían

algunos de los sellos característicos de cualquier colonia griega. En casi toda Sicilia, el sur de Italia y Libia, serían las tierras de cultivo lo que definitivamente fueran a buscar los colonos. Sin embargo, fueron más numerosos aún los griegos que a finales del siglo VII salieron de Grecia con el fin de establecer colonias a orillas del mar Negro, sobre todo en la costa norte, particularmente hostil. Hasta allí, con un clima y unas condiciones que nada tenían que ver con las de Grecia, probablemente los atraerán también los recursos de la zona, entre otros el grano de Crimea, fácil de exportar. El acceso al interior del país por vía fluvial sin duda alguna sería también importante, entre otras para las colonias griegas de la costa del sur de Francia (*ca.* 600-550 a.C), una de las cuales fue Masilia (la actual Marsella), no lejos de la desembocadura del Ródano. Más al oeste, en la costa de España, una nueva colonia recibió descaradamente el nombre de «Mercado», Emporion (de donde viene su actual nombre, Ampurias). En Egipto, algunos griegos decidieron establecerse en el Delta del Nilo, en una *polis* llamada Náucratis que les concedió en *ca.* 570 a.C. el faraón reinante, deseoso de que no se dispersaran por sus tierras. Había además griegos que iban y venían e intercambiaban sus productos por las riquezas de Egipto, empezando por el grano y la sosa utilizada para lavar la ropa.

Algunas «metrópolis», como Corinto o Mileto, fueron fundadoras prolíficas, e indudablemente las clases dirigentes de una y otra ciudad se dieron perfecta cuenta de que les convenía que determinadas zonas fueran colonizadas por sus conciudadanos o por aliados potenciales, sobre todo para asegurarse las rutas comerciales de la zona y el acceso a las fuentes de valiosos productos. Lo que impresiona en todos

los casos es la capacidad de adaptación de los colonos griegos. A diferencia de los «caballeros» británicos, carentes por completo de sentido práctico, que se establecieron en Jamestown, en la costa de Norteamérica, o de los españoles pendencieros que dejó Colón en La Española, todos los griegos, plebeyos y aristócratas por igual, como Odiseo y sus compañeros, se pusieron manos a la obra y obtuvieron unos resultados prácticos excelentes. No se conoce ninguna colonia que fracasara por incompetencia.

Una consecuencia evidente de esta colonización fue la difusión de la lengua y la escritura griega. El alfabeto griego debía en realidad su origen a los viajes de los helenos a ultramar: procedía del estudio atento que realizaron aquellos viajeros de la escritura de sus vecinos fenicios en Oriente Próximo, probablemente *ca.* 800-780 a.C. Su inventor fue algún eubeo que viajara a Chipre, Creta o el norte de Siria. Este alfabeto fue adaptado luego por otros pueblos no griegos, los frigios en Asia y los etruscos en Italia, que lo utilizaron para representar por escrito sus propias lenguas. Como los griegos viajaban con su alfabeto, el resultado fue un incremento enorme de la difusión del griego escrito, leído y hablado por todo el Mediterráneo. Muchos siglos después, Adriano sería un beneficiario de esta circunstancia durante sus viajes.

Se produjo asimismo un notable aumento de los lujos conocidos. Las nuevas colonias griegas ocupaban muchos paisajes y microclimas nuevos que poseían riquezas naturales especiales, más valiosas que las de Grecia. Se descubrió que las llanuras del norte de Italia y las estepas situadas al norte del mar Negro producían magníficas razas de caballos. Junto a la bahía de Nápoles, en las tierras húmedas que rodeaban

Cumas se cultivaba un lino excelente que podía ser tejido para fabricar lienzos finos y buenas redes de caza.<sup>[25]</sup> En Libia, y más concretamente en Cirene, los colonizadores descubrieron un lugar especialmente idóneo para la producción de azafrán, una riqueza muy preciada de la isla de la que procedían, Santorini, y que tenía muchísimo valor para la fabricación de tintes, perfumes y para usos culinarios.<sup>[26]</sup> Descubrieron también una valiosa planta llamada «silfio», con la que comerciaban en ultramar. El silfio probablemente estuviera emparentado con alguna variedad de hinojo, pero su identidad exacta sigue siendo objeto de discusión.<sup>[27]</sup> Por otra parte, había carencias importantes: en Sicilia no había minas de plata, en la ribera norte del mar Negro no había olivos, y en la costa meridional de este mismo mar no había sal. Las especialidades y deficiencias locales fomentaron los vínculos comerciales entre las distintas colonias, no sólo con la metrópoli, sino también a través de las importantes redes establecidas entre unas y otras.

Allí donde había un suelo fértil, regado por buenos ríos, se desarrollaron, como bien es sabido, muchas de esas nuevas colonias. El lujo de Acragante (la actual Agrigento), al sudeste de Sicilia, llegó a hacerse famoso y en su momento de máximo esplendor (*ca.* 420 a.C.) se dice que en ella residían casi 200.000 inmigrantes no ciudadanos.<sup>[28]</sup> Los griegos que habitaban en ella eran célebres por sus «lujosas» piscinas, y por los cisnes y aves canoras que tenían como mascotas. Pero más famosa aún fue la colonia griega de Síbaris, en el sur de Italia, fundada *ca.* 720 a.C. y que prosperó continuamente hasta su destrucción en *ca.* 510 a.C. Su gentilicio, «sibarita», sigue siendo el término proverbial para designar al amante del lujo. Se ha sugerido que la

población de la fértil llanura de Síbaris probablemente llegara a los 500.000 habitantes en su momento de mayor apogeo (*ca.* 550 a.C): de ser así, el lugar habría dejado pequeñas a Esparta o al Ática, zonas en las cuales concentran su atención actualmente la mayoría de los especialistas en la historia de la Grecia arcaica.<sup>[29]</sup> Más tarde se contarían anécdotas maravillosas acerca del refinamiento de sus habitantes, como pretexto para explicar su destrucción. Se dice que los sibaritas habían prohibido la presencia de gallos en la ciudad porque los molestaban mientras dormían; inventaron los orinales, que llevaban consigo a los simposios (fiestas en las que sólo se bebía); concedían premios a los mejores cocineros; enseñaban a los caballos de los destacamentos de caballería a bailar al son de la flauta (posiblemente una especie de número de circo); y fueron los griegos de Síbaris los que inventaron lo que hoy día llamamos baños turcos.

Vistos desde la perspectiva de los nativos, los primeros colonos griegos tenían más bien pocas cosas nuevas o deseables que llevar a sus colonias, excepto la poesía, la cerámica pintada, el atletismo y su utilísimo alfabeto. Querían a toda costa aceitunas para su dieta y a menudo introdujeron por primera vez en muchas regiones el olivo. También querían tener vino, pero con mucha frecuencia este producto ya había llegado antes de que lo hicieran ellos. A través de los primeros contactos de los etruscos con la costa del sur de Francia, el primer vino que se bebió en este país fue «italiano». A mediados del siglo V, sin embargo, un griego del cabo de Antibes escribió dos versos en una piedra negra tallada en forma de pene: «Soy el señor Placentero, servidor de la sagrada diosa Afrodita».<sup>[30]</sup> La primera persona

que en Francia dejó constancia de su valía como gran amante fue, por lo tanto, un griego.

El contacto con tantos pueblos no griegos, desde España hasta Crimea, no habría venido sino a exacerbar el sentido que pudieran tener los colonos de su identidad de griegos. Tendrían asimismo un profundo concepto de afinidad con las lejanas *poleis* griegas que habían fundado sus ciudades. En *ca.* 650 a.C. encontramos por primera vez la palabra *panhellenes*, «todos los griegos juntos»; en *ca.* 570 los residentes griegos de Náucratis, en el Delta del Nilo, tenían un templo especial, el «Helenion». A lo largo y ancho del Mediterráneo, la colonización había contribuido a reforzar la identidad griega subyacente de los colonos. Dentro de este contexto, el orgullo griego local era por supuesto muy fuerte. Cuando Adriano visitó la colonia griega de Cirene, en el norte de África, alabó a sus ciudadanos por hacer referencia a su reacción con la antigua Esparta y a los oráculos del dios Apolo que habían guiado hasta allí a los primeros colonos.<sup>[31]</sup> Esos oráculos tenían por entonces siete siglos y medio de antigüedad, y la relación con los espartanos se suponía que era todavía más antigua. Pero los cireneos seguían enorgulleciéndose de todo ello: el mundo griego ampliado fue configurándose por medio de esos mitos de parentesco y afinidad, dentro de un sentido de «helenidad» que compartían tanto las colonias como las *poleis* madres.

# Capítulo 3

## LOS ARISTÓCRATAS

Feliz el que posee hijos queridos, caballos de pezuña sin hendir, perros de caza y un huésped en tierra extraña...

SOLÓN, F23 (West)

Buscamos, oh Cirno, carneros, asnos y caballos de buena raza, y todo el mundo quiere que se apareen con hembras de pura sangre; en cambio, a un hombre noble no le importa casarse con una villana, hija de un villano, con tal que le lleve muchas riquezas.

TEOGNIS (ca. 600-570 a.C.), vv. 183-186

En lo que hoy día llamamos Grecia, las metrópolis de esas colonias no eran sociedades «sin Estado». Ya en el siglo VIII a.C. esas *poleis* autóctonas tenían magistrados y consejos de gobierno capaces de decretar y coordinar el establecimiento de una colonia en el extranjero. Podían asimismo imponer multas y diezmos, concluir tratados de paz y declarar guerras. Pero los hombres que las dirigían pertenecían todos a una clase muy reducida: los pequeños grupos que la integraban tenían nombres aristocráticos, como, por ejemplo, los Eupátridas, la casta de los atenienses nobles, o los Baquíadas, nombre de la familia más destacada de Corinto. Sus actitudes sociales y su estilo de vida constituían en su mundo la imagen predominante del poder: modelaron incluso a su imagen y semejanza la idea que los griegos tenían de sus dioses. En el monte Olimpo, los dioses de Homero consideran a los mortales más o menos como los aristócratas, en el mundo de Homero, consideraban a sus inferiores desde el punto de vista social. A medida que fue

cambiando el pensamiento moral de los griegos, cambiaron también sus ideas acerca de los dioses, pero las aficiones culturales de los primeros aristócratas persistieron durante siglos. Mil años después, incluso el emperador Adriano seguía siendo heredero suyo en muchos aspectos de su vida.

La palabra «aristocracia» es de origen griego, pero no aparece en los textos que se nos han conservado hasta el siglo V a.C: tal vez fuera acuñada entonces, en contrapartida a la «democracia» de la gente corriente. Pero, como sucede a menudo en la historia de Grecia, la ausencia de un término general para designar una cosa no es desde luego ninguna prueba de que no existiera esa cosa. En los poemas homéricos, determinados caudillos griegos son ya «los mejores» (*aristoi*) por su familia y por su cuna. En muchas ciudades-estado griegas las familias dirigentes tenían gentilicios exclusivos (los «Nelidas» o los «Pentélidas»), y en el Ática el nombre de la casta dirigente, los «Eupátridas», significaba «los descendientes de buenos padres». Los aristócratas se diferenciaban de los demás, incluso los que sólo eran ricos, por descender de otros nobles aristócratas. En los siglos VIII y VII esos clanes y castas eran desde luego aristocráticos, incluso antes de que se pusiera en uso la palabra «aristocracia».

En cualquier sociedad, particularmente en una sociedad precientífica, las familias nobles corren el riesgo de la infertilidad. En las ciudades-estado griegas, la adopción estaba permitida, era una ficción social de importancia trascendental, y, cuando la riqueza pasó a estar en manos también de individuos que no eran nobles, el matrimonio con una novia rica, aunque no fuera de familia aristocrática, podía devolver el brillo a un linaje noble. De ese modo,

pues, la nobleza podía mantenerse decorosamente durante generaciones. Pero hasta el momento, ninguno de los hallazgos suministrados por la arqueología de la Grecia arcaica confirma la existencia en el país de familias enteras con un largo historial de esplendor noble ininterrumpido. Por tanto, la existencia de verdaderos aristócratas en la Grecia del siglo VIII ha sido puesta en entredicho por algunos historiadores modernos que se basan en «testimonios materiales». ¿Las comunidades griegas serían acaso más igualitarias entre *ca.* 850 y *ca.* 720 a.C., y estarían regidas por «grandes hombres» o «jefes» locales sólo de carácter temporal? Sin embargo, la arqueología no es la mejor guía para responder a este tipo de cuestiones, pues el esplendor de un aristócrata residía en la posesión de unos bienes que no podrían sobrevivir para la posteridad, es decir tejidos, metales susceptibles de ser fundidos y reutilizados, y sobre todo caballos.

La postura más antigua y más convincente entre los historiadores es la de que tras la época de los reyes «micénicos» o durante los desórdenes de lo que llamamos la «época oscura» temprana (*ca.* 1100-900 a.C.) determinadas familias de la Grecia continental se establecieron con grandes posesiones de tierras en los antiguos territorios de sus reyes y príncipes. Esas familias quizá fueran poderosas ya en tiempos de los antiguos reyes, o incluso tal vez fueran los descendientes de la estirpe real. Los que conservaron su poder apelaban a sus antepasados y a veces hacían remontar su linaje hasta algún dios o héroe. Controlaban también determinados cultos de los dioses en el territorio de su comunidad y se transmitían hereditariamente el cargo de sacerdotes de esas divinidades dentro de la familia. No eran

una «casta sagrada»: la posesión de tierras era su rasgo distintivo fundamental y el sacerdocio constituía simplemente uno más de esos privilegios. Cuando se formaron las *poleis* o ciudades-estado (allí donde se formaron), esas familias superiores se hicieron con su dominio. En *ca.* 750 a.C. los que poseían la mayor parte de las tierras y ostentaban esos sacerdocios eran llamados los «mejores» o los «buenos» o los de buena cuna (de ahí el nombre «Eupátridas»). En casi todas las comunidades griegas, las familias aristocráticas o *gene* ocupaban la cúspide de los grupos integrados por sus inferiores desde el punto de vista social, formando pirámides de dependencia las más conocidas de las cuales son las «hermandades» o «fratrías». Dichas fraternías no fueron un invento del siglo VIII, sino que en ellas se agrupaban los varones (en mi opinión, todos los varones) de los primitivos cuerpos de ciudadanos griegos. Los que no eran nobles o «buenos» eran simplemente «malos» o «malvados». Desde fecha muy temprana, los aristócratas griegos inventaron un vocabulario muy expresivo para designar lo que era socialmente incorrecto.

La vida de un aristócrata comportaba la ejecución de proezas y la ostentación, pero también acarreaba una serie de obligaciones y responsabilidades. Eran los nobles los que tomaban las decisiones relativas a la declaración de guerra y a la conclusión de tratados, y los que dirigían los combates. En la actualidad, consideramos a los aristócratas unos simples aficionados, pero, una vez en acción, los aristócratas de la Grecia arcaica de aficionados no tenían nada. Eran combatientes extraordinarios en la guerra y esperaban obtener la debida recompensa en forma de botín y de premios. Los héroes de Homero luchan a pie en duelos

memorables, artísticamente estilizados con espadas y lanzas «de larga sombra». Los aristócratas de verdad podían intervenir en esas «batallas de campeones», pero, a diferencia de los héroes de Homero, también combatían a lomos de sus amados caballos. Montaban sin espuelas y no utilizaban pesadas sillas de cuero (a lo sumo, una manta acolchada), y los caballos ni siquiera llevaban herraduras, aunque el clima seco del país les ayudaba a endurecer sus pezuñas. Los testimonios literarios y artísticos de la caballería griega arcaica son tan escasos que algunos historiadores modernos han llegado incluso a poner en duda su existencia. Pero en los textos literarios de época posterior tenemos atestiguados muchos centenares de caballos en algunas de las primeras ciudades-estado griegas, y desde luego no eran criados sólo para las competiciones ni para ser utilizados en la agricultura: no existía todavía un tipo de aparejo lo bastante eficaz para que los caballos pudieran tirar de cargas pesadas. A caballo, un noble podía dispersar y perseguir con facilidad a los grupos de combatientes a pie de clase humilde, deficientemente armados, que iban a la guerra acompañando a otros nobles. Las mujeres de la nobleza, en cambio, nunca montaban a caballo. Eran sacerdotisas, objeto de disputa (si eran ricas y hermosas), y madres, sin que tuvieran nunca ningún poder político.

En las ciudades-estado situadas a orillas del mar, los nobles tenían también una estrecha relación con los grandes navíos. Indudablemente eran sus propietarios; quizá en su juventud combatieran alguna vez en ellos o hicieran incursiones de saqueo en compañía de una tripulación de subordinados e inferiores jerárquicos. Se trata de una cuestión sobre la cual, hasta la fecha, carecemos de

información precisa. Sin embargo, ya en el siglo VIII, vemos escenas de barcos de guerra provistos de dos filas de remeros pintadas en algunas vasijas de loza fina, propias de personas aristocráticas. Los barcos de guerra probablemente fueran responsabilidad de los nobles, y en las primeras ciudades-estado su coordinación dependía incluso de un tipo especial de magistrados (los *naukraroi*). Con el tiempo, evolucionaron hasta convertirse en el buque de guerra griego por excelencia, la trirreme, impulsada por tres hileras de remeros y provistas de un espolón de metal en la proa. Los buques de guerra fenicios probablemente sirvieran de inspiración a los griegos y, en mi opinión, este hecho ya se había producido a finales del siglo VIII a.C. (el gran historiador Tucídides pensaba lo mismo, aunque muchos autores modernos ajustan la fecha que él ofrece y la sitúan a finales del siglo VII o incluso en el VI). Las trirremes no eran barcos mercantes (ningún estado griego poseía una «marina mercante»). Podían navegar a una velocidad de siete nudos por hora y, como luego veremos, las condiciones a bordo eran terribles. Como los marineros necesitaban agua constantemente, solían navegar siempre cerca de la costa, pero aún así podían llegar a hacer 130 (o incluso 180) millas marinas al día. Los nobles nos han dejado una imagen de sí mismos que los presenta como grandes amantes de los caballos, pero en Corinto o Eubea, o en islas como Quíos y Sanios, eran grandes señores con la vista puesta en el mar.

En tiempos de paz, se suponía que el noble debía hacer de árbitro en las disputas y dictar sentencias. Al comienzo de la *Teogonía*, el poeta Hesíodo (ca. 710 a.C.) nos da una idea de lo que era uno de estos aristócratas en acción. El noble pronuncia «palabras persuasivas y complacientes», y de sus

labios salen «melifluas palabras». Dicta «rectas sentencias» con «discernimiento» y puede poner fin «sabiamente» a un «pleito por grande que sea». En otra obra, sin embargo, *Los trabajos y los días*, el poeta reprende a esos mismos nobles que «devoran regalos» recibidos a modo de soborno.<sup>[32]</sup> Pero los ideales también son importantes: la persuasión, la perspicacia y cierto grado de amabilidad ante los litigantes que hayan causado o sufrido cualquier daño. Al no haber leyes escritas, era mucho lo que dependía del criterio o de la falta de criterio del noble: los «regalos» eran un medio frecuente de influir en él.

Esos jueces cuasi divinos eran muy respetados, pero no recibían honores igualmente cuasi divinos: más bien presidían los ritos y las ofrendas presentadas a los dioses de su comunidad. Su papel de sacerdote no requería ningún tipo de conocimiento religioso especial. El sacerdote pronunciaba una oración en público cuando iba a sacrificarse un animal a un dios, mientras que un ayudante mataba a la bestia en su lugar. No existía ninguna preparación especial, de modo que las esposas e hijas de los nobles podían actuar también como sacerdotisas. Un sacerdote o una sacerdotisa, a menudo vestidos con bonitos trajes, repartía luego entre los asistentes al sacrificio la correspondiente ración de carne, acto que tenía una importancia capital. Salvo en el caso de las piezas de caza, el sacrificio religioso era la principal ocasión de comer carne que tenían los griegos. El sacerdote se quedaba además con la piel del animal sacrificado, privilegio muy valioso, pues ésa era la principal manera de proveerse de cuero que tenía la comunidad.

Los aristócratas monopolizaban asimismo las magistraturas de sus comunidades. En Corinto, los

Baquíadas monopolizaban todos los cargos; en una ciudad más rústica como Elide, Aristóteles recordaría más tarde que «estando el gobierno en manos de unos pocos, eran muy pocos los que llegaban a ser del consejo, por ser vitalicios los noventa consejeros y por ser la elección por línea dinástica».

[33] En el Ática, la región que conocemos mejor, las magistraturas estaban reservadas a los miembros de la casta noble de los Eupátridas. Había nueve magistraturas, y cualquier noble probablemente pudiera aspirar a ocupar todas ellas, excepto la de rango más elevado, por un período de un año cada vez. Después de ejercer un cargo, el noble ateniense se convertía en miembro vitalicio del prestigioso consejo del Areópago. La vida política en el consejo de su ciudad-estado y los centros públicos de reunión constituía la verdadera savia de la existencia para casi todos los aristócratas: poseemos un hermoso tributo a este tipo de vida en la obra de Alceo, poeta y aristócrata, que se vio privado de ella durante algún tiempo cuando fue condenado al destierro en el campo hacia 600 a.C.

La retórica no existía aún como teoría formal, pero es indudable que las autoridades tenían que demostrar su eficiencia a la hora de hablar en público. Ya en Homero, el don de palabra era admirado en un noble, por ejemplo en Odiseo, de cuyos labios caían en público las palabras «parecidas a invernales copos de nieve». Algunos de los discursos más hermosos de toda la literatura griega los encontramos en la obra prerretórica de Homero.<sup>[34]</sup> Las grandes acciones de un aristócrata no se limitaban a juzgar y hablar. También se le enseñaba a bailar, cantar, y a tocar instrumentos musicales, especialmente el *aulos*, parecido a nuestro moderno oboe. El noble aprendía además a montar

a caballo, aunque sin espuelas, y a manejar la espada y la lanza, pero podía también componer versos y superar en ingenio a cualquiera en el transcurso de una fiesta. Era perfecto en muchos terrenos en los que los modernos críticos de este tipo de figura no suelen serlo. Pero incluso en tiempos de paz casi todas las formas de dar salida a aquellas dotes tenían un componente de agresividad y competitividad. Habitualmente, el aristócrata era aficionado a la caza, a matar sobre todo liebres, pero también zorros, ciervos y jabalíes. Algunas de esas cacerías se realizaban a caballo, pero la caza de la liebre solía hacerse a pie, pues las presas eran acosadas con perros hasta hacerlas caer en redes cuidadosamente dispuestas al efecto. Los esclavos colaboraban en la colocación de las redes, pero los aristócratas jóvenes eran los que intervenían personalmente en la cacería. La persecución de la presa era un entretenimiento, y si lo que se trataba de cazar era un jabalí, podía resultar incluso peligrosa, por lo que la consecución de semejante proeza era muy admirada.

El aristócrata que estaba físicamente en forma participaba también en las competiciones atléticas, el mayor legado que haya dejado la aristocracia griega a la civilización occidental. Las investigaciones de los eruditos griegos de época posterior fijaban el inicio de los Juegos Olímpicos en nuestro año 776 a.C. y desde luego podemos pensar que su apogeo se produjo en el siglo VIII, aunque debemos ser muy cautos a la hora de ofrecer una datación demasiado precisa de sus inicios. Durante algún tiempo, las Olimpíadas tuvieron que enfrentarse a la rivalidad de otros juegos instaurados por los estados vecinos del sur de Grecia (el Peloponeso), pero en *ca.* 600 a.C. su radio de acción era ya

«panhelénico», carácter que mantuvo durante casi mil años. Las mujeres, sin embargo, no tenían derecho a asistir como espectadoras a los certámenes, en los que los participantes competían desnudos (las mujeres tenían también unos pequeños «juegos» aparte, para ellas solas, celebrados en honor de la diosa Hera). Las principales competiciones eran la carrera, el pugilato, distintos tipos de lanzamiento y la lucha. En esta última casi no había restricciones, y en el pugilato los contendientes llevaban correas atadas a las muñecas, pero no los guantes provistos de clavos que introdujeron posteriormente los romanos. Los vencedores llegaban a infligir graves heridas a sus rivales, sobre todo en la «victoria total» (*pankration*), especialidad en la que las patadas eran sólo uno más de los violentos recursos que tenían a su disposición los luchadores. Los contendientes, independientemente de su posición social, no se andaban con remilgos. Rompían dientes, piernas, orejas y huesos, ocasionalmente hasta el punto de ocasionar la muerte a sus rivales. El término «caballerosidad» estaría en este contexto totalmente fuera de lugar.

Esos deportes y competiciones constituyen un legado aristocrático por tres razones. La participación en las pruebas atléticas probablemente nunca estuviera limitada a los aristócratas, pero éstos (como podemos constatar por las descripciones de los juegos que hace Homero) fueron a todas luces quienes establecieron las normas y es muy verosímil que resultaran vencedores durante los primeros años: disponían de más tiempo libre para entrenarse y de mayores recursos para costearse una dieta saludable. Y lo que es más importante, la aristocracia patrocinaba la celebración de certámenes atléticos durante los funerales de

los nobles, creando así la infraestructura de juegos locales en la que se apoyarían luego las Olimpiadas. Pero sobre todo, los nobles dominaban las pruebas olímpicas más espectaculares, que ellos mismos habían inventado: las carreras de caballos y de carros. Estas pruebas contribuyeron a difundir la fama de los grandes juegos deportivos por todo el mundo: los aristócratas griegos son los héroes fundadores de los hipódromos y de las carreras de caballos, legados que han resultado tan duraderos como la «democracia» o la «tragedia». Los nobles eran los propietarios de los mejores caballos, aunque solían contratar a especialistas para que los montaran y condujeran los carros: uno de los héroes de la historia de Grecia al que menos atención se ha prestado ha sido al caballo Ferénico, que ganó tres grandes juegos en un lapso de doce años (entre mediados de la década de 480 y finales de la de 470 a.C).

La cultura de las proezas y los trofeos estaba relacionada también con la vida amorosa. El amor que se expresaba con mayor libertad era el que un hombre profesaba a un joven de su mismo sexo, entre otras cosas porque el ejercicio del atletismo se llevaba a cabo sin ropa y fomentaba así la admiración por el cuerpo masculino desnudo y el contacto directo con él. Y es que los hombres de noble cuna no sólo eran los «mejores» o los «buenos», sino los «bellos», los hermosos (*kaloí*), como si poseyeran explícitamente el monopolio de la apostura. «Ser hermoso» era lo mismo que «ser bueno». Con el tiempo, los certámenes de belleza masculina se convertirían en un elemento característico de los juegos locales, en Atenas o en Tanagra de Beocia, por ejemplo, donde al muchacho vencedor se le permitía pasear alrededor de las murallas de la ciudad con un carnero vivo

sobre los hombros en honor del dios Hermes Portador del Carnero. Los muchachos eran especialmente «agradables», como señalaba Homero, en su más tierna adolescencia, cuando aparecía en sus mejillas la primera pelusa. En la cerámica pintada se conmemoraría a menudo esa hermosura suprema: un hombre mayor con barba aparece cortejando a un adolescente, tocándole los genitales o practicando con él el coito intercruel. Incluso en una cultura de «efebofilia» (amor por los muchachos adolescentes), dejó su impronta el ideal del atleta desnudo. Como no tardaría en ejemplificar la escultura, los jóvenes particularmente hermosos eran los que tenían una figura atlética: hombros anchos, cintura muy estrecha, nalgas prominentes y muslos firmes. No se dio nunca el culto romántico del intelectual de aspecto aniñado, pálido y frágil: en la cerámica pintada, la anatomía de las doncellas es presentada con los rasgos propios de un muchacho. Los púgiles o los luchadores excepcionalmente musculosos se considerarían demasiado fornidos para resultar deseables; el ideal sería más bien el del pentatleta en perfecta forma, hábil en todos los terrenos, incluido el lanzamiento de jabalina.

Esa actividad sexual se inscribe en un contexto en el que los muchachos, en casi todas las ciudades-estado, dejaban de recibir una educación formal una vez cumplidos los catorce años: a partir de esa edad, rebosantes de hormonas, se dedicaban sobre todo a la práctica del ejercicio físico y a las competiciones atléticas en las pistas de lucha llenas de hombres desnudos o, llegado el caso, en «gimnasios» especiales, institución que las aristocracias de la Grecia arcaica han legado también a sus imitadores modernos del mundo occidental. Los hombres de mayor edad suspiraban

al contemplar toda aquella belleza juvenil entre nubes de polvo. Cuando cortejaban a un muchacho, los adultos no se recreaban en la ostentación machista de su virilidad, en la que el «honor» y la «masculinidad» debían demostrarse forzando y penetrando a un varón inferior y no dejándose penetrar por nadie. Por lo general, los detalles prácticos de las relaciones amorosas se nos ocultan, pero la asociación de ese tipo de actividades con los valores «mediterráneos» de «honra» y «deshonra» no es más que un prejuicio moderno. Existían unos lazos, a menudo tiernos, entre el deseo sexual y la cultura de los regalos y las proezas físicas. En la cerámica pintada, sobre todo en la del siglo VI a.C. vemos escenas en las que aparece un hombre adulto, un cazador, trayendo del campo a su joven amado liebres, venados y otros trofeos. En este sentido, la caza y los obsequios amorosos van de la mano. Lo normal era que el hombre adulto cortejara al adolescente: una cultura competitiva de persecución y de hombres dádivosos, enfrentados no con un amante «inferior», sino unos con otros, rivalizando entre sí por los favores amorosos de un muchacho. No es de extrañar que haya tantas anécdotas de época tardía que achacan muchas disputas políticas a enfrentamientos por el amor de un adolescente. Los rivales no solían ser «homosexuales» exclusivamente: los griegos no tenían el concepto de «naturaleza homosexual». Y esos rivales no representaban sólo una contracultura. La mayoría de ellos se casaban y mantenían relaciones sexuales con sus esposas, con esclavas y cortesanas: lo único que ocurría es que a veces las tenían también con varones. El cortejo de una heredera noble podía comportar también el enfrentamiento de los nobles que pretendían su mano, pues todos ellos rivalizaban por obtener

el favor (y la fortuna) del padre de la joven. Pero el cortejo homoerótico era más efímero y por eso se repetía una y otra vez en la vida de un hombre: sus cambios y sus alternativas eran proclamados a los cuatro vientos, convirtiéndose en uno de los temas favoritos de la poesía. En sus fiestas, los hombres no se recostaban en los lechos a escuchar poesías en alabanza de sus esposas o del amor conyugal.

La caza, el cortejo del ser amado y el atletismo no son actividades que dejen tras de sí restos arqueológicos sólidos. Antes bien, las principales reliquias de la vida aristocrática son los fragmentos de su cerámica pintada, elaborada en múltiples formas y estilos especializados. El escenario propio de esta cerámica era mayormente la estilizada fiesta de bebedores llamada *symposion* que celebraba un grupo de hombres después de cenar. Supuestamente, sus orígenes se remontarían a mediados del siglo VIII.<sup>[35]</sup> En el *symposion* o banquete se reunía un grupo de unos doce aristócratas aproximadamente, recostados en lechos. Bebían vino mezclado con agua en copas provistas de un «pie» corto, lo que les permitía mover el vaso entre los dedos y hacer que el vino y el agua quedaran bien mezclados. Las fiestas más refinadas comportaban también la recitación de poemas y la interpretación de canciones, así como juegos de adivinanzas y competiciones dialécticas. Las mujeres estaban excluidas de ellas, pero la música solía correr a cargo de esclavas que tocaban la *kithara* o lira.

A pesar de estar mezclado con agua, el vino acababa produciendo sus efectos y el sexo estaba siempre a flor de piel. En efecto, se ha dicho que uno de los motivos de que para cenar los antiguos se recostaran en lechos en vez de sentarse a la mesa era la mayor facilidad que suponía un sofá

para practicar el sexo durante la velada. La mayor habilidad de un simposiasta se manifestaba en el juego del *kottabos*, especialmente famoso en Sicilia, en el que los jugadores, recostados en el lecho, iban tirando gotas de vino de una copa colgada de un palo o una estaca. Se cree incluso que, cuando tiraba, cada jugador exclamaba: «Fulanito de tal es hermoso», pronunciando el nombre de su chico preferido o el de algún muchacho de reconocida belleza. Los participantes se tocaban unos a otros durante la fiesta; también podían asistir a ella cortesanas y, según cierta teoría, el ganador de las apuestas o del *kottabos* recibía en premio, para su satisfacción sexual, a alguna de las esclavas que amenizaban la velada con su música.<sup>[36]</sup>

El *symposion* entre varones era uno de los elementos del perfecto entramado que constituía la vida de un noble, pero no era la clave de todo. Como el hecho de impartir justicia, es un recordatorio de que no toda la vida de los aristócratas era despiadadamente competitiva (o «agonal», término derivado del griego *agon*, que significa «lid, disputa»), como si su único objetivo fuera derrotar y humillar a los rivales. Los buenos consejos, las buenas maneras, y la camaradería fueron en todo momento tan valorados como las virtudes más «combativas»: el ideal aristocrático era complejo y tenía muchas facetas. Cuando nos sentimos más generosos, pensamos que los aristócratas actuales están por encima de toda competencia y que son demasiado magnánimos por naturaleza para preocuparse por titulillos de poca monta o cualquier ganancia sórdida. Pensamos que no tienen nada de mundanos, y que tal vez son los mejores a la hora de planificar la explotación de una finca modélica. La jardinería paisajística o la jardinería en general no estaban desde luego

entre los intereses que, según nuestras fuentes, tenían los aristócratas de la Grecia arcaica. En el Ática, las «fincas» de los nobles eran consideradas excelentes si no sobrepasaban las 20 hectáreas más o menos.<sup>[37]</sup> En otros lugares, quizá en la espaciosa Tesalia, los aristócratas tal vez poseyeran unas fincas más grandes, que explotaban por medio de humildes siervos, pero las propiedades de cientos de hectáreas o más, como las de los modernos duques, es muy improbable que existieran ni siquiera en esta región. No obstante, la riqueza de un noble estaba para ser gastada y ostentada, especialmente en el esplendor de sus bodas y funerales, que todo el mundo podía contemplar. Los aristócratas utilizaban asimismo objetos hermosamente elaborados para señalar sus enterramientos: al principio utilizaron grandes vasijas de cerámica decorada y posteriormente, desde finales del siglo VII a.C. estatuas y relieves esculpidos. Para entonces, gracias a la reanudación de los contactos con Egipto, los artesanos griegos habían aprendido el arte de realizar grandes esculturas antropomórficas de piedra: para satisfacer a sus patronos aristocráticos, empezaron a introducir innovaciones con el fin de representar el equilibrio y la proporción de la figura humana. La escultura se convirtió así en otra marca de identificación del estatus nobiliario. Se erigían estatuas en honor de «difuntos especiales», de vencedores en pruebas atléticas, o de mujeres que habían prestado sus servicios en el culto de alguna divinidad. Las inscripciones contribuían a personalizar esas estatuas y a darles un nombre, aunque se tratara de representaciones de mujeres. No obstante, las estatuas de atletas eran representaciones de personajes famosos y por tanto eran personalizadas a veces directamente como cuasi retratos. Como observaba el gran

especialista en historia de la antigua Grecia, Jacob Burckhardt, «el retrato, en este caso, comienza en gran medida con la figura de cuerpo entero, necesariamente desnuda, y nunca volvería a tener ese origen en ningún otro lugar del mundo. El atleta constituye un género artístico antes de que existan estatuas de políticos o guerreros, por no hablar de poetas».<sup>[38]</sup>

Ese aumento del lujo no supuso ningún motivo de decadencia entre las clases más elevadas. Antes bien, fomentó la emulación y desde luego no excluyó nunca el afán de obtener beneficios. Bien es verdad que ningún aristócrata desearía nunca ser un «hombre de negocios» a tiempo completo. Los comerciantes, como los artesanos, que trabajaban todo el día eran despreciados y considerados vulgares por los autores griegos que muestran una tendenciosidad a favor de la clase alta: por lo pronto, según decían, mentían constantemente. En la historia de Grecia de época posterior, los comerciantes de los que tenemos constancia son casi en su totalidad no ciudadanos dentro de su comunidad, y desde luego ninguno pertenece a la clase alta. No obstante, la oportunidad de obtener riquezas era demasiado buena como para dejarla escapar. Incluso los aristócratas tenían hijos jóvenes capaces de embarcarse temporalmente y encabezar una incursión de saqueo (o de «comercio») en tierras extranjeras: contempladas desde otro punto de vista, aquellas audaces aventuras tenían tanto de piratería como de comercio convencional. Aunque no había ningún noble que se «dedicara» al comercio, cualquiera de ellos podía siempre «aprovecharse» del comercio utilizando agentes de condición servil y subordinados para botar sus naves, comercializar el excedente de sus explotaciones

agrícolas y hacer negocios en ultramar a cambio de metales y materiales preciosos.<sup>[39]</sup> En este tipo de productos se basaría cada vez más la ostentación de los nobles en su patria. Pues la ostentación, no la dádiva astuta e intencionada, constituía el uso primordial que el aristócrata hacía de su riqueza: en la clase alta, los regalos no se hacían sólo con objeto de recibir otros regalos a cambio. Con motivo de funerales y bodas, en el seno de la familia o ante el conjunto de la comunidad agradecida, los nobles hacían generosas dádivas, sin pensar siempre en la «reciprocidad» que Hesíodo, a un nivel social más bajo, recordaba que debía tener presente en todo momento el pequeño agricultor astuto. Incluso en los poemas de Homero un noble «intercambia» regalos con otro una sola vez. Por el contrario, la ostentación de riqueza por parte de los nobles y el intercambio de regalos intensificaban la competencia, pues los «mejores» tenían que estar a la altura de los «mejores». En numerosos lugares del mundo griego no cabía esperar que los que sólo vivían de las rentas y de los réditos de la agricultura siguieran siendo los «mejores» por mucho tiempo.

# Capítulo 4

## LOS DIOSES INMORTALES

Y he aquí que existe una virgen Dike, hija de Zeus, digna y respetable para los dioses que habitan el Olimpo; y siempre que alguien la ultraja injuriándola arbitrariamente, sentándose al punto junto a su padre Zeus Cronión, proclama a voces el propósito de los hombres injustos para que el pueblo pague la loca presunción de los reyes...

HESÍODO, *Los trabajos y los días*, 256-261

Anaxipo pregunta a Zeus Naos y a Dione por la descendencia masculina de su esposa Filista... ¿a qué dios conviene que eleve mis plegarias para tener más suerte y éxito en mi objetivo?

Pregunta al Oráculo de Dodona, inscripción sobre una lámina de plomo.

En los poemas de Homero, la imagen predominante es que no hay vida más allá de la muerte. En el mundo subterráneo, las «almas» de los héroes viven una existencia sombría, revoloteando como murciélagos, aunque en general, en la épica, carecen de poder para influir en los acontecimientos terrenales y, por supuesto, no tienen facultad alguna para salir del mundo de los muertos. Esta magnífica visión de la condición humana realza el patetismo de la vida de un héroe. Somos lo que hacemos; la fama alcanzada en vida es nuestra inmortalidad. Hasta que Aquiles no incinera a su querido Patroclo, el difunto no puede entrar por fin en la casa de Hades. De modo que el espíritu de Patroclo aparece de noche ante Aquiles para pedirle que celebre los últimos ritos: «Dame también la mano, lo pido por piedad. Pues ya no volveré a regresar del Hades cuando me hagáis partícipe del fuego».<sup>[40]</sup> Aquiles

tiende sus brazos hacia él, pero la imagen de Patroclo se ha desvanecido «como el humo»: Aquiles no volverá a verlo nunca más.

Pocos aristócratas, si es que los hubo, compartieron esta visión poética de la muerte que con tanta intensidad realza el patetismo de la épica y sus legendarias opciones. Por toda Grecia los nobles honraban a héroes locales bastante distintos entre sí, en la creencia de que su cólera y su favor seguían influyendo localmente en el mundo de los vivos: este culto lógicamente no estaba en consonancia con la idea predominante en la poesía homérica que, por lo tanto, no fue la que lo inspiró. Es probable que muchos de esos hombres esperaran para sí bastante más que una vida después de la muerte entre sombras como la de un murciélago; tal vez una vida en los «Campos Elíseos», en los remotos confines del mundo, con algunos de los juegos y competiciones que habían conocido en vida, o, si no, algún tipo de castigo (al menos para sus enemigos) por los malos actos cometidos aquí en la tierra. La vida homérica era «de este mundo», pero en algún rincón de su mente pocos griegos de los siglos VII y VI a.C. habrían estado tan seguros como los héroes homéricos de que eso era todo.

A comienzos del siglo VI a.C. un himno post-homérico imagina para nosotros cómo los dioses disfrutaban de «la cítara y el canto» en el monte Olimpo. Se nos cuenta que las musas, «respondiéndole todas a una con hermosa voz, cantan de los dioses los dones inmortales y de los hombres los sufrimientos, cuantos sobrellevan por causa de los dioses inmortales, y cómo pasan la vida inconscientes y sin recursos y no pueden hallar ni remedio de la muerte, ni protección de la vejez».<sup>[41]</sup> Lo mismo cabe decir de la «justicia» y el «amor»

en el cielo: la vida es como es, y a los dioses les gusta simplemente oír hablar de ella en contraste con la tranquilidad propia de su inmortalidad, del mismo modo que en la tierra los aristócratas escuchan cantos acerca de las penalidades de las gentes de clase humilde.

Es de nuevo una imagen de una dureza magnífica; pero también una imagen que los griegos no habrían estado tan dispuestos a sostener a lo largo de sus «inconscientes» vidas. Los griegos eran politeístas y reconocían la existencia de muchos dioses. Los poemas de Homero habían hablado principalmente de doce divinidades (a los que menos se menciona es a Dioniso y Deméter), pero los «doce» dioses del Olimpo eran una convención poética, y en la vida real había cientos de ellos. Los títulos y los atributos vinculaban a los dioses con un lugar o una función concretos (Zeus Eleuterio con la libertad, Apolo Delio con la isla de Delos) y los acercaban especialmente a sus adoradores locales: en el Ática están atestiguadas al menos diez «variedades» de Atenea. Fuera del círculo homérico, había dioses que eran incluso más próximos, el tipo de divinidades que encontramos en los calendarios de culto locales de las aldeas del Ática o los dioses de los cultivos y de las labores agrícolas propios de la gente corriente. En los túmulos funerarios y en algunos lugares especiales estaban también los héroes no homéricos, personajes semidivinos cuya cólera potencial era absolutamente imprevisible: sólo en el Ática había cientos de esos héroes, y los atenienses mantenían las debidas relaciones ellos. Pues, en todos los niveles de una comunidad, los distintos grupos sociales griegos contaban con dioses o héroes concretos, como, por ejemplo, los grupos de cazadores macedonios que se encomendaban a

«Heracles el cazador», o las fraternidades del Ática que invocaban aun dios o héroe local, a «Zeus Fratris» o a Áyax o simplemente al «héroe protector de los depósitos de sal». Dioses y héroes estaban estrechamente vinculados a la infraestructura social, así como al territorio y las ciudadelas de cada ciudad-estado. En las calles y fuera de las casas de muchas ciudades griegas (Atenas es el caso mejor conocido) había columnas de piedra, o «hermas», que tenían la cabeza de una divinidad en la parte superior y un órgano sexual masculino en erección en la inferior. Probablemente fueran una advertencia, una forma de recordar que debían evitarse las malas acciones («ve con tiento, o serás penetrado»).[42] Con el paso del tiempo, la gente culta comenzó a considerarlas bastante ridículas, y fue así como una famosa noche de 415 a.C. un grupo de jóvenes listos procedió a su mutilación, posiblemente con la intención de asustar a la gente más sencilla, para que creyera que los dioses iban a oponerse a su inminente campaña naval a Sicilia. De hecho, esa gente humilde se volvió contra los arrogantes «mutiladores de hermas» y los sometió a juicio.

Los dioses, en conjunto, eran imaginados más amables que crueles, aunque su crueldad podía ser espectacular. Cuanto más aleatoria era su justicia —al enviar, por ejemplo, un castigo al cabo de muchos años por la mala acción cometida por un antepasado—, más divina se consideraba. Pues los dioses también tenían su escala de valores: esperaban que se cumplieran los juramentos, que los extranjeros fueran respetados y que no se contaminara sus templos. Cuando sucedía una gran desgracia, los griegos solían buscar una explicación en los dioses y en el pasado, una forma de dar sentido al mundo que nunca desapareció

entre la mayoría de ellos a lo largo de su historia «clásica» posterior. En la poesía y los oráculos de época arcaica, esta creencia en el castigo divino se hace particularmente patente, pero incluso por aquel entonces la gente no se veía oprimida por lo que podemos denominar temor sacro. Durante la mayor parte del tiempo su religiosidad era pasiva, limitándose a unas pocas ofrendas habituales y sin mostrar la preocupación indebida. Sólo en una situación crítica, bien fuera personal o colectiva, dicha religiosidad se volvía activa, y por lo tanto la creencia en la justicia divina durante años o generaciones fue una manera de encontrarle sentido a las desgracias graves. Hasta que no se producía esa situación crítica, «primero actuar, luego encontrar una explicación» era una forma de no perder la perspectiva; otra consistía en intentar obtener el favor de un dios antes de arrostrar los peligros de una empresa. Si ésta fracasaba, podía ser que la divinidad invocada no fuera la debida, o que en aquella ocasión no hubiera estado dispuesta a «involucrarse».

Estos dioses y héroes no se limitaban a morar en el cielo, disfrutando de que las musas se recrearan al contemplar el sufrimiento humano. Los griegos vivían la vida con un fuerte sentido de la presencia potencial en ella de los dioses, en el clamor de las tormentas o las penalidades de una enfermedad, en las nubes de polvo del campo de batalla o en distantes colinas, sobre todo con el sol del mediodía. Como dice Homero, «los dioses no se aparecen a todos los hombres», pero resultaban más fácilmente accesibles de noche, en sueños. Pues, a medida que fueron multiplicándose las esculturas pintadas, los griegos empezaron a ver cómo a su alrededor las representaciones de las divinidades llenaban sus espacios públicos: por la noche,

las imágenes, obra de sus artesanos, parecían «erguirse a su lado como socorredores manifiestos». Los himnos corales, los poemas, los cuentos infantiles, las conversaciones durante las fiestas, todo contribuía a esa reciprocidad nocturna. Aludían con mucha frecuencia a los dioses y a sus apariciones en la tierra, y a sus hazañas en los relatos con diversas variantes, los *muthoi*, que un poco a la ligera denominamos «mitos». Al igual que los nobles, la mayoría de los dioses representados en esos relatos y esculturas se caracterizaban por una hermosura y una gracia deslumbrantes: «eran unos personajes maravillosos; sus proezas y sus amoríos eran tan apasionantes como los de una estrella del celuloide».<sup>[43]</sup> Como las superestrellas, se decía que dioses y diosas habían hecho el amor ocasionalmente con simples mortales, siendo el mejor ejemplo Poseidón, que ocultó, para hacer suya, a la doncella de sus deseos bajo la cresta de una ola purpúrea.<sup>[44]</sup> Como las estrellas cinematográficas, los dioses podían enamorarse de un muchacho (como Zeus se enamoró de Ganimedes, o Apolo del desventurado Jacinto), y sus amantes de sexo femenino no siempre eran vírgenes. Pero, a diferencia de los astros del celuloide, los dioses siempre dejaban embarazada a su amante. Si hacían el amor con ella dos veces seguidas, tenía gemelos, aunque también se le ordenaba: «guarda en secreto mi nombre para ti».<sup>[45]</sup>

La presencia potencial de esos dioses se hacía sentir más vivamente con motivo de las celebraciones, cuando sus estatuas salían de los templos, construidos para que las divinidades pudieran utilizarlos como lugar de residencia. Los demás días del año los visitantes podían encontrar un templo abierto y acceder a su interior para contemplar la

imagen de un dios. Lo que no hacían era sentarse dentro del santuario y participar con un sacerdote en un servicio. No había una Iglesia politeísta, ni ningún tipo de preparación especial o aprendizaje básico teológico para ser «sacerdote» o «sacerdotisa». Los principales cultos carecían de escrituras sagradas: los textos religiosos eran una característica distintiva de los cultos minoritarios «secretos». La esencia del politeísmo consistía en rendir honor a los dioses con la esperanza de recibir su favor o de apaciguar y prevenir su cólera divina. Se les podía rendir honores en forma de tortas, primicias o libaciones de vino o miel. Pero principalmente mediante la ofrenda de animales sacrificados en los altares para la ocasión, ya fueran aves, ovejas, lechones (que costaban unas tres dracmas), o bien una res, la ofrenda más costosa (costaba «noventa dracmas»).[46] Había «dioses subterráneos», en honor de los cuales las libaciones y la sangre eran derramadas en el suelo y los animales sacrificados era quemados en su totalidad (ése es el origen de nuestro término «holocausto»). Y estaban los olímpicos y los dioses «de lo alto», con los que se compartía la carne del animal. Los dioses disfrutaban del humo y recibían principalmente la grasa y los huesos (aunque a Afrodita no le gustaban los cerdos, excepto en la ciudad semigriega de Aspendo). Los mortales se quedaban astutamente con la carne para comérsela.

Esos sacrificios venían a subrayar la línea divisoria que separaba a los mortales de los seres inmortales y, aunque cualquier persona podía ofrecerlos, generalmente se llevaban a cabo en cultos pagados por grupos sociales, sobre todo por la comunidad o ciudad-estado. Cada ciudad-estado tenía un calendario de fiestas anuales, que variaban de un lugar a

otro, pero en todas partes los difuntos, las cosechas y la fecundidad humana eran los fenómenos imprevisibles cuyo buen estado constituía la razón fundamental de esa actividad cultural. Los ciudadanos no tenían la obligación de asistir a los ritos, que eran oficiados por un sacerdote o una sacerdotisa, y el día de la celebración se repartían a menudo carne o pequeños regalos simbólicos entre la multitud. Además, había fiestas dedicadas especialmente a la mujer. En el calendario ático, las Tesmoforias (que alcanzaron gran difusión en el mundo griego), en honor de Deméter y la Doncella (Perséfone), eran celebradas exclusivamente por respetables mujeres casadas. Éstas pasaban con sus sacerdotisas tres días, en el curso de los cuales ofrecían lechones en sacrificio y durante un día, al menos, practicaban el ayuno sentadas sobre esteras en el suelo, y dedicaban otra jornada a ofrecer sacrificios en honor del «buen Parto». La abstinencia sexual antes y después de las fiestas era requisito indispensable. En las Haloas, en cambio, las mujeres del Ática llevaban reproducciones de órganos sexuales masculinos y femeninos, y se colocaban ante ellas tortas con esas mismas formas, mientras, según se decía, las sacerdotisas las incitaban entre susurros a cometer adulterio. Al margen del calendario civil, las mujeres también celebraban a veces unas curiosas fiestas en honor de Adonis, el hermoso joven amado de Afrodita. Los ritos comportaban el precipitado cultivo de una serie de plantas en macetas, lamentos con el pecho desnudo y, según parece, un sentimiento de que el divino Adonis constituía el amante ideal al que esas «desesperadas amas de casa» no habían podido encontrar en la figura típica del marido griego. Un rasgo recurrente de esas fiestas era la suspensión del «tiempo normal» y las normas sociales, bien mediante la breve

inversión de la realidad cotidiana (el «mundo se ponía al revés»), bien mediante la puesta en marcha de una rutina excepcional. La inversión y la excepcionalidad se hacían más patentes en los cultos del impetuoso Dioniso, el dios del vino, el desarrollo y las fuerzas dadoras de vida. A menudo era representado con vestidos de mujer, como un ser asexuado rodeado de ménades y de los animalescos sátiros, con sus descomunales miembros viriles. No podemos negar la algazara y los «estados de enajenación» que en la vida real acompañaban al culto de Dioniso, ni decir que la participación de las mujeres quedaba limitada a la danza, como si sólo fueran los hombres los que bebieran vino. De hecho, las mujeres bebían, ejecutaban bailes extáticos y (en Macedonia) sujetaban serpientes entre sus manos; a veces adoraban a Dioniso en «plena» naturaleza salvaje, incluso en lo alto de los montes. Sin embargo, en la vida real, probablemente los adoradores de ambos sexos nunca se dedicaron a abrir en canal animales vivos (y mucho menos a un esclavo) como indican los mitos y el drama. El de Dioniso formaba parte de los cultos cívicos de las ciudades-estado, aunque sus ritos fueran ejecutados principalmente por mujeres: esos ritos «salvajes» proyectaban la imagen de que las mujeres eran «salvajes» e «irracionales» (los lamentos en los funerales, actividad típicamente femenina, proyectaban una imagen similar). Luego, cuando acababa el culto, concluía el breve período festivo de liberación, y volvían a reinar las estrictas normas de comportamiento habituales (controladas por los varones): como bien demostraban esas fiestas, aquellas mujeres «irracionales» tenían verdadera necesidad de un hombre sobrio a su lado. Pero Dioniso, pese a ser bien conocido en Grecia desde época muy antigua, siguió siendo una divinidad

potencialmente exótica. Así pues, los mitos lo presentaban como un invasor extranjero procedente de tierras «irracionales», bárbaras, de Tracia, de Lidia, o incluso de la India (donde tiempo después Alejandro Magno y sus soldados creyeron encontrar verdaderos rastros de los orígenes del dios). De hecho, Dioniso no era en absoluto un intruso, ni siquiera «más joven» que los sobrios y racionales dioses olímpicos. Se trataba de un antiguo miembro del panteón griego, pero su desenfreno se vio propiciado por esos mitos e imágenes de lujo «oriental».

Los rituales con ese tipo de referencias contrapuestas se ponían de manifiesto en los calendarios de todas las ciudades-estado, y, en este sentido, la «religión» se entrelazaba con la «política»: cada vez con mayor frecuencia los ciudadanos votaban la concesión de fondos para los cultos, nombraban a sus sacerdotes mediante sorteos o elecciones y sancionaban decretos que velaban por la conservación y el buen estado de sus templos. No era que la «política» se viera en cierto modo determinada siempre por la «religión», ni que las leyes fuesen verdaderamente «sagradas». Por el contrario, la *polis* no era una comunidad religiosa, organizada simplemente para el culto o la veneración de los difuntos: se trataba de una comunidad de ciudadanos cuyas reuniones políticas iban precedidas por una serie de plegarias u honras religiosas, pero cuyos debates, decisiones y conflictos tenían un carácter político independiente y trataban acerca de los medios y los fines humanos objeto de discusión. Se apelaba más bien a los dioses como «socorredores». A lo largo del presente libro, debemos pensar que las ciudades-estado y los ejércitos griegos honraban repetidamente a esos «socorredores»,

ocasiones que permitían que la multitud se reuniera en las calles, se suspendiera la actividad pública e incluso se retrasara la marcha de los soldados: casi no se conocían los ateos. Los ciudadanos estaban obligados a reconocer la existencia de los dioses de su ciudad (según parece, sólo muy pocos filósofos no lo hicieron), pero por otro lado el único límite importante consistía en que no debían adorar a un dios raro que negara la necesidad de culto de los demás dioses. Hasta que los griegos no entraron en contacto con los judíos y los cristianos, ni siquiera se planteó el problema de este tipo de divinidad exclusivista. «La libertad de culto», por lo tanto, no fue una libertad por la que los griegos tuvieran que combatir hasta la muerte unos contra otros. La «tolerancia» religiosa tampoco supuso para ellos un motivo de enfrentamientos. Como buenos politeístas, los griegos aceptaban muchos dioses, y los dioses que encontraban en el extranjero eran normalmente venerados y entendidos como los dioses propios, aunque en una variante local distinta. Los únicos intentos importantes de prohibir cultos «privados» los encontramos en las páginas de aquel revisionista político que fue el filósofo Platón. Como el resto de su horrible ciudad ideal, dichos intentos fueron ignorados en la vida real por todos los demás griegos.

La religión griega tampoco era simplemente una «religión de *polis*». Además del calendario de cultos públicos, las familias observaban cultos domésticos en sus propiedades (especialmente en honor de Zeus «de las propiedades») y en sus hogares (en Alejandría de Egipto, el «buen *daemon*» o serpiente alcanzaría gran popularidad). Los miembros de una familia también celebraban conjuntamente cultos presididos por el padre, como podemos observar en relieves

escultóricos de carácter votivo, que los representan haciendo su ofrenda. Pues al margen de los cultos públicos se desarrolló también una floreciente cultura de votos personales a los dioses por parte del individuo, bien fuera con la esperanza de obtener un favor, bien en agradecimiento por la obtención del mismo. El individuo hacía voto de celebrar sacrificios, erigir estatuas o incluso templos, por no hablar de la infinidad de estatuillas de yeso y terracota que han aparecido en las excavaciones de los santuarios, especialmente en algunos centros de culto de los griegos occidentales. Esos votos eran realizados con fines terrenales, como, por ejemplo, la concepción de un hijo, un parto feliz, el triunfo en el amor, la victoria o las ganancias y especialmente la recuperación de una enfermedad: los dioses estaban considerados verdaderos sanadores por muchos, incluso por los médicos más cultos. La divinidad que recibía un voto no debía ser obligatoriamente un dios del panteón de la ciudad. La poesía de Hesíodo contiene grandes alabanzas a los poderes y funciones de la diosa Hécate, con la que su familia tal vez entrara en contacto en el curso de sus viajes:<sup>[47]</sup> no se conoce ningún culto de Hécate en su *polis* de Beocia ni en sus tiempos ni en época posterior. El concepto de «voto» en pago de un favor podía fácilmente desembocar en una «maldición» para perjudicar a otro individuo, a un rival en el amor, en una competición o incluso en la política democrática. Las maldiciones también seguían un ritual preciso y, pese a su naturaleza siniestra, pretendían asimismo conseguir que los dioses se interesaran en un objetivo personal, lo mismo que los votos o las plegarias convencionales.

Las plegarias a menudo hacen hincapié en la esperanza

de reciprocidad que se oculta tras buena parte de los regalos que se hacían los propios griegos, excepto (en mi opinión) los que se intercambiaban aristócratas. Este patrón se daba por sentado en las relaciones sociales del mundo de los mortales, por lo que era proyectado a la esfera de lo divino: «Zeus, si alguna vez te ofrecí un sacrificio de tu agrado, concédeme...». No se trataba de sobornar, sino de continuar las relaciones con un ser superior divino quien, al igual que un superior social, podía a veces (pero no siempre) intervenir. El adorador nunca sabía cuándo estaría dispuesto a hacerlo y cuándo no.

No obstante, tenía la ocasión de conocer las órdenes y los deseos de los dioses: los expertos podían observar el vuelo de las aves o las entrañas de un animal sacrificado para interpretar los presagios poco corrientes. En este tipo de contextos era posible descubrir la voluntad de los dioses. Una vez más, es probable que muchas de las decisiones de los individuos del mundo clásico fueran precedidas por plegarias o ritos de adivinación. Los dioses no eran meros espectadores u «oyentes»: también se comunicaban, aunque fuera de una manera indirecta.

Al margen de los sueños, esas comunicaciones eran más factibles en determinados templos, sobre todo en los santuarios oraculares en los que profetas y profetisas «hablaban» en nombre de los dioses. En el siglo V ni la reputación del más famoso de ellos, el de Delfos, estaba ya establecida: posteriormente se diría que sus sacerdotes habían sido emigrantes venidos de Creta, tradición que yo mismo acepto, al menos quizá hasta su expulsión a raíz de la Guerra Sagrada de *ca.* 590 a.C.<sup>[48]</sup> En determinados días favorables una sacerdotisa respondía en Delfos en nombre

de los dioses a las preguntas formuladas por los visitantes. Para ello normalmente debía estar inspirada, tal vez tras ingerir miel tóxica fresca y masticar «daphne» (sería incorrecto pensar que esta planta era «laurel» no tóxico).<sup>[49]</sup> Las respuestas se daban en prosa o en hexámetros (con la ayuda de los sacerdotes), pero, siendo Apolo el dios que era, a menudo resultaban ambiguas o desconcertantes. Así pues, se hacía necesaria la inteligencia humana, y con frecuencia la divinidad sólo decía: «Más valdría que...». Por mal que salieran las cosas, se vería que las alternativas habrían sido peores.

En la época aristocrática se produjo en el mundo griego un florecimiento espectacular de los centros oraculares, no sólo el de Delfos, sino también el de Dodona, en el noroeste de Grecia, o los de Dídima y Claros, en la costa occidental de Asia, entre otros. Probablemente buena parte de las consultas oraculares estuvieran ligadas a las preocupaciones cotidianas de la gente: ¿con quién es mejor que me case?, ¿de quién es la culpa?, ¿cómo tener hijos? Pero todos esos santuarios también ofrecían una ratificación externa de las decisiones más importantes tomadas por una ciudad, un sello de aprobación divina que servía para tranquilizar y exculpar a la reducida y turbulenta clase dirigente de la comunidad que formulaba la pregunta. Con el tiempo, la democracia tendería a ofrecer un sello propio plenamente autorizado. Luego también los oráculos se convertirían en un recurso de la comunidad para afrontar determinadas cuestiones relacionadas con innovaciones en materia de culto o temores de insólita cólera divina: permitirían que un dios se expresara sobre asuntos que fueran competencia de los propios dioses. En la época de la aristocracia sirvieron

además de apoyo para las propuestas de establecer nuevos asentamientos en el extranjero o de introducir cambios importantes en el ordenamiento político. A su vez, el resultado de esas empresas vino a realzar su prestigio: «no cabe la menor duda de que al principio la colonización fue más responsable del éxito de Delfos, que Delfos del éxito de la colonización».<sup>[50]</sup>

# Capítulo 5

## TIRANOS Y LEGISLADORES

Pues mis promesas las cumplí, con ayuda de los dioses, y fuera de ellas no cometí locuras ni me place obrar por medio de la violencia de la tiranía, ni que los «buenos» posean igual porción de nuestra fértil tierra patria que los malvados...

Solón, F 34 (West)

En medio del esplendor que los rodeaba, los aristócratas tenían una idea de «ciudad justa». Ya la poesía de Hesíodo había imaginado una para ellos, no un lugar teórico y utópico, sino una ciudad de «sentencias rectas»,<sup>[51]</sup> en la que reina la paz y el hambre está ausente. En ella gobernarían naturalmente los nobles, dando su libertad por descontada. No escribieron de esa libertad en los escasos poemas e inscripciones que se nos han conservado porque en su memoria viva no se habían liberado ni habían reafirmado esa libertad arrebatando el poder a su antiguo rey. Tampoco había una clase humilde políticamente activa que amenazara con poner límites a su libertad o con someterlos. La única esclavitud que temían era la esclavización a manos del enemigo en la guerra, peligro que se cernía tanto sobre ellos individualmente como sobre todo el conjunto de su comunidad.

No obstante, en la década de 650 a.C. el monopolio político que ostentaban las camarillas de aristócratas empezó a resquebrajarse. La primera «edad de la revolución» del mundo comenzó en Grecia, en Corinto concretamente, y se extendió a las comunidades vecinas.<sup>[52]</sup> Los aristócratas

podrían ser calificados de «monarcas» (*mounarchoi*), pero a partir de 650 aproximadamente serían sustituidos en ocasiones por un solo gobernante, por un verdadero «monarca», en el sentido que hoy día damos a este término. Los griegos de la época llamaban a ese nuevo monarca *turannos*, «tirano», y durante más de un siglo florecieron este tipo de «tiránías» en muchas comunidades griegas. Hasta nosotros han llegado algunos relatos espectaculares acerca de su comportamiento, los primeros cotilleos griegos que se nos han conservado, y unos cuantos restos significativos de arquitectura, meros fragmentos de los imponentes templos de piedra que construyeron. Uno de los más grandes, el santuario de Zeus Olímpico en Atenas, tenía tales dimensiones que sólo pudo ser acabado por Adriano, seis siglos y medio después de que comenzaran sus obras en 515 a.C.

Lo que no sabía Adriano era que el término *turannos* era una palabra que los griegos habían tomado de una lengua extranjera hablada en Asia occidental, el lidio. Hacia 680 un usurpador, Giges, se había atrevido a asesinar a los últimos miembros de una dinastía bien establecida de reyes de Lidia. Los dioses no lo castigaron, y Giges llegó incluso a consultar el oráculo griego de Delfos para pedir consejo. Treinta años después los griegos utilizaban una palabra de origen lidio para designar a un tipo similar de gobernantes usurpadores, que se habían hecho con el poder en numerosos estados de la propia Grecia.

¿Pero por qué se vino abajo el monopolio de los aristócratas? Sin duda tiene que ser relevante el hecho de que a comienzos del siglo VII, y con toda seguridad en *ca.* 670 a.C., tengamos constancia de que se había producido un

famoso cambio en la táctica militar que dio paso al característico estilo «hoplita». Los soldados de infantería llamados «hoplitas» utilizaban un escudo de grandes proporciones, de casi un metro de diámetro, que sujetaban por medio de una doble empuñadura situada en la parte interior y que protegía el flanco izquierdo del combatiente desde el mentón hasta las rodillas. Una vez en formación, el escudo del guerrero situado a su lado le permitía proteger el flanco derecho, dejándole así la mano derecha libre para utilizar la lanza o bien una espada corta en los combates cuerpo a cuerpo. Un casco de metal y una coraza también de metal o de tela acolchada servían para proteger la cabeza y el cuerpo, como hacían con las piernas las grebas también de metal, al principio un elemento extra de carácter opcional; todo este equipo permitía a la formación permanecer firme frente a los dardos y proyectiles del enemigo. Se desarrollaron nuevos tipos de combate distintos del habitual hasta entonces, y, lo que es más importante, el tipo de caballería predominante en Grecia dejó de ser capaz de desbaratar las líneas de soldados de infantería pesada, siempre y cuando la formación se mantuviera firme. Los jinetes nobles pasaron a tener una importancia secundaria y en adelante su mayor utilidad consistiría en perseguir al adversario cuando los hoplitas rompieran las líneas de la infantería pesada enemiga. Asimismo perdieron importancia los grandes campeones nobles y sus duelos singulares: los aristócratas dejaron de ser los protagonistas de los combates librados en el campo de batalla.

En este cambio de táctica de la infantería, el elemento decisivo fue la doble empuñadura situada en el interior del escudo, que permitía al guerrero sujetar un elemento

defensivo tan voluminoso con un solo brazo. Existen testimonios suficientes que relacionan su introducción en la Grecia continental con la ciudad de Argos, donde los nuevos combatientes eran admirados con el título de «aguijones de la guerra», defensores de los griegos.<sup>[53]</sup> Sin embargo, la nueva empuñadura del escudo y varios otros elementos de la armadura griega quizá se originaran con anterioridad en Asia occidental y constituyeran parte del equipo bélico de los carios, un pueblo no griego, y de sus vecinos, los jonios, al servicio de los reyes de Lidia en los destacamentos de infantería. El jefe militar de esos soldados tal vez fuera Giges. También entre los argivos la adopción de la táctica hoplita es atribuida de manera bastante convincente a un individuo, Fidón, antiguo rey de Argos. Es preciso que la innovación fuera obra de un individuo, pues ninguna aristocracia habría estado dispuesta a introducir un nuevo estilo de lucha que socavaba de manera tan evidente el poder de los nobles. Fidón de Argos, *ca.* 670 a.C., fue casi contemporáneo de Giges y probablemente copiara a los orientales y siguiera su ejemplo. Una vez que los argivos empezaron a luchar como hoplitas, sus vecinos del resto de Grecia no tuvieron más remedio que imitarlos; una necesidad semejante obligaría más tarde a la clase militar de los turcos otomanos a utilizar las armas de fuego, aunque fuera a regañadientes.

La nueva táctica de los hoplitas tuvo unas consecuencias sociales comparables a la adopción de la lanza y de la formación de combate por el poderoso jefe zulú Shaka Zulú en Sudáfrica hace apenas 150 años. Los hoplitas no supusieron la creación de un orden social aparte, «el ejército»: los nuevos soldados eran los ciudadanos que se

congregaban cuando eran llamados a las armas. Sólo que ahora los pequeños terratenientes podían asociarse empuñando las armas y colocándose en formación para defender sus bienes o asolar los de otros sin tener que depender de unos adalides pertenecientes a la aristocracia. No constituían una nueva clase, sino una clase ya existente que había adquirido una nueva conciencia de clase. Pues la nueva táctica supuso a todas luces un cambio, el de la «seguridad en la multitud». El sólido casco de metal dificulta en gran medida la visión lateral del guerrero. El gran escudo, con su doble asa, constituye también un armatoste que impide maniobrar con agilidad en el combate cuerpo a cuerpo fuera de la formación. Las reconstrucciones de todo este armamento me convencen de que la introducción de la nueva táctica requería una sólida formación para que las armas resultaran eficaces. Los primeros vasos pintados que representan a los hoplitas los muestran a veces llevando además una o dos lanzas: tal vez al principio las primeras filas utilizaran armas arrojadas de este tipo, pero a mi juicio su representación constituye sólo una convención artística. No obstante, durante los tres siglos siguientes, la formación de hoplitas alineados en apretadas filas constituiría la modalidad de combate por tierra predominante entre los griegos. Sus integrantes, los ciudadanos, se ejercitaban en los gimnasios públicos y en las pistas de lucha, pero, excepto en Esparta, su adiestramiento bélico en campos militares sería muy limitado. Para los soldados de primera fila, en cualquier caso, una batalla constituía una experiencia terrible, que culminaba en el «empujón» (*óthismos*) contra la formación de hoplitas contraria (no existe ninguna descripción completa de los detalles de una batalla de hoplitas, por lo que su desarrollo

habitual sigue siendo objeto de debate).

Evidentemente estas nuevas tácticas tuvieron consecuencias para la estructura de fuerzas y de poder del propio Estado. No podemos asegurar que «allí donde hubiera hoplitas habría tiranos y se produciría una quiebra del gobierno aristocrático». Lo que podemos deducir es que sin este cambio militar no habría habido tiranos. Nadie se habría atrevido a liquidar a la nobleza, la principal fuerza de combate de la comunidad. Los hoplitas, por tanto, fueron un requisito indispensable para la aparición de la tiranía griega, pero no supusieron una condición suficiente.

Una causa concomitante de este cambio fue la división y el desorden cada vez mayores que reinaba entre los propios aristócratas. Las aristocracias eran marcadamente vulnerables a la lucha de facciones. ¿Por qué una familia noble iba a ceder el paso a otra, si teóricamente todos los nobles tenían un esplendor análogo? A medida que se desarrollaron la vida y el ocio en los centros urbanos, con sus campos de lucha, sus reuniones del consejo y sus salones para la celebración de largas fiestas de bebedores, fue habiendo cada vez más espacio para el intercambio de insultos entre las pandillas de nobles rivales y para el resentimiento entre aquellos a los que no había sido concedido un determinado honor o una determinada magistratura. Como ocurriera en las ciudades de la Italia medieval, el desarrollo de la vida urbana intensificó los contactos diarios entre las familias nobles, con el consiguiente incremento de la violencia y las luchas de facciones. Los nobles tenían libertad para decir todo lo que se les antojara, pues todavía no había leyes fijas contra la calumnia ni el maltrato físico. Incluso en sus fiestas de

hombres solos, los *symposia*, los ánimos eran exacerbados fácilmente debido a la ingestión de vino, por muy aguado que estuviera, y por la recitación de poemas de elogio o de censura personal. Por las noches los grupos de jóvenes simposiastas acababan convirtiéndose en pandillas de borrachos o *kómoi*, semejantes a las que acompañaban al dios Dioniso. Salían en busca de esclavas dedicadas a la prostitución (*hetairai*) o incluso a rondar a alguna mujer o algún muchacho al que consideraran deseable a la puerta de su casa, cerrada a cal y canto. Esas ruidosas salidas solían ir acompañadas también de poemas, pudiendo desencadenarse peleas y pendencias por el camino. Los nobles formaban grupos de «compañeros» íntimos o *hetaireiai*, que celebraban cenas y se divertían juntos, sólidamente enfrentadas a otras *hetaireiai* de su misma ciudad-estado. Cualquier familia noble podía por otra parte apelar a sus leales de condición inferior, pertenecientes a la fraternidad dominada por su clan: estas «hermandades» estaban localizadas con frecuencia en torno a la residencia de una determinada familia noble, en las zonas rurales de la *polis*.

En las comunidades griegas más accesibles, abiertas al mar, esos motivos de tensión social se vieron complicados por los efectos económicos del constante incremento de las colonias griegas en ultramar. Los intercambios entre las comunidades helénicas se multiplicaron, tanto entre los nuevos asentamientos como entre las colonias y su comunidad «patria». Los beneficios obtenidos gracias al incremento del comercio y a las incursiones de saqueo fueron a parar en su mayor parte en un principio a los aristócratas, que habitualmente eran los que sufragaban este tipo de empresas. Como consecuencia, entraron en el

circuito social artículos de lujo y objetos de distinción todavía más exquisitos. Algunos de los mejores (marfil, lino o plata) procedían de fuentes de abastecimiento en el extranjero perfectamente localizadas, mientras que otros fueron elaborados por los artesanos de las ciudades-estado para sus paisanos de clase alta, cuyo poder adquisitivo era cada vez mayor. Los nuevos niveles de lujo y ostentación alcanzados suponían una importante fuente de división. Ningún noble podía consentir que se le considerara menos magnífico que otro durante mucho tiempo. En las bodas y los funerales, el esplendor de la familia se veía expuesto a la opinión pública y cuanto más «lujoso» fuera un noble, más tendrían que esforzarse los demás en estar a su altura.

Con la intensificación de la lucha de facciones y de la rivalidad social, el viejo ideal noble de «grupo de iguales» se hizo añicos y dio paso a la violencia y al desorden. Esa división en facciones tuvo otras consecuencias todavía más graves. Los ciudadanos de clase inferior seguían recurriendo a los nobles para obtener sentencias justas y decisiones prudentes, pero las luchas de facciones y las enemistades personales acabarían por distorsionar la administración de los oficios públicos y los veredictos pronunciados por los nobles. Para estar a la altura de sus iguales, un noble podía también imponer unas condiciones más severas a los individuos dependientes de su persona en el ámbito local o a aquellos que recurrían a él para pedirle préstamos o ayuda en momentos de crisis.

Se produjo además una ligera difusión de la riqueza. Los aristócratas no podían seguir monopolizando los beneficios procedentes del comercio exterior ni frenar los efectos de sus espectaculares dispendios. A su vez, dieron lugar a la

aparición de nuevos rivales que pusieron en entredicho su preeminencia. Al no dudar en gastar alegremente para aumentar su prestigio, la riqueza derrochada por ellos fue pasando a lo largo de la pirámide social en virtud del «efecto multiplicador» tan conocido por los economistas modernos. No sólo fue que las personas no nobles se volcaron en la actividad comercial, sino que la demanda de los nobles enriqueció a los propietarios de artesanos cualificados de condición servil y a los proveedores de los nuevos y costosos «artículos de lujo». A medida que iba diversificándose el gasto de los nobles, empezaron a surgir ricos que no eran nobles, acaso apenas una decena de familias al principio en cada comunidad, que desde luego no constituían una «clase media» comercial. Pero si podían prosperar gracias a su arte, ¿por qué no iban a poder ostentar una magistratura de prestigio, lo mismo que cualquiera de los miembros de la casta más noble?

Unos sesenta años antes Hesíodo había exhortado a los nobles de su localidad a no dictar sentencias torcidas, no fuera que el dios Zeus lanzara un rayo contra toda la comunidad. Homero había comparado las tormentas del otoño con el castigo de los dioses por la violencia y las sentencias torcidas en el centro de reunión o plaza pública (*agora*). Pero en aquellos momentos la táctica militar estaba cambiando, y las constantes injusticias y los desórdenes provocados por la lucha de facciones podían ser contrarrestados por medios humanos. Como consecuencia de una determinada ofensa, un aristócrata, acaso un comandante en tiempos de guerra, podía incitar a los ciudadanos a adoptar el nuevo estilo de armamento de los «hoplitas», expulsar a los aristócratas más pendencieros, y

erigirse él mismo en gobernante de la ciudad. De ese modo ponía fin a la lucha de facciones, «enderezaba las cosas» y dominaba las rivalidades cada vez más graves de la alta sociedad. Los tiranos son, por tanto, los primeros gobernantes conocidos que aprobaron leyes destinadas a limitar la rivalidad en la ostentación del lujo. El motivo principal de esas medidas no era que resultara más conveniente desviar los costes de dichos artículos de lujo hacia usos públicos en beneficio de la comunidad. El lujo era motivo de división entre la clase alta y una amenaza además para la preeminencia del tirano.

Los cargos «con servicio deficiente» de una comunidad constituían asimismo una fuente de quejas y de discrepancias. En las comunidades de la Grecia arcaica no había muchos puestos distinguidos, pero a medida que la riqueza fue filtrándose a los estratos más bajos, fueron más los individuos que empezaron a considerarse dignos de desempeñarlos. Los candidatos despechados, como siempre, eran fuente de disturbios y los «hombres nuevos» excluidos, pero convencidos de su valía, constituían otra. De ese modo los tiranos abrieron las altas magistraturas de la comunidad y la pertenencia al consejo de gobierno a un número mayor de familias, empezando por los individuos ricos y capacitados que no eran de noble cuna. Se convirtieron en los árbitros de la mayoría de los honores y de los privilegios sociales, y también, en último término, de los juicios civiles. Mientras tanto, la elección política para el desempeño de las magistraturas quedaría reducida simplemente a una mera «selección». En el ámbito de la política interior, los rivales molestos eran asesinados o desterrados, y en el de la política exterior, los tiranos se encargarían de desencadenar guerras

fronterizas perfectamente gratuitas contra otros tiranos vecinos, corriendo el riesgo de un fracaso militar.

En resumen, los tiranos contribuyeron a frenar las ambiciones y las banderías en constante aumento mediante un último acto de ambiciosa bandería: su propio golpe de Estado. Habitualmente dicho acto comportaba derramamiento de sangre y, como los tiranos consideraban su poder propiedad hereditaria de su familia, su dominio solía pasar a la segunda generación. Irremediablemente, muchos de esos herederos eran menos discretos o estaban menos capacitados que sus progenitores. Circularon historias asombrosas acerca de Periandro, el segundo tirano de Corinto (cómo hizo el amor con el cadáver de su esposa, cómo arrojó al mar a unos individuos que regentaban un burdel, etc.), o de Fálaris de Sicilia (cómo asaba a sus enemigos dentro de un gran toro de bronce: la anécdota quizá fuera inspirada por las esculturas de bronce del tirano que aún se conservaban). La tiranía se caracterizaba por ser básicamente ilegítima, y los ciudadanos más observantes de la legalidad eran perfectamente conscientes de sus deficiencias. Al cabo de unas décadas del establecimiento de los primeros tiranos, algunas comunidades griegas habían empezado ya a buscar maneras alternativas de resolver las tensiones. Su opción preferida sería recurrir a las leyes decretadas por los legisladores de la época.

Entre los aristócratas ya había habido algunos legisladores, pero la crisis social y política de mediados del siglo VII y comienzos del VI a.C. les ofreció un nuevo campo de acción. La primera legislación griega conservada en una inscripción que poseemos procede de Drosos, en Creta (probablemente de *ca.* 650 a.C). Limitaba el desempeño

prolongado indebidamente de la principal magistratura civil, precisamente el tipo de «desorden» que podía dar lugar a la tiranía. En Atenas, en la década de 620, estallaron las luchas de facciones a raíz del fracaso de un aspirante a tirano cuyo golpe de Estado, apoyado desde el exterior, fracasó. Con el fin de restaurar la armonía social, un noble, Dracon, se encargaría de redactar unas leyes que fueron fijadas por escrito y expuestas públicamente, y merecieron el calificativo, nunca mejor aplicado, de «draconianas». En 594 a.C. de nuevo en Atenas, otro aristócrata, Solón, tuvo al alcance de la mano la tiranía. Pero Solón prefirió «reunir al pueblo»,<sup>[54]</sup> en su calidad de principal magistrado electo para aquel año, y redactar unas leyes de gran alcance, que regulaban todo tipo de cuestiones, desde las disputas por las lindes de las propiedades hasta la excesiva ostentación de riqueza con motivo de bodas y funerales, los insultos provocativos a los antepasados difuntos de un individuo o los sacrificios que debían hacerse al año según el calendario religioso.

Solón es el legislador mejor conocido y más admirable de la Grecia arcaica. Fue además poeta y defendió sus reformas en sus vigorosos versos. A Solón debemos la primera afirmación que se nos ha conservado en el sentido de que el conflicto que desemboca en tiranía es «esclavitud»: la libertad, por tanto, era un valor que los ciudadanos debían estimar y por el que valía la pena luchar, no sólo frente al enemigo externo, sino también dentro de la propia comunidad.<sup>[55]</sup> La tiranía agudizaba en los hombres el sentido de lo que habían perdido. Para evitar caer en ella, Solón creó un segundo consejo junto al monopolio del consejo del Areópago que ejercían los nobles, y puso las

magistraturas al alcance de los ricos de toda el Ática, no sólo de aquellos que tenían noble cuna. Como es de todos sabido, abolió los «cánones» que debían pagar a los señores nobles los terratenientes más humildes del Ática. A cambio de la «protección» de un noble, los terratenientes habían tenido que pagarle una sexta parte de su cosecha; los individuos que no eran de noble cuna eran los propietarios de la tierra en cuestión y podían comprarla y venderla, pero la «cuota» seguía vinculada a la parcela, independientemente de quién la comprara. Solón describe gráficamente en sus versos cómo liberó la «negra tierra» arrancando los mojones en los que estaba registrado aquel antiguo «canon».<sup>[56]</sup> También la tierra había estado «esclavizada anteriormente»: ahora, gracias a Solón, era libre.

Probablemente esos «cánones» habían sido cobrados de manera abusiva por los nobles del Ática desde los turbulentos años de la «época oscura». En 594 a.C. muchos de los que tenían que pagarlos eran los nuevos hoplitas, que, por consiguiente, ya no dependían de los nobles para gozar de seguridad militar. Esos tributos se habían vuelto injustos, y hasta los propios nobles se mostraron de acuerdo en abolirlos. Para ellos, lo fundamental era que Solón no fuera más lejos y repartiera las tierras de los ricos entre los más pobres: las propiedades de los nobles quedaron intactas. Lo que hizo Solón fue prohibir la mala práctica que suponía el hecho de que el acreedor exigiera la propia persona del prestatario como garantía de sus deudas. Esas deudas eran en su mayoría de poca monta y a corto plazo, pero suponían para el deudor un riesgo añadido en caso de impago, real o supuesto: no existía la idea de «seguridad subsidiaria» y como la garantía (la propia persona del deudor) era más

valiosa, podía resultar tentador para el acreedor extinguir injustamente el derecho a amortizar la deuda. De ese modo, las deudas daban lugar a la esclavización absolutamente inadmisibles de un ateniense por otro. Solón amplió además la actuación de la justicia concediendo a terceros el derecho a acusar a un delincuente, aunque no tuvieran nada que ver con el delito. Promovió asimismo la «ciudadanía activa» al creer en una justicia abstracta, impersonal, sustentada por la ley escrita, no por su propia tiranía.

En otro tiempo, los estudiosos de este período, familiarizados con los profetas del Antiguo Testamento, atribuían esa preocupación griega por la «justicia» y la «equidad» al centro profético de Grecia, el oráculo de Delfos. Se creía que las profecías deificas inspiraron ese nuevo «imperio de la ley» y la repugnancia moral por la tiranía. En realidad, es probable que Solón interviniera en una «Guerra Sagrada» con el fin de librar a Apolo Deífico de un clero considerado injusto y demasiado torticero. Los legisladores como Solón no pretendían tener inspiración divina ni que los dioses les hubieran concedido el don de la profecía. Antes bien, se enfrentaban a las crisis sociales en la creencia de que las leyes humanas podían superarlas y que, renunciando todos a parte de sus intereses, los protagonistas de dichas crisis podían lograr cierta cohesión en un nuevo orden sostenible.

La «legislación» de Solón tuvo mucha importancia tanto por su envergadura como por su minuciosidad, hecho que desde luego la hace merecedora del calificativo de «código». Podemos compararla con la colección de leyes que tenemos mejor atestiguada en cualquier comunidad griega, a saber, la inscripción pública de las leyes de la ciudad cretense de

Gortina, de ca. 450 a.C.<sup>[57]</sup> Algunas de esas leyes eran nuevas o recientes, pero otras eran mucho más antiguas, contemporáneas de las de Solón. No habían ido aumentando año tras año, como si cada magistrado anual hubiera ido añadiendo de forma rutinaria algún detalle a las leyes heredadas de sus antepasados: en las ciudades-estado griegas los magistrados anuales no publicaban las sentencias dictadas durante su mandato a modo de corpus legal cuando abandonaban el cargo. Estas leyes fueron reunidas seguramente en un solo texto por decisión pública. En Gortina, creo que fueron nombrados unos «comisarios para la redacción de las leyes», con el fin de reunir las normas ya existentes y hacer públicos sus hallazgos.

Esas leyes cretenses abordaban cuestiones muy peliagudas relacionadas con las herencias, que también interesaron a Solón en el Ática: las herencias son fuente de desigualdad social y de posibles tensiones, especialmente dentro de la clase alta. En general, las penas impuestas por las leyes a los delitos variaban muchísimo según la clase social a la que perteneciera el individuo. Si un hombre libre violaba a una esclava de su casa, debía pagar una multa unas cien veces inferior a la que se imponía al esclavo que violara a una persona de condición libre. Las leyes de Gortina admitían la existencia de «siervos» semilibres (llamados *woikeis*) y de «inferiores» (*apetairoi*),<sup>[57b]</sup> excluidos de las pandillas de ciudadanos libres que se reunían a cenar. La codificación de estas leyes no suponía libertad ni igualdad para todas las personas que estaban bajo su amparo.

Solón reconoció y mantuvo las diferencias de clase social. Sin embargo, declaró libres a todos los atenienses y en adelante los únicos esclavos legítimos del Ática serían

extranjeros. ¿Pero qué pasa entonces con las relaciones entre el «pueblo» ateniense y la nueva «clase alta» de los nobles y ricos que Solón había reconocido? Solón frustró las esperanzas de los atenienses que deseaban una «repartición igual» de la tierra del Ática y la redistribución de la propiedad. El «pueblo» o *demos*, nos dice, tenía sus «cabecillas», pero probablemente no pertenecían a los estratos más pobres, como si hubieran estado abiertamente enfrentados a los ricos en un conflicto de clase. Lo más probable es que fueran pequeños terratenientes, hombres pertenecientes a los nuevos escuadrones de hoplitas, el tipo de individuos que habían apoyado a los tiranos en otras ciudades. Tradicionalmente, incluso antes de Solón, los ciudadanos del Ática habían sido clasificados de la siguiente manera: los que poseían un caballo, los que poseían una «yunta» de bueyes y los que no poseían ni una cosa ni otra y tenían que trabajar para otros (los *thétes*). Los hoplitas del Ática eran los propietarios de una yunta, los individuos que poseían desde aproximadamente «tres hectáreas de tierra y dos vacas» hasta más o menos unas cinco o seis hectáreas.<sup>[58]</sup> Según los parámetros actuales eran pequeños propietarios, por no decir muy pequeños. Solón liberó a aquellas gentes de la obligación de pagar a los nobles un «canon» que ya estaba trasnochado, pero no redistribuyó las tierras ni los bienes entre ellos ni concedió a la clase más baja (la de los *thétes*) plena participación en el poder político. A su juicio, semejante privilegio no estaba en consonancia con su estado.

Por consiguiente, al igual que los tiranos, los legisladores no fueron los promotores activos de una clase humilde unificada. Restablecieron el «orden» y la «justicia», pero la cultura dominante en sus comunidades siguió siendo la

realizada por los aristócratas. Durante toda la época de los tiranos en Grecia se abrió aún más de hecho el espacio dejado a la gloria y al afán de emulación de los nobles. En 570 a.C. existían otras cuatro grandes fiestas con sus correspondientes juegos atléticos, que rivalizaban con las Olimpiadas. Los Juegos Píticos de Delfos fueron establecidos en 590 como un certamen gimnástico financiado con el botín de una guerra, probablemente la Guerra Sagrada que acababa de concluir; más tarde incluirían además un famoso certamen musical. Los Juegos Ístmicos (iniciados en 582) probablemente celebraran el fin de la tiranía en Corinto. El tirano que seguía reinando por aquel entonces en la vecina Sición entró en liza fundando (también en 582) sus propios juegos Píticos locales; sus enemigos de una ciudad cercana, Cleonas, ayudados por los de Argos, fundaron entonces los Juegos Nemeos (en 573). A lo largo y ancho de todo el mundo griego, se inauguró una cultura de la «celebridad», una cultura no de grandes guerreros, sino de grandes deportistas, poetas y músicos. En cambio, no existen «celebridades» en el mundo descrito en el Antiguo Testamento ni en las monarquías del Oriente Próximo. Los griegos inventaron el desfile de la victoria para sus atletas, lo que nosotros llamaríamos la «ceremonia de gala». Las ciudades acogían con entusiasmo y recompensaban a los vencedores cuando regresaban a su patria, y se contaban hermosas historias en torno a las proezas de aquellas celebridades y su triste decadencia posterior (debido a la vejez, no a las drogas). El pancraciasta Timantes se ejercitaba a diario tensando un arco de enormes dimensiones, pero cuando dejó de entrenarse, no pudo seguir haciéndolo y no encontró mejor solución que el suicidio. No obstante, se cuenta que se mató arrojándose a

una pira, como el gran héroe de los luchadores, Heracles.<sup>[59]</sup>

Los individuos que alcanzaban la victoria en estos juegos eran proclamados vencedores en nombre de sus respectivas ciudades. El público congregado en el estadio, procedente de todos los rincones de Grecia, presenciaba su momento de gloria, y para el tirano de una determinada ciudad resultaba mortificante no poder atribuirse semejante éxito. El triunfo era cosa de los jóvenes, y los poetas aristocráticos se recreaban en las efímeras glorias de la juventud. Las proezas estaban asimismo llenas de riesgos, pero el riesgo era algo que el hombre noble aseguraba no temer. En la política como en la guerra, en los juegos y en el mar, la época arcaica fue testigo de una oleada constante de vencedores y perdedores. Se cuenta que el legislador lesbio Pitaco, que fue un «sabio», dedicó en un templo de su isla natal una escalera, símbolo de los inevitables altibajos de la fortuna.<sup>[60]</sup>

Las familias de los tiranos tenían, de hecho, una ventaja: controlaban unas rentas mucho más elevadas que las de casi cualquier otro noble rival de su comunidad. Los mismos tiranos que legislaban contra el lujo pernicioso podían permitirse construir grandes templos en los estilos recién inventados de la arquitectura en piedra, copiada de Egipto. No todos esos templos eran proyectos viables: uno de los más grandes, en la isla de Samos, fue comenzado pero nunca concluido, al estar emplazado en un terreno demasiado inestable. Pero en Corinto o Atenas, los templos y edificios de los tiranos son los primeros que siguen impresionándonos. En las ciudades-estado situadas en el lugar apropiado, los tiranos desarrollaron también un invento anterior, la trirreme, y construyeron grandes flotas. Con el tiempo, la marina contribuiría a reforzar la moral y el

sentido de identidad común de sus conciudadanos. Al mismo tiempo que regulaban el exceso de ostentación en las bodas, los tiranos celebraban magníficos certámenes entre los pretendientes de sus hijas. A diferencia de ciertos aristócratas, no fueron famosos por cultivar la poesía, pero fueron mecenas de poetas y artistas, y dispensaron su patrocinio a las fiestas de sus ciudades. Siguieron esforzándose en superarse unos a otros al modo de los viejos aristócratas, cuyo lema era: «Todo lo que tu hagas, lo hago yo mejor». La verdad es que los tiranos necesitaban deslumbrar a los nobles entre los cuales seguían viviendo; esa preeminencia era para ellos más importante que el fomento de la «identidad cívica» entre los miembros de sus ciudades-estado que no pertenecían a la nobleza. Antes de que hubiera tiranos, los aristócratas ya habían dispensado su patrocinio a los poetas, los artesanos, y las empresas navales de carácter comercial o de saqueo. Pese a no tener un programa popular, los tiranos se esforzaron por obtener más de lo mismo. En consecuencia, la primera época de revolución política no fue una época de nueva «cultura del pueblo»; por el contrario, los valores de los aristócratas duraron más que el monopolio político ostentado por ellos.

# Capítulo 6

## ESPARTA

Además era capaz, como cualquier otro, de preocuparse de que su ejército tuviera víveres y de proporcionárselos, y conseguía infundir en los presentes la idea de que había que obedecer a Clearco. Y lo lograba por la firmeza de su carácter. Tenía un aspecto que infundía temor y la voz áspera; castigaba siempre con rigor y era a veces colérico, hasta el punto de que en ocasiones se arrepentía. Castigaba por convicción, pues consideraba que ningún provecho se obtenía de un ejército indisciplinado... Así pues, en los momentos difíciles los soldados preferían obedecerlo precisamente a él y no elegían otro jefe. Decían que su aspecto temible aparecía entonces sereno entre los demás rostros, y su severidad era firmeza contra los enemigos, de manera que le veían como la salvación y no ya como objeto de temor. Pero cuando salían del peligro y podían pasar a las órdenes de otro, muchos lo abandonaban, pues no tenía atractivo y siempre era duro y cruel, de modo que los soldados se comportaban con él como niños con el maestro.

Jenofonte, *Anábasis*, 2.6.9-11

En el siglo VII a.C. la libertad, la justicia y el lujo eran en realidad agentes activos de los cambios políticos. La búsqueda del «lujo» diferenciaba verdaderamente de las demás a las clases altas de las comunidades griegas, y lo que hizo que se aprobaran leyes que lo limitaran no fueron precisamente banales razones moralizantes. La exclusión política de los que no eran nobles y la solución torticera de los pleitos dieron lugar a la exigencia de una justicia impersonal que se pone perfectamente de manifiesto en las reformas emprendidas por Solón y los valores que se ocultaban tras ellas. Solón también abogó por la libertad, entendida como la liberación de la esclavitud impuesta por

un tirano y de la «esclavización» de tener que pagar como ciudadano «cánones» a un superior. Después de las reformas de Solón, todos los ciudadanos de Atenas vieron garantizada su libertad individual frente al acoso de cualquier conciudadano. Podían recurrir a los tribunales, incluso como terceros, para denunciar a quien se comportara de forma violenta y abusiva (demostrando *hubris*), y tenían prohibido esclavizar a un conciudadano. Por ley, tenían garantizada una «libertad» trascendental «frente a...» individuos de rango superior tan arrogantes como el Odiseo de la *Iliada*.

No obstante, es en la Esparta de esa época donde la libertad, la justicia y el lujo fueron el desencadenante de los cambios más significativos. Durante siglos, la vida de los espartanos se veía condicionada por los resultados de esos cambios. En el invierno de 125 el propio Adriano visitó Esparta y, según se dice, elogió los «valores espartanos».<sup>[61]</sup> Al igual que otros turistas, asistió a las celebraciones y los juegos protagonizados por los muchachos espartanos y probablemente viera la brutal flagelación a la que eran sometidos los jóvenes corredores participantes. Seguía siendo una ciudad sumamente singular con un célebre pasado, pero ni el emperador romano ni los hombres de su época sabían realmente cómo y por qué se habían originado los «valores espartanos». Resulta muy difícil penetrar el secretismo de Esparta porque las leyendas sobre esta ciudad, el «espejismo espartano», ensombrecen casi todos los testimonios que han llegado a nuestras manos, desde el siglo IV a.C. en adelante. El concepto de una Esparta idealizada ha sido la utopía con mayor influencia de toda la historia, una influencia que se ha dejado sentir en diversas generaciones de pensadores políticos, desde Platón hasta

Rousseau, pasando por Tomás Moro.

A diferencia de la mayoría de las comunidades griegas, la antigua Esparta conservó la realeza, pero a diferencia de todos los antiguos estados que se conocen (con la excepción del país de los jázaros, a orillas del mar Negro, en el siglo VIII d.C), no estaba gobernada por un único rey, sino por dos al mismo tiempo. Estos reyes tenían responsabilidades religiosas que otros estados griegos repartían entre los sacerdotes: se ponían al frente de sus tropas en la guerra y cuando morían recibían un sepelio sumamente ceremonioso. Las aldeas y pueblos que conformaban Esparta eran también muy singulares: carecieron de murallas a lo largo de toda su historia. Como señaló el historiador Tucídides, nadie en el futuro habría podido deducir el gran poder que adquirió Esparta de los insignificantes restos físicos de la ciudad. Su ordenamiento político abarcaba una gran variedad de estatus sumamente singulares. Estaban los espartiatas «iguales», «inferiores», los llamados *mothakes* y «los que viven alrededor» (o *perioikoi*, que habitaban en los pueblos y aldeas de la región, no en las ciudades principales). También estaban los ilotas («cautivos»), que eran propiedad de la comunidad; trabajaban la tierra y entregaban la mitad de sus cosechas a los espartiatas, pero no podían ser comprados ni vendidos como los esclavos de otras ciudades. Además, para los teóricos antiguos, el estatus de los ilotas se situaba «entre el del esclavo y el del hombre libre». En cuanto a los niños de Esparta, los varones de las familias espartiatas (ciudadanos espartanos) eran sometidos a partir de los siete años a un espantoso adiestramiento de carácter obligatorio. Había numerosas singularidades en la sociedad espartana que dejaban atónitos a los forasteros. Varios hermanos

espartiatas podían acabar compartiendo una misma esposa (en mi opinión, cuando se trataba de una heredera); las muchachas, por su parte, también se ejercitaban en la carrera, la lucha y otros deportes, algunos de los cuales debían practicar desnudas (supuestamente con el fin de prepararlas para engendrar hijos sanos y en forma). Todos los espartiatas varones comían colectivamente en grupos o comensalías, y tomaban platos muy sencillos, entre otros el famoso caldo negro. El respeto por los superiores y las opiniones de los demás camaradas espartanos era una parte esencial de los valores sociales de esas comensalías.

Los espartiatas adultos apreciaban las declaraciones sucintas y las imágenes verbales expresivas. Incluso los que sabían redactar unas cuantas palabras no veían la necesidad de escribir extensamente ni de utilizar libros para su propio enriquecimiento. Su restringido código de elocuencia encajaba con una sociedad sumamente conservadora y ordenada. Por encima de todo, el sistema estaba concebido para el adiestramiento militar, hasta tal punto que el fracaso del espartano en el campo de batalla iba seguido con frecuencia por su suicidio. Es comprensible que los trabajos arqueológicos realizados en el emplazamiento de la Esparta arcaica hayan sacado a la luz millares de pequeñas estatuillas de plomo de guerreros hoplitas, figuritas de bronce de bailarinas que se levantan la falda (o «mini-*khiton*») por encima de la rodilla y grandes relieves de caliza, en los que aparecen representadas pequeñas figuras acercándose a otras sentadas de mayores dimensiones, sin duda héroes que eran objeto de veneración. Las estatuillas de guerreros y bailarinas aluden a la educación que recibían los espartanos, mientras que los relieves ponen de manifiesto el gran respeto, ya

célebre incluso en la antigüedad, que sentían los espartanos por los dioses y los héroes. Pero destaca la ausencia entre ellos de algunos dioses del panteón griego: no se sabe, por ejemplo, que los espartanos tuvieran un culto dedicado a Dioniso. El dios de la ebriedad y de la libertad desordenada se encontraba en el extremo opuesto del varonil control espartano.

La sociedad espartana nunca fue estática, y los antiguos cometieron un error cuando atribuyeron toda su constitución a un único primitivo legislador, Licurgo. Cuando intentaron, al cabo de muchos años, datar la época de ciertos personajes del pasado lejano con una cronología oficial, situaron a Licurgo en el período correspondiente a *ca.* 800-770 a.C. Sin embargo, hoy día se pone en entredicho incluso su existencia, y con razón. La mayoría de las leyes que reformaron la sociedad espartana fueron sancionadas, en mi opinión, en *ca.* 640 a.C. y tenían por objeto abordar temas tan básicos como la libertad, la justicia y el lujo, esto es, las razones fundamentales que dieron lugar a la aparición de tiranos y legisladores en el resto del mundo griego de la época.

A finales del siglo VIII los espartanos, con sus dos reyes, no siguieron los pasos de otros griegos, y no se embarcaron en la empresa de establecer una serie de asentamientos en el extranjero. En cambio, incorporaron una quinta aldea, Amidas, a las cuatro ya existentes, las *obai*. También acogieron a grupos de exiliados procedentes de Asine, el asentamiento costero de su gran rival, la vecina ciudad de Argos. También conquistaron tierras de Mesenia, el estado vecino independiente que estaba separado del oeste de Esparta por una cadena montañosa. Los reyes espartanos

asignaron entonces las tierras conquistadas a sus ciudadanos-guerreros. La asignación fue llevada a cabo de forma selectiva y desigual, y probablemente fueran las agitaciones que ésta desencadenó, la causa de que, supuestamente en 706 a.C. los espartanos decidiesen establecer su única colonia de ultramar, la ciudad de Tarento (la moderna Taranto) en el sur de Italia. Más tarde, la leyenda atribuiría erróneamente este hecho a la promiscuidad de las espartanas durante la ausencia de sus esposos, que combatían en la guerra: se contaba que cuando éstos regresaron tuvieron que expulsar a los hijos bastardos fruto del adulterio de sus mujeres.

Esas migraciones de sus aldeas natales fueron de distinta naturaleza y, sin duda alguna, controvertidas; según se dice, fue después de esos acontecimientos cuando los reyes de Esparta buscaron en el oráculo de Delfos la aprobación de una reforma constitucional. Las treinta y ocho palabras de la respuesta oracular (que recogería posteriormente Aristóteles) reciben el nombre de «Gran Rhetra» (o «pronunciamiento»), pero son sumamente oscuras, y su interpretación es muy controvertida. Desde luego reconocen la existencia formal de un consejo de ancianos, que más tarde sería llamado Gerusia. A este consejo, formado por varones de más de sesenta años, se le encomendaba la responsabilidad oficial de preparar las cuestiones que debían plantearse ante «el pueblo»: este papel oficial de comité preparatorio ha sido calificado acertadamente de importante contribución a las técnicas de gobierno.<sup>[62]</sup> A continuación se exponían las propuestas ante el «pueblo», y, según la interpretación más plausible del texto, el derecho soberano del «pueblo» era definido como el derecho a decir «sí» o «no» a dichas

propuestas. Si había miembros del «pueblo» que hablaban de alguna otra cosa que no fuera la moción presentada ante ellos, el consejo de ancianos tenía derecho a «reservarla» y simplemente a someter a votación su propuesta original (incluso en la antigüedad la traducción de esas palabras griegas resultaba difícil de entender, pero en mi opinión «reservar» significaba en ese griego arcaico «pedir el parecer»).[63]

El «pueblo», o *demos*, estaba constituido por los ciudadanos espartanos, únicamente varones. Como colectivo, parece que era en último término el depositario del poder o *kratos*, una primera anticipación de lo que posteriormente sería la palabra *demo-kratia* («democracia»). Sin embargo, este poder popular dependía de las decisiones a las que previamente hubieran llegado un consejo de ancianos y dos reyes, y era ejercido exclusivamente en el contexto protocolario de una asamblea militar. ¿Era esa libertad política una concesión a un pueblo espartano que simplemente había cambiado a la táctica del nuevo ejército hoplita y se veía nuevamente capaz de defenderse en la guerra? En mi opinión, el cambio político de Esparta tuvo lugar antes de que se produjera el cambio militar con la consiguiente adopción del estilo hoplita. Conviene más bien considerarlo una consecuencia de la singularidad más característica de Esparta, la existencia de dos reyes. Durante las disputas surgidas en las décadas anteriores, entre *ca.* 730 y 705, los reyes y sus partidarios probablemente tuvieran puntos de vista dispares acerca de determinadas decisiones conflictivas y no llegaron a un acuerdo. En la *Iliada* de Homero, este tipo de enfrentamientos entre dos grandes héroes regios, Agamenón y Aquiles, es irreconciliable y

queda puesto de manifiesto ante el ejército griego: los soldados se enteran de lo que ocurre sólo porque el rey Agamenón manifiesta su desacuerdo en presencia de todos. En Esparta, sin embargo, las reformas políticas exigían que las decisiones fueran sometidas a los ciudadanos de pleno derecho en asambleas públicas regulares que debían celebrarse a intervalos establecidos oficialmente. Esa reforma política favoreció la *eunomia*, el gobierno ordenado de los ciudadanos bajo el imperio de la ley. Eunomia no era una nueva palabra espartana ni un término abstracto para indicar una nueva constitución.<sup>[64]</sup> Ya había sido utilizada por Homero: el estado espartano reformado permitió que floreciera un viejo ideal.

No obstante, aproximadamente un siglo antes de Solón, los espartanos habían inventado lo que hoy día llamaríamos derechos políticos para la ciudadanía, y los ciudadanos de Esparta eran hombres libres porque ejercían dichos derechos. Su sentido de la libertad se veía reforzado por dos contrastes característicos de su sociedad: uno frente a los ilotas oprimidos, y otro frente a los habitantes de las localidades periféricas que eran catalogados como periecos (*perioikoi*). Los periecos combatirían posteriormente en el ejército espartano, cultivaban diversas artes y oficios y construían y tripulaban navíos para Esparta. Pero no podían participar ni votar en las asambleas de los espartanos. Tal vez nos parezca injusto, pero en la década de 670 Esparta ya era elogiada por un poeta que la visitó, Terpandro, quien decía que «florece allí de juventud el brío, la dulce musa y la justicia franca».<sup>[65]</sup> Con el tiempo, la justicia se convirtió en la actividad de más magistrados espartanos y de jueces especialmente nombrados al efecto. Había unos magistrados

populares, los éforos, que prestaban sus servicios durante un año y se dedicaban a juzgar las causas interpuestas por los ciudadanos de Esparta, incluidas las relacionadas con los contratos civiles. El poder judicial de los reyes estaba más limitado, aunque tenía un mayor alcance en las campañas militares. Por lo demás, los casos castigados con la pena capital eran remitidos al consejo de ancianos. Incluso un rey podía ser sometido a juicio en Esparta, pero únicamente ante los éforos, el consejo y el otro rey. Lo que nunca se desarrolló en Esparta fue el gran jurado popular elegido por sorteo entre los ciudadanos corrientes, como en Atenas. La justicia espartana nunca fue «democrática»; y a los magistrados y consejeros de la ciudad nunca se les exigieron responsabilidades mediante un proceso formal por cuestión de principios durante el desempeño de sus funciones o con posterioridad. En alguna ocasión los malhechores acabaron ante los tribunales, pero la falta de «responsabilidad» obligatoria constituyó una de las principales diferencias con el sistema de Atenas, donde este principio llegó a tener una gran difusión.

Fue entre *ca.* 680 y 660 cuando el ejército espartano cambió al nuevo estilo hoplita de combate, sobre todo para hacer frente a sus vecinos «hoplitas», los argivos. En 669, sin embargo, los argivos infligieron una grave derrota a los espartanos, y en la década de 650 los territorios de Mesenia conquistados por Esparta se sublevaron. Los sanguinarios poemas de Tirteo, poeta espartano, incitaban a los soldados de Esparta a poner todavía más empeño en el campo de batalla para conseguir recuperar Mesenia: las tropas espartanas seguirían cantando esos versos durante su marcha en el curso de numerosas campañas posteriores.

A finales de la década de 640, la vecina Mesenia había sido conquistada finalmente por el ejército de Esparta, y todo su territorio estaba disponible para ser distribuido entre los vencedores. Por entonces, los espartanos eran perfectamente conscientes del nuevo tipo de «tiranía» que desde mediados del siglo VII había sido instaurado en Corinto y en otros lugares del norte; no hay duda de que conocían los conflictos y el derramamiento de sangre que ese sistema había provocado. Como dueños y señores de Mesenia, no podían correr el riesgo de implantar una tiranía tan turbulenta en Esparta, de modo que decidieron conciliar las rivalidades sociales y reparar la «injusticia» competitiva que podían dar lugar a su implantación. Así pues, introdujeron reformas sociales y económicas en el marco político existente de su Gran Rhetra. En mi opinión, por lo tanto, las principales leyes sociales fueron sancionadas ya en *ca.* 640, siendo concebidas como una verdadera «alternativa espartana a la tiranía». Sus autores quedaron posteriormente fusionados en la figura del legendario legislador Licurgo, y sus nombres pasaron al olvido; sin embargo, son los primeros legisladores de la Grecia arcaica que realizaron una labor realmente exhaustiva.

Esas leyes obligaban a todos los varones espartanos a someterse al entrenamiento que habría de formarlos como soldados y ciudadanos. Por primera vez en la historia, nos encontramos ante una educación obligatoria para el conjunto de una clase social. A la edad de siete años, los niños abandonaban sus familias y tenían que aprender a caminar descalzos, a dormir a la intemperie o sobre duros jergones y a «robar» como si se tratara de una misión arriesgada. En cuestión de comida, seguían una dieta

verdaderamente «espartana». Su progresión se realizaba por grupos de edad perfectamente definidos, sometidos a la autoridad de unos «prefectos» mayores que ellos. En cada estadio, se hacía una selección por competitividad. Cuando alcanzaban los veinte años, unos cuantos eran elegidos para convertirse en «caballeros» (*hippeis*) del cuerpo de guardia del rey; a los que no pasaban la selección se les invitaba a luchar y a juzgar a los elegidos, en un proceso que se repetía todos los años. Esos «caballeros» no tenían nada que ver con los *hippeis* de la caballería de otros estados griegos: una caballería superior desde el punto de vista social habría sido contraria al ideal espartano de «grupo de iguales» bien compacto. Formaban un grupo selecto de trescientos individuos encargados de proteger a los reyes y de combatir como soldados de élite. Por lo tanto, los caballeros fueron sin duda los «300 campeones» que en 546 se enfrentaron a otros trescientos argivos previamente seleccionados en el curso de una célebre competición y, sobre todo, fueron los trescientos guerreros de fama mundial que en 480 a.C. lucharon contra todo el ejército persa en las Termopilas. Cada año, los cinco miembros más veteranos de este cuerpo que hubieran sobrevivido eran nombrados «benefactores». A diferencia de los de otras ciudades griegas, esos benefactores espartanos no efectuaban donaciones económicas directas, sino que eran funcionarios policiales cuyo cometido consistía en vigilar la conducta ciudadana dentro y fuera de la ciudad. Desafortunadamente, los caballos no formaban parte de la vida de los caballeros espartanos.

Los varones jóvenes que eran ciudadanos de nacimiento eran elegidos por los miembros de las «comensalías» para formar parte de su grupo, aunque un único voto en contra

podía excluir al candidato. Una vez elegido, debía contribuir a los gastos y necesidades de la comensalía junto con los demás miembros. Las relaciones sexuales eran frecuentes entre los integrantes de esas sociedades masculinas, pero no constituían un requisito legal u obligatorio como estadio imprescindible de la iniciación de un ciudadano a la plena edad viril. Los miembros jóvenes de esas «comensalías» eran animados a recorrer los campos para cazar animales que sirvieran de alimento al grupo y vigilar a los ilotas subordinados. Tenían órdenes de matar a todos los que causaran problemas: con el tiempo, los magistrados anuales de Esparta, los éforos, declararían la guerra a los ilotas, de modo que el asesinato de cualquiera de ellos estaba «justificado».

Los varones espartanos adultos tenían la obligación de casarse, probablemente entre los veinte y los treinta años, y se esperaba que engendraran hijos, los futuros guerreros, y que se encargaran de su larga educación, al igual que habían hecho sus progenitores con ellos. Sus esposas debían de ser mujeres jóvenes hijas de ciudadanos de pleno derecho, tal vez de unos dieciocho años de edad, adiestradas en la carrera, la danza y otros deportes. Las bodas eran ocasiones en las que ambos sexos tenían asignados unos papeles curiosamente insólitos. El hombre fingía que raptaba a su mujer de la casa paterna; a continuación los criados de la familia de la joven cortaban a ésta el pelo corto para indicar su cambio de estatus, y la ayudaban a ponerse un manto y unas sandalias de hombre. La joven aguardaba en el interior de una habitación en penumbra la llegada de su esposo, que llevaba el pelo largo, y juntos consumaban la unión, causando evidentemente las mínimas molestias a las

expectativas homoeróticas de su marido y la vida de comensalía entre hombres solos. La finalidad era engendrar hijos varones sanos y fuertes: las fuentes antiguas, escritas por no espartanos, afirman que por principio los recién nacidos débiles y deformes eran abandonados en Esparta.

Este sistema tan coherente servía para preparar a los varones como soldados-ciudadanos, miembros de un colectivo que recibía expresamente el título de «grupo de iguales». Dicho sistema no era una reliquia heredada de un antiguo pasado tribal: fue impuesto y generalizado de forma deliberada para evitar el peligro de la tiranía, tan frecuente en la época. Cuando los forasteros intentaron explicarse el fenómeno espartano de los «iguales» (los *homoioi*), se encontraron con la naturaleza precisa de la problemática de su «igualdad». Aducían que todas las tierras de Esparta y Mesenia pertenecían al Estado y que la propiedad privada estaba prohibida entre los verdaderos «iguales». Efectivamente, existían tierras de propiedad estatal, pero quizá sólo en el territorio original de Esparta, y es probable que una vez, y sólo una vez, se asignaran lotes de iguales dimensiones en calidad de «primeras parcelas» a los ciudadanos-soldados tras conquistar Mesenia en la década de 640. Esas tierras, sin embargo, podían ser compradas, vendidas y legadas a los herederos, a diferencia de una «propiedad estatal». Por otro lado, hecha la ley hecha la trampa, y las posesiones cedidas a una hija podían salir de la familia cuando la joven contraía matrimonio. Así pues, fue inevitable que las muchachas con propiedades se casaran con el pretendiente con más tierras, y que luego la pareja intentara no engendrar demasiados hijos entre los que dividir la superioridad económica recientemente adquirida.

En consecuencia, las tierras fueron concentrándose en muy pocas manos por medio de un sistema de control de natalidad y de acumulación de herencias. Éste fue un proceso que otras ciudades-estado griegas, incluida Atenas, trataron de regular con firmeza. Al final contribuiría en Esparta a un declive del número de ciudadanos varones capaces de sufragar su educación y su permanencia en las comensalías. Se dice que había unos nueve mil espartiatas «iguales» cuando comenzó el sistema (*ca.* 640 a.C). En *ca.* 330 el número de espartiatas había quedado reducido a menos de mil: la esterilidad no fue la causa de semejante declive.

La esencia del austero sistema de los espartanos fue adoptada para permitir que siguiera existiendo en Esparta una ciudadanía absolutamente «hoplita» sin correr el riesgo de que un aspirante a tirano diese un golpe de Estado. De forma implacable, el sistema pretendía poner coto al lujo, fuente en todo momento de divisiones, hasta el punto que más tarde intrigaría a ciertos teóricos políticos, especialmente a Rousseau. Los espartanos nunca tomaron una vía intermedia para llegar a una cohesión social que los tiranos y legisladores de otros lugares trataron de conseguir mediante la aprobación de leyes poco sistemáticas contra la extravagancia y los excesos.

Lo que en la década de 640 había parecido una serie de medidas «modernas» de precaución, siguió vigente en Esparta y llegó a ser considerada un sistema especialmente arcaico y singular por los forasteros de época posterior. Objetos como las pesas de hierro utilizadas por los espartanos no habían tenido nada de peculiar en la década de 640, antes de la acuñación de monedas, pero se

convirtieron en artículos extremadamente raros a partir de *ca.* 520 a.C. cuando la moneda empezó a ser utilizada de forma generalizada por otras ciudades-estado de Grecia. A pesar de las fantasías de ciertos teóricos políticos posteriores (como Karl Marx o los propagandistas nazis), Esparta nunca llegó a convertirse en un Estado totalmente colectivista. De hecho, siguieron dándose las excentricidades características de la propiedad privada, y antes de que pasara mucho tiempo «todos los espartiatas eran iguales, pero algunos eran más iguales que otros». A partir de mediados del siglo VI se puede hablar de la existencia de una minoría espartana acaudalada, propietaria de tiros de caballos increíblemente costosos. A partir de mediados del siglo V, a lo largo de varios años de guerras y crisis continuas, tenemos constancia de que miembros destacados del «grupo de iguales» ganaron deslumbrantes premios con sus caballos y carros tanto en Olimpia como en otros lugares. En respuesta, se cuenta que el rey Agesilao II incitó a su hija a financiar la participación de un tiro de caballos ganador en Olimpia para demostrar a los espartiatas que las victorias en las competiciones de carros eran cosa de afeminados.

Los espartanos siguieron viviendo, sin embargo, libres de los tiranos y de los perniciosos derramamientos de sangre que habrían acabado con su dominio sobre las tierras conquistadas de Mesenia. No dejaron de disfrutar de las fiestas en honor de los dioses, de las competiciones (incluidas las carreras de caballos) y de las ocasiones que invitaban al canto y a la danza coral: sus jóvenes cantaban y bailaban una inolvidable Canción de Doncellas (compuesta por el poeta Alemán durante su visita a Esparta en *ca.* 610 a.C), y los hallazgos de máscaras de yeso realizados en el

santuario de Artemisa ponen de manifiesto que los varones también ejecutaban danzas rituales, llevando máscaras de «joven» o feas máscaras de «viejo» en el curso de una representación cuya naturaleza desconocemos. No obstante, a ojos de Aristóteles la sociedad espartana era como un campamento militar, y de hecho no se equivocaba. En mi opinión, los varones de Esparta adquirieron su derecho de decisión en las cuestiones políticas en *ca.* 700 a.C. pero no porque se hubieran convertido en un nuevo ejército hoplita con poder y autoridad. Unos cincuenta años más tarde, sin embargo, ejercían este derecho en el marco de una sociedad cuyo principal objetivo era la victoria en los campos de batalla. Las competiciones, e incluso las danzas de sus doncellas, estaban concebidas para fomentar la participación de individuos sumamente ambiciosos y con un óptimo estado físico: la burla era uno de los grandes y fortalecedores instrumentos sociales en Esparta, incluida (según se cuenta) la burla de los ilotas a los que se les obligaba a andar de acá para allá de manera absurda cuando estaban bebidos.

La innovación que perduró en Esparta fue su ejército profesional de hoplitas con adiestramiento permanente, muy superior a los de los demás estados griegos, formados por ciudadanos convertidos en hoplitas ocasionales con escasa preparación. Durante siglos los espartanos marcharon en formación, ataviados con sus mantos púrpura, al son de los flautistas y de los versos marciales de Tirteo. De sus vecinos, los argivos, que habían tenido un papel tan destacado en Homero como súbditos del rey Agamenón, habría cabido esperar que dominaran el sur de Grecia. Pero los espartanos supieron responder con su ejército profesional perfectamente adiestrado y una constitución que siguió adaptándose

después de caer en algún que otro error ocasional. Los argivos carecían de un sistema así. Los reinos de Oriente Próximo tampoco contaban con una sólida infantería propia bien preparada y a mediados del siglo VI a.C. cuando quisieron reunir un ejército de soldados perfectamente armados y adiestrados, fue a la lejana Esparta a la que recurrieron. El rey Cresos de Lidia no dudó en enviar importantes regalos con el fin de alcanzar una alianza militar con Esparta, y el faraón de Egipto mandó un peto de fino lino de su país, una verdadera maravilla, entretejido con hilos de oro y con bordados de figuras, en el que cada hilo estaba compuesto de 360 hebras (una pieza igual fue enviada al templo de Atenea en Lindos, en la isla de Rodas; era de la misma densidad, y fue verificada por el meticuloso gobernador romano, Muciano, en *ca.* 69 d.C: tras analizar sus fragmentos, afirmó haber contado 365 hebras por hilo, ofreciendo tal vez una cifra equivocada para dar una equivalente a los días del año).<sup>[66]</sup> Estos presentes pretendían atraer a Esparta a un mundo menos rígido y arcaizante en su conjunto, las colonias de los griegos jonios en las islas del Egeo y en Asia Menor.

# Capítulo 7

## LOS GRIEGOS ORIENTALES

Mi corazón está apesadumbrado, mis piernas no me llevan,  
Otrora tan ligeras en el baile, cual jóvenes gacelas.  
A menudo lo lamento, ¿pero qué puedo hacer?  
¿No envejecer? Eso es algo imposible para un mortal.  
Dicen por cierto de Titono que la Aurora, con sus rosados  
brazos,  
Se sintió herida de amor por él y se lo llevó a los confines de  
la tierra,  
Pues era hermoso y joven, pero, pasado el tiempo, la canosa  
vejez se apoderó de él  
Pese a que su esposa era inmortal...

SAFO, Papiro de Colonia, restaurado y publicado por vez  
primera en 2004

Apatorio a Leanacte... Mis propiedades han sido asaltadas  
por Heraclides, hijo de Eóteris. En tus manos está hacer que no  
pierda mis bienes. Pues yo dije que eran tuyos y Menón dijo que  
se los habías confiado a él... y también dijo que los bienes que  
estaban en mi posesión son tuyos. De ese modo, si presentas los  
documentos escritos en pellejos (probablemente, cuero) a  
Heraclides y Tatee, tus bienes [serán recuperados...?]....

Carta escrita en alfabeto jónico sobre hojalata por  
Amatorio (nombre jónico) *ca.* 500 a.C. y encontrada en  
Olbia, colonia fundada por griegos de Mileto en la costa  
norte del mar Negro (hasta la fecha sólo se conocen otras  
cinco cartas griegas escritas sobre hojalata, datables en *ca.*  
540-500; ésta se publicó por primera vez en 2004)

Al otro lado del Egeo, en la costa occidental de Asia y  
en las islas adyacentes, los griegos orientales tienen fuertes  
razones para proclamarse los grandes campeones culturales  
del mundo griego arcaico. Muchas modernas historias de  
Grecia no dan esa impresión: los griegos de Jonia han sido

clasificados no ya como grandes campeones, sino incluso como meros «secuaces». Uno de los motivos es que los lugares en los que habitaban han sido mucho menos estudiados por la arqueología que otros sitios y que, al estar situados en muchos casos en la actual Turquía, no han estado tanto en el punto de mira de los «filhelenos» modernos y de sus embajadas y escuelas, establecidas en Atenas.

En mi opinión, Jonia y los griegos orientales de los siglos VIII al VI a.C. habrían hecho sentir a los habitantes de la Grecia continental decididamente burdos y poco refinados. El uso que hacían de la lengua era muy superior. En el terreno de la poesía, entre ellos habían surgido algunos de los precursores orales de Homero (o al menos así lo indica el dialecto tradicional del gran poeta) y casi con toda seguridad el propio Homero. Habían exportado a la Grecia continental el género poético de la elegía y habían inventado además muchos de los metros y géneros de la poesía lírica. Los metros utilizados por dos genios de la isla de Lesbos, el noble Alceo y la poetisa Safo, dieron un nuevo ritmo y brillantez a sus canciones, como intentarían reproducir después los poetas de Roma y, más tarde aún, los ingleses en sus estrofas «sáficas» y «alcaicas». Cuando empezaron a escribirse textos en prosa (*ca.* 520 a.C.), fue el dialecto jónico el encargado de abrir el camino. Los jonios recibirían además un tributo especial en la poesía griega a través del Himno a Apolo de Delos (supuestamente de *ca.* 670-650 a.C), cuyo autor anónimo es probable que fuera jonio. Con sus largas túnicas hasta los pies, nos dice, los jonios llegaban con sus «hijos y castas esposas» a complacer a Apolo con el «pugilato, la danza y el canto», en una de las competiciones

que celebraban en Delos.<sup>[67]</sup> «Quien se halle presente cuando los jonios están reunidos, podría decir que son inmortales y están exentos por siempre de la vejez», y «deleitaría su ánimo al contemplar los varones y las mujeres de hermosa cintura y los raudos bajeles y sus múltiples riquezas». Por aquel entonces los atenienses, por no hablar de los espartanos, habrían ofrecido un espectáculo mucho menos impresionante. Se trata de un tributo bellísimo; las visitas de los jonios a Delos ofrecen una imagen poética que en la actualidad sigue encantando a los ojos de nuestra mente.

Y no es que los griegos orientales fueran un pueblo entregado a la molicie. En el continente, las amplias llanuras de Asia resultaban muy apropiadas para la caballería y fue allí donde, durante los siglos VII y VI, pudieron verse algunos de los mejores jinetes de Grecia. En tierra, los «hombres de bronce» jonios, es decir los hoplitas, ya habían resultado útiles para Egipto en *ca.* 665: los griegos orientales fueron los primeros en adoptar la nueva táctica y protagonizar la «revolución hoplita».<sup>[68]</sup> Sin duda alguna estuvieron también en la vanguardia de la guerra de trirremes. El empleo más antiguo de esta palabra que se conserva es de cuño greco-oriental y data de la década de 540 a.C. y aunque los isleños siguieron utilizando los viejos navíos de «cincuenta remos», el número y la habilidad de las trirremes jonias (353 en total) que tenemos atestiguadas en 499 a.C. no podrían haber sido fruto de sólo unas cuantas décadas de experiencia.

Fuera del campo de batalla, los griegos orientales llevaban también una vida elegante, a menos que ocuparan el último escalón de la pirámide social. Su lujo era conocido en todas partes y sus perfumes y sus túnicas finamente tejidas eran tan sutiles que llegó a decirse que habían

contribuido a «relajar» su moral. En algunas ciudades (tenemos noticias específicamente de Colofón, en la costa asiática), acudían unos mil jonios o más a su centro de reunión, vestidos con suntuosas túnicas largas de púrpura. Los hombres se peinaban con un moño alto y utilizaban broches de oro para sus vestidos; en cuanto a las mujeres, probablemente no sea una casualidad el hecho de que las cortesanas más famosas de la época fueran griegas orientales. Incluso su gastronomía era más interesante que las de los demás griegos. El clima, tan caluroso para nosotros, se consideraba envidiable, y debido al contacto con el vecino reino de Lidia tenían higos para exportar, avellanas para hervir y una variedad de cebollas más blancas de lo habitual. Gracias al contacto con el Oriente Próximo desarrollaron en arquitectura su característico orden «jónico», elegantemente decorado, con sus capiteles de hermosas volutas. Desarrollaron también la moneda, originalmente invento lidio. Pese al brillante futuro que tenía por delante, la invención de la moneda no supuso al principio ningún cambio de mentalidad ni ninguna transformación económica. Con anterioridad, las ciudades-estado griegas ya habían utilizado cantidades debidamente medidas de metal como unidad de valor. La moneda lo único que hizo fue dividir esas piezas y darles una forma más adecuada; al principio no se acuñó para ser utilizada como la calderilla cotidiana, sino que se fabricó con una aleación preciosa de oro y plata llamada electrón. Las ciudades-estado tenían cada una un sistema de pesos y medidas distinto, circunstancia que dificultó la adopción inmediata de la moneda como forma de aprovisionamiento interestatal de dinero. La moneda se convirtió así en un instrumento útil, pero no modificó sin más ni más el horizonte de la

economía griega ni la mentalidad de los helenos, ni justifica un repentino nuevo boom de «crecimiento» del mundo greco-oriental.

A comienzos del siglo VI a.C. la voz más destacada entre los griegos orientales no sería la de un remero de trirreme ni la de un acuñador de moneda, sino la de Safo. Se trata de la única mujer del mundo griego arcaico cuyas palabras podemos leer, y no tuvo rival hasta la aparición en el siglo IV a.C. de la poetisa Erinna, de la cual conocemos también sólo algunos fragmentos. Safo constituye el único testimonio del amor y el deseo entre mujeres que poseemos de los griegos arcaicos, y de ella deriva nuestro término «lesbiana» (pues nació y vivió en la isla de Lesbos). Sólo se conservan algunos fragmentos de su poesía, y recientemente se ha descubierto y publicado en 2004 un papiro que contenía un nuevo fragmento en el que se lamenta de la vejez. Puede que vuelvan a aparecer más, pero los textos que poseemos en la actualidad sugieren un contexto fascinante. Diversas mujeres entran y salen de la vida de Safo, que expresa su amor por ellas y un profundo sentimiento por su marcha, en especial por Anactoria, que abandonó Lesbos para «brillar» entre los lidios. ¿Qué contexto social da por supuesto la poesía de Safo? Las fuentes antiguas y muchos autores modernos la han convertido en la directora de una escuela de jóvenes doncellas. Es más probable que fuera una poetisa de una familia bien relacionada (se dice que fue madre de una hija), que compartía canciones, danzas y poemas con otras damiselas y mujeres que llegaran a Lesbos de visita. Algunos de sus poemas tal vez estuvieran destinados a ser ejecutados a coro en ocasiones formales, y otros desde luego eran cantos de boda; la parte «lesbiana» de su poesía era ejecutada sin

duda alguna por mujeres, pero no necesariamente en una fiesta religiosa. Como demuestran los poemas, diversas mujeres abandonarían después la compañía de Safo, para casarse o tal vez para seguir a sus maridos. Pero Safo es la gran poetisa del deseo, del «corazón agitado» y los síntomas físicos que acompañan al amor dulce-amargo. Ese lenguaje delata algo más que una mera amistad, por estrecha que ésta pudiera ser; la autora siente realmente deseo por aquellas mujeres, Anactoria, Gongila o Atis, y expresa ese deseo por medio de refinadas analogías tomadas del mundo de la naturaleza. Safo es la poetisa con una visión más perspicaz de las flores: describe a una recién casada diciendo que tiene un «pecho como una violeta»; y no se refiere a la violeta azul, sino a la violeta blanca natural de su isla, el llamado «pensamiento de Lesbos», cuyos pétalos tienen el delicado color de la piel femenina.<sup>[69]</sup>

Los ires y venires de Safo y sus amigas no resultan tan fáciles de imaginar en la Atenas regulada por Solón o en la Esparta reformada, donde ninguna espartana podía «casarse fuera». Pero el propio hermano de la poetisa había viajado también mucho (tuvo amores en Egipto con una famosa prostituta griega) y, comparados con la mayoría de los atenienses, por no hablar de los beocios, los griegos orientales habían visto mucho más mundo que cualquiera de ellos. El principal motivo de sus viajes era el comercio, y la supuesta «barrera» existente en las ciudades-estado griegas entre el comercio y la propiedad de la tierra era casi insignificante para los griegos orientales de clase alta: los nobles de esta región eran perfectamente conscientes del volumen de ganancias que había en ultramar y de la necesidad de llevar a cabo importaciones deseables

procedentes de los variadísimos paisajes y sociedades no griegos que los rodeaban. En el complejo entramado de las islas del Egeo resulta difícil creer que todos los miembros varones de la clase de los terratenientes renunciaran por motivos sociales a la actividad cotidiana del comercio y el intercambio de productos. A partir de mediados del siglo VII (como muy tarde), los milesios empezaron a establecer docenas de colonias en la costa meridional y septentrional del mar Negro, llegando hasta Crimea con el fin (seguramente) de acceder a sus abundantes recursos de grano y de otro tipo. Desde *ca.* 630 a.C. los milesios ocuparon también un lugar prominente en la reanudación de los contactos griegos con Egipto, país asimismo rico en grano. En *ca.* 600 a.C. los griegos orientales del promontorio de Focea se habían establecido ya en el Mediterráneo occidental, fundando Masilia (Marsella), junto a la desembocadura del Ródano. Recalaron incluso en el sur de España, tan rica en plata, y costearon el litoral del norte de África. En *ca.* 550-520 a.C. los griegos orientales estaban ya familiarizados con las sociedades no mediterráneas de los nómadas escitas (más allá del mar Negro), Egipto y las riberas del Nilo, y de las curiosas tribus del norte de África. Estos tres lugares, Escitia, Egipto y Libia, seguirían siendo en todo momento para los autores griegos orientales del siglo V importantes puntos de contraste con sus propios modos de vida. Pero los comerciantes y colonos jonios ya los habían descubierto y convertido en tema de conversación mucho tiempo atrás. Un viajero originario de esta parte oriental de Grecia, Aristeas, llegó incluso hasta las estepas de Asia central y describió lo que había visto en un poema. Imaginaba qué habría contado

un nómada escita acerca de la impresión que pudieran haberle causado las naves y el mar si hubiera escrito una «carta» a su país de origen.<sup>[70]</sup>

No es, por tanto, sorprendente, que el primer intento griego de trazar un mapa del mundo fuera de un milesio. Anaximandro (*ca.* 530 a.C.) representaba el continente europeo y el asiático como si tuvieran el mismo tamaño y estuvieran rodeados exteriormente por el océano. Otro milesio, el erudito y aristócrata Hecateo, lo perfeccionó (*ca.* 500 a.C.) y escribió un Circuito de la tierra que exponía los nombres de los lugares conocidos: las citas que se nos han conservado de esta obra nos permiten seguir la pista de los conocimientos adquiridos por los viajeros jonios a lo largo de las costas del norte de África y del sur de España. Los viajes no eran su único contacto con los bárbaros extranjeros. En el Mediterráneo occidental, cada vez con más frecuencia a partir de la década de 540 a.C. los etruscos y los cartagineses lucharían denodadamente para frenar los intentos de los griegos de establecer colonias en sus respectivas áreas de influencia. En Asia, por otra parte, las ciudades griegas orientales se habían visto amenazadas constantemente por guerreros extranjeros, primero por nómadas procedentes del norte (los cimerios, a mediados del siglo VII), luego por los prósperos reyes de Lidia, entre otros Giges (*ca.* 685-645 a.C.) y Creso (*ca.* 560-546 a.C.), y en último término por los persas, que aparecieron procedentes del este a mediados del siglo VI a.C. En 546, el gran rey de Persia, Ciro, conquistó Lidia y sus generales se apoderaron de las ciudades griegas de Asia. Seguirían controlándolas durante casi la totalidad de los doscientos años siguientes.

La vida sencilla y dura de los hombres de las tribus

persas se contraponía al lujo, los vestidos de púrpura y la molicie de los griegos orientales, y con el tiempo se recurriría a esa contraposición para explicar la derrota de los griegos a manos de aquellos bárbaros. Una ciudad, sin embargo, firmó tratados con los lidios y con los persas y prosperó gracias a unos y a otros: Mileto; y se recordaba que el vecino oráculo de Apolo en Dídima había dicho «toda la verdad» al conquistador, el rey Ciro de Persia. Es en Mileto, durante los años en que estuvieron vigentes los tratados especiales firmados por la ciudad con los reyes orientales (*ca.* 580-500 a.C), donde tenemos noticia por primera vez de un nuevo invento griego: la filosofía. Y cuando hablamos de la filosofía nos referimos también en parte al primer pensamiento científico del mundo.

Se cuenta que Tales de Mileto predijo correctamente un eclipse de sol en 585 a.C; que Anaxímenes hacía remontar todas las cosas a un elemento tan sencillo como el aire; y que Anaximandro proponía una curiosa teoría de los orígenes del hombre y de los animales. La vida, sostenía Anaximandro, empezó en un elemento acuático y a medida que fue secándose el mundo, fueron desarrollándose los animales terrestres. Como el hombre necesitaba una crianza más larga, los primeros humanos nacieron envueltos en cortezas espinosas de unos progenitores con forma de pez, y esas cortezas los protegían durante largo tiempo. Estos pensadores no llevaron a cabo experimentos ni pruebas aleatorias. No razonaban a partir de observaciones repetidas una y otra vez. Su derecho a ser considerados científicos se basa en los intentos que llevaron a cabo de ofrecer explicaciones generales de algunos aspectos del universo sin apelar a los dioses ni a los mitos. Ningún pensador aparte de

ellos había expuesto semejantes teorías en ninguna otra parte, y por primera vez podemos aplicar pruebas de lógica formal a la secuencia de sus argumentos. ¿Por qué surgieron estos pensadores, y por qué surgieron allí?

La predicción del eclipse que hizo Tales se basaba sin duda en los datos astronómicos que se habían encargado de recoger durante siglos los babilonios. El propio Tales viajó a Egipto; y las conquistas llevaron a los iraníes a Asia occidental. Cuando Heráclito, pensador efesio (*ca.* 500 a.C), postuló la existencia de una «lucha» oculta tras la aparente unidad del mundo, puede que sus ideas se inspiraran en las teorías de la «lucha» cósmica habituales entre los persas establecidos en Jonia, que seguían las doctrinas del profeta Zoroastro. El contacto con los pensadores «orientales» supuso un estímulo importantísimo para aquellos inteligentes griegos de Asia. Pero también resultaron muy estimulantes los viajes y sus propias observaciones. Quizá parezca absurdo oír decir que Tales afirmaba que «todo es agua», pero su propia ciudad, Mileto, se encuentra situada a orillas del río Meandro, que ha ido depositando tantos sedimentos que la ciudad se encuentra actualmente ahora a varios kilómetros de distancia del mar. En el Delta del Nilo, Tales pudo ver y observar exactamente ese mismo proceso: esto es, cómo el agua iba creando una gran masa de tierra. Puede que tras los intentos de explicar el mundo realizados por otros pensadores griegos se oculten analogías cotidianas con los procesos culinarios y la alfarería.

Los viajes no bastaron para crear la «ciencia». Aquellos pensadores vivían también en comunidades que se mantenían unidas gracias a la existencia de leyes impersonales. En consecuencia, solían explicar también el

universo a partir de la existencia de una ley, y las metáforas de «justicia» y «compensación» a veces son muy importantes para ellos a la hora de explicar lo que es el cambio. No obstante, resulta demasiado vago atribuir el «nacimiento del pensamiento científico» a la existencia de la comunidad de ciudadanos o *polis* en el mundo griego. Los primeros pensadores no discutían sus teorías con el hombre corriente de sus comunidades. Pero reaccionaban unos ante las opiniones de otros, que conocían a través de los libros. En este sentido, esa libertad de reacción era posible debido al hecho trascendental de que las comunidades griegas no eran gobernadas por reyes y de que en ellas los sacerdotes tenían un papel muy restringido y no dogmático, en clara diferencia con los monarcas y sacerdotes que encontramos en los viejos reinos del Oriente Próximo. Aquellos pensadores griegos primitivos no eran ateos (parece que uno de ellos, Jenófanes, sostenía incluso la existencia de «un solo dios» supremo entre otros muchos), pero sus teorías del universo tampoco eran teorías religiosas. No eran el tipo de ideas que podían surgir en aquellas sociedades en las que los sacerdotes determinaban lo que era la «sabiduría» en esta materia y los reyes debían ser adulados y obedecidos.

Es posible que debamos situar en el mundo de los griegos orientales el texto griego en prosa más citado y admirado, el llamado «Juramento Hipocrático».<sup>[71]</sup> Los médicos siguen poniendo en tela de juicio sus principios o apelando a ellos, pero dentro de la medicina griega era sólo el «juramento» que hacía una minoría de profesionales. No hay razón alguna para atribuírselo al gran Hipócrates, el maestro griego de medicina más famoso de la época arcaica, relacionado con la isla de Cos, uno de los centros más

importantes del mundo greco-oriental. Como ocurre con el propio Hipócrates (probablemente un médico de comienzos o mediados del siglo V), la fecha de su redacción se desconoce, pero la moral que se oculta tras él y sus ideales han sido considerados durante siglos todo un tributo a la «ciencia griega». Como «texto fundacional», sus palabras han sido interpretadas erróneamente por los que apelan a él. Es citado incluso por los que desaprueban la eutanasia con el fin de reforzar su postura. Lo que exige en realidad es que los médicos juren que no prestarán ayuda a los envenenadores, no que no prestarán ayuda a los que deseen que los ayuden a morir. Los médicos modernos siguen admirando mayoritariamente la cláusula que se manifiesta en contra del acoso sexual a los pacientes, mujeres y hombres, aunque el juramento griego protegía también a las personas de los esclavos; no se muestran tan favorables con el juramento que prohíbe facilitar pesarios a las mujeres para «ayudarles a abortar». Las cláusulas que obligan al médico a compartir los propios medios de vida con su maestro de medicina y a no propalar los rumores escuchados en la vida cotidiana, fuera de las horas de trabajo, descalificarían del halo de observancia del Juramento Hipocrático incluso a los modernos galenos que más admiración dicen sentir por él.

Hoy día los restos materiales más relevantes del mundo de los griegos orientales proceden casualmente del mundo griego occidental. En un texto de época muy posterior se nos ha conservado la descripción de una admirable túnica, teñida de púrpura y fabricada para un tal Alcístenes, habitante de la lujosa ciudad de Síbaris, en el sur de Italia.<sup>[72]</sup> Tenía unos seis metros de largo, y su tejido mostraba imágenes de dos lugares de Oriente, Susa y Persépolis, sede

ceremonial del Gran Rey de Persia. Debió de ser fabricada a finales del siglo VI (la ciudad natal de Alcístenes, Síbaris, fue destruida en 510 a.C), pero sobrevivió y tuvo una larga historia, pues fue vendida por una elevada suma de dinero a un tirano de Sicilia y acabó en Cartago. Como las escenas representadas tenían que ver en parte con los dioses griegos, es indudable que sus orígenes eran helénicos. La respuesta al enigma no puede ser sino que la prenda fue fabricada en Mileto, la mayor de las ciudades de los griegos orientales, y que fue encargada por un individuo de Síbaris, ciudad occidental, y concretamente de Italia, con la que Mileto mantenía una relación muy especial. El texto que la describe nos permite atisbar los amplios horizontes que tenía ante sí el artista que la confeccionó, un milesio que sabía de la existencia de los grandes palacios persas, situados a miles de kilómetros al este, que dibujó la primera imagen griega de Persépolis poco después de la construcción de sus palacios, y que vendió el producto de su labor a un griego occidental de Italia, a miles de kilómetros del Imperio Persa, pero también dentro de la órbita de Mileto.

En la década de 540, cuando los ejércitos persas conquistaron la parte occidental de Asia, los griegos de la pequeña ciudad de Focea decidieron huir. Embarcaron a sus mujeres e hijos, las estatuas y todas las ofrendas de sus santuarios «a excepción», según dice el historiador Heródoto, «de las de bronce o mármol y de las pinturas»,<sup>[73]</sup> y zarparon rumbo a Occidente. Durante las décadas siguientes es sólo en Occidente donde podemos captar todavía un último eco del estilo de pintura de los griegos orientales, concretamente en Tarquinia, en la costa del mar Tirreno, a unos ochenta kilómetros al norte de Roma. Allí

fueron enterrados los nobles etruscos en unas tumbas impresionantes, a modo de casas subterráneas, con las paredes estucadas y cubiertas de pinturas figurativas. Tarquinia fue la ciudad etrusca en la que a finales del siglo VII nació Tarquino Prisco, que la abandonó para convertirse en rey de Roma, lo mismo que sus descendientes. A partir de *ca.* 540 a.C. el estilo de las pinturas funerarias de los nobles etruscos revela que Tarquinia había acogido a grandes artistas helenos originarios del mundo greco-oriental. Ese estilo se pone de manifiesto en unas obras maestras perfectamente en consonancia con el gusto de sus patronos etruscos: aquellos emigrantes griegos pintaron escenas de caza de patos, banquetes y actividades deportivas, un reflejo exquisito de su talento greco-oriental trasladado a un Occidente que supo adaptarse a él y admirarlo.

# Capítulo 8

## HACIA LA DEMOCRACIA

Sin embargo, la [opinión] de Histieo de Mileto era contraria a la suya, alegando que en aquellos momentos cada uno de ellos era tirano de una ciudad gracias a Darío; y que, si el poderío de este último quedaba aniquilado, ni él podría imperar sobre los milesios, ni ninguna otra persona sobre sus respectivas ciudades, pues cada ciudad preferiría adoptar un régimen democrático antes que vivir bajo una tiranía.

HERÓDOTO 4.137, a propósito de lo acontecido en un puente que cruzaba el Danubio, *ca.* 513 a.C.

Cuando Ciro, rey de los persas, y sus generales alcanzaron el litoral occidental de Asia Menor en 546 a.C. en calidad de nuevos conquistadores, los espartanos le hicieron llegar por barco un mensajero portando un «comunicado» (otra «Gran Rhetra» espartana), «prohibiéndole que causara daño a cualquier ciudad de territorio griego porque ellos no iban a permitirlo».<sup>[74]</sup> A los ojos de Esparta, había una clara línea divisoria entre Asia y Grecia (en la que se incluía sin duda todo el Egeo), y la libertad de esta última les preocupaba seriamente.

En Grecia, el período comprendido entre 546 y *ca.* 520 a.C. sería el de la gran supremacía del poder espartano. Sus guerreros ya habían derrotado a sus poderosos enemigos del sur de Grecia, los argivos y los arcadios, y habían obligado a las ciudades vencidas de Arcadia a jurar que iban a «seguir a los espartanos donde fuera que fuesen».<sup>[75]</sup> En el campo de batalla los soldados espartanos, perfectamente adiestrados, se habían visto alentados por tener a su lado al gran héroe

mítico Orestes, hijo de Agamenón. En la década de 560 a.C. se creyó que sus enormes huesos habían sido hallados en Arcadia por un espartano muy prestigioso que los trasladó a la ciudad, trayendo así el poder del héroe a Esparta, aunque probablemente se tratara de los huesos de un enorme animal prehistórico que los espartanos, como otros griegos, pensaron que pertenecían a uno de sus héroes de raza sobrehumana («Orestesaurus Rex»).

A los espartanos también les ayudó el hecho de que en el siglo VI a.C. las tiranías desaparecieron en la mayor parte de Grecia. En numerosas ciudades-estado, los hijos o los nietos de los primeros tiranos fueron mucho más duros y tuvieron un comportamiento más cuestionable que sus predecesores, siendo recordados en diversas anécdotas curiosas, entre las cuales destacaban las relacionadas con su vida sexual. Se contaba incluso que Periandro, tirano de Corinto, había insultado a un joven amante preguntándole si ya se había quedado embarazado de él. La frágil cultura competitiva del amor homoerótico constituyó sin duda una fuente de insultos y venganzas, pero no fue la única causa de los disturbios que se produjeron. Los tiranos se habían hecho con el poder en una época de lucha de facciones entre los aristócratas de las clases dirigentes, después de que la reforma militar de los hoplitas hubiera alterado el equilibrio de poder existente entre nobles y no nobles. Al cabo de dos o tres generaciones, esa reforma militar había quedado plenamente asentada, y las antiguas familias nobles pudieron por fin unirse para desplazar a los tiranos. Los soldados espartanos eran un aliado conveniente para derrocar a un régimen tiránico que había dejado de tener su razón de ser. Se pensaba que Esparta tenía la «alternativa más estable a

cualquier tiranía»<sup>[76]</sup> en su sistema político y social, cuya naturaleza, sin embargo, los forasteros no llegaban realmente a comprender. Así pues, los espartanos solían recibir la invitación de grupos de nobles descontentos cuando éstos pretendían derrocar una tiranía. La influencia de Esparta, «la liberadora», se extendió a lo largo y ancho de Grecia. Con un ojo puesto en las ambiciones que abrigaban los persas en el Egeo y las estrechas relaciones que mantenían con sus lejanos parientes de Cirene («Esparta Negra»), en el norte de África, desde 550 hasta *ca.* 510 los espartanos ampliaron efectivamente sus intereses en el Mediterráneo. Cuando uno de sus reyes, Dorieo, fue obligado a abandonar Esparta (*ca.* 514 a.C.) primero marchó a Libia acompañado por un ejército de partidarios y más tarde se dirigió al sur de Italia y Sicilia, donde murió intentando conquistar el extremo noroccidental de la isla, ocupado por los fenicios.

Las tiranías habían sido contempladas como una «esclavitud» por los ciudadanos descontentos, y por lo tanto su derrocamiento fue celebrado como una verdadera «liberación». Cuando cayó el régimen tiránico en la isla de Samos (*ca.* 522), se instituyó un culto a «Zeus de la Liberación», destinado a tener una larga historia. La liberación, en este caso, significaba la liberación de los ciudadanos de los gobiernos arbitrarios. Pues, en una *polis*, los ciudadanos varones no habían pasado a interesarse por el valor de la libertad forzados por los esclavos de condición no libre o por las mujeres que protestaban por aquello que no tenían. La libertad se había convertido en un valor esencial debido a la experiencia vivida por los «varones de una *polis*» durante las «esclavizantes» tiranías que se habían prolongado

demasiado tiempo y ya no eran bien recibidas. Sin embargo, los magistrados y los procedimientos de una ciudad-estado no se vieron nunca suspendidos, ni siquiera bajo una tiranía. Posteriormente, importantes principios de la vida política en libertad de los griegos, incluso durante la democracia, remontarían sus orígenes a los siglos VII y VI a.C. la época de la aristocracia y de la tiranía. La duración de las magistraturas civiles estaba limitada por la ley: los magistrados salientes debían ser investigados, aunque fuera de una manera bastante superficial, cuando concluían su mandato. Los procedimientos legales también evolucionaron, y en algunos estados se puso en vigor el uso del «sorteo» para la elección de cargos públicos. Los nombres que figuraban en esos sorteos eran seleccionados previamente, sin duda con la aprobación del tirano. Entre *ca.* 650 y *ca.* 520 se produjo un desarrollo continuo del «Estado». En los regímenes democráticos posteriores, esos procedimientos experimentarían una expansión y serían aplicados por el conjunto de los ciudadanos varones. Pero no surgieron de la nada, como si los tiranos y los nobles hubieran gobernado de forma autocrática.

Por lo demás, la tiranía tampoco era la única forma de gobierno existente fuera de Esparta. Durante todo el siglo VI a.C. los regímenes tiránicos fueron sustituidos continuamente o su implantación fue evitada por todos los medios; no obstante, esta centuria fue en Grecia un período de constantes experimentos políticos en las instituciones ciudadanas compuestas por varones. Algunas comunidades (como Corinto o Cirene) cambiaron el número y el nombre de sus «tribus»; vieron, al igual que otras ciudades, cómo los tiranos eran sustituidos por regímenes de base más amplia.

En Cirene, aproximadamente en 560 a.C. los poderes de los monarcas reinantes fueron limitados por un legislador, invitado a desplazarse hasta allí desde Grecia; la reforma no supuso ningún derramamiento de sangre. En la década de 520, tras un período de agitaciones internas en Mileto, los extranjeros que intervinieron como árbitros concedieron incluso poderes políticos a aquellos ciudadanos que tenían las explotaciones agrícolas más importantes. A finales de siglo habían empezado a acuñarse términos políticos nuevos. Las ciudades-estado comenzaron a insistir en la *autonomia*, o autogobierno, un grado de libertad política que les permitiera gestionar sus asuntos internos, controlar sus tribunales, dirigir sus elecciones y tomar resoluciones de carácter local. Durante los siglos posteriores se pondría en tela de juicio y se redefiniría constantemente dónde debía empezar y acabar ese grado de libertad. Originalmente la exigencia de autonomía surgió sólo debido a la existencia por aquel entonces de poderes externos lo bastante fuertes como para infringirla. En términos absolutos, constituía la segunda mejor manera para que una ciudad-estado alcanzara la plena libertad, lo que incluía la libertad en materia de política exterior. Las fuentes que han llegado a nuestras manos aluden por primera vez a la *autonomia* en el sentido de la preocupación de las comunidades greco-orientales ante el poder mucho mayor ostentado por los reyes persas. Este contexto encajaría muy bien con la invención del concepto en cuestión.

Además de la *autonomia*, los ciudadanos de una comunidad también exigirían la *isonomia*, lo que tal vez cabría definir como «igualdad legal», sin especificar si se trataba de igualdad ante la ley, o igualdad a la hora de

administrar esa ley. Este término aparece por primera vez atribuido a las propuestas políticas que siguieron al fin de la tiranía en la isla de Samos, en aproximadamente 522 a.C. Una vez más, el contexto encaja perfectamente con la idea, dando a entender que la *isonomia* era un término para indicar la libertad tras el resentimiento provocado por la «esclavitud» de la tiranía. El valor principal de esta palabra probablemente fuera el de justicia igualitaria para todos los ciudadanos tras los favoritismos y caprichos personales de los tiranos; no era un concepto necesariamente democrático, pero podría llegar a serlo. Pues los años de tiranía a menudo habían supuesto el debilitamiento del poder de la nobleza local. En diversas ciudades-estado algunos nobles habían sufrido el exilio, y en su ausencia, o a raíz de la restricción de su poder, el «pueblo» (*demos*) había tenido buenas razones para aprender a solucionar las disputas locales por su cuenta. A mediados del siglo VI también había habido signos de una solidaridad obstinada en varias ciudades-estado entre sectores de la población que no eran ni nobles ni acaudalados. Se cuenta incluso que en Mégara, en 560 a.C. aproximadamente, el pueblo obligó a los acreedores a devolver los pagos de todos los intereses a sus deudores. ¿Pero quién era exactamente el «pueblo»? ¿Los agricultores propietarios de pequeñas (tal vez minúsculas) parcelas? ¿Los que combatían como hoplitas? El término no tenía por qué hacer referencia exclusivamente al conjunto de ciudadanos varones, incluidos los de las clases inferiores.

En 510 llegó a su fin una de las últimas grandes tiranías de Grecia, la de los Pisistrátidas de Atenas. Durante los seis años anteriores los ataques por parte de algunas familias nobles atenienses habían debilitado el control ejercido por la

segunda generación de esta familia de tiranos. Tras sobornar a la sacerdotisa de Delfos, los nobles atenienses exiliados consiguieron que los oráculos de «Apolo» solicitaran la intervención de Esparta para acabar con la tiranía. En 510 a.C. lo lograron, tras un primer intento fallido. A partir de entonces los atenienses tendrían que gobernarse de una manera muy distinta.

Durante dos años las familias nobles de Atenas continuaron compitiendo unas con otras en el marco de lo que quedaba de la constitución de Solón: en el marco de oposición al régimen tiránico, acordaron, según parece, aprobar una ley en virtud de la cual ningún ciudadano ateniense podía ser torturado en el futuro. Se trataba de una normativa sintomática de la existencia de un nuevo sentido de «libertad». La familia aristocrática de los Alcmeónidas había sido la noble pionera en la expulsión de los tiranos atenienses, pero en la primavera de 508 a.C. no consiguió obtener la magistratura suprema para uno de los suyos. Era necesaria una medida drástica si querían recuperar el favor de la ciudad, de modo que probablemente fuera en julio o agosto, coincidiendo con la toma de posesión del nuevo magistrado rival, cuando el estadista más viejo y experto de la familia, Clístenes, propuso en medio de una asamblea pública que se cambiara la constitución y que, en todas las cuestiones, el poder soberano residiera en el conjunto de los ciudadanos varones adultos. Fue un momento magnífico, la primera propuesta de democracia de la que se tiene constancia, el ejemplo más perdurable que hayan dado los atenienses al mundo.

Como San Pablo, Clístenes conocía desde dentro el sistema que tan astutamente subvirtió: él mismo había sido

magistrado supremo de Atenas durante el régimen de los tiranos, diecisiete años atrás. Proponía cambiar el papel y la composición de algunas de las entidades más características de Atenas. En su discurso probablemente hablara de un consejo y una asamblea (que habían funcionado desde los tiempos de Solón, a veces conjuntamente), de las tribus y los *demos* (los pequeños pueblos y aldeas del Ática, que ya sumaban 140) y de los «tercios» o *trittyes* (entidades que habían formado parte durante mucho tiempo de la organización del Ática). En el ámbito local, propuso introducir una novedad, a saber, la elección de unos funcionarios locales o «demarcos» («gobernadores de un demo») encargados de presidir las asambleas de las aldeas o *demos* y de sustituir el papel desempeñado desde tiempo inmemorial por la nobleza local. Proponía que los ciudadanos varones se empadronaran en un demo, y que a continuación fueran asignados, demo por demo, a uno de los treinta «tercios» nuevos, que, a su vez, los vincularía a una de las diez tribus recientemente establecidas. El número de tribus y «tercios» debía incrementarse (según un «sistema decimal»), pero la esencia de toda la propuesta parecía maravillosamente clara y lógica. Hasta entonces, el grupo de mayor rango del Ática había sido el de los antiguos magistrados que formaban el respetado consejo del Areópago y prestaban de por vida sus servicios en él. No les tocó más remedio que asistir impávidos al discurso populista de Clístenes y escuchar sus palabras. En 508 a.C. casi todos ellos eran individuos desacreditados desde el punto de vista político, antiguos magistrados que en las últimas décadas habían sido «seleccionados» por los odiados tiranos. Su principal preocupación era evitar que su pasado los llevara al exilio.

Las propuestas de Clístenes suponían una novedad apasionante. Desde las reformas de Solón, un segundo consejo civil (distinto del Areópago) había contribuido al gobierno de los atenienses y en ocasiones, tras deliberar, había llevado ciertos asuntos ante una asamblea de ciudadanos ampliada. No sabemos nada acerca de los poderes que tenía este consejo ni de los miembros que lo integraban, pero es muy poco probable que la mayoría de los asuntos que tratara llegasen siempre a la asamblea. Clístenes proponía ahora que todas las decisiones importantes de la ciudad tuvieran que pasar obligatoriamente por una asamblea popular. Algunas de las escasas inscripciones con decretos de los atenienses correspondientes a las décadas inmediatamente posteriores a 508 empiezan de forma tajante con la siguiente frase: «Pareció bien al pueblo». En el futuro, los miembros del consejo también deberían ser elegidos entre todos los ciudadanos varones mayores de treinta años, y no se tiene constancia de que se impusieran restricciones de clase o de posesión de tierras. En la democracia ateniense de época posterior, un individuo sólo podía ser elegido para formar parte del consejo en dos ocasiones a lo largo de su vida, y en mi opinión esta norma también fue aprobada en 508 a.C. En una ciudad con tal vez veinticinco mil ciudadanos varones de más de treinta años, prácticamente todos ellos podían esperar ahora ser miembros del consejo durante un año de su vida. Las implicaciones eran obvias, y al igual que su público, Clístenes veía perfectamente cuáles eran.

También las veía su principal oponente, el magistrado supremo de aquel año, Isagoras, quien inmediatamente solicitó la intervención de Esparta, ante lo cual el astuto

Clístenes optó por abandonar el Ática. Los espartanos invadieron la región, e Isagoras les entregó una lista con los nombres de más de setecientas familias, que fueron mandadas al exilio. Esta lista constituye un ejemplo apasionante del conocimiento minucioso que una facción de aristócratas podía llegar a tener acerca de sus rivales. El objetivo de los espartanos invasores era colocar en el poder a Isagoras y a sus partidarios como una reducida oligarquía que les fuera favorable, pero los miembros del consejo existente (cuatrocientos, como había establecido Solón) se opusieron enérgicamente. Los espartanos, Isagoras y sus seguidores respondieron ocupando la Acrópolis, tras lo cual los demás atenienses, «se solidarizaron con el consejo» (aunque diversos especialistas no están de acuerdo con esta traducción del griego),<sup>[77]</sup> se unieron y los sitiaron. La actitud de resistencia cuajó entre los ciudadanos, y cuando los espartanos invasores se rindieron, nadie pudo detener el progreso de las propuestas de Clístenes, el origen del incidente. La ofensa que supuso la invasión espartana hizo que a los ojos de todos aquellas propuestas resultaran más atractivas. A comienzos de la primavera Clístenes se encontraba de nuevo en el Ática, y las reformas propuestas pudieron ser votadas y entraron en vigor. Ahora había una alternativa a la tiranía mucho mejor que el sistema de Esparta. La palabra «democracia» no aparece atestiguada en ninguno de los textos de antes de mediados de la década de 460 que han llegado a nuestras manos, pero es un término muy simple que habría podido ser acuñado sobre la marcha.

La versión ateniense se basaba en la férrea voluntad participativa de todos los ciudadanos. En 508 menos de una quinta parte del conjunto de ciudadanos habitaba en la

«ciudad» de Atenas: muchos de ellos tenían que trasladarse a pie hasta la capital y alojarse en casas de amigos cuando debían desempeñar algún cargo o asistir a una reunión. Durante una décima parte del año, una fracción del consejo, el órgano «rector» más visible de los atenienses, debía quedarse incluso en la ciudad en alerta permanente. No obstante, siguió habiendo ciudadanos disponibles para integrar cada año un consejo de quinientos miembros. Las asambleas, al menos cuatro cada mes, también se reunían en la ciudad, aunque normalmente se esperara la asistencia de más de seis mil individuos cuando iba a tratarse una cuestión de importancia. Con el tiempo, el procedimiento de inspección de todos los miembros nuevos del consejo, antes y después del desempeño de sus funciones, quedó establecido de forma similar a la investigación, todavía bastante superficial, de los magistrados. Después de *ca.* 460 a.C. un ateniense que prestara sus servicios en el consejo durante un año, tendría que enfrentarse al breve examen previo de otros 509 participantes en los asuntos públicos. Como bien ha observado un gran especialista moderno en la historia de la democracia ateniense, M. H. Hansen, «para nuestra forma de pensar, debía de ser una cosa mortalmente aburrida; el hecho de que los atenienses lo hicieran año tras año durante siglos demuestra que su actitud ante este tipo de rutinas tuvo que ser muy distinta de la nuestra. Es evidente que disfrutaban de la participación en sus instituciones políticas como un valor en sí mismo».<sup>[78]</sup>

Después de casi cuarenta años de tiranía, y tras siglos de dominio de la nobleza, semejante entusiasmo no era de extrañar. Entre 510 y 508 los atenienses habían temido por encima de todas las cosas una vuelta a la lucha de facciones

aristocráticas que había dado lugar a los derramamientos de sangre de las décadas de 560 y 550. A partir de ahora no habría más burócratas, ni detestables «ministerios», ni siquiera abogados especializados: *l'état, c'est nous*, todos los ciudadanos varones adultos de Atenas. Visto desde una perspectiva moderna, seguían produciéndose notables exclusiones: «todos los ciudadanos» no significaba «todos los residentes». Los habitantes que no eran de origen ateniense (los metecos o *metoikoi*, el término para distinguir a los que vivían lejos de su patria), los objetos no humanos de propiedad (los numerosos esclavos) y el sexo sin capacidad de raciocinio (las mujeres) estaban clara y específicamente excluidos. Estas exclusiones se daban en todos los sistemas políticos de los estados griegos. Pero la novedad residía en que ahora todos los ciudadanos varones estaban incluidos por igual en el sistema. A partir de entonces, un ciudadano varón podría formar parte del consejo, ser nombrado por sorteo para ocupar una magistratura menor o asistir a una gran asamblea para emitir su voto o incluso (si tenía el valor suficiente) pronunciar un discurso acerca de los temas básicos cotidianos, de la conveniencia de emprender o no una guerra, o de quién debía sufragar determinados gastos o quién era merecedor de recibir honores y quién no. En los temas controvertidos, podría alzar la mano para que su voto fuera contabilizado. En Esparta, en el curso de la elección de los magistrados, a los espartiatas reunidos sólo se les pediría que gritaran al oír el nombre de su candidato favorito, y las autoridades decidirían cuál había sido el más aclamado. Incluso Aristóteles consideraba que este espectáculo parecía un juego de chiquillos. Por su parte, en Atenas cada ciudadano varón valía un voto, y nada más que uno, ya fuera simple mozo de cuerda, cabrero o refinado aristócrata. Al

tener que elegir y evidenciar así las predilecciones, la gente no tardó en aprender a reflexionar y a tomar posiciones después de informarse debidamente. La consecuencia sería un gobierno al que podría llamarse cualquier cosa menos gobierno del populacho.

El peligro más bien residía en que el líder de una opción frustrada intentara volver a presentar una propuesta ante la asamblea para conseguir su aprobación, negándose a aceptar su derrota. Con suma brillantez, Clístenes propuso que una vez al año los atenienses votasen si deseaban celebrar un «ostracismo». Si el resultado de la votación era afirmativo, con más de seis mil asistentes, podían votar utilizando un cascote (un *ostrakon*) con el nombre del ciudadano que quisieran proponer, con la esperanza de que fuera el que apareciese en la mayoría de los *ostraka* y de ese modo fuese condenado a un destierro de diez años para que aprendiera a moderarse. Tendría que marchar sabiendo que la mayoría había estado en su contra, y por lo tanto debiendo descartar cualquier esperanza de efectuar un contragolpe; a su regreso no sería más que un «hombre del pasado». El ostracismo era un proceso puramente político en su intención y en su ejecución: no derivaba de ninguna creencia religiosa ni de la necesidad de expulsar a un individuo «contaminado» o a un «chivo expiatorio». Debido a su naturaleza totalmente política, pasó a convertirse en una importante válvula de seguridad durante aproximadamente los siguientes setenta años de la política ateniense. Daba también por supuesto que un elevado número de ciudadanos de Atenas sabía leer o al menos podía encontrar a alguien que leyera por ellos. Sin embargo, en muchas sociedades, saber leer no requiere saber escribir. Pues bien, conocemos anécdotas acerca de *ostraka*

que fueron escritos en serie para que los votantes se los llevaran y pudieran utilizarlos: el número cada vez mayor de ese tipo de fragmentos que está llegando a nuestras manos pone de manifiesto que algunos de ellos fueron escritos por la misma mano y pertenecen a una misma vasija. Esta forma de organización no indica necesariamente que se pretendiera engañar o manipular a los ignorantes: aunque no supieran escribir, podían leer lo que tenían en sus manos. Los fragmentos de cerámica conservados contienen algunos comentarios increíblemente rudos contra determinados sinvergüenzas, que apelan a los prejuicios personales y a los escándalos cual si fueran los titulares de prensa de la época. En algunos aparecen incluso dibujos sarcásticos. Por supuesto, no encontramos nada similar en Persia, Egipto, Cartago o cualquier monarquía.

Con dos breves interrupciones, esa democracia evolucionó y fue el régimen de gobierno ateniense durante más de ciento ochenta años. Desde nuestra perspectiva, era notablemente directa. No se trataba en absoluto de una «democracia representativa» que eligiera delegados locales para que «representaran» a sus votantes o sus propias carreras y prejuicios. Toda su preocupación consistía en poner coto a los bloques de poder o a las facciones que pretendieran imponer su voluntad, con el fin de llegar a una fragmentación, no a una representación. En opinión de muchos autores modernos, el uso del sorteo fue el sello distintivo de la democracia ateniense; en realidad, no se tiene constancia de que Clístenes introdujera ninguna novedad en la asignación de los cargos por sorteo. Como práctica griega, el uso del sorteo tenía en cualquier caso una larga tradición anterior a la democracia, por no hablar de su

empleo como sistema de reparto equitativo entre hermanos coherederos. Tampoco fueron abolidos los requisitos de propiedad en el caso de los altos magistrados de la democracia: éstos debían ser elegidos, pero sólo entre candidatos que poseyeran una cantidad importante de bienes. Por lo que sabemos, esos magistrados, así como los miembros del consejo, todavía no cobraban remuneración alguna. Pero lo importante era que la duración de su cargo estaba limitada a un año y que no constituían un «gobierno» con un «mandato» concebido por ellos mismos. El poder residía en la asamblea, y en esa asamblea cada ciudadano era un voto, y sólo uno.

A nuestros ojos, esa democracia era más justa que cualquier otra constitución anterior en el mundo. No obstante, la administración de la justicia no experimentó cambio alguno: los casos se presentaban ante los magistrados, que se encargaban de juzgarlos, y sólo en un tipo determinado de acusaciones había la posibilidad de apelar ante una institución popular más amplia. Es evidente que Clístenes no basó sus propuestas en la reforma judicial ni en tribunales nuevos. Así pues, a los ojos de un observador moderno, ¿hasta qué punto era justo el sistema? La utilización de esclavos seguía siendo un fenómeno generalizado; las mujeres estaban totalmente excluidas de la política; los emigrantes constituían una categoría aparte y no podían aspirar a la ciudadanía alegando unos cuantos años de residencia en el Ática. Lo importante es más bien que, en todo el mundo antiguo, la concesión de voto a todos los ciudadanos varones por igual, tanto a campesinos como a nobles, no tenía prácticamente parangón (aunque existiera en Esparta), y su combinación con un consejo popular de

tipo rotatorio y una asamblea con casi poder absoluto para aprobar o rechazar mociones no tenía precedentes, al menos por lo que sabemos.

De acuerdo con los testimonios de los que disponemos hasta la fecha, los atenienses fueron los primeros en dar el paso hacia la democracia. Ninguna fuente bien informada de la época indica que hubiera otra ciudad en Grecia que se rigiera por un sistema semejante. En el sur de Italia, sin embargo, los arqueólogos han propuesto la ciudad griega de Metaponto como precursora. En 550 a.C. aproximadamente, se construyó en ella un gran edificio circular con un aforo para casi ocho mil personas. Las investigaciones realizadas han sugerido que el territorio de la ciudad estaba de hecho dividido en parcelas iguales, quizá también unas ocho mil. Con el tiempo, las casas que formaban las calles de la ciudad fueron construidas en un estilo repetitivo y con dimensiones parecidas. Tal vez Metaponto tuviera un gobierno «igualitario» de un tipo determinado antes de 510 a.C. quizá una oligarquía ampliada, pero no tenemos constancia de que los propietarios de esas tierras fueran los ciudadanos, ni de que el edificio circular fuera utilizado para la celebración de asambleas políticas, por no hablar del voto igualitario de todos los varones, incluidos los campesinos. No hay ninguna prueba de la existencia de una democracia anterior a la ateniense.

A diferencia de muchos ciudadanos griegos, especialmente los de ultramar, los atenienses contaban con una gran ventaja: habían vivido durante siglos en el mismo territorio. Sus agolpamientos sociales y sus cultos locales permitieron que tuvieran una infraestructura singularmente

fuerte, así como un sentido de comunidad que Clístenes supo capitalizar. Este político no atacó la propiedad privada ni pretendió una redistribución de la riqueza. Tal vez su «familia» en concreto ganara cierta ventaja a consecuencia de la minuciosa distribución de los ciudadanos en las nuevas tribus, pero se trataba de una ventaja en un escenario nuevo y distinto. Clístenes trajo una nueva justicia, el voto para todos los ciudadanos varones por igual, y las bendiciones de una nueva libertad, la participación política. La justicia también llegaría a las unidades locales del conjunto de la comunidad, los numerosos *demos*, que se verían lógicamente influenciados por el nuevo sistema de la ciudad.

Alarmados, los vecinos no democráticos de Atenas intentaron invadir su territorio y acabar con el nuevo sistema democrático, pero los ciudadanos atenienses, inspirados por un nuevo entusiasmo, forzaron su retirada en dos frentes a la vez. Sus victorias fueron consideradas, justamente, un triunfo de la libertad que todos ellos compartían: la libertad de palabra.<sup>[79]</sup> Ahora, en principio, no había ninguna restricción que estableciera quién podía formar parte del nuevo consejo o hablar en la asamblea. La «libertad» en cuestión no era la libertad de la injerencia del Estado, ni la libertad del acoso de unos superiores sociales o de unos magistrados sin control. No se trataba de una zona reservada, protegida simplemente por unos «derechos civiles». Desde Solón, en 594 a.C. ya había quedado abolida la facultad que tenían los atenienses de rango superior de esclavizar a los ciudadanos corrientes. Ahora, en cambio, los varones atenienses tenían el único derecho que realmente importaba, el de votar en todas las cuestiones relevantes de la ciudad. Su nueva libertad era una «libertad para...», por la

que valía la pena luchar. De los campos de batalla a los que se dirigieron para defenderse, los atenienses regresaron con centenares de prisioneros por los que pidieron lucrativos rescates y fértiles tierras: se hicieron cuatro mil parcelas con el territorio conquistado a los caballeros de la hostil Eubea, otrora campeones de las empresas marítimas de la Grecia arcaica. Las ganancias fueron cuantiosas, y probablemente fueran repartidas entre los atenienses más humildes, un punto más a favor de la nueva democracia; los grillos con los que los cautivos fueron encadenados estuvieron expuestos en la Acrópolis de Atenas durante años. Los atenienses que perecieron en el curso de esas primeras batallas «democráticas» probablemente fueran honrados con un nuevo privilegio, un enterramiento en el nuevo cementerio público. Pero el combate había sido duro, y los nuevos atenienses democráticos llegaron incluso a enviar legaciones a oriente, al gobernador persa de Sardes, con el fin de encontrar aliados en aquellos años de crisis. Mejor un persa lejano, debieron de pensar, que una oligarquía de tipo espartano. Cuando los embajadores de Atenas aceptaron someterse al monarca de los persas y ofrecieron los símbolos de «la tierra y el agua», sus conciudadanos, reunidos en una asamblea democrática, los consideraron «totalmente culpables» y censuraron con dureza su conducta.<sup>[80]</sup> Quince años después, su nueva libertad democrática se vería gravemente puesta a prueba por aquellos aliados persas que se habían buscado.

# Capítulo 9

## LAS GUERRAS MÉDICAS

Una vez concluido el banquete, y mientras los asistentes bebían a discreción, el persa [Atagino] que con él compartía el diván le preguntó, expresándose en griego, que de dónde era, a lo que Tersandro le respondió que era de Orcómeno. «Pues mira — le dijo entonces el persa—, ya que has compartido conmigo mesa y brindis, quiero dejarte un testimonio de mi perspicacia, para que, prevenido de antemano, puedas adoptar personalmente la decisión que más te convenga. ¿Ves a esos persas que asisten al banquete? ¿Recuerdas al ejército que hemos dejado acampado a la orilla del río? En breve plazo comprobarás que, de entre todos ellos, los supervivientes son sólo unos cuantos». Y, al tiempo que manifestaba ese comentario, el persa se deshacía en llanto. Entonces Tersandro, perplejo ante su afirmación, le dijo: «¿Pero es que no hay que comunicarle estas impresiones a Mardonio y a los persas que le siguen en rango?» «Amigo —respondió el persa a sus palabras—, lo que por voluntad divina se ha de cumplir, no está al alcance del ser humano evitarlo; de ahí que nadie quiera prestar oídos ni a quienes proclaman hechos dignos de crédito. Y, aunque esto que te digo lo sabemos muchos persas, seguimos adelante, pues somos prisioneros de lo ineluctable. Por eso, la peor angustia del mundo estriba en tener conciencia de muchas cosas pero no poder controlar ninguna».

HERÓDOTO 9.16, acerca del banquete [*symposion*] que persas y  
tebanos celebraron antes de la batalla de Platea (479 a.C.)

Cuando comenzó el siglo VI a.C. los persas habitaban en un reino sin importancia situado al sudeste de la moderna Shiraz, en la región del Fars, en Irán. Es muy poco probable que los griegos, los egipcios, los judíos o los levantinos hubieran oído hablar hasta entonces alguna vez de ellos. Los persas tenían contactos con la corte más civilizada de Susa, capital de los reyes de Elam, con los que limitaban por el

oeste, pero su sociedad era tribal y su riqueza seguía basándose principalmente en sus rebaños. Cuando subía al trono, su rey bebía leche agria y masticaba hojas de terebinto. Ningún persa se tomaba la molestia de aprender a leer y a escribir. Sus valores eran mucho más sencillos: decir la verdad, montar a caballo y disparar el arco.

Entre las décadas de 550 y 520 a.C. los persas conquistaron todo Oriente Próximo desde Egipto hasta el río Oxo. Aprovecharon el descontento existente en varios de los grandes reinos vecinos, la ausencia total de una oposición nacionalista popular, y la dureza de su propio estilo de combate, en el que utilizaban el arco y la lanza, tanto a pie como a caballo. Susa, Sardes, Babilonia y Menfis cayeron en manos de aquellos invasores que no habían visto nunca una ciudad, y menos aún ciudades de tanto esplendor como aquéllas. En 530, su gran rey Ciro murió durante la conquista de una tribu de Asia Central, más allá del río Oxo. El historiador griego Heródoto afirmaba que conocía al menos siete versiones persas de la muerte de Ciro, pero la que decidió contar no tenía la solemnidad de las otras. Cuenta que la adversaria de Ciro, Tomiris, reina de la tribu de los maságetas, lo acusó de ser un «sanguinario» insaciable. <sup>[81]</sup> Cuando el soberano persa perdió la vida luchando contra el ejército enemigo, Tomiris llenó un odre de sangre y, una vez localizado el cadáver de Ciro en el campo de batalla, metió su cabeza en él odre para que así se saciara verdaderamente de sangre.

Al igual que los griegos, los persas adoraban a muchos dioses, excepto una pequeña minoría que seguía las doctrinas dualistas de un profeta y reformador, Zoroastro (de datación incierta, pero que tal vez viviera en *ca.* 550-520

a.C). Fueran a donde fueran, adoraban a los dioses del país, no por «tolerancia», sino por prudencia. Cuando Ciro conquistó Babilonia en 539, se presentaron ante él numerosos grupos de peticionarios en busca de su favor para los cultos que los reyes babilonios habían deshonrado hasta entonces. Entre ellos se encontraba un grupo de desterrados de Oriente Próximo que le pidieron permiso para reconstruir en su país natal el templo de su divinidad protectora y recuperar sus objetos de culto. Esos postulantes eran los judíos deportados a Babilonia unos cincuenta años antes. Ciro les concedió el permiso solicitado, como podemos comprobar en la Biblia leyendo el comienzo del libro de Esdras, y así los judíos regresaron a Judea para honrar a su dios, Yavé. Con el tiempo, desarrollaron en su patria el culto del Templo que seguiría teniendo una importancia primordial en la religión judía durante casi seis siglos. Al igual que los griegos, que ignoraban por completo la existencia de Judea, tampoco Ciro tenía idea de las tremendas consecuencias que iba a tener su decisión, una de las muchas que tomó en Babilonia. Su ayuda concedió a los devotos adoradores de Yavé la primacía entre el resto de los judíos de Judea, y sin ella «Dios» habría seguido siendo el objeto de culto de una minoría.

También en Asia occidental los generales de Ciro se mostraron abiertos a los requerimientos de numerosos solicitantes. Entre ellos había griegos de las ciudades-estado greco-orientales que llegaban dispuestos a ofrecerles la rendición y a veces, como los judíos desterrados de Babilonia, portando oráculos favorables de los dioses de su país. Los persas no tenían ni la más remota idea de lo que era la ciudadanía ni la libertad política. A diferencia de los

griegos, nunca habían pasado por una reforma militar hoplita y las ciudades no eran desde luego lo suyo. Según se cuenta, Ciro describió el ágora o plaza del mercado de las ciudades griegas como un lugar al que acudía la gente a contar mentiras y a engañarse unos a otros con sus juramentos.<sup>[82]</sup> Los nobles persas preferían las «torres» y parques (*paradeisos*, de donde procede nuestra palabra «paraíso») de su país, en los que podían plantar árboles y cazar animales salvajes a caballo (en sus sellos de piedra podemos verlos alanceando salvajemente zorros con una especie de tridente).

Se ha recurrido en muchas ocasiones al «lujo» para explicar la rapidez de sus conquistas. Se dice que las ciudades griegas de Asia Menor se habían relajado debido a su excesiva afición a los perfumes y los refinamientos, y que por eso capitularon ante los rudos guerreros persas. En realidad, se produjo una valerosa resistencia: el «lujo» no tuvo nada que ver con la derrota de los griegos y los persas vencieron debido a la superioridad de sus recursos humanos y al arte, aprendido en el Oriente Próximo, de acumular montones de tierra ante las murallas de las ciudades para superarlas. Algunos griegos orientales huyeron a Occidente con el fin de escapar de los conquistadores. Y no es que fueran torpemente «helenocéntricos», como sospecharían hoy día los críticos de tendencias multiculturalistas. Los conquistadores persas colocaron a algunos de sus súbditos de países más remotos como tropas de guarnición y los establecieron como colonos con el fin de someter toda Asia Menor; algunas tribus del mar Caspio fueron obligadas a trasladarse al oeste para nutrir la población de nuevos asentamientos llamados, por ejemplo, «Campos de Ciro» o

«Villa-Darío». Los persas no tenían tradición de gobierno provincial e infligían los castigos más salvajes imaginables a sus presuntos enemigos. En la inscripción conmemorativa de su ascensión al trono, el rey Darío hace públicas las cifras exactas, por lo demás altísimas, de los «oponentes» a su usurpación, entre los cuales había muchos nobles a los que mandó empalar. Los métodos de castigo persas eran realmente brutales, y entre ellos estaba la mutilación de la nariz y las orejas de los «rebeldes».

No obstante, el soberano afirmaba que hacía justicia con equidad. «Soy amigo de la rectitud», aseguraba Darío en su «versión oficial» de la historia de su reinado. «No soy amigo de la iniquidad. No es mi deseo que el hombre débil sufra las iniquidades que puedan hacerle los poderosos... ni de que el poderoso sufra las iniquidades de los débiles»<sup>[83]</sup>. El rey, además, no se dejaba vencer por la cólera: «No soy de temperamento acalorado. Cualquier cosa que haga que se desencadene mi cólera, la mantengo firmemente bajo control con mis pensamientos. Gobierno firmemente mis [impulsos]». El problema radicaba en que lo habitual era más bien lo contrario: la «justicia» venía determinada por lo que interesara o dejara de interesar al soberano. No hubo nunca una nueva «ley persa» impuesta a la totalidad de su imperio en expansión. A lo sumo, en determinadas provincias se hicieron compilaciones de leyes locales que eran aplicadas luego sólo en esos lugares como «legislación del rey». En *ca.* 512-511, después de una campaña más allá del mar Negro, Darío, rey de Persia, llegó a Sardes y sentó sus reales a las afueras de la ciudad: fueron muchos los que acudieron a presentarle directamente peticiones y solicitudes de todo tipo, entre otros algunos tiranos de las ciudades

greco-orientales cuyo poder se tambaleaba. Fue aquél un momento trascendental de la historia de Grecia, la primera ocasión en la que un soberano que gobernaba toda una región helénica (Jonia) era accesible a los ambiciosos peticionarios griegos y se sentaba ante ellos a impartir justicia. No sólo permanecieron vigentes durante siglos en el ámbito local algunos de los privilegios otorgados por Darío a determinados santuarios griegos, sino que la presencia del monarca en la zona es el primer caso conocido de dispensación de justicia por el sistema de petición a un soberano y respuesta de éste, modelo que se impondría unos ciento sesenta años más tarde tras la llegada de los reyes de Macedonia. Y perduraría durante siglos tras la llegada al poder de los emperadores romanos.

Como conquistadores, los persas cobraban tributos en toda Asia, acumulando metales preciosos sin acuñar en sus remotos palacios reales. Se apoderaron también de numerosas tierras para formar sus grandes latifundios provinciales. Se ha pensado, a su vez, que las conquistas pusieron a los persas en contacto con el lujo y que corrompieron a los rudos hijos de su austero país natal. Como carecían de vida cortesana, es indudable que imitaron la de los pueblos conquistados. Sus reyes empezaron a llevar espléndidas túnicas, a usar cosméticos, y a servirse de dignatarios de la corte, símbolos heredados de sus predecesores en Irán, los reyes medos. Según Heródoto, los griegos enseñaron a los persas la pederastia, en el palacio o tal vez en unos ambientes tan favorables al desarrollo del erotismo entre hombres como son el ejército y la marina, para los que fueron reclutados numerosos griegos: la belleza física quizá explique la promoción en la corte persa de

determinados favoritos griegos. Pero el sexo y el lujo no suponen la falta de ambición. El lazo de unión del que verdaderamente carecían los persas era la libertad política, valor genuinamente griego que se veía amenazado cada vez más por la monarquía persa.

La solución que solieron dar los persas al problema planteado por las ciudades griegas de Asia Menor fue gobernarlas por medio de un tirano de su confianza o de alguna pequeña camarilla: fieles a sus valores, los persas concedían con frecuencia a esos individuos el poder como recompensa a los «servicios prestados» a los intereses del rey. En *ca.* 510 a.C. Darío I había conseguido incluso la sumisión del rey de los macedonios, al norte de Grecia, más allá del monte Olimpo. Es probable que en adelante la presión sobre Grecia hubiera seguido intensificándose de todos modos, pues los sucesivos soberanos persas habrían intentado aumentar su gloria y extender sus dominios a expensas de los griegos. Pero dicha presión se vio precipitada, en cualquier caso, debido a una clara secuencia de represalias mutuas. En 499 a.C. los griegos de Asia Menor se rebelaron contra la dominación persa que habían venido soportando desde hacía casi cincuenta años. Esta rebelión ha sido llamada «Sublevación de Jonia», aunque requirió la valerosa participación de otros griegos de Asia además de los jonios, y en ella intervinieron también algunos reyezuelos de Chipre. Contó además con el apoyo de un valeroso pueblo no griego, los carios, que habitaban al sudoeste de Asia Menor. Dos de los líderes griegos más destacados de la sublevación probablemente jugaran, en el mejor de los casos, un doble juego y no perdieran de vista la posibilidad de hacer carrera al servicio de los persas y de

ocupar un lugar elevado en el sistema de progresivas recompensas en especie que comportaba dicho servicio. Pero en casi todas las ciudades jonias, la mayoría de los ciudadanos aspiraban a una cosa muy distinta y para ello sólo necesitaban que se les presentara la ocasión: la democracia, como la que había en Atenas desde hacía nueve años. Esa sublevación continuada y las batallas que a lo largo de ella se produjeron harían que arraigara aún más ese deseo entre los principales actores griegos del drama.

Cuando dio comienzo la sublevación, los participantes griegos se reunieron en una asamblea conjunta celebrada en el santuario central de los jonios, el Panionio, en el monte Mícale, un promontorio situado frente a la isla de Samos. La unidad era muy frágil y con el tiempo hubo algunas *poleis* de la zona que adoptaron una conspicua actitud de «neutralidad», entre ellas la importante ciudad de Éfeso. Al cabo de cinco años, quedó patente que el pleno de la flota persa, tripulada por marineros expertos de origen levantino, era demasiado fuerte en un combate abierto para los remeros griegos y sus trirremes. También en Chipre se dieron señalados ejemplos de lealtad a la causa griega frente a los persas, pero no se consiguió ningún éxito duradero. Es en esta isla en la que pueden verse todavía los principales restos de la sublevación, a saber el impresionante talud de asedio que levantaron los persas para superar las murallas de la ciudad de Pafos y la gran tumba de Kourion, que probablemente perteneciera, lo mismo que el «tesoro» anexo que ha sido excavado, a uno de los principales participantes en la aventura, el rey Estesánor, que traicionó a la causa rebelde y se pasó a los persas.

Al principio, la rebelión de los griegos orientales recibió

el apoyo de dos comunidades de la madre patria, Eretria, en la isla de Eubea, y Atenas. Haciendo ostentación de la fuerza de su «parentesco» con los primeros colonos griegos de Jonia, los atenienses enviaron una flotilla al mando de un tal Melancio (cuyo nombre evocaba al del héroe jonio Melanto). Cuando la revuelta fue aplastada finalmente en 494 a.C. sería inevitable la venganza de los persas contra Atenas y Eretria. Y se produciría en dos oleadas, la segunda mayor que la primera (participaron en la operación cinco millones de hombres, según la posterior tradición griega) y daría lugar a cinco batallas importantísimas: Maratón (490), en la que los atenienses derrotaron a los persas que habían llevado a cabo una incursión de saqueo por tierra en el Ática; las Termopilas (480), donde 300 valerosos espartanos intentaron impedir la entrada en la Grecia Central a toda la fuerza invasora persa, acaso unos 250.000 hombres; Salamina (480), en la que destacó la participación de los marinos atenienses y corintios en la confrontación naval más grande que se conoce en toda la historia antigua; Platea (479), en la que la infantería (los hoplitas) de Esparta desempeñaría un papel trascendental en la derrota de lo que quedaba de las fuerzas terrestres persas en suelo griego; y Mícale (479), donde un general espartano y otro ateniense obtuvieron la victoria final frente a las costas de Asia Menor, después de perseguir a la flota persa a través del Egeo.

Para las grandes batallas navales, los atenienses aprobaron una movilización casi total. Su flota de trirremes había multiplicado su volumen apenas tres años antes, gracias al sabio empleo que habían hecho del nuevo filón encontrado en las minas de plata del Ática. Decenas de miles de atenienses se metieron en las naves recién

construidas (200 por trirreme), dispuestos a arriesgarlo todo en medio del calor, el sudor y el caos de las batallas a golpe de espolón que iban a librar contra la experimentada flota fenicia. Realmente no podemos imaginar lo intensa que pudo llegar a ser aquella experiencia ni la transformación que supondría para muchos. Incluso la reconstrucción de un trirreme ha significado años de pericia y de discusiones académicas y todavía nadie puede explicarse cómo podían ser guiados los remeros ni cómo podía seguirse un plan general en medio del fragor de la batalla. En la trirreme reconstruida hoy día fue preciso utilizar altavoces pues «la longitud del casco... y la presencia de 170 cuerpos humanos absorbiendo el sonido... hacían que las voces dadas al máximo volumen sólo se oyeran a una distancia correspondiente a la tercera parte de la longitud total del barco». Por lo demás, se comprobó que el mejor método era el canturreo de una melodía bien conocida por la totalidad de la tripulación. «Por desgracia, no hay testimonios claros de que los antiguos griegos canturrearan en el sentido en que lo hacemos nosotros, ni en alta mar ni en tierra firme»<sup>[84]</sup>.

Fue una desgracia, de la cual no puede echarse la culpa a nadie, que en aquella empresa naval los persas que participaron en las principales invasiones no supieran nadar. Desde luego fue una estupidez que el rey Jerjes no interceptara los barcos cargados de grano procedente del mar Negro con destino a Grecia que encontró en el camino, o que no enviara barcos a conquistar Citera, la isla situada frente a las costas de Esparta, desde la cual habría podido atacar el territorio de los espartanos. Vistos retrospectivamente, ambos errores serían reconocidos por los griegos, que sabían el peligro que habrían podido entrañar.

Sólo una pequeña parte de las tropas invasoras «persas» eran verdaderamente persas. Su caballería era excelente, pero el ejército principal había sido reclutado entre los súbditos del imperio y cuando resultó más eficaz fue cuando emprendió grandes proyectos con participación de mano de obra forzada. Durante tres años, se abrió un canal de casi un kilómetro de longitud a través del monte Athos para favorecer el avance de las tropas persas hacia Grecia. Los obreros trabajaban a golpe de látigo, bajo la experta supervisión de ingenieros fenicios, y la parte que se ha conservado de las obras ha sido examinada y verificada recientemente in situ. Se montó un curioso puente de barcos atados con maromas de esparto para hacer pasar a las tropas del Gran Rey por el Helesponto. En 490 y en 480 los caballos fueron transportados por vía marítima en barcos, mediante la utilización de «remolques flotantes» inventados, según se dice, por los griegos de Samos.

Se afirma que en 490 los valerosos atenienses que participaron en Maratón fueron «los primeros... que se atrevieron a fijar su mirada en la indumentaria médica [oriental] y en los hombres ataviados con ella, ya que, hasta aquel momento, sólo oír el nombre de los medos causaba pavor entre los griegos».<sup>[85]</sup> Incluso un griego como Heródoto (el autor de estas palabras) respetaría el «espíritu y el brío» de los persas, iguales a los de los helenos; de lo que carecían, opina el gran historiador, era de buenas armaduras, de conocimientos y de experiencia (*sophia*). Desde luego, las sólidas filas de soldados de infantería pesada de los griegos, los hoplitas, tuvieron una importancia trascendental por tierra. En Maratón, los hoplitas atenienses fueron los primeros en cargar «a la carrera», a lo largo de casi un

kilómetro y medio (o al menos eso dijeron). En Platea, en 479, los sólidos escuadrones de espartiatas resultaron decisivos frente a los persas, provistos de armaduras ligeras, que arremetieron contra ellos en grupos trágicamente pequeños. La espléndida caballería persa disponía de caballos que, según había demostrado la experiencia, eran incluso más veloces que los caballos tesalios, orgullo de los griegos en las diversas competiciones deportivas. Sus jinetes llevaban a veces pesados trajes de metal, pero desde luego tampoco ellos podían cargar contra una formación de hoplitas que aguantara a pie firme. Tampoco los famosos arqueros persas pudieron atravesar con sus flechas tanta armadura de metal. Los hoplitas espartanos podían incluso moverse marcha atrás en formación, como si se retiraran: en Platea, aquella maniobra resultó trascendental. En las Termopilas, los 300 espartanos la utilizaron de manera menos formal en la estrechez del desfiladero y acabaron lanzándose sobre los bárbaros y luchando con ellos a dentelladas. En Maratón, la «carrera» de los atenienses también supuso indudablemente una táctica de choque terrible, haciendo caer a los persas en la trampa de una batalla de hoplitas, como el historiador americano Victor Hanson ha intentado visualizar: «El espantoso fragor causado por el formidable avance a casi quince kilómetros por hora de los hoplitas griegos... y las insólitas dimensiones y la forma abombada de sus escudos contribuyeron a dar la sensación de que tenían una protección total en los últimos minutos de la carrera... Cualquiera que tropezara o que cayera herido corría el riesgo de ser pulverizado por el avance de los hombres de la retaguardia, cegados por el polvo y el empuje de los cuerpos».<sup>[86]</sup> Pero ese terror era el que los derechos de ciudadanía y la libertad política de los

griegos podían soportar.

A pesar del gran número de desertores y traidores griegos, muchos estados helénicos acordaron en 481 a.C. formar una «Liga Helénica» cuyos representantes debían reunirse en Corinto para decidir las cuestiones más importantes de la guerra. En el curso de la invasión, la «experiencia» griega se puso de manifiesto en algunas estrategias sumamente artificiosas, aunque ninguna tanto como las de Temístocles, el gran político ateniense. En septiembre de 480 a.C. mientras la flota persa se hallaba anclada en Eubea, hizo grabar en las rocas unas inscripciones con mensajes en los que incitaba a desertar a los contingentes de griegos orientales (suponía, por tanto, que entre ellos debía haber individuos que sabían leer). En Salamina, antes de la decisiva batalla naval de finales de septiembre de 480, envió un mensaje falso al rey persa por medio del anciano preceptor de sus hijos, Sicino, dando a entender que la flota griega pretendía huir y salir de la estrechez de la bahía. Sicino era un esclavo, probablemente bilingüe, originario de Asia, y su intervención tuvo tres consecuencias. Convenció a los persas para que dividieran su flota en cuatro partes, dos de las cuales levaron anclas con el fin de bloquear las salidas más irrelevantes de la bahía. Hizo que los marineros persas permanecieran a los remos toda la noche, por si los griegos intentaban una maniobra de escapatoria nocturna, de modo que al amanecer se encontraban agotados. Y además hizo que los buques de guerra más pesados de los persas entraran por la mañana en la parte más estrecha de la bahía, persuadidos de que, al llegar, descubrirían que la mayor parte de los griegos había huido. Pero no era así; en realidad se encontraban todos allí

y rompieron el ala izquierda de los persas, atrapándolos en la parte más estrecha de la bahía, donde su superioridad numérica no les servía de nada. El ardid de Temístocles fue en último término la causa de la victoria griega.

Si los persas hubieran vencido en Grecia, la libertad de los griegos se habría visto coartada y, con ello, se habría frenado el progreso político, artístico, dramático y filosófico que ha servido de luz y de guía a la civilización occidental. Los sátrapas habrían gobernado Grecia y dispensado justicia personalmente; unos cuantos traidores y colaboracionistas griegos habrían progresado y, a lo sumo, los persas habrían cenado reclinados en divanes y habrían fomentado y contemplado los juegos atléticos de los griegos, aunque sus reyes nunca se habrían atrevido a participar en ellos por miedo a perder, y para los persas de pro, el ejercicio físico con el cuerpo desnudo (por excitante que resultara) era algo vergonzoso y totalmente fuera de lugar. En 480 muchos valerosos griegos y sus familias perecieron por la libertad, no por la esclavitud. La posteridad ha recordado a varios de ellos, a Piteas de la isla de Egina, que murió en una batalla naval después de recibir tantas heridas que el enemigo recogió su cadáver en su nave para rendirle honores; o a Aristodemo de Esparta, el único superviviente del glorioso grupo de 300 «caballeros» espartanos que combatieron en las Termopilas y que, avergonzado por semejante deshonra, realizó tantas proezas al año siguiente en la batalla de Platea, abandonando temerariamente su puesto en la formación, que su falta quedó redimida por completo. Para conmemorar las victorias, fue erigida en Delfos en honor del dios Apolo una columna en la que había tres serpientes enroscadas de bronce y una inscripción con los nombres de

los treinta y un estados griegos agradecidos. Entre ellos, merecieron un elogio especial los espartanos que combatieron en Platea y los atenienses. En 490, en la primera ronda de batallas contra los invasores persas, los atenienses vencieron en Maratón. En el invierno de 481-480 tomaron por propia iniciativa la decisión de evacuar su ciudad y abandonarla, seguidos de sus perros, que los acompañaron nadando. Desde la lejanía, pudieron ver el gran sacrilegio perpetrado por los persas, el incendio y la destrucción de los templos de la Acrópolis. Durante dos temporadas consecutivas permanecieron fuera de su territorio, pero, a pesar de todo, desoyeron las ofertas de llegar a un acuerdo que les hizo el rey de los persas y continuaron luchando valerosamente en Salamina, Platea y Mícale. El oráculo de Delfos, en cambio, se puso de parte de los invasores y después tendría que inventar toda clase de historias acerca de la protección «divina» de que había gozado para explicar por qué los persas, en realidad amigos suyos, no lo habían saqueado.

El motivo de la guerra fue la libertad de los griegos, pero la contraposición entre la justicia y el lujo de unos y otros se mezcló con los recuerdos que de ella quedaron. Los persas eran capaces de mostrar una crueldad terrible, decapitando y empalando los cuerpos de los muertos, castrando a los muchachos y, como sucedió con Jerjes, ordenando desollar a un padre que había realizado un intento de «fuga». Luego la piel del individuo fue tensada para que sirviera de asiento del sillón desde el cual impartía justicia el rey. Estas anécdotas suponían toda una ofensa para los valores griegos de austeridad, modestia y justicia. El refinamiento de los invasores haría asimismo una gran impresión y sería

recordado en algunos episodios sumamente curiosos. Un soldado de caballería persa tenía una armadura hecha completamente de oro; los animales de la caballería persa comían en pesebres de bronce macizo; por otra parte, al término de la batalla de Platea, la concubina griega de un noble persa se adornó toda ella con joyas de oro y ordenó hacer lo mismo a sus criadas con el fin de obtener su perdón del comandante de los griegos. En este mismo enfrentamiento los griegos tomaron como despojos una asombrosa cantidad de objetos de oro y plata, entre ellos vestidos maravillosamente bordados. Parte de esos despojos fueron robados por los ilotas de los espartanos, pero años más tarde siguieron encontrándose objetos preciosos en los campos circundantes. Aunque sólo fuera por una vez, en 479 el joven general espartano Pausanias ordenó a los cocineros y panaderos de Jerjes que había hecho prisioneros que le prepararan un magnífico banquete oriental y que lo dispusieran en la antigua tienda del rey. Mandó luego que prepararan también un banquete a la espartana. Esa parca comida fue la que sirvió a sus huéspedes en medio de las viandas de los persas. Se cuenta que Pausanias, rodeado del suntuoso mobiliario con incrustaciones de oro y plata, comentó en tono jocoso ante sus invitados griegos la insensatez del rey, quien, pese a disponer de tan ricos medios de vida, había venido desde tan lejos para invadir Grecia y arrebatarles los suyos, que eran tan míseros.

Los vestidos, las joyas, y los objetos de oro que los griegos pudieron contemplar fueron calificados de demostración de molicie y «afeminamiento». En el arte ateniense de época posterior, en la cerámica pintada y en el teatro, los bárbaros orientales aparecerían representados en

esos términos «orientales». Pero dicha representación no era una nueva «invención» griega de los bárbaros, a raíz de la victoria obtenida sobre ellos. Los griegos de Occidente y de Oriente ya se habían anticipado a ella, empezando por la descripción que nos ofrece Homero de un cario de «lengua bárbara» que iba vestido con un traje bordado de oro «como una doncella» (el término bárbaros aludía al extraño sonido «barbar» de las lenguas no griegas).<sup>[87]</sup> Antes bien, algunos viejos estereotipos se vieron reforzados por el sorprendente triunfo de los helenos. Los bárbaros perdedores serían presentados como «esclavos» de un único señor, su rey (de hecho, los reyes de Persia llamaban a sus súbditos sus «inferiores», término que los griegos tradujeron por «esclavos»). En cambio, los griegos libres estaban curtidos debido a la pobreza de su tierra. Según se cuenta que le dijeron a Jerjes, los espartanos eran hombres libres que conocían un solo señor, sus leyes.

En último término, los vencedores fueron los dioses y los héroes o semidioses griegos. Al parecer, habían estado presentes en el terrible fragor de la batalla; su propia multiplicidad contribuía a mantener alta la moral. Si las oraciones y los sacrificios a uno no eran eficaces, siempre cabía la posibilidad de probar suerte con otro. Entre los persas, en cambio, había seguidores del zoroastrismo que creían en dos poderes enfrentados, el bien y el mal, y cuando las cosas no salían como esperaban, parecía que no había quien detuviera al principio del mal, Ahrimán. Se erigieron monumentos conmemorativos de la victoria en honor de los dioses en los grandes centros atléticos de los griegos, Olimpia, Delfos y el Istmo. En la espléndida celebración de la victoria de 479, el rey espartano Pausanias, guerrero de

treinta y pocos años, realizó un sacrificio a Zeus Eleuterio, «Zeus de la Libertad», en el ágora de la pequeña y valerosa ciudad de Platea. Es la celebración de la victoria más conmovedora de toda la historia antigua.

Los testimonios de la guerra siguen apareciendo sin cesar, y no cabe duda de que se encontrarán más. En 1959 se descubrió un texto de la que parece la propuesta de evacuación de Atenas presentada por Temístocles en 481-480, reproducido en una inscripción hallada en el emplazamiento de la antigua Trecén: se trataba de una copia de época posterior, prueba de la fama que había seguido teniendo el acontecimiento.<sup>[88]</sup> En 1971 se descubrió otra inscripción en Platea, cuyos ciudadanos ayudaron a los atenienses en Maratón en 490 y asistieron al gran sacrificio de Pausanias tras la batalla celebrada en sus inmediaciones en 479. Este texto atestigua la existencia casi dos siglos después de los hechos de un culto a «Zeus Libertador y la Concordia de los griegos» y de un certamen atlético que los helenos seguían celebrando en honor de «los valientes que combatieron contra los bárbaros por la libertad de los griegos».<sup>[89]</sup> Los juegos de la «libertad» siguieron siendo populares y para nosotros las «tumbas» y los «héroes» han adquirido una significación aún mayor. En 1992 se recuperaron a partir de un papiro mutilado varios fragmentos de una elegía del gran poeta Simónides: se compara en ella a Pausanias, el comandante de los espartanos en Platea, con el héroe Aquiles, el protagonista de la guerra de Troya contra los bárbaros según Homero.<sup>[90]</sup> En Atenas, durante los años noventa del pasado siglo, aparecieron en el curso de unas obras más fragmentos de una inscripción erigida en honor de los valientes caídos en

Maratón. Otra inscripción ha venido a demostrar ahora que pertenecían a un cenotafio especial levantado en el centro de la ciudad semejante al erigido en Maratón en honor de los atenienses muertos en la batalla.<sup>[91]</sup> Durante siglos, los atenienses siguieron venerando ambos monumentos; sus famosas Oraciones Fúnebres empezaron a ser pronunciadas por un orador elegido especialmente para la ocasión junto al cenotafio de la ciudad.

Seis siglos después de que sucedieran los hechos, los griegos que se encargaban de los cultos de Platea eran además sacerdotes del culto del emperador Adriano, el «Panheleno». La libertad de los griegos había cambiado, pero la fama de los días gloriosos de 480 seguía aún viva bajo el dominio del Imperio Romano. La continuación de esa fama se debió sobre todo a las *Historias* de Heródoto, el autor que ha conservado para nosotros el relato, los valores y los momentos decisivos del triunfo de los griegos. Al amanecer del terrible día del mes de septiembre en que tuvo lugar la batalla de Salamina fue Temístocles, nos cuenta Heródoto, el que pronunció el mejor discurso: todo él «consistió en contraponer lo más noble y lo más vil que realmente puede darse en la naturaleza y en el temperamento del ser humano; y, tras dar por concluida su intervención con una exhortación a que, de las dos alternativas, optaran por la mejor, dio la orden de que se embarcaran».<sup>[92]</sup> No se recuerda en ningún momento que Jerjes pronunciara un discurso parecido, y podemos tener la seguridad de que la libertad era la esencia de la alternativa ofrecida por Temístocles. La libertad fue una causa decisiva de la victoria de los griegos.



# Capítulo 10

## LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE

¡Otorga, te suplico, Crónida, que en pacífico  
Hogar se contenga el fenicio y de los tirsenos  
El grito de guerra, ya que ha visto  
El orgullo gimiendo en sus naves delante de Cumas!  
Cuáles dolores sufrieron domeñados por el Señor de Siracusa,  
Que de las naves de rumbos veloces al mar  
Les arrojó a su juventud.  
A Hélide librando de esclavitud gravosa.

PÍNDARO, *Pítica*, 1.71-75 (470 a.C.)

Que un difunto no sea enterrado ni incinerado dentro de la ciudad. Que no se haga más que lo siguiente: que la leña de la pira no se pula con un hacha. Que las mujeres no se arañen las mejillas ni entonen lamentos durante el funeral... Y no debe utilizarse oro [en la sepultura]. Ni siquiera si [al difunto] le han atado los dientes con oro. Pero si es enterrado o incinerado con ese oro, que no sea considerado un delito.

Tabla X de la Ley de las XII Tablas de Roma (451-450 a.C.)

A la amenaza de los persas a la libertad griega se sumó otra procedente del Mediterráneo occidental. Las colonias griegas de la zona se habían multiplicado desde que se llevaran a cabo los primeros asentamientos en el este de Sicilia a finales del siglo VIII a.C. pero en 480, el año de la batalla de Salamina, el sector griego de la isla fue invadido por un gran ejército bárbaro capitaneado por Cartago. Las razones de su llegada fueron debidas en parte a una iniciativa griega. Un gobernante heleno de la isla, que acababa de ser derrocado, había solicitado, junto con su cuñado, la ayuda de los amigos cartagineses. A los cartagineses no hacía falta que

los azuzaran demasiado. Poco antes el tirano griego de Siracusa, Gelón, había intentado persuadir a los helenos de Grecia de unirse a él para atacar la zona cartaginesa de Sicilia. Incluso les había prometido que con ello obtendrían nuevas oportunidades mercantiles, en un claro llamamiento a una guerra griega por razones comerciales. Pero había también una dimensión persa en todo este asunto. En 480 se dijo que los persas estaban instigando a los cartagineses a atacar Sicilia e impedir que los griegos de la isla pudieran acudir en ayuda de la propia Grecia. Cartago estaba vinculada con la campaña persa porque era la colonia de la ciudad levantina de Tiro, y los marineros de esta ciudad prestaban fielmente sus servicios en la flota persa contra Grecia.

Se cuenta que, en respuesta, llegó a la isla un ejército de 300.000 bárbaros, pero que los griegos de Sicilia le infligieron una tremenda derrota en Himera, en la costa norte. A Gelón de Siracusa se le atribuyó una estratagema sumamente ingeniosa, muy parecida a la de Temístocles, que consiguió engañar a los generales cartagineses cuando éstos interceptaron una carta en la que se les pedía ayuda. Con la victoria se consiguió también la muerte del general cartaginés Amílcar, quien probablemente se arrojara a una pira en llamas durante un sacrificio religioso, y la libertad griega quedó a salvo. El poeta Píndaro dice acertadamente que con aquella victoria se libró «a Grecia de una pesada esclavitud»: esa esclavitud fue impuesta, en cambio, a los bárbaros vencidos.<sup>[93]</sup> Un número ingente de cartagineses fueron distribuidos como cautivos entre las ciudades helenas de Sicilia. Se cuenta que en Acragante (Agrigento), muchos ciudadanos compraron hasta 500 prisioneros cada

uno para utilizarlos como esclavos. Los esclavos fueron empleados en las canteras de piedra y en la construcción de nuevos templos para los dioses: en Acragante se erigió un templo gigantesco de Zeus (cuyas ruinas son todavía visibles). Como vemos a menudo en la historia de la antigüedad, la adquisición masiva de cautivos o fugitivos en tiempos de guerra suponía la transformación más efectiva de una economía local. En occidente, la esclavización de los bárbaros favoreció la consecución de nuevos niveles de esplendor y lujo entre los griegos.

El emperador Adriano visitó Sicilia dos veces, y en la primera ocasión subió a lo alto del Etna, el volcán, para contemplar desde allí el amanecer del que se «decía que era como un arco iris».<sup>[94]</sup> Muchos griegos ya habían estado allí antes que él, empezando por el poeta Píndaro, que compuso una maravillosa oda en honor de Hierón, el tirano griego fundador de la nueva ciudad de Etna en la década de 470. El poema revela un conocimiento de primera mano, sin duda del propio Píndaro, del volcán y sus laderas durante una erupción. Cuando Adriano visitó Sicilia, la isla llevaba ya más de tres siglos bajo dominio romano, y probablemente el emperador no conociera con exactitud su pasado turbulento.

La dinámica de los griegos de occidente era compleja. Los fenicio-cartagineses se habían asentado ya en el oeste de Sicilia como mínimo a comienzos del siglo VIII a.C. Los primeros emigrantes llegados a la isla siguieron ocupando otras zonas, especialmente el interior, donde habitaban los sículos; a partir del siglo VIII también los griegos se establecieron en el este y en el sur, principalmente en la costa. Los dos sectores no estaban segregados; había cartagineses viviendo en las ciudades griegas de Sicilia, del

mismo modo que había griegos sicilianos viviendo al otro lado del mar, en Cartago. Las principales redes tendidas por los griegos de la isla no estaban dirigidas hacia África, sino hacia otras ciudades griegas, a saber, las que se habían fundado en las vecinas islas Eolias y en el sur de Italia. Con el tiempo esta región sería conocida como la Magna Grecia.

Es evidente que la zona tenía la grandeza y la extravagancia propias de un «Nuevo Mundo»: Lampedusa, el gran novelista siciliano moderno, llama a Sicilia la América de la Antigüedad. A mediados del siglo VI a.C. las colonias griegas ya contaban con ostentosos templos dedicados a sus dioses, como podemos comprobar en Selinunte, al suroeste de la isla: hoy día todavía pueden admirarse diversas columnas a medio esculpir en las gigantescas canteras de piedra situadas a varios kilómetros de la acrópolis hasta donde los pilares eran transportados sobre enormes rodillos de madera. En Sicilia, como comentaría más tarde un discípulo de Platón, los griegos incluso celebraban dos comidas importantes al día.<sup>[95]</sup> Los deliciosos poemas de Píndaro compuestos para sus patronos sicilianos elogian las ricas tierras de labor de la isla, las cosechas y los rebaños, así como los magníficos edificios de reciente construcción. Píndaro evoca el floreciente paisaje de Camarina, en 456 a.C. donde se «aglutina el bosque de firmes moradas a lo alto erigido, llevando del desamparo a la luz a este pueblo de ciudadanos».<sup>[96]</sup> Había también un comercio muy lucrativo, sobre todo entre la costa siciliana y la bárbara Cartago. Tanto por tierra como por mar, muchos terratenientes de Sicilia obtenían lo mejor de los dos mundos.

Desde el establecimiento de sus primeros asentamientos

en la década de 730 a.C. los colonos griegos habían seguido fundando nuevas ciudades a medida que fueron sintiéndose más seguros. Esas subcolonias también estaban emplazadas en excelentes tierras de labranza, una gran cantidad de las cuales (aproximadamente doscientos cincuenta kilómetros cuadrados) se encontraban en el suroeste, en Selinunte. El especialista en historia de los griegos de occidente más importante de los últimos tiempos, T. J. Dunbabin, quien por cierto era neozelandés, comparaba a esos colonos con «la dependencia cultural casi absoluta... de la que tanto se precian los habitantes de las primitivas colonias de Norteamérica».<sup>[97]</sup> ¿Se limitaron simplemente a crear más de lo mismo?

Los principales rasgos de su historia hasta *ca.* 460 a.C. nos resultan familiares, pues son parecidos a los de Grecia propiamente dicha. Se desencadenaron guerras entre las ciudades griegas de occidente y también entre los griegos y muchos pueblos no griegos de la isla. No hubo inventos militares «de occidente», ni tampoco ningún experimento político realmente novedoso: no había ningún consejo común siciliano, ni tampoco fiestas comunes. Los acontecimientos más pan-«siciliotas» probablemente fueran las carreras de caballos, pero ni siquiera sabemos dónde se celebraban sus grandes concentraciones. Siguiendo el patrón de la madre patria, había milicias ciudadanas de hoplitas provistos de armaduras y excelentes soldados de caballería (los caballos proliferaban en las fértiles tierras situadas a la ribera de los ríos, como las de Tesalia, la única región de Grecia de esas características). Hubo tiranos, y más tarde democracias que los sustituyeron. La principal diferencia fue cronológica. Los grandes tiranos de Sicilia aparecieron en

Siracusa y Gela en 505 a.C., aproximadamente (cuando los atenienses acababan de adoptar la democracia). Las democracias sustituirían con frecuencia a los tiranos de occidente, pero este fenómeno no se verificaría hasta la década de 460 (en Asia Menor la democracia ya había inducido a los griegos orientales a sublevarse en *ca.* 500). Tenemos en la actualidad testimonios escritos encontrados en Sicilia de las reformas mediante las cuales la ciudad-estado de Camarina, cuyo poder había aumentado en los últimos años, adaptó sus unidades sociales en 460 a.C. aproximadamente. Pero esas reformas llegaron unos cincuenta años más tarde que las introducidas por Clístenes en el Ática, con las que guardaban bastante similitud.<sup>[98]</sup>

Los griegos de occidente también fueron tradicionales en materia de religión. Adoraban a los mismos dioses de Grecia y los asociaban a mitos parecidos. Algunos de esos mitos han aportado varios testimonios bastante claros de las creencias que se tenían acerca de la vida de ultratumba, y hasta hace poco esas especulaciones recibían vagamente la denominación de «órficas» (por Orfeo, que logró salir del infierno) y eran consideradas una innovación de los griegos de occidente. Nuevas evidencias han demostrado que no eran características de occidente, sino que también habían alcanzado una gran difusión en Grecia. Una inscripción muy importante, datada en *ca.* 450 a.C. nos permite conocer varios rasgos de la religiosidad cotidiana en la gran colonia griega de Selinunte: explica las maneras en que la gente puede purificarse de la presencia de un espíritu hostil, percibido por la vista o por el oído, mediante el sacrificio de una oveja adulta y la ejecución de diversos rituales.<sup>[99]</sup> No muestra signo alguno de una «ilustración de occidente», y no

parece una respuesta a una extraña crisis.

Las ciudades griegas de occidente habían sido creadas «desde arriba», esto es, mediante la distribución de tierras a los colonos por parte de sus líderes. Este estilo de colonias se basaba menos en una infraestructura de aldeas y núcleos diseminados por las zonas rurales que muchos asentamientos de la madre patria surgidos «desde la base»: en los territorios de una ciudad siciliana probablemente se diera más el fenómeno del terrateniente rico y absentista. Sin embargo, este modelo no fue la causa principal de los disturbios políticos. Al igual que en la madre patria, la dinámica que los provocó fue la lucha de facciones entre los miembros de una clase alta competitiva y la acumulación de cada vez más riquezas en unas pocas manos, junto con los cambios introducidos en la táctica militar y el continuo resentimiento popular por la corrupción de la justicia. Los tiranos de occidente no fueron más «populistas» que las clases altas sobre las que se impusieron: se dice que los tiranos de Siracusa consideraban a la gente humilde un «objeto de convivencia inadecuado».

Por supuesto, dada la extensión de la red tendida por los griegos, se produjeron también algunas innovaciones. Los griegos de Sicilia inventaron un juego de sobremesa, el *kottabos*, consistente en derramar gotas de vino de una copa; fueron los primeros en representar una forma limitada de drama cómico; y a ellos se les atribuye un tipo especial de carro, predecesor de los carros de fiesta y de boda pintados que más tarde serían característicos de la vida y la ópera siciliana.<sup>[100]</sup> A juzgar por las pinturas que aparecen representadas en ciertas vasijas, las mujeres de la Magna Grecia probablemente utilizaran ropas más transparentes

que las de Grecia propiamente dicha, pero ni unas ni otras emplearon lo que llamamos ropa interior.

Esas innovaciones no constituían un nuevo tipo de cultura, sino que formaban parte de una ya existente, bien segura y orgullosa de sí misma. Los griegos de occidente empezaron a recoger cada vez con mayor asiduidad sus propios recuerdos y hazañas. Hacían ostentación de ellos en la madre patria, pero no como si fueran los obsequiosos parientes pobres. En los siglos VIII y VII los exvotos procedentes de Italia y del occidente griego ya eran muy notables en el gran santuario de Olimpia. Entre ellos había armas, probablemente para agradecer a los dioses las victorias obtenidas por los griegos de occidente sobre otros griegos o sus vecinos no griegos. En el siglo VI a.C. una importante terraza de Delfos se convirtió en el emplazamiento de una serie de edificios para albergar diez lujosos «tesoros», cinco de los cuales fueron financiados por griegos de occidente. Los occidentales también demostraron su valía como propietarios de caballos de carreras y en las competiciones del circuito del atletismo griego. Por lo tanto no debe sorprendernos que los tiranos de las ciudades griegas de Sicilia dedicaran cascos, trípodes y estatuas en Olimpia y Delfos durante la década de 470. Ellos también querían hacer alarde de sus triunfos en los juegos y de sus proezas en el campo de batalla contra los bárbaros. Con esa seguridad en sí mismos, los occidentales recibieron a los legados griegos de la madre patria que fueron enviados a Sicilia en busca de auxilio durante la crisis de la invasión persa de 480. Como condición para brindar su ayuda, el tirano de Siracusa exigió el mando conjunto de fuerzas griegas que iban a combatir contra Persia. Citando el papel

que habían desempeñado en la guerra de Troya de Homero, los legados atenienses rechazaron la proposición. Fue una respuesta efectiva, pues en aquellos tiempos tan remotos las ciudades griegas sicilianas ni siquiera existían.

Desde la perspectiva de la antigua Grecia y el Egeo, occidente era simplemente un refugio apropiado para «comenzar de nuevo» cuando todas las otras alternativas habían fracasado. Los perdedores de los cambios políticos sobrevenidos en Grecia emigraban a occidente para fundar una nueva comunidad, o para apoderarse de una de las ya existentes. Los refugiados griegos que abandonaron Jonia cuando esta región fue conquistada por los persas llevaron su talento para la filosofía al sur de Italia y fundaron una colonia, Elea (a unos 65 kilómetros al sur de Paestum), que alcanzó gran notoriedad por su forma sutil de enfocar determinadas cuestiones relacionadas con la verdad y el conocimiento. En la bahía de Nápoles, en *ca.* 521 a.C. unos refugiados de Samos pertenecientes a la aristocracia fundaron un lugar llamado «Gobierno Justo» en claro contraste con la tiranía imperante en su patria (posteriormente, ya en tiempos de los romanos, se convertiría en el importante puerto de Puteoli, la actual Pozzuoli). Habían sido precedidos por algunos discípulos del filósofo Pitágoras, que en *ca.* 530 a.C. se instalaron en el sur de Italia, especialmente en Crotón. Sin embargo, no todos los emigrantes fueron tan justos como el admirable Cadmo, que llegó a Sicilia tras renunciar a su tiranía en la isla de Cos, «simplemente por su apego a la justicia».<sup>[101]</sup> En *ca.* 514 uno de los dos reyes de Esparta, Dorieo, fue expulsado por su hermano y llegó a occidente con una cuadrilla de aventureros. Acompañado de sus seguidores,

intentó primero ayudar en la guerra que se habían declarado dos ciudades del sur de Italia; más tarde invadió el extremo de Sicilia ocupado por los cartagineses en la creencia de que con ello no hacía más que «reclamar el legado del heroico Heracles». Dorieo murió, y unos cuantos de sus seguidores se retiraron a la costa del sur de la isla donde encontraron un premio de consolación tras fundar otra «Heraclea», en el emplazamiento de una ciudad-estado griega ya existente.

A medida que iban llegando nuevos exiliados de Grecia y que los griegos ya establecidos en occidente se sentían más seguros, sus vecinos no griegos vieron cómo se alteraba su tranquilidad. En 570 aproximadamente los colonos griegos de Cirene, en Libia, obtuvieron una victoria espectacular sobre los libios y los egipcios y abrieron el camino para el establecimiento de una nueva serie de asentamientos griegos en el norte de África. Sin embargo, en *ca.* 560 los no griegos recuperaron parte de lo que habían perdido, y a partir de entonces los griegos de occidente dejarían de triunfar en todos los frentes. Entre 560 y 510, aproximadamente, fallaron los intentos de establecer nuevos asentamientos griegos en occidente, en Córcega, en el oeste de Sicilia y cerca de la colonia fenicia del norte de Libia. En occidente había muy pocos espacios completamente vacíos que ocupar. Además, con el paso de los siglos Cartago había ganado confianza en sí misma desde que fuera fundada por levantinos: a finales del siglo VI el tratado firmado con Roma que ha llegado a nuestras manos pone de manifiesto cómo Cartago intentaba limitar el acceso de los romanos a sus costas. Los griegos de occidente, por lo tanto, siguieron siendo simplemente una «etnia» más en medio de otras muchas. Como tantos otros, remontaron el litoral occidental

de Italia, pero los santuarios situados fuera de las colonias costeras de la zona ya se habían convertido en el destino de otro tipo de visitantes y mercaderes: la presencia de fenicios y etruscos era notable, y desde hacía tiempo ambos pueblos estaban interesados en fomentar sus relaciones.

En efecto, el siglo VI a.C. fue una época de especial esplendor para las familias que dominaban las ciudades etruscas. Como podemos comprobar en Tarquinia, les gustaba beber en vasijas de cerámica pintada procedente de Grecia, dispensar su mecenazgo a escultores y pintores griegos e incluso imitar el estilo de los hoplitas y, probablemente, de los soldados de caballería griegos. Pero no debemos considerarlos meros deudores pasivos de los griegos; por el contrario, escogieron y adaptaron conscientemente aquello que se les ofrecía. Además, eran muy agresivos. En la bahía de Nápoles, en la década de 470, los «tiranos» griegos de Siracusa tuvieron que intervenir para proteger las ciudades griegas de la zona ante la inminencia de una gran invasión bárbara capitaneada por los etruscos. Muy poco tiempo después los griegos de Sicilia colaboraron en la fundación en la zona de una «Ciudad Nueva» (Neápolis, la moderna Nápoles). El trazado regular de sus calles sigue siendo visible en la actualidad, incluso en medio de la jungla de la ciudad moderna. «Ciudad Nueva» no estaba situada muy al sur de otro famoso emplazamiento, Roma: ¿Hasta qué punto se integró, si es que llegó a hacerlo, la futura «ciudad eterna» en aquel crisol de griegos occidentales que la rodeaba?

La historia de la Roma primitiva sigue siendo objeto de encendidas disputas, escepticismo e inventiva por parte de los especialistas. Es evidente que las fuentes latinas fueron

elaboradas, o inventadas, muchos siglos después, de modo que los historiadores modernos dependen básicamente de la arqueología. En las cuestiones relacionadas con los cambios políticos y la diversidad étnica, los testimonios arqueológicos suelen ser ambiguos o irrelevantes. Lo importante aquí es hacer hincapié en que desde el siglo VIII a.C. a partir de la época de Homero, Roma no fue una comunidad extraña, sin contacto con las modas del mundo que la rodeaba. Los hallazgos arqueológicos demuestran con claridad que algunos levantinos «fenicios» y algunos griegos (probablemente eubeos) habían visitado la zona remontando la corriente del Tíber. Pues los romanos no estaban suficientemente bien abastecidos para quedarse cómodamente en el interior de la península: como con tanto acierto se ha indicado, Roma carecía de fuentes próximas de ese producto tan necesario para los animales y el hombre, la sal. Las salinas, las únicas que había en el oeste de Italia, se encontraban en la desembocadura del Tíber, en su margen norte. Con el tiempo, tradicionalmente a mediados del siglo VII a.C. se abrió una «ruta de la sal» (la Vía Salaria) que iba de Roma a Ostia y llegaba hasta la desembocadura del río, sin duda con la intención de tener al alcance de la ciudad los depósitos de sal.<sup>[102]</sup> Mientras tanto en Roma las chozas que formaban la ciudad empezaron a ser sustituidas por casas; había un espacio público, el «Foro», que estaba pavimentado; en 620 a.C. aproximadamente, los arqueólogos detectan que tuvo lugar una «transformación urbana», en la que influyó de manera notable la cultura etrusca, así como las migraciones que se produjeron desde las ciudades de Etruria. Este período fue seguido (como cuenta la tradición más sólida) por el reinado de una serie de

monarcas etruscos, los Tarquinos (tradicionalmente 616-509 a.C.).

Los griegos de occidente que visitaron la comunidad romana en aquella época probablemente encontrarán una sociedad que no les resultaba totalmente desconocida. Hasta finales del siglo VI a.C. Roma estuvo gobernada por una monarquía, aunque no hereditaria. La sociedad estaba organizada en clanes (o *gentes*) y «tribus», y había treinta unidades de carácter local (*curiae*) que cualquier griego habría supuesto que eran semejantes a las hermandades o fraternidades de su ciudad. Durante el siglo VI y comienzos del V la organización social también sufrió una transformación en varios aspectos que recuerda en general la experimentada por las comunidades griegas. El número de tribus de Roma aumentó, y el ejército romano se reorganizó. A finales del siglo VI se puso fin a la monarquía (como sucediera con las tiranías en el mundo griego), y unos magistrados elegidos anualmente asumieron la autoridad del nuevo Estado. Al cabo de pocas décadas se producirían agitaciones populares por el endeudamiento y el acceso a las tierras; se tuvieron que hacer concesiones al sector de la población que los griegos habrían llamado *demos*, o «pueblo». En la década de 450 a.C. tuvo lugar incluso la publicación de un código de leyes (las famosas Leyes de las XII Tablas de Roma), del mismo modo que las ciudades-estado de la Grecia arcaica publicaron a veces sus propias legislaciones. La normativa romana incluía la prohibición de los matrimonios mixtos entre los patricios nobles y los no patricios (que muchos aristócratas griegos habrían aplaudido). Abordaban cuestiones como las deudas y la adopción, el matrimonio y las herencias, tan importantes también para las comunidades

griegas. Según los preceptos de este corpus legislativo, a los niños que nacían con graves deformaciones se les debía matar inmediatamente (los espartanos se habrían mostrado totalmente de acuerdo con la medida), pero lo que resultaba singular (como observarían más tarde los griegos) era el poder excepcional concedido al jefe de una familia romana sobre todos sus integrantes, incluidos los niños. Mientras viviera el padre, los hijos no tenían ningún derecho de propiedad: podían incluso ser asesinados por su progenitor, el *paterfamilias*. Esta autoridad extrema del padre no era utilizada en la práctica, pero posteriormente seguiría siendo un elemento importante del respeto romano por la tradición.

En las leyendas que más tarde se contaron acerca de este período, las relaciones de Roma con el mundo exterior aparecen como mucho más estrechas. De los últimos tres reyes de Roma, se contaba que el primero (empezó a gobernar en 616 a.C.) fue Tarquino, un emigrante de la ciudad etrusca de Tarquinia: su padre había sido un aristócrata griego de Corinto llamado Demarato, que había sido expulsado por el primer tirano de su ciudad (*ca.* 657) y se había visto obligado a comenzar una nueva vida en Italia. El segundo rey etrusco de Roma fue el célebre Servio Tulio (578-535 a.C. según la tradición), que sería recordado por sus orígenes humildes (era hijo de un esclavo) y una relación especial con los dioses; probablemente fuera un guerrero etrusco llamado Mastarna en su lengua. Fue él quien introdujo una reforma fundamental de las tribus y quien vinculó las «centurias» del pueblo romano a la asamblea del pueblo. Las reformas de Servio presentan una clara similitud con las emprendidas por los primeros reformadores griegos que cambiaron la estructura de las «tribus» de sus ciudades-

estado a lo largo del siglo VI a.C. Incluso la primera publicación de unas leyes romanas tuvo que ver con los griegos. La tradición posterior cuenta que a finales de la década de 450 Roma envió embajadores para que estudiaran las leyes de las ciudades griegas, concretamente las de Atenas, las llamadas «leyes de Solón».<sup>[102b]</sup> En efecto, la palabra utilizada en las Doce Tablas para «castigo» (*poena*) deriva del griego (*poinë*); sin duda la razón no fue el contacto con Atenas, sino el que mantenía Roma con algunas de las comunidades griegas del sur de Italia de reciente fundación. Sin embargo, fue una precisión exclusivamente romana especificar que un deudor que no pagara y hubiese contraído deudas con varias personas debía ser cortado en trozos que se repartirían entre sus acreedores.

En *ca.* 500 a.C. la comunidad romana probablemente contara con unos 35.000 ciudadanos varones, y su control territorial ya se extendiera por el sur hasta Terracina, a orillas del mar, a unos 65 kilómetros de Roma. Aunque es posible que el número de sus ciudadanos varones fuera superior al del Ática de la época, desde el punto de vista cultural seguía siendo una ciudad humilde sobre la que únicamente más tarde las leyendas proyectarían un fuerte rechazo del «lujo». En cambio, se pondrían de relieve los valores de la «libertad» y la «justicia». Las reformas de Servio suscitaron la admiración de los romanos de época posterior como fuente de la «libertad»: en su momento la libertad más ardientemente deseada fue sin duda la liberación del gobierno monárquico de un rey. La liberación de los reyes seguiría siendo el valor político de todos los nobles romanos, hasta mucho después de que se pusiera fin a la monarquía. Los nobles romanos, no el pueblo, derrocaron al último

«rey» tiránico en 510-509 a.C. en una época en la que los aristócratas de la mayoría de las ciudades griegas ya habían destronado a sus tiranos.

Lo que vino después, sin embargo, fue una clara demanda de justicia por parte del pueblo. Se cuenta que en 494 a.C. tal vez en el curso de una leva militar, una parte de la población humilde (la plebe) se retiró a una colina de las afueras de Roma e «hizo secesión» de sus superiores en un momento en que su ayuda como soldados resultaba imprescindible. Una de sus preocupaciones era protegerse frente a los abusos y la opresión física de los poderosos, el mismo tipo de abusos a los que Solón había puesto fin en el Ática cien años antes. Así pues, la defensa de esos intereses fue asignada a un nuevo tipo de magistrados, los llamados «tribunos de la plebe». En adelante, a la menor «petición de ayuda» por parte de un individuo, estos funcionarios inviolables podían interponerse físicamente entre el ciudadano agraviado y su opresor. La tradición posterior aseguraba que por aquel entonces se hizo más onerosa la carga de las deudas y los cánones que había que pagar, pues a continuación surgió la exigencia de nuevos repartos de tierras. En términos generales, esas exigencias también les habrían resultado familiares a los observadores griegos. En la década de 450 la recopilación y la publicación de las leyes vinieron a responder a una nueva demanda de justicia tanto por parte de la clase dirigente de Roma como por parte de las clases inferiores. En Atenas, en la década de 620, la publicación de las primeras leyes escritas de la ciudad se debió a una presión social parecida.

En la Roma arcaica, por lo tanto, podemos detectar ciertos aspectos de la dinámica que precipitó también los

cambios que se produjeron en muchos lugares de la Grecia arcaica. Por supuesto, los romanos hablaban su propia lengua «bárbara», el latín, adoraban a sus propios dioses, y siguieron su camino sin la guía de los griegos. Si realmente visitaron Atenas para estudiar su legislación, los atenienses desde luego no dejaron constancia de ello. Roma no era de su interés. Lo que nos interesa a nosotros, sin embargo, es la Atenas que esos romanos supuestamente visitaron.

Segunda parte  
EL MUNDO GRIEGO CLÁSICO

Entre los griegos, era habitual que hubiera individuos decididos a sobresalir entre los demás, y el concepto de poder personal adquirió una gran importancia; según las circunstancias, entre esos individuos había desde los más fieles servidores de la *polis* a los que cometían los mayores delitos contra ella. Esa misma *polis*, con su desconfianza y sus estrictas ideas de igualdad por un lado, y sus grandes expectativas de integridad (*arete*) por parte del individuo por otro, indujo a algunos hombres de talento a seguir esa vía, que podía llevarlos a desarrollar una ambición temeraria y posiblemente a la megalomanía. Incluso Esparta, que intentó mantener a los individuos potencialmente de mayor talento dentro de los rigurosos límites de su utilidad para el Estado, lo único que consiguió fue generar una raza de hipócritas despiadados; ya en el siglo VI encontramos al terrible Cleómenes, y luego en el V a Pausanias y por fin a Lisandro. Podemos discutir si esa evolución resultó beneficiosa o no para las *poleis*, y si en cualquier caso fue evitable o no; pero en definitiva, el mundo griego da la impresión de haber poseído una inmensa riqueza de genio para bien y para mal.

JACOB BURCKHARDT, *Historia de la cultura griega* (1898, según la traducción inglesa de Sheila Stern, 1988)

«La vigilancia eterna es el precio de la libertad». Es indudable, pero, como todas las verdades de Perogrullo, ésta también nos proporciona muy poca utilidad práctica. ¿Vigilancia frente a quién? Una respuesta sería hacer depender la propia defensa de la apatía pública, del político entendido como héroe. He intentado defender la tesis de que ésta es una manera de preservar la libertad a través de su castración, que hay más esperanzas en la vuelta al concepto clásico del gobierno como esfuerzo continuado de educación de las masas. Seguirá habiendo errores, tragedias, o juicios por impiedad, pero también podrá producirse una vuelta de la alienación generalizada a un verdadero sentido de comunidad. La condena de Sócrates no es toda la historia de la libertad en Atenas.

M. I. FINLEY, *Democracy Ancient and Modern* (1973), 102-103

# Capítulo 11

## CONQUISTA E IMPERIO

«No me sublevaré contra el pueblo de los atenienses ni con engaños ni con traición de ningún tipo, ni de palabra ni de obra. Ni me uniré a nadie en la rebelión y si alguien se subleva, lo denunciaré a los atenienses. Pagaré a los atenienses el tributo que logre convencerles [que me corresponde] y como aliado seré tan bueno y tan fiel como me sea posible. Ayudaré al pueblo de los atenienses y lo defenderé si alguien hace algo en contra del pueblo de los atenienses, y obedeceré al pueblo de los atenienses». Este juramento deberá tomarse a todos los calcidios adultos, sin excepción. Quien no preste este juramento, perderá sus derechos de ciudadanía y sus bienes serán confiscados.

Tratado entre los atenienses y Calcis, 446-445 a.C.

Para Megacles, hijo de Hipócrates, y para su caballo también...

Inscripción sobre un fragmento de vasija, con voto en contra del noble ateniense Megacles (Cerámico, Óstrakon 3015, publicado en 1994)

Megacles, hijo de Hipócrates

Con el dibujo de un zorro corriendo. Otro fragmento de vasija del mismo estilo. El zorro (*alopex*) es una alusión del votante al demo de Alopece, al que pertenecía Megacles, y a la doblez «de espesa cola» de éste, ya que el zorro se asociaba con la traición y la simpatía por los persas. Por consiguiente, Megacles debía salir corriendo de la ciudad...

(Cerámico, Óstrakon 3.815)

Las victorias de los griegos sobre los bárbaros persas y cartagineses tuvieron que ver a todas luces con los tres grandes temas de nuestro libro. Tanto cartagineses como persas poseían mucha más riqueza que los griegos de cualquier ciudad-estado y su nivel de «lujo» era igualmente superior. Se propusieron acabar con la libertad política de

los helenos y, si se hubieran alzado con la victoria, habrían sustituido la justicia de éstos por la suya. Pero el lujo no fue el principal motivo de su fracaso. Más bien fue la libertad el valor fundamental que se escondía tras las victorias de los griegos, y fue la falta de libertad como fuerza impulsora el motivo fundamental del fracaso del ejército persa y de las tropas mercenarias cartaginesas. También fueron importantes las innovaciones militares introducidas por los griegos, los hoplitas provistos de armaduras metálicas, especialmente los espartanos, y las naves atenienses recién construidas. Pero todo esto tuvo también que ver con una serie de valores subyacentes. En 650 a.C. la introducción de los hoplitas tuvo que ver con la exigencia de justicia que luego se encargarían de atender tiranos y legisladores. La fuente suprema de hoplitas sería el sistema espartano y éste también abordaría el problema de los excesos causados por el lujo y la necesidad de permanecer «libres» de la tiranía.

Un tema distinto, que se repetiría con la posterior ascensión de Macedonia, fue el oportuno descubrimiento de una importante fuente de metales preciosos: la plata del Ática. En Sicilia no existía ninguna fuente local de plata, pero la victoria de los sicilianos no se debió a la construcción de una nueva flota. La de los atenienses sí, y para ello la plata fue fundamental: los nuevos suministros de este precioso metal, recién extraído de las minas o adquirido por medio de la conquista, eran muy importantes para las relaciones de poder entre los estados antiguos. Enriquecían a los estados, mucho más que el aumento de la actividad manufacturera o que el desarrollo generado por la exportación. Pero los filones de plata debían ser explotados y para ello el suministro de esclavos de los atenienses era

crucial, pues la mano de obra esclava permitía la rápida extracción del metal. Por otra parte, las naves, una vez construidas, necesitaban remeros comprometidos y en este sentido la peculiar estructura de clases de los atenienses también tendría mucha importancia. Todos los ciudadanos, incluidos los de clase humilde, estaban dispuestos a participar y luchar por la libertad democrática que habían adquirido recientemente. Al carecer de democracia, los espartanos no habrían podido movilizar nunca una cantidad tan grande de ciudadanos. En cambio, diversas comunidades griegas gobernadas por aristocracias u oligarquías de base más o menos amplia se pusieron traicioneramente del lado de los persas. Hubo algunas excepciones, entre otras los corintios, pero uno de los motivos de que los griegos «medizaran» fue que los nobles persas les parecían a muchos más convenientes que el peligro de instauración de una democracia hostil en sus ciudades.

Así pues, los condicionamientos de clase desempeñaron un papel destacado en las victorias de los griegos, lo mismo que la inesperada afluencia de riqueza (la plata) y una racha constante de buena suerte (las condiciones meteorológicas en el mar). Por supuesto también tuvieron que ver los valores de los griegos y las ambiciones civiles derivadas de ellos. Pues las victorias de los helenos sobre los invasores bárbaros tuvieron unas consecuencias muy distintas en el este y en el oeste. En Occidente, la derrota de los cartagineses hizo que éstos se quedaran sólo con la esfera de «dominio» (*epikrateia*) que tenían en la parte occidental de Sicilia. Los griegos de la isla no hicieron ningún intento de vengarse de la propia Cartago en el norte de África. En Oriente, en cambio, los griegos se lanzaron a la ofensiva.

Los integrantes de la Liga Helénica habían prestado juramento de formar una alianza en los siniestros días del avance de los persas, alianza que se amplió para emprender unas «guerras helénicas», secuela de las «guerras médicas».

El objetivo declarado era castigar a los persas por los sacrilegios cometidos en Grecia (el incendio de templos, especialmente en Atenas) y liberar a los griegos de Oriente que se encontraban aún bajo su dominio. Al principio, cualquiera habría supuesto que los persas regresarían al poco tiempo con la intención de vengarse. Fue precisa otra victoria griega en 469 a.C. en la desembocadura del río Eurimedonte, al sur de Asia Menor (en el actual golfo de Antalya) para disuadir a una gran flota oriental que pretendía reconquistar el mar para el rey de Persia. La liberación de los griegos orientales fue por lo demás bastante desigual. Algunas ciudades-estado griegas de Asia Menor seguían en manos del rey de Persia incluso a mediados de la década de 460. La liberación, sin embargo, siempre que se producía, suponía un gran cambio: muchos griegos orientales fueron liberados del dominio de tiranos y sátrapas a cambio de una modesta contribución anual al tesoro de los aliados griegos. Se produjeron asimismo reiterados intentos de liberar Chipre, que los reyezuelos griegos locales vieron con buenos ojos, pero los fenicios siguieron encastillados en la «Ciudad Nueva» de Citio, en la costa sudoccidental de la isla. Esos intentos dieron comienzo heroicamente en 478, pero en el curso de otro posterior, en 459 a.C. las fuerzas aliadas griegas fueron distraídas por una solicitud de ayuda proveniente de un príncipe rebelde del vecino Egipto. Si hubieran podido desgajar Egipto del Imperio Persa, habrían conseguido un logro espectacular, sobre todo de cara al

suministro de grano y a la economía de los griegos de la madre patria. A la hora de la verdad, la gran expedición griega a Egipto fracasó estrepitosamente después de una campaña de cinco años de duración. En 450 fracasó también un nuevo intento de liberar Chipre y la isla fue cedida finalmente al rey de Persia a cambio de un pacto en virtud del cual las naves persas no podrían volver a entrar en el Egeo y las ciudades griegas de Asia Menor dejarían de pagar tributo y de estar dominadas por los persas. Esta «paz» fue breve, pero en cualquier caso supuso un gran logro. Las ciudades griegas de Oriente pagaban ahora un tributo anual a los atenienses en vez de al rey de Persia, pero estaban libres, al menos en teoría, de la intervención política de los bárbaros.

En el Occidente griego, el triunfo obtenido sobre las tropas cartaginesas en 480 vino seguido de una década de esplendor, no para la democracia, sino para los tiranos de Sicilia. Las grandes familias de tiranos estaban emparentadas entre sí debido a las alianzas matrimoniales, de modo que las principales tensiones políticas fueron las que se desencadenaron entre los integrantes de dichas familias: podemos ver una prueba de esas diferencias incluso en la obra de arte en honor de uno de esos tiranos más famosa que se conserva, el Auriga de Delfos. Curiosamente, en la inscripción dedicatoria el nombre de un hermano fue cambiado y sustituido por el de otro. En la madre patria, sin embargo, los años de castigo contra Persia coincidieron con una opción política muy concreta, a saber, la continuación de la división entre dos estilos distintos de vida griega: la rigurosa oligarquía del grupo militar de los iguales de Esparta y la democracia cada vez más segura de sí misma de

los atenienses. Sin demasiada contundencia, los espartanos calificaban a los gobiernos favorecidos por ellos en otras ciudades de «iso-cracias» (gobierno de iguales), en contraposición con el orgullo de los atenienses y su sistema de gobierno totalmente diferente, la democracia.<sup>[103]</sup> Con el fin de apaciguar a sus aliados, desde *ca.* 506 a.C. los reyes de Esparta se habían visto obligados a aceptar la discusión previa de todas las guerras que creyeran conveniente emprender en un sínodo conjunto.

Ante la presencia de los persas en Grecia, sin embargo, las dos potencias habían dejado a un lado sus diferencias. De 478 a 462 los atenienses dirigieron la Liga Helénica por mar, y los espartanos por tierra, pues éstos carecían de una flota debidamente adiestrada y de moneda con que pagarla. No podían tampoco arriesgarse a utilizar como remeros y combatientes a sus siervos, los ilotas. Se encontraron con graves problemas en numerosos frentes. Sus reyes fueron procesados en Esparta debido a sus fracasos militares o por las quejas que suscitaba su política. Incluso el joven regente, Pausanias, héroe de las guerras médicas, fue destituido y procesado. Entre los griegos meridionales que se encontraban en la órbita de Esparta, la oposición de los arcadios, a las puertas mismas de Laconia, siguió viva en todo momento; la democracia empezó a infectar a importantes aliados del Peloponeso; y en 465 estalló una gran sublevación de la población servil, los ilotas. Los espartanos no serían los únicos que tuvieran problemas. En Occidente, a finales de la década de 460 las ciudades helénicas también tuvieron que hacer frente a una importante guerra contra los sículos, pueblo no griego que vivía en su vecindad, al pie del Etna. El conflicto se

prolongó hasta 440 y creó un héroe sículo, el caudillo Ducetio, que fundó una colonia permanente, Kale Akte («Costa Bella»). Pero a diferencia de los sículos, los ilotas de Esparta eran griegos oprimidos, y por eso la prolongada guerra de los espartanos contra sus siervos fue el más peligroso de estos dos conflictos. Al cabo de tres años, en virtud de los pactos de la Liga Helénica, los espartanos pidieron ayuda a los atenienses, considerando útiles las virtudes de Cimón, uno de sus generales, en la guerra de asedio. Aquella petición supuso un importante punto de inflexión. Al cabo de poco tiempo de su estancia en Esparta, los soldados atenienses se dieron cuenta de una realidad muy embarazosa: que los espartanos, supuestamente libertadores, como ellos, de Grecia, estaban reprimiendo a otros griegos, sus vecinos los mesenios. Muchos no se habían dado cuenta de esta realidad en lo concerniente a los «ilotas». Los espartanos despidieron entonces a los atenienses que habían venido en su auxilio, temerosos de su audacia y de su capacidad de provocar una revolución. Este gravísimo desaire supuso la ruptura de la Liga Helénica y no tardó en desencadenar en Grecia la guerra entre «los atenienses y sus aliados», que fue en lo que se convirtió la antigua Liga, y «los espartanos y sus aliados», lo que llamamos actualmente la «Liga del Peloponeso». A su vuelta, los atenienses condenaron al ostracismo a Cimón por pro espartano, adoptaron una serie de reformas que fortalecieron los principios democráticos de su constitución, y aceptaron la alianza de unos antiguos aliados de Esparta, los megarenses, y de un enemigo tradicional (Argos) de esta misma ciudad. Durante casi catorce años persistiría la guerra entre los atenienses y, en particular, unos aliados de Esparta, los corintios, que tenían un gobierno oligárquico.

Los espartanos vivieron unos años verdaderamente angustiosos mientras duró la sublevación de los ilotas en su tierra. Rara vez pudieron acudir en auxilio de sus aliados, ni siquiera cuando éstos atravesaron momentos de verdadero apuro. Abrigaban además el temor de que los atenienses influyeran y controlaran el santuario de Delfos y manipularan una vez a la sacerdotisa de Apolo para que pronunciara oráculos a su favor. Al final, los espartanos pudieron contraatacar en Grecia central y en 446 se firmó un tratado de paz de treinta años de duración entre atenienses y espartanos y sus respectivos aliados. Pero desafortunadamente una parte de la opinión pública de Esparta seguía insatisfecha, y el joven rey y un consejero responsables de la firma del acuerdo tuvieron que partir para el exilio.

En Atenas, en cambio, aquellas décadas fueron testigo de un nuevo dinamismo. Las artes de la pintura, el dibujo y la escultura habían empezado a cambiar en Atenas ya antes de la invasión de los persas y el saqueo de la ciudad en 480 a.C. El paso a un estilo clásico severo no se vio interrumpido por aquel terrible trastorno, y durante los años victoriosos de posguerra sus cultivadores recibieron, para mayor satisfacción suya, nuevos encargos importantes. Del mismo modo, también antes de 480 habían sido representadas algunas tragedias, pero es de las décadas siguientes de las que datan los primeros dramas completos que conocemos, las obras maestras de Esquilo (los *Persas* fue estrenada en 472). Políticamente, los años que siguieron a la gran victoria de Maratón en 490 pusieron también de manifiesto una nueva polarización. Durante la década de 480 el pueblo empezó a utilizar contra ciertos nobles destacados el

mecanismo inventado por Clístenes, el ostracismo. En muchos de los cascotes de vasija conservados, se acusaba a los candidatos de «medizar», esto es, de favorecer a los persas, actitud que los acontecimientos de 490 habían convertido en un delito inequívoco. En 487, el acceso a la máxima magistratura anual, el arcontado, fue ampliado (entre otras obligaciones, los arcontes presidían los procesos de ostracismo y el trascendental recuento de los «votos»). En 486 las comedias pasaron a formar parte de los festivales dramáticos: con el tiempo se burlarían de numerosos políticos y personajes particulares, signo (lo mismo que los *ostraka* personalizados) de una libertad democrática cada vez mayor.

Detrás de ese fermento político se escondían verdaderas diferencias de planteamientos y de opciones que iban en contra de los miembros de las clases altas de Atenas. Los ostracismos son un síntoma del cambio producido en la cultura política. Por un lado estaban los que simplemente «se encontraban viviendo en una democracia», hombres de noble cuna que valoraban las proezas atléticas y la pericia en el terreno militar, que apreciaban la palestra panhelénica de los Juegos Olímpicos, que hablaban como si tal cosa de «todos los griegos juntos» con sus amigos nobles de otras ciudades, y que veían en monumentos y artistas una fuente de gloria personal, mientras pensaban que las cosas todavía podían arreglarse políticamente en virtud de su propio prestigio ante un público respetuoso. En la Atenas de la década de 470 el paladín de este tipo de hombres fue Cimón, el hijo del gran Milcíades, el general que más hizo para que los atenienses vencieran en Maratón. El mundo de Cimón era el viejo mundo de gloria panhelénica que

cometía el error de no preocuparse por la mayoría de los griegos, ante los cuales brillaba. Es el mundo que encontramos representado en su máximo esplendor en los epinicios del poeta Píndaro, que a menudo compuso sus odas para personajes de la clase a la que pertenecía Cimón. «Pero esto me duele», decía Píndaro en el poema que dedicó al noble aristócrata ateniense Megacles, «que la envidia sea la recompensa de las cosas hermosas»<sup>[104]</sup>. La cuadriga de Megacles había vencido en los juegos de Delfos, pero el pueblo de Atenas lo había condenado al ostracismo y había decretado su destierro por diez años.

Por otra parte, eran los hombres de noble cuna los que habían visto, desde los tiempos de Clístenes, que la oleada popular iba a dar lugar irremisiblemente a una nueva era democrática. La influencia política no podía amañarla uno solo con la ayuda de unos cuantos amigos y correligionarios o mediante una serie de juiciosos matrimonios entre miembros de la clase alta: debía uno ganársela y rendir cuentas públicamente de ella ante una audiencia de iguales. Era preciso poner coto a los espartanos, hostiles a la libertad de sus ilotas, tan griegos como ellos, y no se les podía tener confianza. La nebulosa retórica «panhelénica» suponía un pobre apoyo a la libertad democrática de Atenas. Temístocles, el gran vencedor de Salamina, quizá fuera el que se dio cuenta con más rapidez del modo en que podía evolucionar el futuro, entre otras cosas porque en el curso de una «gira triunfal» en 479 a.C. llegó a visitar Esparta: los espartanos le regalaron el «carro más hermoso» y le dieron escolta durante el viaje de vuelta, pero mientras se dirigía hacia el norte en el «coche» de la victoria indudablemente debieron de acumularse en su cabeza pensamientos muy

lúgubres.<sup>[105]</sup> Condenado al ostracismo a finales de la década de 470, se trasladó de nuevo al sur cruzando el Istmo y contribuyó a provocar la disidencia política entre algunos aliados de los espartanos: más tarde, en *ca.* 466-465 se vio obligado a huir de Grecia refugiándose finalmente en Asia Menor por cortesía de su antiguo enemigo, el Gran Rey de Persia.

En Atenas, el testigo pasó a manos de otros individuos deseosos de desafiar la supremacía de la vieja guardia, de acabar con el venerable consejo del Areópago, de someter al gobierno a rendición de cuentas y de ponerlo plenamente al alcance del pueblo. En 463-462, cuando Cimón regresó humillado tras haber rechazado los espartanos su ayuda contra los ilotas, la asamblea ateniense dio su beneplácito a la concesión de nuevas libertades democráticas. Se aprobaron cambios muy significativos en los procedimientos judiciales. En adelante, cuando abandonarían su cargo, los magistrados podrían ser vetados por el gran consejo del pueblo, no por el amable consejo del Areópago, la mayoría de cuyos miembros se habrían mostrado condescendientes con ellos por pertenecer a su clase. Los magistrados dejarían de tener un poder de decisión fundamental en los procesos judiciales de Atenas. En adelante, tras una vista preliminar, deberían trasladar la causa a alguno de los numerosos tribunales populares, integrados por varios centenares de individuos elegidos anualmente entre 6.000 ciudadanos atenienses. Aquella fue una victoria sin precedentes de la justicia popular impersonal. A partir de entonces, ser un ateniense activo equivaldría a estar dispuesto a formar parte de un jurado, a asistir a las sesiones, a escuchar los alegatos y a veces a abuchear a los que los hacían, mientras los

oradores, esto es, los propios interesados, dirimían sus pleitos, unos de carácter civil y otros de carácter criminal, durante horas y horas. Los «abogados» estaban totalmente fuera de lugar.

Esos cambios hacia un tipo de gobierno y de justicia cada vez más popular resultaban muy desagradables para la minoría anticuada de los habitantes del Ática. En 458-457, mientras un ejército espartano se hallaba en las proximidades, un pequeño grupo de atenienses desafectos intentaron incluso traicionar a su ciudad y entregarla a los enemigos. La primavera de 458 fue precisamente el momento en que se estrenó la única gran trilogía de tragedias que se nos ha conservado, la *Orestíada* de Esquilo. En la última obra de la serie, el poeta incluye un comentario implícito acerca de la reciente limitación de los poderes del Areópago, aprobándola (en mi opinión), pero dando a entender al mismo tiempo que «ya estaba bien». Significativamente, teniendo en cuenta que era el año 458, Esquilo incluye además un llamamiento pidiendo que la discordia civil se mantenga alejada de los atenienses.

Aunque la Liga Helénica se había propuesto liberar a los griegos orientales, el imperio ateniense se benefició enormemente durante la generación correspondiente a los años *ca.* 490-*ca.* 440. En 479 fueron construidos a toda prisa unos fuertes muros defensivos con el fin de proteger la ciudad y conectarla con el mar. Los espartanos, tan poco eficientes en la guerra de asedio, no tardarían en lamentar su existencia. Posteriormente, las campañas «panhelénicas» contra los bárbaros continuarían conquistando puntos del mapa de capital importancia para los intereses económicos de Atenas, sobre todo con vistas al suministro de grano

importado por vía marítima desde Egipto y en particular de Crimea, en la ribera norte del mar Negro. Al principio los aliados (y en mi opinión también los atenienses) pagaban un tributo Tesoro común, pero desde mediados de la década de 450 el Tesoro fue trasladado a Atenas por motivos de «seguridad». Lo que había sido el pago colectivo de un esfuerzo bélico se convirtió en un tributo pagado únicamente por los aliados: siguió vigente incluso tras la firma de la frágil «paz» acordada con el rey de Persia en 450-449. Desde el primer momento, la defección de los aliados griegos había estado prohibida por considerarse contraria a los juramentos prestados por los miembros de la Liga Helénica. No obstante, empezaron a producirse algunas y a partir de la década de 440 las medidas de represión tomadas por los atenienses fueron vistas cada vez más como actos de «sometimiento» o incluso de «esclavitud». Utilizando una vívida metáfora, se decía que los aliados de los atenienses en la guerra de liberación se habían convertido en «esclavos» del poderío de Atenas. Al principio, los delegados de la Liga se reunían y votaban en asambleas conjuntas; pero en la década de 440, como muy tarde, dejaron de celebrarse dichas asambleas.

Los máximos beneficiarios del poderío creciente de Atenas fueron los propios atenienses. Por muchos motivos, fue posible una mayor opulencia en el estilo de vida propio de su ciudad. Uno muy importante fue la captura de un tesoro de los persas en 480-479. Importantes trofeos orientales empezaron a entrar en el tesoro ateniense, entre ellos el trono portátil de Jerjes. A pesar de los comentarios despectivos acerca de la «molicie» y el excesivo esplendor de los persas, los atenienses ricos reaccionaron favorablemente

ante los estilos de ropas y las joyas, los delicados tejidos y las armaduras preciosas que pudieron contemplar entre el botín arrebatado a los invasores persas. Los zapatos blandos y cómodos pasaron incluso a llamarse en Atenas zapatillas «persas». Los máximos beneficiados fueron los caballos griegos. Los invasores habían introducido en Grecia la rica «hierba meda» o alfalfa, que llegó, según se dice, con el ejército de Darío en 490.<sup>[106]</sup> puede que las semillas llegaran con el forraje de la caballería. Esta excelente «hierba azul» procedente de las cuadras de Media se convirtió en un cultivo habitual destinado a la alimentación de los caballos en el rico suelo griego.

Otra nueva fuente de artículos de lujo fueron las importaciones por vía marítima, que contaban ahora con al ayuda del poderío naval cada vez mayor de Atenas en el extranjero. No es que los atenienses se hicieran con el control directo de las fuentes de aprovisionamiento en ultramar, como si fueran colonias «imperiales»: era más bien que el incremento de la población urbana de Atenas y la importancia de la ciudad se convirtieron en un imán inevitable para los mercaderes dedicados a exportar los mejores productos. De Cartago llegaban alfombras y almohadones; del Helesponto pescado, y de Rodas higos de calidad excelente; llegaban para su venta todo tipo de productos de lujo, y entre otras muchas cosas grandes cantidades de esclavos para su utilización en las minas de plata del Ática, en las casas de los ciudadanos particulares, e incluso en pequeñas explotaciones agrícolas. Por aquel entonces las casas de los atenienses ricos eran magníficas y estaban espléndidamente decoradas. Por desgracia no se conserva ninguna, pero podemos hacernos una idea de las

pinturas existentes en su interior por las escenas representadas en la cerámica pintada. En público, las diferencias exageradas en el vestir tal vez fueran moderadas, al menos las diferencias entre la indumentaria de las clases altas y la de las más humildes. Pero a partir de *ca.* 460 desapareció el rechazo de la vida elegante por parte de las clases altas en una época de democracia cada vez mayor.<sup>[107]</sup>

En Siracusa, la introducción y el abuso de cierta modalidad de «ostracismo» en la década de 450 fue la causa, según se dice, de que los dignatarios de clase alta se retiraran a una vida privada llena de lujos. En Atenas no ocurrió nada parecido. Incluso antes de que comenzara la democracia en 508 a.C. los ciudadanos ricos ya habían tenido la obligación de costear determinados servicios onerosos o «liturgias» (*leitourgiai*), con las que se sufragaba una parte de las fuerzas navales del Estado, los espectáculos de las fiestas y la preparación de los coros de las obras dramáticas. Buena parte del esplendor cultural de Atenas dependería de esas contribuciones «voluntarias». A medida que fue desarrollándose la vida cultural de los atenienses durante la democracia, el prestigio y el honor alcanzados mediante el desempeño de una liturgia serían cada vez mayores. Los ricos, pues, sentirían un profundo orgullo cívico por la preeminencia cada vez mayor de su ciudad, independientemente de lo que pudieran pensar acerca de su constitución: la presión de sus iguales los induciría a hacer generosas donaciones para las liturgias y a no poner en evidencia a su familia ni en peligro su fama dando un espectáculo pobre. Cualquiera que intentara escaquearse y no realizar la liturgia que le tocara sería mirado con malos ojos por los miembros de su propia clase. En esas muestras

de ostentación de carácter cultural, los ricos disfrutaban de la gloria a la que el «gobierno de la chusma» había puesto fin en la asamblea política. Incluso los atenienses condenados al ostracismo seguían deseosos de regresar a su patria y de tener una nueva oportunidad de brillar en la ciudad-estado por la que fundamentalmente sentían un gran amor.

En la década de 440 se habían firmado alianzas entre los atenienses y más de doscientas comunidades griegas, constituyéndose así el «imperio» más poderoso de la historia de Grecia que se conoce. En los textos de la época oímos hablar sobre todo de la «esclavización» de los miembros de la Liga por parte de Atenas y de la arrogancia de ésta, aunque se asegura también que garantizaba más libertad y justicia para los griegos de la que pudiera llegar a suprimir. La mayor parte de los Estados que integraban el imperio vieron cómo se desarrollaban en su seno conflictos internos entre los partidarios del gobierno democrático y los que preferían un régimen oligárquico. Los atenienses nunca intervinieron sin ser llamados para imponer o exportar su democracia a un Estado aliado estable. Antes bien, tanto ellos como los partidarios de la democracia existentes en las ciudades aliadas-súbditas sabían que el poder de Atenas era el apoyo más sólido que tenía el pueblo para establecer un régimen popular. El tributo pagado a Atenas era bajo y negociable y, en un Estado democrático aliado es muy probable que incluso los ricos votaran a favor de éste en la mayor parte de los casos. Incluso tras la firma de la frágil paz de 449 a.C. la amenaza que suponían Persia y los sátrapas de Asia Menor distaba mucho de haberse disipado. Mientras tanto, los barcos atenienses impedían el desarrollo de la piratería en el mar y aseguraban una defensa contra los persas en caso de

crisis, y todo por un tributo anual relativamente bajo. Los partidarios de Atenas en las ciudades aliadas se hallaban protegidos por un derecho de apelación judicial ante cualquier condena importante que se les impusiera en su patria; podían exigir la celebración de un juicio en Atenas, y al mismo tiempo los atenienses podían trasladar cualquier pleito que los afectara a ellos o a sus aliados a sus propios tribunales de justicia. Los tribunales atenienses no siempre se ponían de parte de los litigantes de su propia nacionalidad: comparados con el sistema de justicia de una pequeña ciudad aliada, los grandes jurados populares de Atenas eran incorruptibles y su experiencia era cada vez mayor.

A través de ese «imperio», el poder, las finanzas y el esplendor público de Atenas sufrieron una transformación completa: las reservas de tributo fueron acumulándose en la ciudad y gracias a ellas el pueblo pudo aprobar la reconstrucción de los templos en ruinas de la Acrópolis con el máximo esplendor. A partir de 449, la erección de un Partenón completamente nuevo vino seguida de la edificación de una imponente puerta de entrada a la Acrópolis, de la construcción de más templos y de la fabricación de algunas estatuas asombrosamente grandes y lujosas de la diosa Atenea: todas estas obras hicieron de la colina una de las maravillas artísticas del mundo. Son todos ellos monumentos definitorios del «arte clásico» y aunque fueron construidos con el tributo de los aliados, seguramente serían los visitantes procedentes de los estados de la Liga los que quedarán más maravillados con lo que había llegado a hacerse con una pequeña parte del dinero que habían pagado. Como en la actualidad, habría también algunos que

protestaran y se mostraran pesimistas, pero en la Antigüedad ni siquiera éstos podrían olvidar que la alternativa que tenían los estados miembros de la alianza de Atenas era sufrir probablemente la venganza de los persas o un golpe de Estado brutal por parte de los sectores oligárquicos de sus ciudades. La mayor parte de las veces el peor enemigo de un aliado era otro aliado, un oligarca de la propia ciudad o una *polis* vecina que sentía por ella un odio inveterado. En casi todas partes la mejor alternativa que tenían a su alcance era, en opinión de muchos, la obediencia a Atenas. Tampoco los atenienses se hacían demasiadas ilusiones. También ellos podían sacar provecho a título individual, por ejemplo adquiriendo tierras en los estados aliados, intrusión que más tarde sería causa de un resentimiento generalizado (aunque no siempre justificado). Los principales políticos atenienses sostendrían abiertamente la tesis de que su imperio era «como una tiranía».<sup>[108]</sup> Y en efecto, en cierto modo lo era, pues tendía a eliminar a los personajes más destacados de las ciudades aliadas y a favorecer el gobierno del pueblo. Pero esa «tiranía» ofrecía también juicios justos a sus amigos, libertad respecto a Persia y libertad también frente a las asechanzas de los grupos oligárquicos que tenían el dinero y la habilidad suficiente para suprimir los derechos políticos y la libertad de sus conciudadanos.

# Capítulo 12

## UN MUNDO CULTURAL GRIEGO EN PROCESO DE CAMBIO

Asimismo, los verás [a los atenienses] manteniendo la democracia en eso mismo que sorprende a algunos, que otorga, en toda ocasión, más poder a los de baja condición, a los pobres y a los partidarios del pueblo que a las personas importantes. Pues, lógicamente, si se favorece a los pobres, a los partidarios del pueblo y a las personas más débiles, como son muchos los favorecidos de esa forma, engrandecen la democracia. Mas si se favorece a los ricos y a las personas importantes, los partidarios fomentan una fuerte oposición contra ellos mismos. En todo el mundo la clase privilegiada es contraria a la democracia...

«El Viejo Oligarca», 1.4 (probablemente en 425 a.C.)

Los años comprendidos entre 460 y 420 son cruciales en la historia cultural de la antigua Grecia. La tragedia floreció en el teatro de Atenas, como podemos apreciar en las obras de los tres grandes poetas trágicos que se nos han conservado (Esquilo, Sófocles y Eurípides). La comedia ateniense siguió el mismo camino, combinando la música y la danza con chistes de carácter político. El arte ateniense de este período constituye el máximo exponente del «arte clásico». En la escultura y en la cerámica pintada la forma humana adquiere un realismo idealizado; las proporciones son más equilibradas, las posturas más seguras. El arte de esta época no es estático, pero sus mejores ejemplos muestran un naturalismo contemplativo que en la antigüedad sólo se dio en la cultura griega, y cuando apareció en otros lugares fue debido a ella. El «arte clásico»

no es siempre «severo» o «austero», calificativos que sólo resultan apropiados para un sector del arte de la época «clásica» y que en general se aplican porque las esculturas que han llegado a nuestras manos han perdido los colores que las decoraban.

A partir de las guerras médicas se produjo además un notable progreso intelectual en un mundo griego libre de invasores bárbaros. No se dio predominantemente en Atenas, ni fue fruto de pensadores de esta ciudad. En el occidente griego el «camino hacia la verdad» de la filosofía, con implicaciones para el lenguaje y la realidad, fue explorado por Parménides en un poema lleno de oscuras, aunque profundas, imágenes. El autor planteaba problemas escépticos acerca de la realidad, abordados después por dos pensadores, Demócrito y Leucipo, que postulaban la existencia de partículas indivisibles («átomos», origen del término actual); sostenían incluso que esos átomos se movían en espacios vacíos y que a través de la colisión se unían para formar objetos más grandes. En un ámbito más terrenal, los síntomas y la evolución de las enfermedades aparecen descritos con meticulosa observación en un libro de medicina titulado *Epidemias*, escrito entre 475 y 466 a.C. aproximadamente.<sup>[109]</sup> La obra en cuestión contiene una descripción exacta de las paperas, incluidas las consecuencias, de todas conocidas, que tienen sobre los varones jóvenes, como pudo apreciarse en la isla de Tasos (las mujeres se infectaban con menos facilidad, circunstancia que dice mucho sobre la falta de contacto directo entre los dos sexos ya desde edad temprana). Las matemáticas también encontraron a su primer exponente teórico, Hipócrates de Quíos. En Atenas el proyecto arquitectónico

del templo del Partenón combinaba unas proporciones exactas entre las partes y el todo con una serie de ligeros ajustes para obtener efectos visuales de regularidad. En la década de 440, varios pensadores anónimos, tal vez los primeros en Grecia oriental, inventaron la teoría política y se adentraron en las vías abstractas que ésta abría. Pero lo que fue más importante, empezó una nueva forma de composición en prosa, la «investigación» (*historiè*) del pasado, lo que hoy día llamamos historia.

A diferencia de los escritores acerca del pasado de las sociedades del Oriente Próximo (incluidos los autores de las Sagradas Escrituras hebreas), el primer representante de la «historia» que se nos ha conservado, Heródoto, escribe descaradamente en primera persona, sopesando las evidencias y expresando sus propias opiniones. Heródoto nació a comienzos del siglo V a.C. y llevó a cabo su gran investigación acerca de los conflictos que enfrentaron a griegos y persas al menos hasta los primeros años de la década de 420 a.C. Su ciudad natal no fue Atenas, sino Halicarnaso, en el suroeste de Asia Menor, donde coexistían la cultura griega y la no griega bajo el dominio vacilante del imperio persa. Era de noble cuna, y en su familia ya había precedentes literarios. Se le atribuyen diversos actos políticos contra un tirano de su patria que provocaron su exilio en el extranjero. Al final se estableció en Turios, en el sur de Italia, una ciudad cuya fundación a finales de la década de 440 fue planificada por los atenienses en el antiguo emplazamiento de la lujosa Síbaris. En el mundo griego, los historiadores solían acabar en el destierro, apartados del ejercicio cotidiano de la política y del poder que resultaba mucho más interesante que escribir un libro.

Heródoto se propuso contar y celebrar los grandes acontecimientos de las guerras médicas. La empresa lo llevó a realizar largas digresiones, tanto literarias como personales. Realizó grandes viajes para llevar a cabo su «investigación» y descubrir la verdad en la medida de lo posible. Visitó Libia, Egipto, el norte y el sur de Grecia e incluso Babilonia. No conocía ninguna lengua extranjera y, por supuesto, carecía de convenientes manuales de referencia provistos de fechas que situaran en tablas comparativas los acontecimientos ocurridos en los distintos países. En el curso de sus viajes observó un gran número de diversos objetos y monumentos con inscripciones, pero no siempre describió correctamente todos sus detalles y tampoco se puso a investigar los documentos conservados en los distintos lugares. Sin embargo, dispuso de varias fuentes escritas, incluida una que tomó por una «lista» del ejército de la gran invasión de Jerjes de 480 a.C. La mayoría de sus testimonios fueron orales, esto es, lo que las gentes de los distintos lugares le contaban cuando él les preguntaba. Con todo ello compuso un relato, aunque él no fuera un simple narrador como los demás. De vez en cuando utiliza fuentes escritas, sobre todo la obra (actualmente perdida) de su gran predecesor, Hecateo de Mileto, más inclinado por los detalles «geográficos» que por la «historia» política. Al parecer, se sirvió también del poema de Aristeas, el griego que había viajado por Asia central en *ca.* 600 a.C. Heródoto se mostró explícitamente crítico con muchas de las leyendas que él mismo recogió de sus fuentes orales, pero que no pudo confirmar.

Heródoto ofrece contundentes interpretaciones personales de sus complejas fuentes, relacionando unas con otras. Los grandes temas de la libertad, la justicia y el lujo

son sumamente importantes en su «investigación»: compartía el punto de vista griego de que las batallas de 480-479 entre helenos y persas habían sido una lucha por la libertad y por una vida bajo el imperio impersonal y justo de la ley, y es sobre todo su historia la que las ha inmortalizado bajo ese prisma. El discurso final de su «investigación» se recrea en las diferencias existentes entre los persas, duros y pobres, que inauguraron una nueva época de conquistas, y el lujo «muelle» de los pueblos que habitaban en las «muelles» llanuras y se convirtieron en súbditos de otros. A ojos de Heródoto, ciertas cuestiones de la vida humana eran evidentes: que «el orgullo precede a una caída» y que el exceso de buena suerte conduce a una debacle, que una conducta realmente ofensiva recibe a menudo su merecido castigo, que las cosas humanas son muy inestables, que las costumbres de las diversas sociedades son muy distintas unas de otras y que una parte del comportamiento que tanto apreciamos, pero no su totalidad, tiene que ver, por tanto, con la sociedad en la que nos ha tocado vivir. Estos puntos de vista siguen teniendo plena validez en nuestro mundo actual.

Sin embargo, Heródoto también reconoce que los dioses participan de modo activo en los asuntos de los mortales y que a través de los oráculos hablan efectivamente a los hombres. Los sueños y las visiones tienen una gran importancia para los personajes de su historia: es consciente de que algunos contemporáneos suyos se niegan a aceptar la verdad de los oráculos, y se indigna ante esta actitud. Reconoce, como hacían los oráculos, que los dioses puedan castigar a un individuo por las malas acciones cometidas por uno de sus antepasados. En esencia, esta creencia en la

«culpa hereditaria» se asocia fundamentalmente con la idea de una «época arcaica» (siendo por otra parte el adjetivo «arcaico» un término aplicado en la historia del arte a las esculturas y pinturas anteriores al estilo clásico, más «humano», que se impuso a partir de la década de 490). Así pues, los conceptos del «merecido castigo» y lo «inevitable» siguen siendo dos fuerzas independientes en la manera de escribir y de pensar de Heródoto. Pero coexisten con una amplia variedad de motivos humanos, incluidos el rencor y la codicia, pasiones en las que él es todo un experto. Heródoto también sabe relacionar la evolución de una comunidad con su emplazamiento geográfico, sus leyes y costumbres y su aumento de población. Pero más a menudo elabora sus reflexiones en términos humanos y personales.

Los resultados son sorprendentes por la amplitud de su alcance y su variedad humana. Al igual que los colonos y los viajeros greco-orientales del siglo anterior, Heródoto reconoce que Libia, Egipto y el mundo de los nómadas escitas son la antítesis extrema del mundo de los helenos. Elabora digresiones acerca de esas tres culturas, a la vez que retoma debidamente su tema principal, esto es, la expansión persa, que también afectó a esos pueblos. Muestra un gran interés por otras culturas, por sus prácticas matrimoniales, por cuestiones como la salud y la dieta de su población, sus ritos religiosos y sus formas de enterramiento. Especialmente cuando habla de Egipto, razona con lógica a partir de los testimonios que posee, aunque tiende a considerar el mundo egipcio un extremo opuesto a Grecia, y por lo tanto no sabe entenderlo. Como se han perdido tantos debates y escritos de los griegos orientales correspondientes al período comprendido entre *ca.* 480 y

460 a.C. nos vemos obligados a comparar a Heródoto con otros autores posteriores, y en consecuencia hacemos que parezca más «moderno» de lo que probablemente les pareciera a sus contemporáneos. Sus puntos de vista religiosos y su lenguaje indicarían lo contrario, al igual que sus opiniones políticas, pues Heródoto simpatizaba con el ya trasnochado mundo «panhelénico» propio de la aristocracia griega internacional, como, por ejemplo, Cimón y compañía. Para éstos, los enemigos eran la traición, la violencia espontánea y las clases inferiores: las guerras que estallaron entre los estados griegos a partir de la década de 460 fueron un resultado extremadamente lamentable. Pese a admirar la libertad, Heródoto no dejó de ser crítico con la democracia: en sus «investigaciones» los espartanos suelen ser vistos con muy buenos ojos.

Como cabría suponer, Heródoto visitó Atenas, probablemente en 438-437 o poco antes (a juzgar por un comentario acerca del camino de entrada a la Acrópolis de la ciudad). Se cuenta incluso que la Asamblea acordó por votación concederle un cuantioso premio en metálico por su Historia. Conversó con importantes personajes de Atenas, aunque ya había pasado de los cincuenta años. A comienzos de la década de 430, era habitual que las generaciones más jóvenes de la ciudad se dedicaran a elaborar teorías abstractas acerca del poder y las relaciones interestatales, pero no era la manera que tenía Heródoto de ver el mundo. Tampoco lo era el nuevo interés por la teoría política, aunque Heródoto ya había descrito un ejemplo del mismo, en el sesudo «debate» supuestamente celebrado entre los persas en 522 a.C. en torno a los méritos de las distintas constituciones, incluida la democracia; era una ingeniosa

falsedad, pero el viejo historiador creía en ella.<sup>[110]</sup> Esta nueva y aguda perspicacia está en la base del acelerado cambio que se produjo en las expectativas intelectuales y culturales de las grandes personalidades de Atenas.

Las victorias sobre los persas y luego los años de expansión del imperio habían contribuido a reafirmar la autoestima de los atenienses y su confianza en la democracia. ¿Hasta qué punto, pues, era la cultura de la Atenas visitada por Heródoto una cultura democrática, inspirada por la igualdad de un sistema político basado en el voto paritario del pueblo? Ni que decir tiene que no se trataba de una sociedad igualitaria. Desde el punto de vista cultural, seguía siendo un lugar en el que la clase alta disfrutaba de la caza y cultivaba sus escarceos sexuales con regalos y apasionadas declaraciones a jóvenes adolescentes siempre volubles. Las escenas de caza y los «regalos de amor» de los cazadores desaparecen de la cerámica pintada ateniense a partir de 470 aproximadamente, pero esta circunstancia se debe sólo a un cambio de gustos en lo referente a la decoración de las piezas de alfarería; no es indicio de un nuevo sentimiento de discreción ni de una falta de franqueza ante aquellos viejos entretenimientos aristocráticos. Al anochecer los varones de posición elevada seguían reuniéndose en grupos para cenar y beber copiosamente en sus «salas de los hombres» y entonaban los aristocráticos cantos antipopulistas del pasado. Pero en la nueva época del «gobierno de la chusma», ¿es posible que estuvieran a la defensiva aquellos anticuados *symposia*? Una serie de copas áticas que ha suscitado numerosas controversias, datada en los primeros años del siglo V, muestra escenas en las que aparecen hombres vistiendo

ropas afeminadas, aparentemente como si se tratara de travestís. Han sido interpretadas como un reflejo de la vida social de una clase alta que había adoptado ese estilo de travestismo como síntoma de «ansiedad», en un momento en que su supremacía se veía en peligro. Pero es evidente que el estado de ansiedad no era el propio de los aristócratas atenienses de la época. Pensaban que a la larga, sólo tendrían que esperar que volviera a presentárseles su momento político. Mientras tanto, en el terreno militar, seguían siendo miembros indispensables de la caballería, que incluso los demócratas más comprometidos estaban dispuestos a aumentar, multiplicando por seis el número de sus componentes, y a concederle un «seguro de reembolso» con fondos públicos por cada caballo registrado que el guerrero de clase alta perdiera en el campo de batalla. Es probable que esas escenas de travestismo representen simplemente alguna fiesta organizada en honor de Dioniso.

En otro conjunto de copas vemos a los jóvenes en una actitud distinta, como propietarios de exóticas panteras y cazando leopardos. Estos escandalosos jóvenes de posición social elevada no muestran la menor «ansiedad»: incluso en la época democrática la vida cultural del teatro y las fiestas seguía dependiendo del bolsillo de los varones de clase alta. Además, en la infraestructura social del Ática pocas cosas habían cambiado desde los tiempos de los aristócratas del siglo VI a.C. Si Heródoto hubiera pedido a un varón ateniense que se identificase, el hombre en cuestión habría dado el nombre de su padre y su demo, como establecían las reformas de Clístenes. Pero también habría dicho cuál era su «fratría», o «hermandad», como en los viejos tiempos, y sólo después, si acaso, habría indicado su pertenencia a una de las

diez nuevas tribus de la democracia. Incluso en tiempos de la democracia las familias aristocráticas conservaban un significativo poder de veto sobre los candidatos a ingresar en una «hermandad».

A comienzos de la década de 430 Heródoto habría conversado con jóvenes atenienses de noble cuna, individuos que aún se consideraban los «buenos» frente a los «malos» del vulgo. De manera bastante evidente, aquellos hombres esperaban que la democracia desapareciera simplemente un día, pero entre 480 y 430 las conquistas en el extranjero y el enorme aumento de los aliados de Atenas y de su tributo sirvieron para compensar mientras tanto su descontento. Los beneficios del imperio atenuaron las tensiones de clase existentes entre ricos y pobres. El imperio trajo consigo nuevas tierras y ganancias en el extranjero para los atenienses de las dos clases sociales y, como bien sabían los ricos, la seguridad de ese imperio estaba cimentada en los pobres y en sus duras jornadas manejando los remos. Por imprescindible que fuera la caballería para combatir a los «cerdos» tebanos y sus jinetes o a los grupos de espartanos que se dedicaban al saqueo de los campos, los caballos, como subraya Homero en la *Odisea*, no tenían utilidad alguna en las islas de ultramar. Para el «imperio insular» lo importante era la trirreme. Así pues, durante muchos años sería habitual la presencia en el mar de flotas de cien naves o más. Aunque parte de sus remeros eran extranjeros asalariados, el grueso estaba compuesto por atenienses de clase humilde que habían acumulado más años de experiencia que cualquier posible enemigo. En las expediciones que se emprendían en pleno verano, esos remeros mostraban una resistencia muy superior a cualquier individuo de nuestros tiempos. En una

recreación de este tipo de naves realizada recientemente, los remeros tenían que ingerir un litro de agua por cada hora de trabajo al remo (los remeros actuales de una trirreme habrían necesitado por tanto casi dos mil litros de agua para una jornada de trabajo de diez horas, mientras que una trirreme antigua no podía transportar grandes provisiones de agua). «Casi toda el agua consumida», cuentan los modernos recreadores de la trirreme, «era eliminada a través del sudor, y los remeros apenas sentían la necesidad de orinar. Buena parte de ese sudor caía goteando sobre los hombres que ocupaban la hilera inferior, lo que resultaba verdaderamente desagradable para ellos. El mal olor de la bodega era tan penetrante, que debía fregarse con agua salada al menos una vez cada cuatro días (aunque los antiguos atenienses probablemente fueran más tolerantes)». Para mantenerse fresco, el cuerpo debe evaporar fluidos, de modo que «la ventilación se hace absolutamente necesaria, pero rara vez resulta suficiente para la inferior de las tres hileras».<sup>[111]</sup> Ninguno de los «dechados de virtudes» de la nobleza habría durado mucho en medio de aquel espantoso calor. Los que podían hacerlo fueron en último término los creadores del imperio, y no tenía sentido alguno calificarlos de «chusma naval» y esperar que no tuvieran derecho a voto cuando regresaran a la patria.

Para nosotros la característica principal de la cultura ateniense que conoció Heródoto es que se trataba de una sociedad esclavista. Había unos cincuenta y cinco mil ciudadanos varones adultos que poseían entre ochenta y ciento veinte mil seres humanos, «objetos» que podían comprar y vender. Estos esclavos (casi todos ellos no griegos) eran fundamentales para la economía de Atenas,

pues trabajaban en las minas de plata (a menudo en el interior de galerías increíblemente estrechas) y en los campos de labranza, donde las comedias de la época nos los presentan como un elemento habitual de los bienes de cualquier familia ateniense de clase modesta. Al parecer, el precio de los esclavos sin experiencia solía ser bajo, pues la oferta era abundante debido a las guerras y a las incursiones de saqueo llevadas a cabo en los territorios bárbaros de Tracia y del interior de Asia Menor. La mano de obra esclava barata era el principal pilar de las diferencias de clase entre los atenienses más acaudalados y de su capacidad de adquirir artículos de lujo. Sin embargo, es probable que Heródoto no se hubiera fijado indebidamente en este aspecto de la vida de Atenas. Los esclavos eran *andrapoda*, esto es, «animales con pies de hombre»; y estaban presentes en todas las comunidades griegas que investigó. El historiador nunca dudó de la justicia de esta realidad.

Para muchos de nosotros resulta también sorprendente la ausencia de participación política de las mujeres de condición ciudadana. Los atenienses, al igual que los demás griegos, se aseguraron de que las mujeres no tuvieran derecho a voto; ni siquiera podían testificar en nombre propio ante un tribunal. Tenían limitada excepcionalmente la capacidad de comprar o vender; no podían elegir con total libertad a su futuro esposo y, sobre todo, siempre estaban sometidas al poder de un varón, su «guardián» o *kyrios*. Estas normas tenían por objeto su «protección» aunque las mujeres modernas las ven desde un punto de vista muy distinto). Contempladas desde una perspectiva más general, cabe preguntarse hasta qué punto el estatus de una mujer ateniense se diferenciaba en la vida cotidiana del de un

esclavo. A diferencia de este último, la mujer nunca podía escapar de su condición. No obstante, aportaba al matrimonio una dote susceptible de ser restituida, mientras que un esclavo era adquirido por un importe que no era reembolsable. El relativo grado de libertad de una mujer dependía fundamentalmente de su clase social por nacimiento o matrimonio. Las mujeres humildes trabajaban efectivamente en el campo a la vista de todos (tenían sus propias canciones de cosecha, y había un grupo, las llamadas *poastriai*, que se dedicaban a segar los prados y probablemente a arrancar las malas hierbas),<sup>[112]</sup> pero, como ocurre en muchas sociedades modernas, la visibilidad de la mujer fuera de casa no constituía en absoluto un indicio de igualdad social. No se sentaban en las calles para disfrutar de un rato de ocio, ni acudían a beber a un local ni paseaban por los espacios públicos con más frecuencia o asiduidad que las mujeres bereberes del Marruecos actual que trabajan duramente en los campos, regresan a casa cruzando la aldea y se ponen a cocinar, a tejer y a cuidar de sus hijos en el interior de sus hogares. En el Ática, las familias respetables mantenían en cualquier caso encerradas a las mujeres en su casa, dedicadas a tareas domésticas como tejer e hilar. «Las compras» se dejaban a los esclavos, aunque una mujer libre podía salir de su hogar para ir a coger agua de una fuente pública: oímos hablar de un «*agora* de las mujeres», o mercado, pero era un lugar en el que el hombre podía comprar a una mujer como esclava o como objeto de sus placeres. Cuando en su gran Oración Fúnebre Pericles decía a las viudas de guerra atenienses que no se mostraran «inferiores a su naturaleza» y que se hablara de ellas lo menos posible, no estaba manifestando una opinión puramente personal. Las atenienses respetables

desempeñaban un papel importante como sacerdotisas en algunos cultos celebrados en su ciudad en honor de los dioses. Pero las barreras políticas eran infranqueables. No pertenecían a ninguna fraternidad, aunque sus padres querían desde luego que contrajeran matrimonio con un pretendiente que fuera ciudadano de Atenas. Así pues, a partir de 451 la ciudadanía de un varón ateniense dependería de que tuviera un padre ciudadano y una madre hija también de ciudadano. Pero este nuevo requisito no suponía para la mujer una nueva libertad de acción. Simplemente garantizaba que las hijas de los atenienses no se casaran, salvo raras excepciones, con extranjeros ni se quedaran solteras, lo que las habría convertido en una carga para sus hermanos y para su padre. En público la mujer ateniense casada seguía siendo «la esposa de»; la utilización de su propio nombre habría implicado que se trataba de una prostituta.

A finales de la década de 340 encontramos a un orador ateniense recordando a un jurado compuesto por ciudadanos que «a las ‘cortesanías’ [*hetairai*] las tenemos por placer, las concubinas por el cuidado cotidiano del cuerpo, y las esposas para procrear legítimamente y tener un fiel guardián de los bienes de casa».<sup>[113]</sup> Se esperaba que los miembros del jurado, a diferencia de algunos de sus lectores modernos (de Inglaterra, pero no de Francia), tomaran estas palabras al pie de la letra. Por supuesto, algunos esposos amaban a sus mujeres, pero el orador Lisias, un residente extranjero, amó a su hetera (*hetaira*) lo suficiente como para iniciarla en los cultos místicos de Eleusis para su propio bien después de la muerte (no obstante, se consideraba una muestra de ser un «tipo exigente» el hecho de que, cuando la hetera lo besaba,

el hombre le preguntara si lo hacía sinceramente, de corazón). Los varones atenienses que podían permitirse los tres tipos de mujeres habrían estado de acuerdo con el orador en cuestión, añadiendo que en su juventud (y quizá todavía) habían tenido a algún muchacho joven con fines competitivos, a modo de idealización y para obtener un placer sexual rápido sin riesgos de embarazo. Nunca tenían la oportunidad de conocer a una ateniense culta, pues en ninguna escuela de Atenas las niñas recibían instrucción junto con los niños. Ninguna mujer ateniense participaba en las discusiones mantenidas entre los filósofos y sus discípulos, pues estaban reservadas únicamente a los varones. Algunas aprendían en efecto a leer y a escribir; las heteras (*hetairai*) podían ir un poco más allá, pero sólo como lo hacían muchas damas aristocráticas eduardianas, esto es, escuchando las conversaciones de los hombres en las fiestas y los banquetes. Sólo a los filósofos más excéntricos, como Pitágoras en el occidente griego, se les atribuye haber tenido discípulas entre sus oyentes habituales. Al igual que el vegetarianismo, era una señal del carácter estrafalario de estos maestros.

En cambio, fuera de Atenas, la *Historia* de Heródoto está llena de relatos sobre mujeres activas, sabias o vengativas, pero el ambiente en el que se desarrollan normalmente es el de alguna familia de reyes (o de «tiranos»). En el escenario —completamente distinto— de una comunidad democrática, las restricciones de las mujeres atenienses de condición ciudadana probablemente impactaran al historiador, pues contrastaban mucho con las de las espartanas, a las cuales, como visitante, habría visto bailar desnudas. En cuanto a los ciudadanos atenienses, es

muy posible que a Heródoto le sorprendiera el tiempo que dedicaban generosamente a las actividades de la democracia, a la asamblea (unas cuatro veces al mes), al consejo anual (hasta dos veces en la vida) y a los servicios como jurado en los tribunales de justicia (para los integrantes de la lista anual de seis mil voluntarios). El historiador no parece haber tenido en gran estima la sabiduría de una multitud democrática, pero probablemente se viera obligado a respetar la dedicación de los ciudadanos. Cuando visitó Atenas, la Acrópolis estaba siendo lujosamente reconstruida con la ayuda de los tributos anuales que la ciudad recibía de sus aliados. Sin embargo, una serie de comités elegidos públicamente se encargaba de supervisar todas estas obras y de controlar los detalles de la responsabilidad financiera en los que tanto hincapié hacía la democracia. Probablemente en su Halicarnaso natal o en la aristocrática Tesalia no se llevaran a cabo actuaciones tan minuciosas y públicas.

Sin embargo, la arquitectura y la escultura no constituían un himno a la democracia. Un fuerte sentido de libertad política sostenía la visión, razonada de aquellos artistas, pero no dio lugar a la aparición de «escultores políticos»: no se llevaron a cabo representaciones de «grandes asambleas populares» ni de «solidaridad de masas». El friso maravillosamente esculpido del Partenón no cantaba las glorias de la democracia. Mostraba elementos de la procesión celebrada durante unas fiestas cuyos orígenes eran muy anteriores a Clístenes: incluía la presencia del héroe mítico Erictonio, y, según una opinión moderna, en una sección se representaba el sacrificio de las hijas del legendario rey para salvar a la ciudad durante una guerra. A finales de la década de 420 vinieron a sumarse las columnas

en forma de figura femenina del Erecteón, recientemente reconstruido, imagen famosísima de la Atenas clásica. Pero es posible que dichas figuras representen a unas portadoras de libaciones en honor del difunto Cécrope, el legendario rey de los atenienses cuya tumba se hallaba a sus pies.

La vida religiosa de la ciudad también transcurría por unos canales que eran en gran medida predemocráticos. Los atenienses, al igual que los demás griegos, no tenían fines de semana festivos (ni siquiera observaban el sistema de semanas), pero contaban con un calendario repleto de fiestas religiosas. En la década de 430 había aproximadamente ciento veinte días de celebraciones potenciales (los atenienses «tienen que celebrar más fiestas que otra ciudad griega cualquiera», se quejaban los más críticos).<sup>[114]</sup> Buena parte de esas festividades habían sido establecidas desde tiempos inmemoriales, y, en muchos casos, las familias que suministraban los sacerdotes y sacerdotisas seguían siendo los mismos linajes nobles del pasado predemocrático. Pocos cargos religiosos se elegían por votación o por sorteo. En cambio, cualquier ateniense, ya fuera varón, mujer o esclavo, podía ser iniciado en los «misterios» religiosos del vecino santuario de Eleusis, rito secreto que ofrecía la promesa de una vida feliz después de la muerte. Pero incluso este elemento de la vida ateniense, el más abierto a toda la sociedad, tenía unos orígenes mucho más antiguos que la democracia.

No obstante, la democracia imprimió dos marcas culturales evidentes: una en la oratoria, y otra en el teatro. Las grandes reuniones de la asamblea y los nuevos tribunales de justicia con sus grandes jurados abrieron un nuevo radio de acción a una sutil oratoria tanto cívica como forense. No

se conoce nada parecido en un estado griego no democrático, aunque por desgracia no se nos ha conservado ningún testimonio ateniense de primera mano hasta el año 399 a.C. Después de las guerras médicas se inició también la costumbre de pronunciar una gloriosa Oración Fúnebre por parte de un orador cuidadosamente elegido en alabanza de los caídos en la guerra y de su ciudad. El más famoso de esos discursos es el atribuido a Pericles, pronunciado en el invierno de 431-430 a.C. Tampoco tenemos constancia de este tipo de discursos en ningún estado no democrático.

Las relaciones existentes entre la democracia y la tragedia han sido puestas muy de relieve en los estudios culturales recientes, pero no son en absoluto directas. De hecho, los jueces de los certámenes dramáticos no eran elegidos por sorteo (para evitar posibles sobornos), aunque la elección por sorteo no era exclusiva de los demócratas. Este teatro habría sido más «democrático» si todos los ciudadanos hubieran recibido un subsidio estatal que les permitiera la adquisición de las entradas, pero los inicios de esta práctica, que finalmente se instauró en Atenas, siguen siendo objeto de controversia (a mi juicio la fecha más probable de su introducción es la década de 440), y según todas las opiniones, incluso las de los más optimistas, las entradas gratuitas empezaron a dispensarse cuando las tragedias ya llevaban cincuenta años de esplendor. Incluso cuando estuvieron al alcance de todo el mundo, no es en absoluto seguro que las mujeres pudieran asistir a los espectáculos. Pero, aunque este subsidio contribuyera a ampliar la clase social del público, no por ello el teatro era «democrático» por naturaleza ni inconcebible excepto como creación democrática. La principal fiesta en honor del dios Dioniso

había sido instaurada en tiempos de los tiranos, en la década de 530 a.C. y había empezado con un sencillo programa de cantos y danzas. Es evidente que fue expandiéndose bajo todo tipo de gobiernos, hasta un punto (al que se llegó en la época democrática) en el que unos mil varones de condición ciudadana participaban cada año con canciones y bailes en los espectáculos corales. Probablemente las tragedias se habrían representado en cualquier caso bajo un sistema político diferente: al fin y al cabo eran dramas que exploraban los conflictos morales y religiosos, pero no a través de argumentos de la vida cotidiana, sino en relatos míticos del pasado «monárquico». Ni que decir tiene que la tragedia ática floreció sin problemas cuando fue compuesta o representada para públicos no democráticos del extranjero. De haber optado por una oligarquía de (por ejemplo) unos seis mil ciudadanos en 508, los atenienses seguramente habrían reunido un público suficiente para fomentar los concursos dramáticos (es muy probable que el público «democrático» a menudo no superara en cualquier caso los quince mil espectadores, no todos los cuales eran siempre ciudadanos).

Heródoto vería que aquellos certámenes dramáticos iban precedidos por sacrificios religiosos y la exhibición del tributo imperial llevado a Atenas por los portadores de tributos aliados. Todos esos «extras» eran elementos muy apropiados del programa porque la ocasión era sumamente importante y de carácter público, la celebración anual más relevante de Atenas. Pero las obras que se representaban a continuación no eran, por lo tanto, rituales religiosos, ni exhibiciones o exploraciones de una ideología democrática o imperial. Tenían como escenario el pasado mítico de la

monarquía, exploraban problemas de la familia y la comunidad, relaciones sexuales, temas religiosos y el temperamento de los héroes. Conmovían al público, cuya mente y cuyas emociones se dejaban llevar por las peripecias morales extremas narradas en las obras y los complejos cantos y danzas de los coros. Pero no confirmaban ni ponían en tela de juicio un «*ethos* democrático» en los espectadores, ni pretendían dar una lección de lo que son los deberes cívicos, como si fueran una larga «Marsellesa». Las tragedias que han llegado a nuestras manos habrían podido perfectamente ser compuestas y representadas sólo ante una oligarquía de atenienses ricos. La forma que tiene la tragedia de presentar la naturaleza divina y humana, especialmente la de los grandes héroes, era maravillosamente cruda y sobrecogedora. Emocionaba profundamente al público y ampliaba sus horizontes, aunque al cabo de dos días tal vez quedara todo en el olvido.

No obstante, podemos encontrar un posible vínculo con la democracia en cierto aspecto formal de algunas tragedias que se han conservado. A partir de la década de 460, en un tribunal democrático, los oradores atenienses debatían los hechos buenos y malos de un caso ante los ciudadanos que componían el jurado. En las tragedias, empezó a desarrollarse por entonces una larga escena de debate a mitad de la obra (el *agon*), en la cual los personajes discutían un tema ante el público de ciudadanos, muchos de los cuales eran miembros de un jurado que disfrutaban de un descanso. Este tipo de escena llegó a desarrollarse tanto en el teatro sin duda como respuesta a las experiencias vividas en los tribunales de justicia por los ciudadanos que asistían a las representaciones. Por otro lado, sólo había una forma

artística verdaderamente democrática: la comedia política. En ella se satirizaba y atacaba jocosamente a los políticos atenienses más prominentes. Ni que decir tiene que no habría podido aparecer en una oligarquía restringida y desconfiada, y cuando a partir de 322 la democracia cayó bajo el control de los generales macedonios, los dramaturgos próximos a la oligarquía resultante prefirieron representar obras que fueran inofensivas «comedias de situación» despersonalizadas.

Para nosotros, la comedia democrática ateniense está dominada por el único genio de este género que se nos ha conservado, Aristófanes (activo entre las décadas de 420 y 380), pero sus propios comentarios, así como los de otros, indican que las obras de un rival suyo de más edad, Cratino, constituyen una de las pérdidas más lamentables de toda la literatura de la Antigüedad. El humor de Aristófanes se manifiesta a través de brillantes equívocos y juegos de palabras, de alusiones groseras y de carácter sexual (algunas de las cuales todavía siguen sin entenderse) y llega a su punto culminante en la fantasía, en la parodia, en los chistes acerca del propio drama y en una brillante, pero despiadada, invectiva o sátira personal. La combinación de ingeniosa obscenidad y dulces y agitados cantos corales que caracteriza su obra es única en toda la producción dramática que ha llegado a nuestras manos. Es a través de él como mejor podemos captar el admirable grado de conciencia de sí mismos que tenían los atenienses. Las comedias de Aristófanes poseen una maravillosa capacidad de adentrarse en divertidos experimentos mentales acerca de los papeles de uno y otro sexo y de las relaciones entre hombre y mujer (sus argumentos resultan aún más divertidos si pensamos que

todos los personajes eran interpretados por hombres). También muestran una gran crueldad en lo tocante a los esclavos o a las chifladuras de los filósofos (una de sus comedias más famosas, *Las nubes*, contiene un comentario realmente agresivo sobre Sócrates y su influencia).

Los argumentos de las comedias de Aristófanes probablemente surgieran de determinados relatos nuevos o de declaraciones públicas de la época que se nos han perdido, y no del interés por cuestiones «abstractas» que nos resulta tan familiar en las sátiras modernas de Brecht. Las obras que han llegado a nuestras manos, sin embargo, abarcan todo tipo de temáticas, desde una sincera esperanza de paz en tiempos de guerra, hasta una huelga de sexo por parte de las mujeres con el fin de conseguirla, y el clásico intento de encontrar y hacer volver de la muerte al mejor poeta trágico. Al igual que Aristófanes, otros comediógrafos de su época fueron capaces de realizar casi cualquier tipo de subversión jocosa. En 423 a.C., una obra del viejo Cratino, *La botella*, presentaba al autor casado con la Comedia, que quería divorciarse de él porque Cratino se preocupaba más de emborracharse que de ella.<sup>[115]</sup> Lamentablemente, no conocemos otros detalles de esta prometedora parodia de uno mismo. En 421 Éupolis estrenó incluso una obra cuyo coro estaba dividido en dos mitades, la de los ricos y la de los pobres, y cuyo argumento era una sátira de un líder político muy popular, presentado como un eunuco-esclavo del pueblo ateniense, que era presentado a su vez como su amo «persa».<sup>[116]</sup> Las veleidosas mentes de los atenienses de la época eran capaces de subvertir casi cualquier realidad de la vida social y política para reírse de ella: la libertad es, ante todo democrática, y la prueba de su existencia es si en ella es

política y culturalmente posible o no una figura como la de Aristófanes. Él es el verdadero síntoma de una época clásica.

Si Heródoto hubiera estado en Atenas en la primavera de 438 a.C, habría podido disfrutar con *Alceste*, la deliciosa tragedia de Eurípides, estrenada ese mismo año. Habría entrado con toda facilidad en la forma en que el autor planteaba los dilemas y el amor de una mítica pareja de reyes, guiada por el amable patrocinio de Apolo. Indudablemente se habría reído también con las procaces comedias estrenadas aquel año, aunque una parte de su personalidad habría pensado que iban demasiado lejos. Sin embargo, sus propias «investigaciones» le habrían recordado que conocía decenas de «dramas» trágicos mucho más recientes, que le habían sido referidos como conflictos reales entre padres e hijos, maridos y esposas de todo el mundo, o entre dioses y mortales, entre personajes como Giges, rey de los lidios, o el pastor del norte de Grecia Evenio, que había sido cegado, o Hermotimo, el quiota, que se había vengado de su espantosa castración haciendo víctima de un acto igualmente cruel al hombre que lo había castrado y a sus hijos. Fuera de Atenas, había muchos relatos de griegos de carne y hueso del pasado reciente que contenían el germen de las tragedias de la vida real. Al no disponer de las exhaustivas investigaciones llevadas a cabo por Heródoto, los atenienses descubrieron aquel germen, lo ensombrecieron y profundizaron en él, pero sólo en el mundo de los mitos y las leyendas.

# Capítulo 13

## PERICLES Y ATENAS

Porque, entre las ciudades actuales, la nuestra [Atenas] es la única que, puesta a prueba, se muestra superior a su fama, y la única que no suscita indignación en el enemigo que la ataca, cuando éste considera las cualidades de quienes son causa de sus males, ni, en sus súbditos, el reproche de ser gobernados por hombres indignos. Y dado que mostramos nuestro poder con pruebas importantes, y sin que nos falten los testigos, seremos admirados por nuestros contemporáneos y por las generaciones futuras, y no tendremos necesidad ni de un Homero que nos haga el elogio ni de ningún poeta que nos deleite de momento con sus versos, aunque la verdad de los hechos destruya sus suposiciones sobre los mismos; nos bastará con haber obligado a todo el mar y a toda la tierra a ser accesibles a nuestra audacia, y con haber dejado por todas partes monumentos eternos en recuerdo de males y bienes [fracasos y éxitos].

PERICLES en la Oración Fúnebre pronunciada en 431-430,  
según Tucídides 2.41.2-3

Desde la década de 450 hasta 429 el político ateniense más famoso fue Pericles, hasta tal punto que este período suele denominarse actualmente la época de la «Atenas de Pericles». El emperador Adriano conocía perfectamente el ejemplo de Pericles. Entre los favores especiales que concedió a Atenas, quizá modelara el papel otorgado a la ciudad en su «Panhelenion» sobre el proyecto que los biógrafos habían atribuido al propio Pericles. El gran político ateniense ha seguido siendo motivo de inspiración en el mundo moderno. En 1915, durante la guerra contra Alemania, en los autobuses de Londres se mostraba una traducción de las bellas palabras acerca de la libertad pronunciadas en la Oración Fúnebre que se le atribuye.

El verdadero Pericles es un personaje más esquivo. Nació a mediados de la década de 490; su padre, Jantipo, era noble y su madre pertenecía a la familia, también noble, pero no exenta de controversia, de los Alcmeónidas. De joven, su carácter se vio configurado por dos cambios trascendentales: la nueva preeminencia de Atenas, alcanzada como consecuencia del papel que desempeñó en la derrota de los invasores persas, y la creciente seguridad en sí misma de la democracia desde su establecimiento a raíz de las reformas de Clístenes en 508 a.C. Los atenienses, a juicio de Pericles, eran especiales, como reconocían incluso los demás griegos, aunque fuera a veces a regañadientes. La democracia era por aquel entonces el marco más idóneo para que un político hiciera carrera y la idea de que pudiera desaparecer no era más que una fantasía de los «mejores». Durante la juventud de Pericles, allá por la década de 480, fue cuando se intensificó la actividad popular, con la oleada de ostracismos que vinieron a demostrar que el pueblo ateniense podía por votación expulsar de sus asambleas incluso a los individuos de más noble linaje. En 489, el padre de Pericles ya se había aprovechado de la opinión pública para llevar ante un tribunal popular ni más ni menos que a Milcíades, el héroe de Maratón. En las asambleas, como pretendía Clístenes, el voto mayoritario del pueblo era el que decidía lo que se debía hacer. Por consiguiente, quien lograra ganarse la confianza del pueblo podía ser más eficaz que cualquier aristócrata anticuado, por valiente que se hubiera mostrado en la guerra y en los certámenes atléticos, y por bien relacionado que estuviera en el mundo griego en general.

Esa confianza sólo podía ganarse a través de la oratoria,

proponiendo a la asamblea medidas que resultaran atractivas y que se viera que podían funcionar. Los éxitos políticos habían empezado a no depender de la palabra escrita y de su difusión. Según se cree, los decretos aprobados por la asamblea eran expuestos a la vista de todo el mundo en tablones recubiertos de cal en el ágora, para que «quien quisiera» pudiera echarles una ojeada. A mi juicio, eran más los atenienses que sabían leer que los que sabían escribir, pero es probable que la mayoría de los miembros de la asamblea no se hubiera tomado nunca la molestia de leer un texto literario. Siempre podía encontrarse a alguien que le leyera a uno el decreto expuesto y que se lo recitara a los menos capacitados, pero si Pericles hubiera basado su campaña en la publicación de manifiestos escritos, probablemente hubiera perdido a la mayor parte de los votantes: en Atenas, los escritos de carácter político estaban reservados a los teóricos y a los simpatizantes de la oligarquía, que no formaban parte precisamente de la corriente general seguida por la política. La circulación de los libros en forma de rollos o volúmenes, las escenas de lectura y de escritura representadas en la cerámica pintada ateniense, y los textos de las obras maestras de la retórica ejecutadas oralmente que ahora leemos y admiramos son una prueba de los hábitos cultos que tenía únicamente una pequeña minoría ilustrada.<sup>[117]</sup> La cultura política era oral.

Las dos lecciones que aprendió Pericles en su juventud, es decir, la preeminencia de Atenas y el papel público que podían desempeñar todos y cada uno de los varones adultos de la ciudad, determinarían su visión política. La prueba suprema que poseemos de sus palabras y sus hechos se encuentra en las historias de un contemporáneo y admirador

suyo, bastante más joven que él, Tucídides (nacido en *ca.* 460-455 a.C). Tucídides veneraba la oratoria de Pericles, su inteligencia aplicada con absoluta frialdad, su inmunidad a los sobornos y a la corrupción, y su capacidad (así opinaba el joven Tucídides) de controlar y dirigir al pueblo veleidoso de modo que entre los atenienses la política se convirtiera en «el gobierno de un solo hombre».<sup>[118]</sup> A juicio de Tucídides, también era importante el hecho de que Pericles fuera «uno de los nuestros», es decir un aristócrata que además era un general valeroso y capacitado. Pero la opinión del historiador está en contradicción con la del filósofo Platón, mucho más convincente, a pesar de haber sido expresada una generación después de la muerte de Pericles.

Platón, que no era ningún demócrata, insistía en que Pericles había sido un «demagogo» adulador que había dirigido a los atenienses al desastre y los había corrompido. No se le podía eximir de culpa en la derrota final de los atenienses a manos de los espartanos en la posterior guerra del Peloponeso. Otros autores posteriores intentarían conciliar estas dos opiniones contrapuestas afirmando que Pericles había empezado siendo un «demagogo», como lamentaba Platón, pero que luego había alcanzado la superioridad olímpica que el joven Tucídides tanto admiraba. El recuerdo personal más sugerente de Pericles que se nos ha conservado procede de un autor de su época, aunque no ateniense, el siempre cordial Ión de Quíos. Cuando conoció a Pericles, encontró que su trato era «presuntuoso y algo vanidoso, y que con sus jactancias se combinaba un gran desdén y desprecio por los demás».<sup>[119]</sup> Otros atenienses famosos, entre ellos el poeta trágico Sófocles, eran más del gusto de Ión.

Debemos deducir que Pericles era consciente de que tenía unos proyectos y unas responsabilidades nada comunes. Se dice que era un político de ideas singulares que sólo sabía seguir la calle que conducía de su domicilio al centro político de la ciudad. Se afirma también que evitaba las ocasiones sociales siempre que le era posible: la política popular era un asunto serio que le ocupaba a uno todo su tiempo. Entre sus mejores amigos estaban algunos intelectuales que visitaron Atenas, gentes como el teórico de la música Damón o el filósofo Anaxágoras, que sacaba de quicio a la gente corriente al afirmar que el «dios» sol era sólo una bola de materia incandescente. Cuando Pericles se relajaba, lo hacía no con su esposa, de la que se divorció amistosamente, sino con su famosa amante, Aspasia, que había llegado a Atenas procedente de la elegante ciudad greco-oriental de Mileto. Se nos cuenta que Aspasia era toda una autoridad en las artimañas de las casamenteras y en los secretos de cómo ser una buena «esposa». Los poetas cómicos de Atenas obtuvieron grandes éxitos afirmando que indujo a Pericles a emprender varias guerras en el extranjero, que fue su maestra de oratoria y filosofía, que le proporcionaba muchachas jóvenes, y que dirigía un burdel; en una parodia judicial, se asegura incluso que era culpable de «impiedad» hacia los dioses. La posteridad ha querido imaginarla presidiendo un salón de buen tono en medio de conversaciones inteligentes, pero en realidad no sabemos nada de ella. Con deliciosa malicia, Platón le atribuiría más tarde una elocuente «Oración Fúnebre» elaborada por ella misma en alabanza de Atenas.<sup>[120]</sup> De ese modo se burlaba de las Oraciones Fúnebres pronunciadas en la realidad por Pericles, una de las cuales fue inmortalizada por Tucídides en su *Historia de la guerra del Peloponeso*. Al menos podemos

afirmar que Pericles amaba realmente a Aspasia. Es el primer hombre en la historia del que se dice que daba siempre un beso apasionado a su amante cada mañana cuando se iba a trabajar y otro por la noche cuando regresaba a casa.<sup>[121]</sup> Ninguna fuente lo relaciona con ningún tipo de interés homoerótico por los mancebos.

Si la vida familiar de Pericles no tenía nada de particular y sus hijos fueron más bien lerdos y mediocres, ¿qué tenía de Pericles lo que llamamos la «Atenas de Pericles»? El gran político fue elegido general y este nombramiento se repitió año tras año durante la década de 430: no obstante, era sólo uno más de los diez que se escogían anualmente. No ocupaba ninguna posición especial y sus éxitos públicos dependían de su capacidad retórica en las grandes asambleas públicas. Es evidente que la suya era sólo una voz más entre las de los líderes más importantes, algunos de los cuales respaldaron varias de sus propuestas. Nunca podía decidir nada solo ni imponer su parecer, como hace actualmente un presidente de gobierno en su consejo de ministros. No obstante, hay un hilo conductor característico en todo lo que conocemos acerca de los atenienses desde finales de la década de 450 hasta *ca.* 430. Fue indudablemente Pericles quien supo ponerlo en palabras y quien ayudó al pueblo a decidir aquello que deseaba sin saberlo y que nunca habría sido capaz de expresar de forma tan clara.

En política exterior, los atenienses no se limitaron sólo (según parece) a seguir las líneas marcadas por Pericles. Como éste, eran fieles herederos de Temístocles. En 450-449 a.C. se firmó una paz con el rey de Persia, tal como habría deseado el viejo Temístocles; en las décadas de 440 y 430 se aprobaron asimismo los tratados de alianza

solicitados por los griegos de Occidente e incluso un general ateniense desarrolló durante algún tiempo sus actividades en Nápoles: existen indicios —aunque desde luego sólo son indicios— de que también a Temístocles le interesó el ámbito de los griegos de Occidente. En Grecia, Pericles era recordado por haber hecho un comentario verdaderamente digno de Temístocles: según declaró, «veía ya acercarse la guerra desde el Peloponeso».<sup>[122]</sup> Quería decir que los espartanos eran el enemigo y para que el comentario en cuestión tuviera sentido tuvo que hacerlo mucho antes de que se desencadenara la funesta guerra que dio comienzo en 431. Mientras tanto, si la expansión ateniense ponía nerviosas a las ciudades del norte del Peloponeso aliadas de Esparta, que las pusiera. Como había demostrado el ejemplo de Temístocles, siempre cabía la posibilidad de derrocar los gobiernos pro espartanos existentes en dichas ciudades e incluso de inducirlas a pasarse al bando de Atenas. Pericles había conocido la lenta guerra desencadenada en Grecia contra los espartanos y sus aliados entre 460 y 446. Quizá este suceso le convenciera de la posibilidad que tenían los atenienses de refugiarse detrás de sus inexpugnables Muros Largos, obra de Temístocles, y de resistir las invasiones por tierra de los espartanos. Allí podían sobrevivir perfectamente gracias a su supremacía naval, legado asimismo de Temístocles, y por ese conducto podían disponer siempre de grano de importación. Además, si se aliaban con la vecina y amistosa ciudad de Mégara, podían bloquear el fácil acceso que tenían los espartanos al territorio del Ática: habrían podido «salirse con la suya» sin necesidad de librar ninguna batalla campal. Si los espartanos intentaban asolar el Ática, la caballería se lanzaría sobre ellos y los expulsaría. Durante los años de Pericles se multiplicaron por seis los integrantes

de la caballería y se elaboró un nuevo plan de «aseguración» de los animales.<sup>[123]</sup> Pericles no era ningún partidario empedernido de la clase baja.

La insistencia firme y razonada de Pericles en esta estrategia comportaba algo nuevo y más profundo que el oportunismo de Temístocles en la escena internacional. Cuando otro noble ateniense, Calías, logró firmar contra todo pronóstico un tratado de paz con Persia en 449, Pericles respondió convocando un congreso de los griegos en Atenas para discutir la reconstrucción de los templos arruinados de la Acrópolis, la celebración de nuevos sacrificios a los dioses y el uso libre y pacífico de los mares. Lo que aquello quería decir era que los aliados de Atenas iban a seguir pagando tributo a los atenienses para sufragar todos esos gastos, a través del mantenimiento de una Liga Helénica cuyo centro iba a ser Atenas. Como es de suponer, Esparta se negó a asistir al congreso, pero en 449 empezaron las obras de los nuevos templos de la Acrópolis de Atenas, financiadas por el pago ininterrumpido del tributo. La paz con Persia fue presentada como una «victoria», y de ese modo el nuevo programa de edificaciones pudo soslayar el juramento prestado anteriormente por los atenienses de que no iban a reconstruir nunca los templos destruidos. Para Pericles, Atenas era el gran centro del mundo griego libre y por eso se había convertido mercedamente en el adalid de tantos aliados griegos. Pericles mostró una obstinación asombrosa respecto a la necesidad de mantener la alianza o «Imperio» de los atenienses. Todos los intentos de rebelión fueron sofocados: todos los súbditos del «Imperio», dice Tucídides en la semblanza que nos ofrece de Pericles, reconocían que no eran «gobernados por hombres indignos».

[124] Los atenienses debían «amar» a su ciudad y su poder. Atenas era admirable por su nueva belleza, por el carácter de sus habitantes y su gracia excepcional, sus dotes y su tolerancia mutua (los esclavos no eran, al fin y al cabo, más que objetos). Con un grado de probabilidad variable, podemos atribuir a Pericles la presentación de múltiples propuestas en beneficio de sus conciudadanos. A partir de 448 a.C, fueron enviados colonos a establecerse en nuevos asentamientos y a ocupar nuevas tierras en el territorio de los súbditos de Atenas: la propuesta probablemente fuera de Pericles. Los colonos pertenecían en su mayoría a las clases más pobres y arrendando nuevas tierras en el extranjero pudieron acceder a un nivel de vida más alto y mejor. Desde comienzos de la década de 450 los atenienses que prestaban servicio en los numerosos tribunales de justicia de la ciudad cobraban un pequeño salario por hacerlo: esta gratificación del Estado se debió a una iniciativa de Pericles. Con el tiempo, todos los atenienses recibirían la cantidad de dinero necesaria para comprar las «entradas» a los espectáculos teatrales y a los actos celebrados con motivo de las grandes fiestas de la ciudad: el origen de la medida es objeto de debate, pero, a mi juicio, es probable que el responsable de su introducción fuera Pericles.

La definición de lo que era la ciudadanía ateniense se vio asimismo restringida por consejo suyo. A propuesta de Pericles, sólo podían ser ciudadanos atenienses los hijos de un ciudadano ateniense y de una mujer ateniense. Esta ley de Pericles era de aplicación para el futuro, y afectaría sólo a los niños nacidos a partir de 451 a.C. de modo que contó con suficiente apoyo popular para que votaran a su favor los que por aquel entonces ya eran ciudadanos. Probablemente,

como hemos visto, su principal objetivo fuera animar a los atenienses a casarse con mujeres de Atenas, y la cuestión se haría todavía más urgente cuando numerosos atenienses recibieran nuevos terrenos en el extranjero en arriendo o para su explotación. Pericles se dio cuenta de que las familias no iban a estar dispuestas a quedarse con las hijas solteras mientras sus hijos varones se casaban con mujeres extranjeras: la mayor restricción de los requisitos necesarios para gozar de la ciudadanía ateniense iría además en consonancia con el sentido de identidad colectiva de los ciudadanos.

Todas estas innovaciones llevaban implícita la idea de que los ciudadanos de Atenas eran especiales, de que todo varón adulto era capaz de desempeñar una labor política responsable, de que debían ser recompensados por ello, y de que las artes contribuyen a honrar a los dioses y a civilizar a sus beneficiarios. El propio Pericles desempeñó un destacado papel en la comisión encargada de supervisar los espléndidos nuevos edificios de la Acrópolis. Fue amigo íntimo del gran escultor Fidias y fue identificado con la gestión adecuada del programa de nuevas construcciones. Por indicación suya, el peplo que las doncellas atenienses tejían para la diosa Atenea sería llevado en procesión a su nueva «casa», el Partenón, para ser colgado a modo de gigantesco telón detrás de la nueva estatua de la diosa, de tamaño colosal, esculpida por Fidias.<sup>[125]</sup> Al pie de la Acrópolis Pericles propuso además construir un edificio especial, el Odeón, sostenido por un bosque de columnas. La nueva construcción se convirtió en escenario de los certámenes musicales celebrados durante las grandes festividades, aunque los poetas cómicos sostienen que era

una manifestación de vanidad, cuyo modelo era la tienda que los atenienses habían arrebatado a Jerjes, el rey de los persas.

Entre *ca.* 560 y 510 los tiranos atenienses habían desarrollado la idea de una Atenas más grandiosa; por primera vez encontramos ahora una visión destinada a los ciudadanos atenienses. Hasta ese momento, no tenemos constancia de que ningún político de Atenas, ni siquiera Clístenes, hubiera mantenido relaciones con filósofos e intelectuales. A diferencia de los aristócratas de otros tiempos, Pericles no pidió que se compusieran poemas ni otros textos en su honor: ni siquiera intentó que se pusiera su nombre en ninguna inscripción en aquellos edificios considerados propiedad de toda la ciudadanía. Su idea era la de una nueva comunidad, perfeccionada por el poder y por la participación igualitaria de todos los varones atenienses. Sus contactos con los intelectuales lo llevaron a relacionarse incluso con Protágoras, el filósofo que fue invitado, según afirman fuentes de época posterior, a escribir las leyes de la nueva colonia de Turios, en el sur de Italia, fundada a instancias de Pericles. Tanto en el campo de la música como en el de la teoría política, en el uso de la oratoria o de la pura razón, Pericles hizo gala de una nueva claridad intelectual. Todo ello era consecuencia de la nueva hegemonía alcanzada por los atenienses en su tiempo, que llevó a su ciudad a numerosos hombres dotados de gran inteligencia, experiencia y talento, atraídos por el nuevo poder de Atenas y las compensaciones que podían obtener. Ni sus amigos ni él creían en la vieja monserga arcaica, es decir en el deseo de los dioses de castigarlos por los remotos pecados de sus antepasados. Ahora poseían una nueva claridad clásica.

En aquellos ambientes, la «cólera» aleatoria de los dioses no constituía una «explicación convincente de las desgracias»: los descendientes no serían considerados responsables de los crímenes de sus antepasados. Esta concepción más clara de la responsabilidad constituye para nosotros el sello de identificación del cambio de la época arcaica a la clásica. En Atenas, Pericles y sus amigos tenían esa idea, pero lo importante para nuestro concepto de cambio es el hecho de que la tuvieran unos pocos, no el de que la mayoría restante de la población de la «Grecia clásica» siguiera acariciando las viejas ideas arcaicas. En el Occidente griego, los ciudadanos de Selinunte seguían temiendo a los «espíritus vengadores» que habitaban entre ellos; los de Cirene, creían en una leyenda acerca de la «cólera» de Apolo, que explicaba la fundación de su ciudad, y no dudaban en celebrar ritos destinados a calmar sus temores de contaminación. En Locros, los habitantes de la ciudad seguían enviando anualmente un grupo de vírgenes a Troya para expiar el «pecado» cometido por sus antepasados en la época mítica de los héroes.<sup>[126]</sup> La época de Pericles no fue una época de ilustración generalizada en Grecia, sino un período en el que los intelectuales y su pensamiento ilustrado empezaron a florecer alrededor de un líder político que tenía unas ideas semejantes a las suyas.

Podemos percibir algunas de esas ideas en la Oración Fúnebre pronunciada por Pericles en 430 a.C. que Tucídides nos ofrece utilizando sus propias palabras, aunque afirma que se ciñe «lo más posible» a la «esencia de lo que realmente se dijo». Tras las hermosas declaraciones de Pericles, podemos captar también una respuesta a las críticas que se le hacían en su época. «Amamos la belleza con

sencillez y el saber sin relajación». En nuestra democracia — continúa diciendo—, cualquier hombre, independientemente de cuál sea su origen, puede aportar su granito de arena, pero los atenienses son tolerantes con la vida privada de sus conciudadanos y no se guardan resentimiento unos a otros si actúan guiados por su gusto personal. La libertad impregna toda la vida, tanto pública como privada, de los atenienses, pero es una libertad bajo el imperio de la ley. La libertad de los atenienses no es «libertinaje». No obstante, el individuo que se niega a participar en la vida pública es un «inútil».<sup>[127]</sup> En cuanto a las mujeres, no tienen ese tipo de participación. El discurso concluye con una breve mención a la «virtud femenina» de las que se han quedado viudas. Es aconsejable que sus «virtudes o defectos anden lo menos posible en boca de los hombres», que no llamen la atención y lleven una vida lo más modesta posible. Pero «si no os mostráis inferiores a vuestra naturaleza, vuestra reputación será grande», dando a entender, por tanto, que su naturaleza no es desde luego la mejor. Hace una «exhortación puramente negativa a que no den muestras de tener una limitación innata». En esta ocasión, como en tantas otras, Pericles verbaliza lo que su público, aunque no la mayoría de los lectores modernos, daba por descontado. Para los varones, el ideal no es «el esplendor público y la miseria privada». No es ninguna deshonra ser pobre, pero sí lo es no intentar escapar de la pobreza en primer lugar. Durante toda la década de 430, los poetas cómicos de Atenas y sus rivales políticos intentaron burlarse de Pericles, de Aspasia y de su círculo de amigos intelectuales y artistas, empeñándose incluso en llevarlos a los tribunales. El Pericles «olímpico», afirmaban los comediógrafos, estaba dominado por su amante: empezó la

guerra con Esparta —¿por qué no?— para evitar el escándalo: tenía incluso una «cabeza acebollada».<sup>[128]</sup> Como la cebolla, en la antigua Grecia, era una flor que nacía de un bulbo redondeado y liso, el significado del chiste es que Pericles tenía la cabeza redonda y calvicie prematura. Se decía que con mucha frecuencia llevaba casco en público, quizá para recordar los servicios prestados ininterrumpidamente como general, pero también para disimular la calva. La sátira cómica y los procesos son una prueba de la libertad en defensa de la cual él mismo hablaba con tanta admiración. El público adoraba el humor «de prensa amarilla» de los poetas, pero es la visión de Pericles la que ha sobrevivido, y no la suya.

# Capítulo 14

## LA GUERRA DEL PELOPONESO

Los [cinco] jueces lacedemonios decidieron que lo justo era atenerse a su pregunta, de si habían recibido de los péiteos algún servicio en esta guerra... de nuevo, pues, haciéndolos comparecer uno a uno, les formularon la misma pregunta de si habían prestado algún servicio a los lacedemonios y a sus aliados durante esta guerra, y cuando contestaban negativamente, los conducían a la muerte, sin hacer ninguna excepción.

TUCÍDIDES 3.68.1, sobre la conclusión del sitio de Platea en 427 a.C.

Durante las tres últimas décadas del siglo V a.C. los atenienses y los lacedemonios [espartanos], con sus respectivos aliados, estuvieron en guerra. Este conflicto, conocido como la guerra del Peloponeso, acaso constituya una prueba evidente del fracaso político de los antiguos griegos. Más de veinte años de enfrentamientos, con unos siete de «tregua inestable» entre medias, causaron la muerte a decenas de miles de griegos (quizá la mitad de la población masculina de Atenas), supusieron la destrucción de hogares y bosques, así como un elevado coste en dinero y en hombres. La guerra sólo se resolvió gracias a la ayuda prestada por el rey de Persia a los espartanos, a cambio de la cual se exigió el abandono de las ciudades griegas de Asia Menor y la vuelta de éstas a la esfera de influencia persa. Según dicen los propios observadores de los hechos, la guerra acrecentó la crueldad de los hombres. Se dieron actos espectaculares de fiereza por parte de unos y otros, entre ellos la matanza de prisioneros perpetrada por los generales espartanos o el exterminio, tras ser debidamente advertidos

de lo que les podía caer encima, de los habitantes de la isla de Melos por los atenienses, cuando éstos se negaron a integrarse en su imperio. El tema de la libertad tuvo un papel tristemente destacado a lo largo de todo el conflicto. Al principio la retórica de los espartanos prometió a los aliados esclavizados de los atenienses esa libertad, pero que más tarde se vio brutalmente traicionada por los acontecimientos. Los griegos orientales de Asia fueron entregados al rey de Persia como súbditos tributarios, mientras que las comunidades del Egeo se vieron sometidas al gobierno de odiosas dictaduras pro espartanas, las decarquías o «gobiernos de diez hombres», claramente favorables a los lacedemonios.

Esta guerra y toda su crueldad no fueron inducidas por la religión o el nacionalismo: no hubo cruzadas ni genocidios. Pero, eso sí, lo que estaba en juego eran verdaderos principios, no se trataba de matar por matar. A primera vista, parece que fue sólo un conflicto de poder. La guerra estalló como consecuencia de la expansión imparable del poder de los atenienses, sobre todo cuando empezó a centrarse específicamente en las oportunidades abiertas en Sicilia y el Occidente griego. Durante la década de 430, esas ambiciones sobre territorios extranjeros despertaron cada vez más la alarma de una importante aliada de Esparta, Corinto, metrópoli de Siracusa, el Estado que dominaba Sicilia. Corinto tenía también importantes colonias en la costa del noroeste de Grecia, situadas en la ruta natural de las naves de guerra que se dirigieran a Occidente. En este angustioso marco, los corintios no estaban dispuestos de ninguna manera a conceder el beneficio de la duda a las ambiciones de Atenas. Las sospechas se intensificaron a raíz del choque

diplomático que se produjo a propósito de la colonia corintia de Corcira (la actual Corfú). Los legados corintios advirtieron que, si los espartanos no iban a la guerra y se oponían a las actitudes intervencionistas de los atenienses, abandonarían la alianza de Esparta, acto que habría expuesto al Peloponeso a un peligro mucho mayor de subversión y a la consiguiente quiebra de la hegemonía espartana sobre la península. Se desencadenó así una serie de acontecimientos en el curso de los cuales los atenienses no llegaron nunca a romper técnicamente el tratado vigente con los espartanos y sus aliados, firmado en 446. Pero si sus ambiciones no hubieran ido más allá del área cubierta por este tratado, la presión en pro de la guerra no habría aumentado hasta el punto que lo hizo. La gota que colmó el vaso fue el decreto de Mégara, vecina de Corinto y aliada de los espartanos. Los atenienses promulgaron un decreto de carácter comercial contra ella, en virtud del cual se prohibía a los megarenses la entrada en el mercado de Atenas y acceder a los puertos de sus numerosos aliados. No cabe duda de que con esa medida se pretendía desestabilizar indirectamente la oligarquía que gobernaba en Mégara, sin declarar de hecho la guerra. Si Atenas lograba que los megarenses instauraran un gobierno democrático, éstos pasarían seguramente a engrosar el número de sus aliados. Las recientes guerras desencadenadas entre 460 y 446 habían demostrado qué aliados tan estratégicos habrían podido llegar a ser, pues habrían permitido cerrar los pasos de montaña a los invasores espartanos y bloquear la ruta natural de las invasiones del Ática.

Más de quinientos años después, el emperador Adriano todavía encontró recuerdos de este famoso conflicto.

Cuando visitó Mégara, descubrió que últimamente, ya durante su reinado, los megarenses seguían negando la entrada en sus casas a los atenienses y sus familias, enemigos ancestrales suyos. Detrás de esas disputas territoriales se ocultaba algo más fundamental, a saber, la completa diferencia de estilos de vida, de cultura y de mentalidad existente entre los atenienses de Pericles y los espartanos, con los que en aquella época se habían alineado los megarenses. Adriano habría debido recordar que durante la década de 430 los espartanos clásicos continuaron aplastando y ocupando el territorio vecino de Mesenia, y manteniendo el severo estilo de vida impuesto por sus legisladores allá por el siglo VII a.C. En torno a sus territorios, caracterizados por la vulnerabilidad, los reyes y los ancianos de Esparta se esforzaron por mantener un cordón de oligarquías fieles, en las que un número relativamente pequeño de ciudadanos gobernaba con firmeza a los demás y les negaba los derechos políticos. Atenas, en cambio, era la gran democracia, la sede de una cultura que podríamos calificar como la «educación de Grecia». El pensamiento, el teatro, las artes, el variado estilo de vida que todavía admiramos en ella eran características típicamente atenienses o tenían su centro en Atenas. Los espartanos no se fiaban de los atenienses, por temor a que se infiltraran en su territorio y acabaran con el cordón protector de aliados del que dependía su modo de vida. ¿Qué habría pasado si el escaso número de oligarcas que gobernaban en las ciudades aliadas del norte del Peloponeso, y sobre todo en Corinto, hubieran tenido el valor de abandonar a Esparta y unirse a la liga de los atenienses, navegantes como ellos? Cuarenta años más tarde, había ya demócratas desarrollando

sus valerosas actividades entre los aliados de Esparta en el Istmo, incluso en Corinto. Junto con los atenienses, habrían podido organizar una expedición imparable a Sicilia, al sur de Italia y aún más allá. Con los griegos de Sicilia como aliados, habrían podido atacar luego el objetivo más lejano de las ambiciones de Atenas, Cartago. La dependencia de tropas mercenarias que tenía Cartago probablemente la habría hecho sucumbir; la comunidad helénica establecida en la ciudad habría ayudado a los aliados griegos, y Cartago, la alternativa más rica y más poderosa al estilo de vida de los griegos que había en el Mediterráneo, se habría sometido. Los valores de Atenas, la democracia y la prosperidad, habrían florecido desde el norte de África hasta el mar Negro. Los atenienses más brillantes habrían encontrado en el extranjero una nueva vía de escape para su talento. Alcibiades, el extravagante aristócrata, el héroe bajo sospecha del público ateniense, habría encajado estupendamente como gobernador de una Cartago ateniense, rodeado del oro, las hermosas doncellas y las famosas alfombras de la ciudad.

En cambio, los años de la guerra se convirtieron en un período de estancamiento sombrío y pernicioso. En 431 a.C. la opinión pública de Grecia esperaba una rápida rendición de los atenienses, pero éstos, siguiendo el consejo de Pericles, se retiraron tras los Muros Largos, demasiado fuertes para el escaso dominio que tenían los espartanos de la guerra de asedio. Pericles había hablado de «aguantar hasta la victoria», pero un hombre tan inteligente como él sin duda tenía en mente más de un plan de supervivencia. La flota ateniense estaba integrada por unos trescientos navíos de guerra y todavía disponía de excelentes

tripulaciones perfectamente adiestradas (aunque a veces prestaran también servicios como remeros algunos «auxiliares» de condición servil). Seguía dominando los mares, colaborando en la importación de productos alimenticios para la ciudad y ayudando a mantener la seguridad entre los aliados de Atenas. La capacidad naval de los espartanos, por el contrario, era mínima y además carecían de dinero para construir y mantener unos barcos de calidad superior. Tenían a su servicio ilotas, pero no disponían de ciudadanos libres de clase humilde dispuestos a servir como remeros. Su mayor fuerza radicaba en la guerra tradicional por tierra, llevada a cabo por su espléndida infantería de hoplitas, que marchaban al son de la música, cantando todavía los repelentes versos de Tirteo, con sus mantos de púrpura flotando al viento.

La estrategia de Pericles comportaba dejar a los espartanos hacer lo poco que pudieran hacer, mientras los atenienses continuaban presionando a megarenses y corintios, decisivos desde el punto de vista táctico. Si uno de ellos o los dos se pasaban al bando de los atenienses, acaso con un régimen democrático, los espartanos tendrían cortado el paso al Ática. Mientras tanto, el éxito de los espartanos en su afán de subvertir a los aliados de los atenienses siguió siendo muy limitado, entre otras cosas debido a que el sistema político vigente en Esparta y la rudeza de casi todos sus generales constituían una alternativa muy poco agradable. El impacto de los espartanos se notó principalmente en las invasiones anuales del Ática, durante las cuales se dedicaban a talar los árboles y a quemar las cosechas. Nadie era capaz de vencerlos en una batalla campal, y los atenienses se negaban a plantarles cara a

campo abierto, limitándose a acosar con su caballería, recientemente ampliada, a los destacamentos que realizaban alguna incursión de saqueo o salían en busca de forraje. Los aliados de Esparta no podían permanecer mucho tiempo en el Ática: en sus ciudades no tenían una mano de obra como los ilotas, y por lo tanto debían regresar a ellas para recoger la cosecha con sus propias manos.

Pericles no había provocado la guerra, pero como disponía de una estrategia racional para deshacerse de los espartanos, había exhortado a los atenienses a no ceder a las presiones diplomáticas previas al estallido del conflicto. Su razonamiento era impecable, pero se vio frustrado por la casualidad. Sin que nadie se lo esperara, los atenienses fueron víctimas de una peste (probablemente tifus) y Pericles fue uno más de los que perecieron a consecuencia de ella. Deseosos de conservar la preeminencia política, sus seguidores propusieron una estrategia cada vez más activa, entre otras una medida muy poco propia de Pericles: la realización de una primera expedición a Sicilia, fuente de aprovisionamiento de grano de Corinto y de los aliados de Esparta. Aun así, los fracasos de Atenas no echaron por tierra el modelo básico de actuación ideado por Pericles: los espartanos no podían vencer y por lo tanto acordaron en 421 a.C. firmar una tregua que los dejaba sin ningún verdadero triunfo del que poder jactarse y sin popularidad entre sus aliados. Los acontecimientos bélicos nos ofrecen una visión fascinante de la debilidad de la cultura y la sociedad de Esparta. El número de los guerreros espartiatas estaba ya en declive y los periecos, los «habitantes de alrededor», empezaron a ser utilizados para rellenar las unidades de infantería que hasta entonces habían estado formadas

exclusivamente por espartanos. Desde el punto de vista financiero el Estado espartano era débil (seguía negándose a acuñar moneda) y por mar, sus jefes militares eran incompetentes. En 425 fue introducida una caballería genuinamente espartana, pero fue un fracaso. Una vez fuera de su ciudad, los gobernadores espartanos eran en su mayoría hombres odiosos, educados para ser implacables, carentes por completo de tacto, con una marcada tendencia a las aventuras homoeróticas con sus súbditos y un uso excesivo del autoritarismo militar. Ningún ejército griego salía de campaña sin una clara conciencia de que los dioses eran quienes vigilaban y guiaban su actuación, pero los espartanos eran especialmente conscientes de ello. Como todos los ejércitos griegos, respetaban la posible cólera de «los dioses y los héroes locales», pero ese respeto alcanzaba unas cotas extraordinarias. Tenían un sentido muy elevado de lo que era la cólera divina y del «castigo» en que podía incurrir cualquier espartano que pecara contra los dioses. No era sólo que «detrás de un ejército espartano iba un rebaño de distintos animales sacrificiales, listos para ser utilizados en cualquier momento para comprobar cuál era la voluntad de los dioses». Antes de abandonar su país, los espartanos realizaban un característico «sacrificio de cruce de la frontera» y no dudaban en retirarse si los auspicios les eran desfavorables. Al igual que otros generales en campaña, los reyes de Esparta y los oficiales de mayor rango podían utilizar a veces a los dioses, los auspicios y el calendario de fiestas religiosas anuales como factores flexibles, cuyas reglas podían ser quebrantadas o soslayadas. Pero eran muy conscientes de esas manipulaciones si los hechos demostraban que su decisión no había sido la acertada. En mayor medida que las de sus adversarios atenienses, las

actividades de los espartanos se hallaban limitadas por el temor a los dioses.

En 415, seis años después de la firma inicial de la paz, los atenienses decidieron atender la solicitud de ayuda remitida por algunos griegos de Sicilia y otros aliados de la isla y enviaron una gran flota a la zona, con la esperanza de dominar Occidente. La empresa estuvo a punto de salir bien, pero se vio frustrada sobre todo debido a la pericia y a la potencia de su principal enemigo en la isla, Siracusa. Los atenienses no habían mandado en sus barcos caballos ni soldados de caballería suficientes para hacer frente a un enemigo particularmente poderoso en este campo. Un año después la expedición terminó en un desastre total para los atenienses y su marina. Aun así los espartanos tardaron mucho en aprovecharse de aquel regalo inesperado. En septiembre de 411, tuvieron la mejor oportunidad de alzarse con la victoria cuando una flota ateniense fue derrotada cerca de las costas de Eubea y se produjo una profunda escisión en el pueblo de Atenas a consecuencia de un intento de golpe de Estado antidemocrático. Pero una vez más los espartanos desperdiciaron la ventaja que se les había presentado. Al año siguiente hacían de nuevo proposiciones de paz, oferta que, según se dice, repitieron cinco años después.

Entre los espartanos, los últimos años de la guerra, de 411 a 404, estuvieron marcados por su continua incompetencia naval y las carreras de dos de los desalmados más crueles de la historia de Grecia, el brutal Clearco y el despiadado Lisandro. Para los atenienses, a pesar del fracaso de Sicilia y del violento golpe de estado de 411, fueron sorprendentemente unos años de extraordinario vigor

cultural. En los tensos primeros meses de 411 se estrenaron dos de las obras maestras del poeta Aristófanes, *Lisístrata* y *Las Tesmoforias*, en las cuales se juega cómicamente con el tema de los papeles sexuales (y en la segunda además con el personaje de Eurípides, el autor de tragedias). Utilizando la «nueva música» al gusto ateniense, Eurípides supo llevar el coro trágico a extremos nunca alcanzados y estrenó además una de sus obras maestras, una brutal reelaboración del mito de Orestes. Más tarde se retiraría a Macedonia, donde compuso su mejor obra, *Las bacantes*, con su historia de resistencia primero y luego de sumisión al poder del dios Dioniso. Los escultores de la ciudad realizaron también una de las obras maestras de la época clásica, las imágenes de la victoria y la procesión de reses para el sacrificio representadas en el friso del templo de Atenea, diosa de la Victoria (Nike), cuyas obras habían sido concluidas poco antes.<sup>[129]</sup> Y para colmo, el anciano Sófocles, afectado por el papel que había desempeñado involuntariamente en el golpe de Estado de 411, estrenó sus dos mejores tragedias, a pesar de haber sobrepasado ya los ochenta años: *Filoctetes*, sobre el tema del engaño, y *Edipo en Colono*, la obra que mejor expresa la grandiosidad del «temperamento heroico». Los ciudadanos siguieron polarizados en dos frentes, los simpatizantes de la oligarquía y los demócratas convencidos, pero las tensiones no pudieron doblegar el genio de sus grandes artistas.

La victoria final de los espartanos en 404 a.C. se debió en gran medida a la nueva flota que les financiaron los persas y a la táctica cruel y agresiva de su nuevo líder, Lisandro. Se vio favorecida también por la actitud de los propios atenienses, cuyo extremismo los llevó a desterrar e

incluso a ejecutar a sus mejores generales a resultados de procesos iniciados por motivaciones políticas. En 404 el «segundo equipo» de generales atenienses fue derrotado en una batalla naval en el Helesponto, dejando desguarnecida la ruta marítima de la que dependían las importaciones de grano de la ciudad. Los atenienses tuvieron que entregar su flota, demoler los Muros Largos y aceptar el establecimiento de una oligarquía muy estricta, respaldada por los espartanos. Se dice que sus vecinos, los tebanos y los corintios, insistieron en que se destruyera por completo la ciudad.

Los más de veinte años de guerra intermitente vieron a lo sumo cinco grandes enfrentamientos. No obstante, se produjeron más de cien choques menores a lo largo y ancho de todo el mundo griego. Casi todas las regiones guardarían recuerdos de momentos de grandísima dificultad, en los que su libertad se vio amenazada y en los que los habitantes del país se expusieron a todo tipo de peligros con tal de asegurar su inmunidad y su supervivencia. En toda Grecia, remeros sudorosos, soldados de caballería (que todavía montaban sin estribo), e incluso buceadores llevaron hasta el extremo la capacidad de aguante del ser humano. Los éxitos menores de los primeros años de la guerra fueron conmemorados por una serie de trofeos o pequeños monumentos locales a la victoria, pero vista desde la distancia, aquella incoherente situación de estancamiento no habría llegado nunca a parecer demasiado significativa para nuestro conocimiento de la Antigüedad griega. Al carecer de testimonios importantes, nos habría costado muchísimo trabajo reconstruirla a partir de las inscripciones (cuya datación depende a veces de frágiles conjeturas en torno al estilo en

particular en que fueron talladas en la piedra) y de las referencias indirectas contenidas en la comedia ática. El suceso tiene una importancia tan duradera para el conjunto de la humanidad debido al historiador, superviviente del conflicto, que nos lo cuenta, el aristócrata ateniense Tucídides; su obra, inacabada en el momento de su muerte, llega hasta el año 411 a.C.

Tucídides había nacido en el seno de una familia noble en *ca.* 460-455 a.C. y estaba emparentado con Cimón, la antítesis desde el punto de vista político de Pericles. A pesar de todo, fue este último el que se convirtió en su ídolo y su líder ideal, pues era la voz predominante en Atenas cuando el joven Tucídides pudiera empezar a asistir a las asambleas por su cuenta. A finales de la década de 440, parecía que la hegemonía de Pericles había puesto coto a los posibles excesos de la democracia y de la asamblea ante la cual pronunciaba sus discursos. A ojos del joven, pues, se trataba de una verdadera «edad de oro»: por su familia, por sus simpatías y por su mentalidad Tucídides no era demócrata. Habla en tono despectivo de los sucesores de Pericles de tendencias más populistas (los individuos «más violentos», que pretendían ocultar sus fechorías prolongando la guerra, o simplemente «malas personas»). Sus preferencias políticas iban hacia una oligarquía restrictiva que debía quitar de en medio a más de la mitad de los electores atenienses («el mejor gobierno que han tenido los atenienses... al menos en mi tiempo»).[130] La ignorancia, las disputas y la incompetencia del «pueblo», afirma, fueron las causas fundamentales del fracaso de la expedición a Sicilia. Otros, más imparciales, habrían echado la culpa a la debilidad y las vacilaciones del principal general, Nicias. Pero para

Tucídides, Nicias era «uno de los nuestros», un hombre rico, aunque no perteneciera a la nobleza, que posteriormente sería recordado como un personaje «que nunca hizo nada... por el partido democrático».<sup>[131]</sup> Nicias recibe de Tucídides un último tributo de gloria, que refuta el modelo habitual seguido por el autor para elogiar a los hombres que hicieron algo grande, y no a aquellos que fracasaron, a pesar de sus buenas intenciones.

Tucídides valoraba mucho la precisión, la «exactitud», utilizando la nueva palabra para designar dicho concepto que se había puesto de moda en griego: A la hora de recoger información, demuestra un conocimiento admirable de los problemas que comportan los falsos recuerdos, y de la necesidad de una «investigación laboriosa».<sup>[132]</sup> También había reflexionado detenidamente acerca de los problemas que supone el establecimiento de una cronología. Ante todo, eliminó a los dioses como explicación del curso seguido por los acontecimientos. Cuando tenía veintitantos años es muy posible que escuchara una charla del viejo «investigador», Heródoto, o incluso que lo conociera cuando éste viajó a Atenas. Es muy probable que su predecesor le pareciera sorprendentemente ingenuo, poco crítico y (sin duda alguna) supersticioso. No hay el menor indicio de que escribiera su obra teniendo en mente ante todo la «investigación» de Heródoto. La obra de éste no era tanto un modelo cuanto un «galimatías» (en su opinión). Asombrosamente seguro de sí mismo, consideraba su enfoque, totalmente distinto del de su antecesor, como un medio de escribir una «adquisición para siempre».

Los sueños y las profecías, la simple sabiduría de los «sabios consejeros», la creencia en que todo el que va

demasiado lejos acaba sufriendo una justa venganza y el castigo divino: Tucídides excluía todos estos elementos básicos de la obra de Heródoto, del mismo modo que excluía las explicaciones basadas en maldiciones o causas divinas. Él no tenía nada que ver con la creencia «arcaica» en que la persona debía sufrir por las malas acciones de sus antepasados: en una ocasión en la que Heródoto veía cómo se manifestaba la justicia divina en acción, Tucídides ni siquiera habla de ello y da sólo una explicación política.<sup>[133]</sup> Era partidario de un nuevo realismo más perspicaz. Le fascinaba el abismo que separa expectativas y resultados, intenciones y realidad. Al igual que le fascinaban las malas relaciones existentes entre la justicia y los intereses personales, la realidad del poder y los valores de la honestidad. Era consciente de la diferencia que había entre la verdad y la argumentación retórica. Sabía que lo que los hombres decían en público no era lo que hacían en la práctica. Los espartanos empezaron prometiendo la «liberación» del mundo griego, y luego traicionaron el valor de la libertad. Tucídides no es ningún cínico, no es un hombre que atribuya siempre motivos egoístas e indignos a los actores del drama. Era más bien un hombre realista, pues había aprendido la dura lección de que en las relaciones interestatales, los más fuertes dominan siempre que pueden, una realidad de la vida que otros, declarándose fieles a la justicia, deciden por su cuenta y riesgo oscurecer o pasar por alto. Él se percataba de que una «política exterior ética» es una trivialidad vana.

Su *Historia de la guerra del Peloponeso* constituye un relato sumamente penetrante sobre la libertad y la justicia y los límites prácticos que encuentran ambas en la vida real. El

lujo le preocupaba menos: estaba dispuesto a admitir que un individuo combinara la astucia y el éxito en la vida pública con la perversión y los excesos en la vida privada. Veía ejemplificada esta posibilidad en su pintoresco amigo Alcibiades, durante la única fase verdaderamente valiosa (411-407) de su dilatada carrera política en Atenas. El objetivo explícito de Tucídides era enseñar a sus lectores, pero lo que pretendía enseñar no era cómo abordar un problema militar o un reto en el campo de batalla. Tucídides admiraba la sabiduría práctica, las sutiles improvisaciones de un genio político como Temístocles o la longitud de miras y la (discutible) constancia de Pericles. Esas cualidades y sus representantes debían ser emulados. Pero también deseaba exponer en toda su crudeza, a través de la palabra y la acción, la realidad amorala de la política entre los Estados, las distorsiones verbales de los portavoces diplomáticos y de los líderes de las distintas facciones, y la espantosa violencia desencadenada por la revolución política «mientras la naturaleza humana siga siendo la misma». Su diagnóstico resulta perfectamente reconocible todavía en la actualidad.

Murió probablemente a comienzos de la década de 390 a.C. antes de concluir su historia: el relato se interrumpe con los sucesos de 411 a.C. no con la derrota de 404, que ya se prevé. Las etapas de composición de los ocho libros que poseemos nos recuerdan que la obra no fue escrita de una vez: debemos tener en cuenta ajustes finales de los puntos de vista del autor. No obstante, por las partes que se nos han conservado sin acabar podemos ver que la exposición de los hechos desnudos de la vida de la política de facciones y de las relaciones entre los Estados no es un relato crudo e inhumano. El autor ofrece una brillante descripción de la

peste mortal que asoló Atenas a partir de 430, una verdadera obra maestra de observación. Ante todo, no se caracteriza por las alusiones a causas divinas, aunque sus admiradores griegos más perspicaces darían posteriormente este tipo de explicaciones al hablar de pestes similares en sus respectivas obras. Al mismo tiempo, describe la psicología y los sufrimientos humanos de los actores del drama, y lo hace con la comprensión de una víctima: Tucídides simplemente nos dice, con la sobriedad de un noble, que también él padeció la peste. Su análisis humano es mucho más profundo que la recopilación diaria de los síntomas externos de la enfermedad realizada por el más «científico» de los autores griegos de tratados de medicina. Del mismo modo, su estudio de las luchas de facciones está escrito con una compasión sincera por la difícil situación de los que quedaron atrapados entre los extremistas. Expresa una sincera preocupación por los valores de la simple honradez. A través de sus discursos, pero también, desde el punto de vista de su relato, Tucídides pone de relieve la fuerza de los sentimientos y los sufrimientos de los actores del drama, y nos invita a comprender qué era ser uno de ellos en aquellos tiempos. Debemos entender la manera de ser del mundo, nos dice; pero según da a entender, esa manera de ser es tristísima, lamentable. El maestro del realismo es también consciente de su contexto, emocionalmente perturbador.

Los propios antiguos reconocían que Tucídides era la cumbre de la historiografía, por duro y difícil que pudiera parecer su estilo. Apenas treinta años más joven que Heródoto, pertenecía a una generación que no había vivido ninguna revolución tecnológica, ningún cambio repentino en su geografía ni en su vida material. Pero su forma de

presentar a los hombres de su tiempo pertenecía, desde el punto de vista intelectual, a un universo mental completamente distinto. Como Heródoto y tantos otros historiadores griegos, escribió su obra en el destierro, lejos de su ciudad natal, pero no sin haber escuchado los debates desarrollados en la ciudad-estado más poderosa de Grecia, no sin haber participado en ellos o haber aprendido de ellos, pues incluso sirvió durante un breve período como general. Se formó y se fortaleció en el centro del poder, en Atenas, en un ambiente en el que por primera vez se estaba enseñando teoría política, en el que las generalizaciones en torno a la psicología humana eran tema de conversación habitual entre los miembros de su clase, y en el que el poder y el ejercicio del mismo eran temas de apasionado interés. Atenas era su Nueva York, mientras que Turios era el Buenos Aires de Heródoto. En su *Historia de la guerra del Peloponeso* Tucídides afirma haberse atenido «lo más fielmente posible a la esencia de lo que en realidad se dijo» cuando presenta los discursos de algunos selectos contemporáneos. Aunque en este sentido a menudo se le traduce mal, Tucídides rechaza la exactitud literal, pero afirma que se atiene con la mayor fidelidad posible a la realidad. Lo que se deduce de estas palabras es que a menudo se ha atenido efectivamente con mucha fidelidad a ella. El estilo de esos discursos puede que a veces sea del propio Tucídides, pero su galería de oradores nos permite escuchar las voces de un nuevo realismo articulado, el estilo de la generación que constituía su propio contexto personal. A través de ellos y de la perspectiva implícita de Tucídides, la guerra del Peloponeso sigue siendo la guerra más instructiva de toda la historia de la humanidad.



# Capítulo 15

## SÓCRATES

Al entrar, en efecto, encontramos a Sócrates recién desencadenado, y a Jantipa —que ya conoces— que llevaba en brazos a su hijito y estaba sentada a su lado. Conque, en cuanto nos vio Jantipa, se puso a gritar, como acostumbran a hacer las mujeres: «¡Ay, Sócrates, por última vez te hablarán tus amigos y tú a ellos!». Al punto Sócrates, dirigiendo una mirada a Critón le dijo: «Critón, que alguien se la lleve a casa».

PLATÓN, *Fedón* 60a

Pero ya es hora de marcharnos, yo a morir y vosotros a vivir. Quién de nosotros se dirige a una situación mejor es algo oculto para todos, excepto para el dios.

Palabras del «Sócrates» de Platón al jurado,  
*Apología* 42a

Como tributo a la Atenas clásica, la villa de Adriano contenía un «Liceo», una imitación del santuario en el que había enseñado y conversado el más célebre de todos los atenienses. No era rico ni apuesto. No escribió nunca un libro ni nunca recibió premio alguno. El propio oráculo de Delfos lo declaró el hombre más sabio de Grecia, pero debemos añadir que era sabio porque conocía su propia ignorancia. Su estilo de impartir enseñanza consistía, al parecer, en una sucesión de preguntas y respuestas, a través de las cuales ponía de manifiesto las opiniones contradictorias de sus interlocutores. Sirvió de fuente de inspiración al menos a dos comedias atenienses que giran en torno a su figura, a un conjunto de textos acerca de sus supuestos «Diálogos», a una acusación de bigamia y a una serie de recuerdos compilados por Jenofonte, el sobrio a la

vez que primoroso escritor ateniense, con el fin de demostrar que había adorado sinceramente a los dioses y había sido contrario al mantenimiento de relaciones sexuales con muchachos. Pero sobre todo, fue la fuente de inspiración de las obras escritas por su discípulo, Platón. A través de todas estas obras determinó el futuro de toda la filosofía occidental.

Y, sin embargo, en la primavera de 399 un gran jurado de ciudadanos atenienses lo condenó a muerte. Sócrates, afirmaba la acusación, «no reconoce a los dioses que reconoce la ciudad», introduce nuevas «divinidades», y «corrompe a la juventud».<sup>[134]</sup> Después de pasar un mes en la cárcel, murió bebiendo una copa de cicuta. La condena de un anciano de setenta años gordinflón y excéntrico que había impartido sus enseñanzas en Atenas durante casi cuarenta viene a recordarnos que la democracia más perfecta del mundo no era liberal, tolerante ni partidaria de la libertad personal en todos los terrenos.

Sócrates había nacido en Atenas en *ca.* 470 a.C. en el seno de una familia humilde, hijo de un albañil y, al parecer, una vulgar partera. Era sorprendentemente feo, y tenía la nariz aplastada, barriga, labios gruesos y ojos saltones que daban vueltas cuando hablaba. Era maravillosamente desaliñado, llevaba un manto raído y a veces ni siquiera se molestaba en ponerse sandalias. Sus prioridades eran otras, y se cuenta que se quedaba absorto en sus reflexiones, olvidándose de todo lo que lo rodeaba. No obstante, estaba casado con Jantipa que, según Jenofonte, era una mujer de un carácter endiablado: «Precisamente por eso», hace decir a Sócrates, «también yo, queriendo tener trato y alternar con hombres, me he procurado esta mujer, convencido de que si

puedo soportarla a ella, fácilmente podré tratar a todos los demás hombres».<sup>[135]</sup> Tuvo tres hijos varones, ninguno de los cuales llegó a nada especial. Demostró además su capacidad de aguante y su valentía participando al menos en tres campañas fuera de Atenas como soldado de infantería, en una de las cuales salvó la vida al controvertido «niño bonito» de la ciudad, el joven aristócrata Alcibíades. Durante sus últimos años, fue miembro del consejo en un momento verdaderamente crítico y se opuso a la cruel propuesta de condenar a muerte a los generales atenienses por medio de una votación en bloque. Para ser miembro del consejo no tuvo más remedio que ser escogido por sorteo: estaba dispuesto, por tanto, a cumplir con su obligación y hacer lo que le mandara la democracia, aunque en sus conversaciones afirmaba que el sorteo era un sistema estúpido de gobernar un Estado. Dos años más tarde, después de un brutal golpe de Estado en la ciudad, se opuso a otra orden indigna, la de detener a un meteco y darle muerte. Ciudadano leal en todo momento, Sócrates no hizo el menor intento de escapar cuando estaba en la cárcel a la espera de ser ejecutado por la democracia recién restaurada.

Una consecuencia de sus actividades es el hecho de que ahora nos planteemos el «problema de Sócrates». Los testimonios acerca de su persona son tendenciosos en dos sentidos. O bien son hostiles y satíricos, o bien se manifiestan enteramente a su favor e idealizan su figura, como hacen sus discípulos Platón y Jenofonte. Si era de familia humilde y no cobraba, ¿cómo hacía para vivir y dedicarse día tras día a hacer preguntas a todo el que se le ponía delante (especialmente jóvenes de noble cuna)? No lo sabemos, pero, como a tantos académicos despistados, le

gustaban los buenos banquetes y se dice que aguantaba el vino de maravilla. Le gustaban también los jóvenes hermosos y de buena familia: ¿Cobraba dinero o había encontrado alguna fuente de ingresos que sus admiradores se han encargado de hacernos pasar desapercibida? Entre sus seguidores hay dos discípulos que adoptaron posturas diferentes ante el lujo. Uno se oponía a él y centra su atención en el Sócrates «ascético», descalzo, mientras que el otro apoyaba el «placer» y lo consideraba el bien supremo, como el Sócrates que disfrutaba de una mesa de banquete elegantemente dispuesta. Siglos más tarde, un cristiano, san Agustín, señalaba el «efecto» contradictorio de Sócrates a este respecto. Parece que le gustaba pasar una buena velada, enriquecida con el esplendor de los atenienses de clase alta, pero no era ésa su ambición ni la medida de su valía.

Sócrates planteaba ante todo preguntas relacionadas con los valores y la ética. La justicia y sus ventajas eran indudablemente una de esas preguntas y Sócrates intentaría encontrar una definición clara del concepto en cuestión, con el fin de solucionar los casos discutidos. No enseñaba «valores» confirmados por la religión, pero discutía a partir de esas premisas. Posteriormente se creería, erróneamente, que decía que sólo sabía que no sabía nada. Por el contrario, él afirmaba que carecía de sabiduría. A diferencia de un carpintero o de un zapatero experto en su oficio, no tenía un conjunto de conocimientos que pudiera transmitir a otros sistemáticamente demostrándolos en la práctica. Sabía algunas cosas, pero no conocía ningún sistema. La importancia de todas esas preguntas radicaba en que había otros en Atenas que afirmaban haber encontrado ese conocimiento acerca de nuevos temas a cual más interesante.

Sócrates es recordado, especialmente por Platón, por su ironía o modestia burlona. Y lo más importante es que la practicaba como un miembro más del grupo de los intelectuales en general. Desde la década de 440 Atenas se había convertido en un imán para una serie de pensadores y maestros extranjeros que transformaron los horizontes de la juventud de la ciudad: hacia 420 podemos hablar con toda justicia de un abismo generacional entre padres e hijos. No se trataba de un abismo absoluto, pues también algunos viejos escuchaban las nuevas enseñanzas, pero desde luego se produjo un cambio real y perceptible en la forma de razonar y de argumentar de los atenienses. Algunos pensadores enseñaban el arte de hablar; otros tenían ideas muy radicales acerca de los dioses, afirmando incluso que eran una invención del hombre por motivos sociales. Seguían enseñando astronomía, geometría y las ciencias que habían empezado a ser cultivadas en Jonia; Hippias, del que se burla Platón, llegó incluso a elaborar una cronología del pasado. Diferenciaban además lo que era «natural» de lo que era «convencional», planteando así una cuestión trascendental para la ética y la sociedad humana: Protágoras sostenía, según Platón, que algunas convenciones podían ser de hecho naturales, pues el hombre es un animal social por naturaleza. Para los que se encontraban dentro de su círculo mágico, las charlas de aquellos personajes resultaban apasionantes. El diálogo de Platón titulado *Protágoras* capta el interés que despertaban las visitas de uno de aquellos grandes hombres. Los oyentes acuden como moscas a la selecta mansión de un rico aristócrata, Calias, y se quedan a dormir en cualquier rincón con tal de oír sus palabras.

Los pensadores siempre hacen reír y en 425 a.C. dos

comedias atenienses distintas arremetieron contra Sócrates. La más conocida, *Las nubes* de Aristófanes, satiriza al personaje presentándolo como un sofista que enseña que existen dioses nuevos que llevan nombres tales como Caos o Torbellino, y niega que el trueno y el rayo sean instrumentos del castigo de Zeus. Sócrates regenta un «Pensadero» y cobra por enseñar a sus discípulos la manera de hacer que los argumentos injustos prevalezcan sobre los justos. Sus excentricidades científicas significan que los dioses habituales ya no son «moneda corriente» para él. Sus discípulos aprenden a comportarse de manera inmoral. Hacen trampas, se conducen injustamente y pegan incluso a sus ancianos padres. Al final de la obra, uno de estos progenitores pide que quemen el «Pensadero» diciendo: «¿Con qué propósito ofendíais a los dioses y escudriñabais las posaderas de la Luna? Persigue, golpea, dispara. Por mil razones, pero sobre todo por una: pues sabes que ofendían a los dioses».<sup>[136]</sup>

Parece que Aristófanes acudía a cenas a las que asistía también Sócrates y que gastaba bromas con él. Sin embargo, el trato social puede ser compatible con el desprecio y la burla en privado, sobre todo cuando uno de los contertulios es un intelectual. Quizá algunos de los espectadores y lectores de Aristófanes fueran tan refinados como alguno de los académicos modernos especializados en él que consideraran la exagerada agresividad del padre agraviado de la obra un simple chiste más. Pero la mayoría de ellos seguramente la entendieran al pie de la letra.

Esos ataques se inscribían en un contexto más amplio. En la década de 430 parece que había sido aprobado en Atenas un decreto en virtud del cual la impiedad se

convertía en delito y quedaban incursos en juicio sumarísimo «quienes no creyeran en cuestiones divinas o enseñaran doctrinas sobre las cosas de lo alto».<sup>[137]</sup> La democracia no toleraba el ateísmo, pero fue precisa una crisis o algún tipo de maniobra política para que se convirtiera en una cuestión importante en los tribunales de justicia. En 415 a.C. poco antes de que zarpara la desafortunada expedición de los atenienses a Sicilia, un grupo organizado de gamberros mutiló los falos en erección de las hermas situadas en las calles de Atenas. Por temor a que se produjera un golpe de Estado, el pueblo procesó a los sospechosos y descubrió incluso a otros que habían profanado en sus casas el secreto de los ritos místéricos de Eleusis, por los que tanta devoción sentían los atenienses. Entre los culpables había jóvenes de noble cuna, la mayoría de veintitantos o treinta años, que probablemente habían recibido las enseñanzas de los intelectuales. El profanador más espectacular de los Misterios de Eleusis fue Alcibíades, hombre de gran talento perteneciente a una familia noble, sumamente apuesto y afectado al hablar, cuya audacia y cuya presencia en la escena política eran deseadas por todos. Era además el discípulo más famoso de Sócrates y, según la opinión de muchos, también uno de sus amantes.

En la primavera de 399 el proceso que se abrió contra Sócrates fue por «impiedad» y las acusaciones presentadas contra él reflejaban la sátira desarrollada en la comedia de Aristófanes. Se decía que introducía «nuevos dioses», cosa que no era delito en sí misma, excepto si los «nuevos» dioses excluían el culto de los dioses tradicionales de la ciudad. Se afirmaba que las supuestas divinidades científicas de Sócrates hacían precisamente eso, y él mismo era conocido

por apelar a la guía de una «divinidad interior» que, según Platón, le prohibía hacer determinadas cosas y, según Jenofonte, le daba también órdenes en sentido positivo. La consecuencia implícita de todo ello era el ateísmo, y además Sócrates «corrompía a la juventud».

Según nuestra mentalidad, «corrupción» supone acoso sexual. Evidentemente esta cuestión tenía mucho que ver con la reputación de Sócrates, aunque Aristófanes la pasara por alto. Las protestas de Platón y Jenofonte en este sentido son demasiado insistentes. El Sócrates de Jenofonte reconoce que siempre está «enamorado de alguien»,<sup>[138]</sup> pero deplora los actos homosexuales: reprende a un ateniense que está a punto de realizar uno y lo critica por comportarse como un lechoncillo que se restriega contra una piedra. El Sócrates de Platón reconoce que le excita aunque sólo sea atisbar el cuerpo de un muchacho hermoso por debajo de su túnica. Platón lo absuelve además enfáticamente del delito de haber mantenido relaciones sexuales con Alcibíades: éste lo deseaba, nos dice el filósofo, pero se supone que Sócrates se durmió castamente en sus brazos. La vida social de Sócrates está llena de amantes y pasiones homoeróticas: una pieza singular de sus conocimientos personales era desde luego el dios del amor.

Para los jurados atenienses de 399 a.C. lo más importante era la influencia moral ejercida por Sócrates sobre sus discípulos más famosos. Al rechazar a los dioses aceptados por la mayoría, ¿no estaba acaso fomentando abiertamente una conducta amoral? En este sentido algunos acontecimientos recientes hablaban en contra suya. Su amado Alcibíades se había conducido de modo ofensivo contra Atenas, desertando incluso y pasándose a los

espartanos. Su querido Cármenes había acabado formando parte de la abominable decarquía que había aterrorizado a Atenas durante la última fase del golpe de Estado que se produjo al término de la guerra con el respaldo de los espartanos. Critias, de rubia cabellera, siempre tan cariñoso, había demostrado un comportamiento abyecto, siendo el cerebro oculto tras el gobierno de los Treinta Tiranos, con el que había dado comienzo la ruina de la ciudad y que había costado la vida a muchos atenienses inocentes.

En la primavera de 399 la amnistía vigente prohibía presentar acusaciones de delitos políticos relacionados con aquellos horribles acontecimientos. Sócrates fue acusado de otros crímenes, pero sus acusadores citarían las malas compañías que había cultivado: aparentemente aquella era la prueba definitiva de su influencia inmoral e irreligiosa. Uno de los acusadores, Méleto, había intentado ya procesar a Andócides, otro aristócrata muy impopular, acusándolo de impiedad: probablemente sea el orador que pronunció un discurso relacionado con este caso que ha llegado hasta nuestras manos y que está lleno de fanatismo religioso. La maniobra se nos escapa, pero lo cierto es que luego Méleto colaboró en el procesamiento de Sócrates. No es que las doctrinas de Sócrates fueran favorables a la tiranía ni respondieran a la filosofía política de una junta de dictadores: aunque pensaba que la utilización del sorteo era una tontería, era perfectamente capaz de aguantarse y de conciliar semejante opinión con la participación en la democracia. Sus amigos más célebres estaban ya corrompidos antes de que él los conociera; habían sido viciados por su familia y por su posición social, y Sócrates sólo fue culpable de no convertirlos a la buena causa. La

forma legal de su juicio dejaba al jurado la posibilidad de elegir entre las penas propuestas por una y otra parte. La acusación propuso la pena de muerte, y si Sócrates hubiera propuesto el destierro o el pago de una elevada multa, seguramente se habría salvado. Pero no lo hizo, porque sabía que el juicio era injusto y suponía una burla de lo que había sido toda su vida. A Platón debemos el sublime discurso de defensa que el interesado no se tomó nunca la molestia de preparar. En él, «Sócrates» se imagina que pasará la vida en el más allá disertando sobre filosofía con sus discípulos. Ésa era, por supuesto, su misión, y como el más allá es eterno, lógicamente se ahorraría el peligro de la fatiga y el aburrimiento que supone la acción tutorial.

# Capítulo 16

## LA LUCHA POR LA LIBERTAD Y LA JUSTICIA

Declaraciones como ésta deben hacerse de vez en cuando para asustar y disuadir a los conspiradores. La población libre y las cosechas deben ser llevadas a la ciudad, y el que lo desee puede coger y llevarse del campo los bienes de todo el que desobedezca sin por ello recibir castigo alguno... No deben celebrarse reuniones de ningún tipo en ninguna parte, ni de día ni de noche, y las que sean verdaderamente necesarias tendrán lugar en la asamblea o en el consejo o en cualquier otro lugar público. Ningún adivino debe realizar sacrificios en privado sin que haya un magistrado delante. Los varones no deben reunirse a cenar ni celebrar banquetes, sino que cada uno cenará en su casa, excepto en caso de bodas o banquetes fúnebres, e incluso en estos casos el acto debe ser notificado previamente a los magistrados.

ENEAS TÁCTICO, acerca de las medidas a adoptar durante el  
ataque de un invasor, 10.3-5

(finales de la década de 350 a.C.)

Los cuarenta años más o menos que siguieron a la inesperada victoria de los espartanos sobre los atenienses son un calidoscopio de guerras, alianzas en continuo cambio y breves períodos de hegemonía de las distintas grandes potencias de Grecia. Pero tras esa confusión aparente, los ideales de justicia y libertad siguieron siendo defendidos apasionadamente e interpretados de formas muy variadas. Algunas *poleis* menores se beneficiaron de la pérdida de la hegemonía por parte de las distintas potencias. Fuera de Esparta y Atenas, los ciudadanos de las demás comunidades griegas volvieron a tener el protagonismo.

Desde el punto de vista cultural, la concentración del pensamiento, el teatro y las artes en una sola gran ciudad, Atenas, se vio disminuida cuando el poder y las finanzas de ésta dejaron de ser excepcionales a partir de 404 a.C. Probablemente murieran la mitad de sus ciudadanos varones (que habrían quedado reducidos en 403 a.C. a unos 25.000, en vez de los 50.000 o más que había en la década de 440), pero el legado cultural de Atenas no murió. Dicho legado siguió difundiéndose fuera del Ática, pues nunca dejó de ser la «educación de Grecia», como lo había llamado Pericles. Los escultores que habían trabajado en el grandioso programa de construcciones de la Acrópolis de Atenas emigraron a las cortes de algunos mecenas dinásticos y se llevaron consigo los secretos de su oficio. Las casas de las familias de la buena sociedad del Ática habían sido decoradas con hermosas pinturas murales, pero cuando estos patronos se eclipsaron, apareció una nueva escuela de pintores que siguió sus pasos en Sición, ciudad del Peloponeso que había estado fuera de órbita durante casi dos siglos. Los teatros, invención ateniense, empezaron a aparecer por todo el mundo griego y en ellos se estrenarían las últimas obras maestras de la dramaturgia ateniense como una parte más del repertorio. Los nuevos dinastas de la época, los tiranos de Sicilia y los reyes de Macedonia, compartirían su admiración por los grandes actores.

Surgieron además nuevos centros de éxito y prosperidad. En el norte de Grecia, en la península Calcídica (cerca del actual monte Athos), empezó a prosperar una poderosa liga de ciudades encabezada por Olinto, la ciudad cuyo plan urbanístico y cuyos niveles de confort y de lujo son los mejor conocidos de la historia de Grecia: el rey Filipo de

Macedonia, el padre de Alejandro Magno, arrasó la ciudad en 348 a.C. conservándola así para los arqueólogos y convirtiéndola en una especie de precursora griega de Pompeya. Como muchas otras ciudades del mundo griego, fue trazada siguiendo un esquema perfectamente planificado desde el punto de vista formal. Este esquema reticular, con bloques de edificios regulares, no fue un invento ateniense (era conocido en las ciudades griegas de Occidente, por ejemplo en Metaponto), ni fue necesariamente una creación o un reflejo de la democracia. En Olinto apareció en la década de 430, pero puede que debiera algo a un singular innovador del que también se había beneficiado recientemente Atenas. Durante las décadas de 440 y 430 había sido remodelada la zona situada detrás del puerto de la ciudad, el Pireo: especialmente el ágora de la localidad había sido diseñada por el excéntrico Hipodamo, un extranjero originario de Mileto. Hipodamo era un teórico, un soñador desde el punto de vista social, y un planificador, que creía en la utilidad de las «zonas» y divisiones en el trazado de una ciudad; en 443 a.C. fue invitado a trabajar en el plan urbanístico de la colonia enviada por los atenienses a Turios. Quizá ejerciera una influencia especial debido al libro que escribió acerca de sus teorías. Desde luego los arqueólogos han sacado a la luz un plan regular en forma de parrilla en Rodas, donde también se dice que trabajó Hipodamo. Ese tipo de planificación caracterizaría a numerosas ciudades del siglo IV: uno de los casos más palmarios es el de la pequeña localidad de Priene, en Asia Menor, que fue fundada de nuevo entre 350 y 330 a.C. La labor de Hipodamo en Atenas probablemente fuera importante por la adopción de ese tipo de planificación, sobre todo si en su «libro» se

analizaban esos principios: Atenas, sin embargo, no fue la responsable de la adopción generalizada de dichos principios.

El fin del imperio ateniense disminuyó también el atractivo de Atenas como meta de los viajes de los intelectuales. En este terreno la ciudad siguió siendo importante, pero no ya fundamental. Aunque Platón, que vivió casi toda su vida en Atenas, idealizaba los avances realizados recientemente en el terreno de las matemáticas, el mayor matemático y astrónomo de la época, Eudoxo, apareció en una población hasta entonces relegada, Cnido, en Asia Menor. En Atenas las opciones más populares eran la retórica, esto es, el arte de hablar y de escribir, y la filosofía. Durante muchos años, llegarían a Atenas discípulos de todos los rincones del mundo griego deseosos de estudiar con el gran maestro literario, Isócrates. No obstante, la prosa de Isócrates se resintió de su alejamiento de la vida política activa; incluso en la actualidad, cuando las analizan los ordenadores, sus obras tienen un ritmo tediosamente previsible. Isócrates atacó a los que eran intelectualmente superiores a él, a los filósofos que estudiaban con Platón. Se desencadenó una verdadera «guerra» en el ámbito de la educación superior, pero Platón y luego Aristóteles serían, como veremos, los vencedores.

Desde el punto de vista político, el principal acontecimiento de las primeras décadas del siglo IV fue la reanudación de la brutal hegemonía de los espartanos, a la que seguiría la ansiada caída de su principal base de poder. A finales del siglo V, Lisandro ya había planteado graves cuestiones en torno al problema de hasta dónde debía llegar la preeminencia de un individuo en el grupo de los llamados

«iguales» de Esparta. Había desafiado la oposición del sistema al lujo y a las importaciones de riquezas del extranjero: en esta época los perniciosos efectos del «lujo» se estudiaron sobre todo en relación con los ideales espartanos. La «molice» y la extravagancia personal eran consideradas vicios sociales por los moralistas de la época. Constituían los rasgos característicos de los déspotas (los titulares de los reinos de Chipre eran ejemplos particularmente «malos») y socavaban de mala manera las sociedades guerreras (la debilidad del Imperio Persa del siglo IV sería achacada de modo harto superficial al «lujo»).

Gracias a los saqueos y las victorias de finales del siglo V, llegaron cientos de talentos de plata a Esparta, cuyos ideales seguían siendo profundamente contrarios a su incorporación. Otros tesoros fueron retenidos o controlados por el propio Lisandro. Éste no sucumbió personalmente víctima del lujo; más bien fue todo un maestro en el arte del soborno y de la corrupción de otros. Desde 406 a.C. diseñó sus peculiares versiones de «libertad» y de «justicia» para las demás comunidades griegas. Sus planes comportaban el sometimiento de ciudades enteras a decarquías o camarillas de diez hombres descaradamente pro espartanos y antidemocráticos. Consecuencia de todo ello fue una «incontable matanza de demócratas populistas de las ciudades»: Si esto ocurrió en otros lugares, ¿qué no haría Lisandro a una Atenas derrotada? Se dice que propuso la esclavización de toda la población de la ciudad, mientras que un tebano, el odioso Erianto, llegó a exigir incluso que Atenas fuera arrasada y que el Ática fuera convertida en terreno de pasto para las ovejas. Tebas y Corinto insistían en la necesidad de destruir Atenas.

Durante los últimos años de la gran guerra, Esparta había contado con la ayuda —desde 407 a.C. en adelante— de un joven príncipe persa, Ciro. Y en cuanto acabó la guerra tuvo que ayudar a este Ciro en un auténtico intento de fratricidio, la campaña que organizó para asesinar a su hermano Artajerjes, el legítimo heredero del trono de Persia. Ciro fracasó en su intento y murió en Mesopotamia en el otoño de 401, mientras combatía en el campo de batalla a lomos de su indómito caballo Pasacas. En consecuencia, el soberano persa que de ese modo había logrado sobrevivir pasó a considerar a Esparta su principal enemigo en Grecia. Los espartanos no tardaron en tener problemas también en Grecia. En 403, finalmente pactaron con los demócratas atenienses que habían logrado sobrevivir, pero su hegemonía incontestable les alienó rápidamente el apoyo de corintios y tebanos. Y así estos últimos iniciaron una guerra contra Esparta aliándose precisamente con los atenienses, a los que poco antes habían querido aniquilar; los aliados contaron con la asistencia en barcos y dinero del rey de Persia, decididamente antiespartano. Esta guerra supuso por lo menos el fin de Lisandro, que murió en el campo de batalla a finales del verano de 395 en la Grecia central. Sus ambiciones habían llegado a atemorizar incluso a sus compatriotas. A su muerte, se dice que se encontraron en su casa los supuestos planes que había elaborado para reformar la monarquía espartana. Se cuenta que resultaron demasiado persuasivos para que el que los encontró, el rey Agesilao, se atreviera a leerlos en público, por lo que fueron destruidos. Esta curiosa anécdota tuvo consecuencias para todas las partes implicadas.<sup>[139]</sup>

En el curso de esta nueva guerra, los atenienses

dependieron básicamente de la ayuda del rey de Persia, pero cuando su fortuna comenzó a renacer, se lanzaron a hostigar los territorios de los persas en Asia Menor. A finales de la década de 390 los atenienses empezaron a jugar fuerte: no dudaron en prestar ayuda a los rebeldes de Chipre y de Egipto, como si quisieran resucitar las ambiciones sobre Asia que habían acariciado en los buenos tiempos de 450. Para recuperar el favor de los persas, los espartanos acordaron devolverles Chipre y las ciudades griegas de Asia Menor: resultado de todo ello fue la firma de un tratado espartano-persa, que dio lugar en términos más generales a la «Paz del Rey» de 386 a.C. Después de esta grave traición a la libertad de los griegos, los espartanos empezaron a abusar brutalmente del principio de «autonomía» que habían ofrecido a Grecia según los términos de la Paz del Rey. La «autonomía» era una especie de libertad, pero, como siempre, una libertad con restricciones: se presuponía la existencia de una potencia externa lo bastante fuerte como para saltársela a la torera. Los espartanos no tardaron en poner en práctica esta definición. Arrasaron la ciudad vecina de Mantinea, en Arcadia, que consideraban poco de fiar, afirmando que la «autonomía» exigía su división en pequeñas aldeas.

Durante los quince años siguientes se demostró cuán acertada era la prudencia mostrada por los grandes historiadores. La vieja creencia de Heródoto en el «orgullo antes que la caída» se vio rápidamente confirmada por el eclipse de Esparta, lo mismo que la clarividente idea de Tucídides de que en las relaciones interestatales la «justicia» es el pretexto que ponen los débiles cuando carecen de fuerza para hacer valer sus intereses. A pesar de la Paz del

Rey de 386, los espartanos efectuaron incursiones de saqueo gratuitas contra Tebas y Atenas. Se trasladaron también al norte, respondiendo a la petición de ayuda del rey de Macedonia, con el fin de restablecerlo en el trono. Todas estas empresas tendrían repercusiones negativas para ellos. En 379 los tebanos expulsaron a la guarnición impuesta por los espartanos y se volvieron favorables a la democracia y decididamente antiespartanos. En la primavera de 377 los atenienses, a la sazón muy debilitados, empezaron a reclamar justicia y a invitar a sus aliados griegos a unirse en una nueva «Confederación» antiespartana que evitaría incurrir en los supuestos motivos de queja de los tiempos del «imperio» de Atenas. La «Confederación» fue un gran éxito y al cabo de dos años se habían integrado en ella más de setenta aliados. En cuanto al rey de Macedonia, fue restaurado en el trono gracias a Esparta, pero cuarenta años más tarde, Filipo I y luego Alejandro Magno mostrarían una actitud claramente antiespartana; su diplomacia y sus campañas militares contribuirían a aislar todavía más a Esparta dentro de Grecia. Vista la situación retrospectivamente, los espartanos deberían haber hecho caso omiso a las peticiones de ayuda de los macedonios.

Ninguna ciudad-estado de Grecia quería la guerra por la guerra, y la propia hegemonía de los espartanos provocó su caída. La incursión realizada contra el Pireo en la década de 370 ofendió muchísimo a los atenienses y además las tropas espartanas continuaron desafiando a los tebanos, que les eran hostiles y habían empezado a expandirse en el marco de su confederación de ciudades vecinas. En 371 se produjo el punto de inflexión. Tras intentar detener una vez más la expansión regional de Tebas, los espartanos perdieron en

Leuctra una batalla trascendental por tierra frente a la compacta formación en línea de los tebanos. Uno de sus reyes quedó atrapado junto con su caballería delante de la infantería, condenando a los espartanos a la peor derrota jamás sufrida. Más tarde se diría que los dioses y los presagios habían sido contrarios a los espartanos y que la batalla había tenido lugar en un sitio en el que los soldados espartanos habían violado a unas hermanas en un pasado legendario.<sup>[140]</sup> De ser así, las doncellas violadas habrían tomado justa venganza.

Las consecuencias fueron aprovechadas de inmediato por los ciudadanos de las comunidades griegas del sur a las que Esparta había aterrorizado durante siglos. En el verano de 370 el general tebano Epaminondas fue invitado a cruzar el Istmo y pudo realizar así el sueño que durante tantos años habían abrigado los enemigos de Esparta de invadir el propio territorio de Laconia. La derrota de Esparta produjo dos grandes bienes. Los mesenios, sus vecinos, lograron reagruparse por fin y formar una comunidad griega libre, estatus que les había sido negado durante casi trescientos cincuenta años. Los tiempos de su esclavitud, convertidos en ilotas, habían acabado y para subrayar el hecho construyeron unas impresionantes murallas, sistema defensivo que los espartanos habían odiado siempre. Mientras tanto, los arcadios decidieron construir una nueva «Ciudad Grande» (Megalópolis), formada por la fusión forzosa de las aldeas de la región. Hubo algunas protestas aisladas, pero la «Ciudad Grande» se convirtió en el centro de otro sueño que había sido acariciado durante mucho tiempo, la «Liga Arcadia». Los arcadios llevaban intentando crearla desde hacía al menos ciento cincuenta años. Se integrarían en ella las

distintas ciudades de Arcadia, aunque las rivalidades y facciones locales dificultaron su creación. La Liga debía celebrar una gran asamblea (la «Miríada», de la que probablemente formaran parte todos los ciudadanos varones de Arcadia); para los oligarcas arcadios, que durante tanto tiempo habían contado con el apoyo de Esparta, supuso un gran disgusto. Durante seis años la Liga constituyó una fuerza democrática al frente de un gran ejército (los «Escogidos»), sostenido con las aportaciones de las ciudades miembros. Después de 370 el poder de Esparta se vio seriamente perjudicado por la Liga, en beneficio de una mayor justicia y una mayor libertad para casi todos sus vecinos griegos, que durante tanto tiempo habían sufrido su dominación.

Como cabría esperar, Epaminondas fue honrado en la Arcadia que había ayudado a liberar. Allí fue donde pudo admirar su tumba el emperador Adriano en el curso del viaje que realizó por el sur de Grecia. Cerca de Mantinea, Adriano contempló una columna en la que había tallada una serpiente y, según le explicaron, el monumento había sido erigido en honor de la noble familia de Epaminondas: el general tebano descendía de los nacidos de los dientes del dragón que supuestamente sembró en los campos de su ciudad Cadmo, el mítico fundador de Tebas. Indudablemente Adriano, amante de los mancebos, admiró también la tumba situada en las proximidades, que conmemoraba al joven amante de Epaminondas. Quizá descubriera también que las victorias del héroe habían contado con la inestimable ayuda de una famosa unidad de parejas homosexuales, el «Batallón Sagrado», compuesto por 300 soldados de infantería unidos por lazos amorosos. Los

méritos de los «soldados gays» habían sido analizados por los griegos al menos desde los tiempos de Sócrates.<sup>[141]</sup> Había habido ejemplos individuales entre los propios espartanos, pero el Batallón Sagrado había hecho de la relación sexual entre varones una necesidad.

Lo que no entendía Adriano era que los tebanos y Epaminondas no fueran los campeones ideales en los que los griegos depositaran sus esperanzas de libertad y de justicia. El resto de los helenos no permitió nunca olvidar a los tebanos que sus antepasados se habían puesto ignominiosamente de parte de los persas durante la invasión de 480 a.C. Recientemente habían destruido incluso una ciudad griega situada en sus inmediaciones (Platea, en 373) y luego habían causado daños a otras tres pertenecientes a su propia confederación. Los tebanos no eran vistos por los atenienses con mejores ojos que los espartanos, sus viejos enemigos, y además tenían la desventaja de vivir mucho más cerca de las fronteras del Ática. Después de no pocas vacilaciones, los atenienses abandonaron viejos prejuicios, pactaron con Esparta en 369 a.C. y utilizaron esta alianza como contrapeso frente a los tebanos durante toda la década de 360. La rivalidad entre ambos se puso de manifiesto en el norte de Grecia (incluida Macedonia, fuente de la madera necesaria para la construcción de barcos), en el Egeo (donde la flota tebana intentó prestar apoyo a la oposición oligárquica a los atenienses), y en el sur de Grecia. En 362 tuvo lugar la gran batalla de Mantinea, donde perdió la vida Epaminondas, sin que del enfrentamiento saliera ningún claro vencedor, dejando los asuntos de Grecia envueltos en la «confusión y la incertidumbre».<sup>[142]</sup>

Estas primeras décadas del siglo IV quizá den la

impresión de haber sido un fracaso teñido de melancolía, en el que los griegos no fueron capaces de unirse a pesar de saber que tenían los mismos dioses, la misma lengua y eran étnicamente homogéneos. Pero existían obstáculos muy fuertes para que se produjera esa unidad, y la necesidad de paz no había desaparecido. Una y otra vez se intentó llegar a un arreglo de la situación en Grecia, en un primer momento con el apoyo del rey de Persia. Éste, Artajerjes II, tenía sus propios motivos para querer la paz: necesitaba que los griegos estuvieran disponibles y pudieran así servirle como mercenarios en sus repetidos intentos de reconquistar Egipto, que se había sublevado. Cuando se vio que las propuestas del soberano persa eran demasiado interesadas, los griegos intentaron llegar a una «Paz Común» por su cuenta sin la intervención de los bárbaros. Seguía habiendo una fe inquebrantable en el arbitraje como medio de solucionar las ancestrales disputas de las comunidades griegas. Sin embargo, a menudo lo que estaba en juego en aquellos conflictos eran territorios muy valiosos, así como la mayor libertad (de los ciudadanos varones) en una vida en democracia. Pues la democracia repartía de modo más equitativo entre los ciudadanos las cargas financieras: ello significaba que todos los ciudadanos varones fueran consultados antes de verse envueltos en una guerra. En la oligarquía, podía decirse que las leyes eran «iguales» para todos los ciudadanos, pero en la democracia era más probable que su aplicación fuera igualitaria. Cuando Esparta, el baluarte de la oligarquía, se vino abajo en el sur de Grecia, la democracia se hizo realidad en Arcadia, se ofreció como alternativa en Acaya y se temió incluso su implantación en Corinto. En el siglo IV la democracia no

corría el riesgo de verse desacreditada o en retroceso. Los teóricos de la política analizaron los méritos de una constitución «mixta», como si pudieran mezclarse de algún modo ciertos elementos de la aristocracia, la oligarquía y la democracia para aprovechar lo mejor de los tres sistemas. Dichas teorías eran de hecho impracticables (un Estado o es completamente democrático o no es democrático en absoluto) y no dejaron huella alguna en la vida real. La verdadera democracia seguía suscitando fortísimas pasiones políticas entre los ciudadanos. Durante la década de 370, los demócratas de Argos llevaron a cabo unos actos terribles de «apaleamiento», durante los cuales atacaron a los ricos de su ciudad y causaron la muerte de 1.200 ciudadanos, que cayeron víctimas de la discordia civil. Casi ciento cincuenta años después de que Clístenes propusiera la instauración de la democracia para impedir la reanudación de las luchas de facciones, la democracia era promovida a través de la lucha abierta entre las clases. Y es que en esta época se produjo una verdadera lucha de clases entre los ciudadanos. No se trataba de un enfrentamiento entre ciudadanos y esclavos. Era una lucha entre ciudadanos pobres y ciudadanos ricos. Los primeros utilizaban la democracia contra los segundos, pero lo que movía aquellas luchas era un deseo auténtico de justicia, no sólo la ambición o el puro deseo de venganza.

En medio de aquel desbarajuste, cabría pensar que disminuyera el respeto por los dioses. En el siglo IV los escultores griegos dieron un paso muy audaz, consistente en representar a las diosas como mujeres desnudas o al menos con los senos al descubierto; y en el ámbito de las relaciones interestatales los juramentos se quebrantaron de mala manera. Después de tanto jaleo en torno al pasado mítico,

¿era posible realmente creer en los mitos? Pero lo cierto es que siguió suponiéndose que los dioses tradicionales participaban en la refriega tan activamente como siempre. Se les hacían votos y sacrificios antes de la batalla y al término de ésta recibían, como de costumbre, una parte de los despojos. Siguieron pronunciando oráculos por doquier, aunque el santuario de Apolo en Delfos había quedado recientemente destruido como consecuencia de un incendio y un terremoto en 373 a.C. No se produjo un aumento del rechazo de la religión; hubo tanta flexibilidad como siempre en la manipulación de las acciones y las decisiones de los hombres dentro de su marco divino. Como de costumbre, los presagios de los dioses fueron interpretados de múltiples maneras y aunque en las temporadas de las fiestas solían firmarse treguas, no tiene nada de particular que fueran aprovechadas por los generales de los distintos bandos. Se suponía que los tesoros de los templos eran inviolables, a pesar de lo cual podían ser «tomados en préstamo» para financiar una guerra, como había hecho la Atenas de Pericles cuando había «tomado prestadas» las riquezas de la diosa Atenea para financiar la gran guerra. En ninguno de los casos registrados cabe hablar de una nueva irreligiosidad: más bien, dan a entender que el viejo marco divino seguía siendo válido. De ese modo, lejos de convertirse en curiosas leyendas, los mitos y los héroes del pasado siguieron presentándose como pretextos diplomáticos convincentes y como motivos válidos para el establecimiento de alianzas entre los estados griegos.

Para un espectador foráneo, el mayor cambio producido a partir de 370 fue la desaparición de una sola *polis* o comunidad como centro de la vida política. Pues, vistas

superficialmente, da la impresión de que estas décadas fueron un período de Ligas y Confederaciones, algo que Adriano habría comprendido muy bien, pues posteriormente volvería a promover la creación de Ligas en Grecia. Antes y después de la batalla de Leuctra, los espartanos contaron con el apoyo de su «Liga de los peloponesios», cuyos integrantes eran gobernados en su mayoría por cómodas oligarquías. A partir de 377, los atenienses encabezaron su propia nueva gran confederación de aliados contra Esparta. En la década de 370, los tebanos lograron dominar los votos del consejo de la vieja Confederación Beocia, y en la de 360 es posible que imitaran a los atenienses y emprendieran la creación de una nueva «Liga» para dar cabida a los aliados que tenían fuera de Beocia. La decadencia de los espartanos durante la década de 360 dio lugar a la creación de una nueva Liga en Arcadia y de otras confederaciones en Acaya y Etolia; las antiguas ligas de Tesalia e incluso de Epiro, en el noroeste de Grecia, se hicieron nuevamente visibles o adquieren una mayor relevancia en los testimonios que han llegado hasta nosotros. En conjunto, la existencia de estas ligas viene a refutar cualquier tentación de ver este período como una prueba de la amenaza que suponían las pequeñas ciudades-estado griegas en guerra. Como auténticas confederaciones, la mayoría de estas alianzas estaban formadas por un organismo central encargado de tomar las decisiones y diversas comunidades menores que asimismo tomaban decisiones. En Arcadia, la asamblea o «Miriada» se reunía en un edificio especial (el «Tersilio») y elegía unos magistrados entre las comunidades que la integraban y que, en un principio, sufragaban los gastos de la fuerza militar común, los «Escogidos». Los atenienses, en cambio,

discutían o votaban las propuestas presentadas a la asamblea de ciudadanos por un «parlamento» aparte, integrado por delegados de sus aliados. Los consejos representativos de estas confederaciones no solían seguir la práctica democrática habitual en las asambleas de ciudadanos de las distintas comunidades consistente en un hombre, un voto.

Sin embargo, no fueron los super-estados los que marcaron el final de la *polis* como unidad política. Al igual que la asamblea ateniense, las asambleas de las ciudades miembros de la Liga Arcadia o de la Confederación Beocia continuaron reuniéndose y tomando decisiones. Siguieron temiendo la lucha de facciones o el ataque de algún miembro de su confederación, especialmente el de los tebanos, siempre tan agresivos. Los grandes pilares de la vida política griega siguieron siendo los mismos y conservaron su vigor: los juramentos y los magistrados civiles, los debates en torno a los nuevos ciudadanos y a la contribución financiera que debía pagar cada individuo. En 363, al cabo de apenas seis años de vida, la unidad de la Liga Arcadia se rompió debido a la decisión que tomaron algunos magistrados de pagar al ejército de la confederación con el dinero «tomado en préstamo» del santuario de Olimpia, y no con las aportaciones pagadas por los estados miembros.

A través de los propios relatos de los historiadores antiguos, seguimos conociendo esta época por los nombres de los personajes más famosos, Epaminondas de Tebas o Jasón de Feras de Tesalia (activo en esta ciudad hasta 370 a.C), o Agesilao de Esparta. Pero es un error ver a estos individuos como signos de una nueva era de individualismo. Todos ellos desempeñaron algún cargo en sus comunidades natales y siguieron estando sometidos a rendición de

cuentas. La «comunidad» no se vino abajo antes de la aparición de los super-estados o de la nueva era de los grandes hombres. En el fondo, la lucha siguió siendo una lucha por la libertad y la justicia y la interpretación de una y otra, sin que hubiera una Atenas lo bastante rica para apoyar la opinión de la mayoría ni una Esparta lo bastante fuerte para acabar con ella en su propio beneficio.

# Capítulo 17

## LAS MUJERES Y LOS NIÑOS

Cuando a una mujer se le mueve el vientre hacia arriba en dirección a la cabeza, y tiene sensación de ahogo, le pesa la cabeza... Un síntoma es que la mujer se queja de dolores en las venas de la nariz y debajo de los ojos y de que le invade una sensación de somnolencia, y cuando mejora este estado, empieza a echar espuma por la boca.

*Debemos lavarla de la cabeza a los pies con agua caliente y, si no mejora, con agua fría... Ungir su cabeza con esencia de rosas y utilizar vapores de olor agradable bajo su vagina, pero malolientes a la altura de su nariz. Que coma col y beba zumo de col.*

Textos Hipocráticos, *Sobre las enfermedades de las mujeres* 2.126  
(s. IV a.C.)

Pues mucho más suelen el varón y la mujer por causa de los hijos arreglar las diferencias que entre ellos hayan surgido, que odiar a la común descendencia por los daños que mutuamente se hayan causado.

DEMÓSTENES, discurso contra Beoto, 39.23 (348 a.C.)

Las mujeres y los niños no se libraron de las guerras del mundo griego del siglo IV a.C. Cuando su ciudad era tomada por asedio, su destino era morir o ser vendidos como esclavos. Cuando se producía una invasión, tampoco había piedad para los no combatientes. En 364 a.C. los tebanos capturaron y vendieron como esclavos a todas las mujeres y niños que encontraron en la pequeña ciudad de Orcómeno. Podemos comprender fácilmente por qué las ciudades-estado intentaban enviar a sus mujeres y niños (así como todo el ganado) a un lugar seguro en tiempos de guerra: en 431 a.C. los píateos evacuaron a sus mujeres, niños y ancianos, mandándolos a Atenas antes de que su ciudad

sufriera el asedio que con tanto realismo describe Tucídides.

En mi opinión, dejando a un lado a los espartanos, el amor a los hijos y a la familia constituía un valor importante de las *polis* griegas. Las modernas teorías extremistas según las cuales lo que prevalecía era el interés de los padres y siempre se dio un rechazo a dar cariño a unos hijos que tenían muchas probabilidades de morir a edad temprana, se ven refutadas por las imágenes, los textos y las obras teatrales de nuestras mejores fuentes, esto es, las de la Atenas de los siglos V y IV a.C. A partir de finales del siglo V empiezan a aparecer representaciones de un niño junto a uno de sus progenitores (aunque en contadas ocasiones, lo admito) en la cerámica pintada ática. Hay una profunda intensidad emotiva en numerosos relieves funerarios del Ática y en las inscripciones dedicadas a niños fallecidos prematuramente. Es difícil no apreciar la fuerza expresada en la pintura de un frasco de aceite ateniense con decoración de figuras sobre fondo blanco, destinado a una tumba, que muestra el patetismo y el amor paternal en la escena de un niño subido en la barca del remero que lo ha de llevar al otro mundo y que extiende sus manos hacia una madre que lo contempla con cariño desde la otra orilla.<sup>[143]</sup> Encontramos representaciones de una madre observando a su hijito mientras éste se menea contento en su trona o de un niño que avanza gateando hacia su madre, mientras un hombre, seguramente su padre, lo contempla (a mi juicio, con delectación). Estas y otras muchas escenas ponen de manifiesto la existencia de un público que disfrutaba con los niños. No sólo aparecen las madres representadas, sino también los padres, como se desprende con toda claridad de los caracteres retratados por el irónico filósofo Teofrasto de

Atenas, que describe cómo el «hombre servil» es el que juega excesivamente con los hijos de los demás, mientras que el «hombre locuaz» habla tanto que hasta sus hijos lo llaman cuando llega la hora de acostarse para que les cuente algo y puedan así dormirse con mayor rapidez. Por supuesto, había personas de todo tipo, como ocurre en la actualidad. Cuando Aristófanes representa a Diceopolis, el personaje que encarna a un tozudo campesino ateniense, mostrando interés sexual por su propia hija, pretende que nos riamos de la perversidad de su acción. También en público se esperaba que los padres fueran algo más que unas figuras ausentes y poco cariñosas. El orador Esquines pudo atacar ante un jurado ateniense a otro orador como él, Demóstenes, achacándole falta de sensibilidad por la muerte de su hija: «el hombre que detesta a sus hijos, el mal padre», dice, «nunca será un líder en el que su pueblo pueda confiar».<sup>[144]</sup> Se daban por hecho una serie de cosas que un orador podía explotar.

En los hogares de los ciudadanos de Atenas, el padre decidía sobre la vida de su hijo recién nacido: si aprobaba su existencia, al cabo de cinco días del nacimiento corría alrededor de la chimenea de su casa con la criatura en brazos, en una ceremonia llamada Anfidromía. A los diez días de vida, el niño solía recibir su nombre. Aristóteles señala que los padres esperaban esos diez días debido a que muchas criaturas morían en ese lapso de tiempo. Los especialistas modernos estiman que la tasa de mortalidad infantil era realmente elevada, llegando al cincuenta por ciento. Sin embargo, en algunos estados griegos (aunque no en todos), el abandono de los hijos no deseados era una práctica común. A veces, los niños expuestos eran recogidos

por individuos que los criaban como esclavos, de modo que los padres que querían deshacerse de sus hijos solían dejarlos en lugares públicos, como si con ello abrigaran la esperanza de que alguien los «encontrara»: la exposición de niñas era más frecuente que la de niños.

Al igual que otras transiciones sociales, las etapas de la vida de un niño ateniense pueden relacionarse con las fiestas de la ciudad. A los tres años, el niño participaba durante un día en las Antesterias, las fiestas de febrero. Bebía vino por primera vez, y han llegado a nuestras manos algunas copas utilizadas en esas ocasiones en las que aparecen niños representados. Para los niños varones pertenecientes a una familia de ciudadanos el principal acontecimiento tenía lugar en otoño, durante las fiestas de las fraternías, o «hermandades», en las que a su debido tiempo ingresarían en calidad de ciudadanos. Los padres los llevaban consigo para presentarlos a los demás miembros de la fraternía (y para demostrar que eran hijos legítimos, no engendrados con una esclava). Cuando el niño cumplía cinco o seis años, se realizaba un sacrificio llamado el «menor», y más tarde, a los dieciocho o cuando se consideraba que tenía edad suficiente, se celebraba otro con motivo del corte de su pelo. Así pues, vemos que los contactos del joven varón con su fraternía iban sucediéndose a lo largo de la infancia y la adolescencia.

Lógicamente, los bastardos suponían un problema, que era mucho menos grave cuando se trataba del hijo de dos ciudadanos nacido fuera del matrimonio. Si la madre estaba casada, es probable que se intentara hacer pasar a la criatura por hijo de su marido oficial; en caso contrario, la mujer normalmente abortaba. Sin embargo, en una sociedad esclavista, era habitual que los dueños de los esclavos o sus

hijos varones mantuvieran relaciones sexuales con esclavas; relaciones que tenían sus consecuencias. En estos casos, si la joven no abortaba antes el fruto de esas uniones conservaba la condición de su madre, convirtiéndose en esclavo. Las complicaciones aumentaban cuando un ciudadano varón tenía un hijo con una meteca o extranjera residente. Si la madre era una prostituta, era de esperar que la mujer abortara (pues tener un hijo habría arruinado su carrera). En caso contrario, la criatura habría pasado indudablemente a engrosar las filas de los metecos. En efecto, los bastardos que tuvieran un solo progenitor ciudadano, no podían ingresar en una fraternidad ni podían aspirar a la ciudadanía ateniense. No obstante, se cuenta que disponían de un «gimnasio» especial para ejercitarse, adjunto al templo de Heracles en Cinosarges, fuera de las puertas de la ciudad. Los poetas cómicos suelen hacer chistes sobre este lugar, y probablemente hayan distorsionado los testimonios que poseemos acerca de él. Heracles era también bastardo, fruto de la unión de Zeus con una mortal.<sup>[145]</sup>

Las niñas, independientemente de que fueran hijas legítimas o no, no eran presentadas en las fraternidades: nunca iban a ser ciudadanas de pleno derecho. Algunas, sin embargo, podían aspirar a convertirse en servidoras de los dioses. En este sentido, las más prestigiosas eran las *arrhephoroi*, cuatro niñas hijas de ciudadanos con edades comprendidas entre los siete y los once años que vivían en la Acrópolis al servicio de la diosa de la ciudad, Atenea, y que probablemente ayudaran a tejer su gran peplo ceremonial. Estas niñas jugaban ritualmente a la pelota, y luego iban y venían, portando unas misteriosas cestas en la cabeza, a una capilla de Afrodita situada en el jardín de abajo, a la que se

llegaba a través de un pasadizo. Este rito estaba reservado a unas pocas elegidas, mientras que todas las niñas nacidas en el seno de una familia de ciudadanos (probablemente) participaban durante un tiempo en un espléndido rito de transición llamado los *arkteia*. Entre los cinco y los diez años, las niñas jugaban a ser «osas», posiblemente para simbolizar su naturaleza salvaje e inmadura, que a su debido tiempo sería amansada por su marido tras contraer matrimonio. Unas copitas dedicadas a Artemis permiten hacernos una idea de lo que era ese ritual: las niñas aparecen representadas corriendo desnudas, y podemos observar también la figura de un oso. El centro principal para la celebración de este ritual era el templo de Ártemis en Braurón, al este del Ática, en cuyo emplazamiento se han llevado a cabo los hallazgos de los testimonios visuales que conservamos, aunque los particulares de la ceremonia siguen siendo inciertos.

Después de pasar cuatro o cinco años jugando a las «osas», las niñas atenienses solían contraer matrimonio. No recibían una educación formal en la escuela (al menos, durante el período clásico), y lo poco que pudieran aprender a leer, lo aprendían en su casa, de sus madres (tal vez) o, en las familias ricas, de esclavos cultos: las niñas quizá se visitaran unas a otras por esa razón. Los niños, en cambio, recibían una instrucción, que empezaba normalmente a los siete años y que solía prolongarse hasta los catorce al menos; su educación incluía aprender a escribir, a leer (incluida la lectura de los poetas), música y atletismo. La ciudad-estado no proporcionaba maestros, pero las pequeñas escuelas de pago probablemente fueran un elemento habitual en toda el Ática. Las familias más adineradas contaban también con

esclavos-tutores. A su debido tiempo los muchachos se casaban, aunque solía recomendarse que el varón contrajera matrimonio bastante tarde, entre los veinticinco y los treinta años. Hasta alcanzar esta edad, los jóvenes podían dar rienda a sus hormonas sirviéndose de prostitutas de condición servil, que cobraban todo tipo de precios por sus prestaciones (en una escena cómica se da a entender que la postura más barata es con la mujer inclinada, y la más cara con la mujer encima<sup>[146]</sup>). Podían satisfacer sus instintos con jóvenes esclavas del hogar paterno o, si preferían una relación más permanente, con una cortesana-esclava (que también podía ser compartida), y por supuesto también unos con otros. En la cerámica pintada las escenas de sexo entre hombres que predominan son las que involucran a un hombre de más edad con un muchacho apenas púber. Lo que dan a entender es que los adolescentes se sometían primero al sexo con un varón adulto, y que luego, cuando eran mayores, hacían lo mismo con otros muchachos. Sin embargo, es muy probable que la homosexualidad entre chicos de la misma edad fuera también frecuente.

Para las mujeres ciudadanas de Atenas que se casaban jóvenes, la vida en el seno de una familia adinerada era recoleta y protegida. Los «varones de la *polis*» disponían de su «sala de los hombres» para celebrar sus banquetes (*symposia*); las mujeres tenían sus «dependencias de las mujeres» en las que pasaban buena parte del tiempo junto a sus hijos y esclavas. Ni que decir tiene que las tradiciones no se relajaron en absoluto para las mujeres atenienses del siglo IV. Seguían estando sometidas a la tutela de su pariente varón más próximo (el importante *kyrios*) durante toda la vida; sus matrimonios y segundos matrimonios estaban

regidos por reglas muy estrictas de herencias familiares, mientras que las transacciones económicas que podían realizar se limitaban a contratos que no superaran el valor de unos cuantos kilos de cebada. En mi opinión (y según algunas fuentes antiguas discutibles), tenían permitida la asistencia a los certámenes dramáticos, pero no podían ejercer de actrices desempeñando los papeles femeninos.

Sin embargo, las mujeres del Ática constituían una amplia y variada categoría. No sólo había un gran número de viudas y de mujeres casadas en segundas nupcias: existía la posibilidad de divorciarse, tanto para el hombre como para la mujer. Estaba además la mayoría de mujeres casadas de condición ciudadana, las pobres que se veían obligadas a trabajar. En el interior de sus hogares, las atenienses respetables se dedicaban a hilar lana o a supervisar a la nodriza a la que muchas de ellas encomendaban la crianza de sus pequeños. Solían cubrirse el rostro con un velo fino, a juzgar por los numerosos términos existentes en griego para indicar este tipo de prenda, aunque podían subírselo o abrirlo hacia un lado. Las mujeres de clase humilde, sin embargo, trabajaban fuera de casa, salían a la calle y no llevaban una vida de confinamiento.

Además de las ciudadanas, estaba también el mundo de las heteras (*hetairai*) o cortesanas, que no tenía nada de romántico, pues esas mujeres eran normalmente de condición servil. Del año 340 a.C. aproximadamente nos ha llegado el único testimonio que nos revela vívidamente sus entresijos, un discurso pronunciado ante un jurado de Atenas contra las actividades y la familia de una antigua prostituta, Neera. Nos muestra cómo los hombres podían comprar participaciones en una hetera que les permitía

utilizarla por turnos (las heteras eran en su mayoría esclavas); se estipulaban contratos similares también con muchachos de alquiler. Podemos disfrutar, aunque nos parezcan exageradas, de las anécdotas más escandalosas que se cuentan en el discurso, especialmente una que habla de una experiencia de sexo en grupo en el curso de un banquete celebrado en un templo o santuario del sureste del Ática. Los aspectos más notables del contexto son que el orador habla de Neera dando directamente su nombre (en un discurso, una buena esposa ateniense habría sido siempre la «esposa de») y que esta acusación exageradamente retorcida y manipulada fue presentada contra una mujer que pasaba de los cincuenta y que no guardaba ningún parecido con la «furcia» desenfrenada de las insinuaciones del orador. Todo era un intento por parte del acusador de humillar a un rival político que estaba relacionado con Neera.

Ni siquiera de la Atenas del siglo IV nos han llegado testimonios de primera mano acerca de las conversaciones entre marido y mujer. Al igual que los niños, ni que decir tiene que las atenienses recibían el amor de sus maridos, y el *demi-monde* escandaloso que se evoca para atacar a Neera no debe ser considerado la norma habitual. Otras fuentes confirman lo mal visto que estaba frecuentar una cortesana una vez casado, por no hablar del hecho de tener a una de esas mujeres viviendo en el domicilio conyugal. Lo que desconocemos es el tono que tenían las relaciones entre los cónyuges en el seno de su hogar: ¿eran las mujeres de clase alta realmente tan sumisas como dan a entender los idealizadores textos escritos por los varones?

Está también el problema de determinar hasta qué punto ese prototipo de mujer era el habitual en otras

ciudades-estado griegas, al margen de Esparta, por supuesto. Se cuenta que en Lócride, en el sur de Italia, las mujeres tenían un poder efectivo y que podían heredar y legar a sus hijas (a mi juicio, este «espejismo» de la Antigüedad es harto improbable). Un viajero que visitó Grecia a mediados del siglo III a.C. cuenta cómo las mujeres de Tebas cubrían su rostro con un velo, dejando visibles únicamente los ojos: encontramos incluso ejemplos de esta costumbre en unas cuantas estatuillas de terracota que representan mujeres, las llamadas «tanagras», halladas en Tebas.<sup>[147]</sup> ¿Acaso los «cerdos beodos» (como los llamaban los atenienses) habían impuesto a sus mujeres esa forma de vestir ya en el siglo IV a.C? El estricto hincapié que hacían los atenienses en que un ciudadano tuviera que ser hijo de padre y madre ciudadanos era sumamente importante para su sentido de cohesión y de identidad cívica, aunque, por otro lado, no fuera la norma en la mayoría de las demás ciudades-estado griegas. En el norte de Grecia sabemos que había madres que parecían incluso menos «atenienses». En efecto, en el reino moloso de Epiro conocemos dos decretos del siglo IV que conceden de hecho la ciudadanía a una mujer: tal vez, al tratarse de una monarquía, este estado tuviera criterios muy distintos.<sup>[148]</sup> En el vecino reino de Macedonia, las relaciones existentes entre esposas, maridos e hijos tenían un carácter más dramático.

Los monarcas macedonios practicaban la poligamia y, como veremos, su historia se vio coloreada durante siglos por las consecuencias que de ello se derivaron. En la década de 390 el soberano reinante, Amintas III, tomó una segunda esposa, Eurídice, a la que se le atribuye, cuando menos, haber atentado contra la vida de su esposo y haber

cohabitado con la hija del mismo. También se cuenta que asesinó a dos de sus tres hijos.<sup>[149]</sup> Estas historias tan macabras indican como poco las posibles tensiones existentes en el seno de una familia real polígama aunque ninguna de ellas está justificada ni en su totalidad ni en parte. Pero lo cierto es que su tercer vástago vivió en el mundo en el que circularon esos rumores. Era Filipo, futuro rey de Macedonia y padre de Alejandro. Las tensiones familiares formaron parte de su formación en la misma medida que afectaron a la de su hijo, y llegaron hasta límites insospechados a ojos de cualquier ateniense, que sólo podía haberlas comparado con la trama de una de sus tragedias.

# Capítulo 18

## FILIPO DE MACEDONIA

Filipo despreciaba a las personas de orden y que se preocupaban de sus bienes, pero alababa y honraba a los individuos extravagantes y a los que gastaban el tiempo jugando a los dados y bebiendo... Algunos se afeitaban e iban sin barba a pesar de ser adultos, mientras que otros tenían la osadía de montarse como animales y fornicar entre sí aunque ya tenían barba. Solían llevar consigo a dos o tres prostitutas cada uno, y ellos mismos prestaban ese tipo de servicios a otros. Con razón, pues, habría dicho cualquiera no que eran los «compañeros del rey», sino unos «compañeros de lecho» cualesquiera...

*TEOPOMPO F225 B (Jacoby), tras la temporada que pasó en la Pella de Filippo*

Hasta la década de 350 se produjeron muchos cambios en las relaciones mantenidas por los distintos estados griegos, pero no hubo ninguna gran sorpresa proveniente de ningún rincón imprevisible. En menos de veinte años, sin embargo, la libertad de los griegos tendría un nuevo señor, el rey de Macedonia, cuyos dominios se extendían al norte de Grecia, más allá del monte Olimpo. La inesperada hegemonía de Macedonia superó a la de la Atenas de Pericles y perduraría a lo largo de más de ciento setenta años.

Sus comienzos no pudieron ser más poco prometedores. El creador de dicha hegemonía, Filippo, entró en escena a la edad de veinte o veintitantos años en calidad de regente de un príncipe todavía más joven. Su hermano mayor había muerto en el campo de batalla (no, como decían ciertos rumores, asesinado por su madre) y su reino fue invadido y

saqueado por bárbaros procedentes del noroeste. Las ciudades-estado griegas del sur ya habían visto aquello con anterioridad: asesinatos entre miembros de la familia real macedonia, disputas por la sucesión al trono, juramentos prestados y quebrantados por monarcas acosados... Los macedonios habían tenido breves destellos de poder, pero durante más de dos siglos ni un solo rey de Macedonia había muerto de vejez tranquilamente en su cama. No obstante, después de más de veinte años en el poder, el nuevo caudillo de los macedonios, el rey Filipo, podía ponerse al frente de un ejército bien adiestrado, en el cual había muchos tesalios y griegos de otros orígenes, y obtener una victoria definitiva sobre las principales ciudades-estado de Grecia, incluida Atenas. En 338 a.C. su poder se extendía desde las riberas del Danubio hasta el sur de Grecia. Impuso entonces una paz muy restrictiva a sus «aliados» griegos y emprendió incluso una invasión del Imperio Persa. Su construcción de la nueva Macedonia supuso el acto más rápido y más notable de creación de una potencia que se produjo en toda la Antigüedad.

En el siglo IV a.C. Macedonia tenía su centro en una ciudad, palacio y capital a la vez, situada en la llanura, Pella, pero constituía un conjunto de pequeños reinos cuyas familias reinantes habían seguido a veces su propia línea de actuación independiente. Los griegos del sur, que les eran hostiles, habían llamado a menudo a sus soberanos «bárbaros», y el «dialecto macedonio» que hablaba la gente sencilla del país resultaba muy difícil de entender para muchos griegos. Los «macedonios» se distinguían a veces a sí mismos, incluso en listas oficiales, de los «helenos».<sup>[150]</sup> No obstante, la familia real afirmaba que descendía de Argos y

remontaba su llegada al país a *ca.* 650 a.C., como si hubiera huido al norte al llegar la era de los tiranos y de la guerra de hoplitas en Grecia. Semejante afirmación resulta bastante dudosa, pero en *ca.* 500 a.C. su rey Alejandro I había obtenido permiso, después de un cuidadoso escrutinio, para competir en los Juegos Olímpicos, la participación en los cuales estaba limitada únicamente a los griegos. ¿Cuál era, pues, la verdad? ¿Eran griegos los macedonios o no?

Durante los últimos treinta años se han encontrado cada vez más testimonios del patrocinio dispensado por los macedonios a las bellas artes y a la artesanía griega. Los textos ya nos decían que los reyes macedonios del siglo V habían acogido en su reino a los desterrados griegos. Fueron asimismo mecenas de grandes poetas griegos, como Píndaro y Eurípides, y contrataron a los grandes pintores de la época: tras los últimos hallazgos arqueológicos, hoy día podemos añadir a esa lista a un escultor importante, Calimaco. Los reyes y los cortesanos de Macedonia deseaban indudablemente ser vistos como griegos. Pero el patrocinio no convierte en griego a un patrono. No obstante, también se ha producido una renovación de los estudios de la onomástica macedonia, de los nombres de los meses del calendario macedonio, y de algunas palabras raras del «dialecto macedonio» que han llegado hasta nosotros. Se han descubierto además varias inscripciones personales en contextos del siglo IV, que empiezan a permitirnos relacionar el «dialecto macedonio» con el que era hablado habitualmente en el noroeste de Grecia. Una de las inscripciones griegas más antiguas de Macedonia, descubierta recientemente, es una maldición escrita por o para una mujer de Pella que invoca a los dioses para que

castiguen un fenómeno eterno de la conducta humana, es decir el comportamiento mezquino de un hombre en cuestión de amores.<sup>[151]</sup>

El «antepasado común supuesto por todos» del reino era el legendario Macedón, hijo, según la genealogía griega, del dios Zeus. En la primitiva capital y sede de la dinastía, Egas (la actual Vergina), los monarcas macedonios celebraban unos juegos Olímpicos de ámbito local en el transcurso de las fiestas de Zeus. Cerca de la frontera meridional del reino, en Dión, celebraban además un festival musical y cultural en honor de las Musas.<sup>[152]</sup> Dentro de los distintos reinos, los titulares de los mismos habían contraído a veces matrimonio con mujeres «bárbaras», es decir, no griegas: se decía, tal vez con razón, que la propia madre de Filipo había sido bárbara. Pero la cultura y la lengua predominante de los monarcas y de sus cortesanos era indudablemente el griego.

En la educación de Filipo hubo dos elementos significativos. De joven, fue enviado como rehén a Tebas, a la sazón la potencia militar hegemónica en Grecia. Se dice que un destacado general tebano fue su amante. Pero Filipo pasó también algún tiempo como rehén en la bárbara Iliria. Dispensó su favor personal a artistas, actores y oradores griegos, aunque, según se cuenta, su madre no aprendiera a leer y a escribir hasta la madurez; recientemente hemos encontrado algunas inscripciones griegas, bellamente grabadas en su nombre, en Egas, la capital dinástica de los macedonios. Filipo, en cualquier caso, cultivó también la amistad de reyes y aliados bárbaros, que respondieron debidamente a sus extravagantes demostraciones de fuerza y de generosidad. Entre aquellos amigos, era habitual recompensar con una copa de oro al aliado bárbaro que

cortaba la cabeza de un enemigo en el campo de batalla: «copas por cabezas» no había sido nunca la manera de proceder de los griegos clásicos.<sup>[153]</sup> Algunas tradiciones macedonias eran también decididamente primitivas. En el pasado, un varón no podía usar cinturón si no había matado a un enemigo en el campo de batalla. Todavía en su época, cuando salía de caza, Filipo no podía recostarse en su lecho para comer hasta no haber matado un jabalí. Al igual que sus predecesores en el trono, pero a diferencia de los griegos de su tiempo, era polígamo. En tres años tuvo cuatro «esposas» en su palacio y acabó teniendo siete, tres de las cuales eran bárbaras, es decir, no griegas. Una de ellas, Audata, se hizo famosa como guerrera en el campo de batalla e instruyó en las artes marciales a su valiente hija, Cínane. Filipo solía enfrentar a unas esposas con otras, del mismo modo que, en la esfera pública, se dedicó a enfrentar entre sí a las grandes potencias griegas. Su último devaneo, el que tuvo con la joven macedonia Cleopatra (llamada también Eurídice), supuso la división de la familia real y supuestamente le costó la vida. Entre los sensacionales hallazgos de tumbas decoradas con pinturas efectuados en el cementerio real de Egea ha aparecido una doble tumba, a todas luces la de Filipo, en la que fueron depositados sus restos incinerados y los de una mujer joven, quizá la reina Cleopatra. Los visitantes griegos, entre ellos el historiador Teopompo, que estuvo algún tiempo en Macedonia por esta misma época, contaban acerca de este cementerio escabrosas historias de venganza: en la actualidad poseemos en las tumbas recientemente descubiertas la base real a partir de la cual se desarrollaron esos rumores no comprobados.

La imagen de sí mismos que tenían los reyes y los nobles

era griega, pero también podían caracterizarse como «macedonios», postura que sus éxitos militares vendrían a reforzar. Embajadores de todos los rincones del mundo griego acudían cada vez en mayor número a la Pella de Filipo, y los legados de Atenas llegaron incluso a reconocer su talante excepcional. Por aquel entonces Filipo había perdido un ojo durante el asedio de una ciudad, una de las muchas heridas a las que sobrevivió su extraordinaria fortaleza física a lo largo de veinte años de carrera, entre otras la rotura de las dos clavículas. No obstante, los visitantes atenienses se hacen lenguas de su gran apostura, de su excelente memoria, de su hospitalidad y del talento demostrado en los banquetes. Filipo tenía el encanto de un hombre cultivado, que combinaba con su singular valor en el campo de batalla y una generosidad impulsiva, dotes todas ellas propias de una vida cortesana que conservaba cierta faceta salvaje. Probablemente fuera en Macedonia donde el poeta Eurípides escribiera su obra maestra, *Las bacantes*, la tragedia dedicada a la figura del dios Dioniso. En la corte, el estreno de esta obra debió de tener un eco clamoroso, entre otros motivos porque la principal esposa de Filipo, Olimpiade, solía coger entre sus manos, según se dice, serpientes vivas (hoy día poseemos pruebas de un culto local de Dioniso protagonizado por las mujeres, como atestigua una cinta de oro recientemente hallada en Macedonia que lleva una inscripción en griego).<sup>[154]</sup> Se dice asimismo que en las cenas Filipo brindaba con sus invitados en grandes copas en forma de cuerno, modeladas probablemente a imitación de los cuernos de buey de las estepas de Europa. Se contaban también leyendas acerca de mujeres que danzaban encima de la mesa, de látigos y de repulsivos griegos desterrados que se dedicaban a jalear aquellas juergas

nocturnas.

Evidentemente, Filipo se vio favorecido por las dificultades de sus vecinos, vencidos por la edad. Los ancianos reyes bárbaros que lo rodeaban decidieron firmar la paz con él y luego legaron sus reinos divididos a unos herederos debilitados: Filipo pudo así conquistar uno a uno todos estos territorios. Primero en Tesalia y luego en Grecia central fue invitado también a tomar partido en las luchas políticas que asolaban a las comunidades griegas. Durante los tres primeros años de su gobierno, mostró las ambiciones tradicionales de los anteriores monarcas macedonios, como correspondía a un joven príncipe que reinaba como regente rodeado de nobles de más edad y experiencia. Luego, en un año espléndido para él (356 a.C), tuvo un hijo varón (Alejandro), derrotó a una coalición de enemigos bárbaros, y conquistó una ciudad-estado griega vecina (Potidea). Obtuvo además una prestigiosa victoria con su caballo en los juegos de Olimpia, e hizo ostentación de su estatus acuñando una serie de monedas de plata en las que aparecía montado a caballo con la mano levantada. Fundó incluso una nueva ciudad, llamada como él, la famosa Filipos, a orillas del río Nesto, hasta la que hizo avanzar la frontera oriental de su reino.

Los nuevos conflictos surgidos entre los griegos lo llevaron entonces a trasladarse a Grecia central y a «salvar» simbólicamente el oráculo de Delfos, que se veía amenazado. Allí, Filipo aprovechó la invitación de los helenos, que estaban en guerra unos con otros. Tras ser rechazados en la vecina Eubea en 357 a.C., los tebanos habían emprendido una guerra gratuita contra los focidios, amigos desde tiempo inmemorial de Atenas. Como los

focidios opusieron resistencia y tomaron prestado el tesoro del santuario de Delfos, los tebanos los calificaron de «ladrones de templos» y consiguieron aliarse con Tesalia, antigua enemiga de Fócide, para aquella guerra «sagrada». Pero después de empezar la guerra, los tebanos no supieron acabarla y terminaron pidiendo a su antiguo rehén, Filipo, que viniera en su ayuda. Aquella petición resultaría desastrosa para la libertad de Grecia. En la primavera de 352 a.C. las victorias obtenidas en Grecia central permitieron a Filipo obtener un apoyo enorme entre los tradicionalistas de Tesalia, que lo nombraron incluso «presidente» de su confederación: tuvo así a su disposición las rentas de Tesalia, pero la ganancia más importante era la que representaba la caballería del país, formada por miles de soldados. Con su típica disposición en forma de rombo, la caballería tesalia seguiría siempre con lealtad a Filipo y a su hijo Alejandro, hasta que éste prescindiera de sus servicios en 329 a.C. en el lejano río Oxo, en Asia central.

Con el apoyo de Tesalia, Filipo venció en la «Guerra Sagrada» emprendida contra los focidios por el sacrilegio que habían cometido, como si combatiera en nombre del dios Apolo: los mercenarios cautivos de Fócide fueron ahogados en el mar, para poner de relieve que eran enemigos contaminados. En 346 Filipo juró una paz y una alianza con los atenienses, prometiéndoles de paso vagos «beneficios»: los ciudadanos más realistas no se dejaron engañar. No deberíamos entender esta paz como la base ideada por Filipo para llegar a un acuerdo permanente con las ciudades-estado griegas. Más bien tenía como finalidad mantener en punto muerto los asuntos de Grecia mientras llevaba a cabo otras grandes campañas en los territorios bárbaros de Iliria

(llegando quizá hasta la actual Dubrovnik) y después de Tracia (la actual Bulgaria), hasta la altura del Danubio. Mientras tanto, ante las ciudades-estado griegas, sus embajadores siguieron afirmando que estaba dispuesto a atender sus quejas; las declaraciones de «amistad» y las promesas de «beneficios» serían las armas habituales de la diplomacia de Filipo. Al mismo tiempo, desde el verano de 343 hasta 341 las propuestas recibidas de las facciones descontentas de las ciudades griegas fueron recompensadas con dinero, armas e incluso mercenarios. Entretanto Filipo fomentaba la idea de que en el sur de Grecia iba a doblegar a los temidos y odiados espartanos. De ese modo, los vecinos de Esparta se mostraron reacios a unirse a los que se le oponían, pues temían al resurgimiento de Esparta más aún que a aquel desconocido «aliado» macedonio.

Tras varias campañas importantes en Tracia, en la frontera oriental de su reino, realizadas a partir de 342, las disputas políticas de las ciudades griegas llevaron de nuevo a Filipo a Grecia central en 339-338. Sus antiguos aliados, los tebanos, habían cambiado peligrosamente de bando y se habían puesto del lado de los atenienses; desde 346 Filipo había tenido la prudencia de retener varias plazas fuertes cerca de las Termopilas y de ese modo lo único que había conseguido había sido desilusionar a la opinión pública de Tebas, pero el ataque lanzado en 340 contra Bizancio, aliada de los tebanos, había intensificado entre los griegos la oposición a los macedonios. En definitiva, se produjo el resultado que siempre había temido Filipo, a saber, la formación de una alianza entre Tebas y Atenas. No obstante, en la batalla de Queronea, en agosto de 338, el soberano macedonio obtuvo su victoria más sonada,

«desastrosa para la libertad», sobre las tropas combinadas de Tebas y Atenas.

La diplomacia y los conflictos de los años 348-338 tuvieron una fascinación duradera y sus consecuencias supusieron un punto de inflexión para la vida cívica de Grecia y su marco de desarrollo, la libertad. Tras la victoria de 338, Filipo respetó ostentosamente a Atenas (la ciudad conservaba todavía sus inexpugnables Muros Largos), pero se mostró mucho más riguroso con Tebas. A continuación declaró la guerra al Imperio Persa, que había sido su objetivo a largo plazo, al menos desde finales de la década de 350. Supuestamente, aquella guerra debía «castigar a los persas por las atrocidades cometidas en 480», sobre todo el incendio de los templos de Atenas, y «liberar» a las ciudades griegas de Asia Menor. En 338-337, antes de trasladarse a Oriente, Filipo impuso una paz y una alianza a los griegos, ofreciéndoles la «libertad», aunque muchos se mostraron reacios a aceptarla o escépticos respecto a sus verdaderas intenciones.

Para facilitar su campaña en Asia, la publicidad del soberano macedonio recordó astutamente la historia de los grandes años de panhelenismo de 478-465, y Filipo creó una segunda «Liga Helénica», cuya sede, como ocurriera anteriormente, fue Corinto. Esta vez Esparta quedó fuera de la alianza, para mayor regocijo de sus enemigos del sur de Grecia. A ojos de éstos, la «libertad» vigilada de Filipo era preferible al riesgo de un resurgimiento de Esparta. Desde el punto de vista de Atenas, este tipo de mezquindad localista estaba muy cerca de la traición. Pues la Liga Helénica de Filipo era mucho más rigurosa que la que en la década de 470 habían acaudillado Atenas por mar y Esparta por tierra.

En las ciudades integradas en la Liga, se prohibieron estrictamente los cambios de sistema político y las amenazas radicales de repartos de tierras y de abolición de las deudas. Se creó un consejo de delegados encargado de arbitrar las disputas suscitadas entre los estados miembros, consagrando así en un tratado la vieja práctica griega del arbitraje público. Pero se nombrarían también individuos «encargados de la seguridad pública», eufemismo cuidadosamente ambiguo mediante el cual se designaba a los hombres de Filipo: probablemente se refiriera a sus generales y al ejército que dejó en Grecia.<sup>[155]</sup> Mientras tanto, los estados rebeldes serían castigados como quisiera el líder macedonio.

Los notables éxitos obtenidos por Filipo en Grecia tuvieron mucho que ver a todas luces con las trampas y las promesas, artificiosamente disfrazadas de diplomacia. Envió repetidamente a los atenienses cartas llenas de vagas promesas, declaraciones de autojustificación equívocas y, en último término, de historia tendenciosa. Nunca hasta entonces ningún estado griego había dado tantas explicaciones a otro a través de aclaraciones no pedidas. Detrás de sus bellas palabras, Filipo contaba con unos recursos humanos cada vez más fuertes; había ampliado las fronteras de Macedonia, y pudo así disponer de los recursos de un reino recientemente unido cuya fuerza militar era mucho mayor que la de los atenienses. Incrementó asimismo la fuerza de la caballería de su reino estableciendo a macedonios, futuros soldados de caballería, en las ricas tierras de pastos adquiridas en los humedales de su frontera oriental. Aumentó incluso la resistencia de los animales de su caballería introduciendo nuevos ejemplares de cría en las cuadras de su reino. Al final de su reinado su caballería (que

marchaba a la carga con la lanza en ristre) estaba formada por más de 5.000 jinetes, cifra más de cinco veces superior a la que tenemos atestiguada en el momento de su subida al trono. En las fronteras del noroeste y del este, se anexionó también minas de oro y plata de fácil acceso. Los hallazgos arqueológicos realizados en Macedonia llaman la atención antes incluso del reinado de Filipo por el número de objetos de oro, esto es, por una riqueza que supera la cantidad de oro encontrada en cualquier otro lugar de Grecia. Las nuevas minas intensificaron este esplendor y transformaron la base económica del reino. Sus consecuencias no tardarían en dejarse ver en las soberbias monedas acuñadas por Filipo, pues por primera vez empezaría a circular piezas de oro con la efigie de un monarca griego. Se convertirían en uno de los recuerdos más duraderos de Filipo: pervivieron en copias de segunda mano entre los bárbaros de Europa y continuaron siendo usadas mucho después de su muerte en puntos de Occidente tan alejados como la Galia.

Los otros recuerdos dejados por Filipo fueron las nuevas ciudades por él fundadas y los cambios que introdujo en el ordenamiento social y militar de los macedonios. En las fronteras del reino surgieron diversas «ciudades de Filipo», precursoras de las «Alejandrías» de su hijo. Varias de ellas se encuentran en diversos emplazamientos fluviales en la actual Bulgaria (Plovdiv recuerda todavía el nombre de Filipo). Estas nuevas ciudades reforzaron sus fronteras y sus conquistas, mientras que las nuevas unidades militares, basadas en el ordenamiento social recientemente instaurado, vinculaban más estrechamente con el monarca a su ejército, que se vio dotado de un mayor equilibrio. Una numerosa unidad de 3.000 «escuderos reales», invención de Filipo,

relacionaba la unidad perfectamente entrenada de los «Compañeros del Rey de infantería» con los Compañeros del Rey de caballería, que actuaban en una y otra ala de la formación flexible. Estos nuevos títulos honoríficos distinguían a los reclutas que estaban al servicio del monarca y aunque las unidades seguían comandadas por la nobleza local, ahora recibían un adiestramiento y habían quedado fundidas en un solo ejército real. El símbolo de los Compañeros del Rey de infantería era la lanza larga o *sarissa*, de madera de cornejo, rematada en su parte posterior por otra punta de lanza; se sujetaba con las dos manos y tenía una longitud de más de cinco metros. Evidentemente Filipo meditó a fondo las cuestiones de táctica militar e inventó un nuevo modelo de ejército que constituía una unidad singularmente variada y equilibrada.

Lo curioso es que Filipo vinculó el nuevo ejército a su persona como rey sin renunciar a ninguno de los poderes de la monarquía. Los reyes vecinos, en cambio, habían visto cómo los suyos eran limitados por consejos y magistrados fijos; Filipo siguió siendo un autócrata al que contribuyeron a engrandecer los éxitos alcanzados y la capacidad de hacer a sus soldados regalos y donaciones de las tierras conquistadas. Un rey macedonio debía ser un hombre capaz de realizar proezas y grandes acciones singulares. Su pueblo mostró una inquebrantable lealtad a la monarquía (ésta duró mucho más tiempo que la democracia ateniense), pero la nobleza podía decidir en cualquier momento que prefería a otro para ocupar el puesto de rey. Al margen de su encanto y de sus dotes diplomáticas, Filipo tenía que ser un gran guerrero y un gran cazador, hacer generosas donaciones y ser un gran bebedor. Estas facetas eran las que hacían de un hombre un

líder macedonio y las que admiraba la corte. Así, pues, Filipo combatía en primera línea y después de la batalla no dudaba en encabezar la incansable persecución a caballo de los líderes fugitivos del enemigo. Las otras cualidades que conocemos de él quedan perfectamente ilustradas por la arqueología, en la tumba real doble de Vergina, un extraordinario fresco muestra algunas escenas de caza en las que aparece él, los jóvenes Pajes del Rey y (seguramente) Alejandro atacando a un león (por entonces estas fieras habitaban todavía en Macedonia y sus proximidades). Hasta los perros de caza aparecen representados con unos colmillos terribles. Frente a ellos vemos también las presas de los cazadores macedonios, ciervos, osos y jabalíes. El soberbio escudo ceremonial y el lecho de la cámara funeraria de Filipo estaban decorados también con vigorosas escenas de cacerías a caballo. El ajuar fúnebre contenía un carcaj de oro de un tipo que conocemos en la bárbara Escitia: indudablemente era un regalo recibido por Filipo, del estilo de los que él mismo solía hacer. Una serie de copas y grandes jarras y vasijas de plata, a menudo hermosamente decoradas, atestiguan el destacado papel que tenía el hecho de beber desafortadamente en las fiestas celebradas en las estancias del palacio de Filipo.

Filipo se ganó la lealtad de sus hombres destacando en todas estas actividades. En Macedonia tenía sus consejeros, especialmente los nobles que constituían su séquito de Compañeros del Rey, pero no existía una «constitución» formal: en su reino seguía siendo él el que, como monarca, dispensaba una justicia personal en respuesta a los recursos o peticiones que se le presentaran. Este modelo de justicia personal predominaría a lo largo de las tres centurias

siguientes bajo las sucesivas monarquías; y luego sería seguido durante más de cinco siglos por los posteriores emperadores romanos. Pero en Grecia lo vemos por primera vez con el rey Filipo de Macedonia. El emperador Adriano tal vez conociera la anécdota que se cuenta de una anciana que se acercó a él en uno de sus viajes: había venido sólo a pedir justicia, pero Adriano se limitó a contestarle: «No me molestes». «Pues entonces no seas rey», replicó la mujer. El emperador entonces no tuvo más remedio que molestarse en oír su petición.<sup>[156]</sup> Lo que probablemente no supiera el emperador es que esa misma anécdota se había contado a propósito de varios soberanos anteriores que también dispensaban una justicia personal. Como cabría esperar, el primero de quien se contó fue del rey Filipo de Macedonia.

# Capítulo 19

## LOS DOS FILÓSOFOS

Platón solía llamar a Aristóteles «el potrillo». ¿Qué quería decir con ese apodo? Pues bien, de todos es sabido que los potrillos cocean a sus madres cuando ya han mamado lo suficiente.

ELIANO (ca. 210 d.C), *Historias curiosas* 4.9

Aristóteles acusa a los viejos filósofos que pensaban que la filosofía había llegado a la perfección gracias a sus esfuerzos y dice que eran o muy tontos o muy vanidosos, pero que él mismo podía comprobar que, como se habían llevado a cabo grandes avances en tan pocos años, la filosofía podía estar acabada en poco tiempo.

CICERÓN, *Disputaciones tusculanas* 3.28.69

Filipo sería uno de los dos grandes fundadores del mundo clásico (el otro sería Octaviano Augusto), pero su carrera coincidió con la de los dos hombres que fueron los mayores pensadores de toda la Antigüedad: Platón y su discípulo, Aristóteles. Platón acabó enseñando en Atenas, en los alrededores de la capilla de un héroe, la llamada Academia (de donde deriva el término moderno «académico»); parece que los que escuchaban sus enseñanzas no pagaban por ello ni lo hacían a Puerta cerrada. Aristóteles enseñaba en las proximidades de un santuario predilecto en otro tiempo de Sócrates, el Liceo. Sus seguidores recibieron el nombre de Peripatéticos (término derivado de la palabra griega que designa el paseo porticado). Ambas escuelas perduraron a lo largo de ochocientos años y el pensamiento de sus fundadores volvió a resurgir más tarde en Europa. En mi universidad de

Oxford, el pensamiento de Aristóteles ha sido enseñado y estudiado ininterrumpidamente durante más de 625 años.

Los dos filósofos estuvieron en relación con los dinastas griegos más poderosos de su época. Platón visitó Sicilia con la intención de aleccionar a dos tiranos de Siracusa, padre e hijo, llamados ambos Dionisio, y conversar con ellos. Se publicó luego un libro con sus doctrinas, obra, al parecer de Dionisio el Joven, que los discípulos de Platón rechazaron inmediatamente. Después de estudiar con Platón en Atenas, Aristóteles vivió unos años en la corte de cierto dinasta, Hermías, en el noroeste de Asia Menor, que había creado un círculo de compañeros «filosóficos» y recibió los elogios de su huésped en un curioso himno. Más tarde se trasladó a Macedonia, en cuya corte había trabajado como médico su padre. En 343-342 a.C. fue elegido instructor del hijo de Filipo, Alejandro, de modo que el hombre con mayor amplitud de miras del mundo sería el maestro del que habría de convertirse en el mayor conquistador del mundo. Cuando Alejandro subió al trono, Aristóteles regresó a Atenas para dedicarse a la enseñanza durante otros trece años.

Platón era el más viejo de los dos. Nació en 427 a.C. y vivió casi hasta los ochenta años, muriendo en 348 a.C. Fue además mejor escritor, y en mi opinión es el mejor prosista de la literatura universal. Pertenecía a una familia de clase alta de Atenas y no era demasiado joven con respecto a los hombres de su ambiente que abrigaban la esperanza de que un día desapareciera de una vez la democracia y que llegaron incluso a conspirar para conseguirlo. Fue uno de los discípulos más célebres de Sócrates, cuyo famoso sistema de preguntas acerca de cuestiones éticas, sobre la posibilidad de alcanzar el conocimiento y el conocimiento de uno mismo,

influyó poderosamente en la composición de sus primeros diálogos. La ejecución de Sócrates y la experiencia de las votaciones mayoritarias («gobierno de la chusma») no contribuyeron en absoluto a hacer de Platón un demócrata. La democracia, escribiría más tarde, es una «una organización política agradable, anárquica y policroma, que asigna igualdad similarmente a los que son iguales y a los que no lo son». Platón la detestaba.<sup>[157]</sup>

No sólo en política iría a contracorriente de sus conciudadanos. Su filosofía se basaba en una contraposición radical entre el mundo de la apariencia (real para nosotros) y el mundo de la «realidad», cognoscible sólo para el filósofo debidamente preparado e instruido durante más de quince años. Puede que Platón y sus discípulos llevaran a cabo clasificaciones del mundo natural (el mejor testimonio en este sentido es una comedia en la que se los parodia), pero desde luego no eran empiristas. Lo que indudablemente admiraban eran las nuevas ciencias de las matemáticas y la astronomía (aunque Platón no realizó ninguna aportación duradera en estas dos ramas del saber, a pesar del gran aprecio en que las tenía). Platón afirmaba que el alma es algo aparte del cuerpo humano, que penetra en el cuerpo con el conocimiento de una existencia anterior que luego podemos «recordar», y que después de la muerte del cuerpo existen castigos y una nueva vida para las almas. Como es sabido, postulaba la existencia de «ideas» que culminaban en una enigmática «idea del bien», acerca de las cuales enseñó, si bien no llegó a publicar nunca un tratado coherente sobre las mismas. Estas ideas se dice que son los tipos ideales que constituyen la esencia de los objetos (camas, perros o caballos) y de las cualidades (justicia, bien, sabiduría)

existentes en el mundo que erróneamente llamamos «real». Como lo universal respecto de lo particular, representan el bien o la «perrunidad» manifestada en nuestro mundo.

Platón trató también una y otra vez las cuestiones del conocimiento, la creencia y la explicación. ¿Qué es «conocer» una cosa? ¿Presupone el conocimiento de su definición? ¿Cuál es la diferencia entre el conocimiento y la creencia que es verdadera? ¿Cuál es el valor moral del conocimiento de sí mismo? ¿Es realmente un conocimiento, ya que es el conocimiento de un objeto que no está fuera del sujeto? ¿Es la virtud igual que cualquiera de las artes que los artesanos expertos saben aplicar? Estas y otras cuestiones, en gran parte perfeccionadas una y otra vez, se ocultan tras algunos de los escritos que los filósofos siguen considerando más enigmáticos de toda la obra de Platón, y que culminan con sus últimas obras maestras, el *Teeteto* y el *Sofista*. Incluso la abstrusa teoría de las ideas sería objeto de la crítica del propio Platón, sobre todo en su importante diálogo *Parménides*; achaca como defecto a esta teoría que desemboca en una regresión infinita y plantea el famoso argumento del «tercer hombre». Sobre todo en los diálogos de juventud, Platón oculta la exposición de sus propios planteamientos tras la forma deliberadamente escogida del diálogo. En ellos aparecen representados otros adversarios jóvenes discutiendo con el Sócrates de Platón, que los confunde utilizando a veces argumentos que a nosotros nos parecen sorprendentemente inconsistentes. Según cierta teoría, lo que hace Platón es ejercitar deliberadamente al lector de sus diálogos enfrentándolo a argumentos cuya validez él no respalda personalmente. Este proceso nos ayuda a tonificar la mente, preparándonos para futuros

progresos. Desde luego, Platón no presenta como propias las opiniones de los personajes que intervienen en sus diálogos. El empleo de la forma dialogística y la dilatada evolución de sus obras a lo largo de casi cuarenta años hace que convertir sus ideas en un sistema y llamar a dicho sistema «platónico» constituya un grave error. Ya en la Antigüedad, algunos lectores de época posterior así lo hicieron, afirmando que no añadían nada nuevo al pensamiento de Platón. Su neoplatonismo era radicalmente falso respecto a muchas de las cuestiones estudiadas por Platón.

En los diálogos tardíos, el Sócrates que anda siempre haciendo preguntas y provocando a sus interlocutores desaparece, llevándose consigo su ingeniosa ironía. El método socrático se convierte en una larga disquisición puesta en labios de Sócrates (o del protagonista del diálogo), a la cual el interlocutor, absolutamente hundido, sólo puede responder con timidez: «¿Cómo no, Sócrates?». No obstante, Platón permite la exposición de algunas teorías insólitas. En su república ideal, las mujeres deben participar del mismo sistema de educación que los hombres. En una de sus últimas obras, las *Leyes*, los castigos no sólo son una sanción merecida o un escarmiento, sino que en ciertas circunstancias deben ser también curativos. Ese mismo Platón, sin embargo, puede expresar opiniones absolutamente derogatorias acerca de la inferioridad e irracionalidad de las mujeres; en sus obras de juventud mantiene una postura relativamente positiva acerca de la pederastia, pero en las *Leyes* es el primer autor griego conocido que califica las relaciones homosexuales entre varones de antinaturales («Platón homófobo»);<sup>[158]</sup> se muestra inflexible al afirmar que quienes propagan ideas

ateas deben ser sancionados y, si lo hacen utilizando el cinismo y el engaño, deben incluso ser condenados a muerte. El Platón que con tanta brillantez convirtió a su maestro Sócrates en un mártir elocuente cuando escribió una *Apología* póstuma para él, acabó proponiendo unas leyes que habrían mandado a Sócrates a un centro de reeducación.<sup>[159]</sup>

Las obras de Platón insisten a menudo en un tema trascendental, a saber, cómo deben gobernar los «mejores» para imponer la justicia en un Estado. Aunque la de Platón fuera una voz tan opuesta a las posturas de sus contemporáneos, la cuestión no podía ser más urgente en su época. Las ciudades-estado y las Ligas existentes en sus tiempos se habían visto desgarradas por los conflictos sociales y las guerras por la hegemonía; esta situación alcanzó especial gravedad en Sicilia, región que él mismo llegó a visitar, tras la caída de sus anfitriones, los despóticos tiranos de Siracusa. Para Platón, la «libertad» política no constituía un asunto de interés primordial. Desaprobaba la «libertad de vivir como a uno le dé la gana», que consideraba mero «libertinaje», o sea la insaciable búsqueda del placer, rasgo típico del gobierno de la chusma. Su estado ideal en la *República* o en las *Leyes* tenía como finalidad proporcionar al individuo la mejor vida posible además de perfeccionarlo. La idea liberal de limitar la intervención del Estado en la vida de los ciudadanos no le preocupaba en absoluto. Obedecer sus leyes suponía necesariamente hacerse bueno.

El lujo, en cambio, era otra cuestión. Como no tardarían en subrayar algunos discípulos suyos, la preponderancia del lujo en Sicilia sorprendió sobremanera a Platón y lo llevó a insistir en la necesidad de llevar una vida modesta. Al fin y al cabo, una faceta de la imagen de Sócrates era su

característica indiferencia ante el placer y el rigor. Este tema fue puesto de relieve por Platón, que lo trasladó a la vida de las comunidades políticas. En la *República*, la comunidad «inflamada», que está mal gobernada (pero resulta bastante atractiva), es la que se entrega al lujo y lo padece como si fuera una enfermedad. El lujo de los divanes, el incienso y las prostitutas la aleja de la búsqueda de la justicia basada en el autocontrol. Se trata de una faceta puritana constante del pensamiento de Platón.

El tema de la justicia es absolutamente fundamental en él. En sus obras de juventud, Sócrates suele preguntar a un joven interlocutor qué es exactamente, pongamos por caso, el valor, o la piedad o el conocimiento. Con mucha frecuencia, la gimnasia mental derivada de todo ese interrogatorio no llega a ninguna conclusión: de lo que sí nos enteramos, sin embargo, es de que la justicia es la salud mental que deriva a su vez del conocimiento de uno mismo y que nos ayuda a mantener unas relaciones virtuosas con los demás. En la *República*, la principal cuestión que se plantea es la naturaleza de la justicia. La respuesta va perfilándose a lo largo de diez libros que concluyen con un mito espléndido que permite responder a una pregunta especialmente difícil: ¿Por qué debemos ser justos? Atribuido a un misterioso «Er, el armenio», el mito en cuestión cuenta lo que le pasa al alma después de la muerte y cómo se le asigna una nueva vida humana tras ser juzgada Por la anterior. El mito constituye una respuesta muy hermosa, pero Poco plausible, a otra pregunta: «¿Qué recompensa recibe la justicia?», frente a la injusticia que abriga la esperanza de quedar impune. La definición general de justicia que da la *República* tiene que ver con la compleja idea de que existe una

naturaleza tripartita en el alma, relacionada, a su vez, con la naturaleza tripartita del Estado ideal. La justicia se manifiesta cuando todas las partes cooperan con las demás por su propio bien y el del conjunto.

El problema es que las comunidades ideales de Platón sorprenden al lector porque son potencialmente las más injustas. En la *República*, se supone que la mejor comunidad será gobernada por los mejores, que habrán sido debidamente educados y seleccionados para ejercer esta responsabilidad. Habrá tres clases de individuos: los trabajadores, los guerreros y los gobernantes filósofos. Los ciudadanos serán seleccionados para su integración en una de ellas, pero sólo los gobernantes pasarán por un larguísimo proceso de educación filosófica que culminará en el momento en el que alcancen el conocimiento de las ideas y de la suprema idea del bien. Sin someterse a ninguna prueba, ni a rendición de cuentas, ni al voto de la mayoría, lo único que tenían que hacer era gobernar al resto de los ciudadanos. Más adelante, en las *Leyes*, Platón admite que incluso los gobernantes deben tener alguna ley a la que obedecer. Sin embargo, el problema está en que las leyes que el extenso diálogo de este nombre propone son tan dictatoriales y represivas que ningún griego de la época en sus cabales habría estado dispuesto a admitir que semejante Estado fuera la comunidad «justa» en la que habría deseado vivir. La *República*, lamentándolo mucho, había desterrado ya a los artistas, a los poetas e incluso al «engañoso» Homero. Proponía que todos los bienes, empezando por las mujeres, debían ser poseídos en común (Aristófanes había hecho una parodia maravillosa de esta idea allá por 390, en mi opinión porque había tenido muy pronto noticia de las

nuevas teorías de Platón en este sentido). Las *Leyes* multiplicaban además la represión al proponer un Consejo Nocturno (imitado, en cualquier caso, en la Venecia del Renacimiento) y al amenazar con el uso de la religión para asustar a los ciudadanos e impedirles la práctica del sexo.

Aristóteles, discípulo de Platón, nació en Estagira, en el norte de Grecia, en 384 a.C. más de cuarenta años después que su maestro, y murió en 322 a.C. Aunque se formó con Platón y compartía con él algunos planteamientos, fue un pensador mucho más empírico, dotado de una singular capacidad para elaborar clasificaciones y categorizaciones, y mucho más atento a la sabiduría cotidiana aceptada por todos que necesitaba más un apoyo intelectual que una total destrucción. Subrayó una y otra vez la existencia de excepciones y casos particulares, frente a las generalizaciones globalizadoras. Empirista en todo momento, abordó una enorme cantidad de temas e incluso si lo comparamos con Platón, podemos decir que fue la inteligencia más asombrosa de la historia. Los filósofos lo admiran por su sistema lógico, empezando por su estudio del «sujeto» y el «predicado», y por sus notables obras de ética. Algunas de sus ideas fundamentales han sido superadas en la actualidad, por ejemplo sus teorías acerca de la percepción o la «teleología» omnipresente en sus estudios de biología, mientras que a otras se les ha dado excesiva importancia, por ejemplo a la distinción que establece entre «potencia» y «acto», los cuatro tipos distintos de causa o sus elusivas teorías acerca de la sustancia. Pero la capacidad de discernimiento y de deducción que utiliza en sus análisis resulta sumamente productiva.

Aristóteles, sin embargo, no fue sólo un mero filósofo.

Sus intereses teóricos abarcaban también el estudio de la política, la poesía, especialmente la dramática, o incluso las constituciones de 158 estados griegos distintos, una empresa gigantesca que sin duda debió de basarse en las investigaciones llevadas a cabo por distintos equipos de discípulos. Escribió sobre meteorología, *Sobre las colonias* (para Alejandro Magno, su discípulo), sobre las diversas partes de los animales, o sobre retórica. Recopiló incluso listas cronológicas de los vencedores de los principales certámenes atléticos griegos. El volumen de los temas que trató es asombroso. Sus tratados sobre temas concretos no siguen los métodos deductivos de sus tratados más abstractos de lógica, antes bien, el planteamiento empleado es que todas estas formas de conocimiento, una vez entendidas, pueden llevarse tan lejos como convenga siguiendo un razonamiento lógico y axiomático.

No obstante, Aristóteles es capaz de permitirse algunas creencias alentadoramente mundanas o inexactas. Piensa que una obra de arte produce placer cuando se parece al objeto que representa: tiene una opinión bastante sencilla de lo que es un buen drama, que debería contener ingredientes tales como equivocaciones (no una «imperfección moral»), reveses de fortuna o escenas de reconocimiento. No le habrían gustado en absoluto ni Pinter ni Beckett, pero le habría encantado la moderna definición de lo que es una buena novela en la que el lector se pregunta constantemente: «¿Y ahora qué va a pasar?». Confiaba demasiado en los documentos aparentemente auténticos que utilizó en una de sus «Constituciones», la de los atenienses, que es la que mejor conocernos: casi todos eran falsos. Sus teorías del cambio y del deseable «punto medio» entre dos extremos

distorsionaron sus opiniones acerca de la historia de la Grecia primitiva. Al igual que Platón, veía los conflictos políticos del pasado arcaico en términos horizontales, como conflictos entre clases distintas: tanto Platón como él habían visto desarrollarse esos conflictos en la Sicilia de su época. En el pasado generalmente habría sido más apropiado utilizar un modelo vertical de conflicto entre los poderosos, que habrían contado con el apoyo de sus subordinados. Pero incluso sus errores resultan intrigantes. Al igual que Platón, creía en una época anterior de civilización perdida: para Platón se trataba de la imaginaria «Atlántida», y para Aristóteles del mundo anterior al gran diluvio. Creía que éste había destruido la antigua civilización en las llanuras, pero que había habido algunos supervivientes que habitaban en las montañas y conservaban la «sabiduría antigua». Al ser gente sencilla, pastores y hombres por el estilo, la habían ido distorsionando paulatinamente hasta convertirla en mitos. <sup>[160]</sup> Si Aristóteles hubiera llegado a conocer a un pastor o a un leñador moderno, no habría tenido más remedio que reconocer que la «sabiduría antigua» era sexista y racista. Pero también creía que iba a producirse un segundo gran diluvio.

Para los no filósofos, sus obras más notables son las de biología o las de historia natural. Estas obras maestras de observación datan de los años previos a su viaje a Macedonia, especialmente de la temporada que pasó en la isla de Lesbos. La fisiología de Aristóteles no siempre sigue las líneas correctas, y aunque tenía una idea de la jerarquía de las especies naturales, desconocía el concepto de evolución. No obstante, su trabajo de campo y sus clasificaciones son verdaderamente asombrosos, e irían

desde la soberbia descripción del ciclo vital del mosquito hasta el brillante intento de comprender el comportamiento del pulpo (empezando por el empleo que hace este animal de los tentáculos para el sexo), o algunas agudas observaciones sobre los elefantes. Dichas observaciones fueron perfeccionadas gracias a las conquistas de los macedonios en Asia, pero, eso sí, nunca llegó a saber cuál era el tamaño del pene del elefante ni cuánto tiempo solía vivir. Naturalmente hay algunas deducciones muy curiosas: en su opinión, los hombres que tienen el miembro más largo son menos fértiles, pues su espermatozoide se «enfriá» al tener que recorrer un trayecto mayor. Sin embargo, en todo momento podemos apreciar la asombrosa magnitud de su pensamiento empírico. El espermatozoide de los etíopes, continúa diciendo, no es negro, como suponen algunos griegos; lo que a nosotros nos sorprende es cómo pudo llegar a determinarlo.<sup>[161]</sup>

A Aristóteles le interesan menos los posibles efectos del lujo que la banalidad de ganar dinero por ganar dinero. Para él, una vida buena y fe consiste en «la actividad del alma de acuerdo con la excelencia», y en tener una cantidad suficiente de «bienes externos», pero no más. Se ocupa de la libertad en sus obras acerca del Estado ideal, y a este respecto es desde luego menos autoritario que Platón. Aunque presenta la democracia extrema como un intento censurable de ser libre para vivir como a uno le dé la gana, en una caricatura de sus principios, admite como bueno el principio de que los ciudadanos deben gobernar y ser gobernados sucesivamente. Considera, en efecto, que un Estado debe ser un consorcio, común a todos los ciudadanos, pero debido a la mala opinión que tiene de las masas incultas y carentes de fortuna, incluidos los

comerciantes, opta por una constitución que da cabida a los agricultores y a los soldados, pero no a todos los ciudadanos pobres del territorio. Sentía una atracción demasiado fuerte por la idea de constitución «mixta», un ideal irrealizable de meros teóricos, y creía además que sería mejor una constitución situada entre dos extremos contrapuestos, ya que se encontraría a medio camino de uno y de otro, como si fuera el punto «medio». Subestimaba la justicia, la estabilidad y el sentido común de los atenienses democráticos, entre los cuales vivía, pero al menos no se apartó de ellos de un modo tan poco atractivo como Platón y la alternativa que éste proponía.

Desde luego tenía su propia opinión acerca de los esclavos y las mujeres. Algunos pensadores anónimos, probablemente en la Atenas de Sócrates, habían afirmado ya que la esclavitud no estaba «en consonancia con la naturaleza»; Aristóteles no opinaba lo mismo. Hay «esclavos por naturaleza», decía, incapaces de toda previsión, deliberación o sabiduría práctica. A veces se refiere a ellos como si fueran animales. La mayoría de los esclavos que pudiera ver Aristóteles en Atenas, en Asia Menor o en Macedonia, probablemente fueran «bárbaros» no griegos, a los que él consideraba inferiores por naturaleza: dice explícitamente que la existencia de esos esclavos por naturaleza puede demostrarse en la teoría y en la práctica.<sup>[162]</sup> Sus opiniones acerca de la esclavitud natural representaron graves problemas para sus argumentos en muchos sentidos, pero no son sólo una consecuencia superficial de sus teorías acerca del gobierno o de la familia. Aparentemente las exigía lo que veía en su propia experiencia, del mismo modo que su visión de la mujer explica su teoría de que es una versión

defectuosa del «varón político» racional: lo que él veía en la vida cotidiana eran seres incultos, irracionales, que habitualmente se lamentaban en público. Aunque en la mujer hay rastros de una fuerza racional, ésta es muy débil y «carece de autoridad».<sup>[163]</sup> Por consiguiente, para los bárbaros y las mujeres la libertad es un estado absolutamente inapropiado.

Para Aristóteles, la justicia constituye la verdadera naturaleza de la virtud y, al igual que para Platón, es un asunto de interés primordial de su ética y su teoría política. Como es habitual, Aristóteles distingue varios tipos de justicia y aunque, curiosamente, no dice nada acerca de la justicia criminal, se ocupa explícitamente de los conceptos de «igualdad» y equidad. Si los gobernantes de un Estado son injustos con aquellos a los que gobiernan, el resultado, afirma, será la discordia civil. Todos tenemos el mismo derecho a la justicia, pero la justicia no consiste necesariamente en el derecho a recibir todos la misma cantidad de algo. Para Aristóteles, la justicia «distributiva» reparte la justicia con arreglo al «valor» del que la recibe: esta idea de justicia proporcional no es en absoluto la idea de justicia que distribuye partes iguales a todos los ciudadanos, esto es, la justicia que sustentaba la democracia ateniense.

En la *República* de Platón, uno de los personajes de la obra, Adimanto, se queja ante Sócrates de que la mayoría de los filósofos son raros o incluso malvados, y de que hasta los mejores resultan inútiles en el gobierno. Platón y Aristóteles tuvieron decenas de discípulos: ¿Pero tuvieron sus enseñanzas un efecto político práctico? Lo importante en este sentido no es que las *Leyes* de Platón sean completamente impracticables y que lo más probable es que

ningún Estado pudiera sobrevivir con ellas, ni siquiera uno muy pequeño en el que hubiera el número ideal, según el propio autor, de ciudadanos propietarios de tierras, 5.040. Antes bien, se cuenta que Platón intentó aplicar su filosofía a la reforma de un Estado real en el curso de sus visitas — tres en total— a los tiranos de Sicilia. La experiencia que tuvo con el brutal Dionisio el Viejo seguramente determinara su curioso retrato del hombre «tiránico» insaciable que aparece en su *República*, escrita poco después. Según se afirma, su proyecto consistía en que el Estado fuera gobernado por las «mejores leyes»: había que poner fin al lujo extraordinario de los ciudadanos de Siracusa, y el gobernante, el tirano, debía adoptar la filosofía y parecerse a uno de los reyes-filósofos de Platón. Conocemos todos estos intentos por la interesante *Carta VII* que es, a todas luces, una ficción atribuida al gran filósofo, pero escrita con toda seguridad por un discípulo suyo poco después de la muerte del maestro. Tiene un carácter evidentemente apologético, pues pretende explicar las reiteradas visitas de Platón a aquel tirano brutal y decir que había depositado grandes esperanzas en el famoso Dión, tío del más joven de los dos tiranos. Supuestamente, Dión se puso al principio de parte del proyecto de reformas platónico, pero luego se desentendió de él arrastrado por algunos amigos indeseables. Lo cierto es que Dión gobernó también de manera brutal cuando accedió al poder en la década de 350, que asesinó a un político de la época (hecho que comenta la *Carta*), que probablemente utilizó a Platón con la esperanza de que sus bienes no fueran confiscados por los tiranos, y que fue asesinado por un ateniense asustado que, curiosamente, también había escuchado las enseñanzas de Platón en la Academia. Desde luego en ella no se formó ningún futuro

rey-filósofo.

No obstante, en Platón había indudablemente un deseo de aplicar sus ideas y de llevar a cabo una reforma, y debemos hacer justicia a su interés por las leyes y a su odio por la tiranía. Algunas fuentes posteriores le atribuyen numerosos discípulos a los que pidieron, como le pidieron a él, que ayudaran a redactar leyes para algunas ciudades-estado: no hay pruebas de que ninguno de ellos lo hiciera realmente. También se atribuye a varios de ellos la comisión de actos contra algún tirano reinante, incluso su asesinato. Es posible que tales actividades sean ciertas. Efectivamente, dos antiguos discípulos de Platón asesinaron a Cotis, el despótico rey de Tracia, en 359, y se cuenta que seis años después otro mató a Clearco, un destacado tirano griego de Heraclea Póntica, en la ribera meridional del mar Negro.<sup>[164]</sup> Se creía también que un discípulo de Aristóteles, Calístenes, había alentado una conjura contra el gobierno «tiránico» de Alejandro. Se cuentan varias leyendas acerca de este tipo de actividades, pero la Academia no fomentó nunca la comisión de asesinatos políticos y no sabemos hasta qué punto inflamaban el ánimo de estos individuos los principios filosóficos. Es posible que hicieran lo que se les atribuye, pero no instigados por Platón.

El legado más difícil llegó después de la muerte de Platón. Poseemos una carta repulsiva atribuida a Espeusipo, su sucesor al frente de la Academia, dirigida al rey Filipo de Macedonia, en la que con la mayor tranquilidad se asegura a éste que la conquista violenta de tantos territorios de las ciudades griegas del norte no es más que la recuperación de «lo suyo», de su herencia, como demostrarían algunas referencias sumamente dudosas a los antiguos mitos. Esta

carta recoge algunas cuestiones diplomáticas de la época y demuestra estar muy bien informada: parece una pieza de adulación auténtica del mayor enemigo de la libertad griega durante los años 343-342 a.C. Constituye una importante advertencia de que no debe permitirse a un filósofo inmiscuirse en materia de asuntos exteriores.

Se dice que también un discípulo de Platón ayudó a Filipo a establecer su dominio sobre Macedonia antes de su ascensión al trono. No sabemos nada más al respecto, pero sí que en 322 a.C. cuando la democracia de Atenas quedó a merced de los Diádocos, los sucesores victoriosos de Alejandro, los atenienses escogieron al director de la Academia platónica, Jenócrates, para que fuera como embajador a solicitarles que dispensaran un trato benigno a su ciudad: Jenócrates era un extranjero residente, ni siquiera un ciudadano. Esta intervención supone todo un hito, y a partir de ese momento fueron muchos los filósofos a los que se encomendaron labores de embajada (anteriormente, los atenienses habían preferido asignar esta función a actores teatrales). La elección de Jenócrates seguramente viniera determinada por el hecho de que la Academia gozaba de mucho respeto entre los «tiranos» de Macedonia; el propio Alejandro había dispensado su favor a Jenócrates por dedicarle sus cuatro libros *Sobre la monarquía*, aunque, por desgracia, no se han conservado.

La participación de Aristóteles en este tipo de labores es incluso más segura. Residió en la corte de Macedonia de 342 a 335 a.C. y fue maestro de Alejandro. Poco antes de su llegada, Filipo había arrasado su ciudad natal, Estagira, y la tradición que afirma que el filósofo convenció al monarca de que accediera a reconstruirla parece en la actualidad más

verosímil, pues los arqueólogos han demostrado que hubo algunas obras de reconstrucción en la ciudad durante el reinado de Filipo, si bien sólo en una pequeña zona. Es posible también que el filósofo recibiera después de Alejandro fondos y materiales para proseguir sus investigaciones. Su visita a Macedonia, por tanto, no supuso una relación completamente estéril con los reyes.

Aristóteles desarrolló también estrechos vínculos con el principal general de Filipo, Antípatro, y probablemente con su familia. Poseemos una versión de su testamento, cuyo albacea debía ser Antípatro. Escribió incluso una obra titulada *Pretensiones justificadas*, probablemente para reforzar las pretensiones de los estados griegos del Peloponeso tras la rebelión capitaneada por Esparta que Antípatro aplastó en 331-330 a.C. Cuando murió Alejandro y los atenienses se sublevaron contra los macedonios, comprendemos por qué Aristóteles, amigo de las máximas autoridades macedonias, se vio obligado a abandonar la ciudad: fue acusado tendenciosamente de impiedad. Y decidió marcharse diciendo que deseaba salvar a los atenienses de «pecar dos veces contra la filosofía» (la primera vez habría sido la condena de Sócrates). Se cuenta también que dijo que se «aficionó más a los mitos cuando se quedó solo».<sup>[165]</sup>

Sin duda alguna tuvo algo que ver con la constante curiosidad de Alejandro por el territorio asiático que estaba conquistando, pero parece que su influencia se dejó sentir sobre todo en la transmisión de su extraña concepción de la geografía. Aristóteles creía que el extremo del mundo era visible desde la cordillera que hoy día llamamos del Hindú Kush, en Afganistán: como tantos otros autores antiguos, Aristóteles la confundía con el remoto Cáucaso. También

pensaba que el río Indio rodeaba Egipto y que el actual Marruecos estaba cerca de la India, pues en ambos países había elefantes. Esta visión del mundo no pudo sino contribuir a reforzar la decisión del joven Alejandro de extender sus conquistas hasta el fin del mundo. Según Aristóteles, la tierra ocupa el centro del universo, y las afirmaciones de los astrónomos seguían esta línea.<sup>[166]</sup>

Su verdadera influencia política se dejó sentir después de su fallecimiento. La admiración de Platón por las estrellas del cielo, el universo y un Dios supremo sería heredada por la filosofía posterior: lo convertiría en el padre de una corriente especial de la religión helenística. Los seguidores de Aristóteles, en cambio, continuarían con el estudio sistemático de las leyes y las constituciones. Es posible que sus consejos fueran muy importantes para los primeros Ptolomeos en la Alejandría de Egipto, especialmente los que pudieran dar acerca del establecimiento de la Biblioteca, el Museo o las leyes del reino. Desde luego el estudio de las 158 constituciones llevado a cabo por Aristóteles influyó en uno de los grandes poetas de Alejandría, Calimaco. Pero el impacto más inmediato es el que produjo un discípulo de uno de los ex discípulos de Aristóteles, el ateniense Demetrio de Fálero. En 317 a.C. los macedonios acabaron con los intentos de resucitar la democracia emprendidos por los atenienses y apoyaron el nombramiento de este Demetrio al frente de una oligarquía restrictiva. Los pobres fueron privados del derecho de voto y en adelante los ricos se vieron libres de la obligación de sufragar las onerosas liturgias. Demetrio aprobó una serie de leyes que limitaban la ostentación del lujo en los monumentos funerarios y autorizó el nombramiento de unos «inspectores de las

mujeres», cuyo cometido seguramente fuera el de poner coto a la falta de moderación de las mujeres, entre otras la notable proliferación de la prostitución. Es muy probable que sus motivos fueran de carácter ético y que vinieran determinados por los valores aristotélicos de moderación y comedimiento. Más tarde sería censurado, como no podía ser de otra forma, por el lujo del que él mismo se había rodeado, entre otras cosas por el supuesto empleo de maquillaje, por teñirse el pelo de rubio, y por aceptar la erección de estatuas en su honor («360», según se dice). Entre sus amigos había otros discípulos de Aristóteles, y defendió con la máxima urbanidad sus hábitos elegantes y caballerescos.<sup>[167]</sup> Su gobierno duró diez años, hasta 307 a.C. pero cuando cayó y se reinstauró la democracia, los atenienses celebraron su liberación con entusiasmo. La libertad había vuelto, y un tal Sófocles no tardó en proponer que en el futuro se prohibiera a los filósofos impartir sus enseñanzas en la ciudad, a menos que contaran con una autorización de la democracia.<sup>[168]</sup> Los atenienses se mostraron compasivos, aunque la propuesta era muy elocuente. Los demócratas odiaban a aquellos filósofos amigos de reyes y de tiranos y sus insoportables concepciones del Estado ideal.

# Capítulo 20

## LOS ATENIENSES EN EL SIGLO IV

Es capaz de comprar una escalerilla y hacerle un escudito de bronce al grajo que tiene en su casa domesticado, a fin de que éste suba los peldaños así equipado. En el caso de que sacrifique un buey, clava el testuz en la misma entrada de la casa, después de haberlo adornado con grandes cintas, con la intención de que los visitantes vean que ha sacrificado tal res. Luego de haber participado en una procesión con los caballeros, le da al esclavo todo el equipo para que lo lleve a casa, pero se pasea por el ágora luciendo con el manto y las espuelas puestas. Si se le muere un perrito de Malta, le encarga una sepultura y una estelita, y en ella hace grabar: «Rama, oriundo de Malta...».

TEOFRASTO, caricatura del Hombre de Pocas Ambiciones, llena de detalles atenienses, *Caracteres* 21 (ca. 330-310 a.C.)

Lo más parecido a un Estado ideal que se dio en el mundo clásico no fue el Estado de Platón ni el de Aristóteles, sino el de los atenienses de la época de estos dos autores. Para nosotros dista mucho de ser un Estado ideal, pues era todavía una sociedad esclavista que utilizaba como objetos quizá a cerca de 80.000 seres humanos. Pero los Estados ideales de los filósofos también daban por descontada la esclavitud, aunque en sus *Leyes* Platón fue el primero en pensar que la existencia de esclavos podía corromper a los dueños de esos mismos esclavos.

No obstante, la Atenas del siglo IV ha sido juzgada muy mal. Ha sido considerada decadente tras los años de gloria de la época de Pericles, apática frente a Macedonia, e incluso inmoral por su constante apego al poder sobre las demás ciudades-estado griegas. Para Jacob Burckhardt, era

el síntoma de una decadencia política más generalizada. «En todas partes», decía, «la democracia alimentó un grado enorme de mala voluntad»; a su juicio, el resultado de esta situación se puso de manifiesto en el «desprecio privado» por las autoridades públicas, en la burla generalizada (a Burckhardt no le gustaba la comedia personalizada), en el quebrantamiento de la ley, en la alabanza exagerada de las glorias del pasado, y en la frecuencia con la que los hijos de los notables salían mucho peores que sus padres.<sup>[169]</sup>

Desde luego, la población de Atenas era mucho menor. Las pérdidas sufridas durante la larga guerra del Peloponeso redujeron el número de ciudadanos a la mitad, quizá tan sólo a unos 25.000 varones adultos en 403 a.C. Durante el siglo IV esa cifra aumentó hasta los casi 30.000 varones adultos, pero seguiría estando muy lejos de los 50.000 que se calcula que había en la década de 440. También las finanzas habían sufrido un bajón. El cambio más importante que experimentó el Ática del siglo IV fue la pérdida de los ingresos procedentes del antiguo imperio: en sus últimas fases, tales ingresos ascendían a más de mil talentos anuales. Una por una, las «contribuciones» de los estados miembros de la Confederación resucitada por los atenienses (a partir de 377 a.C.) eran más pequeñas y su total era también menor. Asimismo disminuyó la valoración oficial de las propiedades tangibles de los contribuyentes ricos del Ática. Según se calcula, éstas ascendían a cerca de 10.000 talentos hacia 430 a.C. En 378, no llegaban a los 6.000.

Sin embargo, pese a su disminución, la ciudadanía mantuvo una estabilidad admirable en esta época de violencia cívica y revolución generalizada. Los atenienses del siglo IV no olvidaron los dos terribles golpes de Estado

oligárquicos que había sufrido su comunidad, uno muy breve en 411 y otro en 404-403 a.C: en la década de 350 los abuelos aún contaban a sus nietos anécdotas sobre ambos acontecimientos. En mi opinión, la oligarquía se convirtió sólo en una posibilidad teórica de unos cuantos teóricos, de los que nadie hacía caso: después de recibir aquellos dos golpes, los atenienses habían quedado escarmentados para siempre, incluso aquellos pertenecientes a familias de clase alta que en el siglo V se habrían mostrado favorables a la oligarquía. Una causa de que su cacareada Confederación tuviera tanto éxito, integrándose en ella más de setenta miembros durante sus primeros doce años de existencia, fue que los atenienses eran los verdaderos demócratas, como demostraban los casi ciento cincuenta años de vigencia del sistema democrático en su territorio. Cada vez con más frecuencia se autoproclamaban amigos de los demócratas de otros lugares.

La infraestructura social y religiosa de la ciudad-estado seguía intacta. El calendario de fiestas continuaba siendo el mismo, y constituía el marco del año social de los atenienses: no hubo ninguna «crisis religiosa», y menos aún una crisis religiosa provocada por el escepticismo de Sócrates. El derecho de ciudadanía de un individuo continuaba dependiendo de que tuviera padre y madre de origen ciudadano y las excepciones en beneficio de los extranjeros siguieron siendo rarísimas. Incluso en sus lápidas funerarias, las inscripciones de los ciudadanos atenienses se caracterizarían en todo momento por su gran sencillez y moderación. Las fraternías seguían acogiendo en su seno a los jóvenes ciudadanos (y verificando sus credenciales); los *demos* mantenían sus asambleas y fiestas locales y, como

pretendiera Clístenes, incluían a los ciudadanos en alguna de las diez tribus. Como la población cambiaba de forma irregular, se ajustaba el número de los consejeros anuales que debía elegir cada demo para que todo encajara. Lo que no cambió fue la pertenencia de las familias a su correspondiente demo (como refleja su nombre o «demótico»): en la década de 330 a.C. esta denominación reflejaba todavía el lugar en el que habían sido inscritos los antepasados del individuo en 508 a.C. Las leyes de transmisión de bienes de la familia no sufrieron ninguna alteración, permaneciendo tal como las redactara siglos atrás Solón. Las limitaciones a las posibilidades de contraer libremente matrimonio de una «heredera» ateniense no se relajaron nunca, aunque los poetas cómicos se rieran tanto a finales del siglo IV de las descabelladas circunstancias a las que algunos casos extremos podían dar lugar.

El ateniense del siglo IV que mejor conocemos nos ofrece indirectamente una clara impresión de cuál era la fuerza de cohesión que tenía su sociedad y de los valores de ésta. Apolodoro (nacido en *ca.* 394 a.C.) era hijo de un meteco (emigrante); Pasión, un ex esclavo que había obtenido un premio rarísimo, la concesión de la ciudadanía ateniense, por el papel desempeñado como banquero de muchas grandes personalidades de la Atenas del siglo IV, y sobre todo por las grandes obras de beneficencia realizadas para el Estado. Para sus contemporáneos, Apolodoro siguió siendo un caso singular, como ponen de manifiesto los numerosos discursos pronunciados por los atenienses a su favor y en su contra. Demuestran la sensibilidad que tenían los atenienses de pura cepa ante el griego hablado con acento extranjero, ante la jactancia, y ante los arribistas que

adquirían demasiada notoriedad pública. Se desarrolló toda una industria consistente en «acabar con» Apolodoro siempre dispuesto a meterse en pleitos y a presentar una querrela tras otra, como el advenedizo que no permite que se ponga en entredicho la posición que acaba de alcanzar. Por otra parte, había otros atenienses que no estaban dispuestos a dejarlo en paz. «Ha poco que el ratón prueba la pez», era la frase que solía pronunciarse en tono jocoso acerca de su persona, en alusión a la fábula del ratón que cayó en una tinaja de vino y descubrió que su contenido (como la ciudadanía de Apolodoro) resultaba menos agradable de lo que se esperaba.<sup>[170]</sup>

Los atenienses de esta época no constituían una sociedad «a cara descubierta» en la que casi todos los ciudadanos se conocieran unos a otros: 30.000 varones adultos eran demasiados. Pero a todos les encantaba oír elogios de su propia persona y ser considerados un caso especial, lo «mejor de lo mejor». En los discursos de los oradores ante los tribunales de justicia y las asambleas, todos los ciudadanos varones siguen apegados al lenguaje utilizado otrora por los aristócratas. Ahora ellos son los verdaderos «dechados de virtudes».<sup>[171]</sup> El único político que, según sabemos por sus propias palabras, se había hecho a sí mismo, el orador Esquines, tiene buen cuidado, hablando ante un tribunal ateniense, de asociar a su familia con el desempeño de nobles tareas, con el hecho de haber servido en la caballería, etc. En semejante compañía, Apolodoro, hijo de un ex esclavo, no podía ser más que un personaje ridículo.

Pues, en efecto, no se desarrolló ninguna cultura popular surgida de la pérdida del imperio que destruyera las formas culturales de la edad dorada del siglo V. Antes bien, casi toda

esa cultura se había iniciado con los nobles y se había filtrado a las capas inferiores de la sociedad, incorporando de paso la comedia (la única adquisición extra de origen no aristocrático) y la tragedia (según parece). Los grandes certámenes atléticos seguían siendo muy apreciados en toda el Ática y el público los contemplaba en el transcurso de un invento de la nobleza, la fiesta de las Panateneas (fundada por los aristócratas en la década de 560 a.C). Todas las clases por igual disfrutaban con las peleas de gallos y quizá sea sólo una casualidad que en esta época oigamos hablar menos del noble deporte de la caza de la liebre o el jabalí. Siguieron celebrándose las hermosas fiestas de bebedores, los refinados *symposia*, en las casas en las que había una elegante «habitación de los hombres» destinada a ese fin. Era sólo la falta de espacio o de dinero lo que hacía que los atenienses pobres bebieran en las tabernas y bodegas desperdigadas por la ciudad.

Culturalmente, sin embargo, ¿dónde están los grandes nombres del teatro y de las artes? La pregunta resulta un tanto equívoca, pues era ya mucho lo que se había hecho, y lo que siguió haciéndose se ha perdido en su mayor parte. Los atenienses del siglo IV vivían felizmente, como seguimos haciendo muchos en la actualidad, a la sombra de una arquitectura grandiosa: lo que no quiere decir que ellos fueran también «sombras». La ciudad-estado conservaba sus magníficos templos clásicos y sus estatuas en la Acrópolis y en diversos lugares del Ática. La región no había sido saqueada ni arrasada (a pesar de los deseos de los tebanos). Si la construcción de edificios religiosos en Atenas disminuyó, podemos aducir una buena razón, y es que los atenienses contaban ya con los templos más hermosos del

mundo. La construcción de mansiones elegantes no cesó en ningún momento, desde luego, como ponen de relieve cada vez más a menudo los descubrimientos de los arqueólogos. Hacia 380 la cerámica pintada al viejo estilo desaparece, pero la consecuencia de este hecho no es ninguna ruina artística: las terracotas con figura de mujer, las famosas «tanagras», hacen ahora su aparición en Atenas, de donde es posible que fuera originario el género. A finales de la década de 370 tenemos por primera vez noticias de un escultor que copiara una estatua del siglo V (la *Paz* de Cefisódoto, que reproducía algunos aspectos de una obra del gran Fidias), pero no puede decirse que esté muerta una tradición capaz de producir a un Praxíteles (hijo del propio Cefisódoto). El siglo V a.C. había creado el «tipo ideal» o canon de belleza masculina desnuda; en el siglo IV, Praxíteles creó el que habría de convertirse en «tipo ideal» o canon de belleza femenina desnuda: pechos pequeños, caderas anchas, rostro ovalado y, en general, un tipo de cuerpo bien rellenito, no esa aberración famélica habitual en nuestros días. La obra más famosa de Praxíteles dentro de este género es la *Afrodita desnuda* que esculpió para Cnido, de una belleza tan erótica, según se dice, que los varones que la contemplaban intentaban hacer el amor con ella. Adriano colocaría una copia de la obra en su jardín, en un templo un poco apartado en el que ocupaba una capilla de forma circular.

Debajo de la Acrópolis, el Teatro de Dioniso todavía no estaba en ruinas e incluso en los años de extrema escasez financiera siguieron vigentes las subvenciones concedidas a los ciudadanos atenienses para que pudieran adquirir las entradas para los espectáculos. En 386 a.C. los actores

trágicos repusieron una tragedia antigua durante la fiesta de las Dionisias, y en la década de 330 los tres grandes poetas trágicos del siglo V fueron honrados con sendas estatuas en el curso de la remodelación del teatro ateniense. Las grandes obras de los autores del siglo V son citadas a menudo ante los tribunales de justicia por los oradores a partir de 360. Pero esas reposiciones no implican una nueva época de esterilidad. Los mismos que citaban las obras clásicas añoraban el honor de obtener un premio por la organización de un coro. Los monumentos conmemorativos más notables por este hecho que se conservan en Atenas datan de la década de 320, poco antes de que se abolieran estas liturgias.

Lo que oscurece nuestra visión es el hecho de que la incesante marea de nuevas tragedias estrenadas se ha perdido: no encajaban en el pequeño canon impuesto posteriormente en Alejandría. Es indudable que se crearon nuevas obras de excelente calidad, al menos según pensaba Aristóteles, que cita dos que no han llegado a nuestras manos, un *Linceo* y un *Alcmeón*. La fuerza inspiradora probablemente fuera Eurípides, pero la influencia de Platón y sobre todo de Aristóteles tal vez fuera notable a partir de la década de 350. Uno de los poetas trágicos más admirados fue Teodectes, un emigrante que se había establecido en Atenas y mantenía relaciones de amistad con los filósofos; su tratamiento de los personajes y sus discursos moralizantes seguramente fueran un reflejo de ese tipo de amistades. Se compusieron incluso algunos dramas históricos, no sólo en honor de mecenas que vivían fuera de Atenas, sino también dentro de la ciudad si (como yo creo) Mosquión escribió para la escena en el siglo IV. Entre sus obras se cita una titulada *Temístocles* y otra sobre la muerte del tirano más

conocido de Tesalia, Jasón de Feras. La elección como argumento de este suceso acontecido en 370 a.C. habría sido muy extraña para un dramaturgo de época muy posterior.

La «decadencia de la tragedia», pues, es sólo una realidad por lo que se refiere a nuestra falta de testimonios. En el ámbito de la comedia, la opinión habitual de que se produjo un período de estancamiento de casi sesenta años (380-320 a.C.) es también errónea. Ya al final de la dilatada carrera de Aristófanes, el coro cómico se hallaba en vías de desaparición; no todas sus obras tienen un carácter fuertemente personalizado, pero este género no estaba ni mucho menos dejando de funcionar. Siguieron componiéndose decenas y decenas de comedias, aunque nosotros sólo las conocemos de forma fragmentaria. La resurrección de la comedia con Menandro a finales de la década de 320 es sólo aparente. Así lo desmienten, entre otros, dos autores muy longevos: Antífanes (activo *ca.* 385-*ca.* 332 a.C.) y Alexis (activo *ca.* 355-275 a.C.), a cada uno de los cuales se atribuyen más de doscientas cuarenta obras, y el segundo continuó siendo admirado incluso en la época romana. Lo único que ocurre es que en la actualidad no poseemos ninguna obra suya. Su joven heredero, Menandro, se convertiría después en el maestro de la comedia apolítica «de situación», con su plácido tratamiento de los personajes y de las situaciones dramáticas. Sus comedias son una prueba, entre otras muchas, de que los jóvenes atenienses de uno y otro sexo pertenecientes a familias de ciudadanos se enamoraban apasionadamente y decidían contraer matrimonio incluso sin el consentimiento de sus progenitores. A diferencia de lo que ocurre en las comedias de Aristófanes, en las de Menandro no hay chistes ni

episodios de carácter homoerótico. En mi opinión, ese «buen gusto» es un reflejo de quiénes eran los amigos de Menandro y de las inclinaciones políticas del poeta: Menandro estuvo relacionado con Teofrasto, discípulo de Aristóteles, y luego con el oligarca Demetrio, durante cuyo gobierno (317-307) floreció su producción dramática. No hubo ninguna prohibición duradera de la comedia política personalizada, pero aquel círculo superior de personajes «ilustrados» no la hallaba de su gusto (como tampoco la hallaba de su gusto Jacob Burckhardt). Así, pues, Menandro simplemente tenía mejor gusto (por supuesto, los enredos homoeróticos seguían existiendo, pero los chistes sobre este tipo de asuntos y sobre la sodomía resultaban sencillamente demasiado groseros). Un autor de la época, Timocles, continuó escribiendo chistes políticos personalizados, pero, según parece, apoyaba la dominación de los macedonios y por lo tanto el blanco de sus invectivas y sus chistes resultaba aceptable para la clase dirigente.

La democracia en el siglo IV no estuvo ni mucho menos en decadencia hasta que los macedonios acabaron con ella a la fuerza en 322 a.C. Tras los terribles golpes de Estado oligárquicos de finales del siglo V, el pueblo votó a favor de su reforzamiento. Se introdujo el pago de un subsidio por asistir a la asamblea (unos cuarenta días al año) para todos los ciudadanos, incluso en las épocas de mayores dificultades financieras de mediados de la década de 390; las subvenciones pagadas a los miembros de los jurados de los tribunales de justicia y a los consejeros de servicio continuaron a ultranza (aunque, a diferencia de las pagadas por la asistencia a la asamblea, su cuantía no subió nunca). El total de los emolumentos pagados por los servicios

prestados al Estado probablemente ascendiera a casi cien talentos en la década de 340, suma que se repartía entre un gran número de beneficiarios, en vez de ser empleada para pagar a un grupo más reducido de funcionarios profesionales. También se manifestó un interés democrático por los métodos de adopción de nuevas leyes. Al final, el procedimiento acordado sería nombrar un cuerpo de «comisarios de la ley» encargados de presentar informes o deliberaciones sobre los distintos asuntos. Pero esos informes volvían a la asamblea del pueblo y para que tuvieran fuerza legal debían ser votados por ella. No se produjo en ningún momento una pérdida de la «soberanía popular». Tras los violentos abusos de los oligarcas reformadores, se desarrolló una mayor conciencia de la diferencia existente entre una «ley» y un simple «decreto» adoptado en una asamblea pública. Esa conciencia podría ser utilizada contra los enemigos políticos. El viejo sondeo de la opinión pública que suponía el ostracismo había desaparecido allá por 417 a.C. (cuando Alcibiades se las ingenió para distorsionar hábilmente el resultado de uno), y en su lugar, las propuestas de los oradores se verían expuestas cada vez más a menudo a procesos de «ilegalidad». Sin embargo, el recurso a este tipo de procesos existía ya a finales del siglo V y, una vez más, no supuso ninguna derrota de la «soberanía» popular. Las causas eran juzgadas por tribunales populares cuyos miembros eran elegidos por sorteo entre todos los ciudadanos. No eran competencia de ningún Tribunal Supremo independiente.

Al final, los habitantes del Ática seguirían siendo el único órgano soberano, que se reunía en asamblea en la convicción de que «el pueblo puede hacer todo lo que le

parezca conveniente». Esas reuniones no eran simples ocasiones en las que se juntaba un puñado de gente ignorante. La práctica incrementaba el juicio político del ciudadano, y a juzgar por los discursos de los oradores o por las referencias a los mismos que se nos han conservado, podía llevarse a la asamblea todo un conjunto de temas de complicada diplomacia exterior para que el pueblo adoptara una resolución al efecto. No había «gobierno», es decir un grupo permanente de individuos que «movían» el cotarro: los consejeros seguían cambiando cada año, y sus «deliberaciones» debían ser votadas por la totalidad del pueblo. A partir de la muerte de Pericles se produjo una división evidente entre los generales, encargados de los asuntos militares, y los oradores políticos más prominentes. En el siglo IV esa división se hizo todavía más patente, lo mismo que la propensión de los atenienses a procesar a los generales que fracasaban en las expediciones en el extranjero. El pueblo era muy susceptible y veía errores de gestión por todas partes, y de ese modo los generales se dieron cuenta de que, por su propio bien, les convenía colaborar con un orador político que los defendiera en la ciudad.

Esos oradores políticos debían su ascendiente a su capacidad de hablar y de persuadir. «Los que tienen que ver con la política» empieza a ser la expresión empleada para designar a un grupo perfectamente identificable, pero el Estado no les pagaba por ello. Podían recibir «regalos» por los servicios prestados, línea difícil de sostener cuando la aceptación de «regalos contra los intereses del Estado» podía servir de justificación para su procesamiento por aceptar sobornos. Algunos se hicieron famosos por determinadas particularidades. Demóstenes, por ejemplo, se hizo célebre

por sus opiniones acerca de la política que se debía seguir frente a Macedonia y en el norte de Grecia: disponía de contactos y de fuentes de información en la zona que lo mantenían al corriente de todo.<sup>[172]</sup> Unos oradores hacían particular hincapié en las finanzas, otros en la cuestión de Occidente, y otros en las importaciones de grano, pero la cualidad más importante era en todo momento la misma: la capacidad de persuadir a la asamblea y de establecer la credibilidad de lo que cada uno proponía que se decretara. Los oradores necesitaban tener buenos amigos y contactos activos, para empezar en el consejo, cuya composición cambiaba cada año, pues era este organismo el que elaboraba el orden del día de la asamblea. Indudablemente también era muy útil tener buenos contactos en el ámbito local con los presidentes de los *demos*, que podían animar a los ciudadanos a acudir a la asamblea a votar. Pero sin elocuencia y sin un buen historial de persuasión, un orador enseguida se convertía en un don nadie. No había ninguna habilidad nueva, ninguna tecnología especializada que sólo dominaran «los que estaban metidos en política». Algunas veces disponían de más información que otros, pero sobre todo eran los que sabían hablar y convencer.

Este talento siguió siendo trascendental, aun cuando lo que determinó la diferencia más importante respecto a la época de Pericles fueron las circunstancias financieras. En el siglo V a.C. no se había sentido la necesidad de hacer un presupuesto anual: las rentas provenientes del imperio eran por lo general más que suficientes. En el siglo IV fue introducido y autorizado por la ley un reparto anual de los ingresos; en virtud de esa distribución, había una serie de fondos a los que se asignaba dinero con una finalidad

concreta en cada caso, «ejército», «fiestas», etc. (desde mediados de la década de 350 se votó una ley para que este último fondo fuera además el beneficiario de cualquier excedente anual que se produjera). Según esta ley de mediados de la década de 350, los inspectores de este «fondo del teórico» tenían una importancia especial, y veinte años después al frente del mismo habría un comisario elegido cada cinco años: de ese modo, los atenienses llegaron a tener una especie de ministro de Hacienda.<sup>[173]</sup>

Al no contar con unos tributos del nivel de los que se cobraban en tiempos pasados, se atribuyó un valor especial a los ingresos procedentes de las rentas de los bienes del estado (incluidas las minas), los impuestos indirectos (entre otros, los que gravaban las importaciones y los que debían pagar los residentes extranjeros), y las multas (una tentación permanente). Ese dinero cubría los costes de la administración básica del Estado, pero en una época de guerras continuas se hizo más habitual el cobro de impuestos sobre el capital entre el grupo perfectamente acotado de los ciudadanos más ricos, que estaban obligados a pagarlo: esos impuestos afectaban a los «bienes visibles» y debían ser pagados en metálico. Aunque sólo gravaban con un cinco por ciento los bienes del individuo y no se cobraban todos los años, había que pagarlos siempre y al cabo de varios años sin duda habrían supuesto un quebranto de los recursos del contribuyente. También siguió vigente el desempeño de todas las liturgias, que debían correr a cargo de los ricos: aparte de las liturgias militares, cuyo número era variable, cada año había entre 100 y 120 «servicios» de ese estilo a los que era preciso atender.<sup>[174]</sup> No existía impuesto sobre la renta, y menos aún impuestos adicionales, pero

desde luego no fueron buenos tiempos para los ricos de Atenas, sobre todo en las décadas más difíciles de 390, 380, 360 y 350. En 378, la recaudación del impuesto sobre el capital fue reformada, con la introducción de sindicatos cuyos miembros más ricos debían pagar por adelantado. Este tipo de anticipos suponía una verdadera carga para ellos, lo mismo que la necesidad de reembolsar las sumas cobradas a los miembros menos ricos del sindicato. No obstante, las crisis militares de las décadas de 350 y 340 vieron cómo se producía un número considerable de «donaciones voluntarias», realizadas al margen de la recaudación ordinaria de impuestos. Dichas donaciones eran propuestas en la asamblea y se hacían cargo de ellas «donantes» voluntarios, que de ese modo se ganaban la estima de sus conciudadanos.<sup>[175]</sup> Es evidente que el espíritu cívico de los ricos de Atenas no había desaparecido y no se les puede echar a ellos la culpa de que la ciudad no lograra derrotar a los macedonios.

Tampoco cambió drásticamente el perfil social de la ciudadanía: Los términos «burguesía» y «clase media» siguen siendo inapropiados para referirnos a ella. Continuó habiendo una clase alta acaudalada, tanto si incluimos en ella a los 800-1.000 individuos que eran capaces de servir en la caballería, como si tenemos en cuenta también a los que odian formar parte de los 1.200 individuos necesarios cada año para afrontar los elevados costes que acarrea el «mando» de una trirreme. Los que podían pagar impuestos sobre el capital no eran tan pocos, en mi opinión, como los integrantes de estos grupos: en este colectivo entraban muchos más individuos, quizá unos 3.000-4.000, teniendo en cuenta incluso los bienes relictos de los huérfanos.<sup>[176]</sup> A

juzgar por las oligarquías impuestas en 322 y 317 a.C. había otros 8.000-9.000 ciudadanos que poseían tierras y bienes suficientes para servir como hoplitas, y que tenían, por tanto, entre unas 6 hectáreas de tierra y el mínimo requerido de «tres hectáreas y una yunta de bueyes». En 403 a.C. al término de la guerra, se cree que había unos 5.000 atenienses que no poseían ninguna tierra. Probablemente el número de los que carecían de fincas se redujera cuando la ciudad empezara a recuperarse, pero lo que no cambió fue el modelo general de posesión de la tierra vigente en el Ática. Las haciendas más grandes que se conocen en el siglo IV rondan las 30-40 hectáreas, aunque un individuo rico podía poseer varias fincas de esas dimensiones.

Dentro del grupo de los más ricos se daba la susceptibilidad y el afán de distinción propios de esta clase, y si sabemos más acerca de estos detalles es porque los oradores y la comedia se burlan de ellos. Un individuo podía desplazarse en un elegante carro tirado por caballos blancos, ir siempre muy acicalado, o incluso tener un esclavo etíope y un monito como mascota. Seguían celebrándose distinguidos banquetes (*symposia*), a los que ahora era habitual que asistieran uno o dos individuos especialmente engreídos acompañados de sus «asistentes personales» o «parásitos» (la palabra parásitos significaba: «El que se sienta a la mesa al lado de uno»).[177] A finales del siglo IV los poetas cómicos se burlan una y otra vez de esos obsequiosos acompañantes que se ganaban la vida por medio del halago y de la adulación, pero constituían sin duda una ridícula excepción. Se desarrolló también en todo momento una dura polémica contra el «lujo», contra la moda de comer pescados exóticos, el afán de adquirir las mejores frutas de

importación, o el empleo de elegantes copas de metal. Esta polémica derivó luego en otras en torno a la disipación, el excesivo gasto en perfumes, las exigentes cortesanas de la ciudad, o el juego. Este tipo de egoísmo y de falta de autodominio podía ser utilizado luego contra la credibilidad de un orador político.

Desde una perspectiva más amplia, este comportamiento no supone una manifestación exagerada de lujo, sobre todo si lo comparamos con la nueva época de los conquistadores macedonios o las leyendas acerca de los reyezuelos de Chipre. Aun así, ¿cómo aseguraban los atenienses ricos su riqueza, por lo demás bastante limitada? Las explotaciones agrícolas, aunque a menudo dispersas, eran la principal fuente de dicha riqueza, en un Estado en el que no había impuestos de sucesión, ni impuestos sobre la renta ni una inflación preocupante. Como las liturgias y los impuestos sobre el capital se pagaban en metálico, las tierras debían ser explotadas de manera intensiva con cultivos que pudieran venderse fácilmente por dinero contante y sonante. No existía una «agricultura de subsistencia», y en todos los niveles sociales la moneda estaba muy difundida.<sup>[178]</sup> En las temporadas de más trabajo se contrataban jornaleros para apoyar la mano de obra básica que tenía a su disposición el propietario de las tierras, esto es, los omnipresentes esclavos. Pues en el siglo IV no se produjo ninguna reducción del esclavismo y, lo mismo que antes, la mayoría de los esclavos eran importados del extranjero. La producción manufacturada también se basaba en los esclavos, que trabajaban casi siempre en pequeñas unidades. A decir verdad, la economía ateniense se resintió de las «copias» de productos atenienses realizadas en el extranjero, como

ocurre hoy día con las imitaciones de los artículos de lujo europeos fabricadas en el Extremo Oriente. Esa impresión es equívoca y viene dada por el principal tipo de objetos que ha recuperado la arqueología, a saber, la cerámica pintada. Efectivamente, los estilos áticos fueron imitados por todo el mundo, pero la cerámica pintada tenía una importancia marginal dentro de la economía ateniense.

Lo más importante eran las minas de plata y la exportación de aceite de oliva. Las minas eran propiedad del Estado, pero los ciudadanos las tomaban en arriendo para su explotación, utilizando generalmente esclavos miserables. A comienzos de la década de 360, el número de arrendamientos de minas que conocemos había disminuido ligeramente, indicio acaso de una cautela económica temporal entre los arrendatarios atenienses, pero esa tendencia cambió de sentido durante las tres décadas siguientes (para mayor beneficio del Estado, que cobró los correspondientes arrendamientos). Lo que nunca decayó fueron las exportaciones de aceite de oliva, el principal producto comercial que Atenas cambiaba por el trigo que los navieros (no todos atenienses) traían en grandes cantidades de Egipto y sobre todo de Crimea (de donde llegaban también pieles para fabricar cueros y calzado). El suelo del Ática era bueno para el cultivo de la humilde cebada, pero no para el del trigo. Este comercio de importación tan importante se sufragaba en buena parte con las exportaciones de aceite de oliva (el olivo no se criaba bien en la ribera septentrional del mar Negro) y probablemente también de plata en bruto, exportada en lingotes desde las propias minas.

Los atenienses ricos arrendaban además sus tierras, y los

ingresos procedentes de esos arrendamientos constituían un elemento importante de sus rentas anuales, entre otras cosas porque los metecos o extranjeros residentes no tenían derecho a poseer fincas rústicas ni casas en el territorio del Ática, y por tanto debían alquilar los lugares en los que vivían. Los ricos se dedicaban asimismo al préstamo de dinero, aunque la mayor parte de los préstamos efectuados en Atenas eran de poca cuantía y a corto plazo. Ante todo, muchos de esos individuos acaudalados asumían los grandes riesgos de los préstamos marítimos que se concedían a los navieros y mercaderes para que pudieran financiar sus cargamentos o sus barcos. En este caso los beneficios podían ser muy elevados, como mínimo de un treinta por ciento por el breve tiempo que pudiera durar el viaje, pero también eran muy elevados los riesgos: si la nave naufragaba, el prestamista lo perdía todo. Esos préstamos no constituían una nueva especialidad ateniense: sus orígenes se remontaban seguramente a la época arcaica. Pero eran muy importantes para la renta de muchos atenienses ricos. Una sola embarcación o un solo cargamento podía ser la garantía de varios préstamos diferentes, adelantados por varias personas distintas. Constituían una verdadera especulación sobre el comercio que permitía a navieros y mercaderes delegar responsabilidades y riesgos y aumentar el volumen de la operación. No tenían nada que ver con los «seguros», tal como los entendemos hoy día: no existía el concepto de prima, pagada por adelantado para asegurar una eventual pérdida mayor. Como muchos inversores actuales, los prestamistas asumían un riesgo total con la esperanza de obtener mayores beneficios. En mi opinión, casi todos los atenienses acaudalados estaban relacionados con la gente del puerto, el Pireo, y su «mundo naviero». Pero no estaba bien

visto socialmente que un ciudadano se jactara de tener ese tipo de relaciones y por lo tanto los testimonios en este sentido son muy sesgados.<sup>[179]</sup>

Sin el tributo del imperio y sin los servicios que los tiempos del imperio habían facilitado, ¿cómo podían sobrevivir el conjunto de la ciudad y la mayoría pobre de la población sin que cundiera el descontento? Desde mediados de la década de 360 la principal solución al problema resultaría más fácil: una vez más, los ciudadanos atenienses se harían con tierras en otras ciudades-estado. A mediados de la década de 360 empezaron a expulsar a los «traidores» pro persas de la isla de Samos; más tarde volvieron a esta isla y a otros lugares con el fin de apoderarse de más tierras de cultivo para los ciudadanos atenienses. Los beneficiarios podían residir en esas nuevas fincas o darlas en arriendo. A mediados de la década de 340 los «atenienses de Samos», como sabemos que se llamaba este colectivo por una inscripción descubierta recientemente, tenían un consejo rotatorio de 250 miembros, la mitad de los que tenía el de Atenas, lo que implica que la población residente en la isla sumaba varios miles de individuos.<sup>[180]</sup> Diez años antes, los oradores de Atenas «solían decir [en la, asamblea] que conocían la justicia no menos que los demás hombres, pero al mismo tiempo afirmaban que se veían obligados por la pobreza del pueblo a ser injustos en su trato con otras ciudades».<sup>[181]</sup> Un buen ejemplo de ello era Samos.

Ante sus aliados (los samios tal vez no lo fueran), esos mismos atenienses habían prometido en 377 a.C. que no iban a apoderarse de más tierras para establecer colonias en el extranjero. En la complejísima y cambiante política exterior del siglo IV, los atenienses se habían visto obligados

a tomar decisiones muy difíciles: en la década de 390 habían tenido que firmar una alianza con la odiada Tebas y con la no menos odiada Corinto, pero luego, en 369 a.C. tras las victorias obtenidas por los tebanos, habían optado por aliarse con los espartanos, sus antiguos enemigos. En 357 a.C. los aliados integrados en la confederación capitaneada por los atenienses también se sublevaron contra ellos. Pero no podemos reconstruir los orígenes de esta sublevación (¿se debió en parte a la acción de los oligarcas disidentes de los estados aliados?) e incluso después de que se restaurara la paz la confederación de los atenienses no se rompió. Una vez apaciguada la amenaza espartana de la década de 370, la confederación había alcanzado su principal objetivo. Pero siguió existiendo y los disparates cometidos no fueron todos, desde luego, obra de los atenienses. A mediados de la década de 360 los tebanos conquistaron la importantísima ciudad portuaria de Oropo, en la frontera del Ática. Como es natural, los atenienses, deseosos de recuperarla, solicitaron la ayuda de sus aliados en virtud del tratado que habían firmado con ellos. Ninguno de ellos respondió a su llamada, y sería Filipo quien se encargara de devolverles la plaza tras la victoria de 338 a.C.

Durante los años difíciles, los ciudadanos de Atenas conservaron, pues, la estabilidad y su sistema democrático. En las obras que se nos han conservado de los oradores atenienses, sólo tenemos un texto que se dirige a los ciudadanos como si pobres y ricos tuvieran distintos motivos de descontento: lo encontramos en la IV Filípica de Demóstenes (escrita probablemente en *ca.* 340 a.C), pero se centra sobre todo en el descontento de los ricos por los pagos que deben efectuar para mantener a los pobres y su

disgusto (justificable) por los intentos de desviar sus bienes en beneficio de los ciudadanos más pobres.<sup>[182]</sup> Se trata, al parecer, de una queja por los fastidiosos acusadores, los odiosos «sicofantas» del Ática, que denunciaban a sus conciudadanos con la esperanza de obtener una parte de sus bienes si el caso prosperaba. Pero los «sicofantas» ya habían resultado odiosos en la época de Pericles, no constituían ningún fenómeno nuevo (en Atenas no existía un ministerio público o fiscalía), y en el siglo IV todavía se sentían frenados por el riesgo de ser sancionados si perdían el pleito en los tribunales.

El buen ateniense, en cambio, se suponía que debía actuar de arbitro en las disputas que sus conciudadanos pudieran someter a su consideración: a menudo se buscaba y se practicaba un arbitraje informal, que era una forma aceptada por todos de evitar que un litigio acabara en los tribunales de justicia. Si un ciudadano era lo bastante rico, se esperaba también que en momentos de necesidad colaborara en las liturgias, las «donaciones» voluntarias y las recaudaciones extraordinarias en beneficio de sus conciudadanos. Los oradores se encargaban de dramatizar los casos excepcionales y sus discursos no deberían equivocarnos respecto al sólido núcleo de seriedad, cooperación y espíritu cívico que haría que los atenienses del siglo IV fueran tan «clásicos» como sus aplaudidos antepasados.

Lo que más ha perjudicado su reputación es una acusación inmerecida de apatía, incluso de cobardía. Una vez más la acusación proviene de los discursos de los oradores que han llegado a nuestras manos y que con mucha frecuencia fustigan a sus oyentes y los exhortan a luchar,

hasta el punto de que el lector moderno llega a pensar que esos oyentes habían perdido el espíritu de otros tiempos. Pero no era así; lo que había ocurrido más bien era que la guerra y las finanzas habían cambiado. Para salvaguardar los intereses atenienses era necesario llevar a cabo campañas navales en lugares distantes, pero no había dinero Para pagar debidamente a marineros de condición ciudadana. En cualquier caso, para las largas ausencias se prefería contratar a marineros mercenarios, que se financiaban con los medios que podían agenciar los generales destinados en el extranjero. No obstante, en los momentos críticos los soldados atenienses seguirían arriesgando su vida: en 359 a.C en Macedonia, en la primavera de 352 contra Filipo en las Termopilas, en 348 en Eubea y en el norte, y en 338 de nuevo contra Filipo (al que estuvieron a punto de vencer) en la batalla decisiva de Queronea. Estas expediciones no son directamente el tema de ninguno de los grandes discursos sobre política exterior que se nos han conservado, pero dan testimonio del compromiso cívico de los atenienses.

Entre esos discursos destacan las obras maestras de Demóstenes, el mayor de los oradores atenienses. Aunque tardó en responder a la amenaza representada por Filipo, Demóstenes fue después su adversario ateniense más eficaz, desde *ca.* 350 a.C. hasta su valerosa muerte en 322. Con algunos intervalos, la situación se prestó más a la paz y a los compromisos que a la guerra abierta, como vio con claridad Demóstenes. Pero la mejor opción (como, supuestamente, él mismo había reconocido hacía tiempo) para atenienses y tebanos fue unirse frente a las injerencias de los macedonios. Cuando por fin se produjo esa alianza, es indudable que la oratoria de Demóstenes siguió inspirándola. Filipo se alzó

con la victoria, pero los discursos de Demóstenes en torno a la necesidad de defender la libertad frente a un rey al que, cada vez más, veía como al enemigo de la democracia, supusieron también un triunfo. En la Antigüedad no se escribió nunca la biografía de Filipo, pero durante más de mil años los discursos de Demóstenes serían los textos que imitaran, copiaran y aprendieran de memoria los hombres.

Tercera parte  
LOS MUNDOS HELENÍSTICOS

La reconstrucción y la transformación del sistema burocrático de Oriente, según un plan general y con unos objetivos definidos, deben ser consideradas uno de los logros más sorprendentes del genio griego, así como una evidencia de su flexibilidad y adaptabilidad.

M. I. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, Volumen II (1941), 1080.

Algunos historiadores han escrito acerca del equilibrio establecido por los primeros Ptolomeos. Este hecho puede darse por comprobado si se analiza del siguiente modo: Egipto era un país de aproximadamente siete millones de nativos y unos cien mil inmigrantes. Estos últimos no podían esperar pretender una proporción igual, y mucho menos mayor, de los productos, a no ser que contribuyeran (o se considerara que contribuían) con una proporción cualitativa mucho más considerable. El poder crear esa ilusión dependía de la habilidad del estadista. (Ptolomeo I) Sóter, y curiosamente (Ptolomeo III) Evergetes, lo consiguieron. (Ptolomeo II) Filadelfo lo tuvo todo a su favor, pero insistió con demasía en sus éxitos y desperdició los activos con los que contaba. Tras la batalla de Rafia en 217 a.C. llegó un período de estéril estancamiento.

Sir Eric Turner, en *The Cambridge Ancient History*, volumen VII, 1ª parte (1984, 2ª edn.), 167.

# Capítulo 21

## ALEJANDRO MAGNO

Envióle Darío una carta y personajes de su corte que intercediesen con él para que, recibiendo diez mil talentos por los cautivos, conservando todo el terreno de la parte acá del Éufrates y tomando en matrimonio una de sus hijas, hubiese entre ambos amistad y alianza; lo que consultó con sus amigos; y habiéndole dicho Parmenión: «Pues yo, si fuera Alejandro, admitiría este partido»; «Yo también —le respondió— si fuera Parmenión»; pero a Darío le escribió que sería tratado con la mayor humanidad si viniese a él; mas si no venía, que iba al momento a marchar en su busca.

PLUTARCO, *Vida de Alejandro* 29.4

La ascensión de Macedonia marcó el final de la época clásica al recortar la libertad griega y colocar a los reyes y sus países en el centro del poder y de los asuntos públicos de las ciudades-estado. El lujo, cada vez mayor debido a las conquistas, caracterizaba ahora a la nueva clase dirigente y el grandioso estilo espectacular de buena parte de su arte «helenístico» postclásico. La «Alianza Helénica» de Filipo proclamaba la «libertad» y la «autonomía» de sus integrantes. También afectaba a la administración de la justicia: las disputas entre ciudades-estado debían ser resueltas a través de un arbitraje, y, por medio de una «carta», el rey tenía la facultad de «aconsejar» el trato judicial que merecían los traidores. Pero la libertad y la justicia no constituyen la explicación del éxito de su Macedonia. Filipo y sus hombres no luchaban en realidad por la libertad de los griegos: la proclamaron como un medio para llegar a un objetivo, a saber, el aumento de su propio poder.

La ascensión de Filipo se explica mejor a través de sus innovaciones militares, su talento personal como monarca absoluto y, una vez más, los dos grandes agentes del crecimiento económico en la Antigüedad: las conquistas y el acceso a nuevas fuentes de metales preciosos. Por medio de la conquista, Filipo incrementó sus fuentes de mano de obra militar y transformó el perfil social de su reino. Los macedonios estaban establecidos en fértiles tierras que habían arrebatado a las ciudades libres griegas situadas en su frontera oriental; así pudieron dedicarse a criar caballos y a organizar una nueva caballería. Los prisioneros de guerra eran llevados a Macedonia como esclavos, esto es, como mano de obra para las minas que empezaban a explotarse y, sin duda, para los campos cuyos propietarios podían de ese modo ser reclutados como soldados de un ejército regular profesional que debía estar disponible todo el año. Había además, como veremos más tarde en Roma, una estimulante serie de valores. Al igual que sus súbditos, un rey macedonio era educado en la admiración de la gloria ganada en los campos de batalla. Si la alcanzaba, seguía recibiendo el apoyo incondicional de sus seguidores. En aquel mundo post-homérico quedaba fuera de lugar gobernar siendo pacífico. Cuantas más tierras conquistara un rey, más segura estaba su monarquía personal y más numerosos eran los recursos que podían permitirle emprender nuevas conquistas.

Todos estos valores serían hechos realidad por el recuerdo más famoso que de sí dejó Filipo, su hijo Alejandro Magno, que llevó la dinámica de la gloria, el triunfo y la conquista hasta extremos sin precedentes. Nacido en julio de 356, Alejandro sucedió a su padre cuando éste fue asesinado

en 336; cinco años después, a los veinticinco, ya había derrotado a los grandes ejércitos del rey de Persia en Asia y se había apoderado de los palacios y tesoros del Imperio Persa que tenían una antigüedad de más de doscientos años. Con una riqueza considerablemente superior a la de cualquier personaje conocido hasta entonces de la historia de Grecia, se adentró en Oriente hacia la India, rumbo al océano Exterior, que, según creía, rodeaba el mundo. Ningún griego había visitado la India anteriormente, y, al igual que su preceptor, Aristóteles, Alejandro subestimó las grandes dimensiones de ese país y su enorme población. Como los conquistadores españoles, sus soldados penetraron en los reinos de un mundo indio desconocido. Creían seguir los pasos del dios Dioniso y del héroe Heracles. Encontraron elefantes y brahmanes, pero sólo oyeron hablar de pueblos que vivían en las altas montañas, nuestra cordillera del Himalaya, y que corrían con los pies vueltos hacia atrás. Pensaban que esas gentes no podían sobrevivir a baja altura y que, por lo tanto, no podían ser conducidos a su campamento: los soldados de Alejandro fueron los primeros occidentales que oyeron hablar del fabuloso yeti, el abominable hombre de las nieves de esas cimas. Cuarenta años atrás, sus progenitores habían sido los peones de las guerras entre Atenas y Tebas.

Aristóteles, preceptor de Alejandro, pensaba que el extremo del mundo se encontraba precisamente al otro lado de las montañas del Hindú Kush. Bajo las lluvias torrenciales propias de la estación de los monzones, los hombres de Alejandro se negaron a seguir adentrándose en la India y a continuar la exploración, sobre todo porque comenzaron a llegarles noticias de un enorme reino indio

desconocido situado más allá, a orillas del Ganges. Alejandro se vio obligado a retroceder, aunque al frente de un ejército que ahora contaba con más de ciento veinte mil hombres, el más grande de toda la historia de occidente, la mayoría de cuyos soldados eran indios, iraníes y bárbaros, hasta hacía poco enemigos suyos. En la desembocadura del río Indo, en lo que hoy día es Pakistán, consiguió hacer un sacrificio al océano Exterior, como si se hallara en el término meridional del mundo. Era un premio de consolación, e inmediatamente emprendió el regreso a Babilonia, donde murió menos de dos años después, a los treinta y dos años y diez meses de edad. No fue envenenado, pero tal vez se infectara de malaria pocas semanas antes. Como era de esperar, sus oficiales se echaron la culpa unos a otros, e incluso a los discípulos de Aristóteles, de haberlo envenenado, propagando unos contra otros este tipo de rumores en su lucha por la sucesión del gran conquistador.

Al igual que Alejandro, el emperador Adriano también hizo una ofrenda en honor del océano Exterior, pero él la hizo en el norte del mundo, junto a la desembocadura del río Tyne, en Britania, un lugar que Alejandro nunca conoció. Adriano visitó la gran ciudad de Alejandro, Alejandría de Egipto, y el mejor relato que ha llegado a nuestras manos sobre las campañas del joven rey macedonio fue obra de uno de los gobernadores provinciales de Adriano, Arriano, un astuto cazador, como su héroe. De haberlo deseado, es indudable que Adriano habría podido conocer muchas más cosas que nosotros sobre la figura de Alejandro, pues por aquel entonces se conservaba un número mucho mayor de obras históricas.

Como general, Alejandro seguiría siendo famoso en

todo el mundo, aunque sus conquistas fueron obra principalmente del ejército creado por Filipo. Su táctica favorita en el campo de batalla era la que ya había adoptado Filipo: en formación triangular, la caballería cargaba desde un ala, obligando al enemigo a desplazarse hacia los lados para oponer resistencia, y a continuación se daba media vuelta en formación en línea para atacar el centro del enemigo, que la anterior maniobra había dejado desequilibrado. Acto seguido entraba en acción la infantería en el centro, armada con las largas picas o *sarissai*, que, según los observadores, eran movidas hacia arriba y hacia abajo cual las espinas de un aterrorizador puerco espín. Las tropas de choque de Alejandro estaban formadas por los escuderos del rey instaurados por Filipo, curtidos soldados de infantería que supieron arremeter ferozmente contra los ejércitos indios y sus elefantes aun cuando muchos de ellos, veteranos de Filipo, ya habían superado los sesenta años de edad. Sobrevivieron a Alejandro y siguieron siendo los soldados más mortíferos del mundo, una clara refutación de nuestras ideas modernas sobre la «vejez». Incluso el plan de invadir Asia fue de Filipo, al igual que lo eran los griegos expertos en artillería que añadieron fuerza de torsión a las catapultas y que diseñaron máquinas y torres de asalto todavía mayores para superar las murallas de las ciudades.

A diferencia de Filipo, Alejandro entendía que «Asia» era el (supuesto) extremo oriental del mundo, y no simplemente una parte o la totalidad del imperio persa. En su camino hacia Oriente, a diferencia de Filipo también, cosechó éxitos extraordinarios por medio del asedio. No perdió nunca una batalla, y sus campañas menores fueron verdaderas obras maestras de audacia y de resistencia casi

increíble. Alejandro era imparable en la cima de una montaña de la India o solo en un bosque del Líbano. Siempre iba en primera línea al frente de sus hombres, aunque esta costumbre tan inspiradora estuvo a punto de costarle la vida en 325 a.C. en la India, cuando saltó la muralla de una ciudad y cayó en medio de una multitud de aterrorizados arqueros enemigos. Tomó la ciudad insular de Tiro tras construir un malecón en el mar; arrasó la rebelde ciudad de Tebas, incómoda aliada de Filipo, y vendió a sus habitantes como esclavos (al igual que hiciera su padre en muchas ciudades del norte de Grecia). Una noche espectacular, animados por el vino, las mujeres y los cánticos, Alejandro y sus hombres prendieron fuego a la capital ritual de los persas, Persépolis, reduciéndola a cenizas. Sin embargo, el joven rey era también extraordinariamente astuto. Era capaz de engañar a sus adversarios con una serie de estratagemas; fue todo un maestro en lo que enseñan hoy día los teóricos militares bajo el título de «maniobras dinámicas»; sabía dividir sus fuerzas y coordinarlas en una campaña perfectamente planificada. Tenía la suficiente sangre fría para asumir grandísimos riesgos, pero era a la vez lo bastante inteligente para adaptarlos a los puntos débiles de sus sucesivos enemigos. Asimismo facilitó su propio progreso utilizando un «barniz» político adecuado. Filipo había presentado astutamente su invasión de Asia como una campaña de venganza; Alejandro hizo público un «dossier» de cartas intercambiadas con el rey de Persia, Darío, en las que «justificaba» su agresión apelando a las anteriores agresiones e injerencias de los persas. Después de tres años como vengador de las ofensas persas, se recicló presentándose ante el mundo como el respetuoso heredero de Ciro, el primer gran soberano persa.

Tras este «barniz» se ocultaba su firme determinación desde el primer momento de reinar en Asia y conservar sus conquistas.

El carácter audaz e impulsivo de Alejandro se debía en buena parte a su extrema juventud. Este temperamento se vio favorecido, sin embargo, por dos factores sumamente singulares. Su padre, Filipo, le había proporcionado una buena educación griega, que compartió con los hijos de los nobles macedonios, el cuerpo de Pajes Reales recientemente creado por Filipo, que se convertirían en los principales puntales de Alejandro. Como buen pupilo de Aristóteles, Alejandro leía los textos griegos, mandaba representar tragedias griegas para entretenimiento de sus soldados durante la campaña de Asia y compartía la fascinación que sentían sus hombres por el nuevo mundo que los rodeaba y que a veces parecía evocar los antiguos mitos de los griegos. Pero también supo modelarse tomando como referencia al héroe supremo de la épica homérica, Aquiles. En Troya corrió desnudo hasta el lugar en el que supuestamente se encontraba la tumba de Aquiles, mientras que su amante y amigo, Hefestión, coronaba la tumba de Patroclo, el amado de Aquiles. Colocó su copia de la *Ilíada* de Homero, con anotaciones de Aristóteles, en la arquilla más preciosa que arrebató al rey de los persas. Cuando los atenienses le enviaron un embajador llamado Aquiles, accedió a todas las peticiones de aquéllos. Homero encontraría en Alejandro su mejor y más ardiente intérprete.

En la sociedad macedonia, esa rivalidad personal con un héroe homérico no estaba del todo fuera de lugar. El rey gobernaba por las proezas realizadas ante sus compañeros y, como había demostrado Filipo, tenía que conceder regalos y

esforzarse por hacerse estimar personalmente; el mundo heroico de la épica de Homero no estaba tan lejos de los valores macedonios. Como si fuera un héroe muy especial, Alejandro también llegaría a creer que había sido engendrado por un dios. Una vez más vemos que ya había precedentes griegos en este sentido: en la familia real de Esparta, en la familia de tiranos de Siracusa e incluso, como decían sus admiradores, en Platón el filósofo, el «hijo engendrado por Apolo».<sup>[183]</sup> Alejandro hizo pública esta pretensión personal tras su visita a un oráculo en el oasis de Siwah, en la frontera entre Libia y Egipto. El dios de dicho oráculo, Amón, había sido consultado con frecuencia por los griegos con anterioridad y era considerado una manifestación de Zeus; su sacerdote saludó a Alejandro, nuevo monarca de Egipto, llamándolo «hijo de Zeus». Se contaba que la madre de Alejandro, Olímpíade, ya había dado a entender que el padre de su hijo era más que un simple mortal, idea que probablemente reforzaran en ella las diferencias que al final la enfrentaron con su esposo, Filipo. No cabe la menor duda de que Alejandro valoraba mucho su ascendencia divina. También honró al dios cuando llegó, como premio de consolación, al «océano Exterior», es decir, al océano índico: se anunció que los sacrificios llevados a cabo en este lugar se hacían «siguiendo en todo ello las indicaciones del oráculo de Amón».<sup>[184]</sup> Parece, pues, que en Siwah, en 332-331, ya había preguntado al dios a qué divinidades tenía que honrar cuando llegara al océano, el extremo del mundo. Cuando planteó esta cuestión, a los veinticuatro años, todavía no había derrotado al gran ejército persa. La pregunta dice mucho acerca de sus prioridades y de la confianza en sí mismo que le ayudó a hacerlas realidad.

El papel-modelo de héroe y el parentesco divino fueron los pilares de la energía innata de Alejandro y de su ambición sin límites. Ni que decir tiene que la tensa relación que mantuvo con su padre, Filipo, acentuó también su infinito deseo de sobresalir. Resultado de todo ello fue una conquista que cambió los horizontes del mundo griego. En consecuencia, el ejército y el estilo militar de los soberanos persas fueron reemplazados por el adiestramiento y las tropas macedonias, como en un principio había previsto Filipo. Las celebraciones y los ideales de la monarquía persa fueron sustituidos por el estilo personal de los reyes macedonios. Al menos dieciséis ciudades nuevas fueron fundadas por Alejandro en prometedores emplazamientos situados a lo largo y ancho de Asia, si bien la tradición le atribuye, aunque de manera harto dudosa, muchas más. Estas ciudades no fueron meros destacamentos militares, aunque también creó asentamientos de este estilo. Fueron erigidas para nacerse famosas, para gloria de su fundador, y por ello fueron emplazadas, cuando fue posible, cerca de rutas que resultaran accesibles al comercio y los intercambios. Una de esas ciudades conmemoraba al noble caballo de Alejandro, Bucéfalo, que lo llevó durante más de diecisiete años; del mismo modo, otra conmemoraba a su perro. Todas esas ciudades, pobladas con colonos griegos, fueron centros de lengua griega en los que se daban los típicos entretenimientos griegos, entre ellos los certámenes de atletismo y el inevitable teatro. Pero en algunas de ellas también se estableció una población local no griega. En cierta ocasión, en Sogdia, unos prisioneros rebeldes fueron entregados como esclavos a los habitantes de una nueva Alejandría, pero en otros lugares los nativos no griegos de la zona fueron incluidos como voluntarios. El almirante

Nearco, amigo íntimo de Alejandro, contaba que el monarca fundó aldeas en Irán para que los nómadas se convirtieran en «agricultores, y como así tendrían algo por lo que preocuparse, dejarían de hacerse daño unos a otros».<sup>[185]</sup> Puede que el plan fracasara, pero no es desde luego ningún anacronismo atribuir una visión «civilizadora» a algunas fundaciones de Alejandro. Otros monarcas macedonios anteriores habían perseguido unos fines parecidos con su patrocinio cultural y el establecimiento de nuevas ciudades en la propia Macedonia, una región incivilizada y áspera.

Alejandro también había heredado de Filipo el objetivo de liberar a los griegos de Asia. En menos de un año prácticamente lo consiguió, y fomentó las democracias como alternativa a las oligarquías apoyadas por los persas. Las ciudades griegas vieron cómo se abolía el pago de tributo, un privilegio único en la historia de las relaciones de esas ciudades con un poder superior. La libertad, en consecuencia, se convirtió en sinónimo de democracia en las ciudades-estado griegas. En otros lugares, en el Asia Menor no griega, en Babilonia, Egipto, Chipre o Sidón, Alejandro pudo capitalizar los recientes motivos de queja contra la dominación persa y ofrecer como alternativa la «libertad», en el sentido de autogobierno («autonomía»). Pero en estos lugares heredó también el sistema fiscal y el afán de control absoluto de los reyes. Fuera de los territorios de las ciudades griegas, la «tierra», como proclamaba uno de sus primeros decretos, «la considero mía».<sup>[186]</sup> Sus gobernadores la supervisaban, mientras que las tropas permanecían estrictamente en manos de gobernadores griegos y macedonios. Seguía pagándose tributo como antes, pero, a cambio, sus tropas y gobernadores se encargaban de

mantener la paz (o al menos eso esperaba él), y en la India lograron detener las guerras locales existentes.

Así pues, en Asia se produjo un verdadero aumento de la libertad. Para la mayor parte de las ciudades griegas, pero para otros pueblos sólo hubo paz tras una matanza y un sutil cambio de dueño: en Arabia o en la India, al igual que en las zonas griegas de Asia Menor, Alejandro quedó plenamente convencido de que, como poco, había concedido la «autonomía» incluso a los no griegos. En Grecia, mientras tanto seguiría vigente la paz armada establecida por Filipo entre los aliados griegos. Los griegos que buscaran justicia amparándose en ella podían recurrir, como siempre, a árbitros locales o a los tribunales de justicia de sus ciudades-estado: en teoría no había límite para las penas, excepto el destierro, que dichos tribunales locales podían imponer. Para solucionar las disputas entre las ciudades griegas, la Liga Helénica también estaba facultada para imponer un arbitraje. La «justicia», por lo tanto, dispuso de un nuevo marco en Grecia, aunque la libertad de las «ligas» locales y las ciudades-estado se viera restringida por él. Por otro lado, en Asia Menor las ciudades griegas siguieron utilizando sus propios tribunales, pero siempre cabía la posibilidad de enviar una embajada ante el rey para obtener un veredicto de instancia superior. Alejandro no había integrado las ciudades griegas orientales en la Alianza Helénica de su padre. Les había concedido personalmente la libertad, y a raíz de las convulsiones constitucionales que se produjeron en esas ciudades, probablemente él mismo decretara por carta un nuevo ordenamiento político. En el verano de 334 insinuó a la democracia restaurada en la isla de Quíos que iba a leer el nuevo código de leyes que le acababan de

proponer para verificar que no hubiera nada en él que fuera contrario al futuro democrático de su población. En esas ciudades, la cuestión de los desterrados y de su readmisión pacífica siguió siendo objeto de su intervención personal; llegó a especificar incluso en una carta que todos esos casos de destierro debían ser vistos por un jurado cuyos miembros utilizaran «voto secreto». Como es de suponer, en el marco local de las leyes de una ciudad «libre», los edictos que promulgó Alejandro por carta adquirieron un poder irresistible.

En toda Asia, fuera de las ciudades griegas, las partes agraviadas podían apelar a un gobernador local o a uno de los subordinados de Alejandro con la esperanza de obtener una sentencia que pudiera ser ejecutada. Podían incluso acceder al propio rey y aspirar a una sentencia que les resultara favorable (necesitarían a un intérprete para presentar su caso). Así pues, en Asia la justicia seguiría siendo administrada por los funcionarios locales del rey, igual que antes. No se produjeron reformas judiciales ni se sancionaron nuevas constituciones para sus súbditos no griegos, aunque en varios lugares (en los que existía una tradición de leyes locales) Alejandro proclamó una vuelta a la legislación anterior a los persas.

Sus conquistas ensancharon también el ámbito de las ganancias y el lujo más allá de lo que cualquier griego hubiera podido soñar jamás. Mientras que los ingresos de Filipo apenas habían bastado para organizar una invasión de Asia Menor, los de Alejandro le permitieron las demostraciones de lujo más ostentosas de toda la historia de Grecia. Se gastaban diez mil talentos, aproximadamente diez veces los ingresos anuales de la Atenas de Pericles, en

una sola celebración, en una boda real o en un banquete. Sus compañeros cenaban en lechos con patas de plata; se decía que había funcionarios que poseían espléndidas redes de caza de más de un kilómetro de longitud; se contaba incluso que Poliperconte, el serio y anciano funcionario de los tiempos de Filipo, bailaba vestido con un manto de color azafrán y unas zapatillas.<sup>[186b]</sup> La bebida siempre había corrido en abundancia en la corte macedonia, y con más abundancia todavía llegó a correr en los últimos años de Alejandro. Había veces en las que éste se pasaba la noche bebiendo hasta el amanecer. En el curso de los funerales de un sabio indio de su corte, el ganador de una prueba de resistencia a la bebida acabó trasegando varios litros de vino, mientras que entre los perdedores, hubo algunos indios que perdieron la vida poco después. Cuando Alejandro contrajo matrimonio con otras dos princesas de las casas reales de Persia casi al final de su vida, la ocasión se conmemoró con lujosos regalos, y la tienda de las audiencias reales fue ampliada y convertida en un magnífico entoldado. Hasta sus mástiles eran de oro.

A su muerte, Alejandro estaba planeando nuevas conquistas en Arabia (cuya envergadura probablemente subestimara), y es posible que también pensara marchar contra Cartago y el norte de África, en Occidente. Sus objetivos, como es de suponer, son objeto de controversia, pero en mi opinión decidió primero dirigirse al extremo oriental del mundo; cuando sus tropas se opusieron a este proyecto, optó por dirigirse al sur, a lo que él pensaba que era el extremo meridional del mundo (el océano Índico); cuando falleció estaba proyectando una posible expedición al extremo septentrional (el mar Caspio) y seguramente, por

tanto, pensaba también en conquistar el extremo occidental (el Océano Atlántico). Su «geografía» estaba sólo un poco menos equivocada que la de Aristóteles, pero encajaba con sus ambiciones.

¿Cuál era la naturaleza sexual de Alejandro? Es indudable que no era estrictamente homosexual. Durante sus once años de campañas, se casó con la bactriana Roxana y con otras dos jóvenes persas, llegando a tener así tres esposas en vez de las siete que tuvo su padre, Filipo. También tuvo un hijo con una amante persa, y tal vez otro con una reina india, y en su corte corrieron rumores de que se había pasado doce días en la cama con una «Reina de las Amazonas» que había ido a visitarlo desde la región del mar Caspio. Ya en su adolescencia había amado también a Hefestión, cuya muerte acontecida poco antes de la suya lo sumió en un profundo dolor. Ni que decir tiene que hubo un elemento sexual homoerótico en el amor que sintió por su «Patroclo», aunque era un amor que iba más allá de lo meramente sexual. En Asia Alejandro también mantuvo relaciones con un eunuco de la corte persa, Bagoas, que se unió a él en 330 y fue nombrado almirante, el único extranjero, cuando la flota de Alejandro emprendió el regreso por el río Indo en 326. El calificativo moderno que más se ajusta a su vida sexual es el de «bisexual»: se cuenta que Filipo se comportó del mismo modo, y las relaciones homoeróticas formaban parte del estilo de vida de sus Pajes Reales. Como en la Atenas de la época, en Macedonia la atracción sexual por un muchacho era algo que cualquier hombre podía profesar abiertamente, sin que por ello se desacreditara. No sabemos lo que pensaban al respecto los indios que lo acompañaban.

Como hombre apasionado que era, Alejandro tuvo sus momentos de embriaguez y sus ataques de cólera; todos ellos culminaron en una oscura noche de finales de 328 a.C. cuando en el transcurso de una fiesta mató personalmente a Clito, uno de los veteranos compañeros de su padre. Sin ningún género de dudas, su vida estuvo salpicada de manchas morales; su ambición también costó la vida de decenas de millares de indios que se negaron a rendirse y prefirieron seguir siendo súbditos de sus reyes antes que convertirse en súbditos de él; y su ejército saqueó los bienes y las provisiones de infinidad de familias para poder alimentarse durante la campaña de Asia. Sin embargo, tras la conquista inicial, no estuvo en la mente de Alejandro seguir con los saqueos y la violencia para mantener sometidos a sus súbditos. Tenía una magia que utilizaba personalmente ante los soldados que lo amaban, y debemos hacer justicia también a esa magia, lo mismo que a la extravagancia propia de su juventud. Fueron tales sus hazañas, los beneficios que dispensó y su disponibilidad a otorgar favores que algunas ciudades griegas le ofrecieron de manera espontánea «honosres semejantes a los de los dioses». A veces lo hicieron por la admiración que sentían por su persona o por gratitud; otras con afán de adularlo. La dispensación de beneficios, en el sentido de favores materiales, era importantísima para el concepto de dios que tenían los griegos. Alejandro era tan capaz de dispensar beneficios como cualquier dios Olímpico, mientras que sus hazañas, llevadas a cabo en lugares tan distantes como la India, rivalizaban con la mayoría de las proezas realizadas por esos mismos dioses. Ya habían existido con anterioridad cultos divinos en honor de mortales que habían destacado por su poder y sus logros, pero éstos se convirtieron en una

práctica establecida entre los griegos debido a las extraordinarias proezas de Alejandro. Él mismo, sin embargo, sabía perfectamente que no era más que un mortal, por lo que siguió honrando a los dioses inmortales y continuó obedeciendo sus oráculos. Su vida religiosa fue siempre tradicional, enraizada en la práctica y los precedentes griegos.

Alejandro tuvo sobre todo un fuerte vínculo emocional con sus hombres; vínculo que se mantuvo a pesar de las tormentas y los desiertos, de las heridas y las fatigas y de los muchos momentos en los que él y sus generales se hallaron perdidos, sin saber en qué punto del mapa se encontraban. Marcharon juntos a pie contra ejércitos mucho más grandes que el suyo, y vieron desiertos, ciudades, montañas y elefantes que no habían imaginado nunca en su juventud. Algunos de sus hombres cabalaron sin estribos y sin sillas, en formación de cuña para cargar contra el enemigo en el campo de batalla, en esos momentos de «todo o nada» en los que se decide la gloria, los que se ganan a costa del adversario y se mantienen vivos en el recuerdo durante años a través de relatos cada vez más espectaculares. Cuando Alejandro yacía agonizante, «sus soldados estaban ansiosos por verlo; unos, porque querían encontrarlo con vida; y otros, porque (como se había divulgado la noticia de que ya había muerto) sospechaban que su guardia personal ocultara su muerte; esto es lo que a mí al menos me parece. Lo cierto es que la mayoría de sus hombres, llevados de la pena y la añoranza por su rey, presionaban para poder ver a Alejandro. Decían que cuando el ejército había desfilado ante él, estaba ya sin voz, y que saludaba a cada uno de sus hombres alzando la cabeza con dificultad, fijando en cada uno de ellos

sus ojos en señal de reconocimiento».<sup>[187]</sup> Al igual que nosotros, los hombres de Alejandro se quedaron sin saber exactamente qué planes rondaban la cabeza de su soberano.

# Capítulo 22

## LOS PRIMEROS SUCESES DE ALEJANDRO

Quando Seleuco vio que sus tropas estaban aterrorizadas, siguió dándoles ánimo y les decía que no era propio de unos hombres que habían participado en las campañas de Alejandro y habían sido ascendidos por él debido a su valor, fiarlo todo en el poder y el dinero. Debían utilizar la experiencia y los conocimientos, esto es, los medios con los cuales también Alejandro había llevado a cabo sus grandes hazañas, admiradas por todo el mundo... Alejandro se le había aparecido en un sueño a su lado, lo que indicaba a todas luces la primacía que estaba destinado a alcanzar en el futuro, con el paso del tiempo...

DIODORO 19.90, acerca de la retirada de Seleuco a Babilonia  
(312 a.C.)

El 10 de junio de 323 Alejandro murió en Babilonia. Por una singular coincidencia, poseemos la tablilla en la que un escriba babilonio anotó el suceso en un diario astronómico. «El rey murió», señala. «Las nubes...»<sup>[188]</sup>

Ninguna de las fuentes griegas o romanas que han llegado a nuestras manos menciona las nubes. Por el contrario, se explayan hablando de la enorme hoguera de ambiciones personales que encendió la muerte del rey. Alejandro no dejó designado ningún heredero, pero su esposa bactriana, Roxana, estaba embarazada de seis meses. El difunto monarca tenía además un hermanastro, Filipo Arrideo, que tenía ya treinta Y tantos años, pero este hijo del gran Filipo y de una esposa tesalia era medio imbécil. Estaba ya urdiéndose la trama de una lucha tremenda. El

hijo que estaba por nacer iba a ser medio bárbaro y, como el deficiente Arrideo, necesitaría tutores que ejercieran el poder real en su nombre.

Así pues, la primera lucha que se desencadenó fue por la «tutela» de la estirpe real. ¿Pero cuál de ellas? Desde 330 a.C. el joven Alejandro había practicado la «inclusión» de persas y otros individuos de origen iranio en los puestos de honor próximos a su persona, y finalmente hasta en las unidades más fieles de su ejército macedonio, con el que había conquistado el mundo. Se había casado con Roxana, una bactriana; había amado al eunuco Bagoas; había adiestrado a 30.000 jóvenes iranos en el uso del armamento macedonio y los había nombrado sus «Sucesores»; en una ceremonia espectacular, había casado incluso a noventa y dos oficiales macedonios con esposas iranias (de modo que los hijos de sus esposas y los de las esposas de Hefestión se convirtieron en primos); con esa misma ocasión había hecho regalos a más de 10.000 soldados suyos que ya se habían «casado» con mujeres asiáticas. Esa inclusión había ido más allá del simple reclutamiento de unidades de apoyo con el fin de mantener el número de hombres de su ejército. Permitió el ingreso de bárbaros en el glorioso regimiento de caballería de los Compañeros del Rey, ennobleciendo a algunos. Alejandro no tenía necesidad de hacer nada de aquello. El reclutamiento de los «hombres de Alejandro», al margen de sus orígenes familiares y étnicos y de su formación, y su ingreso en una corte abierta a todo el mundo y en el ejército del futuro, eran una prerrogativa del rey. Se le atribuyen las siguientes palabras: «Zeus es por naturaleza padre de todos», como decía Homero, pero «a los mejores los adopta como propios».<sup>[189]</sup> Eso mismo hizo Alejandro en

un «imperio de los mejores». Algunos de sus macedonios, sobre todo los más viejos, consideraban aquella política detestable. No sentían el menor deseo de confraternizar con unos hombres a los que en otro tiempo habían intentado matar. En cuanto murió Alejandro, dieron rienda suelta a aquel odio.

Otros eran más flexibles, los más jóvenes y los amigos más íntimos, así como los miembros de su caballería, capaces de acoger a cualquier individuo que, como ellos, amara los caballos: estaban dispuestos a esperar que naciera el hijo de Roxana. Mientras tanto, los macedonios de más edad y los veteranos de infantería, unidos por su cerrado dialecto griego del norte, conspiraban a favor de un heredero macedonio, hijo del difunto rey Filipo, aunque mentalmente estuviera discapacitado. Se desencadenaron motines, tras los cuales se llegó a una solución de compromiso: el hijo de Roxana compartiría el trono con el deficiente mental, Filipo Arrideo. El defensor más destacado del acuerdo fue Perdicas, confidente de Alejandro, un noble macedonio perteneciente a un linaje de reyezuelos de las montañas. Tras la muerte de Hefestión, Perdicas era el hombre al que Alejandro había destinado como próximo «quiliarca» o segundo en el mando, al frente de la unidad de caballería más respetada. Se dijo (posteriormente) que el propio Alejandro le había regalado su anillo e incluso que le había encomendado la tarea de cuidar de Roxana. Sobre este tipo de cuestiones proliferó mucha propaganda.

A los cinco días de la muerte de Alejandro, la antigua reina madre de Persia se dejó morir de inanición, lamentando (según dijeron algunos) la muerte de Alejandro, aquel que apenas ocho años antes había sido el enemigo

declarado de su hijo. Entre los macedonios surgió una complicación. Alejandro había enviado a su respetado general Crátero, de vuelta a Macedonia con 10.000 veteranos de este país ya ancianos de cuyos servicios había decidido prescindir. Crátero era sumamente conservador y no era partidario de la «inclusión». Alejandro le había ordenado que se hiciera cargo de Macedonia «como defensor de la libertad de los griegos», recordatorio de cuan diluido estaba por aquel entonces este viejo ideal.<sup>[190]</sup> Debía sustituir asimismo al anciano Antípato, que había sido el general al mando de Grecia en ausencia de Alejandro.

¿Qué órdenes de Alejandro pudo inventarse o atribuirse Crátero? En la sociedad macedonia no había precedente ni sistema alguno de abordar este tipo de crisis. La muerte prematura de un rey sin hijos había creado un vacío y todo vacío debe llenarse de cualquier manera. Para apaciguar a los personajes más ilustres, se inventarían rápidamente títulos honoríficos como el de «guardián», «supervisor» o «quiliarca» (en el sentido de «sustituto»). En Babilonia, también Perdicas afirmó haber encontrado los «últimos planes» de Alejandro. Se los expuso a los soldados, sin duda con la intención de que fueran anulados: es muy probable que él mismo y sus ayudantes, entre otros el ingenioso secretario griego Éumenes, los inventaran en una noche de frenética improvisación. Incluían proyectos arquitectónicos fantásticos; uno de ellos era la construcción de un templo en Troya; otro, la erección en Macedonia de un enorme túmulo «tan grande como una pirámide» en honor de Filipo. Se añadieron además planes de conquistas en Occidente que llegaban hasta Cartago y aun más allá. El objetivo era sin duda que los soldados los escucharan respetuosamente, pero

que los rechazaran. Los generales como Crátero no podrían entonces apelar a unos «planes» distintos y pretender que estaban autorizados por ellos a actuar como quisieran. ¿Pero era seguro que los soldados iban a rechazarlos? Por consiguiente se añadió otro gran proyecto: los «desplazamientos de población» entre Europa y Asia, para que unos pueblos y otros vivieran en armonía por medio de los «matrimonios mixtos y la asimilación».<sup>[191]</sup> Semejante plan era perfectamente creíble en un rey que se había mostrado partidario acérrimo de la inclusión: los macedonios «asio-escépticos» la consideraban terrible y rechazaron los «planes» tal como se pretendía.

Roxana tuvo un niño (Alejandro IV), que nació en el mes de septiembre. Mientras tanto, Perdicas asumió el mando en Asia junto con Antípatro, ya septuagenario, un «hilo a punto de romperse», que estaba al frente de Macedonia.<sup>[192]</sup> En veintidós años, el reino de Alejandro se fragmentaría todavía más y quedaría repartido entre otros generales: su amigo de toda la vida, Ptolomeo, obtendría Egipto; el comandante en jefe de la infantería, Seleuco, Asia; su guardia de corps, Lisímaco, Tracia y el noroeste de Asia Menor; y el impetuoso hijo de Antípatro, Casandro, Macedonia (al ser uno de los Compañeros de Alejandro en Babilonia, se dijo incluso que Casandro había ayudado a «envenenarlo»). Durante algún tiempo, otros grandes rivales se pusieron al frente de sus soldados dispuestos a jugar fuerte: el robusto Antígono, de poderoso físico, tuerto, provisto de una voz estentórea, el veterano que había estado al mando de los ejércitos de Asia Menor durante la larga marcha de Alejandro hacia Oriente; su flamante hijo, Demetrio, «valiente como un héroe y hermoso como un

dios, de una majestad tal que los extraños iban tras él sólo para mirarlo»;<sup>[193]</sup> o el ingenioso Eumenes, que ni siquiera era macedonio, sino griego, una especie de Odiseo culto que había hecho las veces de secretario de Alejandro. Hasta 281 a.C. se sucedieron sin cesar las guerras entre los grandes participantes en el juego y sus secuaces.

El primero de los que a la larga habrían de salir vencedores en mostrar sus cartas fue Ptolomeo. Había conocido bien a Alejandro desde la infancia; había sido nombrado incluso catador de la comida del rey (evidentemente un cargo de mucha responsabilidad, en un mundo en el que los venenos estaban a la orden del día). En Babilonia, obtuvo el título de gobernador de las ricas tierras de Egipto, pero, una vez allí, no hubo quien lo moviera del país tras las conquistas realizadas en su zona occidental (en Libia) y la posterior invasión de Chipre. Su frontera más débil era la oriental, lo que lo llevó a invadir Siria en varias ocasiones según un modelo de «guerras sirias» que mantendría ocupados a sus sucesores durante más de cien años. Ptolomeo fundaría la dinastía de su nombre, que reinó en Egipto durante trescientos años. Una de sus jugadas más ingeniosas consistió en apoderarse del cadáver de Alejandro cuando Perdicas se lo llevó de Babilonia en un coche fúnebre magníficamente decorado. Se cuenta la anécdota de que Ptolomeo engañó a sus perseguidores sustituyendo el cadáver del rey por el de otro individuo: debieron de salir en su persecución, y por lo tanto es posible que parte de esta historia sea verdad.

Al principio, Ptolomeo guardó el cadáver de Alejandro en Menfis, la vieja capital de Egipto. Pero luego lo trasladó a la desembocadura del Nilo, a Alejandría, donde más tarde

uno de sus sucesores, Ptolomeo IV, mandó construir un magnífico mausoleo, el *Sema*, donde debían reposar los restos de Alejandro y de todos los Ptolomeos difuntos. Los rumores de que se ha descubierto la tumba de Alejandro continúan atrayendo al público, pero semejante hallazgo supondría la recuperación de un gigantesco monumento dinástico bajo las construcciones levantadas posteriormente en el centro de Alejandría. En cuanto a su cadáver, continuó expuesto allí a la curiosidad de los visitantes, uno de los cuales fue el primer emperador romano, Augusto, que (en 30 a.C.) depositó una guirnalda de flores sobre la tapa de cristal del sarcófago. Se dice, acaso retóricamente, que seguía expuesto al público en *ca.* 380 d.C, pero no existen referencias concretas de visitantes que fueran a verlo desde 215 d.C.<sup>[194]</sup> La tumba y el cadáver fueron destruidos casi con toda seguridad durante alguna de las grandes revueltas populares que se produjeron en Alejandría.

Durante diecisiete años, los Diádocos o «sucesores» rivales evitaron adoptar el título de rey, pero entonces murió el joven hijo de Alejandro (en 310) y poco después Cleopatra, la peligrosa hermana del gran conquistador (en 308 a.C). Antígono era el único de los Diádocos que tenía lo primero que tiene que tener un monarca, esto es, un hijo prometedor, Demetrio: tras la gran victoria alcanzada por el joven, Antígono adoptó por primera vez el título de rey, consciente de que tenía un heredero digno. Sus rivales siguieron su ejemplo, y entre ellos Ptolomeo en Egipto, aunque los escribas del país tardarían hasta 305 en calificarlo, además, de Faraón. Ptolomeo tuvo que pelear denodadamente para sobrevivir, primero contra Perdicas, y luego contra Antígono y su hijo. Desde 311, también él se

había presentado como adalid de la «libertad de los griegos»: en mayor medida que cualquier otro heredero de Alejandro, necesitaba griegos para sus ejércitos y para su nuevo Egipto. En cualquier caso, su invocación a la libertad no sería una invocación comprometida con la democracia.

En Grecia, mientras tanto, muchos griegos ya se le habían adelantado. Cuando tuvieron noticia de la muerte de Alejandro, se sublevaron, invitando a sus compatriotas a «liberarse» de los «bárbaros» macedonios de un modo que suponía la inversión de la vertiginosa invasión de Asia por parte de Alejandro. A pesar de los valiosos triunfos obtenidos, los atenienses se vieron acorralados tras las derrotas sufridas por mar, lo que provocó su capitulación. En 322 a.C. tras más de ciento ochenta años de existencia, la democracia ateniense llegó a su fin por obra de un conquistador, Antípatro. Los derechos políticos quedaron confinados a los atenienses que poseyeran una cantidad moderada de bienes o más; los de las clases más humildes serían deportados a las estepas de Tracia.

Sólo las alternativas de las luchas de poder de los Diádocos permitieron a los demócratas de Atenas restaurar su sistema de gobierno, primero brevemente en 317 y luego de forma más duradera en 307. La «libertad» seguiría siendo un slogan muy popular entre los griegos, pero últimamente se había convertido en una expresión manida con la que jugaban los generales macedonios rivales. Como ocurriera en tiempos de Filipo y de Alejandro, la libertad dependía de las concesiones que hiciera el poderoso de turno. No obstante, siguieron haciéndose concesiones de este tipo, unas veces para desestabilizar a un general rival, y otras para asegurarse el favor de Grecia (y por ende, de Macedonia) y atraer a

colonos y soldados griegos hacia los nuevos reinos de Asia. Se dejó, pues, a las ciudades-estado griegas cierto margen de maniobra, pero no una libertad plena: a partir de 338 a.C. esto es, desde los tiempos de Filipo, los atenienses habían dejado de controlar la importantísima ruta marítima por la que pasaban sus importaciones de grano del mar Negro.

En Asia, las guerras se caracterizaron por seguir dos modelos bastante insólitos: la falta de nacionalismo local y el respeto general por la preservación de la monarquía y la legalidad, aunque los «reyes» fueran un deficiente mental y un niño. Curiosamente, ningún pueblo de Asia se sublevó mientras duraron las luchas por la sucesión. Numerosos soldados asiáticos siguieron incluso prestando sus servicios en los ejércitos rivales de los generales macedonios. Mientras tanto, los dos «reyes por compromiso», Filipo III y Alejandro IV, siguieron siendo reconocidos como tales en las inscripciones públicas de las ciudades griegas, en Babilonia y en Egipto; los diversos tesoros reales permanecieron meticulosamente custodiados y sólo tendrían acceso a ellos los que dispusieran de las debidas cartas de los reyes; siguieron predominando las monedas con la efigie de los reyes y el calendario real (calculado por los años de reinado de los monarcas), al menos hasta que Filipo el imbecil, fue asesinado en el otoño de 317 a.C. y luego falleció el joven Alejandro IV (y Roxana) en 310 a.C.

¿Por qué no se produjeron sublevaciones nacionales? Al principio, Alejandro había ratificado en sus cargos a los gobernadores persas que se le habían rendido. Durante su ausencia, mientras estuvo en la India, algunos se sublevaron, pero otros individuos de su misma nacionalidad colaboraron en su captura o hicieron que se rindieran. No había

solidaridad nacional, y los macedonios tenían el monopolio de las fueras militares mejor adiestradas. La percepción de la conquista variaría también según la clase social del individuo. Para muchos de sus súbditos, la victoria de los macedonios apenas había significado cambio alguno. Seguía exigiéndose el pago de tributos; y los recaudadores locales continuaban acaparándolos. Incluso cuando se hacían concesiones de tierras a nuevos beneficiarios, tenían que seguir cultivándolas los mismos trabajadores del lugar. ¿Para qué, pues, sublevarse? ¿Para recibir más de lo mismo bajo un nuevo nombre o bajo el de toda la vida? Las conquistas de Alejandro en la India se perdieron al cabo de veinte años, pero no debido al nacionalismo de los habitantes de la zona: uno de los generales de Alejandro, Seleuco, se las cambió a Chandragupta, un nuevo caudillo militar indio, originario del sur, por el increíble precio de 500 elefantes de guerra. Las conquistas de Alejandro en Bactria permanecieron en manos greco-macedonias durante más de ciento cincuenta años. En Babilonia, territorio densamente poblado, Seleuco pudo aprovecharse de los buenos recuerdos que había dejado durante la etapa en que había ejercido como gobernador del país desde la década de 320: en 312 a.C. se hizo de nuevo con el poder en la región apoderándose básicamente en una fuerza de unos pocos centenares de soldados de caballería tras realizar una audaz cabalgada desde Siria. En toda Asia, los súbditos no griegos aceptaron de buen grado el dominio de los macedonios o prefirieron sacar provecho de él aliándose con sus nuevos amos.

Dichos amos no sólo eran militares curtidos: estaban además dispuestos a luchar denodadamente unos contra otros. A partir de las reformas introducidas por Filipo,

podemos ver en los macedonios una refutación de numerosos estereotipos populares acerca de los soldados y la condición humana. Combatían con lealtad a pesar de no tener ni derecho a voto ni una libertad «republicana» que los inspirara. En el caos que se desencadenó a la muerte de Alejandro, empezaron a manifestar su aprobación por un líder u otro en sus asambleas militares, y de ese modo la consulta de su parecer se convirtió en una necesidad habitual. Sin embargo, no consiguieron ninguna libertad democrática y desde luego tampoco la pretendieron. Tampoco deseaban retirarse y abandonar el ejército; los mejores soldados macedonios de Alejandro en la India sobrepasaban en muchos casos los sesenta años, pero continuaron luchando otros diez más, sin dejar de aterrorizar en ningún momento a sus adversarios. Una vez muerto su señor, siguieron dispuestos a luchar contra otros macedonios, sobre todo si tenían que atacar a los jóvenes de la «nueva hornada» que nunca habían combatido al servicio del gran Alejandro. A falta de un verdadero monarca hereditario que los comandara, aquellos veteranos se pusieron al servicio de cualquiera que pudiera pagarlos y defender sus posesiones y su impedimenta (incluidas las mujeres), que representaban su capital mobiliario personal. Al principio, el respaldo de los dos reyes por compromiso permitió a los generales rivales ganarse el favor de los soldados, pero, una vez asesinados los dos jóvenes monarcas, los sucesores de Alejandro no serían más que unos meros militares. Los Diádocos eran sólo una generación de «*condottieri* afortunados»,<sup>[195]</sup> mientras que Filipo y Alejandro habían sido los verdaderos soberanos dinásticos del pueblo macedonio.

Por consiguiente, el recuerdo y el estilo de Alejandro fueron muy importantes para sus futuros herederos. Naturalmente, mantuvieron el estilo de su ejército y de su táctica, incluida la única innovación que introdujo el gran conquistador en el modo de hacer la guerra de los griegos, esto es, el empleo de elefantes. Si en algún momento se produjo una «carrera armamentística», fue sólo para crear versiones más grandes de las mismas máquinas de guerra, naves o torres de asedio utilizadas por Alejandro: en 306, el joven Demetrio llegó a movilizar fabulosas torres de asedio, de 36 metros de altura, contra las murallas de Rodas (pese a lo cual la ciudad resistió el sitio). En 318 fueron utilizados incluso elefantes de guerra contra las murallas de las ciudades de Arcadia, en Grecia: un indio experto en la materia enseñó a los defensores griegos a esconder en el suelo, delante de las murallas de la ciudad, planchas provistas de pinchos que se clavaban en la planta de los pies de los animales. En Siria, Ptolomeo repitió seis años más tarde la misma estratagema en una batalla campal.

Durante siete años la singular carrera de Éumenes, que ni siquiera era macedonio, puso de manifiesto lo que tras la desaparición de Alejandro debía representar un aspirante a líder. Aunque era un secretario, Éumenes fue también un hábil general; pese a ser griego, era capaz de pasarse una noche entera bebiendo (como un buen macedonio) en su campamento. ¿Cómo pudo un individuo que ni siquiera era macedonio ponerse al frente de unos curtidos soldados de esta nacionalidad? Éumenes tenía problemas para hablar su dialecto, pero supo convencerles contándoles una sencilla fábula acerca de un león, el tipo de relato recogido por última vez en nuestros libros de historia en el mundo arcaico

de los discursos contenidos en las «investigaciones» de Heródoto. Al carecer de raíces macedonias, Éumenes necesitaba forzosamente contar con cartas de reconocimiento de compromiso de los reyes macedonios. Dichas cartas le permitieron reclamar dinero del tesoro: hicieron incluso que lo siguieran los veteranos «Escudos de Plata», pues en ellas era confirmado como hombre de los dos reyes. Cuando se le unieron algunas de las grandes figuras de los tiempos de Alejandro, logró convencer ingeniosamente a aquellos incómodos «iguales» de que accedieran a reunirse con él en una tienda en la que se encontraba el trono del difunto rey. Sobre él había sido colocado el cetro; todos reverenciaron a Alejandro como a un dios, y tras deliberar, tuvieron la sensación de que «los seguía guiando un dios». Seis años después de la muerte de Alejandro, todavía podían sentirse unidos ante su presencia invisible.

La táctica de Éumenes era sólo un elemento más de una imitación a gran escala del famoso monarca. Los fastuosos banquetes multirraciales de Alejandro fueron reproducidos en Persia: se dice que sus sucesores imitaban su voz e incluso la forma en que colocaba la cabeza. El menos poderoso de todos ellos, Lisímaco, fue el que finalmente reprodujo en sus monedas de plata el retrato más idealizado del difunto rey, con el aspecto de un joven dios. Lo mismo que Alejandro, apasionado cazador, los Diádocos exponían los frutos de sus proezas cinegéticas, afirmando que eran verdaderos «reyes leones»: se cuenta que Perdicas arrancó a unos cachorros de león de su madriguera utilizando únicamente las manos. Al igual que Alejandro, sus sucesores serían objeto de cultos locales en las ciudades griegas esperanzadas o agradecidas, sin exigir en realidad ser venerados como dioses. A medida

que fue aumentando su poder en Asia, Seleuco empezó a afirmar que un gran oráculo griego lo había reconocido como el hijo engendrado por un dios, lo mismo que Alejandro: el dios en cuestión era Apolo, y el oráculo el santuario de Dídima, cerca de Mileto. Su esposa persa, Apama, fue inducida a dispensar su patrocinio a dicho lugar, en el que de ese modo pudo erigirse un enorme templo, el monumento más hermoso y de mayores dimensiones que se conserva de comienzos del período helenístico.<sup>[196]</sup>

En 302 a.C. había cinco reyes rivales, pero un año después quedaron reducidos a cuatro cuando Seleuco derrotó al anciano Antígono y lo mató. El territorio de la India había sido cedido, pero el resto del imperio de Alejandro seguía estando bajo dominio griego. En 281 a.C. tras varios años de lucha, los cuatro reyes quedaron reducidos a tres cuando Seleuco, todo un superviviente de la época de Alejandro, mató a Lisímaco, que había sido guardia de corps del antiguo rey, en el emplazamiento de una antigua colonia militar persa, la «Llanura de Ciro» (Cirupedo), en Asia Menor. Desde 281 hasta los diversos enfrentamientos con Roma, el mundo griego de Alejandro siguió dividido en los tres reinos resultantes de este episodio: el de los Seléucidas en Asia (sin la India), el de los Ptolomeos en Egipto, y el de los Antigónidas en Macedonia, unido por medio de guarniciones y tratados a las distintas ciudades-estado y «Ligas» de Grecia. Contemplada desde la distancia, esta división no tenía nada de nueva. El imperio que había precedido al de Alejandro, el de los persas, había tenido una y otra vez problemas con Egipto. Su poder sobre la India había sido muy vago y nunca había logrado conquistar Grecia. La triple división de

los Diádocos, pues, era ya visible a comienzos del siglo IV a.C.

Durante los años de rivalidad de los dinastas, hubo un grupo social que alcanzaría mayor preponderancia: las mujeres de la familia real y de la nobleza. La hermana de Alejandro, Cleopatra, se quedó enseguida viuda, convirtiéndose en un valioso premio para los ambiciosos Diádocos; hasta 316, su madre, Olímpíade, siguió campando por sus respetos en el reino del que era originaria; su sobrina Adea (nieta de Filipo), con sólo dieciséis años, demostró tener un temple y una audacia en público digna de su aguerrida madre. Pero hubo también otras grandes mujeres fuera de la familia real. La hija de Antípatro, Fila, se hizo famosa por sus obras de caridad y su buen juicio, aunque tuvo que soportar el matrimonio que se le impuso con el joven galán Demetrio. Una de las bodas orientales organizadas por Alejandro menos prometedoras había sido la de Amestris, sobrina de Darío, el antiguo rey de Persia, y el macedonio Crátero, «asio-escéptico» empedernido. Éste murió poco después de contraer matrimonio sin haber mostrado el menor interés por su esposa, pero Amestris se casó luego con el dinasta de una ciudad griega del mar Negro y, a pesar de sus principescos orígenes persas, acabó como soberana de una ciudad-estado.

Todos los honores —y desde luego con todo merecimiento— irían a parar a Olímpíade. Tras regresar a Macedonia en 317, protegió a su nieto semi-bactriano, el hijo de Roxana, y arremetió contra la vigorosa y joven Adea, casada por entonces con el pobre Filipo III. En el otoño de 317, Olímpíade propuso teatralmente a Adea que eligiera cómo prefería morir (por medio de un puñal, una cuerda o el

veneno), pero al cabo de un año ella mismo tuvo que rendirse a sus enemigos tras el terrible asedio al que se vio sometida en la ciudad costera de Pidna. Fueron los parientes de sus antiguas víctimas los que tuvieron que encargarse de quitarle la vida: ni más ni menos que doscientos soldados enviados con este fin se negaron a llevar a cabo la acción «por respeto a su estirpe real». Su muerte sería digna de Clitemnestra, la todopoderosa reina de la tragedia griega. Pero incluso este tremendo drama quedaría en nada comparado con el protagonizado en Chipre por la terrible Axiótea, reina de Pafos. En 312 a.C. hizo matar una a una a todas sus hijas en el palacio de la ciudad antes de quitarse ella misma la vida; todo con tal de no caer en manos de los agentes de Ptolomeo.

Durante estos mismos años oímos hablar en Grecia de destacadas cortesanas, herederas de las grandes «señoras» de la corte de Alejandro. Ninguna fue más célebre que Lamia, mujer ya madura, cuyas aventuras con Demetrio, el príncipe libertador de Atenas, se convertirían en un tópico de conducta ingeniosa y escandalosa a la vez, propia del teatro cómico. Se dice que en Atenas algunas cortesanas escucharon las enseñanzas del afable filósofo Epicuro; conocemos incluso los retratos de dos distinguidas poetisas griegas, Mirto y Ánite. Pero estas mujeres tuvieron escasísima repercusión pública, comparadas con otras féminas que desarrollaron sus actividades en los palacios de los Diádocos.

Al elogiar a uno de los Ptolomeos, el poeta Teócrito citaba como una de sus cualidades la de ser un «buen amante» (*erotikos*).<sup>[197]</sup> Lo cual no tenía nada que ver con el hecho de ser un buen marido. En las familias de casi todos

los Diádocos, los reyes no sólo se enamoraban una y otra vez; en realidad solían tomar una segunda esposa o incluso más, y engendrar varios grupos de hijos. Su boda con Cleopatra, la séptima de sus esposas, había sido la causa del asesinato de Filipo allá por 336, pero aun así, Alejandro dejó a su muerte tres esposas persas: se dice que Roxana, la nueva «reina madre», se encargó de envenenar inmediatamente a una de las otras dos viudas. Posteriormente, en las familias de los Diádocos se agudizó el llamado «síndrome de la segunda esposa», como si no se hubieran aprendido debidamente las lecciones del pasado macedonio. Ptolomeo se casó con una hija de Antípatro, pero luego se enamoró de una de las damas de compañía macedonias de su esposa y también contrajo matrimonio con ella: los hijos de esta esposa más joven serían los favoritos de Ptolomeo, desencadenándose así un grave conflicto dinástico con los hijos mayores. Lisímaco cometió el mismo error y mató al hijo que había tenido con una de sus esposas después de casarse torpemente con otra. El caos familiar socavó su reinado y contribuyó a que Seleuco arremetiera contra él. Casandro no tuvo mejor suerte, y Seleuco sólo se libró de la quebra tras decidir compartir el trono con su hijo y concederle la mano de una de sus esposas: se dice que el joven estaba loco de amor por ella. Antígono el Tuerto fue el único fiel al matrimonio, pero su hijo Demetrio lo superó casándose dos veces y manteniendo numerosas aventuras con las cortesanas griegas más famosas. Príncipe amante de la caza, nunca mató un león, pero hizo el amor a una célebre prostituta llamada la «Leona» (nombre también de una postura sexual).

En las grandes tragedias atenienses que indudablemente

debieron de ver aquellos macedonios, había escenas de nobles suicidios en el seno de familias reales divididas por las infidelidades y las segundas nupcias. En las familias de los Diádocos, lo que otrora fuera mito se hizo realidad. La nueva era de la monarquía concedió el protagonismo a las mujeres en un escenario regio inestable: la realidad resultaría más estremecedora que la ficción.

# Capítulo 23

## LA VIDA EN LAS GRANDES CIUDADES

Para el esclavo que golpee a un hombre libre. Si un esclavo o una esclava golpea a un hombre o a una mujer libre, reciba no menos de cien latigazos... Golpes intercambiados entre individuos libres. Si un hombre o una mujer libre golpea a un hombre o a una mujer libre iniciando injustamente el ataque, pagará cien dracmas independientemente de que pierda el pleito.

Leyes de Alejandría, *ca.* 250 a.C. Dikaiomata,  
líneas 196 ss., 203 ss.

Timantes grabó esta pieza de lapislázuli en forma de estrella,  
Esta piedra semipreciosa persa que contiene oro,  
Para Démilo; a cambio de un tierno beso la morena de negra  
cabellera  
Nicea de Cos lo recibió como regalo de amor.

POSIDIPO DE PELLA 5 (Austin-Bastianini),  
papiro publicado en 2001

Los siglos que siguieron a la muerte de Alejandro, es decir el período comprendido entre 323 y 30 a.C. reciben el nombre de *Época Helenística*. En su uso moderno, este término alude en primer lugar a la extensión de la lengua y la cultura griega a las poblaciones no griegas de Oriente, lo que daría lugar a unas formas mixtas no clásicas e implícitamente a la disgregación de las mismas. En realidad, esa extensión había venido produciéndose desde mucho antes de la época de Alejandro, alrededor de numerosas colonias griegas de ultramar, por ejemplo de la isla de Chipre. El rasgo más característico de esta época es la multiplicación de los reyes y de las cortes reales de lengua griega, así como una nueva oleada de fundaciones de

ciudades. En ellas la lengua griega siguió siendo la dominante, aunque algunos de los nuevos súbditos continuaran siendo bilingües. Los reyes, sus gobernadores y los colonos no eran individuos investidos de ninguna misión religiosa: como prudentes politeístas, a veces abrazaban el culto de las divinidades locales existentes antes de su llegada. Pero «perfeccionaron» también zonas enteras del Oriente Próximo, llevando a ellas la vida cultural griega que quisieron y cultivando unas tierras, especialmente en Egipto, que hasta entonces habían permanecido sin explotar. En la época postclásica en que vivimos, los historiadores modernos se guardan muy mucho de imponer una interpretación «colonial» a sus acciones. Debemos tener mucho cuidado al respecto, pero algunos reyes y colonos, entre otros Alejandro y sus cortesanos, mostraron una actitud a todas luces orientalizante respecto a Asia y la consideraron ineficaz o infrautilizada. Tampoco supone ningún error atribuirles una fe en el esplendor y el poder civilizador de su cultura griega. Los reyes de Macedonia, desde los tiempos de Alejandro I, habían adoptado una actitud similar en su propio reino natal, caracterizado por la tosquedad.

Cuando las conquistas de Alejandro llegaron a su fin, los tres principales reinos de sus «Sucesores» siguieron su ejemplo como gran fundador de ciudades. Los Diádocos de Asia, los Seléucidas, establecieron decenas de nuevas ciudades, sobre todo en Siria y Mesopotamia. En Egipto, los Ptolomeos añadieron sólo una ciudad a las ya existentes (Ptolemaide), pero hicieron de su Alejandría la urbe más importante de su época. En Macedonia y Grecia propiamente dicha, los Antígónidas fundaron también nuevas ciudades: la que resulta más intrigante es la «Ciudad

del Cielo» (Uranópolis), fundada por el hijo de Antípatro, Alexarco, del cual se dice que se comparaba con el sol y que envió una carta a la vecina ciudad de su hermano Casandro en una lengua inventada.<sup>[198]</sup> Como todos nosotros, sus habitantes debieron de quedarse boquiabiertos.

Adriano se encontraba en Siria, en una de esas grandes «nuevas ciudades», en la Antioquía de los Seléucidas, cuando recibió la noticia de su ascensión al trono. Como su fundador, Seleuco, subió a la imponente montaña de Jebel Aqra, el «Monte Sión» del paganismo antiguo, que domina la ciudad. Aunque siguió dispensando sus favores a Antioquía y la proveyó de dinero para la construcción de unas elegantes termas, Adriano visitó también Alejandría de Egipto y disfrutó mucho más en ella. Honró incluso algunos elementos de esta ciudad reproduciéndolos en el jardín acuático de su villa de Italia. Al igual que los Diádocos, Adriano fundó también ciudades en las provincias orientales de su imperio. Una de ellas conmemoraba una de sus espectaculares cacerías; otra, «Antinoópolis», en Egipto, fue fundada en memoria de su amado Antínoo, que había muerto en un lugar cercano en plena juventud.

Los elementos de continuidad en este sentido son muy numerosos y habrían sido del gusto de Alejandro: él mismo fundó una ciudad en memoria de su perro y seguramente habría fundado otra para su amante, Hefestión. Al igual que Adriano, Alejandro y sus Diádocos fundaron también colonias militares en Oriente. A diferencia de las colonias romanas de sus predecesores, las de Adriano, Alejandro y sus Sucesores no estuvieron destinadas a soldados retirados. Por el contrario, las familias propietarias de estas colonias seguían obligadas a prestar servicio militar. Al principio las

fundaciones no fueron muy numerosas. La mejor conocida de ellas es Dura, a orillas del Éufrates, para la que se calcula una población de unos 6.000 habitantes en su momento de mayor apogeo. Los estudios más recientes, sin embargo, han demostrado que su primitiva población era mucho más pequeña.<sup>[199]</sup>

Las nuevas ciudades de Asia fueron desde un principio lugares mucho más grandes. Alejandría de Egipto pronto contó con una población de más de 100.000 habitantes, y en el siglo II a.C. es posible que dicha población ascendiera ya a más de 300.000. Antioquía, en el norte de Siria, y Seleucia, a orillas del Tigris, eran también enormes. La vida en estos lugares se desarrollaba a una escala muy distinta de la de la Atenas clásica, incluso en la época de Pericles. Para situarlas en su contexto, podríamos compararlas con la primitiva «Gran Ciudad», Megalópolis, en el corazón del Peloponeso, fundada con tanto optimismo en la década de 360 para oponerse a la debilitada Esparta. En 318, poco después de la muerte de Alejandro, tenía sólo 15.000 hombres capaces de prestar servicio militar, incluidos esclavos y extranjeros residentes.<sup>[200]</sup> Los ejércitos permanentes de los Diádocos eran mucho mayores, y su número lo engrosaban además mercenarios y colonos llamados a filas. A menudo se desplegaban ejércitos de 60.000 soldados de infantería o más, a pesar de los graves problemas que representaban el aprovisionamiento y el transporte del importantísimo equipaje personal de los soldados, del que a menudo formaban parte mujeres. La vida militar siguió estando a los mismos niveles establecidos en tiempos del gran conquistador. Permaneció bastante fiel a las unidades y formaciones básicas de Alejandro y su padre Filippo, pero la

maquinaria de asedio, las fortificaciones, las naves de guerra y los monumentos a las victorias obtenidas, aumentaron en dimensiones y en complejidad. El elefante de guerra, desconocido hasta los tiempos de Alejandro, se convirtió en un elemento terrorífico habitual de los ejércitos de los Diádocos. Los reyes de Grecia, Asia Menor y Levante, sobre todo, siguieron manteniendo en el Egeo grandes flotas, de acuerdo en todo momento con sus modelos de «gigantismo».

Con la ayuda de esos ejércitos al estilo de Alejandro, los Diádocos oprimieron los territorios del antiguo Imperio Persa y extrajeron de ellos una gran cantidad de tributos. La guerra era fundamental para la imagen de un soberano (diez de los reyes Seléucidas murieron en campaña). Por otra parte, proporcionaba un valiosísimo botín y era un elemento muy importante de la economía de los monarcas, lo mismo que los impuestos recaudados anualmente, para sostener un nivel de lujo palaciego muy superior al que los griegos, incluso los de Sicilia, habían conocido hasta entonces. Aunque con anterioridad los observadores habían echado la culpa al lujo de la caída de tal o cual ciudad del mundo griego oriental u occidental, ese mismo lujo era utilizado ahora públicamente como una manifestación del poder real. Esa utilización es un indicio del fin de la época clásica de los siglos V y IV.

Los Diádocos mantenían enormes flotas de guerra en sus puertos, pero en Egipto los propios reyes poseían naves de un lujo fantástico, palacios reales flotantes de características muy superiores a los de cualquiera de los cruceros que surcan modernamente el Nilo. Tenían minas en las que trabajaban esclavos, y ellos mismos lucían muchas

de las nuevas piedras preciosas de Asia, una clasificación de las cuales escribió Teofrasto, el discípulo de Aristóteles. Las damas macedonias habían sido siempre aficionadas a los aceites y perfumes (en sus ciudades-palacio se han encontrado recientemente grandes vasijas de cerámica destinadas a contener estos preciosos productos), pero las reinas de la dinastía ptolemaica fomentaron la fabricación de nuevas fragancias, por las que se hizo famosa su corte. La manifestación más sorprendente de lujo tuvo lugar con motivo de la celebración de la fiesta familiar de la dinastía, las Ptolomeas, que celebró Ptolomeo II de Egipto, probablemente en el invierno de 275-274.<sup>[201]</sup> Una fantástica procesión de fieras salvajes, cuadros vivientes, tesoros y soldados armados, desfiló por las calles de Alejandría y luego por el estadio de la ciudad, donde pudieron admirarla los espectadores cómodamente sentados. El festejo estaba relacionado asimismo con los dioses, especialmente con Dioniso, con el cual se asociaban los Ptolomeos. También pretendía honrar al difunto Ptolomeo I, amigo de Alejandro, elevado él también últimamente a la categoría de dios. Uno de los cuadros vivientes mostraba una gigantesca prensa de vino, en la que trabajaban unos hombres disfrazados de Sátiros, y una personificación escultórica del monte Nisa, lugar de nacimiento de Dioniso, que subía y bajaba por medio de un mecanismo: había también mujeres disfrazadas de ménades con coronas de hiedra entre sus cabellos serpentinales. Se distribuyeron más de 100.000 litros de vino entre la multitud congregada en las calles, y se soltaron grandes cantidades de aves adornadas con cintas para que la gente las cogiera y se las llevara a casa, sin duda para comérselas. Un mástil de más de 50 m de largo iba rematado por un falo gigantesco y más de dos mil hombres

arrastraban carrozas con alusiones a las posesiones griegas de los Ptolomeos en el extranjero y a las conquistas de Alejandro en la India. Entre los animales exhibidos había un oso blanco y un rinoceronte de dos cuernos; todos los animales fueron mostrados al público, pero no se mató a ninguno. Unas efigies del lucero de la mañana y del lucero de la tarde evocaban el paso del tiempo; 57.000 soldados cerraron la procesión.

Entre los muchos espectáculos y festejos que diera Alejandro, no llegó nunca a organizar ninguno como éste. No había cuadros vivientes con alusiones específicamente egipcias, pero la población no griega pudo participar de la fiesta, pues ésta no dependía de que se entendiera o no la lengua griega. Lo que contemplaron los egipcios fue una enorme manifestación de poder y de esplendor, asociada a las imágenes de los dioses griegos. Los helenos que estaban de paso por la ciudad podrían captar indudablemente las alusiones a la compleja mitología de Dioniso, pero todos, independientemente de la lengua que hablara cada uno, disfrutarían de tanta extravagancia y de los regalos distribuidos generosamente, integrándose en la multitud que cerraba la marcha. Enormes coronas de oro fueron expuestas en varias carrozas y a ellas se sumaron las coronas de materiales preciosos donadas por los visitantes griegos más importantes. Estos regalos estaban en consonancia con el coste de un espectáculo que mostraba el poder y la generosidad de una familia real capaz de permitirse el lujo de hacer que corrieran ríos de leche y vino por las calles de su ciudad. Quizá también se celebraran fiestas reales de unas proporciones semejantes en Antioquía, pero desde luego fue Alejandría la que marcó la pauta. Al igual que Alejandro, los

Ptolomeos construyeron unos comedores sumamente lujosos y los llenaron con más lechos y muebles de los que pudieran contemplarse nunca en un banquete griego clásico. Egipto era célebre por sus flores, que se criaban durante todo el año: en un solo banquete celebrado en la década de 250 a.C. se utilizaron más de trescientas guirnalda de flores para la decoración de la sala.<sup>[202]</sup> Ptolomeo II adornó incluso las columnas del pórtico que rodeaba su comedor con pinturas que aludían al teatro y a los grandes banquetes conocidos por la mitología.

Los años dorados de Alejandría fueron situados por sus contemporáneos a mediados de la década de 240 a.C. los años de las «vacas gordas». Por aquel entonces la ciudad resultaba impresionante. Había calles rectas (más tarde se afirmarían que tenían unos 50 metros de anchura) distribuidas a lo largo y ancho de un plano rectangular, siguiendo la orientación del viento más favorable. Los barrios llevaban por nombre las letras del alfabeto (el «B» y el «D» eran los principales barrios judíos). La calle mayor cruzaba una serie de entoldados verdes y desembocaba ni más ni menos que en tres puertos comunicados entre sí. Los reyes tenían magníficos palacios a orillas del mar; la erosión marina sumergiría más tarde sus restos bajo el agua, pero las ruinas han empezado a ser analizadas últimamente por los arqueólogos submarinos. En un islote situado cerca del puerto se encontraba una de las «maravillas del mundo», el gigantesco Faro de Alejandría. Recientes estudios han localizado algunos de sus enormes sillares en el lecho marino y han demostrado que en la base del monumento había dos estatuas colosales de un Ptolomeo y de su esposa, al estilo de las de los antiguos faraones de Egipto. Por toda la ciudad

fueron erigidas de nuevo, a modo de decoración, piezas de la antigua escultura egipcia como ésas. El faro fue dedicado no por un Ptolomeo, sino por un cortesano griego establecido en el país, Sóstrato, lo bastante rico como para sufragar las obras. Se cuentan anécdotas acerca de la hoguera que ardía en lo alto del monumento para que sirviera de guía, e incluso del espejo que reflejaba su luz, pero nadie ha sido capaz de hacer una reconstrucción definitiva de su parte superior.

Esta maravilla de faro era evidentemente necesaria: se han localizado varios naufragios en el lecho marino de las inmediaciones. Los palacios reales albergaban otras dos maravillas menos mundanas: un «Museo» y una enorme biblioteca. Los tiranos griegos del pasado habían competido entre sí por atraer a sus cortes a artistas y poetas, y a uno de ellos, Polícrates de Samos, se le atribuye haber reunido una biblioteca de libros raros. En Alejandría, la moda de lo intelectual fomentó este tipo de ideas, especialmente debido a la labor de Demetrio, el inmigrante ateniense seguidor de las doctrinas de Aristóteles. El propio maestro había poseído una gran biblioteca y había fundado una sociedad religiosa para los estudios de sus discípulos. Los ejemplos sentados por Aristóteles encontraron entonces unos nuevos grandes patronos. Los Ptolomeos utilizaron las bibliotecas para acumular todos los textos griegos existentes. Obligaban a los visitantes que acudían a la ciudad provistos de libros a que los entregaran para que fueran debidamente copiados e incluso secuestraron las copias originales de las grandes tragedias que poseían los atenienses. Se cuenta que la biblioteca más grande de los Ptolomeos, situada en el interior de su palacio, llegó a tener casi 500.000 volúmenes. Los eruditos elaboraron un catálogo y aunque los textos no

eran accesibles al público para su consulta, había una segunda biblioteca, en el templo del dios Serapis, más pequeña y tal vez más accesible.

Los textos griegos antiguos y modernos hicieron de Alejandría, la ciudad de tantos griegos excepcionales, el motor de toda la cultura griega. Al igual que las procesiones reales, los libros contribuían a aumentar el poder y el prestigio de los monarcas. Las grandes ciudades rivales no tardaron, pues, en participar también en una enloquecida carrera por disponer de la mejor biblioteca. Había una de grandes dimensiones en la capital de los Seléucidas, Antioquía. Recientemente se ha descubierto un fragmento de un diálogo filosófico inspirado en Platón, en un pergamino localizado entre los restos de la ciudad griega de Ai Khanum, en la cuenca alta del río Oxo, en el moderno Afganistán; la sala en la que se encontraba quizá fuera también la biblioteca de un palacio.<sup>[203]</sup> En el siglo II a.C. los reyes rivales de Pérgamo, en Asia Menor, fundaron su propia gran biblioteca. La monarquía pergamená rivalizaría en este terreno con la de los Ptolomeos y cuando éstos intentaron cortarles el suministro de papiro egipcio para fabricar sus libros, empezaron a utilizar pieles de animales, los llamados «pergaminos». En último término, Adriano sería el heredero de esta costumbre helenística. Fue un gran mecenas de las bibliotecas, entre otras de la de Atenas, donde todavía puede admirarse el gran plano de su biblioteca.

La demanda fomentó irremediabilmente el fraude, lo mismo que se han falsificado diversas «antigüedades» destinadas al tremendo poder adquisitivo del moderno Getty Museum de Norteamérica. En Alejandría, los reyes

mantenían también un edificio cuyo contenido era lo verdaderamente importante, una erudita «sociedad de las Musas», el primer museo del mundo. Su activo estaba constituido por las personas, no por las antigüedades. Destacados eruditos griegos se sintieron atraídos hacia él por la paga, la comida gratuita y el acceso a la biblioteca situada en sus inmediaciones. Con el tiempo, editaron y ordenaron los textos de los clásicos griegos, empezando por los poemas de Homero. Entre ellos podríamos citar a algunos ilustres poetas eruditos, por ejemplo al inmensamente docto Eratóstenes, que calculó la circunferencia de la tierra casi con total exactitud, y a Euclides, el genio de las matemáticas. El famoso libro de este último, los *Elementos*, exponía definiciones, en su mayoría del propio autor, «postulados» y axiomas, y los demostraba por medio de penetrantes argumentos basados sucesivamente unos en otros. Siguen siendo admirados hoy día por el método utilizado. Por desgracia, se sabe bastante menos de Aristarco, astrónomo originario de Samos. Su obra sobre las «dimensiones y distancia del sol y de la luna» se nos ha conservado, pero lo que lo hizo más célebre fue la teoría de que el sol ocupa el centro del universo y la tierra gira a su alrededor rotando sobre sí misma. Esta brillante nueva idea fue muy controvertida, pero quizá fuera expuesta sólo como mera posibilidad, no como un «axioma» susceptible de demostración. Entre comienzos y mediados del siglo III a.C. aquellos hombres justificaron la reputación de Alejandría como capital del saber y de la ciencia.

Durante el siglo III a.C. también la medicina griega hizo sus mayores progresos, debido a dos griegos emigrados a las grandes ciudades de los reyes. En Antioquía, Erasítrato

estudió las válvulas del corazón y expuso la teoría de que la «respiración» pasa por las arterias. En Alejandría, Herófilo dio un paso adelante sorprendente al descubrir los nervios, los ventrículos del cerebro, los ovarios (aunque no entendió para qué servían) y muchas otras cosas, además de escribir una obra admirable sobre el pulso. Se dice que los Ptolomeos contribuyeron a que el conocimiento humano diera este gran salto hacia delante poniendo a disposición de los eruditos a los prisioneros condenados a muerte no sólo para experimentar con ellos la disección, sino también la vivisección. El breve contacto de los médicos con la anatomía del hombre vivo dio unos frutos no por crueles menos valiosos. La medicina egipcia, en cambio, solía achacar todas las enfermedades al trasero, origen de todos los males.

También Adriano visitó el Museo de Alejandría: como era habitual en él, insistió en plantear a su personal residente preguntas que probablemente ellos no podían responder. La presencia de eruditos dignificaba la imagen pública de los Ptolomeos, pero ni siquiera entonces fueron fáciles las relaciones entre los reyes y los «grandes talentos». Curiosamente, Alejandría no produjo ningún historiador ni tampoco se desarrolló casi ningún filósofo a la sombra de la familia real. Los Ptolomeos, en cambio, dieron lugar a ingeniosos cotilleos y sus súbditos griegos les dieron apodos muy gráficos. Por supuesto tenían sus rarezas, como podemos apreciar incluso hoy día por los retratos incluidos en las vasijas de loza utilizadas en su culto. Como ha señalado la máxima experta actual en la materia, podemos ver en ellas «generales, eruditos, esposas rapaces y pacientes, muchachas nerviosas, seductores, comilones compulsivos, y

asesinos crueles. Así eran, como podemos comprobar, los Ptolomeos y nos da la impresión de que podríamos reconocerlos todavía andando por las calles porticadas de Alejandría». <sup>[204]</sup> Su «lujo» los delataba. Se dice que algunos monarcas fueron exageradamente gordos, hasta el punto de que debían disimular su obesidad con una túnica; dos individuos, a modo de bastones ambulantes, debían sujetar a uno de ellos cada vez que ponía el pie en el suelo. Pero incluso los reyes gordos podían ser despiadados. En 145 a.C. el obeso Ptolomeo VIII arremetió contra los intelectuales de la ciudad, los persiguió y expulsó de Alejandría a aquellos brillantes talentos. Las mentes que piensan con independencia no están nunca verdaderamente seguras con un rey.

En este contexto, la libertad no tenía la misma amplitud que había conocido en la Atenas clásica. Los reyes mantenían a cortesanos y favoritos que dependían absolutamente de ellos. En la primera década del siglo II a.C. después de una crisis militar, recurrieron a una antigua costumbre macedonia y concedieron incluso más «títulos honoríficos» a los miembros de su séquito con el fin de adularlos. Durante los primeros años de existencia de Alejandría, los ciudadanos griegos tuvieron un consejo y una asamblea. Lo mismo ocurrió en otra ciudad nueva de Egipto, Ptolemaide. Pero el consejo de Alejandría fue abolido más tarde, probablemente a mediados del siglo II a.C. y en su asamblea no vieron cabida nunca todos los varones residentes en la ciudad. En Ptolemaide oímos hablar hacia 240 a.C. de «comportamientos desordenados» en las reuniones públicas, especialmente durante las elecciones a las magistraturas. Como consecuencia, los poderes sobre los

asuntos públicos del magistrado presidente fueron reforzados. En cuanto a Alejandría, la ciudad contaba con un «inspector»; los ciudadanos estaban divididos por *demos*, como en el Ática, pero los nombres de esos *demos* habían sido puestos en honor de los Ptolomeos y de su dios, Dioniso. A partir de la década de 270 a.C. la familia real fue honrada con un culto divino dinástico: se trataba de una atadura muy útil para los numerosos cortesanos que se presentaban ante el rey procedentes de comunidades griegas muy heterogéneas. La población no ciudadana de Alejandría, de la que formaban parte los egipcios, ni siquiera tenía el grado de libertad política restringida del que gozaban los ciudadanos griegos. Desde 203 a.C. los egipcios de la ciudad participaron en levantamientos contra el dominio de los Ptolomeos, hasta el punto de que el «salvajismo» del «populacho» egipcio se hizo famoso entre los helenos que no eran del país. Pero esas rebeliones a menudo se produjeron a favor o en contra de un determinado príncipe de la familia de los Ptolomeos. La libertad no era ni siquiera una promesa para los egipcios, y la «chusma» no se rebelaba para conseguirla; lo hacía en el marco de un sistema monárquico que aceptaba plenamente.

[205]

La justicia era supuestamente más accesible, tanto para griegos como para no griegos. Los alejandrinos tenían tribunales de justicia en su ciudad, y dichos tribunales estaban al servicio de todos sus habitantes, no sólo al de determinados sectores de la ciudadanía griega. Conocemos bastantes detalles acerca de su corpus de leyes reconocido por todos, entre otras las normas relacionadas con el perjurio y las ventas: tienen que ver con las legislaciones que conocemos en otras ciudades griegas más antiguas,

empezando por Atenas. También en este terreno, los discípulos de Aristóteles y sus investigaciones quizá ayudaran a Ptolomeo I a redactar un nuevo código de leyes. Pero los monarcas podían también instaurar otras leyes por decreto, y esas «leyes» tenían preferencia sobre el código de la ciudad. Además de los tribunales, había una serie de funcionarios reales que también administraban justicia, cada uno según su recto saber y entender.

Fuera de Alejandría, en Egipto propiamente dicho, los tribunales de justicia griegos y egipcios estaban al alcance tanto de griegos como de egipcios, y de cada individuo dependía la clase de ley a la que prefería acogerse. Pero también en este campo los edictos del rey tenían preferencia sobre todas las demás normativas: en consecuencia, había la posibilidad de obtener una sentencia dictada por el propio rey o por alguno de sus funcionarios, cuya autoridad era superior a la sentencia de un tribunal local. Es en el Egipto ptolemaico, pues, donde tenemos los mejores testimonios del cambio que, desde Filipo, introdujo la dominación de los reyes macedonios en el mundo griego clásico anterior a dicha dominación, esto es, la administración de la justicia por medio de la sentencia de un individuo y la solicitud de la misma por medio de peticiones escritas también de carácter individual. Las peticiones que se nos han conservado en los papiros afectan incluso a los problemas más íntimos de la vida familiar, como por ejemplo el caso de la hija ingrata que había desatendido burdamente a la mujer que la había recogido y la había criado como si fuera su madre, precisamente la reclamante. Según la madre, la joven se había echado un novio, el «maricón» (literalmente), y había dejado de cumplir las promesas que le había hecho con

anterioridad.<sup>[206]</sup> Estas vívidas reclamaciones iban dirigidas al propio rey, pero por lo general no llegaban nunca más allá de los funcionarios que estaban al frente de los diversos distritos en que estaba dividido Egipto. Las excepciones eran las que lograban atraer por fuerza la atención del monarca durante alguna de sus giras por los templos y ciudades del país. En aquellas costosísimas ocasiones, como ambas partes sabían, el soberano se veía expuesto a los azares del viaje real. En octubre de 103 a.C. vemos cómo un Ptolomeo dice al gobernador de Menfis que compruebe que la «amnistía» que acaba de conceder sea puesta en vigor antes de su llegada. De lo contrario, el pueblo no cesaría de atosigarle con los motivos de queja que pudiera tener.<sup>[207]</sup> La justicia había empezado a depender del acceso a ella que tuviera el individuo, pero dicho acceso no podía estar al alcance de cualquiera.

# Capítulo 24

## IMPUESTOS Y TECNOLOGÍAS

Al rey Ptolomeo: saludos de Filotas, hijo de Pirsunte, adjudicatario de una parcela militar de la gran ciudad de Apolo. Como aquí son frecuentes las sequías, ahora y manifiestamente en este caso, quisiera informarte, señor, de una máquina de la que tú no recibirás ningún daño, y la tierra en cambio se beneficiará. Durante tres años, el río (Nilo) no ha crecido, por lo que la sequía producirá una gran hambruna... Pero a los cincuenta días de la siembra seguirá de inmediato una cosecha anual abundantísima en toda la Tebaida.

Papiro de Edfú n.º 8, quizá de *ca.* 250 a.C. cuyo autor pide que se le paguen los gastos del viaje para mostrar a la corte su nueva maravilla (¿tal vez una bomba para sacar agua?)

No había quien contemplara a aquellos desgraciados y no se compadeciera de ellos y de la enorme miseria en que se hallaban. No se muestra piedad ni respeto por nadie, ni por el enfermo, ni por el mutilado, ni por el anciano, ni aun por la fragilidad de la mujer. Antes bien, todos son obligados a golpes a seguir con su trabajo hasta que mueren a consecuencia de los malos tratos sufridos en esa forzada necesidad.

AGATÁRQUIDES (*ca.* 170-50 a.C), descripción de los esclavos de las minas de oro del sur en tiempos de los Ptolomeos

Las guerras, las armadas y las fundaciones de ciudades de los reyes helenísticos comportaron la utilización de cantidades ingentes de materias primas, trabajadas y transportadas con notable maestría. Cuando se enfrentaban en combate, los ejércitos reales tenían que alimentar y desplegar a 60.000 hombres o más por cada bando, cantidades muy superiores a las empleadas en las batallas de época postclásica que se libraron en Occidente hasta la Francia del siglo XVII. A menudo se utilizaban elefantes, que

intrépidos cazadores buscaban para los Ptolomeos en las costas de África oriental, dando de paso nombre a los puntos de la «Región de los Cazadores de Elefantes» en los que se detenían, y escribiendo luego libros sobre sus viajes. Los asedios eran llevados a cabo con torres mucho más grandes que las utilizadas hasta entonces y máquinas provistas de ruedas que alcanzaban casi los sesenta metros de altura. Los reyes dispensaron su patrocinio a los ingenieros militares, a Díades, el hombre que «puso sitio a Tiro y a otras ciudades con Alejandro», o al asombroso Arquímedes, que prestó sus servicios en la corte del rey Hierón II de Sicilia. ¿Realmente aquel mundo fue capaz de alcanzar un nivel tecnológico tan elevado?

Fuera del campo de batalla, sin embargo, había lagunas increíbles. La fuerza de tiro de las caballerías seguía bloqueada por la falta de un collar que no tirara del cuello del animal y le impidiera respirar. Ningún texto, término lexical o monumento indica la existencia de la carretilla. El transporte por vía marítima era relativamente rápido e incluso resultaba barato en grandes cantidades cuando, ya en la época romana, el cargamento de los barcos mercantes ascendía a las 500 toneladas. Pero seguiría siendo más barato transportar en barco materiales pesados en grandes cantidades desde un extremo a otro del Mediterráneo que hacerlo a lo largo de 100 kilómetros por tierra, cuando no se disponía de una vía fluvial.

Según la opinión de cierto autor, «la clave del estancamiento son las actitudes»,<sup>[208]</sup> en este caso los refinados prejuicios de una clase dirigente griega que consideraba vulgar la tecnología aplicada, mientras que la abundancia de esclavos hacía que la reducción de los costes

de la mano de obra resultara irrelevante. A los propietarios de grandes haciendas probablemente les gustaran el atletismo, las carreras de caballos y el teatro, ¿pero de verdad estaban desvinculados por completo de las groseras actividades relacionadas con la producción y el comercio, de las que se ocupaban sus administradores de condición servil y sus agentes mientras ellos se deleitaban con sus banquetes, disfrutaban de la poesía y se acicalaban para gozar del sexo en la ciudad?

Los prejuicios caballerescos resultaban sin duda muy elocuentes entre los que escribían bien. Platón se burlaba de las matemáticas aplicadas, y Plutarco (*ca.* 100 d.C.) afirma que Arquímedes no dejó escrita ninguna obra sobre ingeniería aplicada porque la consideraba un arte «innoble y vulgar» frente al estudio puramente teórico.<sup>[209]</sup> Pero en la sociedad antigua eran posibles muchas actitudes distintas y los hombres no siempre practican lo que ellos mismos u otros predicán. Curiosamente, no conocemos los nombres de la mayoría de los inventores de las máquinas y técnicas cuya existencia nos demuestran los testimonios que poseemos. Pero es posible que Arquímedes, la única excepción, viera las cosas de diferente manera que Platón o Plutarco.

No existía un concepto explícito de «crecimiento» entendido como un bien en sí mismo, y ciertas tecnologías imperfectas quizá tardaran bastante o incluso mucho tiempo en propagarse por los diversos reinos en los que se dividió por esta misma época el mundo «clásico». El esclavismo, sin embargo, no fomentaba de por sí el desprecio ni el estancamiento de la tecnología. Los esclavos eran muy fáciles de adquirir en tiempos de guerra y los no griegos que

carecían de derechos de ciudadanía podían ser obligados a trabajar en condiciones muy duras. El coste de la mano de obra, pues, no constituía un problema grave, pero seguía valiendo la pena aumentar la producción con el fin de convertirla en dinero contante y sonante que pudiera gastarse luego en cualquier corte real, en el ejército o simplemente en llevar una vida refinada. En el sur de los Estados Unidos el esclavismo no impidió a los propietarios de esclavos invertir en nuevas tecnologías. Además, los esclavos podían también introducir innovaciones: la taquigrafía y cierto sistema de calefacción de las termas abovedadas son algunas de las innovaciones tribuidas a los esclavos en los primeros tiempos del Imperio Romano.<sup>[210]</sup>

Tampoco la vida en el campo suponía una barrera a las innovaciones. Las técnicas de molienda del grano y de prensado de las aceitunas experimentaron un desarrollo importante, aunque de manera anónima. En Grecia, el tamaño y las proporciones de las piedras de moler habían progresado mucho ya en el siglo V a.C. facilitando en gran medida la abundancia de harina. Más tarde, probablemente en el siglo III a.C. se introdujo la molienda por medio de parejas de piedras redondeadas, y la costumbre de hacer girar las piedras mediante el uso de un cigüeñal, un eje y un mango. También las prensas para la fabricación de aceite de oliva se desarrollaron a partir de sencillas plataformas lisas provistas de rodillos de piedra hasta adoptar el principio de rotación atestiguado antes de 350 a.C. Estos cambios comenzaron a partir de unas bases muy simples de trabajo lento, que, sin embargo, incrementaron la producción de alimentos. Existe una estrecha interrelación entre esas innovaciones y el aumento de la población, y a partir de la

época helenística la capacidad de dar sustento a un número mayor de personas se concentró en las grandes ciudades. También se seleccionaron los animales dedicados a la cría, lo que explica la mayor calidad de los huesos y músculos de los caballos que aparecen representados en las monedas macedonias durante casi dos siglos (Filipo debió de quedarse con las yeguas y seleccionar y guardar los buenos sementales). Los griegos introdujeron incluso en Egipto una raza mejor de cerdos. Se dio nombre a nuevas variedades de frutos, previamente seleccionados y mejorados por medio de injertos. El romano Plinio el Viejo (*ca.* 70 d.C.) conocía decenas de tipos distintos de peras, ciruelas y manzanas, y consideraba que la técnica del injerto había alcanzado su punto culminante porque «los hombres ya lo han probado todo».<sup>[211]</sup> En este terreno, un genio anónimo podía transformar toda una industria. Se seleccionaban las rosas para que florecieran dos veces al año, multiplicando así por dos las cosechas con destino al comercio de flores y pétalos y a satisfacer la gran demanda de artículos de lujo como los perfumes. Las rosas con dos floraciones fueron la consecuencia del cruce deliberado de la especie autóctona con la variedad fenicia. Ésta sigue siendo abundante en estado silvestre en la costa meridional de Turquía, en la zona de la antigua Cilicia, donde los colonos levantinos, no los griegos, probablemente se dieran cuenta de su valor en fecha bastante temprana.

Tras la muerte de Alejandro, los soberanos griegos se enfrentaron a una serie de paisajes no mediterráneos que les eran desconocidos y que tenían buenos motivos para querer mejorar. Deseaban obtener la mayor cantidad posible de tributos con los que sufragar el lujo y el esplendor de sus

cortes, que venían a justificar en parte su condición de reyes, y los gastos ocasionados por sus ejércitos con los que sostenían las guerras suscitadas entre ellos. En Egipto, los príncipes macedonios introdujeron el arrendamiento del cobro de tributos, sistema en virtud del cual la recaudación de un determinado impuesto era adjudicada en pública subasta a un contratista que lo abonaba por adelantado. El que lograra quedarse con la concesión garantizaba el pago de la suma que hubiera ofrecido, pero tenía libertad para recaudar más (o menos) dinero si podía. Este sistema resultaba conveniente para los soberanos que necesitaban una renta fiscal segura, cuyo montante anual era imprevisible.

Esos impuestos eran muy habituales en el Egipto helenístico porque los Ptolomeos incrementaron sus rentas mediante una multiplicidad de tasas individuales aplicadas a determinados tipos de bienes y transacciones. Había un impuesto sobre la sal aplicado a todo hombre o mujer adulta, un impuesto sobre el aceite, un impuesto sobre la sosa (esencial para el lavado de la ropa), y muchísimos más. Se cobraban derechos de aduana a las mercancías trasladadas de un nomo (que así se llamaban las divisiones administrativas del país) a otro, e incluso a las que cruzaban la frontera del Alto Egipto (la zona sur) y el Bajo Egipto (la zona norte). Los impuestos sobre las importaciones se cobraban en numerosos puntos de entrada en el país, en los puertos del Delta del Nilo, o en la frontera de Nubia. Se sabe que el montante de esos aranceles podía ascender al veinticinco por ciento o incluso al cincuenta por ciento de la mercancía, y había otro impuesto, el llamado «Peaje de la Puerta», que se aplicaba a todas las importaciones que

llegaban a Alejandría. Dentro de Egipto sólo se admitían las monedas de los Ptolomeos, de modo que los visitantes tenían que cambiar su dinero para que fuera acuñado de nuevo al tipo de cambio que conviniera naturalmente a los gobernantes. Había incluso un impuesto sobre las exportaciones, lo que demuestra que «un concepto bastante miope de beneficio inmediato para el Estado dominaba todos los aspectos del comercio».<sup>[212]</sup>

Como los reyes tenían el monopolio de varios artículos de consumo esenciales, podría dar incluso la impresión de que los elevados impuestos aplicados a las importaciones tenían por objeto fomentar la compra de los bienes producidos dentro del país por los propios soberanos. Pero la vieja opinión de los especialistas que veían en el Egipto helenístico una «economía teledirigida», marcada por objetivos de producción y de recaudación centralizados es evidentemente errónea. Las nuevas interpretaciones de los complicados textos de los papiros y la mejor comprensión de los que no están escritos en griego, sino en lengua egipcia, han contribuido a cambiar los puntos de vista. Los reyes poseían gran cantidad de tierras y también arrendaban muchas otras a arrendatarios por el pago de una renta y a colonos militares a cambio de sus servicios. Cobraban además impuestos sobre los productos del campo (hasta casi la mitad de la producción anual). Sin embargo, no eran los dueños de todo. Los templos seguían teniendo muchísimas tierras, y las fincas de los particulares continuaban cambiando de manos, como podemos comprobar con toda claridad por los documentos no griegos del Alto Egipto. No había objetivos de producción anuales, establecidos por una burocracia centralizada. Desde luego en el ámbito local se

elaboraban listas de las tierras que estaban en explotación, para su posterior envío a las instancias superiores. Los productos que debían cultivarse también estaban previstos en parte, pero la realidad de los cultivos sobre el terreno podía ser muy distinta. Se ha pasado de hacer hincapié en un sistema «totalitario» a hablar de otro que intentaba dirigir las operaciones y tenerlo todo registrado, pero que se hallaba supeditado con demasiada frecuencia a las eventuales diferencias existentes entre los listados y los deseos de los burócratas, y lo que realmente podían hacer los pequeños agricultores, es decir, los que en verdad cultivaban la tierra.

Buena parte de las rentas anuales de los reyes seguía pagándose en especie: los campesinos que pagaban sus impuestos de ese modo tenían que llevar personalmente sus cereales a los graneros del Estado. Durante el período persa, sabemos por un papiro que ha podido ser leído recientemente que ya se cobraban derechos arancelarios sobre las importaciones llegadas al Delta del Nilo. También se habían elaborado censos en Egipto e indudablemente los impuestos que gravaban numerosos artículos eran ya tradicionales. Pero con los Ptolomeos se produjeron cambios aún mayores. La recaudación de los impuestos se «arrendaba» a contratistas. El impuesto sobre la sal era nuevo (probablemente tuviera un precedente macedonio), lo pagaban tanto hombres como mujeres, y además sólo podía abonarse en dinero contante y sonante. Desde la década de 260, el impuesto sobre los huertos y los viñedos se llevaba una «porción» (que podía ascender incluso a la sexta parte) del valor de la cosecha, que iba destinada a sufragar el nuevo culto divino de la hermana (y esposa a la vez) del Ptolomeo que ocupara el trono en cada momento. La mayor parte de

este impuesto se cobraba asimismo en dinero contante y sonante. La moneda, por consiguiente, alcanzó una gran difusión en la vida cotidiana de Egipto, incluso en las zonas rurales: en la totalidad del país su uso probablemente fuera mínimo durante el período persa. El establecimiento de soldados en explotaciones agrícolas también supuso una novedad, adjudicándose a cada soldado de caballería una parcela de hasta 20 hectáreas. Pero sobre todo estaba la gran novedad que suponía la existencia de Alejandría, que acaparaba productos agrícolas, tejidos y objetos de todo tipo procedentes del Egipto rural. Se ha dicho que iban a parar a la ciudad más mercancías procedentes de su hinterland, al cual estaba unida por medio de canales y del propio Nilo, que las que llegaban a su puerto procedentes del Mediterráneo.

Los reyes estaban interesados en mejorar los cultivos y en aumentar la producción susceptible de gravámenes fiscales. No eran herederos pasivos de un Egipto de la «edad de oro», en el que únicamente habían venido a sustituir a los anteriores gobernadores persas. No todos los cambios que intentaron llevar a cabo funcionaron, y por consiguiente también siguieron practicándose las costumbres inveteradas de los agricultores egipcios, especialmente en el sur. Pero se produjo también un nuevo intento de «desarrollo» en el sur y sobre todo en el Fayyum, apenas a 400 km al sur de Alejandría. En el profundo sur, los Ptolomeos llevaron a cabo campañas militares en la baja Nubia posiblemente durante la década de 260 y posteriormente retuvieron y explotaron las ricas minas de oro de la región. Entre 270 y 250 el Fayyum se convirtió, como veremos, en una importante «zona de desarrollo», con una hermosa nueva

ciudad (Filadelfia), un gran embalse que permitía la práctica del regadío en la comarca y la asignación de fincas de varios centenares de hectáreas a importantes amigos del monarca y a cortesanos que intentaron desarrollar una agricultura intensiva. Precisamente | es de esta región de donde procede la mayoría de los testimonios que poseemos acerca del empleo de aperos de labranza y arados de metal, toda una novedad en la agricultura egipcia. También se intentó introducir nuevos cultivos, a pesar del escepticismo de los trabajadores egipcios. Arraigó el cultivo de un tipo especial de trigo de verano, lo que permitió recoger una valiosísima segunda cosecha en los terrenos en los que era posible el regadío. La harina de trigo destinada a la fabricación de pan cambió a partir de entonces en todo Egipto.

Los objetivos y el alcance de estos cambios en concreto fueron muy variados: ¿Pero dieron lugar a innovaciones tecnológicas? En el sapientísimo Museo de Alejandría los pensadores se dedicaron al estudio de la energía del aire comprimido (la neumática), de un nuevo tipo de bomba de agua e incluso del uso limitado de la máquina de vapor, que aplicaron a algunos juguetes curiosos. No obstante, los nuevos estudios de sus obras técnicas han demostrado que también en el siglo III se inventaron nuevos mecanismos destinados a la elevación del agua, que eran movidos por fuerza animal o por energía hidráulica, circunstancia que mejoró notablemente las posibilidades de las técnicas de regadío. Resultarían muy valiosos en las nuevas explotaciones agrícolas del Fayyum, donde era necesario «elear» el agua del embalse principal y de las acequias para poder mantener las dos cosechas anuales. Es posible que también para la molienda del grano se utilizara energía

hidráulica y animal, mediante el empleo de ejes de rotación y de «palancas», mecanismos que indudablemente fueron inventados entonces y aplicados a los juguetes mecánicos alejandrinos. Todavía no tenemos testimonios de la existencia de molinos de agua ptolemaicos ni del empleo extensivo de la energía hidráulica para las labores de lavado, extracción y molienda del oro de los Ptolomeos. En cambio, poseemos una vívida descripción del trabajo de los esclavos en las minas de oro, obra de un cortesano, Agatárquides (*ca.* 170-150 a.C.). En todo momento hace hincapié este autor en el duro trabajo de algunos hombres y mujeres, cautivos de guerra y delincuentes, que realizaban sus actividades desnudos en medio de un calor sofocante «hasta que mueren a consecuencia de los malos tratos sufridos en esa forzada necesidad». Los hombres y los niños bajaban por las galerías de roca llevando una lámpara sujeta a la frente, pero la única tecnología utilizada eran los músculos y el látigo.

El término «estancamiento» no sería el más acertado para describir el desarrollo que aguardaría a la tecnología existente. En un momento determinado antes de mediados del siglo I a.C. empezaron a utilizarse en el mundo griego molinos de agua para moler el grano: tenemos noticias de ellos por primera vez en un hermoso poema en el que se celebra que las esclavas jóvenes pueden ahora dormir con suma placidez porque las Ninfas realizan sus labores mecánicamente.<sup>[213]</sup> El molino de agua (pero todavía no el de viento) continuó difundiéndose por todas las provincias del Imperio Romano, y cada vez con más frecuencia aparecen testimonios arqueológicos de su existencia, sin que se perciba ninguna «decadencia» durante el Bajo Imperio del siglo IV d.C. Las enormes minas romanas del noroeste de

España utilizaban también esclavos, pero ahora tenemos pruebas contundentes del empleo de la energía hidráulica aplicada al lavado y triturado del mineral. El empleo de molinos de viento todavía no está atestiguado y la máquina de asedio más poderosa, el trabuquete, tardaría todavía algún tiempo en ser transmitida a Occidente desde China. Pero la teoría del supuesto «estancamiento» de la tecnología durante la dominación romana y tardorromana no se tiene en pie.

Los antiguos, que tantos grandes logros alcanzaron, no protagonizaron ninguna «Revolución Industrial». Se ha ofrecido una sola explicación excesivamente simple de este hecho: su incapacidad de fabricar grandes calderas de metal que les permitieran hacer un uso industrial de la energía hidráulica. Pero la falta de «industria» no significa falta de tecnologías aplicadas, usadas a escala regional, aunque no por ello con menos eficacia. En *ca.* 200 d.C. existía ya por fin un tipo de arnés de caballo bastante perfeccionado, cuya utilización conocemos en el norte de la Galia dominada por los romanos. Suele afirmarse que era utilizado sólo a escala regional, pero permitía a las caballerías tirar de la carga sin ahogarse.<sup>[214]</sup>

# Capítulo 25

## NUEVO MUNDO

En la India, afirma Megástenes, los brahmanes no comparten su filosofía con las mujeres con las que se casan para que, si éstas son malas, no pongan en conocimiento de los profanos ninguno de sus secretos incommunicables, y si las mujeres son serias no abandonarán fácilmente a sus maridos. Pues nadie que considere con desdén el placer y el rigor, la vida y la muerte, está dispuesto a someterse a otra persona. Un hombre serio y una mujer seria, en cambio, son personas así...

MEGÁSTENES (que visitó la India en *ca.* 320-300 a.C), citado en Estrabón, Geografía 15.1.59

Durante largo tiempo, la casa de mis antepasados floreció

Hasta que la irresistible fuerza de las tres Moiras la arruinó...

De ese modo yo, Sofito... de la familia de Narato...

Conseguí dinero de otro, que supe multiplicar, y abandoné mi casa

Decidido a no regresar hasta no haber ganado un gran cúmulo de riquezas.

Ése es el motivo de que viajara a tantas ciudades para comerciar y obtuviera una gran fortuna, sin daño.

Alabado por todos, ahora estoy de vuelta en mi patria, tras incontables años

Y mi regreso fue una alegría para mis amigos...

De inmediato reconstruí la decrepita casa de mis padres

Con nuevos cimientos, haciéndola más grande y mejor...

Fragmento de la inscripción en verso que Sofito, hijo de Narato (nombre no griego) puso en la estela que erigió en Kandahar, *ca.* 135 a.C. (publicada por vez primera en 2004)

Después de Alejandro, la lengua griega se convertiría en la lengua del poder de un extremo a otro del mapa, desde Cirene en el norte de África hasta el Oxo y el Punjab en el noroeste de la India. Era la principal lengua de cultura, y no

sólo en la gran Alejandría. En lo que hoy día es Afganistán, a orillas del río Oxo, los colonos griegos se asentaron y desarrollaron la gran ciudad de Ai Khanum. Entre los primeros que llegaron a este lugar probablemente hubiera varios veteranos de aquellos a los que Alejandro licenció en 329-328 a.C. Uno de ellos tal vez fuera el mismísimo Cíneas que fue conmemorado como un héroe en una capilla de dicha ciudad. Posteriormente esta construcción fue cubierta de inscripciones con preceptos morales atribuidos a los antiguos Siete Sabios de Grecia. Los había llevado hasta allí desde Delfos un tal Clearco, sin duda el mismo que conocemos como discípulo de Aristóteles. Los dioses griegos recibieron el culto de los nuevos colonos en algunos lugares muy remotos, pero nunca se intentó imponerlos a los súbditos no griegos. Los griegos politeístas veneraron también a algunos dioses de los que encontraron en Asia, identificándolos con Heracles, su héroe, o a los que dotaron de algún elemento con el que estuvieran familiarizados: colocaron tocados macedonios a una de las figuras votivas predilectas de Asia, el potente jinete a lomos de su potente caballo.<sup>[215]</sup>

En el antiguo imperio persa, ya se había abierto un gran horizonte con el arameo, la lengua utilizada por los secretarios a lo largo y ancho de todo su territorio, desde Egipto hasta la India. Este horizonte no se esfumó con las conquistas de Alejandro: la literatura aramea siguió teniendo un amplio espacio propio, parte del cual sobrevive en numerosos relatos judíos incluidos en Biblias cristianas, escritos durante la nueva época griega. Los griegos, sin embargo, mostraron más interés por entender su inmenso nuevo mundo. En tiempos de Alejandro, midieron sus

caminos y luego colocaron «marcadores de distancias» a lo largo de su recorrido. Buscaron minas y supieron comprender su importancia; observaron la nueva flora y los nuevos frutos: se decía que un nuevo tipo de trigo de Oriente era tan fuerte que cuando los macedonios lo comían, reventaban.<sup>[216]</sup> Pero pese a todas esas observaciones locales, generalmente Alejandro y sus hombres habían subestimado las dimensiones de Asia, por lo que con frecuencia se encontraron perdidos. ¿Hasta qué punto de Oriente se extendía la India? ¿Era el mar Caspio un lago salado? Estas cuestiones empezaron a ser investigadas en las décadas que siguieron a su muerte, cuando se llevó a cabo el viaje más notable que se realizó a occidente, más allá de las tierras conquistadas por Alejandro. Piteas, un griego oriundo de Marsella, viajó al norte superando el golfo de Vizcaya, exploró la costa de Gran Bretaña y habló de un grueso «pulmón» que le hizo frente: probablemente se tratara de un banco de niebla en las latitudes septentrionales.<sup>[217]</sup> Piteas estaba al corriente de los últimos descubrimientos astronómicos de los griegos, y llegó muy al norte, como demuestran sus cálculos; tal vez se dirigiera a Noruega, hacia el nordeste, en vez de hacia el noroeste, a las tierras deshabitadas de Islandia. Escribió el relato de sus viajes, pero las meticulosas observaciones que aparecen en su obra fueron consideradas increíbles por muchos críticos de época posterior. Piteas había visto un mundo que Alejandro jamás había imaginado.

Sería una equivocación pensar que los habitantes de las antiguas ciudades griegas quedaron desorientados por esos nuevos horizontes o por las cortes reales y los reinos cuya grandeza superaba la de sus propias instituciones

ciudadanas. Las décadas que siguieron a la muerte de Alejandro constituyen un fértil período de la cultura y el pensamiento griegos, fruto directo de la época clásica anterior. Volvemos a encontrar la comedia en los románticos relatos «vodevilescos» de la vida familiar, escritos por el ateniense Menandro. También en Atenas la filosofía desarrolló tres nuevas escuelas, las tres últimas de importancia en la historia de la Antigüedad. En una de ellas, Epicuro discutió profundas cuestiones de percepción, de objetivos éticos y de sensaciones: su «Escuela del Jardín» no fue en absoluto el centro de búsqueda de placeres epicúreos de la leyenda posterior. Zenón, originario de Chipre, escribió acerca del Estado ideal, de las normas de conducta y de la naturaleza del conocimiento y el deber: su «Escuela del Pórtico» (o *Stoa*) sería conocida como la de los estoicos. Pirrón puso en entredicho los propios cimientos del conocimiento y la verdad, y fundó la escuela escéptica. Para estos tres filósofos, la libertad era una libertad del individuo, una libertad frente al miedo, las pasiones o el engaño: no era una libertad de voto, como la que tiene un ciudadano en una democracia libre.

Más tarde se diría que Pirrón había acompañado a Alejandro y que, tras ver tantísimas cosas nuevas, había llegado a la conclusión de que no había nada que pudiera ser conocido. De hecho, esos tres filósofos no reaccionaban contra Alejandro, sino contra otros filósofos anteriores, especialmente al desafío que había planteado Platón. El Estado ideal de Zenón era una respuesta a la horrible utopía de Platón; Epicuro enlazaba con el escepticismo ya existente de los pensadores griegos del siglo IV a.C. Los nuevos filósofos no proponían un nuevo Estado global o un nuevo

énfasis en el retiro personal y el relativismo ético en un nuevo mundo multicultural. Pues, a su alrededor, todas las comunidades cívicas griegas seguían siendo vigorosas. Las nuevas ciudades fundadas en Asia no estaban habitadas por colonos desarraigados, perdidos en un paisaje nuevo. Lo que sabemos de ellas es que su población mantenía la unidad por medio de las prácticas habituales entre los griegos de los matrimonios endogámicos o con determinados compatriotas de su propio subgrupo civil. Las estructuras familiares se mantuvieron sólidas, y las ciudades-estado, tanto las antiguas como las nuevas, no quedaron desunidas por un nuevo «individualismo helenístico» ni por un *ethos* cosmopolita. En honor a la verdad, no puede negarse que ahora tenían que soportar edictos reales y hacer frente a la amenaza que suponían los ejércitos del rey o determinadas monarquías «amigas» muy poco fiables. Pero los ciudadanos no perdieron su arraigado sentido de comunidad y de compromiso político en el ámbito local. Ya fuera en Macedonia, Siria o Egipto, seguían acudiendo a sus exclusivos gimnasios, centros sociales que constituían un privilegio de los ciudadanos. Los «gimnasios» ya no eran exclusivamente lugares donde practicar desnudos el ejercicio físico. En ellos, los jóvenes oían hablar a los maestros y tenían noticia de los acontecimientos culturales. Eran centros neurálgicos de la vida civil, en los que se transmitían la erudición y los valores griegos. Al margen de estos centros de adiestramiento, las fiestas civiles y los juegos siguieron teniendo plena vigencia. En el siglo III a.C. se multiplicaron los certámenes artísticos y atléticos en todas las ciudades griegas, incluidas las asiáticas (con la excepción, curiosamente, de las de Siria). Una vez más, estas ocasiones

unieron a las ciudades-estado para la consecución de unos objetivos griegos tradicionales en los que se celebraban valores también griegos.

De lo que carecían los griegos de las ciudades-estado era de un grado de lujo personal comparable al de la sociedad real que rodeaba a los monarcas. Conservamos una maravillosa carta escrita desde Macedonia, tal vez en 300 a.C. aproximadamente, en la que su autor, un macedonio llamado Hipóloco, cuenta que había asistido a un banquete de bodas.<sup>[218]</sup> Describe para el destinatario ateniense de la misiva el espectacular despliegue de oro y plata, las flautistas y tañedoras de músicas («a mí me pareció que iban totalmente desnudas, pero algunos dijeron que llevaban una túnica»), las tragafuegos y las malabaristas (también desnudas), las enormes porciones de jabalí que se sirvieron y las actividades del nieto de uno de los cortesanos de Alejandro más dado a la bebida (el hijo de su niñera) que también ingirió gran cantidad de alcohol y fue por ello recompensado con una copa de oro. Los veinte invitados recibieron regalos de un valor increíble. «Te consideras un hombre feliz», dice el autor a su amigo ateniense, «por escuchar las proposiciones de Teofrasto [discípulo de Aristóteles] y por comer tomillo silvestre y esos exquisitos panecillos. Pero nosotros nos hemos gastado una fortuna en una sola cena, y estamos buscando casas, fincas o esclavos que comprar con nuestros ingresos».

En esa misma Atenas del destinatario de la misiva, podemos vislumbrar un contraste parecido alrededor de un placer elemental de la vida: la jardinería. Entre aproximadamente 310 y 290 a.C. el Teofrasto al que alude la carta con tanto respeto escribió los dos textos que lo

califican como padre de la botánica. Teofrasto había escuchado los informes de los soldados de Alejandro; había leído los libros de los primeros historiadores que relataron las conquistas de Alejandro y describieron la curiosa flora que poblaba los nuevos territorios, pero también había oído hablar de árboles de Sicilia y del sur de Italia, e incluso había recogido diversos detalles acerca de los distintos hábitats de los árboles del Lacio, en las proximidades de Roma.<sup>[219]</sup> No tenía ni idea de las propiedades químicas del suelo, ni de la reproducción sexual de las plantas, aspecto que constituye la base de las clasificaciones modernas. Pero observó minuciosamente el mundo de las plantas, y no con meros especímenes desecados, ni a través de los informes sobre plantas que pudiera proporcionarle algún amigo o algún autor de época anterior. Teofrasto detalla con precisión las flores y los frutos del cerezo tras una prolongada observación a lo largo de las distintas estaciones. Establece las diferencias existentes entre las peras silvestres y las cultivadas. Debió de haber estudiado todos estos temas en su propio jardín, que más tarde legó en su testamento, especificando que era el lugar en el que tenía que ser enterrado. Teofrasto es el primer hombre que se enterró literalmente en un jardín. Llegó a cultivar dientes de león, observando correctamente la cabeza de sus semillas, aunque las encontró «amargas y no aptas para ser comidas».<sup>[220]</sup>

En Egipto, al cabo de veinticinco años de su fallecimiento, podemos adentrarnos en un mundo de plantas y jardinería muy distinto, organizado por un hombre de alto rango, Apolonio, «ministro de finanzas» de Ptolomeo II. Apolonio formaba parte del grupo de beneficiarios del rey que recibieron fincas de casi tres mil hectáreas cada una en el

Fayyum, la región arenosa situada a unos cuatrocientos kilómetros al sur de Alejandría. En esta zona, Ptolomeo II había fundado una nueva ciudad, Filadelfia, de plano rectangular, y en la que había un teatro y un gimnasio público. El Fayyum fue cultivado, regado y desarrollado por sus nuevos propietarios durante las décadas de 260 y 250. El administrador de la finca de Apolonio era otro emigrante griego, Zenón, y los documentos conservados que redactó nos adentran en el mundo tiránico e insaciable de un «proyectista» que ha volcado todas sus energías en transformar la naturaleza. En varias cartas de Apolonio se ordena que sean plantados miles de viñedos en sus fincas, algunos de los cuales son injertos. Las plantas debían ser transportadas en carros tirados por asnos hasta el Fayyum para que las examinara Zenón, aunque los egipcios nativos se burlaban de la ignorancia de aquellos intrusos griegos que no conocían su forma tradicional de hacer las cosas. En cierta ocasión, los jardineros de la finca del Fayyum amenazaron con fugarse y abandonar la propiedad. Pero Apolonio era imparable: ordenó que desde una segunda finca situada en las inmediaciones de la antigua capital de Egipto, Menfis, le fueran enviados a Zenón numerosos esquejes de olivo, albaricoque y otros árboles a la finca del Fayyum. La presencia de los griegos en Egipto incrementó el volumen de la viticultura en el país (los egipcios siempre habían bebido cerveza). Tampoco había en Egipto buenos olivos, un producto de primera necesidad para los griegos, por lo que se inició el cultivo de plantas oleosas para cubrir esta laguna, incluido el de semillas oleosas de adormidera: la adormidera tuvo una breve etapa de producción masiva en la finca de Apolonio, pero, según parece, no con el fin de utilizarla como narcótico. Para decorar su parque,

probablemente hubiera olivos silvestres de clase inferior (que tal vez se enviaran a Zenón a millares), arbustos de laurel y montones de coníferas; seguramente hubiera también rosales, destinados a la fabricación de perfumes y a la fabricación de guirnaldas y otro tipo de ornamentos. Los demás propietarios griegos de «tres mil hectáreas» hacían lo mismo, pese a que la lentitud de los envíos, el riego artificial del terreno y los riesgos que suponían la sal y la arena ponían en peligro la experimentación masiva de nuevos tipos de agricultura que habían emprendido. Al cabo de veinticinco años la gran finca de Apolonio volvería a manos de los reyes, sus dueños en último término, y las masivas cosechas de adormidera desaparecerían. Los experimentos de productos agrícolas de lujo se fragmentarían y seguirían el camino de otros grandes proyectos de la historia de la jardinería.

No obstante, entre los documentos de Zenón encontramos testimonios de sus gustos literarios, incluida una magnífica copia de la tragedia de Eurípides sobre Hipólito, el joven cazador. Zenón escribía en un griego claro y cuidado, buscando siempre la expresión más adecuada; amaba los perros y ese deporte tan propio de un caballero, la caza. Uno de sus canes favoritos aparece en los poemas cubierto de elogios por haber salvado a su dueño del ataque de un jabalí: sus cartas aluden a diversos perros cazadores de gacelas que tuvo a lo largo de su vida. Mientras que los reyes helenísticos seguían haciendo alarde de sus hazañas cinegéticas, en Oriente, en Kandahar, otro expatriado griego componía versos y erigía un monumento en honor de uno de sus canes que había matado con arrojo a un animal salvaje. En esos nuevos paisajes y con su nueva «caza mayor», el noble deporte de los héroes se convertiría en el

entretenimiento preferido de los comunes mortales más conspicuos.<sup>[221]</sup>

Como era de suponer, esos griegos que habitaban en el extranjero observaron a los pueblos nuevos y desconocidos que los rodeaban. Heródoto ya se les había anticipado en este sentido, y los generales y subalternos del propio Alejandro también se habían preocupado de recoger por escrito las curiosidades que más les sorprendían de la sociedad india. Hubo siempre una especie de tensión constante en este tipo de literatura. ¿Era la del lejano Oriente una sociedad que debía idealizarse, como había sido idealizado Egipto por Platón y el retórico Isócrates? Después de Alejandro, las legendarias utopías griegas siguieron desarrollándose en lugares remotos, tanto del norte, como del este, o en las islas del «océano» del sur. ¿O acaso Oriente debía ser observado, investigado y comprendido? Pocos autores —si es que hubo alguno— de los que escribieron acerca del nuevo mundo aprendieron mínimamente las lenguas que en él se hablaban, pero estuvieron allí y observaron, y ellos o sus informadores eran capaces de comunicarse entre sí un poco en lengua griega.

En Bactria y en el nordeste de Irán, muchos de los nuevos colonos griegos demostraron su tenacidad, incluso cuando se enteraron de que la muerte de Alejandro no era la indicación de que había llegado la hora de regresar a su patria en Grecia. En Ai Khanum, cerca del río Oxo, los colonos siguieron utilizando el calendario macedonio durante más de ciento cincuenta años; en Irán se bautizó con un nuevo nombre macedonio a la antigua ciudad de Susa; unos versos de Eurípides, siempre los mismos, se utilizaban en los ejercicios de las escuelas de Armenia y

Egipto. En este último país los Ptolomeos hablaban griego macedonio, pero no egipcio, y favorecieron a los maestros de lengua griega eximiéndoles del pago del impuesto sobre la sal y a otros hablantes de griego con diversas exenciones fiscales menores: su gobierno se basaba en el griego. Sin embargo, la vieja idea de los estudiosos de una actitud cerrada ante Oriente, próxima al apartheid, por parte de los griegos, es demasiado exagerada. Los Ptolomeos y los Seléucidas nunca olvidaron sus orígenes macedonios, pero en Egipto no era posible gobernar en la estrecha franja de territorio situada al sur de Alejandría sin una actitud mínimamente abierta ante la antiquísima cultura local. Al fin y al cabo, los grandes templos egipcios y su clero seguían activos. En el reino de los Seléucidas, que se extendía desde Siria hasta el este de Irán, el territorio era mucho más vasto, y la inmensa mayoría de los cargos superiores de la corte, del ejército y de la administración siguieron estando en manos de los griegos. En Mesopotamia, sin embargo, los reyes Seléucidas adoptaron diversos títulos reales antiguos y profesaron respeto por varios templos locales: Alejandro ya había hecho lo mismo. Pero en general el estilo de monarquía de estos soberanos no se caracterizó por una nueva apertura «multicultural». En Irán, Alejandro había acabado con el complejo sistema de distribución de raciones de comidas y con las costumbres cortesanas de los persas, y los Seléucidas nunca intentaron recuperarlos. En Egipto, en cambio, seguía vivo en el clero del país un poderoso ideal de monarquía. Este asociaba al faraón reinante con la felicidad eterna y la fertilidad ordenada de la tierra. Supuestamente, los Ptolomeos se inspiraron en esta cultura egipcia cuando observaron que se desarrollaba paralelamente a la suya. Ellos mismos se abrieron a una o dos tradiciones egipcias, y se ha

sostenido, tal vez con acierto, que imitaron la antigua práctica de los faraones de subvencionar el servicio de los médicos, gratuito para todo el pueblo, mediante la exacción de un «impuesto especial para los médicos». En las ciudades griegas de otras regiones, el consejo podía entrevistar y nombrar a un «médico cívico» al que, sin embargo, debían pagar todos los pacientes. Al margen de Egipto, ningún país mostró nunca interés alguno por subvencionar la «sanidad pública».

En Egipto, el papel trascendental desempeñado por la cultura local en la civilización del mundo fue subrayado muy pronto por una de las más preclaras mentes griegas, Hecateo, un emigrante de Abdera que llegó a Egipto en los primeros años del reinado de Ptolomeo I. Si bien seguía a Heródoto, Hecateo afirmaba haber superado a su gran predecesor y haber consultado los propios archivos egipcios. Sus descripciones de los antiguos edificios faraónicos son curiosamente minuciosas y sus noticias sobre las antiguas leyes y costumbres del país no son siempre ficticias. Elogiaba incluso a los antiguos faraones por su acatamiento de las normas y la justicia, así como por la moderación de su lujo personal. Sus prejuicios se hacen evidentes cuando los alaba por haber mantenido a los artesanos al margen de la vida política: la visión que tenía Hecateo del antiguo Egipto no era precisamente la de un demócrata.<sup>[222]</sup>

Hecateo nos ofrece también un testimonio, probablemente el primero en lengua griega, de un nuevo descubrimiento: los judíos. Tras la muerte de Alejandro, las tropas de Ptolomeo habían entrado en contacto con este pueblo durante las campañas de Siria, y Hecateo lo presenta como una rama de la civilización egipcia. Simplemente se

había corrompido, dice, por su imprudente legislador, Moisés. Sin embargo, el retrato que hace de los judíos no es hostil o antisemita. Cuando describe su idealizada sociedad sacerdotal, Hecateo alude aparentemente a una frase de uno de los libros de la Biblia, el Deuteronomio. Apenas un siglo más tarde, sus sucesores de Alejandría no serían tan tolerantes: parte de su literatura señala el inicio del antisemitismo occidental.

En el este, mientras tanto, el nuevo foco de fascinación era la India. Durante la invasión de 327-325 a.C. los oficiales de Alejandro habían visto muchas cosas que les habían llamado la atención y que ningún griego había conocido hasta entonces. En sus historias, describían los vestidos indios, el algodón del país, las gruesas higueras de Bengala y los elefantes. Hasta ahí, fueron capaces de realizar una observación acertada. Pero cuando intentaron explicar las sociedades y las doctrinas indias, fueron víctimas de su ignorancia de la lengua y de los estereotipos que llevaban consigo. Un sabio indio acompañó al ejército de Alejandro, y se dice que intentó instruir a esos oficiales: quizá tengamos incluso pruebas de sus enseñanzas sobre los astros y estaciones del año. Los hombres de Alejandro lo llamaban «Cálano», aunque ése no era su verdadero nombre indio. Se lo pusieron por el término de ponderación, *kalé*, que le gustaba utilizar. Algunos pensaron que se trataba de un vocablo indio, pero es muy probable que el hombre lo empleara para demostrar el poco griego que conocía (*kalé*, en el sentido de «muy bonito, muy bien»). Así fue como empezaron a llamarlo «Cálano», «Don Bonito».<sup>[223]</sup>

Ante la más mínima prueba, los griegos creían «descubrir» aquí y allá evidencias de la invasión de la India

por parte de los dioses Dioniso y Heracles. Los más imaginativos también veían huellas de una Esparta idealizada en las costumbres de algunos reinos indios. Otros, de modo más tosco, explicaban lo que veían a través de su sexismo masculino. Vieron cómo algunos pueblos indios practicaban el suttee, esto es, la quema de la viuda en la pira funeraria de su difunto marido. Los invasores atribuyeron esta práctica a la infidelidad y la perfidia de las esposas indias. Los indios solían casarse con mujeres mucho más jóvenes que ellos, y los griegos pensaban que esas esposas no tardaban en querer envenenar a sus ancianos maridos para irse con amantes más jóvenes. El suttee, por consiguiente, era una especie de medida disuasoria de los maridos: si uno era envenenado, su mujer podía ser arrojada viva a las llamas con él. De ese modo, controlaban a las mujeres. Esta explicación probablemente fuera una invención gratuita de los hombres que llegaron con Alejandro, y no estaba basada en ningún relato indio.<sup>[224]</sup>

Al poco de fallecer Alejandro, Megástenes, un intrépido legado griego, se adentró más en la India. También él combinó la observación con teorías idealizadoras. Visitó la ciudad real de Palimbotra, a orillas del Ganges, un lugar que incluso el mismo Alejandro había evitado, y ofreció un relato creíble acerca de su aspecto, su arquitectura de madera y otras muchas características. También distinguió siete órdenes en la sociedad india, que se mantenían mediante un cerrado sistema de endogamia. Es probable que lo que intentara describir fueran las castas indias. Decía que eran siete (no cuatro, su número habitual), influenciado como estaba por su conocimiento de Heródoto, que había supuesto la existencia de siete clases sociales en el antiguo

Egipto. Megástenes también escribió acerca de un personaje llamado «Budias», compañero, según creía, de Dioniso cuando éste invadió la India, y posteriormente rey. Sin duda había oído hablar de Buda, y lo confundió con él. No obstante, describe diversas costumbres funerarias de los indios, aunque no habla de las grandes estupas budistas que tan famosas se harían más tarde. Tal vez debamos confiar en él, y llegar a la conclusión de que las estupas todavía no existían.

A finales del siglo IV a.C. las conquistas de Alejandro en la India habían sido cedidas al guerrero Chandragupta: pero el horizonte que había abierto el joven monarca macedonio no se cerró. En las Alejandrías y en las ciudades de los Diádocos existentes en los territorios cercanos al Punjab siguió residiendo una población de lengua griega que sabía leer y escribir. Pensando en ellos, el rey indio Asoka mandó que sus edictos budistas fueran traducidos al griego y grabados en inscripciones a mediados del siglo III a.C. Asoka conocía también los nombres de todos los reyes helenísticos que había incluso en tierras tan lejanas de la suya como Libia, y hablaba de ellos como «el mundo, mis hijos».<sup>[225]</sup> A partir de la década de 240, los Diádocos que gobernaban Bactria se proclamaron reyes independientes y, con el tiempo, imitarían a Alejandro y emprenderían la reconquista del noroeste de la India. En tiempos del notable rey Menandro (*ca.* 150-130 a.C), penetraron mucho más al este que Alejandro, conquistaron más territorios indios y llegaron al río Ganges. La escultura griega había comenzado a influir en las nuevas representaciones plásticas indias de Buda: el propio Menandro, hombre increíblemente apuesto, sería recordado en la tradición del budismo, y tal vez incluso

llegara a convertirse a esta religión.

Como ocurriera con Egipto, los autores griegos que hablaron de la India describieron un mundo extraño básicamente en los términos de las costumbres, los mitos y las leyes que conocían en sus patrias. Más que de imperialismo, cabría hablar de una profunda creencia, implícita en Homero, de que, en general, todos esos pueblos se parecían bastante a los griegos. Los helenos no los persiguieron ni intentaron «hacer una limpieza» por considerarlos seres inferiores. A comienzos de 323 a.C. se presentaron ante Alejandro varias embajadas en Babilonia, entre las cuales había, según se dice, una legación de Roma. Sin embargo, parece que los historiadores de la corte de Alejandro pasaron por alto la visita de aquellos romanos. Siempre que Roma fuera estudiada por los autores griegos de esta época, sería vista generalmente como una «ciudad griega», un punto de contacto más de los griegos a lo largo de la costa occidental de Italia.<sup>[226]</sup> Por lo tanto, puede que el pueblo más importante del futuro fuera investigado por los primeros seguidores de Alejandro, pero fue el menos comprendido.

# Capítulo 26

## LA EXPANSIÓN DE ROMA

Lucio Veracio era un hombre desalmado y de una brutalidad inmensa. Para divertirse tenía por costumbre golpear el rostro de los hombres libres con la palma de la mano. Solía llevar tras él un esclavo con una bolsa llena de ases [moneda de poco valor] y, cuando abofeteaba a alguien, ordenaba que dieran inmediatamente al injuriado veinticinco ases, como disponen las Doce Tablas. Por eso los pretores decidieron luego que esta norma debía ser abandonada e invalidada, y anunciaron por medio de un edicto que nombrarían unos asesores que tasarán el valor de las injurias.

FAVORINO (ca. 120-150 d.C), en Aulo Gelio, *Noches Áticas* 20.1.13, sobre un cambio introducido en el primitivo código de leyes de Roma

Dejamos Roma en 451 a.C. en el momento de la aprobación de sus primeras leyes, las Doce Tablas, y nos fijamos en ella principalmente en el contexto de sus vecinos, los etruscos y los griegos de Occidente. El lugar en el que se asienta Roma hacía mucho tiempo que estaba habitado, pero, como era habitual en muchas ciudades del mundo de lengua griega, la Roma del siglo V a.C. hacía remontar sus orígenes a un héroe fundador. En realidad, recordaba a un fundador y a un visitante, y ambos héroes estaban en marcado contraste. Uno era Rómulo, que, según se creía, había sido primero amamantado por una loba y luego había sido criado por la esposa de un simple pastor. Como «rey del pasado y del futuro», empezó siendo un proscrito, rasgo bastante frecuente en las leyendas de fundadores y caudillos de muchas sociedades. Más adelante, Rómulo mataría a su hermano Remo, detalle bastante menos habitual en las

leyendas.

Por otra parte, se creía que Roma había recibido la visita de un héroe errante, el troyano Eneas, que, tras el saqueo de Troya, llegó a Italia y fundó la vecina ciudad de Lavinio. Eneas era bien conocido en la poesía griega, empezando por Homero, pero su relación con Roma no la tenemos atestiguada antes de *ca.* 400 a.C. Por entonces este tipo de episodios estaban de moda en gran parte de Occidente. Las ciudades no griegas del sur de Italia y de Sicilia también aseguraban tener lazos similares con otros troyanos errantes. Aquella asociación con Troya constituía para los pueblos no griegos marginados una forma muy útil de entroncar con los respetados mitos del mundo griego. Para los romanos, la «asociación troyana» se desarrolló a partir del hijo de Eneas y resultaría muy útil cuando empezaran a tener tratos con los griegos de Grecia y de Asia.<sup>[227]</sup>

Leche de loba, exilio y fratricidio eran unos elementos muy poco habituales en una prosapia noble. Pero comportaban una cosa muy importante: una política de asilo excepcionalmente generosa. Se suponía que Rómulo había declarado que su nueva Roma era un centro de asilo para todo el mundo. En Atenas, los mitos y las tragedias presentaban también al héroe local Teseo como un rey amable con los extranjeros, pero en Roma esa amabilidad comportaba una disposición absolutamente desconocida en Atenas a conceder la ciudadanía a los forasteros. La ciudadanía era concedida incluso a los esclavos de los romanos cuando eran liberados formalmente por sus antiguos amos de condición ciudadana. La liberación de los esclavos se convirtió en una práctica frecuente en las casas romanas (no tanto en las explotaciones agrícolas), pero en

buena medida se debía a una razón bastante práctica. Muchos esclavos compraban su libertad y seguían pagando o ayudando a sus antiguos amos después de ser liberados. Para los amos, pues, resultaba más sensato liberar a sus esclavos al cabo de cierto tiempo, que quedarse con ellos como un bien perecedero. También resultaba beneficiada la comunidad: los hijos de los esclavos, una vez liberados, podían ser reclutados como soldados de las legiones romanas. Gracias a esta fuente tan abundante, los recursos humanos del ejército romano aumentaron hasta superar con mucho a los de los ejércitos de Atenas o Esparta, limitados legalmente a los individuos de condición ciudadana.

No obstante, el sistema tardaría en dar sus frutos. Desde la década de 450 (época en la que fueron publicadas las leyes de las Doce Tablas en Roma) hasta la de 350, es indudable que los romanos tuvieron que hacer frente a dificultades de todo tipo. Hubo constantes tensiones políticas entre la ciudadanía, se dieron años de malas cosechas, y muchos de sus vecinos del Lacio reanudaron las hostilidades con ellos. Las últimas décadas del siglo V fueron una época de migraciones generalizadas de otros pueblos de Italia, especialmente de los procedentes de los Apeninos, en el interior del país. Penetraron en las llanuras y en las tierras fértiles de la costa occidental de la península y bloquearon la expansión de Roma en esa dirección. Los más conocidos entre esos emigrantes son los samnitas del sur de Italia: sus guerreros a caballo eran honrados en sus tumbas con elegantes pinturas murales, que se han conservado en perfecto estado en la zona de Paestum.<sup>[228]</sup>

Durante un siglo aproximadamente, de 460 a 360 a.C. fueron menos de diez en total los años en los que Roma no

estuvo en guerra. El momento más sombrío tuvo lugar alrededor de 390 a.C. cuando los galos (procedentes en último término del sur de Francia) invadieron el sur de Italia y asolaron la propia Roma. Posteriormente se multiplicarían las leyendas en torno a este acontecimiento, pero fue lo bastante grave para que los griegos, entre ellos Aristóteles, se hicieran eco de él.<sup>[229]</sup> La anécdota más famosa cuenta que, durante una incursión de saqueo en la propia Roma, los galos fueron expulsados de la venerable colina del Capitolio cuando las ocas sagradas de la diosa Juno, espantadas, se pusieron a graznar en plena noche. El valeroso Manlio se dio cuenta y puso en fuga a los enemigos. En realidad, lo más probable es que los galos siguieran adelante con su saqueo sin que nadie los molestara. Los objetos sagrados de los cultos de Roma fueron escoltados para su salvaguardia a la vecina ciudad etrusca de Cere (la moderna Cerveteri) en compañía de las seis Vírgenes Vestales, las jóvenes servidoras de la diosa virgen romana Vesta (el Hogar). Fue esta retirada, no el episodio de las ocas, la que llegó a oídos de Aristóteles en Grecia. El día de la peor derrota de Roma por los galos, el 18 de julio, siguió siendo en el calendario romano una jornada nefasta en la que no se podía desarrollar ninguna actividad.

Después de esta crisis, un griego que visitó Roma hacia 370, precisamente en tiempos de Platón, encontraría que la ciudad era un lodazal informe. Más tarde los romanos explicarían la falta de planificación urbanística como consecuencia de la precipitada reconstrucción de la ciudad tras el saqueo de los galos. En realidad, era una característica endémica. A diferencia de Alejandría, Roma no fue planificada nunca por ningún rey o legislador. Antes bien,

evolució de manera irregular, tanto en el terreno de la política como en el de la arquitectura. La expulsión de los reyes a finales del siglo VI había dado lugar al inmediato establecimiento de la república y a la división de los poderes de los reyes entre los magistrados. Estos ocupaban su cargo durante un año y, según la mayoría de los historiadores, los más importantes eran los dos cónsules que gobernaban de manera colegiada. Según algunos, el consulado no estaba reservado formalmente a la nobleza de los patricios, pero al principio lo desempeñaron siempre patricios. Todo depende de cuánta confianza depositemos en los *fasti consulares*, las listas de los cónsules elaboradas posteriormente, pero aun así parece evidente que hubo períodos de irregularidad, sobre todo durante los ochenta años aproximadamente que siguieron a la aprobación de las leyes de las Doce Tablas. Con bastante frecuencia los cónsules no fueron dos.

Aparte del pequeño grupo de los ex cónsules, había muchos otros ciudadanos romanos a los que era preciso tener en cuenta, tanto en la urbe como en las zonas rurales de los alrededores. Políticamente, la posición de la mitad de ellos puede resumirse fácilmente. Como en el mundo griego, la mitad de la ciudad de Roma, es decir las mujeres, no podía votar ni desempeñar ningún cargo político. A diferencia de las atenienses, las romanas no podían ni siquiera ser sacerdotisas de los dioses, a excepción de las seis Vírgenes Vestales. Las mujeres de Roma estaban legalmente (lo mismo que sus hijos) en «poder» de su padre o de su abuelo mientras éstos vivían y, cuando morían, pasaban de inmediato (pero no así sus hijos) a estar bajo la tutela del pariente varón más próximo. Como quizá más de la mitad de las mujeres de veinte años (según un promedio bastante

probable) ya no tenían padres ni abuelos vivos, la mayoría de las mujeres adultas seguramente estuvieran bajo la tutela de alguien. Cuando se casaban, la forma más habitual de matrimonio hacía que, como los niños, pasaran a estar en «manos» de sus maridos. Pero incluso cuando estaban bajo la «tutela» de alguien, podían poseer y heredar bienes (aunque no pudieran disponer de ellos sin el consentimiento de su tutor). Cuando estaban casadas, podían heredar los bienes de su marido cuando éste moría, lo mismo que cualquiera de los hijos. Además, los maridos estaban la mayor parte del tiempo combatiendo fuera y las mujeres tenían autoridad en su casa y sobre sus hijos. Las formalidades legales excluían, al parecer, casi cualquier tipo de acción independiente de la mujer, pero las leyendas de los primeros tiempos de la República están llenas de anécdotas acerca de heroínas valientes o castas (reflejo acaso de la realidad doméstica, sobre todo entre la clase alta). Desde el punto de vista político, sin embargo, las mujeres eran irrelevantes en la escena pública.

En ese terreno los personajes más importantes eran los componentes de la pequeña minoría de varones que constituían el senado. Lo más probable es que los senadores actuaran como consejeros de los reyes de Roma y tras la expulsión de éstos, su consejo asesor sobreviviera convertido en el senado romano, un conjunto de individuos ilustres, muchos de los cuales habían sido magistrados. Podían asesorar a los titulares de los cargos públicos y resolver las disputas surgidas entre ellos. La cuestión fundamental era decidir si los individuos que no pertenecían a la nobleza debían ser admitidos en ese senado o no. Como en las ciudades griegas del siglo VII a.C. la cuestión fue

agudizándose cada vez más, hasta que en *ca.* 300 a.C. se acordó que los «mejores» serían seleccionados por sus méritos, no por su nacimiento. Al principio, los «mejores» seguirían siendo de todos modos los hombres de noble cuna. Cabe presumir que en un primer momento los senadores eran escogidos por los cónsules, pero hacia 310 a.C. aproximadamente esa selección pasó a ser el cometido de dos censores elegidos anualmente.

Aparte del senado, estaba el pueblo en general, los ciudadanos de que dependía la actividad militar de Roma. Había muchas razones para que no fuera posible intimidarlos ni fiarse de ellos, a diferencia de sus contemporáneos de la Macedonia de Filipo y Alejandro, la infantería de los «Compañeros del Rey». La primera huelga popular o secesión de Roma, acontecida en 494 a.C. no había sido olvidada por la plebe y nada impedía que pudiera volver a producirse: las deudas seguían manteniendo a los pobres férreamente atados a sus superiores, pero políticamente tenían espacio (aunque no demasiado) para maniobrar. Pues los ciudadanos se reunían en asambleas (entre ellas un «concilio de la plebe» al que los patricios no podían asistir). Formalmente al menos, todo varón adulto de condición ciudadana tenía un voto en esas reuniones, y la soberanía recaía en la mayoría de los ciudadanos reunidos en las asambleas que aprobaban las leyes. Lo que decidía la mayoría se convertía en ley, sin más controles sobre su legalidad ni su relación con los estatutos existentes; en este sentido, la asamblea de los romanos tenía incluso una capacidad mayor de legislar de manera instantánea que la asamblea de la Atenas democrática de la época. Sin embargo, las asambleas estaban organizadas como si su

principal objetivo fuera evitar la «tiranía» de la masa. La asamblea de las «tribus» (comicios tributos) se reunía sobre todo para aprobar leyes, y en 332 a.C. fue dividida en veintinueve «tribus» o distritos. El sistema de votación era de tipo representativo, y cuando una mayoría de las veintinueve tribus había votado de la misma manera, las demás no hacía falta ni siquiera que votaran. Los votos así depositados servían sólo para establecer la mayoría dentro de cada «bloque» tribal. Como los «bloques» eran de dimensiones muy distintas, era posible que quienes votaran en contra de una ley fueran mucho más numerosos que los que votaran a favor, pero la mayoría de los «bloques» hacía que la ley quedara aprobada de todas formas.

La otra gran asamblea, los «comicios centuriados», era especialmente importante porque en ella se elegía a la mayoría de los magistrados y se juzgaban determinados casos. Estos comicios estaban organizados de una manera todavía más astutamente calculada para impedir que la clase baja consiguiera la mayoría. Los que carecían de propiedades estaban agrupados en una sola centuria (de un total de 193) y, una vez más, muy pocas veces tendrían oportunidad de votar. Los ricos, incluido el orden de los caballeros, eran los primeros en votar y el voto mayoritario de sus centurias bastaba para alcanzar una mayoría. Los cambios que en adelante pudieran introducirse en este insólito sistema serían sólo de detalle.

Las asambleas de un tipo o de otro sólo podían ser convocadas y presididas por un magistrado. Nadie más podía hablar y hasta finales del siglo II a.C. los electores votaban a la vista de todo el mundo y, por lo tanto, podían ser intimidados por los «solicitantes de votos». Los comicios

tributos asignaban la mayoría de los bloques de votos a los individuos que vivían fuera de la ciudad, con la inevitable consecuencia, sin duda alguna buscada, de que sólo votaran los ciudadanos de fiar y los más ricos, que tuvieran capacidad de trasladarse a Roma. Estas asambleas eran organismos complejos y desde luego daban por supuesto que «el pueblo» era el soberano. Pero esa soberanía se hallaba tan sutilmente coartada que sólo unos pocos historiadores modernos insistirían en calificar este sistema de democrático, al margen del contexto social jerárquico (y de los astutos sobornos) dentro del cual se ejercía el derecho a voto.

Sin embargo, había ciertos visos de soberanía popular y de derechos del pueblo en todo este sistema. El «pueblo» elegía efectivamente a sus magistrados, entre otros a los tribunos que podían vetar las propuestas inaceptables presentadas en cualquier asamblea pública. Los tribunos no eran necesariamente de tendencias populares, pero tenían margen suficiente para serlo si se atrevían. Había además un hecho irrefutable: el senado no podía legislar. Podía aprobar propuestas informativas (consulta) y durante un tiempo pudo vetar y vetó de hecho cualquier medida que fuera a presentarse a una asamblea para ser convertida en ley. Pero los senadores no eran el «gobierno» ni ningún asunto público era confiado durante años a ningún órgano representativo de delegados o magistrados, elegido entre sus componentes. Como los romanos no habían adoptado una constitución elaborada por un legislador, somos nosotros los que buscamos una «constitución» romana en lo que sólo era un puñado de costumbres, tradiciones y precedentes en constante evolución. En el fondo del sistema que practicaban se hallaba una bestia bicéfala, como algunos

romanos dirían posteriormente: los venerables senadores y el pueblo (oficialmente) soberano.

Al principio, las tensiones fueron contenidas dentro de los límites de un ordenamiento social netamente estratificado. No obstante, las hubo y, en consecuencia, los años comprendidos entre mediados del siglo V y mediados del siglo IV han sido calificados por los historiadores —y con razón— como la época de la «lucha de los órdenes sociales» de Roma. La lucha no se desarrolló como un enfrentamiento extremo entre pobres y ricos: no hubo demandas por parte de los pobres de redistribución de la propiedad privada, como sucedió en algunas ciudades griegas de la vecina Sicilia por esa misma época. Se corre en todo momento el riesgo de dar crédito a ciertas tradiciones muy posteriores proyectadas de manera retroactiva a este período desde una época de crisis muy posterior y que constituyen fundamentalmente el principal tipo de testimonio que poseemos. No obstante, parece que la principal lucha por la posesión de la tierra se desarrolló sólo por las «tierras públicas» que eran anexionadas a través de la conquista a expensas de los vecinos de Roma. Los romanos ricos explotaban estas tierras, pero no eran estrictamente suyas. ¿Debía restringirse ese uso en beneficio de otros ciudadanos?

Una importancia más inmediata tuvieron las luchas desencadenadas en torno a las deudas y a los problemas de «libertad» con ellas relacionados. Lo que se exigía no era, como en el mundo griego, la abolición de las deudas existentes. Se trataba más bien de regular los modos en los que los deudores debían ser tratados y frenar el acoso al que eran sometidos los pobres por sus superiores desde el punto de vista social. Mucho más que en la Atenas democrática, la

«libertad» era valorada en Roma en sentido negativo, como «libertad frente a» todo tipo de interferencia. Entre los senadores, la libertad más preciada era la «libertad frente a» la monarquía o la tiranía, el gobierno de un solo hombre frente al cual había surgido la república romana. Entre el pueblo, la «libertad» más preciada era la «libertad frente al» acoso indiscriminado de individuos de rango superior como los senadores. Pero existía también un tenaz sentido de la «libertad de...» que tenían los ciudadanos romanos: libertad de legislar, libertad de juzgar los casos de traición, y libertad de elegir a los magistrados. Esas «libertades» se hallaban integradas en las asambleas existentes antes de que la república sucediera en el gobierno a los reyes.

Había posibilidad de luchar por todas esas cuestiones, pero el peligro más verosímil estaba en las iniciativas tomadas en el seno de la clase alta. Un romano ilustre podía separarse de su clase y, para imponer su dominio, apelar a la ayuda de los órdenes inferiores. Manlio, el héroe que se enfrentó a los galos, fue acusado de seguir esa táctica tiránica. Como la riqueza no permanecía estática en manos únicamente de unas pocas familias, se daban también tensiones en los niveles más altos de la sociedad por el reparto de los privilegios: entre las filas cada vez más nutridas de los ricos, ¿quién debía ser elegible para ocupar las magistraturas y entrar en el senado? Poco a poco, los nobles patricios fueron haciendo concesiones con el fin de mantener unida a la clase dirigente, pero no porque los pobres, como clase, se sublevaran contra ellos por este motivo.

Anteriormente los historiadores solían opinar que las luchas de Roma durante esta época no tuvieron nada que ver

con el mundo griego en general. En la actualidad, se insiste justamente en lo contrario, y por buenas razones. En efecto, se produjo una grave escasez de víveres que obligó a los romanos a buscarlos en el exterior y a enviar legados al sur de Italia y a la Sicilia griega. Hubo guerras contra los galos y otros pueblos emigrantes, pero en 396 a.C. los despojos de la victoria romana sobre la vecina ciudad de Veyes fueron enviados a Grecia y dedicados en Delfos: actuó como intermediaria Masilia (Marsella), una ciudad greco-occidental con la cual tenía Roma importantes contactos y que ya poseía su propio «tesoro» en el santuario de Apolo.<sup>[230]</sup> Hacia 340 se dice que el propio oráculo de Delfos fue consultado directamente por los romanos y que la respuesta del dios fue que erigieran estatuas de dos griegos famosos, el «más sabio» y el «mejor», en el espacio designado para celebrar sus reuniones públicas. El griego más sabio era Pitágoras (bien conocido en el sur de Italia y especialmente en Tarento), y el más valiente era Alcibíades, el aristócrata ateniense (conocido por sus actividades en Sicilia y en Turios, en el sur de la península).<sup>[231]</sup> En adelante, las efigies de aquellos dos griegos contemplarían, según se cuenta, el desarrollo de los asuntos públicos de Roma.

Durante la década de 320, las guerras de Alejandro y las de sus Diádocos no afectaron a los romanos, aunque probablemente enviaran una embajada al gran conquistador en Babilonia. Mucho más importantes fueron sus relaciones con Cartago. Desde finales del siglo VI se habían firmado una serie de tratados que regulaban el acceso de ambas potencias a las zonas de interés de una y de otra. Estos tratados demuestran que las «luchas» de los romanos no estaban tampoco al margen de los intereses en el norte de

África.<sup>[232]</sup>

Todos estos destinos fuera de su territorio (el sur de Italia, Sicilia, Cartago y Grecia propiamente dicha) atraerían a los ejércitos romanos en el transcurso de una sola generación, de 280 a 220 a.C. en una notabilísima explosión de actividad bélica. Pero el prelude fue también notable. Entre 360 y 280 los romanos resolvieron la mayor parte de sus tensiones políticas y llegaron a dominar a los latinos que los rodeaban. Extendieron también su poder al rico hinterland del golfo de Nápoles (a partir de 343) e incluso a la propia Nápoles (en 326). La derrota sufrida en las Horcas Caudinas (321 a.C.) como consecuencia de una emboscada de los samnitas no tardó en ser vengada (320 a.C.). En 295 los romanos se alzaron con la victoria en la importantísima batalla de Sentino, en Umbría, que vino a confirmar el incremento de su poder en el norte. La batalla es mencionada incluso por un remoto historiador griego, Duris de Samos.<sup>[233]</sup>

Todo este ir y venir de una punta a otra de Italia tuvo lugar durante los años en que vivió Ptolomeo el macedonio, el amigo de Alejandro y fundador de la dinastía real de Egipto que lleva su nombre. Es sumamente improbable que Ptolomeo mencionara ni siquiera a Roma en su historia de Alejandro: los grandes cerebros griegos de la Alejandría de su época se movían a unos niveles totalmente distintos de los de los romanos. La expansión de Roma fue obra de un pueblo que carecía de literatura y que aún no poseía un arte formal de la oratoria. En Roma, Homero era todavía desconocido y Aristóteles habría resultado absolutamente ininteligible. Las grandes artes de los griegos clásicos, el pensamiento, el dibujo y las votaciones democráticas, no

eran precisamente los talentos por los que destacaban los romanos. No obstante, a pesar de su sencillez y tosquedad, los romanos reformaron su ejército y abandonaron la táctica «hoplítica», según se dice entre 350 y 330 a.C. las décadas en las que la nobleza patricia hizo nuevas concesiones a los plebeyos.<sup>[234]</sup> Acabaron asimismo con la liga política de sus vecinos latinos y uno a uno fueron imponiendo a sus estados miembros distintos acuerdos.

Esta década (348-338 a.C.) tiene, por tanto, una importancia trascendental para la historia antigua. En Macedonia, el rey Filipo II, el padre de Alejandro, dio un nuevo equilibrio a su ejército y lo adiestró en un nuevo tipo de táctica. En Italia, también los romanos emprendieron una revolución militar. De ella surgieron tres grandes unidades de soldados de infantería dispuestos en una formación flexible y armados de espadas y pesadas lanzas arrojadas. Los dos tipos de ejército que salieron de aquellas reformas dominarían respectivamente Oriente y Occidente hasta que al fin se enfrentaran de forma decisiva en la primera década del siglo II a.C; la mayor flexibilidad de los romanos acabó imponiéndose, y la táctica empleada entonces se convertiría durante siglos en la columna vertebral de sus ejércitos, los mismos que conquistaron el mundo entero. En 338 a.C. año de importancia trascendental, Filipo derrotó a los atenienses y a sus aliados griegos imponiéndoles una «paz y una alianza» que marcó un límite decisivo a la libertad política de Grecia. Ese mismo año, Roma imponía una serie de acuerdos de larga duración a sus vecinos del Lacio. Hizo lo mismo en otros lugares de Italia, en las ciudades que fueron sometidos a una detrás de otra. Los distintos grados de ciudadanía que

concedió a aquellas poblaciones italianas tendrían también un largo e importante futuro. Se convirtieron en el modelo en el que se basarían posteriormente las relaciones de Roma con las ciudades de todo el Imperio de Occidente.

Aquellos años de lucha romana se desarrollaron fuera del ámbito de la política del mundo griego, pero los grandes temas de la justicia y el lujo ocuparían un lugar tan destacado en la vida pública de los romanos como el de la «libertad». En Roma, el antiguo marco de la justicia pública había sido relativamente sencillo. Era mucho lo que se dejaba a la iniciativa individual y a la actuación de la acusación particular, pero según las Doce Tablas (451 a.C), unos cuantos delitos de capital importancia, entre ellos el asesinato y el robo, podían ser juzgados también ante un magistrado.<sup>[235]</sup> En 367 a.C. se produjo un cambio importante con la introducción de una nueva magistratura. Además de los dos cónsules, se creó la figura del «pretor». A partir de ese momento los pretores romanos se convirtieron en los principales supervisores de la justicia. Los edictos que promulgaran mientras ocuparan el cargo tendrían un impacto decisivo sobre el derecho romano; los pretores no legislaban, pero concedían acciones legales a un número de casos civiles mucho más grande de los previstos por las Doce Tablas. Los pretores sucesivos asumían los edictos de sus predecesores, que fueron así aumentando por medio de añadidos constantes; los edictos llenaban las lagunas existentes en el derecho civil, dando lugar a la «equidad romana» del pensamiento jurídico posterior.

Dentro de este marco en expansión, la justicia romana se hallaba todavía fuertemente condicionada por las relaciones sociales y por las grandes discrepancias determinadas por la

clase social. En la década de 320 una de las mayores cargas que oprimían a los pobres, la esclavitud por deudas, se vio al fin sujeta a restricciones legales. Como tal, este tipo de esclavización no desapareció (como sucediera en Atenas a partir de las reformas de Solón de 594 a.C), pero en adelante cualquier acreedor romano sólo podría esclavizar al deudor que no pagara tras obtener una sentencia en ese sentido de un tribunal de justicia. Los ciudadanos, mientras tanto, disponían de un importante recurso contra el acoso físico y el empleo descarado de la fuerza por parte de sus superiores desde el punto de vista social. Dentro de Roma, podían «apelar» o pedir ayuda en virtud del famoso derecho de *provocatio*.<sup>[236]</sup> Este derecho había empezado siendo una petición informal de auxilio que cualquier ciudadano podía hacer al pueblo en general. Adquirió un nuevo valor cuando fueron instituidos los tribunos de la plebe en 494 a.C. Estos magistrados tenían derecho a interponer su persona entre un agresor y su víctima, si un ciudadano los «llamaba» en su auxilio dentro de la ciudad; los tribunos eran *sacrosancti* (inviolables) por juramento y no podían ser agredidos sin que el daño que se les infligiera fuera castigado. En ca. 300 a.C. la práctica de la apelación quedó ulteriormente formalizada por la ley. El hecho de que alguien ejecutara a un ciudadano que había pedido justicia pasó a considerarse un «delito infame». Sin embargo, en los testimonios que han llegado a nuestras manos no se prevé ningún castigo real para quien fuera lo bastante infame como para cometerlo, y tampoco se pusieron fuera de la ley las palizas ni otros tipos de agresiones.

Para el pueblo, este derecho de «petición de socorro» o apelación, constituía la piedra angular de la libertad. Para los

senadores, la «libertad» tenía otras connotaciones: igualdad entre los miembros de su grupo. Este ideal venía sustentado por una tradición muy fuerte de rechazo del lujo. Los grandes líderes romanos del pasado eran idealizados como simples agricultores, hombres como Cincinato (de donde deriva el nombre de la moderna ciudad de Cincinnati), que dejó durante un tiempo su arado para hacer las veces de dictador de Roma. Curio Dentato (cónsul en cuatro ocasiones y con tres triunfos en su haber) vivía sencillamente en una casita rústica y se cree que rechazó el oro que le ofrecían los samnitas (que también fueron idealizados como un pueblo duro y sencillo). La casita de Curio Dentato siguió siendo venerada y a las afueras de Roma había un «Prado» que conmemoraba a Cincinato.<sup>[237]</sup> También las romanas se suponía que se comportaban con modestia y en este terreno tampoco faltaban ejemplos que subrayaran esos valores, a la manera típica de Roma. Se contaban en todo momento leyendas acerca de la virgen Tarpeya, que se dejó seducir al ver los brazaletes de oro que lucían los sabinos, enemigos de Roma.<sup>[238]</sup> Se decía que en los primeros tiempos las matronas romanas tenían prohibido incluso beber vino. Cuando una romana intentó robar las llaves de la bodega, su marido la mató a garrotazos, y semejante leyenda pretendía servir de escarmiento para otras.

Este ideal de austeridad no excluía el empleo del trabajo de los esclavos por parte de los héroes ejemplares y sus sucesores. La mano de obra servil estaba al alcance de todo el mundo en Roma, pues los cautivos de guerra y los deudores que no pagaban eran esclavizados y podían ser adquiridos de inmediato para su uso por los romanos ricos. Como en Atenas, nunca hubo en Roma una «edad de oro»

antes de la esclavitud. La posesión de esclavos, pues, no era considerada un lujo desenfrenado; por el contrario, el lujo era atribuido a las ciudades italianas rivales situadas al sur de la esclavista Roma, donde se decía que ése era precisamente el motivo de su ruina. Según se afirmaba, las más decadentes eran Capua (cerca de Nápoles), ciudad de origen etrusco, y Tarento (la actual Taranto), hija desnaturalizada de su austera fundadora, la severa Esparta. El amor de estas ciudades por los perfumes, los baños y los adornos socavó, según la leyenda, su capacidad de resistencia y de tomar sabias decisiones políticas. De hecho, todas estas ciudades marcaron un hito importante en el avance de Roma hacia el sur de Italia. En 343, la llamada de auxilio enviada por Capua hizo que los soldados romanos entraran por primera vez en las fertilísimas tierras situadas a espaldas de Nápoles. En 284, el ataque de los romanos contra Tarento supuso en último término la confirmación del poder de Roma entre las ciudades griegas del sur de Italia.

A lo largo de este avance por Italia, el poder de los romanos no dejó de resultar atractivo para las clases altas de las ciudades que iban encontrando a su paso. Los miembros de la clase alta, temerosos de sus propios inferiores, estaban mucho más dispuestos a asociarse con las autoridades conservadoras aparentemente sanas de Roma. En 343 la nobleza de Capua se echó en brazos de Roma tras optar por la rendición voluntaria (o *deditio*).<sup>[239]</sup> Los soldados romanos entraron en la ciudad y al año siguiente el estallido del descontento entre las tropas de ocupación romanas se achacó al lujo «corruptor» y a la «molicie» de Capua. En realidad, es probable que el descontento también tuviera raíces políticas. Dio lugar a la aprobación en Roma de

nuevas concesiones a la plebe por parte de sus superiores: una buena razón para hacer esas concesiones era que los plebeyos eran necesarios como soldados.

En la década de 280 nuevas rivalidades locales llevaron a Roma todavía más al sur de la península. En esta región, las ciudades griegas de dimensiones considerables y con distinción cultural seguían considerándose «Magna Grecia», pero se habían visto acosadas en todo momento por pueblos bárbaros (no griegos) y por profundas rivalidades entre ellas. Roma no dudó en aceptar la solicitud de ayuda enviada por la lejana Turios, el antiguo refugio de Heródoto y además la ciudad fundada por los atenienses de Pericles. El enemigo inmediato de Turios era un pueblo no griego, los lucanos, pero la amistad con Turios comportaba tradicionalmente la hostilidad de otra ciudad griega, Tarento, situada un poco más al norte. Tarento, antigua fundación espartana, era por entonces una democracia rica y culta.

Al ponerse de parte de Turios, Roma se puso en contra de Tarento y luego justificó su actitud con una campaña concertada de supuestas razones históricas. Cuando los enviados romanos llegaron a Tarento se dice que fueron ridiculizados en la asamblea celebrada en el teatro de la ciudad. Los consejeros se burlaron de los embajadores romanos cada vez que alguno cometía algún error al expresarse en griego, y un ciudadano llamado Filónides llegó incluso, según se dice, a ensuciar con sus excrementos la toga del jefe de la legación.<sup>[240]</sup> Los tarentinos consideraban a los romanos unos provocadores y unos delincuentes. Algunos barcos romanos habían infringido un acuerdo alcanzado previamente en virtud del cual no podían navegar más allá de un punto determinado de la costa del sudeste de

Italia. Y es que aquella zona de la península de lengua griega tenía a sus espaldas una larga historia diplomática. Cincuenta años antes del incidente de los romanos, Tarento había pedido al cuñado de Alejandro Magno que la ayudara en un conflicto local (*ca.* 334-331 a.C), y puede que el acuerdo costero en cuestión se remontara a aquella breve intervención.<sup>[241]</sup>

Pues bien, Roma apeló al «ultraje» de los tarentinos y atacó la ciudad. La intervención armada en el sur requería soldados bien dispuestos y, una vez más, vemos que poco antes se hicieron en Roma importantes concesiones políticas a la plebe, a la que pertenecían los soldados. Inmediatamente antes de la intervención a favor de Tunos, se aprobó que las decisiones del concilio de la plebe fueran vinculantes para todo el pueblo romano, incluida la nobleza. Además, los senadores ya no podrían vetar las decisiones de los comicios antes de que se acordara su adopción.

Esta norma trascendental para el futuro, la Ley Hortensia, fue aprobada en un ambiente de constante resentimiento por parte de los deudores y lo más probable es que no pareciera una concesión excesivamente peligrosa a ojos de la clase gobernante de la época. Desde la década de 340 las magistraturas de Roma habían ido abriéndose progresivamente a los individuos no pertenecientes a la nobleza, y de ese modo se había formado una clase más amplia de ex magistrados. Cuando esos mismos ex magistrados fueron hechos senadores, se formó una clase gobernante de mentalidad homogénea constituida por los nobles y los advenedizos acaudalados. A juicio de esa clase, no había demasiado peligro en dar forma de ley a las decisiones «populares». Los comicios «tributos» que las

aprobaban se caracterizaban por un notable desequilibrio que perjudicaba a la mayoría formada por los pobres de la ciudad. Se reunían sólo cuando los convocaban los magistrados, y votaban únicamente cuando se proponía algo a su consideración. Y los magistrados eran por lo general hombres de confianza pertenecientes a la clase gobernante.

Debidamente espoleados, no obstante, los soldados romanos combatirían de forma decisiva contra la antigua y civilizada Tarento. La aliada del pueblo romano, la ciudad «ateniense» de Turios, ya no era una democracia, mientras que sus enemigos, los tarentinos de origen «espartano», sí que eran por aquel entonces una democracia. Volvió a salir a la palestra la vieja rivalidad de Esparta y Atenas, pero esta vez lo haría en presencia de los romanos, y los soldados de Roma serían la fuerza militar decisiva.

# Capítulo 27

## LA PAZ DE LOS DIOSES

Cuando el legado llega a la frontera del país al que se presenta una reclamación, se cubre la cabeza con el filum (es un velo de lana) y dice: «Escucha, Júpiter; escuchad, fronteras de... ( nombra al pueblo a que pertenecen); que escuche el derecho sagrado. Yo soy el representante oficial del pueblo romano; traigo una misión ajustada al derecho humano y sagrado, que se dé fe a mis palabras». A continuación expone las reclamaciones. Pone luego a Júpiter por testigo: «Si yo reclamo, en contra del derecho humano y sagrado, que esos hombres y esas cosas se me entreguen como propiedad del pueblo romano, no permitas que jamás vuelva yo a mi patria». Recita esta fórmula cuando cruza la frontera, la repite al primer hombre que encuentra, la repite al entrar en la puerta de la población, la repite cuando está dentro del foro, cambiando algunas palabras de la invocación y del texto del juramento. Si no le son entregados los que reclama en el transcurso de treinta y tres días (pues ésa es la cifra consagrada), declara la guerra con estas palabras: «Escucha, Júpiter, y tú, Jano Quirino, y todos los dioses del cielo, y vosotros, dioses de la tierra, y vosotros, dioses de los infiernos, escuchad; yo os pongo por testigos de que tal pueblo ( nombra al que sea) es injusto y no satisface lo que es de derecho. Pero sobre esto consultaremos a los ancianos en mi patria, a ver de qué modo vamos a hacer valer nuestro derecho».

LIVIO 1.32.6, sobre el primitivo ritual que seguían los romanos para declarar la guerra

Los contactos cada vez más estrechos de los romanos con el mundo griego no serían un simple encuentro de mentalidades. Los romanos consideraban a los griegos esencialmente frívolos, gentes aficionadas a hablar demasiado y a pasarse de listos. Eran falsos y bastante poco de fiar en materia de dinero, sobre todo cuando se trataba de sus propios fondos públicos. Entre los griegos, los varones

libres de condición ciudadana mantenían relaciones sexuales unos con otros; los varones romanos se suponía que sólo mantenían ese tipo de relaciones con esclavos y con individuos de rango inferior no romanos. Los griegos se ejercitaban y competían desnudos en los juegos atléticos. Las túnicas de los griegos dejaban el cuerpo libre, mientras que los romanos iban envueltos en sus solemnes togas, que impedían bastante el movimiento. Los banquetes o *symposia* de los griegos eran también muy distintos. Los romanos daban cenas en las que la comida era el elemento fundamental y en ellas participaban las mujeres libres de nacimiento, incluidas las casadas. En las fiestas que celebraban los griegos las únicas mujeres que asistían eran esclavas y de lo que se trataba era de beber vino después de cenar: los asistentes eran todos varones libres, y la práctica del sexo era una posibilidad, ya fuera con una esclava o entre ellos mismos. Durante el siglo III a.C. se acuñó en latín una nueva palabra, *pergraecari*, «comportarse totalmente como los griegos», refiriéndose al jolgorio y al desenfreno a los que invitaban las fiestas de bebedores típicas de los helenos. La conversación de los romanos era prosaica y fría: «Recitar versos griegos era para un romano semejante al hecho de contar chistes verdes».<sup>[242]</sup>

Los griegos amaban la belleza y (excepto los espartanos) la inteligencia. Les encantaba también algo que habían inventado ellos, los famosos. Ninguna de esas características era típica de los antepasados de los romanos. Éstos eran partidarios de la «formalidad» firme y seria, la *gravitas*, que Cicerón consideraba una virtud propiamente romana.<sup>[243]</sup> Cuando el tradicionalista Catón escribió su historia de los orígenes de Italia, mostró una actitud tan contraria a los

famosos que omitió los nombres de todos sus grandes protagonistas. La primera valoración extensa de las costumbres romanas escritas por un visitante griego que se nos ha conservado, la obra del historiador Polibio (activo hacia 150 a.C), subraya la solemnidad de dos costumbres características de los romanos. En los funerales de los hombres ilustres, el cadáver era conducido al Foro y se pronunciaba un hermoso discurso conmemorativo en presencia de una multitud emocionada. Los familiares llevaban además las máscaras funerarias de los parientes muertos, fabricadas de cera; dichas máscaras, que guardaban un parecido asombroso con el original, eran colocadas sobre los vestidos de gala o bien eran portadas por actores. Eran un privilegio concedido a los individuos que habían desempeñado alguna alta magistratura y se habían hecho «conocidos» de todos, esto es *nobiles* (de donde nuestro término «nobles»). La multitud contemplaba asombrada el esplendor de aquellas procesiones familiares, y tras la ceremonia se añadía la máscara de cera del difunto a la de los demás, que eran guardadas en la sala principal del domicilio familiar. A juicio de Polibio, estos actos eran un modo de espolear a los miembros más jóvenes de la familia a emular la gloria de sus antepasados.<sup>[244]</sup>

El otro rasgo característico, siempre en opinión del citado autor, era la religión romana. Era mucho más elaborada y tenía más importancia en la vida pública y privada que en cualquier otra sociedad. Polibio pensaba que las clases altas de Roma le habían dado tanta relevancia con el fin de aterrorizar a las clases humildes por medio del temor religioso. La nobleza romana no habría visto la religión de ese modo. Para ellos, los ritos religiosos servían

para honrar y aplacar a los dioses, y tenían por objeto preservar la importantísima «paz de los dioses» y evitar la cólera divina. Eran conservados como la tradición probada de sus antepasados, una tradición que había funcionado a lo largo de los siglos y que no podía ser abandonada así como así. Mantenía a salvo a Roma y a los romanos. Aquella tradición ancestral tenía «autoridad», un elemento de la religiosidad romana que, según algunos, sigue vivo en la «autoridad» que posee la tradición en la Iglesia Católica Romana.

La religión griega estaba llena de cuentos o «mitos» acerca de los dioses, pero los mitos de los romanos habían sido poquísimos durante sus primeros siglos de historia. El arte, especialmente la escultura, había dado forma a las ideas que tenían los griegos de sus dioses sobrehumanos, pero el erudito romano Varrón calculaba que no habían existido estatuas de los dioses de Roma hasta *ca.* 570 a.C. No obstante, muchos de los principios básicos de la religión romana eran análogos a los de la griega. Al igual que los griegos, los romanos eran politeístas y adoraban a numerosos dioses. Las divinidades importantes tenían nombres latinos (Júpiter, Juno, Marte o Minerva), pero podían ser identificadas bastante fácilmente con las griegas (Zeus, Hera, Ares o Atenea). Había además muchos otros dioses, como si todo aquello que pudiera salir mal tuviera un poder divino que lo explicara: las plagas de las cosechas (Robrígine, el añublo), o el acto de abrir y cerrar las puertas (Jano, en sus diversos aspectos). Pero tras los grandes dioses de la literatura griega podemos encontrar divinidades familiares parecidas en los calendarios locales de los *demos* o aldeas del Ática clásica.

Como en cualquier ciudad griega, el principal objetivo de un culto religioso era contribuir al buen éxito de los asuntos mundanos, no librar a los ciudadanos del pecado. Las ideas que tenían los romanos de la vida futura eran tan sombrías y espectrales como las de los griegos, que posteriormente añadieron a las suyas. La finalidad del culto religioso era honrar y aplacar a los dioses, y se llevaba a cabo por medio de libaciones y ofrendas de animales y primicias en altares rústicos. En el magnífico poema de Virgilio acerca de la vida en el campo, las *Geórgicas*, podemos apreciar cuál era la ofrenda más sencilla, una guirnalda de «amelo» sobre un altar de césped.<sup>[245]</sup> Lo mismo que en Grecia, el principal acto de culto público era la matanza de un animal, cuya carne se comía después en parte. Asistían al acto sacerdotes, pero en Roma éstos eran casi siempre hombres que, de manera distintiva, llevaban la cabeza cubierta con un velo durante la ceremonia. También lo mismo que en Grecia, se cultivaba activamente un arte de la adivinación cuya finalidad era descubrir la voluntad de los dioses. Las vísceras de los animales sacrificados, el vuelo de los pájaros, los prodigios y los portentos eran estudiados atentamente. En Roma, dichas artes se caracterizaban por unas técnicas especiales, consecuencia del legado etrusco recibido por la cultura romana. En las campañas militares o antes de la celebración de una asamblea pública, el magistrado que presidía el acto «tomaba los auspicios», es decir, buscaba algún indicio de los deseos de los dioses, y se consultaba asimismo a un sacerdote llamado augur. A los romanos les preocupaban particularmente los «prodigios», las cosas o acontecimientos raros que pudieran parecer signos de comunicación de los dioses. Un prodigio podía ser un niño que naciera con alguna deformidad, un topo

(supuestamente) provisto de dientes, o una aparente lluvia de sangre. Había siempre adivinos y sacerdotes encargados de registrar e interpretar los prodigios.

La adivinación, pues, era particularmente elaborada en Roma y los malos augurios podían ser utilizados incluso para interrumpir una asamblea pública. Durante sus andanzas por Italia a lo largo de los siglos IV y III a.C. los generales romanos prestarían mucha atención a cualquier signo enviado por los dioses para averiguar si sus relaciones con ellos eran buenas o no. Cuando conocieron las teorías filosóficas griegas, algunos romanos empezaron a reflexionar sobre la validez de esta pseudociencia: hubo muy pocos escépticos, entre ellos Cicerón, pero incluso él se sintió encantado de que lo eligieran augur y de respetar la tradición, por mucho que la mitad racional de su personalidad supiera que la adivinación era falsa. Todos los romanos ilustres, Sila, Pompeyo o Augusto, vivieron siempre con la idea de la presencia potencial de los dioses. Durante las décadas de 50 y 40 a.C. la carrera de Julio César se vio salpicada de prodigios, animales que se escapaban cuando estaban a punto de ser sacrificados (dos veces en el curso de la guerra civil, en 49 y 48 a.C), y animales cuyas vísceras tenían defectos (en España en 45, y en febrero de 44, un mes antes de su asesinato). Él reinterpretó estas señales de modo que le permitieran levantar los ánimos de sus tropas, pero nunca dudó de que fueran algún tipo de señal.

Prodigios y portentos eran un aviso de la mala voluntad de los dioses; el calendario público de cultos tenía por objeto evitar el mal y fomentar la seguridad, la fertilidad y la prosperidad. Como en la Atenas clásica, la religión personal

de un individuo carecía de importancia para los ritos públicos: éstos, en cambio, aseguraban el bienestar de cada romano en cuanto miembro de la comunidad. Una vez más al igual que en Grecia, no había libros ni escrituras sagradas: el «derecho» de los dioses o *ius divinum* era transmitido principalmente a través de la tradición oral. Había sacerdotes que asistían a los grandes rituales y que, en opinión de los griegos, estaban organizados en «colegios» curiosamente especializados. Las principales oficiantes de género femenino eran las seis Vírgenes Vestales, dedicadas al culto de Vesta, la diosa del Hogar, a la que servían durante muchos años permaneciendo vírgenes (aunque al final tenían libertad para abandonar el templo y contraer matrimonio). Como en las ciudades griegas, las fiestas de Roma incluían procesiones o *pompae* (de ahí las «pompas» de Satanás de que hablan los cristianos) y elaboradas oraciones e himnos. El respeto de los romanos por la tradición suponía que si un sacerdote cometía un error mientras recitaba una oración tradicional, el rito quedaba invalidado y tenía que ser repetido desde el principio.

Al igual que en Grecia, existía al mismo tiempo una cultura del voto personal que se hacía a un dios con la esperanza de obtener un favor o en agradecimiento por los beneficios recibidos. A diferencia de los griegos, los romanos escogían a veces como objeto de la ofrenda a seres humanos. Un general podía hacer «voto» de ofrendar a sus enemigos a los dioses del infierno (este rito fue utilizado en el sitio de Cartago en 146 a.C). En raras ocasiones podía hacer voto de ofrendarse a sí mismo en el campo de batalla por el bien de sus soldados. Se contaban leyendas acerca de tres individuos que habían hecho un voto de este estilo, Decio Mure y dos

descendientes suyos, todos en el siglo III a.C. Más tarde, se contaba que habían dado permiso a un soldado raso para que los sustituyera.<sup>[246]</sup>

En sus casas y sus fincas rústicas, las familias también rendían cultos religiosos a otras «divinidades menores», a los dioses de los cruces de caminos o de las fronteras o a los dioses de la despensa de la casa (los *penates*); el todopoderoso padre de familia era el encargado de ejecutar los ritos. En público y en la intimidad del hogar, había además ritos en honor de los muertos y de sus espectros invisibles. Ninguno de estos cultos habría sorprendido a los griegos y, con el paso del tiempo, la religión romana adquiriría una impronta griega cada vez más profunda. En efecto, su evolución refleja las mismas influencias sobre la ciudad que hemos rastreado desde el siglo VII a.C: la época de los reyes, incluidos los reyes etruscos; la instauración de la República; el papel de la plebe o gente sencilla; y los contactos cada vez mayores con el mundo griego, concretamente con las ciudades griegas de Italia y de Sicilia. El templo más importante de Roma, el de Júpiter Capitolino, databa de los últimos tiempos de la monarquía. A diferencia de los últimos tiranos de Atenas y su templo de Zeus, los reyes de Roma habían terminado efectivamente su construcción. En 496 a.C. ya abolida la monarquía, se fundó un importante templo de los dioses agrarios Ceres, Líber (Baco) y Libera: este culto estaba influido indudablemente por los que recibían Deméter y Dioniso en las ciudades griegas de Italia. El nuevo templo fue adoptado por la plebe como centro religioso.

No hubo, pues, época alguna en la que los cultos romanos permanecieran estáticos. Las cosas cambiaban,

surgían nuevos templos y, en momentos de crisis, un nuevo culto podía ser confirmado por los Libros Sibilinos, otra importación «foránea» de carácter oracular. Esta colección de oráculos originarios de Grecia había llegado a Roma, según la tradición, en tiempos de los reyes etruscos. Pero junto a estos añadidos de la tradición, el calendario de fiestas anuales de los romanos siguió evidentemente enraizado en el año militar y agrícola, incluso cuando los meses habían dejado de coincidir con las estaciones en las que se basaban. En marzo, era venerado especialmente el dios de la guerra y de la juventud, Marte, pues era el mes en el que daba comienzo el año militar. Un rito característico del mes de marzo consistía en la larguísima danza ejecutada por doce jóvenes pertenecientes a la nobleza patricia, escogidos entre aquellos cuyos padres estuvieran vivos, los Salios o sacerdotes bailarines. Llevaban un traje característico, consistente en un manto rojo y un casco cónico, y recorrían la ciudad bailando a través de una ruta tradicional, con unos antiguos escudos de bronce que, según se decía, habían sido modelados a partir de un original caído del cielo. Cada noche, se detenían en una casa determinada en la que se les ofrecía una suntuosa cena. Todo el ritual duraba más de tres semanas.

El 14 de marzo se celebraba en Roma una espléndida carrera de caballos en el Campo de Marte, y en contrapartida se celebraba otra en octubre, el mes en el que los soldados limpiaban sus armas y las guardaban para el invierno. El 15 de octubre tenía lugar una carrera de carros en el Campo de Marte y uno de los caballos ganadores (el de la izquierda del carro) era ofrecido en sacrificio al dios. Se cortaba la cola del animal, que era llevada a toda prisa a la

Regia o Casa Real, situada en el Foro, para que la sangre goteara sobre las sagradas cenizas del hogar. El 21 de abril siguiente, las cenizas teñidas de sangre se mezclaban con las cenizas de unos fetos de ternero, y unas y otras eran arrojadas a las hogueras ceremoniales de otras fiestas, las Pariles. Por otro lado, también se cortaba la cabeza del caballo: dos de los barrios más importantes de la ciudad competían por hacerse con ella, antes de que la colgaran (según parece) en el exterior de la Regia, en el Foro.<sup>[247]</sup>

Este rito del Caballo de Octubre tenía que ver con la guerra y con la fertilidad de los campos, según los exegetas romanos. No obstante, es muy probable que chocara a muchos griegos, que sin duda debían de considerarlo una barbaridad. También habrían encontrado sorprendentes unas fiestas celebradas a mediados de febrero, las Lupercales, en las que dos equipos de jóvenes se enfrentaban en la cueva Lupercal, en el Palatino, asociada con la loba que había amamantado a Rómulo y Remo. Sacrificaban una cabra y un perro y se untaban la frente con su sangre. Comían y bebían abundantemente en la cueva y a continuación salían corriendo medio desnudos, cubiertos sólo con una piel de cabra, siguiendo un viejo itinerario a lo largo del Palatino. Golpeaban a todo el que veían con la piel de cabra, en un rito que supuestamente favorecía la fertilidad. No obstante, se conservó durante siglos, haciéndose especialmente famoso gracias a Marco Antonio un mes antes del asesinato de César; curiosamente siguieron celebrándose en la Roma cristiana hasta el año 494 d.C, cuando el papa sustituyó la fiesta por la solemnidad de la Purificación de la Virgen.

En el calendario público había muchísimas fiestas como

éstas: fiestas en honor de los difuntos en el mes de febrero (las Parentales, especialmente dedicadas a los difuntos más ancianos), o los «carnavales» de diciembre, las Saturnales, durante las cuales los papeles sociales eran invertidos durante un breve espacio de tiempo, de modo que los dueños de los esclavos servían a sus criados en su propia casa. En las ciudades griegas había también fiestas de este estilo, del mismo modo que había fiestas de liberación y de diversión. En Roma, las principales fiestas de este estilo eran las de Flora, en el mes de abril. El último día de los juegos que las acompañaban, se soltaban por las calles cabras y liebres, animales cargados de fuertes connotaciones sexuales. El sexo y la fertilidad formaban parte de las referencias del rito, y en tiempos de Julio César se ponían incluso en escena espectáculos de *striptease* en los teatros de la ciudad.<sup>[248]</sup>

El tradicionalismo era ante todo la imagen de sí misma que daba la religión pública romana, pero la fiesta de Flora es, no obstante, una prueba del alcance que tenían los añadidos e innovaciones. En esta fiesta no se incluyó una semana de juegos hasta 238 a.C. durante un período de hambruna: la celebración del certamen fue confirmada por los Libros Sibilinos. Estos libros contenían una serie de oráculos griegos en verso, supuestamente pronunciados por una profetisa, la Sibila, y eran guardados por una delegación de quince respetables ciudadanos romanos. Las profecías eran a todas luces de origen griego, pero confirieron una sanción divina a aquella innovación religiosa romana. En 399 a.C. habían inducido a adoptar una modalidad de «banquete celeste», conocido en el mundo griego, para el cual se disponían en lechos unas cuantas estatuas de los dioses, como si fueran a celebrar un festín. Durante la

primera década del siglo III, como consecuencia de una hambruna, apoyaron la introducción en Roma de Esculapio, el dios griego de las curaciones. En tiempos de crisis, pues, los libros tendían a introducir nuevos cultos griegos al núcleo duro de la tradición romana.

Las guerras, naturalmente, se hallaban bajo la tutela de los dioses y los romanos las trataban de dos maneras distintas, cuando acababan y cuando comenzaban. Con permiso del senado, podía concederse al general victorioso la celebración de un «triumfo», en el transcurso del cual se le permitía excepcionalmente entrar en el pomerio (el recinto sagrado de la ciudad) y en la propia Roma al frente de sus tropas y del botín conquistado. Llevaba la cara pintada de rojo durante toda la jornada, como Júpiter Capitolino; en la mano portaba un cetro e iba vestido de manera especial. Se permitía a los soldados gritarle obscenidades y hacer comentarios groseros acerca de su persona, mientras que a su lado (según se dice) iba un esclavo que le susurraba al oído: «Recuerda que sólo eres un hombre». La ceremonia venía a transgredir los límites sociales normales en un solo día de «fiesta»: durante el «minuto de gloria» que se le concedía, el triunfador era como un dios (o, según algunos, como un rey). Subía al Capitolio y depositaba su corona de laurel en el regazo de Júpiter. Su nombre era introducido entonces con todos los honores en los anales públicos. Los generales que marcharon sobre Tarento seguramente tendrían la esperanza de obtener un triunfo. Creían además que su guerra estaba «justificada». Pue^un miembro del colegio sacerdotal de los feciales debía de haberla declarado previamente de conformidad con unos ritos que, según se creía, se remontaban a mediados del siglo VII a.C. Los

romanos, como demostraba el rito, no luchaban sino «en defensa propia»: tradicionalmente los feciales enviaban a un legado para que arrojara una lanza al territorio enemigo. Se cuenta que en Tarento fueron infligidas suficientes «injurias» a la tradición romana como para «justificar» una actuación en defensa propia. Cuando Tarento recibió la ayuda de Pirro, rey de Epiro, en Grecia, este territorio se hallaba demasiado lejos para que pudiera enviarse un legado a arrojar la lanza en él. Por consiguiente, se cuenta que se obligó a un cautivo de esa nacionalidad a comprar un campo en Roma para que los sacerdotes pudieran declarar una «guerra justa» a ese territorio vecino.<sup>[249]</sup>

En el mundo griego, la preocupación por la guerra «justificada» había sido habitual desde hacía mucho tiempo, tanto entre los espartanos, como por parte de Alejandro Magno o del filósofo Aristóteles. Los romanos no fueron los inventores de la doctrina de la guerra justa: eran simplemente más escrupulosos y ceremoniosos al respecto. Según la publicidad que propagaban, sus éxitos en la guerra venían a confirmar que los dioses estaban efectivamente de su lado. No tardarían en afirmar eso mismo ante las ciudades griegas que encontraron a su paso. Pero primero los dioses tenían que ocuparse de la justa oposición presentada por Tarento.

# Capítulo 28

## LIBERACIÓN EN EL SUR

Después de esto, enviáronse legados a Pirro a tratar de los cautivos, siendo uno de aquellos Gayo Fabricio... Tratóle Pirro con la mayor consideración y procuró atraerle a que tomase una cantidad de oro... Rehusóla Fabricio... Mas al día siguiente, queriendo dar un susto a Fabricio, que no había visto nunca un elefante, dio orden de que cuando estuvieran los dos en conversación hicieran que de repente se apareciera por la espalda el mayor de ellos, corriendo la cortina. Hízose así, y dada la señal, se corrió la cortina; el elefante, levantando la trompa, la llevó encima de la cabeza de Fabricio, dando una especie de alarido agudo y terrible. Volvióse éste con sosiego, y sonriéndose, dijo a Pirro: «Ni ayer me movió tu oro, ni hoy tu elefante».

PLUTARCO, *Vida de Pirro* 20

El ataque de Roma a la ciudad-estado de Tarento supuso un auténtico hito en el terreno militar. Para defenderse, los ciudadanos de Tarento intentaron buscar ayuda al otro lado del mar Adriático por tercera vez en su historia reciente y se la pidieron a un aventurero griego. A finales de la década de 330 habían recurrido al cuñado de Alejandro Magno en busca de socorro, y en 302 se habían dirigido a un rey de Esparta amante de los grandes riesgos. En esta ocasión apelaron el rey Pirro de Epiro, región situada al noroeste de Grecia. En la primavera de 280 Pirro se trasladó al sur de Italia e hizo que los romanos tuvieran que enfrentarse por primera vez a unas tropas adiestradas en la táctica con la que Alejandro Magno había conquistado el mundo. Trajo además consigo otra de las novedades de Alejandro: los elefantes de guerra. Ningún italiano había visto hasta entonces un elefante. La manada de Pirro estaba

compuesta por ejemplares «indios» de verdad, descendientes directos de los animales de Alejandro, adquiridos en Macedonia.

A través de Tarento —hija de Esparta—, Roma y el mundo helenístico se enfrentaron cara a cara. Pero Pirro suponía también una especie de salto atrás; sería el último gran rival de los héroes de Homero que conociera la historia de Grecia. Como Alejandro, se comparaba con Aquiles, su antepasado, y se dispuso a participar en una nueva guerra de Troya contra los romanos, «descendientes de los troyanos». Pirro resplandecía en la primera línea de combate con su armadura de plata y su casco rematado por una corona (la armadura de plata sería copiada posteriormente, ya en el siglo XV, como alusión clásica, por el gran guerrero del Renacimiento italiano, el duque de Urbino). Le gustaban los combates singulares y afirmaba que en una ocasión, de un solo tajo, había partido en dos a un salvaje mercenario mamertino. Pero Pirro no era sólo un bruto. Escribió un tratado de estrategia y un libro de memorias, y posteriormente sería admirado por su habilidad en la guerra de asedio y en la diplomacia. Hoy día, se recuerda al general cartaginés Aníbal como el militar más famoso por el uso de elefantes de guerra. En realidad, Pirro los utilizó en muchos más lugares, empezando por Italia, a lo largo de toda su carrera. En Occidente sería él, y no Aníbal, el verdadero «rey de los elefantes».

Cuando Pirro llegó a Italia en 280 a.C. tenía ya treinta y nueve años, es decir siete más de los que tenía Alejandro cuando murió. Las poblaciones griegas descontentas del sur de Italia empezaron a unirse a él y, tras una sangrienta victoria sobre las tropas romanas cerca de Heraclea, colonia

de Tarento, marchó incluso precipitadamente hacia el norte, en dirección a Roma, adonde envió a un diplomático griego de su confianza, Cíneas, para que ofreciera un pacto al senado romano. El encuentro fue memorable. El anciano Cíneas había estudiado en su juventud con el máximo exponente de la retórica, Demóstenes. Por primera vez, los senadores escuchaban a un verdadero orador educado en Atenas, pero, para entenderlo, probablemente tuvieron que utilizar a un intérprete, pues eran muy pocos los que entre ellos conocían el griego. Por su parte, Cíneas quedó asombrado al ver la majestuosidad de su público (pensó que el senado era un consejo de reyes). Sus ofertas fueron rechazadas tajantemente, pero también se dice que comentó que el pueblo romano era como un monstruo de múltiples cabezas cuyo número se renovaba sin cesar.<sup>[250]</sup> Muchos de esos comentarios serían atribuidos posteriormente a Cíneas por los romanos favorables a las relaciones con Grecia, pero si éste fuera auténtico, Cíneas, discípulo de Demóstenes, habría emitido un juicio mucho más sagaz sobre los recursos humanos que tenía Roma que sobre la constitución romana.

Tras esta negativa, Pirro obtuvo otra victoria por lo pelos en 279 en Apulia, en una batalla en la que los elefantes desempeñaron un papel trascendental. Se cuenta que sólo cuando un soldado romano de infantería cortó a uno la trompa los romanos se dieron cuenta de que «aquellas fieras eran mortales».<sup>[251]</sup> No obstante, siguieron aterrorizando a la caballería enemiga. Se cuenta que los romanos dispusieron largas picas en unas carretas con el fin de hacer que se desviarán, y que intentaron arrojar fuego contra los animales desde lo alto. Una vez más, el número de bajas en uno y otro bando fue elevadísimo: «Si vencemos otra vez a los romanos

en una batalla [i. e., como ésta]», se dice que comentó Pirro, «pereceremos sin remedio»<sup>[252]</sup> (de ahí nuestra expresión «victoria pírrica»).

En 278 a.C, Pirro tuvo que enfrentarse a la siguiente elección: o regresaba a Macedonia, donde los recientes acontecimientos le brindaban nuevas esperanzas de obtener el trono, o se dirigía a Sicilia, como le aconsejaba el matrimonio contraído recientemente con una joven siracusana de familia principesca. Decidido en todo momento a defender a Tarento, prefirió marchar a Sicilia. En Italia había prometido la «libertad» frente a Roma a las ciudades griegas, aunque éstas se mostraran reacias a aceptarla. En Sicilia, prometió también la «libertad» frente a los cartagineses, pensando tal vez en establecer un reino unido en la isla y el sur de la península, cuyo soberano fuera él. Durante tres años no mostró mayor compromiso con la verdadera libertad que cualquier rey helenístico. Y sus esperanzas se vieron frustradas. Durante el viaje de regreso a Italia, perdió varios elefantes de guerra y aunque obtuvo una tercera victoria sobre los romanos en Benevento en 275, se trató de nuevo de un choque muy sangriento, con numerosas bajas en uno y otro bando. También en esta victoria los elefantes tuvieron gran importancia, hasta que una elefanta recién parida salió corriendo enfurecida a defender a su cría (los dos animales quizá fueran conmemorados artísticamente en un plato de la época descubierto en Campania). Se cuenta que los romanos aterrorizaron a los elefantes soltando entre ellos unos cerdos que se pusieron a gruñir de dolor porque los soldados los cubrieron de grasa y les prendieron fuego. Así, pues, Pirro dejó una guarnición en Tarento y se retiró a Grecia. Acabó luchando primero en Macedonia y

luego en Esparta y Argos. En Macedonia, adquirió nuevos elefantes tras la victoria obtenida sobre el rey de este país, Antígono, y marchó con ellos al sur de Grecia. En 272 a.C. mientras los elefantes bloqueaban las puertas de Argos, le cayó una teja encima (arrojada por la madre de un soldado argivo) y murió decapitado. Su cabeza fue llevada ante el rey de Macedonia, que rechazó al portador de tan macabro presente, su propio hijo, y lloró con una sensibilidad verdaderamente homérica por las pérdidas sufridas en el pasado. Aquel acto supuso una típica demostración de compasión entre príncipes helenísticos. La cabeza y el cuerpo de Pirro fueron enterrados, pero el dedo gordo de su pie se conservó, indicio (según se dijo) de sus cualidades divinas.

Cuando abandonó Sicilia, se afirma que Pirro dijo de ella que era la futura «palestra [i. e., campo de lucha] de Roma y Cartago».<sup>[253]</sup> En un primer momento, las dos ciudades habían reafirmado su antigua alianza frente al nuevo invasor. Quince años más tarde se verían enzarzadas en una guerra, tal como había predicho Pirro. Con diversas interrupciones, este conflicto duraría más de sesenta años.

Cuando Pirro abandonó Italia, Roma recibió una curiosa nueva oferta de Ptolomeo II, rey de Egipto. La victoria de Roma lo había impresionado, quizá porque había prestado ayuda a Pirro en Epiro cuando empezó la guerra. Entabló entonces una nueva amistad con los romanos, que fue sellada con espléndidos regalos. A medida que Roma se vio envuelta cada vez más en los asuntos del mundo griego en general, los sucesos acontecidos en Occidente fueron despertando mayor interés en los historiadores griegos. El anciano Jerónimo de Cardia, curtido veterano de los

Diádocos, incluyó una digresión acerca de la historia primitiva de Roma en la gran obra que escribió sobre las guerras de los sucesores de Alejandro. Hablaba de Pirro, de las batallas que libró en Occidente y de su muerte, basándose presumiblemente en las memorias del propio monarca. En Atenas, el siciliano desterrado Timeo escribió también sobre Pirro y afirmaba que Roma y Cartago habían sido fundadas las dos el mismo año (según sus cálculos, en 814-813). Se equivocaba por completo, pero la teoría se debía a la conciencia de que las historias de ambas ciudades estaban a punto de chocar, a expensas del viejo Occidente griego.

Los romanos aprovecharon la marcha de Pirro para meter en cintura a las ciudades griegas del sur de Italia que quedaban por someter. En 277 la ciudad de Locros había acuñado unas monedas de plata en las que aparecía la «Buena Fe» (la *Fides* romana) coronando la figura sedente de Roma. A cambio, Locros seguramente esperaba que Roma le dispensara su confianza y su protección. En realidad, los tiempos de la «Gran Grecia» libre del sur de Italia estaban a punto de acabar. En 273, se estableció una colonia en «Paestum», transformando lo que otrora había sido un asentamiento griego. En 272 los romanos se hicieron de nuevo con el control de la díscola Tarento. En 264 buscaron un pretexto para dar un paso más. Unos soldados mamertinos bárbaros se habían adueñado de la ciudad griega de Mesina, al otro lado del estrecho que lleva su nombre, en la isla de Sicilia, y a continuación, pidieron astutamente ayuda a Cartago (que envió una guarnición) y apelaron a la «Buena Fe» de Roma: pidieron auxilio a Roma frente a los numerosos enemigos que se habían hecho en

Sicilia, especialmente los griegos de Siracusa. A pesar de los recelos del senado, los romanos aceptaron la llamada de los mamertinos y pasaron a Sicilia por primera vez.

Este trascendental acto de agresión les supuso un aliado muy importante y un enemigo aún mayor. El aliado era el griego de Sicilia Hierón, que se había erigido poco tiempo atrás en rey de Siracusa. Al principio, Hierón expresó una verdad que nadie se atrevía a decir: «Los romanos», afirmó, «se llenaban la boca con la palabra “buena fe”, pero desde luego no deberían proteger a criminales como los mamertinos que desprecian por completo la “buena fe” y son a todas luces hombres sin religión». Al empezar una guerra para ayudarlos, los romanos demostraban «al mundo que utilizaban la “compasión por los que están en peligro” como una tapadera de su codicia». En realidad, «deseaban apoderarse de toda Sicilia».<sup>[254]</sup> Las razones y sinrazones de este conflicto trascendental, la primera guerra púnica, no han sido expuestas nunca con más claridad. Al cabo de un año, sin embargo, Hierón se había puesto del lado de los romanos y permaneció leal a ellos durante casi cincuenta años. Pudo jactarse ante sus visitantes romanos de unos niveles de esplendor regio que desde luego no cabía esperar que ambicionaran. La culminación de tanta suntuosidad sería una nave de recreo, llamada la *Siracusana*, que Hierón envió a sus aliados, los Ptolomeos de Egipto. En el Nilo, los cruceros reales de los Ptolomeos parecían palacios flotantes, pero Hierón los dejó atrás con una nave espectacular a tres niveles de proporciones gigantescas. Contenía un gimnasio, jardines, establos, y pavimentos de mosaico que ilustraban la *Ilíada* de Homero en su totalidad. Sólo podría ser echada a la mar por medio de un invento especial del gran

Arquímedes, el ingeniero griego protegido por el rey.

Al invadir Sicilia, Roma se ganó un nuevo enemigo, Cartago. Esta ciudad tenía desde hacía tiempo deseos de adueñarse de toda la isla, pero desde que fracasaran las armadas que envió contra los griegos sicilianos en 480 (y de nuevo en 410 a.C.) no había insistido en hacerlos realidad. Mientras tanto, había seguido desarrollándose económica y políticamente en el norte de África. Databa de hacía largo tiempo su presencia en el sur de España, zona particularmente rica en metales; había intensificado asimismo su presencia en su hinterland norteafricano, donde los cartagineses ricos explotaban fincas agrícolas trabajadas por esclavos; y como había hecho con anterioridad, seguía controlando el noroeste de Sicilia y también la isla de Cerdeña y sus abundantes recursos mineros. En cuanto a sus tropas, se apoyaba fundamentalmente en los mercenarios que contrataba en el norte de África gracias a su excedente de riqueza: a decir verdad, llevó a cabo una verdadera «privatización» de la guerra. Pero los mercenarios constituían siempre una posible fuente de disturbios y en cualquier momento podían preferir seguir a sus propios generales antes que obedecer al Estado cartaginés. La constitución cartaginesa había desarrollado una serie de consejos y magistraturas que servían de freno y de contrapeso a los intentos de golpe de Estado de cualquier individuo, aunque contara con el apoyo de los mercenarios. El propio Aristóteles había admirado su sistema. Hacia 260 muchos ciudadanos ilustres de Cartago eran hombres cultos. Uno de ellos escribió una excelente obra bastante extensa sobre la agricultura (los romanos la traducirían más tarde del púnico al latín). Otro relataba (sin duda correctamente) el

sorprendente viaje de Hanón de Cartago y su flota (acaso hacia 400 a.C.) por el Atlántico, hasta llegar a las costas de África occidental, más allá del Senegal. Se trataba de una empresa que excedía con mucho los horizontes de cualquier romano, y en la que se había producido incluso el encuentro cerca de la costa de África con una tribu de «mujeres» peludas a las que los hombres de Hanón llamaron «gorilas» (origen del nombre que nosotros utilizamos para designar al animal).<sup>[255]</sup>

Situada como estaba cerca de la parte griega de Sicilia, Cartago había tenido siempre una numerosa comunidad griega. Las mansiones de las familias ricas de la ciudad eran famosas por sus hermosas alfombras, su oro y su derroche de lujo, pero estaban abiertas también a los estilos helénicos. Exhibían esculturas griegas de carácter ornamental para deleite de sus propietarios, que a veces habían recibido incluso educación griega: no es de extrañar que una generación más tarde el joven Aníbal tuviera un preceptor griego y que durante su viaje lo acompañara un historiador de esta misma nacionalidad. La «crueldad» y el carácter «traicionero» de Cartago eran legendarios entre sus enemigos, a veces sin motivo. Sin embargo, los griegos también habían observado atinadamente que los cartagineses conservaban la vieja costumbre levantina de sacrificar niños a los dioses, especialmente en tiempos de crisis. La arqueología de las necrópolis cartaginesas respaldan esta observación, aunque probablemente sólo sea una elaboración griega el detalle de que, mientras mataban a los niños, se tocaba música para amortiguar los gritos de las madres.<sup>[256]</sup>

La primera guerra púnica se desencadenó a raíz de la entrada ilegal de Roma en Sicilia y se prolongó de 264 a 241

a.C. Fue el conflicto continuado más largo de la historia clásica. Los hijos de la loba de Roma encontraron en Cartago un digno rival, y ambos bandos se mostraron muy innovadores. Tras observar las acciones de Pirro en Sicilia, los cartagineses habían añadido un arma nueva a su ejército: el elefante de las selvas, que todavía se daba en algunas zonas del norte de África (entre otras, como bien sabía Aristóteles, Marruecos). Como la primera guerra púnica se centró en Sicilia, también los romanos se vieron obligados a dar un paso audaz: la construcción de su primera gran flota. Se apoyaron en la ayuda prestada por sus aliados griegos y del sur de Italia (y se dice que utilizaron como modelo un barco de guerra cartaginés que lograron capturar) y, una vez acabada su construcción, confiaron en buena medida su mando a experimentados italianos de la costa. Por consiguiente, en 256 los generales romanos tenían ya la confianza en sí mismos suficiente para arriesgarse a realizar una travesía de cuatro días a mar abierto e invadir el territorio norteafricano de Cartago. Pero la empresa fracasó, en parte porque los cartagineses contaban como asesor militar con un experto espartano. El general de los romanos fue el famoso Marco Atilio Régulo, al que hicieron prisionero los cartagineses, aunque es una simple leyenda, propagada luego por sus descendientes, la anécdota de que sus captores lo enviaron a negociar a Roma, donde aconsejó a sus compatriotas que no hicieran ninguna concesión, y que a continuación regresó a Cartago para enfrentarse heroicamente a una muerte inevitable. En realidad, Régulo murió en la región y su viuda torturó a dos prisioneros cartagineses en venganza.<sup>[257]</sup>

Aquella larga guerra tuvo importantes consecuencias

económicas. En Sicilia y Cartago, los ejércitos romanos capturaron e hicieron esclavos a miles y miles de individuos, muchos más de los que habían llegado a capturar nunca en Italia. Esclavizaron incluso a toda la población de la refinada ciudad griega de Acragante (Agrigento). Muchos de esos prisioneros fueron vendidos luego como esclavos, pero como Acragante fue repoblada poco después, los demás griegos probablemente rescataran a los antiguos habitantes de la ciudad en su empeño por salvarlos. No obstante, muchos de los restantes esclavos de Acragante seguramente fueron conducidos a Italia, al igual que muchos cautivos procedentes de Cartago, convertidos en botín de los romanos ricos. La mayoría de esos esclavos habían trabajado ya en el campo y por consiguiente se dedicarían también a la agricultura al servicio de los romanos. Incrementarían así la capacidad de Roma de enviar a luchar en ultramar a numerosos contingentes de soldados libres (que, de lo contrario, habrían tenido que dedicarse a las labores agrícolas). Es indudable, por tanto, que los romanos ricos, que ya utilizaban esclavos, se convirtieran así en una sociedad esclavista a gran escala.

Cartago, en cambio, perdió la guerra tras la gran victoria naval obtenida por Roma en 242-241 y se vio obligada a pagar una enorme indemnización. No tuvo más remedio que evacuar Sicilia (después de quinientos años de ocupación de varias partes de la isla), y se vio abocada a soportar una durísima guerra en África contra los mercenarios extranjeros en los que hasta entonces se había basado su ejército. Las condiciones de paz opresivas a menudo fomentan la venganza, y eso fue lo que sucedió sobre todo cuando los romanos se apoderaron fríamente de las valiosas posesiones

de Cartago en Cerdeña ya en la década de 230, cuando estaba llegando a su fin la guerra de los cartagineses contra sus mercenarios africanos. En respuesta a aquella acción, los miembros de una ilustre familia cartaginesa, los Barridas, se trasladaron a España provistos de tropas y elefantes de guerra con la intención de recuperar parte del prestigio perdido de su ciudad e indudablemente también de comprobar hasta dónde podían llegar sus éxitos. Se cuenta que, al partir, el padre, Amílcar Barca, hizo jurar ante un altar a su hijo, de sólo nueve años, que «jamás sería amigo de los romanos».<sup>[258]</sup> Para que nos hagamos una idea de la «perfidia» de Cartago, aquel niño, Aníbal, nunca traicionó el juramento que su padre le obligó a prestar.

Durante casi veinte años (de 237 a 219) esta tropa cartaginesa realizó diversas conquistas en el sur de España. Se fundaron dos nuevas ciudades en la Península, Nueva Cartago (la actual Cartagena) y Bello Acantilado (quizá la moderna Alicante). En 226, sin embargo, llegó a España una delegación romana y dijo secamente al general cartaginés que «no cruzara el río Ebro», situado en la ruta que va por el nordeste del país a los Pirineos y por lo tanto, en último término, en dirección a Italia. Pero como en Sicilia en 264, los romanos se atuvieron a lo pactado aceptando la petición de ayuda enviada por una ciudad situada bastante lejos, en el lado «cartaginés» del Ebro. En efecto, una turbulenta facción de la ciudad no griega de Sagunto apeló a la «buena fe» de Roma frente a sus enemigos pro cartagineses. Los romanos aceptaron la solicitud de socorro y con ello desatarían un sinfín de justificaciones y descargos por parte de los historiadores latinos de época posterior, dispuestos a toda costa a dar por

buena la actuación injusta de Roma. Desde la perspectiva de Aníbal, la conducta de Roma constituía una injerencia injustificable en un territorio que era suyo. Aquella resolución había sido tomada con el fin de apoyar a un grupo que había agredido a unos buenos amigos de Cartago en una ciudad que no pertenecía legítimamente, ni mucho menos, a Roma. Aníbal decidió, pues, poner sitio a Sagunto.

Roma no estaba, que digamos, en condiciones de afrontar un nuevo conflicto de grandes proporciones. Había tenido que volcar su atención en los graves problemas planteados por las turbulentas tribus galas del norte de Italia y en 219 distaba mucho de estar segura en ese frente. Estaba ocupada asimismo con un plan de intervención al otro lado del Adriático, en Grecia. Sin embargo, ninguna de estas distracciones la hizo vacilar en Occidente. Se dejaron oír algunas voces de cautela en el senado, pero, como respuesta al asedio de Sagunto por parte de Aníbal, los romanos decidieron enviar a Cartago una embajada. Ninguno de los legados sabía hablar la lengua del país, pero uno de ellos era bastante competente en la otra lengua de los senadores de Cartago, es decir, el griego. «Aquí os traemos la paz y la guerra», dijo Fabio (que pertenecía a una familia que hablaba el griego en la intimidad del hogar), y haciendo con una mano un pliegue en su toga añadió: «Escoged lo que os plazca».<sup>[259]</sup> Desde la perspectiva cartaginesa, ¿qué les iba ni qué les venía a los romanos si uno de sus generales destacados en España atacaba a una ciudad en defensa de unos amigos pro cartagineses, cuando no estaba atado por ningún tratado en sentido contrario? Los cartagineses, por su parte, respondieron al embajador que mejor escogiera él. Fabio alisó entonces el pliegue de su toga y se decantó por la

guerra.

# Capítulo 29

## ANÍBAL Y ROMA

En el consejo esta dificultad se debatió ampliamente y uno de sus miembros, llamado también Aníbal, por sobrenombre «el gladiador», hizo evidente que había sólo un único medio para poder llegar a Italia. Aníbal pidió que lo expusiera y él contestó que era preciso enseñar al ejército a comer carne humana, habituarle a ello. Aníbal fue incapaz de oponerse razonadamente a la audacia y a la eficacia de esta idea, pero nunca la tomó en serio y no intentó convencer a sus amigos.

POLIBIO 9.24

La segunda guerra púnica, que se desencadenó a raíz de estos acontecimientos entre 218 y 202, tensó hasta el límite las energías de Roma, asoló Italia y acabó transformando los recursos de Roma, su extensión y sus ambiciones. Para nosotros, el héroe de esa guerra fue Aníbal, que apenas tenía veintinueve años cuando dio comienzo y dejó boquiabiertos a los romanos cruzando los Alpes y ofreciendo una vez más la «libertad», pero esta vez los beneficiarios de esa oferta eran los habitantes de toda la Península Italiana. No es de extrañar que su nombre fuera evocado luego por Napoleón durante la campaña transalpina análoga que emprendió para «liberar» Italia. Pero Aníbal sería recordado también por arrasar cuatrocientas ciudades y causar la muerte de trescientos mil italianos. Su gran victoria en Cannas, en la que perecieron cuarenta y ocho mil soldados enemigos, es estudiada todavía en las academias militares de Occidente. Se calcula que la tasa de mortalidad durante esta batalla fue de quinientos individuos por minuto.<sup>[260]</sup> Pero aun así, no ganó la guerra. Resultaron más héroes que él todavía los

generales romanos: el noble Fabio Máximo, que supo convertir poco a poco la derrota en victoria por medio de una campaña de aplazamiento y dolorosa devastación, y el brillante y joven Escipión, que acabó invadiendo África y ganando la gran batalla final de Zama en 202.

¿Habló acaso el padre de Aníbal a su hijo de la posibilidad de cruzar un día los Alpes y vengar la anterior guerra (y la pérdida de Cerdeña) ante el estupor de Roma? Tal vez, y tal vez los romanos tuvieran motivos para estar nerviosos, especialmente cuando la zona septentrional de Italia, a los pies de los Alpes, se vio tan agitada por las tribus galas. Pero aun así, Roma se encontraba a muchos kilómetros de distancia y los territorios que controlaba sumaban unos veinticinco mil kilómetros cuadrados. Tras las numerosas conquistas y tratados que había hecho en Italia desde la década de 340, el número de los ciudadanos adultos que tenía en Italia ascendía a más de 270.000, incrementado por los de determinadas comunidades italianas. También podía contar con los habitantes de otras comunidades de la península como aliados. Los tratados firmados por los italianos con Roma no los obligaba al pago de tributos, pero sí a suministrar soldados para las guerras de Roma y subvenir a su mantenimiento. La cantidad de hombres suministrados por los aliados italianos ascendía a más de seiscientos mil, que venían a sumarse al de los ciudadanos romanos en constante aumento. Los terribles días de la década de 390, cuando unos cuantos galos lograron emigrar al sur y apoderarse del Capitolio de la propia Roma, pertenecían a otra época: el ejército potencial de Roma era enorme, muy superior a los 30.000-50.000 ciudadanos de los tiempos de la dominación de la Atenas

clásica.

Durante los veinte años anteriores, las conquistas cartaginesas en España habían procedido con lentitud. No obstante, sería en España donde surgiera el máximo adversario de Roma: el joven Aníbal cruzó el río Ebro en junio de 218 a.C. con cuarenta mil soldados y treinta y siete elefantes, sólo una parte del ejército de los generales cartagineses. A continuación pasó los Pirineos y a mediados de agosto había cruzado también el caudaloso río Ródano al norte de Aviñón transportando los elefantes en balsas camufladas (aunque algunos animales fueron presa del pánico y cruzaron a nado). Sus tropas eran muy inferiores a la cantidad potencial de hombres que tenía a su disposición Roma, y cuando emprendió la marcha hacia el norte siguiendo la ribera oriental del Ródano, el general romano que observaba sus movimientos, Escipión, probablemente no le atribuyera muchas probabilidades de llegar ni siquiera a Italia. Los Alpes se elevaban ante él cerrándole el paso, pero Aníbal dobló hacia el este y emprendió la ascensión, cruzando probablemente el Cenisio (según algunos por el paso de Savine Coche, a unos 2.300 metros de altura) a finales de octubre.

En los Alpes se dijo luego que utilizó vinagre caliente para volar las rocas que le cortaban el paso (¿pero dónde habría encontrado leña suficiente para calentar la cantidad de vinagre necesaria para ello?). Los elefantes debieron de ayudar a desembarazar de obstáculos el camino e indudablemente espantarían a las tribus hostiles de la región. Cuando descendió a las llanuras que rodean Turín tenía sólo veinte mil soldados de infantería y seis mil de caballería; todavía no había perdido ningún elefante. Aunque su

ejército había quedado reducido a la mitad, logró ganar la primera escaramuza que tuvo con las tropas romanas cerca del Po. Le siguió a finales de diciembre una aplastante victoria sobre un cónsul romano y todo su ejército junto al río Trebbia (cerca de Piacenza). Una clave de este éxito estuvo en el hecho de que logró doblar el número de sus tropas reclutando a los galos del norte de Italia, contrarios a Roma. Al principio habían dudado si debían unirse a él o no, pero se animaron a hacerlo al ver sus primeros éxitos y ante las tácticas terroristas empleadas con los que se negaron a ayudarle.

Con su ejército de mercenarios africanos, españoles y galos, Aníbal tuvo conocimiento de que estaba urdiéndose un complot contra su vida, y se dice que en el campamento llevaba varias pelucas para disfrazarse y pasar desapercibido. <sup>[261]</sup> El disfraz habría de resultar complicado, pues perdió un ojo mientras marchaba por los pantanos que circundan el río Arno. Para entonces había perdido también casi todos sus elefantes: sólo sobrevivieron al crudo invierno siete y de hecho Aníbal, el «general de los elefantes» más famoso de la historia, no volvió a utilizarlos en el campo de batalla. Sin embargo, los pocos (tal vez uno sólo) que tenía a sus órdenes seguirían siendo un símbolo: las ciudades italianas que halló a su paso acuñaron monedas en las que aparecía un elefante, incluso un elefante indio (cuidado por un negro): quizá lo adquiriera a través del comercio con los Ptolomeos. De ser así, el animal habría sido uno de los grandes viajeros de la Antigüedad, pues habría ido desde Egipto hasta Italia. Quizá fuera uno llamado el Sirio, recordado como el más valiente en el campo de batalla. Tenía sólo un colmillo entero: ¿Lo montaría Aníbal, que por su parte tenía un solo

ojo? En junio de 217, en el lago Trasimeno, en Etruria, el único ojo que le quedaba seguía viendo las cosas con toda claridad: Aníbal se aprovechó de la niebla y derrotó a otro cónsul romano y a un ejército todavía mayor demostrando que era más listo que todos ellos.

Los mejores soldados de Aníbal eran los de caballería, que contaban varios millares. Sus nómadas del norte de África eran brillantes jinetes, capaces de guiar a sus caballos sin bridas mediante el hábil uso de las riendas neck-rein. Tenían una flexibilidad que las tropas montadas romanas e italianas no podían igualar. Sería, pues, por los caballos por lo que se haría famosa la marcha de Aníbal: cuando intentó llegar al litoral oriental de Italia, reanimó sus caballos con el contenido de las bodegas de la región: los bañó en vino añejo italiano, un tónico excelente para su piel.<sup>[262]</sup> Personalmente, Aníbal no era aficionado a la bebida y su único lujo era la comida que consumía. Dejó incluso a su esposa ibérica en Cádiz. Se sabe que hasta tres años después, cuando se encontraba en Salapia, en el sur de Apulia, no sucumbió a los encantos de una mujer italiana, y se trataba de una prostituta.<sup>[263]</sup>

En agosto de 216 Aníbal obtuvo su mayor victoria en Cannas, en el sudeste de Italia, lanzando los cincuenta mil soldados más o menos que tenía en esos momentos contra un ejército romano mayor, formado probablemente por unos ochenta y siete mil hombres. Una vez más, su caballería móvil y su ingenioso orden de batalla se mostraron imbatibles. Tras un día de matanza, se cuenta que un cartaginés llamado Maharbal instó a Aníbal a marchar directamente contra Roma, situada a casi 400 km de distancia, donde habría podido cenar «en el Capitolio al

cabo de cuatro días». <sup>[264]</sup> Habría sido una sorprendente cena multiétnica con vistas sobre el Foro, pero Aníbal se echó atrás. En cambio, cosechó nuevos éxitos en el sur, sobre todo cuando logró arrancar a la poderosa ciudad de Capua de la alianza con los romanos. Sus soldados pasaron el invierno en esta ciudad, famosa desde hacía mucho tiempo por sus ambientes lujosos, entre los cuales destacaban un palacio del consejo llamado la «Casa Blanca», un gran mercado de perfumes y un tentador surtido de mujeres y mórbidos lechos. Los moralistas dirían después que aquel invierno en Capua lo corrompió, pero los «lujos» que con tanta frecuencia se mencionan no fueron en realidad la raíz de sus problemas.

Estos fueron fundamentalmente de carácter político. Al entrar en Italia Aníbal había proclamado la libertad. Su lucha, según decía, no era contra Italia, sino contra Roma. Los prisioneros romanos fueron generosamente liberados. Del mismo modo que había esperado sacar provecho de los galos, los enemigos de Roma al norte del Po (en lo que hoy día llamaríamos el «norte de Italia», aunque no se llamaba así entonces), esperaba también privar a Roma de muchos aliados y apoyos en todo el resto de Italia. Su hermano Magón fue enviado al sur de la península para que activara el antiguo territorio personal de Pirro y liberara también a las ciudades griegas. Se intentaría atraer a todas las comunidades ganadas por Roma a lo largo de los siglos IV y III a.C. entre otros Nápoles y Tarento. Se firmó incluso una alianza con el rey Filipo V de Macedonia, en el norte de Grecia. Evidentemente Aníbal no actuaba como un aventurero solitario, sin la aprobación del gobierno cartaginés de África: en 215 sus compatriotas lograron

mandarle algunos elefantes más a través del sur de Italia. El tratado con Filipo pone de manifiesto el apoyo oficial con el que contaba. Tampoco pretendía arrasar Roma. El objetivo era dejarla con un papel dentro de Italia, pero sin confederación, como si fuera posible hacer volver atrás dos siglos a la historia. Ésa es en parte la razón de que Aníbal se negara a marchar precipitadamente sobre el Capitolio de Roma después de la victoria de Cannas.

Si Aníbal hubiera vencido, la historia hasta los tiempos de Adriano habría sido completamente distinta. El cartaginés había oído hablar de Pirro; sabía hablar y leer en griego y llevaba consigo a varios historiadores de esta nacionalidad. Sin embargo, ¿se limitó a repetir los errores de Pirro? Se dice que éste fue un brillante jugador de dados que no supo explotar los resultados; también de Aníbal que sabía vencer, pero no sabía cómo utilizar una victoria. En realidad, el cartaginés tenía más cosas a su favor. A diferencia de Pirro, contaba con el pleno apoyo del gobierno establecido de su patria, que disponía de medios para enviarle refuerzos desde África y desde España. Las victorias que cosechó no fueron «pírricas»: fueron triunfos aplastantes exclusivamente suyos. Ni Pirro ni Aníbal hicieron un uso decisivo de sus elefantes, pero el cartaginés era un auténtico rey de la caballería, igual que Alejandro Magno. Mientras que Pirro era un Aquiles homérico en el combate, Aníbal era un consumado tramposo, más parecido a Odisea. Era un maestro de la emboscada, de los astutos planes de batalla y de las cartas falsas. Llegó incluso a atar teas encendidas de los cuernos de dos mil bueyes e hizo que unos pastores los condujeran en dirección contraria a la de su ejército en plena noche para que el enemigo confundiera las «luces» y la

trayectoria seguida por sus tropas. Al igual que Pirro, llegó a pocos kilómetros de Roma (en 211, en el curso de una marcha de distracción en dirección al norte), pero en último término, lo mismo que la de Pirro, la suya fue de nuevo una «liberación traicionada». Incluso en el sur, hubo ciudades-estado griegas que no acabaron nunca de ponerse completamente de su lado.

Tenía buenos motivos para estas vacilaciones. Fuera cual fuese la cultura personal de Aníbal, sus soldados era en su mayoría bárbaros reclutados al azar que tenían muy poco encanto para los griegos astutos y civilizados o incluso para los latinos, los aliados más favorecidos de Roma. ¿Qué podía significar realmente la «libertad» cuando la ofrecía un galo salvaje o un oligarca cartaginés? Cuanto más tenía que esperar Aníbal, más devastación causaba en las zonas rurales, y, por otra parte, sus represalias en las ciudades capturadas podían ser terriblemente crueles. Pero sobre todo, el sur de España quedó incomunicado con Italia gracias a la astucia de los generales cuyo mando en la zona fue prorrogado. Desde el primer momento, allá por 217, los dos viejos Escipiones, los generales romanos destacados en España, se dieron cuenta de que debían mantener a sus tropas en la costa de la Península Ibérica para impedir que llegaran más soldados a Aníbal. Si el estratega cartaginés hubiera marchado precipitadamente sobre Roma después de Cannas, habría encontrado el obstáculo de las murallas de la ciudad, muchos ciudadanos supervivientes y duras luchas callejeras. ¿Pero podría haber conseguido su propósito, lo mismo que los galos en 390 y sin la traición de las ocas del Capitolio?

En el bando romano, se registraron terribles prodigios

durante los años 218 y 217, como si los dioses quisieran hacer partícipe al pueblo de su inquietud: un niño de seis meses gritó «¡Triunfo!» en las calles de Roma; en las ciudades de Italia se creyó que el sol luchaba con la luna y se vieron unos escudos en el cielo.<sup>[265]</sup> No obstante, como se cuenta que pronosticó Cíneas, el monstruo de múltiples cabezas podía regenerar las que perdiera y seguir luchando. Sólo en Italia, se sacaron otra vez al campo de batalla cien mil soldados de condición ciudadana apenas un año después del desastre de Cannas, además de los de España y los que andaban ya a bordo de una flota de ciento cincuenta navíos diseminados por el Mediterráneo. En 214, un general romano, de la familia de los Gracos, reclutó al menos a ocho mil esclavos y se los llevó consigo a Benevento, escenario de una de las antiguas victorias «pírricas». Esta vez, Graco consiguió una victoria decisiva sobre los cartagineses, causó gran mortandad entre ellos, y los beneventinos, agradecidos, ofrecieron un generoso banquete a sus soldados disponiendo para la ocasión las mesas en las calles de la ciudad. Graco liberó a los esclavos y mandó pintar un cuadro con la escena, en el que aparecían sus soldados-esclavos llevando a la cabeza gorras o pañuelos blancos; más tarde dedicó esta curiosa obra de arte en el templo de la Libertad en Roma.<sup>[266]</sup>

Con el fin de hacer frente a la crisis, se llevaron a cabo ritos excepcionales. Como se hiciera en la década de 220, fueron enterrados vivos en el Foro Boario (el mercado de ganado), en el centro de Roma, una pareja de griegos y una pareja de galos. Los sacrificios humanos no eran habituales en Roma, de modo que se les dejó morir de forma natural. También se trajeron refuerzos divinos, a la Venus del sector cartaginés de Sicilia y en 204 a la «Gran Madre» (Cibeles) y

su piedra negra, procedente de Pérgamo, en Asia Menor (resultó que su culto era más salvaje de lo que los romanos se esperaban, con sus cantos exóticos y sus sacerdotes castrados por decisión propia). Incluso las mujeres aportaron su granito de arena, particularmente con himnos y procesiones en honor de Juno durante los últimos estadios de la guerra: Juno fue identificada con la diosa cartaginesa Astarté y los honores que se le rindieron probablemente contribuyeran a hacer que se pasara al bando de los romanos.<sup>[267]</sup>

Tampoco el espíritu financiero de Roma se dejó vencer. Cuando empezó la guerra, la ciudad ya no respondía a su viejo ideal de austeridad. En los alrededores del Foro se amontonaban ya las tiendas de artículos de lujo, elemento distintivo de la vida de Roma, cuyos habitantes eran en gran medida una «nación de tenderos». No obstante, después de Cannas las mujeres romanas donaron todas sus joyas para que fueran fundidas y contribuir así al esfuerzo bélico (en el norte de África las mujeres hicieron lo mismo, pero fueron las africanas que ayudaron a los mercenarios en su sublevación contra Cartago). Los impuestos de los ciudadanos romanos fueron doblados y los ricos aceptaron incluso la obligación de pagar de su propio bolsillo a las tripulaciones de los barcos de guerra. En medio de la crisis se introdujo una nueva moneda de plata, el denario; seguiría formando parte del sistema monetario romano durante siglos. Por supuesto, seguía habiendo terreno abierto para el fraude de los que contrataban el suministro de víveres para los ejércitos en campaña, pero se desarrolló también un verdadero «espíritu de Dunkerque». El senado se negó incluso a rescatar a los romanos hechos prisioneros por Aníbal, incluso a los nobles, porque el dinero pagado por el

rescate habría contribuido a fortalecerlo.

En 215, cuando todavía era posible enviar refuerzos (elefantes incluidos) a Aníbal desde África en barco, las posibilidades de victoria a largo plazo de Roma eran muy escasas. En el sur de Italia, la mayoría de Tarento se había puesto de parte de Cartago, sin duda porque aún se tenía memoria de la cruel conducta de los romanos con la ciudad allá por 280. Y lo que es más importante, el rey Hierón había muerto en Sicilia y Siracusa había hecho defección del bando romano. Pero a partir de 214 a.C. la flota romana retendría una porción lo suficientemente grande en la costa de Italia como para impedir que llegara a sus enemigos más apoyo extranjero. A partir de ese momento, el control del mar por parte de Roma se revelaría trascendental, tanto en Italia como en España. Por tierra, mientras tanto, Fabio Máximo insistía en la estrategia de arrasar los campos de cultivo y evitar la batalla en los términos planteados por Aníbal. Los cartagineses empezaron a sentirse acorralados.

Para los romanos, el año 212-211 supuso un punto de inflexión. En España, sus generales, los dos viejos Escipiones, perecieron en una misma derrota militar, pero su hijo y sobrino, el joven Publio Sulpicio Escipión, adelantó la carrera política habitual y no tardó en ser nombrado general cuando tenía sólo veintitantos años. Demostró ser un genio audaz, al que adoraban las tropas y también (según se dice) los dioses. En Italia, mientras tanto, el hábil Fulvio Flaco reconquistó Capua y le impuso un feroz castigo. Pero sobre todo en Sicilia, el general Claudio Marcelo, tan riguroso como experimentado, atacó a la rebelde Siracusa. La ciudad no pudo ser salvada ni siquiera por la habilidad de Arquímedes, el famoso ingeniero griego

originario de la isla; la anécdota de que fabricó unos espejos gigantescos para quemar con sus reflejos los barcos atacantes de los romanos no es más que una leyenda. Como en Capua, los romanos saquearon la ciudad con una brutalidad increíble. Cargamentos enteros de maravillosas obras de arte griegas fueron transportados en barco a Roma. Por primera vez, una gran ciudad griega sufrió la brutalidad de los descendientes enfurecidos de la loba, aunque se cuenta que Marcelo intentó moderar su conducta.<sup>[268]</sup>

Aníbal pudo aún hacer algunas emboscadas eficaces y todavía en 208 los dos cónsules murieron en acción cada uno en un extremo de Italia. En el verano de 207, uno de sus hermanos logró por fin llevarle a Italia refuerzos (y nuevos elefantes) desde España. Sin embargo, sus mensajes fueron interceptados y los romanos lo derrotaron en el curso de un rápido contraataque en la costa oriental de Italia, cortándole el paso a la altura del río Metauro, en Umbría. Aquella fue la última oportunidad de los cartagineses y, al no poder recibir más refuerzos, Aníbal se convertiría en una especie de llaga molesta en la punta de la bota de la Península Italiana. En 205 el joven Escipión se trasladó a Sicilia, adiestró a una tropa de caballería y luego tuvo la audacia de cruzar a África en 204. Durante su campaña en España, había estrechado los lazos de amistad con un príncipe norteafricano que le resultaría utilísimo, el númera Masinisa. Como Hierón en Sicilia, Masinisa prestaría apoyo a Roma durante casi cincuenta años. En suelo africano, su caballería resultaría una aliada trascendental y en 202 Aníbal (que había podido al fin salir del sur de Italia) sufrió una derrota decisiva. Había logrado reunir ochenta elefantes africanos, pero, como los de Pirro, acabaron saliendo en

estampida y causando más daños a sus dueños que a los romanos, aunque el padre de Aníbal había inventado un método consistente en clavar lanzas en los cráneos de los animales que salieran huyendo despavoridos y empezaran a cargar contra sus propios cuidadores.

Tanto en Cartago como en Roma, las cosas no habían resultado fáciles para la política belicista ni para los generales. Aníbal tuvo siempre enemigos, y en Roma el sistema había tenido que dar pruebas de gran flexibilidad. Pues, en efecto, la «lucha de los órdenes» no había, cesado con la derrota de Pirro. En principio, las decisiones del pueblo en Roma eran ahora vinculantes y había senadores ambiciosos/dispuestos a llevar este sistema por unos derroteros más «populares». No obstante, a la hora de afrontar la crisis las «tradiciones» romanas demostraron ser bastante adaptables. Se reclutaron esclavos como soldados; se nombró un dictador, y luego, cosa que no había ocurrido nunca hasta entonces, dos a la vez; cuando el conservador Fabio Máximo impugnó a un candidato electo al consulado apelando a irregularidades de carácter religioso, se le permitió (sólo por esta vez) sustituirlo por el individuo que él propuso. Incluso el gran Escipión se saltó el reglamento y fue nombrado directamente general de un ejército después de desempeñar sólo un cargo político de rango inferior, llegando a ser saludado como «rey» por sus soldados en España (como buen romano, rechazó la oferta). Mirando las cosas retrospectivamente, el historiador griego Polibio situaba el mejor momento de la «constitución» romana en la época del desastre de Cannas. Examinada más atentamente, lo cierto es que aún se veía acosada por las contradicciones de su propio desarrollo. Se salvó gracias a su flexibilidad y a

su capacidad suprema de absorber novedades y hacer excepciones.

Las consecuencias de la segunda guerra púnica han sido muy estudiadas por los historiadores modernos, pero lo cierto es que su impacto sobre Italia fue muy duradero. Ninguno de los aliados más inmediatos de Roma, las ciudades latinas, se pasó a Aníbal, pese al hastío de la guerra provocado por las infinitas llamadas de Roma al reclutamiento de nuevas tropas. Como en otros lugares, las clases altas de la región prefirieron la protección y el apoyo bien conocidos de Roma antes que la perspectiva de libertad para sus clases humildes, sobre todo si contaban con el respaldo de los salvajes galos y los cartagineses. En el sur de Italia, la defección de la población y su paso al bando de Cartago fueron más evidentes, pero Roma se vengó ferozmente de su deslealtad. La prolongada presencia de Aníbal en el sur de la Península supuso un gran peso para la agricultura de la región y causó una gran devastación. En represalia, Roma confiscó una porción considerable del territorio y lo convirtió en tierras públicas. Los campesinos sufrieron enormes pérdidas en muchos lugares, o se refugiaron en las ciudades. Los romanos ricos explotarían luego estas nuevas tierras públicas por medio de esclavos, el principal fruto obtenido de la conquista militar. En algunas zonas del sur, el «legado de Aníbal» probablemente significara un cambio a largo plazo de las explotaciones agrícolas y de la utilización de la tierra; el aprovechamiento de los rebaños de ganado mayor y menor se incrementó superando a la actividad agrícola, y en adelante los animales serían apacentados por esclavos, no por campesinos libres.

[269]

En cuanto a Cartago, la derrota significó tener que

entregar sus elefantes de guerra y prometer no volver a adiestrar ningún animal más: los paquidermos desaparecieron de su ejército, mientras que los que aún quedaban vivos fueron enviados a Roma para dar mayor lustre al triunfo espectacular celebrado por el joven Escipión. La pérdida de la guerra no dio lugar a la total decadencia urbana de Cartago, pero la obligó a pagar unas indemnizaciones mucho mayores a sus vencedores, los romanos. Convirtió asimismo a Aníbal en el primer guerrero global de la historia. Durante más de treinta años estuvo fuera de Cartago, combatiendo en España, en los Alpes, y por fin en Italia. Las condiciones de paz definitivas de Roma no obligaban a Cartago a entregarlo personalmente; el sistema político cartaginés siguió funcionando y Aníbal desempeñó el cargo de magistrado encargado de su reforma. Hasta seis años después no fue obligado a abandonar la ciudad, y en esta ocasión debido a las instigaciones de sus enemigos cartagineses. Supuestamente era demasiado popular. Se dirigió a Oriente, donde se puso al servicio del segundo mayor adversario de Roma, el rey Antíoco III, de la dinastía Seléucida, en Asia Menor y en Grecia. Tras un primer desvío por Siria, acabó prestando sus servicios primero en Armenia y luego en Bitinia (en el noroeste de la actual Turquía), donde se le atribuyen proyectos de fundación de nuevas ciudades, que él mismo ayudó a diseñar. Finalmente, a los sesenta y siete años, fue envenenado en la corte de Bitinia debido al temor a las represalias que infundió en los cortesanos la llegada de una embajada romana. Se descubrió que el viejo general cartaginés se había construido una especie de fortaleza con siete galerías subterráneas, un verdadero bunker para el enemigo más poderoso de Roma. No se había apoderado de

botines ni riquezas para sí mismo. Análogamente, cuando su vencedor, Escipión, murió, se descubrió que su casa era un sencillo fortín provisto de torreones, con una sala de baño oscura y anticuada.<sup>[270]</sup> Los dos habían sido dignos adversarios uno de otro, pero el recuerdo de Aníbal seguiría inquietando a Roma. Muchos años después, ya en la última década del siglo I d.C, se dice que un senador romano guardaba como un tesoro una serie de mapas del mundo y de discursos de los grandes reyes y generales del pasado, y que tenía dos esclavos domésticos a los que había puesto el nombre de Aníbal y Magón.<sup>[271]</sup> Aquello fue motivo suficiente para que el receloso emperador romano que ocupaba el trono lo mandara ejecutar.

# Capítulo 30

## DIPLOMACIA Y DOMINACIÓN

Pero al tender naturalmente los más poderosos a oprimir cada vez con más dureza a los sometidos, ¿acaso —dijo— nos conviene colaborar con los deseos de nuestros dominadores, sin ponerles trabas, para saber por experiencia muy pronto qué son las órdenes más rigurosas o bien, por el contrario, debemos combatir con todas nuestras fuerzas aquellas intenciones y contrariarlas todo lo que [podamos?]. Y si nos dan órdenes [ilegales,] pero nosotros se lo echamos en cara, debilitaremos algo sus arranques y mitigaremos la aspereza de su poder, sobre todo porque los romanos tienen en mucha estima, al menos hasta ahora, como tú mismo reconoces, Aristeno, la observancia de juramentos y pactos, y su lealtad para con los aliados.

FILOPEMEN, Polibio 24.13

Los magistrados y generales romanos de aquellos años épicos eran hombres que llevaban la vida militar en los huesos. Todos ellos tenían que haber hecho diez años de servicio militar antes de ser elegibles para un cargo. Todos los magistrados eran caballeros, esto es, eran capaces de servir a su patria a lomos de un caballo que estaba debidamente registrado y era mantenido con fondos públicos. En tiempos de los reyes, los costes del mantenimiento de los animales de la caballería romana habían sido sufragados generosamente por las viudas y las solteras de la ciudad. Durante la República, también los huérfanos estaban sujetos a esta contribución. La idea de que el Estado mantuviera a los caballos había sido copiada de las ciudades-estado griegas. Algunos romanos, como los Escipiones o los Fabios, eran jinetes consumados, un requisito de la vida de la República Romana que nuestros

estudios modernos de la oratoria y los programas políticos de la época suelen pasar por alto.

A aquellos guerreros a caballo no les asustaban los mares que rodean Italia: el Adriático ya había sido cruzado por los ejércitos romanos antes de que Aníbal invadiera la península. Las primeras victorias de éste habían coincidido con importantes acontecimientos en Grecia y Asia, el mundo de los sucesores de Alejandro. El año 217 vio acciones en todos los frentes. En Italia, Aníbal obtuvo su contundente victoria del lago Trasimeno, pero en Asia, el rey Ptolomeo IV y un ejército bien entrenado (del que formaba parte la infantería egipcia) obtuvo una importante victoria en Rafia, al sudoeste de Gaza, sobre el ejército de los Seléucidas comandado por el rey Antíoco III. En Grecia, a finales del verano de 217, se reunieron los embajadores helenos para discutir la continuación de la guerra que enfrentaba desde hacía años a los Estados griegos. En aquellos momentos, los que estaban en el candelero eran los Ptolomeos, debido a la victoria que habían obtenido a mediados de junio. No obstante, un orador advirtió del peligro que suponían los romanos, esos «nubarrones que ahora se levantan en Occidente».<sup>[272]</sup> Treinta años después, los «nubarrones» romanos habrían estallado sobre Grecia y el imperio de los Seléucidas en Asia occidental. Los Ptolomeos, en cambio, habían perdido numerosas fortalezas y bases por todo el Mediterráneo y aún habrían de debilitarse más debido a las revueltas desencadenadas en el propio Egipto.

El ímpetu con el que los romanos entraron en Grecia y Asia fue notabilísimo. Mantenían una buena amistad con los Ptolomeos desde la década de 270, cuando acabó la

guerra con Pirro, y por esa razón no enviaron sus ejércitos a Grecia. Antes bien, desde la década de 280 habían establecido colonias en la costa oriental de Italia y naturalmente de ese modo el Adriático se convirtió en una importante zona de actividad para los colonos y sus socios. Al otro lado del mar se hallaban las tribus ilirias, a cuyas espaldas había una larga historia de incursiones de saqueo. En la década de 230 se habían unido para formar un reino más cohesionado y por tanto las quejas acerca de la «piratería» de los ilirios podrían ponerse en relación con el reconocimiento de su autoridad en la zona. En 229 fue enviado un contingente de tropas romanas al otro lado del Adriático con el fin de respaldar las quejas de los mercaderes de Italia. La actuación de los romanos se debió una vez más a la petición de socorro de los griegos, en esta ocasión los habitantes de la isla de Isa, en el Adriático.<sup>[273]</sup>

Tras una breve campaña, se concedió un triunfo a los cónsules que habían dirigido las operaciones. La noticia de las victorias romanas sobre los «bárbaros» ilirios fue cuidadosamente publicitada entre los Estados griegos, incluida Atenas, que habían permanecido a la expectativa. Poco después se desencadenó una segunda guerra «ilírica» que vino a recortar los flecos dejados por la primera y que puso a Roma más directamente en contacto con el rey de Macedonia, el joven Filipo V. En 215 los romanos descubrieron que este mismo monarca había ofrecido su alianza ni más ni menos que a Aníbal, con la posibilidad de enviar refuerzos de Macedonia a Italia. Semejante descubrimiento bastó para garantizar la reanudación de las actividades bélicas de Roma en Grecia.

El ámbito para las injerencias era muy grande. Durante

cerca de cien años las ciudades-estado griegas habían permanecido bajo el control de los reyes de Macedonia. Había habido períodos de guerra, durante los cuales algunas, entre ellas Atenas, habían luchado por la «libertad», pero semejantes iniciativas habían solido contar con la ayuda de algún rey macedonio rival, como, por ejemplo, los Ptolomeos de Egipto. La dominación macedonia continuó vigente, obteniendo rentas de los Estados que la soportaban y apoyándose en las guarniciones establecidas en puntos estratégicos de Grecia, según el modelo instituido por Filipo II. Dentro de este marco general, la política de poder había seguido unas direcciones que Demóstenes o cualquier diplomático del siglo IV habrá entendido rápidamente. Las «ligas» de esa época habían incrementado su fuerza, en especial la Liga Etolia, al oeste de Grecia, y la Liga Aquea, cuyo centro estaba ahora en Sición, al norte del Peloponeso. Dentro de las ciudades-estado, seguía habiendo las divisiones y facciones de costumbre entre los líderes favorables a la democracia y los partidarios de la oligarquía. En la década de 220 se produjo el período de terror más largo de la historia de Grecia, con una Esparta reformada y agresiva capitaneada por unos reyes especialmente capacitados, primero Agis y luego Cleómenes. La perspectiva de una nueva dominación espartana bastó para que la Liga Aquea volviera a alinearse al lado del rey de Macedonia y diera un nuevo giro a la guerra con los demás bloques de poder griegos.

Los romanos podrían, pues, alinearse al lado de una liga u otra, responder a las llamadas de auxilio de una u otra facción de las ciudades-estado divididas, o incluso desafiar directamente a los reyes de Macedonia. Por lo pronto les

preocupaba la presencia de Aníbal en Italia y de momento los pasos que dieron en Grecia fueron torpes y mal aconsejados. En 212-211 firmaron una alianza con los etolios, la potencia dominante en Delfos, en el centro de Grecia, pero también la menos civilizada de todas las comunidades políticas griegas. No era cuestión de que Roma ofreciera a los griegos sometidos a Macedonia o cualquier otro dominador la «libertad», ni siquiera la liberación. Los etolios retendrían todas las ciudades tomadas durante la guerra, mientras que los romanos se quedarían con todo el botín transportable que pudieran obtener, entre otras cosas grandes cantidades de esclavos. Otros griegos considerarían este tipo de pacto entre ladrones una modalidad de acuerdo bárbaro y propio de extranjeros.<sup>[274]</sup>

Durante más de diez años Aníbal y España tuvieron distraídos a los romanos, pero en 200 éstos se vieron de nuevo con las manos libres y volvieron a Grecia con todas sus fuerzas. Habrían vuelto de todas formas, pero en aquel momento pudieron poner como pretexto útil el hecho de que el rey Filipo de Macedonia había atacado a los aliados de Roma en el Egeo oriental. En el otoño de 200 los atenienses se habían unido al bando de los romanos (permanecerían fieles durante más de cien años), y en 197 las flexibles legiones romanas, junto con más de 2.000 soldados de caballería, obtuvieron una importante victoria sobre las formaciones tradicionales de Macedonia en Cinoscéfalos, en Tesalia. Roma pudo así hacer pública una solución para los asuntos griegos. El estilo de tratado relámpago firmado anteriormente con los etolios sería abandonado, y los romanos no mostrarían el menor favoritismo por sus antiguos aliados, a pesar de la ayuda que

les habían prestado en Cinoscéfalas: los etolios quedarían de hecho muy dolidos por aquel desprecio. Por el contrario, el general al mando del contingente romano, Flaminio, proclamó la «libertad de los griegos». No sólo era una libertad en el marco de la cual determinados puntos clave de Grecia iban a continuar ocupados por guarniciones (esta «libertad» limitada era bien conocida desde los tiempos de Filipo II, allá por la década de 330). Suponía una libertad también para esos mismos puntos clave. Flaminio tenía una sensibilidad muy poco habitual para los intereses de los griegos. El anuncio se hizo en los Juegos ístmicos de 196 y fue acogido con un aplauso tan clamoroso por parte de los griegos que, según dijeron algunos, muchos pájaros cayeron muertos del cielo.<sup>[275]</sup>

Aun así, el horizonte de los romanos no se limitaba a los griegos de Grecia. Habían empezado ya a hacer alusiones en público al estatus de las ciudades griegas de Asia y Europa que se hallaban bajo el dominio de los Seléucidas. Astutamente también en ellas se presentaron a sí mismos como si intervinieran en ayuda de sus amigos. Pues, en efecto, en Asia Menor, cerca del emplazamiento de Troya, había otros «troyanos» como ellos, y un poco más al sur estaban sus viejos «amigos», los Ptolomeos. Éstos habían perdido hacía poco todo un conjunto de bases griegas en Asia Menor, y llegó a decirse incluso que estaban en peligro debido al «pacto secreto» concluido entre Filipo V de Macedonia y el soberano Seléucida Antíoco III. Con el fin de fomentar esta imagen, los romanos hicieron pública su convicción de que, como demostraban sus éxitos, los dioses estaban de su parte y sus campañas en el extranjero estaban justificadas.

En 192 los etolios, disgustados con la situación, invitaron al alarmado rey Antíoco III a pasar de Asia a Grecia con un ejército. En cualquier caso, los romanos ya habían decidido emprender una campaña directamente contra él, que debía llevarse a cabo en Oriente, en sus territorios históricos. Primero obtuvieron una inteligente victoria en las Termopilas, de heroico recuerdo, en el centro de Grecia, y obligaron a Antíoco a regresar a Asia. En el invierno de 190-189, los legionarios obtuvieron la victoria final en la batalla de Magnesia, en Asia Menor. El territorio de los Seléucidas quedó así «liberado» tras ciento cincuenta años de dominación griega desde los tiempos de Alejandro Magno, otro «libertador». Pero buena parte de aquél sería entregado poco después a los amigos de Roma; el sur a los habitantes de la isla de Rodas, y el noroeste al rey Eumenes, que había establecido su capital en Pérgamo. Los intereses de los Ptolomeos no fueron sencillamente tenidos en consideración.

Por su parte, los romanos recibirían en concepto de indemnización la inmensa suma de 15.000 talentos, que debía ser pagada a plazos. También Cartago les pagaba anualmente cantidades sustanciosas y en los famosos 15.000 talentos no se incluía el abundante botín capturado en Asia. Las finanzas públicas de Roma experimentaron una transformación total. Al mismo tiempo, su poderío económico se vio reforzado por el aumento del número de romanos establecidos simultáneamente en el norte y el sur de Italia. Los años comprendidos entre 200 y 170 fueron testigos de una nueva oleada de colonias romanas en Italia, que se extendieron hasta las ricas tierras de cultivo del norte, en las proximidades del Po. Se ha calculado que fueron

enviados cerca de cien mil colonos a explotar casi medio millón de hectáreas; en estos años dio comienzo la historia «romana» de grandes ciudades modernas de Italia, como Parma o Bolonia.<sup>[276]</sup> Las colonias eran una buena salida para los ciudadanos pobres de Roma, que constituían una posible fuente de tensiones sociales en la ciudad. Una vez más, asistimos a una transformación clásica de una economía antigua, cuyas rentas y riquezas se vieron multiplicadas por la guerra, y en la que el establecimiento de colonias modificó el perfil social del Estado conquistador.

Tras las victorias de Roma en Grecia, vino la justicia, por así decir, para los griegos en una nueva época de proclamación de la «libertad». El senado y los generales romanos se dieron cuenta de que con demasiada frecuencia recurrían a ellos los Estados griegos que buscaban una justicia imparcial y un arbitraje territorial de sus propias diferencias internas. Los romanos recibían una y otra vez este tipo de solicitudes, pero cuando tomaban una decisión, ésta a menudo difería bastante de lo que en un principio se había creído que eran sus inclinaciones. Esta incoherencia resultaba conveniente para la nueva política romana consistente en aprovecharse de la debilidad de los griegos y de sus luchas internas. Uno tras otro, sus antiguos amigos y beneficiarios griegos se sintieron decepcionados ante las respuestas de Roma a sus peticiones: Rodas, el rey Eumenes de Pérgamo, y finalmente, en el Peloponeso, la importantísima Liga Aquea. Peligrosamente, algunos romanos empezaron a ser recordados por sus estallidos de «cólera» cuando trataban con los griegos y sus asuntos.<sup>[277]</sup> Se produjo un nuevo cambio de simpatías. Hasta finales del siglo III a.C. las democracias habían conocido una difusión

relativa por las ciudades griegas. A partir de 196, los romanos empezaron a favorecer a los que se declaraban amigos suyos en las ciudades y pensaron que estos individuos habrían venido mejor a sus intereses frente a la inconstancia de un populacho poco de fiar. Esos amigos solían ser los ciudadanos ricos, partidarios del «orden», y no los gobiernos populares. No es ninguna coincidencia que en muchas ciudades-estado griegas surgieran grandes «benefactores» cada vez más dominantes, a medida que empezaran a ponerse trabas y contrapesos a la democracia, primero en las *poleis* de fundación más reciente, y luego en las viejas «metrópolis» de Grecia.<sup>[278]</sup> Los romanos combinaron el papel de «gendarmes del mundo mediterráneo» con la clara conciencia de que eran la fuerza más poderosa y de que podían actuar más o menos como les pareciera conveniente. Por lo tanto, se trataba de una combinación peligrosa también para sus «aliados» del extranjero y los vecinos de éstos.

Entre 168 y 146 Roma ejerció su poder imperiosamente contra los enemigos que le quedaban, el rey de Macedonia (Perseo, en 168), los Seléucidas de Oriente Próximo (Antíoco IV, en 165), las tribus de la costa dálmata (156) y la Liga Aquea en Grecia y lo que quedaba del territorio de Cartago en el norte de África (146 a.C). El más importante de estos enfrentamientos fue el que supuso la derrota de los macedonios y el fin del poder ejercido por éstos durante casi dos siglos. En 179 el trono de Macedonia había pasado a manos de Perseo, un príncipe de treinta y tantos años, cuya brillantez y energía perturbaron inmediatamente a los observadores romanos. Estaba casado además con una princesa de la familia de los Seléucidas. Anunció el

establecimiento de condiciones favorables para los deudores en Grecia y atrajo de nuevo hacia Macedonia las peticiones de socorro de muchos griegos a los que las acciones de Roma habían contribuido a empobrecer cada vez más. Las sospechas que despertó en los romanos se intensificaron durante la década de 170, y culminaron en la decisión de declararle la guerra a finales de 172. La embajada final enviada por los romanos no hizo más que confundir a Perseo y hacer que retrasara sus preparativos al darle a entender, traicioneramente, que quizá pudiera llegar a un acuerdo con Roma. Incluso algunos romanos criticaron el cinismo de aquellas negociaciones diplomáticas.

Durante los dos años siguientes, los generales romanos destacados en Grecia no tuvieron, ni mucho menos, un comportamiento más digno. La opinión pública griega tuvo que ser apaciguada antes de que en 168 llegara un gran ejército romano al frente de un cónsul, Emilio Paulo, descendiente del mismo cónsul que fuera derrotado por Aníbal en Cannas. En la costa del sudeste de Macedonia se enfrentaron las dos potencias en una batalla en la escarpada región montañosa del Olimpo. El ejército de Perseo era casi tan grande como el de Alejandro en Gaugamela, pero un destacamento romano logró efectuar un brillante movimiento por sus flancos atravesando dos pasos de montaña situados al oeste, desalojando a dos guarniciones macedonias y amenazando de repente al ejército de Perseo con rodearlo. Esa maniobra trascendental fue dirigida por el yerno del gran Escipión: posteriormente engrandecería su éxito en el relato que escribió de su acción.

Perseo se retiró, con Emilio Paulo pisándole los talones, y se quedó de una pieza al ver que el ejército macedonio se

hallaba una vez más situado en una estrecha llanura al sur de Pidna. Los subordinados de Emilio Paulo deseaban atacar de inmediato, pero el cónsul prefirió esperar y estudiar a su adversario: posteriormente comentaría en los banquetes celebrados en Roma que la falange macedonia, con sus largas lanzas puntiagudas, era «la cosa más terrible» que había visto en su vida. La batalla dio comienzo el 22 de junio, después de un eclipse de luna, y los romanos casi perdieron la posición en el primer asalto por el centro. Las largas picas de la falange atravesaban los escudos de sus soldados de infantería y hacían retroceder el centro de la formación, pero entonces se puso de manifiesto su tradicional debilidad en el combate cuerpo a cuerpo que se desencadenó a continuación. Sus filas empezaron a romperse, permitiendo a la infantería romana penetrar en su formación y desenvainar sus espadas, mucho más largas que los puñales que utilizaban los soldados macedonios. La carnicería fue espantosa, pereciendo, según se cuenta, 20.000 macedonios. Mientras tanto, los embates de la caballería macedonia por los flancos fracasaban, en parte debido a los elefantes que llevaban los romanos, y en parte también porque sus propios elefantes fueron mutilados por una sección romana especializada en anular la efectividad de los paquidermos.

Perseo salió huyendo, pero posteriormente fue capturado y conducido ante Emilio Paulo, que le propinó una lección antes sus jóvenes oficiales acerca de la inestabilidad de la fortuna que el propio Heródoto habría aprobado. Los palacios macedonios fueron saqueados, obteniéndose de la rapiña una cantidad ingente de colmillos de marfil, anécdota que nos recuerda cuántos elefantes habían sido criados en la

llanura en otro tiempo pantanosa situada en las cercanías de Pella. Perseo y sus hijos fueron conducidos a Roma y obligados a desfilar como humildes cautivos en el triunfo que marcó el fin del poder de la monarquía macedonia: Emilio Paulo se quedó con el contenido de la gran biblioteca griega del rey. El reino fue dividido en los cuatro distritos que lo componían, pero los macedonios no estaban acostumbrados al más mínimo grado de democracia. Al cabo de poco tiempo se sublevaron capitaneados por un nuevo pretendiente a la corona.

Los años siguientes, los que van de 168 a 146 a.C. fueron considerados por un agudo observador griego, el historiador Polibio, una auténtica época de «turbulencias y revoluciones».<sup>[279]</sup> Desde luego los romanos no daban cuartel a aquellos a los que declaraban enemigos suyos. En 149 hicieron pública su decisión de disolver la Liga Aquea, que tan larga historia tenía a sus espaldas, y en 146 hicieron efectiva su promesa, destruyendo además la antigua ciudad de Corinto. Ese mismo año, arrasaron por completo lo que quedaba de Cartago (los años del pago de indemnizaciones habían acabado poco tiempo antes). Ya en 168, el vencedor de Pidna, Emilio Paulo, había tomado terribles represalias contra los habitantes de Epiro, en el noroeste de Grecia, que habían ayudado a sus vecinos los macedonios. El senado decretó que setenta ciudades del Epiro fueran saqueadas y, en consecuencia, cerca de ciento cincuenta mil individuos fueron brutalmente vendidos como esclavos. Asimismo fueron trasladadas a Roma enormes cantidades de obras de arte griego, junto con un número ingente de objetos de oro y plata. Después de tanto horror, resulta difícil admitir que Roma pudiera experimentar un cambio a peor.<sup>[280]</sup>

En menos de setenta años, entre el desastre de Cannas, acontecido en 216, y la destrucción de Cartago en 146, los romanos se habían convertido en la única superpotencia del Mediterráneo. Las consecuencias de esa situación resultan muy instructivas. Los romanos esperaban ahora «obediencia» absoluta a las órdenes que dictaban por propia iniciativa; los generales romanos estaban acostumbrados a ejercer el «mando» (*imperium*) como magistrados en Roma. Cuando declaraban una guerra (como, por ejemplo, en 156 a.C.) tenían mucho cuidado y ponían un pretexto «justo» para consumo de la opinión pública, aunque los verdaderos motivos fueran otros. Ateniéndose a esos pretextos, los historiadores modernos han sostenido a veces que Roma se vio arrastrada paulatinamente a inmiscuirse en los asuntos griegos, que sus ataques fueron por lo general en defensa propia y que, como no convirtió inmediatamente en nuevas provincias los territorios conquistados, no se fijó desde un principio el objetivo de explotarlos. En contra de esta interpretación pueden aducirse fascinantes problemas de cronología y otros testimonios, aparte de las opiniones de los contemporáneos de los hechos de las que tenemos noticias. Esos especialistas pasan además por alto importantes elementos de la mentalidad romana y del consiguiente complejo de gloria y de obtención de beneficios que se desarrolló en la sociedad de Roma; los generales ambiciosos tenían prisa por ponerse a la altura de los antepasados de su familia que habían tenido sus mismas ambiciones, y su objetivo era hacerse con un buen botín y celebrar un triunfo. Resulta más convincente atribuir a los romanos audacia en sus designios y cada vez menos escrúpulos a la hora de hacer realidad esos designios valiéndose de la traición y la agresión descarada. Algunos romanos observan de hecho una

«sabiduría nueva» entre los políticos de la década de 170 a.C. que consistía en decir mentiras manifiestas y suponer que «el poder tiene razón».<sup>[281]</sup> Según algunos, esa «sabiduría nueva» fue sólo una intensificación de la práctica ya existente. El éxito de Roma en Grecia y en Asia Menor se basó sobre todo en la enorme superioridad de sus recursos humanos y la táctica militar flexible que fue adoptada antes de 320 y que ya había sido probada contra Cartago. El comportamiento mostrado con sus enemigos en Grecia durante aquellos lúgubres años resulta menos sorprendente para los que empiezan por estudiar su anterior comportamiento en la Sicilia griega en 212-211. Para explotar sus conquistas no necesitaba convertirlas en provincias delimitadas territorialmente. Su dominio podía ser menos directo, aunque dudemos en llamarlo todavía directamente «imperio», tal como entendemos hoy día este término.

Cuarta parte  
LA REPÚBLICA ROMANA

Entre el siglo III y el siglo II antes de nuestra era, Roma fue la ciudad de Italia o incluso de Grecia que tuvo un gobierno más aristocrático... Si el senado por una parte estaba obligado a manipular a la multitud en materia de asuntos internos, por otra era dueño y señor absoluto en lo que concierne a los asuntos exteriores. Era el senado el que recibía a los embajadores, el que concluía las alianzas, el que distribuía las provincias y, las legiones, el que ratificaba las acciones de los generales, el que determinaba las condiciones concedidas a los pueblos conquistados: es decir, todas las actividades que en otros lugares correspondían a la asamblea popular. Por consiguiente, en sus relaciones con Roma, los extranjeros no tenían nada que hacer con el pueblo. Sólo hablaba el senado, y se difundió la idea de que el pueblo no tenía ningún poder. Ésa fue la opinión que un griego expresó ante Flaminio: «En vuestra república», dijo, «sólo gobiernan los ricos, y todo está supeditado a ellos».

N. D. FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua* (1864, según la traducción inglesa de 1956)

Insisto en que en este sistema (el sistema político de la República Romana tardía), un cargo público sólo podía obtenerse a través de una elección directa en la cual tenían derecho a participar todos los ciudadanos (varones adultos), incluidos los libertos, y toda la legislación era por definición objeto de una votación popular directa. Siendo esto así, resulta difícil entender por qué la República Romana no iba a merecer una consideración seria no sólo como un tipo específico de ciudad-estado antigua, sino como un caso especial de cierto grupo relativamente pequeño de ejemplos históricos de sistemas políticos que merecerían la etiqueta de «democracias».

FERGUS MILLAR, *The Crowd in Rome in the Late Republic* (2002)

# Capítulo 31

## LUJO Y LIBERTINAJE

«No poseo ni casa ni vajilla ni una túnica cara, no tengo esclavos costosos ni criada. Si tengo a mano algo que pueda utilizar, lo utilizo. Si no lo hay, prescindo de ello. Por mi parte, considero que cada uno debe usar y disfrutar de lo que tiene». Y añade: «Me echan en cara que me faltan muchas cosas. Pero yo a éstos les digo que no son capaces de vivir sin ellas».

CATÓN EL CENSOR, en Aulo Gelio, *Noches áticas* 13.24

Las conquistas de los romanos en Italia y posteriormente en Grecia se debieron en parte a su habilidad militar y a sus valores, y en parte a la superioridad cada vez mayor de sus recursos humanos y a su atractivo para las clases altas de ambos países y para las facciones existentes en ellas. La obediencia a Roma era el menor de los males políticos a juicio de unos individuos cuya posición y cuyos bienes corrían el riesgo de serles arrebatados por sus propias clases humildes o por los enemigos bárbaros que los rodeaban. Sin embargo, la «libertad» sería después la oferta que aparentemente harían los romanos a los distintos Estados de Grecia.

Cuando romanos y griegos se vieron abocados a mantener unas nuevas relaciones, cada vez más estrechas, tuvo que producirse necesariamente un conflicto de culturas. Los griegos interpretaron a todas luces los ofrecimientos de «libertad» con un espíritu que los romanos, que aspiraban a encontrar lealtad y agradecimiento, no compartían. En Roma, por otra parte, el contacto cada vez mayor con las costumbres griegas dio nuevas alas a la vida romana

«tradicional». Hacia el año 200 a.C. eran bastante pocos los senadores que sabían hablar en griego o que lo entendían: algunos historiadores modernos conjeturan que la mitad del senado podía hacerlo, aunque, en mi opinión, se trata de un cálculo exagerado. Durante siglos Roma había estado en contacto con los artistas griegos, la religión griega y los hablantes de lengua griega y sus conquistas en el sur de Italia la habían puesto frente a frente ante la cultura griega. Pero hay muchos niveles de conocimiento de una lengua y existen muchos grados de lo que llamamos «helenización». Poseer objetos y esclavos griegos es una cosa; pensar en griego y admirar el fondo de la cultura griega (sea lo que sea lo que entendamos por tal), otra muy distinta.

Indudablemente la cultura griega ya había empezado a dejar su impronta transformadora en el latín. A partir de 240 más o menos la lengua latina había comenzado a desarrollar su propia literatura, modelada directamente sobre la griega (por lo pronto a partir de la *Odisea*).<sup>[282]</sup> Los primeros autores latinos reflejan las consecuencias del avance militar de Roma hacia el sur a través de Italia y fuera de ella: los primeros dramaturgos latinos, incluido Terencio, proceden del sur de la Península Italiana, de lengua griega; el primer historiador, el senador Fabio Píctor, se decidió a escribir una obra que explicara la guerra con Cartago, y lo hizo en griego, directamente para un público griego. El gran poeta cómico latino Plauto, que era originario del centro de Italia (Umbría), también siguió modelos griegos. Pero sobre todo, el primer poeta épico latino, Ennio, procedía de la punta de la bota de la Península Italiana y hablaba otras dos lenguas, además del latín. Escribió en eruditas formas poéticas griegas y compuso un poema épico notable en latín,

los *Anales*, que iban desde la guerra de Troya hasta el triunfo obtenido por su patrono, el senador romano Fulvio Nobilior. A Nobilior se le concedió el triunfo por someter a los antiguos aliados de Roma, los griegos de la Liga Etolia. Es indudable que Ennio podía dejar correr su imaginación en torno a aquel triunfo acontecido mil años después de la supuesta caída de Troya, que se databa con una erudición mal orientada aproximadamente en el año 1180 a.C.<sup>[283]</sup>

No obstante, toda esta literatura poética estaba escrita en latín. La que gozaba de más audiencia, las comedias de Plauto, tenía un marcado tono latino en su ambientación, incluso en las comidas de las que hablan, y en el papel asignado a los libertos, mucho más pronunciado que en Grecia. ¿Con qué tipo de «helenismo» estaría más relacionado un senador romano? No desde luego con el helenismo clásico de un demócrata ateniense, que filosofaba acerca de arduas cuestiones relacionadas con el conocimiento y la necesidad, que aceptaba la igualdad de voto de los campesinos, y que suspiraba por la belleza de un joven atleta. Ni con el esplendor de un monarca helenístico: los ideales romanos podían asimilarse con más facilidad con los ideales espartanos de austeridad y de pertenencia al grupo de los «iguales», pero ni su formación ni su afán de riqueza eran desde luego los de un buen espartiatá. No había ningún elemento de la vida de un romano que se solapara con claridad con ningún elemento de la vida griega. Lo que importa en la llamada «helenización» de Roma es el contexto social y moral en el que fueron acogidas las costumbres griegas: los romanos podían coleccionar obras de arte, poetas y esclavos cualificados, pero no se convertían en verdaderos griegos por el mero hecho de ser filhelenos,

como tampoco eran básicamente franceses los aristócratas rusos francófilos de *Guerra y paz* de Tolstói. En los círculos romanos, los máximos exponentes del helenismo siguieron ocupando socialmente el mismo lugar. Los poetas griegos se convirtieron sólo en clientes de los romanos ricos; pero el «talento» del mundo griego introdujo en Roma otras habilidades, otras artes y otros lujos, que llegaron en forma de esclavos y de cautivos de guerra. En este sentido, el triunfo sobre Macedonia celebrado en 167 ha sido considerado un punto de inflexión que introdujo en la sociedad romana todo tipo de novedades, desde músicos griegos, hasta cocineros o experimentadas prostitutas de esa misma nacionalidad. A partir de 160, los burdeles utilitarios de las comedias de Plauto (*ca.* 200 a.C.) habrían parecido un pobre sustitutivo de las artes de las nuevas cortesanas al estilo griego establecidas en Roma. La práctica del sexo homoerótico «griego» se puso más de moda entre los romanos, aunque siguiera estando mal vista entre ciudadanos libres. Aquellos años de despertar cultural resultan fascinantes debido a los retos tan grandes que impuso el nuevo contexto romano a los artistas griegos inmigrantes. En febrero de 166, en el curso de los juegos por la victoria sobre los ilirios, actuaron en un teatro portátil construido en el circo romano unos famosos flautistas griegos y un coro de bailarines. Como su repertorio artístico resultaba aburrido para los espectadores romanos, se les dijo que lo animaran un poco parodiando una batalla. El coro obedeció y se dividió en dos partes, tras lo cual saltaron al escenario cuatro púgiles acompañados de unos individuos que tocaban la trompeta y el cuerno. Los actores trágicos traídos de Grecia que esperaban su turno, tuvieron que cambiar su espectáculo, hasta tal punto que el historiador

griego Polibio, probablemente uno de los asistentes al acto, ni siquiera es capaz de describir a sus circunspectos lectores griegos lo que fue aquello.<sup>[284]</sup>

Como no podía ser de otro modo, las nuevas modas y las nuevas importaciones despertaron los tradicionales temores romanos ante el «lujo». Durante los cincuenta años siguientes tenemos atestiguadas varias leyes que intentaban limitarlo, aunque tampoco podemos decir que fueran las primeras de la historia de Roma. Encajaban perfectamente con las actitudes romanas más profundas. Las virtudes de la austeridad y la parsimonia eran admiradas en las leyendas que se contaban acerca de los buenos tiempos pasados, es decir, la época correspondiente a los siglos VII-IV a.C. Se esperaba que los padres de familia romanos las emularan y educaran a sus hijos en la cultura de la moderación. Los censores (magistratura doble), habían asumido la nueva tarea de supervisar la moral pública: cuando se elaboraban periódicamente las listas de los ciudadanos romanos, podían poner una «nota negra» («denigrar») a todo aquel cuya conducta hubiera sido indecente. En la nueva era de conquistas en Oriente habría muchas más cosas que censurar. El «lujo» era calificado de «asiático» y «oriental», recuperándose así los viejos estereotipos utilizados por los pensadores e historiadores griegos desde los tiempos de Heródoto en adelante. Pero también había su parte de verdad en esos estereotipos. El arte y la arquitectura, la metalurgia y las habilidades culturales de la monarquía macedonia y de los reinos griegos de Asia estaban infinitamente más avanzados que los toscos niveles del arte y la cultura predominantes en Roma antes de 180. Estaba, además, el ejemplo constante de Egipto, el lujo de cuyos

reyes, los Ptolomeos, tenía fuertes connotaciones de fantasía dionisiaca y de esplendor regio. En Roma, tan hostil al gobierno de un solo hombre, semejantes extravagancias resultaban de todo punto inaceptables.

Las leyes contra el lujo no fueron impuestas en esta época por las asambleas del pueblo con el fin de frenar las extravagancias de la clase alta. Más bien fueron algunos miembros del senado (no su totalidad) los que las propusieron.<sup>[285]</sup> Un lujo muy temido era la excesiva largueza en el trato dispensado a los invitados en los banquetes públicos. Era una muestra de liberalidad, pero también un modo de atraerse demasiados partidarios del que disponían los romanos que ostentaban cargos públicos. Las leyes intentaron limitar también el consumo de demasiados productos de importación. Naturalmente las leyes fueron impugnadas o simplemente desobedecidas, pero se inscribían en un contexto más amplio de preocupaciones. Los triunfos concedidos a partir de 180 dieron lugar a la celebración de grandes banquetes públicos y también, como veremos, a la organización de nuevos «espectáculos lúdicos» que suscitaban la inquietud de los rivales: en tres ocasiones, entre 187 y 179, los senadores intentaron limitar el dinero gastado en los juegos circenses. Intentaron también prohibir la importación de animales para la celebración de «cacerías» en la arena: un tribuno de la facción popular frustró su plan. Las leyes intentaron limitar también los sobornos y regular los estadios de la carrera política de cualquier individuo. Al igual que este oportunismo político, el lujo podía intensificar la rivalidad en el seno de la clase alta en un momento de explosión de las oportunidades. La crisis de las aristocracias de las ciudades-estado griegas durante los siglos VII y VI a.C.

se reproduciría en Roma, pero con unas armas de un alcance muchísimo mayor.

La voz más importante contra el lujo y las tensiones provocadas por él que se dejó oír en Roma fue la del famoso Catón el Viejo, fragmentos de cuyas obras en latín se nos han conservado. Catón hacía «hincapié en su «parsimonia y austeridad» y en los años que había pasado trabajando la tierra entre sus piedras «sabinas».<sup>[286]</sup> Pero desde luego Catón no era un campesino ni el portavoz de los agricultores pobres: pertenecía a una familia italiana acomodada. La carrera de Catón, iniciada en 217, se desarrolló hasta el año 149, y llegó a su punto culminante en 184, cuando fue nombrado censor y mostró su famosa severidad incluso a algunos senadores romanos. La posteridad lo presentaría como el más estricto de los tradicionalistas romanos, pero el tradicionalismo de Catón era el conservadurismo de un arribista, de un hombre nuevo hecho noble. Las costumbres de su vida familiar se harían legendarias. Catón se retiraba a veces a la sencilla casa rústica que había sido utilizada por Curio, cuya austeridad era ejemplar. Allí, su mujer amamantaba a los hijos de sus esclavos, para transmitirles con la leche la lealtad a sus amos; sencillos platos y vasos eran la vajilla que utilizaba habitualmente (no los vasos de oro y plata de nuevas formas adquiridos en Grecia), y Catón tenía la desagradable costumbre de liberar a los esclavos viejos o enfermos para que no resultaran una carga para sus fincas.<sup>[287]</sup> Catón no era contrario al hecho de ganar dinero: en su opinión, era una virtud que el individuo incrementara los bienes que había heredado.<sup>[288]</sup> Tampoco detestaba el comercio, aunque consideraba que era terriblemente arriesgado. Lo que odiaba era el préstamo de dinero, pues

era una actividad «antinatural» e infame.<sup>[289]</sup> Temía también las consecuencias políticas de las ganancias mal obtenidas en las provincias. Por este motivo, habló en contra de los senadores que en 167 a.C. quisieron atacar la isla de Rodas, antigua aliada de Roma.<sup>[290]</sup>

No es que Catón no tuviera simpatía por los griegos en cuanto tales. Como es bien sabido, sus discursos y escritos arremetían contra sus actividades intelectuales, su filosofía, su poesía y sus médicos. Eran «la raza más maligna y desordenada»,<sup>[291]</sup> defensora de la desnudez y la frivolidad; sus médicos conspiraban para matar a los «bárbaros» romanos. La afición romana por los ejemplos griegos, tan de moda en su época, era indecente, afirmaba Catón, sobre todo porque tanto romanos como italianos tenían sus propios héroes del pasado que eran igualmente grandes. Las quejas de Catón reflejaban la creciente oleada de contactos de Roma con lo griego. Cuando en 155 a.C. los atenienses enviaron a Roma a los directores de sus escuelas de filosofía en una embajada, uno de ellos, el escéptico Carnéades, defendió un día la justicia en la actividad política, y al día siguiente defendió la injusticia. A Catón le asqueó tanto aquella actitud que pidió que los filósofos salieran inmediatamente de Roma y que volvieran a corromper a la juventud de su ciudad, no a la romana.

Sin embargo, la juventud de Roma se había dejado seducir por la inteligencia de aquellos griegos. A lo que se enfrentaba Catón era a una ola imparable que se acercaba a toda velocidad, y él era como una boya arrastrada por la resaca. Había estudiado en Atenas: su obra *Sobre la agricultura* se basaba en fuentes griegas, lo mismo que sus *Orígenes*, sobre los primeros tiempos de los pueblos y las

ciudades de Italia. Había utilizado en su provecho el marco general de los griegos, pero odiaba sus alardes y su excesiva sutileza. Había además una tremenda parcialidad en su actitud ante Cartago. Catón había servido en la segunda guerra púnica y, cuando los cartagineses dejaron de pagar (en 151 a.C.) la indemnización que les había sido impuesta tras su derrota, se abrió un debate en Roma acerca de las medidas que debían tomarse al respecto. Catón, el veterano de los tiempos de Aníbal, se mostró partidario de destruir Cartago por completo. Puso de relieve el peligro que corrían los romanos exhibiendo en el senado un higo fresco «recién» cogido en Cartago, como si esta ciudad se encontrara apenas a media hora de viaje de Roma.<sup>[292]</sup> Pero su política de destrucción resultaba temible por una razón que debería haberle hecho vacilar: si Roma se quedaba sin ningún enemigo extranjero al que temer, ¿no proliferarían aún más el «lujo» y la molicie? A pesar de todo, Cartago fue destruida.

Contradicciones de este tipo siguieron planteándose al pensamiento romano tradicional debido a la expansión del poderío romano en el extranjero. Las ciudades griegas aliadas instituyeron cultos a Roma, concebida como una diosa, e incluso trataban a los magistrados romanos como si fueran semejantes a los cortesanos o a los príncipes que conocían en su mundo helénico de reyes. Esos honores personales iban en contra de la libertad e igualdad de las que se jactaban los miembros de la clase senatorial. Cuando la actitud de los romanos se hizo más imperialista, su estructura social quedó retratada ante ellos mismos por la actitud de un subordinado suyo a regañadientes, el rey Prusias de Bitinia.<sup>[293]</sup> En torno al año 170, cuando unos

legados romanos llegaron a su corte, en el noroeste de Asia Menor, Prusias parodió la realidad de su situación disfrazándose de liberto y presentándose como tal, es decir, como una especie de verdadero servidor de los romanos. «Miradme a mí, vuestro liberto», dijo, «pues quiero seros agradable en todo e imitar vuestras costumbres». Posteriormente Prusias viajó a Roma y, en una actuación sublime, fue aún más allá cuando se presentó en el senado. «Salve, dioses salvadores míos», exclamó prosternándose ante el umbral del edificio y ante los senadores más ilustres congregados en su interior. Parecía realmente tan despreciable que recibió una respuesta amistosa. Según algunos, lo ridículo era que Prusias parodiaba irónicamente la imagen que de sí mismos tenían sus arrogantes nuevos amos, los romanos.

Los desprecios de Roma podían incluso desencadenar choques de culturas secundarios en lugares mucho más alejados. En la primavera de 168 el monarca Seléucida Antíoco IV invadió por fin el territorio egipcio de sus rivales, los Ptolomeos, sólo para ver cómo le cortaba el paso un altanero legado romano. Obligado a retirarse, Antíoco celebró una fiesta en su ciudad de Antioquía, con afán de emular las celebraciones de su victoria sobre Macedonia que por esa misma época protagonizaron los generales romanos. Siguiendo el nuevo estilo romano, Antíoco organizó un espectáculo de peleas de animales salvajes, pero entonces sorprendió a sus invitados sirviéndoles personalmente en una ostentosa demostración de amabilidad en el curso de un suntuoso banquete real.<sup>[294]</sup> Un año más tarde, se detuvo en Judea, donde atendió la petición presentada por una facción de los judíos de Jerusalén; deseaban imponerse a sus

adversarios y adoptar las costumbres griegas abandonando de paso las prácticas judías tradicionales. Antíoco decidió prestarles su apoyo, como si pretendiera calmar la cólera que lo dominaba tras el reciente desaire sufrido en Egipto por parte de los romanos.<sup>[295]</sup> Consecuencia de todo ello fue una sublevación nacionalista protagonizada por los otros judíos ultrajados y una sangrienta guerra (la «Rebelión de los Macabeos»). A raíz de esa rebelión surgió un nuevo Estado judío poderoso y una nueva teología del martirio de los judíos que perecieron en ella. Se dijo que habían ido directamente al paraíso, y ésta es la primera mención que tenemos de esta idea históricamente tan fecunda.<sup>[296]</sup>

El choque de culturas queda personificado ante todo por el hombre al que debemos buena parte de lo que sabemos acerca de los progresos de Roma entre 220 y 146 a.C. el último gran historiador griego, Polibio, natural de Megalópolis. Nació en el seno de una ilustre familia política de la Liga Aquea, pero en 167 fue deportado a Roma junto con otros mil individuos, como rehén sospechoso de hostilidad a los romanos. Siendo rehén, entabló amistad con importantes romanos, entre otros con los jóvenes Escipiones (la caza era uno de los lazos más importantes que los unían). Posteriormente realizó largos viajes por España y Occidente, llegando a visitar incluso las costas de África occidental. Una vez más, una de las grandes historias griegas sería escrita por un exiliado. El proyecto original de Polibio consistía en escribir un libro de historia hasta el año 167 a.C. pero decidió continuarlo porque vivió lo bastante para ver las «turbulencias y revoluciones» de los años de dominación de Roma.<sup>[297]</sup> Él mismo desempeñó un papel en ellos, ayudando a elaborar el acuerdo impuesto por Roma a Grecia en 146

a.C. tras la brutal destrucción de Corinto. A Polibio le resultaría difícil explicar su papel: había sido un «compañero de viaje» de los romanos y había participado en las acciones de éstos, cuando lo que habría cabido esperar era que se hubiera opuesto a ellas.

Polibio es el historiador de la Antigüedad con una visión más explícita de lo que deberían ser y de lo que deberían hacer los historiadores. Al atacar a sus antecesores (en beneficio de nuestro conocimiento de ellos) hace hincapié en el valor de la «historia pragmática».<sup>[298]</sup> Se trata de la historia de los acontecimientos y las acciones en la medida en que afectan a las ciudades, los pueblos y las personas, y debe ser escrita por un individuo «pragmático», alguien que viaje a los lugares en cuestión, que entreviste a los protagonistas de los hechos y estudie personalmente los documentos. Polibio es enemigo declarado de los ratones de biblioteca como su erudito antecesor, Timeo. Hay mucho de Tucídides en sus objetivos, excepto que, una vez más, la exclusión de los dioses como explicación de la historia que hacía el ateniense resultaba demasiado rigurosa para la mentalidad más sencilla de su admirador. A juicio de Polibio, la derrota de los reyes de Macedonia y de Antíoco IV en un mismo año (168) había sido una venganza por la brutal decisión tomada por sus antecesores en *ca.* 200 de concluir un pacto en detrimento de Ptolomeo V de Egipto, por entonces un niño. A Tucídides le habría encantado puntualizar que esa «venganza» no era más que una coincidencia y que el «pacto» que supuestamente había venido a vengar era casi con toda seguridad una invención a la que los romanos habían dado una gran publicidad.

No obstante, Polibio busca explicaciones de los cambios

y es bastante explícito a la hora de formularlas. Según la mayoría de los expertos, lo que él dice explícitamente es menos penetrante que lo que Tucídides deja implícito. Nos obliga además a enfrentarnos a una ampulosa modalidad de griego polítécnico. Pero su visión desde un extremo y otro del Mediterráneo, desde España hasta Siria, es un mérito que debemos atribuirle y su descripción de nuevos pueblos, paisajes, mitos y recursos constituye un perfecto testimonio de mentalidad griega helenística.

Sus observaciones acerca de los romanos resultan particularmente importantes. En ellas tenemos, por fin, las impresiones de un griego culto que vivió en Roma, aprendió un poco de latín y entabló amistad con algunos romanos de la clase alta de aquellos años fascinantes. En las historias de Polibio, los hablantes de griego califican a los romanos y su comportamiento de «bárbaros».<sup>[299]</sup> Y no son «bárbaros» simplemente porque hablan una lengua extranjera. Polibio presenta también las costumbres de los romanos como extranjeras, como algo «suyo», no «nuestro», es decir, de los griegos. Los romanos podían llegar a ser extraordinariamente salvajes: «En las ciudades conquistadas por lo romanos», afirma Polibio, «se pueden ver con frecuencia no sólo personas descuartizadas, sino perros y otras bestias».<sup>[300]</sup> Pero la crueldad de los romanos era deliberada, a diferencia del estereotipo del bárbaro «irracional», el individuo en el que se mezclan salvajismo y pánico. Cuando compara a los romanos con otros pueblos que no sea el griego, Polibio no los llama bárbaros.

Lo más curioso es que tiene las mismas ideas acerca del comportamiento de los romanos de su época que expresaba el severo Catón el Viejo. También para Polibio, la mayoría

de los romanos sentía una afición desmesurada por hacer dinero, como confirman las quejas y las máximas de Catón. Debido a su educación griega, Polibio alaba la moderación, el patriotismo y el austero dominio de uno mismo, cualidades que se ven respaldadas por la imagen distorsionada que tenía de la antigua Esparta. En su contexto romano, Catón pregonaba esos mismos valores. Los dos hombres se conocieron personalmente, pero la semejanza de los valores que profesaban no se debe a que la mayor inteligencia de Polibio modelara el pensamiento de Catón. Se debe a una perspectiva análoga, formada independientemente. Un puente que unía esos valores comunes era su apego por el griego sencillo de un escritor clásico ateniense, Jenofonte, enemigo del lujo, admirador de la valentía y las proezas militares, y adalid de la vida «moral», ejemplificada en otra afición que tenían los tres en común, la caza.

También para Polibio el año 167 supuso un punto de inflexión debido a la nueva oleada de «lujo» que desataron en Roma las conquistas obtenidas en Grecia. Se lamentaba de que los jóvenes pagaran ahora «más de un talento» por un amante adolescente; de manera análoga, Catón advertía al pueblo romano que no tardaría en «ver un cambio a peor» en su constitución, cuando los «mancebos hermosos sean vendidos por un precio mayor que el de las tierras de labranza».<sup>[301]</sup> Polibio y Catón compartían la desaprobación del nuevo «lujo» y la idea de que éste iba a contribuir a la decadencia política: en su historia, Polibio se preocupa por reproducir, siempre que le es posible, la esencia de lo que sus personajes dijeron realmente. Pero a diferencia de Catón, tenía una teoría explicativa premonitoria, la idea de que las

constituciones se siguen unas a otras según un modelo cíclico inevitable, que se repite a lo largo del tiempo. El año de la batalla de Cannas, Polibio creía que la constitución romana había llegado a su punto culminante. En su opinión, no se trataba de una constitución «mixta», que mezclaba distintos elementos de la oligarquía, la democracia, etc. Antes bien, se encontraba en una fase oligárquica, pero la mantenían en equilibrio ciertos elementos de la monarquía y la democracia que hacían de contrapeso frente al cambio y la degeneración.<sup>[302]</sup> Según la teoría de Polibio, ese cambio debía producirse irremediablemente, y tenía que ver con los cambios introducidos en las «costumbres» y la conducta de los ciudadanos: la oligarquía cambiaría y daría paso a la democracia, la democracia degeneraría en el gobierno de la chusma y de ahí se pasaría de nuevo a la monarquía, el punto de partida. Polibio siguió escribiendo cuando ya era un anciano: se dice que murió a los ochenta y dos años, esto es, a mediados de la década de 120, a consecuencia de la caída de un caballo. Su sencilla teoría de los elementos constitucionales de Roma debía más a su educación y a su marco de hombre griego que a la realidad romana. ¿Eran realmente los cónsules romanos tan «semejantes a reyes»? ¿Y dónde estaba el papel democrático del «pueblo» en el sentido plenamente griego del término? Como si fuera un griego trasplantado a la India, permitió que sus teorías distorsionaran su comprensión de lo que iba viendo y oyendo. Pero sus predicciones tendrían una particular resonancia durante los cien años siguientes para la Roma que él conoció como residente extranjero.

## Capítulo 32

### TURBULENCIAS EN EL INTERIOR Y EN EL EXTERIOR

Refiérese también que no fue Septimuleyo, amigo de Opimio, el que le cortó a Gayo la cabeza, sino que, habiéndosela cortado otro, se la arrebató al que quiera que fue, y la llevó para presentarla, porque al principio del combate se había echado un pregón ofreciendo a los que trajesen las cabezas de Gayo y Fulvio lo que pesasen en oro. Fue, pues, presentada a Opimio por Septimuleyo la de Gayo, clavada en una pica, y traído un peso, se halló que pesaba diecisiete libras y dos tercios; habiendo sido hasta en esto Septimuleyo hombre abominable y malvado, porque habiéndole sacado el cerebro, rellenó el hueco de plomo.

PLUTARCO, *Vida de Gayo Graco* 17

Su sepulcro [de Sila] está en el Campo Marcio, y la inscripción se dice haberla dejado él mismo, viniendo a reducirse a que nadie le había ganado ni en hacer bien a sus amigos ni mal a sus enemigos.

PLUTARCO, *Vida de Sila* 38

Con Cartago destruida y Grecia atemorizada, habría cabido esperar que los romanos emprendieran un dominio firme del Mediterráneo. Habían quitado de en medio para siempre a los reyes de Macedonia; sus conquistas en Asia Menor habían hecho un agujero enorme en el imperio helenístico más extenso, el de los Seléucidas. Se habían entrometido de manera decisiva en los asuntos de los Ptolomeos de Egipto: en 155 el joven Ptolomeo VIII había redactado incluso un testamento legando todo su reino a Roma en caso de que no llegara a engendrar un heredero legítimo. Como apenas tenía treinta años, el «legado» era

bastante hipotético, y probablemente sólo pretendiera asustar a los enemigos que tenía en el propio Egipto. Pero fue el primer ejemplo de una práctica que habría de tener un futuro muy importante y que posteriormente actuaría en beneficio de Roma. El principal problema en perspectiva seguía siendo España: a finales de la década de 150 fue preciso llevar a cabo una serie de campañas en la Península Ibérica contra algunos insurgentes.

Se estaba formando también un sistema de control de las conquistas de Roma. Durante el siglo II a.C. los romanos desarrollaron su dominio sobre los pueblos y territorios conquistados enviando a ellos como gobernadores a magistrados acompañados de ejércitos permanentes para que los ayudaran. Estos individuos se convirtieron en el referente primordial de las apelaciones y disputas de sus súbditos. Como siempre, muchos casos gravitaban en torno a una nueva fuente de justicia que de repente se hacía accesible. Por otro lado, sin embargo, algunos gobernadores veían nuevas posibilidades de enriquecimiento personal, y sus abusos de poder estaban todavía regulados de manera muy vaga. Hasta la década de 120, la pena máxima que podían sufrir por el delito de «rapiña» («concusión») era tener que devolver aquello de lo que se hubieran apoderado indebidamente. Las nuevas posibilidades de lucro en las provincias tendrían consecuencias trascendentales para la capacidad de competir por la supremacía en Roma que tuvieran algunos individuos.

La mayor parte de las guerras de Roma en el extranjero durante los siglos III y II a.C. habían tenido motivos económicos: una consecuencia evidente de la victoria para determinados romanos era la obtención de más esclavos y

más botín. Se produjo asimismo el consiguiente acceso (aunque a veces a través de intermediarios muy activos) a nuevas tierras, al préstamo de dinero y otros bienes en las provincias. Además colectivamente los romanos empezaron a recibir con regularidad cada año el tributo de los territorios conquistados. Todo ello empezó a partir de 210 a.C. en Sicilia, donde heredaron el sistema fiscal de los anteriores monarcas. Después, en la primera década del siglo II, se impuso un tributo anual en España; los pagos se extendieron luego a Grecia, Asia Menor y el norte de África. A partir de 167, el control recientemente adquirido sobre Macedonia y sus ricas minas permitió a los romanos abolir el impuesto directo que hasta entonces se había cobrado a los ciudadanos romanos en Roma y en Italia (los impuestos indirectos siguieron vigentes). Todavía no se había implantado un único sistema fiscal uniforme en todas las provincias, pero a partir de 146 se sabe que los súbditos de Roma en el norte de África tendrían que pagar un impuesto sobre la tierra y también un impuesto sobre las personas (capitación). Esos dos impuestos se convertirían en los principales bastiones del sistema tributario romano a comienzos del Imperio: y seguían siéndolo en tiempos de Adriano.

Esa nueva fortaleza financiera se veía confirmada por la obtención de botín y por el cobro de multas e indemnizaciones de guerra: ¿Permitirían a los romanos todas esas ganancias solventar algunas de las injusticias sociales existentes en la propia Roma? De hecho, el período comprendido entre 146 y 80 a.C. vería estallidos de tensiones sociales y políticas extremas tanto en Roma como en Italia. Más tarde, el historiador Salustio vería en el año 146 el comienzo de una oleada de «disturbios y motines»,

combinados con la corrupción.<sup>[303]</sup> La eliminación del temor exterior que suponía Cartago (opinaba Salustio) había venido a empeorar todas las cosas. Conviene también recordar que el establecimiento de nuevas colonias en Italia había cesado por completo a partir de 170: los ciudadanos pobres ya no eran enviados fuera de Roma e instalados en un nuevo hogar.

Vistas más tarde desde la posición ventajosa del emperador Adriano, las tensiones de aquellos años probablemente parecieran sólo el preludio de otras que serían todavía más importantes, la aparición en escena de Pompeyo y Julio César en las décadas de 70 y 60, la consiguiente guerra civil y el fin definitivo de la República libre. Estas crisis posteriores recibirán, pues, aquí un tratamiento más extenso, pero para los historiadores, esos precursores (como hoy día los consideramos) constituyen un fascinante calidoscopio. Las combinaciones políticas que luego habrían de demostrarse tan peligrosas empezarán ya a hacerse visibles en esta época, pero de alguna manera serán superadas. Los generales conquistadores empezaron a disfrutar de mandos prolongados en el extranjero y a aliarse en Roma con ciertos tribunos que protegían sus intereses en la ciudad. En 147 a.C. el carismático Escipión Emiliano fue elegido directamente cónsul sin haber desempeñado previamente ninguna magistratura y luego fue elegido para un segundo consulado de dudosa legalidad. Los populares empezaron a presentar sus mociones directamente ante el pueblo, para convertirlas de inmediato en ley sin la previa aprobación del senado; en respuesta a esta práctica, los reformistas políticos empezarán a ser asesinados por sus adversarios senatoriales en el centro mismo de Roma. En la

segunda década del siglo I a.C. se desencadenaría por primera vez una guerra civil en Italia y un patricio disgustado con la situación marcharía directamente sobre Roma.

Durante estas décadas de intensas maniobras políticas dentro de la propia Roma, se produjo una lucha incesante por retener y ampliar las conquistas realizadas en las provincias. Las guerras continuaron en España, y más tarde estallaron otras en el norte de África y en la Galia. En 88, el audaz rey Mitridates del Ponto (en la costa meridional del mar Negro) fingió que pretendía vengar los espantosos desmanes cometidos por los romanos en Grecia y Asia Menor durante el siglo anterior emprendiendo una guerra contra ellos y matando (según se dijo) a más de 80.000 romanos en Asia en un primer asalto, acto de represalia verdaderamente descomunal. Más cerca de Roma, se hizo realidad la peor pesadilla de toda sociedad esclavista: se produjeron grandes sublevaciones y guerras de esclavos, que se prolongaron de 138 a 132 y luego otra vez de 104 a 101. El motivo principal de éstas fue el empleo intensivo de mano de obra esclava en Sicilia y en el sur de Italia, una consecuencia tardía del «legado de Aníbal». Pero sobre todo, en el corazón mismo de Roma, sus aliados (*socii*) italianos se levantaron en armas contra ella de 91 a 89 a.C. Proclamaron incluso su propia «Italia» y crearon su propio senado. Acuñaron monedas en las que aparecía un toro en celo embistiendo a una loba.<sup>[304]</sup> Las interpretaciones de los objetivos de esta guerra social (de *socii*, «aliados») varían, pero la negativa a conceder a los aliados la ciudadanía romana (medida propuesta y luego retirada en 95 a.C.) resultó trascendental. Las nuevas ofertas de volver a ponerla

en vigor sin duda alguna precipitaron el final del conflicto.

La libertad y la justicia tuvieron a todas luces mucho que ver en todas estas turbulencias. «Libertad» era el grito que unía a los italianos rebeldes; con el fin de parar los pies a Mitridates, los romanos proclamaron la libertad de sus vecinos, los capadocios, en Asia. Mitridates, por su parte, era visto por los griegos (incluidos los atenienses) como el «libertador» de la dominación romana. En las luchas políticas desencadenadas en Roma, empezaron a ser explotadas también la naturaleza bicéfala de la constitución romana y las ideas distintas de libertad que tenían sus órdenes sociales. Desde la perspectiva popular, una de las facetas de la libertad era la libertad del pueblo para aprobar leyes sin consultar al senado. Según dicha perspectiva, el «pueblo» era libre incluso de tomar decisiones acerca de asuntos que los senadores se habían reservado tradicionalmente para sí mismos: las finanzas, la composición de los tribunales de justicia y los jurados, la asignación de los mandos militares en las provincias, o las formas en las que debían ser sancionados los gobernadores senatoriales corruptos. Empezó a elaborarse una postura claramente popular, que pasaba por alto esa «tradicición» senatorial y que creó sus propios héroes; los políticos que la ejemplificaban se convirtieron incluso para la plebe leal en objetos de culto después de su muerte.

Una consecuencia de esa postura popular fue la reforma introducida en los métodos de votación en Roma. Se puso en vigor el voto secreto, primero para las elecciones (139 a.C), luego para los juicios públicos que no entrañaran pena capital (137), y más tarde para la aprobación de las leyes (131-130 a.C). De ese modo se reducía deliberadamente la

posibilidad de intimidación de los votantes: no se eliminó por completo, porque los electores todavía tenían que ascender por una estrecha rampa antes de depositar su voto, y los «agentes electorales» podían amenazarlos e intentar ver lo que cada votante había escrito mientras hacía cola para votar. Al final, las rampas serían ensanchadas, para dificultar la intimidación de los electores. En el mundo griego, en Atenas y en otras ciudades, el voto secreto había sido el método utilizado para determinados tipos de juicio, pero su aplicación a las votaciones legislativas fue una innovación romana. Los descendientes de los reformadores ilustrarían los cambios en las efigies de las monedas que acuñaron.

Esos cambios fueron el preludio de una turbulencia «popular» más seria. Los grandes personajes de este episodio fueron Tiberio Graco (en 133) y luego su singular hermano, Gayo. Perteneían a una familia de rancio abolengo, pero el problema que primero estimuló a Tiberio fue, al parecer, la pobreza y la aparente despoblación de Italia: sus deseos de solucionarlo no los dictaba únicamente la escasez de hombres para el ejército. Como consecuencia, propuso la redistribución de las tierras públicas de Italia. A los terratenientes ricos no se les permitiría ya usurparlas ni explotarlas en su propio beneficio: se fijó un límite básico de unas ciento cincuenta hectáreas para cada terrateniente (y quizá unas sesenta más por cada hijo), y de ese modo se dejaría libre una cantidad significativa de parcelas en Italia para que unos comisarios las repartieran entre los campesinos sin tierras de las zonas rurales. Las nuevas parcelas, cuya superficie máxima era de unas ocho hectáreas, no podían ser compradas ni vendidas por los beneficiarios. Ni la propuesta ni los problemas eran nuevos, pero en esta

ocasión la moción fue recibida con entusiasmo por muchos de los que vivían en el campo fuera de Roma. Sin embargo, topó con una fiera oposición de los senadores tradicionales. Como tribuno electo, Tiberio las presentó directamente en la asamblea del pueblo y además invocó a la soberanía de éste para deponer a otro tribuno que intentó vetar sus propuestas. Este último altercado era bastante insólito, aunque Tiberio habría podido citar un precedente, el del cónsul de 238 a.C. que construyó el templo de «Júpiter de la Libertad» (hoy día llamado «de la Libertad») en la colina más popular de Roma, el Aventino. El enfrentamiento con sus colegas vino seguido de una feliz coincidencia, a saber, el legado del reino de Pérgamo que recibió Roma. Tiberio trasladó esta cuestión financiera al pueblo para que tomara una decisión, proponiendo además que parte de los fondos provenientes del legado pergameno fueran dedicados a ayudar a sus nuevos colonos. Los senadores tradicionalistas consideraban que las decisiones de carácter financiero eran competencia del senado. Para remate, Tiberio decidió presentarse a las elecciones de tribuno por segunda vez, con planes de reformas aún más drásticas. Capitaneados por el Pontífice Máximo, sus enemigos senatoriales hicieron que lo mataran en el propio Capitolio. Según dijeron, Tiberio pretendía erigirse en rey, tenía en su casa el «manto de púrpura y la diadema» del rey de Pérgamo, y en cierta ocasión, estando en el Capitolio, se había señalado la frente, como si quisiera ceñirse en la cabeza la corona.<sup>[305]</sup> Su asesino, Escipión Násica, habría sido, por tanto, un libertador que actuaba en defensa de la libertad.

Este pretexto constituía una tergiversación monstruosa: Tiberio no era rey y si se señaló la cabeza, fue para indicar

que su vida corría peligro. Su hermano Gayo fue un genio político de mayor envergadura. El asesinato de su hermano naturalmente le escocía, lo mismo que a otros: en 125 la efigie de la Libertad aparece en las monedas de dos romanos, descendientes de legisladores que habían contribuido a protegerla. Gayo fue elegido poco después tribuno (en 123 y en 122) y propuso la legislación más amplia que recordaban los senadores. Se recogían en ella casi todos los motivos de queja del pueblo. Preveía una distribución mensual de grano a precios subvencionados entre el pueblo; creaba nuevos tribunales de justicia, encargados de juzgar los casos de concusión, en los cuales ningún miembro del jurado podía ser senador y las votaciones debían ser secretas: proponía además la constitución de jurados mixtos en otros tribunales, con una preponderancia de los ciudadanos ricos no pertenecientes al orden senatorial (los «caballeros» o *equites*, en el sentido de aquellos que podían prestar servicio militar en la caballería). Debemos recordar que antes de 123 a.C. los jueces y los consejeros que actuaban en la mayor parte de los casos de derecho criminal y civil podían ser sólo senadores. Gayo remató su gran reforma de la justicia romana haciendo que se aprobara una ley en virtud de la cual ningún ciudadano romano podía ser condenado a muerte «sin el mandato del pueblo». Esta ley aludía directamente al linchamiento de su hermano, Tiberio, por los senadores. Aquella ampliación de los jurados resultaba odiosa para los senadores y su dignidad, pero fue presentada por los ponentes como una medida en pro de la «libertad igualitaria». Gayo propuso también la privatización de la recaudación de impuestos en la rica provincia de Asia, adjudicándosela a las compañías capaces de recaudar el tributo (y asegurar sus beneficios),

garantizando de ese modo que siempre se conocería el importe de los ingresos antes de que se llevara a cabo la recaudación. Volvió a sacar a colación el asunto de la asignación de tierras a los pobres proponiendo el establecimiento de colonias romanas en las provincias (entre otras, una en el emplazamiento de la antigua Cartago). En 125 uno de los cónsules había hablado de la posibilidad de conceder la ciudadanía romana a los aliados de Italia: la colonia anteriormente leal de Fregelas se había sublevado, como si se sintiera defraudada, y estuvo a punto de ser destruida por completo. Después de esta crisis, Gayo Graco propuso, al parecer, que se concediera la ciudadanía romana a todos los pueblos de Italia (los detalles concretos siguen siendo discutidos), permitiendo, no obstante, que quien prefiriera conservar su independencia, optara sólo a ciertos privilegios especiales.

La mayoría de sus leyes contenía una respuesta meditada a los problemas de la injusticia y los abusos; se dijo después que Gayo Graco había dicho de sí mismo que había «puesto un puñal en las costillas del senado».<sup>[306]</sup> Una lectura atenta de su ley mejor conocida, la ley contra la «concusión», ha ayudado a rebajar el tono de las teorías extremas acerca de su radicalismo: se asignaban responsabilidades también a los nuevos jurados del orden ecuestre, que debían ejercerlas a la vista del público.<sup>[307]</sup> Pero en principio, las sentencias de este tribunal debían ser obra de los no senadores, a quienes el pueblo, y no el senado, había confiado la tarea. Aquel desprecio a la supremacía senatorial provocó un resentimiento atroz. En el torbellino político que siguió al doble tribunado de Gayo, éste y sus partidarios (hasta unos 3.000) fueron brutalmente asesinados. Los senadores se

limitaron a declarar el Estado de excepción y a instar a los cónsules a que defendieran la República e impidieran que «se le hiciera daño». Esta medida recibe hoy día el nombre moderno de «último decreto»: fue una innovación total y absoluta, una medida tomada por los senadores para eliminar a aquellos que podían ser considerados (por ellos) enemigos públicos. En los sesenta años siguientes podrían contarse entre sus víctimas a algunos de los populares más notables. Uno de los atacantes de Gayo, el cónsul Opimio, fue absuelto cuando fue procesado después del suceso.

No obstante, los dos Gracos sentaron un precedente popular que no se olvidaría. Los dos recibieron a su muerte culto divino por parte de sus admiradores y el lugar en el que cayeron asesinados fue considerado sagrado. Frente a ellos, se erigirían los senadores más «tradicionales», que se llamaban a sí mismos los «buenos» o incluso los «mejores» (*optimates*). Después de haberse visto con el agua al cuello, eran explícitamente hostiles a cualquier cambio, a cualquier desafío a la supremacía del senado, a las ideas que propugnaran que las cuestiones financieras o que fueran privilegio del senado (y muchas otras) fueran planteadas directamente en una asamblea del pueblo y convertidas en ley sin previa consulta y aprobación de los senadores. El término «tradicionalistas» es una posible traducción de la denominación tan elástica que se daban a sí mismos, *optimates*. Nunca se organizaron en un partido concreto, pero, a partir de los Gracos, se produjo una clara división de las posturas políticas entre los romanos ilustres. Una división que polarizaba sus métodos políticos y los ideales que profesaban.

A Gayo no le habría sorprendido lo más mínimo que los

caballeros (o *equites*) a los que había asignado nuevas responsabilidades resultaran no ser del todo admirables en el ejercicio de las mismas. Pero el siguiente reto personal a la nobleza senatorial vino de un militar ambicioso, no de unos reformistas como los Graco. Gayo Mario, de orígenes plebeyos, ejerció sucesivamente cinco consulados seguidos (de 104 a 100). Se hizo eco de las acusaciones vertidas contra los generales del orden senatorial, los «mejores», en el sentido de que habían demostrado sobradamente su incompetencia haciendo la guerra en el norte de África. Él puso fin a este conflicto, no sin su parte de fortuna, y luego obtuvo una serie de victorias impresionantes en 102 y 101 contra dos temibles tribus que habían emigrado desde la zona de Jutlandia al sur de la Galia (Provenza) y el norte de Italia. Para vencer aquellas guerras, Mario tuvo que adiestrar duramente a sus soldados: ya había empezado a reclutar legionarios por primera vez entre todas las clases de ciudadanos romanos, independientemente de cuántos fueran sus bienes. Esta novedad supondría todo un hito por las repercusiones sociales que tendrían los servicios prestados en los ejércitos de Roma. A partir de este momento, muchos reclutas del ejército tendrían muchos más por lo que luchar y mucho menos por lo que querer regresar. Esta innovación tendría unas consecuencias revolucionarias durante los cincuenta años siguientes, aunque indudablemente Mario, en su urgencia, no pudiera preverlas.

Mario fue un «héroe del pueblo», no un reformador popular, y gracias a sus hazañas se ganó un alto grado de aceptación entre las mejores familias de Roma a pesar de no tener orígenes senatoriales. Mientras tanto en Roma, el testigo de las reformas de los Graco pasó al astuto

Saturnino, que fue tribuno el año 100. Empezó aliándose con Mario, pero luego se dedicó a proponer leyes todavía más populares y de ese modo perdió el apoyo del gran general. Saturnino acabó asesinado en el centro de Roma con la connivencia del propio Mario: una vez más, una legislación popular terminó con un asesinato. A pesar de todo, los disturbios políticos no desembocaron en anarquía. El mismo año en que tuvo lugar esta crisis, sabemos por el testimonio de las inscripciones que la asamblea del pueblo aprobó leyes muy detalladas y cuidadosamente meditadas para continuar regulando el delito de concusión y fijando detalles sobre la conducta que debían los gobernadores romanos en las provincias.

En 91 a.C. se desencadenó la guerra social contra los aliados italianos, y luego en 88 otra contra el vengativo Mitridates en Asia. Estos dos conflictos representaban una crisis de mucha más envergadura. Mario se había manifestado en contra —cosa que no es de extrañar— de una propuesta presentada de nuevo poco tiempo atrás a favor de la concesión de la ciudadanía a todos los habitantes de Italia. A sus casi setenta años, intrigó para que le fuera concedido el mando de la guerra en Asia. Pero los «mejores», los senadores tradicionalistas, se lo adjudicaron a un formidable personaje de la vieja nobleza patricia, Cornelio Sila. Sila había servido en el pasado como oficial a las órdenes de Mario; era famoso por su estilo de vida disoluto, pero como contaba con el respaldo de la familia que odiaba más a Mario, sería el candidato evidente a obtener el apoyo de los «tradicionalistas». Su nombramiento, sin embargo, fue anulado por un tribuno popular, Sulpicio, que presentó la cuestión de la asignación de los mandos a la

asamblea del pueblo y consiguió que el nombramiento fuera a parar a Mario. Aquello suponía un duro golpe al amor propio de Sila y una intromisión intolerable en un tipo de decisiones que los senadores habían considerado tradicionalmente suyas. Haciendo gala de un desdén terrible, Sila se apoyó en la lealtad de sus soldados y dando media vuelta emprendió la marcha sobre Roma. Después saldaría cuentas con sus enemigos, empezando por el tribuno Sulpicio, que fue asesinado en el ejercicio de su cargo.

Esta conducta tenía el gusto amargo de una guerra civil. Sila se libró de las consecuencias sólo porque inmediatamente zarpó rumbo a Grecia para ponerse al frente de la guerra contra Mitridates, tarea que le había sido asignada en un principio. En Grecia, incluso Atenas había roto con Roma y se había puesto del lado de Mitridates tras un período de turbulencias políticas en la ciudad. Sila tuvo el honor de ser el único hombre de la historia que marchó sobre Roma y sobre Atenas, pues atacó el Pireo y algunos barrios de la ciudad propiamente dicha. En Roma, su enemigo, Cornelio Cinna, fue elegido cónsul para 87 y lo declaró fuera de la ley. No obstante, Sila prosiguió su viaje a Asia, donde acabó firmando en 85 a.C. una paz bastante frágil con Mitridates. Para sufragar los gastos, continuó asolando a su paso las ciudades griegas de Asia Menor.

Mientras tanto, Cinna murió en Roma, tras lo cual Sila se rebeló y regresó rápidamente a Italia para protagonizar una segunda guerra civil, en esta ocasión más seria. Una vez más, mostró un extremado rigor con sus enemigos (incluidos algunos de los italianos que acababan de recibir el derecho de ciudadanía), pero, a pesar de todo, obtuvo una victoria

decisiva en la Puerta Colina de Roma. Aquello supuso un verdadero colapso de la República; vistas las cosas retrospectivamente, podemos afirmar que fue un anuncio de lo que luego sucedería durante la década de 40 a.C. y éste es el momento en el que deberían empezar las historias de la «revolución romana». No obstante, una vez obtenida la victoria, Sila hizo que lo nombraran dictador con el cometido de «restaurar la república».

Las leyes que puso luego en vigor fueron muy detalladas y no siempre extremistas, pero las más importantes tenían un carácter rotundamente tradicionalista. En el fondo de todas ellas estaban la libertad y la justicia. En interés de la justicia, Sila incrementó el número de los tribunales existentes, añadiendo al menos otros siete, pero eliminó la «libertad igualitaria» de Gayo Graco devolviendo en exclusiva a los senadores el derecho a formar parte del jurado. Incrementó el número de senadores de 300 a 600 (los nuevos miembros del senado eran todos partidarios suyos), pero también reguló los grados inferiores de la carrera hacia el consulado: los individuos como Mario, que ascendían directamente al cargo más alto, serían en adelante considerados ilegales. También se recortaron los poderes que tenían los censores de confeccionar la lista del senado: ahora, todo el que ocupara una magistratura inferior, la cuestura, se convertía automáticamente en senador.

Ante todo, Sila estableció a sus veteranos, que tanta lealtad le habían demostrado durante sus años de rebelión, en parcelas de tierras confiscadas en Italia; las ciudades de Fiéssole y Pompeya fueron dos de las nuevas colonias silanas. Y, maravilla de las maravillas, neutralizó el arma de los populares, el tribunado, que se había opuesto a su primitivo

nombramiento como general en Asia. Decretó que los tribunos no pudieran proseguir su carrera y ocupar otras magistraturas de prestigio; los individuos ambiciosos evitarían, por tanto, desempeñar ese cargo. Abolió incluso el derecho que tenían los tribunos de vetar (y probablemente también de proponer) leyes en las asambleas del pueblo. Cabe suponer que no concedió al senado el derecho formal a vetar de antemano cualquier propuesta de ley. Pero aun así, sus medidas supusieron una reacción política asombrosa.

Las reformas menores de Sila no fueron extremas ni estaban mal pensadas. Aprobó leyes que limitaban la libertad de los generales fuera de Italia, y que permanecieron en vigor durante décadas. Lo mismo sucedió con la creación de un tribunal civil encargado de juzgar los casos de «*iniuria*», delito definido como el asalto o entrada violenta en una propiedad privada. Por medio de esos tribunales, el marco mínimo de justicia existente en el viejo código de las Doce Tablas quedaba completado. Sila había meditado cuidadosamente los detalles que estaban mal organizados. Tras retrasar el reloj de los populares, cedió sus poderes de dictador y, de manera totalmente inesperada, asumió el consulado en el año 80. Había hecho realidad una visión conservadora de la república, como si nunca hubieran existido personajes de la talla de Gayo Graco. A continuación se retiró, y el año 79 murió de muerte natural, dejando a otros la tarea de poner en tela de juicio su «restauración». Se le hicieron unos funerales públicos, los primeros celebrados por un ciudadano romano que se conocen: una larga procesión acompañó a su cadáver hasta el Foro, donde un orador pronunció un discurso acerca de sus hazañas. Participaron unos actores portando las máscaras de

los antepasados de la familia; se dice que se regalaron dos mil coronas de oro; su estatua fue tallada en la madera preciosa de un árbol de especias.<sup>[308]</sup> Treinta y cinco años después, estos funerales serían superados por los del siguiente dictador, el único más grande que Sila.

Sila, el joven disoluto, había acabado legislando contra los efectos perniciosos del lujo. Pero lo más importante es el asombroso ejemplo que había sentado: una defensa a ultranza de su propia «dignidad», respaldada por unos soldados veteranos que le eran leales y una larga lista de asesinatos y de confiscaciones de los bienes de sus enemigos en toda Italia. Después de esta breve, pero firme revolución, fortunas enteras cambiaron de manos, pasando a menudo a las de los agentes decididamente odiosos de Sila. Él mismo hacía hincapié en los favores personales que le habían dispensado los dioses (especialmente Venus, a la cual había encontrado en la ciudad, todavía bastante poco conocida, de Afrodiasias, en Asia Menor). Un profeta oriental le había dicho también que alcanzaría la grandeza y que moriría en la cima de su fortuna. Esta profecía era un motivo más para que, una vez cumplida su misión, aquel dictador con las manos manchadas de sangre dimitiera y dejara a los ciudadanos «mejores» del senado seguir adelante con lo que había puesto de nuevo en sus manos.

# Capítulo 33

## LOS TRIUNFOS DE POMPEYO

Gneo Pompeyo, general, después de treinta años de guerra, habiendo derrotado, matado o sometido a 12.183.000 hombres, hundido o capturado 846 barcos, puesto bajo la tutela de Roma a 1.538 ciudades y colonias fortificadas y sometido las tierras que van desde el mar de Azov al mar Rojo, cumplió su voto a la diosa Minerva según sus méritos.

Inscripción de Pompeyo en el templo que erigió a Minerva,  
votado en septiembre de 62 a.C.

La reacción de Sila no se basó precisamente en el consenso. No obstante, fueron precisos diez años de apasionadas disputas políticas para que sus elementos más controvertidos fueran derogados. Esas disputas, como de costumbre, tuvieron lugar al aire libre, en el Foro Romano, y recibieron distintos apoyos en el espacio destinado a celebrar las elecciones, el Campo de Marte, fuera del pomerio, el «recinto» formal de la ciudad. El Foro tenía una superficie inferior a un kilómetro cuadrado y ya había visto acalorados disturbios políticos, pero los treinta años siguientes traerían consigo unos enfrentamientos cuyos momentos de mayor tensión serían más dramáticos que los que pudieran verse en cualquier otra cancha política del mundo. Aunque las estatuas del sabio Pitágoras y del valiente Alcibíades seguían contemplando desde sus pedestales las asambleas públicas de los romanos, era el espíritu de Alcibíades, el traicionero pero encantador aristócrata ateniense, el que estaba más en sintonía con los acontecimientos.

Durante la década de 70 a.C. los senadores no hicieron

un uso particularmente notable de la libertad que había puesto en sus manos Sila. Al fin y al cabo, los senadores de Sila eran en su mayoría hechuras suyas, mientras que los senadores anteriores, los más tradicionalistas, habían sido asesinados por él al considerarlos opuestos a su persona. Si esperaba que muchos miembros de ese senado ampliado por él mismo fueran jueces honestos de los pocos generales senatoriales, porque ellos no iban a alcanzar nunca un puesto tan elevado, se equivocaba. Las acusaciones de corrupción y concusión proliferaron. Había puesto demasiado poder en manos de unos hombres indignos de administrarlo: estaba además el mal ejemplo que él mismo había dado con el empleo de la fuerza, la violencia y la marcha sobre Roma. Pero en la década de 70 la República había sobrevivido ya a tantas cosas que para los hombres que iban por entonces al Foro y cuyas opiniones debemos imaginar, la muerte del sistema no era ni mucho menos algo irremediable.

Y no es que los disturbios se limitaran a Roma y al Foro. En Italia, las tierras concedidas por Sila a sus veteranos fueron reclamadas inmediatamente por los terratenientes existentes y sus vecinos. Los antiguos soldados que se establecían en sus pequeñas fincas no siempre encontraban la agricultura de su gusto o a la altura de sus capacidades, aunque originalmente hubieran sido reclutados en las zonas rurales: también ellos empezaron a contraer deudas (Cicerón echaba la culpa de semejante situación al «lujo» con el que vivían). En 77 a.C. apenas un año después de la muerte de Sila, el procónsul Emilio Lépido marchó al frente de sus tropas contra Roma al enterarse de que el senado intentaba quitarle el mando de la gran provincia que le había sido asignada. Lépido había ostentado al mismo tiempo el

mando en varios sectores de la Galia a uno y otro lado de los Alpes, un precedente en el que tan peligrosamente se basaría luego Julio César para promocionar su carrera. Pero las tropas de Lépido no eran tan eficaces.

En España, por otra parte, un antiguo partidario de Mario, un caballero de gran talento llamado Sertorio, encabezó una rebelión abierta contra la supremacía de Sila. Tenía su propio senado alternativo y estaba dispuesto a reclutar talentos españoles con tal de que estuvieran capacitados y a animarles a aprender la lengua latina y las costumbres romanas. Los contrarios a la supremacía de Sila en Roma podían ahora refugiarse en Occidente. Cuando la posición de Sertorio fue rota por fin en 73, su vencedor, Pompeyo, quemó prudentemente las cartas que aquél había recibido de destacados personajes de Roma sin ni siquiera leerlas (al menos eso dijo él).

Nacido en septiembre de 106, Pompeyo tenía sólo treinta y tantos años, pero evidentemente era un militar con el que había que contar. Sus antecedentes no eran del todo alentadores. Su padre, Pompeyo Estrabón, había ocupado el consulado en 89 a.C. y había combatido ferozmente contra los rebeldes del norte de Italia durante la guerra social. Pero su carrera se había visto manchada por su carácter traicionero y por las fundadas sospechas de que había intentado aliarse con el líder rebelde, Cinna, al que supuestamente debía combatir. Murió de muerte natural, pero su cadáver fue arrojado al arroyo durante sus funerales: fue acusado también de sentir una tremenda codicia por el dinero. Su hijo, Pompeyo, aprendería muy pronto todo lo que le hacía falta: la necesidad de apoyo financiero y de popularidad, pero también la capacidad de disimulo y el uso

sin escrúpulos de unos soldados que se convertirían en el ejército personal de su caudillo.

De momento, la preeminencia de Pompeyo todavía no había llegado. Era mucho más preocupante el hecho de que en 73, en Italia, setenta y cuatro gladiadores esclavos habían escapado de sus barracones de Capua y habían empezado a plantar cara en la comarca vecina de las inmediaciones del Vesubio, no lejos de Nápoles. Su líder era Espartaco, un tracio que anteriormente había combatido en el ejército romano. Al cabo de poco tiempo había atraído a su causa a más de setenta mil esclavos y pastores del sur de Italia. Espartaco era un verdadero héroe, robusto, valiente y magnánimo. El objetivo de sus seguidores no era atacar la esclavitud (al poco tiempo, ellos mismos adquirirían esclavos), sino conseguir su propia libertad, preferiblemente después de saquear el país y obtener un buen botín. En 72 a.C. los hombres de Espartaco derrotaron a los dos cónsules, pero al año siguiente su terrible rebelión (formada acaso en aquellos momentos por 150.000 hombres) fue aplastada ni más ni menos que por diez legiones. El movimiento de Espartaco venía a reflejar las malas condiciones del campo y el uso extensivo de mano de obra esclava, que eran habituales en buena parte del sur de Italia, situación que se había visto intensificada por el «legado de Aníbal». Y el mismo año que se produjo la rebelión de Espartaco, el rey Mitridates declaró otra vez la guerra en Asia. Se había sentido provocado por la adquisición por parte de Roma del reino vecino de Bitinia, en Asia Menor. Pasarían otros diez años antes de que fuera derrotado definitivamente.

Descontento en el campo, un procónsul marchando contra Roma al frente de su ejército, una gran guerra de

esclavos y los grandes conflictos en España y Asia (Sertorio y Mitridates llegaron incluso a ponerse en contacto durante algún tiempo), a pesar de todo ello, la supremacía senatorial sobreviviría. Hasta el año 75 no se derogó en parte la neutralización política del tribunado y hasta 70 a.C. no fueron abolidos por ley sus últimos elementos. Diez años es mucho tiempo, y el total del número de ciudadanos había experimentado un incremento enorme durante ese período, sobre todo debido a la incorporación de los italianos, a los que recientemente se habían concedido los derechos de ciudadanía. En el censo de 69 se registraron unos 910.000 ciudadanos varones adultos, casi tres veces más que los que había hacia 130 a.C. La composición de la ciudadanía también había variado notablemente. Incluso en Roma, eran muy pocos los ciudadanos que tenían algún vínculo ancestral con los electores de los siglos IV y III a.C; fuera de Roma, ya no había ninguno. Los nuevos ciudadanos estaban repartidos entre el río Po al norte y la punta de la bota de la Península Italiana al sur, y, en principio, cada uno de esos varones adultos tenía un voto en las asambleas de Roma, independientemente de que poseyeran fincas o no.<sup>[309]</sup> Si la mayoría de clase baja de este enorme «electorado» repartido por toda Italia se hubiera hecho valer en Roma, o incluso sólo con que la parte urbana correspondiente a dicha mayoría se hubiera sublevado al unísono en la ciudad, ¿acaso no habrían sido restaurados mucho antes unos símbolos tan importantes del populismo como los tribunos?

La respuesta a esta pregunta es que muy pocos de los integrantes de la clase baja de Italia, si es que lo hacía alguno, votaba, y ni siquiera visitaba Roma. La distancia disuadía a muchos, que vivían a cientos de kilómetros de la

ciudad, y el extraño sistema de votación existente neutralizaba a los demás. Los que lo tenían más a mano porque residían en la ciudad se hallaban apiñados sólo en cuatro de las treinta y cinco «tribus» que existían en aquellos momentos en la asamblea encargada de aprobar las leyes. Una mayoría de las tribus decidía la aprobación de una moción, y seguía siendo el voto por representación dentro de cada tribu el que decidía el voto colectivo. Raras veces votaban todas las «tribus», si es que alguna vez lo hacían, y la mayoría del total de los votos depositados ni siquiera decidía nada (el sistema de «voto por representación» impedía que la simple mayoría de votos fuera decisiva). En las otras treinta y una tribus «rústicas», los votantes presentes en Roma solían ser los «mejores», los hombres leales a las clases acaudaladas, aunque no estamos muy seguros de cuántos italianos rústicos pobres habrían podido emigrar a Roma y habrían intentado subsistir en la ciudad. Por encima de todo debemos tener en cuenta el contexto en el que se llevaban a cabo este tipo de asambleas: no tenían un calendario fijado de antemano a lo largo del año; las propuestas sólo podían ser presentadas por un magistrado; y, como siempre, ningún miembro del público podía hablar o presentar una propuesta alternativa.

Oímos hablar de arengas en reuniones públicas, en vez de en asambleas, de grandes discursos ante la multitud en el Foro, de anuncios, de dibujos alusivos, incluso, para influir en la opinión pública: ¿pero quién era ese «pueblo» o esa «multitud»? En la ciudad, había muchos libertos todavía ligados por fuertes vínculos de obligación a sus patronos. Los dueños de las pequeñas tiendas y toda la industria de servicios dependían de la magnificencia de sus superiores;

los clientes y subalternos iban a primera hora de la mañana, como estaba previsto, a la casa de los grandes hombres a presentarles sus respetos (y probablemente éstos les dijeran que se presentaran en el Foro si ellos o cualquier amigo suyo iban a lanzar ese día una arenga al «pueblo» desde algún punto eminente del Foro). Cualquier emigrante de clase humilde proveniente de cualquier punto de Italia formaría parte de ese estrato de subordinados sociales. Las propuestas de ley eran anunciadas con varias semanas de antelación, dando tiempo a sus partidarios y a sus oponentes a que se pusieran en contacto con los hombres influyentes de su misma cuerda dentro y fuera de la ciudad, y para movilizar a un número suficiente de ellos en un número suficiente de las treinta y una tribus «rústicas» que votaban. Había también bastante tiempo para «hacer campaña» y para todo lo contrario, esto es, para el soborno organizado, según conviniera a los ricos.<sup>[310]</sup> Los votantes humildes estaban de acuerdo con todo aquello y esperaban recibir los mejores regalos a cambio de un voto «como es debido». En 70 encontramos por primera vez en acción, antes incluso de que tuvieran lugar unos comicios, a unos funcionarios competentes en la materia, los «repartidores» (divisores). Por aquel entonces empezaban a ir a las casas de los distintos candidatos para recibir el dinero por adelantado. Tenían que repartirlo antes de que se celebrara la asamblea electoral y antes de que se depositara un número suficiente de votos, pero no más.

Este contexto no implica que la vida política estuviera orientada en su totalidad en una sola dirección, armoniosamente acordada por la clase alta. Dentro de esa misma clase había dos claras posturas políticas alternativas,

la «popular» y la «tradicionalista», a las cuales se mantenían fieles y constantes a lo largo del tiempo los individuos importantes. Éstos eran conocidos por dichas posiciones, aunque no las asumieran ni las mantuvieran en el marco de unos «partidos» políticos organizados. Las elecciones y la aprobación de las leyes tampoco estaban en su mayoría amañadas de antemano por unas cuantas familias poderosas siguiendo unas simples líneas marcadas por un clan o una facción. La oratoria y el impacto que pudiera tener eran realmente importantes ante los electores, lo mismo que la «estima» popular del orador: se daba una notable interacción entre los líderes políticos y las multitudes congregadas en el Foro ante las cuales actuaban. Pero el dinero y la «generosidad» importaban todavía más. Las normas de Sila acerca del desempeño de las magistraturas habían intensificado la competencia entre los que ocupaban los últimos peldaños del escalafón por la obtención de los cargos más elevados, verdaderamente escasos, y como consecuencia de todo ello la presión sobre los candidatos más ambiciosos era mayor: veinte individuos competían anualmente por sólo ocho preturas, el siguiente nivel de la escala. En la carrera por las magistraturas, los candidatos tenían que obtener elevadísimas sumas en calidad de préstamo (suministradas habitualmente por otros políticos) para dar un buen espectáculo lo antes posible. Resultaba muy útil comprar una bonita casa, preferiblemente en el Palatino o en la Vía Sacra, a pocos cientos de metros del centro del Foro, y el nivel que se esperaba que tuvieran esas casas había cambiado mucho desde mediados del siglo II a.C. Se esperaba después que le asignaran a uno una provincia sustanciosa, para sacarle bien el jugo y poder así pagar las deudas. En las provincias, podía

uno alcanzar honores militares y regresar a Roma para celebrar un magnífico triunfo público, con un banquete ritual y unos juegos, financiados por lo que el sujeto en cuestión hubiera podido sacar a los provinciales. Los espectáculos y banquetes de celebración incrementaban el número de seguidores del individuo, lo que le permitía abrigar la esperanza de alcanzar el honor supremo de un consulado y luego un mando miliar todavía más importante. Los gastos se hacían mucho mayores, lo mismo que los riesgos, pero el ruido de los aplausos y la embriagadora sensación de ser considerado un personaje tan encumbrado eran la savia vital de los grandes hombres con aspiraciones. El gran hombre ideal debía combinar las cualidades militares con la oratoria y el dinero: en caso contrario, tendría que sobornar a otros oradores para que hablaran por él, y tomar dinero prestado.

Después de la muerte de Sila, pues, nunca fueron invocados ni rechazados con más energía la justicia y el lujo. Los oradores, tanto si eran populares como si no, podían apelar a las libertades del pasado remoto para respaldar sus argumentos, y uno de los tribunos del año 73 fue Macro, que además era historiador. Una versión posterior de un discurso suyo probablemente refleje la línea de su argumentación.<sup>[311]</sup> Deseoso de restaurar la potestad de los tribunos, hizo una vibrante llamada a la «libertad». El ordenamiento de Sila, afirmaba, era en realidad una «perversa esclavitud»; el pueblo no debía ser engañado por medio de distribuciones simbólicas de grano, reintroducidas hacía poco (a un precio bastante bajo, según la mayoría de las opiniones, pero probablemente sólo para unos 40.000 ciudadanos, es decir, una pequeña parte de la población total

de la Roma de la época). Las guerras de los senadores nobles, insistía Macro, dependían del pueblo, que eran los soldados; que los senadores combatieran solos, en España o en Asia, sin más ayuda que la de las máscaras de sus antepasados. Pero Macro se quejaba también en su discurso de la apatía del pueblo. Fuera de las reuniones públicas, los ciudadanos parecían olvidarse de la «libertad». Este hecho también es relevante; los atenienses democráticos, en cambio, no la olvidaron nunca. Y a pesar de lo que dijera Macro, la plebe siguió suministrando soldados: Para muchos, combatir suponía una alternativa mucho mejor que pelearse con la vida cotidiana siendo un pequeño agricultor en Italia, corriendo el peligro de convertirse en esclavo por no poder pagar las deudas contraídas con algún vecino rico y más espabilado.

En cuanto a la justicia, los senadores abusaban descaradamente de su monopolio de los jurados de los tribunales. Sin el freno de los jurados que no pertenecían al orden senatorial, la corrupción se impondría todavía más: Sila había promovido a nuevos hombres al rango de senadores y éstos eran todavía más proclives al soborno, pues necesitaban fondos para afrontar los enormes gastos que comportaba el hecho de pertenecer al orden senatorial. Tanto en Roma como en las provincias, los magistrados decretaban exenciones para sus personas o las de sus amigos de las normas que anunciaban en sus «edictos». Los gobernadores senatoriales eran escandalosamente inmoderados y en general vivían en medio de un lujo «vergonzoso». En el año 70, un pontífice máximo, el noble Mételo, celebró una asombrosa cena de tres platos, cada uno de los cuales constaba de diez manjares distintos, entre ellos

siete tipos de mariscos raros y «tetas de cerda» (prohibidas por la ley). El famoso orador Hortensio fue objeto de una invectiva por cenar pavo real asado y regar con vino los plátanos de su jardín.<sup>[312]</sup> El ilustre general Luculo poseía una villa tan extravagante, que sus enemigos mostraron al pueblo un dibujo de ella cuando quisieron quitarle el mando. Más adelante, el mismo Luculo introdujo en Roma el cerezo, proveniente de Asia, y sus «jardines» (más bien una especie de parque) eran la envidia de toda la ciudad.<sup>[313]</sup> Tanto Hortensio como Luculo fueron acusados de lo que se consideraba el colmo de la extravagancia, a saber, tener piscinas o estanques de peces exóticos.

Estos lujos privados resultaban particularmente escandalosos en una época en la que los pocos repartos de grano subvencionado que se hacían no llegaban ni siquiera para atender a las necesidades de los pobres, en la que el precio del trigo era elevadísimo y en la que el suministro de este mismo producto se veía gravemente perjudicado por la acción de los piratas del Mediterráneo. Las denuncias del «lujos» no eran un simple slogan. Tras la restauración de la potestad de los tribunos en 70 a.C. hasta sesenta y cuatro senadores fueron expulsados del senado acusados de «indignos» por los censores nombrados recientemente. Las purgas de Sila habían dado lugar a la entrada de demasiados de esos individuos de medio pelo, ¿pero otros hombres mejores habrían resistido a la tentación de una década de «libertad» senatorial? A finales de 69 a.C. las extravagancias fueron limitadas una vez más por ley. Los slogans de la época eran: «Gobierno de las provincias limpio», «No a los favoritismos de los magistrados», y «Vida privada modesta». Eran unas reacciones que aprovecharon los políticos

«populares» rivales.

En el año 70 a.C. los últimos poderes que tenían anteriormente los tribunos fueron restaurados por una singular pareja de cónsules. Uno de ellos, Craso, era de familia noble, pero ya se había hecho inmensamente rico aprovechándose sin duda de las confiscaciones efectuadas en tiempos de Sila. Se había distinguido también por haber desempeñado importantes mandos militares, entre otros contra Espartaco: había «diezmado» (ejecutado a uno de cada diez hombres) a sus propias tropas por mostrarse reacias a combatir y luego había crucificado a 6.000 esclavos rebeldes a lo largo de la principal vía que conducía a Roma. Para obtener el consulado no había dudado en disimular la antipatía que sentía por su colega, Pompeyo, una figura emergente en aquellos momentos. Esa antipatía, sin embargo, era muy intensa. Al final de la guerra contra Espartaco, Pompeyo había vuelto a Italia y había ayudado a derrotar a parte de los esclavos fugitivos. No obstante, había sido a él, y no a Craso, al que se había concedido la gloria del triunfo, en parte debido a las victorias conseguidas fuera de Italia en nombre de Roma. Craso había tenido que conformarse con una simple ovación. Durante la década de 50 los dos hombres se verían obligados a echarse de nuevo uno en brazos de otro por sus propias necesidades, pero sus relaciones personales nunca fueron fáciles. De momento, Craso celebró sus éxitos ofreciendo una serie de magníficos banquetes al pueblo.

A pesar de todo, la estrella era Pompeyo, que añadió a los festejos dos semanas de juegos. Ya se le había concedido un triunfo (cuando sólo tenía veintitantos años) y, sorprendentemente, todavía no era senador: era hijo de un

respetado cónsul, pero personalmente no era más que un caballero. Poco antes de obtener el consulado, el erudito Varrón tuvo que escribir para él un librito acerca del protocolo senatorial. No es que fuera del todo un hombre inculto. Sabía griego; se interesaba por el vocabulario y la gramática latina, honraría más tarde a un gran sabio griego inclinando ante él los símbolos de su cargo, y en una ocasión liberó a un esclavo sin cobrarle nada impresionado por su inteligencia, pero no era muy listo. Pompeyo se casó cinco veces: una de ellas por razones políticas, desposando a una mujer que ya estaba embarazada de otro hombre. Pero sólo se divorció en dos ocasiones: su última esposa, la que quería, fue la joven Cornelia, mujer notable aficionada al estudio de las matemáticas y la filosofía, considerada una de las damas más cultas de clase alta de finales de la República. Pompeyo era recordado con cariño también por su antigua amante, una cortesana llamada Flora: la mujer refería que nunca le había sucedido acabar de hacer el amor con él sin llevar la impresión de sus dientes en los labios.<sup>[314]</sup>

Fuera de la alcoba, la máxima virtud de Pompeyo estaba en sus dotes de general. Había acudido en ayuda de Sila con tropas adiestradas en privado, pero la brutalidad mostrada contra sus conciudadanos sería vivamente recordada veinte años después como los actos de un «verdugo adolescente».<sup>[315]</sup> Posteriormente se le había dado el mando de un ejército contra los enemigos de Sila en Sicilia y el norte de África. Fue allí donde sus tropas lo aclamaron (y eso que tenía sólo veintitantos años) con el sobrenombre de «Magno». Con su aspecto aniñado y sincero y su pelo cepillado hacia atrás, el joven Pompeyo probablemente recordara al verdadero «Magno», Alejandro, aunque sólo se lo pareciera a sus

admiradores. Cuando murió Sila a comienzos de 78, Pompeyo apoyó al principio el nuevo populismo de Lépido, pero se hizo más famoso aún por contribuir a la derrota de éste cuando marchó sobre Roma. Pompeyo se trasladó luego a España con el cometido de derrotar también a Sertorio. Necesitó para ello seis años de dura lucha y conmemoró su victoria erigiendo un trofeo en los Pirineos, rematado por una estatua suya con una inscripción que decía que había conquistado 876 ciudades ni más ni menos. Consecuencia de todo ello fue la concesión de un segundo triunfo, el 29 de diciembre de 71, la obtención del consulado de 70 y una enorme popularidad ese mismo año por restaurar la plena potestad de los tribunos. A sus treinta y seis años, Pompeyo ya había sabido pasarse astutamente de un lado de la política al otro, demostrando que de momento era el general más grande de Roma.

Tras su consulado no obtuvo ningún mando militar en las provincias. Permaneció en Roma, pero más tarde se le concedieron dos controvertidos mandos debido a que la votación fue remitida directamente al pueblo. El primero, en 67 a.C. fue contra los piratas del Mediterráneo, para lo cual se le entregó una enorme flota y poderes equivalentes a los de un gobierno provincial: cumplió con su cometido en sólo tres meses, para mayor agradecimiento del pueblo. Mientras tanto, el candidato de los senadores tradicionalistas, Luculo, fracasó estrepitosamente en su tarea de acabar en Asia con la guerra contra Mitridates. Luculo había demostrado una notable habilidad diplomática e incluso había penetrado en Armenia, pero los enemigos de su estilo «tradicional» hacían hincapié en sus escandalosos lujos y en la lentitud de sus avances, y consiguieron que se enviara a Pompeyo a

sustituirlo: fue como si lo hubiera «enviado el cielo», llegaría a decir Cicerón.<sup>[316]</sup> Esta guerra le llevó a Pompeyo cuatro años, y aun así no se acabó con el rey Mitridates hasta que él mismo se quitó la vida (su famoso libro sobre remedios contra los venenos fue traducido al latín por orden de Pompeyo). Como la guerra se había extendido a otros reinos vecinos de Asia, Pompeyo se trasladó más al sur y ganó varias victorias en Siria, el Líbano y en 63 a.C. en Judea. Allí, las autoridades judías estaban divididas entre dos candidatos rivales para el puesto de sumo sacerdote; primero uno de ellos, y luego el otro invitó a Pompeyo a que lo ayudara, y éste finalmente decidió poner sitio al Monte del Templo de Jerusalén. Entró incluso en el Sanctasanctórum del Templo, una profanación escandalosa a ojos de los judíos. El territorio de éstos fue reducido, obligado a pagar tributo y puesto definitivamente bajo el control de Roma.

En Asia, Pompeyo demostró una gran astucia para la diplomacia duradera y para el establecimiento de reinos manejables.<sup>[317]</sup> Sus conquistas de mediados de la década de 60 a.C. marcan el comienzo del «Oriente Próximo Romano» y, una vez más, supusieron una transformación de las finanzas públicas de Roma. El tributo cobrado en las provincias casi se dobló y el botín obtenido y las oportunidades para la inversión serían enormes. Pero Egipto seguía sin ser conquistado, complejo, extraño, pero enormemente rico en grano y en oro. Pasarían otros treinta y cinco años antes de que lo fuera.

Dos triunfos antes de cumplir los cuarenta eran ya demasiado para los más envidiosos. En el primero, se dijo que Pompeyo había intentado entrar en la ciudad conduciendo un carro tirado por elefantes, hasta que vio que

la puerta era demasiado estrecha.<sup>[318]</sup> Un tercer triunfo, a expensas del respetado Luculo, habría resultado alarmante e intolerable. Una tradición inveterada de la República decía que ningún individuo debía dominarla, y los senadores tradicionalistas se movilizaron, como habría cabido esperar, contra el regreso de Pompeyo. En enero de 62, sólo el veto interpuesto, en su calidad de tribuno, por Catón el Joven, el principal exponente de los «tradicionalistas», impidió que prosperara la moción presentada en su ausencia para que fuera nombrado general encargado de acabar con los disturbios que asolaban Italia. En los comicios se presentaron unos soldados armados para asegurarse de que era aprobada la ley, pero uno de los tribunos tapó con la mano la boca al colega encargado de presentar la moción e impidió que siguiera hablando cuando éste intentó recitar la propuesta de memoria ante la asamblea. Pues bien, este Catón era el joven famoso por su integridad y sus acendrados principios conservadores: generalmente, dice Cicerón, se comportaba como si viviera en «la *República Ideal* de Platón, y no en la de fango de Rómulo».<sup>[319]</sup> Era bisnieto del riguroso Catón el Viejo, pero él también sabía jugar sucio cuando veía amenazada su república. No obstante, se concedieron a Pompeyo varios días de súplicas de agradecimiento, una corona de oro para que la luciera en público en el circo, y, más tarde, un triunfo.

El regreso de Oriente del héroe fue menos feliz. Se divorció de su (tercera) esposa por adulterio, pero no consiguió concertar una alianza matrimonial con la flor y nata de la élite senatorial: el joven Catón se mostró inflexible asegurando que debía seguir fuera de ella. La falta de talento como orador de Pompeyo se ponía de manifiesto

en las reuniones públicas. Otros asuntos de carácter más local eran la comidilla de Roma y mientras tanto los senadores mantenían a distancia a aquella superestrella imposible. Vistas las cosas retrospectivamente, habrían debido hacerle un huequecito y aprender a convivir con su gloria, que poco a poco habría ido eclipsándose. El problema estaba en que tanta gloria resultaba insoportable. En septiembre de 61 Pompeyo celebró por fin su triunfo sobre Oriente, el tercero de su carrera. Fue un espectáculo nunca visto. Desfilaron ante la multitud los reyes sometidos y el botín obtenido, incluido un antiguo Sumo Sacerdote de Jerusalén. En el espectáculo se vio incluso un lince y varios babuinos. El segundo día, Pompeyo entró en la ciudad en su carro adornado con joyas llevando a uno de sus hijos a su lado: la gente comentó malévolamente que lucía el manto de púrpura del propio Alejandro. Hizo su entrada el día mismo de su cumpleaños y desplegó un símbolo del mundo, un globo: había triunfado ya sobre tres continentes distintos, África (79), España (71) y Asia (61). Las monedas seguirían proclamando este mensaje global.<sup>[320]</sup>

Siempre a la defensiva, los senadores «tradicionales» se negaron a ratificar los acuerdos que Pompeyo había hecho a título personal en Oriente. Un año después de su triunfo, fue acusado de querer efectivamente ceñirse la diadema real, como demostraba la venda blanca en forma de diadema que llevaba en una pierna. En realidad, la venda la llevaba porque tenía una úlcera.<sup>[321]</sup> Dos años después, los senadores «tradicionales» seguían haciendo esperar a sus veteranos y no les permitían establecerse en las parcelas de tierra que se les habían concedido como recompensa. Temían a Pompeyo, ¿pero qué era exactamente lo que quería ahora aquel

advenedizo? Había llegado a la cima demasiado pronto y durante otros nueve años los senadores, azuzados por Catón, seguirían sin permitir que la distancia que los separaba se acortara. Mientras tanto Pompeyo buscaría amigos útiles por su cuenta. Según sus contemporáneos, era esquivo y falso. Era más «un zorro que un león» en la jungla de la política. «Suele decir una cosa y pensar otra», escribía el joven y agudo Celio a Cicerón, «pero su inteligencia no da de sí lo suficiente para no dejar traslucir qué es lo que desea».<sup>[322]</sup>

# Capítulo 34

## EL MUNDO DE CICERÓN

¿Y qué? Si incluso hago mejorar a César, cuyos vientos son ahora muy favorables, ¿causo tanto perjuicio a la república? Más aún: si nadie me detestara, si todos, como es justo, me apoyaran, no por ello habría de esforzarme menos en probar la medicina que busca curar las partes enfermas de la república antes que la que busca amputarlas. Mas ahora, como aquella caballería que yo coloqué en la colina del Capitolio, contigo como portaestandarte y dirigente, ha abandonado el senado y nuestros dirigentes quieren tocar el cielo con el dedo si en sus piscinas hay barbos que se acercan a su mano y no se preocupan de otras cosas, ¿no te parece que seré de cierta utilidad si consigo disuadir a quienes pueden hacer daño?

CICERÓN, *Carta a Ático* 2.1 (ca. 3 de junio de 60 a.C.)

Al igual que Pompeyo, Marco Tulio Cicerón era un novato en la escena política de Roma. No sólo no triunfó antes de ser senador, sino que en su familia no había habido senadores ni magistrados romanos, y la guerra no era precisamente lo suyo. Había nacido (curiosamente como Mario) en Arpiño, una ciudad situada en las colinas, a unos ciento veinte kilómetros al sudeste de Roma, el mismo año que Pompeyo, es decir en 106 a.C. Era un «hombre nuevo», cuyas raíces familiares se hundían en la pequeña nobleza rural, pero sin máscaras funerarias dignas de ser lucidas en los salones de la familia. En cambio, un estudioso moderno, admirador suyo, ha dicho de él que «acaso fuera el hombre más civilizado que ha existido nunca».<sup>[323]</sup>

Hoy día, Cicerón es conocido sobre todo por su vanidad y la obsesión por su propia persona, su escaso juicio político

y su costumbre de llamar a la masa de los ciudadanos romanos la «hez» o el «rebaño», de calificar a la vida en las provincias de «tedio insufrible», y de considerar a los griegos de su época volubles y banales. Pero con él no bastan rápidos estereotipos como éstos: a decir verdad, es el romano de aquellos años turbulentos al que realmente tenemos la sensación de conocer.

Como otros de su clase por esos mismos tiempos, Cicerón había recibido una esmeradísima educación, primero en Roma (donde estudió oratoria en las mejores casas y también derecho junto a los grandes expertos del pasado), y luego durante algunos años en Grecia, pasando incluso seis meses más o menos en Atenas perfeccionando el griego y sus conocimientos de filosofía. Uno de sus compañeros de estudio en Atenas, que tendría una importancia crucial a lo largo de toda su vida, fue Pomponio Ático (más y mejor conocido simplemente como Ático), con quien Cicerón, unos años más joven, había entablado amistad ya en Roma. Una y otra vez, desde comienzos de la década de 60 a.C. Cicerón escribiría brillantes cartas personales a Ático, que las guardó en su casa y de ese modo han llegado milagrosamente a nuestras manos a través de copias. Ático era un hombre de una clase social similar a la de Cicerón, pero prefirió seguir siendo un simple caballero (*equus*) y no emprender la carrera política. Lo mismo que Cicerón, prefería en política la línea de la clase dirigente tradicional, pero era muy discreto al respecto. Era famoso por su excelente gusto anticuado, incluso hasta en los muebles «de época» de sus casas. Al igual que Cicerón, amaba los libros y la literatura y asesoraba a su amigo en la compra de muebles y de obras de arte griegas. A diferencia

de Cicerón, mantuvo verdadera amistad con romanos de nobilísima cuna y se las arregló para zafarse siempre de las crisis políticas y seguir siendo amigo de un bando y de otro, manteniendo una encantadora neutralidad.

A diferencia de Ático, Cicerón se convertiría en el mejor orador romano. Con una malignidad típica, se dice que Adriano no estaba de acuerdo con esta idea y que prefería el latín abrupto de Catón el Viejo. Sencillamente, se equivocaba. La oratoria permitió ante todo a Cicerón hacerse con un nombre: en la arena política de Roma, la mejor forma que tenía un joven con aspiraciones de hacerse notar en público era poner un pleito a un superior y ganarlo. Tras varios éxitos iniciales, en agosto de 70 Cicerón se embarcó en el famoso procesamiento del gobernador corrupto Verres (el juicio quedó interrumpido durante los días de los juegos públicos que dio el joven cónsul Pompeyo con motivo de su triunfo). En agosto de 70 el monopolio de los tribunales de justicia de que gozaban los senadores estaba a punto de llegar a su fin, pero el ataque de Cicerón constituyó un éxito memorable: la acusación venía respaldada por casi ocho semanas de búsqueda de pruebas en Sicilia, la provincia asignada a Verres. Como discurso de acusación, es uno de los pocos que han llegado a nuestras manos, uno de los dos de este género escritos por Cicerón que se han conservado, pero muestra unos méritos similares a los numerosos discursos de defensa que compuso. Cicerón dominaba numerosos registros distintos: el relato claro y conciso en los detalles, los períodos rítmicos de carácter cíclico, las demostraciones de ingenio cómico, o la invectiva extrema. Ante un jurado es el maestro del estilo confidencial que intenta distraer la atención de los jueces de los puntos

débiles de su argumentación. Sigue siendo un modelo brillante para cualquier abogado en ejercicio que sea culto. Los discursos que ahora podemos leer suelen ser versiones pulidas a posteriori por el propio Cicerón para su publicación, y cuando resulta menos convincente es cuando la distancia entre el estilo y el verdadero interés del autor por el caso es demasiado grande. Pero hay también discursos políticos clásicos, como el pronunciado en defensa del joven casquivano Celio, con sus maravillosas descripciones de la vida lujosa y desenfadada de los jóvenes de Roma, o el discurso en defensa de Milón, hombre a todas luces culpable de asesinato, pero defendido por Cicerón con una deslumbrante lógica equívoca en un tribunal en el que se presentaron unos soldados hostiles con el fin de intimidarlo. Se ha achacado a menudo a Cicerón su falta de coraje y él mismo admitía esta debilidad, pero tuvo mucho valor al embarcarse en este caso y también fue valiente durante su último año de actividad política.

Ya sexagenario, al ver que se le negaba la «libertad» política durante la dominación de Julio César, Cicerón se dedicó a escribir obras teóricas de historia y acerca de la práctica de la oratoria, de religión y de filosofía. El fruto de toda esa actividad es un tributo a la erudición acumulada a lo largo de los años, que resulta fundamental para nuestra comprensión de la vida intelectual de Roma. Cicerón mostró siempre una propensión hacia la postura conservadora. Intelectualmente, rechazaba los supuestos poderes de adivinación que afirmaban poseer algunos y que les permitían, según ellos, conocer el futuro y la voluntad de los dioses. Pero era un firme defensor de la religión tradicional cívica que había sido transmitida generación tras

generación y que formaba parte de las costumbres de los antepasados de Roma. Se sintió, Por tanto, sumamente feliz cuando fue nombrado augur o adivino oficial en 53 a.C. aunque este cargo público comportaba tener que tomar los auspicios en los que, intelectualmente, no creía. Entre los diversos tipos de filosofía griega existentes, Cicerón se inclinó siempre por el escepticismo. Sus cartas demuestran cuan variados eran los gustos filosóficos de sus contemporáneos romanos, una generación para la cual el lenguaje de la ética y la investigación filosófica constituían un elemento más de la vida cultivada, tan diferente de la existente un siglo atrás. El escepticismo filosófico de Cicerón era de un tipo anticuado, en consonancia con su conservadurismo natural.

Estos discursos y tratados forman parte de las credenciales de Cicerón para ser considerado una mente civilizada. Pero esas credenciales se ponen de manifiesto sobre todo en sus cartas. Constituyen un vestigio del pasado absolutamente único, fueron escritas a lo largo de unos veinte años y forman parte de la correspondencia de este ilustre romano que no siempre escribía pensando en la publicación. En cierto modo, nos muestran los gustos y el estilo de vida de Cicerón, su pasión por los libros, sus opiniones acerca de sus esclavos, su familia (incluida su amada hija y su irritable hermano), sus numerosas casas y lo que significaban para él. Lo vemos transido de dolor por la muerte de su hija a la edad de treinta y pocos años,<sup>[324]</sup> su ruptura con Terencia, su esposa por espacio de treinta años, escribiendo cariñosamente acerca de su fiel Tirón, el secretario-esclavo al que concedió la libertad, o lamentando el comportamiento de su último yerno, Dolabela. Cicerón

poseía no menos de ocho casas de campo en Italia, aunque la agricultura no estuvo nunca entre sus intereses y la caza no lo atrajera en absoluto. Yendo de una a otra, carecía por completo del apego al «hogar» propio de un hacendado rústico, pero apreciaba el solaz que aquellos lugares le brindaban, sus bosques, su emplazamiento y el «refugio» que suponían de las agitaciones públicas. Pero poseía además varias casas en Roma, entre ellas una hermosa residencia en el Palatino, encima del Foro, que era toda una manifestación de su encumbramiento social. Su anterior propietario del orden senatorial la había diseñado como una mansión expuesta a las miradas del público (la privacidad no estaba entre las prioridades de los personajes socialmente destacados del mundo romano).<sup>[325]</sup> Cicerón tomó prestado muchísimo dinero para comprarla, en una época en la que los precios de las casas elegantes se habían multiplicado por diez en sesenta años.

Las cartas nos permiten ver también los estados de ánimo cambiantes de su autor, que pasa del júbilo a la desesperación. Nos muestran su preocupación (que puede llegar a resultar sofocante) por sus jóvenes protegidos más prometedores, su rechazo a permanecer ocioso y su mente excepcionalmente cultivada. En junio de 59, durante el controvertido consulado de César, lo encontramos en su casa de campo de Anzio, laboriosamente absorto en la obra de geografía que había proyectado escribir y que debía basarse, cómo no, en los maestros griegos helenísticos, y lamentándose de que el tema era demasiado difícil para ser presentado de una manera atractiva. Oímos hablar de los bosques de su esposa Terencia, del acceso que tenía a las bibliotecas privadas de sus amigos (la de Ático era su

principal punto de referencia) y su constante combinación de vida pública y erudita. Estamos ante la vida de un romano riquísimo, pero, eso sí, una vida muy próxima a la nuestra y civilizada según nuestros criterios, mientras que el estilo de vida de un Pericles o un Demóstenes no nos ha dejado este tipo de cartas (ni siquiera llegaron a escribir nada parecido) y, aparte de unas cuantas anécdotas, se ha perdido por completo para nosotros.

Cicerón es también el único padre romano cuyas relaciones con su hija podemos seguir durante bastante tiempo. Como «padre de familia», *paterfamilias*, su hija Tulia estaba legalmente en su poder, pero Cicerón expresa un afecto exagerado por ella llamándola su «puerto» y su «descanso» de las innumerables dificultades públicas, fuente de «conversación y dulzuras». Cuando la joven se casó por tercera vez, con apenas veintiséis años, su marido no fue, desde luego, del gusto de su padre. Las opiniones de su hija pesaban, pues, para él más de lo que las leyes y la costumbre habrían podido inducirnos a pensar. Pero, como es habitual, amándola a ella se amaba a sí mismo. Tulia era «la hija más cariñosa, modesta e inteligente que puede tener un hombre», y por lo tanto era «la viva imagen de mi rostro, de mis palabras y mis pensamientos».<sup>[326]</sup> El cariño y el reflejo de sí mismo son rasgos distintivos de Cicerón, y probablemente no podríamos encontrarlos hasta ese punto en ningún otro padre de la época.

Pero esas cartas son más que testimonios de la «vida social» en general. Tienen un ingenio, una afinidad indirecta con los grandes acontecimientos públicos y una extraordinaria serie de comentarios cáusticos y bromas personales. Con total desvergüenza, se recrean en los

fracasos de los personajes de la época, inmortalizados en los brillantes motes que les pone Cicerón, «el Príncipe Árabe» (Pompeyo, señor de Oriente), «el Niño Bonito» (su odiado Clodio, uno de cuyos nombres significaba precisamente «hermoso»), «Ojos de Vaca» (la promiscua hermana de Clodio, Clodia), y muchos más. Nos permiten vislumbrar, mejor que cualquier otro testimonio, lo que significaba la libertad en el mundo de los senadores, y nos dejan con la secreta añoranza de pertenecer a él. O mejor aún, constituyen la visión que tenía un hombre de lo que sucedía a su alrededor y que con mucha frecuencia interpreta como desearía personalmente que fuera. Existe un maravilloso abismo entre la interpretación de Cicerón, a menudo centrada en sí mismo, y la realidad que podemos atribuir con más plausibilidad a los peces gordos entre los cuales nada. Sus juicios sobre los distintos personajes son a menudo sorprendentemente equivocados, entre otras razones por su tendencia a exagerar su propia importancia para los demás. Pero encontramos también juicios agudos cuando sus esperanzas se han visto decepcionadas o no están en juego; este hecho nos recuerda que tampoco él se engañaba totalmente.

Su carrera siguió una senda inolvidable, procurando no irse a pique en medio de las luchas acerca de la «libertad» y la «justicia». Entre 70 y 60 a.C. empezó a dejarse llevar por la corriente popular, manifestándose en 66 a favor de la ampliación del mando de Pompeyo en Oriente o defendiendo a un tribuno de la facción popular en un pleito. Pero se trataba de un populismo temperado por el respeto que profesaba a la clase dirigente tradicional, y en 64, en una campaña electoral muy poco distinguida, esa misma clase

dirigente decidió apoyar la sumisa candidatura de Cicerón al consulado. Fue elegido para tomar posesión del cargo en enero de 63.

Para que fuera preparándose, su hermano menor, Quinto, le envió un «librito» sobre la campaña electoral, un texto clásico sobre las estrategias que podían permitir a un candidato ganar las elecciones en Roma. «Casi cada día, cuando vayas al Foro», afirma Quinto, «debes repetirte lo siguiente: “Soy un novato; busco el consulado; esto es Roma”». <sup>[327]</sup> Debía uno mantener el equilibrio entre el trato de los personajes nobles e influyentes y la atención prestada a la imagen popular de uno mismo, en la ciudad, en el resto de Italia, e incluso en las grandes casas, en las que Cicerón (le advertía su hermano) debía preocuparse de que los esclavos hablaran bien de él. Al carecer de contactos familiares, Cicerón se tomó la molestia (como le advirtiera su hermano) de enterarse de las dimensiones, el emplazamiento y la naturaleza de las fincas que tuvieran en Italia todos los hombres importantes. Cuando pasaba de viaje por un camino, se decía que era capaz de hablar con familiaridad acerca del propietario de cada finca que atravesaba. Aquellos individuos podían presentarse un día en Roma y demostrar que eran especialmente importantes a la hora de «amañar» las asambleas electorales y legislativas. El manualillo de Quinto da por supuesta la existencia de todo tipo de fascinantes «expertos en el arte amañar», los «repartidores» (que sobornaban a bloques de posibles electores), de «buenas compañías», de las cuales había ya cuatro grupos que estaban «obligados» con Cicerón, y de «hombres de extraordinaria influencia, que gracias a ti se han hecho o esperan hacerse con el control de los votos de

una tribu o una centuria... pues, en estos tiempos, los expertos en elecciones han elaborado un sistema, con todo el rigor y todos los recursos imaginables, para conseguir lo que quieran de los hombres de su tribu».<sup>[328]</sup> Los consejos de Quinto se referían a las elecciones, pero los individuos que podían «amañar» los votos de una tribu en unas elecciones, podían también amañar indudablemente los votos de esa tribu para unos comicios tributos en los que se aprobara una ley. Quinto daba también por supuesto que había individuos que podían amañar las «arengas» o alocuciones al pueblo. Tenía un truco infalible para su hermano: no hablar de asuntos políticos en las calles ni en las «arengas» públicas. Cuando tratara con «el pueblo», le aconsejaba cultivar la «memoria para los nombres, una actitud enigmática, una atención constante, generosidad, publicidad, un “bonito espectáculo”, y promesas de ascensos en el Estado».<sup>[329]</sup> En la Atenas clásica, un Pericles o un Demóstenes no habrían engatusado a sus conciudadanos demócratas con esas artes típicamente «italianas».

El año de su consulado, 63 a.C. supuso la cima de la carrera de Cicerón. Fue una época de elevadísima tensión social y política, en buena parte achacable a las consecuencias de las reformas de Sila y a la década de reacción. Los individuos a los que Sila había establecido en explotaciones agrícolas repartidas por toda Italia se veían acosados por las deudas y la incertidumbre de que siguieran teniendo derecho a llamarse dueños de sus tierras. En un nivel más alto de la escala social, las reformas introducidas por Sila en la estructura de la carrera política habían intensificado las rivalidades por la consecución de las altas magistraturas: los competidores que salían de los puntos de

partida eran cada vez más numerosos, pero menos de la mitad de ellos llegaban a ser elegidos pretores, el primer gran obstáculo de la carrera. Estaban además los senadores destituidos, ansiosos de volver a estar en el candelero y de recuperar la preeminencia que la «denigración» de los censores les había hecho perder. Concretamente en 63 estaban las incertidumbres acerca de las intenciones de Pompeyo, ausente en Asia, y los temores de la violencia popular en Roma (el grano seguía escaseando y las «asociaciones» del pueblo acababan de ser prohibidas en 64). Primero, Cicerón se opuso ingeniosamente a aprobar una ley de corte popular sobre la asignación de parcelas a nuevos colonos en Italia, y más tarde, en otoño, desenmascaró lo que consideró que eran los planes sediciosos de un noble desesperado, Catilina, endeudado hasta las cejas como consecuencia de sus fracasos electorales en la carrera hacia el consulado. Por otro lado, se desencadenó una sublevación abierta en Etruria y además se descubrió otra conjura en la ciudad, con el plan (según Cicerón) de causar incendios, circunstancia que indudablemente debió de provocar el pánico de su público urbano. Independientemente de que los juicios de Cicerón fueran acertados o no, el peligro de asesinato, abolición forzosa de las deudas y golpe de Estado era real. Los conspiradores fueron detenidos, pero en diciembre Cicerón presidió en su calidad de cónsul la sesión del senado que tomó la decisión fatídica de ejecutar a los ciudadanos arrestados. Se dejaron oír algunas voces en contra, especialmente la de Julio César, pero la sentencia se cumplió a pesar de que violaba el derecho fundamental que tenía todo ciudadano romano de «apelar» y, desde la reforma de Gayo Graco, de tener un juicio público ante el pueblo en caso de ser acusado de un delito que acarrearía la pena

capital. No era ninguna excusa que Cicerón calificara precipitadamente a las víctimas de «enemigos del pueblo». Fue también una desgracia que varias de ellas mantuvieran vínculos de «amistad» con el ausente Pompeyo.

En cualquier caso, ufano por el éxito obtenido, Cicerón hizo circular los detalles de su intervención en prosa y en verso, en latín y en griego. Pero su momento de gloria se vio muy pronto ensombrecido por el trato que dispensó a los ciudadanos detenidos: había permitido que se infringiera el principio de «libertad». Sus enemigos arremetieron contra él tachándolo de «tirano», activando las profundas creencias en torno a la justicia y la legalidad de la República. A través de las cartas de Cicerón, podemos observar cómo la euforia de su vanidad se desinfló de la noche a la mañana. A comienzos de 62 escribió a Pompeyo, ausente, presentándose como un gran hombre lo mismo que él, y como futuro consejero a su lado. Pompeyo ni siquiera se molestó en contestarle.<sup>[330]</sup> En 63 Cicerón se había enfrentado al poderoso Craso (según algunos, su enemistad venía de lejos) y además se había cruzado en el camino preferido de un gran astro en ascenso, el joven Julio César. A finales de 62 se atrajo, además, la enemistad del violento Clodio, entre otras cosas por deshacer la coartada que éste había presentado con el fin de salir airoso en un caso escandaloso que fue la comidilla de toda Roma. Después de utilizar a Cicerón como les convino, los nobles se desentendieron de aquel molesto «hombre nuevo». El consulado había otorgado a Cicerón una posición de privilegio en el senado, pero sus constantes elogios a la labor realizada y el escándalo en que se vio envuelto contribuyeron a apartarlo del centro de la escena.

De las cuatro llaves necesarias para alcanzar el éxito en

Roma, Cicerón sólo tenía una: era un orador excelente, pero sus capacidades como militar eran mínimas, su fortuna insuficiente, y sus contactos con amigos y familiares nobles inexistentes. No obstante, aspiraba a ascender socialmente, y abrigaba la esperanza ser acogido «en las altas esferas», en vez de tener que construirse un círculo de hombres nuevos como él y ayudarles a ascender a su lado. A finales de 60, cuando se formaron nuevas agrupaciones, podemos ver en sus cartas que realmente creía que Julio César se había fijado en él para que contribuyera a la reconciliación del gran Pompeyo y Craso y ayudara a suavizar la situación. A decir verdad, Julio César encontraba a Cicerón de su agrado: le gustaba su ingenio y su talento literario, y valoraba sus cualidades como orador. Pero políticamente nunca lo tuvo en consideración. También Pompeyo reconocía que Cicerón lo había ayudado a comienzos de la década de 60, pero nunca fueron amigos de verdad. En cuanto a Craso, básicamente lo detestaba.

Al año siguiente, 59 a.C. estos tres grandes hombres sellaron un pacto que no podríamos decir que fuera precisamente de caballeros, en virtud del cual se apoyarían mutuamente en sus necesidades políticas. En sus cartas podemos comprobar que Cicerón tardó muchísimo en darse cuenta de la existencia de este pacto,<sup>[331]</sup> y, cuando por fin manifiesta airadamente su opinión en contra de los tres, a las pocas horas éstos desatan contra él la amenaza de su gran enemigo, Clodio. Ni César ni Pompeyo intervendrían para salvarlo. En marzo de 58 Cicerón prefirió abandonar Roma y sufrir un destierro voluntario antes que aguardar a que Clodio, a la sazón tribuno de la plebe, lo procesara. Anduvo errante lejos de Roma, que era su verdadera savia vital,

reducido a la miseria más absoluta y forzado a contemplar la posibilidad del suicidio. En Roma, mientras tanto, con una ironía programática, su enemigo, Clodio, hizo demoler inmediatamente la casa que Cicerón había adquirido con tanto orgullo en el Palatino y consagró el solar como templo a la Libertad. Esa «Libertad» era la libertad que tenía el pueblo «frente al» acoso y contra la cual había atentado Cicerón al presidir las ejecuciones de los ciudadanos en diciembre de 63.

En septiembre de 57 ya estaba de vuelta en Roma, pues la estrella de Clodio se había eclipsado y sobre todo porque Pompeyo había recuperado su energía y se había dado cuenta del uso que podía hacer de Cicerón como orador (Pompeyo no tenía desde luego el don de la palabra). Pero el regreso le costó caro: Cicerón tuvo que ponerse inmediatamente a defender los intereses de Pompeyo y una vez más, en 56, se engañó por completo respecto a las intenciones de los tres grandes hombres. Nadie lo avisó de la renovación de su «pacto de caballeros» hasta que fue un hecho. En consecuencia, sus imprudentes protestas de independencia fueron una vez más silenciadas rápidamente por el trío y él se vio forzado a colaborar con ellos si no quería poner su vida en peligro; la colaboración significaba pronunciar los discursos más humillantes en defensa de sus anteriores enemigos, los partidarios políticos de los tres hombres que dominaban la situación. Para Cicerón, el único rayo de luz existente en aquellos discursos era la ocasión que le brindaron de recrearse de nuevo en su consulado del año 63: la reacción que había suscitado fue un suceso del que nunca logró recuperarse psicológicamente.

Las reacciones de Cicerón ante aquel rumbo político tan

llo de sobresaltos constituyen el testimonio más vivo que tenemos del valor de la libertad según la mentalidad de un individuo del orden senatorial que participó en los hechos. Desde luego no significaba la libertad de la democracia; lo que significaba era la «libertad frente al» dominio de otros y la «libertad de» los senadores como él de ejercer su autoridad y su dignidad, conservando al mismo tiempo la «igualdad» entre los miembros del grupo. La artera dominación de los tres grandes hombres, César, Pompeyo y Craso, fue un desastre para él, sólo preferible al destierro, que habría sido comparable con la muerte. En 54 escribió a su hermano en los siguientes términos: «Me atormenta, me atormenta el hecho de que ya no sea nada la república, de que no sean nada los tribunales de justicia... No poder atacar a algunos de mis enemigos; y haber tenido incluso que defender a otros». Pero sobre todo, «no poder dar rienda suelta a mis opiniones ni a mi odio, y descubrir que César es el único que me ama tanto como yo deseo».<sup>[332]</sup> Pero ese «amor» era sólo un amor profesado por César desde la lejanía. Julio César (como veremos) tenía otras ambiciones, y Cicerón no contaba mucho en ellas.

Uno de los recursos que tenía Cicerón a su alcance era retirarse y escribir obras de teoría política ideal. A partir del año 54 se dedicó a escribir una obra *Sobre la república* ideal y varios libros *Sobre las leyes*, obras que curiosamente no abordaban las realidades ni los males de la República Romana de su época. Como buen hombre hecho a sí mismo, defendía la visión del Estado que tenía la clase dirigente tradicional: dicha visión implicaba la supremacía del senado, frente a la soberanía nunca experimentada de las asambleas del pueblo. Los decretos senatoriales, afirmaba,

debían ser vinculantes y el senado debía ser «dueño y señor» de la política pública: los senadores debían además inspeccionar los votos que fuera a depositar el pueblo. El voto secreto era un desastre: los senadores debían supervisar las votaciones y conceder sólo «una apariencia de libertad» para preservar la «autoridad» de «los mejores».<sup>[333]</sup> Su estado ideal reservaba un papel para los tribunos de la plebe, pero sus vagos ideales de «concordia» entre senadores y caballeros y un «moderador» ilustrado como jefe del Estado eran completamente irrelevantes para las crisis por las que realmente estaba pasando su amada República. Los problemas de la República radicaban en el poder de los jefes del ejército y de sus secuaces y en los desórdenes sociales y económicos que les permitían retener con relativa facilidad sus ejércitos y sus bandas de matones.

La otra respuesta que dio a la preeminencia de los dinastas fue escribir una «historia interna» de los sucesos acontecidos desde mediados de la década de 60.<sup>[334]</sup> Por desgracia la obra se ha perdido, aunque Cicerón leyó en voz alta a Ático partes de ella y comparó su tono con el del más maligno de los historiadores griegos anteriores, Teopompo, contemporáneo de Filipo y de Alejandro Magno. Sabemos, sin embargo, que en ella echaba la culpa a Craso y a Julio César de unas conjuras políticas que, por lo demás, dudaríamos en atribuirles a ellos: de los planes de golpe de Estado de 65 (en su opinión, Craso había tenido un papel particularmente activo en ellos) y del apoyo a Catilina, el popular desesperado, en 63. ¿Su libro eran sólo cotilleos amargados, distorsionados por la visión retrospectiva? Se trata de uno de los libros de la Antigüedad que más nos gustaría recuperar, pues es posible que dijera verdades que

Cicerón había tenido miedo de exponer en otro sitio, además de airear otras teorías conspiratorias que resultaría interesantísimo estudiar.

En 51 a.C. un Cicerón amargado vio cómo era enviado a Oriente en calidad de gobernador de una provincia miserable, Cilicia, en el sur de Asia Menor (aunque también formaba parte de ella Chipre, así como otros territorios del sur de Asia). A través de sus cartas, tenemos la primera visión prolongada de lo que eran las actividades de un gobernador romano fuera de Italia, dispensando justicia en los asuntos locales de su provincia.<sup>[335]</sup> Cicerón realizó las habituales giras judiciales por las principales ciudades de la provincia; publicó el sólito «edicto» de toma de posesión, inspirado, sabiamente, en el de un admirado predecesor, el jurista Escévola. En general, prefirió que la población local de lengua griega arreglara sus disputas por su cuenta, pero si consideraba que dichas disputas implicaban a ciudadanos romanos o a extranjeros, o tenían que ver con aspectos importantes del derecho romano, las juzgaba personalmente según las líneas de los edictos publicados por los pretores en Roma. En virtud de esas decisiones más o menos fortuitas, las leyes romanas relacionadas con temas como las herencias o las deudas impagadas serían aplicadas a los súbditos del Imperio fuera de Roma: no había ni una sola ley ni decreto que obligara a ello.

A pesar de las quejas de Cicerón, las obligaciones de un gobernador de provincia eran para él una alternativa mejor que la vida política en Roma. Cicerón vivía para su República, y lleno de tristeza al verse sin ella, su vida y sus incomparables darían fe de su crisis final. Allá por 59 a.C. César le había ofrecido un puesto de responsabilidad en su

cuartel general en el extranjero, que le habría permitido escapar a la tormenta política que estaba formándose a su alrededor. Incluso Ático le había aconsejado que lo aceptara. Era un típico acto de generosidad, una muestra de la «clemencia» de la que tanto le gustaba alardear a César ante su público romano. Pero como Cicerón comentaba, esa «clemencia» era insidiosa: ¿Quién era César para conceder el perdón a hombres como ellos?<sup>[336]</sup> De esa cuestión es de lo que dependería en adelante la historia de la «libertad» y la «justicia».

# Capítulo 35

## LA ASCENSIÓN DE JULIO CÉSAR

Estuvo a verme Cornelio, me refiero a Balbo, el amigo de César; me aseguró que éste contaría, en todos los asuntos, con mi consejo y el de Pompeyo y que se esforzaría en unir con Pompeyo a Craso. En ello hay estrecha unión mía con Pompeyo y, si me agrada, también con César; reconciliación con mis enemigos; paz con la masa; una vejez tranquila...

CICERÓN, *Cartas a Ático* 2.3 (finales de 60 a.C.)

Has de saber que no ha existido nunca nada tan infame, tan vergonzoso, tan idénticamente detestable para las gentes de toda condición, orden o edad, como la situación actual, más allá, por Hércules, de lo que yo habría querido, no sólo de lo que habría pensado. Esos «demócratas» [los políticos del bando «popular»] han enseñado ya a silbar incluso a las gentes moderadas.

CICERÓN, *Cartas a Ático* 2.19 (entre el 7 y el 14 de julio de 59 a.C. acerca del consulado de César y de su pacto con Pompeyo y Craso)

Julio César, el romano más famoso de la historia, resultó ser el político popular más hábil de Roma. Durante más de veinte años siguió esta línea, aunque por su cuna y por sus maneras era un verdadero patricio, descendiente de la nobleza más antigua de la historia de Roma. La familia se jactaba de tener entre sus antepasados al padre fundador de la patria, Eneas, y, detrás de él, a la propia diosa Venus. Las «tradiciones» de los senadores corrientes hacían de ellos unos advenedizos desde la dilatada perspectiva de un aristócrata de tan rancio abolengo. Su figura contrasta con el tradicionalismo asumido de Cicerón, el hombre al que acababan de hacer un sitio entre los mejores.

Como buen patricio, César tenía un orgulloso sentido de

su elevado valor o *dignitas*, pero, primero como cónsul y luego diez años después como dictador, impuso por medio de detalladas leyes de corte popular lo que los senadores «tradicionales» se habían resistido a aceptar y aún seguían rechazando. Dichas leyes tenían que ver con asuntos que iban desde las restricciones impuestas a la concusión de los gobernadores provinciales y los límites al uso de la violencia en la vida pública, a la concesión de parcelas a decenas de miles de colonos, no todos los cuales eran veteranos del ejército. Detrás de aquellas leyes había valores, un sentido de la justicia que hacía de ellas algo más que meras apuestas personales con vistas a la consecución de la supremacía. Aun así, César, el «político del pueblo», acabó limitando el derecho de libre asociación de los pobres urbanos en sus organizaciones y colegios. Podían convertirse en una amenaza para su supremacía, especialmente durante su ausencia de la ciudad. Hasta los años de su dictadura, se apoyó sagazmente en los tribunos de la plebe, los magistrados populares, para que propusieran sus leyes en las asambleas del pueblo y vetaran las mociones que fueran en contra de sus intereses. Sin embargo, acabó destituyendo a individuos que desempeñaban el tribunado sólo porque sus acciones no eran de su agrado. Al final, nombraría a los magistrados de Roma él mismo.

Astutamente, César empezó por fomentar el «gobierno transparente». En 59, siendo cónsul, hizo que las actas del senado se hicieran públicas y fueran accesibles por primera vez: Adriano, casi doscientos años después, sería nombrado *curator* de las «actas» publicadas del senado. Los senadores como Cicerón que hablaban con desprecio del pueblo en la Curia calificándolo de «rebaño» o «hez», y que luego lo

elogiaban en sus asambleas, no recibirían precisamente con los brazos abiertos las nuevas publicaciones. El propio César hablaba con claridad y contundencia, dictaba cartas con profusión (a veces incluso mientras cabalgaba) y fue el primer noble romano que hizo una verdadera aportación a la literatura latina. Pues, como general destinado fuera de Italia, envió a Roma una serie de «comentarios» escritos con gran lucidez durante su prolongado destino como general en la Galia. «Evita las palabras insólitas», solía decir, «como el marinero huye de los escollos».<sup>[337]</sup> Sus obras en prosa suelen ser claras en su estructura y en su forma, pero son también muy económicas por lo que respecta a la verdad. Fueron escritas para que el público en general de Roma, de Italia, y quizá incluso del sur de la Galia, leyera sus proezas. Probablemente fueron publicadas año tras año, pero terminan en 52, mucho antes de su regreso a Roma. La publicación de estos ejercicios de «tergiversación de la noticia» tuvo en su momento una notable relevancia para su carrera política. Esos astutos «comentarios» presentaban a un César romano que era más que un igual de Pompeyo, el gran conquistador. Mientras que Pompeyo era glorificado por los historiadores y oradores griegos que lo rodeaban, César se glorificaba a sí mismo en un latín laro. Escritos en tercera persona, los comentarios utilizan la palabra «César» 775 veces.

En Julio César el encanto y la crueldad, la osadía y el engaño estaban inextricablemente unidos. Ante todo, demostró que era un magnífico general. Era indiferente a las comodidades o lujos personales y era un consumado jinete que podía incluso cabalgar a toda velocidad con las manos cruzadas a la espalda. Desde 58 a 50 a.C. conquistó una

enorme cantidad de territorios en Occidente, todos los cuales identificó como la Galia. En 55 cruzó el Canal de la Mancha y fue el primero que invadió Britania, «más allá del límite del océano», que había traspasado Alejandro Magno. Pero la invasión de Britania fracasó y las conquistas de la Galia habían ido mucho más allá de la estricta interpretación de los mandos militares que se le habían asignado. Cuando esos mandos concluyeron, él mismo calculaba que había causado la muerte en el campo de batalla al menos a 1.192.000 enemigos durante sus campañas en la Galia. Aun así, las víctimas civiles quedaban excluidas de se cómputo total tan glorioso para él, aunque no para nosotros.

César hizo gala además de una sorprendente audacia en las guerras en las que participó entre 49 y 45, y que lo llevaron a Grecia, Egipto, Asia, el norte de África y España, lugares todos ellos que más tarde visitaría Adriano en el curso de viajes pacíficos. Sin embargo, nunca hizo público el número de bajas causadas en esos conflictos, pues tuvieron lugar en el curso de una guerra civil contra otros ciudadanos romanos. En efecto, en 49 a.C. César se embarcó en una guerra civil dentro de Italia, como si fuera un «nuevo Aníbal», al tiempo que afirmaba la necesidad de defender la «libertad» del «pueblo romano», la «inviolabilidad de los tribunos de la plebe» y, de manera más sincera, «su propia dignidad». Durante casi cinco años la vida política quedó sometida a la voluntad personal del propio César. No fue, desde luego, la irremediable consecuencia de los tiempos que le tocaron vivir. La República Romana habría podido, y de hecho habrá debido, sobrevivirlo. En último término, la derrocó en aras de su propia «dignidad», ante la cual todo lo demás —el populismo, la apertura social, su tan cacareada

«clemencia»— era secundario. Echó por tierra una constitución flexible que había venido evolucionando a lo largo de más de cuatro siglos y posteriormente fue asesinado en Roma por unos sesenta conspiradores. Pero su ejemplo y su destino repercutieron en los actos sucesivos del largo drama de la República Romana. Resultó además que esos actos constituyeron su final, un auténtico punto de inflexión para la libertad.

Julio César nació seis años después que Cicerón, en 100 a.C. en el mes que luego se llamaría julio en su honor. Los historiadores que cuentan sus primeros años corren el riesgo de dejarse llevar por la visión retrospectiva: ¿Es posible que sus contemporáneos temieran realmente la frialdad de su carácter y sus dotes ya en los primeros estadios de su vida? La mayor parte de los historiadores especializados en él suelen retrasar actualmente la «formación de César» a la época de sus treinta y tantos o cuarenta y pocos años, pero es posible que sus contemporáneos vieran mucho antes indicios de esa progresión. A la edad de (probablemente) quince años, fue elegido para el cargo de sacerdote ceremonial de Júpiter (flamen dial), privilegio reservado exclusivamente a los patricios. Como el flamen tenía prohibido mirar a los soldados armados, ¿fue el ofrecimiento de este cargo un intento temprano de cortar la entrada en cualquier tipo de carrera pública a aquel temible joven aristócrata? Aquellos años coincidieron con los de la terrible ascensión al poder de Sila, y César se casó con la noble hija de Cinna, el enemigo de Sila. Por su tía, era además sobrino del gran Mario, el máximo rival del dictador. En efecto, éste se negó a permitir que César siguiera ocupando el cargo de flamen (como si en ello no viera ninguna finalidad paralizadora), pero se dice

que también avisó del potencial que tenía el joven César vestido de manera informal. ¿Es esta anécdota también fruto de la visión retrospectiva?

César se libró de la proscripción y marchó a hacer su servicio militar a Oriente. Allí, los cotilleos hostiles a su persona afirmarían más tarde que se convirtió en el favorito sexual del rey de Bitinia. No había nada de verdad en todo aquello, pero cuando más tarde se le acusó de ser un «afeminado», César replicó ingeniosamente que las Amazonas habían en otro tiempo dominado una gran parte de Asia, y de ese modo su amenaza de que iba a bailar sobre las cabezas de sus enemigos senatoriales no se quedó en meras palabras.<sup>[338]</sup> En 80 a.C. una valiente hazaña en el Egeo lo hizo acreedor a la «corona cívica», un alto distintivo militar por salvar la vida de un ciudadano en la batalla: podía llevar en público una corona de hojas de encina y hasta los senadores habrían tenido que ponerse en pie ante su presencia en los juegos públicos, privilegio que difícilmente habría pasado por alto su elevado sentido de la dignidad. Regresó a Roma y se hizo famoso —ganándose de paso muchos enemigos— por acusar a un respetado ex cónsul de concusión en su provincia. Regresó luego al Oriente griego a estudiar y dejó que se enfriara la hostilidad que había suscitado en Roma. A diferencia del astro en ascenso, Pompeyo, César tenía una mente rápida y cultivada que siempre se había sentido atraída por la literatura. Pero él también era un luchador nato. Tomó una venganza dulce y rápida de unos piratas del Egeo que habían intentado retenerlo para cobrar rescate. A los veintiséis años volvió con sus tropas a Bitinia para impedir que este reino se pasara al bando del gran enemigo de Roma, Mitridates. Ya había

empezado a actuar sin órdenes de nadie.

De vuelta en Roma, cuando la constitución reaccionaria de Sila se vino abajo, César se sumó rápidamente a la línea popular alternativa. Su tía era la viuda de Mario, el héroe popular y, cuando ésta murió, él mismo pronunció en el Foro una oración fúnebre en la que se explayó hablando de la nobilísima estirpe de dioses y reyes a la que pertenecía la difunta (y de paso él también). Al final, parecería que sus palabras eran proféticas cuando diera la impresión de que él mismo rivalizaba con estos dos tipos tan peligrosos de antepasados. El pueblo se dio cuenta de ello, igual que se dio cuenta de que mostraba a la vista de todo el mundo las insignias de Mario, el héroe popular silenciado desde hacía largo tiempo, durante la procesión fúnebre de su tía. Desplegó incluso en el Capitolio los trofeos de Mario, escondidos también durante largo tiempo. A continuación, a finales de 69 a.C. partió a prestar sus servicios como magistrado de rango inferior al sur de España. Allí llevó a cabo la típica gira judicial juzgando los casos que se le presentaban. Se cuenta que en Cádiz vio una estatua de Alejandro Magno en el principal templo de la ciudad y que se puso a llorar porque él todavía no había hecho nada memorable, mientras que Alejandro a su edad ya había conquistado el mundo.<sup>[339]</sup> Una vez más, la mayoría de los historiadores duda de la veracidad de esta anécdota, pero quizá se equivoquen; menos verosímil es la que dice que además César soñó que violaba a su madre, hecho que significaría su deseo de dominar la (madre) Tierra, el mundo. En España en cualquier caso tenemos atestiguados los primeros episodios de ataques ocasionales de la epilepsia que empezaba a sufrir.

En Roma, aquel joven ambicioso estaba todavía muy lejos de la supremacía global que luego alcanzaría. Ese honor recaía por entonces en Pompeyo, el gran conquistador, que obtuvo la concesión del mando de la excepcional campaña que dirigió contra los piratas del Mediterráneo con el apoyo de César, el único senador que votó a su favor en 67 (una victoria sobre los piratas habría beneficiado al pueblo al reducirse el precio de las importaciones de grano). No obstante, cuando fue nombrado edil (magistratura urbana) en 65, fue César el personaje más espectacular. Sufragó la celebración de los juegos de rigor, pero contribuyó de manera extraordinaria a aumentar su atractivo populista ofreciendo un combate de 320 parejas de gladiadores, vestidos con armaduras de plata. Dijo que deseaba que fueran unos juegos fúnebres en honor de su difunto padre. Pero su padre había muerto veinte años antes y aquel enorme espectáculo dio pie a que el senado, lleno de preocupación, «recomendara» poner de inmediato un límite al número de gladiadores que podía presentar cada individuo en los espectáculos que diera. Al igual que el de los juegos, el coste del espectáculo de César debió de ser enorme. Los niveles superiores de la carrera política en Roma exigían gastos elevadísimos, y nunca tan elevados como en los últimos años de la década de 60, cuando se intensificó la competencia. Pero César tomaría prestadas cantidades desorbitadas de dinero para pagar los costes y, en ausencia del glorioso Pompeyo, se las pidió a Craso, que era inmensamente rico. En medio de acusaciones de corrupción y conspiración, los dos se harían sospechosos incluso de tramar un golpe de Estado en 65, del cual Craso saldría beneficiado con el reino de Egipto, enormemente remunerativo, y César, que todavía no era más que un edil,

habría servido como segundo en el mando. Pompeyo se hallaba de hecho ausente y el gran premio todavía sin adjudicar era desde luego Egipto, cuyo grano y cuyos tesoros habrían hecho a quien los «conquistara» más poderoso que nadie. Más tarde se mencionó erróneamente a otros socios que habrían estado involucrados en el pacto, pero en 64 Cicerón dio a entender en efecto que Craso había tenido algo que ver.<sup>[340]</sup> Sólo podemos conjeturar o rechazar (como hace la mayoría de los especialistas) la noticia, entre otras cosas porque un papel tan importante para un humilde edil parece totalmente increíble. ¿Pero acaso era César un edil normal y corriente?

Lo que sí sabemos es que desempeñó papeles importantes el año 63, cuando la carrera de Cicerón llegó a su funesta cima. Al principio, fue César quien promovió una parodia de juicio público para advertir a Cicerón, entre otros, de los abusos que cometía el senado con el llamado «decreto último». En el mes de diciembre, cuando Cicerón abusó precisamente de ese decreto a expensas de unos ciudadanos que ya estaban detenidos, fue César el que se manifestó vigorosamente en el senado a favor de meter en la cárcel a los delincuentes, pero no matarlos. También en este caso adoptó una postura popular de apoyo a la «libertad», postura que él, a diferencia de Cicerón, nunca lamentaría. Más tarde, en la «historia interna» inédita de Cicerón, éste culparía sin ambages a César (y a Craso) de respaldar a Catalina en primer lugar y además de provocar casi una revolución. ¿Era esta acusación sólo una amarga conclusión retrospectiva del viejo Cicerón o de nuevo hubo más cosas en descrédito de la carrera inicial de César de las que sabemos? Sea cual sea la verdad, no impidió a César obtener

dos grandes éxitos ese mismo año. Consiguió el cargo prestigiosísimo de Pontífice Máximo (como tal, dispondría en adelante de un despacho en el corazón del Foro Romano y de una casa en la vecina Vía Sacra), y además fue elegido pretor, el siguiente paso en la carrera política, para el año 62. El pontificado le costó una fortuna en sobornos y la pretura comenzó con su controvertido apoyo al regreso de Pompeyo: lo cual no impidió a César obtener un mando militar en Hispania Ulterior para 61 a.C.

Este destino en las provincias no despertó en él la ambición por vez primera (sin duda ésta anidaba en su corazón desde su adolescencia), pero desde luego fue decisivo para su supervivencia. El hecho de no pagar sus deudas cuando regresara a Roma habría resultado fatal para él, pues le habría obligado a vivir en el exilio. La manera de saldar esas deudas reconocida por todos los romanos consistía en sacar el jugo a una provincia por medio del saqueo, los sobornos, y el botín. A finales de 61, eso era precisamente lo que había hecho César, atacando un número suficiente de tribus perdidas de España, de modo que pudo empezar ya a pensar en los máximos honores, la concesión de un triunfo y luego, cuando estuviera otra vez en Roma, el consulado. Semejante perspectiva alarmó sobremanera a los tradicionalistas de su época, especialmente a Catón, el líder archiconservador que nunca concedería a César el beneficio de ninguna duda. Catón obligó, pues, a César a elegir entre el triunfo (que en principio ya le había sido concedido) o la candidatura al consulado. Actuando con frialdad, César prefirió presentarse a las elecciones a cónsul, obligando a Catón a aceptar el compromiso y a intentar derrotarlo jugando su propio juego

a costa de reunir una enorme cantidad de dinero para sobornos electorales y de asegurarse de que fuera elegido como colega de César un hombre de su confianza, Bíbulo.

César y Bíbulo fueron elegidos cónsules para 59, pero, a diferencia de su colega, César se preparó para aquel año al frente de la máxima magistratura firmando el artero «pacto de caballeros» con Pompeyo y Craso, una pareja que hasta entonces había estado dividida por una profunda enemistad personal. César se dio cuenta astutamente de que los dos tenían necesidades que él, en su calidad de cónsul, podía ayudar a satisfacer. Como financiero de altos vuelos, Craso necesitaba una renegociación del contrato de arriendo de recaudación de impuestos de la provincia de Asia. Pompeyo, por su parte, necesitaba dos cosas: la ratificación de las disposiciones que había tomado unilateralmente en Asia, y el asentamiento de sus veteranos, que todavía no habían recibido su recompensa por las victorias obtenidas en Oriente en la década de 60. En cuanto a César, tenía un programa popular que le reportaría (al menos eso esperaba) un gobierno provincial aún más grande y más rentable. La tensión económica en Roma iba subiendo por momentos. Viendo venir los disturbios que se avecinaban, no cabe duda de que los senadores ya habían asignado unos destinos muy poco atractivos a los cónsules para cuando concluyera su mandato: no Hispania o la Galia, sino «bosques y caminatas» en la propia Italia.

El año 59, el del consulado de César, fue un momento trascendental de la historia de Roma. Los anteriores políticos «populares» habían caído presa de una misma debilidad, a saber, su incapacidad de escapar a las represalias de los «tradicionalistas» durante el odioso año de su

mandato o después. El plan de César era de una sencillez aplastante: atraer a Pompeyo y a Craso a un equilibrio mutuo de favores; someter las leyes a votación directamente en las asambleas del pueblo, a pesar de la oposición del senado; actuar con la connivencia y a través de la mediación de unos tribunos de su misma cuerda que interpusieran su veto a dicha oposición; amañar la elección de tribunos y, a ser posible, también de cónsules de su misma cuerda para el año siguiente; obtener la asignación de un importante mando militar en las provincias y luego salir de Roma con los poderes necesarios para llevarlo a cabo, de modo que fuera inviolable cuando abandonara la ciudad y por tanto no pudiera ser procesado. Pero su colega en el consulado, Bíbulo, estaba descaradamente en contra suya, y la legislación «popular» de César tendría que ser remitida directamente al pueblo para convertirse en ley, pues era indudable que los senadores no iban a darle nunca su beneplácito. Los tradicionalistas, como de costumbre, encontrarían semejante táctica odiosa.

Las maniobras que se desarrollaron a continuación serían inolvidables en la vida pública y política de Roma: las alocuciones en las reuniones públicas; las bandas y los corrillos en el Foro; la ficción de «encarcelamiento» del intrigante Catón, a pesar de que era tribuno de la plebe; o el acoso del cónsul obstruccionista, Bíbulo (en una ocasión llegaron a arrojar públicamente sobre su cabeza un cubo de estiércol). Los intentos de «intercesión» de otros tribunos hostiles fueron impedidos recurriendo al uso de la violencia; puede que todo esto suene muy caótico, pero ya en 62 incluso el hombre de los grandes principios, Catón el Joven, impidió que un tribuno leyera una proposición de ley que no

era de su agrado haciendo que otro tribuno le tapara la boca con las manos. En 59, Bíbulo, el colega de César, respondió a la ofensiva retirándose a su casa y afirmando que ciertas irregularidades observadas (sólo por él) en el cielo hacían que todos los días posibles del calendario resultaran nefastos para el debido desarrollo de las actividades públicas. Distribuyó incluso por la ciudad carteles en los que vertía unos ataques tan escandalosos contra César que la plebe se amontonaba a su alrededor para ver su interesante contenido, bloqueando de ese modo el tráfico de las calles de Roma.

No obstante, aunque fuera a trancas y barrancas, se logró la aprobación de un número suficiente de leyes del programa de César. Una de ellas, planeada desde hacía mucho tiempo, establecía un programa muy razonable de asentamiento de los veteranos de Pompeyo y otros ciudadanos necesitados en colonias repartidas a lo largo y ancho de Italia. Astutamente, las mociones no comportarían confiscaciones de tierras de particulares. Otra ley rebajaba el contrato del arriendo de la recaudación de impuestos en Asia para adaptarlo a los intereses de Craso: Catón siguió oponiéndose encarnizadamente a ella. En abril, una segunda ley propondría la distribución en parcelas de las fértiles tierras de Campania situadas junto al golfo de Nápoles, tierras que al principio habían sido calificadas de «públicas» cuando fueron conquistadas tras las victorias romanas sobre Aníbal allá por 211 a.C. La medida fue muy controvertida. Uno de sus objetivos era proporcionar tierras a cerca de 20.000 ciudadanos pobres de Roma y a sus familias, pertenecientes a la «hez», según la opinión que de ellos tenían los tradicionalistas, que vivían en una situación angustiosa y

cuya presencia en la ciudad constituía por lo tanto un peligro. A Cicerón, aquella propuesta tan atinada le parecía un insulto.

Incluso en el mes de agosto siguieron aprobándose leyes bastante acertadas, sobre todo una compleja norma contra la concusión incontrolada de los gobernadores provinciales. Pero para llegar tan lejos, César tuvo que pagar un precio altísimo. No sólo siguió oponiéndose a él Catón, que sobre todo se manifestó en contra de la propuesta de ayuda a Craso y a los contratistas de la recaudación de impuestos. Existía un riesgo real de que, una vez satisfechas sus necesidades, Pompeyo diera marcha atrás y se uniera a los grupos de los senadores conservadores, su sitio más natural. Durante la primavera, Pompeyo se había casado con la adorada hija única de César, Julia, pero incluso un lazo matrimonial como ése era muy frágil. Por consiguiente, en el verano de 59 César hizo que un soplón (según parece) actuara de modo que Pompeyo, siempre inquieto y nervioso, tuviera noticia de una conspiración de altos vuelos para acabar con su vida. En las declaraciones efectuadas posteriormente salieron a relucir los nombres de casi todos sus adversarios senatoriales de la facción «tradicionalista», tras lo cual el delator fue convenientemente asesinado en la cárcel.<sup>[341]</sup> Cicerón sin duda tenía razón en ver la mano de César detrás de todo este asunto: casi con toda seguridad, consiguió asustar a Pompeyo y de ese modo el «pacto de caballeros» siguió vigente. Pero una vez más, la cosa olía muy mal.

Al final, no pudo conseguirse la elección de unos cónsules amigos para el año siguiente, pero sí la de un tribuno amigo (Clodio) y la asignación de un buen mando

militar en las provincias. César logró revocar la primitiva propuesta del senado, que le asignaba «bosques y caminatas» y consiguió en la asamblea del pueblo que se le asignaran las provincias mucho más grandes de la Galia Cisalpina (correspondiente a lo que hoy es el norte de Italia) y el Ilírico (la actual costa dálmata), base muy prometedora para nuevas conquistas en el interior. Además, le fueron asignadas durante cinco años seguidos. Para mayor suerte, el individuo al que había sido asignada la Galia Transalpina murió en abril y ante las noticias del peligro que representaban las tribus vecinas, hasta los senadores fueron presa del pánico y añadieron precipitadamente la Galia Transalpina a las provincias de César. Al fin y al cabo, era un general curtido, capaz de hacer frente a una eventual crisis de importancia y la combinación de tantos mandos a la vez indudablemente le traería muchos quebraderos de cabeza.

Lo que hasta entonces había sorprendido a los conservadores de la clase senatorial era la pura fuerza de César, su desprecio por la oposición que le hacían (y por ellos mismos), y el populismo de las leyes por las cuales gozaba ahora de un gran crédito en la opinión pública. La necedad política de Bíbulo y su actividad obstruccionista eran básicamente irrelevantes, pero gracias a él la validez de la legislación de César era cuando menos discutible desde el punto de vista técnico: si la cuestión era juzgada en un tribunal, lo más probable era que los senadores logran «amañar» un jurado que respaldara su acusación de «ilegalidad». Mientras tanto, los senadores habían visto cómo su viejo general Luculo, otrora tan famoso, se veía obligado a arrastrarse a los pies de César. No tuvieron

inconveniente en hacer una contrapropuesta: ¿no podía César esperar y presentar su legislación al año siguiente, cuando ya no pudieran oponerse a él o incluso no lo amenazaran con llevarlo a los tribunales? Pero César no se fiaba de ellos y su dignidad nunca habría permitido una cosa así. En esta ocasión, la habitual «concordia» entre los senadores después de una crisis no podría reafirmarse como si tal cosa.

Durante las primeras semanas de 58, una vez concluido su consulado, César estuvo fuera del recinto de la ciudad de Roma, reclutando soldados para el mando que le había sido asignado en las provincias, pero seguía estando al alcance de los senadores y recibía a diario noticias de la situación política en la ciudad. Era imprescindible que no prosperaran os intentos de derogar su legislación al año siguiente. A decir verdad, Clodio (el tribuno que lo apoyaba) demostró estar a la altura del reto, os nuevos cónsules fueron astutamente sobornados con el ofrecimiento de valiosos destinos provinciales; las leyes de los populares siguieron poniéndose en vigor, y se temió incluso que Clodio llegara a ser demasiado poderoso. Desde luego, el tribuno tenía una cuenta que saldar con Cicerón, que (en su opinión) lo había defraudado en 63 a.C. Como ni Pompeyo ni César quisieron intervenir, Cicerón se anticipó a la suerte que pudiera aguardarle abandonando la ciudad. A mediados de marzo, también César se había marchado y estaba camino de la Galia.

Montado en su caballo, camino del norte, componía una bonita estampa, con sus ojos negros, su elevada estatura (para un romano) y su calvicie. Como sucediera en España tres años antes, el gobierno de una provincia le habría

permitido más que de sobra restaurar su situación financiera y le abría reportado fondos para un sinfín de futuros sobornos cuando regresara a Roma. ¿Y luego qué? Si entregaba el mando y regresaba a Roma como un particular, sus enemigos lo procesarían de inmediato por las «ilegalidades» cometidas durante su consulado. Si quería volver a ser elegido cónsul, ¿cómo iba a hacer realidad su objetivo, si tenía que esperar los diez años de rigor antes de poder presentar otra vez su candidatura y si lo obligaban, como sin duda lo obligarían, a regresar a Roma para hacer la campaña electoral en persona? Pompeyo y Craso no lo ayudarían en lo más mínimo y Catón desde luego no iba a desaparecer de escena. El consulado de 59 a.C. había sido sensacional, pero había creado tantos problemas como había arreglado. Con sus ejércitos en la Galia, el orgulloso César se hallaba realmente en una situación muy peligrosa.

# Capítulo 36

## EL ESPECTRO DE LA GUERRA CIVIL

Pues bien, ese idilio suyo y esa unión escandalosa no sólo dieron lugar a la murmuración secreta, sino que desencadenaron una guerra abierta. En cuanto a mis asuntos, no sé qué determinación tomar, y no dudo que a ti también te inquietará dentro de poco esta indecisión. En efecto, tengo con estos hombres lazos de gratitud y de amistad; amo la causa, y por eso mismo odio a las personas. Como supongo que no se te escapa, en una desavenencia interna los hombres deben seguir al bando más honrado, siempre y cuando la cuestión se dirima de manera civilizada y sin recurrir a las armas; pero si desemboca en una guerra abierta, han de seguir al más fuerte e identificar lo mejor con lo más seguro.

CELIO A CICERÓN, *Cartas a sus amigos* 8.14 (ca. 8 de agosto de 50 a.C.)

Al cabo de dos años de lucha al otro lado de los Alpes, César había cosechado demasiados éxitos con demasiada rapidez. En nombre de la «libertad» de la Galia lanzó una serie de ataques contra varias tribus vecinas, entre ellas la de los helvecios, que se disponían a emigrar al oeste, al territorio de la Galia: «Todos los hombres», escribe en sus comentarios, «tienen por naturaleza amor a la libertad, y odian la condición de la esclavitud».<sup>[342]</sup> Pero luego aprovechó las divisiones existentes entre los galos para acabar con las distintas tribus por separado y convertirlas a todas en una enorme provincia romana. Lo último que deseaba César era que lo destituyeran, una vez cumplida su misión. Por consiguiente, fueron descubiertos nuevos «enemigos» y peligros cada vez más lejos.

En Roma, Pompeyo y Craso seguían teniendo la

supremacía, pero aún quedaba mucho margen para la introducción de leyes populares. Pues la ciudad, tal como la describía el hermano de Cicerón a mediados de la década de 60, continuaba «formada por el concurso de todos los pueblos del mundo» y tenía por lo menos 750.000 habitantes. Esta enorme masa de ciudadanos, libertos, esclavos y extranjeros era el marco para las intensas disputas de la clase alta acerca del orden, la «tradición» y la propiedad legal. En su calidad de tribuno, Clodio había restituido en 58 a.C. a la plebe el derecho a constituir agrupaciones sociales y asociaciones, los «colegios» que el senado había declarado sencillamente «contrarios a los intereses de la República», aboliéndolos en 64. Había convertido además los consiguientes repartos de grano en asignaciones mensuales gratuitas. Más de 300.000 ciudadanos tenían derecho a reclamarlas, pero ello habría supuesto una carga enorme para el erario público y el suministro de grano, aunque la asignación permitiera sostener sólo a una persona, no a toda una familia. Con el fin de incrementar los fondos, Clodio y otros individuos pensaron en Oriente, especialmente en los ricos dominios de los Ptolomeos en Chipre. Clodio tenía una vieja cuenta pendiente con el príncipe que gobernaba la isla y tras la marcha de César por medio de una brillante maniobra, obligó incluso a Catón, siempre tan respetuoso con los principios, a comprometerse a hacer lo que era necesario. Tras presentar una moción directamente ante el pueblo, consiguió que Catón fuera nombrado para asumir el mando en Chipre a expensas de un disoluto príncipe de la familia de los Ptolomeos: al tratarse de un nombramiento votado por el pueblo, Catón estaba obligado a aceptarlo y no podía rechazarlo. Pero aceptando el nombramiento, Catón aceptaba también indirectamente

la legalidad de toda una serie de leyes aprobadas de forma similar que él mismo había puesto en entredicho, incluso (habría podido decir cualquiera) las leyes de César de 59 a.C: los recursos de Chipre reportaron al erario 6.000 talentos.

Los mensajeros y las cartas mantenían a César al corriente de todo. Se cuenta incluso que envió una carta a Clodio aprobando el uso de los tribunos y el voto de la asamblea para comprometer a su rival Catón. La nueva disposición sobre Chipre suponía además una conveniente ruptura de los tratos que hasta entonces había mantenido Pompeyo con un príncipe emparentado con los Ptolomeos. Indudablemente César se enteró también de las sorprendentes actividades de un edil de 58 a.C. Emilio Escauro. Hijastro de Sila, Escauro mostró en los juegos que tradicionalmente organizaban los ediles cinco cocodrilos y el primer hipopótamo que se vio en Roma. Construyó después un magnífico teatro de tres pisos (con decoraciones de mármol, de vidrio, y de metal dorado), repleto de paños dorados y (según se dijo más tarde) tres mil estatuas, con capacidad para 80.000 espectadores. Mostró incluso el gigantesco esqueleto de un dinosaurio, que trajo de su servicio militar en el Oriente Próximo, en la creencia de que se trataba de un monstruo de la mitología griega.<sup>[343]</sup> La vida popular en Roma había ido mejorando realmente y, al igual que las leyes de Clodio, estos juegos y demás muestras de ostentación instituyeron nuevos parámetros de competitividad entre los políticos con vistas a la consecución de prestigio popular.

Lo que más le preocupaba a César era la duración de su mandato «más allá de los Alpes». En 59 se le había

concedido, al parecer, por, un año. Sus otros destinos, «la Cisalpina y el Ilírico», estaban asegurados por cinco años. Había cada vez más peligro de que un rival de clase senatorial con contactos en la Galia, Domicio Ahenobarbo, lograra ser elegido cónsul para 55 y forzara la sustitución de César. Así pues, éste recurrió de nuevo a su artero «pacto de caballeros». En 56 Pompeyo y Craso deseaban obtener de nuevo el consulado, para asegurarse después algún gobierno lucrativo en las provincias, pero ninguno de los dos tenía la seguridad de contar con el apoyo popular necesario. En Roma, por otra parte, los repartos gratuitos de grano instituidos por Clodio habían venido seguidos, como era de esperar, por una grave escasez de cereal. En otoño de 57 Pompeyo había recibido el encargo de solucionar el problema del suministro de grano (con poderes incluso «mayores» que los de los otros gobernadores provinciales, una innovación sumamente proficua), pero el reto era difícil de superar. Los precios estaban muy altos y seguía habiendo escasez. Además, la ansiada oportunidad de intervenir en Egipto les había sido negada tanto a él como a Craso. A comienzos de 56 ninguno de los dos caía bien al populacho de Roma y, en aquel ambiente de violencia y de bandas armadas, Pompeyo seguía temiendo por su vida. Cuando César entró de nuevo en Italia en la primavera de 56, todavía era posible la conclusión de un pacto. Cuando llegó a Rávena en el mes de marzo, el primero que salió a su encuentro fue Craso, pues sus ambiciones eran las más urgentes. Después, en virtud del acuerdo de Lucca de mediados de abril, Pompeyo se unió al pacto que se estaba formando, por temor a que su gloria se viera eclipsada: se asignarían a cada uno sendos mandos militares de cinco años de duración en las provincias, precedidos de sendos

consulados para Pompeyo y Craso en 55. Al posponer un año las elecciones, podrían contar con el apoyo de los soldados que mandara César a votar a Roma y de paso neutralizarían la amenaza de su rival, Ahenobarbo. Después, cuando fueran cónsules, Pompeyo y Craso prolongarían en la primavera de 55 el mando de César en la Galia Transalpina por otros cinco años, en virtud de una ley que presentarían directamente al pueblo.

El trato funcionó, aunque en los «comentarios» de César no se diga ni una palabra del mismo. Con anterioridad, César había estado pensando en una campaña en el este de Europa (Dacia), en la cuenca baja del Danubio, pero cuando tuvo la seguridad de que su mando en la «Transalpina» iba a ser prolongado, buscó nuevos territorios en el noroeste en los que poder sacar provecho de él. En 56 es bastante probable que estuviera ya planeando una invasión de Britania<sup>[344]</sup> y desde luego emprendió la matanza gratuita de dos tribus germánicas especialmente vulnerables. Al tener noticias de ello en Roma, Catón se sintió tan asqueado que propuso que César, basándose en un antiguo precedente, fuera entregado a los germanos para que la cólera de los dioses no cayera sobre Roma. César, por su parte, se trasladó a Britania por una breve temporada en 55 y luego otra vez en 54, llevándose en esta ocasión consigo un elefante para hacerse notar. Ninguna de las dos campañas fue particularmente afortunada. Las esperanzas de encontrar oro y metales preciosos en Britania estaban poco fundadas y todo quedó en una especie de incursión de saqueo, más que en una conquista sólida. Pero la publicidad que se dio a la empresa fue excelente. Britania fue presentada como el territorio «transoceánico» que había limitado las ambiciones

de Alejandro Magno. A su regreso a Roma, Cicerón había proyectado incluso escribir un poema épico sobre aquella «gloriosa conquista», basado en los informes enviados por su hermano desde el frente. Las noticias acerca de Britania contribuyeron a atenuar el peligro de que el enemigo de César, Domicio Ahenobarbo, intentara sustituirlo en el mando de la Galia tras el consulado que iba a quedar libre para él en 54.

En la ciudad, el verano de 54 fue excepcionalmente caluroso y la tensión se vio exacerbada por la continua escasez de grano. El ambiente político del momento constituye todavía todo un reto para nuestra imaginación. Roma albergaba a una enorme cantidad de personas y los fascinantes acontecimientos políticos de los cuatro años siguientes comportan complicados escándalos de soborno (Ahenobarbo y sus colegas de la nobleza intentaron asegurar el nombramiento de sus sucesores a cambio de dinero), conatos de violencia localizados (en la ciudad aparecieron bandas de matones integradas por soldados, libertos, artesanos, tenderos y gladiadores perfectamente adiestrados), y en 53 y 52 se produjeron nuevas crisis por la obtención del consulado. Sin embargo, no hubo ningún levantamiento popular que reclamara un cambio de la constitución ni ningún desafío al sistema en su totalidad. La principal cuestión que seguía en pie era saber hasta dónde llegaban las ambiciones de Pompeyo. Tras el consulado de 55 se le habían asignado las provincias de España (Hispania Citerior y Ulterior), una buena oportunidad de gloria, pero desde 54 había preferido esperar con sus tropas fuera del recinto de Roma y gobernar España por medio de sus lugartenientes. Su vínculo más personal con César se había

esfumado: su esposa Julia, la amada hija de César, había fallecido de sobrepeso. El pueblo de Roma le dispensó un emotivo funeral, ¿pero, qué iba a querer hacer ahora Pompeyo? Al fin y al cabo se estaba haciendo viejo. En 53 perdió a uno de sus grandes rivales, y en 52 a otro. El primero en desaparecer fue Craso, casi sexagenario, cuyo consulado había venido seguido por la concesión de un mando militar en Oriente contra el pueblo hostil de los partos. Por fin Craso iba a poder regresar con toda la gloria de un triunfo militar, la misma que le había sido denegada tras las acciones contra Espartaco a finales de la década de 70: esa carencia le había estado corroyendo el alma toda su vida. La verdad es que era demasiado incompetente y los partos supieron hacerle caer en la trampa y derrotarlo en 53 en una batalla que le costó la vida a él y a la mayor parte de su ejército.

En Roma, el mes de enero de 52 fue testigo del final espectacular del más eficaz de los populares, Clodio. Fue atacado en la Vía Apia por una banda de partidarios de su rival conservador, Milón, y lo que empezó como un vulgar incidente acabó con el brutal asesinato de Clodio. Su cadáver fue llevado a la ciudad, donde los apasionados lamentos de su esposa contribuyeron a exacerbar los ánimos del pueblo. Dos tribunos pronunciaron un elogio del difunto en el Foro, tras lo cual la multitud llevó el cadáver directamente a la Curia del senado e intentó incinerar a su campeón en una hoguera hecha de bancos rotos y documentos. La propia Curia se incendió y los espectadores estuvieron contemplando las llamas hasta el anochecer. Mientras tanto, la multitud protagonizaba toda clase de desmanes en la ciudad y atacaba a todo el que veía por la

calle portando joyas o vestido con ropas lujosas. No existía una fuerza policial organizada y pareció que la única opción viable era llamar a Pompeyo para que restableciera el orden con sus tropas. Con su ejército esperando fuera de Roma, Pompeyo ya había utilizado su poder de procónsul dentro de la ciudad en 53. Ahora fue elegido cónsul en solitario, por tercera vez. Fue un consulado «divino», según Cicerón, tan alarmado como agradecido, y eso que sólo hacía dos años que había desempeñado el último. César, en cambio, seguía respetando escrupulosamente el intervalo de diez años que debía haber entre cada consulado y no se presentaría a las elecciones hasta el verano de 49, con la esperanza de tomar posesión del cargo en enero de 48. Mientras tanto, jóvenes ambiciosos, caras nuevas y todos aquellos a los que simplemente les gustaba luchar, abandonaban Italia en busca de ascensos al lado de César en Occidente. Cada vez podría recompensarlos mejor con el botín obtenido y de ese modo fue formándose un «bando cesariano» fuera de Roma.

A largo plazo, la cuestión fundamental era si se iba a permitir o no a César presentar su candidatura al consulado estando ausente: si se veía obligado a regresar y estar presente en la campaña electoral renunciando a su mando como general, sus adversarios podrían procesarlo dentro del recinto de Roma, probablemente ante un tribunal intimidado y sobornado. En marzo de 52 parecía que César había conseguido todo lo que deseaba: los diez tribunos, apoyados por Pompeyo, lograron aprobar una ley que le permitía presentar su candidatura *in absentia*. Los tradicionalistas del senado fueron soslayados de ese modo, pero seguían abiertas muchas otras cuestiones: ¿Cómo iban a coexistir César y Pompeyo? ¿Cabía esperar que, como había

hecho Pompeyo, pudiera César presentar su candidatura al consulado antes de 49, por ejemplo en 50? Si era elegido cónsul de nuevo, ¿qué haría esta vez?

La respuesta que recibieran todas estas preguntas comportaría una verdadera ruptura de la República Romana: ¿Por qué tenía que producirse semejante crisis? Fuera de Italia, las provincias seguían siendo administradas por gobernadores con poder para hacer prácticamente lo que quisieran y posibilidad de adquirir enormes fortunas extorsionando a sus súbditos. Esos mandatos incrementaban sus recursos para reanudar la competencia cuando regresaran a Roma, pero sus víctimas, los provinciales, no desencadenaron ninguna crisis rebelándose contra este tipo de gobiernos. En el interior, los encarnizados conflictos anteriores entre senadores y gran número de los caballeros y entre romanos e italianos se habían vuelto también irrelevantes: desde la década de 70, las tensiones derivadas de las consecuencias de la guerra social y de la breve «solución» dada por Sila a los jurados de los tribunales de justicia se habían calmado en gran medida. En la década de 50, sin embargo, los propios romanos seguían pensando que la culpa de todo la tenía el «lujo». Como cónsules para 55, Pompeyo y Craso, extraordinariamente ricos ambos, habían considerado la eventualidad de introducir medidas tendentes a ponerle límites. En 51, Catón, el tradicionalista por antonomasia, divirtió a la plebe ofreciendo unos juegos «a la antigua», como muestra de desaprobación de las ostentaciones más recientes: recompensó a los ganadores con simples coronas de hojas, no de oro, y dio pequeños regalos comestibles a los espectadores.

Podemos hacernos con este ejemplo una idea de lo que

eran los hombres con obsesiones tradicionales, como la obsesión por los «gitanos» o las «madres solteras» propia de la retórica política moderna, que los alejaban de las verdaderas debilidades estructurales. Pero lo cierto es que, a pesar de tantos y tantos años de retórica, el lujo había proliferado de una manera estrepitosa. Los romanos de clase alta se construían magníficas villas destinadas a segunda residencia en la costa del golfo de Nápoles, sustentadas sobre espigones de cemento y adornadas con hileras de columnas y con terrazas como las que podemos admirar en las representaciones de época posterior que se nos han conservado en Pompeya. Esos ataques contra la naturaleza eran obra de unos «Jerjes con toga», decían los moralistas, recordando el canal artificial que había abierto este antiguo rey persa. A raíz de las conquistas de Pompeyo en Asia, se habían puesto al alcance de los ávidos compradores romanos maravillosas piedras preciosas, dando lugar a todo tipo de colecciones de gemas. En el ámbito de la cocina, cada vez con más frecuencia se buscaban e identificaban especialidades y exquisiteces locales, ya fueran los caracoles gigantes del norte de África o los lirones domésticos criados en «lironerías» (*gliraria*) especiales: «Los ceban en tinajas que muchos tienen incluso en sus villas; meten en su interior bellotas, nueces y avellanas y cubren la tinaja con una tapa para que engorden en la oscuridad». Había incluso manadas de pavos reales, destinados a la exhibición y al consumo. En la Atenas clásica, un aristócrata ilustre exhibía sus pavos reales «persas», regalo del rey de Persia, y vendía sus huevos a los visitantes fascinados: posteriormente su hijo fue procesado por tratar a las aves como si fueran suyas. En Roma, los pavos reales empezaron a ser criados a centenares

a comienzos del siglo I a.C. y, poco después, se calculaba que una manada de estas aves reportaba unos ingresos que constituían una pequeña fortuna: «una manada de 100 pavos reales» producía una décima parte de los bienes necesarios para ser considerado un caballero de clase alta.

Debemos recordar el comentario de Cicerón: lo que no les gustaba a los romanos era el lujo privado, mientras que la exhibición pública era munificencia y por lo tanto no resultaba desagradable. Puede que resultara, pues, alarmante para sus rivales políticos, pero sumamente popular, el hecho de que Pompeyo sufragara los gastos de la construcción de un teatro espectacular en 55 a.C. que contenía estatuas de él mismo y de las catorce naciones que había conquistado. Más ostentoso incluso que el teatro que Escauro había levantado tres años antes, daba acceso en su parte superior al menos a cuatro templos (incluido uno en honor de Venus Victoriosa). En la ceremonia de dedicación, fueron exhibidos elefantes y 500 leones en una «cacería» de fieras. En 53, el futuro tribuno Curión erigió no un teatro de madera, sino dos, construidos de forma que podían darse la espalda o girar y convertirse en un anfiteatro apto para espectáculos de gladiadores. Por lo menos estas lujosas ostentaciones eran públicas. Lo que era censurable, en cambio, era el lujo «egoísta» de las mansiones con columnas de mármol: eran famosas las enormes columnas de mármol rojo oscuro de la sala de la casa de Escauro, y cuando este mismo personaje retiró la rica ornamentación de su teatro para decorar con ella su villa de Toscana, se dice que los esclavos de la finca la incendiaron para protestar por semejante extravagancia.<sup>[345]</sup>

A nosotros, la pobreza urbana y las penalidades que se

pasaban en Roma nos parecen problemas mucho más relevantes. La escasez de alimentos y de agua, y las espantosas condiciones de alojamiento de las masas de Roma constituían una negligencia intolerable. Pero a diferencia de los pobres de muchas ciudades griegas de la época de Platón, los pobres de Roma no se unieron y se sublevaron exigiendo una nueva constitución. Los pobres se amotinaron, sí, por Clodio, pero se amotinaron por el gran benefactor que habían perdido. En el curso de ese motín fue incendiada la Curia del senado, pero fue sólo un accidente y nunca existió el plan de acabar con el senado como institución. No hubo una campaña popular con una ideología nueva. Un motivo de que las cosas fueran así es que muchos plebeyos eran libertos, que dependían de sus antiguos amos; otros eran extranjeros; en cambio, el núcleo duro de la «plebe urbana» de Roma, existente desde hacía generaciones y generaciones, era cada vez más escaso. La clase alta gastaba pródigamente su dinero en la ciudad, y era el dinero que gastaba el que sostenía a la enorme masa de tenderos, albañiles e incluso a los especialistas en los odiados artículos de lujo. Muchos miembros de la plebe, por tanto, necesitaban a los ricos, y como ninguno podía levantarse y tomar la palabra en sus asambleas ni en sus reuniones políticas, y eran menos aún los que votaban (y si lo hacían, era por bloques), el potencial «popular» de la constitución romana quedaba extraordinariamente restringido. En Atenas, cuando se adoptó la democracia, los integrantes del «senado» supremo de los atenienses habían quedado desacreditados por su colaboración con la tiranía anterior; el destierro de los demás nobles por obra de esos mismos tiranos había demostrado a la gente humilde que podía prescindir perfectamente de la ayuda que pudiera prestarle

un aristócrata. En Roma, no se había dado ninguna crisis parecida que desacreditara a los senadores. Pero ante todo, en el Ática el número de los ciudadanos era mucho menor; éstos estaban unidos por supuestos lazos de «parentesco» y estaban mucho más cohesionados que la enorme ciudadanía que poblaba ahora toda Italia.

En las zonas rurales de Italia, la situación de los pobres no era desde luego mejor que la de los de Roma; sin embargo, tampoco allí se produjeron «sublevaciones de campesinos» durante la década de 50 a.C. Antes bien, cada vez más a menudo los pobres eran reclutados o eran obligados a ingresar en el ejército para prestar largos servicios en las provincias. El salario de los soldados, aunque pequeño, al menos existía: el problema estribaba en que, una vez en el ejército, los soldados sentían apego por sus generales, no por valores «republicanos» de ningún tipo. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho por ellos nunca la República? Ésa sí que era una causa de la crisis. No es que a finales de la década de 50 a.C. Roma necesitara una monarquía o un «gobierno estable» porque su imperio había adquirido unas proporciones excesivamente grandes. Antes bien, las tensiones surgieron de las mismas conquistas que permitían que se siguiera conquistando ese imperio. Los generales recompensaban a sus soldados con los despojos de sus victorias en las provincias y además ganaban crédito ante ellos proponiéndoles que, cuando regresaran a Italia, iban a establecerlos en una parcela de tierra y a darles una recompensa. Esos mismos generales hacían la guerra con largos mandos militares que ahora obtenían saltándose a la torera al senado y recurriendo directamente a las asambleas populares para que aprobaran las correspondientes leyes. Un

tribuno amigo podía vetar cualquier propuesta de retirar el mando en los años sucesivos a un general importante. El viejo monstruo bicéfalo en el que se había convertido la constitución romana veía ahora que sus extremidades (el pueblo) eran utilizadas para amedrentar a los que en otro tiempo se habían calificado a sí mismos como el estómago sensato y nutricio (el senado). Si Polibio hubiera vivido y hubiera visto aquello, habría pensado que se trataba de una demostración de su teoría: la «oligarquía», con el cambio de moral, decaería y daría lugar a la «democracia» y ésta a la «monarquía». Pero en realidad la «democracia» no era eso.

Cuantas más conquistas hacían los generales, más aumentaba su riqueza, lo que les permitía pagar mejor a sus tropas con sus propias ganancias. Podían además devolver los enormes préstamos contraídos para comprar en primera instancia su acceso al puesto de mando. En contrapartida, los senadores tendrían que haber aumentado la paga de los soldados con los fondos del erario y sufragar de algún modo su establecimiento en colonias agrícolas. Pero incluso entonces, las sumas de dinero necesarias habrían sido enormes y habrían requerido mucho más que un nuevo impuesto de transmisión de bienes, que, como es natural, resultaba odioso para los ricos.

La «libertad» de legislar que tenía el «pueblo» (pocos de cuyos miembros en realidad votaban) era manipulada así para poner límite a la «libertad» que tenían los senadores de hacer y en último término decir lo que quisieran. Pero la dignidad personal, el rango y la honra también contribuían a exacerbar el problema. Una vez que Pompeyo puso por primera vez el listón tan alto después de sus espectaculares conquistas en Asia, sus rivales no podrían considerarse

iguales o superiores a él a menos que brillaran todavía más. Los valores de los antepasados y todo el entrenamiento de sus carreras los inducían a rivalizar con el nuevo lustre de Pompeyo. En el caso de César, esa «dignidad» lo llevó a perpetrar la muerte de un millón de personas en sus provincias de las Galias y a amasar una fortuna cada vez más fabulosa. Cuando regresara a Roma, no sólo sería cónsul. Podría celebrar un triunfo con la más asombrosa exhibición de oro, plata y botín de guerra. Sus deudas dejarían de ser un problema. Después de perpetrar un saqueo tan descomunal de la Galia, él mismo podría sobornar y prestar dinero a los hombres influyentes de Roma, y en último término podría «beneficiar» a toda la plebe urbana. Aunque la plebe no dismantelara nunca por sí sola el sistema republicano, el descontento en ella era muy grande, y el hombre que lograra beneficiar a todos sus integrantes no tendría prácticamente quien se le opusiera. Por otra parte, los soldados de César estaban convirtiéndose en expertos curtidos en el arte de la guerra gracias a los largos años de práctica a expensas de los galos. Él mismo podía pagarlos y subvenir debidamente a sus necesidades. Si volvía a obtener el consulado, ¿qué era lo que no haría por la plebe urbana y por sus tropas, que ahora eran sus hombres y tenían ya una antigüedad de diez años a su lado? ¿Dejaría alguna vez el cargo? La oposición al gobierno de un solo hombre había sido siempre la savia vital de los valores republicanos, y los senadores no eran naturalmente indiferentes a ella.

A pesar de las quejas de los moralistas, la existencia de bandas de matones campando por sus respetos por las calles de Roma, de sobornos y de temores de guerra civil no significa que aquella fuera una época de decadencia. En el

corazón de Roma, la rivalidad por la consecución de la gloria era visible en los costosos edificios públicos de los líderes. César sufragaría un nuevo Foro entero, que costaría carísimo, para rivalizar con el enorme teatro de piedra cuyas obras había costeado ya Pompeyo. Los arquitectos de la ciudad estaban introduciendo muchas novedades gracias a esos nuevos retos. Pero sobre todo, aquellos años de tensión serían trascendentales para el pensamiento y la literatura latina. La erudición, la filosofía e incluso el estudio de las tradiciones religiosas florecieron bajo el espectro de las sucesivas crisis políticas. Lo mismo sucedió con el derecho práctico. Los magníficos poemas de Catulo tocarían temas tan variados como la poesía amorosa, el relato mítico y la invectiva personal, superando a sus hermosos modelos griegos, lo que no deja de resultar especialmente interesante. A mayor escala, el gran poema de Lucrecio *Sobre la naturaleza de las cosas* expresaba la filosofía epicúrea del mundo y de la sociedad y la irrelevancia que para el uno y para la otra tenían los dioses tradicionales. Esta obra maestra probablemente fuera compuesta cuando la crisis se convirtió en guerra civil abierta, entre 49 y 48 a.C.<sup>[346]</sup> En la década de 50, la mayor parte de los grandes participantes en la vida política de Roma había estudiado el pensamiento griego. Incluso Craso tenía cierto gusto por la filosofía griega, lo mismo que Marco Bruto, personaje que había puesto a algunos rincones de su jardín los nombres de ciertos rincones de la antigua Esparta. Se daba también un notable interés por la historia. Las obras de cronología intentaban poner en relación los acontecimientos de Roma y de Grecia y desde mediados de la década de 50 los ejemplos de la historia griega adquirirían más relevancia en los escritos de Cicerón. Para disgusto de este político y gran orador, los

maestros de retórica animaban cada vez con más frecuencia a sus discípulos a estudiar los difícilísimos discursos del historiador griego Tucídides.<sup>[347]</sup> Cuando estalló la guerra civil, los ejemplos de los griegos célebres del pasado se harían más inmediatos para todos los que se vieron inmersos en ella.

Pero sobre todo, se dio una gran franqueza en la expresión, una extraordinaria agudeza de ingenio y un enorme campo para el desarrollo de la oratoria. El ingenio y la franqueza siguen vivos para nosotros en las cartas de Cicerón, en las sentencias de César y sus rivales, e incluso en las cartas del amigo de Cicerón, menos cultivado que él, por supuesto, el joven Celio, que era partidario de César, pero que escribió a Cicerón unas cartas sumamente animadas sobre la situación de Roma a finales de la década de 50. Ahí es donde podemos captar mejor lo que significaba para aquellos hombres la «libertad» de palabra y de pensamiento. No es ninguna casualidad que esta época de grandes escenas en los tribunales de justicia, de grandes alocuciones ante el senado y ante las asambleas del pueblo sea también la edad de oro de la oratoria latina.

Y tampoco es que todo el brillo proviniera de los varones. El joven Celio era un gran bailarín, pero también lo era Sempronia, ilustre dama admirada incluso por sus críticos por su ingenio, su afición a la lectura y su cultura personal.<sup>[348]</sup> La esposa de ningún ateniense clásico habría podido compararse con un personaje como ella. Pero no era más que una de las múltiples mujeres notables de finales de la República que se conocen: Clodia, la atractiva hermana de Clodio, probablemente fuera la que inspirara los mejores poemas de amor de Catulo, mientras que Fulvia, la hija de

Sempronia, se casaría con tres grandes hombres, entre ellos Clodio y luego Marco Antonio. Fulvia fue la mujer cuyos lamentos por la muerte de Clodio encendieron los ánimos de la multitud en el Foro. Los austeros ideales de la matrona «tradicional» dedicada exclusivamente a hilar la lana en su casa ya no eran del agrado de aquellos espíritus audaces. Tenían amantes, hacían chistes, e incluso daban consejos. En otoño de 52 a.C. mientras se fraguaba la crisis, uno de los cónsules fue honrado con una fiesta durante la cual su casa fue transformada en un burdel y se cuenta que dos señoras de la alta sociedad (una de ellas supuestamente Fulvia, la otra una ex mujer de Pompeyo) se pusieron al servicio de los invitados.<sup>[349]</sup>

Durante siglos, la República Romana había superado las nuevas tensiones, se había reagrupado y había sobrevivido a todas ellas. Había sobrevivido al orgulloso Escipión, incluso a Mario, y a Sila, el despiadado conservador. Las tensiones más recientes eran más profundas, ¿pero es que no iba a poder sobrevivir también a César y a Pompeyo? Para que César no lograra imponer su dominio, tendrían que asumirse riesgos enormes y habría que tomar una serie de decisiones asombrosamente imprevisibles. Incluso entonces, la República no moriría, aunque el ejemplo de César fuera trascendental para su ulterior extinción a manos de sus sucesores. En la Galia, mientras los invitados al banquete celebrado en Roma disfrutaban de la fiesta-burdel, César se hallaba asediado por las dificultades. Resultaba que sus anteriores conquistas en la Galia no eran tan seguras después de todo; todavía tenía que pacificarlas y determinar cuándo iba a acabar su mandato en la provincia. ¿Debía acabar en 50 o en 49? Y en cualquier caso, ¿en qué momento exacto del

año? ¿Podría seguir reteniendo su cargo, con la ayuda del veto de los tribunos de su cuerda, hasta que fuera elegido cónsul *in absentia*? En Roma mientras tanto, una vez desaparecido Clodio, Cicerón había empezado a abrigar esperanzas de que acaso él también pudiera aspirar a un segundo consulado. Y tras la crisis provocada por la muerte de Clodio, las elecciones empezaron a funcionar de nuevo: hubo cónsules de familia noble para 51 y para 50 y, por una vez, no oímos hablar de sobornos.

A través del espejo fragmentado de las cartas de Cicerón podemos seguir los fascinantes pasos que condujeron a la confrontación. En 52 Pompeyo aún era «amigo» de César y se decía que éste todavía tenía a Pompeyo como heredero en su testamento. En junio de 51 la cuestión de la sucesión de César en la Galia tuvo que ser suscitada explícitamente en el senado; el 29 de septiembre, sin embargo, se decretó que las discusiones sobre el asunto no comenzarían hasta el 1 de marzo de 50. Los comentarios hechos por Pompeyo empiezan a poner de manifiesto que ya tenía problemas con César. El más importante, entonces y ahora, era en qué momento exactamente iba a expirar el mandato de César.

La respuesta más probable es que había dos fechas distintas, una en marzo de 49 para el gobierno de «Galia Cisalpina e Ilírico», y otra en marzo de 50 para la «Galia Transalpina». El primero en último término era el mandato que César pretendía retener, pero sus rivales no estaban dispuestos a consentirlo. En septiembre de 50 el elocuente Celio decía en una carta que el «idilio» entre César y Pompeyo se había acabado y que pronto se desencadenaría un combate «de gladiadores» entre los dos.<sup>[350]</sup> No obstante, en noviembre los senadores todavía aprobaron llenos de

optimismo (por 370 votos frente a 22) que Pompeyo y César disolvieran sus respectivos ejércitos. Una abrumadora mayoría del senado deseaba simplemente la paz. Pero como si lo que pretendiera fuese dar alas a Pompeyo, el cónsul de aquel año salió de la ciudad y puso una espada en sus manos.

Durante las constantes sesiones celebradas a primeros de enero de 49, los senadores escucharon el contenido de unas cartas en las que César proponía, según algunos correctamente, retener sólo el mando de la «Galia Cisalpina y el Ilírico».<sup>[351]</sup> Pero el cónsul Léntulo, perteneciente a la nobleza, propuso una moción en el sentido de que debía dejar su ejército en una fecha concreta. La ley fue vetada después por los tribunos: uno de ellos era un partidario leal de César, de treinta y tantos años, llamado Marco Antonio. De ese modo, el 7 de enero Léntulo propuso la aplicación del «último decreto» a los tribunos que habían interpuesto el veto. Marco Antonio y sus colegas huyeron y se reunieron rápidamente con César, el eterno «amigo del pueblo». Éste se hallaba ya cerca, en la Cisalpina, y sólo tenía unas pocas tropas a su lado. Pero no vaciló ni un momento. Decidió atacar cruzando el río que formaba la frontera de Italia, en un gesto que significaba a todas luces el comienzo de una guerra civil. El 10 de enero vio un ejercicio de gladiadores, se bañó y se vistió para cenar. Salió discretamente, sin que lo notaran sus huéspedes, y dando un pequeño rodeo por una ruta establecida de antemano llegó al río Rubicón, junto al cual se detuvo. Se dice que pensó en los enormes males para la humanidad que iban a desencadenarse si lo cruzaba y en la reputación de la que iba hacerse acreedor ante la posteridad. «La suerte está echada», dijo con gesto teatral citando al poeta Menandro. Y cruzó el río.<sup>[352]</sup> Ya había mandado por

delante un pequeño grupo de oficiales armados, pero tenía razón al pensar que el momento que debía dramatizar era su paso del río. Fue el momento también de tomar los auspicios y hacer gala de su respeto por la religión: consagró al río una manada de caballos y los liberó dejando que se fueran donde quisieran. Cinco años después esos mismos caballos, al decir de algunos, traerían para él un presagio bien distinto.<sup>[353]</sup>

# Capítulo 37

## EL DICTADOR FUNESTO

Aquí tienes a uno que se propuso ser rey del pueblo romano y señor de todas las naciones, y lo consiguió. Si alguien dice que este deseo es honesto, está loco; pues aprueba la ruina de las leyes y de la libertad, y considera gloriosa la funesta y detestable opresión de éstas.

CICERÓN, *De officiis* 3.83 (finales de octubre de 44 a.C.)

Nada más desesperado: [según Gayo Macio] la situación no puede remediarse; «en efecto, si él, con ese talento, no encontraba salida, ¿quién la va a encontrar ahora?». ¿Qué quieres que te diga? Afirma que todo esta perdido (no sé si esto será así, pero él se alegraba).

CICERÓN, *Cartas a Ático* 14.1.1 (abril de 44 a.C. tres semanas después del asesinato de César)

Tras cruzar el Rubicón, César avanzó hacia el sur con extraordinaria rapidez, gracias a la mínima resistencia que encontró en su camino por Italia. No es que aprovechase la frialdad de las relaciones existentes entre las ciudades italianas y Roma, como si persistiera el despego desde los tiempos de la guerra social de la década de 80. A decir verdad, él mismo había preparado el terreno. Durante algún tiempo había estado enviando dinero desde la Galia a sus partidarios con el encargo de que lo emplearan en ganarse las simpatías de la población de Italia, en unos sitios con obras de beneficencia, y en otros con la construcción de nuevos edificios. Ya en el otoño de 50 el joven Celio había escrito una carta inolvidable a Cicerón diciendo que en los conflictos políticos debía escogerse el bando más honrado, a menos que las cosas desembocaran en guerra abierta: en tal

caso debería escogerse «el más fuerte e identificar lo mejor con lo más seguro».<sup>[354]</sup> La población de Italia parece que pensaba lo mismo y acogió bien a César porque estaba aterrorizada. El único precedente que conocían de una guerra civil de este tipo era la de Sila, que había sido espantosa. Los campesinos no querían ser reclutados para luchar al lado de Pompeyo y los propietarios de las tierras temían por sus fincas, las «villitas de sus entretelas», según comentaba cáusticamente Cicerón, «y su dinerito del alma», poniendo sus «piscinas» por delante de la libertad.

César los animaba a ellos continuando con su campaña de tergiversación de las noticias. Hacía hincapié en su «clemencia» y lo demostraba mediante su disposición a perdonar a sus enemigos. Era el defensor de la «libertad», decía, sobre todo de la «libertad» de los tribunos del pueblo romano. Y sus enemigos habían agredido a esos tribunos con el «último decreto». Incluso Sila, señalaba fríamente, había concedido a los tribunos el derecho de «intercesión» (según algunos, Sila no les había dejado el derecho de veto, sino sólo el de interceder frente al acoso de cualquier individuo). Sus enemigos —decía— eran una minoría, la «Facción». En materia de presentación de los argumentos, a César no habrían tenido que enseñarle nada los asesores políticos modernos. Pero insistía también en su interés por su propia «dignidad», su rango y su honra, que lo impulsaban a presentar otra vez su candidatura al consulado. «¿Pero dónde está la dignidad», comentaba oportunamente Cicerón, «sino donde la honradez?»<sup>[355]</sup>

Si César era el adalid de la «libertad del pueblo», Pompeyo era el adalid de la «libertad del senado». Recientemente las ciudades de Italia habían celebrado la

recuperación de Pompeyo de una enfermedad y tal vez aquellas muestras de halago lo indujeran a error. Lo cierto es que eran falsas, a juicio de Cicerón. En efecto, las esperanzas de apoyo en Italia que tenía Pompeyo eran demasiado optimistas. A mediados de enero tuvo que abandonar Roma en compañía de numerosos senadores y dirigirse a Bríndisi, en el sur, donde aguardó hasta el 17 de marzo. Mientras tanto, se multiplicarían las ofertas de soluciones de compromiso. Si Pompeyo desmovilizaba sus tropas y se iba como gobernador a España, César se quedaría sólo con la costa dálmata y permanecería fuera de Italia. Pompeyo ofreció a César incluso un segundo consulado y un triunfo, pero se negó a aceptar las ofertas de éste de celebrar una entrevista personal y no aseguró nunca estar dispuesto a disolver sus tropas. Los mediadores, entre ellos Cicerón, tenían esperanzas reales de conseguir la paz, pero las ofertas y contraofertas no eran más que «noticias engañosas». Ninguno de los dos bandos podía en realidad desmovilizar a sus hombres ni dar marcha atrás. El abandono de Roma por Pompeyo había dado muy mala impresión, pero se dijo que lo había hecho para defender la ciudad, como los atenienses habían abandonado Atenas en 480 a.C. para «defenderla» de la tiranía de los persas. Su objetivo era en realidad establecerse en Grecia y rodear a César en Italia. Podía conseguir la ayuda de numerosos príncipes extranjeros y hacer que César perdiera el apoyo popular, por lo pronto cortando las importaciones de grano. Por eso, a mediados de marzo cruzó el mar Jónico y reagrupó sus fuerzas en el noroeste de Grecia, solicitando ayuda del extranjero.

La guerra civil obligó a tomar unas decisiones que constituirían ejemplos permanentes en toda la historia de la

política: sus consecuencias cambiarían la historia universal. Atrapó a numerosos romanos ilustres entre dos fidelidades en conflicto y puso a prueba los principios que habían profesado muchos otros desde hacía largo tiempo. Aún podemos seguir su trayectoria de forma memorable a través de las cartas que se nos han conservado de Cicerón (o remitidas a él), que había regresado mientras tanto a Italia en diciembre de 50 con la esperanza al principio de recibir el honor de un triunfo por la victoria menor conseguida en la provincia de segunda fila de Oriente que le había sido asignada. Los acontecimientos harían que sus esperanzas se esfumaran, y el ilustre político recibió, en cambio, una solicitud para hacer de mediador de parte de César, quien, como habría cabido esperar, se mostró sumamente amable con él y con otros como él. Cicerón no era desde luego ningún luchador, pero sí un gran orador y un personaje de alto rango que podía dar respetabilidad a la causa de César. Ocurría también que había tomado prestado muchísimo dinero de él para financiar sus casas y su carrera política, y que todavía no lo había devuelto. No obstante, rechazó las ofertas directas de César en una entrevista y escribió: «Creo, pues, que no le agrado [a César]. Pero me agradé a mí mismo, cosa que no me sucedía hace ya tiempo».<sup>[356]</sup> Los partidarios de César eran una pandilla de hombres espantosos que sólo sabían barrer para adentro, contemporizadores carentes por completo de principios, el «cortejo infernal», según el estupendo calificativo que les daban Cicerón y su amigo Ático.<sup>[357]</sup> Pero la entrevista con César acabó de forma muy poco prometedora: Al parecer, César dijo que «si no podía utilizar mis consejos, utilizaría los de quienes pudiera y descendería a cualquier cosa».<sup>[358]</sup>

Y desde luego no se detuvo ante nada: cuando llegó a Roma en abril de 49, esperó fuera del recinto de la ciudad, como era de rigor, pero luego lo traspasó y amenazó con matar a uno de los tribunos que, como era igualmente de rigor, se negó a entregarle el dinero del erario. El siguiente paso que dio era menos previsible: marchó rápidamente a España, con el fin de eliminar el apoyo que pudiera tener Pompeyo en esta provincia. Lo consiguió (no sin algún que otro problema), regresó a Roma y fue nombrado dictador (sólo por once días), tras lo cual fue elegido cónsul para 48. Parece todo muy fácil, pero no lo fue. Desde que llegara al Rubicón, había repetido una y otra vez que iba a dar bonificaciones a sus soldados, pero aunque tenía un gran botín en la Galia, no disponía en aquellos momentos de numerario con el que pagarlas. Lo cierto es que, cuando volvió a Italia, parte de sus tropas se amotinaron, y no sería la única vez que lo hicieran. En Roma no había quedado ningún magistrado para presidir las elecciones al consulado, de modo que tuvo que hacerse nombrar dictador para presidir las elecciones él mismo. A continuación tuvo que pasar a Grecia desde Bríndisi para enfrentarse al ejército de Pompeyo. Tardó meses en organizar una travesía segura por mar e incluso entonces tuvo que arrostrar enormes riesgos.

En una serie de cartas magníficas, podemos mientras tanto observar a Cicerón vacilante y preguntándose adonde podía ir. Su íntimo amigo Ático iba a quedarse en Roma: era rico, no estaba envuelto en nada y mantenía una hábil postura de neutralidad. Las mujeres de la familia de Cicerón también estaban en la ciudad y, de momento, César no había sido demasiado radical. No había cancelado las deudas existentes ni había hecho redistribuciones sistemáticas de

tierras. Las tierras de algunos enemigos habían pasado a manos de algunos amigos, pero al menos habían sido subastadas o se las habían vendido. Y, sin embargo, César era un enemigo manifiesto del ideal de libertad senatorial de Cicerón. «¿Debo irme a algún lugar neutral?», se preguntaba el gran orador y político. «¿Me voy a Malta? ¿O mejor a Sicilia? ¿O acepto algún mando militar en el norte de África?» Básicamente odiaba la opción de la guerra y de la destrucción que comportaba.

Por otra parte, Pompeyo defendía la «libertad» del senado y había hecho un gran favor a Cicerón: en 57 le había ayudado a volver del exilio. Sin embargo, como solía ocurrirle, Cicerón no se engañaba del todo. Si Pompeyo volvía de Grecia, atacaría Italia y toleraría que se tomaran las represalias más espantosas. Al final, también él quería dominarlo todo (aunque por lo menos él era más viejo y por tanto su dominio duraría menos). Obligado por el favor recibido en el pasado y creyendo las palabras que Pompeyo utilizaba para tergiversar la realidad, Cicerón decidió pasar a Grecia y unirse a él. Cuando finalmente llegó a su destino, vio que los partidarios de Pompeyo eran horribles: «Sus palabras eran tan sanguinarias que me estremecí al pensar en su victoria». En plena guerra estaban ya repartiéndose los cargos que iban a ocupar en el futuro y «desde luego las deudas de todos aquellos grandes hombres eran enormes. ¿Qué más quieres? Lo único bueno era la propia causa».<sup>[359]</sup> Cicerón recurrió, pues, a su infalible ingenio verbal. Puso de manifiesto su «desaprobación de los planes de Pompeyo, pero no me abstuve de hacer chistes sobre los extranjeros que iban a venir a ayudarnos»<sup>[360]</sup> (Pompeyo había pedido auxilio a los dinastas «bárbaros» de Asia e incluso de la

región del Danubio). «Cicerón rondaba por el campamento con gesto sombrío, sin sonreír en ningún momento, pero hacía reír a los demás a su pesar».<sup>[361]</sup>

Cuando César desembarcó finalmente en el noroeste de Grecia estuvo a punto de ser derrotado enseguida en dos ocasiones. Pero lo cierto es que la segunda de esas ocasiones le reportó la trascendental victoria de Farsalia (Fársalo, en Tesalia) el 9 de agosto de 48 a.C. batalla en la que su lugarteniente Marco Antonio se distinguió al frente del ala izquierda. Los agentes de César, mientras tanto, se habían desplazado hasta Atenas, para atraérsela a su bando. Aprobaron incluso la idea de vender como esclavos a los obstinados megarenses y liberarlos después, medio seguro (todavía) de llegar a los corazones de sus vecinos atenienses. Pompeyo, que no estaba preparado para/ta derrota, huyó y finalmente desembarcó en la costa de Egipto, en el brazo oriental del Delta del Nilo. Nada más poner pie a tierra fue asesinado por consejo de un griego, un maestro de retórica oriundo de la isla de Quíos. Algunos años más tarde, en 130 d.C, Adriano descubriría la sencilla tumba de Pompeyo, al que «tuve, en efecto», escribiría fríamente Cicerón, «por hombre íntegro, puro y serio».<sup>[362]</sup> Tortuosas e inescrutables, estas palabras habrían podido ser válidas también para él. El emperador retiró la arena que cubría el monumento, restauró las estatuas que la familia de Pompeyo había erigido en él (y que otros después habían desfigurado), y escribió unos versos para ponerlos en la lápida. Empezaban diciendo: «Qué humilde tumba...». Adriano no entendía las complejidades legales y personales cuya pista hemos ido nosotros siguiendo aquí.

César llegó a Egipto el 2 de octubre de 48 y recibió

como regalo la cabeza de Pompeyo. Entró en Alejandría y se vio envuelto en la siniestra lucha de los miembros de la dinastía de los Ptolomeos. Cuando murió el último soberano de la dinastía en 51 a.C. dejó en herencia su reino a Roma. César suavizó la encarnizada discordia que existía entre el hijo del rey difunto y su hermana, unos años mayor que él, respaldando el gobierno conjunto de los dos. Como era habitual entre los Ptolomeos, hermano y hermana eran además marido y mujer, pero la muchacha, Cleopatra, se presentó ante César escondida en una colcha de lino. A sus veintiún años fascinaría al ilustre general, que ya había estado casado tres veces. La esposa de César, Calpurnia, se encontraba en Roma, pero él no era todavía un hombre caduco hastiado del amor.<sup>[363]</sup> El amor acompañaría al dueño de Roma en Egipto.

La noticia de la victoria de Farsalia llegó a Roma en octubre de 48 e hizo que César, cónsul ausente, fuera nombrado «dictador» para todo el año. Aun así, Roma seguiría sin verlo durante otros nueve meses: ¿acaso había muerto? Lo cierto es que se vio atrapado en medio de una guerra feroz en Alejandría que iniciaron dos cortesanos griegos descontentos: en medio de la refriega, sus tropas provocaron un incendio que causó daños irreparables al archivo real y a las bibliotecas de Alejandría, quizá el efecto negativo más duradero de las acciones de César. Ahora era a él al que le tocaba depender de la ayuda de los «bárbaros»: acudieron en su auxilio unos soldados judíos y como consecuencia él se convertiría en un firme valedor de los judíos y de su estatus. Al final, la paz quedó restaurada y en la primavera de 47 parece que pudo descansar en un crucero por el Nilo en compañía de la reina de Egipto, de nuevo

segura en su trono, una mujer de voz dulcísima y agradable conversación. Para entonces ya estaba embarazada. En verano dio a luz a un hijo varón y lo llamó Cesarión, nombre que César no rechazó. El nacimiento y la paternidad de Cesarión siguen siendo puestos en tela de juicio, pero cuando aparece mencionado en las cartas de Cicerón de la primavera de 44 que se nos han conservado no se habla de él como si sus orígenes estuvieran por entonces en entredicho. A Julio César no le quedaba vivo ningún otro hijo.

Incluso tras la muerte de Pompeyo, César tuvo que hacer otras tres guerras para reafirmar su dominio. Son un claro testimonio de que ni su supremacía ni la «caída» de la República Romana fueron inevitables. La primera guerra acabó enseguida en julio de 47, y se saldó con una victoria en Asia sobre el hijo de Mitridates: duró tan poco que fue entonces cuando César dijo aquello de «Llegué, vi, vencí» (en Zela). A continuación regresó a Roma, para hacer frente a un nuevo motín de las tropas que había dejado en Italia. Su lugarteniente, Marco Antonio, no había demostrado mucha habilidad, como no fuera en sus andanzas con una célebre cortesana, una mujer cuya presencia en una cena fue denunciada por Cicerón, uno de los comensales, a la vez sorprendido e intrigado.<sup>[364]</sup> A finales de diciembre de 47, César estaba otra vez de viaje, en esta ocasión camino del norte de África contra una importante bolsa de resistencia republicana. Una vez más corrió un peligro enorme al desembarcar con tropas muy inferiores para enfrentarse a cerca de catorce legiones enemigas. Después de tres victorias sucesivas, su constante adversario republicano, Catón, se quitó la vida. Hombre de principios en todo momento, Catón leyó primero a Platón, luego sacó su espada y

consiguió su propósito al segundo intento.

De vuelta en Roma en la primavera de 46 a.C. la noticia de esta «última resistencia» fallida parece que marcó un giro decisivo: se concedió a César el primer cúmulo de honores excepcionales que a partir de entonces proliferarían una y otra vez. Se acordó colocar en el Capitolio un carro y una estatua suya con un globo en la mano, y por si fuera poco una inscripción en la estatua en la que se le llamaba «semidiós» en el corazón mismo de Roma. Quizá las decisiones de los senadores superaran las expectativas del propio César. En un plano más terrenal, se acordó nombrarlo otra vez dictador, pero ahora por diez años. ¿Cómo iba a gobernar? No iba a imponer todo un sistema nuevo en un solo paquete de leyes reformadoras. Tenía muy pocos cambios que introducir en el sistema de justicia existente. Antes bien, las leyes se aprobarían de una en una, y serían bastante razonables. El calendario, que estaba desfasado hasta la exageración, tenía que ser reformado. Las deudas, por supuesto, no debían ser canceladas (eran muchos los que debían grandes sumas de dinero al propio César, entre ellos Cicerón), pero tenía que hacerse una suspensión de las rentas, aunque sólo hasta un punto moderado y únicamente por un año. En Italia, los deudores habían empezado a darse cuenta de que el valor de la garantía de sus préstamos, las tierras, estaba viniéndose abajo con la crisis: por consiguiente, se aprobó una nueva normativa que obligaba a los acreedores a aceptar las tierras según el valor que tenían antes de la guerra. Las viejas regulaciones de la bancarrota, antes tan severas, tenían que ser moderadas también. Este tipo de legislación distaba mucho de las sangrientas aboliciones de las deudas de la

antigua historia de Grecia, y otros políticos populares intentarían ir más lejos. En la Roma de César, sin embargo, los grupos populares que se habían formado alrededor de Clodio durante la década de 50 serían restringidos: no se permitirían las asociaciones ni los «colegios» a menos que contaran con una licencia (y pocos la tenían), y el número de los que podían beneficiarse de los subsidios de grano se vio asimismo severamente recortado.

Naturalmente debían crearse nuevas colonias para los veteranos y también, una vez más, para la población urbana pobre. Pero en su mayoría serían colonias en las provincias, no en la tierra ya en explotación de Italia: aquí sólo se haría un proyecto de desecación de las Lagunas Pontinas y se pondría así una nueva zona fértil a disposición de los colonos. En las nuevas ciudades de César fundadas en las provincias, los libertos podrían desempeñar cargos públicos (cosa harto poco habitual). Probablemente tuvieran que pagar por semejante honor, pero de ese modo estarían también al tanto de las posibilidades comerciales y de los beneficios derivados de ellas, especialmente en lugares como Corinto y Cartago, ciudades que César propuso repoblar. Como fundador de ciudades, César es el verdadero heredero de la sagacidad comercial atestiguada en algunas de las colonias establecidas por Alejandro Magno en Asia.

En Italia, se decretó la concesión de la ciudadanía a la región del norte más allá del Po, la «Transpadana»; se propuso incluso que al menos una tercera parte de los pastores de las explotaciones pecuarias fueran libres de nacimiento. Sobre todo en el sur de Italia, los grandes terratenientes habían solido utilizar esclavos para cuidar sus inmensas manadas de reses. Esta práctica había obligado a

los campesinos libres a abandonar un oficio muy extendido y de paso había asegurado a los terratenientes una fuente muy útil de esclavos siempre que necesitaran una banda privada de subalternos armados. Toda esta legislación de César tenía unas miras sociales más amplias, como puede apreciarse en las leyes pormenorizadas sobre el «gobierno limpio» o incluso en la reciente reducción en un tercio del tributo pagado por Asia; la reducción fue posible gracias a la eliminación de los odiados contratistas de Roma que adquirirían en pública subasta el derecho a recaudar los tributos y lucrarse con ello. Todas estas medidas encajaban con un hombre perteneciente a la nobleza más selecta que había prestado sus servicios durante mucho tiempo fuera de Roma y veía las cosas con una perspectiva más amplia. César miraba también por encima del hombre a sus rivales políticos, gente en realidad bastante vulgar comparada con un patricio como él. Pero también sus partidarios debían recibir honores y tuvo que aumentar el número de senadores a 900, una cantidad enorme: muchos de los nuevos admitidos resultaban ofensivos para los miembros de las familias tradicionales.

De las reacciones de los populares ahora no cabía duda. En ausencia de César, y dada la escasez de grano, había cundido el descontento, pero a su regreso el pueblo asistiría al más fabuloso de todos los triunfos romanos, en una celebración de cuatro victorias a la vez. Durante cuatro días de agosto de 46 desfilaron por las calles de Roma grandes cortejos, incluso una estatua de Cleopatra (se conservó en la capital durante al menos dos siglos) junto a la de la diosa Venus, la antepasada de César. Se oyeron los típicos chistes de sus seguidores, cuya finalidad era mantener al general

triunfador con los pies en el suelo; en esta ocasión versaron sobre sus supuestas relaciones sexuales con el rey Nicomedes (debía de tratarse de un chiste ya viejo, porque no hubo ningún episodio de homosexualidad en la vida de César ni entonces ni después) y, de modo más ominoso, acerca de sus facetas de «chico malo» y de «rey». En los juegos ofrecidos a continuación, hubo cacerías de fieras e incluso se vio por vez primera en Roma una jirafa. Tras el banquete final celebrado el cuarto día, César, todavía en zapatillas, fue escoltado desde el Foro que había proyectado construir últimamente por una multitud de plebeyos e incluso por unos elefantes portando antorchas. Todo aquello costó una auténtica fortuna y, cuando algunos de sus soldados manifestaron su protesta, fueron inmediatamente ejecutados: las cabezas de dos de ellos fueron clavadas por los pontífices en la fachada de la «Regia», en el Foro.<sup>[365]</sup> Resultaron también carísimas las retribuciones de los soldados (debían cobrar la paga de toda una vida) y los pagos efectuados a cada ciudadano. Todo ello se costeó con el botín de las provincias, especialmente con el conseguido en España y Asia durante la guerra civil de los dos últimos años. Los gastos superarían incluso los del último año de vida de Alejandro Magno, todo un tributo al saqueo perpetrado por César.

Más duraderas se suponía que serían las nuevas grandes obras que se emprendieron, un templo en honor de Marte, el más grande que había habido nunca, el inmenso nuevo Foro (que no se acabaría en vida de César), un templo dedicado (en el mes de septiembre) a la madre Venus (Genetrix), con una estatua ecuestre de César delante, en la que éste y su amado caballo (a la sazón de catorce años) fueron esculpidos según el modelo de Alejandro y su gran

Bucéfalo. Por si se nos habían olvidado las supuestas lágrimas de envidia por la gloria de Alejandro que vertiera el propio César en Cádiz en 69 a.C. Cuando fue dedicado el templo de Venus, César celebró dos ritos conmemorativos: unos «Juegos Troyanos» a caballo para jóvenes participantes, que supuestamente se remontaban a su antepasado Eneas, y unos juegos fúnebres por su hija Julia, fallecida en 54.<sup>[366]</sup> En honor de la difunta, hubo una pelea de gladiadores en el Foro: los jinetes de los «Juegos Troyanos» quizá fueran capitaneados por un joven todavía desconocido, su sobrino nieto Octaviano, al que acababa de adoptar. Nadie habría podido imaginar que unos veinte años después aquel muchacho repetiría esos mismos juegos para sí mismo.

Aun así, Cicerón todavía abrigaba ligeras esperanzas de que llegara a restaurarse de alguna manera la república. El nombramiento de dictador durante un tiempo fijo afirmaba que su cometido era literalmente «restaurar la *res publica*» (el «Estado», la «república»). En el senado, durante el verano, se había producido un hecho inesperado, el perdón del noble Marco Marcelo, el hombre que, como cónsul de 50 a.C. había insistido en que César regresara de la Galia. Cicerón estaba entusiasmado con el hecho y saludó la «justicia» de César; pero ese perdón, como todo el poder de César, dependía de «la voluntad, por no decir del capricho de otro».<sup>[367]</sup> Los senadores se habían arrastrado miserablemente para conseguir aquel favor. A la hora de la verdad, el beneficiario del perdón sería asesinado en Grecia antes de que pudiera disfrutar de él, y algunos dijeron que la muerte se había producido por orden de César. Como pone de manifiesto Cicerón por esas mismas fechas, César seguía temiendo a los que pudieran conspirar contra su persona. Cuando un autor

de mimos llamado Laberio puso en escena una obra en la que se pronunciaban las palabras: «Ciudadanos, hemos perdido la libertad», César prefirió no hacer nada contra él. [368]

En diciembre de 46 estallaron nuevos disturbios, pero fueron en España, no en el senado. Pompeyo había dejado en esta provincia dos valerosos hijos y uno de ellos, Gneo, encabezó una importante sublevación allí, obligando a César a emprender una nueva guerra civil, que probablemente fuera la más peligrosa. Se desarrolló en un terreno escabroso, con grandes dificultades de abastecimientos y contra un enemigo resuelto. El 17 de marzo de 45 a.C. César obtuvo una victoria definitiva en Munda, aunque se vio obligado a espolear a sus tropas personalmente, bajando de su caballo e incitándolas a aguantar con firmeza; llegó a pensar de hecho que había llegado su última hora. Resultó, en cambio, que fue la última para Gneo Pompeyo, aunque el otro hijo de Pompeyo, Sexto, pudo huir. César nunca se imaginó que Sexto llegara a tener un futuro político y lo dejó escapar; estableció a sus veteranos en España y regresó a Roma.

Mientras tanto, en su ausencia, lo que mejor conocemos son las dificultades de Cicerón, no sólo su admirable concepción de una verdadera pérdida de la libertad, sino también las dificultades que se abatieron sobre su familia. A consecuencia de las continuas disputas, se divorció de su esposa, Terencia, con la que llevaba casado largo tiempo; nunca había encontrado de su agrado a su último yerno, Dolabela, y ahora el muy granuja se disponía a erigir una estatua al peor enemigo de su suegro, Clodio. Durante los años inmediatamente posteriores a su regreso a Italia, Cicerón había luchado denodadamente para dar una dote digna a su amada hija Tulia (para su tercer matrimonio),

viéndose obligado a pagarla a plazos. Y al final la niña salía diciendo que quería divorciarse de Dolabela. Los amigos, mientras tanto, le habían buscado una segunda esposa, Publilia, joven y rica: su primera mujer decía que aquella boda era sólo por sexo. Poco después Tulia moría de sobrepeso, sumiéndolo en un profundísimo dolor. La había querido tanto; pensó incluso en construirle un templo (no una tumba) en un terreno situado en la actualidad cerca del Vaticano. Pero Julio César se le adelantó y se quedó con el solar. Después la segunda esposa, Publilia, resultó ser una equivocación, entre otros motivos porque la joven sentía celos de su dolor y del amor que profesaba a su hija. Cicerón se apresuró a salir de aquel callejón sin salida y tuvo la prudencia de divorciarse.

A través de sus cartas podemos seguir e identificar los diversos estadios de su proceso de «extrema tristeza» por la muerte de Tulia. Podemos leer incluso una carta clásica que le envió Sulpicio Rufo, político y jurista.<sup>[368b]</sup> Se trata de un texto extraordinario, que a primera vista parece conmovedor: expresa la conciencia que tiene Rufo, mientras navega a lo largo de la costa de Grecia, de los desastres que habían hecho caer tan bajo a muchas de las antiguas ciudades griegas. Tulia, le recuerda a Cicerón, era sólo una persona, mientras que aquellas ciudades habían perdido a muchas. Pero en realidad esta «consolación» está muy lejos de lo que hoy día cabría esperar que fuera una consolación. Sulpicio y Cicerón están de acuerdo en que la verdadera tragedia es la muerte actual de la República. La joven Tulia ha tenido suerte, podemos leer, de haber muerto primero, y la pérdida de la República es mucho más lamentable que la pérdida de una simple hija. No podríamos encontrar un ejemplo mejor

de las prioridades políticas de un romano y del equilibrio entre la libertad del varón y una desgracia familiar.

Al final, Cicerón se quedó solo con los libros, sus honrados y amados compañeros. En Roma, César estaba pensando construir la primera biblioteca pública (después de incendiar tantos volúmenes de la de Alejandría) y nombrar encargado de la misma a Varrón, hombre de extraordinaria erudición, aunque, como ayudante de Pompeyo, se había enfrentado a él en España en 49. En su dolor, Cicerón se dedicó a escribir una avalancha de nuevos libros sobre los dioses, sobre ciertos aspectos de la religión, sobre historia de la oratoria y principalmente sobre filosofía (convirtiéndose en el creador de un nuevo vocabulario latino para la terminología filosófica griega) y sobre las teorías escépticas por las que se inclinaba personalmente. Sus cartas de estos meses nos recuerdan la extraordinaria amplitud de su inteligencia, pero también su amor por sus diversas villas rústicas, sus bosques y sus fincas (una incluso tenía una zona llamada la Academia): en este sentido tendría una verdadera afinidad con los caballeros ingleses del siglo XVIII, que tanto lo admirarían. Su filosofía era más enciclopédica que original, y no habría sido escrita si su autor hubiera vivido en la tensión continua de una carrera política libre, hablando, atacando y siendo su «propio dueño y señor». Pero su primer diálogo filosófico, con sus advertencias contra el sexo y la búsqueda de la riqueza, habría de entusiasmar, cuatro siglos más tarde, a un inesperado joven lector, San Agustín.

En abril de 45 llegó a Roma la noticia de la victoria en España. Dio lugar a una nueva lluvia de honores de importancia capital. Se calculó que el mensaje llegara a la ciudad justo antes de que dieran comienzo las antiguas

fiestas Pariles, con la relación que guardaban con Rómulo y la fundación de Roma, y que por tanto pudo aprovechar César en su beneficio. El Senado decretó concederle el sobrenombre de «Libertador» y que se construyera un templo de la Libertad.<sup>[369]</sup> Se trata de un momento trascendental de la historia de la libertad, pues hasta entonces ningún romano había recibido el título de «Libertador». Evocaba de manera muy halagadora las pretensiones expresadas por César al comienzo de la guerra civil y atribuía la «libertad» a un hombre que además había matado a ciudadanos romanos honrados en el campo de batalla. Su estatua iba a ser erigida incluso en el Capitolio junto a la de los fundadores de Roma. Pero además los senadores «liberados» decidieron llamarlo «Padre de la Patria», concederle coronas, cincuenta días de rogativas y, sobre todo, dos honores divinos extraordinarios. Una estatua suya de marfil sería llevada en procesión junto con las de los dioses, y en otra estatua, colocada en un templo, se pondría una inscripción con la siguiente leyenda: «Al dios invencible». El tono de esta inscripción recordaba mucho a Alejandro Magno.<sup>[370]</sup> Aun así, en el verano de 45 un astuto miembro de la nobleza romana, comparable a Cicerón por sus obras de filosofía moral, seguía pensando que la República iba a ser restaurada. Este aristócrata, llamado Marco Bruto, se había beneficiado hasta entonces de César y sería nombrado pretor al año siguiente. Incluso en 45 a.C. la libertad de palabra seguía existiendo lejos de la mesa de César: en su obra sobre la oratoria, Cicerón acababa de señalar que Bruto debería llevar una vida a la altura de la de sus antepasados. Se trataba de un comentario cargado de significado. Ático, el amigo de Cicerón, había ayudado recientemente a Bruto a confeccionar su árbol genealógico.

Posteriormente Bruto lo mandó pintar en la sala principal de su casa, que él llamaba su «Partenón», en honor de Atenas. En la pared podía contemplar a diario una genealogía que se remontaba (según se decía) a los dos grandes tiranicidas de la historia primitiva de Roma.<sup>[371]</sup> Uno de ellos, llamado también Bruto, había matado al rey Tarquino el Soberbio y después había quitado la vida a sus propios hijos por haber favorecido al monarca. Este famoso Bruto fue luego el primer cónsul del primer año de la República, cuando ésta sustituyó a la monarquía; su estatua había sido erigida y honrada en el Capitolio mucho antes que la de César. Todo este legado no se había perdido para su descendiente. Bruto lo había representado en unas monedas, probablemente acuñadas en 55-54 a.C. en las que aparecía también la palabra «Libertad». Se sabía que César había tenido una relación amorosa con la madre de Bruto, pero este asunto privado no era lo que se escondía detrás del descontento cada vez mayor del pretor designado. Las raíces del mismo eran de índole política: y, al tratarse de un joven cuyo padre había muerto (asesinado por Pompeyo), Bruto se había criado como protegido de Catón. Tenía intereses filosóficos y en el verano de 45 se había casado por segunda vez: significativamente su nueva esposa era Porcia, la hija viuda de Catón, el republicano por antonomasia.

En su intento de poner límite a la libertad política, César había legislado también, como habría cabido esperar, sobre el fantasma que más temor despertaba, el lujo privado. Se decía incluso que había inspectores que controlaban las cenas de los ciudadanos y los mercados de productos alimenticios, y que se habían prohibido las perlas y los tejidos extravagantes. La gente no se saltaba la ley a la

torera, pues vemos que Cicerón comenta que los cocineros estaban aprendiendo a preparar nuevos platos vegetarianos y que la nueva dieta obligatoria de verduras asadas le daba dolor de estómago.<sup>[372]</sup> En octubre de 45 César celebró un triunfo, el segundo que le había sido concedido, por sus victorias en España. Pero muchos se sintieron ofendidos, pues era por unas victorias ganadas contra romanos en la guerra civil, y por lo tanto legalmente no eran objetos de triunfo. Para entender mejor lo que César representaba ahora, debemos fijarnos en Cicerón. En la temporada de fiestas de mediados de diciembre de 45, César se presentó a hacer una «visita de cortesía» a su viejo amigo. Llegó a la villa de Cicerón escoltado por 2.000 soldados y sirvientes, a todos los cuales hubo que dar de cenar. Después de cenar los dos ilustres personajes, estuvieron charlando en tono bastante distendido, como si fueran «simples seres humanos».<sup>[373]</sup> Pero no dijeron ni una palabra de política, la savia vital de la vida anterior de Cicerón. Hablaron sólo de literatura. Se trataba de una restricción inimaginable en los años anteriores. Pero su huésped no era, escribiría luego Cicerón, uno de esos a los que «se diría: “Por favor, vuelve a verme cuando regreses”. Con una vez es suficiente». Se dio cuenta de que en el camino de vuelta, en un momento determinado, todos los soldados se adelantaron y se colocaron a uno y otro lado de César, para protegerlo.

En Roma, César se dispuso a aceptar una lluvia continua de honores sin precedentes: sacrificios el día de su cumpleaños (honor divino reservado a los reyes en el mundo griego), votos anuales por su bienestar, y la «inviolabilidad» (*sacrosanctitas*) de su persona, como si fuera un tribuno. Ya era viejo, según los parámetros de la Antigüedad, y su salud

no era buena, pero muchos conocían los proyectos que tenía. Haría más de lo que había hecho en sus mejores momentos, una campaña militar, de tres años, para ganar gloria en Oriente a expensas de los partos, que habían causado el reciente desastre del viejo Craso. Corrieron incluso rumores de que luego pensaba dar un rodeo por el mar Negro y regresar, como un conquistador, por el río Danubio a través de Dacia. En las ciudades del Oriente griego ya se le habían concedido «honoros iguales a los de los dioses». Con anterioridad, otros romanos habían recibido esos mismos honoros en el mundo griego y, al igual que César, habían conocido a reyes de la región en el curso de sus viajes. Pero a diferencia de ellos, César había regresado trayendo consigo una reina (Cleopatra se encontraba en la ciudad, donde tenía «asuntos diplomáticos» que agilizar). ¿Planeaba César convertirse en rey (como sus antepasados) y ser adorado exactamente como un dios, con un culto formal? Seguían lloviéndole los honoros, quizá sólo para ver cuáles eran los que rechazaba. Se nos cuenta que a comienzos de 44 se le votó un culto cuyo sacerdote debía ser Antonio, su colega en el consulado. Se iba a poner en su casa un frontón honorífico como el de los templos; se dice incluso que el senado lo llamó «Júpiter Julio». Parece, pues, que las propuestas de instaurar un culto a César en vida son ciertas, pero el máximo horror, su disposición a adoptar el título de rey, sigue siendo dudoso. Desde luego, hubo propuestas de que se le concedieran diversos elementos propios de la «realeza»: un trono de oro (pero que debía permanecer vacío, y sólo en el teatro), y una corona también de oro (como la que recibían los generales en sus triunfos). A finales de enero la multitud lo vitoreó llamándolo «¡Rey!» cuando regresaba en medio de una ovación solemne de celebrar una

fiesta: pero él corrigió a los que así lo llamaban.<sup>[374]</sup> A mediados de febrero de 44 la muchedumbre se congregó en Roma para celebrar la fiesta religiosa de los Lupercos, en la que unos jóvenes corrían desnudos a «tocar» a las mujeres con una vara y contribuir de ese modo a su fertilidad. Marco Antonio y otros que participaban en la carrera ofrecieron a César una diadema real, pero todo el mundo pudo ver que la arrojaba despectivamente lejos de sí. Este «rechazo» quizá fuera planeado con el fin de despejar las dudas de los tradicionalistas, para mayor disgusto de la plebe. Pero hay algo indudable: a mediados de 44 César aceptó otra «dictadura», la cuarta, pero esta vez definida como vitalicia. Eso era lo que había por lo que al futuro de la República se refiere. Se creía, probablemente no sin razón, que César había dicho de la República que era «un simple nombre sin cuerpo ni figura», y que había criticado a Sila por no conocer los rudimentos de la política, pues había renunciado a la dictadura que había obtenido.<sup>[375]</sup> No cabía duda, pues, sobre lo que pensaba César de la eventualidad de restaurar la libertad de los senadores. Aquél fue un punto de inflexión clarísimo.

Retrospectivamente, se evocarían diversos presagios y advertencias, pero a decir verdad nunca faltaron anécdotas de este tipo. En el Rubicón, sin embargo, se dijo que los caballos que había soltado César de pronto habían dejado de querer comer.<sup>[376]</sup> ¡Cuánta razón tenían los caballos!: César había despedido incluso a sus guardias de corps en Roma. No es que flirteara con la muerte, desde luego: se trataba de un signo de que estaba seguro de su supremacía. Cuando los senadores se presentaron a rendirle unos extraños honores, no se levantó a saludarlos (como dictador tenía derecho a no

hacerlo): en el fondo, pensaba que eran unos vulgares hombrecillos, muchos de los cuales eran hechuras suyas. Sin embargo, enseguida se disculpó por su descortesía y pretextó, falsamente, que en aquellos momentos lo aquejaban problemas estomacales.

La dictadura vitalicia, el culto inminente: semejantes signos resultaban intolerables para los senadores preocupados seriamente por la libertad. Uno de ellos era el impetuoso Casio, pretor de aquel año (junto con Bruto), pero un militar curtido, además de interesado por la filosofía epicúrea: sus antepasados, como los de Bruto, habían acuñado en otro tiempo monedas con el rótulo: «Libertad». Era también cuñado de Bruto, pues estaba casado con su media hermana. Como cabría esperar, otros hombres también se sentían menospreciados personalmente o decepcionados, apoyados en un sistema de honores que dependía cada vez más de la «gracia y el favor» de César. Estaba por otra parte la cuestión todavía sin resolver de la monarquía. Se decía que iba a volver a instituirse, según un oráculo sibilino que afirmaba que Partia sólo podría ser conquistada por un «rey».<sup>[377]</sup> El día de los idus de marzo de 44, en medio de las consabidas advertencias, César asistió a una sesión del senado, sólo para encontrarse de repente ante un grupo insistente de senadores, entre los cuales destacaba Marco Bruto. Sesenta senadores más o menos formaban parte de la conspiración, pero sólo cinco o seis habrían podido precipitarse sobre César y apuñalarlo, mientras el otro cónsul, Marco Antonio, era entretenido a la entrada. El cuerpo de César se desplomó en medio de un charco de sangre. Después se registraron en él veintitrés heridas, y los conspiradores lo dejaron allí tirado hasta el anochecer.

Probablemente sea sólo una leyenda que las últimas palabras de César fueron: «¿Tú también, Bruto?», pero también es posible que Bruto pronunciara el nombre del único senador al que los conspiradores habían excluido de la trama por temor a su indiscreción: ¡Cicerón! Por algunos indicios, sin embargo, y en sus cartas privadas, vemos que éste se había empeñado, de manera admirable, en protestar constantemente por el despotismo de César. Ahora César estaba muerto y yacía en el templo contiguo al Teatro de Pompeyo, donde había estado a punto de reunirse el senado, a pocos metros de la estatua del propio Pompeyo.

# Capítulo 38

## LA LIBERACIÓN TRAICIONADA

Por cierto que el carácter y el valor del joven César son admirables. ¡Ojalá pueda dirigirlo y sujetarlo cuando llegue al culmen de los honores y el favor con la misma facilidad con la que he venido sujetándolo hasta ahora! En estos momentos resulta más difícil, pero no desespero. El muchacho está convencido, sobre todo gracias a mí, de que nuestra salvación depende de él...

CICERÓN, *A Marco Bruto*, ca. 21 de abril de 43 a.C.

Los acontecimientos que siguieron al asesinato de César constituyen el capítulo más importante de la historia de la libertad en la antigua Roma. Los días y los meses son evocados maravillosamente para nosotros por los supervivientes de uno y otro bando, y por las cartas y discursos que Cicerón escribió en esa época. Los planes de Cicerón fracasaron, pero él no siempre se dejó engañar. A pesar de los momentos de temor y de retraimiento, normalmente estuvo a la altura de las circunstancias, y eso que tenía ya sesenta y dos años. Sus defectos fueron los mismos de siempre: su ingenio y sus ataques a las flaquezas de otros grandes hombres, y su costumbre de ver las cosas como a él le habría gustado que fueran; y, como resulta fácil imaginar, le acarrearón la ruina.

A juicio de Cicerón, se había perdido la oportunidad de oro: en cuanto murió César, el senado habría debido ser llamado a escena y habría habido que invitar al pueblo a la libertad. En realidad, como tantos tiranicidas de la historia de Grecia, los conspiradores se limitaron a matar al tirano y nada más: uno de los asesinos colocó un *pileus* o «gorro de la

libertad» en la punta de una lanza y el cadáver quedó allí tirado, «asesinado justamente», para que lo arrojaran al Tíber.<sup>[378]</sup> Pero tres esclavos lo recogieron y lo llevaron a su casa. El cónsul superviviente, Marco Antonio, salió huyendo, pero, al parecer, esa misma noche ya se temía que sus planes fueran «los peores, los más traicioneros».<sup>[379]</sup> El noble Bruto había dirigido unas palabras a un grupo de personas congregadas en la colina del Capitolio, encima del Foro, pero su discurso, a juicio de Cicerón, había sido demasiado elegante y demasiado poco fogoso.

Cuando murió Alejandro Magno, sus oficiales falsificaron sus «últimas notas» para asegurarse de que los planes en ellas esbozados fueran rechazados públicamente. Cuando murió César, Marco Antonio cogió las que dijo que eran las notas de César y dos días después de su muerte, el 17 de marzo, hizo astutamente una llamada a la reconciliación en el transcurso de una sesión del senado. Propuso que los asesinos de César no fueran castigados: eso, cuando menos era un alivio. Los planes de César, sin embargo, lo mismo que sus acciones, pasadas, presentes y futuras, debían ser ratificados en su totalidad. Fue un momento trascendental. Eran tantos los senadores que debían su rango y sus perspectivas de futuro a las decisiones recientemente tomadas por César que la aprobación de la medida era indudable. En caso de que alguno vacilara, ya había allí unos soldados armados, veteranos de César, para aclararle las ideas. Los senadores, pues, dieron su beneplácito. Acordaron también que el cadáver de César recibiera un funeral, público, por supuesto, a petición de su suegro.

La «libertad», la opción de Cicerón, estaba rodeada de

dificultades. Casi todas las legiones del mundo eran leales a Julio César; muchos de sus veteranos seguían campando por sus respetos, a la espera de cobrar su paga; sus sucesores iban a poder disponer de enormes cantidades de botín, despojos y rentas procedentes de fuentes exclusivamente suyas; la plebe de Roma prefería a César antes que un mayor grado de «concordia» y de «libertad» para las clases altas. «En efecto, cosas que César nunca hizo, ni habría hecho, ni habría permitido», señalaría poco después Cicerón, «son ahora promulgadas a partir de sus falsas notas», los papeles que César había dejado y que ahora controlaba y sin duda alguna manipulaba Marco Antonio.<sup>[380]</sup> Pero los ejércitos y el dinero de César y la lealtad del pueblo imposibilitaban hacer que el reloj diera marcha atrás, como si no hubiera pasado nada.

Los idus de marzo, escribiría Cicerón, habían dejado una magnífica «cena» sin acabar: todavía quedaban los «restos», o sea, Marco Antonio. ¡Cuánta razón tendría! Si hubieran matado también a Marco Antonio, habría habido realmente una buena oportunidad de restaurar la República. Pero no era cuestión de coserlo a puñaladas y aunque Cicerón lo quisiera ver muerto, era el cónsul en ejercicio y tenía evidentemente una técnica infalible para hacerse atractivo. El 20 de marzo dio una primera prueba de ello. El testamento de César fue abierto y se descubrió que había legado al pueblo sus jardines y una suma de dinero en metálico para cada ciudadano de Roma. Era el momento de realizar los funerales públicos de César, ocasión que Cicerón temía especialmente, y con razón. Tras llevar el cadáver en procesión por el Foro acompañado de actores y cantantes, Marco Antonio aceleró el ritmo pronunciando un discurso ante el pueblo congregado en el Foro. Tenemos

principalmente dos versiones de lo que dijo a aquel público de «amigos, romanos, compatriotas», como reza el verso memorable de Shakespeare. Una, la preferida por muchos especialistas, es que dijo sólo unas cuantas palabras después | de que el heraldo leyera la proclama. Pero hay otra más convincente, que, según algunos, se remontaría a una fuente de la época, y que se basa en lo que podemos deducir de los escritos de Cicerón.<sup>[381]</sup> El cuerpo yacente sobre un lecho de marfil fue colocado en una capilla dorada, según el modelo del templo de Venus Genetrix. Después de hablar de las hazañas de César, Antonio empezó a jugar con las emociones cada vez más intensas de la multitud (el «elogio patético», sin duda, que comenta Cicerón). Entonó un lamento de su propia cosecha y se puso a llorar. Colgó la toga de César manchada de sangre de la punta de una lanza y, cuando los ánimos de la muchedumbre estaban bien caldeados, exhibió una figura de cera del difunto, con el cuerpo lleno de heridas. Se dice que entonces se oyeron entre la multitud cantos de duelo, en medio de los cuales parecía que hablaba el propio César. Para dar mayor patetismo a la ocasión, es evidente que Antonio había movilizado a actores y grupos de teatro, individuos que constituían un elemento de suma importancia en las escenas multitudinarias de Roma. Este diálogo escenificado provocó el estallido de la muchedumbre. Se suponía que el cadáver de César debía ser transportado al Campo de Marte, pero la multitud se lo llevó al Capitolio; sin embargo, los sacerdotes lo impidieron y lo trasladaron de nuevo al Foro, donde el pueblo le prendió fuego por propia iniciativa. Hubo incluso un intento de quemar las casas de los «Libertadores». Se había espoleado al pueblo para que mostrara su potencial, en una clara advertencia a los adversarios de Marco Antonio.

De momento había un obstáculo. Las notas con los planes de César habían sido ratificadas, pero había dejado el mando del norte de Italia (Galia Cisalpina) a uno de los hombres que luego lo habrían asesinado (a Décimo Bruto, no a Marco Bruto) y se creía que había reservado Siria y Macedonia, dos provincias con ejércitos asignados, a Bruto y a Casio.<sup>[382]</sup> Marco Antonio necesitaba cambiar estas asignaciones y también maximizar su poder. Mientras esperaba, Cicerón empezó a ver los objetivos de Antonio con más tranquilidad. El 9 de abril escribía: «Yo desde luego considero que [Antonio] piensa más en sus banquetes que en maquinarse cualquier mal».<sup>[383]</sup> Marco Antonio había propuesto incluso que fuera abolida la dictadura para siempre, un mordaz comentario acerca del motivo por el cual había sido asesinado César. Ese mismo mes, sin embargo, determinados sectores de la plebe dieron algunos pasos por su cuenta. Se erigió en la ciudad una columna en honor de César, pero tuvo que ser demolida. Durante unos días, incluso Antonio se vio superado en sus tácticas por la reaparición en escena de un tal Amatio, que ya había dado motivos de disgusto a Julio César poniéndose de su parte. Se hizo correr el rumor de que Amatio era el nieto de Mario, una reminiscencia verdaderamente popular del pasado. Probablemente Amatio mantuviera estrechos lazos con los «colegios» o asociaciones del pueblo de Roma, nidos de agitación que ya César se había visto obligado a regular. Amatio fue ejecutado rápidamente y Antonio se volcó de inmediato en el problema más acuciante, la desmovilización de los veteranos de César y su establecimiento en colonias en Italia.

A mediados de abril, sin embargo, apareció un nuevo

personaje, el heredero de César, al cual éste había adoptado en su testamento, el joven Octaviano, de apenas dieciocho años, que se hallaba ausente en el noroeste de Grecia cuando se produjo el asesinato de César. Era el sobrino nieto favorito de éste, pero, como nos recuerda su gran historiador contemporáneo, Sir Ronald Syme, por su nacimiento no era más que el «nieto de un banquero municipal».<sup>[384]</sup> Al tratarse de un personaje desconocido y que aún no había demostrado ninguna valía, ni siquiera era senador. Pero mostraría una inexorable frialdad, una capacidad de cálculo y una falta de sentido de la heroicidad que acabarían asegurándole cuarenta y cinco años de poder supremo. Los episodios de agitación de la plebe acontecidos durante las últimas semanas eran un buen presagio de lo que le esperaba.

Al llegar a Bríndisi, en el sur de Italia, Octaviano se hizo con una de las dos utilidades más importantes, el dinero, y a continuación la empleó para hacerse con la otra, es decir, con parte de los veteranos de César. Fue un arranque muy audaz, y en su viaje hacia Roma en la primavera de 44 se detuvo en la comarca del golfo de Nápoles, en la casa de un vecino de Cicerón. «[Está] totalmente entregado a mí», decía por entonces el viejo político; «aquí con nosotros [está] de forma sumamente respetuosa y amigable».<sup>[385]</sup> Pero, para disgusto de Cicerón, el joven ya se hacía llamar César. ¿Y cómo iba a poder seguir siendo un ciudadano como es debido, «uno de los nuestros», cuando llegara a Roma? Se trata de una de las entrevistas más impresionantes de la historia, la del viejo político, a menudo tan equivocado, y el adolescente —apenas dieciocho años— más peligroso del mundo. Casi un mes después Cicerón escribiría ya: «Respecto al discurso de Octavi[an]o ante el pueblo, siento

lo mismo que tú, y el aparato de sus Juegos, y Macio y Póstumo como procuradores, no me gustan nada»; a mediados de mayo, el joven ya había intentado ofrecer unos juegos fúnebres. El problema estaba en que Marco Antonio era todavía peor. El 1 de junio, de nuevo con ayuda de más hombres armados, Antonio «legitimó» en Roma mediante el voto del «pueblo» el cambio de los mandos militares de las provincias en las cuales pensaba apoyarse para establecer su base de poder. También creó una comisión encargada de repartir tierras entre los veteranos de César, presidida convenientemente por su hermano. Bruto y Casio fueron insultados por su actuación injusta y se dispusieron a abandonar Italia para desempeñar cargos inocuos en las provincias; Antonio se había quedado con el mando de la Cisalpina. A Cicerón no le quedaba más remedio que lamentarse de que no había «nada planificado, nada pensado, nada organizado». Los Libertadores habían «empleado un espíritu viril, pero una planificación, créeme, pueril».<sup>[386]</sup> Él mismo había empleado las últimas semanas en enseñar oratoria a unos discípulos ilustres, entre ellos los cónsules del año siguiente. Se lo reprochaba, pero lo había hecho. Al tener noticias de las leyes aprobadas por Antonio, decidió abandonar Italia, visitar a su hijo en Atenas y comprobar si estaba haciendo progresos en sus estudios en el extranjero.

Mientras tanto, en Roma, Octaviano dio el paso que Antonio, hasta ese momento, no se había atrevido a dar. Anunció que, como heredero de César, iba a vengar su asesinato; pagó el dinero en metálico legado por su tío a todos los miembros de la plebe urbana, tal como se especificaba en el testamento; y luego intentó que el famoso

trono de oro de César fuera expuesto ante el público. A finales de julio, dio personalmente los «juegos en honor de la victoria de César», cuya celebración oficial había sido denegada. Durante los mismos, brilló durante siete días seguidos un cometa. No hizo falta mucho esfuerzo para convencer al pueblo romano de que aquel «astro» simbolizaba la condición divina de «César». César y Alejandro Magno fueron los únicos gobernantes de la Antigüedad en cuya divinidad creyeron muchos hombres. El joven Octaviano ya había cambiado su nombre y se hacía llamar «César»; puso el símbolo de la estrella en las monedas que acuñó y en una estatua de su ilustre tío que le fue dedicada en el Foro. El cometa tenía ecos de anuncio de una «nueva era», pero «con complacencia interna consideró que aquella estrella había surgido para él y que era él quien surgía con ella».<sup>[387]</sup> Sus actos supusieron una gran presión para Marco Antonio: si el fiel heredero familiar de César se daba tanta prisa, ¿no debería también Antonio, su «heredero» político, acelerar el paso? Así pues, Marco Antonio empezó a afirmar que era a él, y no a Octaviano, a quien había adoptado César, y a denunciar a los Libertadores, Bruto y Casio. A finales de julio estos dos abandonaron Italia, pero respondieron a las acusaciones en una hermosa carta, de tono moderado, que remitieron el 4 de agosto: «Deseamos verte engrandecido y cubierto de honores en una república libre», le decían, «pero estimamos más nuestra libertad que tu amistad».<sup>[388]</sup> Otros romanos pondrían estas prioridades en un orden distinto.

A primeros de agosto, Cicerón zarpó rumbo a Atenas para ver a su hijo, pero los vientos le impidieron continuar la travesía y, por fortuna, pudo regresar a Roma al recibir

mejores noticias. Pues por fin, habían empezado a producirse en el senado ataques contra la postura descaradamente pro cesariana de Antonio. Aun así, el principal problema de éste no era esa oposición, sino la posibilidad de que el verdadero cesariano, Octaviano, le arrebatara el protagonismo. En vista de que aumentaba la tensión entre ellos, los veteranos del ejército tuvieron que intervenir de hecho para obligar a los herederos de César a limar asperezas y a hacer las paces. Cicerón llegó a Roma el 31 de agosto y se encontró con la hostilidad manifiesta de Antonio: una vez más, se vio amenazado con la demolición de su mansión de la capital. Pero el viejo político tenía todavía autoridad, debido a su capacidad oratoria y a su fuerza moral. A primeros de septiembre dedicó su pluma a la lucha en el senado, componiendo la primera de sus catorce *Filípicas* contra el carácter y la conducta de Antonio. Al hacerlo, no convirtió en su enemigo a un hombre que era un posible «moderado». Antonio ya había repartido las provincias a su antojo para reservarse las más importantes para sí mismo y no podía seguir siendo «moderado» una vez que había empezado a surgir un astro rival, Octaviano: como si quisiera demostrarlo, el 2 de octubre dijo en una asamblea pública celebrada en Roma que los Libertadores eran unos conspiradores y que Cicerón había sido el cabecilla de la conjura. El gran orador seguía pasando desapercibido ante la opinión pública. A finales de octubre empezó a escribir *Sobre los deberes* (*De officiis*). Se subraya en ellos que el lujo es un vicio (que empeora con la vejez), que la justicia es la cima de la virtud (es el sostén de la propiedad privada, no del socialismo) y que Julio César era un criminal que había merecido la muerte.<sup>[389]</sup> Gracias a esta obra, la posteridad ha alabado a Cicerón calificándolo de «cristiano pagano». Pero

su autor se basaba en los textos de los filósofos estoicos griegos. La escribió sólo en el último intervalo de la verdadera gran actividad de su vida, la política.

En cuanto a Antonio, ante el desafío abierto que recibió de Octaviano en Roma, acordó el reparto de las provincias para el año siguiente en una sesión nocturna del senado, por lo demás ilegal (28 de noviembre), y marchó enseguida a la provincia que se había reservado para él. No cabe duda de que lo que pretendía era esperar y ver qué pasaba. Pero se estaban uniendo varias fuerzas contra él: Octaviano y Décimo Bruto, el mismo individuo al que había intentado arrebatarse la provincia del norte de Italia (Galia Cisalpina). En vista de aquellos aliados, Cicerón abandonó el perfil bajo que había mantenido hasta entonces y preparó su denuncia de la «tiranía» de Antonio. El 20 de diciembre, en ausencia de éste, lo acusó ante el senado en un discurso que él mismo consideró la revitalización de una curia abatida y la primera esperanza de recuperar su libertad que se ofrecía al pueblo romano.<sup>[390]</sup> Tenía ante sí un público deseoso de aprobar el «último decreto», pero reacio todavía a dar el paso definitivo. Discurso tras discurso, la invectiva de Cicerón fue en aumento, pintando a Antonio como un personaje absolutamente desenfrenado cuya casa estaba llena de prostitutas y cortesanas, y cuya esposa, Fulvia, «vendía» propiedades públicas en sus estancias privadas. Tras unos cuantos días más de debate, se declaró por fin el estado de «tumulto» público y en febrero de 43 se consiguió mandar tropas contra Antonio al norte de Italia.

Sin embargo, el llamamiento de Cicerón en pro de la «República» había comportado irónicamente la elección de un curioso aliado: Octaviano, el «nuevo César». En

noviembre, este joven tenía ya un ejército privado ilegal y marchó con sus tropas sobre Roma. En una asamblea pública había hecho un gesto ominoso con la mano derecha señalando a la estatua erigida recientemente en honor de su padre adoptivo y había rogado que sus acciones fueran dignas de Julio César. Sin embargo, sus tropas no estaban todavía dispuestas a combatir contra otros veteranos de César. «En el momento presente ese muchacho le da a Antonio una bonita paliza», decía por entonces Cicerón, pero añadía: «¡[Ojalá] en manera alguna [me llegue] la salvación por obra de tal individuo!». <sup>[391]</sup> Así pues, no se engañaba del todo, pero en el mes de enero hablaba como si esa salvación y la República entera dependieran del apoyo de Octaviano. Su esperanza, a veces demasiado optimista, era lograr la división de los partidarios de César enfrentando al joven heredero de éste con Antonio, su colega en el consulado. Realmente en este sentido podían explotarse algunas diferencias de opinión existentes incluso entre los admiradores más leales de César, pero semejante estrategia dependía de que a la larga pudiera prescindirse de Octaviano. El 3 de enero de 43 no sólo Cicerón, sino el senado entero de Roma votó a favor de conceder un escaño en la curia a Octaviano, el joven advenedizo. Le asignaron además los poderes y las distinciones de un pretor y el derecho a ocupar el consulado en el plazo apenas de diez años. Estaban alimentando una cría de víbora, pero Cicerón les prometía que aquel joven «César» «siempre será un ciudadano tal cual es hoy y cual ardientemente debemos querer y desear que sea». <sup>[392]</sup>

En febrero de 43 daba la impresión de que los acontecimientos cambiaban de rumbo y favorecían a los

Libertadores. Bruto y Casio habían ido a Grecia y a Oriente y estaban haciéndose fuertes con el apoyo de sus legiones. Antonio seguía intentando reclamar su gobierno de la Cisalpina, pero estaba atrapado en Módena asediando al hombre (Décimo Bruto) cuyo nombramiento al mando de la provincia había revocado. En noviembre de 44 Cicerón se había sentido muy abatido, había pensado en huir y se había limitado a escribir un libro, Sobre la amistad. El tema no podía ser más adecuado para aquellos momentos. Ahora, en cambio, veía sólo lo que quería ver, y afirmaba contar con el «consentimiento universal» y un apoyo sincero para sus planes, tanto en Italia como entre la plebe. Octaviano era el «egregio joven» que «se ha dedicado a la República para fortalecerla, no para acabar con ella».<sup>[393]</sup> A él lo llamaba incluso «padre». Pero el «consentimiento» que veía Cicerón a su alrededor probablemente tuviera más que ver con el joven heredero de César que con su amada República. Sus esperanzas de «libertad» se basaban en un hombre cuya promoción había sido enormemente irregular, y su realización requería una guerra con un ex cónsul que contaba con el respaldo de la «ley» del pueblo, votada en junio. Bien es cierto que había sido votada bajo coacción y en medio de grandes irregularidades, pero lo mismo había ocurrido con muchas otras leyes durante los últimos veinte años.

A finales de abril las tropas de Antonio fueron derrotadas cerca de Módena en una terrible batalla en la que se vieron envueltos los curtidos veteranos de César en uno y otro bando. El derramamiento de sangre fue tremendo y, a diferencia de los veteranos de Alejandro Magno, los de César nunca más se prestarían a enfrentarse unos a otros. Las tropas que le quedaban a Antonio se dirigieron entonces

al norte, a las provincias de Occidente en las que su general esperaba encontrar apoyo. En aquellos momentos, Cicerón se mostraba implacablemente contrario a la «clemencia» o al perdón. En unas cartas valiosísimas podemos observar cómo los gobernadores de las provincias por las que había de pasar Antonio y los generales que lo perseguían aseguraban a Cicerón su apoyo a la República y a la «libertad». Pero cuando se vieron en el trance de elegir, esos mismos gobernadores vacilaron, mintieron y acabaron haciendo tratos con Antonio, el «enemigo». La causa de la «liberación» se tambaleaba y Octaviano seguía siendo un personaje poco definido. A comienzos de junio Cicerón se quejaba de que el senado ya no era su «instrumento» y de que la libertad y la República estaban siendo traicionadas.<sup>[394]</sup> Cuánta razón tenía. En Módena, los dos cónsules de aquel año habían sido asesinados, y en agosto Octaviano dio media vuelta con sus tropas y marchó sobre Roma por segunda vez. Obligó al senado a nombrarlo cónsul en lugar de los fallecidos. Ni siquiera tenía veinte años.

La madeja de los acontecimientos de aquel complejo verano fue desenredándose y quedó claro que las tropas de Octaviano no volverían a enfrentarse a las de Antonio, por mucho que se lo pidieran: la sangre que habían vertido cerca de Módena había sido más que suficiente para ellos. En Oriente, mientras tanto, Bruto y Casio reclutaban enormes ejércitos de «liberación» saqueando las provincias y cobrando tributos: el senado propuso que su poder fuera «mayor» que el de los demás gobernadores de Oriente. La respuesta evidente de los cesarianos fue unirse y enfrentarse juntos a sus mutuos enemigos. El 27 de noviembre, cerca de Bolonia, se acordó la formación de otro trío, el «triumvirato» romano,

cuyo cometido una vez más era el «restablecimiento de la República». Antonio y el nuevo «César» incluyeron en él al noble Lépido, ya casi un anciano, como figura decorativa, y acordaron prolongar sus poderes por cinco años. Pasado este tiempo, en principio, podrían renovar su mandato.

Algunos teóricos modernos han interpretado que esos poderes eran los poderes legales propios de unos cónsules, activos en Roma y en Italia, combinados con los poderes legales de un procónsul en las provincias. A pesar de haber sido aprobados por una «ley», no pueden ser analizados de un modo tan formal. El senado y las asambleas del pueblo seguirían reuniéndose mientras estuvo en vigor este nuevo ordenamiento, en Roma continuarían celebrándose elecciones a las diversas magistraturas, pero en adelante los tres triunviros podrían sancionar o derogar leyes, dictar sentencias personales sin apelación y nombrar a los gobernadores de todas las provincias y a los cónsules de los años venideros. No tardaron en demostrar su carácter paralegal y excepcional mediante la confección de listas o «proscripciones» de gran número de senadores y caballeros romanos (acaso unos 300 y 2.000, respectivamente) que debían ser ejecutados. Sila había sentado el precedente de esta medida, pero los triunviros la resucitaron con el fin de proteger su dominio sobre Italia mientras se disponían a marchar sobre Oriente en persecución de los Libertadores. Como es natural, esta espantosa medida de terror fue el tema de muchos libros escritos posteriormente. Algunos de ellos tal vez «llegaran casi a compensar la falta de prosa de ficción entre los romanos»,<sup>[395]</sup> pero en realidad también se produjeron muertes y confiscaciones de bienes en diversas ciudades de Italia. No fue una guerra de clases, de pobres

contra ricos, pero dio rienda suelta a los viejos odios y las nuevas ambiciones alimentadas en el seno de las clases altas. En ese sentido, se trató de una revolución; en otro, contribuyó a que se produjera una revolución porque los vencedores, y éste es un detalle muy importante, no fueron exactamente individuos entregados a la causa de la vieja constitución romana. No habían asumido el poder en nombre de ningún sistema ni de ninguna ideología nueva, pero cuando surgiera alguna, la apoyarían para aferrarse a las ganancias que habían obtenido.

Muchos de los incluidos en las «proscripciones» de los triunviros se refugiaron junto a un cuarto figurón, bastante curioso, al margen de la «banda de los tres»: Sexto Pompeyo, hijo ni más ni menos que de Pompeyo el Grande. La historia de los siete años siguientes ha sido escrita con frecuencia en torno únicamente a la pareja dominante del triunvirato, Antonio y Octaviano. Pero este cuarto personaje tuvo una importancia extraordinaria, y no debemos despreciarlo tachándolo de «pirata» aventurero. Al igual que Octaviano, era el hijo menor de un gran hombre. Al igual que Octaviano, pronto se presentaría como el hijo de un dios. En 45 a.C. había sobrevivido en España a la muerte de su hermano y a las victorias de César, y a mediados de 44 ya estaba negociando el reconocimiento de sus méritos. Organizó una flota en el Levante español y a finales de abril de 43 ya había sido reconocido como «prefecto de la armada y de la costa por un decreto del senado».<sup>[396]</sup> Se trasladó a Sicilia, aumentó su poderío naval y se convirtió en refugio de muchos terratenientes italianos y esclavos fugitivos, víctimas de las proscripciones paralegales. Sicilia y Cerdeña formaban parte del «territorio» de Octaviano, pero Sexto no tardaría

en apoderarse de ambas islas. En aquellos momentos constituía una interesante alternativa al nuevo joven «César», además de controlar una flota mucho mayor que la de cualquiera de los triunviros. Curiosamente, la rivalidad entre Pompeyo y César estaba a punto de repetirse en esta guerra entre sus hijos. En Roma, Antonio ocupaba ahora la mansión del gran Pompeyo, pero el «piadoso» hijo de éste, Sexto, deseaba con razón que le fuera devuelta.

Al principio, las proscripciones siguieron su curso. Entre los nombres de los proscritos estaba naturalmente el de Cicerón. Aunque Octaviano tuviera buena disposición hacia él, el viejo orador y político había insultado y provocado demasiado a Antonio. En marzo de 43 había ridiculizado línea a línea una carta bastante torpe de Antonio en una sarcástica *Filípica*, la decimotercera, que se ha convertido en el mejor recuerdo oral de Antonio que poseemos. Siempre tan ingenioso, se dice que había comentado que al «muchacho», Octaviano, su «aliado», había que «colmarlo de elogios, cubrirle de honores, y quitarlo de en medio».<sup>[397]</sup> El comentario llegó a oídos de Octaviano.

Humano hasta el final, Cicerón sentía su alma desgarrada entre la necesidad de huir y el deseo de pasar por Roma una última vez. Cuando estaba a unos veinticinco kilómetros de la capital, en una casa de su propiedad en la costa, unos soldados le dieron alcance. Los condujo hasta allí un liberto de su hermano, un individuo al que en otro tiempo el propio Cicerón había educado e instruido en la mejor literatura. Desgreñado, pero sereno, el viejo político asomó la cabeza desde el interior de su litera y un centurión le asestó el golpe fatal. Le cortaron la cabeza y la mano derecha (quizá también la izquierda) y se las llevaron a

Antonio a Roma. Una vez allí, fueron depositadas en el regazo de Fulvia, la esposa de sus dos grandes enemigos, primero de Clodio y luego de Antonio. Se cuenta que Fulvia le arrancó la lengua y la pinchó repetidamente con una horquilla que se sacó del pelo.<sup>[398]</sup> Tras esta venganza de mujer, la cabeza y las manos fueron expuestas en el Foro, a modo de trofeo, colgadas de los Rostra, la tribuna desde la que Cicerón había pronunciado discursos tan memorables. Aquellos despojos eran un símbolo espantoso de la pérdida de la «libertad».

Quinta parte  
DE LA REPÚBLICA AL IMPERIO

Sigue siendo una moda condenar y deplorar la última etapa de la República Romana. Fue una época de turbulencias, corrupción e inmoralidad. Y algunos hablan incluso de decadencia. Por el contrario, fue un período de libertad, vitalidad e innovación... La vida romana estaba a punto de sentir plenamente los efectos liberadores del imperio y de la prosperidad. Tras las guerras púnicas el culto y el ritual decayeron, y la ley se separó de la religión... En otro ámbito de cosas el sentido común o los sofismas vinieron a disminuir o a evitar el «antiguo rigor», la «severidad de los antiguos».

El fraude político y el romanticismo augusto conspiraron para embellecer el venerable pasado, con infelices consecuencias para los estudios históricos futuros.

RONALD SYME, *Sallust* (1964), 16-17

El acto de política creativa que constituyó el legado más perdurable que dejó Augusto a Roma fue el establecimiento de una ideología de poder, paralela al cuidadoso tradicionalismo de buena parte de lo que se ha venido diciendo hasta ahora, sorprendente —porque ya comienza a manifestarse en los primeros tiempos del reinado de Augusto— y polifacética, de modo que su descripción, por sumaria que sea, implica la consideración de diversos fenómenos, de los cuales el «culto imperial» no es más que uno. La glorificación de la figura del gobernante, la publicidad de su papel, la proclamación de sus virtudes, el boato con el que se revisten sus hazañas, los recuerdos visuales de su existencia y la creación de una corte y una dinastía, son, por excelencia, los elementos que hicieron que el año 14 d.C. fuera distinto del 30 a.C... La obra llamada *Diálogo*, atribuida a Tácito, contiene, en labios de un autor de la «oposición», una expresión bien conocida de la opinión de que el fin de la fase creativa de la elocuencia, al menos la romana, se debió directamente a la pérdida de la libertad. Ésa no era la única opinión existente entonces, ni tiene por qué serlo ahora...

J. A. CROOK, *The Cambridge Ancient History*, volumen X (1996, 2.ª ed.), 133 y 144

## Capítulo 39

### MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

Dicen los que presenciaron este espectáculo haber sido el más miserable y lastimoso, porque lo subían del modo que referimos [por la ventana de la tumba de Cleopatra], bañado en sangre, moribundo, tendiendo las manos y teniendo en ella clavados los ojos. Porque la obra no fue tampoco fácil para unas pobres mujeres, sino que Cleopatra misma, alargando las manos y descolgando demasiado el cuerpo, con dificultad pudo tomar el cordel, animándola y ayudándola los que se hallaban abajo. Luego que lo hubo recogido de esta manera y que lo puso en el lecho, rasgó sobre él sus vestiduras, se hirió y arañó el pecho con las manos, y manchándose el rostro con su sangre, le llamaba su señor, su marido y su emperador...

PLUTARCO, *Vida de Antonio* 77.3-5

Tras el asesinato de Cicerón, la injusticia siguió contraponiéndose a la libertad, y el «lujo» continuó utilizándose como argumento para atacar a los rivales políticos. Fueron doce años memorables, en los que los hombres más importantes entraron en conflicto, Marco Antonio contra el joven Octaviano, y en los que algunas mujeres hallaron su lugar en la historia, como, por ejemplo, la segunda esposa de Antonio, Octavia, y, una vez más, la reina Cleopatra de Egipto. Otros personajes menos relevantes también tuvieron de forma repentina una oportunidad memorable en el escenario del poder, como Turia, una mujer que o tuvo hijos a la que conocemos gracias a la inscripción que mandó realizar su marido en su honor. Turia se había arrastrado llorando ante los triunviros para salvar la vida de su esposo; incluso llegó a proponer a su cónyuge que tuviera un hijo con otra mujer al que luego

criaría como suyo propio (pero él rechazó la oferta).<sup>[399]</sup> En el círculo de Octaviano encontramos a «nuevos hombres» leales de brillante futuro: el refinado Mecenas, que fue el vínculo de Octaviano con los grandes poetas de la época, y el célebre Agripa, cuya habilidad fue la llave del éxito de tantas empresas militares de Octaviano. En Oriente, encontramos en primer lugar a Herodes el Grande, el futuro «tirano» del relato de la Natividad. Fue impuesto como rey de los judíos por intervención de Marco Antonio.

Pero aquellos años de guerra y crímenes fueron también un período muy fértil para la literatura romana. En efecto, en medio de cierto grado de anarquía pueden darse perfectamente grandes manifestaciones artísticas. Una de las razones fue que, entre tanta agitación social, aparecieron nuevos patronos que ayudaron a los jóvenes autores a romper con la vieja crítica y los cánones establecidos por el gusto erudito.<sup>[400]</sup> Los más grandes poetas latinos, Virgilio y Horacio, empezaron por aquel entonces su carrera, al igual que Propertio, el famoso autor de elegías: ninguno de ellos había nacido en Roma, aunque eran italianos. También hubo elocuentes perdedores, al igual que los había habido en la época de los poetas aristocráticos griegos. Uno de ellos, el historiador Salustio, desarrolló temas como el lujo y la libertad para explicar los cambios políticos. Antiguo acólito de César, Salustio se había visto obligado a abandonar la vida pública, y se dedicó a escribir un ácido relato de la crisis de la República, que hacía remontar a Sila y luego a la codicia y la ambición de los «nobles». Considerado un seguidor de Tucídides, no tenía, sin embargo, la profundidad intelectual de este último. Pero su historia se convertiría en manual de referencia de un gran talento,

Tácito, y, siglos más tarde, de San Agustín y de la visión que éste tenía del ansia de poder en la historia romana, como queda de manifiesto en su obra *La ciudad de Dios*.

Por aquel entonces el «cambio decisivo» que resultaba evidente era de carácter político, no literario. En noviembre de 42 Antonio y Octaviano se dirigieron a Oriente, y en Filipos derrotaron en dos batallas a un enorme ejército de proporciones similares al suyo capitaneado por Bruto y Casio. Los dos libertadores, los asesinos de César, perdieron la vida. Fue a Marco Antonio a quien le fue atribuido el mérito militar, pues incluso los amigos más íntimos de Octaviano tuvieron que reconocer que éste se había escondido en los pantanos. Octaviano no era militar por naturaleza, y posteriormente afirmaría que se había mantenido al margen de la batalla, primero porque había tenido un sueño premonitorio, y luego porque había sufrido una enfermedad. En aquellos momentos, Antonio, como figura dominante, siguió siendo el máximo responsable de la Galia y de Oriente. Octaviano volvió a sus responsabilidades, mucho menos importantes, sobre todo en Italia, donde tuvo que enfrentarse a la flota de Sexto Pompeyo frente a las costas de Sicilia, y a la delicadísima tarea de supervisar las expropiaciones de tierras en cerca de veinte ciudades italianas. Dichas expropiaciones comportaban la expulsión de gentes humildes de sus tierras para establecer en su lugar al número cada vez mayor de veteranos de César. Las promesas hechas a esos soldados ya se habían multiplicado, incluso las que preveían pagos en metálico, razón por la cual seguían combatiendo tantísimos hombres. En Filipos, el ejército de los triunviros dispuso de un número de soldados igual al que pudo llegar a tener

Alejandro Magno en su momento de máximo esplendor: en concepto de atrasos y premios ya estaba prometida la inasequible suma de ciento cincuenta mil talentos.

Después de Filipos, las imágenes personales de sus protagonistas empezaron a desarrollarse de manera muy distinta. Octaviano seguía siendo un joven de veintipocos años; las efigies que aparecen en sus monedas expresan juventud y dignidad, mientras que su divinidad protectora no era otra que Apolo, dios de la contención moral y de la dignidad, de las artes y la profecía. Su mejor baza era que había sido adoptado por César. Le sacó el máximo provecho, llevando a cabo una serie de cambios de nombre. Primero se hizo llamar también «César»; más tarde, «César, hijo del divino» (*divi filius*)<sup>[401]</sup> Reclamó además la protección de Venus, la diosa ancestral de la familia Julia. Su «padre» Julio César había favorecido particularmente la ciudad asiática de Afrodiasias, cuyas autoridades se habían presentado como naturales de la ciudad especial de Venus, antepasada divina de César. La ciudad había sido maltratada bajo el dominio de los libertadores en 43-42, pero más tarde, en 39 a.C. el nuevo «César» escribió un mensaje para manifestar que iba a mantenerla «libre» y la iba a considerar su ciudad en Asia. Este documento ha sido descubierto recientemente en Afrodiasias, y pone de relieve que, en cuestiones tan personales, el reparto de Oriente y Occidente que había hecho con Antonio no era inamovible.<sup>[402]</sup>

Antonio, en cambio, asumió un papel mucho más brillante. Tras la victoria de Filipos, fue a pasar el invierno de 42-41 a Atenas, donde se ganó a los griegos con su participación en debates intelectuales, su fácil accesibilidad y su preferencia por ser llamado «amigo de los atenienses», en

lugar de simplemente «amigo de los griegos».<sup>[403]</sup> Al igual que Julio César, tuvo duras palabras para la vecina ciudad de Mégara, una manera segura, desde la época de Pericles, de ganarse el afecto de los ciudadanos de Atenas. La primavera siguiente (41 a.C.) cruzó a Asia, donde, como otros romanos poderosos antes que él, fue recibido como un dios.

En 41 Antonio seguía siendo también el máximo responsable de la Galia, de modo que el Oriente griego representaba para él sólo una región de importancia como otra cualquiera. En Éfeso, sin embargo, los griegos no tardaron en aclamarlo como un «nuevo Dioniso». Se hizo con un círculo de acólitos griegos; tal vez se llevaran a cabo realmente en torno a su persona procesiones de hombres vestidos de Pan y de sátiros y de mujeres disfrazadas de salvajes bacantes; a ojos de los griegos, Antonio era tan poderoso como los numerosos reyes en cuyo honor se habían llevado a cabo anteriormente ese tipo de espectáculos. Pero había una voluntad recíproca en el propio Antonio. Había realizado su viaje a Oriente acompañado de una famosa cortesana, Volumnia. En la década anterior había visto cómo su oficial superior, Gabinio, se había acostumbrado al «lujo» y a los modos de vida libres de Oriente. Como había demostrado en su discurso fúnebre por César, también poseía un fuerte sentido de lo teatral, que era lo que precisamente sus nuevos amigos griegos (entre los que había actores y mimos) más apreciaban en un rey helenístico. Pero Antonio también tenía un importante cometido, a saber, conseguir más dinero todavía y nombrar a nuevos reyezuelos clientes de Roma en las regiones adyacentes de Asia Menor. Los libertadores habían complicado estas dos labores tras expoliar las ciudades griegas y favorecer a unos aliados en los

que ya no era posible confiar. Antonio tenía buen ojo para saber quién podía ser un rey cliente, y tanto entonces como sobre todo en 37-36, los principales individuos a los que nombró reyes, empezando por Herodes, demostrarían su eficacia y continuidad. Si quería recurrir a sus nuevos reyezuelos y facilitar suavizar la exacción del dinero necesario (el tributo de nueve años, pagado en dos), resultaba de gran utilidad acostumbrarse a los honores y los cumplidos de los griegos. Contribuían a que ambas partes suavizaran los aspectos más duros del poder.

Antonio también tuvo buen ojo para encontrar una reina cliente. Ya en verano de 41 había mantenido una relación con una posible candidata, la reina Gláfira, de cuya unión había nacido un niño. Más tarde, en otoño de 41, conoció a otra soberana, en esta ocasión mucho más importante: Cleopatra, reina de Egipto, que por aquel entonces tenía veintiocho años, frente a los cuarenta y dos de Antonio, y que seguía siendo una figura determinante en el equilibrio económico y de poder de Oriente. También había una cosa más: en 47 a.C. había tenido un hijo, Cesarión, cuya paternidad, desde que abandonara Roma en 44, atribuía insistentemente a Julio César. La verdad era menos importante que el hecho de que así lo afirmaba y de que nadie podía demostrar que se tratara de una falsedad.

Cuando Antonio la hizo venir hasta Tarso, Cleopatra se presentó como correspondía a una reina oriental, a bordo de una galera con popa de oro, sentada bajo un dosel también de oro, con rosas —según se dijo— formando una espesa alfombra a sus pies.<sup>[404]</sup> Parecía Afrodita, y sus doncellas Cupidos: los magníficos versos de Shakespeare que describen la ocasión están basados en el antiguo relato de

Plutarco, perfectamente documentado. Pero, una vez más, un general romano fue incapaz de resistirse a Cleopatra. La reina egipcia y Antonio intercambiaron invitaciones y visitas en sus respectivas naves, hicieron el amor y regresaron a Alejandría para pasar el invierno. Más tarde se contaría que cuando Antonio desafió a Cleopatra diciéndole que ella no podía tomar una cena que costara millones de sestercios, la reina cogió una perla enorme y la disolvió en una copa de vinagre. Se dice que bebió el contenido del cáliz y que ganó la apuesta, dejando una anécdota que, siglos más tarde, inspiraría los espléndidos frescos pintados por Tiépolo en el Palazzo Labia de Venecia. Octaviano, mientras tanto, estaba empantanado en Italia en el sitio de Perusia (la actual Perugia), y escribía burdos versos acerca de la alternativa que se le planteaba entre «tirarse» a la celosa Fulvia (la esposa de Antonio) o hacer la guerra en vez del amor.<sup>[405]</sup>

En Egipto Antonio, como «nuevo Dioniso», se encontró con una oportunidad imprevista. Dioniso era el dios al que los reyes, los Ptolomeos, honraban como su antepasado; también era el consorte de la diosa Isis, que a veces era identificada con las reinas de esta dinastía. Por otra parte, en Alejandría el arte consistía en que los mortales mezclaran la vida más elegante con la más vulgar. Antonio y Cleopatra sobresalieron en ese aspecto. Fundaron una exótica confraternidad, y la llamaron la de la *inimitable vida*: se ha encontrado incluso una inscripción para el pedestal de una estatua en la que un griego, que se hace llamar «Parásitos» (el «parásito»), honra a Antonio como divinidad (en 34 a.C.) y como «Inimitable en el Sexo».<sup>[406]</sup> La música, la interpretación artística y el mundo de modelos mitológicos situaban sus fiestas y jolgorios muy lejos de lo que

actualmente es un revolcón en el mundo de las drogas y el libertinaje. Por la noche, ataviados con ropas sencillas, Marco Antonio y Cleopatra probablemente pasearan por las calles de Alejandría, mezclándose con las gentes de la ciudad a las que siempre les había gustado intercambiar algún comentario ocurrente con sus reyes. Bebían, jugaban a los dados y cazaban. Antonio no se pasaba los días viviendo como el estereotipo de hombre decadente inmerso en el «lujo», aunque los más críticos le colgaran esta etiqueta. Los príncipes del mundo helenístico eran amados por sus ostentaciones de lujo, y buen ejemplo de ello habían seguido varios Ptolomeos, sobre todo Ptolomeo IV y el padre de la propia Cleopatra. Antonio tenía una extravagante vena teatral, combinada con esa tosquedad práctica propia de un soldado curtido. Le divertían las refinadas atenciones que le dispensaban, pero luego respondía con su estilo bullanguero. Sus modelos eran dramáticos y teatrales, y se apoyaban en el mito y la poesía que había rodeado a los Diádocos sucesores de Alejandro. En la primavera, Cleopatra evidenciaba su avanzado estado de gestación, y a su debido tiempo daría a luz a unos gemelos, un niño y una niña.

La pareja obtuvo, además, otras ventajas. Antonio necesitaba la lealtad de Egipto, sus incalculables riquezas y su cooperación en los ataques en oriente contra los territorios de Partía, que probablemente ya estaba planeando. Cleopatra quería reforzar su posición frente a su hermana y a los numerosos enemigos que tenía en Egipto; amablemente, Antonio fue a por todos ellos. Pero las buenas razones ya no eran más que una parte del relato. Durante el invierno de 41-40, los partos fueron los primeros en atacar, invadiendo Siria. Si Antonio hubiera estado alerta en

Antioquía, ¿habrían llegado realmente tan lejos los partos? Mientras tanto, en Italia, el hermano de Antonio, Lucio, y su fiel esposa, Fulvia, habían aprovechado el descontento provocado por las proscripciones y el asentamiento de los soldados veteranos: habían declarado la guerra a Octaviano en nombre de la «libertad». También habían encontrado a un aliado natural en la persona de Sexto Pompeyo, el hijo de Pompeyo. Sexto podía utilizar su supremacía naval para bloquear el suministro de grano a Italia y provocar que el pueblo de Roma se replanteara su postura a favor de la causa de Octaviano «César». ¿Estaba realmente tan aislado Antonio en Egipto a causa del invierno como para no poder haber instado a sus amigos en occidente a aprovechar la ocasión, ayudar a su familia y multiplicar los graves problemas de Octaviano, que se veía obligado a librar encarnizadas batallas en las proximidades de Perugia? Al parecer, todas las oportunidades fueron perdiéndose una a una, mientras Antonio seguía teniendo la cabeza en Alejandría y en sus juegos de pasión.

Cuando Antonio por fin regresó a Occidente, a partir de febrero de 40, la causa de la «libertad» y la «República» tomó un nuevo giro: sus partidarios se adhirieron a la causa de Antonio. Cicerón se habría retorcido en su tumba. El valiente Sexto Pompeyo buscaba también el apoyo de Antonio, y el golpe conjunto contra Octaviano en Italia podría haberse visto coronado por el éxito. Pero una vez más, los soldados veteranos de los dos líderes se negaron a combatir unos contra otros: todavía recordaban cuán terrible había sido su último enfrentamiento en Módena tres años antes. En otoño de 40, en Brindisi, Octaviano y Antonio se encontraron para llegar a un acuerdo. Octaviano aceptó

casarse con Escribonia, hermana de un importante senador que era a su vez suegro de Sexto Pompeyo. La nueva esposa en cuestión era mayor que él y ya había estado casada dos veces, pero con la boda es evidente que intentaba ganarse al hermano de Escribonia, por entonces en el bando de Sexto, y perjudicar así al joven Pompeyo, que se había convertido en uno de los principales protagonistas del juego. Desde el verano de 40, Antonio había sufrido un quebranto importantísimo al perder el control de la Galia; ahora estaba concentrado en Oriente, y su parte del pacto consistía simplemente en casarse con la elegante hermana de Octaviano, Octavia (Fulvia, su esposa, ya había muerto). Pero no se llegó a ningún acuerdo respecto a Cleopatra y los gemelos.

Tras el pacto los dos rivales se dirigieron a Roma donde fueron recibidos en medio de un gran escepticismo. Sexto había perjudicado notablemente las importaciones de grano de la ciudad. ¿Habría comenzado a pensar el pueblo que el hijo de Pompeyo era tal vez una apuesta mucho más segura y fiable que el heredero de Julio César? Tanto Octaviano como Antonio tuvieron problemas con sus propios oficiales, y en 39 a.C. llegaron a la conclusión de que tenían que alcanzar un acuerdo con Sexto en el sur. Por aquel entonces, Sexto se hacía llamar «hijo de Neptuno», dios de los mares, en una clara alusión a su propio poder marítimo y a las grandes victorias obtenidas sobre los piratas por su padre, Pompeyo. A finales del verano de 39, los tres se encontraron por fin en el cabo de Miseno. A Sexto se le ofreció Sicilia y otros territorios, y se le prometió un consulado con años de antelación; los esclavos que tenía en su poder habrían de ser liberados, y sus veteranos podrían ser debidamente

recompensados. Estas proposiciones habrían hecho mucho más difícil que Sexto conservara a esos hombres a su lado. Se cuenta que, cuando Antonio y Octaviano acudieron a una cena a bordo de la nave de Sexto, el capitán «pirata» de éste lo instó a cortar la cuerda para que sus dos rivales quedaran a su merced, de modo que él, Sexto, pudiera convertirse en el dueño del mundo.<sup>[407]</sup> El heredero de Pompeyo era más escrupuloso que el de César, y no le hizo caso. En Roma, mientras tanto, Antonio seguía siendo el propietario de la residencia del gran Pompeyo.

Un pacto no podía solucionar lo que ahora era un incómodo triángulo; hacia finales de 39, Octaviano se sintió lo bastante seguro como para recomponerlo y se divorció de Escribonia. Según se cuenta, se enamoró de Livia, la esposa de un senador noble que había buscado amparo en Sexto para escapar de las recientes proscripciones. En enero de 38 la desposó, y seguiría con ella durante más de cincuenta años de estéril matrimonio. En el momento de su boda, Livia estaba embarazada de su primer marido, pero para Octaviano su encanto residía en otra cosa: era la nieta del gran Livio Druso que tan importante había sido para la causa de los italianos muchos años antes, en 91 a.C. Es indudable que la imagen de Octaviano en la península necesitaba mejorar.

En cuanto a Antonio, los combates de Sexto y Octaviano frente a las costas de Italia le vinieron como anillo al dedo. Abandonó Roma en octubre de 39 (no volvería nunca más a la ciudad) y se dirigió a oriente, concretamente a Atenas, desde donde podía controlar la guerra iniciada contra los partos. Las cosas seguían yéndole bien por allí. En 39 y 38 Ventidio, su hábil general, obtuvo

dos grandes victorias sobre los partos en Oriente Próximo. En Atenas, mientras tanto, el pueblo lo aclamaba como el «nuevo Dioniso» y nombraba con afecto «divina Benefactora» a su esposa Octavia. Octaviano, por su parte, se volvía contra Sexto, con la esperanza de eliminarlo, pero fracasaba. En 37 el camino a seguir era obvio: Antonio debía permanecer en Oriente, atacar a los partos del modo más directo posible y aprovechar las disputas que habían dividido a la familia real de este pueblo. Octaviano, en cambio, se vería obligado a continuar la guerra civil contra Sexto Pompeyo frente a las costas de Italia. Los triunfos obtenidos en Oriente eclipsarían la estrella del nuevo «César», pues Partia había sido el último objetivo conocido de Julio César. En 33, cuando se produjera la siguiente ruptura de los poderes quinquenales de los triunviros, Antonio podría regresar a Roma como el conquistador de mayor gloria, cargado con el riquísimo botín de Oriente.

Pese a haber perdido el control de la Galia, Antonio seguía siendo el más fuerte de los dos rivales. Sin embargo, su infantería no era lo bastante numerosa para garantizar la conquista de Partia, por lo que tuvo que realizar nuevos reclutamientos en Italia con el fin de maximizar sus posibilidades. En verano de 37 llegó al sur de Italia con una poderosa flota de trescientas naves, una ventaja que Octaviano habría querido para sí en sus enfrentamientos con Sexto. Tras amenazar con entrar en liza, Antonio se vio obligado a negociar, y en Tarento los dos rivales llegaron a un nuevo acuerdo: Antonio pondría varios barcos a disposición de Octaviano para que éste pudiera poner fin a la guerra contra Sexto, y Octaviano le proporcionaría hombres para luchar contra Partia. Sería el último pacto

sellado entre los dos, pero el resultado del mismo no iba a ser el esperado por Antonio. Ambos líderes tenían por objetivo una guerra, pero si bien Antonio entregó los barcos a Octaviano, no recibió de éste la mayor parte de los soldados prometidos. Había habido también una dimensión femenina en todo aquello: Octavia había contribuido al pacto, mediando entre su esposo y su hermano. En sólo tres años de matrimonio, ya había dado a Antonio dos hijas sanas (tal vez una tercera falleciera a corta edad). Pero ahora los problemas llegarían también para ella. No iba a marchar a Oriente con su esposo: estaban las niñas, el hecho de que quizá estuviera nuevamente embarazada y todos los peligros de aquel lejano destino, aunque no tardaría en haber una cosa más. En el invierno de 37-36 Antonio había regresado a Antioquía con el fin de prepararse para la guerra contra los partos, y con él había ido Cleopatra, su «plato egipcio». Probablemente la soberana egipcia no recibiera todo el territorio que anhelaba, pero sí un buen pedazo. Y también volvía a estar embarazada de Antonio.

Al igual que la campaña contra Partia, también Cleopatra llevaba la impronta de Julio César. Juntas, una y otra permitirían al «nuevo Dioniso» contrarrestar la principal baza de Octaviano, su nombre como nuevo «César»: Cleopatra también tenía al pequeño Cesarión, hijo, como seguían diciendo, del mismísimo Julio César. Antonio dio además a Cleopatra parte de Fenicia, Siria y Judea, ricos presentes que debían asegurar la frontera oriental de Egipto: las ciudades fenicias celebraron la nueva era con un nuevo calendario. Los gemelos de la pareja fueron reconocidos; de hecho, Octavia había sido repudiada. Consciente de la oportunidad que se le presentaba y de los peligros que lo

amenazaban, Octaviano empezó la guerra de relaciones públicas más declarada que haya conocido la historia del mundo antiguo. Desacreditó a Antonio tachándolo de borracho, víctima de una bárbara reina de Egipto: a su debido tiempo, abriría incluso el testamento de Antonio y haría correr el rumor de que éste planeaba trasladar la capital a Alejandría y ser enterrado a orillas del Nilo. La gente más seria de las ciudades de Italia probablemente llegara a creerse todas esas historias tan impactantes como estremecedoras. En Roma, la mayoría de los senadores estaban menos preocupados. Antonio se defendió en un panfleto, «Sobre su propio estado de ebriedad» (que lamentablemente para nosotros, se ha perdido), y escribió una carta en términos bien claros, aclarando que Cleopatra no era su esposa, que Octaviano se acostaba con un montón de mujercitas que lo rodeaban permanentemente, y terminaba diciendo: «¿Importa acaso dónde y con quién sacias tu deseo?».<sup>[408]</sup> Decía también que Octaviano tenía a un joven, probablemente esclavo, de nombre Sarmiento, que hacía las veces de «delicia», como «los romanos... llamaban... a un muchachito de los que servían de entretenimiento».

El año 36, sin embargo, fue definitivo. Octaviano consiguió derrotar por fin a Sexto Pompeyo en el mar. El mérito de la batalla naval fue de su general Agripa, pero el «César» se ganó el fervor popular cuando hizo ejecutar a los prisioneros en el curso de un espectáculo en Roma. Sexto logró escapar, pero fue asesinado en Oriente un año después. Por su parte, Octaviano tomó la protección «inviolable» de un tribuno para su persona y para la de la pobre Octavia, que podía ser presentada astutamente como

la esposa «abandonada» de Antonio: dedicó el botín de la victoria a la construcción de un gran templo de Apolo en Roma junto al cual mandarían erigir su propia casa, no lejos de la supuesta antigua «choza de Rómulo».<sup>[409]</sup> Antonio, en cambio, tuvo que encubrir una campaña contra Partia que había ido francamente mal. Tras un cambio de dirección, había marchado al norte desde Siria, y luego al este por Armenia, con la idea, al parecer, de derrotar al enemigo en una batalla campal. Sin embargo, los partos eran un enemigo que se desplazaba sin dificultad, capaz de retirarse una y otra vez aun a costa de perder un fuerte o una ciudad. Antonio hacía una guerra como la emprendida en su última campaña junto a Julio César en la Galia, un escenario totalmente distinto al que ahora se encontraba.<sup>[410]</sup> Su ejército era enorme, unos dos tercios mayor que el que había encabezado Alejandro en Asia Menor, y más de treinta mil de sus soldados murieron de hambre y frío durante su retirada en el invierno de 36-35. Antonio se marchó para celebrar una victoria más aparente que real. En 35 se preparó para volver a invadir Armenia, pero Octaviano lo había puesto astutamente en un compromiso: le envió un contingente de soldados (tan sólo dos mil de los que le había prometido en 37) y a su esposa Octavia en calidad de embajadora. Antonio aceptó los soldados, pero prohibió a Octavia que fuera a su encuentro: a esas alturas, estaba demasiado unido a Cleopatra. En el verano de 34 consiguió ocupar de nuevo Armenia, pero los informes que llegaron a Roma sobre la celebración de esta conquista fueron muy alarmantes. Tanto él como Cleopatra se habían sentado en tronos de oro en el gimnasio de Alejandría; había cedido a la soberana más territorios y la había nombrado «reina de reyes». También había concedido títulos reales a su hijo y a

su hija (llamados el Sol y la Luna), y lo que era peor, había dado a Cesarión, que ya tenía diecisiete años, el título de «rey de reyes».<sup>[411]</sup> ¿Qué papel se reservaba para sí mismo? Dos monedas de la época indican que sus opciones estaban todavía abiertas. Una, muy famosa, es un denario de plata en el que aparece Cleopatra con un letrero en latín que reza: «Reina de reyes y de hijos como reyes»; en el reverso aparece Antonio sin letrero alguno. Sin embargo, una moneda de oro distinta muestra a Antonio rodeado de títulos en latín («general», «triunviro») y a su joven hijo Antilo, fruto de su unión con su esposa romana, Fulvia, ya fallecida. Desde luego, Antonio había ido muy lejos con Cleopatra, en mi opinión, movido por el amor y la pasión. Pero no excluía una alternativa romana, o tal vez una mezcla de opciones romanas y egipcias.

A finales de 33 expiraba el segundo plazo de gobierno quinquenal de los triunviros. De nuevo en Roma, «César» desempeñaba su segundo consulado y se ganaba el favor de la plebe gracias a un programa de obras públicas puesto en marcha por su fiel lugarteniente, Agripa. Se limpiaron las alcantarillas de la ciudad, durante largo tiempo descuidadas; Agripa llegó a realizar un viaje simbólico por la principal cloaca de Roma: desarrolló vínculos con las facciones de las carreras de carros del Circo Máximo, y se hicieron planes para la mejora del Campo de Marte, un lugar abierto que gozaba de gran popularidad. Sin embargo, en 32 debían ser elegidos cónsules unos partidarios de Antonio, y éste habría podido regresar a la ciudad, ser nombrado cónsul para 31, y tal vez conseguir que se le concediera una gran provincia con el respaldo de un supuesto triunfo sobre los partos. Octaviano tenía que adelantarse a los acontecimientos. Tras

un mal comienzo en 32, invitó audazmente a «toda Italia» a que le jurara lealtad. Esta jugada tenía ecos de emergencia militar, en la que tradicionalmente un líder romano invitaba a los hombres a cerrar filas para salvar su causa.<sup>[412]</sup> Acto seguido, se obligó a prestar juramento a las provincias occidentales, el segundo Principal apoyo de Octaviano «César». A continuación, Octaviano declaró públicamente la guerra, resucitando un antiguo rito romano, pero astutamente la guerra fue declarada sólo a Cleopatra. El mensaje público de Octaviano giraba en torno a los viejos valores romanos, la firmeza de Italia frente a la corrupción de Egipto y el interés del nuevo «César» por sus soldados y por la plebe romana; pero Antonio seguía contando con un número mayor de legiones. Más de trescientos senadores huyeron de Roma para unirse a él.

Con Cleopatra y la flota egipcia de su parte, Antonio decidió al final tomar posición en Accio, al noroeste del litoral griego. Sin embargo, no tardaron en producirse importantes deserciones en su campamento, tal vez cuando los senadores recién llegados de Roma vieron cómo, en efecto, Cleopatra se movía a sus anchas por el campamento. Un general de primera categoría habría podido ganar la guerra, pero, como había demostrado la campaña contra los partos, Antonio no lo era. Se permitió a la flota de Octaviano cruzar el Adriático desde Italia sin oposición y luego bloquear a la flota menos numerosa de Antonio en la bahía situada al norte de la isla de Léucade. El retraso dio lugar a enfermedades, hambre y deserciones en el bando de Antonio. La táctica más lógica, y difícil, era que Antonio intentara hacerse a la mar cruzando la línea enemiga para escapar. Es evidente que Cleopatra fue alertada (pues no se

limitó a desertar), porque la flota entró en acción con las velas izadas: cuando dio inicio la batalla el 2 de septiembre, la reina y sus sesenta naves huyeron por un hueco que se abrió en el centro de la línea de ataque de Octaviano. Antonio siguió rápidamente tras ella. Accio es la última gran batalla naval de la Antigüedad, y aunque Octaviano salió vencedor (de hecho, fue de nuevo Agripa quien ganó la empresa para él), apenas se combatió. Cleopatra y Antonio lograron su objetivo escapando.

En un principio, Antonio fue a refugiarse a Grecia, y Cleopatra a Egipto. Al final se reunieron en Alejandría, y mientras esperaban a ver cómo iban desarrollándose los acontecimientos, disolvieron aquella confraternidad que llamaban de la *inimitable vida*, e instituyeron otra con el nombre de *los que mueren juntos*. Antonio, el nuevo Dioniso, fundó incluso una capilla en honor del legendario Timón de Atenas, el «agraviado y mal correspondido por sus amigos».<sup>[413]</sup> Tras un breve viaje a Italia, Octaviano se dirigió a Egipto, adonde llegó en el verano de 30 a.C. pero rechazó la propuesta de Antonio de enfrentarse con él en un duelo. Las deserciones no cesaron y, pese a una breve intervención de la caballería, el 1 de agosto de 30 Octaviano entraba en Alejandría. Antonio se infligió una herida casi mortal, y se inició así la escena de agonía más famosa de toda la historia.

No tardarían en escribirse relatos pormenorizados del episodio por parte de algunos testigos, entre otros Olimpo, el médico.<sup>[414]</sup> Es probable que a este último debamos el relato de la retirada de Cleopatra al interior de su mausoleo, desde cuya ventana el moribundo Antonio fue izado con la ayuda de una cuerda por la propia reina y sus esclavas. No sabemos con certeza qué le dijo el romano a la reina egipcia,

pero no cabe la menor duda de que expiró a su lado. Cuando llegó el nuevo César, lloró sobre el cadáver de su gran rival, que yacía ante él. Se trataba de una demostración de afecto habitual en este tipo de ocasiones, al igual que Antonio había llorado sobre el cuerpo de Bruto el Libertador, senador romano lo mismo que él. El plan de Octaviano consistía lógicamente en detener a Cleopatra para exhibirla en su triunfo en Roma, pero nueve días después la reina consiguió burlar la vigilancia a la que estaba sometida. Algunos dijeron que tenía escondido un veneno en una horquilla, pero Octaviano dio por buena la versión de que había muerto por una mordedura de serpiente. Ya fueran escondidas en una jarra de agua o en el interior de una cesta de higos, lo cierto es que llegaron a sus manos dos áspides. Una de ellas mordió a Cleopatra en un brazo, no en el pecho, y las esclavas de la reina, Iris y Carmia, murieron a sus pies. El joven Cesarión fue capturado y asesinado.

Es fácil decir que «ganó el hombre adecuado», el firme Octaviano Yente al pomposo Antonio. Ni que decir tiene que no los dividía ninguna cuestión de principios, ninguna idea de mayor libertad ni de mayor justicia. Fue una clara lucha de poder entre rivales, en la que los romanos respetables mantuvieron buenas relaciones con ambas partes, individuos como el rico y civilizado Ático, que conservó la amistad de los dos. Otros simplemente hicieron algo en el «último minuto» y se cambiaron de bando, como Planeo, o Ahenobarbo, o Delio, conocido como el «corredor del circo» de las guerras civiles. En Roma, se decía que en el Capitolio había un hombre que tenía dos cuervos en su brazo; a uno de ellos le había enseñado a decir: «Ave, César, General Victorioso», y al otro: «Ave, Antonio, General Victorioso»,

según lo exigieran las circunstancias.<sup>[415]</sup>

Pese a todo, Antonio había tenido sus objetivos y un estilo para hacerlos realidad. La gran campaña de Oriente había sido un verdadero desastre, pero el posterior nombramiento de un rey amigo en Armenia sería a largo plazo la solución romana al problema de Partia. Los otros nombramientos que realizó en Oriente de «reyes amigos» también darían sus frutos. De haber ganado Antonio, Roma habría mantenido unos lazos muy especiales con Egipto y Alejandría. A diferencia de Octaviano, Antonio no tenía que compensar una mediocridad militar ni buscar la gloria en la conquista de Europa. Se habrían salvado millares de vidas de bárbaros durante los siguientes cincuenta años, mientras que habría podido llevarse a cabo una regeneración de las ciudades asoladas de Grecia. Además, no habrían faltado herederos. Cleopatra ya tenía dos hijos del triunviro (cuya paternidad, cuando menos, era mucho más factible que la de Octaviano). En cuanto a los poetas augustos del futuro, no habrían perdido su voz italiana. Octaviano los patrocinó en la década de 30, pero sin duda Antonio habría hecho lo mismo.<sup>[416]</sup> Horacio no habría tenido que verse obligado entonces a componer una poesía pública moralmente correcta: habría podido disfrutar más en el séquito mucho menos respetable de Antonio. Propertio, en cualquier caso, siguió teniendo ahí su punto flaco,<sup>[417]</sup> y en cuanto a Virgilio, su obra maestra, las *Geórgicas*, ya estaba terminada. Sin duda Dioniso habría resultado mucho más atractivo para él que el siguiente héroe sobre el que se vio obligado a escribir, el retraído Eneas. A través del genio de Virgilio, Baco habría florecido poéticamente en Roma. Pero el más beneficiado habría sido Ovidio. El ingenio y el pulido

distanciamiento de su poesía habrían encontrado un verdadero punto de referencia en la extravagante pareja de Roma, Antonio y Cleopatra, los cuales habrían hecho realidad los temas amorosos y mitológicos del poeta, armonizando la vida y la obra del autor. Pero los miembros del orden senatorial tenían sus valores «morales» y su amada «libertad», no reinas orientales: éstas habrían sido sus primeras víctimas.

# Capítulo 40

## CÓMO SE HACE UN EMPERADOR

Por las hazañas realizadas, ya por mí ya por mis legados bajo mis auspicios, con fortuna, el senado decretó en cincuenta y cinco ocasiones que se suplicara a los Dioses Inmortales. Con todo, los días en los que se oró por decreto senatorial llegaron a ochocientos noventa. Un total de nueve reyes e hijos de reyes fueron conducidos delante de mi carro durante la celebración de mis triunfos. Desempeñaba el consulado por decimotercera vez cuando escribía esto, y era el trigésimoséptimo año de potestad tribunicia.

AUGUSTO, en *Las hazañas del Divino Augusto (Res Gestae)*, en la edición de 14 d.C.

La nueva victoria de «César» en Accio fue presentada como el triunfo esperado de los valores más sobrios. De hecho, vino seguida de informes que hablaban de una conspiración en Roma. Se dice que el hijo del tercer triunviro, Lépido, había planeado asesinar a Octaviano, y que tuvo que ser quitado de en medio por el hombre de Octaviano en la ciudad, el fiel y servicial Mecenas, que no pertenecía al orden senatorial.<sup>[418]</sup> La conjura, si es cierta, tal vez estuviera asociada con el eterno problema del asentamiento de los numerosos veteranos del ejército. Después de Accio, ésta fue la razón de que Octaviano se viera obligado a regresar por un breve período a Italia, por si las protestas se agravaban.

Tras la nueva victoria en Egipto, en agosto de 30, las riquezas inmensas del país quedaron sujetas a la «dominación» romana, como fue llamado el nuevo régimen. Después del ejemplo de Antonio, era evidentemente

demasiado peligroso confiar Egipto a un senador. Octaviano optó por elegir gobernador a un caballero, Cornelio Galo, que se había distinguido en los últimos combates; era también un notable poeta, que sería del gusto de los alejandrinos. La provincia fue llamada en realidad «Alejandría y Egipto», y los alejandrinos desempeñarían un importante papel en su administración. Octaviano nunca utilizaría al orden ecuestre en general como contrapeso de la clase más política de los senadores, pero en este caso excepcional se dio cuenta de que un caballero era la apuesta más segura.<sup>[419]</sup> Este precedente se mantuvo, y se prohibió a los senadores (al igual que a los caballeros importantes) visitar Egipto sin la autorización del emperador. Todas estas decisiones fueron ratificadas en Roma, presumiblemente en 30-29. El tesoro de Egipto permitió que Octaviano pudiera aumentar considerablemente su capacidad de conceder regalos al pueblo de Roma. El grano egipcio también fue crucial para el suministro de alimentos de la urbe: al cabo de cincuenta años, la «cuestión egipcia» quedaba solucionada en beneficio de un bando, gracias a la guerra civil.

Tras su victoria, ¿cómo pensaba gobernar el nuevo «César»? Nadie habría podido imaginar que iba a dominar el Estado durante cuarenta y cuatro años, y que los poderes que fue asumiendo por etapas se convertirían durante los tres siglos siguientes en el principal sostén de los que llamamos «emperadores romanos». Al igual que Augusto, todos los emperadores harían referencia a sus consulados, a su «potestad tribunicia» y a su papel como General en Jefe (*Imperator*) de los ejércitos. Adriano profesaría un respeto especial por Augusto, que fue su modelo ideal en muchos aspectos. El sello que llevaba en su dedo tenía la efigie de

Augusto, y colocó un busto de bronce de Octaviano niño entre los dioses del hogar que decoraban su dormitorio. Pero nosotros podemos observar, cosa que probablemente no pudiera hacer Adriano, cómo los años de Augusto en calidad de «Primer Ciudadano» (*Princeps*) habían sido sumamente accidentados. Marcaron un cambio fundamental en la libertad y la justicia, con las consiguientes repercusiones también para el lujo.

En 30 y 29 Octaviano vio con claridad una faceta de su posición como «César». Desde los tiempos de Alejandro Magno, las ciudades y los individuos del Oriente de habla griega se habían acostumbrado a negociar personalmente con reyes y príncipes. No mostraban interés alguno por los misteriosos detalles de la antigua constitución de Roma, y desde hacía tiempo consideraban verdaderos dinastas a los generales romanos de finales de la República. A Octaviano le fue muy fácil asumir este papel. Escribió personalmente a las ciudades de Oriente para elogiar a los amigos que vivían en ellas y le habían ayudado a solucionar los recientes conflictos. Incluso hizo referencia a la gran labor de su esposa Livia en beneficio de la isla de Samos.<sup>[420]</sup> Los griegos estaban acostumbrados a las familias reales y a las reinas dadivosas, aunque la monarquía fuera anatema para los tradicionalistas romanos. También estaban acostumbrados a ofrecer en vida a los gobernantes «hombres divinos». El nuevo «César» trazó una línea muy prudente en este sentido. En lugares como Éfeso los ciudadanos romanos podían erigir templos dedicados a «Roma y al Divino Julio», pero el culto de su persona mientras estuviera vivo no era propio de los romanos. Los griegos, sin embargo, podían erigir templos en su honor y en el de Roma en las ciudades

centrales de sus asambleas provinciales. Otras ciudades le rendirían simplemente culto fuera de Roma sin solicitar autorización.

Cuando regresó a Roma en 29, el primer paso evidente que debía darse era organizar una celebración. A mediados de agosto Octaviano protagonizó un magnífico triunfo triple por tres victorias, las de los años 35-33, la obtenida en Accio y la solución a la cuestión egipcia. Los actos estuvieron acompañados de espectáculos de gladiadores, motivo siempre de gran atracción para el pueblo de Roma, y de espléndidos regalos en dinero a todos los miembros de la plebe romana, cuyo importe, en el caso de los soldados licenciados, se vio multiplicado dos veces y media. En torno a ellos se construyeron grandiosos monumentos nuevos en toda la ciudad para conmemorar las hazañas personales de Octaviano César. Su propio mausoleo ya estaba en construcción, un tipo de edificio que más tarde imitaría Adriano. En 29 se concluían las obras de un gran templo en honor del Divino Julio César, y estaban ya muy avanzadas las de un colosal santuario en el Palatino, junto a su casa, que en octubre de 28 sería dedicado a Apolo, el dios protector de Octaviano en Accio. Para conmemorar esta batalla se inició en el Foro la erección de un gran arco cuyas columnas debían ser fabricadas con el bronce de las proas de las naves de Cleopatra. El aspecto de Roma sería transformado por la carrera de su déspota, pero éste no podría seguir el sendero de su padre adoptivo con ese estilo tan personal. Una dictadura prolongada, la «monarquía» o el culto divino en Roma podían resultar fatales. Aunque muchas de las grandes familias de la República habían quedado diezmadas por las guerras civiles, no habían

desaparecido por completo. Entre los senadores del momento había miembros de aquéllas que iban a ser los comandantes de los ejércitos provinciales del futuro, aunque algunos de ellos habían abrigado con Cicerón la esperanza de una restauración de la República todavía en la primavera de 43 a.C. Debían reconciliarse con el nuevo «orden». Fue una especie de bendición el hecho de que el precio de la vivienda aumentara vertiginosamente en Roma, impulsado por el nuevo poder adquisitivo que supuso el botín traído de Egipto.

La paz, al menos, era una bendición, y llegó en el momento oportuno. Desde la década de 50 a.C. había comenzado a difundirse una nueva seguridad en muchos sectores de la vida intelectual de Roma, como si los romanos pudieran al fin equipararse con las proezas de los griegos. Tras tantos años de guerra civil, había esperanzas de regresar del servicio militar a una «vida en el campo». Después de tanta devastación, había un sentimiento de orgullo por las cualidades especiales de Italia, un país bendito potencialmente tan grande. El erudito Higino, liberto de Augusto, escribiría incluso un libro acerca de los orígenes y los emplazamientos de las ciudades italianas. En 30-29 a.C. esos temas aparecieron juntos en un maravilloso poema de Virgilio, las *Geórgicas*. El «mejor poema del mejor poeta» combinaba elogios de Italia y la vida rural con tributos (a menudo en broma) al nuevo César. En un final lleno de virtuosismo, los mitos griegos se mezclaban en un nuevo conjunto de gran realce. Como demuestra este poema, había sentimientos de esperanza y de seguridad después de una época de tanto terror. Tocaba al nuevo César dominarlos, pues se encontraban en la base de lo que él iba a convertir en

una época clasicizante.

En 28 a.C. Octaviano y su fiel «hombre nuevo», Agripa, empezaron el proceso compartiendo el consulado. Una moneda de oro que ha sido descubierta recientemente, y que fue acuñada ese mismo año, muestra a Octaviano sentado en la silla propia de su cargo, sosteniendo un rollo: el letrero hace referencia a la Restauración de las Leyes y los Derechos del Pueblo Romano.<sup>[421]</sup> El triunvirato, por lo tanto, era considerado ilegal, y los tribunales de justicia y las elecciones, por consiguiente, podían ahora funcionar con normalidad. El abultado número de senadores fue reducido; el Tesoro público volvió a funcionar como anteriormente, se nombró un «pretor urbano» (encargado de administrar justicia de nuevo en Roma), y a finales de año se acabó con los actos ilegales de los triunviros. Los tesoros saqueados también tendrían que ser devueltos a sus templos. Mientras tanto, las hazañas militares pasaron a primer plano. Tres generales distintos celebraron sendos triunfos en Roma durante el verano, y de ese modo en septiembre pudieron realizarse unos juegos para conmemorar la victoria de Accio desde la posición no militar ocupada por «César». De una manera mucho más extravagante, uno de los nobles más distinguidos que quedaban, Licinio Craso, reclamó el más alto y raro de los honores militares por la hazaña de haber acabado con la vida de un enemigo en combate singular. No era precisamente una hazaña que el tímido «César» pudiera emular, de modo que la petición de Craso fue rechazada. La solicitud del aristócrata no era descabellada, pero Octaviano se la denegó valiéndose de argumentos falsos y poco consistentes relacionados con la historia pasada.<sup>[422]</sup>

Pese a todo, la «restauración» continuó adelante al año

siguiente. Octaviano fue nombrado de nuevo cónsul, y el 13 de enero de 27 a.C. planteó ante el senado la tradicional cuestión de la asignación de provincias a los cónsules. La única respuesta, sin duda orquestada de antemano, fue ofrecérselas todas a él. Pocos días después aceptó gustoso, aunque no todas, pero sí muchas, entre otras, el importante trío formado por la Galia, España y Siria, además de las que contaban con la mayoría de los principales ejércitos. Iba a gobernarlas por «un plazo máximo de diez años». También le ofrecieron un nuevo nombre de gran solemnidad: Augusto (se dice que se sugirió el de Rómulo, pero el fundador de Roma tenía algunos lados oscuros, entre otros el asesinato de su hermano y su propia muerte, según cierta versión, a manos de sus senadores). Se acordó adornar la entrada de la casa del nuevo Augusto con una guirnalda de honor hecha con hojas de roble, y un escudo honorífico proclamaba, y por lo tanto definía, sus especiales «virtudes». Unos veinte años antes, Cicerón había elegido unas virtudes parecidas en su alegato ante Julio César: valor, clemencia, justicia y piedad.<sup>[423]</sup> No es que Octaviano hubiera leído necesariamente el discurso de Cicerón, aunque Ático habría podido prestárselo, sino que esas virtudes habían pasado a formar parte de la «opinión general». Había precedentes de un poder parecido al que él ostentaba en los mandatos prolongados concedidos a personajes como Pompeyo en tiempos de la República. Al principio, muchos senadores tal vez creyeran realmente que se trataba de una restauración, sobre todo porque las otras provincias estaban siendo «devueltas» al pueblo como provincias «senatoriales». Augusto abandonó entonces Roma para dirigirse a la Galia en medio de rumores acerca de un viaje a Britania. De hecho, se contentaba con una frontera del mundo más

próxima, la costa del noroeste español (Finisterre, «el final de la tierra»). Quizá no todo el mundo esperara que siguiera ostentando el consulado durante los años siguientes, pero de ser así, habría podido señalar que las guerras no habían cesado y que seguía combatiendo. En el verano de 27, en su ausencia, Licinio Craso pudo celebrar un triunfo, al menos, en la ciudad: Augusto no podía negarle también este honor, pero el 4 de julio, día elegido para la ocasión, no se encontraba allí para presenciarlo.

A pesar del cambio de presentación, la base de poder de Augusto siguió inalterable: como la de Julio César el Dictador, continuaba siendo el ejército, el favor de la plebe de Roma y una inmensa fortuna personal. Cuando millones de súbditos romanos en las provincias lo contemplaban como una especie de rey, y muchos ni siquiera podían deletrear una palabra tan complicada como *imperium*, ¿por qué importaba tanto la cuidada nueva presentación de su poder en Roma? Importaba bastante poco a la mayoría de las familias ilustres de las ciudades de Italia. La «constitución romana» nunca había sido muy exigente con su lista de prioridades, y muchas de sus autoridades eran ahora «hombres nuevos» que habían sacado provecho de los asesinatos y las proscripciones de finales de la década de 40, o sea, el extremo opuesto de la verdadera libertad republicana. Lo que ahora deseaban era la paz y que los ejércitos y los colonos militares dejaran de invadir sus propiedades. En cuanto al pueblo de Roma, su principal preocupación era que alguien se encargara de alimentarlo y de garantizar su seguridad, algo que históricamente el senado no había hecho nunca. La seguridad, sin embargo, no es lo mismo que la libertad. En cambio, los partidarios

más importantes de la «restauración» era el orden senatorial, del que dependían el suministro de generales del ejército, la seguridad personal de Augusto y su legitimidad. Los trucos de Augusto en este sentido incluirían el arte moderno de airear una propuesta muy extrema, para aceptar sólo (con condescendencia) una solución ligeramente menos extrema. También mantuvo un perfil sencillo, accesible, moderado y civil. En muchos aspectos, fue el epítome de lo corriente.

No es que su posición estuviera segura. En 26 el intento de solventar los problemas potenciales de la «chusma urbana», mediante el nombramiento de un prefecto de la ciudad, fracasó en menos de siete días, sin duda debido a las protestas de los senadores tradicionalistas: existían precedentes de un cargo semejante, pero sólo si ambos cónsules, y no uno, se encontraban ausentes de Roma. Poco después, en España, Augusto enfermó gravemente, y también en los Balcanes una delicada maniobra se torció. En 24 (probablemente) el gobernador de Macedonia, una «provincia senatorial», se vio obligado a hacer una guerra fuera de sus fronteras. De forma harto reveladora, esa guerra ilegal tenía por objetivo a un pueblo al que el gran Licinio Craso se había ganado como «cliente» por sus recientes hazañas militares.<sup>[424]</sup> La acción era ilegal (sólo el pueblo de Roma tenía derecho a declarar la guerra o a acordar la paz), y se sospechó de que Augusto la alentara tácitamente: era una oportunidad demasiado tentadora de volver a desairar a Craso. Y aún peor, hubo sospechas de que el joven sobrino de Augusto, Marcelo, había instigado al gobernador a cometer ese delito. Marcelo había comenzado a disfrutar de una rápida carrera pública con el respaldo de Augusto, pero su progresión no había dejado de ser muy controvertida, y

en mi opinión, nada hace pensar que tuviera algo que ver con una orden semejante. Augusto estaba gravemente enfermo, pero podía ver el escándalo que se avecinaba. El año 23 comenzó con un noble que no era partidario suyo como cónsul; en la primavera hubo fundados temores de que Augusto estaba a punto de morir.

La cronología relacionada con todo este asunto sigue siendo objeto de controversia, pero no cabe la menor duda de que el 1 de julio de 23 Augusto renunció oficialmente a su consulado. A cambio, tomó una nueva carta, la potestad tribunicia, aunque separada del cargo popular de tribuno. El consulado quedó disponible entonces para satisfacción de los miembros del senado que quisieran optar por él. El primero que ostentó tan alto honor fue otro individuo no partidario de Augusto, un hombre, sin embargo, del que Horacio se reía por su gusto por los esclavos jovencitos. Augusto recibió también el imperio proconsular, pero con un poder mayor que el de todos los gobernadores provinciales (había perdido este imperio tras renunciar al consulado). Se aprobó asimismo concederle otros poderes específicos para que pudiera «legalizar» sus tratos con el senado y el pueblo, pero fue incapaz de desviar la atención sobre los Balcanes y evitar el escándalo. Fue supuestamente a comienzos de 22 cuando el gobernador de Macedonia, que había cometido el delito, fue por fin procesado en Roma. En su defensa, citó los consejos «ora de Augusto, ora de Marcelo». Fue un momento terrible, en el que se puso en evidencia la pretendida «República» de Augusto. Augusto se presentó inesperadamente en el tribunal, pero dejó sin argumentos al acusado y la defensa de éste con sus respuestas. Luego tuvo que enfrentarse a una grave conjura contra su vida, en la que

tomó parte el abogado defensor al que había dejado en evidencia. Los conspiradores fueron ejecutados: un delator recibió una sustanciosa recompensa. Se trataba de una verdadera crisis.<sup>[425]</sup>

Durante aquellos meses Augusto habría podido morir asesinado, y la República habría podido ser restaurada de verdad. La situación seguía siendo muy delicada. Sin embargo, los nuevos poderes de Augusto no suponían desde luego una retirada de la posición legal que había ocupado hasta entonces. Bien al contrario, venían a acentuar la prominencia y la fortaleza de su base de poder. La potestad tribunicia recordaba la relación especial que lo unía a la plebe de Roma (incluida su facultad de proponer leyes), mientras que su imperio proconsular lo mantenía vinculado a los ejércitos destacados en sus numerosas provincias. Era «muy superior» al de los demás procónsules, parecido al que se concedió a Pompeyo para afrontar la crisis del grano de 57 a.C: curiosamente, a los Libertadores también se les había concedido ese mismo imperio (en 43 a.C). Dichos poderes constituirían los dos grandes pilares de la posición de un emperador romano durante siglos. Tal vez Augusto pensara también en el curso de su enfermedad en asegurarse un sucesor. Sería más fácil legar a alguien esos poderes, que no iban asociados a la necesidad de ser elegido para el cargo. Pero no cabe la menor duda de que también planeó el cambio para sus propios fines más inmediatos, ante una crisis que ya empezaba a gestarse. En medio de la tormenta, llevaría a cabo una astuta retirada, aunque no de su base de poder, sino del centro del escenario. Los senadores podrían recuperar los consulados (en cualquier caso, le habría resultado difícil monopolizarlos en un período de «paz»),

pero iban a enterarse de que él era indispensable en Roma.

Secuela de todo ello fueron los importantes desórdenes en los que se sumió la ciudad. La epidemia de peste era indudablemente imprevisible, pero la grave escasez de grano fue de gran utilidad para Augusto, pues sirvió para que imploraran su intervención: consiguió solucionar el problema (que acaso él mismo había provocado) en diez días. A continuación marchó de la ciudad para abordar con mucha lentitud la cuestión de Partia en Oriente. Durante su ausencia, el pueblo se negó a elegir a dos cónsules para el año 21 a.C. Se cernía la amenaza de un impasse constitucional. En 19, mientras Augusto seguía ausente de Roma, un nuevo adalid de los intereses del pueblo, Egnacio Rufo, apareció en Roma y fue preciso impedirle que presentara directamente su candidatura al consulado, recurriendo al «último decreto» aprobado por el senado y puesto en vigor por el único cónsul que había en aquellos momentos. Ese mismo año se produjo una crisis continuada en la ciudad a la que sólo Augusto podría poner fin: como Pompeyo en 52, se había convertido en una figura indispensable.

En 19 a.C. unos legados partieron de Roma para ir a su encuentro, reuniéndose con él en Grecia donde lo convencieron para que nombrara a un nuevo cónsul (su elección recayó en un miembro de la nobleza). A continuación, Augusto regresó a Italia, instalándose en la villa que poseía cerca de Nápoles, a la que llegó, según parece, sin llamar la atención a mediados de verano. Desde Roma fue enviada una embajada compuesta por los cónsules, varios magistrados y algunos ciudadanos ilustres, para reunirse con él. Fue un momento trascendental, una

capitulación más de los órdenes superiores de Roma. Augusto no quería celebrar un triunfo ni hacer una gran entrada en la ciudad, pero antes de su regreso a Roma debían ser resueltas ciertas cuestiones relacionadas con sus poderes oficiales. Éstos probablemente le permitieran ya hacer su entrada en la ciudad, pero en lo sucesivo tendrían que hacerse visibles al público viéndose acompañados de las insignias oficiales del cargo. Evidentemente, habría de demostrar que combinaba los poderes populares de un tribuno con su poder de mando superior al de cualquier cónsul o ex cónsul. La ambigüedad existente entre «senado» y «pueblo» durante buena parte de la historia de la República iba ahora a parecer resuelta en manos de un solo hombre a petición de las dos partes.

En lugar de un triunfo, Augusto optó por un altar dedicado a la «Fortuna en su regreso». Era falsa modestia, porque su vuelta no suponía ninguna fortuna. Se celebrarían unas fiestas aparte en octubre fuera de la ciudad; de manera mucho más realista, recibirían el nombre de «Augustales», convirtiéndose en un acontecimiento anual. Sin embargo, se notó la ausencia de un espectador: el poeta Virgilio, al que Augusto había traído de vuelta, ya enfermo, desde Grecia. Había fallecido en Nápoles, pero su gran poema épico, la *Eneida*, ya estaba prácticamente acabado. En él ya aparecían versos acerca de la visión oficial del pasado, en los que se hablaba de la decadencia de Antonio, la reina egipcia (nunca citada por su nombre), los terribles dioses de ésta y la salvación de los valores romanos por el vencedor. Pero la visión que ofrecía la obra de su héroe, Eneas, padre fundador de Roma, estaba ensombrecida con mucha delicadeza. De haber sido escrita unos treinta años más

tarde, Virgilio habría sido objeto de mayores presiones para que presentara las hazañas de Augusto de forma más explícita. De la manera que quedó el poema, decía al romano del futuro que «recordara» que su misión era «ir rigiendo los pueblos con tu mando», que «éstas serán tus artes: imponer la paz, conceder tu favor a los humildes y abatir, combatiendo, a los soberbios».<sup>[426]</sup> Este consejo estaba muy bien, pero no caracterizaba al romano del momento, a Augusto, que no había tenido piedad a la hora de acabar con sus adversarios, que no había ganado la gloria en el campo de batalla y que había traicionado y manejado a su antojo a los hombres más orgullosos que quedaban en Roma.

# Capítulo 41

## MORAL Y SOCIEDAD

El divino Augusto mandó al exilio a una hija suya que con su impudicia había superado la ignominia de esta palabra, e hizo públicos los escándalos de la familia imperial: los adúlteros habían sido admitidos en masa, bandadas de desenfrenados recorrían de noche la ciudad, el propio foro y las tribunas, desde las cuales el padre había promulgado la ley contra el adulterio, escogidos por la hija para sus fornicaciones... reclamando ella, convertida de mujer adúltera en meretriz, su derecho a todo tipo de libertinaje bajo el abrazo de adúlteros desconocidos.

SÉNECA, *Sobre los beneficios* 6.32

Yo mismo vi en África a Lucio Consticio, ciudadano tisdritano que se había transformado en hombre el día de la boda.

PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* 7.36.

La revolución conservadora de Augusto no se detuvo en la constitución: se extendió también a la religión y al comportamiento social y sexual. La importancia de esas dimensiones está directamente relacionada con la libertad personal y con lo que en adelante significaría bajo el imperio ser un romano o una romana ilustre. Esos aspectos son también el contexto de algunas de las obras poéticas más admiradas de la época augusta, especialmente las de Horacio, Ovidio y Propertio. Siguieron suscitando el interés de cada uno de los emperadores posteriores, con distinto resultado. Con Adriano, los senadores tendrían todavía que legislar sobre determinadas cuestiones enojosas de las leyes de Augusto acerca del matrimonio y las relaciones sexuales. También tendrían que vérselas con el propio Adriano. Se cuenta que, superando incluso el celo de Augusto, utilizó a

varios oficiales de intendencia del ejército para espiar la vida privada de sus amigos. En cierta ocasión en la que interceptó unas cartas donde una mujer se lamentaba de la preferencia de su esposo por los «placeres» y las termas, se cuenta que, cuando interrogó al marido en cuestión, éste le preguntó a Adriano: «¿Acaso mi esposa se te ha quejado a ti, lo mismo que se me queja a mí?». <sup>[427]</sup>

¿Cómo es que esas cuestiones privadas se volvieron un asunto público? Los terribles problemas derivados de la guerra civil podían atribuirse al abandono de los dioses, a la caída de la antigua moralidad y a las culpas heredadas del pasado troyano de Roma. Este tipo de explicaciones tan fáciles fue el que adoptó Virgilio y también Horacio, e incluso aquellos que no se las creían en realidad eran conscientes de la opinión pública. Puede decirse que en las décadas de 40 y 30 la mayor parte de los ritos religiosos y prácticas anuales de Roma no habían caído en desuso, o ni siquiera se hallaban en decadencia, víctimas del escepticismo. Lo que sí estaba en decadencia, como ocurrió a menudo en las ciudades antiguas, eran los templos. La restauración de los templos tampoco fue una nueva idea de Augusto. En la década de 30 la erección de templos había formado parte de la rivalidad competitiva existente en Roma: incluso el culto amigo de Cicerón, Ático, que se caracterizó por su actitud apolítica, había instado a que se tomaran ese tipo de medidas. <sup>[428]</sup> Pero Augusto restauró al menos ochenta y dos templos. También hizo erigir otros nuevos, dedicados a dioses relacionados con su carrera. Al igual que Augusto, Adriano restauraría también varios templos antiguos de la ciudad, entre otros el espléndido Panteón, viejo motivo de orgullo de la Roma moderna.

Reprodujo la gran inscripción de dedicatoria del templo colocada por Agripa, el hombre hecho a sí mismo, pero, como tantas restauraciones de Augusto, tampoco la suya fue una reproducción exacta.

La restauración religiosa emprendida por Augusto fue radicalmente innovadora, y lo que le imprimió este carácter fue el dominio cada vez mayor que ejercía. Ingresó, como no lo había hecho nadie, en todos los colegios sacerdotales de Roma. Los cultos y las fiestas empezaron a incluir cada vez con mayor frecuencia plegarias y alusiones a su persona y a su familia; y lo más importante: el calendario se extendió para dar cabida a nuevas festividades conmemorativas de fechas importantes para el «César» durante la década de 30, y para su padre, Julio César, durante la época de su dictadura. El tiempo, en la República restaurada, incluiría unas efemérides profundamente antirrepublicanas. Lo mismo ocurrió con el mapa religioso. Los antiguos Libros Sibilinos fueron trasladados al nuevo templo de Apolo erigido por Augusto, próximo a su residencia del Palatino, donde también se dedicaría un santuario a la vieja diosa del Hogar (Vesta), cerca de su casa.

«¡Oh, quienquiera que sea el que se proponga abolir las impías matanzas y el encono entre los ciudadanos!», escribía Horacio en una oda a comienzos de la década de 20 a.C. «si desea que bajo sus estatuas se escriba “Padre de las ciudades”, atrévase a poner freno al libertinaje indómito».<sup>[429]</sup> Estos versos se revelarían proféticos. A partir de 18 a.C, el «Padre de la patria» (título que recibiría Augusto en 2 a.C.) fomentó una serie de leyes contra el «libertinaje» en el sexo y en el matrimonio. Si bien aspiraban a volver a los principios básicos, estas normas eran, tendenciosas, invadían la

intimidad, y a menudo resultaban odiosas. Una reacción consistió en evadirlas, pero siguieron siendo revisadas y temidas durante siglos. En nuestros tiempos, los «problemas familiares» suelen centrarse en las cuestiones de divorcio y los hogares monoparentales, con numerosos debates públicos acerca de las relaciones homosexuales y la integración racial. Ninguno de estos temas fue abordado en la Roma de Augusto.

Al igual que la restauración de los templos, la legislación en materia de sexo y familia se hacía eco de una problemática que no era nueva. No se trataba sólo de que hombres como Cicerón hubieran escrito acerca de la necesidad de que Julio César, en su calidad de dictador, fomentara la natalidad y pusiera freno al «libertinaje» de las mujeres, ni de que el propio Julio se erigiera en «prefecto de la moralidad». Desde una perspectiva mucho más general, la educación romana siempre había estado basada en la familia y en las enseñanzas que los padres transmitían a sus hijos. Además, durante siglos los censores, y las revisiones de los altos estamentos de Roma que éstos efectuaban, habían situado los patrones morales en el centro de la vida pública romana. Así pues, las leyes se basarían en una fuerte corriente imperceptible marcada por la costumbre y en una serie de ejemplos repetidos una y otra vez. Aparecerían ahora leyendas de matronas romanas que habían sido juzgadas ante el pueblo de Roma en el pasado por un delito de adulterio. Se decía que en 405 a.C. había sido introducido un impuesto especial sobre los solteros romanos. Probablemente se aprobaran leyes contra los célibes incluso en la década de 30 a.C.<sup>[430]</sup> En esos años Augusto se había expresado ampliamente en público acerca de la

«inmoralidad» del «egipcio» Antonio, tergiversación propagandística que Virgilio amplió en algunos pasajes de su *Eneida*. Tras la victoria, el primer paso que lógicamente debía dar cualquiera que se proclamara «restaurador» era volver a los viejos valores romanos. El erudito anticuarista Varrón había escrito recientemente una obra titulada *Sobre la vida del pueblo romano*, que contenía un relato sumamente moralizante en torno a los viejos ideales del pasado. Una «vuelta» a dichos ideales habría dado relieve a la artera pretensión de Augusto de restaurar los antiguos derechos del pueblo. Pero sólo valía la pena intentarlo porque contaba con una constitución. La década de 30, como la de 40, se había hecho eco de la retórica moralizante, y estos años habían constituido un período de desórdenes para las distinciones de clase: en cierta ocasión un ex esclavo llegó incluso a presentar su candidatura a la pretura. Horacio, que personalmente no era nadie en la escala social, había capitalizado este tipo de ofensas, y en la década de 30 había protestado en sus poemas por el arribismo de algunos individuos que ostentaban cargos importantes.<sup>[431]</sup> El senado, además, había ampliado excesivamente el número de sus miembros con hombres cuyos méritos dejaban mucho que desear. En 28 dicho número ya tuvo que ser reducido drásticamente por el joven «César». Los que quedaran serían conscientes de que había habido demasiada confusión social en los últimos años.

La plebe de Roma, en el fondo conservadora, probablemente también viera con buenos ojos esta especie de restauración: cortaba las alas a los excesos de la clase alta, y pocas de las nuevas penalizaciones legales afectaban personalmente a sus miembros. La clase alta sufrió asimismo

un cambio notable. Las guerras civiles habían permitido que más hombres del resto de Italia adquirieran una mayor prominencia en Roma, «oscuros personajes con nombres fantásticos»<sup>[432]</sup> que en su mayoría habían pasado la juventud en sus estrechas y pretenciosas ciudades natales. Italia era un país variopinto, pero algunos de sus habitantes habrían podido responder a una invitación a la «vuelta a lo esencial», como los actuales habitantes de Idaho o de Tunbridge Wells. Una reafirmación de la antigua dignidad probablemente fuera del agrado de los hombres nuevos que acababan de llegar a los altos cargos; servía para convencer a todos ellos, Catones y Cicerones en lo más profundo del corazón, de que su nueva preeminencia era, en efecto, tan sólida y tradicional como habían esperado. Es posible que Augusto incluso comenzara a creer en su propia retórica de sus primeros tiempos cuando todavía era Octaviano. Pues él también pertenecía a la «pequeña Italia», a una familia de poca monta que carecía de la envergadura y la seguridad propias de las grandes familias de Roma y de su conciencia de que la «dignidad moral» era muy a menudo el valor limitado de los que no habían conocido nada mejor. Más tarde escribiría cómo había recuperado «muchos comportamientos ejemplares de los mayores, olvidados ya de nuestro siglo».<sup>[433]</sup>

Las primeras leyes importantes fueron aprobadas en 18 a.C. un año después de la vuelta de Augusto a Italia, y un año antes de que éste proclamara una simbólica «nueva era» suya. Uno de los objetivos fue acabar con la baja tasa de natalidad que se daba en Roma, una cuestión que la retórica social abordaba desde hacía tiempo. Cuando planteó el problema ante el senado, Augusto leyó un antiguo discurso

sobre el tema que había pronunciado el censor de 131 a.C. Las guerras civiles podían ser consideradas responsables de casi veinte años de pérdidas de vidas romanas, pero probablemente siguiera pensándose en general que las legiones de Roma debían continuar siendo integradas sólo por ciudadanos nacidos en Italia. Los solteros y los que no tuvieran descendencia serían ahora penalizados con una reducción de sus derechos de herencia (los hombres sin hijos tenían que entregar hasta la mitad de cualquier legado que les correspondiera, aunque las versiones posteriores de la ley, tal vez a modo de concesión, les otorgara el derecho a heredar sin cargos de sus parientes más estrechos). A los casados con hijos se les recompensaba con el derecho a desempeñar una magistratura antes de tiempo (en este caso, bastaba que hubieran tenido un único hijo, aunque éste hubiese muerto en la guerra) y con varios privilegios más, entre ellos la exención de la onerosa tarea de convertirse en tutor de un niño o una mujer (en este caso, tendrían que haber sido padres de tres hijos). Tres hijos eximían también a una mujer de la necesidad del control de un tutor que velara por su persona y por sus bienes. Entre las parejas, cada hijo incrementaba la capacidad de los cónyuges de heredarse mutuamente. Si no habían tenido hijos, sólo podían heredar una décima parte de sus bienes, y los regalos que se hubiesen intercambiado quedaban invalidados (aunque, por ejemplo, un esposo podía comprar algo, y permitir que su mujer lo utilizara o lo considerara una adquisición para ella). También había ventajas para los libertos y las libertas fecundos que acababan de recibir la ciudadanía. Muchos de ellos seguían obligados a realizar ciertas «tareas» para los patronos que les habían concedido la libertad. Así pues, en la mayoría de los casos, dos hijos

valían para eximirlos de esas cargas. Los libertos que tenían varios hijos también podían excluir a sus patronos de lo que para ellos constituía una grave amenaza, esto es, que a su muerte esos antiguos patronos heredaran sus bienes. Esta ley tendría una importancia capital para los libertos que habían conseguido acumular una considerable cantidad de dinero, y se habían hecho ricos.

Se decía que en la antigua Esparta los padres de tres o más hijos también habían sido recompensados, pero que, a pesar de ello, la población masculina de espartiatas había disminuido drásticamente. ¿Por qué no iba a ocurrir lo mismo en Roma? Los padres de clase alta, al menos, casaban a sus hijas muy jóvenes, a veces incluso entre los doce y los dieciséis años. La edad temprana de las mujeres a la hora de contraer matrimonio es un factor determinante y crucial para la natalidad en una población preindustrial, pero las leyes de Augusto no hicieron nada directamente para cambiar este fenómeno. Sin embargo, sí bajaron la edad ideal para casarse de los varones con ambiciones: cuanto antes contrajeran matrimonio, más rápida podía ser su carrera. También se introdujo para las mujeres de edad avanzada un cambio que invadía realmente su intimidad. Las viudas y las divorciadas serían penalizadas si no volvían a casarse en poco tiempo, en un intervalo que más tarde extendería Augusto a dos años desde la conclusión de su último matrimonio. Muchas mujeres habían enviudado a raíz de las recientes guerras civiles, y seguían siendo jóvenes, de modo que había un grupo más que reincorporar a la vida familiar: hasta en tiempos de paz, las mujeres que se casaban jóvenes tenían una esperanza de vida superior a la de sus maridos (siempre y cuando lo permitieran los partos). Las

penalizaciones eran radicales. En un principio también se propuso que los varones solteros debían quedar excluidos de disfrutar como espectadores de los juegos y el teatro, pero esta moción resultaría intolerable para la población.

Sólo para las familias con propiedades tendrían relevancia la mayoría de esos privilegios concedidos a la natalidad. No obstante, la insistencia en la familia numerosa tendría también graves consecuencias. Los caballeros debían acreditar la titularidad de unas propiedades por un valor establecido de antemano, y, en virtud de las nuevas leyes de Augusto, también los senadores. A la muerte de un padre romano, sus bienes eran divididos entre sus hijos vivos (no existía el derecho de primogenitura), pero si la familia era numerosa, dichos bienes quedaban repartidos en partes mucho más pequeñas: la familia que vivía al límite de sus posibilidades veía cómo sus hijos quedaban en una situación financiera muy inferior. Los dos ideales de Augusto de una ciudadanía numerosa y unos órdenes sociales bien definidos estaban en contradicción. Además, entre las gentes más acomodadas había cierto resentimiento por el «aburrimiento» (*taedium*) que suponía criar a unos mocosos, como decía Plinio el Joven (en 100 d.C. aproximadamente) cuando se quejaba de las costumbres de los habitantes de su ciudad natal en el norte de Italia.<sup>[434]</sup>

Resulta comprensible, pues, que los miembros del orden de los caballeros protestaran abiertamente en Roma ante Augusto cuando esas leyes fueron revisadas en 9 d.C. Augusto no tuvo inconveniente en responder haciéndose eco del comportamiento de su propio nieto, y no dudó en aparecer con sus dos nietos pequeños sentados en su regazo: un príncipe de la casa imperial no se encontraba en absoluto

en los límites de ningún orden social. Esta exhibición fue sólo la última de las numerosas tretas publicitarias a las que recurrió en ese campo. Cuando se descubrió que un anciano de Fésulas (la actual Fiésole, cerca de Florencia) tenía sesenta y un descendientes vivos, el hombre en cuestión fue trasladado a Roma para ofrecer un sacrificio religioso en el Capitolio que fue recogido en los documentos oficiales. Lo irónico era que el propio Augusto había tenido sólo una hija, y ningún hijo varón. Para hacer constante hincapié en aumentar la tasa de natalidad, carecía de la fecundidad de Pompeyo, por no hablar de la del prolífico Marco Antonio. En cuanto a Adriano, topó con una esposa, Sabina, voluble y difícil de tratar, por lo que no tuvo hijos. La ley también lo habría penalizado a él.

¿Respondieron los ciudadanos romanos a los deseos de Augusto, reproduciéndose con más rapidez? Las cifras del censo oficial de Roma experimentaron un notable aumento a partir de 28 a.C. pero dicho incremento tal vez se deba sólo al aumento del número de ciudadanos que fueron registrados, y su significado demográfico sigue siendo discutido. Lo que sí es evidente es que se pusieron muchas trabas a las leyes, viejas y nuevas, y que fueron pasadas por alto. ¿Cómo puede una ley garantizar la fecundidad? La cuestión importante aquí es determinar si se utilizaba algún método anticonceptivo eficaz en la vida conyugal. Probablemente no: sin duda se pretendía difamar a Sabina, la esposa de Adriano, cuando se dijo que ésta se jactaba de «haber tomado medidas para asegurarse de no quedar embarazada de él: los hijos de su marido habrían dañado a la especie humana».<sup>[435]</sup> Ante la ausencia de anticonceptivos, aumentan las posibilidades del aborto, pero Una vez más no

sabemos si las casadas de la clase adinerada solían Practicarlo. De haber sido así, las leyes de Augusto posiblemente las hicieran dudar. Entre las familias pobres, es evidente que los hijos no deseados acababan siendo expuestos, sobre todo las niñas, los vientres del futuro (que resultaban más onerosas para los padres, pues necesitaban una dote para poder casarlas). Ninguna de las leyes de Augusto vino a reparar esos antiguos obstáculos para la formación de una gran familia numerosa con los que topaban las gentes de escasos recursos.

Muy pronto se encontrarían diversas maneras, harto elocuentes, de esquivar la normativa. En virtud de las nuevas leyes, el compromiso matrimonial tenía la misma validez que el matrimonio: muchos hombres comenzaron a comprometerse en matrimonio con verdaderas niñas con las que no tenían la más mínima intención de casarse. Como el matrimonio podía frenar o acelerar la carrera de un hombre, algunos se casaban justo antes de presentar su candidatura a un cargo, y luego se divorciaban en cuanto habían conseguido su objetivo. Las restricciones relacionadas con las herencias podían eludirse legando los bienes «en fideicomiso» a amigos o parientes para que pasaran a manos de las personas que se indicaban. Los textos legales ponen de manifiesto que Augusto confirmó la validez de esos «fideicomisos» en otro contexto, aparentemente sin darse cuenta de que también podían ser utilizados para saltarse sus leyes contra la falta de hijos.<sup>[436]</sup>

Las virtudes morales de los ciudadanos de Roma eran también una vieja engañifa: eran unos valores arraigados en la historia del pasado, que Augusto daría por sentados. En este sentido, se dirigía a todos los ciudadanos. Más adelante,

en 2 a.C. y en 4 d.C, quiso limitar el exceso de manumisiones (liberación de esclavos), y pospuso la libertad plena de un esclavo hasta los treinta años. En ese caso, su acción no estuvo motivada por una posible escasez de mano de obra esclava. Hacía poco se habían obtenido decenas de millares de esclavos en el curso de las campañas militares de su ejército en Europa occidental, y habrían de llegar muchos más. Pero había un dato a destacar: se decía que algunos ciudadanos de Roma concedían la libertad a sus esclavos para que, en calidad de ciudadanos, pudieran reclamar el subsidio de grano gratuito, con el que se alimentaban mientras seguían prestando sus servicios como libertos a sus viejos amos. La obtención de beneficios mediante el fraude seguramente preocupara a Augusto, pero su principal temor era que se estaba concediendo la preciada ciudadanía a unos esclavos que no la merecían, y que los que les daban la libertad eran en muchos casos hombres muy jóvenes, incapaces de distinguir entre las buenas y las malas personas. Una vez más, la preocupación por la moral impulsó nuevas reformas: las leyes sobre el «control de calidad» que fueron aprobadas seguirían en vigor durante los cinco siglos siguientes. Anecdóticamente, ese año, 4-5 d.C, es la fecha de una norma que definía la clase privilegiada de los ciudadanos de algunas, o quizá todas, las ciudades de Egipto. En este caso también Augusto probablemente impuso una categoría más precisa de ciudadanos «respetables».

La conducta de los ciudadanos de Roma también fue objeto de legislación. Los días de fiesta, las procesiones tradicionales fueron recuperadas para los órdenes superiores. Se animaba a los jóvenes de familias distinguidas a desfilar a

caballo en complejas formaciones y a participar en los «antiguos» juegos, reinstaurados por Julio César y originarios supuestamente de la ciudad madre de Roma, Troya. De la misma manera la *Eneida* de Virgilio remonta este certamen a los juegos fúnebres que celebró Eneas en honor de su difunto padre. Augusto celebraría esos Juegos Troyanos «con mucha frecuencia», incluso en su nuevo Foro, hasta que las caídas y los accidentes lo obligaran a suspenderlos. También recuperó del pasado el antiguo desfile anual de caballos para los miembros del orden ecuestre que tenían el honor de disponer de un caballo público. Se celebró el 15 de julio, pero es probable que resultara bastante angustioso para los jinetes, cuya destreza a lomos de un caballo era, por aquel entonces, a menudo mínima.

También se hizo hincapié en la necesidad de mejorar la moral de los jóvenes. En las ciudades italianas, Augusto fomentó la creación de «colegios» locales para muchachos con el fin de que hicieran ejercicio, se adiestraran en el uso de las armas y salieran de caza. En Roma, los niños no tenían permitida la entrada a juegos y espectáculos nocturnos si no iban acompañados de un adulto. Se cuenta que Augusto ordenó incluso que todos los ciudadanos que fueran al centro de la ciudad debían vestir la toga blanca de lana. También se dice que su hija y sus nietas fueron instruidas en las viejas artes de tejer e hilar. Augusto se sentía muy orgulloso de su propia toga, que había sido tejida a la manera antigua. Sin embargo, las mujeres de la alta sociedad no tardaron en cambiar el aspecto de su *stola* de matrona, cortándola y poniéndole tirantes para llevarla de forma sugestiva justo por encima del pecho.

Las familias senatoriales fueron uno de los principales objetivos de la nueva reforma moral. Los hijos de los senadores tenían que llevar el calzado especial de su clase y una toga con una franja de color: se suponía que los muchachos debían ir vestidos así a las sesiones del senado, en las que tenían que prestar atención de todo lo que ocurría en calidad de futuros participantes en ellas. Además, eran penalizados si se casaban precipitadamente. A partir de 18 a.C. los senadores y sus hijos, nietos y biznietos estarían sujetos a una importante penalización si contraían matrimonio con libertas, con actrices o con hijas de actrices (el teatro estaba considerado una profesión innoble, propia de gente promiscua). Del mismo modo, las mujeres descendientes de un senador también serían penalizadas si se unían a un liberto. Las leyes romanas nunca habían penalizado por lo general los matrimonios entre ciudadanos y libertos. Augusto tampoco impondría sanciones, aunque demostraría sus preferencias sociales al negarse a sentar a su mesa a cualquier liberto. Lo que en realidad le preocupaba era su imagen como defensor de la dignidad senatorial; de ahí que propusiera esas leyes sobre las uniones conyugales de los miembros de las familias de rango senatorial, y de ahí la prohibición de que los hombres y mujeres de condición social inferior entraran a formar parte de esta clase por matrimonio.

Sin embargo, había maneras de soslayar todos aquellos obstáculos. En lugar de contraer matrimonio, un senador podía convivir con una liberta como «concubina», lo que actualmente definiríamos como «compañera». Después de enviudar de una primera esposa, probablemente con frecuencia fuera preferible una de esas «concubinas» a los

celos y las inseguridades de una segunda esposa. Cualquier ciudadano (no sólo los senadores) podía ser también penalizado si se casaba con una persona de «mala reputación», como, por ejemplo, el dueño o dueña de un burdel, un proxeneta o una alcahueta, un actor o actriz o un gladiador. Una vez más, el concubinato era la manera de evitar el peso de la ley con una ventaja añadida: los regalos que hiciera un hombre en vida a su concubina (pero no a su esposa) tenían plena validez legal. Pero para los hombres que ascendían al rango senatorial después de casados no había ninguna alternativa: fueron pocos los casos, pero aquellos que estaban casados con alguien de clase inferior, tuvieron que divorciarse y buscar una nueva esposa de su categoría. Por enésima vez podemos comprobar cómo este elemento de control de calidad de los advenedizos probablemente tuviera una importancia primordial para Augusto.

Pero la ley que culminó la reforma legislativa fue una famosa medida contra el adulterio. Hasta entonces, el adulterio había sido una cuestión privada, que debía ser solucionada en el seno del hogar, bien por el marido, bien por el padre de la esposa. En 18 a.C. Augusto lo declaró un delito público que tenía que ser dirimido en los tribunales. El ámbito de aplicación de esta ley sigue siendo objeto de controversia, pero tenemos bastante claro lo que en ella se estipulaba. Abarcaba todo tipo de casos, hasta los más extremos. Si un padre cogía a su hija y al novio de ésta in fraganti dentro de una propiedad familiar, estaba facultado legalmente para matar a su hija en el acto. La amenaza tenía más de retórica que de realidad. El padre sólo podía acabar con la vida del varón adúltero si antes mataba a su hija

(«adulterio» deriva de la expresión latina *ad alterum*, esto es, «a otra persona», y no de «conducta de adulto»). El derecho que tenía un marido a matar era mucho más limitado. Si atrapaba a la pareja, no podía matar a su mujer. Únicamente podía acabar con la vida del amante de su esposa si éste era un hombre de mala reputación. Pero tenía permitido detener al sinvergüenza durante un tiempo de hasta veinte horas para hacerle confesar su culpa: sin duda, una entrevista de lo más curiosa.

Todos esos castigos extremos eran más hipotéticos que propios de la vida cotidiana. Lo verdaderamente significativo es que el marido ultrajado tenía que divorciarse de su esposa y llevarla ante los tribunales en un plazo máximo de sesenta días si la había pillado in fraganti. De todos modos, si el adulterio no se descubría de una forma clara y contundente, lo más normal era que los cónyuges llegaran a un acuerdo, y viviera cada uno por su cuenta con su amante sin hacer nada. Sin embargo, si no se emprendía ninguna acción legal, cualquier particular tenía la facultad de interponer una denuncia en un plazo máximo de cuatro meses, y el propio marido ultrajado podía acabar siendo procesado. El peligro que se corría en esos casos es que alguien, tal vez un pariente enfadado, iniciara una causa contra uno de los cónyuges, o contra el amante del adúltero, y luego quisiera demostrar que se tenía conocimiento, y se consentía, la comisión del «delito». Incluso los esclavos podían ser sometidos a torturas con el fin de hacerles confesar los detalles más íntimos. Se trataba de un verdadero peligro, pues en algunos casos, los maridos habrían permitido la relación adúltera de sus esposas a cambio de dinero o de favores del amante de la mujer. Ahora esa

connivencia se convertía en delito, al igual que el hecho de ser cómplice de adulterio, por ejemplo, por haber puesto a disposición de la impaciente pareja una habitación en la que satisfacer sus deseos carnales. A los hombres que mantenían relaciones con una mujer de estatus respetable se les aplicaban penas similares.

Lo que estaba en juego aquí no era la fidelidad del varón. Al igual que las demás sociedades de la Antigüedad, la romana estaba sumamente jerarquizada. Si un hombre tenía relaciones sexuales con una esclava (o un esclavo), con una prostituta o con una mujer de una condición social infame, no recibía castigo alguno. Se empleaba un «doble rasero»: uno para los varones, y otro mucho más estricto para las mujeres respetables. Desde el punto de vista social, este parámetro coexistía con una «doble clasificación»: cualquiera podía vulnerar los límites de su orden sin temor a represalias, siempre que fuera en sentido descendente. A la luz de estas circunstancias, la presentación poética de Horacio puede resultarnos mucho más comprensible. Sus poemas públicos se muestran explícitamente a favor de frenar el adulterio (esa «mancha sacrílega»<sup>[437]</sup>) y de fomentar las familias numerosas. Pero se trata del mismo Horacio amante de las jóvenes asiduas a las fiestas y de las mujeres con hermosos nombres griegos. El contexto, en este caso, es que esas mujeres eran esclavas y amantes en un *demi-monde*. En virtud de la doble clasificación, son personas irrelevantes para las cuestiones de moralidad de las buenas familias romanas. Al igual que Horacio, el propio Augusto se encaprichó de un jovencito, sin duda un muchacho de humilde condición servil.<sup>[438]</sup>

Desde la perspectiva liberal de hoy día, esas leyes

parecen abominables. Los hombres y mujeres condenados por adulterio podían perder hasta la mitad de sus bienes (y parte de la dote de la esposa) y eran desterrados a una isla. La esposa adúltera tenía prohibido volver a casarse, y, en general, las leyes contra las viudas y sus amantes hacían que la vida de una mujer fuera menos independiente. Pero estas normas no respondían sólo a la idiosincrasia de Augusto. Al fin y al cabo, en la Atenas clásica un marido podía acabar con la vida de un adúltero pillado in fraganti, o humillarlo con escandalosos castigos (por ejemplo, obligar al individuo en cuestión a meterse un rábano, en forma de pene, por el trasero, era una costumbre ateniense mucho antes de que los romanos la implantaran). En Atenas también cabía la posibilidad de que un particular iniciara un proceso por adulterio: a las mujeres que eran encontradas culpables se les prohibía participar en las fiestas, bajo la amenaza de desgarrarles las ropas si contravenían ese mandato. Hoy día las leyes de Augusto nos parecen execrables, pero inscribimos las leyes atenienses en un contexto de cohesión cívica o de temor por la aparición de ciudadanos que no tuvieran derecho a disfrutar de esa condición. La diferencia estriba en que actualmente sabemos que en Roma, con anterioridad, ese «crimen» no estaba considerado en absoluto un delito público y que la reforma fue detestada, incumplida y traicionada por parte de los que se suponía que debían defenderla. Entre los atenienses, no suscitaba ninguna controversia. Entre los romanos, había para él al menos un contexto en el discurso público desarrollado últimamente, el tipo de prédica moralizante abordada por personajes como Cicerón. Este famoso orador había comentado que «si el sistema de vida de los nobles se ve alterado, la conducta consuetudinaria de un Estado se

transforma». <sup>[439]</sup> En 44 a.C. su invectiva contra Antonio y Fulvia se hizo eco de las actitudes en el seno del hogar y en el matrimonio que resultaban totalmente inaceptables para «cualquier hombre bueno y honesto» y del riesgo que suponían para el funcionamiento de la comunidad. No todo el mundo se tomó tan en serio este tipo de retórica, pero se basaba en un terreno que ahora también ocupaba Augusto. <sup>[440]</sup>

El sucesor de Augusto, Tiberio, tenía la moderación de un verdadero aristócrata romano: si bien mantuvo las leyes de su predecesor, durante su reinado se tendió a permitir que las disputas por adulterio se solucionaran en privado. En 19 d.C. se supo incluso que una dama perteneciente a una ilustre familia de pretores, Vistilia, se registró como prostituta con el fin de evitar que las leyes la castigaran, y así pudo seguir teniendo amantes con absoluta impunidad: su tía, en cambio, ateniéndose a la normativa, se había casado al menos en seis ocasiones (probablemente, a medida que iba enviudando) y había tenido siete hijos. Tal vez esa buena conducta augusta de la tía hiciera que la de la sobrina pareciera mucho más escandalosa. <sup>[441]</sup> Ajuicio del cáustico Tácito, el famoso historiador, la ley había venido motivada simplemente por los beneficios económicos que el erario podía obtener de las multas impuestas. Semejante medida, decía, formaba parte de una política legislativa cada vez más opresora, aspecto que se había intensificado bajo el gobierno de los emperadores. La historia de Tácito apenas se hace eco de procesos por adulterio, pero lo cierto es que las leyes siguieron aplicándose y especificándose de acuerdo con el número cada vez mayor de ciudadanos romanos. En 190 d.C. se sabe que había más de tres mil causas por adulterio pendientes de juicio en Roma. <sup>[442]</sup> Los textos legales

confirman que los ciudadanos romanos de las provincias también podían verse afectados por la normativa.<sup>[443]</sup>

A diferencia de Horacio, los poetas amorosos de época augusta, Propertio y Ovidio, representan la otra cara del «delito». Se describen como amantes de mujeres casadas y que evidentemente no pertenecen a un turbio *demi-monde*. Los poemas de Ovidio son más evasivos, pero nos dan a entender cómo podía conquistarse a una mujer respetable, mientras que los de Propertio se explayan incluso en temas relacionados con las actividades de las alcahuetas y se adentran en el mundo de la mala reputación.<sup>[444]</sup> Se cree que la ingeniosa obra maestra de Ovidio, el *Arte de amar*, conoció una segunda edición, probablemente en 1 a.C; de ser cierta esta noticia, no pudo llegar en un momento más inoportuno. El año anterior, cuando estaba en la cima de su carrera, Augusto, el nuevo «Padre de la Patria», tuvo que enfrentarse al hecho de que su propia hija, Julia, era culpable de un delito flagrante de adulterio. A la joven no le ayudó defenderse diciendo que sólo lo hacía cuando estaba embarazada, y exclamando la célebre frase: «Únicamente invito a otro timonel cuando el barco está lleno».<sup>[445]</sup> Los que «vuelven a lo esencial» corren el peligro de tener serios disgustos con su propia familia; el descubrimiento no vino sólo: la nieta de Augusto era culpable del mismo delito que su madre.

La oposición verbal, las numerosas formas de eludir las leyes y la hipocresía de los altos cargos dan una merecida mala fama a la legislación romana. Había algo irónico en todo ello. De haber salido vencedor Antonio, las cosas habrían sido muy distintas. «Inimitable en el sexo», habría permitido que cada cual disfrutara de su cuerpo como

quisiera. Una vez muerto, pudo confiar al menos en su hijo. En 2 a.C. fue a él, al joven Julio Antonio, al que se consideró principal culpable del adulterio de la hija de Augusto.

# Capítulo 42

## LOS ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

Ganes o pierdas, te amaremos, Polidoxo (= Afamado)

Letrero del retrato de un caballo de carreras llamado Afamado, que aparece en el pavimento de mosaico de Pompeyano en Cirta (Argelia)

La tradición celebraba la muerte del león en el anchuroso valle de Nemea, noble hazaña de Hércules. Que la vieja leyenda guarde silencio, pues después de los espectáculos que nos has ofrecido, César, eso ya lo hace una tropa femenina.

MARCIAL, *Sobre los espectáculos* 8 (acerca del espectáculo dado por Tito en el Coliseo, 80 d.C.)

Además de sus edificios y su nuevo ordenamiento, la Roma de Augusto y sus sucesores es célebre en la historia por la envergadura de sus espectáculos públicos. Algunos de ellos se pusieron de moda en todo el Imperio y muchos tuvieron que ver con el «cuidado» que tenía el emperador de la plebe y con la promoción de los miembros de su familia. Suponían además un desafío a su concepto de la moralidad, del mismo modo que en otro sentido siguen suponiéndolo para nosotros ahora.

La faceta más civilizada del mundo de los espectáculos en tiempos de Augusto es la que más favoreció el emperador Adriano. Era el mundo de la música y el teatro, invención cultural de los griegos. Italia ya tenía una tradición autóctona bastante sencilla de farsa y de teatro, pero las obras griegas se hicieron mucho más populares, sobre todo a partir del siglo II a.C. Vinieron acompañadas de otras especialidades griegas: la recitación de fragmentos de

Homero, el mimo, la declamación de determinados mitos y escenas dramáticas, y, sobre todo, la pantomima. La pantomima es el equivalente más próximo del ballet que conoció la Antigüedad. Un bailarín silencioso, vestido de seda, ejecutaba piezas de gran dificultad (el papel más complicado era el de la locura de Hércules), mientras un grupo de músicos y cantantes acompañaban su ritmo y sus movimientos. A Augusto le encantaba la pantomima y la popularizó en Roma, favoreciendo a todo un virtuoso de la danza llamado Pílates, que fue el primero en añadir un coro y una orquesta al espectáculo.

El teatro era potencialmente más difícil. Los actores de mimo ejecutaban escenas ligeras que a veces resultaban un poquito subidas de tono; ilustres senadores, como, por ejemplo, Marco Antonio, tenían a veces a una actriz de mimo por amante. Los mejores actores de mimo podían ser desvergonzados en público y provocar protestas populares, por lo que a veces los emperadores desterraron de Roma a algunos artistas. Pero las tragedias de tema mítico también podían resultar problemáticas. El propio Augusto intentó una vez escribir una obra sobre Áyax, pero cuando los romanos escribían obras sobre los problemas de las dinastías míticas griegas, los argumentos no solían ser de su gusto. Extrayendo las consecuencias pertinentes podían reflejar sus propios problemas dinásticos.

El teatro, la danza y la música serían las artes de la cultura griega que también patrocinaría Adriano. Amante como era de la cultura griega, hizo de estas manifestaciones un elemento principal de la fiesta panhelénica que instituyó en Atenas en 131-132. Las aprobó y las fomentó también en las ciudades de provincias en las que habían seguido siendo

un elemento importante de la vida civil griega, como había ocurrido con las competiciones atléticas, actividad que se había propagado por el extranjero debido al triunfo del conservadurismo que suponían los Juegos Olímpicos. En Roma, se había dado publicidad por primera vez a las competiciones atléticas en el contenido de los espectáculos que acompañaban los triunfos en 186 a.C; por aquel entonces, se habían exhibido unos atletas griegos compitiendo desnudos en la modalidad de pentatlón. A Augusto le gustaba ver las competiciones griegas de atletismo, pero nunca instituyó una fiesta dedicada exclusivamente a ellas en Roma. En la capital del Imperio no arraigaron hasta los tiempos de Domiciano. En 86 d.C. este emperador instituyó en Roma la primera fiesta griega destinada a perdurar, los Juegos Capitalinos.<sup>[446]</sup> Constaban de concursos de música, poesía y atletismo, y en ellos competían atletas de uno y otro sexo por la obtención de premios. Los edificios que llevaban aparejados eran muy costosos, entre ellos un estadio que todavía es visible en el espacio de la famosa Piazza Navona de Roma.

Había una «minoría moral» a la que no gustaban las cosas con las que otros disfrutaban. Los atletas de los juegos griegos seguían practicando desnudos la carrera, el pugilato y la lucha, y especialmente esta última modalidad constituía un espectáculo muy provocativo desde el punto de vista sexual: Augusto prohibió a las mujeres asistir a los espectáculos de atletismo en la ciudad. Los moralistas seguían opinando que este tipo de juegos debían ser prohibidos por completo porque «fomentaban el vicio». En las ciudades griegas los varones se entrenaban y luchaban también desnudos en los gimnasios, los clubs sólo para

hombres que tenían a su disposición los ciudadanos. Los romanos adoptaron también los gimnasios, pero los utilizaban como centros de debate y para actividades de cualquier otro tipo, pero vestidos.

De manera bastante incoherente, reservaban la desnudez para los baños públicos. Los baños fueron también una invención griega, pero los patronos romanos transformaron el estilo sencillo de las bañeras calentadas por medio de braseros de carbón. La lujosa calefacción por debajo del pavimento se convirtió en una característica típicamente romana y suponía un enorme gasto de combustible y de dinero. Se hablaba de unos «orígenes» refinadísimos de este sistema, atribuyéndose al emprendedor Sergio Orata, que quiso calentar unos criaderos artificiales de ostras en el golfo de Nápoles. En la Roma de Augusto, la piscina de agua caliente encontró su mayor defensor en un amigo del emperador, Mecenas, gran amante de la buena vida, que también instauró la moda de comer pollinos de burras.<sup>[447]</sup>

Las grandes termas provistas de calefacción se difundirían por las ciudades de todo el Imperio Romano y con el tiempo se convertirían en un elemento más de las casas de campo lujosas. La gran villa de Adriano disponía ni más ni menos que de tres. En 33 a.C. se contaban 170 pequeños baños privados en la ciudad, pero sería en tiempos de Augusto cuando los baños de agua caliente se convirtieran en un importante servicio público.<sup>[448]</sup> En 25 a.C. Agripa construyó unas grandes «termas del pueblo», como parte del programa de desarrollo del Campo de Marte. En ellas, hombres y mujeres se bañaban por separado y se respetaba el llamado sistema «espartano», consistente en entrar en calor con un baño de vapor, friegas con aceite y en

un baño de agua fría. A partir de ese momento el número de las termas se multiplicó por cinco a lo largo de los cuatro siglos siguientes, dejando atrás la llamada austeridad espartana. En algunas hombres y mujeres se bañaban juntos desnudos. Un espléndido despliegue de mármoles de importación permitía que se reflejaran la luz y los colores y, durante el reinado de los sucesivos emperadores, estos lugares adquirirían unas dimensiones enormes. «¿Qué cosa hay peor que Nerón?», se decía. «¿Pero qué cosa es mejor que las termas de Nerón?»<sup>[449]</sup> Poco después se encontraría la respuesta: las termas de Tito, y más tarde aún las curiosas termas de Trajano, un complejo deportivo de unos 10.000 metros cuadrados de superficie, construido en el antiguo emplazamiento de un ala de la «Domus Aurea» de Nerón. Dedicadas en 109, las termas eran una obra maestra de la arquitectura, fabricadas en ladrillo y cemento, con una gran piscina al aire libre y un enorme frigidario abovedado en forma de cruz en el eje principal. Las posteriores termas de Diocleciano (*ca.* 305) eran todavía más grandes, y tenían capacidad para 3.000 bañistas.

Aparte de los baños, la faceta más aceptable de las diversiones populares en época de Augusto eran las carreras de caballos. Esta actividad tenía también a sus espaldas una larga historia entre los ricos que competían en los juegos griegos y fue una de las primeras importaciones en este sentido que llegaron a Roma. El historiador Tácito remontaba las carreras de caballos de Roma a la ciudad griega de Turios, en el sur de Italia, pero, según otros, probablemente fuera una importación incluso anterior, procedente de las ciudades etruscas, cuya nobleza era muy aficionada a ellas.<sup>[450]</sup> En Roma, este deporte adquirió unos

rasgos distintivos. La típica carrera de carros romana implicaba siete «vueltas» alrededor de dos postes giratorios, realizadas en sentido contrario al de las manecillas del reloj. El principal escenario era el Circo Máximo, en el que los caballos aparecían por unos puntos de salida típicamente romanos, unas cuadras llamadas *carceres* («cárceles»). En las carreras griegas, competían numerosos carros individuales (tenemos atestiguados hasta cuarenta y uno en una sola carrera); en Roma, en cambio, los participantes competían sólo en múltiplos de cuatro, hasta un máximo de doce. Un motivo de que se formaran esos cuartetos es que en Roma había cuatro «facciones», cada una de las cuales se identificaba por un color (los Azules, los Verdes, los Rojos y los Blancos). También estas facciones eran bastante antiguas (databan por lo menos del siglo III a.C.) y, en consonancia con la preocupación de los nobles romanos por su pertenencia a un «grupo de iguales», venían a reducir el ámbito de la rivalidad personal de los individuos. Aunque la organización de las facciones tenía importantes lazos con determinados ciudadanos prominentes desde el punto de vista social, los equipos ya no participaban en nombre de un individuo en concreto. En la década de 80 d.C. el emperador Domiciano intentó añadir otras dos facciones, los Dorados y los Violetas, pero no duraron mucho tiempo. Las competiciones entre dos facciones o «colores» eran consideradas los acontecimientos más importantes de la jornada «después de la procesión», y cuando participaban en ellas campeones famosos, suscitaban una gran admiración. Conocemos la carrera de un gran campeón de las carreras de carros, Gayo Apuleyo Diocles, que corrió en casi 2.000 ocasiones. Sus resultados indican que el que primero se

ponía a la cabeza de la carrera solía ser el ganador.<sup>[451]</sup>

También en este terreno había hecho Agripa una gran labor en Roma para Octaviano a finales de la década de 30 a.C. Podemos seguir la pista de varios libertos clientes suyos, relacionados con las escuderías de las carreras de carros: regaló también los famosos delfines de plata que marcaban las vueltas que debían darse en las carreras del Circo Máximo (conmemoraban la victoria naval de Augusto sobre Sexto Pompeyo en 36 a.C). Con el tiempo, Augusto permitió que las carreras de carros fueran incluidas en las celebraciones públicas ofrecidas con motivo de su cumpleaños y donó un obelisco adquirido a raíz de su victoria egipcia sobre Cleopatra, para que fuera colocado en el centro del Circo. Las proporciones de este tipo de espectáculos eran asombrosas. Hasta la época de Claudio no empezó a haber asientos de piedra en el Circo, pero la carrera podían contemplarla más de 200.000 espectadores. La multitud que acudía en Roma a las carreras sigue siendo la más numerosa de la historia universal de los deportes.

En el circo y otros espacios al aire libre de la ciudad se desarrollaban también espectáculos sangrientos y violentos. Ante todo pensamos en los combates de gladiadores, pero había otros tres tipos de peleas: las sangrientas luchas entre fieras salvajes, las cacerías entre animales salvajes y seres humanos, e incluso las batallas navales ficticias (naumaquias) entre equipos de combatientes armados. Sus orígenes se remontaban a los tiempos de la República, pero los sucesores de Augusto lo impulsaron hasta alcanzar nuevas cotas.

La más reciente de estas «diversiones» era la naumaquia, especialidad romana que empezó a ofrecerse en las espectaculares celebraciones del triunfo de Julio César de 46

a.C. En cambio, las «cacerías» de fieras se originaron, al parecer, mucho antes, en Cartago, donde estaban bien arraigados los espectáculos crueles (incluida la crucifixión): Cartago tenía fácil acceso a la numerosísima fauna salvaje del norte de África. Significativamente, las batallas entre fieras salvajes aparecieron por primera vez en Roma durante las guerras púnicas, cuando se mostraron en público elefantes, a los que se daba muerte a lanzadas.<sup>[452]</sup> En 167 a.C. tenemos noticia por primera vez de una curiosa variante: eran ofrecidos también a las fieras delincuentes y prisioneros de guerra. Con frecuencia los participantes en esas «cacerías» eran sujetos con grillos antes de que diera comienzo la competición. Las fieras iban atadas unas a otras y los delincuentes salían a la arena con las manos atadas o eran colgados, al alcance de los animales, de un poste o de una plataforma. El combate puramente humano de los gladiadores era un espectáculo mucho más antiguo. Se puso en escena por primera vez en Roma en 264 a.C. acaso a imitación de los combates existentes en el sur de Italia, aunque los romanos lo hacían remontar, como tantas otras costumbres suyas, al ejemplo de los etruscos (y probablemente tuvieran razón).

Así pues, la práctica de los deportes en tiempos de Augusto fue heredera del precedente establecido que ya habían explotado a fondo Pompeyo y Julio César. Augusto estaba también orgulloso de sus «espectáculos sangrientos»: en 2 a.C. recordaba veintiséis ocasiones en las que había ofrecido espectáculos de cacerías en los que se habían abatido cerca de 3.500 fieras, y dieciocho espectáculos de gladiadores en los que habían participado 10.000 hombres.<sup>[453]</sup> Construyó también un gran «lago» artificial en Roma en

el que ofreció en 2 a.C. un gran combate naval. Un siglo después todos estos motivos de orgullo se verían eclipsados. Entre mayo de 107 y noviembre de 109, Trajano celebraría su conquista de Dacia (la actual Rumanía) con más de veinte semanas de espectáculos sangrientos, presentando más de 5.500 parejas de gladiadores y matando a cerca de 11.000 animales. En 119, Adriano celebró su cumpleaños con seis días de matanzas durante las cuales fueron «cazados» y abatidos 1.000 animales (incluidos 200 leones) en seis jornadas espectaculares. Los escenarios de todos estos entretenimientos mejoraron también. En tiempos de Augusto, los espectáculos de Roma tenían lugar en distintos emplazamientos, incluido el Foro, aunque uno de sus lugartenientes construyó un anfiteatro de piedra. En la década de 70 d.C. la nueva dinastía Flavio levantó el mayor anfiteatro de Roma, llamado hoy día «Coliseo», con capacidad para 55.000 espectadores sentados. Aparte de presentar «cacerías» de fieras y luchas de gladiadores, parece que podía ser inundado para ofrecer representaciones de combates navales e incluso (en tiempos de Domiciano) podía ser iluminado por las noches.

Las diversiones de Roma se pusieron también de moda en todo el Imperio. Lo que menos impacto causó fueron las grandes carreras de carros. Aunque podían verse carreras de carros al estilo romano en Alejandría (quizá subvencionadas por el emperador), en pocas ciudades se levantaron imitaciones tempranas del Circo de Roma (existe, sin embargo, una muy buena en Mérida, en España). En el mundo griego, las carreras de caballos existían ya desde hacía siglos y por lo tanto no necesitaban ser promovidas de nuevo. Lo que realmente agarró fueron los espectáculos

sangrientos. Los anfiteatros se propagaron por Oriente y por Occidente, tanto en Londres (en el emplazamiento del gran Guildhall) o en Atenas. El ejemplo más impresionante, con importantes monumentos e inscripciones de gladiadores, fue descubierto en la ciudad española de Córdoba en 2003. Determinados individuos ofrecían este tipo de espectáculos también en el Oriente griego y las ciudades helénicas rivalizaban entre sí en la organización de entretenimientos. Sobre todo los gladiadores fueron asociados con el culto divino del emperador. Los prestigiosos sumos sacerdotes de estos ritos organizaban estos espectáculos para la muchedumbre enfervorizada que, sin duda, los veía como una forma de contactar con el emperador ausente. Menos claro está que agarraran tanto en el público los combates navales al estilo de Roma. Quizá se ofrecieran de vez en cuando en los juegos provinciales celebrados para conmemorar la proeza de Accio, la última gran batalla naval de Roma. En la capital, las naumaquias eran representadas como un espectáculo de «historia virtual» en el que grupos de actores interpretaban los antiguos enfrentamientos de la historia de Grecia. La lectura del texto de Tucídides resultaba muy difícil, pero la *Historia de la guerra del Peloponeso* encontró su público más numeroso en las multitudes que asistían a este tipo de representaciones, en las que «Atenas» era enfrentada a «Esparta» en los anfiteatros romanos inundados.

Esa exhibición pública de violencia suscita diversas cuestiones: ¿Por qué le gustaba al público y por qué era tan relevante socialmente? Desde luego se dejaron oír algunas voces críticas (algunas de las cuales, sin embargo, se aprovecharon de ella), y los griegos de Rodas se negaron a

permitir los espectáculos de gladiadores.<sup>[454]</sup> La crueldad básica de estas actividades debió de ser el principal obstáculo, aunque oímos hablar más bien de la ofensa moral que suponía la participación de hombres «libres» en este tipo de asuntos. Sin embargo, la afición por ellos persistió, porque, según se dice, se trata de un sentimiento latente de la naturaleza humana. Por mucho que nos choque, no podemos dejar de contemplarlos con estremecimiento, como le ocurría a lord Byron ante una ejecución pública, cuando dice que sentía compasión de la víctima pero no era capaz de sujetar con firmeza sus prismáticos de teatro.

La relevancia social es más inusual. Decir simplemente que los romanos eran unos brutos o unos sádicos no es procedente. Para empezar, la relevancia de estos juegos no dejó de tener críticos. Cuando se pusieron por primera vez en escena los espectáculos de cacerías de animales allá por la década de 180 a.C. fueron prohibidos, aunque dicha prohibición probablemente se debiera al temor y a la envidia que suscitaron entre los miembros de la clase alta contemporáneos del individuo que los organizó.<sup>[455]</sup> Sólo tras las protestas populares suscitadas en el curso de la siguiente década volvieron a permitirse las «cacerías». El motivo del papel público que desempeñaron posteriormente no es tanto el «sadismo» como el tipo concreto de rivalidad política existente en Roma, donde los grandes hombres debían brillar ante la muchedumbre, y los valores militares de los romanos que hacían aceptables este tipo de manifestaciones. Ambas cosas contribuyeron a mantener en el candelero los «espectáculos sangrientos». Los emperadores intensificaron después lo que los romanos del período republicano ya habían empezado.

El enfrentamiento de unas fieras con otras constituía un espectáculo sangriento exótico. La preocupación por los animales no suponía ningún freno: no hubo movimientos pro derechos de los animales, sino sólo casos aislados de compasión ante determinadas escenas emotivas, como la angustia de unos elefantes que vio Cicerón. Esas exhibiciones con animales no formaban parte de los «juegos» oficiales del calendario. Originalmente eran actos de beneficencia privados y de ahí pasaron a ser espectáculos populares extraordinarios organizados por individuos que querían quedar bien durante la celebración de sus triunfos militares. Por extensión, este tipo de espectáculos lúdicos se asoció con el desempeño de las magistraturas: se convirtieron en la forma aceptada por todos que tenía un magistrado de ganarse el favor del público. En la cultura característica de Roma, con su división entre «masas» y «élite», los espectáculos ponían las emociones psicológicas al servicio de la búsqueda de gloria de los políticos rivales. Los grandes hombres con aspiraciones políticas apelaban a los que tenían el estatus de espectador (y el derecho a voto, raramente ejercido) prometiendo exóticos derramamientos de sangre de animales, cuya contemplación resultaba tan atractiva para la masa. En las ciudades de provincia, esas «promesas» se convertirían en un primer momento en el gesto presumible de todo aquel individuo que presentara su candidatura a un alto cargo, incluso (cosa que nunca sucedería en Roma) a un puesto en el consejo municipal. Resultaba muy útil tener contactos personales en una provincia convenientemente «animal». La principal víctima en este sentido sería el norte de África. En los mosaicos, podemos ver cómo se metía a las fieras en jaulas y se preparaban para la travesía en barco, labor bastante

compleja, que, en el caso de los espectáculos imperiales, podía comportar la intervención de soldados romanos encargados de la captura y el transporte de los animales. En el magnífico mosaico de la localidad siciliana de Piazza Armerina, de época posterior (*ca.* 300 d.C), el dibujo incluye un cazador encerrado en una jaula: el cazador ha sido cazado y es contemplado por una especie de grifo mítico.

Las exhibiciones de fieras enfrentándose a delincuentes tenían además otras connotaciones. Eran ejecuciones públicas. A las víctimas humanas se les concedía incluso un último pequeño honor. La noche antes de morir, se les permitía celebrar una «última cena», a la que se permitía asistir al público que al día siguiente iba a acudir a la arena.<sup>[456]</sup> El día señalado, podían incluso llevar un traje de púrpura y alguna joya de oro en su breve y último momento de «gloria». Al verlos, los espectadores tal vez vacilaran, aunque durante un breve espacio de tiempo. A veces se cuenta que el valor de los cristianos condenados impresionó al público pagano y que en cierta ocasión, como entre los reos se encontraban unas mujeres desnudas que habían dado a luz recientemente y cuyos «pechos aún destilaban leche», la multitud de Cartago dejó constancia de su horror y las infortunadas fueron retiradas de la arena para que se vistieran con más decencia.<sup>[457]</sup> No obstante, los espectadores guardaban un gran distanciamiento del sufrimiento humano. Contemplaban la muerte de unas víctimas que habían sido castigadas «justamente». Aquellos granujas —pensaban— merecían lo que les estaba pasando, y socialmente eran unos indeseables.

La distancia entre los espectadores y las víctimas se acentuaba cuando semejantes castigos empezaron a ser

puestos en escena en la Roma imperial en montajes míticos o fantásticos. El propio Augusto hizo ejecutar a un famoso bandido siciliano en el Foro Romano junto a una réplica del Etna «en erupción» y encerró al desgraciado en una jaula situada debajo en compañía de animales salvajes. Las espantosas posibilidades existentes se nos ponen de manifiesto en una serie de epigramas de Marcial que celebraban el gran espectáculo organizado por el emperador Tito en 80 d.C, con motivo de la inauguración del Coliseo: describen la representación de «parodias» mitológicas con víctimas humanas en el anfiteatro. Se podían hacer combinaciones de sexo y violencia sumamente interesantes. Algunas lámparas de terracota halladas en las inmediaciones del anfiteatro de la Atenas romana muestran mujeres practicando el acto sexual con animales; en Roma sólo habría que dar un paso más y se escenificaría el mito de Pasifae, que se ocultó en una vaca de madera para unirse con el toro del que se había enamorado. «Lo que canta la leyenda, lo muestran los juegos...»: el «mito virtual» se haría realidad.<sup>[458]</sup> Las dimensiones míticas importaron elementos ya conocidos por el mimo, la pantomima y el teatro. El programa habitual de una jornada de «espectáculos» situaba las cacerías de animales por la mañana, y el ajusticiamiento de delincuentes a la hora de comer. Las escenificaciones mitológicas mezclaban la alta cultura con la más vulgar, en repetitivas sesiones matinales de simples espectáculos de matanzas. Permitían la ostentación y el lujo y alejaban a los espectadores todavía más de la realidad. Aquellos espectáculos no tenían nada de «religioso» y se celebraban en honor de los antepasados difuntos.

Para nosotros, los gladiadores resultan más misteriosos

que los espectáculos de animales. Sin embargo, los gladiadores empezaban en su mayoría siendo cautivos de guerra o delincuentes, y tenían la condición de esclavos. Una carrera en la arena daba a aquellos «miserables» una oportunidad única de obtener la gloria. Al igual que las cacerías, los espectáculos de gladiadores nunca habían formado parte del calendario fijo de festejos de Roma. También éstos empezaron como exhibiciones de carácter privado en los funerales, pero luego se convirtieron en el regalo o «promesa» de los hombres ilustres que celebraban un triunfo o que buscaban mayores honores (como el joven Julio César, cuando fue edil en 65 a.C). Lo fundamental en este tipo de juegos es que muchos espectadores se identificaban con los valores militares de los duelos de hombres armados. Los anfiteatros construidos por encargo aparecen por primera vez en las colonias de soldados veteranos de Italia y luego el espectáculo conoció una amplia difusión a través de los campamentos romanos establecidos en las provincias. Se decía incluso que resultaba beneficioso para los espectadores ver cómo aquellos individuos inferiores socialmente tenían un comportamiento «marcial» y aguantaban las heridas que recibían. Naturalmente se producían muertes, pero eso no era lo esencial del espectáculo. A veces los combatientes eran liberados cuando llegaban a un «empate» honorable; en otras ocasiones, el luchador herido se rendía y el combate se detenía. Tenemos noticias de luchadores profesionales que sobrevivieron a treinta combates, algunos de los cuales incluso perdieron. Se sabe, sin embargo, que al emperador Claudio le gustaban los finales sangrientos.

Potencialmente, se podía ganar mucho dinero y hacer

una buena carrera en este campo, y los esclavos o los delincuentes podían obtener también la libertad. Entre el público, algunos se volvían locos por determinados «astros» de la arena: en Pompeya, los *graffiti* cantan las alabanzas de algunos llamándolos «capricho de las nenas» o «cazadores nocturnos de chavalas».<sup>[459]</sup> También para las mujeres, los «uniformes» y los músculos podían resultar sumamente excitantes: Augusto decretó que en los espectáculos de gladiadores las mujeres debían ocupar únicamente las gradas más altas y las últimas filas. Estas peleas empezaron a provocar una gran fascinación, que atrajo hasta la arena incluso a algunos combatientes libres. Los niños jugaban «a los gladiadores» y de vez en cuando también aparecían gladiadoras: en Ostia, un benefactor se jacta en una inscripción de ser «el primero en hacer combatir a mujeres desde que se fundó Roma».<sup>[460]</sup> Las minorías gozaron asimismo del beneplácito de un nuevo público en el anfiteatro. En 57, con motivo de la visita de un príncipe oriental, Nerón puso en escena a «los negros», un espectáculo en el que intervinieron sólo combatientes norteafricanos, incluidos mujeres y niños. A Domiciano quedó reservada la gloria de presentar peleas de mujeres contra enanos.<sup>[461]</sup>

Para Augusto y sus sucesores, esta cultura cada vez más arraigada de los espectáculos supuso una carta muy valiosa frente al público. A diferencia de los grandes personajes de la República, los emperadores monopolizaban ahora los triunfos: tenían con diferencia muchos más recursos que nadie; podían hacer gala de la máxima «liberalidad» y magnificencia en los espectáculos que daban para la plebe y con los cuales no podía competir nadie. No tardaron en

crear una escuela especial de gladiadores (probablemente desde los tiempos de Augusto). Tenían tropas de gladiadores y poco a poco llegaron a dominar la organización de este tipo de combates; dominaban además las carreras de carros. No obstante, en su calidad de «Primeros Ciudadanos», se suponía que debían asistir a los espectáculos en persona. Recibían la aprobación del público cuando, como Augusto o Adriano, mostraban un fuerte interés por los acontecimientos, mientras que Julio César había cometido la imprudencia de leer su correspondencia durante los espectáculos. Los emperadores estaban bien asesorados para que mostraran interés, pues los varios millones de espectadores que asistían al teatro, o los 150.000 o más que acudían al Circo Máximo solían aprovechar la ocasión para expresar a gritos sus quejas o las alabanzas del soberano y su familia. Los hombres de la época veían en estos espectáculos como una alternativa a la política, pero además eran otra cosa. Eran un diálogo entre el soberano y su pueblo, cuyas exigencias casi nunca eran demasiado radicales. La multitud solía gritar pidiendo cosas concretas de naturaleza bastante limitada, a veces incluso cómica. La ocasión se prestaba al lenguaje franco y a la «licencia» en un escenario no político, no un sustitutivo de la democracia ausente. Pero constituía también para los visitantes extranjeros y para los espectadores del orden senatorial un poderoso recordatorio de que el «César» disfrutaba de una relación con la plebe de la que ellos probablemente no podrían disfrutar nunca.

El problema para Augusto no estaba tanto en la multitud como en algunos jóvenes miembros de sus estimados órdenes superiores. Desde la década de 40 a.C.

los integrantes de la alta sociedad de Roma habían mostrado un «desagradable» deseo de aparecer personalmente en escena o incluso de combatir en la arena. No contribuyó en absoluto a la promoción de los valores ancestrales el hecho de que Marcelo, el propio sobrino de Augusto, permitiera a un caballero romano y a varias matronas respetables aparecer en el espectáculo público que dio cuando ocupó una magistratura menor. Se prohibió a los senadores, a los caballeros y a sus familias aparecer como actores o como gladiadores, pero al final la prohibición acabó resultando inútil. En 11 d.C. Augusto tuvo que levantar la prohibición de que los caballeros combatieran como gladiadores: él mismo, en su vejez, asistió a un espectáculo en el que intervinieron personajes de este rango. Se mantuvo la prohibición para las mujeres libres, pero sólo si eran menores de veinte años. Parece, sin embargo, que las carreras de carros siguieron sin estar reguladas.

El austero Tiberio no tardó en poner en vigor la prohibición, pero no duraría mucho tiempo. Para los jóvenes acalorados resultaba mucho más excitante competir en la arena con una red, una espada o un tridente que sostener la antigua moralidad vistiendo una pesada toga cándida. Con el tiempo, habría emperadores que compartirían esa misma opinión. A Calígula le gustaba jugar a ser gladiador, mientras que Nerón actuó en los escenarios y participó en una carrera de carros. En una ocasión, después de una pelea de avestruces en el anfiteatro, les cortó el cuello y se presentó ante los senadores que ocupaban los asientos especiales que les estaban reservados blandiendo una espada en una mano y la cabeza ensangrentada de una de estas aves en la otra. Les hizo un gesto con la mano dando a entender que los

próximos cuellos que pensaba cortar eran los suyos. Y cuando murió hubo incluso senadores que compraron su indumentaria y sus armas de gladiador.<sup>[462]</sup>

# Capítulo 43

## EL EJÉRCITO ROMANO

Número total de ausentes 456

Incluidos 5 centuriones

Resto presentes 296

Incluido 1 centurión

De los que:

Enfermos 15

Heridos 6

Sufren de inflamación ocular 10

Total 31

Resto, aptos para el servicio 265

Incluido 1 centurión.

Informe de las fuerzas de la Primera Cohorte de Tungros a fecha 18 de mayo (probablemente a comienzos de la década de 90 d.C.) en Vindolanda, al norte de Britania (*Tabulae Vindolandenses* 1.154).

Durante casi sesenta años la relación más importante que mantendría Augusto no sería con la multitud que llenaba los teatros, sino con el ejército. Los soldados habían vivido con la caída de la República unos cambios muy profundos que resultarían trascendentales para la verdadera «revolución romana». Desde los tiempos de Sila, su número había aumentado vertiginosamente. A la muerte de Julio César había más de cuarenta legiones (compuesta cada una de ellas por unos cinco mil hombres); el asentamiento en colonias de los veteranos seguía suponiendo una operación ingente tanto dentro como fuera de Italia. Con Augusto, las legiones fueron reducidas en un principio a veintiséis, pero en 23 d.C, año para el que ya disponemos de cifras claras,

seguían computándose ciento cincuenta mil soldados de condición ciudadana en las legiones (por entonces, veinticinco) más otras ciento cincuenta mil tropas auxiliares en las importantes unidades de apoyo, casi la totalidad de cuyos integrantes eran de origen no romano, y sólo recibirían la ciudadanía una vez licenciados. A medida que las fronteras del imperio fueron extendiéndose, esos hombres empezaron a estacionarse en territorios cada vez más lejanos, pero su número total siguió siendo enorme.

La duración del servicio militar también se alargó notablemente. La época de los triunviros se había caracterizado por los largos períodos bajo las armas de los reclutas, pero después de Accio esos períodos fueron oficializados. Los legionarios tuvieron que empezar a prestar servicio durante dieciséis años (veinte a partir de 5 d.C), y en 13 a.C. se añadieron otros cuatro años «bajo los estandartes» para los que ya habían cumplido su plazo. Durante ese período «extra», se suponía que sólo podía recurrirse a ellos para entrar en combate contra el enemigo. De hecho, el servicio podía llegar a prolongarse hasta treinta años sin recibir el licenciamiento definitivo; durante la República, la duración máxima había sido de seis años. Con Augusto, por lo tanto, hubo un verdadero ejército permanente. Era bastante distinto a aquellas tropas de ciudadanos que eran llamados a filas por un breve espacio de tiempo en las ciudades-estado griegas, y era mucho mayor que los reducidos ejércitos de los reyes helenísticos que se ampliaban en tiempos de guerra mediante la contratación de mercenarios o el reclutamiento de colonos en las zonas rurales. Incluso contaba con flotas localizadas en diversas bases navales que formaban una pequeña armada

permanente.

Como todos los emperadores, Adriano supo reconocer la importancia de ese ejército, especialmente cuando tuvo que encabezar la retirada de Oriente tras las desastrosas campañas de su predecesor. Pero como no era un emperador guerrero, se convirtió en un emperador viajero. Desprendía un aura militar cuando hablaba a sus hombres en cada provincia, compartiendo con ellos incluso sus raciones de pan y queso. Por aquel entonces (*ca.* 120) el ejército era todavía más grande porque había aumentado el número de auxiliares y de naves: había aproximadamente medio millón de hombres en activo, probablemente uno de cada ciento veinte habitantes del imperio. No sería hasta el siglo XVII cuando Francia lograría alcanzar esa misma proporción en un solo reino.

A partir de Augusto, todos los emperadores recibirían el título de general (*Imperator*). En consecuencia, las estatuas a menudo representan a los emperadores con uniforme militar, y la derrota de los bárbaros se convierte en uno de los elementos más importantes de su imagen tanto en el arte como en la poesía. Llevaban una corona de laurel (símbolo de la victoria), y en las fiestas vestían la túnica especial de los generales «triunfadores». Podemos comprobar perfectamente por qué el historial militar de Augusto era uno de sus puntos más débiles. Pues, en calidad de emperador, fue él quien trató con el ejército en general. Fue él quien estableció las distintas pagas, las dietas y la duración de los servicios para cada graduación militar.<sup>[463]</sup> Hasta 6 d.C. pagó las recompensas debidas a los soldados tras su licenciamiento y entregó los pertinentes «diplomas» a los auxiliares que se retiraban. Sólo por orden suya se fundaban

colonias para veteranos: los detalles del «mapa» de cada colonia y sus derechos de propiedad serían depositados, debidamente firmados, en los archivos del propio emperador.<sup>[464]</sup> Si la tierra en la que se establecía la colonia tenía que ser comprada (a veces no era así), era Augusto quien satisfacía la cantidad necesaria para la adquisición, circunstancia que subraya en el informe de sus gestas, pues hasta entonces nunca nadie había pagado tanto dinero por tierras. La mayoría de las legiones se encontraban en provincias imperiales, no en las «senatoriales», y en ellas sus agentes velaban por el pago de los salarios a los soldados.<sup>[465]</sup> En ellas, sólo él daba condecoraciones militares, aunque todos los veteranos, independientemente del lugar donde estuvieran, eran «suyos». Cuando licenció a numerosos veteranos tras la batalla de Accio, les concedió la ciudadanía romana con todos sus privilegios, el derecho de voto en Roma en la tribu que escogieran, la exención de todas las obligaciones cívicas en sus ciudades natales si así lo deseaban, y la inmunidad fiscal en diversos tipos de exacciones. Sin embargo, los veteranos asentados, por ejemplo, en España, difícilmente se preocuparían de ejercer su derecho de voto en Roma, mientras que los habitantes de sus ciudades indudablemente pondrían a su disposición diversos cargos locales con ofertas que no habrían podido rechazar. Los privilegios tenían que ser reclamados por sus beneficiarios, pero no se vieron limitados hasta finales del siglo II (cuando se rebajó el período de su validez a cuatro años), y no fueron abolidos hasta el siglo III.

Por respeto al emperador en su calidad de comandante supremo, los soldados observaban un calendario romano de fiestas y sacrificios religiosos. Es probable que su concepción

se remontara al reinado de Augusto, aunque sólo encontramos pruebas claras de su existencia en una época posterior, cuando el número de sacrificios en honor de los emperadores y las emperatrices divinizados había crecido considerablemente. En el centro de cualquier campamento de legionarios, se levantaba una capilla con los estandartes de la legión y las imágenes del emperador y los dioses romanos (también se depositaban en ella los ahorros de los soldados). Se realizaban rituales romanos de purificación y se llevaba a cabo la toma de augurios: ha llegado a nuestras manos el calendario de una unidad auxiliar, formada por no ciudadanos, en el que se incluyen diversos votos a realizar el 3 de enero para el bienestar del emperador y la eternidad del imperio, además de distintos sacrificios en honor de la Tríada Capitolina.<sup>[466]</sup>

En tiempos de la República el hecho de negarse a prestar servicio militar estaba penado con la muerte. En la nueva era ese castigo desapareció. En adelante el servicio en las legiones sería casi siempre voluntario, o el reclutamiento forzoso sería excepcional. En dos momentos de crisis, los años 5 y 9 d.C, Augusto sí tuvo que recurrir a él; en la década de 60, sin embargo, el emperador Nerón vio que no podía ordenar un reclutamiento forzoso cuando quisiera.<sup>[467]</sup> Cuando tenemos atestiguadas localmente levadas en el imperio, se trata o de levadas de voluntarios o de unidades auxiliares formadas por no ciudadanos. Aún así, observamos también que los oficiales encargados del reclutamiento son hombres del emperador. Se calcula que, una vez descontadas las bajas y las jubilaciones habituales, eran necesarios unos seis mil reclutas anuales para satisfacer las necesidades del ejército con el fin de mantener las legiones en todo su vigor.

Las cifras de los censos romanos que han llegado a nuestras manos indican que el número cada vez mayor de ciudadanos habría podido satisfacer fácilmente esas necesidades. Por lo tanto habría hecho falta una demanda muy grande y repentina de soldados para hacer del reclutamiento forzoso una necesidad urgente. Por lo demás, el emperador y sus hombres se encargaban simplemente de velar por ella. Ya en 23 d.C. el hecho de que Tiberio consultara con el senado el tema del reclutamiento militar constituía un caso bastante excepcional.<sup>[468]</sup> Incluso los nombramientos de los mandos de rango inferior se sometían a la aprobación personal del emperador, lejos de ser consultados a la opinión pública. Por casualidad hemos descubierto (a través de un poema escrito en la década de 80) que uno de los secretarios del emperador era el encargado de recibir la correspondencia relativa a los comandantes de la caballería, los tribunos militares y otros oficiales subordinados tanto para dar el visto bueno a sus nombramientos, como para ayudar al emperador en el caso de que deseara nombrarlos personalmente desde arriba.<sup>[469]</sup>

La táctica de los soldados se había diversificado durante la caída de la República, pero el prototipo de legionario seguía siendo el mismo: continuaba yendo armado con una pica (*pilum*), que era arrojada cuando el adversario estaba cerca, y se ayudaba con el empleo efectivo de la espada. Calzaba las mismas sandalias que antes, provistas de pesadas suelas de clavos («botas militares»), vestía una cota de malla (sustituida posteriormente por un peto de tiras de hierro unidas) y se protegía con un sólido yelmo de metal y un escudo ovalado, o, a partir de 100 d.C, rectangular. Cuando llevaba toda su armadura, no podía nadar, aunque la natación era una de sus mejores cualidades, pues formaba

parte del adiestramiento recomendado. En formación cerrada, la alineación de sus escudos podía resistir el embate de todo tipo de proyectiles; al abrirse la formación, los soldados podían pasar entre los carros provistos de cuchillas que lanzaban contra ellos sin demasiada efectividad los ejércitos britanos. También disponían de catapultas para arrojar piedras y saetas, impulsadas por torsión (una de ellas recibía el nombre de asno salvaje por la fuerza de sus «coces»). Los romanos copiaron esta maquinaria del mundo griego, y colocaban unos sesenta de esos aparejos detrás de cada legión para que la batalla iniciara con una gran cortina de fuego que saliera disparada por encima de la cabeza de los legionarios.

El principal avance táctico consistió en el empleo cada vez mayor de soldados auxiliares locales no romanos. A finales del siglo I d.C. las tropas provinciales de infantería ligera se pondrían delante de la línea tradicional de legionarios y sufrirían la mayor parte del embate inicial. En las alas, los escuadrones de la caballería compuesta por jinetes no romanos dispararían sus flechas y arrojarían sus jabalinas, y se precipitarían en diagonal sobre el enemigo o rodearían sus flancos. La carga de la caballería en formación de cuña contra el centro del ejército enemigo, signo distintivo de las grandes victorias de Alejandro, ya no estaba de moda. La caballería enemiga solía estar formada por escaramuzadores, especialmente en Oriente Próximo, donde los jinetes partos acostumbraban a disparar decenas de flechas mientras emprendían la retirada.

Hubo también siempre una caballería formada por ciudadanos romanos, que fue utilizada con eficacia por última vez en 109 a.C: en la Roma de Augusto, entre los

miembros del orden ecuestre que disponían de «caballos públicos» había individuos como el poeta Ovidio. De modo que el grueso de la caballería romana tenía que depender de soldados auxiliares y provinciales. Entre 60 y 40 a.C. Julio César fue descubriendo y aprovechando la excepcional destreza de las caballerías germana y gala. También en España Augusto se quedó sorprendido de la rapidez de los jinetes nativos y de su habilidad en el lanzamiento de jabalina montados a caballo, detalles que recoge en su autobiografía. Tras observar la actuación de esos soldados en Germania, Plinio el Viejo escribiría un manual sobre sus tácticas que se conserva en parte: cabe señalar que en latín numerosos vocablos técnicos relacionados con el mundo de la caballería se basan a menudo en palabras hispanas o galas. Todavía podemos leer el discurso que pronunció el emperador Adriano en el norte de África, comentando la hermosa demostración en su arte que habían hecho sus tropas de caballería. Aún no existían los estribos que habrían de permitir a los jinetes adoptar una postura estable, pero los romanos adoptarían una silla de montar, invento de los celtas: llevaban incorporados dos «cuernos», o pomos, que los ayudaban a mantenerse más firmes.

Un cuerpo concreto de la caballería alcanzó el más alto honor: los jinetes germanos, unos individuos increíblemente fornidos cuyos «sorprendentes físicos» causaron la admiración de Julio César, quien no dudó en reclutarlos para su guardia montada personal. A la muerte del gran general, esos guardias se repartieron entre Marco Antonio y el nuevo «César». Tras su victoria, Augusto decidió conservarlos a todos, creando así su espléndido cuerpo de guardia de imponente estatura, a la que estacionó en Roma,

astutamente al norte del Tíber. En 118, ya en tiempos de Adriano, un poema describe cómo uno de esos jinetes germanos cruzó a nado «las profundas aguas del ancho Danubio equipado con toda su armadura... disparé con mi arco una flecha a la que di y partí con una segunda mientras volaba por el aire y caía... A ver quién es capaz de emular semejante proeza».<sup>[470]</sup> No hubo nadie que lo hiciera entonces, y esos guardias germanos siguieron en activo durante siglos: los sucesores de Augusto a veces los pusieron a las órdenes de un experto gladiador. Fueron un apoyo fundamental del «Príncipe».

Más prominencia aún alcanzaron los guardias del emperador, esto es, los pretorianos. Estas tropas de infantería se habían desarrollado durante la última fase de la guerra civil, en la que prestaron sus servicios a los dos líderes principales. Bien pagados y cuidadosamente seleccionados, los pretorianos fueron amalgamados por el vencedor en un solo cuerpo de nueve mil soldados; los de Augusto procedían en su gran mayoría de Italia. A partir de la década de 20 d.C. fueron concentrados en distintos cuarteles de Roma, constituyendo una presencia absolutamente antirrepublicana, y su mando, que había empezado siendo ostentado por caballeros de poco rango, pasó a algunos de los intrigantes más influyentes de la primera época del imperio, a Sejano durante el reinado de Tiberio, o al odioso Tigelino, que no hizo nada por mejorar la moralidad de Nerón. La guardia pretoriana se convertiría en un elemento fundamental en la sucesión al trono y la supervivencia de todos los emperadores.

Las legiones principales siempre estaban integradas por ciudadanos romanos. Sin embargo, la ciudadanía podía ser

concedida rápidamente a los voluntarios locales antes de enrolarse. Las tropas auxiliares, en cambio, servían siempre en calidad de no ciudadanos con la perspectiva de conseguir esta distinción una vez licenciados. Sus unidades llevaban nombres étnicos, pero no tardaron en incluir a individuos de diversas nacionalidades, convirtiéndose en un verdadero crisol. Los hombres más salvajes e indómitos raras veces prestaban sus servicios en su propia patria. Así pues, los britanos solían ser enviados a Europa central, y los fornidos germanos eran estacionados cerca de Escocia en el Muro de Adriano. La paga de los legionarios no era particularmente espléndida, y en tiempos de Augusto se deducía el importe de las armas, las tiendas de campaña y la vestimenta. Inevitablemente, también había pagos «bajo cuerda», exigidos por los centuriones para «garantizar» al soldado sus permisos. Este tipo de «cobros» no fue abolido (al menos oficialmente) hasta 69 d.C, y con el tiempo las deducciones salariales fueron disminuyendo; las sumas retenidas en concepto de tiendas y armamento pasaron a ser consideradas depósitos a devolver tras el licenciamiento del soldado.<sup>[471]</sup> Los guardias pretorianos estaban mucho mejor pagados, mientras que las tropas auxiliares cobraban menos, aunque su paga podía variar y equivaler a veces a la de un legionario (las tarifas salariales exactas siguen siendo discutidas). Como ha ocurrido siempre, la de soldado fue la profesión asalariada más extendida de la Antigüedad.

El premio era la recompensa obtenida tras el licenciamiento. Marco Antonio y Octaviano habían empezado por buscar en Italia parcelas de unas doce hectáreas para los veteranos: después de Accio, se produjo una gran oleada de asentamientos que llevó a esos soldados

retirados principalmente a las provincias. A partir de 6 d.C. empezó a ofrecerse la posibilidad de cobros en efectivo, financiados por el tesoro militar de reciente creación: no obstante, esos pagos eran inferiores al menos en dos tercios a los que anteriormente se habían ofrecido durante las guerras de finales de la década de 40 a.C. No ayudó mucho el hecho de que ese tesoro se financiara en parte con la introducción del nuevo, y odiado, impuesto sobre las herencias que comenzó a aplicarse a los ciudadanos romanos. Siguieron ofreciéndose pequeñas parcelas (Nerón intentó incluso que fueran ofrecidas en suelo italiano), pero lo cierto es que en 14 d.C. los soldados se lamentaban de que se les quitaba del medio con la concesión de un pedazo de tierra en terrenos pantanosos o en escarpadas montañas.

A pesar del nuevo tesoro, el reinado de Augusto acabó con la moral del ejército por los suelos, con una necesidad constante de nuevos reclutamientos y con importantes motines en la frontera del norte. El principal culpable de aquella situación debemos buscarlo en el empeño personal del emperador a partir de 5 a.C. por emprender campañas militares en el norte. Las luchas encarnizadas en la zona permitieron el avance de Roma hasta los ríos Elba y Weser; el principal enemigo que seguía ofreciendo resistencia, Marobodo, estaba considerado el «peor azote desde Aníbal»,<sup>[472]</sup> pero para hacerle frente fue necesario el reclutamiento de numerosos soldados de todas partes, que provocó numerosas revueltas en los Balcanes, especialmente en el Ilírico. Al final, hubo que entablar negociaciones con Marobodo. En 9 d.C. el contraataque de los germanos cogió dispersas y desprevenidas a las legiones, y supuso una derrota sin paliativos para su general, Varo: el héroe

germano de esa acción fue Arminio (de donde procede el nombre «Herman el Germano»). Las acciones de represalia fueron capitaneadas por el futuro emperador Tiberio, que reinstauró modos disciplinarios ya en desuso e impuso el más estricto orden. No podían ser peor agüero de lo que serían sus años como emperador.

Para poder emprender esas campañas, se impidió durante mucho tiempo el licenciamiento de los soldados, a veces hasta treinta años: la prolongación de las prestaciones de los servicios seguía siendo una práctica habitual, y dejaría sentir sus consecuencias. La obligatoriedad del servicio militar en Roma también había puesto a mucha gentuza en primera línea. La situación supuso una verdadera mancha en la administración militar de Augusto, que en cualquier caso ya se había visto empañada. Los viejos métodos de disciplina impuestos por Tiberio y sus contemporáneos tampoco ayudaron a levantar la moral, sobre todo cuando éstos se presentaron dispuestos a arreglar las cosas después de varios generales mucho más blandos.

Al tener unas causas tan concretas, los motines de 14 d.C. eran perfectamente subsanables. Curiosamente, no volvieron a producirse, ni siquiera en 69 cuando cuatro emperadores marcharon sucesivamente unos contra otros. Ese mismo año ni siquiera hubo la necesidad de aumentar el salario de los soldados para motivarlos (se mantuvo sin cambios hasta el reinado de Domiciano). Mientras tanto, en muchas provincias, la vida en el ejército adquirió un ritmo de cotidianidad propio de los tiempos de paz. De los manuales militares y los informes diarios que se han conservado en papiros, se desprende que no era en absoluto una vida aburrida.<sup>[473]</sup> Se practicaban regularmente ejercicios,

y había una serie de importantes obligaciones civiles que cumplir, entre otras, la construcción de calzadas, la explotación de canteras y minas y la erección de puentes. Los soldados fueron involucrándose en la vida que los rodeaba, participando incluso en la lucha contra las plagas de langosta. Irremediablemente, se apelaba a sus jefes para que arbitraran y dirimieran las disputas, y no sólo las que pudieran surgir entre los soldados. Buena parte de lo que entendemos como «romanización» fue obra de los soldados que permanecieron durante largo tiempo en activo (incluidos los acueductos erigidos en el norte de África). Los campamentos legionarios se convirtieron en viveros de arquitectos e ingenieros expertos que también podían prestar su asesoramiento en numerosos proyectos civiles. Había un volumen enorme de papeleo para llevar los listados diarios y todos los detalles relativos a la paga: los manuales instaban a que, en la medida de lo posible, los soldados supieran leer y escribir, y el servicio militar fue sin duda un agente promotor de esos conocimientos.

Los generales de las legiones eran senadores (menos en Egipto), y en las provincias que contaban con varias legiones solían ser hombres de treinta y tantos años que ya habían ejercido normalmente una preñara en Roma. Los pilares de apoyo de aquellos novatos eran los centuriones más veteranos, en su mayoría individuos tan duros como el acero. Los expertos «prefectos del campamento» también tenían mucha importancia en este sentido. Cada legión contaba además con cinco tribunos experimentados pertenecientes también al orden ecuestre: el sexto tribuno era un joven de dieciocho o diecinueve años de rango senatorial. En comparación, carecía realmente de experiencia, pero

probablemente el legado al mando disfrutara de su compañía. Según Tácito, era muy raro que esos jóvenes privilegiados no convirtieran la milicia en disipación o se valieran de su cargo de tribuno inexperto para obtener placeres y permisos.<sup>[474]</sup>

Incluso la dieta habitual de los soldados solía ser sorprendentemente variada, e incluía, además, diversos tipos de carne (en su mayoría, carne de caza). En el ejército, por lo tanto, las actividades cinegéticas se extendieron hasta los niveles inferiores de la escala social. Por otro lado, en los campamentos se fabricaba el equipamiento de los soldados, incluidas las armas, mientras que los suministros básicos eran abastecidos por la provincia, transportados a veces desde lugares lejanos. No sabemos con qué frecuencia se abonaba puntualmente el importe de esos productos. Se ha calculado que una legión consumía «dos mil toneladas» de grano al año, y que para el mantenimiento de las monturas de una unidad de caballería eran necesarias otras «seiscientas treinta y cinco»: habría sido necesaria una altísima demanda de servicios locales pagados por parte de los soldados para compensar a la población de la provincia por esas cargas. No obstante, los soldados tenían una ventaja propia de la vida militar de la que carecían los civiles, a saber, el cuidado de los enfermos. Los hospitales son, en efecto, una invención del ejército romano.

Durante los largos intervalos de paz, la vida de los soldados de esos campamentos se relajaba inevitablemente, y entonces solía salir a escena el inveterado temor de los romanos al lujo. La llegada de un nuevo comandante o la visita del emperador servía a veces para reinstaurar la disciplina: en 121-122 Adriano emprendió esa tarea en

Germania. Las camas fueron prohibidas (el propio emperador dormía en el campamento sobre un lecho de paja), y los vistosos comedores y los pórticos fueron demolidos. Sin duda habían sido creados por oficiales de costumbres relajadas: incluso se procedió a arrancar todas las plantas de sus jardines ornamentales. El propio Adriano reemprendió las duras marchas de hasta treinta kilómetros con la armadura puesta, ejercicio que volvió a imponer a las legiones. Su «disciplina» sería recordada durante siglos por los autores de los manuales militares.<sup>[475]</sup> Como práctica general, las unidades solían trasladarse de un lugar a otro, cubriendo una considerable extensión de territorio más allá de sus bases: en tiempos de Adriano, las torres de vigilancia se habían hecho habituales, y las avanzadillas podían encontrarse a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia del campamento principal. Los genios militares, por su parte, no olvidaron que, según se decía, los hombres de Aníbal habían sido víctimas de aquel invierno transcurrido en medio de los lujos de Capua; y los de Sila, de los de Asia. Así pues, con el tiempo, los campamentos legionarios serían trasladados de un lugar a otro, y tras ellos, en su viejo emplazamiento, surgiría una nueva ciudad. Por lo tanto, el temor al lujo contribuyó indirectamente a urbanizar a los súbditos de Roma. Las ciudades y pueblos que se desarrollaron a partir de antiguos emplazamientos militares sirvieron para relajar a los provinciales a los que se suponía que los curtidos soldados habían tenido que proteger. En Britania, ciudades como Gloucester y Lincoln nacieron de esta manera.

Si bien era necesario mantener a los soldados separados de las ciudades, también había que mantenerlos alejados de

las mujeres, sobre todo de las casaderas. Desde los tiempos de Augusto hasta el siglo III, los legionarios tuvieron prohibido contraer matrimonio. Cuando un individuo estaba casado y entraba en el ejército, su unión quedaba disuelta en el momento de ser reclutado. Por supuesto, era imposible mantener a los hombres apartados de las mujeres. Surgían relaciones sentimentales (los soldados hablaban incluso sobre «novias» y «amadas» en sus cartas), y los burdeles también tenían mucho trabajo, aunque se sabe de una unidad militar destacada en la costa septentrional del mar Negro que recaudó impuestos locales de las prostitutas. Los hijos de los legionarios, sin embargo, eran ilegítimos. En algunas inscripciones encontramos alusiones a «hijos de Espurio» (bastardos de soldados), y en ciertos papiros del Egipto romano se hace referencia con toda claridad a un grupo de «los sin padre».<sup>[476]</sup> No son huérfanos: son fruto de uniones prohibidas por la ley, ya fuera entre romanos y egipcios como entre legionarios romanos y mujeres nativas. Mucho antes de que aparecieran los profesionales del celibato de los monasterios cristianos, los cerebros militares de Roma ya se habían opuesto al matrimonio. Una de las ventajas era que, si ocurría un desastre militar, no había nada que pagar a viudas o familiares de los soldados muertos.

# Capítulo 44

## LA NUEVA ERA

Éste es el juramento prestado por los paflagonios y los romanos que hacen negocios entre ellos. «Juro por Zeus, la Tierra, el Sol, por todos los dioses y diosas, y por el propio Augusto, que seré favorable a [Cé]sar Augusto, sus hijos y sus descendientes durante todos los días de mi [vida] de palabra, de obra y pensamiento... Cuanto vea y oiga que se dice o se trama o se hace contra ellos, lo denunciaré y seré enemigo de la persona que diga, trame o haga algo de eso... Si hago algo que vaya en contra de este [juramento]... ruego que caigan sobre mí, sobre mi cuerpo, mi alma y mi vida, sobre mis hijos y toda mi familia y todo lo que nos es útil, la destrucción, la destrucción total hasta el exterminio de mi linaje y de todos mis descendientes...» Con estas mismas palabras prestaron juramento todos [los habitantes del país] en los templos de Augusto de los distritos [de Paflagonia] ante los altares [de Augusto].

Juramento prestado en Paflagonia, 6 de marzo de 3 a.C.

La primera legislación moral de Augusto fue el preludio de su celebración de una «nueva era» de Roma. Se citó convenientemente un «antiguo» oráculo para respaldar dicha afirmación y, aduciendo unos argumentos más que cuestionables, se calculó que el comienzo de esa nueva era caía en el año 17 a.C. Durante tres días con sus noches, a partir del 31 de mayo, se ofrecieron sacrificios de animales a los dioses griegos y romanos bajo la dirección general de los sacerdotes tradicionales para esta ocasión. Se dieron al pueblo los elementos tradicionales para llevar a cabo la purificación, pero fueron Augusto y su heredero Agripa, hombre de origen oscuro, los que dirigieron las operaciones. Los ritos diurnos fueron toda una innovación: las siniestras

divinidades infernales fueron sustituidas por la diosa del nacimiento, la madre Tierra y dioses como Apolo, Diana y Júpiter. Como tantos otros elementos del conservadurismo reconocido por Augusto, parece que la ocasión tradicional fue readaptada de una forma nueva.

El último día, dos buenos coros, uno de veintisiete mancebos, y otro de veintisiete doncellas, cuyos padres estaban vivos, cantaron un himno especialmente encargado para la ocasión. El himno fue ejecutado dos veces por aquellos confiados jóvenes patriotas, primero en honor de Apolo en el templo recientemente construido para este dios en el Palatino, y luego en honor de Júpiter, el dios «padre» de los romanos, en el Capitolio. El himno fue escrito por el poeta Horacio y podemos apreciar cuánto se aleja de los rituales que lo precedieron. Se ruega en él por el éxito de la legislación sobre los matrimonios recientemente aprobada (los «decretos de los padres sobre el sometimiento de las mujeres al yugo»); evoca el pasado troyano de Roma, que el gran poema de Virgilio, la *Eneida*, había hecho tan famoso sólo dos años antes; alaba a Augusto y pide que todas sus oraciones sean escuchadas; es el descendiente de Venus, el único (parfraseando a Virgilio) «superior al que se le enfrenta, indulgente con el enemigo caído».<sup>[477]</sup> Gobierna en el lejano Oriente, y hasta los «indios, tan orgullosos antes», vienen a pedirle órdenes (en 25 a.C. se había presentado ante Augusto una embajada india y en 20 a.C. se concluyó un tratado de «amistad»).

El himno de Horacio evoca la tasa de natalidad, las conquistas y los valores morales (el Honor y la antigua Modestia). Hace alusión a la familia legendaria de Augusto, la fertilidad de la tierra y el futuro de Roma. Semejante

poema era bastante nuevo para este tipo de ocasión. A continuación pudieron verse representaciones teatrales, carreras de carros y «cacerías» de fieras, que harían las delicias del público durante otra semana. En medio de tanta diversión, nadie podía imaginarse, y menos aún Horacio, que Augusto, «la gloriosa sangre de Anquises y Venus» iba a seguir gobernando durante tantos años. Horacio hablaría una y otra vez de estos mismos temas en sus *Odas*, pero sus alabanzas no serían más sinceras al final de la vida de Augusto que al principio. Los asuntos más importantes durante el reinado de Augusto serían sus campañas (no siempre sus conquistas) en el exterior, la atención organizada a Roma y a su pueblo (aunque siguieron produciéndose algaradas y crisis naturales), y los intentos de promover a su familia y de asegurarse un sucesor (el único éxito que se le negó una y otra vez). Estas mismas serían las preocupaciones de todos los emperadores romanos posteriores.

Antes de celebrar la «nueva era», Augusto había adoptado a sus dos nietos, los hijos de su única hija, Julia, y de su leal Agripa. Por una vez, se vio rodeado de un círculo de familiares, una hermana, una esposa y unos herederos. Cabe subrayar que los muchachos añadieron el nombre mágico de César al suyo propio. Durante los festejos del año 17 a.C. Augusto rogó «por mí, por mi casa y mi familia»,<sup>[478]</sup> y durante los quince años siguientes se empeñó en cubrir de distinciones a sus dos presumibles herederos. A ambos se les concedieron magistraturas a edad tempranísima; fueron designados cónsules con años de antelación (Gayo César tendría sólo veintiún años cuando ocupara este cargo, al que se accedía normalmente alrededor de los cuarenta y dos); se

tuvo buen cuidado de presentarlos al ejército; y se les dio una gran publicidad en las ciudades de provincias a través de las monedas. En 5 a.C. Gayo fue nombrado «príncipe de la juventud», título especial que le permitía presidir el orden de los caballeros. Fuera de la capital, tanto él como otros miembros de la familia recibirían honores divinos en las ciudades de las provincias. En una zona bastante lejana, en el interior de Asia Menor, encontramos a un pueblo que aproximadamente en 3 a.C. prestó un juramento de lealtad a Augusto, a «sus hijos y a sus descendientes».<sup>[479]</sup>

A todo esto había una gran pregunta sin responder. A los soldados les habría gustado tener un sucesor de la familia, otro «César» de la estirpe de Julio César. Si el heredero era adoptado, como en el caso de Augusto, a ellos no les importaba. Ese mismo era el deseo de la plebe de Roma, que además reaccionaba positivamente ante la juventud y la belleza. Le habrían encantado nuestras revistas modernas llenas de fotos de príncipes y princesas. Pero a los ojos de cualquier senador juicioso, la República no era un asunto familiar, que se transmitía por herencia. Con el tiempo, los senadores preferirían poder elegir al emperador entre los miembros de la curia.

Entre 18 y 12 a.C. Augusto tuvo un socio de menor rango elegido por él mismo, el leal Agripa. Había sido sólo una concesión a la opinión más tradicionalista el hecho de que sus poderes fueran renovables formalmente, lo mismo que los de Augusto. Cuando Agripa murió inesperadamente en 12 a.C. Augusto pronunció su elogio fúnebre y el discurso fue enviado en forma de circular a todos los gobernadores provinciales: es indudable que ellos también lo hicieron circular por el territorio de su jurisdicción en

versión traducida. Había dos «ramas» dentro de la nueva dinastía: los descendientes de Augusto, frutos de la unión con su primera esposa, Escribonia, es decir los hijos de su hija Julia (los Julios), y sus hijastros, los hijos de su segunda esposa, Livia mujer muy capacitada (los Claudios). A partir de estas dos ramas, los miembros de la dinastía durante las ocho décadas siguientes (hasta 68 d.C.) recibirían el nombre de los Julio-Claudios.

La rama de los Claudios era la más vieja y demostró ser la más capacitada. En los Alpes, quedó patente que los dos hijastros de Augusto pertenecientes a la familia Claudia eran mucho mejores soldados de lo que él lo había sido. En 9 a.C. el menor, Druso, falleció; recientemente hemos sabido que sus funerales fueron espléndidos y que el elogio que en su honor pronunció Augusto circuló también por las provincias. Probablemente fuera acompañado de una «exhortación» moral al pueblo: cuando en octubre de 19 d.C. murió el hijo de Druso, tan popular como su padre, el testimonio que pronunció el emperador en su honor también circuló por todo el Imperio en provecho de «la juventud de nuestros hijos y nuestros descendientes».<sup>[480]</sup> La «mejora» de la juventud formaba parte del programa gratuito de Augusto. Iba dirigido a los hijos de los senadores, que se vestían formalmente y asistían a las reuniones de sus padres, y a los jóvenes del orden ecuestre que desfilaban a caballo. Formaban parte de una concepción que todavía somos capaces de reconocer: dar ejemplo a los jóvenes, asignarles funciones públicas y tratar de sofocar el pensamiento independiente.

Por otro lado, cosa de la que somos cada vez más conscientes, estaba la segunda esposa de Augusto, la temible

Livia: ojalá conserváramos unas memorias suyas (vivió hasta el año 29 d.C). Los rumores malignos aseguraban que había envenenado a sus rivales y que suministraba doncellas al puritano Augusto, haciéndolas entrar a escondidas en la casa del Palatino. Su imagen pública era muy distinta, pero esos rumores demuestran que no era ésa la única idea que de ella tenían los romanos. En 36 a.C. Livia había compartido con su marido la «inviolabilidad» de los tribunos: se trataba de la concesión de un honor a una mujer que iba contra la esencia misma de la República, pero que la hacía destacar frente a las mujeres orientales de Antonio. Después recibió otros pequeños honores y ayudó a restaurar algunos templos de Roma dedicados a cultos asociados con mujeres respetables. En 7 a.C. dio su nombre a un espléndido pórtico público de Roma, en el que había columnatas con paisajes pintados en *trompe l'oeil* y una exhibición pública de obras de arte (ya se decía que Agripa había querido confiscar todas las obras de arte de propiedad privada para exhibirlas en público, razón por la cual los nobles romanos boicotearon el funeral de aquel hombre tan vulgar). El emplazamiento del Pórtico de Livia era muy significativo. Anteriormente, había estado en ese mismo lugar la enorme mansión privada de Vedio Polión, hombre de malísima fama que había servido en Oriente a las órdenes de Augusto. Polión fue denunciado por su excesivo lujo, entre otras cosas por el mal ejemplo que suponía (al decir de la gente) su costumbre de arrojar esclavos a su piscina de peces carnívoros. Su palacio fue demolido y en su mismo emplazamiento Livia erigió un monumento a la sobria Concordia (virtud conyugal) y un «paseo público» en el que se exhibían numerosas estatuas griegas expoliadas. ¡Qué forma de presentarse a sí misma tan distinta de las malas mujeres de la retórica de Cicerón, de

personajes como Fulvia, la esposa de Antonio, de cuya codicia y crueldad se hablaba para subrayar el carácter «tiránico» de su marido!

La retórica superaba los límites y la consideración proyectados por este tipo de acciones. A la muerte de Druso, el hijo de Livia, en 9 a.C. un caballero romano llegó incluso a escribir obsequiosamente un poema para consolarla en su calidad de «primera dama». El reciente y espectacular hallazgo de inscripciones en España nos demuestra cómo el senado se explayaba hablando de sus virtudes en una efusiva respuesta a cierta crisis de la familia imperial. En 20 d.C. los senadores elogiaban públicamente a Livia no sólo por haber dado la vida al austero emperador Tiberio, sino también por sus «numerosos grandes favores a hombres de toda condición; por propio derecho y por sus merecimientos podía ejercer una influencia suma en todo lo que pidiera al senado, aunque empleaba dicha influencia en muy pocas ocasiones».<sup>[481]</sup> Los republicanos tradicionalistas se habrían sentido horrorizados. Una vez más, este largo decreto sería erigido públicamente para edificación de la posteridad. Debía ser mostrado en lugares destacados de las provincias e incluso en los campamentos del ejército.

El objetivo moral de la nueva era se extendió también a la arquitectura. Augusto se jactaba de haberse encontrado una Roma hecha de ladrillo y haber dejado una Roma hecha de mármol. Desde luego, la Roma de 30 a.C. carecía de la magnificencia y de la planificación de las grandes ciudades del Oriente griego. Incluso su centro cívico era un laberinto confuso, impropio de una joya del mundo. Augusto realizaría numerosas obras en el centro de la ciudad y, en consonancia con el nuevo orden moral, escultores y

arquitectos tenderían a favorecer un clasicismo contenido. Las elevadas columnas de mármol de los templos públicos se harían más espectaculares, con una predilección por el capitel corintio, pero por admirable que sea su factura, los principales monumentos escultóricos relacionados con la figura de Augusto se caracterizan por una variedad de alusiones y una limitación de las formas que rozan el mal gusto. A menudo expresan los ideales de su retórica moral y familiar. La década de 30 a.C. había sido una época caracterizada por la publicidad política en los edificios, en las monedas y en la literatura. La Roma de Augusto siguió adelante con su utilización de la escultura y la arquitectura para la divulgación de sus mensajes.

En consecuencia, la nueva era augusta tiene derecho, entre otras cosas, a ser calificada de época «clásica». En realidad es «clasicizante», y se inspira en la Grecia de los siglos V y IV a.C: sin ella, el arte público de Augusto no habría tomado nunca esa dirección. En su contexto romano, este estilo implicaba dignidad, autoridad y moderación, con unas características que nunca había tenido su modelo original: «en la opción política del clasicismo podemos ver una expresión del orden del estado romano». Orden, dignidad y estructura eran también las cualidades de buena parte de la primera literatura augusta, especialmente de los poemas de Horacio y Virgilio. En ellos, podemos afirmar que la «nueva era» es «clásica», sencillamente en el sentido de primera clase. Pero sus grandes poemas, como la gran prosa retórica de Cicerón, se habían nutrido de la época de libertad preaugusta.

Aparte del clasicismo de las nuevas obras en piedra y de lo mejor de la nueva poesía, estaba la otra Roma, por

entonces una populosa ciudad de (probablemente) un millón de habitantes, la más grande con mucho del mundo. Las diferencias sociales seguían siendo asombrosamente grandes. Los ricos vivían en grandes mansiones, pero los más pobres dormían donde podían; los relativamente pobres se hacinaban en elevados bloques de pisos de madera con tabiques delgadísimos, el sueño especulativo de los terratenientes. Estos «receptáculos verticales» contruidos precipitadamente y atestados de vecinos estaban rodeados de calles estrechas y tortuosas, mientras que el suministro de agua era muy desigual y los transportes públicos brillaban por su ausencia. La Roma de la mayoría de la población era a la vez un sueño y una pesadilla. Era también, por supuesto, una sociedad esclavista. En la década de 60 a.C. un solo senador tenía no menos de 400 esclavos viviendo en su casa: por consiguiente, si ese senador era un caso típico, «el senado» (el conjunto de los hombres mejores y leales) era el propietario de casi 250.000 de los seres humanos que habitaban en Roma.<sup>[482]</sup> Tal vez dos quintas partes del millón (aproximadamente) de habitantes de la ciudad eran esclavos, y buena parte del resto, eran ex esclavos, libertos, que seguían «obligados» por lazos de clientela a sus antiguos amos. Los ciudadanos humildes eran la plebe, pero dentro de la plebe no debemos confundir a los que tenían vínculos con las grandes casas con los que carecían de ellos. Pues, en efecto, existía una plebe «respetable» y una plebe «sórdida», gentes que mendigaban cualquier cosa. Las modernas ciudades de chabolas atestadas de refugiados de Egipto o Pakistán son lo más parecido que podemos imaginar a esta «Roma del orden», aunque en ellas no exista la esclavitud aceptada por todos que había en Roma.

Había quedado demostrado que la «otra Roma» estaba más allá de las capacidades o el interés de la amada República de Cicerón. En tiempos de Augusto, esa Roma dio los primeros pasos hacia su saneamiento y su seguridad. Paulatinamente, se introdujo una brigada antiincendios, absolutamente necesaria, los guardias o *vigiles*, cuyo nombre sobrevive en su equivalente de la Roma moderna. El suministro público de agua fue mejorado enormemente gracias a la construcción de nuevos acueductos y, con el tiempo, por el nombramiento de nuevos superintendentes y de esclavos públicos encargados de su mantenimiento. En consecuencia, las familias ricas trasladaron su residencia a las colinas, por encima de los terrenos otrora pantanosos, y siguieron desarrollando nuevos parques y hermosos palacios en la zona. Se nombró un comité encargado de velar por las crecidas del Tíber. La altura de las casas de pisos se limitó a las siete plantas aproximadamente, sin duda para disgusto de los especuladores. Se creó un nuevo prefecto del aprovisionamiento de grano; y las donaciones regulares de grano entre determinados ciudadanos siguieron adelante (en estos momentos los beneficiarios eran casi 250.000). Al igual que los espectáculos públicos, este subsidio no hacía llegar «el pan y el circo» a todos los pobres de condición libre, pues ascendían a más de medio millón de personas. Pero una vez reforzado con el grano de Egipto, el abastecimiento general de trigo a la venta fue estabilizándose.

A medida que iban sucediéndose las reformas, todos los órdenes sociales de Roma empezaron a tener papeles definidos, y eso hacía que pareciera que valía la pena desempeñar esos papeles. El senado seguía estando muy

ocupado y las funciones de los senadores se multiplicaron, pero en último término el poder residía en otra parte, en el emperador. Con el paso del tiempo, pues, resultaría cada vez más difícil asegurar un quórum de asistentes a las sesiones del senado. La clase privilegiada de los caballeros celebraba sus procesiones anuales; y los plebeyos empezaron a estar cada vez más regulados. Había centenares de miles de ellos, y en último término podían formar una masa potencialmente irresistible, como se puso brevemente de manifiesto tras el asesinato de César. Augusto los dejó en sus antiguas «tribus», treinta y cinco en total, a través de las cuales se llevaban a cabo las donaciones de grano y se organizaban las asambleas. Sin embargo, mantuvo los controles impuestos por Julio César. Reguló estrictamente su derecho a crear «asociaciones» o *collegia*, auténticos peligros políticos y sociales de la ciudad republicana. A cambio, la plebe tendría muchos más espectáculos a los que asistir, pero incluso en este campo se regularía una jerarquía de los asientos. Toda esa reglamentación sólo fue posible porque los espectadores corrientes y molientes la aceptaron y no se rebelaron nunca contra ella. Seguía sin haber una fuerza de policía, aunque el servicio antiincendios patrullaba ya por la ciudad. Sin embargo, Augusto había estacionado soldados dentro de la ciudad o en sus inmediaciones, la guardia pretoriana y su guardia montada de germanos. Siempre podían intervenir en un momento de crisis.

Mientras tanto, la táctica que evidentemente siguió fue la de divide y vencerás. En 7 a.C. dividió la ciudad en catorce distritos a las órdenes de unos «alcaldes de barrio» (*vicomagistrati*), habitualmente libertos. Estos funcionarios locales celebraban sacrificios a los Espíritus Protectores o

Lares en los cruces de caminos de los barrios. Hasta entonces había habido «Lares augustos» (*Lares augusti*), pero esas mismas palabras podían emplearse ahora con otro significado, a saber, el de los «Lares de Augusto» (*Lares Augusti*). En los cultos celebrados en las encrucijadas se rendían también honores al genio de Augusto, su «espíritu guía». Por consiguiente, los cultos de la propia casa de Augusto fueron trasladados directamente a las esquinas de las principales calles de la ciudad. Los libertos que presidían estos cultos llevaban la vestimenta y las insignias de los verdaderos magistrados, y disponían de unos esclavos privilegiados para ayudarles. Se nos ha conservado un altar destinado a este tipo de culto que refleja los temas propios del arte más elevado y en el que aparece una escena de la leyenda de Eneas, el fundador de la patria, y el escudo honorífico que proclamaba las «virtudes» de Augusto. Estos engreídos personajes se entregaron apasionadamente a sus nuevas funciones y aquellos pequeños altares locales pervivieron en Roma durante siglos.

Sintomáticamente, también proliferaron en la ciudad de Augusto algunas inscripciones en honor de determinados individuos. En el extremo superior de la sociedad, los triunfos propiamente dichos empezaron a reservarse exclusivamente a los miembros de la familia imperial. En cambio, los senadores recibían los «ornamentos triunfales», pero conmemoraban sus hazañas en inscripciones públicas que enumeraban minuciosamente todos los cargos que habían ocupado a lo largo de su carrera. En cambio, fueron erigidos dos grandes monumentos que conmemoraban los puntos culminantes de la carrera de Augusto. El primero, el Altar de la Paz (*Ara Pacis*), con sus delicadas esculturas, fue

votado por el senado a su regreso de la Galia en el verano de 13 a.C. Muestra una lozana imaginería de abundancia de la naturaleza y una madre nutricia (probablemente la Tierra) con sus hijos. Los miembros de la familia imperial aparecen acompañados de figuras de sacerdotes romanos, entre ellos cuatro sumos pontífices, con la cabeza cubierta por un velo y a punto de realizar un sacrificio. La ocasión exacta a la que hace referencia la procesión es objeto de discusión, pero probablemente se recuerde la toma de posesión en marzo de 12 a.C. del cargo de Pontífice Máximo por parte de Augusto, que había permitido diplomáticamente que siguiera en manos del viejo Lépido hasta su muerte, acontecida poco antes.<sup>[483]</sup> La combinación de retratos de la familia, motivos religiosos y togas ceremoniales es típicamente augusta.

En 2 a.C. el imperio de Augusto llegó a su punto culminante. Una vez más, siguió una senda hollada ya por Julio César. En febrero de ese año el senado lo nombró «Padre de la Patria» (como a Julio César) y en el mes de mayo concluyeron por fin las obras del templo de Marte (el dios de la guerra) Vengador. Se encontraba delante de su monumento más importante, el «Foro de Augusto», en el corazón de la ciudad. A partir del 12 de mayo se organizaron grandes espectáculos para celebrar su inauguración, con juegos de gladiadores y la muerte de 260 leones. Los entretenimientos fueron una vez más como los de César. En un terreno que excavó e inundó precisamente con esa finalidad, hizo que dos grupos vestidos de atenienses y persas representaran una batalla naval a imitación de las de las antiguas guerras médicas de 480 a.C. Fue un prelude del heroico envío del joven nieto de Augusto, Gayo, para su

«triunfo» sobre Oriente en una pseudoguerra médica. El Circo fue inundado también para presentar una cacería de cocodrilos.

Julio César había encargado ya la construcción de un Foro, pero el de Augusto, recubierto de mármoles multicolores, constituía la afirmación suprema de la tergiversación publicitaria de Augusto. Su templo de Marte conmemoraba la «venganza» de Julio César y el «castigo» (mucho menos cruento) de los partos (realizado por vías diplomáticas). Se convertiría en el centro neurálgico de Roma para la entrega pública de honores a los generales y a los héroes del ejército: en adelante sería el centro de reunión para las personas a las que se concedía una fianza por medio de un contrato legal. En el templo, una púdica imagen de Venus, diosa de la familia Julia, acompañaba a Rómulo (vestido de pastor) y a ciertas divinidades patrias como el padre Tíber. El nombre del propio Augusto fue tallado en el centro del friso situado debajo del frontón. Alrededor del Foro había varias esculturas griegas antiguas, entre ellas dos figuras magistrales de Alejandro Magno. La novedad estribaba en las columnatas que flanqueaban la plaza. Como otros monumentos y zonas públicas de la ciudad de Augusto, suponían una especie de «desfile de la historia».<sup>[484]</sup> En un extremo, Rómulo encabezaba una serie de estatuas de los grandes héroes triunfadores del pasado romano, cada una de las cuales llevaba una inscripción laudatoria. En el otro extremo se erguía la figura de Eneas con su padre troyano y los antepasados de la familia Julia. Augusto publicó incluso un edicto proclamando que «tanto él mismo, mientras viviese, como los príncipes de las siguientes generaciones fueran juzgados por sus conciudadanos con arreglo a la

pauta establecida por aquellos [grandes hombres], tomándola como modelo».<sup>[485]</sup>

A Heródoto, el primer historiador, no le habría sorprendido lo que vino después. Tras el momento de máximo esplendor personal vendría la catástrofe. Al cabo de unos meses se hizo público y luego fue debidamente castigado el adulterio de su encantadora hija, Julia: ¿le habría extrañado a alguien que los hijos adoptivos de Augusto, sus dos nietos, no fueran en realidad hijos de Agripa, como se afirmaba? Cuando Julia comentó: «Únicamente invito a otro timonel cuando el barco está lleno», quizá no pretendiera más que desmentir esos rumores. Pero resultaría que su cargamento también fue efímero. Primero uno y luego otro, los dos jóvenes murieron prestando servicio militar en el extranjero. Se hizo preciso adoptar nuevas y complejas disposiciones de carácter dinástico, que acabaron con la adjudicación del papel principal a un miembro de la rama «Claudia», a Tiberio, el austero hijo de Livia. Pero en 9 a.C. corrieron rumores de que éste había hablado de instaurar un gobierno más parecido a una «república», y en 6 a.C. ya se había retirado a una especie de destierro autoimpuesto, según se dijo, para no tener que desempeñar la potestad tribunicia en público. A partir de 6 d.C. las guerras desencadenadas en la frontera norte del Imperio obligaron a imponer serias restricciones a las finanzas romanas y al reclutamiento de ciudadanos. Las repercusiones sobre unas y otros se dejarían sentir, especialmente, a través del nuevo impuesto sobre las transmisiones aplicado a los ciudadanos, que fue introducido para sufragar los gastos acarreados por el ejército. Entre la plebe de Roma corrieron rumores de sedición, se desencadenó un gran incendio en la ciudad, y el

hambre asoló Italia durante varios años. El último nieto que le quedaba a Augusto fue desterrado en 7 d.C, y en 8 se castigó de nuevo el adulterio, en esta ocasión en la persona de la nieta del emperador, Julia la Menor. Para colmo de males, en 9 d.C. se produjo la derrota de las legiones en Germania. Fue una suerte que estas crisis tuvieran lugar después de treinta años de dominación. En aquellos momentos parecía que ya no había alternativa.

¿Qué había, pues, en el fondo de la revolución romana, que le permitió aguantar semejantes turbulencias? Cada vez con más frecuencia habían empezado a acceder al senado y a aparecer en los estamentos superiores de la sociedad de Roma individuos pertenecientes a las principales familias de las distintas regiones de Italia. Pero la revolución no consistió en esa constante ampliación pacífica de la clase dirigente de Roma. Lo más importante es que las proscripciones y la guerra civil habían costado muchas vidas y habían supuesto el paso violento de las propiedades de unas manos a otras: todo ello había comportado, efectivamente, una gran dosis de terror revolucionario, aunque el sistema político de las ciudades de Italia no experimentara prácticamente ningún cambio. Con la victoria, se produjo una revolución militar y constitucional de un tipo distinto. En Italia había ahora veintiocho nuevas colonias de veteranos del ejército, a los cuales, como hiciera Sila, había establecido Augusto cuando aún estaba vivo y en activo, hombres leales a su persona asentados en las tierras expropiadas. En otros lugares, lo que quedaba del ejército se había convertido en un ejército permanente, fiel a su general en jefe, Augusto. Políticamente, Augusto ostentaba una serie de poderes sustraídos a las magistraturas electivas: de

ese modo, lo que quisiera podía obtenerlo tranquilamente manipulando a su antojo el sistema político de Roma. De ese modo fue estrangulada la libertad de iniciativa política: cada vez resultaba más difícil, señalan los historiadores, penetrar la realidad de las cosas. En Roma se construyó un elegante edificio nuevo destinado a las votaciones del pueblo (a partir de un proyecto de Julio César), pero los candidatos que se presentaban ante la asamblea electoral estaban cada vez más a menudo pactados de antemano. Este tipo de preselección fue introducido en 5 d.C, quizá como un cebo para las clases altas con el fin de que aprobaran las disposiciones dinásticas tomadas por Augusto un año antes. Mientras tanto, en las asambleas legislativas desapareció por completo la posibilidad de que los tribunos propusieran una legislación popular independiente o simplemente interpusieran su veto. En su lugar, se fomentó una especie de sentido de «dinastía». Se ve reflejado en las nuevas centurias electorales que se añadieron a los comicios del pueblo: recibieron los nombres de Gayo y Lucio, los nietos difuntos de Augusto. En un extremo del espacio político de la capital, el Foro, se erigió también un hermoso pórtico en su memoria.

Vistas las cosas a distancia, el historiador Polibio habría afirmado que su teoría premonitoria se había confirmado. La «oligarquía» equilibrada de los tiempos de la segunda guerra púnica había degenerado hacia lo que al menos el propio Polibio habría considerado una «democracia». En realidad, no había sido más que el monopolio por parte de los miembros de la clase alta del ámbito de «libertad popular» que representaba la constitución romana. Luego, como dice el gran historiador especializado en esta crisis,

Peter Brunt, los «intentos [por parte de esa misma clase alta] de “restaurar” los poderes del pueblo condujeron a la monarquía, y la monarquía destruyó la libertad del pueblo más a fondo que la libertad de los senadores».<sup>[486]</sup> Sin embargo, esta pérdida de la libertad del pueblo se vio compensada con las ganancias sociales obtenidas por la «chusma urbana» de la ciudad de Roma. La mejoría de los entretenimientos urbanos vino acompañada de nuevas vías de acceso a la justicia. Como ocurriera anteriormente, los pretores electos siguieron presidiendo los tribunales públicos de la ciudad: se añadió un cuarto «turno» de jurados y desapareció el interés por la separación de senadores y caballeros entre los integrantes de los jurados. Los senadores transigieron con esa fusión de los dos órdenes porque el senado, con los cónsules a la cabeza, se convirtió en un tribunal aparte con jurisdicción para juzgar a sus propios miembros por los delitos más importantes, entre ellos el de concusión: los caballeros, por tanto, quedaron excluidos de los procesos senatoriales más graves, y de ese modo se puso fin a la odiada «libertad igualitaria».

La innovación más drástica fue el hecho de que pudieran dispensar justicia nuevos magistrados. El Prefecto de la Ciudad, cargo de reciente creación, pertenecía al orden senatorial; se ocupaba de juzgar determinados casos, especialmente aquellos relacionados con las clases humildes de la urbe, y tenía facultad para obligar a acatar sus órdenes no sólo a los esclavos, sino también a las personas libres cuya «audacia» requiriera del uso de la fuerza. Con el tiempo, el Prefecto de la guardia pretoriana también dispensaría justicia, cuando los casos gravitaran simplemente en torno a gentes sobre las cuales tuviera jurisdicción.

El primero de esos individuos era el propio Príncipe o Primer Ciudadano. Como titular de la potestad tribunicia, cabía pensar que legalmente Augusto podía recibir las apelaciones de todos los ciudadanos romanos. Ya en 30 a.C. se dice que se le concedió específicamente este poder, y en 18 a.C. probablemente se le concediera de manera explícita a través de una «ley sobre la violencia pública». Como titular del imperio proconsular, podía asimismo instruir un caso y después dictar sentencia. Su presencia, en lo más alto de la sociedad, se convirtió en un nuevo foco de importancia jurídica capital. Por otra parte, las acusaciones, peticiones y apelaciones procedentes de las provincias iban dirigidas a él, tanto en los asuntos de carácter civil, como en los de índole criminal, y tanto si procedían de ciudadanos romanos como si no. Llegaban con las embajadas procedentes de ciudades lejanas o en forma escrita, o directamente a través de los propios interesados, ya fueran acusadores o acusados, que viajaban pacientemente a Roma para verlo. En cierta ocasión llegó incluso una embajada de Cnido, teóricamente una ciudad griega libre, pidiendo justicia en un curioso caso contra una pareja de marido y mujer (que habían buscado refugio en Roma), acusados de que, en una disputa que habían tenido recientemente, la mujer había agraviado al marido obligando a un esclavo a arrojar sobre su cabeza el contenido de un orinal.<sup>[487]</sup> Tal vez Augusto decidiera involucrarse tanto en el caso debido a lo extraordinario de la historia de la que le habló la embajada. Es muy significativo que el número de las peticiones de justicia creciera tanto: Augusto tuvo que ordenar que los pleitos procedentes de Roma y de las provincias fueran delegados a otros tribunales. Pero como les ocurrió anteriormente a los Ptolomeos, no podría escapar a la marea de casos que atraía su imperio.

Al final se produciría una simetría terrible. En 43 a.C. había empezado proscribiendo a los ciudadanos y matándolos; en los momentos más difíciles del final de su reinado, volvió a recurrir a los ataques contra la libertad de expresión. En tiempos de Augusto es cuando oímos hablar por primera vez de la quema de libros «peligrosos». El delito de traición contra el Estado romano se ampliaría a las ofensas verbales como el libelo y la calumnia contra ciudadanos ilustres. Cabría sostener que semejantes delitos constituían una ofensa a la dignidad moral de la clase superior, tema de importancia capital durante la nueva era. De ahí no había más que un paso, por lo demás irremediable, a la extensión del delito a la traición verbal a la persona del emperador, vivo o muerto. Dicho paso se daría a todas luces durante el reinado del sucesor de Augusto, Tiberio. Cuando se juzgaban casos de traición de este tipo en el senado o en un tribunal en presencia del emperador, la actitud de éste durante la audiencia determinaría el resultado del juicio.<sup>[488]</sup> Gracias a la revolución de Augusto, los órdenes superiores perdieron su libertad política, pero recuperaron de paso la paz civil y la estabilidad. Sin embargo, al menos un tipo de libertad aumentó: la libertad de pleitear unos con otros.

Sexta parte  
UN MUNDO IMPERIAL

La fortaleza del Imperio procedía de la entrega de sus habitantes, y esa entrega era fruto de la gratitud por la paz, cuyo mantenimiento era el cometido primordial de Roma; el principal monumento que se nos ha conservado de su gobierno y de su organización es el derecho romano, mientras que la expresión más notable de la actitud liberal ante las poblaciones nativas es la constante extensión de la ciudadanía romana... La aristocracia que formaba la base de la administración en la capital buscó ayuda en los aristócratas de las provincias, y en un mundo en el que la cultura de la mayoría estaba tan atrasada como los medios de divulgación de las noticias y de formación de la opinión pública, los principios de la democracia no eran ni honrados ni respetados. Pero esta época no fue necesariamente la peor porque las capacidades de un individuo inspiraran respeto, y porque además los ignorantes no eran los menos satisfechos con el grado de dependencia que tenían de la minoría culta.

HUGH LAST, en *The Cambridge Ancient History*, volumen XI (1936), 477

Según veo yo las cosas, el sistema político romano facilitó una explotación económica intensísima y a la larga destructiva de la gran masa de los individuos, ya fueran de condición libre o esclava, e hizo que la reforma radical resultara imposible. Consecuencia de todo ello fue que la clase de los propietarios, los hombres verdaderamente ricos, que habían creado deliberadamente el sistema en su propio beneficio, chupó la savia vital de su mundo y de ese modo destruyó la civilización grecorromana en gran parte del imperio... Si tuviera que buscar una metáfora para describir la concentración de riqueza cada vez mayor en manos de las clases superiores, no pensaría en algo tan inocente y tan automático como un sistema drenaje. Pensaría en algo más intencionado y deliberado: quizá en un vampiro.

G. E. M. DE SAINTE-CROIX, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* (1981), 502-503

# Capítulo 45

## LOS JULIO-CLAUDIOS

El senado... espera que todos los que fueron soldados a las órdenes del Príncipe (Tiberio) sigan profesando lealtad y devoción a la casa imperial, pues saben que la salvación de nuestro Imperio depende de la protección de esa casa. El senado cree que es incumbencia y obligación suya que entre los que los manden en todo momento, la mayor autoridad corresponda a los que con mayor devoción y lealtad hayan honrado el nombre de los Césares que dispensa protección a esta ciudad y al Imperio del pueblo romano.

Decreto del senado acerca de Gneo Pisón (20 d.C), líneas 159-166

Hasta Artábano, rey de los partos, lo ultrajó en una carta en la que le reprochaba sus parricidios, sus asesinatos, su cobardía y su lujuria, exhortándole a aplacar cuanto antes con una muerte voluntaria el odio exacerbado y justificadísimo de sus conciudadanos.

SUETONIO, *Vida de Tiberio* 66.2

En el verano de 14 d.C. el anciano Augusto salió de Roma para no volver a ver la ciudad nunca más. Uno de los motivos de su viaje sigue siendo sumamente controvertido. Las principales fuentes antiguas que han llegado a nuestras manos sugieren o afirman que, en compañía de una sola persona, un senador de su confianza llamado Paulo Fabio Máximo, se trasladó a la pequeña isla de Planasia en la que vivía confinado desde 7 d.C. el único nieto que le quedaba vivo, el veleidoso Agripa Póstumo. Durante el viaje de regreso, primero su acompañante Fabio Máximo, y luego el propio Augusto murieron sin poder revelar a nadie lo que habían estado haciendo. Este «rumor», como luego lo

consideraría el historiador Tácito, ha sido despreciado a veces por los especialistas modernos en la idea de que era una fábula. Pero sabemos por una fuente independiente que Augusto y Fabio Máximo estaban ausentes de Roma a mediados de mayo de ese año. En ese mes, el nieto adoptivo de Augusto, Druso, fue admitido en el prestigioso colegio sacerdotal de los Hermanos Arvales. Los archivos de la institución registran que Augusto y Fabio Máximo votaron *in absentia* a favor de la admisión de Druso.<sup>[489]</sup> Los hombres de la época, pues, estaban en lo cierto cuando afirmaban que el Príncipe, a la sazón de setenta y cinco años de edad, y su senador de confianza habían estado ocupados con otro asunto fuera de Roma. Es muy improbable que los dos se pusieran repentinamente enfermos con ocasión de esa reunión especial del colegio sacerdotal: sólo por ese motivo no se habría concedido a Fabio el singularísimo honor de votar estando ausente como miembro senatorial de la hermandad. Corrieron libremente los rumores acerca del resultado del viaje, afirmándose incluso que Augusto había cambiado de opinión y había decidido nombrar a Agripa Póstumo su sucesor. Se dijo que Fabio había cometido la indiscreción de contárselo a su esposa, y que semejante imprudencia le había costado la vida. Se comentó incluso que Livia, la mujer de Augusto, había envenenado al anciano Príncipe para impedir que llevara a cabo aquel cambio de planes. Todo este escándalo no tiene nada de verosímil, pero el detalle del viaje puede considerarse histórico. Sería el último y dramático episodio del largo maratón que emprendió Augusto con el fin de encontrar y conservar un heredero para su nuevo Imperio.

Inmediatamente después, se produjo un intento de viajar

a la isla, rescatar a Agripa Póstumo y conducirlo al norte, donde se encontraban las tropas. Dos años más tarde se produjo otro intento, en esta ocasión de presentar en su lugar a un impostor (la gente ya no recordaba cuál era su apariencia externa): lo llevó a cabo el propio esclavo que en 14 d.C. se empeñó en sacarlo de la isla y tuvo bastante éxito entre la plebe. En realidad, Póstumo había sido asesinado rápidamente en cuanto se tuvo noticia de la muerte de Augusto, el 19 de agosto. El asesinato fue organizado por el discreto Salustio Crispo, sobrino nieto e hijo adoptivo del adusto historiador Salustio. Según el derecho romano, Póstumo no había sido desheredado a raíz de su confinamiento y por lo tanto habría podido reclamar una parte de la herencia de Augusto. Durante los últimos meses de su vida, el anciano Príncipe fue a visitarlo, tal vez para asegurarse de su incompetencia (el joven sentía una exagerada afición por la pesca) y, en tal caso, encargarse despiadadamente de su eliminación.

Como no podía ser de otro modo, la época de los Julio-Claudios comenzó con un asesinato dinástico. Y habría muchos más. El primer heredero fue Tiberio, hombre de elevada estatura y carácter austero, que pasaba ya de los cincuenta años. Pertenecía a un linaje exquisitamente aristocrático y ya había demostrado sus dotes como general haciéndose famoso por su severidad y rigorismo. No obstante, había supuesto una especie de último recurso, el hombre al que Augusto se vio obligado a escoger como heredero. Ni la generosidad con el pueblo, ni la popularidad ni los modales afectuosos formaban parte de su altivo carácter; un detalle revelador es que organizó muy pocos espectáculos públicos y que no mostró ningún interés por

aquellos a los que asistió. En los banquetes públicos, se dice que nunca servía un jabalí entero cuando bastaba medio. Afirmaba que su deseo era ser el «servidor del senado» y «un ciudadano igual a los demás, no el ilustre Príncipe», pero ambos deseos eran falsos.<sup>[490]</sup> El ejército y las provincias querían un emperador sin paliativos, al margen de las sutilezas de la postura constitucional de Roma. El Príncipe era la fuente más importante de patrocinio para gran parte de la alta sociedad de Roma, y sus enormes recursos financieros eran el complemento esencial del erario. Sus inversiones en beneficio del pueblo y su jurisdicción eran necesarias y, como había demostrado Augusto al retirarse discretamente entre 23 y 19 a.C. el príncipe era el protector indispensable de la ingente multitud de la plebe de Roma, además de su proveedor. Tiberio no podía comportarse como si sólo fuera un miembro de un senado a la vieja usanza: había confirmado su sucesión de una manera muy distinta. Había recibido un «juramento de lealtad» en primer lugar de los cónsules. Después habían prestado juramento ante él el Prefecto del Pretorio y el Prefecto de la Anona, cargos que eran una innovación de Augusto: en adelante estos dos personajes serían decisivos para la ascensión al trono de todos los emperadores y para la estabilidad de la plebe urbana. Después juraron «el senado, el ejército y el pueblo»: los soldados, con su presencia en este acto, eran un signo de las nuevas realidades existentes.<sup>[491]</sup> Este juramento es una prueba elocuente del «mejor orden» instaurado por Augusto, según el nombre que él mismo le diera. La fortaleza de ese «orden» se veía subrayada por la incompetencia de sus primeros sucesores: pero sería lo bastante fuerte para sobre vivirlos y permanecer incólume.

La lección que nos enseñan una y otra vez Tiberio y los sucesivos emperadores no es sólo que «el poder absoluto corrompe de manera absoluta»: es que los emperadores eran simplemente tan buenos o tan malos como habían sido antes de convertirse en emperadores. Actuaron como habría cabido esperar de ellos y nunca mejoraron con el cargo. Todos ellos empezaron a reinar con una declaración modesta y prudente de intenciones, pero las cosas no tardaban en deteriorarse, en parte debido a su mala índole y a sus debilidades, y en parte también debido a las complejas maniobras de búsqueda de un sucesor potencial. Este proceso comportaba a menudo muertes en el seno de la familia y la eliminación de todavía más facciones palaciegas y de senadores, a medida que los presuntos herederos iban dispersándose por las distintas ramas de la «familia» Julio-Claudia. Como los emperadores se casaban varias veces, el número de posibles herederos aumentaría en consecuencia.

En Tiberio los romanos encontraron un individuo astuto e inescrutable, pero temperamentalmente incapaz de hacer gestos populistas o de ponerse claramente al frente de los senadores. Al cabo de nueve años seguía hablando en vano de «restaurar la República» y de abandonar su cargo: la muerte de su hijo lo dejó totalmente deprimido y tras este triste suceso vinieron otros motivos de aflicción. Cinco años después abandonó Roma por completo, recluyéndose en la isla de Capri, donde se le atribuían horribles orgías sexuales. A los sesenta y tantos años su aspecto era repulsivo, estaba calvo y demacrado, con la cara llena de manchas, que el maquillaje apenas lograba disimular. No obstante, gobernó durante veinticuatro años, el reinado más largo que hubo hasta el de Adriano. En marzo de 37 la noticia de su muerte

fue jubilosamente recibida por la plebe. Los senadores se negaron ostensiblemente a rendirle honores divinos póstumos. Además anularon su testamento y reconocieron a su sobrino nieto Gayo como único heredero. Semejante decisión resultaría desastrosa.

A diferencia de Tiberio, Gayo tenía sólo veinticuatro años cuando accedió al trono, carecía por completo de competencia militar y sólo tenía a sus espaldas una magistratura menor. Su principal atractivo radicaba en que era hijo del popular Germánico, el sobrino de Tiberio. A pesar de las bonitas promesas que realizó, se reveló un individuo depravado, de un egoísmo inimaginable, y loco. Algunas de las anécdotas que se cuentan acerca de él son casi demasiado exageradas para ser creíbles, por ejemplo, que prometió hacer cónsul a su caballo favorito, que solicitó un ejército para invadir Britania, con el cometido de recoger algunas conchas en una playa del norte de Francia y luego volver a Roma, o que mantuvo relaciones sexuales con su hermana y obligó a rendirle culto después de su muerte como si fuera una diosa. Desde luego fomentó el culto de su propia persona e intentó imponérselo por la fuerza a los judíos en el templo de Jerusalén: se cuenta que al final de su breve reinado, solía disfrazarse de distintos dioses y diosas en su palacio de la capital. Se asegura incluso que mandó partir por la mitad el antiguo templo de Castor y Pólux en el Foro Romano para abrir una calle que condujera directamente a su «capilla», en lo alto del Palatino, atravesando el santuario de los dioses gemelos, que de ese modo se convertirían en sus «porteros»: esta anécdota podría contar con cierto respaldo, a la luz de los recientes hallazgos arqueológicos efectuados en el Foro. Un adivino había dicho

en una ocasión que Gayo no tenía más posibilidades de ser emperador que de atravesar el golfo de Nápoles a caballo. Para refutar esta profecía, el joven Príncipe construyó un puente de madera que unía los dos extremos de la bahía, de más de cinco kilómetros de longitud, y lo cruzó al galope vestido, según se dijo, con la coraza de Alejandro Magno. Gayo celebró a continuación un gran banquete, arrojó a algunos de sus acompañantes desde lo alto del puente y arremetió contra otros en una simulación de batalla naval, dejando que se ahogaran.

En enero de 41, tras cuatro horribles años de insultar y aterrorizar a los senadores, Gayo ordenó que se torturara a una joven y hermosa actriz de mimo acusada de traición. Él mismo quedó impresionado por la forma en que quedó mutilado el cuerpo de la mujer. El tribuno militar que dirigió el interrogatorio y la tortura también quedó asqueado. Cuando el emperador salía del teatro situado en el Palatino para ir a almorzar, ese mismo tribuno lo apuñaló en un pasillo del palacio.

Este asesinato, acontecido el 24 de enero, supuso una ocasión trascendental para la recuperación de la libertad: Gayo no tenía hijos en edad de sucederlo. Sin embargo, los senadores que estaban detrás de su asesinato, se mostraron divididos. ¿Debían acabar por completo con la funesta familia Julio-Claudia? ¿Debían mantener el sistema, pero insistir en escoger ellos al próximo Príncipe? ¿Debían ir más allá y restaurar de alguna forma la República? Como los asesinos de Julio César, en el último momento vacilaron, a pesar de tanta palabrería acerca de la restauración de la «libertad» y del imperio de la ley. El poder de la guardia de palacio se impondría. Uno de los germanos que formaban

parte de ella encontró a un miembro casi desconocido de la familia Julio-Claudia que se había escondido en palacio detrás de una cortina. Los guardias lo proclamaron emperador y obligaron a los conspiradores, que seguían divididos, a aceptarlo. El nuevo emperador, Claudio, resultaba ridículo. Tenía cincuenta años, babeaba y no era capaz de coordinar sus movimientos; tenía una risa incontrolada y su voz era ronca como la de un monstruo marino. Se ha postulado de manera bastante plausible que quizá padeciera parálisis cerebral. Augusto había considerado siempre incómoda su presencia en público e incluso su madre solía decir de él que era un «ser humano monstruoso, una criatura que la Naturaleza había dejado a medio hacer».<sup>[492]</sup> Es posible que Claudio tuviera conocimiento de los planes de asesinar a Gayo, pero parece que no sabía, como tampoco sabían los participantes en la conjura, que el resultado del magnicidio iba a significar el poder para él.

Claudio empezó a reinar partiendo de una posición muy poco ventajosa. Los senadores le declararon inmediatamente la guerra en cuanto se enteraron de que la guardia había salido en su defensa. Él mismo carecía de experiencia militar, pero subió el salario de la guardia, circunstancia que suplía de manera muy útil otras carencias. El intento de sublevación protagonizado por el respetado gobernador de Dalmacia al año siguiente acabó en fracaso en sólo cinco días porque los legionarios se mantuvieron leales a Claudio. A sus ojos, tenía una cualidad trascendental: era un heredero de la familia real. Podía jactarse de estar emparentado con Augusto y era nieto de Marco Antonio.

Claudio reinó durante trece años con una fascinante

mezcla de aplicación y crueldad, de exceso de celo en compensación de sus carencias e intentos de populismo. Para suplir su falta de competencia militar, invadió Britania en 43 d.C. llegando incluso a cruzar el Támesis montado en un elefante. Pero no cesaría nunca de hablar de su victoria «más allá del océano» ni de aceptar honores militares por una campaña a cuyo desarrollo él no había contribuido personalmente en nada. Siempre en malas relaciones con el senado, se apoyó demasiado en los fieles libertos de su casa. No contribuyó de ese modo a la creación un nuevo «funcionariado»: simplemente recurrió a los presuntos sabios consejeros que tenía a mano. Tenía además una mentalidad de anticuario. Durante los años en que no fue más que una figura marginal de la corte escribió abundantemente y compuso una obra en ocho libros sobre los cartagineses y otra en veinte sobre los etruscos, además de varios volúmenes sobre la historia de la Roma de su época, que por desgracia se han perdido. Escribió incluso una obra sobre el juego de los dados, que era una de sus pasiones. No obstante, tenía la vanidad y el resentimiento del académico frustrado. Una vez en el poder, se preocupó por menudencias y tonterías tales como añadir nuevas letras al alfabeto; sus discursos ante el senado eran pomposos y estaban mal contruidos; y ordenó que su larguísima historia de los etruscos fuera leída en público cada mes en el Museo de Alejandría.

Al carecer de credibilidad entre los senadores, Claudio pensó que la alternativa era el apoyo del populacho de Roma. Acostumbraría, por tanto, a sentarse en los bancos de los tribunos, a la manera del pueblo; bailaba el agua a las masas en los espectáculos públicos, sobre todo en los de

gladiadores, en los que se ponía claramente de manifiesto su afición a la sangre. Fomentó la realización de obras de mejora en el puerto-granero de Roma, que deberían haber sido hechas mucho antes; mejoró los acueductos de la ciudad y asistió a los espectáculos multitudinarios. Su ostentación, sin embargo, fue excesiva y fastuosa. En Ostia, se exhibió luchando personalmente con una ballena que había sido capturada en el nuevo puerto recientemente construido. Cuando regresó de Britania, estuvo entrando y saliendo del puerto de Rávena en una extravagante simulación de palacio flotante.<sup>[493]</sup> Obligó incluso a poner en práctica un grandioso proyecto de desecación del lago Fucino, situado en las inmediaciones de Roma, y en la gran inauguración de la temporada de 52 puso en escena una gigantesca naumaquia con el fin de entretener al pueblo. Fueron invitados a participar en ella 19.000 combatientes, con abundante derramamiento de sangre, pero el sistema hidráulico falló y los espectadores quedaron calados hasta los huesos, empezando por el propio emperador y su esposa, que había acudido vestida con un traje dorado, como una reina mítica.

Estas ostentosas exhibiciones destinadas a congraciarlo con la muchedumbre no contribuyeron en absoluto a atraerle la benevolencia de los senadores. Éstos lo consideraban simplemente un personaje torpe y ambicioso. Se contaba que 321 caballeros y 35 senadores habían sido ejecutados por orden suya en procesos secretos, y su costumbre de juzgar personalmente este tipo de casos en sus aposentos privados resultaba odiosa. Al carecer de amigos del orden senatorial, Claudio era considerado un individuo al que podían manejar fácilmente todos los que tenían acceso a su persona, ya fuera su médico personal, algunos

galos ilustres originarios de la región de Lyon, en la que había nacido, o los corruptos libertos de palacio (que algunas veces aceptaban sobornos por organizar la concesión de regalos a determinados ciudadanos). Pero lo más notable sería la singular presencia de mujeres fuertes y ambiciosas en la corte de los Julio-Claudios.

Tiberio había vivido en Roma rodeado de dos viudas de la familia imperial particularmente incómodas, que en su momento serían honradas con el título de «Augustas». Una era la esposa de Augusto, Livia, la gran superviviente. La otra, también una gran superviviente, era la segunda hija de Marco Antonio, Antonia: poseía una belleza y una elegancia severa que conservó incluso durante los largos años que permaneció viuda sin querer volverse a casar con nadie. A la muerte de Augusto, alguien sugirió que debía honrarse a Livia con el título de «Madre de la Patria»: en 20 d.C. el senado decretó la divulgación de una serie de elogios de su persona «por los excepcionales servicios prestados a la república, no sólo dando la vida a nuestro Príncipe, sino también a través de los numerosos grandes favores concedidos a hombres de todo rango y condición»: afirmaban asimismo que Antonia era objeto de su «máxima admiración», y de que era una matrona «excelente por su carácter moral».<sup>[494]</sup> Los republicanos tradicionalistas se habrían escandalizado ante la alusión a los «numerosos grandes favores» de Livia y habrían disfrutado con los rumores acerca de que había envenenado a Augusto y al nieto adoptivo de éste. Once años más tarde es muy probable que Antonia precipitara la ruina de Sejano, el controvertido favorito del emperador Tiberio, por medio de una carta bien calculada en interés de su terrible nieto,

Gayo. No obstante, cuando éste llegó al poder, no tardó en perder la paciencia con ella y la obligó a suicidarse.

La influencia femenina sobre Claudio fue más evidente. No era sólo que viviera en Roma rodeado de mujeres «ansiosas de jardines», según la expresión del historiador Tácito,<sup>[495]</sup> hasta el punto de obligarle a matar al rico propietario de un jardín para poderse adueñar de él. La tercera esposa de Claudio fue incluso la apasionada Mesalina, de nobilísima cuna (y con veinte años o poco más en el momento de contraer matrimonio); Mesalina le dio un hijo, y luego lo incitó a condenar a sus enemigos y rivales (alegó para ello los sueños premonitorios que habían tenido ella misma y un liberto). En 48 d.C. llegó demasiado lejos en sus amoríos con un joven senador, celebrando un «matrimonio» vergonzoso durante la vendimia en ausencia de su esposo, que no sabía nada de lo que sucedía a su alrededor. Posteriormente, siguiendo los nefastos consejos de un liberto, Claudio se casó con la formidable Agripina. Hermana del difunto Gayo, Agripina tenía ya treinta y tres años y, para mayor desgracia, llevaba ya un hijo (nacido por cesárea) de un matrimonio anterior. Durante seis años memorables volvió a vivirse en el Palatino el viejo drama del síndrome de la nueva esposa que había aquejado a las familias reales helenísticas. Para asegurarse la sucesión al trono de su hijo, la nueva esposa, Agripina, organizó el asesinato de su marido, Claudio, el 13 de octubre de 54. Supuestamente lo llevó a cabo a través de unas setas envenenadas, aunque se dice que fue precisa una segunda dosis administrada por medio de una pluma.

Subió entonces al trono el joven hijo de Agripina, Nerón, que resultó otro desastre político. Al igual que

Tiberio, se enorgullecía de tener una noble prosapia, pero por sus venas corría también la sangre de unos antepasados muy crueles. Algunos miembros de su familia habían ofrecido espectáculos de gladiadores excepcionalmente sangrientos y uno incluso había atropellado desconsideradamente con su carro a un plebeyo. Se cuenta que el padre de Nerón dijo al recibir las felicitaciones de sus amigos por el nacimiento de su hijo que «Nada había podido nacer de Agripina y de él que no fuera detestable y para desgracia pública».<sup>[496]</sup> Y no se equivocaba. Al igual que Gayo, Nerón carecía de experiencia tanto en la milicia como en el servicio público. Cuando ascendió al trono era demasiado joven, pues ni siquiera había cumplido los diecisiete años. Durante sus primeros cinco años como emperador, la labor conjunta de su madre, de su preceptor, Séneca, y del prefecto del pretorio, Burro, lo mantuvo relativamente tranquilo. Después quedó cada vez más patente que en su persona se mezclaban la vanidad y la irresponsabilidad. Expresaba ambos defectos de la forma en que este tipo de personas suelen hacerlo, a saber con un afán desmedido de actuar como un artista en público. Le gustaba participar como un competidor más en las carreras de carros y, lo que es peor, cantar y tocar la lira. Se tomaba muy en serio ambas aficiones, y se ejercitaba levantando pesos de plomo para mejorar su capacidad torácica y bebiendo estiércol de jabalí diluido en agua para fortalecer sus músculos.

Entre 59 y 67 d.C, sus actuaciones públicas incrementaron su frecuencia y su duración. En 59, organizó unos juegos para celebrar la primera vez que se afeitaba la barba y ésa fue también la primera vez que cantó en público

al son de la lira, flanqueado por maestros de canto y con el apoyo de 5.000 coristas y animadores. En 64 d.C, condujo por vez primera un carro en público. El verano de 55 d.C. conoció el «Día de Oro», la recepción pública que se ofreció al rey de Armenia, durante la cual Nerón volvió a cantar y a conducir el carro en público. El escenario natural de este tipo de actividades y en el que mejor podía desarrollar sus aspiraciones era Grecia. En 66-67 d.C. el emperador realizó un viaje a este país para competir en los Juegos de Delfos y de Olimpia. Se dijo que obtuvo más de 1.800 primeros premios, incluso en una ocasión en la que corrió en un carro tirado por diez caballos y fue derribado. A cambio benefició a Olimpia con la construcción de un hogar para los atletas, siendo el primer emperador romano en conceder algún tipo de favor a esta ciudad.

Este tipo de actuación no era precisamente el que deseaba un «amigo de las artes» compasivo. Nerón tenía una vanidad patológica, que no hacía sino agravar su envidia: arremetió contra sus rivales e incluso hizo que fueran destruidas las estatuas erigidas en honor de otros artistas. La frecuencia de sus actuaciones en público vino acompañada de la celebración de grandes fiestas marcadas por todo tipo de desenfrenos, entre las que destaca especialmente la fiesta fluvial que dio en 64 d.C. Nerón navegó río abajo en una embarcación cubierta de alfombras, remolcada por otras naves cuyos remeros eran todos prostitutas y depravados. A ambas orillas, había mujeres desnudas, tanto prostitutas como damas de la nobleza, dispuestas a ofrecer sus favores a cualquiera. Unos días después Nerón celebró su matrimonio con uno de sus esclavos sexuales. Para la ocasión se puso el velo nupcial e incluso chilló como una virgen recién casada

cuando aparentemente se consumó el matrimonio.

Como las «escenas fatales» representadas en los anfiteatros de Roma, las actuaciones y las orgías de Nerón eran ilustradas a veces con alusiones a la mitología griega. Pero dichas ilustraciones ni las disculpaban ni las dignificaban ni hacían de ellas un todo coherente, como si las dirigiera un imitador de maestro de la «juerga». Lo que predominaba era el egoísmo y la perversión cruel, y sus costes y extravagancias causaron la ruina del erario. Al final, en 59 d.C. Nerón hizo asesinar a su madre, Agripina, y luego celebró ante todo el mundo su «salvación» de la conjura contra su vida supuestamente organizada por ella. Su vida conyugal comenzó con relativa tranquilidad, a pesar de su afición a «irse de parranda» por las noches con sus amigos y acosar por las calles incluso a las mujeres de la mejor sociedad. No se preocupó lo más mínimo de su primera esposa, Octavia, a la que desposó siendo una niña, pero compensó ese desinterés con una liberta complaciente. Después le quitó la mujer a un amigo y se casó con ella; se trataba de Popea Sabina, de hermosa cabellera «de ámbar», de quien se decía que solía bañarse en la leche de quinientas asnas. Cuando murió, de una patada que le propinó Nerón, éste escogió al liberto que más se parecía a la difunta, ordenó que lo castraran y lo usó como objeto de placer. Le puso de mote Esporo («simiente») e incluso lo llamaba «Sabina». Sus extravagancias eran absolutamente atroces. No puede echársele la culpa del gran incendio que destruyó gran parte de Roma en 64, pero su posterior proyecto de construir una grandiosa Casa de Oro («Domus Aurea») en el centro de la ciudad sólo puede calificarse de clara manifestación de megalomanía. Su constante falta de moderación y de valores

morales provocó la organización de dos grandes conjuras contra él. La segunda contó con el apoyo de importantes gobernadores de provincia y tuvo un éxito sin paliativos. El 9 de junio Nerón se adelantó a los acontecimientos quitándose la vida mientras decía: «¡Qué gran artista muere conmigo!». Fue su última manifestación de vanidad.

En esta rama de los Julio-Claudios se consumaría la venganza genética de uno de sus antepasados: Marco Antonio. El joven rival de Tiberio, Germánico, peligrosamente popular, era nieto de Antonio; y también lo era Claudio; Gayo era bisnieto suyo, lo mismo que Nerón. Aquella fue una época durísima para ser senador de Roma, cuando la intolerable guardia de palacio protegía e incluso promovía a semejantes personajes para el puesto de emperador. Durante casi treinta años los senadores tuvieron que transigir con un loco manirroto, con un discapacitado cruel y susceptible, y con un disoluto vanidoso y pagado de sí mismo. El período inicial o «luna de miel» de Nerón debió mucho a los sabios consejos del filósofo Séneca, pero luego encontró todo tipo de estímulos a su extravagancia natural en el odioso Tigelino. «De orígenes oscuros y conducta vergonzosa en sus primeros años»,<sup>[497]</sup> Tigelino era un siciliano por su nacimiento que supo capitalizar su apostura y su actividad como criador de caballos de carrera. Dos cualidades por las que Nerón sentía una gran debilidad.

En mayor medida aún que Calígula, Nerón fue el patrono definitivo de la bacanal romana. Numerosos historiadores modernos pasan por alto tímidamente este aspecto, por considerarlo una trivialidad efímera, y prefieren estudiar la administración de las provincias y las estructuras del Imperio, o su falta de ellas, y la forma en que el poder de

Roma afectó a las vidas de millones de provinciales. Pero esas bacanales tienen también un significado más general. A pesar de su insistencia en los «valores tradicionales» y la «moralidad romana», hubo muchos senadores y caballeros de clase alta que no se avergonzaron de participar como combatientes en los espectáculos de gladiadores de Nerón. En 59 d.C, durante unos juegos públicos, algunos hombres y mujeres ilustres subieron al escenario y no les importó tomar parte en escenas indecentes. Nerón les prohibió llevar máscara en sus actuaciones, pero aun así algunos ex cónsules participaron del espectáculo e incluso una octogenaria, Elia Cátela, bailó en una pantomima. A la infame fiesta del río del año 64 asistieron damas ilustres que mantuvieron relaciones sexuales promiscuas con extranjeros, incluso con esclavos. Se acabó con todo tipo de moderación y lo más alarmante es que la gente encontraba divertido todo aquel «libertinaje». Los órdenes superiores habían sido la víctima predilecta de Claudio y sentían un profundo temor por la potencial crueldad de Nerón. ¿Por qué refrenarse, si podían ser asesinados o morir para que sus bienes fueran confiscados? Los treinta años siguientes forman parte de la historia de una reacción moral, contada en parte por una generación más antigua que intentaba dejar atrás un pasado desinhibido, conscientes de que otros contemporáneos suyos habían tenido unos principios más elevados.

El lujo desempeñó un importante papel al lado del «libertinaje». En tiempos de los Julio-Claudios, el lujo, concebido como extravagancia personal, siguió aumentando implacablemente con el progreso de las artesanías y la pródiga rivalidad de los consumidores. Una de las máximas senatoriales era: «Más vale gastar ahora que ver tus bienes

confiscados luego»; otra era la mejora de las oportunidades. No es sólo que el volumen de vino consumido en Roma por todas las clases sociales experimentara un clarísimo incremento: también se ha detectado una «vigorosa cultura de los lugares donde se consumían bebidas» en todas las comunidades urbanas de Italia.<sup>[498]</sup> En la época de los Julio-Claudios empezamos a tener testimonios firmes de la participación de los terratenientes de clase senatorial en el desarrollo de la viticultura. Mucho más curioso es que poseemos testimonios de su búsqueda cada vez más ansiosa de «artículos de lujo», especialmente de aquellos menos abundantes. Entre la buena sociedad romana, una persona podía gastar su fortuna o dejársela en parte en herencia al emperador; y eso que los legados efectuados por individuos sin hijos habrían estado penalizados según las leyes morales de Augusto. Durante el reinado de Tiberio, los precios de determinados artículos de lujo, los broncees griegos de estilo pseudocorintio o los grandes salmonetes en las pescaderías, subieron tanto que el emperador promulgó una legislación con el fin de controlarlos. En 22 d.C. se temió que Tiberio limitara los gastos efectuados en artículos de lujo, ya se tratara de bandejas de plata o grandes cenas. En realidad, Tiberio escribió al senado diciendo que esas restricciones debían ser eficaces, pero el problema no tenía solución. De hecho, ahora había muchas más cosas que desear. Los romanos habían encontrado el gusto por lo raro, entre otras cosas por las mesas fabricadas en la hermosa madera de cedro, originaria del norte de África: los árboles acabaron extinguiéndose. Los artesanos habían desarrollado la compleja técnica de los fluoruros y de los camafeos en los que se engastaban en vidrio diversas capas de metales preciosos. Como ocurre actualmente con el precio de la

vivienda o los salarios en Wall Street, el coste incontrolado de los bronce y las casas de recreo, de los cuadros y las perlas eran temas de conversación en las suntuosas cenas en las que eran ostentados todos estos artículos de lujo. Según el historiador Tácito, se comentaba también la forma de vestir «afeminada» de los hombres ricos.<sup>[499]</sup> Los peinados de las mujeres de la corte seguían siendo relativamente clásicos, pero los complementos se hicieron cada vez más rebuscados. Podemos comparar la receta, por lo demás bastante sencilla, de la pasta dentífrica de la emperatriz Livia con la composición mucho más exótica de la de Mesalina, para la cual era necesaria resina de lentisco de Quíos (utilizada todavía en la pasta de dientes fabricada en esta región), sal del norte de África y cuerno de ciervo pulverizado, que se consideraba afrodisíaco.

Desde el siglo IV a.C. los historiadores habían citado demasiado a menudo el lujo como causa de la derrota y el desastre: en los años sesenta del siglo I d.C. podría decirse que causó su primera víctima importante, la propia dinastía de los Julio-Claudios. La extravagancia irremediable de Nerón fue una causa directa de su derrocamiento y del fin de su linaje. La justicia, por otra parte, fue corrompida de un modo más sutil por los hábitos de los emperadores. En el senado, Tiberio juzgó algunos casos relacionados, entre otros delitos, con el de «lesa majestad»: ¿cómo habrían podido ser imparciales los senadores ante su presencia? Claudio juzgó demasiados casos en privado; a menudo no quiso escuchar más que a una de las partes en litigio y se limitó a imponer su criterio personal. La tendencia que se ocultaba tras todas estas prácticas era que los magistrados, tanto en Roma como en las provincias, juzgaran los casos y

dictaran sentencia por su cuenta. Las apelaciones a la autoridad superior desarrollaron de ese modo un nuevo radio de acción.

En cuanto a la libertad, el asesinato de Gayo en enero de 41 d.C. brindó realmente la oportunidad de restaurarla, pero el hecho de que nadie la asegurara resulta muy revelador. Hacía casi cien años que la libertad no estaba firmemente enraizada en la República, desde que César, Pompeyo y Craso concluyeran su pacto entre caballeros allá por 59 a.C. En vista de la existencia de un Imperio tan extenso, con un ejército leal a la dinastía y un populacho temeroso del gobierno senatorial, ¿cómo iban a restaurar la libertad unos senadores que ni siquiera la habían conocido nunca? Además, semejante libertad habría sido imposible de manejar. Antes bien, el mantenimiento de las estructuras imperiales básicas durante los reinados de aquellos cuatro emperadores grotescos es una prueba de que eran cada vez más fuertes y más necesarias. Cuando el gobernador provincial que encabezó la sublevación contra Nerón en Occidente proclamó que actuaba en defensa del senado y el pueblo de Roma, su declaración dio lugar a su reconocimiento por parte de la guardia pretoriana de la capital y luego a que el senado le concediera los poderes que le permitían ser considerado nuevo emperador. La máxima esperanza de los senadores se cifraba en disponer de un área definida de actuación decidida, en la medida de lo posible, por el propio senado, mientras el emperador siguiera teniendo una competencia moral moderada en todos los terrenos. La afabilidad y la accesibilidad sin extravagancias eran los atributos fundamentales de un buen emperador.

Como protesta, en tiempos de Nerón, algunos senadores

adoptaron por principio una actitud contraria a su tiranía, en parte inspirada en una serie de valores éticos «estoicos». Los romanos de clase alta no eran verdaderos filósofos, pero los principios de aquella ética encajaban al menos con las aspiraciones morales de los hombres nuevos que habían entrado a formar parte de la clase dirigente: no tenían el cinismo hastiado de la vida de sus antiguos miembros y deseaban convertirse en hombres de principios y más bien incluso excesivamente graves, una vez alcanzada una posición aparentemente honrada en el centro de la vida política. Para otros personajes más enigmáticos, siempre cabía la posibilidad de un suicidio noble y elocuente, acto que no era condenado ni mucho menos por la religión romana. El filósofo Séneca se cortó las venas; el expansivo Petronio, el «arbitro de la elegancia»,<sup>[500]</sup> confeccionó una lista detallada de las perversiones sexuales de Nerón con hombres y mujeres y se la mandó en una carta, mientras él se cortaba las venas gastando bromas en compañía de sus amigos. Y sobre todo está el ejemplo de Valerio Asiático, senador inmensamente rico y ex cónsul. Originario de la Galia, heredó de su mujer un hermoso parque en el Esquilino. «Ansiosa de jardines», Mesalina, la esposa de Claudio, exigió que lo quitaran de en medio. A pesar de las múltiples acusaciones que se presentaron contra él, Claudio vaciló antes de acceder a su eliminación. En cualquier caso permitió que Asiático escogiera su muerte. Pues bien, el senador hizo un poco de ejercicio, se vistió como es debido y cenó. A continuación de abrió las venas, no sin antes supervisar el emplazamiento de su pira funeraria. Todavía quedaban algunas pequeñas libertades: ordenó trasladar de sitio la pira para que el fuego no quemara sus árboles.<sup>[501]</sup> Una vez muerto Asiático, Claudio confiscó su finca.



# Capítulo 46

## LA ADMINISTRACIÓN DE LAS PROVINCIAS

Lo que me resulta más injusto es verme obligado a aplicar con más rigor por medio de mi edicto lo que los dos Augustos, uno de ellos el más grande de los dioses (Augusto), y el otro el más grande de los emperadores (Tiberio), se han esforzado denodadamente en prevenir, a saber, que nadie haga uso de ejecutorias sin previo pago. Pero como la indisciplina de ciertos individuos exige la aplicación inmediata de un castigo, he creado en todos los pueblos y ciudades un registro de esos servicios que a mi juicio deben ser ofrecidos, con la intención de que esto se cumpla o, en caso contrario, de obligar a hacerlo no sólo por el poder que ostento, sino también con el de la autoridad del mejor de los príncipes [Augusto], del que recibí instrucciones escritas en ese sentido.

Edicto de Sexto Sotidio Estrabón, legado de Galacia, poco después de 14 d.C.

Y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos.

Palabras de Jesús, Evangelio de Mateo 5.41

Se dice que, fuera de Italia, sin embargo, las provincias de Roma no acogieron mal el nuevo orden de Augusto. Las percepciones, como suele ocurrir, probablemente variaran, dependiendo de la clase social y el bagaje cultural de cada persona, pero en Asia Menor, con el respaldo del gobernador, se adoptó un nuevo calendario que empezaba con el cumpleaños de Augusto. Desde España hasta Siria, los cultos a los emperadores, vivos y muertos, proliferaron de diversas maneras. ¿Qué había que celebrar? A partir del reinado de Augusto se produjeron evidentemente varios cambios en los nombramientos y la reglamentación de los gobernadores, entre otras cosas la puesta en vigor de nuevos

procedimientos para procesarlos en caso de concusión y (en último término) la concesión de una compensación anual preestablecida, o «salario», por el desempeño del cargo (dando lugar a los primeros ejemplos de la palabra en este sentido). Sus predecesores republicanos habían dejado un mal recuerdo en este terreno. Pero lo que más importaba a los provinciales era la vuelta de la paz y el fin de los saqueos, exacciones de dinero y perjuicios realizados en sus regiones en las décadas de 40 y 30 durante las guerras civiles de Roma. Es probable que su población total experimentara un notable descenso en medio de aquel caos: se calcula que en el conjunto del imperio había unos cuarenta y cinco millones de habitantes, un veinticinco por ciento menos que los niveles alcanzados más tarde tras un siglo de paz continuada.

Esta nueva era evolucionó hasta dar lugar a la idea que tenemos del Imperio Romano. Ya en tiempos de Augusto, los romanos escribían que sus dominios se extendían «de océano a océano»: de ese mundo se elaboraron diversos mapas, entre otros uno que Agripa mostró públicamente en Roma.<sup>[502]</sup> Todavía no se tenía una idea muy precisa de las fronteras, y el concepto básico de imperio no era tanto territorial cuanto de obediencia al mandato de Roma. En tiempos de Adriano el territorio bajo el mandato de Roma se extendería desde Northumberland en Britania hasta el mar Rojo, y desde las costas del actual Portugal hasta el río Éufrates. Desde entonces este vasto territorio no ha sido gobernado nunca por una sola potencia. Tantas tierras determinarían también la carrera de Adriano, pues pasó más de la mitad de su reinado viajando por al menos treinta de sus provincias. En cada una de ellas había destacamentos militares, pero no todas disponían de una legión completa.

Lo que resulta más curioso es los pocos funcionarios que siguieron empleándose para gobernar un territorio de semejantes dimensiones.

La máxima autoridad de una provincia, tanto «senatorial» como «imperial», seguiría siendo el gobernador, que normalmente era un senador. Podía contar con la asistencia de unos cuantos subordinados, así como solicitar los servicios de cualquier oficial o soldado de las tropas de su zona: los arquitectos militares de los campamentos locales también podían serle de ayuda para poner en marcha los proyectos de construcción de mayor envergadura. Tenía instrucciones precisas del emperador, práctica iniciada por Augusto y que éste probablemente hiciera extensiva a los dos tipos de provincia. La principal obligación de cualquier gobernador era velar por el mantenimiento de la paz y la tranquilidad en su región. A partir de la década de 30 a.C. las provincias de Roma no corrieron el riesgo de un invasor externo hasta mucho después de la muerte de Adriano. El principal peligro que las acechaba era el estallido de una rebelión de los súbditos romanos o los posibles enfrentamientos civiles que pudieran producirse entre las distintas comunidades locales existentes en una provincia o en su propio seno. La mayoría de los gobernadores, por lo tanto, centraba su actividad en juzgar y resolver las disputas locales. Al igual que hiciera Cicerón en su provincia, visitaban su jurisdicción todos los años para dispensar justicia y resolvían disputas en las ciudades en las que había un tribunal. Sus obligaciones en ese sentido exigían buena parte de su tiempo y dedicación: sabemos que en una ciudad de Egipto, en el transcurso de una sola visita, fueron preparadas al menos 1.406 peticiones para ser sometidas al

juicio de un gobernador.<sup>[503]</sup>

Como cabe suponer, la administración de justicia no podía depender exclusivamente de la visita anual de un gobernador. Las ciudades y las comunidades locales tenían tribunales propios en los que se dirimía la mayoría de los casos civiles. También juzgaban por lo penal, pero normalmente sólo casos que no implicaran penas graves. También había juicios presididos por procuradores romanos, de los cuales había dos tipos. En las provincias imperiales, algunos procuradores eran funcionarios financieros cuyo cometido consistía en controlar la recaudación de impuestos. Este tipo de actividad siempre suele conllevar disputas, y el procurador era el más apropiado para dirimirlas. Contrariamente a lo que sería de desear, hacía de fiscal y de juez en los casos que se le presentaban. Otro tipo de procuradores eran los agentes inmobiliarios del emperador: administraban las tierras y las propiedades que el emperador tenía en sus provincias. Durante el reinado de Claudio también fueron autorizados legalmente a juzgar los casos que pudieran derivarse de esas posesiones, y más tarde, poco antes de la muerte del emperador, se decidió que sus sentencias fueran firmes, sin posibilidad de apelación.

Estas fuentes alternativas de justicia servían para liberar de trabajo al gobernador, quien, a pesar de todo, seguía estando muy ocupado. Al llegar a su provincia, el gobernador publicaba, como había venido haciéndose siempre, un edicto en el que anunciaba los delitos que merecerían su atención especial, pero en la nueva era, probablemente se guiara por las instrucciones recibidas del emperador. Una de las cosas más importantes es que sólo él podía condenar a un reo a muerte (salvo raras excepciones).

También tenían que ocuparse de los casos civiles que le remitía el emperador. En efecto, en algunas ocasiones las comunidades y los particulares apelaban directamente a la justicia del emperador, aunque la única respuesta que recibían era que se dirigieran al gobernador local, adjuntando (aunque no siempre) una recomendación especial. Así pues, para los gobernadores la aplicación de la ley resultaba una tarea bastante dura, sobre todo porque muchos de esos casos no estaban previstos claramente por las leyes romanas vigentes, y, además, el derecho romano no era de aplicación a la mayoría de los provinciales. Eran realmente necesarias muchas dosis de paciencia y discreción por parte de los gobernadores. Tras una audiencia preliminar, el gobernador podía remitir el caso a un tribunal local para que fuera éste quien dictara sentencia; también podía consultar con asesores locales antes de emitir un veredicto. Durante el imperio, podía participar en un proceso en calidad de «instructor» y, tras realizar personalmente las investigaciones pertinentes, dictar sentencia. Se le presentaban todo tipo de casos complicados y de alegaciones para que emitiera una resolución, y convenía que fuera imparcial: en los libros de leyes se instaba a los gobernadores a no adoptar una actitud demasiado amistosa con la población de la provincia. Convenía, además, que dejara a su esposa en Roma, para que ésta no se entrometiera mucho en sus asuntos: los gobernadores eran responsables de la mala conducta de sus mujeres en sus provincias.

Esas giras por su jurisdicción habían determinado la carrera de Cicerón como gobernador en la década de 50 a.C. y, a medida que fue difundiéndose esta práctica, supusieron

para muchos provinciales una nueva fuente de justicia. Durante el imperio, a partir del reinado de Augusto, también hubo la posibilidad de apelar directamente al propio emperador. Sin embargo, había limitaciones en ambos procesos. Para la presentación de su caso, el solicitante debía acudir personalmente al lugar donde podía celebrarse el juicio, obtener una audiencia y, en la medida de lo posible, hablar con gran elocuencia. Como suele ocurrir, ese tipo de justicia resultaba muy poco práctica para los pobres, especialmente los de las zonas rurales. Era también una justicia a expensas de la libertad política de la región. Los gobernadores romanos monopolizaban las penas que incluso el imperio clásico de los atenienses había controlado sólo en segunda instancia. Entre los delitos bajo su jurisdicción había ahora muchos que habían surgido debido a la propia existencia del imperio. Por la propia experiencia que había vivido en su ciudad, la clase dirigente romana recelaba mucho de las organizaciones populares, unas «asociaciones» que podían ocultar objetivos políticos: así pues, tenemos conocimiento de un gobernador al que se exigió que prohibiera las brigadas antiincendio de las ciudades de su provincia («más vale muertos que vivos peligrosos»)<sup>[504]</sup>. Los súbditos también eran susceptibles de ser acusados de «traición» por presuntos insultos a la figura del emperador, a una de sus estatuas o a sus bienes. Las denuncias anónimas no estaban bien vistas, aunque eran una consecuencia directa del sistema imperial.

Pero, por encima de todos, estaban los impuestos. En este terreno los gobernadores romanos fueron responsables de una gran innovación introducida por Augusto: el censo regular de sus súbditos. Con los censos quedaban registrados

todos los habitantes de una región y sus bienes en unas listas que servían de base para la posterior aplicación de los impuestos. Unos funcionarios estaban encargados de su elaboración, y los detalles que debían reflejar eran a menudo complejos: Augusto no decretó nunca «que todo el mundo debía empadronarse», como dice el Evangelio de Lucas, pero sí registró la confección de censos en las distintas provincias romanas.<sup>[505]</sup> Otros funcionarios diferentes (cuestores y procuradores) asumían luego la responsabilidad directa de la recaudación anual de impuestos. Para ayudarlos en esa tarea, disponían de esclavos y de libertos y tenían la posibilidad de emplear soldados, pero, aun así, su número era mucho más reducido que el de los recaudadores de impuestos de un Estado moderno.

Tampoco podemos decir que su sistema tributario fuera más simple que los de hoy día. Los impuestos directos adoptaban dos formas bastante complejas, uno sobre los bienes inmuebles, y otro sobre las personas. Los detalles variaban de una provincia a otra, pero podían incluir el pago de un canon por la tenencia de esclavos y las propiedades urbanas alquiladas, e incluso por ciertos bienes muebles, como, por ejemplo, el equipamiento de una explotación agrícola. En ocasiones, la base imponible era la producción agrícola, en lugar de la superficie y el valor de la finca. También había onerosos impuestos indirectos, como los aranceles portuarios, y otro tipo de exacciones fiscales, especialmente las relacionadas con la provisión de animales, los suministros y la mano de obra para el transporte público. Son a esas cargas a las que se refiere Jesús en el Evangelio según San Mateo: «Y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos», un consejo bastante idealista.

A veces se concedía la exención del pago de impuestos (especialmente a algunas ciudades que habían sufrido un desastre natural), pero es evidente que ese beneficio no era un derecho de quien ostentara la ciudadanía romana. En las provincias los ciudadanos romanos y sus tierras estaban sujetos al pago de impuestos como cualquier otra persona. La única región privilegiada en ese sentido era Italia, cuyos habitantes pagaban los impuestos indirectos, pero no tributos. Los de Roma también se beneficiaban de un tipo concreto de pagos: el grano llegaba directamente a Roma desde Egipto y desde otros lugares en concepto de tributo. Una vez en la ciudad, servía para abastecer las necesidades del ingente número de sus habitantes, incluidos aquellos que tenían derecho a los repartos gratuitos. Si nos preguntamos por qué era necesaria la creación de más impuestos, encontraremos la principal respuesta en el enorme volumen del ejército romano. Los impuestos servían para financiarlo, incluso cuando la provincia contribuyente desde el punto de vista fiscal carecía de legiones. Ésas son las injusticias del Imperio.

Contemplado retrospectivamente, puede parecer que el nivel global de impuestos durante el reinado de Augusto no era demasiado oneroso: el hecho es que se doblarían y se ampliarían en la década de 70. Sin embargo, en aquellos momentos, representaban una carga más que suficiente. Los recaudadores eran terribles y no dudaban en recurrir a la fuerza para llevar a cabo su cometido. Curiosamente se produjeron sublevaciones en la Galia, en el norte de África, en Britania y en Judea poco después de la instauración del gobierno directo de Roma, y en todas ellas la causa principal fue el impacto económico que ello supuso. Si los

provinciales no podían pagar en metálico, los recaudadores se contentaban con cobrar en especie, por ejemplo, llevándose pieles de animales tan necesarias para la fabricación de artículos de cuero. Cuando un individuo era sometido a una minuciosa inspección fiscal, se decía que «se le exprimía hasta la última gota»: en las provincias recientemente anexionadas, los prestamistas italianos no tardaron en empezar a aprovecharse de sus habitantes.

Como era de esperar, se dieron prácticas abusivas. En Britania se dice que los gobernadores acaparaban todas las existencias de grano para luego revenderlas a la población a un precio mucho más alto. En la Galia, se cuenta que el agente financiero, o procurador, de Augusto decía que el año tenía catorce meses, no doce, para exigir el pago de los tributos de dos meses más. En principio, esas prácticas abusivas podían ser denunciadas en Roma ante un tribunal senatorial por dos procedimientos. Ambos procedimientos habían sido introducidos por Augusto, y resulta verdaderamente cínico ver cómo los senadores se limitaban a absolver a los de su clase siguiendo el más estricto de los dos. En virtud de una dura decisión de Tiberio, se negó a los senadores el derecho a hacer un testamento válido cuando eran condenados por concusión. Esta pena también perjudicaba el honor de la familia del delincuente, y por eso, con buenas razones, los senadores eran reacios a condenar a uno de sus colegas. Cuando se encontraban ante un caso así, solían estudiarlo con profundidad. Pero en las vidas de los habitantes de las provincias se producía por parte de los romanos una injerencia paralela que no estaba regulada por una limitación semejante. En el imperio ateniense, los ciudadanos habían podido adquirir a veces parcelas de tierra

en territorio aliado, práctica que fue muy mal vista en general. En su imperio, los romanos compraron tierras en las provincias a una escala mucho mayor. Unas fueron compradas o adquiridas porque sus propietarios habían incumplido el pago de sus deudas, pero es evidente que otras eran fruto de tentadoras ofertas que sus dueños no habían podido rechazar. El emperador y su familia fueron los principales beneficiarios, sobre todo debido a los legados testamentarios recibidos de los provinciales. En Egipto diversos miembros de la familia imperial adquirieron decenas de propiedades. En la década de 60 se decía que casi todo el norte de África estaba en manos de apenas seis senadores inmensamente ricos (no necesariamente africanos de nacimiento). Sin embargo, las tierras de los romanos en las provincias seguían estando sometidas al pago de impuestos.

¿Cómo funcionaba, pues, un sistema de exacciones fiscales si no había un gran aparato burocrático encargado de su recaudación? La respuesta está, en parte, en que dicha recaudación era delegada a terceros. Normalmente, los pagos exigidos eran calculados por comunidades a las que se encomendaba la tarea de recaudar lo que fuera necesario. Lo importante aquí es que sus clases dirigentes podían transferir casi todo ese trabajo a sus subordinados. Así pues, vemos cómo Roma invirtió el modelo utilizado por el antiguo imperio ateniense. Entonces, las democracias de las ciudades griegas aliadas habían votado que los ricos pagaran una parte sustancial del tributo. Bajo el dominio de Roma, las democracias fueron diluyéndose o dejaron de existir, de modo que los consejeros municipales que ejercían el poder pudieron minimizar el impacto de los tributos en los de su

clase. Incluso a la hora de calcular sus aportaciones, se aplicaba un mismo baremo para todo el mundo: el impuesto de capitación era tan poco equitativo como siempre, y no había impuestos adicionales.

La recaudación también se vio facilitada por la privatización. Julio César había abolido la subasta de la licencia de recaudación de impuestos directos de las provincias a compañías «privadas» de Roma: se dice que, a consecuencia de esta decisión, los tributos impuestos a Asia por Roma se vieron reducidos en una tercera parte. Durante el imperio, sin embargo, las ciudades y las comunidades locales seguirían utilizando en el ámbito doméstico ese tipo de empresas para recaudar en su nombre los tributos exigidos. Dichos recaudadores de impuestos, los «publicanos» de los que nos hablan los Evangelios, garantizaban por adelantado una suma determinada, pero luego recaudaban de los contribuyentes otra más elevada para cubrir sus ganancias. También estaba el problema concreto de los tributos indirectos. Su importe variaba todos los años, dependiendo del volumen de negocios, y, para poder acordar con antelación una suma concreta, los funcionarios romanos preferían poner a la venta, o «ceder en arriendo», los derechos de su recaudación. La privatización resultaba conveniente para las autoridades, pero no para el contribuyente.

El sistema tributario romano se basaba en prácticas ya existentes en la mayoría de las provincias, pero representaba el principal punto de contacto de la gran mayoría de la población con el dominio de Roma. Un año sí, y el otro también, todo el mundo, incluso los pequeños agricultores y los arrendatarios de tierras, se veía afectado por el pago de

impuestos, tanto si conocía o no el nombre de su gobernador, como si hablaba o no latín o griego. La imagen y la prominencia pública del emperador eran menos significativas en la conciencia de su poder que tenían los súbditos, aunque para nosotros esa «imagen» se hace mucho más patente en el arte y los objetos que han llegado a nuestras manos. La mayoría de las provincias tenían cultos públicos en los que se ofrecían sacrificios y se pronunciaban oraciones «para», o en honor de los emperadores, pero en general se concentraban en las ciudades, tanto en los centros de las «asambleas» provinciales, como en determinadas poblaciones que ya contaban con cultos propios. Las estatuas representaban a los emperadores, a menudo ataviados con galas militares; las monedas proclamaban sus títulos, e incluso las acuñadas en las provincias mostraban su efigie; en el siglo III encontramos el retrato de un emperador, con motivo de su ascensión al trono, escoltado a diversas ciudades de una provincia e iluminado con velas. En esa propaganda había mucho campo para explotar ingeniosamente todo tipo de situaciones. En la década de 30 d.C. el gobernador de Asia tuvo que reprimir a la gente que ya estaba celebrando todo tipo de supuestas «buenas nuevas» procedentes de Roma, tanto si eran ciertas como si no.<sup>[506]</sup> Los falsos rumores representaban para los provinciales más astutos una oportunidad para vender artículos «conmemorativos» a sus paisanos. En Britania y Hungría, se ha descubierto una serie de moldes, aparentemente para fabricar los bollos y tartas que se presentaban como ofrenda, que debían ser grabados con imágenes del emperador haciendo sacrificios a los dioses. Se supone que sus súbditos comían esos dulces en el curso de las fiestas religiosas.<sup>[507]</sup>

El imperio, sin embargo, no se basaba en tartas personalizadas. Su estabilidad general se debía a dos razones fundamentales. Por un lado, la ausencia de un nacionalismo exacerbado (excepto en la problemática Judea). Había una conciencia étnica en muchas provincias (en Britania, o en Egipto, o en Germania), pero se veía dificultada por la existencia de distintas culturas y, a menudo, por el bilingüismo. En Siria, por ejemplo, los hablantes de griego y los escritores en esta lengua podían denominarse a sí mismos «sirios», y utilizar incluso el arameo o escribir también en siríaco. Pero no reconocían un «nacionalismo sirio», ni una «identidad siria».<sup>[508]</sup> Los gobernadores y administradores romanos tampoco realizaban su labor teniendo presente una eventual independencia «nacional» de sus súbditos, a diferencia, por ejemplo, de lo que ocurriría con los imperios británico y francés. El historiador Tácito atribuye a los adversarios de la dominación romana en las tierras más remotas un fuerte espíritu de «libertad», y compara la adopción de la cultura romana con la «esclavitud». Pero nunca sostiene que los súbditos de Roma deberían ser un día «liberados».

El segundo apoyo fundamental era el gobierno de clase, tanto implícito como explícito. Roma no siguió el principio de «divide y vencerás» entre las ciudades: el imperio animaba a las ciudades a unirse en nuevas asambleas provinciales. Pero se beneficiaba de las divisiones existentes entre sus súbditos. Una de las razones principales de la lealtad de la clase dirigente en las provincias menos civilizadas era su conciencia explícita de que, sin el poder de Roma, podían volver a las facciones y a las luchas intestinas. En las provincias más urbanizadas, incluido el Oriente griego,

había una ventaja análoga para las clases altas de las ciudades: el dominio romano las protegía de los ataques políticos de sus clases inferiores. Podía haber revueltas ocasionales provocadas por la falta de alimentos, pero no había el peligro real que suponían los desafíos políticos que habían imperado en la historia de Grecia desde *ca.* 500 hasta *ca.* 80 a.C. Si la asamblea popular de una ciudad griega resultaba demasiado turbulenta, el gobernador intervenía y simplemente la anulaba. La ciudadanía romana fue concedida a los beneficiarios de la clase alta de las provincias, protegiéndolos de] acoso arbitrario. Bajo el imperio de Roma, mientras tanto, podían trasladar buena parte de la carga que suponían los impuestos directos locales y rivalizar por nuevos honores públicos. La democracia, como había dicho Cicerón, era un «monstruo horrible», y ahora, para su alivio, tenían unos amos que estaban de acuerdo con esta idea.

# Capítulo 47

## LOS EFECTOS DEL IMPERIO

Tiranías y guerras es lo que siempre ha habido en las Galias, hasta que os pusisteis bajo nuestras leyes. Nosotros, aunque cada vez que nos habéis provocado no nos hemos servido del derecho de victoria más que para pedirnos la manera de garantizar la paz... todo lo demás lo compartimos... En efecto, si los romanos —no lo permitan los dioses— son expulsados, ¿qué habrá sino guerras entre las naciones?

PETILIO CERIAL en Tácito, *Historias* 4.74

Los recuerdos más duraderos del Imperio Romano son las calzadas y las ciudades que construyeron, los acueductos y el derecho romano, y por supuesto el latín, que es la base de numerosas lenguas europeas. Incluso en aquella época, los emperadores romanos eran aclamados por su «liberalidad» y los «beneficios» que había traído consigo su paz. Había una unidad y una apertura aparentes en un Imperio en el que un germano o un britano podían llegar a ser ciudadanos romanos de pleno derecho y un individuo nacido en España podía llegar a senador o incluso, como en el caso de Adriano, a emperador. A decir verdad, la ciudadanía romana conoció una expansión enorme y además por muchos lugares, al igual que el derecho romano y el latín. Con frecuencia, los autores latinos más admirados del siglo I no fueron originarios de Roma, ni siquiera de Italia: muchos nacieron en España, como Séneca, el filósofo, o Lucano, el poeta, Marcial, autor de agudísimos epigramas, y Quintiliano y sus doctrinas sobre cómo hablar y escribir correctamente en latín. Ya en la época de Augusto el

geógrafo Estrabón había escrito acerca del predominio del latín, el abandono de los modales belicosos y de las fortalezas de las montañas, y del fin de la antigua barbarie en el sur de España y en la Galia.

Una cultura común de altos vuelos permitía a los provinciales de clase alta comunicarse en términos de igualdad con la buena sociedad ya existente en Roma. Es de esos personajes cultos de la alta sociedad de las provincias de los que proceden las alabanzas de los «beneficios» de Roma. La moneda, sin embargo, tiene también otra cara. Los textos destinados a los lectores romanos expresaban vívidamente ciertos estereotipos «incorrectos» de los extranjeros no romanos. Se decía que los galos eran unos tipos rudos, robustos, rubios y melnudos, particularmente propensos a la homosexualidad. Los sirios eran jactanciosos, los típicos comerciantes y estaban obsesionados con el sexo; se decía que los habitantes de la Hispania Ulterior se lavaban los dientes con su propia orina; y en Irlanda, se afirmaba que la gente practicaba el acto sexual en público. Los romanos «civilizados», en cambio, llevaron a sus súbditos sus espectáculos sangrientos entre personas y animales. A pesar de su crueldad, los anfiteatros para este tipo de entretenimientos fueron una de las mayores aportaciones que hicieron los romanos a la calidad de vida del Imperio. En comparación, su lengua, el latín, hizo muy pocos progresos entre la población civilizada de lengua griega del mundo helénico tradicional. Incluso allí donde los hizo, siguieron vivas otras lenguas, el «celta» en la Galia, el púnico en gran parte del norte de África y del sudoeste de España (legado de Cartago y sus colonias), y el arameo (la lengua cotidiana de Jesús) en buena parte del Oriente

Próximo. En todas partes, el bilingüismo estaba mucho más extendido de lo que pueda dar a entender la marea de textos griegos y latinos que se nos han conservado. Quizá lo practicaran incluso los terratenientes cuando fueran a sus fincas rústicas y quisieran intercambiar cuatro palabras con sus antiguos subordinados y mayordomos de la zona.

Fuera de unas cuantas escuelas de enseñanza superior, el latín que se hablaba y se escribía en las provincias era chapucero y vulgar. Puede que algunos, incluso los artesanos de Britania, copiaran algunas frases de importantes pasajes de la *Eneida* de Virgilio, pero probablemente las conocieran por los ejercicios de escritura, no porque poseyeran una cultura literaria o teatral. Cuantos más textos encontramos en latín fuera de las clases cultas, en papiros, *graffiti* u otras inscripciones, menos se parece ese latín a las normas clásicas de nuestra gramática latina. En parte procedía de los italianos que se habían establecido como colonos en las provincias, y no eran tan instruidos como los oradores de Roma. El estilo es particularmente vivido en las respuestas dadas por los cristianos de lengua latina en los juicios a vida o muerte a los que fueron sometidos cuyas actas han llegado a nuestras manos. Muchos de esos mártires no aprobarían un examen moderno de latín y sacarían notas bajísimas.

La «liberalidad», al menos, es evidente en las ruinas del Imperio que se nos han conservado y en los textos e inscripciones (en su mayoría procedentes del elocuente Oriente griego) que dan testimonio de ella. Se dan en ellos las gracias a los emperadores o se les celebra por proveer a las ciudades de murallas y fortificaciones, acueductos, graneros y decenas de edificios públicos. De todos los emperadores, Adriano fue el máximo benefactor de las

ciudades. Él fue quien personalmente transformó Atenas con su nueva biblioteca, con un gimnasio, y con templos y pórticos igualmente nuevos. Los edificios por él erigidos en otras ciudades de la provincia vinieron a resucitar una Grecia que en general había caído a unos niveles bajísimos; también fundó en el noroeste de Asia Menor un grupo de ciudades que llevaban su nombre. Fue enormemente generoso con su ciudad natal, Itálica, en el sudoeste de España. Convirtió aquel pueblo pequeño y aburrido en un lugar con la fascinación de una gran capital, proveyéndole de calles y paseos amplios, termas, un anfiteatro, unas obras de alcantarillado excelentes e incluso un teatro. A pesar de todo, nunca regresó a Itálica como emperador. Sus antecesores habían hecho más o menos lo mismo con los lugares que les interesaban (excepto en general Tiberio, famoso por su tacañería), pero la «liberalidad» de Adriano destaca entre la de todos los demás. Viajó más que cualquiera de ellos y una visita imperial solía ser la causa de una proliferación de nuevos edificios, como podemos comprobar por los efectos de las visitas de Augusto al sur de la Galia y España.

¿Pero cuál era la fuente de esa «liberalidad»? Los emperadores podían donar materias primas a sus beneficiarios, ya se tratara de madera de sus bosques (Adriano era el dueño de los bosques de cedros del Líbano) o de buen mármol de alguna cantera famosa. Sin embargo, esos bienes los habían confiscado, requisado o heredado a expensas de la población local. Con mucha frecuencia el favor de un emperador suponía la condonación de los impuestos pagados por una ciudad durante un año o dos; en tal caso, la «liberalidad» se ejercía con la producción de los

propios provinciales. Durante ese período de suspensión tributaria los impuestos se desviaban para sufragar los monumentos públicos de la ciudad, pero para la masa de trabajadores que pagaba la mayoría de ellos la medida no suponía ningún alivio.

Había otro tipo de generosidad de doble filo: la concesión de nuevas tierras en las provincias a inmigrantes para su colonización. Para los colonos, dicha concesión era bastante importante. Tras el ejemplo sentado por Julio César, Augusto tuvo que establecer a sus veteranos quizá en sesenta nuevas colonias fuera de Italia, obligando a emigrar a más de 100.000 individuos. Las «colonias» resultantes supusieron la mayor exportación de población desde los tiempos de las conquistas de Alejandro. Estos colonos se establecieron en calidad de ciudadanos romanos. Empezaron hablando latín y sus ciudades, cultos y edificios solían evocar a los de la propia Roma. El culto de las tres grandes divinidades del Capitolio romano (Júpiter, Juno y Minerva) ocupaba un lugar destacado en los principales santuarios de las colonias, junto con los sacerdotes al estilo romano. No obstante, en el Oriente griego la impronta «romana» no fue habitualmente muy duradera. Los matrimonios con la población local y la asimilación a la poderosa cultura autóctona hicieron que las colonias tendieran a pasarse al griego al cabo de algún tiempo: Bérith (la moderna Beirut) siguió siendo, no obstante, un obstinado bastión del latín y del derecho romano en el Líbano.

El mapa urbano de las colonias podía resultar espectacular en poco tiempo. Antioquía de Pisidia, en el sur de Asia Menor, fue fundada en una curiosa colina y

rápidamente se hizo con un templo enorme dedicado al culto de Augusto. Probablemente se accediera a él a través de una gran puerta de triple arco (que le fue dedicada en 2 a.C.) y una serie de calles rectas, flanqueadas de esculturas y otros edificios imperiales, resaltaban el conjunto de manera espléndida. En el sudoeste de España, la ciudad de Emérita (la actual Mérida, cuyo nombre «Merecida [por los veteranos]» no podía ser más elocuente), situada en la confluencia de dos ríos, fue fundada en 25 a.C. El suministro de agua se aseguró con la construcción de tres hermosos acueductos nuevos; la ciudad disponía de puentes, termas y, en poco tiempo, pudo contar con un conjunto de centros de ocio (un teatro construido en 16 a.C. y un anfiteatro destinado a los espectáculos sangrientos, que data de 8 a.C.). El éxito mayor se lo llevaría el lugar destinado a las carreras de carros, el circo, construido probablemente en tiempos de Tiberio siguiendo el modelo del Circo Máximo de Roma. Los caballos españoles eran magníficos y siguieron celebrándose carreras en el circo durante siglos, incluso una vez acabada la dominación directa de Roma. Por otra parte, en el foro había un gran pórtico con esculturas que imitaban las estatuas del gran Foro de Augusto en Roma.

En Antioquía de Pisidia, varios miembros de la familia Julio-Claudia fueron elegidos para ocupar las magistraturas municipales *in absentia*. Se trataba de una honorificencia muy astuta, pues, como cualquier otro magistrado, se suponía que concederían numerosos beneficios a «su» ciudad. En otros lugares, la iniciativa de los gobernadores romanos fue también importante; influyó en el desarrollo arquitectónico de Emérita, lo mismo que el papel del fiel

Agripa, que también tuvo mucho que ver en todo ello. En el curso de sus viajes, Agripa mostró un interés personal por las obras de construcción: mandó erigir un odeón para impresionar a los atenienses, y es muy probable que patrocinara la enorme cubierta del edificio, para la cual fueron necesarias vigas de dieciocho metros. Quizá patrocinara también la techumbre todavía mayor, de casi veinticinco metros de anchura, que cubría el gran templo de Zeus en Baalbek, en el nuevo territorio de Béríto, donde también desarrolló sus actividades. Las grandes hazañas constructivas y las agresiones contra el paisaje atrajeron siempre a los romanos y sus arquitectos. Ése es el motivo de que construyeran grandes calzadas en Italia para Trajano o de que ayudaran a Adriano a abordar un problema planteado desde hacía muchísimo tiempo, la desecación del lago Copáis, en Grecia central. La principal finalidad de las calzadas romanas no era el comercio ni el «desarrollo provincial»: tenían un carácter militar y gubernamental, y facilitaban la intercomunicación entre la clase dirigente.

Allí donde se establecían los colonos, había otros que tenían que irse o a los que no se dejaba entrar, pues las recompensas en forma de tierras que recibían los veteranos no se hallaban situadas necesariamente en territorios vírgenes. No obstante, las nuevas y espectaculares ciudades de colonos fomentaron la imitación en la población autóctona. Poco después de la fundación de Mérida, vemos la misma estructura repetida en una ciudad mucho más sencilla, Conímbriga, situada al noroeste de la Lusitania. Conímbriga no era una colonia de veteranos, pero se hallaba situada en una zona rica en metales que indudablemente atrajo a muchos explotadores italianos antes de que la ciudad

se desarrollara como tal. En tiempos de Augusto los ciudadanos ilustres de Conímbriga construyeron unas termas bien provistas de agua gracias a un acueducto, y levantaron un impresionante foro con un templo, pórticos y edificios públicos. La nueva Mérida de los romanos fue copiada por sus vecinos: ¿deberíamos, pues, suponer que también en otros lugares los provinciales se «romanizaron» a sí mismos?

Los imperios modernos han visto este proceso como una «bendición», lo mismo que sus propios ideales, y lo han atribuido a una «misión civilizadora». Desde luego podemos hablar de nuevos modos de vida e importaciones de Roma que llegaron mucho más allá de los lugares en los que se establecieron emigrantes de lengua latina. Un ejemplo muy extendido es el de las termas, amenidad cívica que llevó una nueva costumbre social a Oriente y a Occidente. Pero también las costumbres nacionales cambiaron. Durante la dominación romana, las poblaciones de Galia y de Britania empezaron por propia iniciativa a construir casas de piedra, no de madera o paja, y a comer en vajillas de loza fina y brillante, cuyas formas correspondían a nuevos gustos culinarios y a nuevos modales en la mesa. La degustación de vino sustituyó la vieja costumbre prerromana de no beber prácticamente nada más que cerveza. Se produciría también aceite de oliva a gran escala para el uso de los provinciales, tanto en el sur de España como en ciertas zonas del interior del norte de África que ahora forman parte del desierto. La salsa de pescado salado, especialidad italiana, se convirtió en el aderezo favorito fuera de Italia, mientras que las casas al nuevo estilo trajeron consigo nuevas divisiones de los espacios y quizá nuevos límites cotidianos entre hombres y

mujeres, entre adultos y niños. En los espacios públicos, inscripciones y estatuas empezaron a honrar a los benefactores que se vieron atraídos hacia un nuevo tipo de intercambio público de regalos. A cambio de su munificencia, esos individuos recibían como regalo honores que eran registrados públicamente, concedidos ante el nuevo centro de atención de la población ciudadana, ya fuera en España, en la Galia o en el norte de África. Esos intercambios fomentaron también la rivalidad social entre los propios benefactores.

Esa «romanización» fue, dicho con más precisión, una italianización. Los soldados veteranos, los comerciantes emigrados a las distintas provincias, los amigos que los reclutas provinciales hacían en el ejército, no eran romanos como los habría imaginado Catón el Viejo. La enorme población de Roma seguía siendo un conjunto mixto, que ya no era (ni nunca había sido) puramente «romana» por su origen. La mayoría de los colonos «romanos» procedían de ciudades de Italia que se habían romanizado en tiempos de la República. Lo que anteriormente hicieran los romanos con los italianos, lo harían ahora los italianos con los provinciales. Pero éstos tampoco eran una página en blanco; por el contrario: tenían sus propias culturas, que variaban de una provincia a otra. El griego y el arameo, el hebreo y el egipcio eran lenguas especialmente fuertes en Oriente, mientras que la cultura púnica del sur de España y del norte de África era la más vigorosa de Occidente. ¿Se adaptó, pues, la italianización para acomodarse a los modos de vida ya existentes de los provinciales y, si fue así, cómo deberíamos describir este proceso? Los historiadores suelen ahora jugar con las palabras con el fin de darle cabida en su

totalidad: ¿los súbditos de Roma prefirieron «aculturarse» o más bien se «transculturaron» desarrollando una cultura que era una mezcla de elementos viejos y nuevos? ¿O cabría hablar, por el contrario, de una «subculturación»?

Indudablemente el proceso debió de variar de un lugar a otro. En la remota Britania, según el historiador Tácito, se vio facilitado por el gobernador Agrícola, suegro del propio escritor. Agrícola, nos dice Tácito, fomentó la construcción de «templos, foros y casas».<sup>[509]</sup> Arqueológicamente todavía no podemos valorar esa iniciativa, y por tanto la tendencia habitual consiste en no confiar en sus palabras, pues lo que estaba escribiendo Tácito era un libro sumamente favorable a su protagonista. Pero en el Oriente griego hay decenas y decenas de casos bien documentados en los que los emperadores o los gobernadores fomentaron efectivamente ese tipo de edificaciones, y en comparación con esos lugares Britania era un territorio salvaje y conquistado hacía muy poco. Como ocurriera en Oriente, puede que fueran enviados especialistas del ejército para que contribuyeran a lanzar los primeros proyectos arquitectónicos. Es posible que se desviara parte de los impuestos para acelerar el comienzo de las obras: dentro del Imperio en general la iniciativa de Agrícola no carecería de precedentes, como los arqueólogos locales de Occidente sugieren en ocasiones.

Como yerno suyo que era, Tácito dice que la actuación de Agrícola era un modo de inducir a la molición a un pueblo belicoso por medio de los placeres, con el fin de acostumbrarlo a «la paz y la tranquilidad»: si Tácito pensaba de ese modo, su suegro también debió de pensar en unos términos igualmente realistas. Se dice, seguramente con razón, que los hijos de los caudillos britanos fueron iniciados

rápidamente en la educación latina. El uso de la toga se «extendió» y, en opinión de Tácito, se produjo una gradual caída en «vicios» seductores, fomentados por la aparición de «pórticos, termas y cenas elegantes». Los britanos, en su ingenuidad, «llamaban civilización a lo que constituía un factor de su esclavitud».<sup>[510]</sup> En este sentido Tácito utiliza uno de sus contrastes favoritos (en realidad muy del gusto de todos los antiguos), entre los valerosos bárbaros «libres» y los súbditos «esclavizados» de carácter muelle. Aun así, no tiene por qué haber sido el único que viera en el «lujo» un medio conveniente de obtener el sometimiento imperial. En el sur de Britania, esa «esclavitud» del placer ya había empezado algún tiempo antes de que llegara Agrícola a la isla, como demuestran los hallazgos arqueológicos efectuados en Londres o en St. Albans y de forma más evidente aún en Bath. La costumbre romana de las termas fue imitada rápidamente por los provinciales: las fuentes termales existentes en Bath eran utilizadas ya por los romanos para sus baños en *ca.* 65 d.C, casi veinte años antes de la llegada de Agrícola.

En otras provincias menos bárbaras, los gobernadores y los emperadores seguramente fomentaron este tipo de actividades para salvaguardar la paz y la tranquilidad. En cualquier caso, no hacía falta tampoco mucho estímulo por parte de las autoridades. Por propia iniciativa, las clases altas de cada lugar mostraron rápidamente su apego por los nuevos modos de ostentación y de rivalidad que ofrecía Roma. Podían obtenerse nuevos títulos y se podía hacer alarde de nuevos privilegios. Esa «ostentación del estatus» se revela incluso en las obras de arte más personales que se nos han conservado en cualquiera de las provincias del Imperio:

nos referimos a los retratos sobre plancha de madera que acompañaban a las momias egipcias y que datan desde aproximadamente 40 d.C. en adelante. Hombres y mujeres aparecen inmortalizados en estos retratos sumamente realistas, como si no existiera la vejez, pero a la vez estas representaciones muestran una clara conciencia del estatus del individuo.<sup>[511]</sup> En su mayoría están pintados sobre tablas de maderas especialmente importadas al efecto, de tilo o de boj. Algunas mujeres lucen peinados de moda, pendientes y joyas que conocemos en la Italia de la época, aunque sólo uno de los retratados ostenta nombres de ciudadano romano. Quizá, como las máscaras funerarias romanas, estos retratos fueran exhibidos en los cortejos fúnebres: resulta tentador relacionarlos con los miembros o pretendidos miembros de la clase privilegiada de lengua griega de las principales ciudades de Egipto, con unos individuos que se habían beneficiado del Imperio gracias a la exención del pago del impuesto de capitación. Su cultura de los retratos los caracterizaba como personas distinguidas, por encima de sus inferiores, obligados a pagar los impuestos sobre la persona.

En las provincias, muchos otros nuevos tipos de ostentación eran más confortables y mucho más elegantes que la vida llevada en el país antes de la llegada de los romanos. En tiempos de Augusto, el símbolo más famoso de paz campestre, la villa rural, ya se había extendido mucho por el sur de la Galia. En Britania, el apogeo de este tipo de residencia se produciría más tarde y habría de pasar un siglo o más antes de que los terratenientes de Somerset o Gloucestershire pudieran jactarse de vivir en una verdadera casa de campo, con pavimentos de mosaico y felices

recuerdos de sus jornadas de caza, bajo el patrocinio (en los Cotswolds) de su característico joven dios de la caza. A los romanos debe Gran Bretaña muchos de sus árboles «autóctonos», el cerezo o el nogal. También les debe muchos ingredientes de la mejor cocina, el culantro, los melocotones, el apio o las zanahorias. A ojos de un romano culto, la cultura rústica de los britanos probablemente resultara más bien curiosa, con sus edificios de imitación y el sabor local de su estilo de vida. Hubo sólo un área en la que los intercambios fueron de igual a igual. Parece que los italianos introdujeron el gato doméstico en la Galia; y, a su vez, los perros de las provincias transformaron las jaurías de los italianos. En este terreno se produjo un progreso real, según contaban algunos en tiempos de Adriano, más allá de las razas caninas que habían conocido hasta entonces los griegos.

En nuestra época de religiones exclusivas, la religión puede parecer un tipo exportación más conflictivo. Los cultos religiosos de Roma y el del propio emperador fueron fomentados en las capitales de las provincias, y curiosamente también se convirtieron en objeto de rivalidad. Según Tácito, el templo del divino Claudio, el emperador divinizado, en Colchester, en Britania, era la «fortaleza de la eterna dominación» y había llevado a la ruina a numerosos britanos ilustres, «que bajo el pretexto del culto... gastaban en él sus fortunas».<sup>[512]</sup> No había forma de parar la extravagancia de los líderes en este nuevo e impetuoso juego de la «dinastía». Por otra parte, ni los emperadores ni los senadores mostraron el menor interés por civilizar a los provinciales en nombre de la difusión de la verdadera religión. En la Galia y en Britania, la religión «druida»

prerromana fue suprimida activamente, pero sólo debido a los aspectos bárbaros que contenía (entre otros probablemente los sacrificios humanos): el carácter moral de los cultos había sido desde siempre una preocupación de los romanos. Es probable que un interés semejante se oculte tras la injerencia de Adriano en las actividades de los judíos de Judea. Sin embargo, las creencias en sí no planteaban ningún problema: las divinidades locales, con tal de que fueran moralmente inocuas, eran identificadas con otras grecorromanas y recibían simplemente un doble nombre (por ejemplo, «Mercurio Dundas»). Los romanos residentes y las clases altas locales solían venerar al dios sólo con el nombre grecorromano, mientras que los más humildes preferían la forma doble más explícita. En la medida en que la religión romana se interesaba por el éxito y el bienestar mundano, los politeístas no romanos podían adaptarse a los nuevos compuestos sin dificultad: al fin y al cabo, todos tenían las mismas prioridades.

Si tomamos el derecho romano y la ciudadanía romana como los indicadores verdaderamente importantes, hubo un interés por parte de las autoridades romanas en extender uno y otra, pero incluso ese interés es algo muy distinto del fomento activo de la inclusión social o de la misión civilizadora. La ciudadanía romana era concedida tradicionalmente a cambio de determinados servicios; Augusto había sido muy parco en este sentido y había llevado un registro en Roma de los pocos individuos que habían merecido dicho honor. Incluso Claudio había seguido el mismo principio, por mucho que diga una sátira de su época en la que se asegura que deseaba poner togas de ciudadanos a todos los habitantes de la Galia y de Britania.

Una de las vías para la obtención de la ciudadanía era el servicio militar en las tropas auxiliares; otra, el servicio como magistrado de la clase alta en ciudades especialmente designadas, los *municipia*. La concesión del rango de *municipium* a una ciudad del Imperio Romano no era automática. Hasta la década de 70 d.C. no se lo concedió el emperador Vespasiano a las ciudades de España (probablemente a las de toda la Península Ibérica). Incluso en este caso, el gesto se debió principalmente a una recompensa calculada. España había desempeñado un papel importante en la guerra civil recién acabada y por lo tanto las autoridades de las ciudades necesitaban una muestra de favor.

Gracias a las inscripciones descubiertas últimamente, ahora podemos reconstruir mejor los rasgos generales de una «ley municipal» general para España.<sup>[513]</sup> La concesión inicial del rango de municipio confería a los magistrados de la ciudad el derecho a adquirir la ciudadanía romana. Cabe resaltar que la ciudadanía romana no eximía al beneficiario de la obligación de servir a su ciudad natal con las liturgias que fueran necesarias. Tenía que dedicarle tiempo y recursos: los emperadores deseaban que siguiera habiendo ciudades fuertes en las provincias, pues en ellas se basaba sobre todo la recaudación de impuestos, y Augusto había declarado explícitamente que los ciudadanos romanos seguían teniendo obligaciones en la esfera local. Así pues, las clases altas tendrían que sufragar la mayor parte de las amenidades de la vida municipal, continuando con un modelo que había comenzado en las ciudades-estado de la Grecia arcaica y que había ido extendiéndose a medida que fueron multiplicándose las ciudades en los territorios

dominados por los romanos.

En la Atenas clásica, el desempeño de las liturgias había permanecido siempre al margen del ejercicio de las magistraturas. Fuera de las antiguas ciudades-estado griegas esta diferenciación entre munificencia y cargos políticos desapareció, incluso antes de las conquistas romanas. Tampoco se observó en los nuevos municipios. En los *municipia* de España, los magistrados eran seleccionados sólo entre los consejeros municipales, y éstos eran escogidos únicamente entre los ciudadanos acaudalados. Había que pagar un canon de ingreso para entrar en el consejo, y el cargo de consejero era vitalicio. Luego el consejero debía «prometer» actos de munificencia o aceptar el desempeño de liturgias como magistrado. Por supuesto no existía selección por sorteo ni participación popular en el consejo como las que habían existido en la Atenas clásica. Por otra parte, el «derecho latino» no estaba pensado como un estadio intermedio en el camino hacia la plena ciudadanía romana para todos los habitantes del Imperio. Era un fin en sí mismo, una cuidadosa limitación de la ciudadanía romana a los órdenes superiores de una comunidad. La ciudadanía romana protegía a este tipo de gentes frente a la violencia arbitraria de los funcionarios romanos y les permitía contraer matrimonios válidos con otros ciudadanos romanos. Tenían además la facultad de hacer testamentos y contratos que podían ser considerados válidos según el derecho romano por los funcionarios del Imperio. A cambio, la ciudadanía los vinculaba fuertemente a los intereses de Roma. Era una parte importante del «dominio de clase» del Imperio.

No obstante, los demás habitantes de estos «municipios» se vieron afectados también por el nuevo estatus de sus

ciudades. Se suponía que debían participar de los cultos romanos y que los tratos que hicieran unos con otros se ajustarían también al derecho civil romano en su condición de «latinos». Los que ya comerciaban con ciudadanos romanos habrían encontrado muy conveniente esta provisión, aunque para la mayoría resultara un tanto desconcertante. Entre 70 y 80 d.C. no había códigos de leyes ni escuelas locales de jurisprudencia y es muy probable que el verdadero conocimiento del derecho romano fuera bastante raro entre los provinciales, como sigue siendo hoy día entre la mayoría de nosotros. En principio, las leyes romanas afectaban a muchos asuntos familiares, empezando por las herencias y el matrimonio, la liberación de los esclavos y los enormes poderes que sobre su familia tenía un padre romano. Pero indudablemente todo esto podía resultar confuso. Según afirman algunos, el derecho municipal en España se debió al intento del emperador Domiciano de regular en las ciudades los abusos y las «prácticas hispanas» a raíz de que Vespasiano les concediera el derecho latino. Detrás de esos privilegios debía de ocultarse más una inspiración y un ideal que una realidad en todas las cuestiones de detalle.

En Oriente, en cambio, ese «derecho latino» no fue concedido a las ciudades. Los líderes de la vida civil griega tenían ya su propia cultura, por lo demás muy fuerte, y por lo tanto los romanos dejaron que siguiera adelante. La ciudadanía romana era más rara en Oriente, especialmente en las provincias en las que no había legiones (los legionarios eran ciudadanos romanos). La tranquilidad y la lealtad se habían conseguido en ellas mediante el apoyo prestado a las clases altas frente a las más humildes, y por lo tanto no fue

necesario concederles ningún otro privilegio. No obstante, en algunos casos concretos podemos ver el derecho romano en acción en Oriente. Durante el reinado de Adriano, tenemos ocasión de observar sus formalismos en la petición civil presentada por una mujer judía, Bábata, parte de cuyos documentos se nos ha conservado en una cueva del desierto de Judea. Como Bábata quería agilizar su pleito ante un gobernador romano, parece que encontró a alguien que le redactó su petición en griego en unos términos que el gobernador habría sabido reconocer gracias a su cultura romana. Es indudable que otros solicitantes harían lo mismo, pero lo hacían por propia decisión y con marrullería, no por un imperativo legal.

En Oriente, la zona más sensible a la dominación de Roma fue precisamente Judea. En tiempos del rey nombrado por Marco Antonio, Herodes el Grande, la arquitectura civil clásica y el «lujo» habían experimentado un gran avance en la región. También los sucesores de Herodes fundaron ciudades, incluso en la zona norte del país, junto al mar de Galilea. El resultado de todo ello, sin embargo, no fue la paz y la tranquilidad. En 6 d.C., diez años después de la muerte de Herodes, Augusto puso a Judea directamente bajo su dominio. La consecuencia fue, como de costumbre, la confección de un censo romano, que encontró un fuerte rechazo por parte de algunos judíos que citaban determinados pasajes de las Escrituras para oponerse a él. Según un determinado grupo, la lealtad sólo se debía a Dios: este grupo daría lugar a los zelotas (o *sicarii*, «navajeros», según el nombre que les dieron sus víctimas), la única «filosofía» antirromana que surgió en todo el Imperio.<sup>[514]</sup> Fueron los primeros terroristas del Imperio.

Durante su guerra civil en Oriente, Julio César ya había mirado a los judíos y su religión con respeto. Los precedentes en este sentido se remontaban a los reyes persas del siglo VI a.C. A partir de Augusto, los emperadores pagaron para que se ofrecieran sacrificios en su nombre en el Templo de Jerusalén. La mayoría de los judíos no recibía esos favores a disgusto, y en tiempos de Augusto dichos favores fueron confirmados incluso a determinadas comunidades judías de la Diáspora, diseminadas fuera de Judea, que a menudo corrían serio peligro a manos de los habitantes de las ciudades griegas, resentidos contra ellos. Bajo el Imperio Romano, los judíos quedaron incluso exentos del servicio militar, que en otro tiempo se habían visto obligados a prestar para los sucesores de Alejandro. Algunos romanos, por otra parte, se mostraron muy susceptibles ante el antiguo dios de los judíos y ante los lazos que unían su culto con un determinado código ético. Durante el siglo I d.C. podemos rastrear la existencia de varios seguidores de la religión judaica en la alta sociedad de Roma, especialmente entre las mujeres, que estaban al margen de las estructuras de poder más activas de la vida romana (en las que el judaísmo estricto habría resultado más problemático). Además las mujeres podían convertirse sin sufrir las molestias de la circuncisión.

No obstante, los estereotipos antijudíos seguían siendo habituales y no sólo entre los griegos de Alejandría, donde se había originado el antisemitismo. A los gobernadores romanos «políticamente incorrectos» de Judea les costaba mucho trabajo respetar las peculiaridades étnicas locales. Los judíos se caracterizaban singularmente por adorar a un solo dios y tenían estrictamente prohibido que los gentiles

entraran en su Templo. En cambio, sufrieron una serie de insultos y ofensas de los romanos, por ejemplo la introducción en Jerusalén de los estandartes militares y sus efigies, o la grosera actitud mostrada por un soldado romano que ventoseó sonoramente ante la airada multitud de los judíos. Durante el reinado de Claudio, la provincia de Judea se convirtió en el juguete de los favoritos del emperador. Primero, fue asignada al nieto de Herodes el Grande, Herodes Agripa I, que ayudó a Claudio cuando subió al trono de forma harto curiosa; luego fue a parar a Félix, hermano de Palante, el presuntuoso liberto de Claudio, que intrigó para que éste contrajera fatalmente matrimonio con Agripina (Félix puso incluso el nombre de la emperatriz a una ciudad). No por casualidad se dice que Pablo, el cristiano, disertó ante Félix «sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero», llenándolo de terror.<sup>[515]</sup> Unos diez años después, la atractiva esposa de Nerón, Popea, amañó el nombramiento de un desastroso gobernador de Judea simplemente porque era amiga de su esposa. Probablemente no pretendiera cometer ningún desaguisado; de hecho se había mostrado compasiva con una embajada judía y, como una muestra más de su exquisitez personal, se dice que mostró su simpatía por el dios de los judíos. Sin embargo, el individuo que escogió como gobernador, Gesio Floro, por sus orígenes un caballero romano nacido en una ciudad griega, no pudo ser más inoportuno. Suscitó gratuitamente las iras de sus súbditos y contribuyó al estallido de una gran guerra de los Judíos.

Las provocaciones de Floro fueron importantes porque afectaban a un terreno extraordinariamente delicado. La dominación romana había ahondado las tensiones ya

existentes entre ricos y pobres en Judea y sus inmediaciones. Los prestamistas italianos habían desarrollado sus actividades incluso en Galilea. Al tratarse de una ciudad atestada de peregrinos, la economía de Jerusalén era muy inestable; las divisiones entre los sacerdotes eran muy profundas y los judíos de clase alta mostraban una disposición servil a colaborar con unas autoridades romanas que no eran del agrado de todo el mundo. Pero especialmente la falta de tacto de los romanos llegó a afectar a la vieja religión del pueblo, que era además exclusivamente nacional. Por aquel entonces no existía un solo «judaísmo», pero todo el mundo llegaría a unirse frente al aparente sacrilegio grosero de los romanos contra Yavé.

En 66 d.C. las clases altas de Judea y los grandes sacerdotes intentaron evitar una sublevación general, pero el apoyo a la rebelión se vio fortalecido por la acción de los extremistas, incluidos los zelotas. Dejaron de hacerse sacrificios por el emperador en el Templo, de modo que las legiones romanas entraron en la ciudad con el fin de sofocar la revuelta. Fueron precisos cuatro años de duros y sangrientos combates, y las fases posteriores de la guerra acabaron en el interior de Jerusalén, donde el conflicto se convirtió en una feroz lucha de clases de judíos contra judíos, y no sólo en una guerra de judíos contra romanos.

En agosto de 70 d.C. cayó finalmente la ciudad y, en castigo, el gran Templo de Herodes y los principales edificios de Jerusalén fueron destruidos. La desaparición del Templo cambiaría para siempre el foco de atracción del culto judío. Los judíos, que siempre habían pagado tributos a su antiguo santuario, se vieron sometidos en adelante a pagar un impuesto especial al templo de Júpiter en Roma.

En 116-117 estalló una segunda sublevación de los judíos de la Diáspora, en un momento en el que el emperador Trajano estaba combatiendo en una guerra en Oriente. Esta nueva rebelión no dejó una huella en Judea, pero determinó la destrucción de las fortísimas comunidades judías de Chipre, Cirene y, sobre todo, Alejandría de Egipto.

El acto final de la destrucción, como veremos, quedó para Adriano, que provocó una tercera sublevación, esta vez dentro de la propia Judea, entre 132 y 135. La consecuencia fue otra enorme pérdida de vidas judías y la transformación de Jerusalén en una colonia romana provista de templos paganos, una ciudad en la cual tenían prohibida la entrada los judíos supervivientes. En el curso de una generación, entre 70 y 135 d.C, la insensibilidad de los romanos eliminó el único templo monoteísta (dedicado a un Dios único y exclusivo) que había en su Imperio y borró a Judea literalmente del mapa: la región recibió el nombre de «Siria-Palestina». Estas medidas serían en último término actos de romanización, pero no fueron impuestas como recompensa a los servicios prestados: a juicio de los romanos, fueron la consecuencia de una deslealtad verdaderamente única. Los disturbios, sin embargo, los había provocado la propia Roma, y la solución final es el reflejo de un romano de tendencias clasicizantes, Adriano, y el concepto que tenía de un mundo clásico.

# Capítulo 48

## EL CRISTIANISMO Y EL IMPERIO ROMANO

Y vosotros los ricos, llorad a gritos por las desventuras que os van a sobrevenir. Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos, consumidos por la polilla; vuestro oro y vuestra plata, comidos por el orín, y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes como el fuego.

Epístola de Santiago 5.1-3

Cuando [los miembros del Areópago] oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se echaron a reír, otros dijeron: «Te oiremos sobre esto otra vez».

Hechos de los Apóstoles 17.32,  
sobre la visita de San Pablo a Atenas

Los parámetros cambiantes en los que se basó el dominio romano son el contexto del legado más influyente de la Antigüedad: el cristianismo. Sus raíces eran judías, pero iría conformándose de acuerdo con el nuevo entorno histórico. Jesús nació en Galilea, en tiempos de Herodes Antipas, un rey cliente de Roma. Los recaudadores de impuestos con los que se relacionó eran los de este monarca, no los de Roma. Sin embargo, incluso en Galilea, Jesús podía referirse al texto y a las imágenes de una moneda romana y esperar que su público supiera perfectamente que pertenecían a César. En la Judea del siglo VI d.C. el sur de Galilea había entrado a formar parte de los territorios bajo el dominio directo de Roma.

Según el Evangelio de Lucas, el nacimiento de Jesús coincidió con la supuesta publicación de «un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo». Su

cronología sitúa este «decreto» en el año 6 de nuestra era, y, según parece, fue la causa de que José y María se dirigieran a Belén, la localidad en la que los antiguos textos habían profetizado el nacimiento del Mesías. De hecho, este supuesto «decreto» no habría podido afectar nunca a un galileo, pues éste era súbdito de un reino cliente de Roma que velaba por sus propios impuestos. La datación del Evangelio es también contradictoria, y no hay prueba alguna de que, fuera de Galilea, se proclamara semejante «decreto» global. El relato de la primera Navidad se basa en una imposibilidad histórica.<sup>[516]</sup>

Independientemente de la verdad de la primera Pascua, la Crucifixión al menos es un hecho histórico, que puede datarse, aunque no con total seguridad, en el año 36.<sup>[517]</sup> Era un castigo impuesto por Roma, y en él se vio envuelto el prefecto romano, Poncio Pilato, del que también tenemos noticia por monedas de la época y otras fuentes no cristianas. No sabemos con precisión cómo se produjo. Los cuatro Evangelios difieren en detalles importantes, entre otros en la sucesión de los distintos hechos. Algunos de esos particulares pueden ser comparados con los procedimientos seguidos por los gobernadores romanos de otras provincias, pero el problema sigue siendo cuál de los relatos contradictorios de los Evangelios encierra la verdad, si es que hay alguno que lo haga. En el Evangelio de Juan se cuenta que una cohorte de soldados romanos al mando de un oficial participó en la detención de Jesús. El Sumo Sacerdote de los judíos y su grupo de consejeros llevaron a Jesús, ya atado, ante Pilato y afirmaron «que a nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie».<sup>[518]</sup> La mayor parte de las comunidades de las provincias que se hallaban bajo el

dominio directo de Roma habían perdido efectivamente el derecho a imponer la pena capital. Esta facultad era exclusiva del gobernador romano, y sin duda la difícil ciudad de Jerusalén no constituía una excepción. Al menos podemos tener la plena seguridad de que, en calidad de gobernador, Pilato dictó formalmente una sentencia desde su sillón de juez (como dice el Evangelio de Juan con toda claridad). También sabemos que la cruz llevaba una inscripción con la condena de Jesús escrita en tres lenguas distintas. En ella se le calificaba de «rey de los judíos» en unos términos de los que dan fe muchos testigos oculares. Se trataba de una manifestación que ningún gobernador romano habría podido tolerar.

Oímos hablar de otros «rebeldes» de ese tipo en la Judea romana, individuos que llegaron a provocar que los romanos enviaran tropas contra ellos. Es evidente que no se consideró a Jesús una persona tan peligrosa como esos insurrectos declarados, y, sin embargo, fue mucho más «alborotador» que otro campesino llamado Jesús que posteriormente, en el año 62, se pasearía por Jerusalén en el curso de una fiesta gritando «voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz que va contra Jerusalén y contra el Templo, voz contra los recién casados y contra las recién casadas, voz contra todo el pueblo».<sup>[519]</sup> Algunos ciudadanos notables se irritaron ante estos malos augurios, apresaron a Jesús y le dieron en castigo mucho golpes. Luego lo condujeron ante el gobernador romano, donde siguió vociferando su lamento. El gobernador lo interrogó, y luego lo dejó en libertad. A diferencia de Jesús de Nazaret, no se creyó que afirmara ser un rey. Para los romanos, esa diferencia era fundamental.

La predicación de Jesús acerca de este nuevo «reino» surgió en un contexto histórico muy concreto. La instauración del dominio directo de Roma y de los nuevos impuestos en 6 d.C. había provocado el levantamiento de los zelotas extremistas, con estrechas relaciones con Galilea, individuos que negaban cualquier alianza de los judíos que no fuera con Dios. Este movimiento terrorista tenía claras connotaciones políticas, pero los objetivos de los discípulos y seguidores de Jesús eran otros bien distintos. Jesús eligió a doce Apóstoles, un número tan significativo que inmediatamente se mantuvo tras su muerte. Eran doce para indicar las doce tribus de un nuevo Israel que debía basarse en el arrepentimiento, en un reino no violento de amor y en un cambio de sentimientos. Sus miembros obtendrían la salvación y serían honrados durante el inminente fin del mundo, cuando, al parecer, participarían con Jesús en un banquete celestial. Este mensaje no constituía en absoluto una apología del terrorismo violento, aunque sí era la «alternativa galilea» de la época al dominio directo de Roma. Cuando a Jesús le preguntaron qué pensaba de «los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían» en Jerusalén, se cuenta que respondió que los galileos (seguramente sospechosos de haber cometido actos de terrorismo) no eran más pecadores que cualquier otro (su muerte era, pues, una recompensa por el pecado). Y les dijo a los que le interrogaban que «si no hacéis penitencia, todos igualmente pereceréis».<sup>[520]</sup> Con esto quería decir que su nuevo reino no iba a llegar por medió de las demostraciones de violencia y de protesta. Pero la alocada respuesta de los extremistas al nuevo sistema del dominio romano explica perfectamente el notable sentido de urgencia de las palabras de Jesús, que pensaba que sus compatriotas judíos estaban

siguiendo un camino que no tardaría en llevarlos a la catástrofe y que podía provocar incluso la destrucción de Jerusalén. Los versículos de los Evangelios en los que Jesús «profetiza» la caída de Jerusalén suelen considerarse a menudo fruto de la comprensión a posteriori. Algunos de los detalles de los que hablan pueden ser ciertos, pero la creencia en ese fatal desenlace es probable que sea realmente de Jesús, ya incluso en la década de 30 d.C. De ahí la insólita prisa que lo caracteriza.

Se nos dice que cuando Jesús murió apenas unas ciento veinte personas creían en su mensaje. Eran todos judíos, y sólo se distinguían de sus compatriotas por el mero hecho de creer que con Jesús había llegado el Mesías. Las autoridades religiosas de los judíos nunca aceptarían que el Mesías tan esperado por muchos había sido esa amenaza pública cuya ejecución en la cruz —aquel terrible castigo romano— habían instigado. No obstante, los seguidores de Jesús permanecieron en Jerusalén: es evidente que se quedaron en la ciudad a la espera de la inminente llegada del fin del mundo. Mientras tanto, algunos de ellos comenzaron a difundir la noticia entre los extranjeros que visitaban la región, en su mayoría judíos de la Diáspora llegados a Jerusalén para celebrar la Pascua en el Templo. Debió de ser particularmente emocionante para algunos de ellos enterarse de que durante el gran «viaje de su vida», habían coincidido con la llegada del Mesías. La ciudad estaba llena a rebosar de peregrinos, y es probable que el Templo no fuera exactamente el humilde centro de honestidad y recogimiento espiritual que esperaban encontrar. Algunos de ellos, entre los que había diversos individuos de lengua griega, se unieron al nuevo grupo mesiánico, una parte de

cuyos líderes empezó a dispersarse fuera de Jerusalén para llevar su mensaje a otras grandes ciudades vecinas, como, por ejemplo, Cesárea y Antioquía. Fue en esta última donde los integrantes de ese grupo mesiánico empezaron a ser llamados «cristianos», «pueblo de Cristo», el Mesías.<sup>[521]</sup>

Jesús no había hablado en griego, nunca había visitado una gran ciudad gentil y tampoco había predicado ante los gentiles. Cuando los griegos se acercaron a aquellos discípulos suyos que sabían hablar la lengua griega, se cuenta que Jesús había dicho que se trataba de una señal de la «nueva era» que estaba por venir. Tras su muerte, no sabemos cómo la nueva religión cristiana llegó hasta Alejandría o Roma. Pero de lo que sí tenemos conocimiento es de los viajes misioneros del cristiano que más hizo en pro de la conversión de los gentiles: Pablo.

La vida de Pablo se desarrolló en un contexto totalmente romano desde el punto de vista histórico, mucho más que la de Jesús. Su padre, un judío de Tarso, tenía el gran privilegio de ser ciudadano romano: algunos suponen que le fue concedido tras suministrar en la década de 60 a.C. las tiendas para los campamentos del ejército de Pompeyo. Pablo, un judío culto, empezó siendo un acérrimo perseguidor de los nuevos cristianos, pero luego se convirtió y se dedicó a predicar la fe cristiana en el mundo de los gentiles. Visitó Chipre, patria de su asistente y compatriota judío, Bernabé. A su llegada, causó una profunda impresión al gobernador romano de la isla, que constituía un ejemplo más de lo que era un romano confiado, impresionado por las maravillas de Oriente. Luego viajó hasta Antioquía de Pisidia, una de las colonias recientemente establecidas por Augusto en el sur de Asia Menor para los veteranos del

ejército: era el hogar de algunos parientes del gobernador de Chipre, tal vez por parte de la familia política de su hija. El primer lugar que utilizó Pablo en esta ciudad para dar a conocer su mensaje fue la sinagoga, donde habló a su público en griego. Más tarde visitó varias localidades de los territorios griegos de Asia Menor recientemente incorporados al dominio de Roma, viajando por calzadas romanas y deteniéndose en otras colonias romanas, como Filipos o Corinto. En esta última, un grupo de judíos airados lo condujeron ante el gobernador romano de Grecia, Galión, hermano de Séneca, el célebre filósofo. Las doctrinas de Pablo acerca del nuevo Mesías se mezclaban con su insistencia en que los gentiles podían unirse a su grupo como cualquier judío, sin necesidad de que los varones se circuncidaran ni de que hombres y mujeres acataran la ley judía. A juicio de Galión, los delitos que los judíos imputaban a Pablo eran cuestiones internas de doctrina propias de la religión judía. Haciendo gala de una sensatez admirable, les dijo: «allá vosotros lo veáis, yo no quiero ser juez en tales cosas»; y los echó del tribunal.<sup>[522]</sup>

Antes que Pablo, otros cristianos ya habían llegado a Roma, donde sus enseñanzas acerca del nuevo Mesías («Cristo») provocaron diversos altercados entre los judíos residentes en la ciudad. El emperador reinante, Claudio, ya había tenido que hacer frente a actos de insurrección de los judíos en Roma y Alejandría, y probablemente en 49 ordenó la expulsión de la ciudad de los responsables de los disturbios. Poco tiempo después, el propio Pablo fue también causa y víctima de un tumulto. A su regreso a Jerusalén, se le acusó de haber introducido a un gentil en el santuario prohibido del Templo de la ciudad. Fue rescatado

por un grupo de soldados romanos, cuyo oficial al mando quedó perplejo al averiguar que Pablo era tan ciudadano romano como él. La condición de ciudadano protegía a Pablo de cualquier forma de violencia contra su persona sin juicio previo. Su captor romano señalaría, de modo revelador, que había tenido que pagar una «importante suma» para obtener ese mismo privilegio. Es evidente que lo había conseguido durante el reinado de Claudio. Lejos de «devaluar» la ciudadanía, como proclamaban sus críticos, este emperador había mantenido alto su precio, aunque sólo fuera por la corrupción que caracterizó a sus libertos.

En su calidad de ciudadano romano, Pablo tenía la facultad de apelar al juicio del emperador de Roma. El antiguo derecho de un ciudadano romano a apelar a un tribuno en Roma, se había convertido en el derecho de todo ciudadano romano a apelar al emperador, que ostentaba la «potestad tribunicia», aun cuando el ciudadano en cuestión residiera en una provincia. Pablo había sido acusado de traición por predicar doctrinas «contrarias a César», y fue enviado a Roma, presumiblemente con una nota al efecto. Al cabo de dos años, el emperador Nerón, o lo que es más probable, el prefecto de la ciudad, juzgó su caso: se le condenó a la pena capital. Pablo fue ejecutado, presumiblemente bajo sospecha de enseñar doctrinas traicioneras acerca de un nuevo «reino». En Jerusalén un cristiano, Esteban, ya había sido víctima del linchamiento por parte de los judíos tras asegurar que podía prescindirse del Templo y que Jesús, un reo convicto, era el Mesías resucitado. En Roma, la aparente traición que suponía el «reino» de los cristianos ya había encontrado a la que iba a convertirse en su más famosa víctima.

El tiempo fue pasando, y en 64, tal vez dos años después de la condena de Pablo, Nerón necesitó un chivo expiatorio para alejar las acusaciones vertidas contra él de que era el verdadero responsable del gran incendio de Roma. El emperador o sus consejeros sabían dónde buscarlo: en el grupo de los cristianos, recordando aún al que no hacía tanto habían mandado ajusticiar. Los cristianos fueron detenidos y ejecutados en medio de unos espectáculos públicos celebrados en los jardines de la monstruosa Casa de Oro (*Domus Aurea*) de Nerón. Algunos de ellos fueron vestidos con pieles de animales salvajes, para convertir el atroz espectáculo en una «farsa de fatales consecuencias» en la que estaban destinados a ser atacados y desgarrados por feroces perros de caza. Otros fueron crucificados o quemados vivos hasta morir. Este precedente no pasaría inadvertido a los senadores de Roma, que en un futuro abandonarían la ciudad para ir a gobernar las provincias. Como había quedado demostrado por la suerte que corrió Pablo, todos los cristianos que fueran acusados y llevados ante su presencia deberían ser condenados a muerte. Ahora en Roma había un precedente, y la justa postura de indiferencia de Galión ya formaba parte del pasado.

A lo largo de su vida, Jesús había recibido ricos presentes y había asistido a la boda de una familia acaudalada, pero la riqueza y el lujo (había dicho) constituían un obstáculo para entrar en su nuevo reino de la era que estaba por venir. Había predicado que los pobres eran bienaventurados; que en la tierra no debía hacerse acopio de riquezas; que todos los hombres debían tomar como ejemplo a los sencillos «lirios del campo»: que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja, que un rico se salvara. La oposición

al mundo de las riquezas que plantea la pobreza cristiana se hace patente en la epístola atribuida a Santiago, pero en algunos lugares sus palabras ya habían empezado a ser retocadas de forma sutil o habían sido directamente pasadas por alto. Entre los partidarios de Pablo y los conversos había gente rica perteneciente a la clase dirigente de las ciudades gentiles, cuyas vidas no se caracterizaban precisamente por seguir el ejemplo de sencillez de los «lirios del campo». A diferencia de los Evangelios, las epístolas de Pablo que se han conservado no tocan nunca la «cuestión de la riqueza» ni instan a adoptar voluntariamente una vida de pobreza. Entre los cristianos, los beneficios y los regalos comenzaron a adquirir un nuevo valor, valor que resultaba habitual entre los judíos, pero no entre los gentiles: empezó a decirse que por medio de ellos podía ganarse el cielo. El hecho de dar, por lo tanto, se convirtió en un camino a la salvación, si bien las riquezas seguían careciendo de importancia para alcanzar la verdadera «libertad» espiritual. La renuncia absoluta a todo tipo de bienes, la esencia del mensaje de Jesús, siguió siendo la opinión de unos pocos.

El martirio de los cristianos no fue fruto de una verdadera amenaza cristiana para el emperador o para la hegemonía de Roma. Mientras existiera el mundo, tanto el emperador como el dominio de Roma serían inamovibles: Pablo escribió incluso que los gobernadores romanos eran agentes necesarios de la cólera de Dios. Los cristianos, insistía, debían «someterse a las autoridades... que hay».<sup>[523]</sup> Pues el reino de Cristo no era de este mundo, y la «ciudadanía» cristiana estaba en el cielo. Eran unos conceptos muy atractivos en aquella época. Las ciudades de los mundos griego y romano no concedían la ciudadanía a

todos los individuos libres que residían en ellas, por no hablar de los numerosos y omnipresentes esclavos. Bajo el dominio de Roma, las diferencias de clase y de fortuna se habían acentuado todavía más en el orden político y, como hemos visto, estaban claramente definidas en las ejecutorias de las comunidades civiles romanas. Los mensajes cristianos soslayaban esas barreras considerándolas irrelevantes, y ofrecían lo «verdadero», la vida eterna. No era ni siquiera que se opusieran a la esclavitud: no se recordaba que Jesús hubiera dicho ni una palabra sobre este asunto y, en cualquier caso, había impartido sus enseñanzas al margen de las estructuras esclavistas de las ciudades griegas y romanas. El consejo que daba Pablo a los esclavos era que se dedicaran con mayor devoción a servir a sus amos: vemos así que, también en este caso, la condición social era un aspecto irrelevante para la libertad espiritual y el mérito.<sup>[524]</sup> Esta indiferencia ante las clases sociales y la esclavitud fue una razón fundamental para que el cristianismo lograra atraer a su seno a miembros de la alta sociedad desde un buen principio; también fue la razón de que los obispos siguieran poseyendo esclavos. En Cristo Jesús, escribiría Pablo, todos eran uno, hombres y mujeres, libres y esclavos. Pero como ocurre en un ejército, la «unidad» no suponía evidentemente igualdad social. La única «libertad» terrenal que se instaba explícitamente a abandonar a los cristianos era la libertad de casarse y volver a casarse. Jesús se había pronunciado de forma explícita (y alarmante) contra el divorcio, y había alabado a aquellos que renunciaban al sexo por completo, «eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos».<sup>[525]</sup> Pablo era consciente de que esos ideales no eran para todos, pero siguió elogiando el celibato, la vida sin sexo y el rechazo a volver a contraer matrimonio

en el caso de abandono o divorcio por parte del cónyuge. Precisamente los ideales opuestos eran fomentados por aquel entonces por las leyes matrimoniales de Augusto que afectaban a todos los ciudadanos romanos, incluido el propio Pablo.

Mientras aguardaba el elusivo fin del mundo, el cristianismo despreciaba, pues, la búsqueda del lujo y los placeres, y prometía una libertad superior en el cielo. También prometía una nueva justicia. Muchos paganos desconfiaban de la existencia de otra vida después de la muerte. El fin del mundo era un tema que en realidad nunca les había preocupado. Ahora comenzarían a oír que el mundo era una provincia temporal de Satanás, cuyos insospechados agentes podían ser exorcizados o derrotados por los especialistas cristianos. Era, en efecto, una nueva forma de explicar el mal, además de resultar sumamente optimista para los que se convertían. No se tardaría en indicar determinados hechos históricos para avalarla. En agosto de 70, cuando las tropas romanas destruyeron el Templo de los judíos de Jerusalén, se dijo que la cólera de Dios había caído sobre la perversa ciudad, tal como predecían los Evangelios. Se cuenta que los cristianos de Jerusalén buscaron refugio en otros lugares: obedecían una profecía, tal vez de Jesús, como otras muchas que los Evangelios le atribuyen. Así pues, en 70, los perversos habían sido destruidos, y los justos habían sido claramente salvados. Este acontecimiento sería una especie de anticipo del Juicio Final, cuya justicia iba a empequeñecer cualquier otra forma de justicia que se hubiera desarrollado hasta entonces en el mundo clásico.



# Capítulo 49

## CÓMO SOBREVIVIR A CUATRO EMPERADORES

Nada, sin embargo, como el incendio del Capitolio los había [a los galos] impulsado a creer que el fin de nuestro imperio se acercaba. Roma había sido tomada en otros tiempos por los galos, pero, quedando intacta la sede de Júpiter, el imperio había subsistido; ahora aquel fatal incendio era una señal de la ira celeste; la soberanía del mundo iba a parar a los pueblos transalpinos: tales eran las profecías que en su vana superstición pronunciaban los druidas.

TÁCITO, *Historias* 4.54, acerca de los años 69 y 70 d.C.

La muerte de Nerón en junio de 68 marcó el final de los Julio-Claudios, pero no fue el preludio del fin del mundo. Por el contrario, dio paso a un año en el que reinaron consecutivamente cuatro emperadores, a una serie de guerras civiles entre las unidades rivales del ejército romano y al triunfo final de Vespasiano, un militar italiano de origen humilde, cuyo padre había amasado su pequeña fortuna prestando dinero entre los helvecios. Fruto de todo ello sería el inicio de un nuevo período, basado en antiguos apoyos y estrategias. Se estableció una nueva dinastía, la de los Flavios, que dio tres emperadores y reinó durante veintisiete años. Tuvo que negociar las peligrosas cuestiones que los anteriores emperadores habían demostrado que constituían un mal endémico: la necesidad de llevar a cabo hazañas militares, la tentación del gobernante a caer en un comportamiento disoluto, la necesidad de congraciarse con la guardia pretoriana, la necesidad de congraciarse asimismo

con los generales destinados fuera de Italia, la importancia de atraerse al orden senatorial al que estos últimos pertenecían y la necesidad de garantizar la diversión y el sustento de la variopinta población de Roma. Había otra cuestión peliaguda de importancia capital: el problema de la sucesión. ¿Por qué un Príncipe tenía que ser sucedido por su hijo?

Una vez más proliferó la publicidad tendenciosa durante los reinados de esos cuatro emperadores, infectando a los historiadores que escribieron en tiempos del vencedor. La libertad y el lujo, indicadores relativos, ocuparon un lugar destacado en la tergiversación propagandística. El primer emperador, Galba, era un anciano aristócrata, alicaído y sin espíritu militar para disgusto de los pretorianos, y feo a rematar para disgusto de la plebe. Los senadores eran quienes lo veían con mejores ojos (no tenía hijos), especialmente porque era todo lo contrario del pródigo Nerón. Sin embargo, fue acusado de mezquino: obligó a los miembros de los jurados de Roma a trabajar durante el gélido Año Nuevo porque (según se decía) no estaba dispuesto a pagar a nadie más. En enero de 69 los guardias pretorianos lo sustituyeron por Otón, uno de los mentores senatoriales de Nerón en sus juergas de juventud. Otón había estado casado con la hermosa Popea Sabina antes de que Nerón se la arrebatara y lo mandara a Lusitania como gobernador. Tenía energía y muchos seguidores entre varios ejércitos de las provincias, pero no había reformado su carácter. A la muerte de Nerón acogió al infame Esporo, el sustituto de Popea que había tomado Nerón apodándolo «Sabina» b. En la primavera de 69 Otón seguía dispuesto a incurrir en gastos enormes para terminar la *Domus Aurea* de

Nerón. A mediados de abril se suicidó, tras sufrir una contundente derrota en el norte de Italia por otro pretendiente al trono, Vitelio, que contaba con el sólido respaldo de las legiones del Rin. No obstante, los enemigos de Vitelio movilizaron de nuevo el espectro del lujo para desacreditar a su rival. Se decía que había mandado hacer una gigantesca sartén, fundida en un horno especial, a la cual llamaba el «Escudo de Minerva», como el que había en la Acrópolis de la Atenas clásica. Se contaba que ciudades enteras de toda Italia se habían arruinado celebrando banquetes en su honor. El «lujo» ayudó al vencedor, el emperador Vespasiano, que, para variar, hacía hincapié en su sencillo estilo de vida.

Un tema tan flexible como el de la libertad también se puso en evidencia. El gran historiador ruso, M. I. Rostovtzeff, veía incluso el año 68-69 como «la protesta de los ejércitos destacados provinciales y de la población del imperio en general contra la degenerada tiranía militar de los sucesores de Augusto».<sup>[526]</sup> Desde luego empezó en occidente como protesta, pero protesta contra las curiosas extravagancias de Nerón y sus expolios. No todos los ejércitos, ni todos los provinciales, se adhirieron a ella; carecían de líderes políticos, y no se produjo ningún intento de cambiar el sistema político. Lo que la gente quería era que el sistema existente restableciera la moderación moral y restaurara el respeto a la ley.

El tema de la «libertad» fue muy cacareado por los generales del ejército y se hizo visible en las monedas acuñadas por los cuatro emperadores. Sin embargo, nunca tuvo el significado de democracia, ni siquiera de las libertades de la difunta República. Cuando Nerón murió, los

habitantes de Roma no dudaron en enfundarse el «gorro de la libertad», como si hubieran sido liberados de la esclavitud. Los griegos lo habían proclamado «Zeus de la Libertad» por haber liberado su provincia, pero ahora las monedas de Roma aclamaban a «Júpiter Libertador» por haberla librado del tirano. Más tarde el viejo Galba proclamaría la «libertad», como hiciera Víndice, su aliado galo, pero se referían simplemente al hecho de verse libres de Nerón. Galba y Verginio, otro importante general, dejaban entender que serían el senado y el pueblo romano quienes ejercieran la libertad, en este caso la libertad de elegir al siguiente Príncipe. Vitelio también proclamaría la libertad, pero sólo frente a la costumbres neronianas de Otón. Luego Vespasiano proclamaría la «libertad» frente a Vitelio. Según decía, la libertad debía ser «afirmada» o «vindicada», como si el pueblo romano hubiera sido «esclavo» del amo equivocado.<sup>[527]</sup>

La elección personal de un heredero y sucesor no constituía en absoluto ninguna libertad, pero Galba y Vespasiano la hicieron. La guardia pretoriana puso a Otón en el trono, y nadie en Roma pudo impedirlo. Entre tantas rivalidades, ¿tenía realmente el «pueblo del imperio en general» la oportunidad de ser libre? Si la hubo, es evidente que nadie la aprovechó, hasta que el drama ya estaba a punto de concluir, y entonces sólo lo hicieron los habitantes de un rincón del noroeste de Europa. A comienzos del verano de 69 se produjo en esta zona una verdadera llamada a la libertad frente a Roma y a la formación de un «imperio de los galos». Esta campaña fue liderada en el nordeste de la Galia y entre las tribus germanas vecinas por Claudio Civil, de noble cuna, un individuo de origen germánico, que

ofrecía una imagen imponente con su ojo tuerto (cual nuevo Aníbal, según él mismo decía) y una larga barba que se teñía de rojo. No era un noble salvaje, sino un astuto líder que conocía bien los métodos y las tácticas romanas por propia experiencia. Otros lo ayudaron, entre ellos Veleda, una profetisa local que, al parecer, tenía relación con la tradición prohibida de los druidas, y que auguró el éxito de la sublevación.

Los campeones más destacados de dicha revuelta, los bátavos, habían sido especialmente las víctimas de los reclutamientos forzosos de los romanos; los oficiales del ejército de Roma habían obligado a miles de ellos, incluso a niños, a integrarse en las unidades de tropas auxiliares que luego eran enviadas muy lejos de su país. Claudio Civil fue adoptado más tarde por los holandeses (que se consideraban parientes de los bátavos), convirtiéndose en su héroe nacional: Rembrandt incluso lo inmortalizó en un cuadro para el Ayuntamiento de Amsterdam.<sup>[528]</sup> Pero, en realidad, este posterior papel nacionalista atribuido a Civil es falso desde el punto de vista histórico. Había, en efecto, una conciencia nacional detrás de la sublevación de galos y bátavos, pero no estaba inflamada por el nacionalismo como había ocurrido entre los judíos, y tuvo incluso menos unidad que la rebelión judía. En la revuelta participaron más germanos que galos, y las diversas tribus desconfiaban unas de otras, o se odiaban. Para conjurar el peligro fueron enviadas a la zona seis legiones romanas, pero incluso sin su intervención la revuelta se habría venido abajo rápidamente. Un «imperio de los galos» habría quedado aislado económicamente de la Britania romana y de los territorios también romanos que lo rodeaban. La población también se

dio cuenta de que el poder romano había logrado contener las viejas rivalidades existentes entre las distintas tribus, y que para mantener la paz Roma era el peor de los males.

Los años más oscuros del imperio constituirían de hecho una prueba de su estabilidad. El vencedor final, Vespasiano, aparecería en escena desde Siria y Judea, donde junto a uno de sus hijos, Tito, había estado al mando de las legiones, distinguiéndose en sus acciones contra los judíos. Su proclamación oficial como emperador tuvo lugar en Alejandría el 1 de julio de 69, pero respondía a unos planes programados de antemano. Se dijo que su subida al trono estaba respaldada por augurios y profecías divinas: Vespasiano consultó varios oráculos y en Alejandría los aduladores le atribuyeron la «curación» milagrosa de un ciego y un cojo que se acercaron a él por consejo de Serapis, dios de las sanaciones. Escépticos al principio, Vespasiano y sus partidarios decidieron capitalizar este hecho, un verdadero «toque regio».<sup>[529]</sup> Sería un elemento casi único en la historia de los emperadores romanos (pero no en la de los reyes medievales).

Pese a sufrir de gota, Vespasiano parecía prometedor. Estaba a punto de cumplir sesenta años y era el primer emperador desde el anciano Tiberio que tenía probada experiencia militar en las provincias. En 43 había capitaneado con éxito a las tropas durante la invasión de Britania, donde conquistó los territorios del suroeste y ocupó la isla de Wight. Era un hombre franco y llano que conservaba el acento italiano propio de su región, y no tenía la susceptibilidad y el orgullo aristocrático de Tiberio: incluso los bustos que lo representan subrayan un sencillo estilo de realismo «italiano», no el aspecto ideal clasicizante

de Augusto o Nerón. A diferencia de los Julio-Claudios, no traía con él a una esposa resuelta y obstinada: se había casado con una italiana de origen humilde, Domitila, pero ésta ya había fallecido. Como viudo, compartía su vida con una liberta, Cénide, su «concubina». Era curioso, aunque no demasiado preocupante, el hecho de que años atrás esta misma Cénide hubiera sido una ex esclava de la familia de la gran Antonia, la hija de Marco Antonio. Ahora ya tenía una edad avanzada y difícilmente habría podido fomentar un estilo a lo Marco Antonio. Pero podía contar a Vespasiano en la cama sabrosas anécdotas y cotilleos.

De lo que carecía Vespasiano era de vínculos con sus predecesores de la familia Julio-Claudia. Mientras sus partidarios se encargaron de tomar Roma para él, Vespasiano se mantuvo inteligentemente fuera de escena. Hubo luchas encarnizadas en la ciudad eterna; el propio Capitolio fue pasto de las llamas, y, en lo que podríamos calificar de fundición epigráfica, se destruyeron centenares de inscripciones de bronce que luego el emperador intentó recuperar ordenando la realización de nuevas copias de los textos. Vespasiano no entró en Roma hasta el otoño de 70, y en los meses anteriores a su llegada se suscitaban cuestiones sobre cuál sería su manera de gobernar. ¿Quién iba a aconsejarlo? ¿Qué títulos iba a adoptar? ¿Hasta qué punto consultaría al senado? ¿O simplemente se limitaría a presentarle sus decisiones? La clase alta de Roma quería un emperador que se comportara con modestia y moralidad, y que no desafiara las leyes. Los que se habían opuesto a la tiranía de Nerón no estaban todos muertos, y su apoyo a los principios morales seguía basándose en cierto grado de contacto con las opiniones filosóficas de la corriente estoica.

Como de costumbre, los juristas eran más flexibles que los filósofos. Tal vez fuera a comienzos de 70 cuando se aprobó una importante ley a favor de Vespasiano en virtud de la cual quedaban establecidos sus poderes, citando para ellos precedentes (cuando los había) de los reinados de Augusto y los Julio-Claudios (con la excepción del loco Calígula). No resulta convincente contemplar esta ley como un ejemplo más de una vieja práctica que ya había sido utilizada por otros emperadores desde 14 d.C.<sup>[530]</sup> Vespasiano carecía de la autoridad dinástica de sus predecesores. Como simbolizaba una «clara ruptura», su gobierno necesitaba justificarse y vincularse con el pasado de los Julio-Claudios. La minoría filosófica seguía exigiendo una administración bien regulada, pero aparecieron algunos juristas con una respuesta aplastante. La ley lo especificaba todo, desde el poder de Vespasiano a firmar tratados «con quien le plazca», hasta el papel mucho más importante que iba a desempeñar en las elecciones: a «sus» candidatos se les garantizaba una consideración especial. En este campo (significativamente) no podía citarse precedente alguno, pero en adelante, a los senadores que quisieran ser elegidos para un cargo les convendría mucho estar a buenas con el emperador. Además, en virtud de una cláusula se permitía a Vespasiano hacer todo lo que considerara oportuno para el interés público, «del mismo modo que pudieron hacerlo», aquí tampoco se podía citar ningún derecho legal, «Augusto y los demás». De ese modo, el rostro de la autocracia fue reconocido por la ley. Los detalles legales seguían en otras dos cláusulas, una de las cuales establecía a qué no estaba sujeto «César Vespasiano» (citando ciertos precedentes legales), mientras que la otra ratificaba las decisiones que ya había tenido que tomar durante el año 69.

Esta ley es un claro ejemplo de letra pequeña. Durante más de cien años los juristas romanos la estudiarían en relación con los poderes del emperador (como siguen haciendo actualmente): Vespasiano no era un rey, como Ptolomeo o Alejandro Magno, y, como por arte de magia, este texto relacionaba efectivamente su autocracia con la ley y las necesidades de «la República». Aquí había algo concreto que los genios legales podían citar, y sobre lo que podían reflexionar a fondo. Para Vespasiano, la ventaja inmediata era que las brutales realidades de la vida habían sido ratificadas y acordadas claramente. Las viejas familias aristocráticas, de las que habría podido salir alguna voz capacitada para desafiarlo, estaban prácticamente extinguidas. Entre los senadores que quedaban eran demasiados los que habían tirado por la borda la moderación en tiempos de Nerón, y estaban moralmente comprometidos por el apoyo que le habían prestado en sus espectáculos y en sus orgías. Las vacantes existentes serían ocupadas por nuevos individuos de menor rango cuyas expectativas del estatus que habían alcanzado recientemente se verían satisfechas en cuanto su papel fuera definido y regulado. Los juristas lo acababan de definir, y la letra pequeña parecía indicar que las leyes formaban parte de una tradición que se remontaba a una época muy anterior a la llegada de esos noveles. Los filósofos que protestaban constituían una minoría aburrida y poco práctica. Las verdaderas cuestiones que se planteaban los senadores de la nueva hornada tenían que ver con quién iba a ser el primero en recibir una magistratura superior o incluso el honor de un pontificado. A partir de 71 la palabra «libertad» no volvería a aparecer en las monedas de Vespasiano.



# Capítulo 50

## LA NUEVA DINASTÍA

Tal obra no teme al invierno lluvioso, ni al triple haz de rayos de Júpiter, ni a las legiones de vientos que Eolo retiene, ni a la injuria durable del tiempo: seguirá enhiesta mientras duren la tierra y el cielo y la gloria de Roma. Y aquí, al amparo de la noche silente, cuando los dioses de lo alto se complacen en las cosas de la tierra, la turba de los tuyos, abandonando el cielo, descenderá a abrazarse en torno a ti; y acudirán con ellos a ese abrazo tu hijo y tu hermano y tu padre y tu hermana: tu cuello acogerá a todos los astros.

ESTACIO, *Silvas* 1.1.91-98, a propósito de la colosal estatua equestre de bronce del emperador Domiciano en Roma, ca. 91 d.C.

Daba gusto golpear contra el suelo aquellas caras tan soberbias, arremeter contra ellas con el hierro, golpearlas encarnizadamente con el hacha, como si cada golpe hubiera de producir sangre y un gran dolor. Nadie era tan comedido en su gozo y en su tardía alegría como para que no le pareciera una especie de venganza contemplar aquellos cuerpos destrozados, aquellos miembros mutilados, finalmente aquellas crueles y horribles imágenes arrojadas al fuego para que las llamas las fundieran, pues al ser motivo de terror y de inquietud, debían quedar transformadas en objetos de utilidad y de placer para el hombre.

PLINIO EL JOVEN, *Panegírico* 52.4-5, sobre la destrucción de las estatuas de Domiciano en 93 d.C.

Cuando Vespasiano llegó por fin a Roma, nadie pudo poner en duda la necesidad de instaurar un nuevo estilo de gobierno y de hacer frente a la realidad de una manera distinta. Después de Nerón y de una guerra civil, las finanzas se encontraban en un estado lamentable. Las reservas de grano estaban prácticamente agotadas; el número

de senadores había caído en picado a raíz de la guerra civil; los distintos adversarios había proclamado la «libertad», pero sus soldados se habían dedicado al saqueo, como ocurriera cuando Octaviano se hizo con el poder. La ciudad propiamente dicha daba pena. Al gran incendio de 64 habían seguido otros provocados en el curso de los últimos conflictos. En medio de ese panorama, la Casa de Oro de Nerón seguía en pie, como una afrenta gigantesca.

Inevitablemente, hubo que subir los impuestos. Italia seguiría exenta del pago de tributo, pero los impuestos existentes experimentarían una notable subida, y al poco tiempo se impondrían otros nuevos: llegaría a implantarse uno sobre la orina de los urinarios públicos (que era utilizada para la limpieza de la ropa, como aún lo era durante la primera guerra mundial). Vespasiano, un italiano con los pies en la tierra, no se sentía particularmente atraído por la cultura griega. Los turbulentos alejandrinos de Egipto se vieron obligados a pagar por primera vez el impuesto de capitación, y la exención del pago de contribuciones concedida a Grecia por Nerón fue revocada. Poco después los arcadios de Tegea, en el sur del Peloponeso, tuvieron una ocurrencia particularmente ingeniosa: afirmaron haber realizado el hallazgo de unas antiguas vasijas en un lugar sagrado, tal como habían predicho los profetas, en las que aparecía grabado un rostro muy parecido al de Vespasiano. Este descubrimiento implicaba que, en lugar de ser «nuevo», Vespasiano era «antiguo»: se suponía que el lugar de procedencia de los primeros reyes de Roma era Arcadia. Es indudable que esos griegos explotaron al máximo su descubrimiento. Vespasiano pudo sacar provecho inmediatamente de la derrota de los judíos. Como ya no

tenían un templo al que pagar regularmente, se les obligó al pago de un impuesto especial para el templo de Júpiter en Roma. A diferencia del que abonaban por su templo, el pago de este nuevo impuesto se hizo extensible a las mujeres y los niños, y se imponía de forma general a todo aquel individuo con una edad comprendida entre los tres y los sesenta años. Los nuevos ingresos que se obtuvieron con esta medida fueron considerables.

A Vespasiano le encantaba el dinero, pero detestaba la extravagancia personal. Era por lo tanto un blanco fácil de anécdotas y rumores divertidos. En su funeral, resultó graciosísimo que el mimo que lo representaba en la procesión (que por aquel entonces ya se había convertido en una práctica habitual) preguntase a grito pelado cuánto costaba aquella ceremonia. La respuesta, también a grito pelado, fue que costaba una suma ingente, a lo que «Vespasiano» respondió que mejor hubiera sido darle un poco de ese dinero, y arrojar su cuerpo al Tíber. Las excepciones venían a confirmar de manera cómica su imagen general. Se decía que una mujer se había enamorado locamente del viejo emperador y que le había suplicado que se acostara con ella (¿tras la muerte de Cénide?). A cambio, se contaba que había recibido una suma enorme, suficiente para que un individuo pudiera entrar a formar parte del orden ecuestre. El chiste, sin duda, era que la mujer habría cobrado por su destreza en la monta del emperador. Se decía que luego Vespasiano, cuando su administrador le preguntó cómo quería que se anotara la suma en los registros, respondió: «por la pasión inspirada por Vespasiano».<sup>[531]</sup> Todo debía ser contabilizado, incluso el buen sexo después de comer.

En las provincias había determinadas lealtades que se conseguían a cambio de pequeños privilegios y títulos (a España se le concedió el «derecho latino»): las compensaciones económicas eran otra cuestión. En Roma, sin embargo, un emperador no podía permitirse el lujo de no gastar en nada. Los guardias pretorianos debían ser recompensados, pero en esa ocasión se optó por cambiarlos, para no tener que pagar demasiados sobornos. Los que fueron retirándose gradualmente formaron sin duda el grupo de afortunados colonos de un curioso fenómeno, las escasas colonias que Vespasiano se atrevió a fundar en la propia Italia. Además, en Roma, a pesar de las restricciones económicas, el emperador se veía obligado a gastar, pues no podía limitarse a atesorar monedas y dejar a la sociedad sin dinero contante y sonante en circulación. Una forma de gastar consistía en la construcción de obras públicas. La mayoría de la plebe de la ciudad eran hombres que se dedicaban a todo tipo de actividades comerciales, independientemente de cuál fuera su especialidad o del grupo social al que pertenecieran: no dependían de la construcción de obras públicas para ganarse su sustento diario, pero dichas obras les permitían obtener un dinero extra muy conveniente junto a la mano de obra esclava que también se dedicaba a ellas. En Roma, incluso durante la campaña para dinamizar la economía, las nuevas construcciones de Vespasiano serían mucho más grandes que las proyectadas por Pericles en Atenas. El edificio llamado actualmente el Coliseo fue erigido en una parcela perteneciente a la horrible Casa de Oro de Nerón. Con sus cuatro pisos, estaba pensado para el pueblo, no sólo para el emperador, y constituía una verdadera «arena del pueblo». También se consiguió subsanar el problema de los costes: los

judíos ayudaron a pagarlos con los bienes que les fueron expoliados tras la derrota de Judea. Este botín también ayudó a financiar un nuevo templo programático de la Paz, cuya superficie era diez veces mayor que el recinto que rodeaba al famoso altar (Ara Pacis) erigido por Augusto en honor de la diosa. Los elementos del recinto venían a realzar la imagen del emperador.<sup>[532]</sup> El Nilo aparecía esculpido en forma de estatua de cuarzo con dieciséis hijos. En Egipto una sacerdotisa nativa había profetizado acertadamente cuando Vespasiano visitó el país al comienzo de su golpe de Estado en 69 que las aguas del río se desbordarían al máximo, alcanzando los dieciséis codos de profundidad (de ahí los dieciséis hijos): el monumento del emperador era una clara alusión a su papel en el cumplimiento de la profecía. El resto de las decoraciones de la «Paz» estaba formado por esculturas y obras de arte antiguas, algunas de las cuales procedían del botín obtenido con el saqueo de Judea, y otras habían sido traídas desde el mundo griego por Nerón. Había en todo ello un claro mensaje para el pueblo. Lo que Nerón había robado para él, Vespasiano lo «exhibía ahora ante el pueblo» en un templo público.

Sin embargo, al igual que le ocurriera a Augusto, la nueva dinastía no estuvo exenta de adversarios. En lo que cabría definir como una prueba de su sagacidad, Vespasiano, para sacar de Roma a dos odiados delatores de la época de Nerón, decidió nombrarles gobernadores de sendas provincias. Sin embargo, luego fue criticado por la principal voz del grupo filosófico de la ciudad, el senador Helvidio. Una razón probable de este enfrentamiento tal vez fuera la forma de legalizar la autocracia que encarnaba la nueva «ley» relativa a los poderes del emperador. Otra, asociada a ésta,

era las aspiraciones que tenía Vespasiano para su propia familia. El emperador tenía dos hijos, de los cuales el mayor, Tito, había conducido a las tropas a la victoria en Judea. Tras regresar a Roma, Tito fue nombrado incluso prefecto de la guardia pretoriana. Era la primera vez que un miembro de la familia imperial ostentaba semejante cargo, pero detrás del nombramiento se escondía una sagaz artimaña, pues limitaba el campo de acción que tenía la guardia para imponer un emperador de su propia elección. Con el tiempo, Vespasiano y su familia llegarían a ostentar el consulado con unos poderes que ni siquiera Augusto se había atrevido a atribuirse. Por hablar mal de esta dinastía, Helvidio, el senador filósofo, fue primero desterrado, y luego asesinado: probablemente Vespasiano se refiriera a él cuando se dijo que, según parece, al abandonar el senado, exclamó: «o me suceden mis hijos, o nadie». Aunque Vespasiano creó distinguidas cátedras en Roma y Atenas y favoreció la enseñanza de la oratoria, la gramática y la medicina en las principales ciudades de las provincias, es evidente que la filosofía no gozó nunca con él de tanto favor. Pero lo cierto es que fuera de Roma los maestros de filosofía seguirían exponiendo distintas versiones de los valientes comentarios de Helvidio.

Según algunos, se demostró que Helvidio tenía razón. Tito, el hijo de Vespasiano, tenía encanto, talento para la oratoria y un buen historial militar, pero a mediados de la década de 70 se puso en contra de la opinión pública cuando trajo a Roma a su controvertida amante. Era una princesa judía llamada Berenice, hija de Agripa, el rey amigo de Claudio. Cuando llegó a Roma la joven fue el blanco de las burlas de la plebe en el teatro. No se trataba de una simple

protesta de carácter xenófobo: Berenice solía tomar asiento entre los consejeros del emperador, una decisión muy desacertada que le daría la fama, merecida a medias, de ser una «nueva Cleopatra».<sup>[533]</sup> Más tarde fue enviada juiciosamente al extranjero, tras una supuesta conjura en la que se vieron implicados dos importantes senadores: según algunos, este episodio sirvió a Tito para aislar a los dos individuos y conseguir deshacerse de ellos antes de su ascensión al trono. También utilizó la supuesta intervención de Berenice en esa trama para mandarla lejos de Roma.

El 24 de junio de 79 Vespasiano expiró, no sin antes exclamar: «¡Ay!, creo que voy a convertirme en dios»; el comentario contundente de un hombre que pensaba en la inminencia de su culto. Tito lo sucedió, y lo que resulta más curioso es que posteriormente Adriano afirmarí­a que en realidad el hijo había envenenado al padre. En apariencia, Tito gobernó bastante bien durante dos años. Obligó a los odiados «delatores» a desfilar en el anfiteatro antes de desterrarlos: los emperadores que lo sucedieron repetirían el espectáculo. Ni que decir tiene que su hermano Domiciano lo acusó de haber falsificado el testamento de su padre. Con anterioridad, Tito se había jactado de que tenía suficiente talento como para convertirse en un experto falsificador, y tal vez lo utilizara contra los dos senadores, el «único crimen», quizá, que solía decir que lamentaba.<sup>[534]</sup> Es probable que la temprana muerte de Tito, antes de que concluyera el habitual período de luna de miel con el poder, beneficiara a su reputación. Pero no benefició tanto a Roma: su hermano menor, Domiciano, lo sucedió.

El cambio de dinastía no había transformado el viejo modelo. Domiciano seguía teniendo las mismas debilidades

que antes de convertirse en emperador. En 69-70, pese a haber sido el único miembro de la familia que se encontraba en Roma, le fue negado todo tipo de distinciones militares. Sentía envidia de su padre y de su hermano, y en cualquier caso, su carácter era desconfiado e inseguro. De manera bastante acertada, más tarde sería recordado como el «Nerón calvo», y no porque careciera simplemente de la buena presencia y los espectaculares peinados de su predecesor. En 83 una serie de pequeños éxitos militares en Germania dio mayor seguridad a Domiciano, pero lo que vino después resultaría bastante familiar. Comenzó patrocinando las obras culturales griegas y promocionó incluso a miembros del grupo de filósofos existente en Roma; una de las razones de su actitud era que su padre detestaba ambas cosas. Al igual que Nerón, promocionó el teatro, la música y los certámenes atléticos griegos, para los que en 86 estableció las primeras fiestas de la ciudad dedicadas plenamente a ellos; creó unas segundas fiestas en su gran residencia campestre en cuyo programa también incluyó esas actividades. Aún había tradicionalistas romanos que desaprobaban los ejercicios gimnásticos y las pruebas atléticas de los griegos por sus asociaciones con la desnudez y las «aborrecibles» relaciones sexuales entre hombres libres. El patrocinio de Domiciano, en el corazón de la ciudad, constituyó una importante contrapropuesta en los años en los que se formaron los gustos del joven Adriano, el gran «filheleno» del futuro. Pero todo aquello no era un capricho de Domiciano: se nos cuenta que la literatura y la lengua griegas formaban parte ahora de la educación habitual de la juventud romana, hasta el punto de que muchos «muchachos sólo se expresan y hablan en griego durante un largo período de tiempo».<sup>[535]</sup> Las voces críticas constituían por entonces una «minoría

moral».

Más tarde Domiciano se enfadó con sus antiguos protegidos, los filósofos, y durante una etapa de gran inseguridad, a finales de 93, permitió que fueran acusados de favorecer a la oposición, sobre todo porque escribían biografías de sus antecesores, «mártires de la oposición» en tiempos de Nerón. Fueron días macabros, en los que los senadores tuvieron que transigir para no perder la vida. También se produjeron ataques contra los simpatizantes del cristianismo de la alta sociedad romana y contra los que eran acusados de «adoptar maneras judías». Los intentos modernos de rehabilitar la imagen de Domiciano son tan unilaterales como los rumores más virulentos contra su persona que nos han llegado de la Antigüedad. Por algunos testimonios mejor documentados sabemos que Domiciano solía retirarse a su gran villa campestre (una de las dos que tenía) a las afueras de Roma, en los montes Albanos, donde le gustaba disfrutar del descanso en el lago. Se irritaba con tanta facilidad, que la barca en la que paseaba tenía que ser arrastrada por otra nave en la que iban los remeros para que no le molestara el ruido de sus palas contra el agua.<sup>[536]</sup> Resulta perfectamente comprensible que su esposa, descendiente de Casio el «Libertador», no tardara mucho en preferir los encantos de un actor a la compañía de su marido. En Roma, Domiciano sería recordado como el colmo del humor negro. Se cuenta que una noche recibió a un grupo de caballeros y senadores que había invitado a cenar en un salón pintado de negro. Detrás de cada litera había dispuesto una piedra negra en forma de lápida; unos muchachos pintados de negro se encargaron de servir los diversos manjares, también pintados de negro, y que el

silencio reinante en la sala sólo se rompió cuando Domiciano empezó a «hablar exclusivamente de muerte y asesinatos».<sup>[537]</sup>

Al igual que Nerón, este emperador calvo tenía un eunuco favorito para practicar el sexo; los versos que conmemoran el corte de los dorados cabellos del eunuco para dedicárselos a los dioses no son, desde luego, los más distinguidos de la poesía latina. Como ocurriera en tiempos de Nerón, la que salió ganando fue la arquitectura romana. En Alejandría y en Oriente, incluida Petra, la ciudad del desierto, ya se había dado en la arquitectura un audaz esplendor barroco, que contrastaba marcadamente con el clasicismo repetitivo del buen gusto augusto. Ese barroquismo volvía a tener ahora una oportunidad en Roma. La lista de edificios que fueron restaurados o iniciados en la urbe durante el reinado de Domiciano, es muy conspicua, pero el más impactante fue el palacio que se hizo construir el emperador en el Palatino. Siempre tan accesible y «civil», Vespasiano había evitado residir en esta colina, pero el nuevo palacio de Domiciano fue erigido en ella, y sería terminado en 92 por un genio de la arquitectura, Rabirio. Estaba dividido en dos partes, y para el diseño de las estancias se hizo un empleo considerable de formas poligonales, mármoles de colores procedentes de lejanas canteras, efectos de luz, excepcionales alturas y largos pasillos. El hipódromo que se construyó en las inmediaciones era, según parece, un elemento más de los jardines que unas verdaderas instalaciones hípicas para la celebración de carreras. El gran complejo palaciego estaba situado convenientemente sobre la anterior edificación de Nerón, y cuando un millar de senadores y caballeros se

sentaron para cenar en el Salón de los Banquetes, el espectáculo resultó más sorprendente que sombrío. Bajo un techo alto y dorado, «el ojo cansado apenas lograba ver la cima», escribiría el poeta Estacio, «y cualquiera habría pensado que era el techo dorado del cielo».<sup>[538]</sup> A estas dependencias se llegaba a través de un templo del antiguo Júpiter. Se favorecieron las comparaciones entre Domiciano y Júpiter y sus dos palacios, pero el propio emperador afirmaba tener mayor afinidad con la diosa Minerva, señora de las artes y la guerra. No obstante, en el palacio había numerosos espejos para que Domiciano pudiera verse siempre las espaldas.

El carácter inseguro de este emperador y su amor por el «lujo» resultaban intolerables, y al igual que Nerón, Domiciano fue asesinado por la servidumbre de palacio. Como no tenía descendencia, los conspiradores que participaron en la conjura tenían un amplio radio de acción para elegir a su propio candidato. Curiosamente, su elección recayó sobre el anciano Nerva, a la sazón de sesenta años de edad, un noble patricio y respetable senador que tampoco tenía hijos. El pleno del senado aprobó este nombramiento, que por fin recaía en un miembro de su orden ya maduro. No era sólo que hubiera compuesto admiradas elegías latinas en su juventud, sino que en tres ocasiones, durante los últimos treinta años, Nerva había recibido grandes honores tras solucionar diversas crisis provocadas por la gestión de los emperadores. Sus antepasados habían sido juristas, y probablemente él también tuviera un buen conocimiento de la ley. En 71 había sido honrado de forma notable con un consulado: tal vez en recompensa por coordinar durante los años anteriores los trabajos relacionados con la «ley» sobre

los poderes de Vespasiano.

Es Nerva, y no Tito ni Vespasiano, el que realmente fue el «buen» emperador. Por fin los senadores de la época podrían proclamar la conciliación de la «libertad» y el principado. Las monedas acuñadas durante su reinado hablarían de la «libertad pública», y en una inscripción colocada en la «Sala de la Libertad» de Roma se leía: «La Libertad Restaurada». Por supuesto, no es que el sistema estuviera acabado, pero las asambleas populares de Roma pudieron reunirse y ejercer la «libertad» mediante la aprobación de leyes. Las estatuas del odiado Domiciano fueron fundidas, y el nombre de este emperador fue eliminado de los monumentos. Pero hubo que sancionar los nombramientos y los decretos de Domiciano: demasiada gente, incluidos los senadores, se habían beneficiado de ellos.

Además de promover la libertad, Nerva supo comprender la importancia que tenía el hecho de erigirse contra la injusticia y el lujo. Cambió y corrigió las graves consecuencias que había tenido para los nuevos ciudadanos el impuesto sobre las herencias, y moderó el extremismo con que se aplicaba el impuesto hebreo a los judíos y sus simpatizantes. Los que delataban delitos fiscales en sus provincias ya no podrían ser también jueces en el proceso; ya no se demandaría a nadie por calumniar a la persona del emperador, y se concedió apoyo público a la filosofía. Haciendo alarde de una gran generosidad, Nerva puso a la venta tierras, e incluso prendas de vestir, de propiedad imperial. Renunció al «lujo», y dispensó también su «liberalidad» a la gente humilde de Italia: se reservó dinero para comprar parcelas de tierra para esas familias. Se trataba

de una política buena y justa, pero el sistema imperial no se basaba sólo en la bondad. También estaban los importantísimos soldados y las famosas guardias de Roma.

Con optimismo, las monedas acuñadas por Nerva proclamaban la «Concordia de los Ejércitos». Sin embargo, a las tropas seguía gustándoles Domiciano, que había subido el importe de sus pagas. Y en otoño de 97 los pretorianos obligaron a Nerva a firmar la brutal ejecución de los asesinos de su predecesor. Era evidente que era necesario alguien más enérgico y de carácter militar. Más tarde corrieron rumores de que se había producido un verdadero golpe de Estado, aunque probablemente fuera con su beneplácito que Nerva anunciara la elección de un soldado como hijo adoptivo. Dicha elección recayó en Trajano, un hombre procedente de una colonia de Hispania, hijo de un distinguido militar, y al que respaldaba su experiencia con los ejércitos de Germania. Detrás de ese plan de adopción podemos detectar la mano de dos senadores, uno de ellos Frontino, antiguo gobernador de Britania, que se distinguió por su campaña en Gales y que era la autoridad reconocida por todos en materia de acueductos romanos.

Es probable que la nueva pareja formada por Nerva y su «hijo» hubiera podido funcionar bastante bien durante algunos años, pues ambos se complementaban mutuamente. Sin embargo, tres meses más tarde fallecía Nerva de manera inesperada. Siguiendo los pasos de la dinastía Flavio instaurada por Vespasiano, legó a su sucesor en Roma una clase dirigente que inevitablemente había cambiado de tono y composición. No sólo habían entrado en el senado individuos prominentes de habla griega procedentes de Oriente (el patrocinio de Domiciano había sido importante

en este sentido, en consonancia con sus gustos culturales). Vespasiano, originario de la «pequeña Italia», había contribuido a rellenar el senado con más individuos procedentes como él de la «pequeña Italia». La confirmación oficial de sus poderes había resultado aceptable para esos nuevos políticos, pero luego Domiciano se había elevado muy por encima de ellos. En un claro desafío a sus valores y patrones morales, Domiciano había desenmascarado tanto los puntos fuertes como los débiles de lo que esos individuos representaban. A su muerte, los senadores no tardaron en condenarlo, pero tampoco tardaron en justificar sus propios actos y las componendas a las que recientemente se habían prestado. Como en tiempos de Nerón, había muchas cosas sobre las que convenía no hablar. Como diría acertadamente a Nerva en cierta ocasión un hombre de principios en el curso de una cena, si los peores delatores de Domiciano hubieran seguido vivos, sin duda habrían estado ahora cenando también con Nerva.<sup>[539]</sup>

# Capítulo 51

## LOS ÚLTIMOS DÍAS DE POMPEYA

Si sintieras el fuego del amor, mulero,

Te darías más prisa para ver a Venus.

Estoy enamorado de un mancebo encantador, así que, te lo ruego,  
arrea a las mulas, ¡venga!

Ya te has tomado un trago, ¡vamos, pues! Coge las riendas y  
sacúdelas.

¡Llévame a Pompeya, donde es dulce amor!

Inscripción encontrada en el peristilo de la Casa IX.v.ii de  
Pompeya

A los hombres nuevos procedentes de las distintas ciudades de Italia que ascendieron de categoría social durante la década de 70 d.C. se les atribuía una nueva frugalidad y una nueva moderación, en contraposición a los excesos y el libertinaje del reinado de Nerón y los que habían participado de tanto desenfreno a pesar de los valores romanos «tradicionales». Para hacernos una idea de lo que era la vida de una pequeña ciudad de Italia, sólo tenemos que ir a dos de las grandes maravillas de la arqueología, Pompeya y la vecina ciudad de Herculano. El 24 de agosto de 79 entró en erupción el Vesubio. Una espesa lluvia de polvo y ceniza pumítica cayó sobre los alrededores del volcán, acompañada de terremotos, llamaradas, y una nube (según las noticias de un testigo ocular, Plinio) en forma de pino, árbol que todavía es habitual ver entre las ruinas. La columna eruptiva se elevó a una altura de unos treinta y cinco kilómetros y, a juzgar por otras explosiones similares atestiguadas recientemente, como la del monte St. Helen, en

el noroeste de América, la del Vesubio debió de liberar una fuerza quinientas veces superior a la de la bomba atómica de Hiroshima. En Pompeya podemos rastrear los efectos de la erupción a tres niveles a cual más dramático: en primer lugar cayó una lluvia de ceniza pumítica blanca, de unos tres metros de espesor, que impedía ver la luz del sol, y a continuación la ceniza gris ennegreció las calles y los edificios. A la mañana siguiente, el 25 de agosto, sobre las 7.30, recorrió las calles de la ciudad una enorme «nube ardiente» de gases calientes, sofocando y calcinando a todos los que se habían quedado en la colonia o no habían podido salir de ella. A esta violentísima corriente a ras de suelo siguió el flujo piroclástico de roca incandescente y pumita, que destruyó los edificios y llegó incluso bastante lejos de la ciudad; luego «corriente» y «flujo» se sucedieron en cuatro oleadas cada vez más fuertes hasta las ocho. Causaron la muerte del observador más sabio del formidable espectáculo, Plinio el Viejo: como recuerdan las cartas de su sobrino, Plinio había cruzado en barco el golfo de Nápoles para poder contemplar lo sucedido más de cerca. Dentro de la ciudad, siguen apareciendo los cuerpos de las víctimas. Se han recuperado desde muías, atrapadas en sus pesebres junto a los molinos que hacían girar, hasta una dama joven, adornada con joyas, cuyos senos han dejado su impronta en el barro sobre el que murió. En Herculano, la corriente y el flujo se abatieron sobre la ciudad a primera hora de la mañana y la golpearon en seis oleadas sucesivas, hasta chocar con el mar. La ciudad quedó enterrada a mayor profundidad incluso que Pompeya y no, según parece en la actualidad, debido a los efectos secundarios de la lluvia y las inundaciones. El desastre en general fue tremendo, y podemos comprender por qué supuso una carga y unos

gastos tan grandes para el gobierno del emperador Tito, en su primer año en el trono.

Pompeya y Herculano se hallaban cerca del golfo de Nápoles, donde tantos romanos ilustres se habían construido villas espectaculares. Aun estando a la altura de los lujos habituales (durante el siglo I a.C.) en toda esta zona, ni Pompeya ni Herculano eran ciudades de primera fila; en la década de 70 d.C. la zona del golfo había perdido parte de su preponderancia. Pompeya, la población mejor conocida, habría ocupado una extensión de unas 140 hectáreas y en sus últimos días habría tenido entre 8.000 y 12.000 habitantes. La ciudad se hallaba situada en una meseta de lava volcánica, resto de una erupción anterior, y diversos tipos de roca volcánica habían ayudado a su construcción. Sus habitantes, sin embargo, no sabían el riesgo que corrían: la última erupción del Vesubio databa de hacía más de mil años, y la piedra probablemente pareciera inocua. De hecho Pompeya había ido creciendo por capas, a través de fases históricas muy claras, desde el siglo VI a.C: etrusca (con presencia de griegos), samnita, y colonia romana (a partir de 80 a.C), cuando Cicerón llegó a tener en ella una de sus casas. En 79 d.C. sus raíces, como las de la Londres moderna, tenían por lo menos dos siglos de antigüedad, y sus habitantes siguieron construyendo y reconstruyendo sobre ellas hasta el final.

Una consecuencia de esta circunstancia es que la ciudad antigua mejor conservada que tenemos resulta todavía en muchos sentidos difícil de entender. Nunca permaneció estática, y tras la erupción fatal comenzaron los saqueos, que continuaron luego cuando empezaron las excavaciones hacia 1740. Por fortuna, a pesar de todo lo que ha sido destruido,

vendido o dispersado mientras tanto, una tercera parte de Pompeya ha quedado reservada para la arqueología del futuro.

Hay una faceta de la vida pompeyana que parece curiosamente moderna. La ciudad tenía un sistema de calles planificado que excluía el tráfico rodado de las zonas del centro. Existen tabernas muy bien conservadas con las correspondientes enseñas mostrando un ave fénix o un pavo real. Hay teatros y un llamado «complejo recreativo», y un edificio dedicado especialmente a mercado del pescado, la carne y otras exquisiteces para que la gente fuera a hacer la compra. Muchas casas contienen hermosas pinturas murales o frescos, y definitivamente podemos afirmar que existía un verdadero culto de la «casa con jardín». Las pinturas con trampantojo parecen ampliar el espacio de los jardines e incluso muestran aves y flores exóticas que crecen en macetas y setos, ya sean rosales o arbustos de mirto. Los propietarios de las casas cenaban fuera, alrededor de una mesa bien sombreada, en su «sala exterior»: en el sótano de una gran casa se encontraron 118 piezas de plata, entre ellas una vajilla para ocho comensales.<sup>[540]</sup> Había también *graffiti* e inscripciones elegantemente escritas. Se han encontrado cuarenta y ocho *graffiti* con versos de Virgilio (varios de ellos en un burdel). En las fachadas de las tabernas, de las casas y de los edificios públicos, los carteles electorales —se han encontrado en total unos 2.800— hacían publicidad de los distintos candidatos a ocupar los cargos municipales. Alrededor de unos cuarenta citan el apoyo a un candidato prestado por algunas mujeres, aunque, por supuesto, éstas no podían votar.<sup>[541]</sup>

A través de los retratos pintados nos da la impresión de

que conocemos a esos individuos, a las jóvenes con una pluma entre los labios y rubia cabellera, de rasgos clasicizantes, o el hombre situado entre ellas, de ojos oscuros y aspecto un tanto vacilante. Pero en gran parte ese salto en el tiempo no responde en absoluto a nuestra idea de ciudad acogedora. Había imágenes y santuarios de los dioses por todas partes, y no sólo en los grandes templos oficiales del foro. Los esclavos eran fundamentales para la marcha de la vida doméstica y de las distintas artesanías, aunque la desaparición de los pisos superiores de los edificios nos impide visualizar dónde vivía la mayoría de ellos. Los ex esclavos o libertos también eran importantísimos para la economía y la estructura social de la ciudad. Después de ser liberados, la mayoría de ellos seguían trabajando para sus anteriores amos (lo mismo que en Roma), que podían aprovecharse así «del» negocio sin estar atados «a» él. No había bancos en las calles principales (el préstamo de dinero constituía una transacción privada), ni tampoco hospitales ni clínicas públicas. Había, eso sí, burdeles, pero no una división moral de los distritos que diera lugar a la existencia de lo que podríamos llamar un «barrio chino». Tampoco había letreros en las calles. Había letrinas públicas que se han conservado bastante bien, situadas detrás de discretos tabiques, pero debían ser compartidas por dos o incluso seis personas a la vez, que después de utilizarlas podían limpiarse el trasero con esponjas suministradas por la comunidad.

A pesar de la existencia de teatros, el principal complejo recreativo era un anfiteatro destinado a espectáculos sangrientos con animales o con seres humanos: es el más antiguo que se conserva, y data de la tercera década del siglo I a.C. cuando la población de Pompeya se transformó tras la

llegada de colonos veteranos del ejército romano. Las exhibiciones de gladiadores aparecen anunciadas y aplaudidas en muchos de los *graffiti* descubiertos en la ciudad: «¡Celado el Tracio, gladiador, por el que suspiran las muchachas!».<sup>[542]</sup> Por otra parte, las grandes casas de la ciudad no eran los centros de intimidad cerrados al exterior que tanto nos gustan hoy día. Como el de cualquier romano, el hogar de un pompeyano no era su castillo y la «vida doméstica» no era un concepto que los hombres apreciaran en sí mismo. No es que la familia romana fuera por definición una familia en sentido lato cuyas distintas generaciones residieran juntas en la misma casa. Era una familia nuclear como la nuestra, pero se basaba en una serie de relaciones distintas. Si el cabeza de familia o *paterfamilias* era un personaje importante, era también el patrono de numerosos subordinados y «amigos» que le hacían favores y esperaban que él se los hiciera. Cada mañana, había una fila de visitantes entrando y saliendo de la casa, que era una especie de centro de recepción. Por lo tanto, muchas de las residencias más antiguas y más grandes ofrecían a los visitantes una vista impresionante de su interior desde la entrada, como si estuvieran asomadas al eje principal de las estancias centrales: dicho eje era sostenido por enormes vigas cruzadas de madera, de unos nueve metros de largo.

Durante las últimas décadas de vida de la ciudad, este tipo de estructura no era ni mucho menos universal. Las casas grandes contenían ahora además talleres de artesanos, tiendas o incluso tabernas que daban a la calle, entorpeciendo la «vista del interior». En la palabra latina *familia* entraban también los esclavos, y en esos locales el amo podía dar una utilidad práctica a sus siervos y a sus

libertos. En el interior, dentro de la casa propiamente dicha, nos sorprendería la relativa ausencia de mobiliario, el variado uso dado a muchas habitaciones y la consiguiente falta de nuestra moderna idea de privacidad. Incluso las plantas existentes en los jardines más grandes a menudo eran cultivadas por su valor económico, no por el placer inútil de la jardinería. En el sector sur de la ciudad, han sido excavadas casas con viñas bastante grandes, e incluso las rosas puede que se cultivaran con destino a la importante industria del perfume.

Como la identidad de los propietarios de muchas casas sigue siendo incierta, su relación con las casas de campo y las villas de los alrededores también es incierta. ¿Era Pompeya una ciudad basada en el consumo, en la que los dueños de las fincas se dedicaban simplemente a gastar sus rentas y demás ingresos consumiendo bienes, incluidos los productos agrícolas, cultivados sólo en el ámbito local? Parece sumamente improbable que así fuera, no sólo debido a las importaciones de lugares lejanos que se han encontrado en la ciudad (un juego de loza fina originaria de la Galia o una espléndida estatuilla de marfil de una diosa india desnuda), sino también porque se han descubierto productos pompeyanos en lugares tan alejados como España o la Galia. El vino de la ciudad no era de primerísima calidad, pero era bastante conocido y en consecuencia se bebía en muchos sitios: también eran famosas por su calidad sus piedras miliare, lo mismo que su salsa de pescado salado, cuyo uso está también ampliamente documentado fuera de la ciudad. En los años inmediatamente anteriores a 79 d.C, el rey de la salsa de pescado salado era el liberto Umbricio Escauro, cuya producción era exportada al interior de Campania:

conmemoró incluso su éxito en los espléndidos mosaicos de su casa. Las incesantes excavaciones realizadas en las villas y casas de campo de las inmediaciones confirman su papel de centros de almacenamiento y producción, a menudo a una escala impresionante: probablemente no toda la producción fuera destinada al consumo interno. Y además la clase dirigente de la ciudad no la consideraba «indigna». Una gran viña, sin duda destinada a uso comercial, ha sido encontrada cerca del anfiteatro, con agujeros para más de 2.000 cepas: la producción de vino seguramente fuera vendida en las tabernas de la ciudad e incluso enviada fuera. Algunas de las familias más ilustres de la vida cívica de Pompeya eran recordadas por haber dado su nombre a determinados tipos de uva (por ejemplo, la «Halconiana»). Los beneficios procedentes de la actividad vitivinícola seguramente resultarían muy importantes para ellas, aunque la mano de obra estuviera constituida por sus esclavos y libertos: quizá las villas con las pinturas más hermosas de parras y uvas pertenecieran realmente a viticultores satisfechos de las ganancias obtenidas.<sup>[543]</sup> La asociación entre la casa de la ciudad, la gran residencia para las obligaciones sociales y políticas, y la casa del campo, centro rústico de producción, debió de ser muy importante. Por desgracia, las interconexiones no suelen estar atestiguadas en los materiales conservados. Pero Pompeya estaba muy bien situada junto al Samo, río navegable, y tenía fácil acceso al mar, circunstancia importante para la economía abierta al exterior de la ciudad.

Los beneficios no estaban reñidos con la pasión por la ostentación. De ahí que las impresionantes tumbas de las familias pompeyanas se extendieran por fuera de las murallas

de la ciudad, a lo largo de las principales vías: son especialmente visibles al otro lado de la muralla sur, donde ahora sabemos que se prolongaban a lo largo de casi dos kilómetros por la calzada que conducía a Nuceria. Los monumentos sepulcrales se dieron a conocer entre la población local tras la llegada de los colonos romanos. Algunos de los más elegantes conmemoran a familias enteras, incluso a algunos esclavos de la casa. Como nos recuerda el emplazamiento público de las tumbas, la vida era una existencia al aire libre, en la que la gente importante deseaba que se viera que era importante: la jactanciosa rivalidad social de los pompeyanos habría sorprendido incluso a los neoyorquinos.

Culturalmente, los teatros tenían gran importancia en la ciudad, aunque el mimo y la pantomima seguramente ocuparan una parte notable de la programación. En cuanto al gusto literario, es posible que las inscripciones nos induzcan a error. Los *graffiti* de Virgilio no constituyen ni mucho menos una prueba de erudición libresca ni de sociedad profundamente culta. Muchos de ellos corresponden al primer verso de un libro o de un poema (¿conocido por los ejercicios de las clases de escritura?) y probablemente se encargara a grabadores expertos que los escribieran con letra elegante (¿el cliente los conocería por habérselos oído citar a otros o por los espectáculos de recitación en el teatro?). Los versos de una égloga (poema pastoril) de carácter homosexual de Virgilio son los más favorecidos, sin duda debido a sus alusiones sexuales. Una pintura mural parodia incluso a Eneas y su familia presentando a los personajes con cabezas de perro y penes enormes.

Entre los carteles electorales, también hay algunos bastante efectistas. En vez de prestar apoyo a un candidato que se presenta a las elecciones, suelen hacer elogios exagerados de uno ya electo. La ciudad estaba gobernada por dos magistrados (*duumviri*), con la ayuda de otros dos (ediles), y la elección anual para ambos cargos tenía lugar en marzo. Durante los últimos días de la ciudad, el puesto de los magistrados de menor rango era, al parecer, el más disputado. Los escasos carteles que citan nombres de mujeres las presentan como partidarias o seguidoras entusiastas de algún candidato, pero no, por supuesto, como candidatas ellas mismas: a veces pueden incluso tener un tono satírico, dando a entender que algún candidato es «apto sólo para mujeres». Los candidatos debían ser varones, libres de nacimiento y miembros electos del consejo municipal (cargo vitalicio). Como tenían que pagar su elección (a veces con la organización de unos juegos gladiatorios), los consejeros, y por lo tanto también los magistrados, eran los ciudadanos más ricos. Las elecciones a la edilidad, sin embargo, seguían siendo muy animadas: se han recuperado casi cien carteles electorales correspondientes a la campaña para la obtención de este cargo de un tal Helvio Sabino probablemente durante el fatídico año final de 79 d.C. Se han encontrado en casi todas las calles principales de la ciudad y aluden, como de costumbre, a una gran variedad de gentes que le prestan apoyo: grupos de comerciantes, familias, una mujer o dos, e incluso los «jugadores de dados». «¿Estás dormido?», dice uno de los carteles. «Vota por Helvio Sabino para edil»<sup>[544]</sup>. Todos estos carteles están en latín, pero no en nuestro latín clásico. La zona del golfo de Nápoles era todavía multicultural en 79 d.C, un lugar en el que se hablaba mucho el griego, además del latín y de la

lengua itálica meridional, el oseo. Las tres lenguas podían oírse habitualmente en Pompeya, donde el oseo, cuya existencia no nos permite percibir la literatura latina, siguió utilizándose en las inscripciones durante el siglo I d.C.

La ciudad estaba además estrechamente en contacto con la lujosa vida de las villas del golfo de Nápoles: no obstante, ¿podemos afirmar que los «últimos días» de Pompeya son acaso indicativos de la existencia de unos «valores itálicos» más firmes? En realidad, esos últimos días fueron muy largos. En 62 d.C. la ciudad había sufrido ya grandes daños como consecuencia de un terremoto, cuyas réplicas continuaron hasta bien entrada la siguiente década. Los excavadores han aislado una fase final, comprendida entre 62 y 79, que nos permite ver a la «pequeña Italia» en acción durante la época de la ascensión al poder de Vespasiano. En esta fase, la necesidad de reparar y restaurar los daños no acabó con las ganas de realizar nuevas decoraciones, pinturas y frescos; las casas fueron ampliadas y a veces ocuparon nuevos solares: tiendas, pisos y talleres modificaban ligeramente la estructura básica de una casa en la entrada principal. En medio de toda esa actividad, ¿qué hacían sus anteriores propietarios? ¿Se iban de la ciudad y vendían o adaptaban sus antiguas casas urbanas para nuevos usos? Muchos han echado la culpa de su marcha al terremoto, pero si es que podemos hablar de cambio en alguna medida, probablemente se tratara de un cambio social a largo plazo. Incluso sin terremoto, en aquella época de muertes tempranas y de incertidumbres no podía permanecer estable ninguna clase dirigente. Por toda Italia, había sido preciso aprovechar la «sangre nueva» en aras del dinero, tras una época en la que la «novedad» de esa sangre se había

mitigado. Quizá una parte de la historia sea que una nueva clase de advenedizos, libertos por su origen, fue quedándose con las viejas casas de Pompeya y empezó a hacer ostentación de su riqueza restaurándolas a lo grande. En varias fincas tenemos testimonios de ese cambio, y en esta época encontramos también indicios de ese desastre de los diseñadores que es el «pequeño jardín urbano». Como ocurre en el Festival de las Flores de Chelsea, este tipo de jardín comprime todo tipo de elementos en un caos de grandeza degradada, incluidos los trampantojos pintados en las paredes, las pérgolas y las esculturas de tercera categoría. Su estilo no es tanto el de una «villa en miniatura» (los jardines de las grandes villas eran en cualquier caso una aglomeración de elementos heterogéneos) cuanto el de la típica fantasía del jardín urbano, que a menudo evocaba otros paisajes distintos (bosques, cascadas o incluso Egipto y el Nilo). Podemos apreciar un gusto similar en los interiores: a partir de 62 d.C. proliferaron nuevas decoraciones pictóricas en lugares como la «Casa del Poeta Trágico», donde los muros fueron atiborrados de pinturas de episodios de la mitología griega. Sólo algunas de ellas evocan escenas teatrales que pudieran ser conocidas por las veladas pasadas al aire libre en la ciudad. Como las estampas y los papeles pintados de un muestrario moderno o los regalos especiales de cualquier periódico actual, la mayoría de esos grandes paneles evocan un mundo de cultura que los propietarios de la casa no debían de comprender. Tanto dentro como fuera, puede apreciarse un gusto por lo «bonito», por el estilo decorativo en sí mismo.

Esa labor de redecoración fue realmente brillante y, a su modo, lujosa. Aquel «lujo» no resultaba moralmente

problemático. No es que comportara un distanciamiento saludable del espectador a través de su fantasía exótica, ni que resultara «aceptable» porque pudiera ser percibido como un himno a la «abundancia».<sup>[545]</sup> La cuestión era que, según los criterios romanos o julio-claudios, se trataba de un lujo relativamente menor, y lo que vemos en Pompeya no es un tipo de lujo peligroso o enervante, como el que deploraban los moralistas. A nuestros ojos, el elemento licencioso está en las representaciones de «sexo». Sin embargo, no se conoce ninguna protesta de la población local por ellas, y tampoco todas pertenecen a los últimos días de la ciudad. En las aldabas, en las lámparas y en las jambas de las puertas había habido desde hacía mucho tiempo imágenes de penes en erección: también había habido escenas sexuales, muy explícitas, en los marcos de los espejos de mano y otros objetos personales. Algunas podían constituir chistes groseros, como las de ciertos *souvenirs* modernos, mientras que otras podían ser simples imágenes de la «fecundidad» o elementos eróticos apropiados para las paredes de un burdel. Pero cuando encontramos pinturas de una mujer desnuda encima de un hombre en la columnata que rodea el peristilo central de una casa o una serie de escenas numeradas de sexo oral entre hombres y mujeres, incluso algún cuarteto, en el vestuario de unas termas, no podemos explicarlas como simples representaciones destinadas a evitar el «mal de ojo» y asegurar la buena suerte.<sup>[546]</sup> Son simplemente escenas eróticas. Las escenas del vestuario, situadas encima de los armarios, puede que las vieran incluso las mujeres (como, por lo demás, también las de los mangos de los espejos).

Los valores pompeyanos, pues, no eran «valores Victorianos». ¿Pero era principalmente una determinada

clase social la que exhibía el arte más descaradamente grosero o erótico de las décadas de 60 y 70 d.C? De esta época data la famosa pintura de la Casa de los Vetios en la que aparece un hombre pesando un pene enorme en una balanza, en el otro plato de la cual hay un montón de monedas de oro: evidentemente los Vetios eran libertos. La escena de la mujer montada encima de un hombre que podemos ver en la columnata del jardín fue mandada poner por el hijo de un prestamista que era, a su vez, hijo de un liberto. Quizá a aquellos patronos nuevos ricos les gustara hacer ostentación de este tipo de cosas, como los banqueros modernos que compran desnudos femeninos. La vulgaridad de los libertos de la región de Nápoles ha quedado inmortalizada en la obra en prosa más notable de esta época, el *Satiricón* de Petronio, el ingenioso y elegante miembro de la corte de Nerón. Se conserva sólo un fragmento, pero sabemos que cuenta las aventuras de tres amigos griegos, que se aplican el apelativo típicamente homosexual de «hermanos», en sus diversas interrelaciones sexuales. El episodio más notable es el de la cena en casa del extravagante Trimalquión y los demás libertos invitados al banquete en la vulgar villa que aquél posee en una ciudad de la bahía de Nápoles, casi con toda seguridad Puteoli. Petronio caracteriza a los libertos por la modalidad peculiar de latín que hablan, rico en refranes (rasgo típico de la gente inculta) y las meteduras de pata culturales. Se trata de personajes exagerados y son vistos sólo a través del prisma de su narrador de ficción, pero la cena de Trimalquión evoca artísticamente la vulgaridad ostentosa, el grosero amor al dinero y un mal gusto extremo. El episodio constituye la sátira que hace un hombre cultísimo de unos libertos ridículos campando por sus respetos. Podríamos imaginar

fácilmente encontrarnos con esa misma música chillona, esa teatralidad y esos efectos escénicos, o con esas esposas ridículamente ordinarias (que compiten por el peso de sus brazaletes de oro) en embrión en cualquier velada en casa de los Vetios de Pompeya u otros libertos de la misma ciudad, gentes como Fabio Eupor o Cornelio Tagete. Algunas instrucciones de Trimalquión para la decoración de su tumba reflejan de hecho ciertos detalles de una tumba conocida que erigió en Pompeya una mujer, Nevoleya Tico, para su difunto esposo.

En las décadas de 60 y 70 d.C, pues, los libertos fueron algunos de los que redecoraron las grandes casas de Pompeya. No obstante, los individuos de esta clase seguían estando excluidos de los cargos municipales (por su condición de libertos) y las familias más antiguas y más moderadas de Pompeya no habían desaparecido de la ciudad simplemente porque la tierra hubiera empezado a temblar. De esta misma época es el trampantojo perfectamente planificado de una «Venus Marina» desnuda aparecido en la llamada Casa de Venus: la pintura fue colocada allí por los Lucrecios Valentes, ciudadanos importantes en tiempos de Nerón. La «Casa del Poeta Trágico» fue redecorada también para el «príncipe» o «primer ciudadano» de la colonia (aunque luego la alquiló). Por consiguiente, no es que Venus y las ganancias resultaran atractivas sólo para los libertos. Pero quizá (no es más que una conjetura) hicieran falta esos hombres ambiciosos para que pusieran con todo el descaro esas escenas de sexo en las paredes de su casa. De hecho, la gente de la Pompeya anterior había preferido reflejar los valores patrióticos más firmes de la nueva era de Augusto. La parte oriental del Foro había sufrido una gran

transformación en tiempos de los emperadores: habían sido levantados templos dedicados a su culto, mientras que ciertas estatuas erigidas en el exterior de un edificio público, costeadas por la ilustre sacerdotisa Eumaquia, mostraban a héroes como Rómulo o el padre Eneas. Evocaban las esculturas morales del nuevo Foro programático de Augusto.

«Parsimonia» y «moderación» son términos relativos. Para la nueva hornada de italianos que habían ingresado en el senado romano en la década de 70 d.C, significaban no ser como los extravagantes Julio-Claudios o como esos senadores (a menudo provinciales) que poseían las mayores fortunas. En el año 70 había habido familias en Pompeya que desde luego se habrían adaptado perfectamente a la pródiga teatralidad de la corte de Nerón. Pero nadie les había dado otra oportunidad: ninguna de las casas excavadas perteneció a ningún personaje que ascendiera en ningún momento tanto como para llegar al senado romano. La única excepción posible acaso sea la hermosa Popea, la esposa de Nerón, que quizá poseyera una villa enorme en la vecina ciudad de Oplontis, pero que probablemente no fue la dueña de ninguna de las casas pompeyanas que a veces también le han sido atribuidas.<sup>[547]</sup> Si hubiera tenido la ocasión, la Popea de Pompeya habría sido tan amiga del lujo como el que más. Pero la esposa-trofeo de un emperador constituye un caso excepcional. En las décadas de 60 y 70 d.C. había muchas otras familias en Pompeya, quizá la mayoría, que seguían considerándose a sí mismas defensoras de los valores «tradicionales». Los libertos eran sólo una parte de la historia. En la columnata de un espacio ajardinado destinado a celebrar cenas al aire libre, unos versos exhortaban a los comensales a apartar sus «lascivas

miradas y a no poner ojitos tiernos a la esposa de otro». <sup>[548]</sup>  
En la calle de la Abundancia, las grandes letras de una inscripción proclaman de hecho: «Sodoma y Gomorra», quizá como una especie de advertencia bíblica a los pompeyanos de los peligros de los excesos sexuales. Pero Pompeya no se vino abajo en un torrente final de orgías.

## Capítulo 52

### UN HOMBRE NUEVO EN ACCIÓN

Es asombroso cómo si consideras los días pasados en Roma uno a uno, existe o parece existir una razón de ser, pero, si consideras varios días en conjunto, no hay ninguna... Todo parece esencial en el día concreto en el que se hizo una cosa, pero si piensas que has hecho lo mismo cada día, parece absurdo, tanto más si te alejas de ello. Esto me sucede a mí, cuando en mi Laurentino me dedico a leer o escribir algo... ¡Oh mar, oh litoral, verdadero y apartado santuario de las Musas, cuántas cosas nos descubriste, cuántas cosas nos dictáiste!...

PLINIO, *Cartas* 1.9

Pompeya y el golfo de Nápoles no eran, ni mucho menos, toda Italia. Para entender cuáles eran los valores de la «nueva hornada» de senadores romanos procedentes de otras zonas del norte, tenemos la suerte de contar con unos testimonios importantísimos. Desde la década de 90 d.C. hasta el año 112, es decir desde el reinado de Domiciano hasta el del antecesor de Adriano, Trajano, poseemos unos textos que presentan precisamente los valores de uno de esos hombres nuevos del senado, Plinio el Joven.

Plinio era hijo adoptivo de su tío, Plinio el Viejo, al que admiraba por ser un famoso erudito (nosotros lo conocemos sobre todo por su extensa obra sobre historia natural, parte de la cual se dedica a enumerar los lujos «corruptores»). Plinio el Joven publicó sus cartas en nueve libros, pero no son cartas particulares como las que hoy día son puestas «a disposición» de los biógrafos modernos. La mayoría de ellas defienden determinados modos de comportarse o de mostrar capacidad de criterio. Pretenden servir de ejemplo a otros y

ser una prueba artificiosa de la «modestia» de Plinio en acción. La epistolografía, como la sátira, constituye un rasgo distintivo de la literatura latina, pero no hay cartas más elegantes ni más artísticas que las de Plinio (ni siquiera las de Cicerón). Son lo más parecido que tenemos a la autobiografía de un romano.

A la muerte de Plinio se publicó un décimo libro de cartas, que contenía las escritas en 111-112, cuando fue gobernador de Bitinia, provincia situada al noroeste de Asia Menor. Uno de los temas tratados en ellas, sin que se diera cuenta de su trascendencia, era el joven Antínoo, el futuro amante de Adriano. Este décimo libro es singularmente valioso porque se nos ha conservado con las respuestas recibidas del emperador Trajano. Constituyen un documento clásico del gobierno romano en acción. Unos cincuenta años antes había sido gobernador de esta misma provincia Petronio, el arbitro de la elegancia, del ingenio y el lujo. Las cartas que enviara a Nerón debieron de ser muy distintas.

La justicia, la libertad y los peligros del lujo excesivo son temas importantes para Plinio porque era un abogado romano, un senador, un gobernador y además un moralista. Nos presenta el modo de vida de sus amigos, de la gente de «nuestra época», como él mismo confiesa artificiosamente, con unas luces casi demasiado favorables. Muchos de ellos procedían del «país de Plinio», el norte de Italia, más allá del Po.<sup>[549]</sup> Lugares como las modernas Brescia, Verona o Milán ni siquiera poseían la ciudadanía romana por propio derecho en la década de 70 d.C. Plinio presenta esta «pequeña Italia» desde un ángulo que para nosotros resulta impagable, aunque en parte no la podamos distinguir a primera vista. El

autor, sin embargo, tenía una visión muy aguda de los personajes que valía la pena cultivar y un modo muy afortunado de escoger a los futuros vencedores. Si Adriano hubiera leído estas cartas en su villa, habría visto que algunos de los personajes a los que había asignado cargos importantes habían sido descritos por Plinio en unos estadios anteriores y más agradables de sus vidas.

Plinio había nacido en 61-62, unos catorce años antes que Adriano. Era demasiado joven para haber conocido al peor de los Julio-Claudios y su familia ni siquiera vivía cerca de Roma. Su ciudad natal era Comum (la actual Como), en la frontera septentrional de Italia, al otro lado del hermoso y deslumbrante lago que lleva su nombre. En la década de 50 a.C. Julio César la había integrado por primera vez en el mapa de la ciudadanía romana. El padre de Plinio ya había sido un personaje ilustre de su ciudad, pero él fue el primero de la familia en alcanzar la cumbre de la carrera senatorial. Era perfectamente consciente de semejante honor, llegando incluso a comentar que ni siquiera lo había alcanzado el gran poeta Virgilio. Dicho honor se veía respaldado por una inmensa fortuna, en parte perteneciente a su familia y en parte adquirida a través del matrimonio y de las herencias. Al igual que otros senadores, sus ingresos procedían sobre todo de sus tierras, la mayoría de las cuales tenía arrendadas a colonos (se ha supuesto que por un seis por ciento anual del capital, cifra nada despreciable en unas décadas de inflación bajísima). Plinio se dedicaba además al préstamo de dinero, actividad más arriesgada, pero mucho más lucrativa. A diferencia de Catón el Viejo en la década de 180 a.C. los senadores romanos escribían ahora abiertamente acerca de sus actividades usurarias. Hacía tiempo que había

desaparecido cualquier prejuicio minoritario que pudiera quedar: esa franqueza constituye sólo un aspecto más de la sinceridad de la mayoría de los romanos con respecto al dinero.

La carrera de Plinio fue extraordinariamente afortunada. En el año 100 d.C, antes de haber cumplido los cuarenta, llegó a cónsul y en agradecimiento, como era habitual, pronunció un panegírico del emperador Trajano en Roma. Más tarde amplió este discurso y volvió a pronunciarlo en tres sesiones distintas, de dos horas de duración, ante grupos selectos de amigos. Los discursos de proporciones desmesuradas son una invención romana: ¿Por qué —se pregunta Plinio— no iban a tener que aguantarlo sus oyentes por el mero hecho de ser sus amigos? Los recitadores romanos, como tantos conferenciantes modernos, esperaban recibir una «reacción positiva» de su audiencia. Posteriormente Plinio publicó este *Panegírico* ampliado con un tributo final a su propia persona.

Los panegíricos tendrían un futuro muy halagüeño, tipificando la vida cortesana del Imperio Tardío, pero Plinio buscaría su héroe literario en el pasado. Como hombre nuevo, orador y personaje público, sentía una especial afinidad con Cicerón. De su maestro, el gran Quintiliano, aprendió a imitar el estilo de Cicerón y a admirar su ejemplo moral. Esas cualidades seguían siendo socialmente relevantes. En Roma, entre los rivales de Plinio en los tribunales de justicia estaban los «delatores» amorales, individuos dispuestos a poner pleitos a otros hombres de su misma clase con el menor pretexto. Favorecían un tipo de lenguaje romo y un estilo inculto, mientras que Plinio, el ciceroniano, se jactaba de ofrecer una imagen totalmente

distinta, a pesar de no hallarse libre de peligro de ser llevado a los tribunales por cualquier oportunista.<sup>[550]</sup>

Desde los dieciocho años, buena parte de la actividad pública de Plinio tuvo que ver principalmente con casos de herencias ajustándose al derecho romano. Como abogado, la ley le impedía cobrar unos honorarios demasiado elevados. En cambio, esperaba recibir diversos «favores» como parte de la red de «deberes» que constituían las obligaciones mutuas existentes en la vida de todo romano ilustre. Como ocurre con tantos asuntos actualmente, se esperaba que una buena acción merecía recibir otra: en este sentido los romanos están más cerca de la vida actual, del *ethos* de los intercambios sociales del Manhattan moderno o de los «préstamos» entre museos para la organización de exposiciones, de lo que a menudo creen sus críticos. Cicerón era el modelo más apropiado de ese tipo de «deberes», de «dignidad» y de discursos judiciales, y era también el modelo apropiado para las pulidas cartas de Plinio. Éste escribía asimismo poemas breves que luego recitaba en largas tiradas a sus amigos, acostumbrados a sufrir este tipo de dilatadas sesiones. Para nuestra sorpresa, también en este sentido le resultó útil Cicerón. Algunos poemas breves de Plinio trataban de temas un tanto delicados, pero tuvo la fortuna de descubrir un poemilla lascivo de Cicerón en el que éste aludía al beso que había dado a su secretario, Tirón. El hallazgo de este poema ayudó a Plinio, según él mismo declara, a superar sus vacilaciones. ¿Por qué, escribiría luego en verso, no voy a hablar yo también de mi Tirón? Algunos —añade Plinio— le criticaban por escribir poemas lascivos, pero citando a Cicerón, podía contrarrestar su censura. A juzgar por los ejemplos que han llegado a nuestras manos, el

nivel literario de sus versos habría sido un motivo de preocupación mayor. Plinio los presenta como ligeros entretenimientos del escaso tiempo libre que le queda, pero afirma también que los griegos no dudaban en ponerse a estudiar latín para poder disfrutar de ellos. La verdad es que debieron de sentir una gran decepción.

Ya de adulto, en el senado, Plinio se encontraría más en su elemento. Al igual que Cicerón, se manifestó en contra de los gobernadores de provincia corruptos, pero su audiencia se mostraría más paciente que la de los viejos tiempos. Desde la época de Augusto, los casos de concusión eran juzgados en el senado y los abogados podían hablar sobre ellos durante cinco horas o más. Plinio participó en varios de estos casos largos, entre ellos algunos bastante retorcidos presentados por bitinios, y ésa fue precisamente una de las razones de que Trajano lo enviara más tarde a gobernar esta provincia. No obstante, el horizonte de un senador había cambiado mucho desde los tiempos de Cicerón, como pone de manifiesto su admirador, Plinio. Ya no quedaba ni rastro de la lucha política libre de Cicerón, librada ante los senadores y ante el pueblo. Los jóvenes senadores seguían ocupando el cargo de tribuno de la plebe, pero los emperadores ostentaban también la potestad tribunicia ampliada. Una de las principales preocupaciones de los que desempeñaban este cargo era si podían o no seguir ejerciendo de abogados mientras eran tribunos, el mismo dilema que tienen hoy día en Gran Bretaña los miembros del Parlamento. En cuanto a las elecciones, las tremendas manipulaciones de la época de Cicerón habían desaparecido. Las elecciones a los cargos más altos eran pactadas en su mayoría antes de ser sometidas al voto del

senado. Plinio, recién ingresado en esta institución, se sentía particularmente disgustado por la costumbre que tenían otros senadores de escribir obscenidades en las papeletas de voto que se les repartían para que se limitaran a expresar su consentimiento.<sup>[551]</sup> Era una de las pocas libertades que podían permitirse. Los nombres de los candidatos elegidos, en realidad previamente pactados, eran proclamados más tarde ante el pueblo en el Campo de Marte.

A lo sumo, los senadores podían hacer propaganda de los valores por los cuales podía apreciarse públicamente a un emperador. Desde esta perspectiva, el *Panegírico* de Trajano escrito por Plinio no es sólo una obra tediosa de adulación. Establece la «modestia» y la «moderación» como los valores propios de Trajano, el «excelentísimo»; y se explaya incluso hablando de la «libertad». Significativamente, no se trata de la «libertad» de los primeros años de Cicerón. Plinio felicita a Trajano por ser un cónsul «como si no fuera más que cónsul» y por mostrar su preocupación por la equidad y la ley.<sup>[552]</sup> Pero como Trajano es el «hacedor de cónsules», es lógico que esté por encima de ellos y que los «enseñe». Esa «libertad» depende de la gracia y el arbitrio de otro, precisamente lo que más detestaba Cicerón de Julio César. Como señalan las propias cartas de Plinio, ahora todo depende «de la decisión de un solo hombre»: Trajano ha asumido las «preocupaciones y los trabajos de todos» en nombre del «bien común». Algunas cosas emanan para nosotros de esa «benignísima fuente», y llegan en una «mezcla saludable».<sup>[553]</sup> O sencillamente eso era lo que podía esperar un senador. En esta época de monarquía, se suponía que los senadores aclamaran a su Príncipe con frases bonitas, como hacen con los cantantes sus admiradores. «Créenos,

creo en ti mismo», decían, o bien: «¡Oh, cuan afortunados somos!». En señal de aprobación, afirma Plinio, Trajano derramaba sinceras lágrimas.<sup>[554]</sup> En tiempos de Augusto, las alabanzas de los miembros de la familia imperial habían circulado «para la posteridad» por todas las provincias, en las cuales seguimos descubriéndolas actualmente. En tiempos de Trajano, por primera vez, las aclamaciones del senado fueron grabadas en inscripciones y empezaron a circular del mismo modo en beneficio de la posteridad. Quizá también ellas vuelvan a aparecer para nuestro bien moral.

En una sociedad esclavista, en la que los senadores poseían miles de seres humanos de los que podían deshacerse a su antojo, esa pérdida de libertad puede parecer bastante marginal. Era además una pérdida sólo para los varones, el único sexo político. Pero afectaba a lo que escribía y decía la elocuente clase de los varones: la distancia política desde los tiempos de Cicerón (por no hablar de la de Pericles) afecta a la cultura que los romanos dejaron a la posteridad, los brillantes poemas épicos (aunque algunos ahora los sobrevaloran) y la retórica verbosa y evasiva. A pesar del culto que algunos romanos profesaban a la libertad interior «estoica» frente a las pasiones y las emociones, un romano culto ya no podía ser verdaderamente su «propio hombre». Los romanos tenían libertades, pero no tenían una libertad limitada sólo por su libre consentimiento. Ese peligro afectaba a sus sentimientos y al respeto de sí mismos, y los ponía en un aprieto moral que todavía podemos reconocer, especialmente en nuestras modernas «Repúblicas del Pueblo» o en nuestros recuerdos de los años del «Telón de Acero». Desde 96 d.C. Nerva y Trajano, asegura Plinio, habían devuelto la «libertad». Pero se trataba de un concepto

relativo: la cuestión era que en tiempos de Domiciano el despotismo había sido mucho peor.

En este sentido, las cartas publicadas de Plinio plantean una alternativa particularmente interesante. Hacen hincapié en la amistad especial que el autor cultivó con las familias de una camarilla de Roma caracterizada por una mentalidad filosófica. Eran descendientes directos de la oposición «estoica» a Nerón y del valiente Helvidio que había hablado abiertamente en tiempos de Vespasiano. A su alrededor, nos dice Plinio, habían estado cayendo «rayos» en los tiempos de la peor tiranía de Domiciano, pero él se había arriesgado y había protegido a un filósofo en la ciudad. Sin embargo, en tiempos de Domiciano Plinio había sido pretor, y casi con toda seguridad el año que ocupó el cargo fue el fatídico 93 d.C. En aquella época, los miembros de este grupo de tendencias filosóficas habían sido detenidos y ejecutados y se había ordenado quemar las biografías que habían escrito de los valerosos mártires desaparecidos anteriormente en tiempos de Nerón. En su calidad de pretor, Plinio quizá ayudara a llevar a cabo la quema de esos documentos. A menudo se presenta luego como amigo de esas familias, pero discretamente se abstiene de subrayar que, tras ocupar la pretura, pasó a desempeñar otro cargo distinguido durante el reinado de Domiciano.

De todos los autores latinos que se nos han conservado, el poeta que vivió más tiempo durante el reinado de Augusto fue Ovidio, pero ochenta años después sería Plinio, no Ovidio, el que mejor se adecuara a la «visión» de la sociedad romana que tenía Augusto. Como el propio Augusto, Plinio estaba profundamente poco dotado para la milicia: en sus obras no hace la más mínima alusión a las

proezas militares de algunos de sus corresponsales. El honor que coronó su carrera, nos dice él mismo, fue un cargo sacerdotal, el de augur, que había ejercido también el propio Cicerón. Su único fracaso desde el punto de vista augusto fue la total falta de hijos, y no sería porque no lo intentara: se casó tres veces, y todas sus mujeres sufrieron abortos. Lo mismo que Cicerón, también Plinio salió de Roma como gobernador de una provincia de segunda categoría, Bitinia, pero también en este terreno su papel se adecuó fielmente al legado de Augusto. Mientras estuvo en su provincia, la libertad y la justicia fueron los asuntos que lo ocuparon directamente, pero ambos fueron abordados en un contexto imperial distinto.

Plinio ya había tenido experiencia con los bitinios siendo abogado en Roma; incluso para lo que era habitual entre los romanos de la nueva generación, hablaba un griego extraordinariamente bueno (a los catorce años ya había escrito una obra dramática en esta lengua); Trajano demostró mucha agudeza al escogerlo como gobernador de una provincia de lengua griega que últimamente se había revelado bastante caótica. Al igual que Cicerón, Plinio realizó una gira por las ciudades de su provincia administrando justicia, pero a diferencia de éste, fue elegido para el cargo por un emperador. Como todos los demás gobernadores de su época, llegó con una serie de instrucciones escritas del Príncipe, pero, cosa insólita en su provincia, sería su primer legado imperial, el «hombre del emperador», enviado para poner orden en ella. «Los provinciales», recuerda Trajano a Plinio, «entenderán, creo, [a través de ti] que me he preocupado por ellos»<sup>[555]</sup>. Ni para Cicerón ni para sus amigos había existido una autoridad tan

superior. Lo mismo que Cicerón, Plinio era consciente del glorioso pasado libre de las grandes ciudades de Grecia, pero sus cartas ponen de manifiesto los poderosos límites que ahora se habían puesto a la libertad cívica de la población autóctona. Se le exige que inspeccione las cuentas de la ciudad; se le ha ordenado que prohíba en las ciudades las corporaciones y asociaciones por temor a que puedan fomentar disturbios populares. Es, por lo tanto, Plinio el que prohíbe las brigadas de bomberos locales, anteponiendo la paz social a la seguridad. Las respuestas de Trajano a menudo respetan las costumbres locales, más incluso que el propio Plinio, pero sólo dentro de esas estrictas limitaciones. Se trata de unas limitaciones mucho más severas que las que aplicaba Cicerón, por no hablar de los reyes y gobernadores de otras épocas anteriores de la historia del Asia griega. Los años comprendidos entre 96 y 138 d.C. se incluyen en la época que Edward Gibbon proclamaba la más feliz de la historia de la humanidad. Pero como sucediera en Roma, también en la vida cívica del mundo de lengua griega se había producido una pérdida innegable de libertad. Para nosotros entraña toda una lección moral el abismo que separa las cartas de Plinio y su modelo, la maravillosa correspondencia de Cicerón, que inmortalizó en ellas el fin de una época de verdadera libertad para los de su clase.

En compensación, los súbditos de lengua griega de Plinio le respondieron con toda suerte de abusos y mal funcionamiento, incluyendo el reclutamiento de esclavos en el ejército romano, práctica absolutamente ilegal. Estaban además los típicos problemas de siempre, un filósofo taimado que pretendía la concesión de una serie de privilegios fiscales o algunos proyectos arquitectónicos mal

gestionados, y la malversación de fondos públicos por parte de los consejeros municipales: también Cicerón se había enfrentado a todo tipo de fraudes financieros en su provincia. Pero Plinio escribe una y otra vez a Trajano pidiéndole consejo acerca de los asuntos más nimios o para plantearle propuestas sin importancia. Cicerón no había tenido a ningún emperador al que tener en cuenta: en sus tiempos, a los gobernadores les preocupaba más restaurar sus maltrechas finanzas personales a expensas de los provinciales. Una razón de que Plinio escribiera tan a menudo y a veces de modo tan irritante, era sin duda el afán de ocultar sus huellas. Como sus predecesores, podría ser procesado por los provinciales una vez acabado su mandato, según los procedimientos formalizados por Augusto.

# Capítulo 53

## UN PAGANO Y LOS CRISTIANOS

Entretanto, he seguido el siguiente procedimiento con los que eran traídos ante mí como cristianos. Les pregunté si eran cristianos. A los que decían que sí, les pregunté una segunda y una tercera vez amenazándoles con el suplicio; los que insistían, ordené que fuesen ejecutados. No tenía, en efecto, la menor duda de que, con independencia de lo que confesasen, ciertamente esa pertinacia e inflexible obstinación debía ser castigada.

PLINIO A TRAJANO, *Cartas* 10.96

Durante un viaje por su provincia, Plinio se encontró con un tipo de individuos excepcionalmente obstinados: se negaban a adorar a los dioses. Eran llevados ante él para que los castigara; les daba una oportunidad de librarse de la pena preguntándoles por tres veces; si perseveraban en su «locura», ordenaba que se los llevaran y los ejecutaran. Algunos tenían la ciudadanía romana, que los protegía de recibir castigo físico por orden de un gobernador de provincia. Como era su obligación, Plinio enviaba a estos ciudadanos a Roma para que fueran juzgados, lo que ilustra el valor de semejante privilegio.<sup>[556]</sup>

La «locura» de aquellos individuos era el cristianismo. Cuando fueron denunciados más cristianos ante Plinio (al parecer, se mostró muy receptivo a las denuncias), algunos negaron los cargos. De modo que el gobernador ideó someterlos a una prueba. ¿Estaban dispuestos a invocar a los dioses? ¿Estaban dispuestos a orar ante una imagen de Trajano y a ofrecerle incienso y vino? ¿Estaban dispuestos a blasfemar contra Cristo? Algunos aseguraban que en otro

tiempo habían sido cristianos, pero que habían dejado de practicar su fe. Pasaban la prueba de Plinio, ¿pero eran aquellos renegados culpables de delitos cometidos en su pasado cristiano? Por causa de su «locura», mientras habían sido cristianos habían tenido una buena conducta moral, aunque equivocada. Para asegurarse, Plinio sometió a la tortura a dos «ministras» cristianas, evidentemente diaconisas, no sacerdotisas. No vio en ellas más que una «superstición perversa e inmoderada», pero no encontró ni rastro de los escabrosos cuentos de sexo en grupo y de canibalismo que atribuían otros a la secta.

La experiencia de Plinio es sumamente importante porque lo dejó lleno de incertidumbre y necesitado de los consejos del emperador. La respuesta de Trajano, pues, marcaría las líneas que habrían de seguir no sólo Adriano, sino también los sucesivos emperadores hasta mediados del siglo III. Los cristianos no constituían un problema desconocido para los romanos importantes. Tras el proceso de Pablo, habían seguido siendo juzgados en Roma, incluso en el sombrío año 93, cuando Plinio había sido magistrado judicial o pretor.<sup>[557]</sup> No había estado nunca presente personalmente en ese tipo de juicios, pero sabía lo que tenía que hacer con un cristiano obstinado. Para entonces había ya precedentes bien conocidos y aquellos individuos eran unos «irreligiosos». En consecuencia, podían provocar la cólera de los dioses; tampoco se les pedía tanto, sólo que ofrecieran a las divinidades un poco de incienso, pero si se negaban, debían ser ajusticiados. El problema realmente complejo era el que planteaban los ex cristianos. Una vez realizadas sus investigaciones, Plinio estaba decididamente inclinado a dejarlos en libertad, y escribió a Trajano en ese sentido,

animándole a concederle su aquiescencia. Trajano contestó diciendo que los cristianos existentes no debían ser «perseguidos»; las denuncias anónimas no debían ser atendidas; y a los que habían dejado de practicar el cristianismo, el más grave de los problemas de Plinio, había que dejarlos en paz. Esta respuesta limitaba los peligros que acechaban a la Iglesia. En palabras de un historiador ateo moderno, la persecución de los cristianos por parte de los romanos habría sido «demasiado poca y habría llegado demasiado tarde».

Los fundamentos jurídicos de las acciones de Plinio han sido debatidos hasta la saciedad, pero por otro lado había también un conflicto de valores más profundo. Si las pobres diaconisas que padecieron el suplicio hubieran leído los nueve libros de cartas publicadas de Plinio, ¿qué habrían hecho con los valores tan artificiosamente expuestos en ellas? Habrían encontrado repulsivos los versos indecentes de Plinio, especialmente aquéllos dedicados a su «Tirón» y demás amantes de género masculino: el apóstol Pablo había dado a entender que este tipo de actos sexuales era la causa de los terremotos. Tampoco les habría gustado su respeto por el suicidio. Como otros romanos de su época, Plinio admiraba el suicidio cuando se trataba del fin razonado de una vida que resultaba intolerable debido a una grave enfermedad o a la vejez.<sup>[558]</sup> Para los cristianos, el suicidio era un pecado contra el don de la vida que hace Dios: durante mucho tiempo se negaría a los suicidas un enterramiento cristiano.

A diferencia de la mayor parte de los cristianos, Plinio era extremadamente rico, un senador romano que había recibido por herencia o por matrimonio al menos seis

grandes fincas en Italia. En cualquier caso, hablaba con mucha frecuencia de su munificencia y de la ayuda prestada a otros. Realizó donaciones de carácter cívico y cultural a su ciudad natal, Como: sufragó la construcción de unas termas y su decoración (pero no su mantenimiento), un templo y un tercio del coste de un maestro para los niños de la ciudad. Este maestro era el primero que había habido en Como desde su fundación (los padres, incluso entonces, debían contribuir con los otros dos tercios de su mantenimiento, pero al menos podían escogerlo personalmente). Plinio concedió también favores a sus amigos, incluso a su anciana niñera, y reservó un capital importante cuyas rentas debían bastar para el sustento de 175 niños de Como (eran niños pobres, pero en el futuro podían convertirse en ciudadanos-soldados y madres de ciudadanos soldados). A pesar de casarse tres veces, Plinio no tuvo nunca hijos que pudieran heredarle.

Los regalos de Plinio formaban parte de una cultura de munificencia muy extendida entre los ricos, de la que dependió la vida cívica durante toda la época imperial. En el caso de Plinio, esa munificencia no respondía sólo a una búsqueda interesada del poder. En la esfera local ya era una personalidad muy prominente. Más bien, sus donaciones fueron hechas en aras de los ideales de cultura y de vida cívica que él mismo sustentaba. Sus cartas, además, hacían publicidad de esa munificencia. Las diaconisas, por el contrario, le habrían dicho que debía dar limosna indiscriminadamente a los pobres, pues los pobres eran los bienaventurados benditos de Dios. Las donaciones (creían aquellas piadosas mujeres) no debían hacerse sólo a los amigos y paisanos que las merecieran. Podían ganar para el

que las realizaba un tesoro espiritual en el cielo, idea que a Plinio nunca se le habría ocurrido. Los regalos debían además hacerse discretamente, no podían anunciarse a bombo y platillo en las cartas y en inscripciones honoríficas.

Plinio poseía además cientos y cientos de esclavos, al menos quinientos (a juzgar por su testamento) e indudablemente muchos más. En este sentido, las diaconisas no se sentirían tan a disgusto. Pablo había dicho a los esclavos que «sirvieran más» y había seguido habiendo en todo momento cristianos propietarios de esclavos. Estaba bastante bien lo que decía Plinio cuando comentaba que no interfería en la facultad de hacer testamento y dejar legados que tenían sus ex esclavos: pocos amos romanos eran tan moderados, y preferían recuperar esos «legados» para ellos mismos. Plinio era muy distinto de los malvados esclavistas de su clase, de individuos como el terrible Macedón, cuyos esclavos (cuenta el propio Plinio) lo asesinaron mientras estaba en el baño. Él estaba a favor de unas formas más amables, pero permaneciendo atento, desde luego, a la seguridad y a la conveniencia del amo, al servicio de las cuales estaba esa amabilidad. Los cambios introducidos en el derecho romano desde el reinado de Claudio a propósito de los esclavos enfermos o viejos habían tenido unas motivaciones igualmente previsoras: habían venido determinados por el temor oculto a una guerra de esclavos y lo que perseguían era la pervivencia y el «interés» de los esclavistas.

También estaban bastante bien los valores familiares de Plinio. Resultaba muy agradable oírle decir a otros que debían criticarse ante todo sus propios defectos (ver primero la «viga» en el propio ojo, como había dicho Jesús):

particularmente agradable resultaba oírle decir lo mismo a un todopoderoso padre de familia romano acerca de su hijo descarriado. También Pablo había dicho a los padres que no fueran demasiado duros con sus hijos, «si se exasperan». Los elogios que dispensaba Plinio a su esposa resultan muy intrigantes. Calpurnia era su tercera esposa (las dos anteriores habían muerto) y era mucho más joven que él. A las diaconisas les habría gustado leer las cartas de Plinio en las que decía que él mismo había formado sus modales y su gusto literario: las esposas cristianas, había dicho Pablo, debían someterse a sus maridos. Pero en Plinio resultaba jactancioso oírle hablar públicamente de la lealtad que le mostraba Calpurnia.<sup>[559]</sup> Ésta leía sus obras una y otra vez (nos dice el propio Plinio) e incluso se las aprendía de memoria. Cuando su marido pronunciaba un discurso en el tribunal, mandaba constantemente mensajeros para que le contaran qué acogida estaba teniendo su intervención. Aguardaba ansiosamente detrás de una cortina mientras Plinio recitaba sus obras en público; «escucha con oídos atentísimos los elogios que recibo». Calpurnia había puesto incluso música a sus horribles versos y los cantaba al son de la lira. Es de suponer que las groseras canciones en loor de los jovencitos no formarían parte del repertorio de Calpurnia.

Para los cristianos, esa tímida sumisión era también una virtud. El problema simplemente era Plinio, sus fines absolutamente egoístas. Lo que representaba Calpurnia eran las virtudes de la «pequeña Italia»: astucia y frugalidad y, como Plinio comunica a la propia tía de Calpurnia, «me ama».<sup>[560]</sup> Por consiguiente, Plinio ha sido considerado el primer personaje de la literatura europea que «combina el

papel de marido y de amante». En realidad, Cicerón se le había adelantado (sólo durante sus primeros años de casado), pero en ambos personajes el amor más fuerte es el que se profesan a sí mismos. No obstante, Calpurnia existía en un marco social que también admitían los cristianos. Las mujeres de su clase (como muchas cristianas ricas) solían casarse a los dieciséis años; no podían poner un pleito personalmente en los tribunales; y las leyes paternalistas las protegían de modo que no podían prestar dinero a nadie que recurriera a ellas. Un paternalismo similar seguiría vigente con la misma fuerza en las leyes del posterior Imperio Romano cristiano.

En la sociedad cristiana, una muchacha podía escoger permanecer virgen o sus padres podían hacer voto de virginidad por ella. En el mundo de Plinio, no existían vírgenes para toda la vida. Sin embargo, no había ninguna ruta alternativa para la «libertad» de la mujer. Desde el «libertinaje» de los tiempos de los Julio-Claudios, era habitual que las mujeres de los grupúsculos filosóficos estoicos de Roma intervinieran en una conversación inteligente o que se mostraran resueltas en una crisis pública. En otros casos, Plinio no habría podido creer que una mujer tuviera dotes literarias. Cuando una mujer de Roma escribió unas ingeniosas cartas en un latín anticuado, Plinio dio por supuesto que las había escrito su marido o que éste había enseñado a su mujer a escribirlas. Tampoco en las iglesias cristianas se esperaba, por supuesto, que las mujeres impartieran enseñanzas, que publicaran o ni siquiera que enviaran y recibieran cartas (que quizá fueran esquelitas de amor).

En los círculos de la buena sociedad, sin embargo, el

cristianismo no tardó en encontrar adeptas: se pensaba incluso que la herejía resultaba particularmente atractiva para las mujeres. El mundo social de Plinio habría ayudado a las diaconisas a comprender por qué. En una casa rica, una mujer no tenía prácticamente nada que hacer en todo el día. Los esclavos se ocupaban del marido; por la noche, éste recibía huéspedes de su mismo sexo y escuchaba música o más recitaciones, pero nunca se entretenía con algo tan limitado como una conversación de sobremesa a dos. A Plinio le gusta describir la rutina ejemplar de ciertos ancianos singularmente activos en su retiro. Aquellos caballeros «en buena forma» leen y hacen ejercicio, pero cuando salen a dar una vuelta raramente llevan consigo a sus esposas. La mujer de una gran familia podía acabar pasando los días jugando a las tablas.<sup>[561]</sup> En un comentario intencionado acerca de los cambios que ha experimentado el «lujo» a lo largo de las generaciones, Plinio cuenta cómo la abuela de una familia distinguida se divertía manteniendo en su casa a toda una compañía de pantomimos. Naturalmente siempre mandaba a su joven y recto nieto retirarse para que no viera la actuación de los bailarines. Los gustos disolutos de la buena señora, dice Plinio, no eran los de «nuestros tiempos». Aunque ya tenía setenta y tantos años cuando mantenía a aquella gente en su casa, la mujer los había acogido mucho antes, cuando Nerón todavía era joven.<sup>[562]</sup> Según Plinio, en ausencia de esas diversiones, una alternativa para una persona aburrída habría sido la Iglesia.

Plinio recomendaba una y otra vez la sencillez, los valores de la pequeña Italia del norte, de la región de Como, lejos de la corrupción de Roma. Vemos aquí una insistencia en algo que los primitivos cristianos todavía no habían

empezado a cultivar. «Sencillez» significaba vida en el campo, en ambientes encantadores cuya paz y tranquilidad eran consideradas evasiones felices de los negocios de Roma. En ese ambiente un hombre podía descansar y escribir en paz, lejos de las molestias de clientes y subordinados a los que, según sus propias declaraciones, encontraba pesadísimos. Podía dedicarse a la caza del jabalí en los bosques. (Plinio era más aficionado a este deporte de lo que sus comentarios aislados dan a entender a primera vista.) O también podía diseñar un jardín. La aportación del cristianismo primitivo a la historia de la jardinería es precisamente nula, pero Plinio es el primer gran portavoz que conocemos de los ideales italianos de vida retirada en una villa.

Concretamente junto al hermoso lago de Como tenía dos villas, una a orillas del propio lago llamada la Comedia, y otra en una colina con vistas al propio lago llamada la Tragedia. Recibieron ese nombre no porque fueran apropiadas a un tipo u otro de estado de ánimo, sino en honor del mundo del teatro que tanto amaba Plinio. La Comedia estaba en una zona baja, como bajos eran los zapatos planos de los actores cómicos, mientras que la Tragedia estaba en alto, como los tacones que utilizaban para su calzado los actores trágicos. Tenía además otra villa en la costa, al sur de Roma, en una zona en la que, según se decía, habían desembarcado los troyanos de Eneas y donde los senadores poseían refugios campestres a sólo treinta y tantos kilómetros de la ciudad. En los confines de las modernas regiones de Toscana y Umbría (al norte de Città di Castello y al sur de San Sepolcro), Plinio tenía otra villa, ventilada por una brisa fresca durante el verano. La

descripción que de ella hace en una de sus epístolas es la carta más influyente que se nos ha conservado del mundo romano: pueden seguirse los detalles que nos proporciona con las excavaciones aún en curso de los arqueólogos en el lugar llamado San Giustino.<sup>[563]</sup>

Detrás de las casas de campo de Plinio se acumulaban casi trescientos años de experiencia romana de la elegante vida que podía llevarse en una villa. Cicerón ya había profesado un gran amor por sus casas y, lo mismo que sus contemporáneos, estaba atento a las diversas posibilidades de compra que se le ofrecían: no era un tipo que se conformara con dos casas cuando podía tener ocho. En medio de un emplazamiento campestre, las villas eran construcciones bajas y extensas, generalmente carentes de la elevada simetría dieciochesca de las mansiones georgianas inglesas. La villa de Plinio se extendía formando ángulos irregulares y debemos recordar que su elegante epístola no se preocupa de describirla en su integridad. No dice nada acerca de sus anteriores propietarios y constructores (los arqueólogos pueden ahora precisar que antes de ser de Plinio perteneció a Granio Marcelo). Ni dice nada de las estancias de los esclavos ni de las cocinas ni de la probable utilización de los pórticos de sus jardines para almacenar (como en Pompeya) importantes productos agrícolas: los edificios «productivos» han empezado a ser conocidos gracias a las labores arqueológicas más recientes. En cambio, hace hincapié en otros aspectos. Como a tantos romanos ilustres, a Plinio le encantaba el reto que suponía la agresión a la naturaleza. Como harían tantos otros miembros de la nobleza rural después de él, diseñó personalmente su jardín y algunos rincones de su villa. Cuando se recrea hablando de

esta parte de los encantos de sus mansiones campestres, es plenamente consciente, y con razón, de que está roturando un terreno literario completamente nuevo. Por primera vez en la literatura universal, la caza, la jardinería y el diseño de una casa de campo aparecen como la trinidad de la vida feliz, como un paraíso no cristiano en este mundo.

El jardín toscano de Plinio tenía una terraza y columnatas, setos de boj recortado y patios rodeados de muros y provistos de fuentes. Su rasgo característico era que tenía un «hipódromo en el exterior», una versión en miniatura del espacio reservado a las carreras de caballos en Roma, el circo, quizá a imitación del hipódromo de Domiciano en el Palatino. Gozaba de la sombra que le daban los cipreses a su alrededor y estaba plantado con las especies habituales en tantos jardines italianos de época posterior: boj bien recortado, frutales, laureles, plátanos (por cuyos troncos trepaba la hiedra) y lustroso acanto, cuyas hojas parecían «suaves» a Plinio. En aquel «hipódromo» no se celebraban carreras y, para nuestro gusto, las plantas estaban demasiado esparcidas. Pero las plantas de hoja perenne (a excepción de los tejos) estaban recortadas formando figuras y letras, entre otras las iniciales de los miembros de la familia y de los jardineros. En un extremo, unas hermosas columnas de mármol sombreaban una zona destinada a cenador, en el que los invitados, tanto hombres como mujeres, comían recostados en lechos, como era habitual en Roma. El agua corría alegremente por el hipódromo en miniatura y alimentaba las fuentes y un estanque de mármol situado junto al cenador, en el que flotaban las fuentes de comida durante los banquetes. A comienzos del siglo XVI se redescubrió la carta de Plinio

acerca de su jardín y fue mostrada a Rafael, que la utilizó para trazar la base de un jardín sumamente influyente, el de Villa Madama en Roma.<sup>[564]</sup> Visto desde la mansión, el campo circundante le parecía a Plinio una pintura, mientras que la hierba estaba «cuajada» de flores. Esta forma de contemplar el paisaje tendría también una larga historia en el diseño de jardines.

Las alabanzas que dedica Plinio a la sencillez rural, a su vida doméstica y a la vida en sus villas no eran raras en aquellos tiempos. Las encontramos también en poemas de la época, especialmente en los de su amigo Marcial. También éste había prosperado con Domiciano, pero luego con la nueva era de finales de los años noventa abandonó Roma y siguió elogiando la vida rústica durante los años de retiro pasados en su España natal.<sup>[565]</sup> Había causado un inmenso placer a Plinio comparándolo con Cicerón. Existe realmente una curiosa semejanza de temas en los escritos de ambos amigos: los escabrosos epigramas de Marcial indican que probablemente Plinio escribiera en algunos de sus versos más atrevidos.

El paisaje verde de los cristianos, en cambio, era el Paraíso, que aguardaba en el mundo venidero. La vida en las villas estaba muy lejos del estatus social de la mayoría de ellos; sin embargo, las opiniones de Plinio sobre los espectáculos públicos habrían sido muy de su gusto. Las diaconisas habrían estado de acuerdo con su rechazo moral de las danzas de la pantomima y de la «corrupción» del desnudo del atletismo griego. Plinio encontraba también «aburridas» las carreras de carros, aunque había muchos admiradores cristianos de este espectáculo que no habrían estado de acuerdo con él.<sup>[566]</sup> Sus opiniones acerca del rango

y la clase social también eran bastante compatibles con la Iglesia. Para Plinio, la «igualdad» era proporcional al estado social del individuo: variaba para cada uno según su rango. Espiritualmente, los evangelios tenían una postura contraria, pero aunque los cristianos eran «uno» en Cristo Jesús, esa «unidad» no comportaba igualdad en el plano terrenal. Las distinciones de clase en este mundo seguían, pues, vigentes entre los creyentes cristianos: eran simplemente irrelevantes para la vida futura.

En este sentido, las diaconisas habrían considerado que Plinio estaba muy mal informado. El único camino hacia la inmortalidad, a juicio del escritor romano, era la obra literaria. Podía tener una idea de lo que eran los fantasmas, pero no abrigaba esperanza alguna de la existencia de una vida después de la muerte: su tío consideraba incluso la vida de ultratumba una fábula que impedía a los ancianos arrostrar una muerte noble suicidándose. La resurrección de la carne les habría parecido totalmente absurda a los dos. A diferencia de las valerosas diaconisas, Plinio no estaba preparado para el martirio. Como muchos otros cristianos, habría apostatado en el curso de la investigación y luego habría buscado el perdón. Pero como relator del martirio de otros, no habría tenido igual, ni siquiera entre los escritores de la Iglesia primitiva.

Entre los valores de Plinio, había uno que brillaba por su ausencia: la humildad. Proclamaba su «modestia», pero no era lo mismo, sobre todo cuando la utilizaba para resaltar las virtudes que tenía. Para los cristianos, aunque no para Plinio, la humildad tenía que ver con otra cosa, con la necesidad de redención como seres humanos creados por Dios.

Tres siglos más tarde, ya en un Imperio marcado por el cristianismo, el cristiano Agustín se retiraría a una de esas villas de la «pequeña Italia», cerca de Milán, tras su conversión y abandono del sexo y de las ambiciones mundanas. Mientras tanto, en mansiones llenas de mármoles como las de Plinio, vivían ahora obispos que tenían muchos de los gustos del antiguo senador, la caza, el paisaje, o la calma del campo. Había incluso algunos que escribían versos escabrosos y que construían grandiosos palacios con piedras raras.<sup>[567]</sup> Ya en la Edad Media, una parte del futuro estaría en la mezcla de los valores de Plinio con una fe cristiana más flexible.

## Capítulo 54

### CAMBIO DE RÉGIMEN EN ROMA Y EN LAS PROVINCIAS

Entonces Trajano bajó hasta el océano, y cuando conoció su naturaleza y vio un barco que navegaba hacia la India, dijo: «Desde luego yo también habría cruzado hasta el país de los indios, si todavía fuera joven». Pues había empezado a pensar en los indios y a bendecir a Alejandro... Solía decir que había llegado incluso más lejos que Alejandro, y se lo escribió al senado, aunque no pudo ni siquiera retener lo que había sido conquistado. Entre otras muchas cosas, se le concedieron triunfos sobre tantas naciones como quiso: debido al número de ellas sobre las que no paraba de escribirles, los senadores no pudieron entender algunas, o ni siquiera llamarlas correctamente por su nombre.

CASIO DIÓN, a propósito de Trajano en Mesopotamia, *Epítome de Historias* 68.29

«¿Qué mejor entretenimiento para ti», decía Plinio al emperador Trajano en su discurso como cónsul, «que recorrer bosques, hacer salir a los animales salvajes de sus madrigueras, escalar las grandes crestas de las montañas y caminar por escarpadas rocas sin apoyarte en otra cosa que no sean tus pies?»<sup>[568]</sup> Con Trajano, el hombre venido de Hispania, la caza recobró su valor como deporte activo de un antiguo soberano. Pues él «une, a la fatiga de la caza de las fieras, la de perseguirlas»: a diferencia de los «cazadores» de los anfiteatros romanos, Trajano perseguía presas de caza menor y aves de paso, una pasión que compartiría su sucesor, Adriano. Pues los acontecimientos del reinado de Trajano nos llevan, por fin, a los tiempos de Adriano y a una serie de relatos y anécdotas que éste conoció mucho mejor

de lo que podamos conocerlos nosotros. Cuando Trajano asumió el poder, Adriano tenía veintidós años.

Trajano (emperador desde 98 hasta 117) fue llamado el «excelentísimo», pero para nosotros, así como para Adriano, presenta varias facetas. Por un lado dio pruebas de amabilidad, o moderación, en su trato con el senado y con la clase alta. Su buen juicio y su prudencia también resultan evidentes en muchas de sus respuestas a las puntillosas cartas que le enviaba Plinio desde su provincia. Por otro lado, tenía una decidida intemperancia. Trajano era dado a la bebida (se aficionó incluso a la cerveza): Adriano reconoce en sus memorias que él también había tenido que beber mucho en compañía de Trajano cuando estaban en campaña. Al igual que Adriano, Trajano sentía una clara atracción sexual por los muchachos. Entre otros, por actores y por el joven hijo de un dinasta oriental que bailó para él a orillas del Éufrates y que fue objeto de bromas debido a los pendientes de oro que adornaban sus lóbulos. Los principales legados del reinado de Trajano serían dos grandes invasiones militares y los proyectos arquitectónicos más colosales de la historia de Roma. Sus construcciones durarían siglos (la Columna de Trajano sigue siendo una imagen característica de la Ciudad Eterna), pero las invasiones serían mucho más difíciles de perpetuar. Su efecto más positivo (fomentado por Adriano) sería desacreditar los intentos de expansión militar de Roma durante los siguientes cincuenta años.

Las guerras de Trajano están rodeadas decididamente de un halo de modernidad. Roma era la superpotencia militar dominante, y cualquier derrota que sufriera simplemente representaba un revés transitorio, del que a su debido tiempo se vengaba. El propio Trajano, como buen romano, tenía

dotes innatas para la agresión. Era un militar, pero a diferencia de su padre, todavía tenía que obtener una victoria significativa. Probablemente echara los cimientos de una de ellas en los primeros dieciocho meses de su reinado, para más tarde, entre la primavera de 101 y diciembre de 102, conducir un gran ejército hasta Dacia en Europa oriental (en parte, la moderna Rumanía). A mediados de la década de 50 a.C. Julio César había barajado la posibilidad de acabar con la «amenaza» dacia. Trajano haría ahora realidad ese viejo plan. Había una anterior derrota romana (sufrida en tiempos de Domiciano) que esperaba ser vengada, y con el avance de Trajano a los dacios no les quedó más opción que enviarle un ultimátum. En señal de sus toscos modales, mandaron a unos legados de «largas melenas»; sus aliados bárbaros enviaron incluso una seta enorme grabada con un mensaje escrito en latín. En su avance, los romanos construyeron un gran puente para cruzar el Danubio tan resistente que sus pilares siguen en pie. Luego se perdieron muchísimas vidas, hasta que el rey más importante de los dacios, Decéballo, acordó entregar todas sus máquinas de asedio y su armamento, demoler sus fortificaciones y no dar cobijo a ningún desertor de Roma. A cambio, Roma lo ayudaría con subsidios.

Como era de esperar, no tardaron en llegar informes que advertían que Decéballo había comenzado a reconstruir sus fortificaciones y a atraer a expertos militares del sector romano. En junio de 105 Trajano atacó de nuevo, esta vez con un ejército de unos cien mil hombres y con el objetivo de anexionar el territorio. Al final Decéballo se quitó la vida, y su cadáver fue decapitado en el campamento romano.<sup>[569]</sup> Por primera vez buena parte del territorio de Dacia quedó

convertido en una provincia romana más.

Como en tantas otras ocasiones, la conquista sería la principal fuente de crecimiento de una economía de la Antigüedad. Dacia produjo grandes cantidades de esclavos y de botín, y permitió el acceso a diversos metales, entre otros al oro. Mientras tanto, en Roma, se superó la reciente crisis económica (la moneda romana acababa de ser devaluada), y Trajano pudo dedicarse a construir a lo grande. Así pues, dentro de la capital, su reinado constituye el epítome del despotismo de un «Príncipe». Aunque Adriano levantaría grandes templos en Roma, ni él ni sus sucesores más inmediatos erigieron nuevos edificios profanos. A partir de Trajano, el trabajo quedaría hecho: los emperadores podrían viajar durante años visitando lugares muy alejados de Roma sin tener que «beneficiar» de esta forma en concreto a los habitantes de la urbe.

Desde el golpe de Estado de Vespasiano, la clase senatorial había dado su aquiescencia a la legalidad de los emperadores: «nos mandaste ser libres», como dijo Plinio a Trajano. Los juristas no ponían en tela de juicio los límites de esta libertad ni el derecho, desde el punto de vista histórico, en virtud del cual era ejercido el «mandato» de los emperadores. Había buenas razones para ese silencio tan significativo. En Italia no «se imponía» a nadie el pago de nuevos impuestos ni el reclutamiento forzoso para la guerra. Los impuestos y los reclutamientos son las medidas de un gobernante que más cuestiones suscitan en torno a los derechos y las libertades de sus súbditos. Nada de eso ocurrió en este período de la Roma imperial.

En cambio, la Ciudad Eterna mostraba importantes señales de su servilismo: su crecimiento había venido

salpicado de numerosos edificios dinásticos, de templos en honor de los miembros divinizados de la dinastía de Vespasiano y de los foros personales de los emperadores, construidos a partir del de Julio César. La esposa, la hermana, la sobrina y la sobrina nieta de Trajano serían conmemoradas en Roma; se daba una preocupación, por otro lado previsible, por acomodar a la opinión pública romana con la nueva «dinastía». Los nuevos y elaborados peinados de las mujeres de la familia imperial las hacían desde luego inconfundibles. La hermana de Trajano, Marciana, favorecía las hileras de apretados bucles en espiral echadas hacia atrás formando un gran moño en la nuca. La elaboración de aquellos peinados requería, aparte de tiempo, incluso estructuras internas de alambre a modo de soporte. Se recurrió a otras formas más duraderas, monedas e inscripciones, edificios y cultos póstumos, para difundir la imagen de familia. Vestigios de esa publicidad son actualmente las ruinas antiguas más sobresalientes que pueden verse en el centro de la ciudad de Roma. Pero una vez más la «otra Roma», el pueblo, tanto la plebe «sórdida» como las gentes «bien relacionadas», no se limitó a ser un espectador involuntario de semejante programa público. Había medios de eficacia probada que permitían obtener su apoyo: el suministro de alimentos, los espectáculos sangrientos y (cuando era posible) las termas. Trajano sobresalió en el uso de los tres, y supone el culmen de un proceso que hemos venido siguiendo desde el reinado de Augusto. Con el paso del tiempo, sería considerado acertadamente el emperador que gozó de una «popularidad entre sus súbditos que nadie ha superado, y que muy pocos han conseguido igualar».

Por suerte, Trajano pudo contar con un verdadero genio de la arquitectura, el griego Apolodoro de Damasco. Como Sinán, el gran arquitecto de los turcos otomanos, Apolodoro era un experto ingeniero militar: fue él quien diseñó el gran puente sobre el Danubio. En la costa, cerca de Roma, se construyó un puerto mejor que garantizara la seguridad del suministro del grano importado para la ciudad, pero en la propia Roma la maravilla sería el Foro de Trajano. Seguía dejando boquiabiertos a los visitantes incluso tres siglos después. Sus proporciones se inspiraron en parte en el templo de la Paz erigido por Vespasiano. Al igual que éste, contenía dos bibliotecas (una de obras griegas, y otra de obras latinas, a la manera romana), pero mucho más grandes, con un total de aproximadamente veinte mil volúmenes. Tenía grandes columnas bellamente esculpidas con imágenes de cautivos dacios, una gran estatua ecuestre de Trajano y, sobre todo, disponía de una sala enorme para dispensar justicia. La forma de estas salas o basílicas, tendría posteriormente una notable influencia en las primeras grandes iglesias cristianas.

Al fondo se levantaba la célebre Columna de Trajano, cuyos paneles hermosamente labrados (ciento cincuenta y cinco en total) constituyen el testimonio más expresivo de lo que era el ejército romano en acción. Su argumento es la campaña de Dacia. Muestran a los soldados romanos dedicados a la construcción de puentes para cruzar los ríos, desplegando las máquinas de asedio (las estructuras de las catapultas dejaron de ser de madera en tiempos de Trajano para pasar a ser de metal), y atacando a las mujeres dacias que torturaban a sus compatriotas cautivos. En lo alto, aparecen unas escenas muy controvertidas en las que se

representan a hombres, mujeres y niños desplazándose con sus animales. ¿Son colonos romanos que llegan a la nueva provincia o más bien se trata (lo que es más probable) de los dacios expulsados de su territorio? En cualquier caso, la escena pone de manifiesto el nuevo estilo de «dominio directo» de Roma.

Trajano mandó construir asimismo un mercado en las inmediaciones, que actualmente constituye una de las ruinas más notables de Roma: el brillante uso que en él se hace de los distintos niveles es fruto también del genio de Apolodoro. Tras un incendio en el Esquilino, quitó por fin de en medio lo que quedaba de la absurda *Domus Aurea* de Nerón, y mandó erigir unas grandes termas sobre las ruinas de su ala oeste, sepultando así las numerosas salas de banquetes y la cúpula de cemento de Nerón bajo una construcción de utilidad pública. Aquella decisión supuso una buena jugada especialmente popular y en 109 d.C. los «espectáculos sangrientos» que organizó para celebrar la conquista de Dacia tendrían unas proporciones insuperables. Sin embargo, seguía sin sentirse satisfecho. En el Oriente Próximo el dominio directo de Roma se había extendido ya hasta el mar Rojo tras la anexión (en 106) de la ciudad de Petra y su correspondiente reino «árabe» (nabateo), en la actual Jordania. En 113, un año después de la inauguración de su Foro, Trajano marchó a Oriente, acompañado de Adriano, para saldar la única vieja cuenta pendiente que aún quedaba en la zona: la conquista de las tribus de los partos vecinas de Roma, al menos las que ocupaban las tierras situadas a orillas del Éufrates. Se detuvieron en Antioquía, en el norte de Siria, y en lo alto del Jebel Aqra, la gran montaña pagana de los dioses que se levanta junto a la

ciudad, Trajano dedicó el botín obtenido en Dacia con la esperanza de ganarse el favor divino para la campaña que estaba a punto de emprender.<sup>[570]</sup>

El «cambio de régimen» iba a llegar ahora a Oriente Próximo. En 114 Trajano invadió Armenia con un gran ejército y se negó a aceptar la retirada del rey del país. Este desgraciado príncipe había sido nombrado por el rey de los partos, pero sin la aprobación habitual de Roma. Cuando quiso, Trajano se anexionó Armenia y la convirtió en provincia. Para proteger sus nuevos territorios, se dirigió hacia el sur e invadió Mesopotamia (el moderno Irak), en lo que podríamos calificar de una prolongación más del «dominio directo» de Roma. Cruzó el Éufrates, impuso el «cambio de régimen» a los príncipes de la zona y llegó incluso a atravesar el río Tigris. Tras tomar Babilonia, siguió adelante y capturó Ctesifonte, la capital de los partos. Aquello parecía un éxito asombroso. El historiador Salustio había escrito allá por 40 a.C. que el pueblo de Mesopotamia no conoce «freno en la cuestión amatoria, ni uno ni otro sexo»: Trajano probó al menos uno de ellos (el masculino).<sup>[571]</sup> También navegó orgullosamente por las aguas del Éufrates a bordo de una nave cuyas velas llevaban escrito su nombre en letras doradas. Aquél fue el punto culminante de las conquistas de Roma en Oriente, haciendo que los fracasos de Marco Antonio y las vacilaciones de Nerón parecieran insignificantes en comparación.

En la Antigüedad, los historiadores atribuyeron a Trajano un sentimiento de nostalgia por la figura de Alejandro Magno, e incluso la idea de llevar sus conquistas hasta la India. Tal vez deseara realmente visitar la casa de Babilonia en la que Alejandro había muerto y realizar en ella

sacrificios en su honor: ¿y quién no? Sin embargo, ya había superado la barrera de los sesenta años y desde luego no era Alejandro. La cronología de sus tres años de campaña en Mesopotamia constituye una clave para conocer sus intenciones, aunque a menudo ha sido interpretada erróneamente.<sup>[572]</sup> Tras los éxitos del primer año en Armenia, regresó a su cuartel general en Antioquía para pasar el invierno de 114-115, y tuvo la suerte de sobrevivir a un terremoto que sacudió la ciudad. 115 fue el año de las conquistas realizadas en el territorio de lo que hoy día es Irak. Tras tomar Ctesifonte, escribió al senado pidiendo su aprobación, del mismo modo que con anterioridad había pedido la autorización para colonizar Dacia, demostrando una vez más su tacto y sus dotes diplomáticas. Decía que ya había tenido bastante, y que la solución pasaba ahora por colocar a un rey cliente en el trono de Ctesifonte: «Este país [nuestro Irak] es tan inconmensurablemente grande, y se halla alejado de Roma por una distancia tan enorme, que no podemos administrarlo». A comienzos de 116 el senado recibió su carta y tuvo tiempo de contestar dándole su beneplácito. Evidentemente no había ninguna «obsesión alejandrina» en aquellos planes.

Sin embargo, todas las conquistas de Trajano acabaron estallando a su alrededor. En la primavera de 116 los problemas empezaron con los judíos. Sus revueltas se extendieron desde Libia (Cirene) hasta Chipre y Egipto, fomentadas por los hebreos que huían de los territorios partos conquistados. Todo el Oriente Próximo se sublevó. Armenia fue atacada, y hubo que ceder parte de su territorio, y las tierras de Mesopotamia conquistadas por Trajano también se rebelaron. En 116 el emperador pasó un

tórrido verano en la zona sitiando Hatra, ciudad fuertemente amurallada. Tuvo la suerte de que los defensores no reconocieran su cabeza canosa mientras cabalgaba ante ellos sin casco. Para acabar de complicar las cosas, en Dacia volvió a estallar la guerra.

Todas esas revueltas costaron miles de vidas, especialmente al nutrido número de judíos que habitaba en Chipre y a las todavía más numerosas comunidades judías de Egipto. Llegó a parecer incluso que había llegado el fin del mundo. En el sur de Mesopotamia, la guerra entre los «ángeles del norte» apareció por aquel entonces en la visión que tuvo un tal Elcasai, sin duda un cristiano perteneciente a una estricta comunidad baptista.<sup>[573]</sup> Las inquietudes de Elcasai eran muy distintas de las que agitaban a Trajano. Lo que tuvo fue la visión de un ángel y un Espíritu Santo (en forma de mujer) que prometían por última vez el perdón de los pecados a los cristianos: ese «pecado», a ojos de cualquier pagano, habría sido considerado un estado creado por la estúpida fe cristiana. Y después se habría acabado el mundo, tal como lo conocía Trajano. Elcasai contó su visión en un libro que sobrevivió para servir de fuente de inspiración un siglo más tarde a otro visionario cristiano de la región, Mani. La doctrina post-cristiana de Mani y su «Evangelio de la Luz» sobrevivió durante varios siglos y fue llamada maniqueísmo por sus numerosos detractores.<sup>[574]</sup>

Pero Trajano no tendría esa segunda oportunidad. Dejó a Adriano al mando del ejército de Siria, y en 117 se retiró al oeste. A comienzos de agosto se le declaró una enfermedad, y murió en Cilicia, en la costa meridional de Turquía, a los sesenta y dos años. El momento era potencialmente caótico, con tantas rebeliones en curso a su alrededor. ¿Quién iba a

ser su sucesor? Adriano no estaba lejos y, como ya había sido nombrado cónsul para el año siguiente, parecía una elección lógica. ¿Pero había sido elegido ya formalmente? El 9 de agosto podía afirmar que había recibido documentos en Siria que demostraban convenientemente su adopción. El 11 de agosto le llegó la noticia, todavía más conveniente, de la muerte de Trajano. Algunos historiadores de época posterior hablan de la enfermedad de Trajano y los síntomas que describen parecen los de un ataque de corazón. Pero hay también otras posibilidades convincentes. El 12 de agosto murió también el secretario personal de Trajano, Fédimo, otrora «catador» oficial de los alimentos y mayordomo del emperador. Sólo después de muchos años las cenizas de Fédimo fueron trasladadas a Roma: ¿había un deseo de no llamar demasiado la atención sobre la muerte del catador oficial de la comida del emperador? Al cabo de algunas décadas el historiador de rango senatorial Casio Dión cuenta que, según le dijo seriamente su padre, Adriano no había sido adoptado por Trajano, que la muerte de éste fue ocultada durante un tiempo por su círculo más íntimo y que la carta en la que se notificaba al senado la «adopción» de Adriano había sido firmada en realidad por Plotina, la esposa de Trajano. ¿Murió Trajano por causas naturales, o fue envenenado junto con Fédimo, su mayordomo? Más tarde estalló el escándalo y se dijo que Adriano había sobornado a unos libertos de Trajano y que había mantenido relaciones sexuales con los muchachos favoritos del viejo emperador con el fin de asegurarse la sucesión. Lo que sí sabemos es que Adriano abandonó inmediatamente las «conquistas» de Trajano en Mesopotamia.

La verdad sobre la muerte de su predecesor sigue

enterrada con Adriano. Esta incógnita resulta irónica, pues lo que caracteriza ese período no son acontecimientos militares, sino históricos: vio la aparición de dos relatos latinos del pasado imperial, y ambos son obras clásicas para nuestra comprensión de los emperadores de Roma. Una de ellas es, además, una obra genial que sitúa la libertad, el lujo y la justicia entre sus temas más destacados. Curiosamente, ni el autor de una, ni el de la otra, se atrevió a escribir la historia del reinado de Trajano.

# Capítulo 55

## PRESENTACIÓN DEL PASADO

Tengo el convencimiento, convencimiento que estoy seguro resultará cierto, de que tus historias serán inmortales; por lo que deseo aún más (lo admito francamente) ser incluido en ellas...

PLINIO A TÁCITO, *Cartas* 7.33

Desde Augusto hasta Adriano, los Príncipes romanos siguen viviendo para nosotros como individuos. La razón de esta existencia después de la muerte radica sólo de forma marginal en los restos arqueológicos que han quedado de ellos; sus estatuas y sus construcciones no son más que un centro de difusión de falsedades, pues presentan a sus mecenas como ellos deseaban ser contemplados. Hasta Domiciano, los emperadores viven con tanta fuerza entre nosotros porque aparecen descritos en diversos textos, en las biografías de Suetonio y en las penetrantes historias de Tácito.

Estos dos autores eran amigos de Plinio. Suetonio, el más joven, se benefició del patrocinio de este último: Plinio ejerció el «sufragio» para él, escribiendo y pidiendo favores en beneficio suyo. Curiosamente, la palabra «sufragio» se aplicaba ahora en sentido de intercesión, no (como antes) para indicar el derecho de voto de un ciudadano romano.<sup>[575]</sup> Tácito, en cambio, no necesitaba el sufragio de Plinio. Su formidable erudición ya había sido reconocida antes. Tal es la razón de que en 88 fuera nombrado miembro del colegio de sacerdotes encargados de supervisar los cultos extranjeros, uno de los cuales habría sido el cristianismo. Tácito era un

buen orador, y había desempeñado el consulado tres años antes que Plinio. Éste publicó once cartas dirigidas a él para demostrar una amistad que habría de dignificarlo. Como Plinio, Tácito amaba la caza, pero también tenía un estilo, una perspicacia y una capacidad de juicio de los que Plinio, su buen amigo, carecía.

Suetonio pertenecía al orden ecuestre. Tal vez su familia procediera del norte de África. Nunca llegó a ser senador, pero ocupó tres cargos literarios en la casa del emperador, entre otros, el de bibliotecario, y realizó interesantísimos viajes. Estuvo con Plinio en Bitinia y más tarde con Adriano en Britania. En 212, en esta última provincia, su carrera se vio truncada. Posteriormente corrieron rumores de que en Britania se había comportado con «demasiada familiaridad» con la puntillosa esposa de Adriano, Sabina.

La obra más famosa de Suetonio que se nos ha conservado es la *Vida de los doce Césares*, que significativamente contenía una biografía de Julio César: no se abstuvo de escribir una biografía del verdadero fundador del «Imperio». La fuerza de las mejores de sus *Vidas* está en los vividos detalles que recoge y en el uso (en el caso de la biografía de Augusto) de las propias cartas y la autobiografía del emperador. A través de las anécdotas, las *Vidas* ponen de manifiesto la afición de los emperadores por el «lujo» y observan el modo de dispensar justicia de cada uno de ellos. Muestran cierto interés por la astrología y por la reveladora afición de los emperadores por ella. Es también la mejor fuente que poseemos para sus orígenes y su apariencia física. Los mejores Príncipes, a juicio de Suetonio, fueron Augusto y Vespasiano, las dos opciones más evidentes.

Las *Vidas* de Suetonio se convirtieron en un modelo para

posteriores autores de biografías, especialmente para la importante vida del «emperador» post-romano Carlomagno, escrita por Einardo (*ca.* 850 d.C). Sin embargo, su comprensión de los hechos y su exactitud son limitadas. A medida que va avanzando la obra, más numerosas son sus debilidades: quizá tras su despido de Britania la investigación le resultara más difícil. Lo mejor de Suetonio son las anécdotas, especialmente las relacionadas con episodios de su propia época. ¿Será verdad que Nerón se vistió con pieles de animales, salió de una jaula y se puso a atacar las partes íntimas de varios hombres y mujeres que habían sido atados a unas estacas, antes de ser gratificado sexualmente por un liberto con el que se había casado? Tal era el cotilleo que se contaba unos cincuenta años más tarde. Suetonio insiste también en que se enteró por «diversas personas» de que Nerón estaba convencido de que nadie conservaba la virginidad absoluta de todas las partes de su cuerpo, y de que todo el mundo ocultaba este hecho.<sup>[576]</sup> Sus investigaciones dan testimonio, al menos, de las actitudes posteriores de la gente ante el desenfreno de los Julio-Claudios.

Lo que pasa por alto Suetonio es el importantísimo tema de la libertad. En este sentido, debemos dirigir nuestra atención a otro historiador contemporáneo suyo mucho más grande, Tácito. Mientras que Suetonio era sólo un miembro del orden ecuestre y un funcionario al servicio del emperador, Tácito era senador y cónsul, esto es, pertenecía a un estrato social para el que la «libertad» constituía un asunto vital. Plinio ya supo darse cuenta de que Tácito era el verdadero genio de su época, un individuo con el que le convenía que lo asociaran. Al igual que Plinio, Tácito no era

natural de Roma. Casi con toda seguridad procedía del sur de la Galia, tal vez de Vasión (la actual Vaison). No obstante, el sur de la Galia estaba muy italianizado y ya no era más «provincial» que el norte de Italia. Tácito progresó rápidamente en su carrera y no tardó en alcanzar el consulado y después el gobierno de la gran provincia de Asia: su encumbramiento fue todavía más rápido y más distinguido que el del propio Plinio. La ascensión de Tácito, nacido en *ca.* 58, se ha visto confirmada últimamente con mayor detalle gracias a los nuevos estudios a los que ha sido sometido un documento que parece parte de su inscripción funeraria, descubierta en Roma.<sup>[577]</sup>

Al igual que Plinio, Tácito había prosperado como senador en tiempos de Domiciano, pero es muy explícito a la hora de comentar los compromisos que por aquel entonces se vio obligado a asumir. Como senador, conocía perfectamente el peso que tenían la hipocresía y el engaño en la naturaleza humana. La «libertad» era un valor fundamental para él, aunque también confraternizaba con los hombres de su época «que sabían demasiado para tener esperanzas».<sup>[578]</sup> Escribió sobre temas muy diversos, como, por ejemplo, la oratoria (en la que supo diagnosticar con acierto la relación existente entre la gran retórica y un contexto de libertad política), o su suegro, Agrícola, gobernador de Britania (Tácito puso en labios de un jefe caledonio del norte algunas palabras muy hermosas acerca de la «libertad»). Conocía muy bien lo que era la vida en las provincias. Escribió cosas buenas acerca de las Galias (pero ni una palabra sobre España). También compuso una obra muy notable sobre Germania, donde su padre había prestado servicio y donde él mismo probablemente

desarrollara buena parte de su carrera. Decía que los germanos amaban la libertad, pero no la disciplina. Que eran propensos a las emociones fuertes, y que sus sacerdotes eran más poderosos que sus reyes. En su exposición se aprecia realmente una fuerte dosis de reflexión y de observación, y no se inventa a sus germanos atribuyéndoles simplemente lo contrario de los vicios que imperaban en Roma. La obra ha sido calificada como «la más peligrosa jamás escrita»; más tarde sería importantísima para la independencia de los alemanes respecto de la Iglesia Católica Romana, y después también para el patológico nacionalismo «alemán» de los nazis. La SS de Hitler organizó una operación de alto nivel con el fin de arrebatarse el principal manuscrito de la *Germania* de Tácito a sus propietarios italianos, pero afortunadamente fracasó.<sup>[579]</sup>

Como muchos otros, Tácito quedó impresionado por los últimos años del reinado de Domiciano. Fueron esas vivencias, y no la repentina «adopción» de Trajano, las que más influyeron en su forma de interpretar la historia. Sus dos obras maestras son las *Historias*, que van desde 69 hasta el reinado de Domiciano, y luego los *Anales*, que se extienden desde la muerte de Augusto hasta la de Nerón. Por desgracia ninguna de las dos ha llegado intacta a nuestras manos, pero su estilo, su perspicacia y penetración humana las convierten en las piezas clásicas de la historiografía romana.

Como «hombre nuevo» del senado, los conceptos sociales de Tácito no eran desde luego liberales. No creía en la sabiduría política de la plebe, y tampoco sentía respeto alguno por los hombres y mujeres que barrían para adentro y se dejaban sobornar. De forma similar, tenía prejuicios

contra los griegos y los judíos. No obstante, apoyaba la política de inclusión que practicaba Roma con los súbditos del imperio: revisó un discurso del emperador Claudio con el fin de exponer explícitamente los méritos de esa inclusión (como provincial, se había beneficiado de ella). Pero como hombre nuevo en Roma, le gustaban los episodios caracterizados por el vigor de antaño, tanto en el campo de batalla, como en el de la religión o la diplomacia. La forma de los *Anales* era propia precisamente del viejo mundo: Tácito sigue la exposición de los hechos año por año al modo de los primeros historiadores romanos, forma que ya había existido mucho antes de que los emperadores transformaran la naturaleza del Estado.

El máximo don de Tácito reside en su capacidad de ver el abismo existente entre lo que se dice y lo que se hace y en su constante desconfianza de la «propaganda» tendenciosa y la moralidad del gobierno de un solo hombre. Sus investigaciones se basaron en la lectura de las «actas» de las sesiones del senado, cosa que probablemente hiciera en las espaciosas dependencias de la nueva biblioteca de Trajano en Roma. De forma brillantísima, supo apreciar el estilo oratorio de los distintos emperadores y de sus épocas, pero sin perder de vista los abundantes engaños y eufemismos oficiales acerca de los acontecimientos. El reciente hallazgo de una inscripción en la que aparece la respuesta oficial del senado a los acontecimientos ocurridos en la familia de Tiberio en 20 d.C, confirma, en esencia, la perspicacia de la versión de Tácito y su desconfianza de las nubes retóricas que envolvieron esos hechos.

Las constituciones teóricas, subraya Tácito, son difíciles de poner en práctica y no tardan en fracasar. A diferencia de

Cicerón, no perdió el tiempo en repúblicas ideales ni alabó, como Tucídides, una «mezcla moderada» de clases sociales opuestas. En los juicios de Tácito hay un sarcasmo maravillosamente truculento. No es un pesimista incurable, pero se muestra siempre cauto ante los acontecimientos y ante lo que sus protagonistas pudieran estar ocultando. En él, la posteridad encontraría al historiador supremo del gobierno absoluto, tanto en la forma que tuvo de apoyarlo como de reaccionar ante él. Pues a pesar de su sarcasmo y su sentido de lo que se había perdido, Tácito estaba dispuesto también a servir a un déspota (como su amigo Plinio). Al tiempo que lamenta la libertad perdida, aboga por seguir una vía intermedia en materia de política y espera que la casualidad o el destino traiga a un gobernante que sea mejor y no peor. En la década de 30 a.C. Salustio había descrito ácidamente la pérdida de la libertad de la República; Tácito, heredero del estilo de Salustio, describe las consecuencias de esa pérdida, pero no la manera de hacer que las cosas vuelvan a ser como antes.

Más adelante, el hincapié que hace Tácito en la libertad y en la adaptación «moderada» a un gobernante intrigaría a Edward Gibbon y dejaría una profunda huella en su *Decadencia y caída del imperio romano*: en cambio, resultaría odioso para el fraudulento Napoleón. La época en la que más se dejaría sentir su influencia sería el siglo XVII. Enseñó a los lectores de este período cómo reaccionar frente al despotismo y cómo amar el concepto contrario a éste, la «libertad». Tácito respondía también a sus preocupaciones por el exceso de «favoritos» de la corte a los que los reyes de Inglaterra y del resto de Europa de la época promovían de forma tan exagerada. Tácito había sabido ver la necesidad de

favoritos que tenían los monarcas y la debilidad de los propios favoritos, ejemplificando una y otra en su descripción del odiado Sejano, el valido de Tiberio, o de los caprichosos libertos de Claudio.<sup>[580]</sup> Pero también señalaba cómo los déspotas inducen al servilismo, cómo la libertad se convierte en una subordinación artera y cómo la justicia se ve distorsionada por los delatores y los «soplones». Esta imagen de la difícil situación que vivían los romanos se dejó sentir poderosamente en los juristas y los caballeros de la política inglesa cuando tuvieron que hacer frente a las vanidades de Jacobo I y a las lujosas exigencias de su sucesor, Carlos I. En Roma, los juristas habían buscado obsequiosamente precedentes y un contexto adecuado para la autocracia; en Inglaterra, en cambio, los juristas versados en los clásicos defendieron el concepto de «libertad» cuya pérdida, en su opinión, había sido descrita con tanta perspicacia por Tácito. Y, sin embargo, éste se dio cuenta de que la plena libertad era imposible en el contexto del sistema romano existente, y que ahora importaban otros valores distintos a los de la época republicana de la juventud de Cicerón.

Para nosotros, sus análisis siguen siendo sumamente relevantes en la época de gobierno de un solo partido, de «propaganda tendenciosa», de «favoritos» y «democracias» vacías del verdadero significado de la palabra en que vivimos. Las obras de Tácito, y no los estudios pseudo-burocráticos acerca de las «estructuras» del Imperio Romano, siguen ayudándonos a comprenderlo como es debido. Pues una razón importantísima de que cada década fuera distinta son los personajes que Tácito supo captar de manera tan brillante y convertir en protagonistas de las

distintas épocas: el artero y maligno Tiberio, el estúpido y pedante Claudio o el depravado Nerón. Lamentarse de que Tácito se centre en la política de la corte, y no en las diversidades sociales y regionales por las que se sienten más atraídos hoy día muchos historiadores modernos, es no saber comprender el valor de lo que nos ofrece. Las figuras de los emperadores tuvieron profundas repercusiones sobre toda la sociedad. Las personalidades de sus mujeres inextricablemente enlazadas con las suyas fueron también significativas para las estructuras y los acontecimientos. Personajes como Mesalina y Agripina constituyen realidades distintivas de la época de los Julio-Claudios, y sólo los que no conocen el papel desempeñado por las mujeres de la alta sociedad en tales contextos probablemente confundan sus retratos con ejercicios de mera retórica o con estereotipos de los prejuicios machistas.

Las *Historias* de Tácito, en las que se describen los acontecimientos ocurridos entre 69 y 96, serían la primera de sus grandes obras en ser concluida, y se caracterizan por su brillante percepción de las diversas reacciones de los soldados y del variado carácter de las gentes que vivieron el año de los cuatro emperadores (69 d.C). Los *Anales*, que van desde el año 14 al 68, fueron escritos a continuación. La fecha de su conclusión sigue siendo discutida, pero todo parece indicar que también fueron compuestos en su totalidad durante el reinado de Trajano. Su estilo, claro y mordaz, no hizo necesaria una gestación más larga: Salustio y Cicerón habían estado en la base de la educación de Tácito durante su juventud. No los escribió pensando en Adriano ni en los controvertidos años iniciales del reinado de éste: la obra ya estaba acabada en tiempos de Trajano. Tal vez fuera

la aparición de las obras maestras de Tácito lo que impulsó a Suetonio a emprender la redacción de las *Vidas* de los emperadores del pasado, aunque empezando por la de Julio César, personaje que Tácito no trató.

Al igual que Suetonio y Plinio, Tácito consideraba que el cristianismo era una «superstición perniciosa». Observó, no obstante, que la gente sentía lástima por aquellos cristianos a los que Nerón martirizó bajo falsas acusaciones. Suetonio, en cambio, pensaba que Nerón había hecho bien. Para Tácito, el gobierno de un Príncipe era un mal, pero en cierto modo un mal inevitable. Siendo moderado, «civil» y respetuoso de las leyes, el emperador podía mitigar ese mal, pero la que saldría perdiendo sería la libertad sin más calificativos. Todavía podían defenderse algunos aspectos de esa libertad, especialmente la libertad de expresión: los oradores de los *Anales* de Tácito se manifiestan resueltamente en contra de la censura represiva, argumento que el propio Tácito suscribe. Por eso, razona el autor, las leyes tampoco lograrán nunca poner coto al lujo: los parámetros del lujo simplemente cambiarán o evolucionarán con el paso del tiempo. Sin embargo, ni su concepción de la libertad, ni la de sus oradores, coinciden con nuestra idea de libertad democrática. Al fin y al cabo eran romanos y senadores. Cuando el retorcido Tiberio presidía un proceso y expresaba sus deseos al respecto, su conducta era reprobable a ojos de Tácito, incluso cuando las sentencias dictadas por el emperador eran justas e imparciales. Pues con su actitud Tiberio estaba socavando otro tipo de libertad: la libertad que tenían los senadores para ejercer su influencia sobre otros, aunque, como verdaderos romanos, utilizaran dicha influencia del modo más injusto.



# ADRIANO: UNA RETROSPECTIVA

Por eso se hizo famosa la siguiente anécdota jocosa relacionada con las termas. En una ocasión vio a un soldado veterano al que había conocido durante el servicio militar restregándose la espalda y el resto de su cuerpo contra una pared. Le preguntó entonces por qué recurría a los mármoles para rascarse y cuando le oyó decir que lo hacía porque no tenía un esclavo que lo hiciera por él, le dio unos cuantos esclavos y el importe de su mantenimiento. Otro día, sin embargo, varios ancianos empezaron a restregarse contra la pared para provocar la generosidad del emperador. Entonces los mandó llamar y les dijo que se rascaran unos a otros.

ESPARTIANO, *Vida de Adriano* 17.6-7

Los derechos de Adriano a la sucesión eran cuestionables, pero el nuevo emperador se apresuró a reparar los errores de su antecesor. Los intentos de conquista emprendidos por Trajano en Oriente Medio fueron abandonados. Más tarde, los territorios conquistados en Europa oriental se redujeron y fueron reorganizados. Adriano citaba a Catón el Censor para respaldar su decisión: «Deben quedarse con su libertad puesto que no pueden ser protegidos».<sup>[581]</sup> Al menos este comentario daba a su decisión un precedente «tradicional».

Algo más significativo es que Adriano tenía estrechos lazos personales con el prefecto de la guardia pretoriana, el anciano Acilio Atiano, originario de la misma ciudad que él y que durante su juventud había sido su guardián. Cuando volvió a Roma, cuatro importantes senadores, todos ellos ex cónsules, fueron ejecutados por orden de Atiano. Mientras se calmaban las aguas, Adriano prefirió viajar tranquilamente por el Oriente griego y tardar unos meses en regresar a Roma. A su llegada, pronunció un discurso en el senado en el que insistió en que los cuatro ex cónsules no

habían muerto por orden suya. En su autobiografía, al final de su vida, afirmaría de nuevo que lamentaba aquellas cuatro ejecuciones. Pero por lo pronto respondían, lo mismo que la intervención de los pretorianos, a un modelo que venía marcando la pérdida de libertad iniciada con la caída de la República y la época «clásica» del principado de Augusto.

Fue entonces cuando, en vez de dedicarse a la conquista, Adriano emprendió los viajes de visita e inspección del Imperio con los que da comienzo nuestro libro. Desde el norte de Britania hasta Egipto, visitó sus provincias y se dio a conocer entre sus soldados. Nadie que lo viera u oyera sus palabras dejaría de notar las diferencias con su antecesor, Trajano. Adriano prefirió dejarse la barba, bastante corta, rasgo que llegó a considerarse un signo deliberado de su pasión por la cultura griega. Aunque la barba era un elemento característico de los filósofos de lengua griega, Adriano no era propiamente un intelectual. A diferencia de Trajano, tenía una mente bastante bien formada, pero le encantaba hacer ostentación de ella a expensas de los intelectuales. No le gustaban las ideas ni los razonamientos abstractos, y carecía de opiniones teóricas acerca de la política y la sociedad: su «filosofía» preferida era la menos intelectual de todas, el epicureismo. En cambio, tenía una erudición bastante vasta, y su pasión por los detalles anticuaristas se vio reforzada por sus grandes viajes. Le gustaba además escribir poesía y sentía un notable interés por la arquitectura y el diseño. Cuando intentó inmiscuirse en los planes del arquitecto Apolodoro, se cuenta que el maestro le dijo que se dedicara a dibujar «naturalezas muertas», y no edificios.<sup>[582]</sup> Pero indudablemente era un «hombre de gusto».

En ese gusto estaban estrechamente ligados los dos mundos de este libro, el griego clásico y el romano. El amor de Adriano por la cultura helénica se pone de manifiesto en el patrocinio y los favores que dispensó a las ciudades griegas (especialmente a Atenas) y en su romántica vida personal. El patrocinio de Trajano ya había ayudado a los habitantes de Oriente que hablaban griego a ingresar en el senado romano, pero los que habían obtenido este honor habían solido ser dinastas y hombres pertenecientes a familias nobilísimas. Los senadores griegos del reinado de Adriano serían hombres más capacitados, pertenecientes a familias cultas e instruidas: el tipo de individuos que a él le gustaban. Por la ciudad de Atenas Adriano sentía un enorme respeto. Antes de su ascensión al trono, había pasado un año en ella y había desempeñado el cargo de arconte o magistrado supremo; Atenas se convirtió en sede de su nuevo sínodo griego, el Panhelenion; se levantaron edificios tan notables que transformaron por completo el centro de la ciudad. Como emperador, aprobó dotar de una nueva estructura a su consejo, el augusto Areópago; vistiendo la típica indumentaria griega, presidió las grandes fiestas teatrales de la ciudad, las Dionisias, y fue iniciado en los misterios de Eleusis.

Su vida amorosa fue más notable que la de cualquier monarca desde los tiempos de Alejandro Magno. Trajano había tenido aventuras sexuales con varones, pero sobre todo (se decía) con muchachos de su ejército en campaña o de su cuartel general: Adriano, en cambio, tuvo una gran pasión que vivió al estilo griego y en la que se vio implicado un individuo no romano, un joven libre de nacimiento. En la provincia del noroeste de Asia Menor de la que había sido

gobernador Plinio, Adriano conoció al joven Antínoo, del que se enamoró apasionadamente. Salían a cazar juntos y viajaron juntos, pero en octubre de 130 el joven Antínoo murió en Egipto, ahogado en las aguas del Nilo. Las circunstancias siguen estando oscuras por falta de pruebas. Probablemente no sea más que un chisme la noticia que asegura que Antínoo se quitó la vida voluntariamente como ofrenda votiva por la delicada salud del emperador. Los efectos de su desaparición, sin embargo, se harían visibles en todo el Imperio. Adriano no sólo fundó una ciudad a orillas del Nilo en honor de su amante: los ciudadanos ilustres de esta nueva Antinoópolis gozaban de una serie de singulares privilegios y exenciones.<sup>[583]</sup> El emperador fomentó el culto de su difunto amante como «nuevo Osiris», el dios egipcio del renacimiento. Promovió el culto de Antínoo en muchas ciudades del Imperio. Por esa razón se han descubierto imágenes del joven en muchos lugares alejados de Egipto. Mientras que Alejandro fomentó el culto como héroe de Hefestión después de su muerte, Adriano promovió el del difunto Antínoo como dios, la política religiosa más positiva de cualquier emperador romano hasta que se produjo la hegemonía del cristianismo.

El amor de Adriano por la cultura griega era clasicizante porque imitaba un modelo clásico, pero se desarrolló sin el contexto político de una ciudad-estado griega clásica. Resultó además ser menos flexible. En el campo de la escultura es donde más se pone en evidencia el gusto clasicizante de Adriano. El emperador favoreció la ejecución de estatuas de mármol blanco, y no sólo de su amado Antínoo, y dispensó su patrocinio a numerosos escultores de los grandes centros urbanos del Asia Menor griega, dando

una nueva preeminencia al clasicismo en la escultura de Roma. Se produjo también una nueva rigidez en su tolerancia cultural. Desde Homero, había habido una propensión griega clásica a concebir a los extranjeros no griegos como individuos más parecidos a sus «semejantes» helenos de lo que en realidad eran. Aun así, los viajeros griegos más famosos, Heródoto o Alejandro Magno, no habían hecho gala de un relativismo cultural en virtud del cual las costumbres de todos los lugares eran igualmente válidas. A Heródoto le había escandalizado la supuesta prostitución de las mujeres de Babilonia, y Alejandro había encontrado repulsivo el hábito absolutamente ajeno a los griegos que tenían los iraníes de exponer a los muertos a las aves de rapiña y a los perros: simplemente prohibió semejante práctica. Pero para Adriano, el *graeculus* («grieguito») clasicizante, los límites de la tolerancia cultural estaban trazados con mucha más claridad. Su cosmovisión clasicizante no daba cabida a los judíos.

Todavía no tenemos testimonios suficientes para asegurar cuáles fueron los orígenes de su gran guerra contra los judíos de Judea (de 132 a 135 d.C.). A diferencia de los griegos verdaderamente clásicos, Adriano había heredado una tradición de antisemitismo, transmitida a través de la literatura desde que se originara entre los griegos de Alejandría, sobre todo a partir del siglo II a.C. Tenemos indicios de que el mismo año de la muerte de Antínoo (130 d.C.) supuso un verdadero punto de inflexión en el comportamiento de Adriano. Las fuentes antiguas relacionan la gran sublevación de los judíos con la decisión del emperador, durante su estancia en Oriente Próximo, de prohibir la circuncisión (un *graeculus* clasicizante debía de

considerar vejatoria aquella práctica). Proyectó incluso convertir Jerusalén en una ciudad de corte clásico con templos paganos y cambiar su nombre por el de Elia (en honor a sí mismo) Capitolina (en honor del gran Júpiter Capitalino de los romanos). La consecuencia fue una gran sublevación capitaneada en Judea por Bar Kochva («el hijo de la estrella»), que costó la vida a cientos de miles de judíos durante más de tres años. Por las monedas de los propios judíos podemos constatar que se proclamaron públicamente la «redención» y la «libertad» de Israel: Bar Kochva probablemente fuera considerado un Mesías.<sup>[584]</sup> Adriano tuvo que hacer venir de Britania a uno de sus mejores generales para que aplastara lo que a todas luces suponía un desafío total. Sólo entonces logró salirse con la suya, convirtiendo Jerusalén en una ciudad pagana y prohibiendo entrar en ella a los judíos que sobrevivieron. «¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?», no tardaría en preguntarse el autor cristiano Tertuliano, poniendo en entredicho los lazos existentes entre la cultura griega clásica y el cristianismo.<sup>[585]</sup> Para Adriano la respuesta era bien sencilla: intolerancia y destrucción total.

Como Alejandro Magno y sus Diádocos, Adriano fue también un gran apasionado de la caza, la actividad que más le gustaba. En el noroeste de Asia Menor fundó una ciudad para conmemorar que había matado una osa salvaje; y en Egipto, en compañía de su amado Antínoo, mató un león. En Roma, ocho altorrelieves representaban los grandes momentos de Adriano como cazador en un edificio que probablemente empezara siendo un monumento especial a la caza.<sup>[586]</sup> Pero Adriano no era sólo un filheleno: la caza formaba parte de una cultura más amplia que no puede

descomponerse en elementos «griegos» o «romanos». Dicha cultura ya había sido defendida por Trajano, otro hombre originario de ese paraíso para las actividades cinegéticas que es España. Es indudable que Adriano debió de disfrutar de ellas en Italia antes de trasladarse a Oriente. Las largas jornadas dedicadas a la caza contribuyeron a modelar sus variadas dotes intelectuales: su notable aguante a la hora de montar a caballo hiciera el tiempo que hiciera y su conspicua afición a la compañía de otros hombres.<sup>[587]</sup>

Estas costumbres lo relacionan directamente con la difícil cuestión del «lujo». Como emperador, Adriano tenía poder y dinero suficiente para satisfacer casi todos sus gustos personales, sin embargo cultivó las virtudes propias de un «buen emperador». En la ciudad de Roma, durante sus viajes y sobre todo ante sus tropas, mostró una gran llaneza y una sencillez popular. Esa accesibilidad había sido una virtud en la tradición griega, pero en su faceta de soldado romano y de viajero, y sobre todo en la de cazador en la que Adriano manifestó en todo momento esa llaneza como un rasgo típico de su carácter. Se dice que fue el emperador «que más se jactó de amar a la plebe»:<sup>[588]</sup> recibía a los solicitantes en el baño; se bañaba incluso con la plebe en las termas, y sin duda en los nuevos establecimientos de este tipo abiertos por Trajano en Roma. Incluso en los campamentos del ejército sentaría un ejemplo personal de austeridad y desdén de las comodidades. Consumía el queso, el tocino y el vino corriente que constituían la dieta del soldado raso. Evitaba dormir en lechos blandos, restaurando unos patrones de disciplina militar que seguirían siendo ponderados mucho tiempo después.

En los poemas de Homero, nuestro punto de partida, el

lujo era admirado sin reservas como el esplendor propio de los palacios de los héroes y de los reyes de cuentos de hadas que conoció Odiseo en sus viajes. A partir del siglo VII a.C. empezó a resultar problemático para los aristócratas de la Grecia arcaica, que lo temían por considerarlo una fuente de rivalidad disgregadora. Más tarde los filósofos idealizaron la «austeridad» frente a la «molición» de la lujosa Asia y sus reyes, idea que respaldó el puritano Platón. A partir de Alejandro, sin embargo, los monarcas griegos, especialmente los de Egipto, utilizaron el «lujo» como un elemento más de distinción de su imagen regia y de su fantástico «mundo aparte». En aquellos momentos había muchas más cosas en el mundo que desear, que adquirir y de las que hacer ostentación.

En Roma, convergieron todas estas actitudes y dieron lugar a una postura de clara desaprobación del lujo. La oposición a la monarquía había arraigado profundamente en la República y en su clase dirigente desde sus orígenes: el lujo de los reyes estaba totalmente fuera de lugar. En el grupo ideal de iguales de los senadores libres, el «lujo» era moralmente censurable y socialmente disgregador. En conjunto, este legado perduró hasta mucho después de que acabara el mundo de Cicerón y se mantuvo incólume durante los primeros tiempos del Imperio y su cultura cada vez menos clásica: pertenecía a la imagen pública de restauración y «vuelta de los elementos básicos» de la moral fomentada por el emperador. Así pues, Adriano limitó también los gastos efectuados en banquetes públicos a «los niveles prescritos por las leyes antiguas». Pero la munificencia pública no había constituido una modalidad perniciosa del lujo: Adriano dio también grandes

espectáculos públicos con fieras y jornadas enteras dedicadas a espectáculos sangrientos con seres humanos, llegando a unos niveles que habrían hecho parecer una niñería a los de Julio César. Para fortalecer sus lazos marginales con la dinastía anterior, construyó enormes monumentos públicos en honor de los miembros de su familia, incluidas las mujeres, y un grandioso mausoleo en Roma (el moderno Castel Sant'Angelo), que superaría incluso al de Augusto. En honor de Trajano, hizo lavar todos los asientos del teatro con la más costosa de las esencias florales, el carísimo aceite de azafrán, un gesto de generosidad que habría hecho necesarias verdaderas montañas de esta flor para satisfacer la demanda. Y en las últimas etapas de su vida se retiraría cada vez con más frecuencia a su enorme villa de Tíbur (la actual Tívoli), que disponía ni más ni menos que de tres instalaciones termales y de un canal llamado Canopo, el paseo junto al río famoso por su lujo que se extendía a las afueras de Alejandría de Egipto. Las enormes ruinas todavía visibles de esta villa corresponden probablemente a menos de la mitad de su extensión: el resto todavía aguarda a ser excavado.

El «lujo» siempre había contribuido a abrir un abismo entre la práctica y la profesión pública. Durante el reinado de Adriano, se asoció con los cambios introducidos en el ámbito de la «justicia» y la «libertad». En la colección de dictámenes jurídicos romanos que ha llegado a nuestras manos, las sentencias de Adriano que se nos han conservado son claramente identificables, lo mismo que una colección probablemente auténtica de «opiniones» que dio en respuesta a diversas solicitudes. En la historia del derecho romano fue Adriano el que patrocinó una codificación de los

edictos anuales promulgados desde antiguo por los pretores y el que mandó que se publicara en una forma previamente acordada.<sup>[589]</sup> Muchos de los testimonios de su reinado que se han conservado en inscripciones a lo largo y ancho del Imperio documentan su actividad como juez y las sentencias que dictó en las peticiones y en las disputas locales que se le presentaron. En Italia, nombró incluso a cuatro ex cónsules para que juzgaran los casos que se sometieran a su arbitrio. Adriano es recordado en particular porque, cuando juzgaba personalmente un caso, incluía como asesores a expertos especializados en materia de leyes.

Este órgano consultivo, estos escritos y estos tribunales quizá parezcan muy alejados del modo de administrar justicia propio del remoto mundo de Homero y Hesíodo. En el Imperio Romano, los jueces sabían leer y escribir; y existían manuales y copias de las sentencias anteriores; detrás de las decisiones tomadas por Adriano se ocultan complejas disquisiciones sobre procedimiento y sobre derecho civil. Sin embargo, en otro sentido, el camino recorrido ya no era tan grande. Como en el mundo homérico, la justicia era dispensada en virtud de la instrucción de un individuo que no estaba sujeto a las decisiones de un jurado. Este cambio en la estructura de la jurisdicción había vuelto a entrar en el mundo clásico con la ascensión al trono de Filipo de Macedonia y la era de las monarquías. Los jurados escogidos al azar de la Atenas democrática clásica ya no constituían el modelo principal de juicio público. Se había producido además otro cambio muy revelador. Durante el reinado de Adriano empieza a afirmarse por vez primera en los textos jurídicos romanos una clara distinción entre los «respetables» y los «humildes».

[590] Entre los «respetables» estaban los veteranos del ejército, pero también aquellos que tenían el rango (por el cual habían de pagar) de consejero municipal, por no hablar del de caballero o senador. En el grupo de los «humildes» entraban los vagabundos sin bienes y de ahí para abajo. Por los mismos delitos, estos dos tipos de personas podían recibir ahora distintos castigos: los ciudadanos respetables no podían ser azotados ni torturados, ni tampoco decapitados, crucificados ni deportados. Anteriormente, la exención de estos castigos extremos había estado vinculada a la posesión de la ciudadanía romana y se basaba en el principio fundamental de la libertad de los romanos, el derecho de «evocación» o apelación. Ahora a un ciudadano romano «humilde» podían aplicársele las penas más brutales, como a cualquier otro individuo de estatus inferior, como si su condición de ciudadano no comportara ningún privilegio. Las personas respetables estaban protegidas porque eran respetables, independientemente que fueran o no de condición ciudadana.

Adriano no inició esta distinción, pero durante su reinado empezó a haber explícitamente «unas penas para los ricos, y otras para los pobres». Este fenómeno se hallaba profundamente enraizado en la práctica romana, y puede que los castigos de los ciudadanos de clase baja fueran en la Roma de Cicerón tan brutales como luego serían en la de Adriano. Pero ahora esta distinción quedó plasmada por escrito, y muchos romanos (empezando por Plinio) no la consideraban ni siquiera injusta. Pues la «justicia equitativa», pensaba esta gente, era proporcional y variaba según la clase y el valor del que la recibía. El Odiseo de Homero, que hablaba moderadamente a los otros nobles y golpeaba con su

cetro a los individuos de clase inferior, no estaba, pues, tan lejos de esta nueva concepción.

Esta clara diferenciación de la justicia en función del estatus social supuso una devaluación de la ciudadanía romana y vino acompañada de una transformación del ámbito de la libertad. En los poemas de Homero, la «libertad» había significado libertad frente a la esclavitud o la conquista, individual o colectiva. En la Atenas clásica, se convirtió en la libertad de la democracia, la libertad de los ciudadanos varones «para hacer todo aquello que decidieran», con las nociones concomitantes de libertad personal «frente a» las influencias indebidas. En la República Romana, fundada a raíz del derrocamiento de la monarquía, la «libertad frente» al gobierno de un solo hombre había constituido históricamente un valor muy importante, junto con el concepto popular de libertad consistente en la «libertad frente al» acoso de los superiores sociales y el concepto que tenían los senadores de libertad del orden senatorial «para» decir o hacer lo que quisiera. Con el gobierno de los emperadores, la libertad, como contraposición a la esclavitud, seguía siendo muy valorada en la sociedad esclavista romana, lo mismo que había sido apreciada en todos los demás lugares del mundo clásico. Pero a partir del principado de Augusto, sólo quedarían «huellas» (como subrayaba Tácito) de la particular «libertad» de los senadores, y a lo largo del Imperio la «libertad» de las ciudades y de las asambleas populares se convertiría sólo en una cuestión de grado. Con Adriano, su amada Atenas seguiría siendo llamada «ciudad libre», pero esa «ciudad libre» lo honraba a él, el emperador, como a un dios olímpico. En la isla griega de Lesbos se han encontrado

unas inscripciones en las que se llama a Adriano «libertador», al tiempo que se le dispensan honores divinos.<sup>[591]</sup> La antigua «libertad» de Atenas y Esparta, observaba Plinio, no era más que una «sombra»: en general, el Imperio Romano había limitado o abolido las democracias o gobiernos del pueblo en las ciudades griegas sometidas. En Roma, mientras tanto, las «resoluciones» del senado habían adquirido fuerza de ley, pues reflejaban los supuestos deseos del emperador o incluso, con el tiempo, la transcripción literal de sus palabras. En 129 d.C. los cónsules «presentaron un proyecto de ley basado en un escrito del emperador. César Adriano Augusto, hijo de Trajano Pártico, nieto del divino Nerva, máximo príncipe, padre de la patria, el 3 de marzo...».<sup>[592]</sup> El fruto de esta moción pasó a formar parte de nuestros códigos de derecho romano. El «príncipe» que había dado lugar a su presentación estaba ahora «libre de todas las leyes», estatus justificado (según la mentalidad de los juristas) por la ley que había establecido los poderes del emperador Vespasiano.

La «libertad» de palabra y de decisión, tal como la había conocido Cicerón, había desaparecido. Durante su estancia en Grecia, cuando tenía veintitantos años, Adriano había sido uno de los muchos discípulos que habían oído las enseñanzas de un famoso maestro de filosofía, Epicteto.<sup>[593]</sup> Epicteto era el ex esclavo de un liberto de la casa del emperador: disertaba acerca de la libertad, la justicia y la moderación ante públicos numerososísimos, jóvenes pertenecientes en su mayoría a la sociedad respetable de las ciudades del mundo de lengua griega. Epicteto enseñaba las doctrinas de los filósofos estoicos formuladas durante la década inmediatamente posterior a la muerte de Alejandro y

conocidas también por Cicerón y sus contemporáneos. Para Epicteto, la «libertad» era el control racional que ejercía un individuo sobre sus deseos y pasiones. Un rico, desgarrado por el temor y el deseo, era tan esclavo o incluso más que cualquier esclavo del mundo real. Las doctrinas de Epicteto que han llegado a nuestras manos ni siquiera mencionan su experiencia personal de la esclavitud durante sus años jóvenes. Con ejemplos de primera mano, habla más bien de la vida cortesana que rodeaba al emperador romano calificándola de esclavitud «fútil».

En el mundo griego clásico, la libertad que había acompañado a la máxima expresión cultural había sido la libertad de los ciudadanos democráticos, la libertad política de una mayoría de varones limitada sólo por las decisiones que ellos mismos tomaban. En el mundo de Adriano, la libertad se había convertido sólo en una libertad frente a unos emperadores malos y crueles, o la «libertad» apolítica de un control del individuo sobre sus deseos. Adriano había oído decir a un maestro al que admiraba, Epicteto, lo que Pericles o Alejandro no habían oído decir nunca a los suyos, a saber que una carrera pública en el centro del poder era una vanidad peligrosa y perturbadora y que sus honores públicos eran fútiles.

Como hombre polifacético, Adriano no habría olvidado esta visión del mundo que ahora dominaba él. Pero era sólo una visión en una mente por la que se cruzaban muchas otras. En su enorme villa de Tíbur, Adriano paseaba entre monumentos que llevaban el nombre de los grandes lugares del mundo griego clásico: había un Liceo y una Academia, los escenarios de las enseñanzas de Sócrates, Platón y Aristóteles, un Tempe, donde jugaran en otro tiempo las

Musas, y un Pritaneo, donde los consejeros libres de las democracias griegas celebraban sus banquetes y administraban los asuntos públicos. En los jardines de su villa, Adriano tenía incluso un rincón llamado el «infierno», una representación del Hades: probablemente podamos verlo aún en algunos de los túneles subterráneos del lugar. Sus gustos en materia de filosofía se decantaban por la escuela epicúrea, para la cual el miedo a la muerte era una «perturbación» injustificada y los cuentos sobre la vida en el más allá no eran más que fábulas destinadas a las masas supersticiosas.

Adriano ya había dado respuesta a las peticiones provenientes de sus provincias en torno a la persecución de la «superstición más perversa», las creencias de los miembros de las iglesias cristianas. Las respuestas del emperador insistían una y otra vez en que los juicios debían comportar acusadores individuales, personas que presentaran formalmente cargos en público contra aquellos cristianos. Contrariamente a los deseos de ciertos líderes provinciales, insistía en que la persecución de los cristianos debía ser un proceso formal, realizado públicamente con arreglo a unas normas. A través de sus sentencias, sus cartas y sus edictos, Adriano era el que creaba ahora las leyes en virtud de las cuales se hacía justicia. Como emperador, era libre frente a las leyes; como hombre culto, era personalmente libre frente al miedo al infierno. No obstante, en un famoso poema, dirigía unas palabras de consuelo a su «almita», que en el futuro iba a vagar por un más allá gélido y triste. Largos siglos de cambio en el ámbito de la justicia, la libertad y el lujo se ocultan tras el panorama que veía Adriano desde el jardín de su villa. Pero no tenía idea de que los cristianos,

cuya persecución había regulado, iban a dar un vuelco a ese mundo a través de la mayor reorganización de la libertad y la justicia: el «infierno» no sería nunca más la fantasía de un diseñador de jardines.

# BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

Detallo a continuación los libros y artículos más importantes para cada capítulo; en ellos aparecen otras muchas fuentes que a menudo he incluido. El espacio me ha obligado a realizar una selección de obras, pero las notas de los capítulos y la bibliografía pueden dirigir al lector a las fuentes y a los estudios de los principales temas que se tratan en este libro. *El Diccionario del mundo clásico*, editado por S. Hornblower y A. J. Spawforth (Crítica, Barcelona, 2002), es un óptimo punto de partida para familiarizarse con los distintos temas y personajes, pues ofrece unos artículos excelentes perfectamente resumidos. Asimismo recomiendo la segunda edición actualizada de *The Cambridge Ancient History*, volúmenes III.2-XI (1982-2000). Muchos de sus capítulos pueden ser el siguiente paso para los que deseen saber más. Existen muchos otros estudios del mundo clásico, o de partes de él, compuestos por uno o dos volúmenes. John Boardman, Jasper Griffin y Oswyn Murray (eds.), *The Oxford History of the Classical World* (1986), tiene capítulos muy interesantes y sigue conservando su valor. Paul Cartledge (ed.), *Cambridge Illustrated History of Ancient Greece* (1998), trata más detalladamente cuestiones como el mundo material y la mano de obra, sobre las que yo no he profundizado tanto. Greg Woolf, *Cambridge Illustrated History of the Roman World* (2003), es actualmente el volumen temático que mejor lo complementa. Nigel Spivey y Michael Squire, *Panorama del mundo clásico* (Blume, Barcelona, 2005), es un estudio temático con numerosas ilustraciones. Charles Freeman, *Egypt, Greece and Rome* (2004), es un buen estudio en un volumen en el que se

incluyen otros mundos no clásicos. Muchos han mostrado su interés por Mary Beard y John Henderson, *Classics: A Very Short Introduction* (1995). *The Very Short Introduction to Ancient Warfare*, de Harry Sidebottom (2004), es una obra increíblemente buena.

La mejor obra generalista de historia del arte griego es Martin Robertson, *El arte griego: introducción a su historia*, vols. 1 y 2 (Alianza, Madrid, 1991). En lengua inglesa, no hay una obra tan completa sobre arte romano con la que se la pueda comparar, pero Paul Zanker, *The Power of Images in The Age of Augustus* (1988) ha causado una gran impresión. La escultura está perfectamente estudiada en W. Fuchs, *Skulptur der Griechen* (1993, 3.<sup>a</sup> ed.), una guía de un solo volumen muy completa en la que se incluyen numerosas fotografías. B. S. Ridgway, *The Archaic Style in Greek Sculpture* (1993), *Fourthcentury Styles in Greek Sculpture* (1997) y *Hellenistic Sculpture*, volúmenes I-III (1990-2002), constituyen las tres un excelente punto de partida por etapas. J. G. Pedley, *Greek Art and Archaeology* (2002, 3.<sup>a</sup> ed.) es otra obra que puede guiarnos muy bien, junto con un sinfín de estudios de J. Boardman, especialmente *The Diffusion of Classical Art in Antiquity* (1994). En la actualidad encontramos dos guías sobre arqueología en lengua inglesa sumamente interesantes, dirigidas al experto, pero accesibles para todos: Amanda Claridge, *Rome: An Oxford Archaeological Guide* (1998) y Antony Spawforth y Christopher Mee, *Greece: An Oxford Archaeological Guide* (2001), obra de gran utilidad, un manual importantísimo que nos introduce en la «cultura material» griega visible.

Varios editores publican actualmente colecciones sobre los distintos períodos o los temas más importantes de la

historia de la Antigüedad. Los «temas clave» de la Cambridge University Press son accesibles y compactos, y Keith Bradley, *Esclavitud y sociedad en Roma* (Península, Barcelona, 1998), Peter Garnsey, *Food and Society in Classical Antiquity* (1999) y Jean Andraeu, *Banking and Business in the Roman World* (1999) son particularmente útiles para diversos temas que he comprimido en estas páginas. Routledge publica una excelente colección que amplía lo que aquí resumo: Robin Osborne, *La formación de Grecia, 1200-479 a.C.* (Crítica, Barcelona, 1998); Simon Hornblower, *The Greek World after Alexander, 323-30 BC* (2000); T. J. Cornell, *Los orígenes de Roma, c. 1000-264 a.C.* (Crítica, Barcelona, 1999); Martin Goodman, *The Roman World, 44 BC-AD 180* (1997). Fontana ha publicado una brillante colección de estudios interpretativos más breves que también recomiendo: Oswyn Murray, *Grecia arcaica* (Taurus, Madrid, 1998); J. K. Davies, *La democracia y la Grecia clásica* (Taurus, Madrid, 1998); F. W. Walbank, *The Hellenistic World* (ed. de 1992); Michael Crawford, *The Roman Republic* (1978); Colin Wells, *The Roman Empire* (1992). Todos ellos constituyen la mejor introducción resumida a esos períodos. Blackwells ha comenzado la publicación de una serie más numerosa de manuales, entre los que destaca Andrew Erskine (ed.), *A Companion to the Hellenistic World* (2003), y está prevista la aparición de otros dos volúmenes muy prometedores. P. J. Rhodes, *A History of the Classical Greek World, 478-323 BC* (2005) debe seguir siendo considerado el estudio básico de este complejo período.

Junto con los volúmenes de Fontana, Routledge y Blackwells, recomiendo muy particularmente una serie de

colecciones de importantes artículos de la Edinburgh University Press, entre los cuales cabría destacar por su brillantez P. J. Rhodes (ed.), *Athenian Democracy* (2004), Michael Whitby (ed.), *Sparta* (2001), Walter Scheidel y Sitta von Reden (eds.), *The Ancient Economy* (2002), Mark Golden y Peter Toohey (eds.), *Sex and Difference in Greece and Rome* (2003) y Clifford Ando (ed.), *Roman Religion* (2003).

Varias obras más antiguas siguen conservando su valor excepcional, de las cuales recomiendo especialmente L. H. Jeffery, *The Archaic States of Greece* (1976), E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional* (Alianza, Madrid, 2002); A. Andrewes, *The Greeks* (1967); W. G. Forrest, *The Emergence of Greek Democracy* (1968); W. W. Tarn y G. T. Griffith, *Hellenistic Civilization* (1952); E. J. Bickerman, *The Jews in the Greek Age* (1988), una verdadera obra maestra; P. A. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic* (1971) y J. P. V. D. Balsdon, *Life and Leisure at Rome* (1969), que sigue sin tener parangón.

Para los tres temas principales que trato en el presente libro, debo citar, a propósito de la libertad, a Kurt Raaflaub, *The Discovery of Freedom in Ancient Greece* (2004), con el que he mantenido a veces unas pocas divergencias, y a P. A. Brunt, *The Fall of the Roman Republic* (1988), 281-350, junto con C. Wirszubski, *Libertas as a Political Idea at Rome during the Late Republic and Early Principate* (1950), con una buena reseña de A. Momigliano en *Journal of Roman Studies* (1951), 144-153. Paul S. Rahe, *Republics Ancient and Modern*, volumen I (1994), es importante y constituye un verdadero desafío. Los cambios en la administración de la justicia son un tema de gran complejidad, y soy consciente

de que a menudo lo he resumido demasiado. D. M. MacDowell, *Spartan Law* (1986) y *The Law in Classical Athens* (1978) son dos obras accesibles, junto con el viejo, pero no por ello menos brillante, estudio de R. J. Bonner y G. Smith, *The Administration of Justice from Homer to Aristotle*, volúmenes I-II (1930-1938). Para Roma, John a. Crook, *Law and Life of Rome* (1967), conserva intacto su valor, junto con Alan Watson, *Rome of the XII Tables* (1975) para la época primitiva, y los excelentes capítulos de investigación de Duncan Cloud y John Crook en *Cambridge Ancient History*, volumen IX (1994), 498-563, y Bruce W. Frier, *ibidem*, volumen X (1996), 959-979.

Para el tema del lujo recomiendo A. Dalby, *Empire of Pleasures* (2000), así como D. Braund y J. Wilkins, (eds.), *Athenaeus and His World* (2000), junto con L. Foxhall, en N. Fisher y H. van Wees, *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence* (1998), 295-309, James Davidson, *Courtesans and Fishcakes* (1998), J. Tondriau, en *Revue des Études Anciennes* (1948), 49-52, sobre los Ptolemeos, y A. Passerini, en *Studi italiani di filologia classica* (1934), 35-56. R. Bernhardt, *Luxuskritik und Aufwandsbeschränkungen in der Griechischen Welt* (2003) es también una obra a destacar. Para Roma, la bibliografía indicada en el capítulo 31, «Lujo y libertinaje», representa un buen punto de partida.

Por supuesto, siguen siendo fundamentales las fuentes antiguas, incluidas las inscripciones. Sus principales autores están traducidos al inglés en la colección de Clásicos Penguin, o junto con los textos originales en la de la Loeb Library, cuyos dos volúmenes sobre Amano por P. A. Brunt y los correspondientes a las cartas de Cicerón y a los epigramas de Marcial por D. R. Shackleton Bailey

constituyen unos soberbios comentarios académicos por propio derecho.

#### ADRIANO Y EL MUNDO CLÁSICO

Elizabeth Speller, *Following Hadrian: A Second-Century Journey through the Roman Empire* (2002) es un buen relato, mientras que Anthony R. Birley, *Hadrian: The Restless Emperor* (1997) constituye un excelente estudio de los hechos; Mary T. Boatwright, *Hadrian and the Italian Cities* (1989), *Hadrian and the City of Rome* (1987) y *Hadrian and the Cities of the Roman Empire* (2000), son otras fuentes también indispensables. Los numerosos estudios de R. Syme constituyen asimismo una fuente importante, y actualmente se encuentran disponibles en sus *Roman Papers* II.617-628; III.1303-1315 y 1436-1446; IV.94-114 y 295-324; V.546-578; VI.103-114, 157-181, 346-357, 398-408. W. L. MacDonald y John A. Pinto, *Hadrian's Villa and Its Legacy* (1995) hacen particular hincapié en la arquitectura; para Britania, véase David Breeze y Brian Dobson, *Hadrián's Wall* (2000, 4.<sup>a</sup> ed.); A. J. Spawforth y S. Walker, en *Journal of Roman Studies* (1985), 78-104, sigue siendo un estudio brillante sobre Adriano y Atenas; y J. M. C. Toynbee, *The Hadrianic School: A Chapter in the History of Greek Art* (1934), todavía no ha sido superado. Para el término «clásico», véase actualmente P. R. Hardie, «Classicism», en *Oxford Classical Dictionary* (1996, 3.<sup>a</sup> ed.), 336, junto con Tonio Hölscher, *The Language of Images in Roman Art* (2004, traducción inglesa). R. Lambert, *Beloved and God: The Story of Antinous and Hadrian* (1984) merece un examen detallado. L. Robert, en *Bulletin de Correspondance Hellénique* (1978), 437-452, constituye un brillante estudio acerca de Adriano el Cazador en Asia Menor.

## CAPÍTULO 1. LA ÉPICA HOMÉRICA

Jasper Griffin, *Homero* (Alianza, Madrid, 1996) es todo un clásico; Jasper Griffin, *Homer: The Odyssey* (1987), es un ensayo de gran utilidad. J. B. Hainsworth, *The Idea of Epic* (1991), aborda el tema de la composición. Douglas L. Cairns, *Oxford Readings in Homer's Iliad* (2001), ofrece una buena selección de ensayos; Robert Fowler (ed.), *The Cambridge Companion to Homer* (2004), es uno de los estudios más recientes. Los mejores comentarios los encontramos en los tres volúmenes de *A Commentary on Homer's Odyssey*, traducidos al inglés y reeditados por Clarendon Press, Oxford (1985-1993), y la obra en seis volúmenes *The Iliad: A Commentary*, bajo la dirección de G. S. Kirk, de Cambridge (1985-1993). J. P. Crielaard (ed.), *Homeric Questions* (1995), 201-289, es imprescindible para la cronología del siglo VIII. Barbara Graziosi, *Inventing Homer: The Early Reception of Epic* (2002), para la «biografía» de Homero. En cuanto a la escena del proceso de *Iliada* 18, H. J. Wolff, en *Traditio* (1946), 31-87, sigue siendo fundamental.

## CAPÍTULO 2. LAS COLONIAS GRIEGAS

Para las *polis*, véase M. H. Hansen, en *Historia* (2003), 257-282, donde resume las investigaciones llevadas a cabo por su equipo desde 1993; John Boardman, *Los griegos en ultramar: comercio y expansión antes de la era clásica* (Alianza, Madrid, 1999) es una obra fundamental; R. Osborne, *Greece in the Making, 1200-479 BC* (1996), 19-136, y sobre todo I. Lemos, *The Protogeometric Aegean: The Archaeology of the Late Eleventh and Tenth Centuries BC* (2002), son imprescindibles para la época «oscura». M. Popham, en Gocha R. Tsetskhladze y F. de Angelis (eds.), *The*

*Archaeology of Greek Colonization* (1994), 11-34, resume los trabajos de Lefkandi, en Eubea; M. A. Aubet, *The Phoenicians and the West: Politics, Colonies and Trade* (ed. de 1996). Para la identidad de los griegos, véase especialmente R. Fowler, «Genealógica Thinking: Hesiod's Catalogue and the Creation of the Hellenes», en *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, AA (1998), 1-20. G. R. Tsetschladze y A. M. Snodgrass (eds.), *Greek Settlements in the Eastern Mediterranean and the Black Sea* (2002). Otar Lordkipanidze, *Phasis: The River and City in Colchis* (2000). L. Robert, en *Bulletin de Correspondance Hellénique* (1978), 535-538, es un brillante estudio acerca de la producción vinícola de Koumi, en Eubea; Günter Kopcke, en Erica Ehrenberg (ed.), *Leaving No Stones Unturned...* (2002), 109-118, hace un estudio de los fragmentos de cerámica hallados en Galilea; D. Ridgway, *The First Western Greeks* (1992), habla del trabajo en Ischia; W. Burkert, *The Orientalizing Revolution* (1992), nos lleva a la reflexión; Irad Malkin, en Peter Derow y Robert Parker (eds.), *Herodotus and His World* (2003), 153-170, contradice, lo mismo que yo, la idea equivocada de que las colonias eran siempre no oficiales, y de que todos los testimonios escritos deben considerarse, por su naturaleza y organización, relatos ficticios de época posterior o leyendas «arregladas». Para Acragante, Síbaris y todo lo occidental, véase T. J. Dunbabin, *The Western Greeks* (1948), especialmente las páginas 75-83 y 305-325.

### CAPÍTULO 3. LOS ARISTÓCRATAS

Jacob Burckhardt, *The Greeks and Greek Civilization*, resumido y traducido al inglés por Sheila Stern (1998), 160-213, es un manual clásico, aunque merece la pena consultar

la versión original en alemán porque no está resumida. Walter Donlan, *The Aristocratic Ideal in Ancient Greece* (1980) es un buen ensayo moderno, cuya reedición (1999) incluye estudios posteriores realizados por el autor. Robert Parker, *Athenian Religion: A History* (1996), capítulos 2-3, 5 y páginas 284-327, expone los detalles y los problemas de los *gene* en la ciudad-estado que mejor conocemos; F. Bourriot, *Recherches sur la nature du genos* (1976) no es en ningún caso un estudio definitivo. R. Lane Fox, en R. Brock and S. Hodkinson (eds.), *Alternatives to Athens* (2000), 35-51, para la actitud archaristocrática de Teognis; tengo que decir que no estoy muy convencido, como tampoco lo estaría Teognis, de lo que dice H. van Wees, ibídem, páginas 52-67, ni de su intento de catalogarlo como un mafioso más; Teognis, versos 183-188, es eugenésico, como sabía Jenofonte, en *Stobaeus Florilegium* 88.14, aunque defiende una nueva interpretación. La «aristocracia» no puede sacarse del contexto de la historia de la Grecia arcaica («eupátrida»). Nigel Spivey, *The Ancient Olympics* (2004), es actualmente uno de los mejores manuales sobre todo lo relacionado con el atletismo; O. Murray (ed.), *Symptica: A Symposium on the Symposium* (1990), para los banquetes; en cuanto a la caza, véase R. Lane Fox, en J. B. Salmón y Graham Shipley (eds.), *Human Landscapes in Classical Antiquity* (1996) 119-153; K. J. Dover, *Greek Homosexuality* (19-78), 49-135, es un estudio fundamental, pero con la importante crítica realizada por James Davidson, en *Past and Present* (2001), 3-51. Sitta von Reden, *Exchange in Ancient Greece* (1995), 1-78, para los regalos; Paul Cartledge, en Peter Garnsey, Keith Hopkins y C. R. Whittaker (eds.), *Trade in the Ancient Economy* (1983), 1-15, para el comercio y la política; Philip de Souza, en Nick Fisher y Hans van

Wees, *Archaic Greece* (1998), 271-294, analiza, con menos optimismo, los problemas de las antiguas batallas navales.

#### CAPÍTULO 4. LOS DIOSES INMORTALES

Mary Lefkowitz, *Greek Gods, Human Lives: What We Can Learn from the Myths* (2003) también aprecia la fuerza constante de este aspecto de la imaginación de los griegos; Jan N. Bremmer, *The Rise and Fall of the Afterlife* (2002), junto con N. J. Richardson, en P. E. Easterling y J. V. Muir (eds.), *Greek Religion and Society* (1985), 50-66. Simon Price, *Religions of the Ancient Greeks* (1999); W. Burkert, *Greek Religion: Archaic and Classical* (1985) es el clásico manual; A. D. Nock, *Essays on Religion and the Ancient World*, ed. Z. Stewart, volúmenes I y II (1972) es otro clásico, al igual que R. C. T. Parker, *Athenian Religion: A History* (1996), junto con su «Gods Cruel and Kind», en C. Felling (ed.), *Greek Tragedy and the Historian* (1997), 143-160. W. H. D. Rouse, *Greek Votive Offerings* (1902). F. Graf, «Dionysian and Orphic Eschatology: New Texts and Oíd Questions», en T. H. Carpenter y C. A. Faraone (eds.), *Masks of Dionysos* (1993), 239-258, marca un nuevo punto de partida. J. Gould, *Myth, Ritual, Memory and Exchange* (2001), 269-282, y E. Csapo, en *Phoenix* (1997), 253-295, son buenos estudios sobre Dioniso; R. Lane Fox, *Pagans and Christians* (1986), 102-167, para la presencia de los dioses; H. W. Parke, *Greek Oracles* (1967), *The Oracles of Zeus* (1967) y *The Oracles of Apollo in Asia Minor* (1983), junto con Robert Parker, en P. Cartledge y F. D. Harvey, *Crux: Essays Presented to G. E. M. de Sainte Croix* (1985), 298-326.

#### CAPÍTULO 5. TIRANOS Y LEGISLADORES

A. Andrewes, *The Greek Tyrants* (ed. 1974); H. W.

Picket, «The Archaic Tyrannis», en *Talanta I* (1969), 19-61; J. B. Salmón, «Political Hoplitēs», en *Journal of Hellenic Studies* (1977), 84-101; J. B. Salmón, *Wealthy Corinth* (1984), 186-230, y Graham Shipley, *A History of Samos* (1987), 69-102, son dos buenos estudios de las principales tiranías; Hermann J. Kienast, «Topography and Architecture of the Archaic Heraion at Samos», en Maria Stamatopoulou y Marina Yeroulanou (eds.), *Excavating Classical Culture* (2002), 311-326, es un ensayo relevante. Para Solón, véanse A. Andrewes, en *Cambridge Ancient History*, volumen III.3 (1982), 375-391, y P. J. Rhodes, *A Commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia* (ed. 1993), 118-178, que superan los estudios realizados hasta su publicación, la mayoría de los cuales refutan; O. Murray, en Paul Cartledge, Paul Millett y Stephen Todd (eds.), *Nomos: Essays in Athenian Law, Politics and Society* (1990), 139-146, aporta más información al respecto; A. Zimmern, *The Greek Commonwealth* (1911), 125-138, es un buen estudio sobre el «juego limpio», junto con el estudio clásico de W. G. Forrest, *Bulletin de Correspondance Hellénique* (1956), 33-52, cuyas aventuradas conjeturas sigo queriendo creer; R. F. Willetts, *The Law Code of Gortyn* (1967) ofrece una traducción del magnífico texto sobre el que le doy la razón a Edmond Levy, «La Cohérence du code de Gortyne», en Edmond Levy (ed.), *La Codification des lois dans l'antiquité* (2000), 185-214; G. E. M. de Sainte Croix, *Athenian Democratic Origins* (2004) está perfectamente en lo cierto en lo referente a las clases propietarias (páginas 5-72), equivocado en lo tocante a los «zeugite» (página 50) y absolutamente equivocado, aunque muestra cautela, en lo referente a los *hektemoroi* ('sixth-part payers') cuando los califica básicamente de deudores (páginas 109-127). La

colección entera constituye todo un clásico.

## CAPÍTULO 6. ESPARTA

W. G. Forrest, *A History of Sparta* (ed. 1980); M. Whitby (ed.), *Sparta* (2002); Paul Cartledge, *The Spartans: An Epic History* (2002) y *Spartan Reflections* (2001); Antón Powell y Stephen Hodkinson (eds.), *Sparta beyond the Mirage* (2002); Antón Powell (ed.), *Classical Sparta: Techniques behind Her Success* (1989) es una buena colección, especialmente los ensayos sobre la risa, la bebida y el fomento de la armonía, así como un estudio muy perspicaz acerca de la religión espartana, obra de Robert Parker. *Parteneion*, la obra encantadora, y sólo comprensible en parte, de Alemán, ha sido recientemente objeto de un análisis más profundo por G. O. Hutchinson, *Greek Lyric Poetry* (2001); G. Devereux, en *Classical Quarterly* (1965), 176-184, es un excelente estudio sobre los caballos; Daniel Ogden, en *Journal of Hellenic Studies* (1994), 85-91, nos guía perfectamente a través de los problemas que tuvo la Gran Rhetra; Nino Luraghi y Susan Alcock (eds.), *Helots and Their Masters* (2003), trata un tema muy poco documentado; Robin Osborne, «The Spartan Exception?», en Marja C. Vink (ed.), *Debating Dark Ages* (1996-1997), 19-23, resume con claridad los testimonios arqueológicos que han llegado a nuestras manos.

## CAPÍTULO 7. LOS GRIEGOS ORIENTALES

John M. Cook, *The Greeks in Ionia and the East* (1960) y G. L. Huxley, *The Early Ionians* (1966) contienen numerosos detalles; Graham Shipley, *A History of Samos* (1983), y C. Roebuck y H. Kyrieleis, en J. Boardman y C. E. Vaphopoulou-Richardson (eds.), *Chios* (1984), 81-88 y 187-204, son excelentes estudios sobre las islas; Ellen

Greene (ed.), *Re-reading Sappho: Contemporary Approaches* (1996), especialmente los capítulos 7 y 8. Edward Hussey, *The Presocratics* (ed. 1996), es sumamente claro; Jonathan Barnes, *Early Greek Philosophy* (2001, ed. revisada), y *Los presocráticos* (Cátedra, Madrid, 2002) son obras más completas; Alan M. Greaves, *Miletos: A History* (2002), es una obra recomendable para Mileto, aunque no ha conseguido desplazar al estudio más antiguo y arriesgado de Adelaide G. Dunham, *The History of Miletus Down to the Anabasis of Alexander* (1919); R. M. Cook and Pierre Dupont, *East Greek Pottery* (2002). Thomas Braun, «Hecataeus' Knowledge of the Western Mediterranean», en Kathryn Lomas (ed.), *Greek Identity in the Western Mediterranean* (2004), 287-348, es un ensayo importantísimo; Robert Leighton, *Tarquinia: An Etruscan City* (2004), junto con Sybille Haynes, *Etruscan Civilization: A Cultural History* (2000), un excelente estudio general, y su novela perfectamente documentada sobre la vida etrusca, *The Augur's Daughter* (1987), son obras también muy recomendables.

## CAPÍTULO 8. HACIA LA DEMOCRACIA

I. Malkin, *Myth and Territory in the Spartan Mediterranean* (1994); W. G. Forrest, *A History of Sparta* (1968), 69-95, todo un clásico; Adrienne Mayor, *El secreto de las ánforas* (Grijalbo, Barcelona, 2002) un brillante estudio sobre «huesos»; Martin Ostwald, *Autonomia: Its Génesis and Early History* (1982), con el que no he estado de acuerdo; R. J. Lane Fox, así como O. Murray, en John T. A. Koumoulides, *The Good Idea: Democracy and Ancient Greece* (1995) para Cléistenes, y Orlando Patterson, *Freedom In The Making of Western Culture* (1991) con el que no coincido;

W. G. Forrest, *The Emergence of Greek Democracy* (1963) sigue siendo el manual clásico de referencia, junto con el importantísimo ensayo de A. Andrewes, en *Classical Quarterly* (1977), 241-248 y con H. T. Wade-Gery, *Essays in Greek History* (1958), 135-154, una colección que sigue siendo sumamente cautivadora; D. M. Lewis, en *Historia* (1963), 22-40, es el estudio clásico para la infraestructura; P. J. Rhodes (ed.), *Athenian Democracy* (2004) aporta una buena selección de artículos; G. E. M. de Sainte Croix, *Athenian Democratic Origins* (2004), 180-214, es excelente para el ostracismo; Mogens H. Hansen, *The Athenian Democracy in the Age of Demosthenes* (1991; ed. revisada 1999), para las instituciones; J. K. Davies, en Peter Derow y Robert Parker, *Herodotus and His World* (2003), 319-336, para el desarrollo de los Estados en el siglo VI a.C.; D. Mertens, en *Bolletino d'arte* (1982), 1-57, para Metaponto; Eric W. Robinson, *The First Democracies* (1997), para las «primeras» rivales, pero no acepto las pruebas que presenta.

## CAPÍTULO 9. LAS GUERRAS MÉDICAS

P. Briant, *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire*, traducción inglesa de Peter T. Daniels (2002), es un gran trabajo de investigación que aporta numerosas interpretaciones nuevas y contundentes; E. J. Bickermann, en *Journal of Biblical Literature* (1945-1946), 249-275, es todo un clásico para Ciro y los judíos; O. Murray, en *Cambridge Ancient History*, volumen IV (1988), 461-490; J. L. Myres, en *Palestine Exploration Quarterly* (1953), 8-22, un estudio brillante, y W. G. Forrest, en *International History Review* (1979), 311-325, otro ensayo importante: todos ellos tratan sobre las revueltas en Asia Menor; A. R. Burn, *Persia and the Greeks: The Defence of the*

*West* (1984, 2.<sup>a</sup> ed.) es excelente para el tema de las guerras; Philip de Souza, *The Greek and Persian Wars, 499–386 BC* (2003), ofrece una sencilla panorámica general; N. G. L. Hammond y J. P. Barron, en *Cambridge Ancient History*, volumen IV (1988), 461-490 y 592-622, son excelentes por los detalles que aportan; D. B. Thompson, en *The Aegean and the Near East: Studies Presented to Hatty Goldman* (1956), 281-291, es todo un clásico para saber más sobre los expolios de los persas en Atenas; E. Hall, *Inventing the Barbarian: Greek Self-Definition through Tragedy* (1989) es una obra válida para la cerámica pintada y el teatro, aunque sólo en Atenas; Margaret C. Miller, *Athens and Persia in the Fifth Century BC* (1997), diserta sobre el impacto que supusieron los persas.

## CAPÍTULO 10. LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE

E. A. Freeman, *A History of Sicily*, volumen II (1891), 49-222, sigue siendo magistral; Georges Vallet, en *Pindare: Huit exposés, Entretiens Fondation Hardt XXXI* (1984), 285-327, es también un excelente estudio, especialmente cuando se refiere a Píndaro como *témoin oculaire* del Etna en erupción, a Píndaro enamorado (de otro hombre) mientras los demás estaban en guerra en Maratón (página 312: «oui, Pindare a aimé ce jeune homme sage et bon, ami des Muses», Trasíbulo de Agrigento) y luego cuando habla de Píndaro enfrentado a una democracia desconcertante (páginas 316-317), junto con el brillante trabajo de W. S. Barrett, en *Journal of Hellenic Studies* (1973), 23-35. Para Píndaro y el más allá, véase Hugh Lloyd-Jones, *ibidem* (1984), 245-283. J. G. Pedley, *Paestum: Greeks and Romans in Southern Italy* (1990) constituye un excelente trabajo sobre una localidad característica; J. J. Coulton, *Greek Architects at*

*Work* (1977), 82-88 y 141-144, para la construcción de templos; M. W. Frederiksen, *Campania* (1984), 85-133, para los griegos establecidos en Italia y *Etruria*; para la Roma arcaica, véanse T. J. Cornell, *Los orígenes de Roma* (Crítica, Barcelona, 1999), capítulos 3-11, aunque por supuesto no estoy de acuerdo con su idea de que la «Roma etrusca» fue un «mito»; Christopher J. Smith, *Early Rome and Latium* (1996), sobre todo para los alrededores de Roma; A. Grandazzi, *The Foundation of Rome: Myth and History* (1997); así como el maravilloso trabajo de Alan Watson, *Rome of the XII Tables: Persons and Property* (1975), junto con el estudio magistral de A. W. Lintott, *The Constitution of the Roman Republic* (1999), 27-146. Para las Doce Tablas en concreto, véase asimismo el excelente trabajo de M. H. Crawford, *Roman Statutes*, volumen II (1996), 555-722.

## CAPÍTULO 11. CONQUISTA E IMPERIO

P. J. Rhodes, *The Athenian Empire* (1985), ofrece un excelente análisis; R. Meiggs, *The Athenian Empire* (1975), es todo un clásico, especialmente los capítulos 11-23 y las páginas 413-589; debo confesar que no creo en la existencia de una «Liga Delia», ni en las actividades superfluas de Arístides, mitificadas en Aristóteles, *Athenaion Politeia* 23.4-5, y que por lo tanto comparto la lúcida visión de A. Giovannini y G. Gottlieb, en *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften: Phil.-Hist. Klasse* (1980), 7-45, que tantos debates suscita actualmente. P. J. Stylianou, *The Age of the Kingdoms* (1989), 428-458, ofrece una buena visión desde el punto de vista de Chipre; W. G. Forrest, en *Classical Quarterly* (1960), 232-241, es todo un clásico, sobre todo para los «dos bandos» existentes en

Atenas. J. K. Davies, *La democracia y la Grecia Clásica* (Taurus, Madrid, 1998), capítulos 4, 5 y 6, es una obra sumamente clarificadora. S. Brenne y P. Siewert, *Ostrakismos-Testimonien* (2002, en imprenta) comprende un gran número de fantásticas *ostraka*, mientras que G. E. M. de Sainte Croix, *Athenian Democratic Origins* (2004), 180-214, desarrolla los orígenes de la institución; M. Ostwald, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of Law* (1986), 28-83, para los cambios constitucionales en Atenas; G. E. M. de Sainte Croix, en *Historia* (1954-1955), 1-40, sigue siendo el mejor trabajo sobre la «naturaleza» del Imperio, tras décadas de debates y controversias; D. M. Lewis, *Selected Papers in Greek and Near Eastern History* (1997), 9-21, para la «primera» guerra; Jeffrey M. Hurwit, *The Athenian Acropolis* (1999), 138-245, para sus transformaciones. E. A. Freeman, *The History of Sicily*, volumen II (1891), 222-429, sigue siendo el manual de referencia indiscutible para Occidente.

## CAPÍTULO 12. UN MUNDO CULTURAL GRIEGO EN PROCESO DE CAMBIO

Deborah Boedeker y Kurt A. Raaflaub (eds.), *Democracy, Empire and the Arts in Fifth Century Athens* (1998); T. B. L. Webster, *Athenian Culture and Society* (1973) sigue siendo recomendable; Martin Robertson, *El arte griego*, volumen I (Alianza, Madrid, 1991), 292-362, y su *The Art of Vase Painting in Classical Athens* (1992), son dos manuales importantísimos sobre la época clásica; James Whitley, *The Archaeology of Ancient Greece* (2001), 269-294, considera, en cambio, que «definir a los “clásicos” es una tarea esquivada». Terence Irwin, *Classical Thought* (1989), es una obra muy accesible, y E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional* (Alianza,

Madrid, 2002), 179-206, así como *The Ancient Concept of Progress* (1973), 1-25, son sin duda todo un clásico, tal vez incluso para J. Whitley. R. Netz, *The Shaping of Deduction in Early Greek Mathematics* (1999), es de gran importancia. Para Heródoto, John Gould, *Herodotus* (1989), junto con el útil estudio de Thomas Harrison, *Divinity and History* (2000), y Rosalind Thomas, *Herodotus in Context* (2000), de la que difiero en diversas cuestiones. R. L. Fowler, en *Journal of Hellenic Studies* (1996), 62-87, está en contra de un Heródoto que fuera el «primero» en el mundo de la historia. W. G. Forrest, in *Phoenix* (1984), 1-11, es muy importante para la política de Heródoto. W. K. Pritchett, *The Liar School of Herodotus* (1993), es determinante, y en las páginas 150-159 trata el tema del grupo de carros en Atenas y la visita de Heródoto, razón por la cual lo sitúo en Atenas, concretando acaso demasiado la fecha, en 438-437, antes de la construcción de los nuevos Propileos (según la datación habitual); los antiguos creían que realizó una visita en 446-445, quizá debido a un mero sincronismo con la Paz de los Treinta Años. Margaret C. Miller, en *American Journal of Archaeology* (1999), 223-254, analiza con brillantez las escenas de travestismo. J. Gould, en *Journal of Hellenic Studies* (1980), 38-55, es un estudio fundamental sobre la mujer ateniense, junto con Roger Just, *Women in Ancient Law and Life* (1989), los ensayos que aparecen en lan McAuslan y Peter Walcot, *Women in Antiquity* (1996) y otros muchos. R. Osborne, en *Past and Present* (1997), 3-33, apunta hacia un cambio en la representación de la mujer, aunque en el marco de los testimonios que han llegado a nuestras manos; tengo mis dudas a la hora de asociarlo a la ley de ciudadanía, sobre la que habla G. E. M. de Sainte Croix, *Athenian Democratic Origins* (2004), 233-253. Para la

escultura, Andreas Scholl, *Die Korenhalle des Erechtheion* (1998), junto con J. B. Connelly, en *American Journal of Archaeology* (1996), 53-80, un trabajo brillante y controvertido, que todavía no ha podido ser refutado por las voces críticas; Stefano d'Ayala Valva, en *Antike Kunst* (1996), 5-13, es muy importante, junto con W. Fuchs, Torsten Mattern (eds.), *Munus...fur Hans Wiegart* (2000) 111-112, donde se identifica a Erictonio en la procesión del friso. A. W. Pickard-Cambridge, *The Dramatic Festivals of Athens* (1988, ed. revisada), 263-278, sigue siendo una obra fundamental para temas como el público; en cuanto a la tragedia y las «ideas políticas», véase S. Goldhill, en Christopher Rowe y Malcolm Schofield (eds.), *Cambridge History of Greek, and Roman Political Thought* (2000), 60-88, para un análisis claro y preciso, pero véase también Jasper Griffin, en *Classical Quarterly* (1998), 39-61. Escribí este capítulo antes de la aparición del artículo de P. J. Rhodes, en *Journal of Hellenic Studies* (2003), 104-119, que tiene una importancia fundamental. Eric Segal (ed.), *Oxford Readings in Aristophanes* (1996), y Malcolm Heath, *Political Comedy in Aristophanes* (1987), incitan a la reflexión; W. G. Forrest, en *Klio* (1970), 107-116, resulta sin duda importante para el contexto de *Knights*; Nan Dunbar, *Aristophanes' Birds* (1994), constituye un brillante análisis.

### CAPÍTULO 13. PERICLES Y ATENAS

Hay una edición de la *Vida de Pericles* de Plutarco realizada por Frank J. Frost (1980); Anthony J. Podlecki, *Perikles and His Circle* (1998) y *An Age of Glory: Athens in the Time of Pericles* (1975); A. W. Gomme, *Historical Commentary on Thucydides*, volúmenes 1 y 2, para excelentes observaciones acerca de Tucídides, 1.140-144, 2.35-46 y

2.60-64. Jeffrey M. Hurwit, *The Acropolis in the Age of Pericles* (2004).

## CAPÍTULO 14. LA GUERRA DEL PELOPONESO

D. M. Lewis, en *Cambridge Ancient History*, volumen V (1992), 370-432, y A. Andrewes, ibídem (1992), 433-498, son actualmente los mejores estudios; V. D. Hanson, *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la denominación occidental* (Turner, Madrid, 2004) es entretenido y controvertido; H. van Wees, *Greek Warfare: Myths and Realities* (2004), especialmente a partir del capítulo 12. Para Tucídides, G. E. M. de Sainte Croix, *Origins of the Peloponnesian War* (1972), 5-34, es todo un clásico, como todo el libro en general; Tim Rood, *Thucydides: Narrative and Explanation* (1998), es importante; A. Andrewes y K. J. Dover, *Commentary on Thucydides*, volúmenes IV y V (1981), es también una obra fundamental, aunque no estoy de acuerdo en lo referente a Tucídides 8.97.2. El último trabajo de investigación que se ha llevado a cabo es S. Hornblower, *A Commentary on Thucydides* (1991-1996, por ahora). Para la brutalidad de los espartanos, véase Sherry Lee Bassett, en *Ancient History Bulletin* (2001), 1-13; compárese con S. Hornblower, en Hans van Wees, *War and Violence in Ancient Greece* (2000), 57-82, en lo concerniente a sus bastones, y con Clifford Hindley, en *Classical Quarterly* (1994), 347-366, en lo concerniente a su vida sexual. Una visión memorable sobre el impacto que tuvo la guerra la ofrece Gilbert Murray, en *Journal of Hellenic Studies* (1944), 1-9; otra más basada en los hechos la encontramos en Barry Strauss, *Athens after the Peloponnesian War: Class, Faction and Policy, 403-386 BC* (1987).

## CAPÍTULO 15. SÓCRATES

C. C. W. Taylor, *Sócrates* (1998), es una excelente guía breve; Gregory Vlastos, *Sócrates* (1991), es un estudio más completo y minucioso; R. C. T. Parker, *Athenian Religion: A History* (1996), 152-218, es muy importante, junto con E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional* (Alianza, Madrid, 2002) 179-206, todo un clásico. W. G. Forrest, en *Yale Classical Studies* (1975), 37-52, sigue siendo el sobresaliente estudio del «abismo generacional», aunque fuera compuesto en 1968 y se deje notar en él esta influencia; M. Ostwald, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of Law* (1986), 537-550, elabora un interesante análisis de los individuos de la época. Paula Gottlieb, en *Classical Quarterly* (1992), 278-279, es relevante para la ironía; Thomas C. Brickhouse y Nicholas D. Smith, *The Trial and Execution of Socrates* (2002), recoge diversas fuentes y debates, incluido el punzante estudio de I. F. Stone, *Juicio de Sócrates* (Mondadori, Barcelona, 1998); James A. Coliasco, *Socrates against the Athenians* (2001), y Malcolm Schofield, en T. P. Wiseman (ed.), *Classics in Progress* (2002), 263-284, para Sócrates y otros. Paul Zanker, *The Mask of Socrates* (1995, traducción inglesa), es un excelente estudio sobre los retratos elaborados más recientemente.

## CAPÍTULO 16. LA LUCHA POR LA LIBERTAD Y LA JUSTICIA

S. Hornblower, *The Greek World, 479-323 BC* (2002, 3.<sup>a</sup> ed.), 210-260, es una excelente guía que nos lleva por los acontecimientos más complejos; J. K. Davies, *La democracia y la Grecia clásica* (Taurus, Madrid, 1998), 134-260, ofrece un análisis interpretativo; N. G. L. Hammond, *A History of Greece to 322 BC* (1967), 466-520, especialmente las páginas

663-665, para las cifras militares de los principales estados; P. Carlier, *Le IV<sup>ème</sup> siècle avant J. C.: Approches historiographiques* (1996). J. Roy, en Roger Brock y Stephen Hodkinson (eds.), *Alternatives to Athens* (2000), 308-326, es importante para Arcadia, junto con Frank W. Walbank, *Selected Papers* (1985), capítulos 1 y 2, para la nacionalidad griega y el «federalismo» griego; Alexander Fuks, *Social Conflict in Ancient Greece* (1984), junto con A. W. Lintott, *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City* (1982), capítulos 6 y 7; M. N. Tod, *International Arbitration among the Greeks* (1913) sigue siendo de gran utilidad.

## CAPÍTULO 17. LAS MUJERES Y LOS NIÑOS

Jenifer Neils y John H. Oakley, *Coming of Age in Ancient Greece: Images of Childhood from the Classical Past* (2003), cuenta con excelentes ilustraciones; Mark Golden, *Children and Childhood in Classical Athens* (1990); Mark Golden, en *Greece and Rome* (1988), 152-162, analiza el tema de la preocupación de los antiguos por la muerte de los niños. Para el aborto, K. Kapparis, *Abortion in the Ancient World* (2002), D. Ogden, *Greek Bastardy* (1996); J. M. Hannick, «Droit de cité et manages mixtes», en *L'Antiquité classique* (1976), 133-148; Mary R. Lefkowitz y Maureen A. Fant, *Women's Life in Greece and Rome: A Sourcebook* (1992); Ellen D. Reeder, *Pandora: Women in Classical Greece* (1995); Helen King, *Hippocrates' Woman: Reading the Female Body in Ancient Greece* (1998), es excelente en su análisis de las fantasías médicas; James Davidson, *Courtesans and Fishcalces* (1998), 73-212, para la prostitución y el sexo; Sian Lewis, *The Athenian Woman* (2002), es muy bueno para la iconografía; Pierre Brulé, *Women of Ancient Greece* (2003, traducción inglesa), es un estudio lleno de reflexiones; Debra

Hamel, *Trying Neaira* (2003), es una obra excelente y clarificadora. Para la educación, H. I. Marrou, *Histoire de L'éducation dans L'antiquité* (1965, ed. revisada), es todo un clásico. Matthew Dillon, *Girls and Women in Classical Greek Religion* (2002), junto con el excelente estudio de R. G. Osborne, en *Classical Quarterly* (1993), 392-405. Para la familia del rey Filipo, véase Kate Mortensen, en *Ancient History Bulletin* (1992), 156-171.

## CAPÍTULO 18. FILIPO DE MACEDONIA

Los testimonios para Filipo y sus predecesores están maravillosamente presentados en N. G. L. Hammond y G. T. Griffith, *A History of Macedonia*, volumen II (1979), 113-722, con una explicación exhaustiva. Hay otras biografías más breves, como, por ejemplo, G. L. Cawkwell, *Philip of Macedon* (1978), y el notable estudio de N. G. L. Hammond, *Philip of Macedon* (1994), un encomio; para el griego macedonio, M. B. Hatzopoulos, en *Atti XI Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina*, volumen I (1999), 257-273, y *Supplementum Epigraphicum Graecum XLIX* (1999), números 656-657; Rene Ginouvés, *Macedonia from Philip II to the Roman Conquest* (1993), permite que nos hagamos una buena idea de los hallazgos realizados en Macedonia hasta esa fecha; M. B. Hatzopoulos y Louisa D. Loukopoulos (eds.), *Philip of Macedon* (1981), incluye excelentes ensayos por G. T. Griffith sobre Filipo como general, y por M. Andronicos (máxima autoridad en la materia) sobre las Tumbas Reales de Aigai; M. Andronicos, *Vergina: The Royal Tombs and the Ancient City* (1989) y *Vergina II: The Tomb of Persephone* (1994), son sorprendentemente reveladores, junto con A. N. J. W. Prag, J. H. Musgrave y R. A. H. Neave, en *Journal of Hellenic*

*Studies* (1984), 60-78; los intentos por atribuir la Tumba II a Filipo III siguen estando basados en fundamentos poco convincentes y se ocultan cada vez más tras las pruebas que se descubren en estos yacimientos; O. Palagia, en E. J. Baynham y A. B. Bosworth, *Alejandro Magno* (Alianza, Madrid, 2001), 189-200, es un ejemplo reciente.

## CAPÍTULO 19. LOS DOS FILÓSOFOS

La bibliografía es muy numerosa aquí: dos excelentes introducciones breves son R. M. Haré, *Platon* (Akal, Madrid, 2005), y Jonathan Barnes, *Aristotle* (1982); Bernard Williams, *Plato: The Invention of Philosophy* (1998), es una obra muy clara; Julia Annas, *An Introduction to Plato's Republic* (1981), T. H. Irwin, *Plato's Ethics* (1995), y R. B. Rutherford, *The Art of Plato* (1995), forman una buena trilogía, para temas accesibles; Gail Fine (ed.), *Plato 1 and 2* (1999), ofrece una excelente selección de estudios, con una óptima introducción y bibliografía; R. Kraut (ed.), *The Cambridge Companion to Plato* (1992), es también un excelente trabajo; David Sedley, en T. Calvo y L. Brisson (eds.), *Interpreting the Timaeus and Critias* (1997), 327-339, para la « semejanza con Dios », junto con el maravilloso estudio de A. J. Festugière, *La Révélation de L'Hermès Trismégiste*, volúmenes I-IV (1949-1954), todo un clásico en la materia. P. A. Brunt, *Studies in Greek History and Thought* (1993), 242-344, es una obra magistral en lo referente a las leyes, las cartas y los discípulos de Platón. Julia Annas y Robin Waterfield (eds.), *Plato's Statesman* (1995); M. M. Markle, en *Journal of Hellenic Studies* (1976), 80-99, para Espeusipo. En cuanto a Aristóteles, W. D. Ross, *Aristotle* (1923), resulta más fácil que J. L. Ackrill, *Aristotle the Philosopher* (1981), una obra excelente; J. O. Urmson,

*Aristoteles Ethics* (1988), es bastante claro; Jonathan Barnes (ed.), *The Cambridge Companion to Aristotle* (1995); para las mujeres, Robert Mayhew, *The Female in Aristotle's Biology* (2004), ofrece nuevos y excelentes planteamientos en no demasiadas páginas; para la democracia, A. W. Lintott, en *Classical Quarterly* (1992), 114-128, es un óptimo trabajo.

## CAPÍTULO 20. LOS ATENIENSES EN EL SIGLO IV

A. H. M. Jones, *Athenian Democracy* (1957), capítulos 1-2, sigue siendo un buen punto de partida. Para la esclavitud, G. E. M. de Sainte Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (1981), 112-204; para la religión, R. C. T. Parker, *Athenian Religion: A History* (1996), 218-255; para la ciudadanía, D. Ogden, *Greek Bastardy* (1996), 166-188; para Apolodoro, R. J. Bonner, *Lawyers and Litigants in Ancient Athens* (1927), y J. Trevett, *Apollodorus Son of Pasion* (1992); para Esquines, R. J. Lane Fox, en S. Hornblower y R. G. Osborne (eds.), *Ritual, Finance and Politics* (1994), 135-155; para la afición a la bebida, James Davidson, *Courtesans and Fishcakes* (1998), 36-73; para las peleas de gallos, Nan Dunbar, *Aristophanes' Birds* (1995), 158; para las Tanagras, el excelente catálogo del Louvre, «Tanagras» (2003); para el arte, Martin Robertson, *El arte griego*, volumen I (Alianza, Madrid, 1991); para el teatro, Pat Easterling, en A. H. Sommerstein, S. Halliwell et al. (eds.), *Tragedy, Comedy and the Polis* (1993), 559-569, y Gregory W. Dobrov (ed.), *Beyond Aristophanes* (1995), especialmente las páginas 1-46; para Menandro, T. B. L. Webster, *An Introduction to Menander* (1990); para la forma de legislar, P. J. Rhodes, en *Classical Quarterly* (1985), 55-60; también P. J. Rhodes, en *Journal of Hellenic Studies* (1986), 132-144, y M. M. Markle

III, en *Ancient Society* (1990), 149-166, para la participación; para los impuestos, P. J. Rhodes, en *American Journal of Ancient History* (1982), I; para la ostentación, D. M. MacDowell (ed.), *Demosthenes against Meidias* (1990); para las minas de plata, R. J. Hopper, en *Annual of British School in Athens* (1968), 293-326; Paul Millett, *Lending and Borrowing in Ancient Athens* (1991), aunque no comparto la idea de Finley de Sainte Croix que considera los préstamos marítimos una forma de «seguro»; R. G. Osborne, en *Chiron* (1988), 279-323, es importante para el arrendamiento, así como John Rich y Andrew Wallace-Hadrill, *City and Country in the Ancient World* (1991), 119-146, para la economía decididamente de no-subsistencia de los individuos acaudalados del Ática; Jack Cargill, *The Second Athenian League* (1981), presenta un enfoque inglés; para los sicofantes, D. Harvey, en P. Cartledge et al. (eds.), *Nomos* (1990), 103-122; para la cuestión de las viejas enemistades, P. J. Rhodes, en P. Cartledge et al. (eds.), *Kosmos* (1998), 144-167. Walter Eder (ed.), *Athenische Demokratie im 4. Jahrhundert v. Chr...* (1995), contiene varios trabajos buenos; para la armada, G. L. Cawkwell, en *Classical Quarterly* (1984), 334-345, es muy importante. Para Demóstenes, A. W. Pickard-Cambridge, *Demosthenes* (1914), sigue siendo la mejor «vida» en lengua inglesa; J. C. Trevett, en *Historia* (1999), 184-202, es muy importante para su política exterior.

## CAPÍTULO 21. ALEJANDRO MAGNO

Ulrich Wilcken, *Alexander the Great* (1932), es el mejor estudio resumido; R. Lane Fox, *Alexander the Great* (1973), y A. B. Bosworth, *Conquest and Empire* (1988), son de carácter biográfico y temático, respectivamente; la

exhaustiva obra de A. B. Bosworth, *Historical Commentary on Arrian's History of Alexander* (1980-) es fundamental; P. A. Brunt, *Arrian*, volúmenes I-II (1976-1983; Loeb Library), es una traducción con excelentes anotaciones y estudios, una obra imprescindible; J. R. Hamilton, *Plutarch, Alexander: A Commentary* (1969), es una guía para los problemas que pueden surgir en la mejor «vida» sucinta de Alejandro; J. E. Atkinson, *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni* (1980-), es una obra notable. J. Roisman (ed.), *Brill's Companion to Alexander the Great* (2003), es una buena colección reciente de artículos. Otras aportaciones recientes de importancia, que incitan a la reflexión y suscitan controversias, son Georges Le Rider, *Alexander le grand: Monnaies, finance et politique* (2003), Pierre Briant, *Histoire de l'empire perse* (1996), 713-892, y P. M. Eraser, *Cities of Alexander the Great* (1996), una obra maestra en cuanto a su información académica, pero por lo que se refiere a su tema principal, compárese con N. G. L. Hammond, en *Greek, Roman and Byzantine Studies* (1998), 243-269, para numerosas cosas que omite, no siempre acertadamente.

## CAPÍTULO 22. LOS PRIMEROS SUCESORES DE ALEJANDRO

La mejor presentación sigue siendo la de Edouard Will, *Histoire politique du monde hellénistique*, volumen I (1979, 2.<sup>a</sup> ed.), 1-120; F. Schachermeyr, *Alexander in Babylon* (1970), hace una profunda reflexión; entre las biografías de los Diádocos cabe señalar, R. Billows, *Antigonus the One-Eyed and the Hellenistic State* (1997), John D. Grainger, *Seleukos Nikator* (1990), y especialmente Helen Lund, *Lysimachus* (1992); Pierre Briant, *Rois, tribus et paysans* (1982), 13-94,

para Éumenes; A. B. Bosworth, *The Legacy of Alexander* (2002), es una óptima colección; A. B. Bosworth y E. J. Baynham, *Alexander the Great in Fact and Fiction* (2000), 207-241, invita a la reflexión sobre el llamado «testamento» de Alejandro; E. Badián, en *Harvard Studies in Classical Philology* (1967), 183-204, para los «planes»; y W. Will y J. Heinrichs (eds.), *Zu Alexander dem Grossen: Festschrift Gerhard Wirth*, volumen I (1987), 605-625, para su «anillo»; Elizabeth d. Carney, *Women and Monarchy in Macedonia* (2000); Daniel Ogden, *Polygamy, Prostitutes and Death* (1999), y Jim Roy, en Lin Foxhall y John Salmón (eds.), *When Men Were Men* (1998), 111-135, con distintos puntos de vista acerca de la poligamia. E. J. Bickerman, *Religions and Politics in the Hellenistic and Roman Periods* (1985), 489-522, es todo un clásico, sobre todo para los Seléucidas y los Aqueménidas.

## CAPÍTULO 23. LA VIDA EN LAS GRANDES CIUDADES

P. M. Eraser, *Ptolemaie Alexandria*, volúmenes 1-3 (1972), es la obra fundamental; Christian Jacob y Francois de Polignac, *Alexandria: The Third Century BC* (2000, traducción inglesa), no es tan significativa; J.Y. Empereur, *Alexandria Rediscovered* (1998) y *Alexandria: Past, Present and Future* (2002), incluyen descubrimientos muy recientes, al igual que otro proyecto distinto, el de Franck Goddio, *Alexandria: The Submerged Royal Quarters* (1998) y *Alexandria: The Submerged Canopie Region* (2004); Judith McKenzie, en *Journal of Roman Archaeology* (2003), 35-63, es un excelente trabajo de investigación de los testimonios existentes; P. Leriche, en J.L. Huot, *La Ville neuve: Une idee de Vantiquité* (1994), 109-125, es un estudio importante;

Gunther Holbl, *A History of the Ptolemaic Empire* (2001), hace de la familia real un tema accesible en inglés. Paul Bernard, Olivier Guillaume, Henri Paul Francfort, Pierre Leriche y otros ofrecen diversos aspectos de las excavaciones, lamentablemente interrumpidas, de Ai Khanum, en Afganistán, en *Fouilles d'Ai Khanum* (desde 1973 en adelante); E. E. Rice, *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus* (1983); O. Murray, «Hellenistic Royal Symposia», en P. Bilde (ed.), *Aspects of Hellenistic Kingship* (1996), 15-27, es importante; G. E. R. Lloyd, *Greek Science after Aristotle* (1973), sigue siendo una obra general interesante; H. von Staden, *Herophilus: The Art of Medicine in Early Alexandria* (1989), da un gran paso adelante, así como V. Nutton, *Ancient Medicine* (2004), para Erasístrato; Lionel Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo* (Bellaterra, Barcelona, 2003), es una obra sucinta y clarificadora. G. O. Hutchinson, *Hellenistic Poetry* (1988), es un estudio perspicaz y relevante; R. L. Hunter y M. Fantuzzi, *Tradition and Innovation in Hellenistic Poetry* (2004), es un buen punto de partida. Las colecciones de Paul Cartledge, P. Garnsey y E. Gruen (eds.), *Hellenistic Constructs...* (1997), y Peter Green (ed.), *Hellenistic History and Culture* (1993), nos muestran los temas más interesantes que tocan actualmente las publicaciones inglesas. W. W. Tarn, junto con G. T. Griffith, *Hellenistic Civilization* (1952, 3.<sup>a</sup> ed.), sigue siendo una obra única de apasionante lectura.

## CAPÍTULO 24. IMPUESTOS Y TECNOLOGÍAS

C. Préaux, *L'Économie Royale des Lagides* (1939), sigue siendo el estudio básico, junto con el nuevo estudio de J. Bingen, *Le Papyrus Revenu Laws: Tradition grecque et adaptation hellénistique* (1978); J. G. Manning, *Land and*

*Power in Ptolemaic Egypt* (2003), utiliza perfectamente testimonios no griegos; Georges Le Rider, *Alexandre Le Grand: Monnaie, finances et politique* (2003), 214-265; D. J. Thompson, en P. A. Cartledge, P. Garnsey y E. Gruen (eds.), *Hellenistic Constructs...* (1997), 242-257, es un trabajo de investigación notable. Para la tecnología, una visión minimalista la encontramos en M. I. Finley, en *Economic History Review* (1965), 29-45, atacada con bastante energía por Kevin Greene, en *Economic History Review* (2000), 29-59, aunque no siempre convincentemente; su bibliografía es utilísima. O. Wikander, *Exploitation of Water-power or Technological Stagnation?* (1984), es importante; al igual que Michael J. T. Lewis, *Millstone and Hammer: The Origins of Water Power* (1997), 20-58, para los textos alejandrinos; Andrew Wilson en *Journal of Roman Studies* (2002), 1-32, otro enérgico revisionista de las opiniones de Finley; Paul Millett, seguidor de Finley, niega el «crecimiento» en D. J. Mattingly y J. Salmon (eds.), *Economies Beyond Agriculture in the Classical World* (2000), 17-48; R. B. Hitchner, «The Advantages of Wealth and Luxury», en J. Manning e I. Morris (eds.). *The Ancient Economy: Evidence and Models* (2002), intenta reconfirmarlo: K. D. White, *Greek and Roman Technology* (1984), sigue siendo un valioso estudio; Sir Desmond Lee, en *Greece and Rome* (1973), 65-77 y 180-192, es bueno para el mundo antiguo «no-industrial». P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria I* (1972), 132-188, para el comercio de Alejandría, y 425-434 (ciencias aplicadas, pero no los «juguetes», por desgracia: 426).

## CAPÍTULO 25. EL NUEVO MUNDO

L. Robert, «De Delphes à l'Oxus», en *Comptes-Rendus*

de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres (1968), 416-457, es todo un «clásico»; Barry W. Cunliffe, *The Extraordinary Voyage of Pytheas the Greek* (2002) constituye un relato de fácil lectura, pero llega a la conclusión, contrariamente a lo que yo opino, de que Piteas llegó a Islandia; I. Pimouguet-Pédarres y F. Delrieux, *L'Anatolie, la Syrie, l'Égypte...* (2003) reúne una serie de artículos excelentes, con comentario y bibliografía, que he tenido en cuenta; Claire Préaux, *Le Monde hellénistique: La Grèce et l'Orient*, volúmenes 1-2 (1978), constituye un notable panorama general, con una valiosísima bibliografía; E. J. Bickermann, *The Jews in the Greek Age* (1988) es un clásico, incluso entre las obras del autor. Para la difusión del griego, D. J. Thompson, en A. K. Bowman y G. Woolf (eds.), *Literacy and Power* (1994), 67-83, es muy importante. C. Habicht, *Athens from Alexander to Antony* (1997) aborda por primera vez un tema muy fragmentado, y lo mismo ocurre con su importante obra *Hellenistic Athens and Her Philosophers* (1988, traducción al inglés). E. R. Bevan, *Stoics and Sceptics* (1913) es una obra cuya lectura sigue valiendo la pena, lo mismo que la de A. J. Festugière, *Epicurus and His Gods* (1969, traducción inglesa); A. A. Long, *La filosofía helenística* (Revista de Occidente, Madrid, 1977); W. Capelle, «Der Garten des Theophrast», en Wolfgang Müller (ed.), *Festschrift für Félix Zucker* (1954), 47-82, es más favorable que J. E. Raven, *Plants and Plant Lore in Ancient Greece* (2000); para Zenón, Claude Orrieux, *Les Papyrus de Zénon...* (1983) and Zénon de Caunos, *Parepidemos* (1985) son unos estudios excelentes, junto con X. Durand, *Des grecs en Palestine au III siècle: Le dossier syrien de Zénon de Caunos* (1997). Para un gran geógrafo, P. M. Fraser, «Eratosthenes of Cyrene», en *Proceedings of the British Academy* (1970), 176-207; para la etnografía,

Albrecht Dihle, «Zur hellenistischen Ethnographie», en *Grecs et Barbares, Entrétiens Fondation Hardt VIII* (1965), 205-239, es una obra excelente; lo mismo sucede con A. Momigliano, *La sabiduría de los bárbaros* (FCE, 1999). Para Hecateo, O. Murray, en *Journal of Egyptian Studies* (1970), 141, and J. Dillery, en *Historia* (1998), 255-275. Para la India, Pascal Charvet y Fabrizia Baldissera, *Arrien: Le voyage en Inde d'Alexandre le Grand* (2002) contiene una bibliografía excelente; K. Karttunen, *India in Early Greek Literature* (1989); W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India* (1951, 2.<sup>a</sup> ed.) es una lectura interesantísima cuyo ingenio merece y exige toda una vida de corrección. P. Brulé, «Enquête démographique sur la famille grecque antique», en *Revue des Etudes Anciennes* (1990), 233-258, responde a una reflexión muy cuidadosa; siguiendo otras líneas, R. van Bremen, en Andrew Erskine (ed.), *A Companion to the Hellenistic World* (2003), 313-330, forma parte de una colección excelente.

## CAPÍTULO 26. LA EXPANSIÓN DE ROMA

T. J. Cornell, *Los orígenes de Roma* (Crítica, Barcelona, 1999), capítulos 7-15, adopta una línea prudentemente positiva ante los testimonios existentes; Andrew Erskine, *Troy between Greece and Rome* (2001) es una obra muy bien escrita; A. W. Lintott, *The Constitution of the Roman Republic* (1999) es una guía excelente en medio de una vastísima jungla; Fergus Millar, *The Roman Republic in Political Thought* (2002) constituye un complemento muy útil; M. W. Frederiksen, *Campania* (1984), cuyos capítulos 8, 9 y 10 son muy importantes a propósito de la expansión de Roma. Kurt A. Raaflaub (ed.), *Social Struggles in Archaic Rome* (1986); para las reformas del ejército, David Potter, en

Harriet I. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic* (2004), 66-88, es muy importante; Ñ. Purcell, en David Braund y Christopher Gill (eds.). *Myth, History and Culture in Republican Rome* (2003), 12-40, sobre los contactos con el exterior; Tim Cornell, ibídem (2003), 73-97, sobre Coriolano; J. H. C. Williams, *Beyond the Rubicon: Romans and Gauls in Republican Italy* (2001), sobre la cuestión de los galos; Hanneke Wilson, *Wine and Words* (2003), 55-73, acerca de las mujeres y el vino N. Purcell, en *Cambridge Ancient History*, volumen VI (1994), 381-403, acerca del sur de Italia, y T. J. Cornell, ibídem, volumen VIII.2 (1989), 351-419; para Tarento, G. C. Brauer Jun., *Taras: Its History and Coinage* (1983), junto con P. Wuilleumier, *Tárente, des origines à la conquête romaine* (1939), todo un clásico, J. Heurgon, *The Rise of Rome to 264 BC* (1973, traducción inglesa) sigue siendo una obra excelente.

## CAPÍTULO 27: LA PAZ DE LOS DIOS

Textos traducidos y análisis de los mismos pueden encontrarse en M. Beard, J. North y S. R. F. Price, *Religions of Rome*, volúmenes 1-2 (1998), que ofrecen una historia accesible y una bibliografía excelente; R. M. Ogilvie, *Los romanos y sus dioses* (Alianza, Madrid, 1995) sigue siendo una obra muy valiosa, y John Scheid, *An Introduction to Roman Religion* (2003, traducción inglesa) es también excelente; Clifford Ando (ed.), *Roman Religion* (2003) contiene una buena selección de artículos importantes; W. Warde Fowler, *The Roman Festivals of the Period of the Republic* (1899) sigue siendo importante; T. P. Wiseman, en Bettina Bergmann y Christine Kondoleon, *The Art of Ancient Spectacle* (1999), 195-204, analiza las fiestas Florales;

T. P. Wiseman, *The Myths of Rome* (2004) ofrece una gran síntesis. Edward Bispham y Christopher Smith (eds.), *Religion in Archaic and Republican Rome and Italy* (2000) incluye algunos artículos sobre Italia al margen de Roma, que o he resumido o he tenido que omitir. J. A. North, *Roman Religion* (2000) es un «Nuevo Repaso» que sigue la pista del tema a lo largo de los siglos, y está provisto además de una buena bibliografía.

## CAPÍTULO 28. LIBERACIÓN EN EL SUR

J. Heurgon, *The Rise of Rome to 284 BC* (1973, traducción inglesa) constituye un panorama general excelente; Pierre Lévêque, *Pyrrhos* (1957) es el punto de partida clásico; Jane Hornblower, *Hieronymus of Cardia* (1981) es una obra excelente sobre un historiador importantísimo, y A. Momigliano, *Ensayos de historiografía antigua y moderna* (FCE, 1993) es un clásico para Timeo; David Asheri, en *Scripta Classica Israelica* (1991), 52-89, sobre los sincronismos de Timeo; J. F. Lazenby, *The First Punic War* (1996) es una historia militar, e Y. Le Bohec, *Histoire militaire des guerres puniques* (2003) otra; Werner Huss, *Karthago* (1995) es fundamental para Cartago.

## CAPÍTULO 29. ANÍBAL Y ROMA

S. Lancel, *Hannibal, 247-152 BC* (1998, traducción inglesa) es el mejor estudio general actualizado; Tim Cornell, Boris Rankov y Philip Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal* (1996) es una selección de artículos muy buena. Las fuentes plantean problemas, reseñados recientemente por Briggs L. Twyman, en *Athenaeum* (1987), 67, y R. T. Ridley, «Livy and the Hannibalic War», en C. Bruun (ed.), *The Roman Middle Republic: Politics, Religion and Historiography* (2000, Acta Instituti Romani

Finlandiae, 23), 13-40; para las monedas, E. S. G. Robinson, en *Numismatic Chronicle* (1964), 37-64. Para la guerra, Philip Sabin, «The Roman Face of Battle», en *Journal of Roman Studies* (2000), 1-17 y una vez más, H. H. Scudder, *The Elephant in the Greco-Roman World* (1974), 146-177. Gregory Daly, *Cannae: The Experience of Battle in the Second Punic War* (2002) ofrece un relato muy vivo. Para los efectos de la guerra sobre Italia, Andrew Erskine, en *Hermes* (1993), 58-62; W. V. Harris, *Rome in Etruria and Umbria* (1971), 131-143, y las tesis totalmente distintas de dos obras magníficas, A. J. Toynbee, *Hannibal's Legacy*, volúmenes I-II (1965) y P. A. Brunt, *Italian Manpower, 225 BC-AD 14* (1987, 2.<sup>a</sup> ed.), 269-288. En este caso, mis opiniones están más cerca de las de T. J. Cornell, «Hannibal's Legacy: The Effects of the Hannibalic War on Italy», en Tim Cornell, Boris Rankov y Philip Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal* (1996), 97-117.

### CAPÍTULO 30. DIPLOMACIA Y DOMINACIÓN

Peter Derow, en Andrew Erskine (ed.), *A Companion to the Hellenistic World* (2003), 51-70, es un excelente panorama general, basado en años de constante estudio; W. V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome* (1979), 68-130 y 200-244; J. S. Richardson, *Hispaniae: Spain and the Developments of Roman Imperialism, 218-82 BC* (1986) y *The Romans in Spain* (1996). Para determinados episodios concretos, P. S. Derow, «Polybius, Rome and the East», en *Journal of Roman Studies* (1979), 1-15; A. Meadows, «Greek and Roman Diplomacy on the Eve of the Second Macedonian War», en *Historia* (1993), 40-60; J. J. Walsh, «Flamininus and the Propaganda of Liberation», en *Historia* (1996), 344-363; F. W. Walbank, «The Causes of the

Third Macedonian War: Recent Views», en *Ancient Macedonia II...* (Tsalónica, Instituto de Estudios Balcánicos, 1977), 81-94; N. Purcell, «On the Sacking of Carthage and Corinth», en D. Innes, H. Hiñe y C. Felling (eds.), *Ethics and Rhetoric: Classical Essays for Donald Russell on His Seventy-fifth Birthday* (1995), 133-148. Para los tratos con los reyes, John T. Ma, *Antiochus III and the Cities of Western Asia Minor* (1999) y E. Badián, en J. Harmatta (ed.), *Proceedings of the VIIth Congress of the International Federation of the Societies of Classical Studies* (1984), 397. Para las motivaciones de los romanos, John Rich, «Fear, Greed and Glory», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World* (1993), 38-68, A Ziolkowski, «Urbs Direpta, or How the Romans Sacked Cities», *ibidem* (1993), 69-91. Para la Grecia del siglo III, Graham Shipley, *El mundo griego después de Alejandro, 323-30 a.C.* (Crítica, Barcelona, 2001); F. W. Walbank, «An Experiment In Greek Union», en *Proceedings of the Classical Association* (1970), 13-27 y su artículo «The Causes of Greek Decline», en *Journal of Hellenic Studies* (1944), 10-20; G. E. M. de Sainte Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (1981), 344-350 y 518-537, junto con John Briscoe, en *Past and Present* (1967), 1-20 y J. J. Walsh, en *Classical Quarterly* (2000), 300-303. Para la «destrucción de la democracia», P. J. Rhodes y D. M. Lewis, *The Decrees of the Greek States* (1997), 542-550.

## CAPÍTULO 31. LUJO Y LIBERTINAJE

Erich S. Gruen, *Culture and National Identity in Republican Rome* (1992) es un excelente repaso general de las relaciones grecorromanas; Jean-Louis Ferrary, *Philhellénisme et impérialisme* (1988) es importantísimo para las relaciones

de poder; Matthew Leigh, *Comedy and the Rise of Rome* (2004), sobre el teatro; E. Baltrusch, *Régimen Morum* (1989) está lleno de detalles; A. G. Clemente, en A. Giardina y A. Schiavone (eds.), *Società romana e produzione schiavistica*, volumen I (1981), 1-12, es el mejor repaso general sucinto de las leyes suntuarias. E. Gabba, *Del buon uso della ricchezza* (1988) es más extenso. Para Catón, A. E. Astin, *Cato the Censor* (1978) es un relato que incluye toda la documentación; Jonathan C. Edmondson, en Bettina Bergmann y Christine Kondoleon, *The Art of Ancient Spectacle* (1999), 77-96, es un libro excelente sobre los espectáculos en Oriente y en Roma durante la década de 160 a.C. Erich S. Gruen, *Heritage and Hellenism* (2002), para los choques culturales en Judea. Para Polibio, P. S. Derow, en T. James Luce, *Ancient Writers: Greece and Rome*, volumen I (1982), 525-540, es una introducción muy perspicaz. F. W. Walbank, *Polybius* (1972) es fundamental, junto con el posterior panorama general del año 2000 y algunos artículos fascinantes en su miscelánea *Polybius, Rome and the Hellenistic World* (2002). Su *Commentary on Polybius* (1957-1979) en tres volúmenes es una obra importantísima en su género escrita por un especialista vivo en Historia de Grecia.

## CAPÍTULO 32. TURBULENCIAS EN EL INTERIOR Y EN EL EXTERIOR

Son muchas las cuestiones comprimidas u omitidas en este capítulo, pero todo el período ha sido tratado de manera excelente en la edición revisada de la *Cambridge Ancient History*, volumen IX (1994), especialmente los capítulos 2-6, páginas 498-563, sobre el derecho público y privado (elemento que ha quedado particularmente comprimido en

mi «relato») y el capítulo 15 (administración del Imperio). Las fuentes han sido recogidas en la valiosísima obra de A. H. J. Greenidge y A. M. Clay, *Sources of Roman History, 133-70 BC* (1986, 2.<sup>a</sup> ed.). Para algunas carreras concretas, A. E. Astin, *Scipio Aemilianus* (1967); David Stockton, *The Gracchi* (1979); T. Carney, *A Biography of C. Marius* (1970, 2.<sup>a</sup> ed.); E. Badián, *Lucius Sulla: The Deadly Reformer, Todd Memorial Lecture* (1970); Arthur Keaveney, *Sulla: The Last Republican* (1982), y J. P. V. D. Balsdon, «Sulla Félix», en *Journal of Roman Studies* (1951), 1-10. Para algunos aspectos concretos, A. N. Sherwin-White, «The Political Ideas of C. Gracchus», en *Journal of Roman Studies* (1982), 18-31, y P. A. Brunt, *The Fall of the Roman Republic* (1988), los capítulos 2-4 revisten una importancia excepcional; asimismo, J. S. Richardson, en *Journal of Roman Studies* (1987), 1-12, sobre la concusión; A. W. Lintott, *Judicial Reform and Land Reform in the Roman Republic* (1992), 10-33, y 44-50; E. Gabba, *Republican Rome, the Army and the Allies* (1976), capítulos 1 y 2. Robert Morstein Kallet-Marx, *Hegemony to Empire* (1995) es un estudio excelente sobre el «imperio» de Roma hasta 62 a.C. M. H. Crawford (ed.), *Roman Statutes* (1996), números 1, 2, 12 y 14, proporciona unos comentarios excelentes sobre cuatro documentos importantísimos.

### CAPÍTULO 33. LOS TRIUNFOS DE POMPEYO

Pat Southern, *Pompey the Great* (2002) es una introducción muy entretenida y popular; Robin Seager, *Pompey the Great* (2003, ed. revisada) es un estudio erudito de las facciones políticas y otros detalles. F. G. B. Millar, *The Crowd in Rome in the Late Republic* (1998), capítulos 2-4, adopta una línea clara y enérgica, aunque mi capítulo no

sigue el énfasis «democrático» que caracteriza al libro, para lo cual véase M. Jehne (ed.), «Demokratie in Rome», en *Historia Einzelschrift*, 96 (1995), que recoge todas las críticas. Para las cuestiones relacionadas con la rivalidad aristocrática, véase el intercambio de puntos de vista de Nathan Rosenstein, Callie Williamson, John North y W. V. Harris, en *Classical Philology* (1990), 255-298. Para Roma, Oriente y Mitridates, A. N. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East* (1984), 149-270. Para Pompeyo y los espectáculos públicos, Richard C. Beacham, *Spectacle Entertainments of Early Imperial Rome* (1999), 49-74.

#### CAPÍTULO 34. EL MUNDO DE CICERÓN

J. P. V. D. Balsdon, «Cicero the Man», en T. A. Dorey (ed.), *Cicero* (1965), 171-214, sigue siendo un estudio notabilísimo; Elizabeth Rawson, *Cicero: A Portrait* (1983, 2.<sup>a</sup> ed.) es un estudio que tiene muchas facetas, mientras que David Stockton, *Cicero: A Political Biography* (1971) es bueno por el terreno que escoge. L. R. Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar* (1968) es excelente, especialmente el capítulo III («Delivering the Vote») y el capítulo V («The Criminal Courts and the Rise of a New Man»). D. R. Shackleton Bailey (ed.), *Cicero's Letters to Atticus*, volumen I (1965), 3-58, es un estudio espléndido de Ático y Cicerón; Miriam T. Griffin, «Philosophical Badinage in Cicero's Letters To His Friends», en J. G. F. Powell (ed.), *Cicero the Philosopher: Twelve Papers* (1995), 325-346, aborda un mundo más vasto. Las ediciones de D. R. Shackleton Bailey, incluidos el texto y la traducción (al inglés) de las *Cartas de Cicerón* recientemente publicadas en la Loeb Library, constituyen una obra maestra reconocida por todos. S. Treggiari, *Roman Social History* (2002), 49-73, constituye

un estudio ejemplar de cómo pueden ser utilizadas para tratar temas de carácter no político; Susan Treggiari, *Roman Marriage* (1991), 127-138, 414-427 y el capítulo 13 («Divorce») nos guía en el tema del matrimonio y Cicerón; Susan Treggiari, *Roman Freedmen during the Late Republic* (1969), 252-264, para los libertos de Cicerón, incluido Tirón; S. Weinstock, en *Journal of Roman Studies* (1961), 209-210, en quien se basa mi concepto de Cicerón y la «religión».

### CAPÍTULO 35. LA ASCENSIÓN DE JULIO CÉSAR

J. P. V. D. Balsdon, *Julius Caesar and Rome* (1967) es una breve introducción excelente; Matthias Gelzer, *Caesar* (1968) es el relato básico perfectamente documentado; Christian Meier, *Caesar* (1995, traducción inglesa) es más abstracto, pero ha sido objeto de una buena reseña de E. Badián en *Gnomon* (1990), 22-39, cuyo breve panorama general en el *Oxford Classical Dictionary* (1996, 3.<sup>a</sup> ed.), 780-782, es muy importante. Kathryn Welch, Antón Powell y Jonathan Barlow (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter* (1998) es muy valioso para el estilo de César y su «propaganda». Para Catón, L. R. Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar* (1968), 119-139. Para los repartos de tierras, P. A. Brunt, *The Fall of the Roman Republic* (1988), 240-288, es todo un clásico; para las deudas y la financiación de los políticos, M. W. Frederiksen, «Caesar, Cicero and the Problem of Debt», en *Journal of Roman Studies* (1966), 128-141, es otro. J. Sabben Clare, *Caesar and Roman Politics, 60-50 BC* (1971), 1-49, ofrece una traducción (al inglés) muy útil de muchos documentos importantes. P. A. Brunt, *Italian Manpower* (1987, 2.<sup>a</sup> ed.), 312-319, analiza las leyes agrarias de César. Para las alocuciones públicas, Andrew J.

E. Bell, «Cicero and the Spectacle of Power», en *Journal of Roman Studies* (1997), 1-22, y el importantísimo estudio de R. Morstein-Marx, *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic* (2004).

## CAPÍTULO 36. EL ESPECTRO DE LA GUERRA CIVIL

T. P. Wiseman, «Caesar, Pompey and Rome, 59-50 BC», en *Cambridge Ancient History*, volumen IX (1994), 368-423, ofrece un relato muy comprensible; P. A. Brunt, *The Fall of the Roman Republic* (1988), capítulo 1 es magistral y el capítulo 6 («Libertas in the Republic») es fundamental para este asunto; David Stockton, «Cicero and the Ager Campanus», en *Transactions of the American Philological Society* (1962), 471-489, es un estudio notable de 57-56 a.C. y muchas más cosas; A. W. Lintott, «P. Clodius Pulcher-Felix Catilina» en *Greece and Rome* (1967), 157-169, y «Cicero and Milo», en *Journal of Roman Studies* (1974), 62-78, ayuda a explicar las figuras de dos líderes «populares», junto con A. W. Lintott, *Violence in Republican Rome* (1999, 2.<sup>a</sup> ed.), especialmente las páginas 67-88. Para las condiciones de vida, P. A. Brunt, «The Roman Mob», en M. I. Finley (ed.), *Studies in Ancient Society* (1974), 74-102, es fundamental, junto con A. Scobie, en *Klio* (1986), 399-443. Emily A. Hemelrijk, *Matrona Docta* (1999) es un buen libro sobre las mujeres cultas al final de la República y durante el Imperio. J. F. Drinkwater, *Roman Gaul* (1983), 5-20, resume brevemente los años pasados por César en la Galia; Elizabeth Rawson, *Roman Culture and Society* (1991), 416-426, es muy interesante sobre los dos Crasos, sénior y júnior; G. R. Stanton, en *Historia* (2003), 67-94, estudia «¿Por qué cruzó César el Rubicón?».

## CAPÍTULO 37. EL DICTADOR FUNESTO

S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 133-345, sigue siendo el estudio más notable, a mi juicio junto con I. Gradel, *Emperor Worship and Roman Religion* (2002), 54-72. Elizabeth Rawson, *Roman Culture and Society* (1991), 169-188 sobre la «monarquía», y páginas 488-507, especialmente, sobre Casio, junto con David Sedley, en *Journal of Roman Studies* (1997), 41-53; Stephen G. Chrissanthos, en *Journal of Roman Studies* (2001), 63-71, sobre el dinero; M. W. Frederiksen, en *Journal of Roman Studies* (1966), 128-141 sobre las deudas, junto con G. E. M. de Sainte Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (1981), 166 y notas 60-63. P. A. Brunt, en *Journal of Roman Studies* (1986), 12-32, sobre el dilema de Cicerón; R. B. Ulrich, en *American Journal of Archaeology* (1993), 49-80, sobre el nuevo Foro; C. Habicht, *Cicero the Politician* (1990), capítulo 6, sobre Cicerón; Z. Yavetz, *Caesar and His Public Image* (1983), 101-106, sobre la legislación de César; Tenney Frank, *An Economic Survey of Ancient Rome*, volumen I (1933), 316-318, sobre las colonias, y páginas 333-342 sobre la financiación, sigue siendo excelente. J. P. V. D. Balsdon, en *Historia* (1958), 80-94, un verdadero clásico sobre los idus de marzo y las motivaciones del asesinato, aunque no sea la última palabra.

## CAPÍTULO 38. LA LIBERACIÓN TRAICIONADA

R. Syme, *La revolución romana* (Taurus, Madrid, 1989) es un clásico, pero soy uno de los que lo encuentran un libro muy difícil de leer. Henriette van der Blom, in *Classica et Mediaevalia* (2003), 287-320, es en estos momentos un estudio excelente y mucho más claro de Cicerón en 44-43 a.C; compárese Elizabeth Rawson, *Cicero* (1975), 260-298.

Se hace nuevo hincapié en la importancia de Sexto Pompeyo, en Antón Powell y Kathryn Welch (eds.), *Sextus Pompeius* (2002); sobre los Libertadores, Elizabeth Rawson, *Roman Culture and Society* (1991), 488-507; Lawrence Keppie, *The Making of the Roman Army* (1984), 112-121, 199-204; S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 346-347 es magistral también en este punto. T. N. Mitchell, *Cicero the Senior Statesman* (1991), capítulo 7, está muy bien documentado; R. Syme, *Sallust* (1964) es un estudio importante.

### CAPÍTULO 39. MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

R. Syme, *La revolución romana* (Taurus, Madrid, 1989), capítulos XII a XXI, todo un clásico, pero reduccionista; Pat Southern, *Mark Antony* (1998) es un inicio sencillo a la figura de Antonio; Ellen Rice, *Cleopatra* (1999), lo mismo. Entre los grandes cambios introducidos desde la aparición del libro de Syme está el conocimiento del «cuarto hombre», en Antón Powell y Kathryn Welch (eds.), *Sextus Pompeius* (2002) y mucha más labor acerca de los monumentos y la publicidad. Paul Zanker, *The Power of Images in the Age of Augustus* (1988), 5-78, un buen estudio, junto con el excelente artículo de K. Scott, en *Memoirs of the American Academy at Rome* (1933), 7-49; el buen panorama general sobre el período 36-28 a.C. de Fergus Millar, en *La Révolution romaine après Ronald Syme, Entrétiens Fondation Hardt XLVI* (1999), 1-38, junto con los demás artículos del volumen, especialmente John Scheid, páginas 39-72, sobre la religión. La aportación de Syme es evaluada de nuevo por H. Galsterer y Z. Yavetz, en Kurt A. Raaflaub y Mark Toher (eds.), *Between Republic and Empire* (1990), 1-41. El matrimonio de Marco Antonio y Cleopatra y la muerte de

ésta también suscitan algunas cuestiones, al margen del libro de Syme: John Whitehorne, *Cleopatras* (1994), especialmente las páginas 186-196, y Duane W. Roller, *The World of Juba II and Kleopatra Selene* (2003), un excelente estudio. Jacob Isager, *Foundation and Destruction of Nicopolis and Northeastern Greece* (2001), sobre una consecuencia; Joyce Reynolds, *Aphrodisias and Rome* (1982), para los importantes documentos de esta ciudad.

#### CAPÍTULO 40. CÓMO SE HACE UN EMPERADOR

W. K. Lacey, *Augustus and the Principate: The Evolution of the System* (1996) es una colección muy útil de estudios; P. A. Brunt, en *La rivoluzione romana*, Biblioteca de Labeo, 6 (1982), 236-244 alcanza su mejor momento al tratar de 27 a.C; D. Stockton, en *Historia* (1965), 18-40, adopta el año 23 a.C. como fecha del juicio que yo sitúo actualmente en 22 a.C; P. A. Brunt y J. M. Moore, *Res Gestae Divi Augusti* (1967) con traducción al inglés y un comentario excelente, especialmente acerca del año 19 a.C; A. H. M. Jones, *Studies in Roman Government and Law* (1960), 1-17 constituye una base muy lúcida, pues muchas de las obras escritas con posterioridad mantienen un diálogo con ella; M. T. Griffin, en Loveday Alexander (ed.), *Images of Empire* (1991), 19-46, pone en entredicho los matices de la faceta «tribunicia» en 23 a.C A. Wallace-Hadrill, en *Journal of Roman Studies* (1982), 32-48, sobre la imagen polifacética del emperador; P. A. Brunt, en *Classical Quarterly* (1984), 423-444, sobre la continuación de las funciones del senado, ya que no de su poder.

#### CAPÍTULO 41. MORAL Y SOCIEDAD

M. Beard, J. North y S. R. F. Price, *Religions of Rome*, volumen I (1998), 114-210, es un excelente repaso general,

que plantea muchos interrogantes, junto con J. Liebeschuetz, *Continuity and Change in Roman Religion* (1979), capítulo 2; P. A. Brunt, *Italian Manpower* (1971), 558-566, es importante; Catherine Edwards, *The Polines of Immorality in Ancient Rome* (1983) refleja muy bien el contexto; S. Treggiari, *Roman Marriage* (1991) es todo un clásico, especialmente las páginas 60-80, 277-298 y 450-461. J. A. Crook, *Law and Life of Rome* (1967), 99-118, especialmente acerca de las variadas implicaciones de los cambios en el matrimonio del tipo «manus»; Beryl Rawson (ed.), *The Family in Ancient Rome* (1986) sigue siendo una colección de artículos excelente en su totalidad, entre otros el de J. A. Crook sobre el (posterior) recelo ante los préstamos efectuados por mujeres (páginas 83-92); Beryl Rawson, *Marriages, Divorce and Children in Ancient Rome* (1991) es también excelente, sobre todo los capítulos 1-5; Jane F. Gardner, *Women in Roman Law and Society* (1995, 2.<sup>a</sup> ed.) es una guía fundamental; Susan Dixon, *Childhood, Class and Kin* (2001) es también relevante. Jasper Griffin, en *Journal of Roman Studies* (1976), 87, y R. G. M. Nisbet, ibídem (1987), 184-190, analiza los poetas y su contexto; Peter Green, *Classical Bearings* (1989), 210-222 es espléndido en lo concerniente al destierro de Ovidio. A. M. Duff, *Freedmen in the Early Roman Empire* (1928), 12-35 y 72-88, y K. R. Bradley, *Slaves and Masters in the Roman Empire* (1984) dilucida muy bien las complejas leyes relacionadas con los esclavos.

## CAPÍTULO 42. LOS ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

D. S. Potter y D. J. Mattingly (eds.), *Life, Death and Entertainment in the Roman Empire* (1998) es una excelente colección de artículos a la que debo mucho. Richard C.

Beacham, *Spectacle Entertainments of Early Imperial Rome* (1999) es excelente, con buena bibliografía. K. M. Coleman, en *Journal of Roman Studies* (1990), 44-73, y (1993), 48-74, son unos estudios excelentes; R. E. Fantham, en *Classical World* (1989), 153-163, sobre los mimos; sobre la pantomima, E. J. Jory, en *Bulletin of the Institute of Classical Studies* (1981), 147-161, y en W. J. Slater (ed.), *Roman Theatre and Society* (1996), 1-28, en una valiosa colección de artículos; C. P. Jones, en W. J. Slater (ed.), *Dining in a Classical Context* (1991), 185-198, sobre el teatro de sobremesa; Garrett G. Fagan, *Bathing in Public in the Roman World* (1999), con textos traducidos (al inglés); J. H. Humphrey, *Roman Circuses: Arenas for Chariot Racing* (1986) es valiosísimo; Eckart Kohne y Cornelia Ewigleben, *Gladiators and Caesars* (2000) es muy entretenido; Adriano La Regina (ed.), *Sangue e arena* (2001) es excepcionalmente bueno; David Potter, en Martin M. Winkler (ed.), *Gladiator: Film and History* (2004) ofrece una descripción excelente de la carrera de los gladiadores; Donald G. Kyle, *Spectacles of Death in the Roman Amphitheatre* (1998), lleno además de teorías explicativas; d.C. Bomgardner, *The Story of the Roman Amphitheater* (2000), una historia social; Keith Hopkins, *Death and Renewal* (1983), capítulo 1; Bettina Bergmann y Christine Kondoleon (eds.), *The Art of Ancient Spectacle* (1999), una excelente colección de artículos; B. M. Levick, en *Journal of Roman Studies* (1983), 97-115, es el estudio clásico de las reacciones oficiales, y Elizabeth Rawson, *Roman Culture and Society* (1991), 508-545 sobre las regulaciones del teatro y la Lex Julia; Kathleen M. Coleman, en Kathleen Lomas y Tim Cornell (eds.), *Bread and Circuses* (2002), 61-88, sobre el emplazamiento de los espectáculos de Augusto.

## CAPÍTULO 43. EL EJÉRCITO ROMANO

J. J. Wilkins (ed.), *Documenting the Roman Army: Essays in Honour of Margaret Roxan* (2003, Bulletin of the Institute of Classical Studies) es una excelente colección de artículos. Especialmente el de W. Eck sobre el papel del emperador en la expedición de «diplomas»; L. R. Keppie, *The Making of the Roman Army* (1984), 132-216, es estupendo al estudiar el paso de la guerra civil a la época augusta; J. B. Campbell, *The Emperor and the Roman Army, 31 BC-AD 235* (1984), 17-242 y 300-316, es fundamental para el papel del emperador y la concesión de privilegios; G. R. Watson, *The Roman Soldier* (1969) es muy entretenido, y P. Connolly, *The Roman Army* (1975) es la obra de un autor interesado en reconstruir las realidades; G. Webster, *The Roman Imperial Army* (1985, 3.<sup>a</sup> ed.); Brian Campbell, *The Roman Army, 31 BC-AD 337* (1994) es una fuente muy buena; Harry Sidebottom, *Ancient Warfare: A Very Short Introduction* (2004) es excepcionalmente bueno, con una bibliografía muy buena. Yo me inclino por los estudios de M. P. Speidel, *Riding for Caesar* (1994) y Ann Hyland, *Equus: The Horse in the Roman World* (1990), especialmente a propósito de las sillas de montar y el aparejo. Jonathan Roth, *The Logistics of the Roman Army* (1999) tiene gran relevancia; T. J. Cornell, en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World* (1993), 139-170, hace un repaso de la expansión militar de Roma a comienzos de la época imperial; J. N. Adams, en *Journal of Roman Studies* (1994), 87-112 e *ibídem* (1999), 109-134, dos fascinantes estudios sobre el latín de los soldados en el norte de África.

## CAPÍTULO 44. LA NUEVA ERA

M. Beard, J. North y S. R. F. Price (eds.), *Religions of*

*Rome*, volumen I (1998), 182-210, sobre los ritos y los templos; d.C. Feeney, *Literature and Religion at Rome* (1998), 28-38; A. D. Nock, *Essays on Religion and the Ancient World*, volumen I (1972), 16-25 y 348-356. Greg Rowe, *Princes and Political Culture* (2003), especialmente páginas 102-124 sobre Pisa y otras ciudades; Beth Severy, *Augustus and the Family at the Birth of the Roman Empire* (2003) es excelente; N. Purcell, en *Proceedings of the Cambridge Philological Society* (1986), 78-105, y M. Boudreau Flory, en *Historia* (1984), 309-330, son importantes para Livia; N. Horsfall, *The Culture of the Roman Plebs* (2003); P. Zanker, *The Power of Images in the Age of Augustus* (1988), 79-297, enormemente ameno; Kurt A. Raaflaub y Mark Toher (eds.), *Between Republic and Empire* (1990), especialmente T. J. Luce, páginas 123-138, B. A. Kellner, páginas 276-307, y K. Raaflaub, páginas 428-454; F. G. B. Millar y E. Segal (eds.), *Caesar Augustus: Seven Aspects* (1984), especialmente Millar, páginas 37-60, y W. Eck, páginas 129-168, en una excelente colección de artículos; A. H. M. Jones, *Criminal Courts of the Roman Republic and Principate* (1972); F. G. B. Millar, *The Emperor in the Roman World* (1977), 363-550, sobre las embajadas y la justicia; A. W. Lintott, *Imperium Romanum* (1993), 115-120.

## CAPÍTULO 45. LOS JULIO-CLAUDIOS

T. P. Wiseman, *Roman Studies: Literary and Historical* (1987) advierte que, estrictamente hablando, nunca hubo una «dinastía» Julio-Claudia, sino la *gens* Julia y la *domus* imperial, de modo que el añadido Claudio supone estrictamente un intrusismo: páginas 96 y 376-377. Las biografías exhaustivas nos ilustran ahora en todos los temas:

Barbara Levick, *Tiberius the Politician* (1999, 2.<sup>a</sup> ed.); G. P. Baker, *Tiberius Caesar Emperor of Rome* (2001, reimpresión) es muy entretenido; A. A. Barrett, *Caligula: The Corruption of Power* (1993); Barbara Levick, *Claudius* (1993); Miriam Griffin, *Nero: The End of a Dynasty* (1984); Edward Champlin, *Nerón* (Turner, Madrid, 2006); Jas Elsner y Jamie Masters (eds.), *Reflections of Nero* (1994), sobre la cultura y el legado que dejó. Para sus residencias, Clemens Krause, *Villa Jovis: Die Residenz des Tiberius auf Capri* (2003) es excelente, junto con A. F. Stewart, en *Journal of Roman Studies* (1977), 76-94; Elisabeth Segala e Ida Sciortino, *Domus Aurea* (1999), sobre la espantosa Casa Dorada de Nerón. Sobre dos de las mujeres de la familia, Nikos Kokkinos, *Antonia, Augusta: Portrait of a Great Roman Lady* (2002), puesta al día con la nueva documentación; Anthony Barrett, *Agrippina* (1996). Greg Rowe, *Princes and Political Culture: The New Tiberian Senatorial Decrees* (2002) analiza los notables nuevos hallazgos de inscripciones. Doreen Innes y Barbara Levick, en *Omnibus II* (1989), 17-19, sobre la pasta de dientes de las emperatrices.

## CAPÍTULO 46. LA ADMINISTRACIÓN DE LAS PROVINCIAS

Barbara Levick, *The Government of the Roman Empire* (2000, 2.<sup>a</sup> ed.) es un comentario espléndido sobre diversos textos importantes traducidos (al inglés); P. A. Brunt, *Roman Imperial Themes* (1990) es en la actualidad el estudio clásico, especialmente los capítulos 4 (con el cual discrepo hasta cierto punto), 6, 8, 10, 11, 12 y 14-18; A. H. M. Jones, *The Roman Economy*, editado por P. A. Brunt (1974), capítulos 1, 2 y 8 son también fundamentales; Andrew

Lintott, *Imperium Romanum* (1993) es una síntesis excelente; S. R. F. Price, *Rituals and Power* (1984), capítulos 3-8, sobre los cultos de los imperios en el Oriente griego. J. A. Crook, *Law and Life of Rome* (1967), los capítulos 2, 3 y 8 siguen siendo valiosos; Stephen Mitchell, *Anatolia: Land, Men and Gods in Asia Minor*, volumen I (1993), constituye un estudio ejemplar de las provincias de Asia Menor; Alan K. Bowman, *Egypt after the Pharaohs* (1986) y Naphtali Lewis, *Life in Egypt under Roman Rule* (1983) son unas introducciones espléndidas a la zona mejor documentada; C. R. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire* (1994) es una serie de estudios de carácter social y económico; F. G. B. Millar, *The Roman Empire and its Neighbours* (1981, 2.<sup>a</sup> ed.) es una buena colección de artículos sobre el mundo más allá de Roma.

#### CAPÍTULO 47. Los EFECTOS DEL IMPERIO

R. MacMullen, *Romanization in the Time of Augustus* (2000) es un panorama general muy bueno de los actos de munificencia; Stephen Mitchell, en *Harvard Studies in Classical Philology* (1987), 333-366, es un estudio muy valioso; P. A. Brunt, *Roman Imperial Themes* (1990), 267-281, y también las páginas 282-287 y 517-531 sobre Judea son fundamentales; *Cambridge Ancient History*, volumen XI (2000, 2.<sup>a</sup> ed.), 444-678, está lleno de material importante; Stephen Mitchell y Marc Waelkens, *Pisidian Antioch: The Site and Its Monuments* (1998) es excelente; para Occidente, T. F. Blagg y Martin Millett, *The Early Roman Empire in the West* (2002), especialmente Jonathan C. Edmondson, páginas 169-173 sobre Conímbriga, y Nicola Mackie, páginas 179-193 sobre los honores «epigráficos» y la conciencia urbana. A. T. Fear, *Rome and Baetica* (1996) es

buenísimo en su tratamiento de las leyes municipales en España, junto con J. González, en *Journal of Roman Studies* (1986), 147-243, y Alan Rodger, ibídem (1991), 74-90, y (1996), 61-73, sobre la reciente ley de Irni. Peter Salway, *Roman Britain* (1981) y M. D. Goodman, *The Ruling Class of Judaea* (1987). Tessa Rajak, *Josephus: The Historian and His Society* (2002, 2.<sup>a</sup> ed.) es un trabajo excelente sobre un historiador que lamento haber omitido por no ser plenamente «clásico». J. N. Adams, en *Journal of Roman Studies* (1995), 86-134 es muy bueno para el latín encontrado en la Muralla de Adriano, todo un consuelo para aquellos habitantes de Gran Bretaña cuyo latín no ha mejorado mucho desde entonces.

## CAPÍTULO 48. EL CRISTIANISMO Y EL IMPERIO ROMANO

E. P. Sanders, *The Historical Figure of Jesus* (1993) es un estudio metodológico excelente; Gerd Theissen y Annette Merz, *The Historical Jesus* (1998, traducción al inglés), 125-280, ofrece un panorama general completo; Paula Frederiksen, *From Jesus to Christ* (1988), el siguiente estadio; G. B. Caird, *The Apostolic Age* (1955) sigue siendo valioso; la «Navidad» ha sido refutada por E. Schuerer, en *A History of the Jewish People*, volumen I (1973, ed. revisada por F. G. B. Millar y G. Vermes), 399-427; R. J. Lane Fox, *The Unauthorized Version* (1991), 27-36, 200-211, 243-251 y 283-310, y *Pagans and Christians* (1986), 265-335; G. E. M. de Sainte Croix, en D. Baker (ed.), *Studies in Church History*, volumen 12 (1975), 1-38, critica enérgicamente las actitudes cristianas ante la propiedad y la esclavitud, y en *Past and Present* (1963), 6-38, ofrece la explicación clásica de la persecución de los cristianos; Wayne A. Meeks, *The First*

*Urban Christians: The Social World of the Apostle Paul* (1983); M. Goodman, *Mission and Conversión* (1994) da mucho que pensar; Henry Chadwick, *The Early Church* (1993, 2.<sup>a</sup> ed.) es la mejor historia en un solo volumen.

## CAPÍTULO 49. CÓMO SOBREVIVIR A CUATRO EMPERADORES

Kenneth Wellesley, *The Year of the Four Emperors* (2000, 3.<sup>a</sup> ed.) es el relato moderno más completo; los primeros capítulos de Barbara Levick, *Vespasian* (1999) son también fundamentales, con una bibliografía exhaustiva; para la ley de Vespasiano, discrepo del importante estudio de P. A. Brunt, en *Journal of Roman Studies* (1977), 95-116; P. A. Brunt, *Papers of the British School at Rome* (1975), 7-35 es el estudio clásico sobre los filósofos y los estoicos.

## CAPÍTULO 50. LA NUEVA DINASTÍA

Barbara Levick, *Vespasian* (1999) constituye la guía fundamental, con todas sus notas y bibliografía; Pat Southern, *Dominan: Tragic Tyrant* (1997) es una guía amena, especialmente para los últimos años de este reinado; asimismo, Brian W. Jones, *The Emperor Dominan* (1992); John D. Grainger, *Nerva and the Roman Succession Crisis of AD 96-99* (2001) analiza también el reinado de Nerva; A. J. Boy le y W. J. Dominik, *Flavian Rome: Culture, Image, Text* (2003) se extiende bastante acerca de las artes y la cultura; R. Darwall-Smith, *Emperors and Architecture: A Study of Flavian Rome* (1996); Paul Zanker, en Alan K. Bowman y Hannah M. Cotton (eds.), *Representations of Empire* (2002), 105-130, un estudio general sobre el palacio de Domiciano en Roma.

## CAPÍTULO 51. Los ÚLTIMOS DÍAS DE POMPEYA

Los lectores de habla inglesa disponen ahora de un libro mucho mejor en Paul Zanker, *Pompeii: Public and Private Life* (1998); Alison E. Cooley y M. G. C. Cooley, *Pompeii: A Sourcebook* (2004) es en la actualidad una obra impagable, junto con Alison E. Cooley, *Pompeii: Guide to the Lost City* (2000). Salvatore Nappo, *Pompeii* (2000) es la mejor guía popular; James L. Franklin, *Pompeii Difficile Est...* (2001) es un estudio epigráfico muy bueno; Antonio D'Ambrosio, *Women and Beauty in Pompeii* (2001) es breve, pero interesante; W. F. Jashemski y Frederick G. Meyer (eds.), *The Natural History of Pompeii* (2002) contiene mucha documentación nueva, lo mismo que Annamaria Ciarallo, *Gardens of Pompeii* (2000); John R. Clarke, *Roman Sex: 100 BC-AD 250* (2003) sitúa el material erótico de Pompeya en un contexto más amplio; Sara Bon y R. Jones, *Sequence and Space in Pompeii* (1997) y T. McGran y P. Carafa (eds.), *Pompeian Brothels: Pompeii's Ancient History...* (2002) son dos buenas colecciones de artículos. Aparte de otras muchas cosas, J. J. Deiss, *Herculaneum: a City Returns to the Sun* (1968) es el principal libro en inglés dedicado exclusivamente a la importante ciudad vecina de Pompeya.

## CAPÍTULO 52. UN HOMBRE NUEVO EN ACCIÓN

A. N. Sherwin-White, *The Letters of Pliny* (1966) es un comentario espléndido; las cartas enviadas desde Bitinia han sido abordadas de nuevo por su discípulo, Wynne Williams, *Pliny: Correspondence with Trajan from Bithynia* (1990); R. Syme, *Roman Papers*, volumen VII (1991), se centra más estrictamente en la prosopografía; Richard Duncan-Jones, *The Economy of the Roman Empire* (1974), 17-32, es buenísimo para las finanzas de Plinio. C. P. Jones, *The Roman World of Dio Chrysostom* (1978) es un buen estudio

de Bitinia a través de otros textos de la época; Christian Marek, *Pontus Et Bithynia* (2003) es un estudio de la zona brillantemente ilustrado; J. P. Sullivan, *Martial: The Unexpected Classic* (1991), junto con D. R. Shackleton Bailey, *Martial: Epigrams*, volúmenes I-III (1993, Loeb Library) es magistral. Samuel Dill, *Roman Society from Nero to Marcus Aurelius* (1905, 2.<sup>a</sup> ed.), 141-286, no ha sido superado todavía por la amplitud de los temas que trata en general.

### CAPÍTULO 53. UN PAGANO Y LOS CRISTIANOS

Muchos de los temas que analizo aquí están implícitos en R. J. Lane Fox, *Pagans and Christians* (1986) y en la valiosa recensión-artículo de P. R. L. Brown, en *Philosophical Books*, 43 (2002), 185-208, junto con su libro *The Body and Society* (1989) y *Poverty and Leadership in the Later Roman Empire* (2002). Para el suicidio, véase M. T. Griffin, en *Greece and Rome* (1986), 64-77 y 192-202; para los jardines, la mejor guía en inglés es Linda Farrar, *Ancient Roman Gardens* (2000), y el legado de la Antigüedad en este terreno queda bien ilustrado en Patrick Bowe, *Gardens of the Roman World* (2004).

### CAPÍTULO 54. CAMBIO DE RÉGIMEN EN ROMA Y EN LAS PROVINCIAS

Julián Bennett, *Trajan* (1997) reúne de forma irreprochable las obras más recientes, lo que me permite remitirme sencillamente a su bibliografía para los asuntos tratados en la presente obra (y fuera de ella); F. A. Lepper y S. S. Frere, *Trajan's Column* (1988) contiene excelentes análisis de la Guerra de Dacia y numerosos temas relacionados con ella, pero debería leerse junto con M. Wilson Jones, en *Journal of Roman Archaeology* (1993), 23-

38 y las importantes revisiones de Amanda Claridge, *ibidem* (1993), 5-22, que atribuye a Adriano un papel primordial en este monumento, tesis que me ha hecho vacilar, sencillamente porque es muy discutible, como demuestra James E. Packer, en *Journal of Roman Archaeology* (1994), 163-182. James E. Packer, *The Forum of Trajan in Rome* (2001, rústica) ofrece una versión abreviada de su obra maestra sobre el asunto; Lionel Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo* (Bellaterra, Barcelona, 2003) sitúa la biblioteca en su contexto. Son muchas las cosas interesantes que contiene Annette Nunnerich-Asmus, *Traian: Ein Kaiser der Superlative am Beginn einer Umbruchzeit?* (2002). Anthony R. Birley, *Hadrian: The Restless Emperor* (1997), 35-77 es muy útil, y en *Journal of Roman Studies* (1990), 115-126, analiza la Guerra de Partia, pero yo me mantengo firme por lo que respecta a la cronología que adopto aquí, señalando que es adoptada también en Birley, *Hadrian*, 71-73.

## CAPÍTULO 55. PRESENTACIÓN DEL PASADO

Andrew Wallace-Hadrill, *Suetonius* (1995, 2.<sup>a</sup> ed.) y R. Syme, *Roman Papers*, volumen III (1984), 1.251-1.275, para la biografía; R. Syme, *Ten Studies in Tacitus* (1970) resulta más asequible que su *Tacitus* (1958), cuya datación de los *Anales* en época de Adriano rechazo; Syme, *Roman Papers*, volumen III, páginas 1.014-1.042, IV (1988), 199-212, y VI (1991), 43-54, demuestran una gran perspicacia; Ronald Mellor, *Tacitas* (1993) y R. Martin, *Tacitas* (1981) son claros y útiles; J. B. Rives, *Tacitus: Germania* (1999) es una traducción (al inglés) de la obra latina; R. M. Ogilvie e I. Richmond (eds.), *Taciti Agrícola* (1967) contiene unas notas y una introducción excelentes; T. D. Barnes, en *Harvard*

*Studies in Classical Philology* (1986), 225-264, capta muy bien la esencia de los Diálogos; M. T. Griffin, en *Scripta Classica Israelica* (1999), 139-158, es excelente para Plinio y Tácito; y también en I. Malkin y Z. W. Rubensohn, *Leaders and Masses in the Roman World* (1995), 33-58, sobre Tácito y Tiberio, y en *Classical Quarterly* (1982), 404-416, para Tácito, la Tabla de Lyon, y su visión provincial.



ROBIN LANE FOX (Eton, 1946) es miembro del New College de Oxford, universidad en la que obtuvo el doctorado en Historia Antigua. Durante más de treinta años ha sido también corresponsal del *Financial Times*. Es conocido en España por su libro *El mundo clásico: la epopeya de Grecia y Roma* (2007). Como parte de la investigación que condujo a la escritura de *Alejandro Magno*, viajó durante años entre Grecia y la India, buscando huellas del conquistador de Asia. Desde su publicación en 1973, *Alejandro Magno* (que ha recibido los Premios Duff Cooper Memorial, James Tait Black Memorial y W.H. Heinemann) se ha convertido en un auténtico libro de referencia.

# Notas

- [1] Aulo Gelio, 19.8.5. <<
- [2] J. M. C. Toynbee, *The Hadrianic School: A Chapter in the History of Greek Art* (1934). <<
- [3] A. Spawforth, S. Walter, en *Journal of Roman Studies* (1985), 78-104, y (1986), 88-105, siguen siendo los principales estudios. <<
- [4] *Corpus Inscriptionum Latinarum* 12.1122. <<
- [5] Josefo, *Guerra de los judíos* 2.385. <<
- [6] *Historia Augusta*, Vida de Adriano 12.6. <<
- [7] Tertuliano, *Apología* 5.7. <<
- [8] William J. Macdonald, John A. Pinto, *Hadrian's Villa and Its Legacy* (1995). <<
- [9] R. Syme, *Fictional History Old and New: Hadrian* (1986, conferencia), 20-21: «La idea de que Adriano era, si acaso, epicúreo puede provocar inquietud o disgusto». Hasta ahora no ha sido así. <<
- [10] Sófocles, *Antígona* 821. <<
- [11] F. D. Harvey, en *Classica et Mediaevalia* (1965), 101-146. <<
- [12] Mary T. Boatwright, *Hadrian and the Cities of the Roman Empire* (2000), un excelente estudio cuya bibliografía es muy importante para el presente libro. <<
- [13] Naphtali Lewis, en *Greek, Roman and Byzantine Studies* (1991), 267-280, con la historia del debate académico en torno a su autenticidad. <<
- [14] G. Daux, en *Bulletin de Correspondance Hellénique* (1970), 609-618, y en *Ancient Macedonia II*, Institute for Balkan Studies n.º 155 (1977), 320-323. <<

- [15] L. Godart, A. Sacconi, en *Comptes rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres* (1998), 889-906, y (2001), 527-546. <<
- [16] S. Mitchel, en *Journal of Roman Studies* (1990), 184-185, con la traducción de las líneas 40 ss. de la inscripción de C. Julio Demóstenes en Enoanda (124 d.C). <<
- [17] Homero, *Ilíada* 6.528 y *Odisea* 17.323. <<
- [18] Homero, *Ilíada* 2.270. <<
- [19] *Ibidem* 16.384-392. <<
- [20] *Ibidem* 18.507-508 <<
- [21] M. H. Hansen, en M. H. Hansen (ed.), *A Comparative Study of Thirty City-state Cultures* (2000), 142-186, en 146. <<
- [22] W. D. Niemeier, en *Aegeum* (1999), 141-155. <<
- [23] J. D. Hawkins, en *Anatolian Studies* (2000), 1-31. <<
- [24] Plutarco, *Cuestiones griegas* 11. <<
- [25] Plinio, *Historia natural* 19.10-11. <<
- [26] S. Amigues, en *Revue Archéologique* (1988), 227. <<
- [27] S. Amigues, en *Journal des Savants* (2004), 191-226, donde pone en entredicho su identificación recientemente reafirmada con la *Cachrys ferulacea*. <<
- [28] Diodoro 13.81.5 y 83.3. <<
- [29] T. J. Dunbabin, *The Western Greeks* (1948), 77 y 365. <<
- [30] P. A. Hansen (ed.), *Carmina Epigraphica Graeca*, vol. I (1983), n.º 400: Robert Parker tuvo la amabilidad de citármelo. <<
- [31] J. Reynolds, en *Journal of Roman Studies* (1978), 113, líneas 2-12, y, para su faceta local, véase el fascinante estudio de A. J. Spawforth y Susan Walker, *ibidem* (1986),

98-101. <<

[32] Hesíodo, *Teogonía* 80-93 y *Los trabajos y los días* 39. <<

[33] Aristóteles, *Política* 1306 al 5-20. <<

[34] Homero, *Ilíada* 3.222. <<

[35] Para esta datación, cf. O. Murray, en *Apoikia: scritti in onore di Giorgio Buchner*, AION n. s. 1 (1994), 47-54. <<

[36] M. Vickers, *Greek Symposia* (Joint Association of Classical Teachers, Londres, sin fecha). <<

[37] L. Foxhall, en Lynette G. Mitchell y P. J. Rhodes (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece* (1997), 130, ofrece unas estimaciones que quizá son excesivamente altas. <<

[38] Jacob Burckhardt, *The Greeks and Greek Civilization*, versión resumida y traducida al inglés por Sheila Stern (1998), 179. Yo me inclino más bien por la postura de Burckhardt, que sigue siendo controvertida. <<

[39] H. W. Pleket, en Peter Garnsey, Keith Hopkins y C. R. Whittaker (eds.), *Trade in the Ancient Economy* (1983), 131-144, el modelo que sigo fundamentalmente a lo largo de todo el libro acerca de esta cuestión tan peliaguda. <<

[40] Homero, *Ilíada* 23.75-76 y 100. <<

[41] *Himno homérico a Apolo*, 189-193. <<

[42] Erich Csapo, *Theories of Mythology* (2005), 165-171. <<

[43] Robert Parker en J. Boardman, J. Griffin y O. Murray (eds.), *The Oxford History of the Classical World* (1986), 266. <<

[44] Homero, *Odisea* 11.241-244. <<

[45] *Ibidem* 11.251 e *Himno homérico a Afrodita*, 286-289, junto con P. Maas, *Kleine Schriften* (1973), 66-67, donde se

da a entender que los dioses sólo hacen el amor con doncellas vírgenes. Pero Leda, la madre de Elena, no lo era.

<<

[46] Estos precios corresponden únicamente al Ática, en M. H. Jameson, en *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, suplemento 14 (1988), 91. <<

[47] Hesíodo, *Teogonía*, 418-452, con el comentario de M. L. West (ed. 1971), 276-291. <<

[48] *Himno homérico a Apolo*, 390 hasta el final, con el notable estudio de W. G. Forrest, en *Bulletin de Correspondance Hellénique* (1956), 33-52. <<

[49] Adrienne Mayor, en *Archaeology*, 28 (1999), 32-40. <<

[50] W. G. Forrest, en *Historia* (1959), 174. <<

[51] Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 225-237. <<

[52] Chester G. Starr, *The Origins of Greek Civilization* (1962), parte III, para la expresión que utilizo aquí. <<

[53] *Antología Palatina* 14.93. <<

[54] Solón F 36 (West). <<

[55] Solón F 4 (West), v. 18. <<

[56] Solón F 36 (West). <<

[57] R. F. Willetts, *The Law Code of Gortyn* (1967), con una posible traducción [al inglés]; A. L. Di Lello-Finuoli, en D. Musti (ed.), *La transizione dal Miceneo all'Arcaísmo... Roma*, 14-19 Marzo, 1988 (1991), 215-230; K. R. Kristensen, en *Classica et Medievalia* (1994), 5-26. <<

[57b] F. Lévy, en P. Brulé y J. Oulken (eds.) *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne: Hommages à Yvon Garlan* (1997), 25-41, resulta fundamental para este tema. <<

[58] Aristóteles, *República de los atenienses* 7.3-4; para las

clases (no numéricas), véase (por su exactitud) G. E. M. de Sainte-Croix, *Athenian Democratic Origins* (2004), 5-72; debo subrayar que las «300» y las «200» medidas atribuidas a los *hippeis* y a los *zeugitai* son sólo una conjetura (*eulogotera*) aristotélica, y que no son históricas. Los *zeugitai*, como, por ejemplo, los *boarii* de los códigos de comienzos de la Edad Media, eran propietarios de una yunta de bueyes; los *hippeis* poseían caballos. Es una pena que las conjeturas de Aristóteles se utilicen con demasiada frecuencia como fuentes «estadísticas» fundamentales para la economía y los sistemas de posesión de la tierra del estado arcaico. <<

[59] Pausanias 6.4.8. <<

[60] Eliano, *Varia Historia* 2.29 <<

[61] J. Reynolds, en *Journal of Roman Studies* (1978), 113, líneas 39-43; Paul Cartledge y Antony Spawforth, *Hellenistic and Roman Sparta* (ed. de 1992), 113. <<

[62] A. Andrewes, *Probouleusis: Sparta's Contribution to the Technique of Government* (1954). <<

[63] Plutarco, *Cuestiones griegas* 4, en G. Grote, *A History of Greece*, vol. II (1888, ed. revisada), 266 y nota 2 para la importancia de este punto en la Cnido de «Laconia». <<

[64] Homero, *Odisea* 17.487; A. Andrewes, en *Classical Quarterly* (1938), 89-91. <<

[65] Terpandro en Plutarco, *Vida de Licurgo* 21.4. <<

[66] Muciano, citado en Plinio, *Historia Natural* 19.12. <<

[67] *Himno homérico a Apolo* 146-155. <<

[68] Heródoto 2.152.4. <<

[69] Safo F 39 (Diehl), con los agudos comentarios (independientemente de los míos) de John Raven, *Plants and Plant Lore in Ancient Greece* (2000), 9. <<

- [70] J. D. P. Bolton, *Aristeas* (1962), brillante estudio, aunque en sus pp. 8-10 se adopta una postura más cautelosa a propósito de Longino, *De lo sublime* 10.4 (su F7, p.208). <<
- [71] Texto del Juramento Hipocrático en el volumen de la Loeb Library, *Hippocrates*, vol. I, traducido [al inglés] por W. H. S. Jones (1933), 298, y en Vivian Nutton, *Hippocratic Morality and Modern Medicine*, en *Entretiens de la Fondation Hardt*, vol. XLIII (1997), 31-63. <<
- [72] Ateneo, *El banquete de los sofistas* 12.541A, Pseudo-Aristóteles, *De Mirabilibus* 96, y el brillante estudio de J. Heurgon, *Scripta Varia* (1986), 299 <<
- [73] Heródoto 1.164.3. <<
- [74] Heródoto 1.152.3. <<
- [75] P. A. Cartledge, *Agesilaos* (1987), 10-11. <<
- [76] Con esta acertada frase lo explica A. Andrewes, *The Greek Tyrants* (1956), capítulo VI. <<
- [77] Heródoto 5.72.2, y P. J. Rhodes, *Ancient Democracy and Modern Ideology* (2003), 112-113 y notas 17 y 19. <<
- [78] Mogens H. Hansen, *The Athenian Democracy in the Age of Demosthenes* (1991), 220. <<
- [79] Heródoto 5.78.1; E. Badián (ed.), *Ancient Society and Institutions: Studies Presented to V. Ehrenberg* (1966), 115. <<
- [80] Heródoto 5.73.3. <<
- [81] Heródoto 1.212-214. <<
- [82] *Ibidem* 1.153.1-2. <<
- [83] Sección 8 del texto DN-b de Naqsh-i-Rustam, según aparece reproducido en P. Briant, *From Cyrus to Alexander*. Traducción [al inglés] de Peter T. Daniels (2002), 212. <<
- [84] J. S. Morrison, J. F. Coates y N. B. Rankov, *The*

- Athenian Trireme* (2000, ed. revisada), 250 y 252. <<
- [85] Heródoto 6.112.3. <<
- [86] V. D. Hanson, *The Western Way of War* (1989), 158 y 175, citado también en Hans van Wees, *Greek Warfare* (2004), 184. <<
- [87] Homero, *Ilíada* 2.872. <<
- [88] Descubierta por M. H. Jameson y publicada con un conciso comentario en R. Meiggs y D. M. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions* (ed. de 1988), n.º 23. <<
- [89] R. Étienne y M. Piérart, en *Bulletin de Correspondance Hellénique* (1975), 51. <<
- [90] Deborah Boedeker y David Seider (eds.), *The New Simonides* (1996). <<
- [91] Angelos P. Matthaiou, en Peter Derow y Robert Parker (eds.), *Herodotus and His World* (2003), 190-202. <<
- [92] Heródoto 8.83. <<
- [93] Píndaro, *Pítica* 1.75. <<
- [94] *Historia Augusta*, Vida de Adriano 13.3. <<
- [95] Pseudo-Platón, *Epístola VII* 326b. <<
- [96] Píndaro, *Olímpica* 5.13-14. <<
- [97] T. J. Dunbabin, *The Western Greeks* (1948), VII. <<
- [98] F. Cordano, *Le tessere pubbliche dal tempio di Atena a Camarina* (1992); O. Murray, en Mogens H. Hansen (ed.), *The Polis as an Urban Centre and as a Political Community: Acts of the Copenhagen Polis Centre*, vol. IV (1997), 493-504. <<
- [99] Michael H. Jameson, David R. Jordán y Roy D. Kotansky, *A Lex Sacra from Selinous* (1993). <<
- [100] Píndaro F106 (Maehler): debo esta observación a P. J.

Wilson. <<

[101] Heródoto 7.164.1. <<

[102] A este respecto, resulta brillante el estudio de A. Giovannini, «Le Sel et la fortune de Rome», en *Athenaeum* (1985), 373-387. <<

[102b] Livio 3.31.8, junto con R. M. Ogilvie, *A Commentary on Livy, Books 1-5* (1965) 449-450, para las variantes y una postura escéptica al respecto. <<

[103] Heródoto 5.92, acerca de la *isokratia*. <<

[104] Píndaro, *Pítica* 7.18-19. <<

[105] Heródoto 8.124.3. <<

[106] Plinio, *Historia natural* 18.144. <<

[107] Tucídides 2.65.2 es muy importante a este respecto; A. G. Geddes, en *Classical Quarterly* (1987), 307-331, para la problemática cuestión del vestido. <<

[108] Tucídides 2.63.2 y 3.37.2. <<

[109] Hipócrates, *Epidemias* 1.1; Jean Pouilloux, *Recherches sur l'histoire et les cultes de Thasos*, vol. 1 (1954), 249-250, es fundamental para la cronología, pero personalmente identifiqué la «nueva muralla» a la que se alude con la nueva muralla construida en Tasos en la década de 460, y situó a Polignoto, y por lo tanto a «Antifonte, hijo de Critobulo», también en la década de 460. Agradezco desde aquí las numerosas conversaciones sobre este controvertido tema mantenidas con el difunto D. M. Lewis, que llegó a la misma conclusión que yo. <<

[110] Heródoto 3.80.3. <<

[111] J. S. Morrison, J. F. Coates y N. B. Rankov, *The Athenian Trireme* (2000), 238. <<

- [112] Ateneo 14.619a, con Walter Scheidel, en *Greece and Rome* (1996), 1. <<
- [113] Pseudo-Demóstenes 59.122. <<
- [114] Pseudo-Jenofonte, *La república de los atenienses* 3.2 y 3.8. <<
- [115] David Harvey y John Wilkins, *The Rivals of Aristophanes* (2000). <<
- [116] Alberto Cesare Cassio, en *Classical Quarterly* (1985), 38-42. <<
- [117] H. L. Hudson-Williams, en *Classical Quarterly* (1951), 68-73, acerca de los «panfletos»; Harvey Yunis (ed.), *Written Texts and the Rise of Literate Culture in Ancient Greece* (2003), con toda la bibliografía. <<
- [118] Tucídides 2.65.9. <<
- [119] Ión en Plutarco, *Vida de Pericles* 5.3. <<
- [120] Platón, *Menexeno*, junto con el poeta cómico Calías F 15 (Kock), para este tipo de chiste. <<
- [121] Plutarco, *Vida de Pericles* 24.9. <<
- [122] *Ibidem* 8.7 <<
- [123] Glenn R. Bugh, *The Horsemen of Athens* (1988), 52-78. <<
- [124] Tucídides 2.41.4. <<
- [125] J. M. Mansfield, «The Robe of Athena and the Panathenaic Peplos» (Tesis Doctoral, Universidad de California, Berkeley, 1985), viene a complementar a D. M. Lewis, *Selected Papers in Greek and Near Eastern History* (1997), 131-132. <<
- [126] Eneas Táctico 31.24. <<
- [127] Tucídides 2.40.2. <<

[128] Plutarco, *Vida de Pericles* 3.5 y 13.5, así como Anthony J. Podlecki, *Pericles and His Circle* (1998), 172, que cita a A. L. Robkin por la opinión que yo también he preferido siempre.

<<

[129] M. H. Jameson, en R. G. Osborne y S. Hornblower (eds.), *Ritual, Finance and Politics* (1994), 307. <<

[130] Tucídides 3.36.6; 5.16.1; 8.73.3; 8.97.2. <<

[131] Jenofonte, *Helénicas* 2.3.39; Tucídides 7.86.5. <<

[132] Tucídides 1.22.3. <<

[133] Tucídides 2.27.1, mientras que Heródoto 6.91.1 habla de un motivo religioso. <<

[134] Diógenes Laercio 2.40; para el sentido de «*theous nomizein*», confieso que prefiero la tesis de J. Tate, en *Classical Review* (1936), 3 y (1937), 3. <<

[135] Jenofonte, *Banquete* 2.10. <<

[136] Aristófanes, *Las Nubes* 1506-1509. <<

[137] Plutarco, *Vida de Pericles* 32.2, así como L. Woodbury, en *Phoenix* (1981), 295, y M. Oswald, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of Law* (1986), 528-531. <<

[138] Jenofonte, *Banquete* 8.2. <<

[139] Plutarco, *Vida de Lisandro* 30.3-5. <<

[140] Diodoro 15.54.3; Jenofonte, *Helénicas* 6.4.7; Plutarco, *Vida de Pelópidas* 20.4-21.1; Plutarco, *Moralia* 856f; Pausanias 9.13.5. <<

[141] K. J. Dover, *Greek Homosexuality* (1978), 190-194. <<

[142] Jenofonte, *Helénicas* 7.5.27. <<

[143] John M. Oakley, en Jenifer Neils y John H. Oakley, *Coming of Age in Ancient Greece: Images of Childhood from the Classical Past* (2003), 174, y catálogo 115, en pp. 162 y 174.

<<

[144] Esquines 3.77-78. <<

[145] D. Ogden, *Greek Bastardy* (1996), 199-203. <<

[146] Platón el Cómico F143 y F188, y James Davidson, *Courtesans and Fishcakes* (1998), 118. <<

[147] L. Llewellyn-Jones, *Aphrodite's Tortoise* (2003), es importante en este sentido, pues cita (p. 62) a Heraclides Crítico 1.18; véase asimismo *Tanagra, mythe et archéologie*, catálogo del Louvre, 15 de septiembre 2003-5 de enero de 2004 (París, 2003), pues es excelente, sobre todo el n.º 101 procedente de Atenas (¿acaso una prostituta cubierta con un velo?). <<

[148] *Supplementum Epigraphicum Graecum*, vol. XV (1958), 384, y J. M. Hannick, en *Antiquité Classique* (1976), 133-148. <<

[149] Justino, *Epitome* 7.5.4-9. <<

[150] Arriano, *Indica* 18.6-7; para la opinión de Aristóteles, véase la tesis presentada por P. A. Brunt, *Studies in Greek History and Thought* (1993), 334-336. <<

[151] E. Voutiras, *Revue des Études Grecques* (1996), 678, y el *Supplementum Epigraphicum Graecum*, vol. XLVI (1996), 776, y vol. XLIX (1999), 759. <<

[152] Arriano, *Anábasis* 1.10.1, y Diodoro 17.16.3, testimonio que acepto, a diferencia de A. B. Bosworth, *Commentary on Arrian's History of Alexander*, vol. I (1980), 97, que atribuye a Arriano un «error». <<

[153] Plutarco, *Vida de Alejandro* 39.2-3. <<

[154] M. W. Dickie, en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 109 (1995), 81-86, y L. Rossi, ibídem, 112 (1996), 59; Posidipo F 44 (ed. Austin-Bastianini). <<

[155] Ps.-Demóstenes 17.15. <<

[156] Plutarco, *Moralia* 179 c-d. <<

[157] Platón, *República* 558c; toda esta sección, a partir de 555b, es de una malicia verdaderamente brillante. <<

[158] Platón, *Leyes* 636b-d4; 836b8-c7; 836d9-e4; 841d4-5; G. E. M. de Sainte-Croix solía insistir en que Platón fue el primer «homóforo griego» del que tenemos constancia, y para ello citaba las *Leyes*, entre otros pasajes 636c5, texto en el que se hace referencia también a las «lesbianas». <<

[159] *Leyes* 907e-910d; para el castigo «correctivo», el mejor estudio es T. J. Saunders, *Plato's Penal Code: Tradition, Controversy and Reform in Greek Penology* (1991). <<

[160] Aristóteles, *Meteorológicos* 1.352a30, F13 (Rose), F25 (Rose); *Metafísica* 1074b1-14. <<

[161] Aristóteles, *Historia de los animales* 523a18, y *Generación de los animales* 736a11-12. <<

[162] Aristóteles, *Política* 1254a20, aludiendo explícitamente a *ta gignomena* como prueba de que existen los esclavos: «la esclavitud natural» no es una mera construcción teórica de su pensamiento. P. A. Brunt, *Studies in Greek History and Thought* (1993), 343-388, es el estudio definitivo sobre este asunto. <<

[163] Aristóteles, *Política* 1260a12. <<

[164] A los textos citados en Brunt, *Studies in Greek History and Thought*, 288-290, que adopta una postura escéptica, podemos añadir a propósito del asesinato de Cotis, Filóstrato, *Vida de Apolonio* 7.2, y del de Clearco, Justino, *Epítome* 16.5.12-13; Filodemo, *Index Academicorum* 6.13 (Dorandi), y el relato ficticio de I. Düring, *Chion of Heraclea* (1951). Memnón 434f 1 (Jacoby) dice que el propio Clearco

había «escuchado a Platón». <<

[165] Aristóteles F 668 (Rose). <<

[166] Aristóteles, *Sobre el cielo* 297a3-8. <<

[167] Duris, en Ateneo 12.542d; Diógenes Laercio 5.75 (las estatuas); William W. Fortenbaugh y Eckart Schütrumpf, *Demetrius of Phaleron*, textos y traducción [al inglés] (2000).

<<

[168] Diógenes Laercio 5.38; C. Habicht, *Athens from Alexander to Antony* (1997), 73; y el excelente estudio que aparece en su *Athen in hellenistischer Zeit: Gesammelte Aufsätze* (1994), 231-247. <<

[169] Jacob Burckhardt, *The Greeks and Greek Civilization*, edición abreviada y traducida [al inglés] por Sheila Stern (1998), 289-290. <<

[170] Pseudo-Demóstenes 50.26. <<

[171] G. E. M. de Sainte Croix, *Origins of the Peloponesian War* (1972), 371-376. <<

[172] S. Lewis, *News and Society in the Greek Polis* (1996), 102-115. <<

[173] D. M. Lewis, *Selected Papers in Greek and Near Eastern History* (1997), 212-229. <<

[174] J. K. Davies, en *Journal of Hellenic Studies* (1967), 33-40.

<<

[175] W. K. Pritchett, *The Greek State at War*, parte V (1991), 473-485, es fundamental para este asunto. <<

[176] No estoy de acuerdo con D. M. McDowell, en *Classical Quarterly* (1986), 438-449 (artículo muy importante), y me inclino más bien (aunque no del todo) por la postura de A. H. M. Jones, *Athenian Democracy* (1957), 28-29. <<

- [177] W. G. Arnott, en *Bulletin of the Institute of Classical Studies* (1959), 78-79. <<
- [178] Teofrasto, *Caracteres* 4.11, 21.5, y R. J. Lane Fox, en *Proceedings of the Cambridge Philological Society* (1996), 147, y notas 210-213. <<
- [179] Teofrasto, *Caracteres* 23.2, junto con Lane Fox, *op. cit.* (en nota 10), 147 y nota 208. <<
- [180] K. Hallof y C. Habicht, en *Mitteilungen des Deutschen Archeologischen Institut (Athenische Abteilung)*, 110 (1995), 273-303; *Supplementum Epigraphicum Graecum*, vol. XLV (1995), 300-306. <<
- [181] Jenofonte, *Los ingresos públicos* 1, 1. <<
- [182] Demóstenes 10.36-45. <<
- [183] Heródoto 6.69.2-3; Plutarco, *Vida de Lisandro* 26.1; Plutarco, *Moralia* 338B. Aristandro (el propio mantis de Alejandro) aparece citado en Orígenes, *Contra Celso* 7.8, una alusión importante que suele pasar inadvertida. <<
- [184] Arriano, *Anábasis* 6.19.4. <<
- [185] Nearco, *Indica* 40.8. <<
- [186] P. J. Rhodes y R. G. Osborne, *Greek Historical Inscriptions 404-323 BC* (2000), 433. <<
- [186b] Duris, en Ateneo, *Deipnosophistae* 4.155C. <<
- [187] Arriano, *Anábasis* 7.26.1. <<
- [188] Abraham J. Sachs y Hermann Hunger, *Astronomical Diaries and Related Texts from Babylonia*, vol. I (1988), 207. <<
- [189] Plutarco, *Obras morales y de costumbres* 180d. Debo lo del «imperio de los mejores» a Guy Rogers, de Wellesley College. <<

- [190] Arriano, *Anábasis* 7.12.4. <<
- [191] Diodoro 18.4.4. <<
- [192] Plutarco, *Vida de Demóstenes* 31.5. <<
- [193] W. W. Tarn, *Antigonus Gonatas* (1913), 18. <<
- [194] Libanio, *Discursos* 49.12; y antes, Herodiano 4.8.9. <<
- [195] E. J. Bickermann, en E. Yarshater (ed.), *The Cambridge History of Iran*, vol. III(i) (1983), 7, ofrece un brillante panorama general. <<
- [196] H. W. Parke, *The Oracles of Apollo in Asia Minor* (1985), 44-55, y L. Robert, en *Bulletin de Correspondance Hellénique* (1984), 167-172. <<
- [197] Teócrito, *Idilios* 14.61. <<
- [198] W. W. Tarn, *Antigonus Gonatas* (1913), 185 y nota 60, con todos los testimonios. <<
- [199] P. Leriche, en *Bulletin d'Études Orientales* (2000), 99-125 <<
- [200] Diodoro 18.70.1. <<
- [201] E. E. Rice, *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus* (1983), con todos los detalles; D. J. Thompson, en León Mooren (ed.), *Politics, Administration and Society... Studia Hellenistica*, 36 (2000), 365-388, especialmente para los problemas de datación. <<
- [202] D. B. Thompson, *Troy: The Terracotta Figurines of the Hellenistic Period* (1963), 46. <<
- [203] J. D. Lerner, en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 142 (2003), 45, con el papiro y la bibliografía completa. <<
- [204] Dorothy Burr Thompson, *Ptolemaic Oinochoai and Portraits in Faience* (1973), 78, es un estudio espléndido. <<

- [205] Teoría controvertida, para la cual puedo citar ahora el estudio exhaustivo de P. F. Mittag, en *Historia* (2003), 162-208. <<
- [206] W. Clarysse, en L. Mooren (ed.), op. cit. (n.º 4), 29-43 acerca de este tipo de visitas. <<
- [207] Maryline Parca, en L. Mooren (ed.), *Le Rôle et le Statut de la femme...*, *Studia Hellenistica* 37 (2002), 283-296, para otros casos de agresividad similares relacionados con mujeres. <<
- [208] M. I. Finley, en *Economic History Review* (1965), 35. <<
- [209] Plutarco, *Vida de Marcelo* 17.5-8. <<
- [210] Séneca, *Cartas* 90.25. <<
- [211] Plinio el Viejo, *Historia natural* 15.57. <<
- [212] P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, vol. I (1972), 150. <<
- [213] Antípatro, en *Antología Griega* (Palatina) 9.418. <<
- [214] G. Raepsaet, en *Annales* 50 (1995), 911-942. <<
- [215] J. B. Connelly, en T. Fahd (ed.), *L'Arabie préislamique et son environnement historique et culturel* (1989), 145-158, especialmente 149-151. <<
- [216] Teofrasto, *Historia de las plantas* 8.4.5. <<
- [217] Piteas F7a, líneas 16-20 (H. J. Mette). <<
- [218] Hipóloco, *Carta*, en Ateneo 4.128c-130d, texto maravilloso que ya Ateneo cita como si fuera muy poco conocido. <<
- [219] Teofrasto, *Historia de las plantas* 5.8.1-3, acerca de «Italia» y «el país de los latinos», texto no considerado del todo por P. M. Fraser, en S. Hornblower (ed.), *Greek Historiography* (1994), 182-185; para Italia, véase 2.8.1, 4.5.6 (*Italia pasa*); 3.17.8 (las islas Lípari), etc., etc. <<

[220] Teofrasto, *Historia de las plantas* 7.11.4. <<

[221] P. M. Fraser, en *Afghan Studies* 3-4 (1982), 53, donde, si no le importa a Fraser, debería restaurarse *Alexandreusin en astois* (expresión a todas luces aceptable en una dedicatoria en verso, no en un decreto político). <<

[222] Diodoro 1.74; P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, vol. I (1972), 502: «Es la voz de los griegos antidemocráticos, tal como habría podido oírse en cualquier momento durante los siglos V y IV a.C». <<

[223] Sospecho que el «Calaneo» del «parapegma» milesio (Diels-Rehm n.º 456A) es en realidad nuestro «Cálano»: texto en Liba Taub, *Ancient Meteorology* (2003), 248. <<

[224] Aristóbulo, en Estrabón 15.1.62, ampliado por Onesícrito, en Estrabón 15.1.30, y luego Diodoro 19.33; discrepo de A. B. Bosworth, *Legacy of Alexander* (2002), 181-184. <<

[225] Edicto 13, en Beni Mahab Barun, *Inscriptions of Asoka* (1990, 2.ª ed.). <<

[226] Heraclides Póntico 840F23 (Jacoby), junto con Fraser, *op. cit.* (nota 5) 186-187. <<

[227] A. Erskine, *Troy between Greece and Rome* (2001), 131-156 <<

[228] J. G. Pedley, Paestum (1990), 120-125; E. Dench, *From Barbarians to New Men* (1995), 64-66; M. W. Frederiksen, *Dialoghi di archeologia* (1968), 3-23. <<

[229] Aristóteles, en Plutarco, *Vida de Camilo* 22.3; T. J. Cornell, *The Beginnings of Rome* (1995), 315-318, para las variantes; N. Horsfall, en *Classical Journal* (1981), 298-311. <<

[230] Diodoro 14.93.4. <<

- [231] Plinio, *Historia Natural* 34.26, junto con Dench, *From Barbarians to New Men*, 62, notas 142-143. <<
- [232] Polibio 3.22; Diodoro 16.69.1, y Livio 7.27.2; Livio 9.43.12; acepto las tres noticias y sitúo el segundo tratado de Polibio en la década de 340; para el debate, Cornell, *Beginnings of Rome*, 210-214. <<
- [233] Duris 76 (Jacoby) F 56. <<
- [234] David Potter, en Harriet I. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to the Roman Republic* (2004), 66-88, constituye un replanteamiento muy importante de estos problemas. <<
- [235] M. H. Crawford, *Roman Statutes*, vol. II (1996), 579-703. <<
- [236] A. W. Lintott, en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, vol. I.ii (1972), 226-267. <<
- [237] Livio 3.26.8. <<
- [238] N. M. Horsfall, en J. N. Bremmer y N. M. Horsfall, *Roman Myth and Mythology* (97), 68. <<
- [239] M. W. Frederiksen, *Campania* (1984), 183-189. <<
- [240] Apiano, *Samnitica* 3.7.2; Casio Dión 9.F39.5-10. <<
- [241] Apiano, *Samnitica* 3.7.1, y a este respecto me sitúo al lado de M. Cary, en *Journal of Philology* (1920), 165-170 frente a P. Wuilleumier, *Tarente* (1939) 87, 95, 102, en un excelente tratamiento del tema. <<
- [242] J. P. V. D. Balsdon, *Romans and Aliens* (1979), 30-58, en 33, con un agudo tratamiento del tema. <<
- [243] Cicerón, *Pro Flacco* 9.14; *Pro Sestio* 141. <<
- [244] Polibio 6.53, junto con Harriet I. Flower, *Ancestor Masks and Aristocratic Power in Roman Culture* (1996). <<
- [245] Virgilio, *Geórgicas* A.11d. <<

- [246] M. W. Frederiksen, *Campania* (1984), 200 n.º 53, acerca del problema en cuestión; Livio 8.9-11; H. W. Versnel, en *Le sacrifice dans l'antiquité*, Entretiens de la Fondation Hardt, vol. XXVII (1981), 135-194. <<
- [247] Polibio 12.41.1; Plutarco, *Cuestiones romanas* 97; Festo 190 L; W. Warde Fowler, *The Roman Festivals* (1899), 241-250. <<
- [248] Ovidio, *Fastos* 5.331; Valerio Máximo 2.10.8, sobre la reacción del joven Catón; Warde Fowler, *The Roman Festivals* 91-95. <<
- [249] Servio, comentando a Virgilio, *Eneida* 9.52. <<
- [250] Plutarco, *Vida de Pirro* 19.6-7, junto con P. Lévêque, *Pyrrhos* (1957), 355 nota 7 y en general 345-356. <<
- [251] Floro 1.13.9, junto con H. H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World* (1973), 110, acerca de las credenciales de la anécdota. <<
- [252] Plutarco, *Vida de Pirro* 21.14. <<
- [253] *Ibidem*, 23.8. <<
- [254] Diodoro 23.1.4. <<
- [255] Hanón de Cartago, *Periplus*, con introducción y notas de Al. Oikonomides y M. C. J. Miller (1995, 3.ª ed.). <<
- [256] Lawrence E. Stager, en H. G. Niemeyer, *Phönizier im Westen* (1982), 155-165; W. Huss, *Geschichte der Karthager* (1985), 532-542; Diodoro 20.14.4-7; Plutarco, *Moralia* 17 Id. <<
- [257] C. Sempronio Tuditano, F5 (Peter), para la leyenda; Diodoro 24.12, para la tortura. <<
- [258] Polibio 3.11, junto con F. W. Walbank, *Commentary*, vol. I (1957). <<

- [259] Livio 21.18.13-14. <<
- [260] V. D. Hanson, «Cannae», en R. Cowley (ed.), *The Experience of War* (1992), junto con Gregory Daly, *Cannae: The Experience of Battle in the Second Punic War* (2002), 156-201. <<
- [261] Polibio 3.78.1. <<
- [262] Ibídem, 3.88.1. <<
- [263] Plinio, *Historia Natural* 3.103, y Justino, *Epítome* 32.4.11. <<
- [264] Livio 22.51. <<
- [265] Livio 21.62.3 y 22.1.8-15. <<
- [266] Michael Koortbojian, en *Journal of Roman Studies* (2002), 33-48. <<
- [267] Livio 27.37, y M. Beard, J. North y S. R. F. Price, *Religions of Rome*, vol. I (1998), 82. <<
- [268] M. W. Frederiksen, *Campania* (1984), 243-250. <<
- [269] Tim Cornell, en Tim Cornell, Boris Rankov y Philip Sabin (eds.), *The Second Punic War: A Reappraisal* (1996), 97-117. <<
- [270] Séneca, *Epístola* 86.4-6. <<
- [271] Suetonio, *Vida de Domiciano* 10. <<
- [272] Polibio 5.104. <<
- [273] Apiano, *Illyrica* 7, P. S. Derow, en *Phoenix* (1973), 118-134, para apreciar su importancia. <<
- [274] R. K. Sherk, *Rome and the Greek East to the Death of Augustus* (1988), n.º 2, con el texto; Polibio 9.39.1-5, para las reacciones que suscitó. <<
- [275] Plutarco, *Vida de Flaminio* 10.6 ss. <<
- [276] E. T. Salmón, *Roman Colonization Under the Republic*

(1969), 95-112. <<

[277] A. Erskine, en *Mediterráneo antiguo: economie, società, culture*, 3.1 (2000), 165-182, es un estudio excelente. <<

[278] P. J. Rhodes y D. M. Lewis, *The Decrees of the Greek States* (1997), 531-549, es actualmente fundamental para estudiar los cambios introducidos en los decretos grabados en inscripciones. <<

[279] Polibio 3.4.12, junto con F. W. Walbank, *Polybius* (1972), 174-181, donde se sostiene, no obstante, que la «época de turbulencias y revoluciones» comenzó alrededor de 152 a.C. <<

[280] Polibio 30.15; para el posterior «cambio a peor» (aunque por otros motivos), Polibio 6.57.5 y 31.25.6. <<

[281] John Briscoe, en *Journal of Roman Studies* (1964), 66-77. <<

[282] Un buen panorama general puede apreciarse en Matthew Leigh, en Oliver Taplin (ed.), *Literature in the Greek and Roman Worlds: A New Perspective* (2000), 288-310. <<

[283] O. Skutsch, *The Annals of Quintus Ennius* (1985), es el estudio fundamental. <<

[284] Polibio 30.22. <<

[285] G. Clemente, en A. Giardina y A. Schiavone (eds.), *Società Romana e produzione schiavistica*, vol. I (1981), 1-14, ofrece un repaso general muy bueno; M. Country, en *Chroniques Italiennes* 54 (1997), 9-20, para la historia hasta Tiberio. <<

[286] Catón, en Festo 350 L. <<

[287] Plutarco, *Vida de Catón* 51; y también 2.1-3; 20.2-4. <<

[288] *Ibidem* 21.8. <<

- [289] Catón, en Cicerón, *De officiis* 2.89; Catón, prólogo al *De agri cultura*. <<
- [290] Catón, en Aulo Gelio, *Noches Áticas* 6.3.7: debo el hincapié sobre las «ganancias mal obtenidas» al debate con T. J. Cornell. <<
- [291] Catón, en Plinio, *Historia Natural* 29.14. <<
- [292] Plutarco, *Vida de Catón* 27. <<
- [293] Polibio 30.18. <<
- [294] Ibídem 29.4 y 30.5. <<
- [295] 2 Macabeos 5.11-6.2, con el importante replanteamiento de F. Millar, en *Journal of Jewish Studies* (1978), 1-21. <<
- [296] 2 Macabeos 7.9 ss. <<
- [297] Polibio 3.4.12. <<
- [298] Polibio 12.25e, junto con F. W. Walbank, *Commentary y Polybius* (1972), 66-96. <<
- [299] A. Erskine, en *Mediterráneo antiguo: economía, sociedad, cultura*, 3.1 (2000), 165-182, es también un excelente estudio de este tema. <<
- [300] Polibio 10.15.4-6. <<
- [301] Polibio 31.25.3-8 para los romanos y el dinero, véase A. Erskine, en F. Cairns (ed.), *Papers of Leeds «International» Latin Seminar* (1996), 1. <<
- [302] F. W. Walbank, *Polybius* (1972), 130-156, y del mismo autor, *Polybius, Rome and the Hellenistic World* (2002), 277-292 con nuevas ideas. <<
- [303] Salustio, *Catilina* 10. <<
- [304] M. Pobjoy, en E. Herring y Kathryn Lomas (eds.), *The Emergence of State Identity in Italy in the First Millennium*

(2000), 187-247. <<

[305] Plutarco, *Vida de Tiberio Graco* 14.1, 19.2; Floro 2.14.7; C. Graco, fragmento 62 (Malcovati). <<

[306] Diodoro 37.9. <<

[307] A. N. Sherwin-White, en *Journal of Roman Studies* (1982), 28, forma parte de un estudio importantísimo. <<

[308] Plutarco, *Vida de Sila* 38.3; Apiano, *Guerra Civil* 1.106. <<

[309] F. G. B. Millar subraya este hecho en *The Crowd in Rome in the Late Republic* (1998), 204-226, y en su obra *The Roman Republic in Political Thought* (2002), 19. <<

[310] A. W. Lintott, en *Journal of Roman Studies* (1998), 1-16, se mueve entre una idea y otra. <<

[311] Salustio, *Historia* (ed. de P. McGushin), vol. II (1994), 27-31. <<

[312] Macrobio, *Saturnales* 3.13.10; Varrón, *De re rustica* 3.6.6. <<

[313] Plutarco, *Vida de Luculo* 39.2-41; Plinio, *Historia Natural* 15.102; P. Grimal, *Les jardins romains* (ed. 1984), 128-130. <<

[314] Plutarco, *Vida de Pompeyo* 2.6. <<

[315] Helvio Mancía, en Valerio Máximo 6.2.8. <<

[316] Cicerón, *De imperio* 41-42. <<

[317] A. N. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East* (1984), 186-234, ofrece un estudio detallado de los resultados. <<

[318] Plutarco, *Vida de Pompeyo* 14.6; Plinio, *Historia Natural* 8.4. <<

[319] Cicerón, *Ad Atticum* 2.1.8. <<

- [320] S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 43, y Cicerón, *Pro Sestio* 129 <<
- [321] Valerio Máximo 6.2.7, y Ammiano Marcelino 17.11.4. <<
- [322] Juliano, *Césares* (Loeb Library, vol. II (1913), ed. de W. C. Wright), 384 para el asunto del «león»; Celio, en Cicerón, *Ad familiares* 8.1.3; compárese con Cicerón, *Ad Atticum* 4.9, otro texto clásico. <<
- [323] J. P. V. D. Balsdon, en T. A. Dorey (ed.), *Cicero* (1965), 171-214, en 205, en una brillante apreciación del personaje. <<
- [324] S. Treggiari, en *Transactions of the American Philological Association* (1998), 11-23. <<
- [325] Ibídem 1-7; E. Rawson, en M. I. Finley (ed.), *Studies in Roman Property* (1976), 85-101, constituye un excelente estudio sobre los bienes de Cicerón; S. Treggiari, *Roman Social History* (2002), 74-108, acerca de la «privacidad». <<
- [326] Ibídem 49-73; Cicerón, *Ad familiares* 4.6. <<
- [327] *Commentariolum petitionis* 1.2. <<
- [328] Ibídem 5.18. <<
- [329] Ibídem 11.1. <<
- [330] Cicerón, *Ad familiares* 5.7; Scholia Boviensia 167 (Strangl). <<
- [331] Cicerón, *Ad Atticum* 2.3.3-4, junto con el debate y el utilísimo análisis de A. M. Ward, B. A. Marshall, y otros autores, en *Liverpool Classical Monthly*, 3.6 (1978), 147-175. <<
- [332] Cicerón, *Ad Quintum fratrem* 3.2.4. <<
- [333] Cicerón, *De legibus* 3.28 y 3.34-39, especialmente 39. <<

- [334] E. Rawson, en *Liverpool Classical Monthly*, 7.8 (1982), 121-124, constituye un excelente estudio sobre este tema tan intrigante. <<
- [335] S. Treggiari, *Selection and Translation of Cicero's Cilician Letters* (1996, 2.<sup>a</sup> ed.). <<
- [336] Cicerón, *Ad Atticum* 8.16.2; compárese con 8.9.4. <<
- [337] Aulo Gelio 1.10.4. <<
- [338] Suetonio, *Vida de César* 22.2-3. <<
- [339] Plutarco, *Vida de César* 11.4. <<
- [340] Asconio, *In toga candida* 71, sobre lo cual coincido con E. Rawson, en *Liverpool Classical Monthly*, 7.8 (1982), 123. <<
- [341] L. R. Taylor, en *Historia* (1950), 45-51, sigue siendo un estudio fundamental: Cicerón, *Ad Atticum* 2.24. <<
- [342] César, *Guerra de las Galias* 3.10. <<
- [343] Plinio, *Historia Natural* 9.11; 36.114-115, sobre el teatro. <<
- [344] B. M. Levick, en Kathryn Welch y Antón Powell (eds.), *Julius Caesar as Artful Reporter* (1998), 61-84. <<
- [345] Plinio, *Historia Natural* 36.116, a propósito de Curión; 36.115, a propósito de la villa de Escauro. <<
- [346] G. O. Hutchinson, en *Classical Quarterly* (2001), 150-162. <<
- [347] Cicerón, *De oratore* 30-31; a.C. Dionisiotti, en *Journal of Roman Studies* (1988), 35-49, acerca de Nepote y una historia comparada, especialmente 38-39, es un estudio muy brillante. <<
- [348] Salustio, *Catalina* 25, junto con R. Syme, *Sallust* (1964), 133-135. <<

- [349] Valerio Máximo 9.1.8. <<
- [350] Cicerón, *Ad familiares* 8.14. <<
- [351] Suetonio, *Vida de César* 29.2; Apiano, *Guerra civil* 2.32; Plutarco, *Vida de César* 31. <<
- [352] *Ibídem* 32.8. <<
- [353] Suetonio, *Vida de César* 81.2. <<
- [354] Cicerón, *Ad familiares* 8.14.3. <<
- [355] Cicerón, *Ad Atticum* 7.11.1. <<
- [356] *Ibídem* 9.18.1. <<
- [357] *Ibídem* 9.10.7 y 9.18.2. <<
- [358] *Ibídem* 9.18.3. <<
- [359] Cicerón, *Ad familiares* 7.3.2. <<
- [360] Plutarco, *Vida de Pompeyo* 38.2-3. <<
- [361] Dión 42.14.3-4. <<
- [362] *Antología Palatina* 9.402; Cicerón, *Ad Atticum* 11.6.7. <<
- [363] Para este contexto véase E. E. Rice, *Cleopatra* (1999), 46-71, un análisis muy clarificador. <<
- [364] Cicerón, *Ad Atticum* 10.10.5. <<
- [365] Dión 43.23.3; S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 76-79. <<
- [366] Dión 43.23.6, y Suetonio, *Vida de César* 39.2; S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 88-90. <<
- [367] Cicerón, *Ad familiares* 9.16.3. <<
- [368] Macrobio, *Saturnales* 2.7.4; Cicerón, *Ad familiares* 12.18.2. <<
- [368b] *Ibídem* 4.5. <<
- [369] Dión 43.44.1, junto con S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 133-145. <<

- [370] Cicerón, *Ad Atticum* 12.43.3 y 13.28.3, junto con S. Weinstock, en *Harvard Theological Review* (1957), 212. <<
- [371] Cicerón, *Ad Atticum* 13.40.1; Nepote, *Ático* 18.3. <<
- [372] Cicerón, *Ad familiares* 7.26.2. <<
- [373] *Ibídem* 13.52, que es una carta típica. <<
- [374] Dión 44.10.1-3; no estoy de acuerdo con S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 330, en que fuera un «recibimiento» como rey planeado de antemano. <<
- [375] Suetonio, *Vida de César* 77.1. <<
- [376] *Ibídem* 81.2: lamentablemente no puedo aceptar la lectura *ubertimque flere*. <<
- [377] Suetonio, *Vida de César* 79.3; Cicerón, *De divinatione* 2.110; Dión 44.15.3; Apiano, *Guerra civil* 2.110. <<
- [378] Apiano, *Guerra civil* 2.118-119; Suetonio, *Vida de César* 82.3-4; Apiano, *Guerra civil* 2.134. <<
- [379] Cicerón, *Ad familiares* 11.1.1: la fecha de esta carta es objeto de una célebre controversia, y algunos la retrasan incluso hasta el 20 de marzo. <<
- [380] Cicerón, *Ad Atticum* 14.13.6. <<
- [381] Frente a Suetonio, 84.2, yo sitúo a Cicerón, *Ad Atticum* 14.10, 14.11, 14.22, y *Filípicas* 2.91, que dan muchos más detalles. Apiano, *Guerra civil* 2.144-147 es sin duda un testimonio muy útil de lo que realmente sucedió. <<
- [382] Apiano, *Guerra civil* 3.2. <<
- [383] Cicerón, *Ad Atticum* 14.3. <<
- [384] R. Syme, *Augustan Aristocracy* (1986), 39, junto con Suetonio, *Vida de Augusto* 2.3. <<
- [385] Cicerón, *Ad Atticum* 14.11.2 (*mibi totus deditus*: en opinión de Shackleton-Bailey, Loeb Library, vol. IV, 164

nota 2, «Ático habría sido lo bastante sagaz para no tomarlo al pie de la letra». Supongo que sí). Compárese con 14.12.2 (*perhonorifice*). <<

[386] Cicerón, *Ad Atticum* 15.4.2. <<

[387] Suetonio, *Vida de César* 88 y Plinio, *Historia Natural* 2.94, junto con S. Winstock, *Divus Julius* (1971), 370-371. <<

[388] Cicerón, *Ad familiares* 11.3, que es una carta magnífica. <<

[389] Cicerón, *De officiis* 3.83; compárese con 2.23-29 y especialmente con 2.84. <<

[390] Cicerón, *Ad familiares* 10.20.2. <<

[391] Cicerón, *Ad Atticum* 16.15.3; compárese con 16.14.1, pero también con 16.11.6, que es todo un clásico. <<

[392] Cicerón, *Filípicas* 5.50, que es otro clásico. <<

[393] Cicerón, *Ad familiares* 10.28.3; *Filípicas* 5.50. <<

[394] Cicerón, *Ad familiares* 11.14 y 12.30.2. <<

[395] R. Syme, *The Roman Revolution* (1939), 190, nota 6. <<

[396] Kathryn Welch, en Antón Powell y Kathryn Welch (eds.), *Sextus Pompeius* (2062), 1-30. <<

[397] Cicerón, *Ad familiares* 11.20.1. <<

[398] Véase Plutarco, *Vida de Cicerón* 47-48 para sus últimas horas; para Fulvia, véase Dión 47.8.4-5. <<

[399] Nicholas Horsfall, en *Bulletin of the Institute of Classical Studies* (1983), 85-98; E. K. Wifstrand, *The So-called Laudado Turiae* (1976). <<

[400] R. G. M. Nisbet, en su obra *Collected Papers on Latin Literature* (1995), 390-413, ofrece un brillante análisis de «los supervivientes». <<

- [401] R. Syme, en *Historia* (1958), 172-188. <<
- [402] Joyce Reynolds, *Aphrodisias and Rome* (1982), 438, con los números 6, 10 y 12. <<
- [403] Plutarco, *Vida de Antonio* 23.2-3. <<
- [404] Ibídem 26, y Sócrates de Rodas, FGH 192 Fl (Jacoby). <<
- [405] Marcial, *Epigramas* 11.20; para la anécdota de la perla disuelta en vinagre, véanse Plinio, *Historia Natural* 9.120-121, y Macrobio, *Saturnales* 3.17.15. <<
- [406] P. M. Fraser, en *Journal of Roman Studies* (1957), 71-74. <<
- [407] Plutarco, *Vida de Antonio* 23.5-8, junto con C. B. R. Pelling, *Commentary* (1988), 205. <<
- [408] K. Scott, en *Classical Philology* (1929), 133-141, a propósito de «Sobre la ebriedad»; Suetonio, *Vida de Augusto* 69.2, a propósito del sexo: en cuanto a Sarmentó, véase Plutarco, *Vida de Antonio* 59.4, junto con Craig A. Williams, *Roman Homosexuality* (1999), 275. <<
- [409] T. P. Wiseman, en *Classical Quarterly* (1982), 475-476, y su obra *Roman Studies* (1987), 172. <<
- [410] A. N. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East* (1984), 307-321. <<
- [411] Plutarco, *Vida de Antonio* 36.3-5, y Dión 49.32, junto con Pelling, *Commentary*, 217-220. <<
- [412] J. Linderski, en *Journal of Roman Studies* (1984), 74-80. <<
- [413] Plutarco, *Vida de Antonio* 71.4; para Timón, véanse Estrabón 17.794 y Plutarco, *Vida de Antonio* 69.6-7 y 70. <<
- [414] Ibídem, 76.5-78.4. <<

[415] Macrobio, *Saturnales* 2.4.28-29, sobre el cual llamó la atención F. Millar, *The Emperor in the Roman World* (1977), 135. <<

[416] Para las primeras posturas de los poetas, véanse Virgilio, *Égloga* 9, junto con M. Winterbottom, en *Greece and Rome* (1976); 55-58; Horacio, *Epodos* 6 y 16, junto con el notable estudio de Nisbet, *Collected Papers*, 161-181; y Propertio 1.21, junto con Gordon Williams, *Tradition and Originality in Roman Poetry* (1968), 172-181. <<

[417] Jasper Griffin, en *Journal of Roman Studies* (1977), 17-26 <<

[418] Veleyo Patérculo 2.88; Livio, *Perioca* CCXIII; Díón 54.15.4. <<

[419] En este sentido difiero de P. A. Brunt, en *Journal of Roman Studies*(1983), 61-62. <<

[420] Joyce Reynolds, *Aphrodisias and Rome* (1982), 104, n.º 13. <<

[421] J. Rich y J. Williams, *Numismatic Chronicle* (1999), 169-214. <<

[422] Livio 4.20.7, junto con R. M. Ogilvie, *Commentary on Livy Books 1-5* (1965), *ad loc.* <<

[423] S. Weinstock, *Divus Julius* (1971), 228-243, es un excelente estudio. <<

[424] B. M. Levick, en *Greece and Rome* (1975), 156-163, especialmente la importante nota 10. <<

[425] Me inclino por un proceso en el año 22 a.C, pues, al parecer, tuvo lugar cuando Marcelo ya había muerto, y por lo tanto no fue llamado a prestar declaración; para Castricio, el delator, véase D. Stockton, en *Historia* (1965), 27. <<

[426] Virgilio, *Eneida* 6.851-853. <<

- [427] Historia Augusta, *Vida de Adriano* 11.6-7. <<
- [428] Nepote, *Ático* 20.3. <<
- [429] Horacio, *Odas* 3.24.25-30. <<
- [430] Según se indica en E. Badián, *Philologus* (1985), 82-98. <<
- [431] Horacio, *Epodos* 4; Dión 48.34.5 y 48.43.3. <<
- [432] R. Syme, *The Roman Revolution* (1939), 361; Floro 2.6.6, a propósito de los numerosos *municipalia prodigio*. <<
- [433] Augusto, *Res Gestae* 8.5. <<
- [434] Plinio el Joven, *Cartas* 1.8.11. <<
- [435] *Epítome de Caesaribus* 14.8. <<
- [436] P. A. Brunt, *Italian Manpower* (1971), junto con Gayo, *Instituciones* 2.286. <<
- [437] Horacio, *Odas* 4.5.22. <<
- [438] Craig A. Williams, *Roman Homosexuality* (1999), 275, nota 115; S. Treggiari, *Roman Freedmen during the Late Republic* (1969), 271-272. <<
- [439] Cicerón, *De legibus* 3.30-32. <<
- [440] S. Treggiari, en *Ancient History Bulletin* (1994), 86-98, para esta asociación. <<
- [441] Tácito, *Anales* 2.85, junto con Plinio el Viejo, *Historia Natural* 7.39, y R. Syme, *Roman Papers*, vol. II (1979), 805-824, especialmente 811, así como R. Syme, *Augustan Aristocracy* (1986), 74. <<
- [442] Dión 77.16.4, junto con F. Millar, *Study of Cassius Dio* (1964), 204-207. <<
- [443] S. Riccobono, *Fontes Iuris Romani...*, vol. III, n.º 2 y 4. <<
- [444] K. Sara Myers, en *Journal of Roman Studies* (1996), 1-20.

<<

[445] Macrobio, *Saturnales* 2.5.9. <<

[446] L. Robert, *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres* (1970), 6-11. <<

[447] Plinio, *Historia Natural* 8.170; para la piscina de agua caliente, véase Dión 55.7.6. <<

[448] Plinio, *Historia Natural* 36.121. <<

[449] Plinio, *Historia Natural* 9.168, para Sergio Orata; Marcial, *Epigramas* 7.34. <<

[450] Tácito, *Anales* 14.21. <<

[451] H. Dessau (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae* 5287, junto con David S. Potter, en D. S. Potter y D. J. Mattingly (eds.), *Life, Death and Entertainment in the Roman Empire* (1998), 296, a propósito de Diocles. <<

[452] En 252 a.C; Plinio, *Historia Natural* 8.6.17. <<

[453] Augusto, *Res gestae* 22 y 23. <<

[454] L. Robert, *Les gladiateurs dans l'Orient grec* (1940), 248: «Ce n'est pas le seul trait originel de la fière et virile république de Rhodes». <<

[455] Livio 39.22.2; 41.27.6; 44.18.8. <<

[456] Plutarco, *Moralia* 1099b; *Martirio de Perpetua* 17.2-3, junto con G. Ville, *La gladiature dans l'Occident des origines a la mort de Domitian* (1981), 363. <<

[457] *Martirio de Perpetua* 20.2. <<

[458] Marcial, *Sobre los espectáculos* 6, en la edición de la Loeb Library, *Martial, Epigrams I* (1993), notas y traducción [al inglés] de D. R. Shackleton Bailey. <<

[459] Celado, en Dessau (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae* 5142A y B, junto con L. Robert, *Les gladiateurs dans l'Orient*

- grec* (1940), 302, para el nombre; 5142C, para «*puparum nocturnarum*». <<
- [460] M. Cébeillac-Gervasoni y F. Zevi, en *Mélanges de l'Ecole Française à Rome* (1976), 612. <<
- [461] Dión 67.8.4. <<
- [462] S. Riccobono. <<
- [463] Suetonio, *Vida de Augusto* 49. <<
- [464] Higino, en *Corpus Agrimensorum Romanorum*, C. Thulin (ed.), vol. I (1913), 165-166; O. A. W. Dilke, *The Roman Land Surveyors* (1971), 113-114. <<
- [465] Estrabón 3.4.20. <<
- [466] M. Beard, J. North y S. R. F. Price (eds.), *Religions of Rome*, vol. I (1998), 324-328, y vol. II (1998), 71-76. <<
- [467] Suetonio, *Vida de Nerón* 44.1; no estoy de acuerdo con P. A. Brunt, en *Scripta Classica Israelica* (191 A), 80; una «leva» (*dilectus*) podía ser tanto de soldados auxiliares como de voluntarios (Tácito, *Historias* 3.58 es un buen ejemplo). <<
- [468] Tácito, *Anales* 4.4.2 y Suetonio, *Vida de Tiberio* 30, donde M. W. Frederiksen me llamó la atención sobre la fuerza de *etiam* («incluso»). <<
- [469] Estacio, *Silvas* 5.1.94-95. <<
- [470] H. Dessau (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae* 2558, junto con el excelente estudio de M. P. Speidel, en *Ancient Society* (1991), 277-282, y su obra *Riding for Caesar* (1994), 46. <<
- [471] Tácito, *Anales* 1.17, y J. F. Gilliam, en *Bonner Jahrbücher* (1967), 233-343, especialmente 238. <<
- [472] Suetonio, *Vida de Tiberio* 16. <<

[473] R. W. Davies, en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, vol. II.i (1974), 301-334, constituye un excelente estudio. <<

[474] Tácito, *Agrícola* 5.1-2, junto con Brian Campbell, en *Journal of Roman Studies* (1975), 18-19. <<

[475] *Historia Augusta*, Vida de Adriano, 10.4-5. <<

[476] H. C. Youtie, en J. Bingen, G. Cambier y G. Nachtergaele (eds.), *Le monde grec...: Hommages à Claire Préaux* (1975), 723, constituye un excelente estudio. <<

[477] Horacio, *Carmen Saeculare* 50-51, y 56; M. Beard, J. North y S. R. F. Pnce, *Religions of Rome*, vol. I (1998), 201-206, y vol. II (1998), 140-144. <<

[478] *Ibidem* 140. <<

[479] R. K. Sherk, *The Roman Empire: Augustus to Hadrian* (1988), n.º 15, línea 10. <<

[480] *Ibidem* n.º 36, 66, líneas 15 ss. <<

[481] M. T. Griffin, en *Journal of Roman Studies* (1997), 252, líneas 115-120. <<

[482] Tácito, *Anales* 14.43. <<

[483] G. W. Bowersock, en Kurt A. Raaflaub y Mark Toher (eds.), *Between Republic and Empire* (1990), 380-394. <<

[484] Fergus Millar, en *Greece and Rome* (1988), 48-51; W. Eck, en F. Millar y E. Segal (eds.), *Caesar Augustus* (1984), 129-167. <<

[485] Suetonio, *Vida de Augusto* 31.5. <<

[486] P. A. Brunt, *The Fall of the Roman Republic* (1988), 350. <<

[487] R. K. Sherk, *Rome and the Greek East to the Death of Augustus* (1984), n.º 133. <<

- [488] Tácito, *Anales* 1.75.1-2; d.C. Feeney, en Antón Powell (ed.), *Roman Poetry and Propaganda in the Age of Augustus* (1992), 1. <<
- [489] H. Dessau (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae* 5026; debo esta noticia a C. E. Stevens. R. Syme no la tenía en cuenta; J. Scheid, *Les Frères Arvales* (1975), 87, sí la cita, y R. Syme, *The Augustan Aristocracy* (1986), 415, la desecha de manera bastante poco convincente. <<
- [490] Veleyo Patérculo 2.124.2; Suetonio, *Vida de Tiberio* 30. <<
- [491] Tácito, *Anales* 1.7. <<
- [492] Suetonio, *Vida de Claudio* 3.2. <<
- [493] Plinio, *Historia Natural* 3.119. <<
- [494] M. T. Griffin, en *Journal of Roman Studies* (1997), 252, líneas 115 ss. <<
- [495] Tácito, *Anales* 11.1.1 <<
- [496] Suetonio, *Vida de Nerón* 6.2, y Dión 61.2.3. <<
- [497] Tácito, *Historias* 1.72. <<
- [498] N. Purcell, en *Journal of Roman Studies* (1985), 14. <<
- [499] Tácito, *Anales* 3.53.5 y 2.33.1 (sedas). <<
- [500] Tácito, *Anales* 16.18. <<
- [501] Tácito, *Anales* 11.3. <<
- [502] C. Nicolet, *Space, Geography and Politics in the Early Roman Empire* (1991). <<
- [503] Papiro de Oxirrinco 2131; Papiro de Yale 61; Naphtali Lewis, *Life in Egypt Under Roman Rule* (1983), 190. <<
- [504] B. M. Levick, en *Greece and Rome* (1979), 120. <<
- [505] E. Schuerer, *A History of the Jewish People*, vol. I (1973, ed. rev. de F. G. B. Millar y G. Vermes), 399-427; R. J.

Lane Fox, *The Unauthorized Version* (1991), 27-34. <<

[506] L. Roberts, *Laodicée du Lycos*, vol. I (1969), 274, es un buen estudio. <<

[507] G. C. Boon, *Antiquaries Journal* (1958), 237-240; Richard Gordon, en Mary Beard y John North (eds.), *Pagan Priests* (1990), 217. <<

[508] J. L. Lighfoot (ed.), *Lucian: On the Syrian Goddess* (2003), 200-207. <<

[509] Tácito, *Agrícola* 21.1. <<

[510] *Ibíd*em 21.2. <<

[511] Susan Walter (ed.), *Ancient Faces: Mummy Portraits from Roman Egypt* (2000, ed. rev.). <<

[512] Tácito, *Anales* 14.31. <<

[513] A. T. Fear, *Rome and Baetica* (1996), 131-169. <<

[514] Me inclino más bien por la postura de M. Stern, en M. Avi-Yonah y Z. Baras (eds.), *Society and Religion in the Second Temple Period* (1977), 263-301; véase asimismo M. Smith, en *Harvard Theological Review* (1971), 1-19; el término «zelotas» aparece por primera vez en Josefo, *Guerra de los judíos* 4.161; para otras opiniones, véase Martin Goodman, *The Ruling Class of Judaea* (1987), 93-96, 219-221. <<

[515] La ciudad de «Agripina» aparece en E. Schuerer, *A History of the Jewish People*, vol. I (1973, ed. rev. por F. G. B. Millar y G. Vermes), 461, nota 20; Hechos de los Apóstoles 24.25. <<

[516] E. Schuerer, *A History of the Jewish People*, vol. I (1973, ed. revisada por F. G. B. Millar y G. Vermes), 399-427; R. J. Lane Fox, *The Unauthorized Version* (1991), 27-34. <<

[517] N. Kokkinos, en J. Vardman y E. M. Yamauchi (eds.),

- Chronos, Kairos, Christos: Studies in Honor of Jack Finegan* (1989), 133, sigue siendo el estudio más importante. <<
- [518] Juan 18.31, y el estudio fundamental de E. J. Bickerman, en sus *Studies in Jewish and Christian History*, vol. III (1986), 82, junto con R. J. Lane Fox, *The Unauthorized Version* (1991), 283-310. <<
- [519] Josefo, *Guerra de los judíos* 6.300-309; E. Rivkin, *What Crucified Jesus?* (1986). <<
- [520] Lucas 13.1-5. <<
- [521] Hechos de los Apóstoles 11.26, junto con el estudio sumamente perspicaz de Elias J. Bickerman, en *Harvard Theological Review* (1949), 109-124. <<
- [522] Hechos de los Apóstoles 18.17; para Pablo y Antioquía de Pisidia, véase W. Ramsay, en *Journal of Roman Studies* (1926), 201. <<
- [523] Romanos 13.1-5. <<
- [524] 1 Corintios 7.21; Efesios 6.5. <<
- [525] Mateo 19.12. <<
- [526] M. I. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, vol. I (1957, ed. revisada por P. M. Fraser), 86. <<
- [527] T. E. J. Wiedemann, en Alan K. Bowman et al. (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. X (1996), 256-257; Plinio el Viejo, *Historia Natural* 20.100. <<
- [528] Rhiannon Ash, en *Omnibus* 45 (2003), 11-13. <<
- [529] A. Henrichs, en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 3 (1968), 51-80, y Barbara Levick, *Vespasian* (1999), 227, nota 9. <<
- [530] Traducido al inglés en Robert K. Sherk, *The Roman*

*Empire: Augustus to Hadrian* (1988), 82-83, junto con el importante estudio de P. A. Brunt, en *Journal of Roman Studies* (1977), 95-116, con el cual no estoy de acuerdo. <<

[531] Suetonio, *Vida de Vespasiano* 22. <<

[532] R. Darwall-Smith, *Emperors and Architecture: A Study of Flavian Rome* (1996), 55-68, es un excelente análisis. <<

[533] Barbara Levick, *Vespasian* (1999), 194; Quintiliano, *Instituciones oratorias* 4.1.19. <<

[534] Suetonio, *Vida de Tito* 10.2. <<

[535] Quintiliano, *Instituciones oratorias* 1.1.12. <<

[536] Plinio el Joven, *Panegírico* 82.1-3. <<

[537] Dión 67.9.1-5. <<

[538] Estacio, *Silvas* 4.2.30-31. <<

[539] Plinio el Joven, *Cartas* 4.22.5-6. <<

[540] Kenneth S. Painter, *The ínsula of the Menander at Pompeii*, vol. IV: *The Silver Treasure* (2001). <<

[541] Lusa Savunen, en Richard Hawley y Barbara Levick (eds.), *Women in Antiquity: New Assessments* (1995), 194-206, al menos para los testimonios. <<

[542] H. Dessau (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae*, 5145. <<

[543] R. C. Carrington, en *Journal of Roman Studies* (1931), 110-130, que es un estudio excelente: «Pompeya y sus alrededores no eran una ciudad jardín ni un barrio residencial, sino el escenario de una intensa actividad industrial» (1930). <<

[544] *Corpus Inscriptionum Latinarum* IV.2993t. <<

[545] Difiero de la opinión de Paul Zanker, *Pompeii: Public and Private Life* (1998, traducción inglesa), 23-24. <<

[546] J. R. Clarke, en D. Fredrick (ed.), *The Roman Gaze:*

*Vision, Power and the Body* (2002), 149-181, sugiere que las escenas tenían un carácter cómico; J. R. Clarke, *Looking at Lovemaking: Constructions of Sexuality in Roman Art* (1998), 212-240. <<

[547] Lorenzo Fergola y Mario Pagano, *Oplontis* (1998), 19 y 85, para la posibilidad de «Popea» (por la cual me inclino yo); P. Castren, *Ordo Populusque Pompeianus* (1963, 2.<sup>a</sup> ed.), 209, para los testimonios sobre su familia en Pompeya. <<

[548] *Corpus Inscriptionum Latinarum* IV.7698B, procedente de la «Casa del Moralista», III.iv.2-3. <<

[549] R. Syme, *Roman Papers*, vol. VII (1991), 621 e índice analítico, 695, para la expresión. <<

[550] M. Winterbottom, en *Journal of Roman Studies* (1970), 90-97. <<

[551] Plinio, *Cartas* 4.25.1-2. <<

[552] Plinio, *Panegírico* 76.6; 65.1; 80. <<

[553] Plinio, *Cartas* 3.20.12. <<

[554] Plinio, *Panegírico* 74.2, junto con 73.4 y 2.8. <<

[555] Plinio, *Cartas* 10.18. <<

[556] Plinio, *Cartas* 10.96. <<

[557] R. J. Lane Fox, *Pagans and Christians* (1986), 433 y 751 nota 37. <<

[558] Plinio, *Cartas* 1.12, 1.22.8-10; M. T. Griffin, en *Greece and Rome* (1986), 64-77 y 192-202. <<

[559] Plinio, *Cartas* 4.19. <<

[560] *Ibídem* 4.19.2. <<

[561] *Ibídem* 7.24.5. <<

[562] *Ibídem* 7.24.3 y 6. <<

[563] *Ibídem* 5.6, junto con P. Barconi y José Uroz Sáez, *La*

*villa di Plinio...* (1999). <<

[564] David R. Coffin, *The Villa in the Life of Renaissance Rome* (1979), 248; y también 266-267, acerca del impacto de Plinio sobre la Villa Trivulziana, cerca de Salone. <<

[565] Marcial, *Epigramas* 12.18, 12.31, 12.57. <<

[566] Plinio, *Cartas* 9.6; compárese con el papa Dámaso, en John Matthews, *The Roman Empire of Ammianus* (1989), 422. <<

[567] Hagith Sirvan, *Ausonius of Bordeaux* (1993), es una excelente introducción; G. P. O'Daly, «Cassiciacum», en C. Mayer (ed.), *Augustinus-Lexikon*, vol I (1986-1994), 771-782, para la vida feliz. <<

[568] Plinio el Joven, *Panegírico* 81.1 y 3. <<

[569] M. P. Speidel, *Roman Army Studies*, vol. I (1984), 173 y 408. <<

[570] *Antología Palatina* 6.332; Arriano, *Parthica* F 85 (Jacoby). <<

[571] Salustio, *Historias* 4.78. <<

[572] El punto crucial en este sentido es la muerte de Pedón, cónsul en 115, sustituido por un cónsul sufecto; Juan Malalas se equivoca al datar su muerte en el terremoto del 13 de diciembre de 115, y también se equivoca al seguirlo F. A. Lepper, *Trajan's Parthian War* (1949), 54 y 99, como ya observó Isobel Henderson, en *Journal of Roman Studies* (1949), 121-124. Las monedas indican una fecha anterior del terremoto: *British Museum Catalogue*, vol. III, 100. La datación correcta ha sido resucitada también por Anthony R. Birley, *Hadrian: The Restless Emperor* (1997), 324 nota 13. <<

[573] Juan Malalas, *Crónicas* 11.6 (274), que menciona luego

la versión de «la guerra» ofrecida por Arriano, fuente, según yo sospecho, de la carta al senado de la nota anterior. <<

[574] Samuel N. C. Lieu, *Manicheism in Mesopotamia and the Roman East* (1994), 84-87; G. Luttikhuisen, *The Revelation of Elchasai...* (1985). <<

[575] G. E. M. de Sainte Croix, en *British Journal of Sociology* (1954), 33-48, es un estudio brillante. <<

[576] Suetonio, *Vida de Nerón* 29. <<

[577] *Corpus Inscriptionum Latinarum* VI. 1574, con el excelente análisis de Anthony R. Birley, en *Historia* (2000), 230-247. <<

[578] R. Syme, *Ten Studies in Tacitus* (1970), 1-10 y 119-140. <<

[579] Una buena descripción en Simon Schama, *Landscape and Memory* (1996). <<

[580] J. H. Elliott y L. W. B. Brockliss, *The World of the Favourite* (1999), especialmente 2 y 300. <<

[581] *Historia Augusta*, Vida de Adriano 5.3. <<

[582] Dión 69.4.2. <<

[583] H. I. Bell, en *Journal of Roman Studies* (1940), 133-147. <<

[584] B. Isaac y A. Oppenheimer, en *Journal of Jewish Studies* (1985), 33-60. <<

[585] Tertuliano, *Apología* 46 y *Sobre la proscripción de los herejes* 7. <<

[586] Mary Boatwright, *Hadrian and the City of Rome* (1987), 190. <<

[587] Subrayo este rasgo como antídoto contra «Adriano el intelectual», tema del artículo de R. Syme, *Roman Papers*,

vol. VI (1991), 103. <<

[588] *Historia Augusta*, Vida de Adriano 7.6, 20.1 y 20.8: «plebis iactantissimus amator». <<

[589] Para las dotes de Salvio Juliano, véase H. Dessau (ed.), *Inscriptiones Latinae Selectae* 8973, y R. Syme, en *Bonner Historia Augusta Colloquium* 1986-9 (1991), 201-217. <<

[590] Peter Garnsey, *Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire* (1970), junto con Digesto 48.19.15, 48.28.13, y 18.21.2, con una importante recensión de P. A. Brunt en *Journal of Roman Studies* (1972), 166-170. <<

[591] *Inscriptiones Graecae ad Res Romanas Pertinentes*, vol. IV (1927), n.º 84; véase asimismo 85-87. <<

[592] *Digesto* 5.3.20. <<

[593] F. Millar, en *Journal of Roman Studies* (1965), 141-160, y P. A. Brunt, en *Athenaeum* (1977), 19-48, dos estudios notables acerca de este contexto. <<

# Índice

Cubierta	2
El mundo clásico	5
Prólogo	9
Prefacio: Adriano y el mundo clásico	12
Mapas	27
Mapa 1. Grecia y el mundo del Egeo	27
Mapa 2. Colonias griegas en ultramar	31
Mapa 3. Los griego de Occidente	35
Mapa 4. El imperio de Atenas	37
Mapa 5. Las conquistas de Alejandro	38
Mapa 6. El mundo helenístico	41
Mapa 7. La expansión de Roma: (a) dentro de Italia	45
Mapa 7. La expansión de Roma: (b) frente a sus vecinos	47
Mapa 8. La expansión de Roma en Italia antes de 95 a.C.	48
Mapa 9. Las provincias occidentales de Roma	49
Mapa 10. El imperio de Roma en Oriente	50
Mapa 11a. Pompeya y sus alrededores	53
Mapa 11b. Plano de la ciudad de Pompeya	55
Primera parte EL MUNDO GRIEGO ARCAICO	57
1. La épica homérica	59
2. Las colonias griegas	73

3. Los aristócratas	92
4. Los dioses inmortales	110
5. Tiranos y legisladores	125
6. Esparta	144
7. Los griegos orientales	161
8. Hacia la democracia	175
9. Las Guerras Médicas	193
10. Los griegos de Occidente	213
<b>Segunda parte EL MUNDO GRIEGO CLÁSICO</b>	<b>230</b>
11. Conquista e imperio	232
12. Un mundo cultural griego en proceso de cambio	250
13. Pericles y Atenas	273
14. La guerra del Peloponeso	287
15. Sócrates	305
16. La lucha por la libertad y la justicia	315
17. Las mujeres y los niños	332
18. Filipo de Macedonia	343
19. Los dos filósofos	358
20. Los atenienses en el siglo IV	378
<b>Tercera parte LOS MUNDOS HELENÍSTICOS</b>	<b>402</b>
21. Alejandro Magno	404
22. Los primeros sucesores de Alejandro	421
23. La vida en las grandes ciudades	439
24. Impuestos y tecnologías	455
25. Nuevo mundo	467

26. La expansión de Roma	483
27. La paz de los dioses	504
28. Liberación en el sur	517
29. Aníbal y Roma	531
30. Diplomacia y dominación	547
<b>Cuarta parte LA REPÚBLICA ROMANA</b>	<b>561</b>
31. Lujo y libertinaje	563
32. Turbulencias en el interior y en el exterior	578
33. Los triunfos de Pompeyo	595
34. El mundo de Cicerón	613
35. La ascensión de Julio César	631
36. El espectro de la guerra civil	648
37. El dictador funesto	669
38. La liberación traicionada	693
<b>Quinta parte DE LA REPÚBLICA AL IMPERIO</b>	<b>710</b>
39. Marco Antonio y Cleopatra	712
40. Cómo se hace un emperador	733
41. Moral y sociedad	747
42. Los espectáculos públicos	768
43. El ejército romano	787
44. La nueva era	803
<b>Sexta parte UN MUNDO IMPERIAL</b>	<b>823</b>
45. Los Julio-Claudios	825
46. La administración de las provincias	847
47. Los efectos del imperio	861

48. El cristianismo y el Imperio Romano	883
49. Cómo sobrevivir a cuatro emperadores	896
50. La nueva dinastía	906
51. Los últimos días de Pompeya	920
52. Un hombre nuevo en acción	937
53. Un pagano y los cristianos	949
54. Cambio de régimen en Roma y en las provincias	963
55. Presentación del pasado	975
Adriano: una retrospectiva	986
Bibliografía recomendada	1002
Autor	1058
Notas	1059